

Cada día con Dios

«El devocionario del Hogar»

Carl Olof Rosenius

Traducido del sueco al inglés por Majlen Henrikson
Traducido del inglés por Heberto Berndt y Marcos Berndt
Primera edición: Misiones – Argentina
Segunda y Tercera edición: Sucre – Bolivia
Revisión: Gonzalo Ascarrunz

Copyright: La Asociación: El Sembrador

Impreso y distribuido por:



Contactos:

Asociación “El Sembrador”

Gonzalo Ascarrunz
Cel: 73417525
E-mail: lgap_41@hotmail.com

Joel Vera
Cel: 67622824
E-mail: joelverata@gmail.com

René Villegas
Cel: 67607735
E-mail: renevc1958@gmail.com

Ingar Gangas
E-mail: ingar.gangas@live.no
4790151234

Dirección: Calle Loa 621- B
Sucre - Bolivia.

Presentación Editorial

Presentamos con gran satisfacción el devocionario «Cada día con Dios», escrito por Carl Olof Rosenius; este devocionario consta de 365 devocionales o comentarios de distintos versículos bíblicos para cada día del año; aconsejamos leerlo en oración y persistiendo en su lectura diaria.

Rosenius como muy pocos desentraña el misterio del evangelio (Ef.6:19), el cual necesitamos urgentemente conocer para alcanzar la salvación que nos ha sido dada por Dios en su hijo Jesús, por pura gracia.

Jesucristo es un nombre conocido en Latinoamérica, pero dudamos que los beneficios de su obra en la cruz hayan sido entendidos realmente.

La obra de Jesús está explicada en el mensaje del evangelio, y este mensaje es explicado día tras día en este devocionario que puede ser leído en cada hogar donde haya llegado este edificante libro.

¡Que el Señor bendiga a todos los lectores!



CARL OLOF ROSENIUS

C. O. Rosenius

Introducción

Carl Olof Rosenius (1816-1868), escritor y predicador laico, nacido en Vasterbotten, norte de Suecia, fue uno de los líderes cristianos más notables de ese país. Sirvió en la Iglesia Belén de Estocolmo desde 1855 hasta 1868.

En 1726 fueron prohibidas en Suecia todas las reuniones religiosas privadas, salvo las oraciones familiares. Esto inspiró la formación de grupos de "lectores" que leían la Biblia, las obras de Martín Lutero y las de Johann Arndt en las "oraciones familiares". El padre de Rosenius fue un Pastor Luterano y también un "lector". Fue así como Rosenius adquirió gran parte de su conocimiento de la Palabra de Dios y de la sana doctrina.

Rosenius estudió teología en Uppsala con la intención de dedicarse al Pastorado, pero decidió ser un predicador laico. En el curso de su ministerio enfrentó y sufrió muchas persecuciones. "Hay cuatro etapas en la escuela cristiana de la cruz -escribió. En la primera se aprende a decir: ¡Debo sufrir! en la segunda: ¡Quiero sufrir! en la tercera: ¡Puedo sufrir! y en la cuarta: ¡Se me permite sufrir!" Su ministerio, tanto escrito como oral, fue un instrumento en las manos de Dios para un notable despertar espiritual en los países Escandinavos.

El énfasis de sus escritos está en la maravillosa gracia de Dios, que se manifiesta en la obra redentora de Cristo y se refleja en la vida diaria de cada creyente, capacitándolo para servir a Dios de una manera que jamás sería posible bajo el régimen de la Ley. El creyente confiesa: "Amo profundamente el pecado, pero odio y maldigo mi amor por él", y busca la ayuda de Dios todopoderoso para sofocar el fuego de ese amor impuro. Ya no huye de su bondadoso Padre celestial, sino que se arroja a sus brazos, y cree con toda seguridad en su perdón.

Por eso, Rosenius decía: "No fundes tu fe en ti mismo ni en tus buenas obras, sentimientos o supuesta santidad. Que la inmerecida piedad de Dios revelada en Jesucristo, sea el fundamento de tu fe".

Al igual que los reformadores del siglo XVI sostuvo que: "El sacerdocio espiritual de los cristianos se practica en el fiel desempeño de la vocación terrenal. Y esto sólo es posible por la gracia de Dios, dentro y a través del creyente".

Para Rosenius la distribución de literatura era el medio de evangelización más importante, porque es un servicio que se puede realizar en combinación con la vocación secular. La imprenta que publicaba sus obras se convirtió en la más importante de Suecia. Imprimió además

libros de Lutero, Nuevos Testamentos y dos millones de Biblias. Las obras de Rosenius fueron traducidas a varios idiomas.

La traducción del inglés ha sido hecha por Heberto G. Berndt, que ha servido como Pastor en la Iglesia Evangélica Luterana Argentina, desde 1950 hasta su jubilación en 1992. El profesor Miguel Ibáñez, de la Misión Evangélica Luterana de España, ha colaborado en la corrección.

La presente edición de «Cada día con Dios», ha sido publicada por la Asociación «El Sembrador» con el apoyo de La Misión Luterana Laica de Noruega. El misionero Ingar Gangas ha revisado el manuscrito y contrastado la traducción con el texto original.

La edición e impresión a cargo de Gonzalo Ascarrunz, y la distribución fue hecha por la Asociación “El Sembrador” en Sucre, Bolivia.

El siguiente es un ejemplo del poder espiritual de los escritos de Rosenius: Una persona de cierto rango leyó uno de sus libros y lo arrojó fuera diciendo: “¡Nadie puede leer esto!” Sin embargo, sus enseñanzas despertaron profundo interés en su alma, por lo que volvió a leer el libro. Y de ser un enemigo de Cristo -como Saulo- pasó a ser un creyente -como Pablo-. Desde entonces su deseo fue compartir el Evangelio, y tradujo dicho libro a su idioma.

¡Quiera Dios seguir bendiciendo este ministerio y conceder que muchos “Saulos” más se conviertan en “Pablos”, llenos del Espíritu Santo!

1. **Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos.** He.13:8

Sin duda, al creyente le sirve de mucho consuelo saber que, a pesar de todos los cambios que se producen en el mundo con el correr del tiempo, Cristo siempre es y seguirá siendo el mismo de ayer, hoy y siempre. Y qué consigna mejor para que el cristiano emprenda el año nuevo, que esta: ¡Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos!

Tú que conoces a Cristo y has llegado a saber que el Señor es bueno; tú que has experimentado, probado y visto lo bondadoso que es el Señor; cuán rico es Él en gracia y misericordia; cuán fiel y poderoso es para remediar todos los males...piensa que hoy tanto como ayer, este año que se inicia como el que acaba de concluir, y también por toda la eternidad, este Cristo es siempre el mismo. Para Él no existe la posibilidad de cambiar. Él es el "Padre de las eternidades", totalmente inmutable. Él es el mismo en cualquier cambio de tiempos y estaciones.

Es solamente mientras estamos aquí abajo, en este mundo, que se producen alteraciones y cambios dentro de nosotros, en nuestras percepciones, pensamientos y sentimientos. Pero en medio de todo ello Cristo permanece inmutable, siempre igual.

Si recordamos que Él, sin mérito alguno de nuestra parte, nos ha perdonado nuestros pecados; que nos justificó sólo por gracia cuando aún éramos impíos... entonces podemos alegrarnos pensando que hará lo mismo todos los días. Así como nos ha consolado en el pasado, cuando no merecíamos su consuelo, sino su rechazo y castigo, así también desea consolarnos, en forma igualmente inmerecida, hoy en día.

Si recordamos que Él nos redimió de la perdición, cuando no poseíamos el menor poder de librarnos por nuestros propios medios, entonces podemos estar seguros de que Él quiere y puede hacer lo mismo todavía hoy.

Si confiesas: "Antes yo estaba perdido, confundido y asustado como una oveja descarriada; pero Jesucristo, mi buen Pastor, me buscó, me llamó por medio de su Palabra, y me trajo de regreso...", entonces puedes confiar con toda seguridad que también en días venideros ¡Él desea hacer lo mismo!

"¡Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos!" ¡Todavía no ha agotado su misericordia! "Él nos amó primero" (1 Jn.4:19), y hasta el final sigue profesando su amor libre e inmerecido, desde lo profundo de su corazón, hacia los que le pertenecen en este mundo. Este consuelo no abarca solamente nuestra breve y limitada existencia. No, desde la creación del mundo, a través de todos los siglos, siempre estuvo la misma gracia y poder de nuestro Señor Jesucristo. "Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos".

Así como en el pasado ha convertido pecadores, y les ha perdonado aun transgresiones muy detestables y graves, también en el presente hará lo mismo con nosotros. Si a una famosa pecadora, que lloraba arrepentida a

sus pies le dijo: "¡Tu fe te ha salvado, ve en paz!" (Lc.7:50); si a Saulo de Tarso, que había sido "blasfemo, perseguidor, e injuriador" le concedió pleno perdón y le dio el apostolado (1 Ti.1:13); y si a David, quien después de haber disfrutado inmensas bendiciones cayó en abominables pecados, le permitió recuperar la gracia y le concedió el perdón... entonces podemos creer que la gracia de Cristo, nuestro Señor, no tiene fin; y que Él aún desea perdonar todas las transgresiones, a todos los que lo invocan.

Sí, cuando vemos cómo nunca se impacientó con las debilidades de sus discípulos, y aunque los siguió reprendiendo y corrigiendo, jamás los repudió, podemos estar seguros de que tampoco nunca se cansará de apiadarse también de nosotros. Y al recordar lo dispuesto que estaba para escuchar una oración, aunque fuese tan sólo por tocar su manto, podemos confiar que también ahora escucha nuestras oraciones, por más breves que fuesen.

¡Qué maravilloso es que Jesucristo siga siendo así todavía hoy! Que Él sea siempre "el mismo, ayer, y hoy, y por los siglos!" Recordar esto es un fuerte estímulo para nuestra fe. Y cuando los tiempos cambian, y surgen tempestades, y todo a nuestro alrededor se torna oscuro... el cristiano puede decir con confianza: "¡Roca de la eternidad... a tu sombra descanso y encuentro mucho alivio!"

Oh Señor Jesucristo: Tú eres mi fortaleza y mi Redentor; mi Dios y mi consuelo. "Tú eres siempre el mismo, y tus años no se acabarán" (Sal.102:27).

2. **Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos.**

Ap.5:1

Tan inmenso y glorioso es el consuelo contenido en estas palabras, que siuviésemos abiertos nuestros ojos para percibirlo y aceptarlo como una firme verdad, arrojaríamos fuera todas nuestras angustias, diciendo: "Ahora ya no deseo nada más. Que Dios haga conmigo lo que desea. Sí, que todos los espíritus malignos y la gente perversa intenten hacerme lo que se les antoje. Ya no temo ningún mal".

Analicemos un poco las palabras bíblicas citadas.

Como parte de la revelación o "apocalipsis" que el apóstol Juan recibió, ve un libro en la mano derecha del que está sentado en el trono. ¿Y qué contiene este libro? Contiene una profecía; muestra "las cosas que sucederán" (Ap. 4:1). ¡Entendamos entonces qué significa la visión! El libro contiene un aviso de "las cosas que vendrán después de estas", o sea: de las cosas que ocurrirán en el futuro en el mundo; particularmente al pueblo de Dios en la tierra. Que ese libro descansa en la mano derecha de Aquel que está sentado en el trono, significa que Dios sabe -hasta el mínimo detalle- todo lo que nos pasará, porque siempre está visible ante sus ojos lo que está descrito en el libro. Y que el libro está en su mano derecha, -la mano que actúa-, significa que el excelsa y omnipotente Dios dirige y gobierna todo; y en segundo lugar, que presta tanta atención a lo que nos sucederá a nosotros, que lo tiene escrito en un libro. Pues cuando los hechos se registran por escrito, significa que se les presta cuidadosa atención...

Acaso no son precisamente "las cosas que sucederán después de estas", es decir, en el futuro, ¿el motivo de nuestras preocupaciones? Generalmente nuestros corazones están llenos de angustias y preocupaciones por lo que nos sucederá en el futuro. Sufrir preocupándose por el futuro es señal de que falta la fe, de muerte espiritual. A diferencia de los incrédulos, el cristiano sufre aflicciones que no ahogan la vida espiritual, pues no son las mismas aflicciones que padece el mundo infiel. El creyente ya no se afana por las riquezas materiales, por las pasiones de la carne ni por las vanidades de la sociedad. Sus aflicciones se deben a cosas mucho más importantes. Le preocupa su propia alma, sus pecados, tentaciones, luchas, y peligros de caídas y extravíos. Se interesa por el destino eterno de las almas de sus parientes y las demás personas. Le aflige el futuro de la Iglesia, y el aumento de la impiedad en la sociedad. Los cristianos padecemos por amor, porque queremos que todo salga bien. Y como tenemos una visión espiritual iluminada por Dios, percibimos la importancia de algunas cosas, que la mayoría de la gente desprecia. Estas son angustias que se deben al amor que tiene el creyente por su prójimo, algo que no siempre lo entienden.

También somos siempre el blanco de todos los dardos encendidos del diablo, este implacable enemigo que constantemente trata de

arrebatarnos la paz por medio de tentaciones, tribulaciones, y toda clase de mentiras. Tal es así, que los hijos de Dios muchas veces no tenemos reposo ni de día ni de noche.

¿A qué recurso podemos recurrir entonces? ¿En qué hombro apoyar nuestra atormentada cabeza? Pensamos: “¡Ojalá pudiera ver qué va a resultar de esta situación!” Sin embargo, todo lo que nos pueda sobrevenir ya ha sido registrado en un libro, que descansa en la mano derecha de Aquel que está sentado en el trono.

De alguna manera, el rey David lo vio, y exclamó reconfortado: “En tu libro estaban escritas todas aquellas cosas, que luego fueron formadas, sin faltar una de ellas” (Sal.139:16). Todavía tenemos el mismo Padre fiel en el cielo, que se ocupa tan amorosamente de todo lo que nos pasa, que lo escribió todo en un libro que Él mismo guarda en su diestra. ¡Ah!, si tan sólo fuésemos capaces de creer en la gracia de Dios, y en el cuidado que tiene de nosotros, ¿no crees que eso le daría felicidad, descanso y verdadera paz a nuestros pobres corazones? ¡Sin dudas tendríamos la más profunda paz y la mayor tranquilidad para todo nuestro futuro!

Pero aquí salta inmediatamente el “viejo hombre” en nuestro pecho, nuestro corazón incrédulo; y nuestra mente entenebrecida se opone, razonando: “Puede ser que Dios haya registrado de antemano los grandes hechos históricos, los acontecimientos importantes que le sobrevendrán a la Iglesia; pero no las cosas ordinarias, la vida de personas normales como yo”. Cierto, a nuestra mente le parece imposible que Dios haya registrado en su libro todo lo que nos sucederá a ti y a mí! Pero, ¿qué podemos objetar si el propio Todopoderoso Señor declara que Él es tan previsor, no sólo para cada ser humano individual y para satisfacer aun sus mínimas necesidades, sino también para cadaavecilla debajo del cielo? (Mt.10:29-31). Nuestra mente impía objeta: “¡Es completamente absurdo e imposible!” Pero toda la creación visible está llena de innumerables testimonios contra nuestras dudas, y clama a mil voces: “¡Mira lo que Dios ha hecho! ¡Mira sus magníficas obras, hasta en los pequeños detalles!” A Él, que ha creado también todas estas cosas pequeñas, le debe resultar igualmente fácil cuidar y sostenerlas. ¡Ah! ¡Ojalá despertásemos del miserable sueño de nuestra incredulidad! Las innumerables pruebas de la existencia de Dios, que vemos por doquier en la creación, ¡son testimonios de Su gloria y poder! Sin embargo, a veces no percibimos nada...

Es el propio Señor quien nos asegura: “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados” (Mt.10:29-30).

3. **Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...** Jn.3:16

Dios, el único Sabio, Justo y Misericordioso Creador y Padre de todo lo que existe en el cielo y en la tierra, en su eterna omnisciencia, anticipó que el hombre, creado a su imagen como una criatura noble y libre, caería de esa bondad, y arrastraría consigo a la perdición a toda la humanidad. Si hubiese sido obediente y justo, el ser humano hubiera podido permanecer en ese estado de perfecto bienestar. Pero Dios anticipó que perdería su imagen divina y se arrojaría a la muerte y condenación eterna, totalmente contaminado con el veneno de la antigua serpiente, y sometido al pecado. Entonces Dios, en vez de desechar al grandioso género humano, decidió ocuparse Él mismo de su salvación, y concederle un Mediador. En la persona de este Mediador quedarían indisolublemente unidas la humanidad y la divinidad. En Ef.1:4 dice: "Dios... nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo". Y en Mt.5:18: "Hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la Ley".

A la humanidad caída en el pecado le resultó imposible cumplir la Ley. No pudo demostrar más la verdadera santidad y justicia, porque ya no poseía esas virtudes. Por consiguiente, la intención de Dios al crear a los seres humanos se anularía, y la criatura hecha a su imagen y semejanza quedaría eternamente perdida, o bien Dios mismo tendría que hallar una salida para salvar al ser humano que había creado.

Y esto fue lo que Dios hizo, impulsado por su propio y libre amor, y "según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia" (Ef.1:5-6). Dios tuvo compasión de nosotros, y nos predestinó "para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo", su propio amado Hijo. Y Él, el Verbo eterno (Jn.1:1), por su piedad y amor, de buena gana se comprometió a ser nuestro Hermano y el Autor de la salvación de la humanidad.

Asumió naturaleza humana, y estando en la condición de hombre, cumplió la Ley y sufrió la muerte para reconquistar lo que se había perdido, y restaurar en nosotros la imagen de Dios, por medio de sí mismo. "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito" (Jn.3:16). Jesús llegó a ser "el Hijo del Hombre", para "salvar lo que se había perdido" (Lc.19:10); para que así "como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de Uno, viniese a todos los hombres la justificación de vida" (Ro.5:18). Y para que "así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados" (1 Co.15:22).

Fue por la libre elección de la gracia de Dios; no hubo otro fundamento para nuestra salvación, que el amor de Dios, libre e independiente. Como lo expresó Cristo: "De tal manera amó Dios al mundo..." Por más que investiguemos, jamás podremos descubrir otra explicación que esa:

Dios amó, por eso nos amó. No podemos entenderlo. “Él nos escogió en Cristo... según el puro afecto de su voluntad” (Ef.1). Nadie se lo pidió. Nadie lo mereció.

Fue puro afecto de su voluntad. ¡Esto es una mina de oro! Nuestra redención, el hecho que Dios, por amor de Cristo, nos eligiera para la salvación, se debe a la libre decisión del propio Dios, es su propia obra.

¿Qué podemos decir de eso? ¿Si a Dios le agrada hacer algo, quién se lo podrá impedir? ¿Quién podrá resistir a su voluntad? Por eso se la llama: “Elección de gracia” ¿Crees que es demasiado privilegio para ti llegar a ser un hijo de Dios? Es verdad, no te lo mereces. Pero ¿qué vas a hacer? Es el puro afecto de la voluntad de Dios. ¿Con qué vas a impugnar la decisión de la voluntad de Dios? Una vez resuelve crear mundos, tantos como los granos de arena en las orillas del mar. Otra vez resuelve crear hijos para Sí en la tierra, y cuando cayeron en la tentación del Enemigo, restaurarlos por medio de un Salvador.

Resuelve recuperarlos por medio de una costosa redención, para que vuelvan a ser amados hijos suyos, por más depravados e indignos que hubiesen sido. ¿Qué podemos objetar a esto? Todo se debe sólo al buen agrado y “puro afecto de su voluntad.” Dios lo hace todo por amor de Sí mismo. Este es el gran consuelo de la elección de gracia.

Dios nos dispensa su gracia y amor libremente, independientemente de lo que somos nosotros. Como lo aclara San Pablo en Ro.9:11, al hablar de la elección y mencionar a los dos hijos de Isaac, -Jacob y Esaú-, como ejemplos: “Pues no habían aún nacido, ni habían hecho aún ni bien ni mal, para que el propósito de Dios conforme a la elección permaneciese, no por las obras, sino por el que llama, y se le dijo (a su madre): El mayor servirá al menor”.

Así también antes de que hubiésemos sido creados, aún antes de la fundación del mundo, cuando todavía no habíamos hecho nada, ni bueno ni malo, Dios nos eligió por amor de Cristo, para ser hijos suyos y herederos de la bienaventuranza eterna.

Sin dudas, esta elección es un atronador rayo del cielo, lanzado desde la presencia de Dios, contra la pretensión de cualquier mérito de nuestra parte.

¡Ah! ¡Qué al estruendo de ese trueno despertemos inmediatamente de nuestra recurrente fantasía, que nos hace imaginar que la gracia de Dios depende de nosotros, de nuestra piedad y de nuestras buenas obras! “¡Él nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo!” ¡Por cierto, llegamos algo atrasados con nuestros méritos..!

¡Qué maravillosa es la eterna gracia de Dios!

4. Mas a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios... los cuales son engendrados de Dios. Jn.1:12-13

Ante esta revelación de la Escritura en cuanto a los hijos de Dios, los corazones de todos los creyentes debieran ensancharse de gozo y admiración; y al mismo tiempo, los atrevidos y arrogantes que usurpan el nombre del Altísimo, debieran quedarse confundidos y asustados. Dice la Escritura que los hijos de Dios fueron engendrados por Él. Son maravillas de la gracia de Dios. Son criaturas espiritualmente nuevas en la tierra, que “participan de la naturaleza divina” (2 P.1:4). En ellos se ven los resultados de una fe verdadera y viviente. Sólo por gracia, mediante la fe, llegamos a ser salvos e hijos de Dios. Esa es una verdad tan rica en consuelo, que le hace llorar de alegría al hijo de Dios, que goza de esta bendición ¿No debiéramos entonces reflexionar y tratar de entender a qué se refiere esa expresión, que habla de una fe por medio de la cual somos engendrados de Dios? ¿O acaso podría salvarnos una fe imaginaria, un conocimiento teórico, que no produce un nacimiento de Dios? Cualquiera puede arrogarse el precioso título de hijo de Dios. Más de una persona se entusiasma con la esperanza de ser un verdadero cristiano, sin reunir las señales características del nuevo nacimiento. “¡No os engaños: Dios no puede ser burlado!” (Gá.6:7).

En el Juicio Final no será decisivo el montón de conocimientos que pudimos haber acumulado en nuestras cabezas ni el número de palabras piadosas que hemos pronunciado con nuestras bocas, sino la calidad de nuestro cristianismo, si fue o no fue sincero, si efectivamente nacimos de Dios. ¡Ah, qué terrible haber estado fingiendo todo el tiempo una falsa seguridad, en vez de vivir por la fe creada por Dios! Qué terrible haber estado engañándose uno a sí mismo y a otros con una “fe” meramente intelectual, desprovista de todo poder de mortificar la carne, y de recrear y santificar nuestros corazones; una “fe” que consistía solamente en ideas, palabras, y algunos ejercicios religiosos, como el rezo de ciertas oraciones, ceremonias, ritos y tradiciones de origen humano! ¡Un día se le pondrá fin a ese juego! Un día vendrá el Excelso y Justo, ante quien los incrédulos se hicieron los santos. Entonces se escuchará el anuncio: “Se acabó la farsa. ¡Rindan cuenta!” y serán confrontados con el adusto ángel de la muerte, cuando tengan que comparecer desenmascarados y expuestos ante los ojos del Santo, qué espantoso será entonces para los que toda la vida se condujeron como hipócritas! La gracia es tan grande, y la condición de los hijos de Dios en el cielo tan gloriosa, que la falta de sinceridad en el cristianismo pasa a ser un pecado muy grave. Por eso tenemos que atender bien a las palabras del apóstol en nuestro texto.

Dice primero: “A todos los que lo recibieron... les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Y explica qué significa recibir, agregando: “...a los que creen en su nombre”. ¡Miren cómo lo aclara! Dice que los que por

la fe llegaron a ser hijos de Dios, también han nacido de Dios. Debemos imprimir esta verdad profundamente en nuestras almas. Quienes esperan “ver el reino de Dios” y vivir eternamente en comunión con Dios como hijos suyos, deben haber nacido de Dios. La vida divina animaba al ser humano antes de la caída.

Esa era precisamente la imagen de Dios en él. A la pérdida de esa imagen se refirió Dios cuando le dijo a Adán: “El día que comieres el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, ciertamente morirás” (Gn.2:17). Esa vida divina ahora debe ser restaurada en nosotros mediante un nuevo nacimiento obrado por el Espíritu Santo, a fin de que recuperemos nuevamente la imagen de Dios. Sin embargo, esta imagen no nos será restituida plenamente, en tanto no seamos librados también del molesto peso de la carne.

Cristo señaló expresamente: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (Jn.3:3). El reino de Dios se nos da sólo por gracia. Esta verdad es eternamente firme, pero es totalmente imposible disfrutar la comunión con Dios y la vida del cielo, si no has nacido de nuevo y has recibido la naturaleza divina. El verdadero Dios es un Dios santo. Una criatura inmunda agonizaría y perecería en la presencia de Dios. Debe existir en el hombre una naturaleza aliada con Dios, un hombre nuevo creado según Dios, para que pueda disfrutar de eterna felicidad en comunión con Dios. “Porque la mente carnal es enemistad contra Dios” (Ro.8:7), y si no se siente a gusto en su presencia ni siquiera por un día, mucho menos por toda la eternidad.

Cristo dice en Juan 3: 3,6,7 “No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. Lo que es nacido de la carne, carne es... el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. Y San Juan aclara: “Los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Jn.1:13). Lo mismo dice San Pedro: “Siendo renacidos no de simiente corruptible, sino incorruptible, por la Palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 P.1:23). Y así lo confirma también San Pablo: “En Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la circuncisión, sino una nueva creación” (Gá.6:15).

¿A quién vas a creer en esta cuestión de vida o muerte, sino al propio Señor? ¡Cristo es el amor y la bondad en Persona! Sin duda hemos de escuchar tanto a Cristo como a sus apóstoles. Estos declaran a una sola voz que Dios tiene la solución para la humanidad, que las personas pueden nacer de nuevo y llegar a ser partícipes de la naturaleza divina, a fin de entrar al reino de los cielos. ¡No sigamos avanzando hacia la eternidad, sin asegurarnos de que eso ha ocurrido con nosotros!

5. **El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios.** Ro.8:16

¡Qué sublime y glorioso es ser un hijo de Dios, y ser consciente de ello por obra del Espíritu de adopción, que nos confiere esa dulce comunión con Dios! Así habla el apóstol aquí, así lo declara toda la Escritura, y así lo confirma la más bendita experiencia de todos los cristianos, librados del poder de Satanás. “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios”.

Preguntémosnos a nosotros mismos, ¿cuál es nuestra situación -mi situación- con respecto a esta cuestión tan importante? Tú que lees esto, ¿eres feliz por tener el testimonio del Espíritu de Dios, asegurándote que eres un hijo de Dios? Tal vez eres cristiano, amas la Palabra de Dios, no hay nada de escandaloso que censurar en tu vida, pero ¿qué pasa con tu alma, con tu corazón? ¿Ya te has relacionado tan estrechamente con Dios, que puedes llamarlo Abba, Padre? Esto es lo principal. Toma especial nota de esto. Este es el tema más importante de toda nuestra vida cristiana: Que el corazón disfrute estrecha amistad con Dios por medio de Cristo, que podamos conversar con Él, que estemos unidos a Él. Este es el verdadero centro y la fuente de todo el cristianismo, de todo lo que comprende ser realmente cristiano. Es la vida del Paraíso restaurada, la vida que el hombre perdió por causa de la caída: La intimidad obtenida por el Espíritu de adopción, de andar y conversar con Dios, como lo hace un niño con su padre.

¿Posees tú este íntimo Espíritu de adopción? No dejes de lado esta pregunta antes de haberla respondido sinceramente. Este íntimo Espíritu de adopción es el verdadero centro de toda la vida espiritual, por el que llegan todas las demás bendiciones. Sin este Espíritu, todo es muerte y frialdad, esclavitud e impotencia. Y ¿de qué aprovechan todos los dones espirituales, si por la fe en Jesús no obtienes esa paz con Dios, esa estrecha comunión con Él? Cristo declaró expresamente que ningún otro auxilio nos llevará a la salvación, mientras no estemos personalmente unidos a Él (Jn.15).

En esta íntima comunión con el Salvador también radica el secreto del poder de la fe cristiana, tanto para practicar el bien, como para soportar aflicciones. Es la fuente de la que brota toda vida verdaderamente santa y agradable a Dios.

Cuán pobre, servil e impotente es la vida cristiana en aquellos que no tienen la seguridad de la fe, ila intimidad con Dios! Tendrán cantidad de buenas intenciones, decisiones y resoluciones, pero no conducen a nada. Todo el tiempo siguen siendo miserables siervos del mundo, siguen pecando en sus corazones, y son gobernados por el diablo de acuerdo a su voluntad. El Espíritu no está en ellos.

Algunos tienen la verdadera fe, pero su fe todavía es débil; el hambre y la sed de comunión con Dios todavía no fueron satisfechas. Otros, son

cristianos por tradición; su fe perdió el vigor evangélico y su cristianismo se volvió tibio y legalista; se han vuelto impotentes y caen siempre de nuevo en algún pecado del que no pueden librarse; son lerdos y desinteresados para todo lo espiritual; silencian su profesión de fe; han perdido el fervor para orar, y sus corazones están fríos y falta el tesoro verdadero. Porque el corazón que ya no atesora la gracia de Dios ni tiene la paz de Dios que lo llene ni el Amigo que está por encima de todos los demás, pronto codicia nuevamente el pecado y la vanidad. Mucho más le pasa eso a las almas que aún no se han iniciado en la fe, ¡y todavía yacen bajo el yugo de la esclavitud del pecado!

En cambio, cuando el alma obtuvo ante Dios la feliz seguridad de haber sido perdonada, y vive en cercana amistad con su Salvador personal, ¡qué vida, qué delicia y poder, qué gozosa alabanza y qué valiente profesión de fe! ¡Qué disposición a separarse del mundo impío y de toda injusticia fluyen inmediatamente de ahí! A esas cosas se refirió Cristo cuando dijo: “Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, sino permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto” (Jn.15:4-5). Y San Juan dice: “Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe” (1 Jn.5:4). Lo mismo dice el profeta: “El gozo de Jehová es vuestra fuerza” (Neh.8:10).

Por eso, a fin de obtener poder para una vida santificada, para consagrarnos a Dios en nuestra profesión, para repudiar al mundo, para demostrar paciencia y fortaleza en los sufrimientos... ¡Cuán importante y necesario es poseer la seguridad de la gracia de Dios y estar estrechamente unidos a nuestro Salvador! Sí, cuán necesario es guardar esta verdadera confianza de un niño, que el apóstol llama el Espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Ro.8:15). ¡Guardemos esta fe como la más preciosa joya, como al ojo, o al corazón! Acaso no debiéramos reflexionar, entonces, y examinarnos en la presencia de Dios, preguntándose cada uno a sí mismo: “¿Poseo yo este íntimo Espíritu de adopción? ¿Poseo el testimonio de ser un hijo de Dios?”

6. El pecado, para mostrarse pecado, produjo en mí la muerte por medio de lo que es bueno, a fin de que por el mandamiento el pecado llegase a ser sobremanera pecaminoso. Ro.7:13

Al pecador que insiste y se esfuerza en realizar buenas obras para justificarse a sí mismo, no le sirve de nada Jesucristo el Salvador y la gracia de Dios. Quien confía en sus propios méritos, peca en pensamiento, palabra y obra por el solo hecho de procurarlos; ofreciendo sacrificios y penitencias, con esa actitud rechaza el único sacrificio aceptable por el pecado: El sacrificio de Cristo.

Puede ser que, impulsado por las demandas de la Ley en su corazón, evite sumergirse y revolcarse en el fango de la corrupción. Sin embargo, la aparente superación lograda así por el ser humano, no es más que la pobre y falsa "santificación" de un hipócrita. Es cierto que se ha convertido, pero sólo de ser una persona abiertamente impía, en alguien religioso, en un porfiado hipócrita, que se jacta de su propia justicia. Se ha convertido en un verdadero fariseo.

Repito: Quien conoce la impiedad de su naturaleza, la depravación e impureza de su corazón, y recurre a ayunos, oraciones, sacrificios, renunciamientos y obras de caridad, esperando obtener con eso la victoria sobre el mal, poniendo la confianza y esperanza de salvación en sus méritos personales, el tal se convierte en un fariseo.

La persona que padeciendo la opresión y la miseria del pecado, no cree en Cristo, no obtiene su gracia por medio de la fe, y rechaza el consuelo y la eterna bendición que Él ofrece, jamás llegará a ser un verdadero cristiano. Podrá ser un falso "santo", engañado e ilusionado con sus propios méritos, confiando en su aparente piedad; o un desesperado apóstata, que lo abandona todo, y vuelve a su anterior estado de diversión y alegría mundanas; o se entregará a la desesperación y al horror de la condenación. Y no estamos hablando aquí de los que deliberadamente se prestan a algún pecado manifiesto y favorito, sino de personas que realmente pretenden entrar por la puerta estrecha, pero que no son capaces de lograrlo. Su problema es que nunca le permiten a nadie explicarles debidamente qué es la verdadera santidad, o el verdadero propósito y objetivo de la Ley.

¡Ah, ojalá esta gente quisiera prestar atención a la Palabra de Dios! ¡Escuchar siquiera una vez! La Escritura dice expresamente: "Lo que dice la ley, se lo dice a los que están bajo la ley, para que toda boca se cierre, y todo el mundo quede bajo la sentencia de Dios" (Ro.3:19). Y en Ro.5:20 leemos: "La ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia".

La ley tiene que realizar su obra en tu corazón, si la conversión ha de ser verdadera. No significa que tú debes volverte más santo y piadoso por medio de sus demandas y exigencias. Ni que debes llegar a serlo mediante otro bautismo con el Espíritu y fuego. No, por medio de la ley

debes llegar a ser culpable, de “sobremanera pecaminoso”. Ninguna otra cosa te ayudará si deseas aprender el “arte” de recibir realmente a Cristo, de manera que engendre nueva vida en tu corazón. Dice en Gá.3:21: “Si la ley pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley”. Y en Gá. 2:21: “Si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”. La ley cumple su legítima función, sólo si se le permite penetrar el corazón. Mientras te toca superficialmente, puedes volverte una persona muy religiosa, tanto en tu imaginación como en tu conducta, pero sólo en apariencia; te convertirías en un fariseo, como se dijo anteriormente. San Pablo también se encontraba en esa condición, antes de “que viniese el Mandamiento” (Ro.7:9), antes de que las demandas espirituales penetrasen su corazón.

Así son muchas personas religiosas hoy en día. Observan la Ley pensando que con guardarla realmente pueden volverse mejores y más piadosos. Sostienen que sólo hace falta intentarlo con toda seriedad, y que nadie debiera desesperar, antes debiera seguir orando y luchando.

La verdadera conversión, sin embargo, es algo más profundo, la ley me muestra la maldad en mi corazón y me hace comprender que soy de “sobremanera pecaminoso”, para que sea avergonzado con todos mis presuntos logros, y hasta llegue a odiarme con todos mis “éxitos”, negándome a depositar cualquier consuelo en mí mismo. ¡Recuerda esto! Cuando Cristo explicó las demandas de la ley en el Sermón del Monte nos declaró que los requisitos espirituales de la Ley son tan elevados, que nadie es capaz de cumplirlos (Mt.5:21-48).

Por eso, cuando alguien nos dice que desea convertirse y volverse piadoso y santo, debiéramos contestarle: Muy bien, pero primero, antes que nada, tienes que aceptar que eres pecador e impío; o sea, tienes que humillarte y reconocer tu propia perversidad, y comprender la criatura perdida que eres, totalmente depravada e impura.

Sólo entonces podrás creer sinceramente en Aquel “que justifica al impío” (Ro.4:5), y llegar a ser realmente piadoso y santo.

7. **Purificados los corazones de mala conciencia.** He.10:22

¿Qué significa tener los corazones purificados? ¿Cómo ocurre eso? En Éx.12:22 se nos presenta un ejemplo de esto: Los israelitas debían mojar un manojo de hisopo en la sangre del cordero inmolado, y untar con ella el dintel y los dos postes del marco de la puerta de sus casas. El manojo de hisopo con el que deben ser untados nuestros corazones, es el Evangelio. Y éste efectivamente fue mojado en la sangre del Cordero de Dios. Y cuando se lo predica, se salpican gotas santas del mismo cordero en todas las direcciones.

Del principio al fin el Evangelio habla de la salvación obrada por la sangre del Cristo. El Evangelio dice: “En Cristo tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados” (Ef.1:7). “La sangre de Jesucristo, Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado” (1 Jn.1:7). Y: “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos” (Is.1:18).

Tales declaraciones salpican nuestros corazones con la sangre de Cristo, librándonos de una mala conciencia. Recuerda estas palabras: de una mala conciencia. La sangre de Cristo nos tiene que salpicar para que obtengamos una buena conciencia, para que la culpa de todos nuestros pecados sea plenamente removida de nuestra conciencia, mediante una firme y sincera confianza en el perdón de Dios. De manera que, totalmente purificados y reconciliados con Dios, podamos dirigirnos nuevamente a Él como a un bondadoso y amante padre. Esta es la gloriosa libertad de los hijos de Dios, a los que ya no se les imputa ningún pecado. La Ley ya no los condena. Ellos ya no están más bajo la Ley, sino bajo la gracia. Y por eso están en paz con Dios, como si jamás hubiesen pecado y fuesen perfectamente justos y santos.

Esta fe también nos libra del dominio del pecado. Cuando yo, pobre pecador, creo con firmeza y seguridad que Dios ya no me culpa de iniquidad, sino me dice: “Ten ánimo, hijo; tus pecados te son perdonados” (Mt.9:2), entonces las cadenas de esclavitud se rompen y triunfo, me regocijo, alabo la gracia de Dios ¡y maldigo el pecado! Y mi deseo más ferviente es poder servir al Señor todos los días de mi vida.

Pero para que esta salpicadura se realice, necesitas la fe que trae la paz a tu conciencia por todos tus pecados. Quien sabe, oye, canta y lee de la gran redención obrada por Cristo, pero sigue oprimido por sus pecados en su conciencia, pensando angustiosamente en la forma de reconciliarse, menosprecia con eso la sangre de Cristo, como si no hubiese sido suficientemente eficaz para quitar sus pecados.

Hablando de los sacrificios levíticos, el apóstol dice que cuando alguien quedaba con mala conciencia después de haber ofrecido sus sacrificios, y por eso volvía a sacrificar siempre de nuevo, esto demostraba que la sangre de toros y machos cabríos no tenía el poder de quitar los pecados. “De otra manera cesarían de ofrecer, pues los que tributan este culto, limpios una vez, no tendrían ya más conciencia de pecado” (He.10:1-2). ¡Pensemos en

estas palabras! Estaríamos declarando lo mismo acerca de la preciosa sangre de Cristo, si siguiésemos conservando una mala conciencia, después de haber sido “salpicados” con esa sangre. Con nuestra mala conciencia estaríamos declarando que la sangre de Cristo no fue capaz de quitar nuestros pecados. De otra manera estaríamos en paz con Dios, sabiendo que nos libró de nuestras culpas, y que fuimos purificados.

Detente aquí un momento y pregúntate: ¿Qué creo yo? ¿Que la sangre de Cristo efectivamente propició por todos mis pecados; que los quitó y borró? Pregúntate: ¿La sangre de Cristo me dio algo más de lo que le daba la sangre de toros y machos cabríos a los israelitas? ¿O la sangre de Cristo tampoco puede quitar pecados?

San Pablo expresamente recalca la diferencia entre la sangre de los sacrificios del Antiguo Testamento y la sangre de Cristo. Después de señalar que los primeros no pudieron quitar los pecados, observa con relación a Cristo: “Pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados... declara: Nunca más me acordaré de tus pecados y transgresiones, pues donde hay remisión de éstos, no hay más ofrenda por el pecado”. Y en seguida agrega: “Así que, hermanos, teniendo libertad para entrar en el Lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo..., acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia” (He.10:12,17,18,19,22).

El apóstol quiere que de una vez por todas reconozcamos que la sangre de Cristo efectivamente ha quitado todos nuestros pecados, y que ahora estamos realmente libres. Despierta, entonces, alma mía, y piensa en el delito que estás cometiendo al seguir confiando en ti mismo y teniendo a la sangre de Cristo por nada, como si no fuese capaz de quitar tus pecados. Sin duda tus pecados pueden ser terribles, grandes y numerosos. Pero jamás pueden ser tan grandes y numerosos, que la sangre del Hijo de Dios no sea mil veces más poderosa en su poder purificador.

Pídele fe a Dios, y deja que el Evangelio salpique tu corazón con la sangre de Cristo, hasta que quedes enteramente libre de una mala conciencia, de modo que confíes plenamente en la eficacia de la sangre de Cristo, y puedas desafiar felizmente así cualquier tentación, inclusive a la muerte, al diablo y al infierno.

Ora porque nunca procures otra redención que la de Cristo, muerto y resucitado por nosotros. ¡Sí, por nosotros!

8. Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Gál.4:4-5

¡Ah, eterno amor de Dios, que se apiadó tanto del mundo! Aquí se nos dice la razón por la cual el Hijo de Dios se convirtió en un ser humano, cuál fue su gran misión, y el propósito de su venida al mundo. Fue puesto bajo la ley, “para redimir a los que estaban debajo de la ley”. ¡Ah, tinieblas oscuras de incredulidad, que no nos quieren permitir entender esto! Observa a los que realmente creen que Dios nos ha dado a su Hijo para cumplir la ley por nosotros. No me sorprende que amen a ese Dios y Salvador. No me sorprende que por causa de ese sublime encanto celestial, y de la paz y del amor que los embarga, se vuelvan fervientes en el espíritu. No me sorprende que estén ardiendo de celo contra cualquier otro sacrificio que pretenda hacernos santos y justos.

Cuando Dios quiso salvar a la humanidad caída, y redimirla de la condenación de la ley, ¿qué habría de hacer? La ley debía ser satisfecha, de modo que no se anulase ni una jota ni una tilde de los requerimientos de la justicia divina (Mt.5:18). Y ahora el apóstol nos dice que el propio Hijo de Dios, puesto bajo la ley, efectivamente rindió esa satisfacción. Él que es el Señor de la ley, resolvió volverse su siervo y cumplirla en nuestro lugar. ¡Qué incomparable es el amor de Dios!

Si crees lo que declara toda la Escritura, que Cristo cumplió la ley, faltaría solo una cosa más para que estés tranquilo: que sólo gracias a la justicia de Cristo llegásemos a ser justos ¿Estás seguro que Cristo ha cumplido la Ley a la entera satisfacción del Padre eterno?

Te respondo: Sí, puedes quedarte completamente tranquilo: Cristo cumplió la ley perfectamente. Amó a Dios de todo corazón, con toda su alma, y con todas sus fuerzas, y con toda su mente. Cumplir la voluntad de su Padre fue su comida (Jn.4:34). Y en igual plenitud “amó a su prójimo como a sí mismo”, tanto que aún se olvidó de sí mismo y “derramó su vida hasta la muerte, y fue contado con los pecadores, habiendo Él llevado el pecado de muchos, y orado por los transgresores” (Is.53:12). “Se humilló a sí mismo, haciéndose obediente a la muerte, y muerte de cruz” (Fil.2:8). Porque fue “puesto bajo la ley” (Gal.4:4), también fue sometido al juicio y a la maldición de la ley que condenaba a los pecadores, como dice en Gá.3:13: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros”. Y en He.2:14-15: “Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre”.

Así cumplió todo por nosotros. ¡Alabado y engrandecido sea su Nombre! Él fue el único que pudo hacerlo. “Para esta tarea nos quedaba excesivamente grande la armadura”-diría Lutero. Y también: “Nos caímos de la montura...”

Ahora el mundo entero debería darle todo el honor a Cristo por la tarea cumplida, y reconocer que el Señor lo consumó todo. Lamentablemente, el diablo ofusca de tal modo los sentidos de la gente, que muchos cruzan por la vida sin reconocer el verdadero valor de lo que Cristo ha hecho.

Leemos, cantamos y decimos que Dios nos dio a su propio Hijo por hermano, para que cumpla la Ley y sea sacrificado como Cordero por nuestros pecados, y no obstante seguimos obsesionados con la idea de que, para agradar a Dios y estar seguros de su gracia y amistad, nosotros mismos debiéramos ser los intachables cumplidores de la ley. Con ampulosas palabras de nuestros labios alabamos al Mediador, pero luego apelamos nuevamente a nuestras obras para reconciliarnos con Dios.

Hay mucha gente que jamás, en toda su vida, demostró interés o aprecio por Cristo. Detengámonos entonces por un momento, y pensemos en lo que la Escritura dice en cuanto al beneficio y servicio de este gran don que Dios nos dio, cuando sometió a su Hijo a la ley. El apóstol dice que fue “para redimir a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gá.4:5). ¿No has visto u oído estas palabras nunca antes? ¿Acaso no debiéramos celebrar inmediatamente ese divino amor, y reconocer que lo que nuestro perfecto Cumplidor de la ley ha hecho por nosotros es suficiente y eficaz? El apóstol dice aquí que no lo hizo para sí, sino “para redimir a los que estaban bajo la ley”.

Que todos los que desean ser cristianos se detengan por un momento para considerar seriamente lo que significan las palabras: Cristo es el fin de la ley.

Sí, Él es el centro y meollo de la Escritura. Como dice en Ro.10:4: “Cristo es el fin de la ley, para justicia a todo aquel que cree”.

9. **Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios.** Ro.3:22-23

¿Cómo debemos entender correctamente estas palabras? Parece absurdo pretender que no existen diferencias entre los pecadores. Nuestros ojos nos enseñan lo contrario: ¡Que existen diferencias muy grandes! Pues vemos que mientras uno vive abiertamente en toda clase de pecados, otro lleva día tras día una vida honesta. Para aclararte este asunto, te pido que observes bien a qué se refiere nuestro texto. Estas palabras hablan exclusivamente de la justicia del hombre ante Dios; hablan de la “gloria de Dios” que el hombre debería poseer para obtener la salvación. Solamente con relación a Dios se acaban todas las diferencias entre pecados mayores y menores.

Por otra parte, la Escritura declara categóricamente que habrá diferentes grados de bienaventuranza o condenación eterna, que dependerán de nuestro comportamiento. Por ejemplo, en Mt.10:15 se mencionan castigos más tolerables, o más insoportables. Además, en 1 Co.15:41 también dice que la gloria de los bienaventurados será como el brillo de los astros celestiales, donde uno difiere del otro en esplendor. Pero cuando se trata de nuestra justicia y gloria natural ante Dios, como en nuestro texto, entonces ciertamente no hay diferencia; no son suficientes las obras de ningún ser humano; quedamos tan alejados de la justicia que vale ante Dios, que desaparece toda diferencia.

Vaya aquí una comparación: En el relieve de la tierra vemos que existe una gran distancia entre los picos más elevados de las montañas y el nivel más bajo de los valles. Pero si hablamos de la distancia de la tierra al sol, no tenemos más en cuenta los desniveles en la superficie terrestre. No decimos: La distancia del sol a los picos más elevados de las montañas es tal, y la del sol al fondo de los valles es otra. Antes decimos: La distancia es tan enorme, que los desniveles en la superficie terrestre no inciden ni interesan. “No hay diferencia”. Lo mismo sucede entre los hombres. Ciertamente existe una gran diferencia entre la delincuencia y la honestidad. Pero siendo que aun la persona más piadosa está todavía infinitamente alejada de la gloriosa justicia de Dios, no hay diferencia delante del Señor, en cuanto al mérito del piadoso y del impío.

Imaginémonos una prisión en la que los presos -todos criminales y asesinos convictos- comiencen a discutir sobre cuál de ellos es el más digno de un puesto de honor en el gobierno... ¡Sería absurdo! Todos merecen ser castigados por sus actos. ¡No hay diferencia! De la misma manera, cuando pensamos en que somos superiores debido a nuestra justicia natural, debemos recordar que delante de Dios todos somos grandes criminales, que transgreden diariamente el mayor Mandamiento, el de amar a Dios y confiar en Él sobre todas las cosas. Y aun el cristiano más devoto y consagrado, todavía debe pedir cada día perdón de Dios, y

reconocer que sólo merece su castigo, si Dios quisiera juzgarlo conforme a su ley.

No obstante, hay gente que se cree muy superior a otra, pensando que gracias a sus largas oraciones, vigiliias, penitencias y lealtad a la Iglesia, han progresado tanto, que ya no se los debiera comparar con otros cristianos más débiles. Ellos piensan que son una raza particularmente santa.

Pero ¡ay de ellos! Porque se dejaron seducir así por el Engañador. Si de veras fuesen sobrios y vigilantes, ciertamente se sentirían como se sintió David cuando dijo: "No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará delante de Ti ningún ser humano" (Sal.143:2). Y hablando de gente no convertida, aun sus mejores acciones son sólo pecado e hipocresía, siendo que sus corazones no están en una relación de fe y amor con el Señor. No importa lo grande que sea la diferencia externa entre ellos: Si son nobles y respetables miembros de la sociedad, personas de alta moral y responsables en el cumplimiento de sus deberes, inclusive celosos de Dios (aunque no conforme a ciencia, sino con la intención de auto justificarse (Ro.10:2); o si se trata de sujetos desvergonzados y degenerados, que practican abiertamente toda clase de delitos y maldades. Ante Dios, ambos caen bajo la misma sentencia, y necesitan la misma gracia, que para ambos está igualmente accesible, y es concedida a ambos con igual compasión, cuando la buscan a los pies de Jesucristo.

10. ¿Qué parte tiene el creyente con el incrédulo?... por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor. 2 Co.6:15-17

Si por su gracia Dios te eligió, te separó del mundo, y te llamó a ser su discípulo y amigo, para vivir en su bendita y santa comunión, entonces síguete de verdad, sincera y fielmente. Pues ni Él, (el esposo de tu alma) ni tu propio bienestar, te permitirán una conducta doble, una existencia dividida entre Dios y el mundo, entre Cristo y Belial.

¡Por eso, decídate! Porque no puedes dividirte y compartir tu amor. Separación es separación. Cristo es uno, y el mundo es otro. La amistad de Dios es una cosa, y la amistad del mundo, es otra. Jamás se podrán conciliar. ¡Entonces, decídate! Tal vez te parezca demasiado difícil seguir a Jesús y renunciar a la amistad del mundo. Si es así, ¿no sería mejor que dejaras de vacilar y te fueras con el mundo? Eso es mucho más fácil y agradable para la carne; y estarías en la misma situación que si divides tu amor entre Jesús y el mundo. Incluso, en un sentido estarías mejor, porque si divides tu amor entre Cristo y el mundo, pierdes a ambos. Al dividirte, no puedes disfrutar plenamente ni del mundo ni de la amistad de Dios. Y menos aún disfrutar el gozo celestial en la eternidad.

Pero, ¿cómo y dónde debemos separarnos del mundo impío? Supongamos que en cuanto se refiere a la mente y al corazón ya has sido regenerado, y consecuentemente separado del mundo, que con respecto a los temas espirituales ya tienes otros pensamientos en tu cabeza, y otros deseos en tu corazón; que tú amas lo que los impíos desprecian, y desprecias lo que ellos aman. Entonces también es necesario que te separes de ellos con todo tu santificado ser interior; que te separes de las palabras y acciones pecaminosas de ellos, y de todo lo que es causa de pecado o tentación al mismo, fuesen entretenimientos, compañías o cualquier otra cosa. En cuanto a tu forma de hablar o actuar, tu comportamiento, compañías y entretenimientos, tú mismo puedes elegirlos, pero para ello tendrás que separarte completamente de los impíos. Cuando ves y oyes a otros mirando, escuchando o comentando vanidades, tú, siendo un discípulo de Cristo y templo del Espíritu Santo, debes darles a entender que tu corazón es un jardín cerrado para esas amistades, abierto solo para el Amado de tu alma.

Debes hacer un pacto con tus ojos, como lo hizo Job (Job 31:1), de no mirar cosas vanas; y un pacto con tu lengua, de no incurrir en charlatanería ligera y vulgar, y hablar en cambio de las maravillas y bendiciones del Señor, toda vez que se presente la oportunidad para ello.

Cuando otros, aun pretendiendo llamarse cristianos, pisotean abiertamente los Mandamientos de Dios, pronunciando su santo nombre en vano, o profanando el día de reposo, tú debes resistir, y tener el coraje de ser diferente, de hacer otra cosa. Debes temer a Dios y amarlo tanto, que no desees obrar en contra de su voluntad. Me estoy refiriendo aquí a salir del mundo, más allá de los pecados que la gente respetable del mundo

también reconoce como maldades, tales como el odio, la inmundicia, la deshonestidad, etc.

Para decidir qué está bien y qué está mal, observemos la regla de no juzgar nunca lo reprobable o defendible de un hecho, de acuerdo a la costumbre u opinión de la gente, sino sólo de acuerdo a la Palabra de Dios y al ejemplo de Cristo y de los santos. Si se nos presenta una compañía o un entretenimiento aparentemente inocente, pero contrario a las enseñanzas del Espíritu, -de modo que el Señor no participaría en ese acto, que no podríamos invitarlo a hacerlo ni podríamos hacerlo en su Nombre-, debemos evitarlo. O si comprendes que con hacerlo tu hombre interior obtendrá más pérdida que ganancia, entonces huye de esa compañía o de ese entretenimiento. Aquí valen las palabras del apóstol: "No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas" (Ef.5:11).

Al mencionar aquí las compañías, no se quiere recomendar que te retires de las personas a las que te une tu profesión terrenal. Lo único que hace falta es huir de sus pecados. Me refiero a las situaciones en que estás en condiciones de elegir tus compañías por ti mismo. En estos casos debes apartarte de los que están en contra de tu Señor. Aunque algunos podrán decir que esto es despreciar al prójimo.

¿Acaso no debemos amar a todos los semejantes? Sí, pero el cristiano debe amarlos en la forma en que los amó el Señor. Es cierto que Él amó a todos, y que los amó tanto que dio su vida por ellos, pero jamás cultivó intimidad con los enemigos de su Padre y de su Reino. Lo mismo debes hacer tú. Ama, sirve y dedícate a todos, pero no pienses que es tu deber consentir con los enemigos de tu Señor. Eso sería ser cómplice de ellos, consentir con ellos, lo que implicaría llamar bueno lo que es malo, y malo lo que es bueno. Imagínate si los discípulos de Cristo se hubiesen reunido con los escribas y fariseos, enemigos de su Señor, aunque fuese sólo de vez en cuando; y hubiesen cultivado estrecha amistad con ellos. ¿Habrían sido leales a Jesús? Judas lo hizo, y el resultado fue que traicionó a su Maestro y lo entregó a sus enemigos.

Tal vez pienses que no debes considerar enemiga de Cristo a la gente con la que cultivas amistad, pues son buenos y decentes. Haz entonces la prueba. Si tu compañía no tolera que hables bien de tu Señor, debieras comprender dónde estás, es decir, entre sus enemigos. En tal compañía, o bien tendrás que confesar con todo tu ser que eres un discípulo de Cristo, y consecuentemente ofender a tus compañeros; o bien tendrás que negar y ofender a tu Señor, y violar tu conciencia por vacilar y eludir tu obligación, y disimular la verdad, por evitar el compromiso. Quien prefiere calentarse al fuego con los enemigos de Cristo, debiera pensar adónde condujo eso a Pedro (Mr.14:54).

11. **¿Me amas?** Jn.21:16

Quien pregunta es el propio Señor, el que juzgará a las naciones en el último día. Es Aquel al que hablas en oración. ¡Ah, si pudiésemos arrastrarnos sobre nuestras rodillas, si fuese necesario, para oírle a Él mismo lo que Él desea de nosotros. La respuesta, es que antes que nada, desea tu amor. Espera, y guarda *tu* respuesta, hasta que hayas entendido bien *su* deseo.

Recuerda que su pregunta es: ¿Me amas? Él no te pregunta: ¿Me vas a servir? O: ¿Me vas a obedecer? Ni siquiera: ¿Me vas a confesar? Sino: ¿Me amas? Tampoco pregunta: Amas lo mío, sino me, a Mí. No pregunta: Amas mis poderes, o mis dones, sino me amas, ¿a Mí? Yo, en Mí mismo, soy un bien para tí; soy tu consuelo y eterna bendición. ¿Me amas? Le amas cuando le sirves y obedeces, porque Jesús dice: “El que me ama, mi Palabra guardará... el que no me ama, no guarda mis palabras” (Jn.14:23-24). Y San Juan dice: “Este es el amor a Dios, que guardemos sus Mandamientos” (1 Jn.5:3).

Pero no te apures en interpretar esto a tu manera. No es necesariamente una prueba de amor a Jesús, el hecho de que alguien aparentemente le sirva y obedezca y realice las obras que nos manda hacer. ¡No! Eso de guardar sus Mandamientos comprende mucho más. Podemos ser excelentes siervos del Señor, poseer un gran conocimiento espiritual, ser ricos en las obras más santas, y desplegar un gran celo a favor de Cristo, y sin embargo no amarle debidamente. Porque en la carta “al ángel de la Iglesia de Éfeso” el Señor dice expresamente que este ángel (Pastor) no sólo poseía el conocimiento cristiano general, sino una comprensión clara y profunda de la verdad: “Has probado a los que dicen ser apóstoles y no lo son, y los has hallado mentirosos” (v.2). Más aún, dice que este Pastor no era uno de esos que solamente poseían conocimiento teórico y palabras bonitas, sino también poder y celo para realizar obras santas. Sí, había trabajado tan fielmente por la causa de Cristo, que había sufrido a consecuencia de ello, y soportó con paciencia los sufrimientos. El Señor declara que este Pastor no sólo era un predicador sabio y diligente, sino que también guardaba buena disciplina en su Iglesia, y resistía a los falsos maestros. Resumiendo todo esto, tenemos aquí la hermosa descripción de un siervo de Cristo poco común. Pero, a pesar de todas sus virtudes, había dejado su primer amor (v.4). Y sólo por causa de eso su estado era tal, que de no arrepentirse, “el Señor vendría pronto, y quitaría su candelero de su lugar”(v.5).

De este ejemplo podemos deducir que guardar sus Mandamientos significa algo más que realizar algunas obras de acuerdo a sus Mandamientos.

Por eso, aunque fueses un siervo de Cristo tan excelente como el Pastor de Éfeso, el Señor todavía tendría una pregunta para ti: ¿Me amas? Debemos prestar especial atención a la palabra ME, en la pregunta: “¿Me amas?” El amor de la esposa se diferencia muchísimo del “amor” de una

prostituta. Muchas personas sienten cierto amor a Cristo, pero sólo porque Él les concedió bienes materiales y buena salud. Jamás se acercaron a Él como pecadores perdidos, que hallan sólo en Él la salvación de sus almas. Nunca se sintieron cautivados por su amor por los perdidos, ni por lo que Él es en realidad. Lo aman por sus valiosos regalos temporales. Y ese es el "amor" de una ramera. Y no nos referimos aquí sólo a gente vil y codiciosa como Judas Iscariote, que siguió a Jesús por amor al dinero (Jn.12:6). Ni a personas como el mago Simón, que quiso comprar el don del Espíritu Santo con la misma intención corrupta (Hch.8:9-24). No, sino que nos referimos aquí al engaño profundo y sutil de nuestra naturaleza, cuando se idolatra a sí misma; engaño éste, que proviene de las fascinantes palabras de la antigua Serpiente: "Seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal" (Gn.3:5). Porque desde el día de la caída en el pecado, la naturaleza humana se contaminó con deseos sensuales impuros y ambiciones egoístas, como en el caso de Adán.

Todos, incluso los cristianos, tenemos la fuerte tendencia de caer en esos abominables pecados. Por ejemplo, cuando alguien descubre, como en el caso de Simón el mago, que en el Nombre de Jesús se puede obtener poderes espirituales; que en Jesús "están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento" (Col.2:3), entonces, a fin de obtener esos poderes, se hace discípulo de Cristo, lo "ama" y le sigue, lo adora e invoca. Pero todo el tiempo con su mirada fija en esos dones y poderes, y no en lo que Cristo hizo por él ni en la Persona de Jesús.

El ser humano puede conocer con su mente la vida y obra de Cristo; y puede alabarlo con sus labios, pero al mismo tiempo, seguir codiciando en su corazón los dones especiales de Él, sin amarlo de verdad. Todo el deseo de su alma está concentrado en esos dones, no en el Salvador crucificado. ¡Ah! Ojalá que por amor al Señor y por la salvación de nuestras almas, nos volvamos tan honestos como para prestar atención al objeto del amor de nuestro corazón, para determinar si lo que procuramos es realmente la gracia del perdón, el fruto de la propiciación, la purificación en la sangre de Cristo. No sirve de nada que seamos cristianos sólo de cabeza o de lengua. ¡Detente a pensar qué o quién ocupa el primer y último lugar en tu corazón!

12. **Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor así de los muertos como de los que viven.** Ro.14:9

Los fieles creyentes en Cristo le pertenecen a Él siempre, tanto vivos como muertos. Esta bienaventurada condición es el fruto de la perfecta obra salvadora de Cristo; de su muerte, resurrección y eterna exaltación como nuestro Sumo Sacerdote y Rey. El verdadero propósito de toda su obra expiatoria era redimirnos del poder del pecado, de la muerte y del diablo. Él quiso obtener para Sí el derecho de perdonarnos, rescatarnos y constituirnos como ciudadanos de su Reino, ahora y para la eternidad. Sí, como dice nuestro texto: Para ser nuestro Señor, no sólo mientras vivimos aquí, en este mundo; sino también en la vida eterna después de nuestra muerte. Ese es el sentido de las palabras: “Cristo para esto murió y resucitó, y volvió a vivir, para ser Señor tanto de los muertos como de los que viven”. Tenemos aquí una obvia analogía entre Cristo, que murió y resucitó, y los súbditos, que vivos o muertos, quedarán bajo su dominio.

Sabemos bien que se requirió tanto su muerte como su resurrección, para salvar nuestras almas. También sabemos que quien obtuvo el perdón y es salvo, pertenece al Señor, primero durante su vida en este mundo, y también después de su muerte, en la gloria celestial. Y todo esto gracias a la misma obra expiatoria, la muerte y resurrección de Cristo. Esto es lo principal. El apóstol nos muestra que la cabeza precede en todo, y que luego siguen los miembros.

Primero vino Cristo a este mundo, para vivir y morir, luego resucitar y volver a vivir eternamente. El mismo camino debemos recorrer también nosotros, y a cada paso pertenecerle enteramente al Señor, primero durante nuestra vida en este mundo, luego en nuestra muerte, y finalmente en la vida eterna del más allá.

Cuando el apóstol afirma, que Cristo obtuvo el derecho de ser nuestro Rey o Señor, con ello también explica por qué los creyentes nunca más deben vivir “para sí mismos”, sino considerarse en todas las instancias de su vida, posesión suya y servidores suyos. Él es nuestro legítimo Señor, Redentor y Amo. Por lo que también le corresponde gobernarnos, no solo en esta vida, sino también a través de la muerte y por toda la eternidad.

Muchos aprendimos y declaramos nuestra fe en Cristo, con la explicación de Lutero del segundo Artículo del Credo Apostólico: “Creo que Jesucristo, verdadero Dios... y verdadero hombre... es mi Señor, que me ha redimido, rescatado y ganado a mí, hombre perdido y condenado, de todos los pecados, de la muerte y del poder del diablo; para que yo sea suyo, y viva bajo Él en su Reino, y le sirva en eterna justicia, inocencia y bienaventuranza, así como Él, resucitado de los muertos, vive y reina en la eternidad”.

Esto es exactamente el sentido de nuestro texto y el resumen de todo el Evangelio de Dios. Es el fundamento de nuestra santa relación con

Cristo. Por eso, el ferviente deseo de todos los cristianos es agradar en todo al Señor y procurar la gloria de su Nombre. O sea, vivir para Él.

En 2 Co.5:15 el apóstol también dice: "Cristo por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos". Desde que Cristo murió en lugar de todos, ninguna de las personas por las que murió puede seguir considerándose independiente y separado de Él. Deben considerarse siempre como miembros de su cuerpo, ligados y pertenecientes a Él, y por consiguiente, destinados a servirle. Por esta razón murió por todos.

¡Quiera Dios abrir nuestros ojos y nuestro entendimiento en este asunto! Si es cierto que el Hijo de Dios asumió naturaleza humana por amor a nosotros, y que dio su vida "ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas" (He.5:7), para que nosotros, a pesar de todos nuestros pecados, por medio de Él recobrásemos la vida y obtuviésemos eterna gracia, y heredásemos finalmente la bienaventuranza celestial, ¡cómo no habríamos de entregarle entonces toda nuestra vida, y dedicar todo lo que decimos y hacemos gozosamente a su gloria, servicio y agrado! Nadie tiene el derecho de disfrutar la vida presente, si no vive para Aquel que nos ha redimido de la muerte y condenación eterna. Ya es suficientemente lamentable, que aun los creyentes que se consagraron sincera y enteramente al Señor, no logren vivir perfectamente a su servicio y gloria.

Pero, cuánto más terrible es cuando una persona ni siquiera dedica su vida a su glorificación, antes vive libre e intencionalmente para sí misma. Sin duda será una vida sin bendición alguna. Con referencia a esa clase de vida, Lutero profirió las horrendas palabras: ¡"Maldita al más profundo infierno la vida del que vive para sí mismo"! Sin embargo está a la vista de todos, cómo los hijos de este mundo viven exactamente esa clase de vida maldita, totalmente libres de la preocupación por el honor y la voluntad del Señor, procurando únicamente su propio placer en todos sus pensamientos, palabras y obras. Están ignorando y "negando al Señor que los rescató" (2 P.2:1), aunque profesen el nombre de cristianos. Y ciertamente no puede ser diferente mientras estén espiritualmente muertos.

Cuando alguien realmente vive para el Señor, es sólo por un milagro de su gracia, que ha creado el nuevo nacimiento. Quienes resisten a la gracia que los llama al arrepentimiento y a la conversión, tienen que quedar entonces bajo el dominio de su naturaleza pecaminosa, y vivir sólo para sí mismos, bajo su propia responsabilidad. Y quienes viven así, para su placer personal, también morirán en la misma condición. Se condenarán a sí mismos a la muerte y al juicio. Sólo los que viven "en el Señor", en comunión con Él, sí, únicamente éstos también morirán "en el Señor", y entrarán a su gloria.

13. Dios puso a Cristo Jesús como propiciación por medio de la fe en su sangre para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados. Ro.3:25

El apóstol explica enseguida, -en el próximo versículo-, qué se debe entender aquí por justicia de Dios. Dice en el v.26: "...con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que Él sea el Justo, y el que justifica al que es de la fe en Jesús". Dios es Justo, y también es Él quien justifica a los creyentes.

Esta justicia de Dios se manifestó cuando dio a su Hijo para ser un sacrificio propiciatorio. De modo que justicia de Dios significa aquí su justicia de Juez; en otras palabras, su rectitud.

La muerte propiciatoria de Cristo expuso y manifestó la justicia de Dios en dos etapas. La primera fue la indulgencia de Dios en tiempo del Antiguo Pacto, como lo expresan las palabras del apóstol: "...a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados" (v.25). Y la segunda, en tiempo del Nuevo Pacto, el perdón y la justificación de los pecadores que creen en Jesucristo,

En cuanto a la primera ocasión, parece que el apóstol quiere decir: En tiempos pasados Dios soportó a los pecadores sin infligirles todo el castigo que demandaba la Ley. Porque si Dios hubiese revelado inmediata y plenamente su justicia punitiva, y hubiese obrado con los hombres de acuerdo a sus méritos, habría tenido que exterminarlos de la faz de la tierra. sino que, habría tenido que destruir no sólo a todas las naciones paganas; habría tenido que acabar también con Israel su pueblo elegido. En ese caso se habría desvanecido su plan de gracia para con toda la humanidad, incluso el pacto con Israel. Es como si durante todo el tiempo previo al envío de su Hijo, Dios se hubiese olvidado de castigar a los hombres de acuerdo a sus pecados; como si toda la humanidad estuviese descansando bajo la sombra de la paciencia de Dios.

Pero cuando vino Cristo, el tiempo de esa indulgencia habría de terminar. Y cuando la justicia divina reclamó el pleno castigo de los pecados del mundo, en el sangriento sacrificio del unigénito Hijo en la cruz, quedó bien claro icuánta paciencia y misericordia había tenido Dios con la humanidad!

En cuanto a la segunda ocasión el apóstol dice: "...con la mira de manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que Él sea el Justo, y el que justifica al que es de la fe en Jesús". Aquí se habla de algo más que simple indulgencia y paciencia. Aquí se habla de la gracia plena, que justifica al que cree en Jesucristo.

Cómo la santidad y la justicia de Dios puede justificar a los pecadores, habría de manifestarse en la dolorosa y cruel muerte expiatoria de Cristo.

¡Ah, qué palabras más alentadoras para alegrar el corazón! El apóstol afirma que Dios ha puesto a su Hijo, para ser la propiciación por medio de su sangre, a fin de mostrar la justicia, por la que justifica a los que

creen en Jesús. Interpuso una legítima propiciación, con el objeto de poder ser a un mismo tiempo “el Justo, y el que justifica al que cree”. Si no hubiese dispuesto esa compensación legítima y completa por todos nuestros pecados, tampoco podría haber justificado a los pecadores y seguir siendo perfectamente justo. Porque la justicia demandaba que los pecadores fuesen castigados, no justificados. Pero ahora, desde que se ofreció una legítima propiciación, Dios puede ser a un mismo tiempo “el Justo, y el que justifica al que cree”.

¡Regocíjese el cielo y alégrese la tierra! El indulto del pecador ahora es compatible con la Justicia. Si así no fuera, tampoco sería posible perseverar en la fe, ni siquiera por la gracia de Dios. Siempre tendríamos que temer que nuestros continuos pecados acabarían cansando a Dios. Pero ahora Dios mismo dispuso que la propia justicia demande el perdón, porque no sería justo reclamar dos veces el pago de la misma deuda.

Si la sangre de Cristo ha pagado por nuestros pecados, no se exigirá más pago de nosotros, en tanto que Dios sea justo y no rechace el rescate que Él mismo fijó por nuestros pecados.

Así, en la propiciación de Cristo Dios expuso con toda claridad su justicia, con la que perdona y justifica a los pecadores. “A Dios nadie lo vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, Él lo ha dado a conocer” (Jn.1:18).

En Cristo han resplandecido las más excelentes cualidades de Dios: Su infinita misericordia, y su perfecta justicia. Satisfizo a la justicia con todo lo que pudo reclamar. De modo que ahora tanto la misericordia de Dios como su justicia, le puede asegurar a todo pecador creyente la gracia y la salvación eterna.

Ahora entendemos que Dios no sólo es piadoso, sino también fiel y justo, para perdonar pecados. En vez de conformarse con la satisfacción de tan sólo una pequeña parte de sus reclamos, la justicia exigió la plena compensación. Y si tomamos en cuenta la majestad de la Persona que ofreció esa compensación, tenemos que reconocer que la justicia divina ha sido exaltada en sumo grado.

14. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente. Lc.10:27

Este es el primer y mayor Mandamiento. ¿Y qué puede ser más razonable, que la obligación de amar a Dios de esa manera? ¿Acaso no es acertado y justo, que cada latido, cada pensamiento, toda nuestra inteligencia y facultades mentales, nuestro cuerpo con todas sus fuerzas, nuestra alma y toda nuestra vida deben pertenecer y estar dedicados a Él en todo momento? Ningún momento de nuestra vida debe transcurrir sin que nuestra alma se vuelva a Él deseosa y amante, inquiriendo por su voluntad y agrado, prestando atención a todas sus indicaciones.

Por cierto, nada inferior a eso es justo para seres creados a la imagen de Dios. Y es precisamente esto lo que expresan las palabras: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente".

La orden de amar a Dios de todo corazón, significa expresamente que debes amarle de verdad, sin hipocresía, de modo que Él sea el principal objetivo de tu atención, el que sobrepasa a todo lo demás, y de quien todo procede.

El ser humano ha sido hecho de tal forma, que nunca puede amar a dos sujetos con igual intensidad. Como lo señala Jesús en Mt.6:24, al hablar de Dios y de las riquezas, uno de ellos siempre será el principal objeto de los afectos de tu corazón, en el que piensas más, al que te sientes unido con mayor devoción, el que más te encanta. Y Dios quiere ser el principal destinatario del amor de tu corazón. Eso es lo que significan las palabras: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón". El resto del versículo no es más que un desarrollo de las cosas que acompañan a esa primera parte.

Cuando agrega: "...y con toda tu alma", simplemente quiere decir que cuando amas a Dios de todo corazón, también le entregas toda tu vida, de manera que, en comparación con Él, estimas de poca importancia tu propia conveniencia, honor, placer... sí, aun tu propia vida.

En el lenguaje de la Escritura, la palabra alma generalmente significa la vida, todo lo que perciben nuestros sentidos. De modo que si te quiere dominar el amor a cosas materiales, o a algo muy personal; o si el temor a los sufrimientos quiere separarte de tu Señor, inmediatamente te desligas de todo y dices: "Prefiero perderlo todo, o sufrir cualquier cosa, con tal de retenerte a Ti, oh Señor..." "Fuera de Ti, nada deseo en la tierra" (Sal.73:23-28).

También dice: "...y con todas tus fuerzas", lo que significa que en todo momento, todas tus facultades se ocupen de Dios, adorándolo y sirviéndole. De modo que tus pensamientos estén en continua conversación con Él; que tu imaginación, fuerzas y emociones siempre tengan como objetivo a Dios; que tus ojos miren y tus oídos oigan sólo lo que pertenece a Dios! Que tu lengua quiera hablar todo el tiempo de Él, y tus manos quieran hacer algo para servirle.

Finalmente dice: "...amarás al Señor tu Dios... con toda tu mente", o textualmente "con todo tu entendimiento". Amar con toda la mente o con todo el entendimiento es ocuparse por hallar en toda ocasión la mejor manera de agradar y servir al ser amado.

Significa, en otras palabras, prestar atención al gusto y agrado del ser querido, de modo que lo que a él le agrada siempre sea lo más acertado, agradable y mejor también para el que lo ama. ¡Trata de entender entonces lo que significa amar a Dios con toda la mente! Significa que si Dios dispone, permite o causa un dolor, no importa lo penoso que fuese, inmediatamente lo acepto como saludable y precioso, sólo porque mi buen Dios así lo ordena.

Y finalmente, que eso sea también tu propio deleite, porque amar a Dios con toda la mente es exactamente lo contrario a hacer algo solo por obligación o deber. Por lo tanto, si te cuesta, si te parece difícil hacer o sufrir algo por amor de Dios, de modo que todavía tienes que combatir un malestar dentro de ti, es señal de que aún no amas a Dios con toda tu mente. Amarás a Dios de tal modo, que no importa lo que permite u ordena que te sobrevenga, tú siempre lo aceptarás como saludable y valioso por su causa, porque Él así lo quiso, aunque a ti te parezca sumamente amargo. Por ejemplo, si se te priva de lo más querido que posees en este mundo, o si se te destruye toda tu felicidad terrenal, o si se te arruina completamente tu buen nombre y reputación... todas estas situaciones son sumamente penosas en sí mismas, pero por causa del agrado de tu Dios, te deben resultar gratas y preciosas, sólo porque Él así las dispuso.

Esa es la enseñanza contenida en las palabras: "Amarás al Señor tu Dios... con toda tu mente". Pues ¿cómo podría alguien amar a Dios con toda su mente, mientras todavía no ama lo que le agrada, o siente aversión a un Mandamiento que Él ha ordenado, o a un sufrimiento que Él ha dispuesto?

Al que ama a Dios con todo su corazón, con toda su alma, y con toda su mente, sin duda le debe encantar todo lo que a Él le gusta, no importa lo dulce o amargo que fuese. Sólo porque Él lo dispone así.

15. **Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él.** 2 Co.5:21

¡Ah, qué expresión más fuerte! Aquí no se dice que Jesús fue convertido en ofrenda por el pecado, sino en pecado, “fue hecho pecado”. Eso significa, que Dios le impuso a Cristo los pecados de todo el mundo de tal modo, que éste pudo llamarse propiamente pecado. Fue hecho el propio pecado, de modo que Dios no lo tuvo por otra cosa sino por puro pecado. Dios vio a su Hijo sólo como un montón de pecados, como si fuese una masa de pecado, a fin de concentrar en Cristo todo el castigo, toda la ira divina, todo el terror del infierno, itodo el derecho que el diablo había adquirido sobre nosotros por causa del pecado!

Todos los pecados fueron acumulados sobre Cristo, como si en Él tuviesen su origen, lugar y permanencia. Como dijo Lutero: “Cuando el piadoso Padre arrojó todos nuestros pecados sobre Cristo, le dijo: Tú serás lo que todos los seres humanos han sido y siguen siendo, desde el comienzo del mundo hasta su fin. Serás el transgresor que tomó el fruto prohibido en el paraíso; serás el David que cometió adulterio y homicidio; serás el Saulo que persiguió a los fieles, blasfemó a Dios, e injurió a la Iglesia... en fin, serás lo que son todos los seres humanos, como si sólo tú hubieses cometido todos los pecados de cada uno de ellos. Por lo tanto, piensa ahora en cómo pagar y propiciar por ellos”.

Cuando el Mediador llevó los pecados del mundo sobre sí, toda la maldición de la Ley cayó sobre Él, o sea: Toda la justa ira de Dios, toda la desgracia y condenación que los pecados de todo el mundo merecían. Esta lucha comenzó en el Getsemaní, y fue tan cruel, que le exprimió a nuestro gran Salvador, gotas de sangre como sudor, algo jamás oído ni visto anteriormente (Lc.22:44).

Por eso oímos al valiente Autor de nuestra salvación orar y suspirar con lágrimas, como un débil y quebrantado pecador. La ley de Dios que le imputaba nuestras culpas, no era broma, sino implacablemente severa. Una vez que Dios había cargado el pecado del mundo sobre Él, Cristo ni siquiera pudo apelar más a su inocencia. Debíó comparecer ante su Padre como un gran pecador, y sentir toda la maldición de la Ley. Esto se cumplió con su muerte en la cruz, que abarcaba toda la maldición de la Ley (Gá.3:13). Ahí, finalmente, también la muerte libró su batalla decisiva contra la vida. En efecto, la muerte es un poderoso tirano en todo el mundo, porque somete a reyes, gobernantes y a toda la humanidad. Allí en la cruz, embistió contra Cristo, con toda su saña, y lo quiso someter y devorar también a Él. Hasta pareció que lo había logrado, cuando el Señor entregó su espíritu con gran clamor y lágrimas. Pero como en Él también estaba la vida eterna, -aun cuando permitió que sus enemigos lo sentenciasen y matasen-, esta vida eterna prevaleció, venciendo y destruyendo a la muerte. Precisamente, con la inocente muerte de Cristo por los pecados del mundo, Cristo obtuvo la gran victoria con la que

aplastó la cabeza a la serpiente (Gn.3:15). Todos los reclamos de la Ley contra la humanidad habían sido satisfechos. La culpa del pecado había sido completamente pagada y expiada. La vida había triunfado sobre la muerte, con lo cual el diablo perdió su dominio. El acusador había sido juzgado y arrojado afuera, y por la sangre del pacto los presos fueron sacados de la cisterna (Zac.9:11). Porque Cristo había conquistado para todos eterno perdón, vida, libertad y justicia, de manera que los ángeles y las multitudes de los redimidos podían entonar ahora el himno de la victoria: “Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza y la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Ap.5:13). Era la gloriosa victoria de la que se escribió: “Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo” (1 Co.15:54-57).

Así, mediante la gloriosa victoria de Cristo, todo el mundo ha sido ahora redimido por Él, tan cierta y tan completamente como había caído y se había perdido en Adán. Y sin merecerlo, todo el mundo obtiene, por medio de Cristo, vida eterna de la misma manera en que había heredado pecado y muerte de Adán.

Esta herencia adánica es algo que todos sentimos dentro de nosotros, a cada momento. La herencia de Cristo, en cambio, no la vemos ni sentimos. Sólo se la predica y ofrece en el Evangelio, y la recibimos por medio de la fe, de modo que el Señor Dios ve en nosotros sólo a Cristo y sus excelentes méritos. Dios ve el pecado de toda la humanidad completamente expiado. Dios ve a toda la humanidad totalmente justificada y santificada en Cristo. Sí, por el mérito de Cristo la ve tan hermosa como al principio, cuando vio todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera (Gn.1:31). Si el mundo no hubiese sido restaurado así a los ojos de Dios, Cristo no habría cumplido perfectamente su obra redentora. Ahora, para nuestra eterna salvación y bienaventuranza, sólo nos resta creer en Cristo y ser bautizados (Mr.16:16; Hch.2:38), y de ese modo, nacer de nuevo (Jn.3:3-5), honrar a Cristo (Sal.2:12), y ser convertidos a Él (Hch.3:19-26).

“Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: Si vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Is. 1:18) ¡Que incluso el ateo se vuelva de su mal camino! Que se vuelva a Cristo todo aquel que tenga sed de perdón y salvación, y “tome del agua de vida gratuitamente” (Is.55:1; Ap.22:17).

16. **Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a Éste crucificado.** 1 Co.2:2

Tal vez preguntes: ¿Nos han dado las Sagradas Escrituras algún rasgo distintivo del Reino de Dios, por el que podamos reconocer la diferencia entre la “verdadera gracia de Dios”, o sea, entre la única espiritualidad correcta, y la falsa? ¿Será posible que Dios, anticipando todas las diferentes opiniones futuras con respecto a la enseñanza correcta del cristianismo y su doctrina principal, -que tiene tan extraordinario efecto-, no nos haya dado ese rasgo característico? Gracias a Dios, está ahí, claramente declarado. Quienes ya han llegado al conocimiento de la verdad y tienen ojos para ver, lo encuentran en cada página de las Escrituras.

Para ellos está tan claro, que lo ven como la única cosa de la que depende todo lo demás. Lo ven como el rasgo característico, el poder extraordinario y el tema principal de todo cristianismo auténtico; es decir, que Cristo, Cristo mismo a todos se hizo el todo en el alma de los creyentes de manera que cada cristiano puede decir efectivamente con San Pablo: “Cuántas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo, y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo...con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”(Fil.3:7-8; Gá.2:20).

Y como dice nuestro texto: “Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a Éste crucificado” (1 Co.2:2). En otras palabras, el apóstol dice: “Estando entre ustedes, no quise saber de otra cosa sino de Jesucristo y, más estrictamente, de Jesucristo crucificado”.

Cada creyente confirma la verdad escrita en 1 Jn.5:11-12: “Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida. El que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida”. Los creyentes encuentran tales testimonios en todas las páginas de las Escrituras. Lo que dicen los pasajes citados, no es nada nuevo para ellos. Sin embargo, siguen deleitando sus corazones. Estos pasajes anuncian el efecto extraordinario y el rasgo característico del cristianismo. A través de ellos el Espíritu del Señor habló de un signo distintivo, de un asunto muy serio, y de una evidencia para el autoanálisis, para todos los que desean saber con certeza si tienen la verdadera fe.

En el capítulo 14 del Apocalipsis leemos del cántico nuevo entonado delante del Cordero en el monte Sion, por la multitud de los redimidos. En el versículo 3 dice expresamente: “Y nadie podía aprender el cántico sino aquellos ciento cuarenta y cuatro mil que fueron redimidos de entre los de la tierra”.

Aquí podemos ver que el Espíritu del Señor desea colocar ese cántico como signo distintivo del pueblo escogido de Sion. ¿Y en qué consistía ese cántico, que nadie pudo aprender salvo los redimidos? San Juan declara que cantaban delante del Cordero: “Tú fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios” (Ap.5:9). ¡O sea que cantaban acerca del mérito del Cordero, de nuestra redención por su sangre! Alguien en seguida dirá: ¿Quién no cantaría eso, y quién no sabe que esa redención es la mayor hazaña en el cielo y en la tierra? ¡Pero piensa en lo que las Escrituras quieren decir cuando dicen que los redimidos cantan esto, nada más que esto, y que nadie más puede aprender ese canto sino los sellados! No es suficiente que lo sepamos, o que lo reconozcamos y cantemos sólo con nuestras bocas. Las Escrituras no nos enseñan a ser hipócritas, y quien no desea engañarse a sí mismo, debe prestar atención a la intención de las Escrituras.

Reflexionemos en lo que significa que ese cántico exaltaba únicamente los méritos del Cordero, y no otra clase de beneficios divinos. Sin duda alguna, esa bendita multitud en el monte Sion sabía mejor que nadie de todas las espléndidas obras de Dios, y las reconocía como tales; las obras de la creación y de la providencia, como también los dones particularmente preciosos, las obras dignas de alabanza del Espíritu en el corazón del hombre. ¿Qué puede significar entonces, que en este cántico exalta únicamente la gloria del Cordero y su obra redentora: “Tú fuiste inmolado y nos has redimido para Dios con tu sangre”? ¿Qué otra cosa puede significar, sino lo mismo que mencionaba San Pablo, al decir que no quería saber de otra cosa que de Jesucristo crucificado? ¿Qué sólo eso era el consuelo, el gozo, el tesoro y la gloria de su corazón; que la ofrenda redentora del Cordero era el único objeto de la fe de su corazón, de la apetencia y sed de su alma, de su esperanza y satisfacción? ¿Y acaso no es expresamente esto, lo que toda la Escritura destaca como signo distintivo de la verdadera fe y espiritualidad? Es decir, que no debemos fundar nuestra seguridad en nada dentro de nosotros mismos ni siquiera en los frutos del Espíritu ni siquiera en nuestra fe; mucho menos en algún fruto de la fe, como el temor y amor a Dios, isino sólo en el sacrificio del cuerpo de Cristo! Como lo dijo Él mismo: “Mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida” (Jn.6:55).

Por lo tanto, este es el signo distintivo de todo verdadero cristiano, que solamente en el Cordero que ha sido inmolado tiene toda la certeza de su salvación; que nada ni nadie más comparte el trono en su corazón con Cristo, sino que todas sus acciones y experiencias, aunque fuesen obras del Espíritu, por buenas y gloriosas que fuesen en sí mismas, jamás lo pueden satisfacer, sino únicamente el Cordero que fue inmolado, y nos ha redimido para Dios con su sangre.

17. **¿O no sabéis, que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?** Ro.6:3

El apóstol exhorta aquí: Por favor, miren hacia atrás, hacia lo que los convirtió en cristianos; o sea, al hecho de que fueron bautizados en Cristo. ¿Acaso no saben lo que ese bautismo significa? es decir, ¿que no sólo fueron lavados y purificados con el perdón de pecados, sino que por ese bautismo también la carne pecaminosa de ustedes fue sentenciada y entregada a muerte? Tu naturaleza carnal debe ser ahogada completamente, de modo que toda tu vida restante en la tierra sea una constante mortificación de tu carne pecaminosa. Ese fue el pacto con Cristo: Hemos sido bautizados en su muerte.

Y eso no debe acontecer sólo en palabras o pensamientos, sino de hecho y en verdad. ¡Que todos los que pretenden ser cristianos lo tengan en cuenta! Si alguien profesa ser un seguidor de Cristo, pero no tiene la nueva mentalidad, que siempre quiere hacer la voluntad de su Señor; si todavía le profesa lealtad algún pecado favorito y lo defiende; si todavía mantiene una relación estrecha con algo que está en contradicción con el Mandamiento y la voluntad de Dios... entonces esa persona se engaña a sí misma con una fe imaginaria y muerta.

Cuando hicimos el pacto del bautismo con Cristo, “fuimos bautizados en su muerte”. Y su muerte es la muerte del pecado. Por ejemplo, si alguien es un siervo de la avaricia, de modo que el principal objetivo en su vida es adquirir y poseer bienes materiales; o si vive entregado a la fornicación o la borrachera el que cultiva el odio o la envidia; el que se dedica al chismerío y los pecados de la lengua; o el que practica la deshonestidad en el comercio o el trabajo... si esas personas se vuelven, a la Palabra de Dios y a la Iglesia, y confiesan su fe en la gracia divina, pero conservan su relación anterior con su pecado favorito... entonces -entiéndase bien- esas personas ise engañan a sí mismas con una fe falsa e imaginaria! Y todo su “cristianismo”, su participación en los cultos y en la santa Comunión no es más que una abominable hipocresía.

El pacto con Cristo es una alianza sagrada. “¡Fuimos bautizados en su muerte!” En el Reino de Cristo no es posible que uno conserve su antigua relación con el pecado. “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es” (2 Co.5:17).

Todos los hijos de Dios tienen una mente santificada, que reacciona contra el pecado. Eso de persistir sin protestar en estrecha relación con la avaricia, la codicia, la envidia, la fornicación, la borrachera, las peleas y el odio... seguir apegado a tales cosas... defenderlas y excusarlas en vez de combatir las, es un testimonio decisivo en tu contra. Sufrir una caída accidental, u olvidarse momentáneamente del deber, todavía no implica haber roto definitivamente la comunión con Cristo. Pero concederle al pecado libertad y derecho, defenderlo y excusarlo, eso sí es romper la comunión con Cristo. Recuérdese, que fuimos bautizados en su muerte.

Si realmente has de dar muerte al pecado, necesitas un “espíritu

nuevo" para hacerlo, por amargo que le resulte eso a tu naturaleza carnal.

Es verdad que la naturaleza humana de Cristo quedó profundamente espantada ante los horrores de la muerte, su espíritu sin embargo se mostró dispuesto a aceptar la copa de la mano de su Padre. Lo propio ocurriría con sus fieles, como dijo Jesús: "El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil" (Mt.26:41).

Si el espíritu dispuesto abandonó tu corazón, toda la lucha contra el pecado no es sino un simulacro de obediencia a la Ley, y por consiguiente, hipocresía, siendo que no proviene del corazón.

Si en cambio deseas guardar el espíritu dispuesto, debes vivir en la fe, o sea, con la bendita confianza y seguridad de que Dios te perdona todos tus pecados por amor de Jesús. Más aún: También es necesario que sepas que no importa cómo te vaya en esa lucha: más allá de los éxitos y fracasos al combatir el pecado, el pacto de gracia con Dios sigue siempre vigente. Y en tanto que vivas ejercitándote en esa fe, y cubriéndote con la justicia de Cristo, vives también en ese pacto con Dios. Este mismo ejercicio de la fe, de creer en la gracia y dar muerte al pecado, debe ser para ti el testimonio más seguro de que efectivamente todavía vives bajo la gracia, por más que muchas experiencias en tu vida fuesen malas. Y en tanto que tu corazón crea en esa gracia, siempre recibirá el ánimo de seguir en los pasos del buen Salvador, y dar muerte a la carne pecaminosa. Pero esto le resultará amargo a la carne. Eso lo podemos deducir de las palabras: "...bautizados en su muerte", porque la muerte de Cristo ciertamente fue amarga. Entregó su espíritu con fuerte clamor.

Crucificar tu carne muchas veces te resultará tan doloroso, que tú también querrás llorar, cuando en tu angustia y agonía invoques al Señor.

A pesar de todo, es importante no desmayar, sino tener siempre presente que el cristiano está dentro del pacto de gracia con Dios, y le espera la perfecta e inmensa felicidad. Está en camino a la gloria eterna, por eso gozosamente puede sufrir un poco a cambio. La corona será un premio más que compensatorio para todos los honestos luchadores que perseveran fieles hasta el fin.

La promesa es firme y segura: "Si somos muertos con Él, también viviremos con Él. Si sufrimos, también reinaremos con Él" (2 Ti.2:11-12).

18. Cuando Él venga (el Espíritu Santo), convencerá al mundo de pecado... por cuanto no creen en Mí. Jn.16:8,9

Notemos bien estas palabras: "...de pecado, por cuanto no creen en Mí". Aquí hay algo realmente notable. Pues, cuando el Señor quiere exponer el pecado de todo el mundo, el pecado por el cual el Espíritu lo juzgará, menciona sólo eso, que el mundo no cree en Jesucristo.

¿Acaso Cristo no revela ahí que la incredulidad, la falta de la fe salvadora en Él, es en última instancia el único pecado condenatorio? Que todos los pecados contra los Diez Mandamientos han sido quitados y expiados, y ya no pueden condenar a nadie, ¿sino que el malvado ser humano se condena a sí mismo sólo su incredulidad?

"...Convencerá al mundo de pecado, por cuanto no creen en Mí", declara Jesús categóricamente. ¿Y no vemos eso también en su trato hacia los pecadores? Cuando los publicanos y gente de mala reputación, la escoria de la sociedad impía del país, se acercaban a Él, ¿acaso tuvo inconvenientes en perdonarles sus pecados? ¿No fueron inmediatamente socorridos, tan pronto como invocaron a Jesús? ¿Dónde quedó entonces la Ley, con sus exigencias y juicios? ¿Dónde quedó la lista negra y larga de los pecados de esos miserables? Todos los días de sus vidas habían transgredido los Mandamientos de Dios, no obstante, vemos que no los reprende por esas transgresiones, como dice el Evangelio. Sólo hay gracia, consuelo, dulzura y bondad, como si durante toda su vida no hubiesen cometido ningún pecado; con esa forma de actuar nuestro Salvador exasperó a los escribas y fariseos al punto que lo llamaron "amigo de publicanos y pecadores" (Lc.7:34).

¿Y qué dice el propio Jesús acerca de esto? No lo niega, antes lo confirma y agrega que estos pecadores eran las ovejas extraviadas, las monedas perdidas, y los hijos pródigos, y que Él era el piadoso Padre, que corría con los brazos extendidos al encuentro del hijo arrepentido. ¡Ah, querido Salvador! ¿Acaso no sabes de sus numerosos y graves pecados? No -responde Él- ya no veo ningún pecado en ellos. He derramado mi sangre para la remisión de todos sus pecados. Todos han sido definitivamente borrados. He expiado y quitado toda su iniquidad, y en cambio les he obtenido una eterna justicia. (Dn.9:24). "Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados" (2 Co.5:19).

Ahora queda un sólo pecado que condena al mundo: La incredulidad ante Cristo, como lo señaló Él mismo: "...por cuanto no creen en Mí". Por eso Cristo condenó también a los más fanáticos defensores de la Ley, que pretendían justificarse con sus propias obras. Jesús no negó que su Ley era buena ni que ellos eran celosos observadores de la misma, que no eran ladrones, adúlteros ni injustos, sino que daban limosnas, guardaban el día de reposo, etc. etc. El Señor reconoció que "tenían celo de Dios", pero "no bien entendido", ya que procuraban establecer su justicia

propia, por medio de las obras de la ley, y así, no hallaron la verdadera justicia. (Ro.10:2-3). Al no buscar la Justicia de Dios por medio de la fe en Jesús, y al querer establecer su propia justicia, “no se sujetaron a la justicia de Dios”. ¡Ah, qué juicio más extraño! Los que parecían mejores, son condenados; y los que parecían peores, son salvos.

Al que derrochó su herencia con ramerías, lo reciben con alegría y le hacen una fiesta, carneando un becerro gordo. Mientras que, al que siempre sirvió a su padre y nunca desobedeció sus órdenes, no le dan ni un cabrito para festejar con sus amigos... (Lc.15:25.32).

¿No debiéramos pensar entonces que Jesús nos quiere revelar aquí un gran misterio? ¿O no abriremos nunca los ojos para ver lo que significa la reconciliación? ¿No vamos a entender nunca qué es lo que sucedió con la muerte de Cristo? A esto se refieren las palabras de Cristo en nuestro texto: “...de pecado, por cuanto no creen en mí”. O sea, la muerte de Cristo propició por todos nuestros pecados; éstos ya no nos causan la condenación de la Ley; la condenación solamente es causada ahora por la incredulidad. Ningún ser humano será condenado por causa de sus pecados, sino sólo por causa de su incredulidad. Este es el maravilloso consuelo que nos confieren estas palabras.

La segunda lección que aprendemos aquí es que, aun los seres humanos más religiosos, serios y temerosos de Dios, pueden ser condenados, a pesar de toda su “santidad” personal, si no creen en Cristo, si a pesar de todos sus esfuerzos por santificarse a sí mismos, de todos sus renunciamientos, sus numerosas y continuas obras de caridad, su profundo arrepentimiento y sus devotas oraciones, etc, etc., no reconocen que igual tendrían que irse al infierno, “estimándolo todo por pérdida, frente a la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús”, su Salvador (Fil. 3:8); o sea, si no “son hallados en Él” (v.9), si no poseen “la justicia que es por la fe en Cristo” y si no tienen su esperanza de salvación solamente en Él.

Puesto que Jesús derramó su sangre para la remisión de los pecados, nada de lo que el ser humano puede ofrecer conmueve a Dios como para que los perdone, excepto la santa sangre de su amado Hijo. En consecuencia, aun las personas más fervientemente religiosas serán condenadas, si no “Honran al Hijo” (Sal.2:12). El Espíritu Santo reprenderá al mundo de pecado sólo “por cuanto no creyó en Jesús”. Dios condena a las personas religiosas, por más respetables y serias que fuesen, que no le dan la gloria al Cordero que fue inmolado, y pretenden ser sus propios salvadores.

19. El que cree en el Hijo tiene vida eterna; pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él. Jn.3:36

Es muy humano juzgar y medir la gracia de Dios, de acuerdo a nuestros mayores o menores merecimientos o pecados. Pero ahí interviene el Espíritu Santo y dice: ¡No! ¡No razonen así! Hay alguien que se llama "Jesús" (Mt.1:21), "la simiente de la mujer" (Gn.3:15), a quien el Padre eterno sometió a la Ley por ustedes (Gá.4:4), para cumplir todas sus demandas y sufrir la muerte por todos los mortales (He.2:9). Su preciosa sangre quitó -tanto a tus pecados como a tus virtudes- su poder e importancia para incidir en el juicio de Dios. "Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres en que podamos ser salvos" (Hch.4:12), excepto el Nombre de Jesús de Nazareth.

Esta es la razón por la que la incredulidad es el único pecado condenatorio. La gran maldad de los seres humanos es terrible en sí misma; sin embargo, no es ella la que condena, sino la incredulidad.

Debemos tener bien claro qué es la incredulidad. Ante todo, es el desprecio de la grandísima gracia de Dios, una burla a su inmensa piedad. Es pisotear el grandioso don de la misericordia divina, al propio unigénito Hijo.

En segundo lugar, significa tirar fuera el único medio de salvación que nos fue dado, el rechazo del único verdadero sacrificio por nuestros pecados. En su ferviente amor, Dios se compadeció de nuestra miseria y entregó a su unigénito Hijo para nuestra redención. Su Hijo vino al mundo, se hizo hermano nuestro y entregó por nuestra salvación todo lo que tenía: Su justicia, su vida y su sangre. Sabemos todo esto ¡y sin embargo la amplia mayoría permanece dura, fría e indiferente ante Él!

En la Navidad celebramos su nacimiento. Cantamos, leemos y escuchamos el Evangelio del Niño en el pesebre. En la semana santa recordamos su pasión y muerte, leemos y oímos de Él, de su terror en Getsemaní, donde su sudor vino a ser como grandes gotas de sangre que caían a la tierra (Lc.22:44); oímos cómo lo azotaron y coronaron de espinas... cómo finalmente horadaron sus manos y sus pies al clavarlo en la cruz. Lo vemos colgado entre dos malhechores y escuchamos sus desgarradores gritos de agonía. Sabemos, confesamos y proclamamos en nuestros himnos que todo esto ocurrió por nosotros y por causa de nuestros pecados. Participamos de la Mesa del señor y conmemoramos su muerte. ¡Y con todo eso los corazones de tanta gente permanecen muertos y fríos como siempre! No aman ni abrazan a su Salvador. No se regocijan en Él ni lo alaban. Sus almas y sus mentes siguen ocupadas con vanidad, pecado y desobediencia a su bendito salvador. ¿Es de asombrar entonces que sean condenados? ¿Es algo injusto que la ira de Dios se encienda contra ellos desde lo más profundo del infierno, ante tamaña ingratitude frente al ardiente amor y a los horribles tormentos de su amado

Hijo? ... ante semejante desprecio y rechazo del gran amor de Dios.

En un sermón sobre los sufrimientos de Cristo Lutero dijo: "El corazón humano que no se siente ablandado y conmovido por esto debe ser más duro que una piedra, que el hierro y que el acero. A pesar de todo, el ingrato mundo sigue alegremente en su resistencia, y no toma nada de eso a pecho, sino que permanece indolente, frío y arrogante frente al gran tesoro. Por lo tanto finalmente nuestro Señor también lo abandona y permite que se aleje cada vez más de Él. Y Dios nuestro Señor hace bien, cuando finalmente le dice a ese mundo malvado y desagradecido: Ya que no quisieron saber nada de mi gran amor, cuando los busqué como un Padre, y de todo corazón entregué aún a mi amado Hijo por ustedes a los peores tormentos, ahora Yo tampoco los quiero a ustedes. Por que no quisieron saber nada de mi Hijo Jesucristo, quédense con Barrabás en su lugar, o peor todavía, con el propio Diablo!"

Quienes permanecen duros, fríos e indiferentes ante Cristo, y no sienten ni un poco de gratitud hacia Él, sino que desprecian su gracia y bondad, que no se asombren si Dios finalmente permite que se vayan por su propio camino a la perdición.

El apóstol dice: "El que viola la Ley de Moisés... muere irremisiblemente. ¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del pacto?" (He.10:28-29).

Así es la incredulidad. Es la madre de todos los pecados. Quien no cree en Cristo, se aparta de Dios y queda separado de Él. Ya no siente ningún verdadero amor a Dios ni confianza ni placer en Él y en su voluntad; ni siquiera como siervo, por lo que sólo teme e imagina el castigo merecido y se somete a la Palabra de Dios sólo por apariencia, de la manera en que lo hacen los hipócritas y santurriones.

Pero eso aún no es toda la causa por la que la incredulidad acarrea condenación. La causa es que desecha la gracia de Dios, de modo que "ya no queda más sacrificio por los pecados" para el que no cree en Cristo (He.10:26).

El incrédulo queda con la deuda de sus pecados en el juicio de Dios, como dice San Pablo en Ro.4:4: "Al que obra (al que pretende justificarse con sus propios méritos), no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda". Su deuda queda al descubierto.

En cambio los que creen en Cristo, comparecerán revestidos (2 Co.5:3; Ap.7:13-14).

20. **Vosotros también, poniendo toda diligencia... añadid a vuestra fe virtud.** 2 P.1:5

Si pensamos bien en todas las preciosas promesas que Dios nos dio, ¡casi nos podríamos morir de pena al compararlas con la terrible frialdad con que las recibimos! No siempre demostramos nuestra fe llevando una vida piadosa.

Dios nos dio todo lo necesario para vivir en comunión con Él, de manera que no tenemos la necesidad de ser siervos del pecado, por causa de nuestra debilidad.

Tenemos las más grandes y preciosas promesas de Dios mismo, del que no puede mentir ni defraudar; promesas dirigidas a todos los creyentes, dándonos ahora ya la seguridad de que fuimos hechos partícipes de la naturaleza divina, y de que viviremos con Él eternamente (2 P.1:4). Pensando en el poco tiempo que nos queda para vivir aquí, en la carne, ¿acaso no deberíamos procurar con todo empeño vivir sólo para Aquel que nos ha dado todo eso? ¿Tratar de agradarle solamente a Él, y contribuir a su exaltación? Esforcémonos entonces por agregar virtud a nuestra fe. ¡Ah! ¡Ten esto presente, tú que eres un agradecido hijo de Dios! Pídele a Dios que perdone tu negligencia y que te dé la gracia de comenzar de aquí en más una vida mejor.

Cuando el apóstol habla de añadir a nuestra fe virtud, con la palabra “virtud” se refiere al santo celo, al poder y la disposición a hacer el bien. El apóstol desea que nuestra fe no esté muerta; que no sea un simple ejercicio intelectual, un conocimiento sin mayores consecuencias ni una tranquilidad somnolienta. Espera que por creer las gloriosas promesas de Dios, nos comportemos -en todas nuestras relaciones- en una forma que vaya con la clase de gente privilegiada y agraciada que somos. En relación con esto, constatamos muchas veces algo tan extraño como deplorable. Hay almas que parecen haber llegado realmente a una nueva vida, pero al mismo tiempo parece que esas personas no saben que la gracia que recibieron debe ser aplicada en la vida para la mortificación del “viejo hombre”. Pasan completamente por alto éste o aquel mal hábito, como si no supiesen que todo lo pecaminoso en la carne debe ser crucificado y mortificado. Si estas personas, no obstante, poseen realmente algo de vida espiritual, el síntoma arriba mencionado siempre revela una somnolencia o indolencia espiritual, y es precisamente de esa indolencia que el apóstol quiere despertarnos, al demandar que agreguemos a nuestra fe “virtud”; o sea, celo, poder y acción. Él mismo escribe en cuanto al propósito de esta epístola: “Amados, esta es la segunda carta que os escribo, y en ambas despierto con exhortación vuestro limpio entendimiento” (2 P.3;1) ¡Ah! ¡Ojalá todos los que lean esto lo tomen a pecho y analicen si no existe alguna condición similar en ellos! Algún deber cristiano que todavía descuidan, algún pecado que todavía no han extirpado, etc. Porque en estos dos puntos debe manifestarse la verdadera piedad, es decir: En que

hagamos todo el bien posible en nuestra vocación, y en que huyamos del pecado carnal y lo crucifiquemos. Así tú, que crees en Jesús y disfrutas de su perdón, pero reconoces que tienes aun una mente terca y un corazón porfiado, no lo tomes a la ligera; mortifícalo y no lo complazcas; antes sigue el ejemplo de tu Salvador, “quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1 P.2:23).

Tú que eres creyente y disfrutas del perdón, pero sientes todavía alguna codicia carnal dentro de ti, icuídate! Escucha las palabras del apóstol: “¡Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales, que batallan contra el alma!” (1 P.2:11). Tú que eres creyente y disfrutas el perdón, pero tienes el corazón tan embargado de materialismo, tan preocupado con tu trabajo, tus terrenos o tus negocios, que hablas y piensas en eso en primer y en último lugar, ¡por favor reflexiona! Eso es una señal muy sospechosa, de que no eres debidamente sobrio y vigilante, y si no combates esa cizaña, acabará por asfixiar la buena simiente en tu alma, de manera que te volverás un cristiano falso. Harás algunos ejercicios formales, ritos y ceremonias religiosas; serás espiritual de la boca para afuera, pero en realidad ¡de corazón te habrás convertido en un materialista! Tú que eres creyente y posees todas las gloriosas bendiciones que Dios nos concedió en Cristo, ¿acaso puedes permanecer indiferente viendo a tus semejantes yendo tranquilamente a la eterna condenación, sumergidos en la muerte espiritual...? ¿Puedes ver eso sin siquiera hacer un mínimo esfuerzo por despertarlos? ¿Sabes hablar con ellos de todo, pero guardas silencio respecto a su desgracia por venir? ¡Ah, despierta, por favor! Ruega a Dios que te dé ese sincero amor que te impulse en todo tiempo a obrar el bien... a buscar la oportunidad y la forma de servir a tus semejantes, ¡para que también ellos se salven! Tú que eres creyente y tienes la gracia, pero ves a tu pobre hermano afligido, y teniendo los medios para socorrerlo sin embargo cierras tu corazón, ¿cómo puedes pretender que el amor de Dios permanezca en ti? ¡Mortifica tu carne mezquina, que desea guardar todo solamente para sí!

De todos estos ejemplos puedes entender lo que significa, cuando decimos que la fe produce “virtud”, santo poder y celo. Ahora el apóstol exhorta: “Pongan toda diligencia... ¡en añadir a su fe virtud!” ¡Ruega a Dios que su Santo Espíritu te enseñe a creer y a vivir de modo que Su amor se manifieste en toda tu vida! Dios nos perdone, por amor de Jesús, todas nuestras deficiencias y nos anime con el poder de las grandes y preciosas promesas que nos ha dado, ¡y que estas nos lleven a una verdadera santificación!

21. Mientras Pedro aún hablaba estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso. Hch.10:44

El Espíritu Santo no llega ni obra en nuestras almas sino a través de ciertos medios. Para ello son necesarios los Medios de Gracia: ¡La Palabra predicada y los Santos Sacramentos! Si deseas tener al Espíritu, su obra y sus dones en tu corazón, aplícate a la Palabra, ¡a la Palabra del Espíritu! ¡Léela, escúchala, recuérdala, habla y canta acerca de ella! ¡Y pide a Dios que su Espíritu te ilumine! Él no se quedará lejos.

En muchos lugares hay personas pensando en el Espíritu Santo; más aún, suspirando y rogando por Él y por su obra, pero jamás lo obtienen de hecho y en verdad; nunca reciben la paz, el amor ni la certeza de la fe.

Permanecen todo el tiempo en la misma vacilante condición, suspirando y ansiando lo que nunca hallan. El problema con ellos es que no escuchan la Palabra, sino que elaboran sus propias convicciones. Meditan y suspiran, pero no usan la Palabra. ¿Cómo van a recibir vida espiritual de esta manera? En Gá.3:5 el apóstol dice claramente que obtenemos el Espíritu solamente por el oír con fe. Y en Hechos de los Apóstoles cap.10 (v. 44) leemos que mientras San Pedro hablaba, el Espíritu cayó sobre los que oían sus palabras. ¿Qué habían hecho para que eso ocurriera? Absolutamente nada más que tan sólo escuchar. Se quedaron en silencio, y solo prestaron atención. Entonces descendió el Espíritu a sus corazones y obró en ellos arrepentimiento, fe, amor, vida y valor, convirtiéndolos en personas totalmente diferentes.

¡La Palabra, la Palabra, usar la Palabra! Ese es todo el arte y secreto referente al origen, cultivo, crecimiento y a la conservación de la vida espiritual. No es cierto lo que sostiene alguna gente equivocada, que tal o cual cristiano puede creer y vivir en forma tan valiente porque él mismo tomó la decisión y se afirmó muy bien en la gracia. No, si ahora tiene fe y vida espiritual eso es obra del Espíritu, y no de su propia voluntad. Que uno pueda creer y llevar una vida consagrada no se debe a la decisión personal ni al esfuerzo propio, sino que es el resultado de alimentar el alma más asiduamente con la Palabra divina. Si se descuida eso, la vieja naturaleza inmediatamente volverá a surgir, y la vida realmente espiritual se extinguirá. En efecto, observa a quien ha descuidado por algún tiempo la Palabra de Dios, y descubrirás, que quedó muy poco de vida espiritual en él. Y si no obstante pretende estar en la fe y vivir en paz con Dios, aún sin haber escuchado su Palabra, puedes estar seguro que eso no es obra el Espíritu Santo. En resumen, es sólo por medio de la Palabra de Dios que el Espíritu de Dios mora y obra en el corazón humano. Cabe aclarar también que no todos los que estudian la Palabra de Dios obtienen de ella el Espíritu y la vida. Muchas personas estudian la Palabra, pero no sacan provecho de ella. Como podemos ver en los miles de teólogos y religiosos que confían en su propia justicia; esos “escribas y fariseos” que abundan en nuestros días... ¿Qué se requiere entonces? Se requiere que, además

de estudiar y escuchar la Palabra de Dios, tengamos bien presente que sigue estando en las manos de Dios el que recibamos sus beneficios. Se requiere que estudiemos la Palabra de Dios conscientes de que ante su Santidad podemos comparecer sólo con la humildad, el temor, el respeto, y la confianza que Él mismo nos inspira cuando nos habla y con lo que nos dice. Por lo tanto recuerda que está en el poder de Dios y que depende solamente de su gracia el que recibas su bendición. Solo Él puede darte su Espíritu Santo (Lc. 11:13). San Pablo dice: "No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios" (2 Co.3:5). No somos competentes para pensar en lo que nos dice el Evangelio, mucho menos para creerlo, guardarlo y vivir de acuerdo a ello. No tenemos la capacidad natural para interpretar la verdad correctamente y lograr que ejerza su poder salvífico y santificador en nuestros corazones y conciencias. No, todo esto nos resulta imposible, si no nos lo concede el Espíritu Santo. Todo esfuerzo propio sin la comunión del Espíritu Santo, es en vano.

Es fundamental que cada cristiano lo sepa y siempre lo recuerde, incluso en los tiempos de paz y tranquilidad, para que -a pesar de nuestro conocimiento y estudio de la Palabra- no estemos muertos interiormente. Y tanto más necesario es cuando, por el contrario, vivimos en medio de un pueblo enemigo y en perpetua guerra espiritual, en un momento particularmente peligroso de la historia, en el que las fuerzas del bien y del mal emergen poderosamente; en el que compiten las campañas de evangelización y la difusión de las más abyectas aberraciones; las conversiones y las apostasías. Por todo lo cual es imprescindible que tengamos los ojos bien abiertos, que permanezcamos firmemente adheridos al gran Pastor y Obispo de nuestras almas; que guardemos sincera y cuidadosamente su Palabra y que muy especialmente retengamos la grandiosa y bendita doctrina principal de Cristo y de su obra salvadora en toda su claridad y pureza: La justificación del pecador por la fe. Es necesario ser siempre "pobres en espíritu" y puros en la fe como los niños, no permitiendo nunca que el cántico nuevo se nos vuelva viejo, tedioso y rutinario.

Necesitamos ser sinceros con nosotros mismos y con el Señor, adaptando nuestros pensamientos, palabras y acciones a su santa voluntad, sabiendo que el Señor está cerca. Es necesario conocer cada vez mejor los enemigos y peligros de nuestras almas, para evitarlos. Es necesario conocer los pasajes bíblicos que nos enseñan como nuestro astuto enemigo trata de destruir nuestra vida espiritual y eterna, para poder rechazarlo, usando las armas de Dios.

Es necesario orar frecuentemente, tanto a solas como acompañados; con y por los otros. Y ante todo, hasta el final debemos orar por la comunión del Espíritu Santo.

22. **¿Porque qué le aprovecha al hombre si gana todo el mundo, y se destruye o se pierde a sí mismo?** Lc.9:25

Con buena conciencia, el creyente puede tener una propiedad, un terreno o una familia. Sin embargo, cuando Cristo habló de los obstáculos que impiden a muchas personas entrar al Reino de Dios, mencionó precisamente esas cosas (Lc. 14:18-24). Amar al padre o a la madre no sólo es lícito, sino que además es algo ordenado por Dios. Pero Jesús también dijo: "El que ama a padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí... no puede ser mi discípulo... y no puede entrar al Reino de Dios" (Mt.10:37; Lc.14:27).

Los que tienen una vida despreocupada y cómoda ni siquiera imaginan que es posible pecar al desear cosas tan inocentes y lícitas como propiedades o negocios o que se puede estar pecando al amar al padre, a la madre o algún otro miembro de la familia. Es que sólo tienen en cuenta el ser u objeto amado y piensan: "No está mal lo que quiero. Hasta los más fieles cristianos también tienen -o tratan de tener propiedades, trabajo y familia. ¿Por qué no se me debería permitir a mí procurar esos bienes?" Lo malo es que su deseo o amor se volvió idólatrico, apasionado y egoísta; la codicia dominó su corazón y su alma a tal punto que Dios, su gracia y su voluntad quedaron totalmente postergados; ya no tienen tanta importancia como para satisfacer y contentar sus almas. Se han vuelto materialistas y por eso no le dan la debida atención a Dios. Pero no son suficientemente honestos consigo mismos como para reconocer su desvarío.

Aun percatándose de que están subyugados por ídolos y apasionados por sus intereses, no pueden resistirse. Ni siquiera quieren librarse de ese amor perverso. Viviendo así, corren un serio peligro.

Pero el diablo no sólo se vale de las riquezas materiales, de la sensualidad o de los deseos carnales para atrapar las almas de los cristianos (1 Jn.1:15-16). Se vale también de los "hijos de este mundo" (Jn.8:23; 1 Jn.5:19), que son sus dóciles servidores; a veces para asustar y desanimar a los creyentes por medio de enemistad, persecución y amenazas; otras veces para engañarlos y seducirlos con toda clase de promesas, adulaciones y demostraciones de amistad. ¡Cuántos ejemplos lamentables existen de esto! Pensemos en el profesional al que la gracia de Dios llamó a la fe, lo iluminó y le concedió el perdón, por lo que se apartó de la injusticia, vanidad y corrupción del mundo, y comenzó a buscar "las cosas de arriba" (Col.3:1). Pero después de algún tiempo notó que sus conocidos y amigos ya no solicitaban sus servicios. Sus ingresos se achicaron y no pudo soportarlo más ni esperar que el Señor le ayude y cedió a la idea de reconquistar la amistad del mundo. Por eso comenzó a ocultar su cristianismo, a comportarse nuevamente como los impíos, a distanciarse de los despreciados creyentes y a preferir la compañía de la gente que el mundo respeta y elogia; es decir, los ricos y famosos. Actúa

de forma que la gente no sospeche que él podría ser diferente a ellos, que podría reprenderles, porque viven alejados de Dios. Para agradecerles, comienza a consentir en pequeñas cosas, a participar en círculos sociales y a divertirse con los encantadores placeres mundanos. Entonces la gente mundana se pone contenta por haberlo reconquistado y pronto lo seducen a hacer lo que quieren. Pronto se lo puede ver emborrachándose y divirtiéndose con ellos, haciendo lo que le agrada a la carne.

Pero no sólo los cristianos que tienen riquezas pueden caer en la red del mundo impío. Puede suceder con los creyentes de todas las clases sociales y profesiones. A un comerciante, a un ama de casa, a un estudiante, a una empleada, a un pastor.... Con personas que llegaron a la fe en Jesús, pero no soportan el desprecio, el repudio o la persecución del mundo; éstos no pueden aceptar la pérdida de su fama y sus ingresos económicos.

Tratan por todos los medios de recuperar la amistad del mundo, acomodándose al mismo. Sin embargo no quieren que alguien desenmascare su coqueteo con el mundo. No, esa triste realidad debe quedar oculta, disimulada tras piadosas conversaciones sobre la libertad cristiana y hasta sobre el deber del cristiano de no huir del mundo, a fin de poder servirle mejor. Pero nunca llega el momento de serle útil, de prestarle ese servicio al mundo, advirtiéndole seriamente de su perdición, porque uno siente la necesidad de comportarse siempre en forma afectuosa y afable con él, ipara no herir ni ofender a nadie! Entonces sucede al revés: Es el mundo impío el que se impone y toma control sobre el joven cristiano. Si esa pobre alma no se despierta ni se detiene a tiempo, si no “sale y llora amargamente” (Mt. 26:75), y en cambio sigue “unido en yugo con los infieles” (2 Co.6:14), se convierte cada vez más en esclavo del mundo y de la popularidad.

El poder espiritual de la gracia se esfuma, y la amistad con Dios termina, porque “la amistad del mundo es enemistad con Dios” (Stg.4:4). También se rompe la comunión con los creyentes pues esa es una consecuencia inevitable, como lamenta San Pablo: “Demas me ha abandonado, amando este mundo” (2 Ti.4:10). Y al evitar a las personas y los libros que enjuician esa conducta, se vuelve miserable y endurece su corazón cada vez más. Así suele producirse la apostasía.

23. No tomarás el Nombre de Jehová tu Dios en vano. Éx.20:7

Cuando abordamos el tema del uso del nombre de Dios entre nosotros, encontramos tantos abusos que dan ganas de llorar. Pensemos en la forma más común y menos tenida en cuenta de tomar el Nombre de Dios en vano, cuando lo pronunciamos de manera completamente superficial. Al hacerlo, generalmente no se quiere decir algo malo. Posiblemente ni se sepa porqué se emplean los sublimes nombres de Dios o Jesucristo. A veces es un relleno superfluo; otras veces nombramos a Dios para expresar una emoción intensa.

De todos los pecados del mundo posiblemente no haya otro que revele tanta liviandad como éste, si tomamos en cuenta que ni siquiera se lo considera pecado. Pero este pecado revela muchas cosas de la persona que lo practica y también de la maldad de Satanás, de su poder y dominio sobre los hijos de este mundo.

No hay otro mandamiento de Ley de Dios que los hijos de este mundo consideren menos importante que el Segundo. Para los incrédulos no hay pecado menos comprometedor y menos grave, que nombrar a Dios en vano. Decir que eso es un pecado sería una ridícula exageración... Pero Dios nuestro Señor tiene otra opinión, por cierto. No sólo ha colocado este Mandamiento junto al primero y mayor, sino también ha agregado una terrible amenaza para el transgresor, es decir: "Porque no dará por inocente Jehová al que tomare su Nombre en vano".

Piensa seriamente qué significa que un ser humano pueda desarrollar el hábito de tomar el nombre de Dios con su lengua en forma descuidada, sin propósito alguno. ¿Qué revela eso? ¡Algo terrible! Revela nada menos que una mente impía; ideas equivocadas del ser humano pecador. Y algo mucho más repudiable todavía: un gran desprecio hacia Dios y una impiedad que corresponde al infierno.

Las caídas en los peores pecados no pueden demostrar una mente más impía que el hábito de pronunciar ligeramente el nombre de Dios. Porque la caída en un grave pecado no significa necesariamente que el pecador tenga una mente impía; sin embargo, el hábito de tomar en vano el nombre de Dios, es en sí mismo una prueba de impiedad.

No sostengo que lo opuesto, que evitar tomar el nombre de Dios en vano demuestre que una persona tiene la verdadera fe y una mente temerosa de Dios. Porque ese hábito piadoso también se puede deber a una buena educación.

Pero despreciar y pecar libremente contra un Mandamiento de Dios, siempre es prueba de impiedad. Además el Segundo Mandamiento revela cuál es la "piedad" natural del corazón humano. Dios no tiene ninguna importancia para él. La Palabra y el Nombre de Dios no son para él más que un ligero sople, por eso no le da importancia al Segundo Mandamiento. El Cuarto Mandamiento, honrar a padres y superiores, por supuesto es importante, porque nos agrada que los hijos y empleados nos respeten.

El Quinto mandamiento: “¡No matarás!” nos parece importante, porque es terrible y mucho peor, que lo maten a uno.

Por razones similares nos parecen importantes el Sexto, el Séptimo y el Octavo Mandamiento. Pero el uso del Nombre de Dios... ¿qué importancia podrían tener? Tal es la “piedad” del mundo.

“La serpiente antigua” (Ap.12:9) ha engañado a todo el mundo y sabe muy bien qué importante es para el avance de su dominio, que se pronuncie el Nombre de Dios superficialmente. No pudo inventar un método más eficaz para oponerse al Señor en la mente humana. Porque si todos los días oyen nombrar a Dios en vano, terminan acostumbrándose; y entonces es muy difícil que tomen en serio el Nombre y la Palabra de ese Dios. Sin dudas, es un macabro plan.

Esa es la razón por la que la gran masa que no tiene la verdadera fe en Dios, no obstante toma en vano su Nombre, continuamente; sólo por eso lo nombran.

El hombre natural tiene en su carne numerosas motivaciones para toda clase de pecados, como la ira lujuria, robo e injusticia. Pero ¿cuáles podrían ser las razones para tomar el nombre de Dios en vano? ¿Acaso se satisfacen con eso las codicias carnales? ¿Qué otra razón podría tener el mundo para desafiar tan abiertamente este Mandamiento y la amenaza de Dios a los transgresores? Pensemos en la razón arriba expuesta. Sí, eso es lo que descubrió “el príncipe de este mundo” para contrarrestar el avance del Evangelio (Jn.16:11; Ef.6:12).

Tiene en marcha su macabro plan y su perversa estrategia. Viendo esa satánica intención detrás del desprecio al Segundo Mandamiento, quieran todos los cristianos mostrarse doblemente celosos por cumplirlo. Y que adviertan en todo lugar contra la práctica estupefaciente de este pecado, reprendiendo y censurando el abuso donde haga falta y sea posible. Quieran todos los padres y maestros velar por los niños a este respecto, tratando de inspirarles el mismo rechazo al abuso del Nombre de Dios, ique ante el propio diablo y el infierno!

24. **Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo.** Ro.5:1

¡Este es el secreto y el profundo fundamento de la extraña paz de los cristianos! Aquí también se revela lo que falta en los corazones carentes de paz. El apóstol no dice: -Somos justificados porque somos como debemos ser, tan piadosos y buenos como Dios manda.

¡Escucha bien, alma mía, que buscas la paz con tus buenas intenciones! Por cierto, está muy bien y es más importante que cualquier otra cosa, que trates seriamente de vivir de acuerdo a tu fe; que ores mucho y lo hagas sinceramente; que escuches y leas atentamente la Palabra de Dios; que luches honestamente contra el mal y sigas haciendo buenas obras. Pero si quieres salvarte con todo eso, no alcanzarás la paz ni podrás estar segura de tener la aprobación de Dios.

Siempre estarás intranquila y temerosa. Y la verdad es que hay motivo para ello, porque puedes ser condenada a pesar de toda tu rectitud. Hace falta algo muy superior para comparecer ante el santo Dios y escapar al fuego de su Juicio. Eso te lo dice también tu conciencia. Hace falta algo más que la rectitud de todos los rectos y que la santidad de todos los santos. ¡El apóstol se refiere nada menos que a la muerte de Cristo, el Hijo de Dios! Hace falta que uno se haya revestido de Cristo, por la fe en Él; que haya sido justificado por la fe, y tenga paz con Dios por medio de nuestro Salvador.

Es necesario que tu corazón tenga esa seguridad, de tal forma que puedas decir con toda confianza: "¡Cristo murió por mí, por mí! En eso me apoyo, no en el hecho de que yo sea recto, religioso y consagrado. Confío en Cristo, Él es realmente piadoso, santo y perfecto. Deposito mi confianza en Él, que ha hecho por mí ambas cosas: Ha guardado perfectamente la Ley y ha sufrido el castigo por mis pecados, la condenación y la muerte. Eso ocurrió por mí. Y es una satisfacción completa por mis culpas. ¡Es suficiente, eternamente suficiente! En eso confío".

La razón por la que tanta gente jamás tuvo verdadera paz, es que pretendió volverse justa y ser salva por su propio esfuerzo. Pero si eso sería posible, Cristo habría muerto en vano. Es evidente que esas personas todavía no concibieron la verdadera fe. Existe una gran diferencia entre una fe y otra.

Es posible que esas personas hayan aprendido la doctrina de Cristo y de la reconciliación correctamente, y que la hayan aprobado. Luego, como no dudaron de la doctrina, pensaron que realmente tenían la fe salvadora. Pensaron: "Es cierto que los méritos de Cristo son suficientes. No hace falta agregar nada. Pero la falta está conmigo. Hay cosas en mí que deben cambiar. Debo mejorar en esto y aquello primero; recién después podré estar seguro de mi salvación". Y así se desviaron inadvertidamente de Cristo y volvieron a poner la atención en sí mismos, para su propio

perjuicio. ¿Cómo van encontrar de esa manera la paz y conservar la fe salvadora?

La propiciación ofrecida por Cristo fue totalmente eficaz y es cierto que la falta está solamente contigo. Pero no entendiste que la falta contigo era tan grande, que no la puedes reparar por tus propios medios, ni con el mayor esfuerzo. No entendiste que jamás podrás eliminarla por ti mismo, antes bien, debes desesperar de ti mismo y de todo tu esfuerzo por lograr tu santificación y buscar tu salvación únicamente en Cristo! No hallaste la paz porque creías que primero tenías que hacerte digno de ella. No entendiste ni creíste lo perdido que estabas ni cómo Cristo te rescató y reparó todo. Comprendiste que eras un gran pecador, pero no que eras un pecador totalmente perdido. Y en cuanto a Cristo, creíste que vino a salvar a grandes pecadores, pero no a un pecador como tú. Estas son las razones más comunes por las que las personas afligidas no encuentran paz.

Por otro lado, también están los que se quedan tranquilos, aunque todavía se aferran a algo que les resulta más atractivo que la gracia de Dios. Tienen ídolos o pecados favoritos, a los que no quieren renunciar. En ese caso es saludable que no encuentren la paz de conciencia...

Para encontrar esa paz, la paz de Dios, se requiere primero que nada nos sea más importante que la gracia de Dios, y que no nos demos por satisfechos antes de tener la seguridad de haberla hallado.

En segundo lugar, necesitamos desesperar de nosotros mismos, de todas nuestras iniciativas, sacrificios y méritos con los que pretendemos ganarnos la paz de Dios; y tal como somos, pecadores indignos y perdidos, busquemos nuestra salvación únicamente en Cristo.

En tercer lugar, es esencial que no esperes sentir la seguridad en tu interior, o una señal en tu corazón. Tienes que escuchar lo que Dios te dice, en su Palabra escrita, y solamente en la Palabra.

Si suspiras diciendo: "¡Ah, ojalá pudiese creer en Cristo como mi único y suficiente Salvador...! ¡Cómo quisiera tener la seguridad de que sus méritos me justifican también a mí! ¡Quisiera confiar sólo en su Palabra y no en mis sentimientos! ¡Ah, si tan solo pudiese creer!"..., eso quiere decir que la fe salvadora ya fue encendida. Con toda seguridad, no quedarás sin la confirmación de la gracia. Obtendrás la paz. Dios mismo se ocupará de ello.

25. **Libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia.**

Ro.6:18

¿De quién somos siervos: Del pecado, o de la justicia? Cada uno de nosotros debe ser siervo de uno de los dos. El apóstol no conoce una tercera clase de personas, que pudiesen ser siervos de ambos, tanto del pecado como de la justicia. Cristo también dice expresamente: “Nadie puede servir a dos señores” (Lc.16:13) Es importante, entonces, saber de quién somos siervos. En nuestras vidas las cosas se mezclan fácilmente. Eso nos confunde. A veces pareciera que somos los siervos de dos señores.

Algunos quisieran que fuese así, que se les permitiera mantenerse en la ambigüedad; creen ser “parcialmente cristianos”, porque leen y escuchan la Palabra de Dios, pero al mismo tiempo tienen sus corazones y mentes ligados al mundo, al servicio de sus ídolos. Pretenden servir a dos señores.

A las almas honestas les alarma mucho que pudieran estar sirviendo a dos señores. Suspiran angustiosamente en tales situaciones, diciendo: “Veo que no le sirvo únicamente a Dios, sino también al pecado. ¿Cómo puedo saber de quién soy siervo?” Unos y otros permanecen en la incertidumbre en cuanto a este tema, porque juzgan de acuerdo a sus propias opiniones, y no prestan atención únicamente a la Palabra de Dios.

Debemos recordar que tanto Cristo como los apóstoles, declaran categóricamente que no podemos ser siervos de dos señores al mismo tiempo.

A veces puede parecer que estamos sirviendo a dos señores, porque el bien y el mal se mezclan en nuestras vidas: En los siervos del pecado pueden subsistir buenas intenciones, la voz de la conciencia, y el llamado de la gracia.

Por otro lado, los creyentes muchas veces aún sentimos dentro de nosotros las tentaciones del maligno, las seducciones del mundo y las inclinaciones de la propia carne. ¿Somos entonces siervos de dos señores? ¡No! Dice el apóstol.

No depende del bien o del mal que te asedia, y que puede llevarte a realizar una obra de bien o a incurrir ocasionalmente en un pecado. Depende del Señor al cual nos sometemos para servir y obedecer. En Ro.6:16 el apóstol pregunta: “¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?” La mente y el corazón siempre pertenecerán solamente a uno de los dos poderes en conflicto, como lo señala el Señor al explicar, porque nadie puede servir a dos señores: “Porque o aborrecerá al uno, y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro” (Lc.16:13).

Eso es lo que afirma Jesús mismo. Pero como el amor y el odio se alternan en la misma persona... como los cristianos a veces todavía

sienten amor al pecado y se olvidan de Dios, ¿cómo podemos tener en claro a quién se está sirviendo? Podemos entender fácilmente que un siervo del pecado es el que consciente y descaradamente entrega su vida a manifiestas obras de la carne, como avaricia, libertinaje sexual, borrachera, deshonestidad, odio etc. Y no se deja reprender ni amonestar al arrepentimiento. En cuanto a esas personas la sentencia de Cristo es clara: "Todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado" (Jn.8:34).

Pero cuando los falsos cristianos, que estudian la Palabra de Dios y participan en la iglesia, pretenden andar bien con Cristo y con el diablo, y servir tanto a Dios como al mundo... o cuando los cristianos débiles no resisten las tentaciones ni luchan para corregir sus groseros defectos... entonces distinguir a cuyo servicio estamos se torna más difícil.

Pero notemos cuidadosamente la forma de hablar del apóstol: "Ustedes son esclavos de aquel, a quien se someten para obedecerle" (Ro.6:16). Todo depende del señor al que "se someten", al que "obedecen de corazón", al que prestan su lealtad con toda su mente, y no al que sirven sólo ocasional o accidentalmente, o por flaqueza y bajo presión.

Que existan personas que aman sinceramente la justicia, pero que son tentados y caen en pecado, no debería confundirnos. Si se sometieron al Señor de corazón, aman realmente la justicia y se consagraron a su servicio, es seguro que no son siervos del pecado. Nunca debemos olvidar el principio fundamental: A quien "se someten", a quien "obedecen de corazón", del tal son "esclavos". Los cristianos dedican toda su vida a Cristo, no importa cuántas veces el pecado les impida cumplir la voluntad del Señor, desfigure sus propósitos, o atormente sus almas. Sólo si sus almas volverían a engañarse, se someterían nuevamente al pecado y no vendrían más al pie de la cruz de Cristo, para buscar y obtener allí el perdón de sus pecados y el poder para combatir el mal... si se sometieran y entregaran nuevamente a la inmundicia, decididos a seguir otra vez los deseos carnales, entonces se habría producido la desgracia de la que habla San Pedro: "El que es vencido por alguno, es hecho esclavo del que lo venció" (2 P.2:19). Nadie que solamente haya sufrido algunos golpes en la pelea, pero que todavía sigue luchando, querrá admitir que ha sido vencido.

Solo ha sido efectivamente vencido el que se rindió y entregó sus armas, como dice también San Pedro, al hablar de los que "después de haber conocido el camino de la justicia, se volvieron atrás del santo Mandamiento que les fue dado" (2 P.2:21).

Así que mientras el creyente todavía lucha, no como un esclavo de la Ley, pero sí con los ojos de la fe puestos en Cristo, no ha sido vencido; no se ha rendido al servicio del pecado. Todo depende de aquel, a quien "se sometan para obedecerle".

26. Cada uno de nosotros agrade a su prójimo en lo que es bueno, para edificación. Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo.

Ro.15:2-3

Cristo no se agradó a sí mismo. Él es el ejemplo de todo lo bueno y santo, y el que motiva los corazones de los creyentes. Si eres cristiano, si tienes la inmensa gracia de estar unido a Cristo y de poseer en Él vida, consuelo, justicia y esperanza; si Él es tu Salvador y tu mejor amigo... seguramente ha de ser muy importante y profundamente satisfactorio para ti "andar como Él anduvo" (1 Jn.2:6); ser como fue Él, y obrar como obró Él. San Pablo afirma que Cristo "no se agradó a sí mismo". No procuró su propia ventaja, su propio placer ni su propia gloria; sino que procuró nuestra ventaja y el bien de los pecadores perdidos, cuando se entregó por nosotros. No se sintió satisfecho con ser sabio, justo y digno de honor y gloria solamente Él; sino que prefirió dejarse cubrir con deshonra, para hacernos partícipes también a nosotros de su sabiduría, justicia y gloria.

El apóstol coloca este sublime y sagrado ejemplo ante nuestros ojos, a fin de desafiarnos y animarnos a comportarnos como se comportó Él, nuestro querido Señor y Maestro; a no pensar sólo en complacernos a nosotros mismos, sino en complacer también a nuestro prójimo, a buscar su edificación y así a "soportar las flaquezas de los débiles" (Ro.15:1). Si me siento tentado a criticar las faltas de mi prójimo, su ignorancia y otros defectos; si soy tentado a sentirme satisfecho conmigo mismo y a despreciar a mi hermano, entonces la imagen del Cristo "manso y humilde" inmediatamente debe doblegarme y hacerme sentir vergüenza por mi actitud arrogante. El hermoso cuadro de la santa humildad y del excelso amor de Cristo debería despertarme y hacerme aborrecer mi arrogancia. Debería pensar en la clase de cristiano que soy, capaz de sobrestimarme tanto a mí mismo y de mirar con desprecio las flaquezas de mi hermano. Cristo, nuestro Señor, la eterna perfección, sabiduría y bondad en Persona, no trató de complacerse a sí mismo ni nos despreció a nosotros, pecadores insensatos y abominables como somos: El hizo todo lo que estuvo en su poder para libramos de nuestra miseria. Sí, ¡quieran todos los cristianos pensar en eso!

Quizás te alarmes ante la ignorancia o la transgresión de tu hermano, y estés listo para juzgarlo, condenarlo y considerarte mejor a ti mismo. Pero considera cómo se comportó y se comporta Cristo con nosotros; cuántas locuras y faltas debe ver diariamente en nosotros, y cómo no obstante sigue cuidándonos con paciencia y bondad. Considera cómo trató Cristo a sus débiles discípulos, cuyas vidas estaban llenas de faltas, torpezas y malos hábitos. El jamás los despreció o condenó, mientras seguían con Él; al contrario, siempre soportó sus debilidades; sus faltas, errores y torpezas que fueron muchas.

Una vez quisieron pedir que cayese fuego del cielo y consumiese a los impíos (Lc.9:54). Otra vez Pedro quiso desalentar a Jesús para que

no sufriera su pasión y muerte (Mt.16:22). En otra ocasión los discípulos disputaban entre sí, cuál de ellos sería el mayor (Mr.9:33-34). En Mr.14:50 se relata que todos lo abandonaron; y en Mt.26:69-75 la horrible forma en que Pedro lo negó.

Se habían olvidado, casi completamente, de su promesa de resurrección; tanto, que Tomás, uno de los doce, se negó a aceptar el hecho, a no ser que pudiese poner su dedo en la señal de los clavos (Jn.20:25). ¿Y qué hace el Señor con esos discípulos porfiados y débiles? No los destruye ni los desprecia ni los abandona silenciosamente como bien podría haberlo hecho. No, sino que se preocupa por ellos y por sus necesidades, los sigue y les habla con más amor, reprende piadosamente sus malos hábitos, corrige su falta de entendimiento, y los remite a su Palabra, diciéndoles: “¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y entrara a su gloria?” (Lc.24:25-26). Les habla en una forma tan amable como a sus queridos hijos y mejores amigos, como si no lo habrían ofendido en absoluto. Sólo trata de restaurarles la fe y la paz, a fin de fortalecerlos.

No debemos obedecer a nuestro propio espíritu, sino dejar que Cristo, nuestro Salvador, también sea nuestro Maestro. A Él hemos de seguirle en todo. No se necesita gran gusto artístico para ver, juzgar y criticar las faltas y los errores de otra gente. Los infieles y fariseos aprenden ese arte fácilmente.

Pero mostrar piedad, soportar con humildad y amor las flaquezas de los débiles, y hablar sólo para su edificación, eso es un arte muy elevado y sublime. Aun los fieles creyentes, que diariamente necesitan y disfrutan la misericordia de Dios, tardan en aprender que deben mostrar la misma misericordia a sus hermanos débiles.

Recordemos, sobre todo, que nosotros mismos necesitamos misericordia, pues debemos reconocer nuestra propia pecaminosidad e indignidad. Sin embargo, vemos que a pesar de todo, la gracia de Dios sobrea-bunda. La inmensa gracia de Dios nos reconforta y logra que apreciemos la misericordiosa actitud de Cristo; es así como aprendemos a tratar a los hermanos débiles.

Cuando te das cuenta de que Jesucristo te trata con mansedumbre, y eres consciente de que vives por la sola misericordia de Dios, ¡no te olvides que Él quiere que tú también muestres tal misericordia y paciencia a los demás! Como nos enseña el apóstol, Dios no quiere que tratemos de complacernos a nosotros mismos, sino a nuestro prójimo, para su edificación y su bien: “Porque ni aun Cristo se agradó a sí mismo”. Él no vino para complacer o servirse a sí mismo. Hizo todo para agradar y servirnos a nosotros, y hace que su gracia aún nos sostenga diariamente en nuestras flaquezas. ¡Quiera Dios concedernos la gracia de imitar, fielmente, el amor ejemplar de nuestro Salvador Jesucristo!

27. **Perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo.** Ef.4:32

Lutero dijo: “El reino de Cristo es un reino de perdón”. El perdón es una necesidad para la convivencia armónica de los cristianos. El resumen de la ley de Dios es el amor. San Pablo dice en Ro. 13:8-10: “El que ama al prójimo, ha cumplido la Ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro Mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor”. Toda la vida cristiana está comprendida en el amor. ¿Y cuál es la condición para una amistad continua entre los hombres? La misma que para la amistad entre Dios y el hombre; es decir, continuo perdón.

Todos amaríamos alegremente a nuestro prójimo y sería muy fácil hacerle bien; sí, sería el Reino de los Cielos aquí en la tierra, un reino de paz y amor, ¡si nuestro prójimo no tendría esos horribles defectos y malos hábitos! Debido a esos defectos, nuestro amor se cansa; no podemos amarlo más. Llega el momento en que eso de hacerle el bien se convierte en una tarea fastidiosa...

Este gran obstáculo para el amor, los defectos y malos hábitos de nuestro prójimo, desaparecerían de inmediato con tan sólo aplicar el excelente remedio del perdón. Esta es una de las razones por las que Cristo habló tan específica y frecuentemente del perdón. Dijo, por ejemplo, que el reino de los cielos es como un rey, que le perdonó a su siervo diez mil talentos; o sea, una enorme suma de dinero; y esperaba que su siervo también le perdonase a su consero cien denarios, o sea, una pequeña deudita (Mt.18:23-35).

Y cuando nuestro Salvador Jesucristo nos enseñó el Padre nuestro, esa magnífica oración que podemos orar diariamente, incluyó la misma instrucción, enseñándonos a decir: “Y perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores” (Mt.6:12).

Está claro cuánta importancia le da Cristo al perdón. Es que, en nuestro estado de criaturas caídas, el perdón es fundamental para las buenas relaciones de los seres humanos entre sí. Esta es una enseñanza básica de la Palabra de Dios. Y cuando San Juan quiso resumir todo esto en pocas palabras, dijo: “Este es su Mandamiento: Que creamos en el Nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros, como nos lo ha mandado” (1 Jn.3:23). Así tenemos paz con Dios y con los hermanos, y esto es el cielo en la tierra, un Paraíso en este valle de lágrimas.

Por el contrario, ¡qué infierno en la tierra, qué agonía, qué pena asfixiante, qué corazones entenebrecidos y rostros siniestros existen allí donde no se practican el amor y el perdón! Cuando las personas no creen en Cristo ni aman a sus hermanos, sino que viven alimentando envidias, odios y rencores; insistiendo en las faltas de los demás y ¡prefiriendo la

confrontación! ¡Tales personas son miserables víctimas del diablo! Pero aun así, todo podría arreglarse con el perdón.

No interesa lo ordinarios que fuesen tus vecinos, lo grave que fuesen los agravios que te hayan causado, las mentiras que hayan dicho contra ti y la forma en que te hayan insultado; calcula si tus propios pecados contra Dios no son mil veces más graves y numerosos. Cristo dice que todo cuanto tu semejante puede haber pecado contra ti, comparado con tus deudas ante Dios, es sólo como cien denarios frente a diez mil talentos... (Mt.18:32-33).

Dios desea perdonarte toda tu inmensa deuda. ¿Y tú, no quieres perdonarle también a tu prójimo todas sus ofensas? Y si no quieres hacer eso, si no quieres olvidar y perdonar los cien denarios, ipues bien, reclámalos! Cuenta las faltas de tu prójimo, sigue odiándolo, pero recibe también de vuelta tu propia deuda de diez mil talentos de manos del Señor. ¡Tendrás que devolver lo adeudado hasta el último centavo! Es así como juzga el Señor. Si quieres pedirle que te perdone todos tus pecados, puedes hacerlo, pero sólo del modo que Él mismo señaló: "Perdónanos nuestras deudas, icomo también nosotros perdonamos a nuestros deudores!" (Mt.6:12).

Tal vez digas entonces: "Le he perdonado tantas veces a mi hermano, pero él no deja de ofenderme. ¿Es que nunca tendré el derecho de cansarme de perdonarle?" A lo que el Señor responde: "Yo también te he perdonado muchísimas veces; tú, sin embargo, todavía pecas. ¿Debo también yo cansarme de perdonarte?" Debemos recordar la respuesta que recibió Pedro a la pregunta: "Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete" (Mt.18:21-22), o sea, infinitamente.

Primero, para consuelo de tu propio corazón, observa aquí que Cristo de cierto quiere perdonarte también a ti no sólo siete veces, sino setenta veces siete, un sinnúmero de veces, porque quiere practicar Él mismo lo que nos manda a hacer a nosotros; ¡Él no quiere quedarse detrás de nosotros en lo que se refiere al perdón! ¿No te ablanda esto, para que también tú perdones a tu hermano infinidad de veces? Aquí en este mundo, para vivir en paz, no hay otra solución que pedir y dar perdón, una y otra vez. El reino de Cristo es y seguirá siendo un reino de perdón.

28. Y bendijo Dios al día séptimo, y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación. Gn.2:3

En ésta, la primera institución de Dios para la humanidad, vemos la insondable profundidad del amor y de la fidelidad divina hacia nosotros. Vemos sus sublimes y eternos propósitos y su profundo amor con relación al ser humano, heredero suyo creado a su imagen.

El hombre fue creado para la vida eterna en el cielo, y aquí en la tierra nos prepara para esa vida. Por eso el piadoso Señor quiso separar una cierta porción de su tiempo -el séptimo día- para nuestra preparación para la eternidad.

“Dios bendijo el séptimo día y lo santificó”, para que su pueblo siempre fuese convocado y alentado a adorarlo, y se fuera preparando para la vida eterna, hasta el fin del mundo. Estar unido a Dios y con Dios es la única verdadera vida del espíritu humano. Es la vida que continuará eternamente, y será perfecta en el cielo. Esta vida es la razón de la existencia del ser humano; y nadie puede alcanzar o conservar esta meta si su alma se sumerge en las cosas terrenales, en el materialismo. Porque entonces uno ya no lleva una vida celestial (Col.3:1-3).

Por eso, para cuidar adecuadamente a su principal criatura terrenal, Dios separó el séptimo día, a fin de darle al hombre una siempre renovada ocasión para despertar y alimentar esa vida celestial.

Los “sábados”, los días para reposar y santificar, son días para que los hijos de Dios” saboreen la eternidad”. Y quienes no tienen estos días dedicados a las cosas eternas, quienes nunca en esta vida tienen esta necesidad, tampoco podrán vivir alguna vez la vida celestial en la eternidad. El Día de Reposo es tanto una preparación para la vida eterna, como un anticipo y una figura de la misma, según se explica en He.4:9, donde el apóstol habla del reposo que le espera al pueblo de Dios.

La palabra “sabbath” del texto original significa “día de reposo o de celebración”. Pero además de este gran propósito principal del “sabbath”, o sea: nuestra preparación para la vida eterna, esta institución nos ofrece aún otros beneficios especiales por los que hemos de agradecer a Dios. Dios dispuso que se separe cierta porción de tiempo a ser destinado para nuestro eterno bienestar. Con esto no sólo intervino para ayudarnos en la lucha contra nuestra naturaleza caída y materialista, sino que pensó especialmente en los que están bajo la autoridad de otros: como los hijos, empleados y subordinados; y protegió su derecho de alimentar sus almas con la Palabra de Dios. En su tercer Mandamiento el Señor le prohíbe a todo patrón y a toda ama de casa creyente, que les exijan a sus empleados realizar en el Día de Reposo el trabajo de los otros días de la semana, lo que les impediría escuchar su Palabra.

¡Y qué beneficioso es eso! Porque si el Señor no le hubiese fijado este límite a la ambición y a las actividades materialistas del pecador, toda la humanidad, especialmente los empleados y subordinados, habrían

quedado completamente oprimidos en cuerpo y alma, en los lazos y al servicio de Mamón (El dios de las riquezas). ¡Alabemos la piedad del Padre celestial, que dispuso tan bien todas las cosas!

Por otro lado, en el otro extremo, la religiosidad equivocada e idólatra de los monjes también es un desvío del camino correcto, al abandonar la vocación terrenal completamente, y dedicarse exclusiva y perpetuamente a ejercicios espirituales.

Para evitar ambos extremos en el tercer Mandamiento Dios nos ha señalado los límites para el justo cuidado de ambas vocaciones, la celestial y la terrenal.

“Seis días trabajarás y harás toda tu obra, mas el séptimo día es reposo para Jehová , tu Dios” (Ex.20:9-10). Por supuesto, esto no quiere decir que sólo podemos invocar a Dios y escuchar su palabra cada séptimo día. Quiere decir que podemos dedicar este día principalmente a eso, mientras que nos quedan los otros seis días para trabajar en nuestra vocación terrenal. Que el Señor no quiere suspender su comunión espiritual con nosotros en esos seis días queda demostrado con las instrucciones que dio para los sacrificios cotidianos en el templo (He.7:27), y para las ofrendas de las fiestas especiales durante el año. Si recordamos que estas leyes ceremoniales eran una sombra y figura del Reino de Cristo, es evidente que el Señor quiere decirnos por medio de las ordenanzas de los sacrificios cotidianos que también podemos acercarnos diariamente a Él en oración y por medio de su Palabra, aunque este “sábado diario” (o diario momento de meditación), puede variar mucho en cada caso, debido a factores externos.

En el Nuevo Testamento, Cristo ha santificado todos los días para la santa comunión. Por eso tenemos libertad para elegir el día de reposo y culto a Dios (Col.2:16-17). Todo verdadero cristiano está en comunicación diaria con su Dios, y alimenta su alma con su Palabra. Pero Dios quiso librar a los seres humanos de la dificultad de determinar el tiempo a ser dedicado especialmente a nuestra vida espiritual, y también quiso separar un tiempo para ese fin para los que están bajo la autoridad de otros. Por eso mandó expresamente a ambos, tanto a los empleados como a los patrones, que observen el “Sabbath”, el descanso sagrado en el Señor, cada séptimo día. ¡Alabado sea Dios, por esta institución tan beneficiosa!

29. **Cristo es el todo, y en todos.** Col.3:11

¡Estas palabras desbaratan con fuerza atronadora muchos errores que proceden de la falsa doctrina de la justificación propia! Y son también una rica fuente de enseñanza, consuelo y aliento para las personas atribuladas y afligidas.

“¡Cristo es todo, en todos!” Este es el secreto, tanto de la justificación, como de la santificación del cristiano; de su fortaleza y de su permanencia en la gracia. Es también el secreto de la extraña paz, del gozo y del valor que algunas personas son capaces de demostrar aun en medio de la mayor debilidad y adversidad. En todos ellos, ¡Cristo lo es todo!

Es relativamente fácil aprender las palabras y el significado de esta expresión. Por eso algunos pueden llegar a pensar que no queda nada más para aprender de la misma. Sin embargo, es precisamente en este punto donde siempre nos quedamos cortos, cuando nos encontramos en aflicciones y dificultades.

Cristo es el todo, en todos. Esta es la descripción de un verdadero cristiano, que se diferencia de todas las demás personas religiosas. El cristiano es alguien para quien Cristo llegó a ser todo, en todos.

Muchos son religiosos, pero en sus corazones le dan más importancia a ciertos temas espirituales que a Cristo. Por eso también sus pensamientos y palabras se ocupan más de esos asuntos que de Cristo. Como lo expresó el propio Jesús: “Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Jn.5:39). De lo que una persona habla, se sabe fácilmente qué es lo más importante en su corazón, según el dicho de Jesús: “De la abundancia del corazón habla la boca” (Mt.12:34).

Esas personas posiblemente lean este texto bíblico y mi advertencia, sin tener suficiente honestidad como para reconocer su verdadera situación. Aunque se les demuestre su hipocresía y engaño, y aunque interiormente sepan muy bien que es cierto, siguen siendo tan tercos que ni así son capaces de ser honestos consigo mismos.

Y en el otro extremo están los que todavía necesitan aprender que “Cristo es el todo, en todos”. Almas muy próximas al Reino de Dios, algunas inclusive con verdadera fe en Cristo, pero sin saber todavía todo lo que poseen en Él (aunque ningún cristiano lo sabe cabalmente).

Son personas que se hacen muchos problemas, y aunque se trate de problemas que no se pueden evitar totalmente, no se amargarían tanto la vida si tendrían en cuenta lo que poseen en el Señor Jesucristo. San Juan dice que son personas que creen en el Nombre del Hijo de Dios, pero que viven como si no sabrían que en Él tienen la vida eterna...

Uno suspira diciendo: “Nunca podré permanecer en la gracia. ¡Mi fe corre muchos riesgos y peligros! Veo que muchos se han descarriado. Eso me puede pasar también a mí, que soy tan débil, itengo el corazón embelesado por el mundo impío y lleno de pecado e hipocresía..!” Otro

lamenta: "¡Nunca seré otra cosa que un esclavo del pecado! Veo el mal, pero no lo puedo resistir. Traté de orar, velar y luchar, y pensé que algún día alcanzaría la santificación de mi vida, pero no es así. Al contrario, icada vez soy peor...!" Un tercero confiesa: "Mi pecado está siempre delante de mí" (Sal.51:3). "No tengo paz ni la seguridad de la gracia de Dios y el perdón de los pecados que cometí. Mi conciencia siempre me sigue atormentando. Jamás llegaré a ser como debe ser un verdadero cristiano".

Un cuarto admite: "¡Lo que me sucede a mí es terrible! Yo ni siquiera puedo reconocer mis pecados y mi triste condición espiritual; ni sé cómo arrepentirme, o sentir miedo por esos pecados, sino que ando con el corazón endurecido, frío e insensible..."

En todas estas tribulaciones la principal falta siempre es que las personas se olvidan de Cristo; lo olvidan y lo pasan completamente por alto. Con sus razonamientos, lo dejan totalmente de lado; lo ignoran por completo, y viven su vida interior como si no existiese Cristo ni Salvador ni justicia que los pudiese cubrir ante Dios ni un todopoderoso Auxiliador ni un piadoso Pastor.

Sí, como si nos encontrásemos abandonados a nosotros mismos; como si cada cual tuviese que ser su propio Salvador, y tuviese que conquistar por sí mismo una justicia que satisfaga a Dios, ser su propio guía, auxilio, fortaleza... en fin, su "todo en todos". La terrible oscuridad de la incredulidad es la causa de todo mal. Porque todo sería remediado y quedaría arreglado, si tan sólo se dejaría que Cristo fuese el todo en todos.

Como Dios quiso que sea: Nuestra "sabiduría, justificación, santificación y redención" (1 Co.1:30).

30. **¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? ¡En ninguna manera! Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él?** Ro.6:1-2

En los versículos 3 al 11 (de Ro. 6), el apóstol dice que hemos muerto al pecado. Dice también que en el Bautismo, fuimos consagrados a la comunión con Cristo, asemejándonos a Él en su muerte y en su nueva vida. "Fuimos plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte", dice el apóstol (v. 5). Con su muerte Cristo se deshizo de nuestros pecados, de modo que éstos ya no necesitan ser expiados nuevamente. Así todos los fieles, plantados en el Bautismo juntamente con Él, en la semejanza de su muerte, han dejado atrás su antigua vida en el pecado, para no servirle más de ahí en adelante.

Si interpretamos mal estas palabras, -como los que sostienen que el bautismo no es más que una decisión y promesa de nuestra parte, un acto de obediencia por el cual nos comprometemos a morir al pecado y a vivir para Dios-, entonces no entenderemos el significado de la expresión del apóstol: "Los que hemos muerto al pecado".

Es verdad que el Bautismo también es un pacto y una promesa. Pero eso no expresa todo su valor y su significado. Las promesas de casamiento no crean automáticamente un buen esposo. Hace falta además una virtud interior llamada amor. La instalación no crea un buen obrero. Hace falta además un espíritu preocupado por la salud de las almas. Así, tampoco es sólo el bautismo y el pacto lo que nos asegura que hemos muerto al pecado, si no interviene además una obra divina en el alma del bautizado.

Cristo habla de un "nuevo nacimiento de agua y del espíritu" (Jn.3:5). El apóstol habla del "lavamiento de la regeneración por la renovación en el Espíritu Santo" (Tit.3:5). Éstos textos bíblicos nos dicen el secreto y el verdadero significado de las palabras: "...los que hemos muerto al pecado". El apóstol no se refiere ahí a cristianos falsos, a personas infieles que renegaron de su Bautismo. Se refiere a los que realmente "reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia" (Ro.5:17); en los que late la vida divina, un espíritu incapaz de conformarse con el pecado. En estas personas la expresión "muertos al pecado" se verificó, se convirtió en una realidad.

Este es el segundo don glorioso que se nos concede con la fe salvadora, es decir, la obra del Espíritu Santo en nuestras almas, el testimonio de que hemos nacido de Dios y que tenemos una nueva mente y un nuevo corazón, incapaz de vivir en el pecado (1 Jn.3:9). Una buena manera de explicar esto es relatando mi experiencia personal. Empujado por la Ley, luché en vano por santificar mi mente. Pero sucedió que, en la misma medida en la que reprimía el pecado externamente, éste crecía internamente. Al fin desesperé de todo mi esfuerzo propio, y comprendí que fui redimido por Cristo, iy que soy salvo, libre de todo pecado y de la maldición de la Ley, por pura gracia, tan pronto como creo en Jesús!

Entonces, una nueva inclinación y un deseo santo, anteriormente desconocido, invadió mi corazón.

Y también adquirí una nueva mentalidad; una voluntad santa, y así comencé a amar sinceramente la Ley de Dios, aborreciendo toda la maldad que aún sentía dentro de mí. El estilo de vida mundano y pecaminoso que anteriormente era el placer de mi vida, se convirtió en una plaga para mí. A esta maravillosa obra del Espíritu Santo en nuestras almas, se refiere San Juan cuando dice: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado... no puede pecar, porque es nacido de Dios... porque la simiente de Dios permanece en Él" (1 Jn.3:9).

El cristiano, aun cuando las más terribles tentaciones lo atormenten, sorprendan y hagan caer, no puede permanecer impenitente en el pecado, mientras la simiente de Dios permanece en él. De ese modo "no puede pecar".

No puede pecar deliberadamente, sin negar su condición de cristiano. O como dice San Pablo en nuestro texto, no puede "practicar el pecado," o vivir en pecado. Como dijimos arriba, aun cuando un cristiano es "sorprendido en alguna falta" (Gá.6:1), es como quien ha caído en el fuego o en el agua: No puede quedarse a vivir ahí, iantes trata de salir lo más rápido posible! Lo mismo sucede con los que son "nacidos de Dios". Una eventual caída, produce un nuevo y mayor temor de pecar, de manera que la persona afectada se encamina nuevamente por el sendero saludable con empeño y consagración tanto mayor, en tanto que la simiente de Dios permanece en ella.

Mientras el cristiano esté en paz, apartado del pecado y yendo por el camino de los Mandamientos de Dios, se siente bien. Su vida está en regla. Pero cuando lo vence un pecado, queda aterrado, enfermo e intranquilo como si hubiese sido asaltado por un enemigo. La vida saludable y normal de un cristiano, es la vida en santidad. Eso es lo que significa "haber muerto al pecado".

Como lo expresan las muy acertadas palabras de Lutero: "Es imposible que quien siente haber pecado contra Dios, no sea una persona piadosa. Porque un demonio no expulsa al otro". Esta obra divina en el alma de los creyentes produce frutos que el mundo impío puede ver y se sorprende por ello, es decir, quienes comienzan a vivir por el poder del Evangelio de Cristo, se apartan del mundo corrupto y de su anterior vida pecaminosa, para transitar una senda muy diferente.

Las palabras: "los que hemos muerto al pecado", significan que cuando creemos en la gracia, adquirimos una mentalidad nueva; comenzamos una vida nueva y abandonamos la anterior manera de vivir.

31. **Y cuando venga el Consolador, convencerá al mundo... de justicia... por cuanto voy al Padre, y no me veréis más.** Jn.16:8-10

¿Qué significa: "... de justicia, por cuanto voy al Padre"? ¿Que el Espíritu Santo "convencerá al mundo de justicia"? y que causa de sea: ¡"...por cuanto voy al Padre"! Suena como algo misterioso. Por eso, analicémoslo cuidadosamente, para entender lo que nuestro querido Señor nos quiso enseñar.

Aun cuando haya escuchado la explicación de estas palabras y piense que las he entendido tan bien que no me queda nada por aprender de ellas, su profundidad todavía puede albergar grandes tesoros ocultos. "El Espíritu Santo convencerá (o reprenderá) al mundo de justicia". ¿Que significa eso? ¿Se le debe convencer a alguien acerca de qué es la justicia? Y más misteriosa todavía parece la explicación que agrega el Señor: ¡"Por cuanto voy al padre"! Sin embargo, precisamente este agregado arroja luz sobre todo el pasaje. Porque, ¿a qué se está refiriendo Cristo cuando anuncia que irá al Padre? Pues, nada menos que a su muerte propiciatoria. Porque esa era la forma en que volvería al Padre: Una vez cumplida su misión redentora, para la que había venido al mundo. Cristo pronunció esas palabras en el momento en que se disponía a iniciar su sufrimiento; en el momento en que se despedía de sus discípulos, en la última noche antes de su muerte propiciatoria.

Así, resulta fácil entender lo que significan las palabras: "Voy a mi padre", es decir: "Ahora voy a cumplir la gran misión, para la cual he venido al mundo: Voy a derramar mi sangre por los pecados del mundo". Como lo dijo expresamente esa misma noche, al instituir la Santa Comunión: "Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre, que por vosotros se derrama" (Lc.22:20).

Es como si dijera: "Con esta sangre entro ahora, como el verdadero Sumo Sacerdote, al santuario no hecho por manos, sino al cielo mismo (He.9:24). Voy a reconciliar al mundo con Dios, a obtener para ustedes una eterna redención de la culpa y la maldición del pecado, y una eterna Justicia para los seres humanos (He.9:12)... Sí, voy a presentarme ahora delante de Dios, una vez para siempre, por todos ustedes..."

En resumen: "Voy a quebrarle la cabeza a la serpiente, a remediar la caída del hombre, a restaurar la herencia perdida, y lograr que el Padre celestial los reciba y los adopte..." Así podemos ver porqué las palabras: "... convencerá al mundo de justicia" y el agregado: "...por cuanto voy al Padre", están unidas.

Esta es la gran enseñanza central de las Sagradas Escrituras. Ya en el Antiguo Testamento lo anunció claramente el profeta Isaías, con palabras que merecen ser recordadas, diciendo: "Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros..." (Is.53:1-13). "Por su conocimiento justificará mi Siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos;" "...habiendo Él llevado el pecado de muchos" (v. 12); "Él herido fue por nuestras rebeliones" (v. 5); por eso "justificará a muchos" (v.11).

¿Acaso no es lo mismo lo declara categóricamente el Señor Jesús? Y en Daniel 9:21 el ángel Gabriel anuncia que, cuando se le haya quitado la vida al Mesías (a Cristo, v. 26), y se le haya puesto fin al pecado, y expiado la iniquidad, sería restablecida la justicia perdurable (v. 24). ¡Pero con cuánta mayor claridad brilla el Sol de Justicia en el Nuevo Testamento! San Pablo afirma: “Al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Co.5:21). Y dice también el mismo apóstol: “Jesús, nuestro Señor, fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Ro.4:25).

Todos esos textos bíblicos, tan abundantes y claros, nos proclaman las mismas verdades que las aparentemente misteriosas palabras del Señor Jesucristo en Jn.16:8-10. Así, al comprender ahora claramente su significado, es muy impresionante oírle a Él mismo declarar en tono triunfal y solemne: “...de justicia, por cuanto voy al Padre” –“Yo voy al Padre; satisfaré las exigencias de la Justicia divina y reconciliaré al mundo con Dios. Que derrame mi sangre por la humanidad; que me presente como Sumo Sacerdote por todos los pecadores, con mi propia sangre delante de mi Padre, eso será la Justicia nueva; ¡la única Justicia válida ante Dios, para todos los seres humanos!”

¿Qué es esa “Justicia”? Es lo que cada uno estaba obligado a hacer de acuerdo a la ley de Dios; y es el castigo o propiciación que cada uno debía sufrir y purgar por sus faltas y excesos, por sus pecados. Cristo dice que el mundo obtendría esa Justicia sólo mediante su ida al Padre; o sea, mediante Él mismo, que ha cumplido lo que nosotros estábamos obligados a cumplir, y ha sufrido el castigo que nosotros merecíamos sufrir. ¡Ah, qué inmensa gracia de Dios! ¡Qué misericordioso plan de salvación! Así entendemos lo que quiso decir nuestro querido Señor, cuando la noche que fue entregado, oró diciendo: “Por ellos me santifico a mí mismo” (Jn.17:19).

Cristo se presentó ante Dios como el Segundo Adán, del que leemos: “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de Uno, los muchos serán constituidos justos” (Ro.5:19).

Esta es la grandiosa enseñanza principal del cristianismo, que nunca, nunca debemos perder de vista: Cristo fue entregado en nuestro lugar. Él es nuestro con todo lo que fue, hizo y sufrió en la tierra. Él es nuestro Mediador, nuestro Defensor y nuestro segundo Adán; Él satisfizo las demandas de la Ley por nosotros ante su Padre. En nuestro lugar asumió esa misión, y en nuestro nombre la llevó a cabo.

En nuestro lugar hizo y sufrió lo que nosotros debimos haber hecho y sufrido. Sí, exactamente en nuestro lugar, de modo que vale como si nosotros mismos lo hubiéramos hecho. Este es el precioso tesoro del Evangelio; ¡el grandioso y sagrado misterio de nuestra salvación! Esto es lo que brilla a través de esas sublimes palabras de Cristo: “...de justicia, por cuanto voy al Padre”.

1. **Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.** Ro.12:1

El apóstol derriba la falsa pretensión de los que ante el mundo profesan amar y temer a Dios, mientras que en sus vidas sirven al pecado con su cuerpo y modo de ser. Basados en estas palabras podemos decirles a esas personas: "No puedo saber si realmente crees en Dios mientras no demuestres que le sirves con tu cuerpo y sus miembros".

Casi todo el mundo dice que, en el fondo, es bueno; que cree en Dios y lo respeta. Sin embargo, al mismo tiempo los vemos sirviendo desenfrenadamente al pecado y aferrados a sus ídolos. Pero el apóstol en cambio dice: -¡Eso no es servir al Señor! Sino que, deben presentarle sus cuerpos en sacrificio vivo y servirle con todos sus miembros. Los sacrificios visibles demostrarán que realmente aman a Dios.

Analicemos detenidamente qué pasa cuando le presentamos a Dios nuestros cuerpos en sacrificio vivo. Ciertamente, miles de cristianos presentaron sus cuerpos en sacrificio vivo, cuando dejaron quemar o torturar sus cuerpos, ihasta morir como mártires por amor de Jesús! Pero, en cierto sentido también le presentamos nuestros cuerpos en sacrificio vivo al Señor, cuando por amor a Él crucificamos nuestra carne con sus malos deseos y concupiscencias.

Le ofrecemos nuestro cuerpo al Señor cuando usamos nuestros miembros y sentidos a su servicio. Por ejemplo, cuando con nuestra boca exaltamos Su gloria y hablamos lo que beneficia y edifica a nuestro prójimo. Cuando engrandecemos su Nombre, lo alabamos y lo damos a conocer. Cuando en todo momento decimos la verdad y lo que es provechoso a los demás. O también cuando usamos nuestros ojos y oídos para aprender cosas con las que podemos glorificar a Dios y promover el bienestar de nuestros prójimos.

Cuando protegemos a otros contra cosas vanas e inútiles; cuando nuestras manos hacen lo que es bueno y recto, tanto en nuestra vocación, como en obras de caridad para los necesitados; o cuando nuestros pies nos llevan contentos a cumplir las instrucciones del Señor, haciendo obras de bien. En resumen, cuando por amor al Señor y movidos por su piedad hacia nosotros, sufrimos y hacemos lo que Él espera de nuestra vocación y devoción. Así consagramos nuestro cuerpo al Señor.

Esto incluye una crucifixión perpetua de nuestra carne, pues si queremos servir al Señor, no debemos obrar más de acuerdo a nuestro propio gusto y placer, a nuestra comodidad, conveniencia y opinión; sino que debemos mortificar nuestro egoísmo natural todo el tiempo. Podríamos conquistar o conservar la amistad, el respeto y el aprecio del mundo pagano, pero por amor de Jesús tenemos que renunciar a esas cosas. Además, el celo por la causa de Cristo nos expone a desprecios y

abusos. En nuestra vida diaria, debemos luchar y resistir las tentaciones al pecado, y mortificar nuestros malos deseos.

Cuando somos tentados a la impaciencia y a los arrebatos de ira... al egoísmo y a la deshonestidad... al libertinaje y a la lascivia... al orgullo, vanidad, envidia, calumnia y cosas parecidas... en esos momentos, al no dejar aflorar esos pecados en nuestro trabajo y en nuestra conducta, y al mortificarlos, perseverando en la oración y sobriedad espiritual, itambién estamos presentando nuestros cuerpos en sacrificio vivo! Y en nuestro texto, el apóstol nos amonesta a presentar tales sacrificios, por las misericordias de Dios.

Cuando realmente resistimos a los poderosos deseos de nuestras pasiones, nos damos cuenta que se trata de un penoso sacrificio. Uno mismo es el "sacerdote oficiante", que se ofrece y entrega a sí mismo en sacrificio, como lo hizo nuestro propio Señor Jesucristo. Lutero observa acertadamente: "El título sacerdote puede ser honroso y fácilmente mencionado y alabado por la gente. Pero el sacrificio en sí es raro y todos le tienen miedo, porque está en juego la vida y la propiedad, el honor, los amigos y todo lo que se posee, tal como lo fue para Cristo en la cruz. Y nadie prefiere la muerte a la vida, la pena al placer, la pérdida a la ganancia, la vergüenza al honor, o la enemistad a la amistad. Cristo, sin embargo, lo hizo así en la cruz y nosotros hemos de seguirle. Y no hemos de hacer esas cosas por nosotros y para nuestro beneficio, sino por el bien de nuestro prójimo y para la gloria y alabanza de Dios. Fue por eso que Cristo sacrificó su cuerpo".

Para que no nos cansemos, ni temamos hacer ese sacrificio, sino que podamos perseverar paciente y voluntariamente, realmente es necesario tener una fuerza grande para ello, un poder y ayuda sobrenatural, por lo cual es necesario orar seria y diligentemente.

En cuanto a la fuerza, la mayor y más duradera, sin duda, es la que el apóstol menciona al comienzo de su exhortación, o sea: Las eternas misericordias de Dios.

Lo que en todo tiempo debe inspirarnos el deseo y la fuerza de presentar ese sacrificio es únicamente el continuo favor o la eterna misericordia de Dios; tener muy en cuenta lo que Dios hizo y hace por nosotros y por todo el mundo, en su eterna misericordia: Cuando aun éramos sus enemigos, entregó a su propio Hijo por nosotros, para que "así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de Uno, los muchos sean constituidos justos" (Ro.5:19). Por medio de su Hijo Dios nos da un Reino de Gracia, en el cual los pecados jamás serán tenidos en cuenta a los que creen en Él. ¡Y después de esta miserable vida terrenal, en su misericordia Dios nos quiere llevar al cielo y darnos la felicidad eterna! Quien de corazón cree esto, puede llegar a ser un mártir: Siempre se sentirá contento, animado y motivado a seguir presentándose en sacrificio.

2. **Sufridos en la tribulación.** Ro.12:12

La paciencia en los sufrimientos es un fruto de la esperanza en la bienaventuranza eterna. La esperanza en la eterna felicidad siempre puede darnos paciencia en las aflicciones del tiempo presente. Las aflicciones actuales acabarán. No son eternas. Lo más importante es que Cristo nos salvó de la aflicción eterna, y ahora estamos en el camino a la eterna felicidad. Los cristianos tenemos esto bien presente, y ino alegramos en esa esperanza!

Sin embargo, el apóstol sabe que es necesario amonestarnos para que seamos pacientes en las aflicciones, tribulaciones y sufrimientos... Una amonestación nos recuerda una obligación que tenemos con el Señor. Así, por amor al Señor debemos ser pacientes en toda tribulación. Más aun sabiendo que es el Señor Dios, nuestro Padre celestial, quien nos envía o permite todo sufrimiento, lo hace para el bien de los que le aman. Creer esto será un poderoso factor para calmar nuestra impaciencia. Creamos, pues, las palabras de nuestro propio Señor Jesucristo, que dijo: "Pues aun vuestros cabellos están todos contados" Y también: "Ni un cabello de vuestra cabeza perecerá", sin el permiso de vuestro Padre (Mt.10:30; Lc.21:18). Dios pesa cuidadosamente todo el sufrimiento que el diablo y gente mala nos causan.

La Escritura enseña esas cosas expresamente. ¡Recordemos con qué cuidado el Señor Dios le indicó a Satanás cuán lejos le estaba permitido ir con sus plagas contra Job! Y cuando unos asaltantes habían matado a sus siervos y se habían llevado sus camellos, y una tormenta había derribado la casa sobre sus hijos, Job sólo vio la mano del Señor en todo eso y dijo: "Jehová dio, y Jehová quitó; sea el Nombre de Jehová bendito" (Job 1:21b).

De igual modo el afligido rey David, huyendo delante de su hijo Absalón, y siendo maldecido por el malvado Simeí, le dijo a su leal siervo Abisai: "Si él así maldice es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David. Quién, pues, le dirá: ¿por qué lo haces así? (2S.16:10). Lo mismo declara Jeremías: "¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó?" (Lm.3:37). Y así declara Dios por boca del profeta: "Yo, Jehová,...formo la luz y creo las tinieblas... hago la paz y creo la adversidad. Yo, Jehová, soy el que hago todo esto" (Is.45:7).

¿Contra quién habríamos de quejarnos y protestar entonces, en nuestra impaciencia? "Oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?" (Ro.9:20). "¿O quién le dio a Él primero, para que le fuese recompensado?" (Ro.11:35). Si el Señor es demasiado riguroso contigo, ¿cuál es tu mérito? ¿En qué derecho tuyo fundamentas tu reclamo? Si el Señor quiere discutir con nosotros, no podremos responderle una cosa entre mil (Job 9:3). Si el Señor quisiera tratarnos de acuerdo a nuestros pecados, o pagarnos conforme a nuestras iniquidades, tendríamos que ir al lugar de los tormentos y no obtener ni una sola gota más de agua...

Debiéramos pensar y decir: “Tantas personas sufren mucho más que yo. Entonces, ¿por qué habría de protestar contra el sufrimiento, siendo que no merezco más que la ira de Dios, y no obstante, como creyente ahora espero eterno gozo? ¡Oh Dios, perdónanos, por favor, nuestra impaciencia, y ayúdanos de aquí en más a ser “pacientes en la tribulación!” (Ro.12:12).

No tendríamos nada de que quejarnos si Dios nos tratase conforme a nuestros pecados. Pero Dios nunca nos tratará de esa manera, porque mediante la fe en su Hijo ahora disfrutamos su gracia. Él envía o permite todo lo que sufrimos, siempre según su inmensa fidelidad y piedad. Algún día comprenderemos a la luz de la gloria eterna, el secreto de todas las extrañas disposiciones de Dios con nosotros. Entonces veremos que la copa de nuestras aflicciones, no contenía ni una sola gota más de lo necesario para nuestro verdadero y eterno bienestar. Veremos también que nuestras más amargas experiencias nos fueron enviadas sólo para llevarnos a un plano superior y aumentar nuestro gozo y nuestra gloria en la eternidad.

Y por otro lado, quién de nosotros podría decir: “Señor, yo te seré fiel hasta el fin, aunque Tú no me disciplines por medio de sufrimientos; y mortificaré mi carne, sin necesidad de padecer amargas experiencias”.

Cuando advertimos la indiferencia y la debilidad de nuestra naturaleza carnal, suplicamos que el Señor nos ayude a mortificarla. ¿Pero cómo podría Él hacer eso, sin hacernos sufrir? Le pedimos que emplee el medio que mejor le parezca, con tal que realice su obra en nosotros; que conquiste nuestro corazón, fortalezca nuestra fe y santifique nuestro ser. Pero si el Señor quiere oír y atender tal oración, tiene que aplicar muchas medidas amargas para lograrlo.

Entonces murmuramos y suspiramos, como si fuese algo malo, y nos olvidamos de que nosotros mismos lo habíamos pedido...

En resumen, una vez que se nos abren los ojos para ver cómo Dios exalta su Nombre y produce nuestro bienestar por medio del sufrimiento... cómo, por medio de la cruz, fortalece a nuestro espíritu en su lucha contra la carne; una vez que comprendemos la verdad de las palabras: “El justo con dificultad se salva” (1 P.4:18), entonces no sólo seremos pacientes, sino también agradecidos por la tribulación, al ver el resultado que la misma produce, como sucedió con el rey Ezequías (Is.38:1-20).

3. **Y tú también por la sangre de tu pacto serás salva; Yo he sacado tus presos de la cisterna en que no hay agua.** Zac.9:11

Es verdad que nuestros pecados, que la maldad y la impiedad de nuestros corazones, son terribles. Pero escucha, oh alma atribulada: ¡Todo eso puede cambiar, con sólo conocer a Cristo! En medio de tu peor desgracia puedes llegar a tener la mayor alegría.

Cuesta creer que los pecados de todo el mundo, inclusive los tuyos, fueron eliminados en el momento en que Jesucristo murió y propició por ellos; cuesta creer que Cristo expió en la cruz tan definitivamente los pecados de todo el mundo, también los tuyos, de manera que éstos no pueden impedir -ni siquiera por un solo minuto- que Dios te reciba con amor.

Desde que Cristo murió en la cruz, ha estado constantemente disponible la gracia de Dios, esperando sólo que tú la recibas. Te cuesta creer que Dios te estuvo mirando, siguiéndote cuando ibas por mal camino, así como un padre busca a un hijo perdido. Si lo creyeses de corazón, lleno de gratitud y amor le dirías: "¡Ah, Señor mío y Dios mío!".

Sí, es difícil creer que la sangre de Cristo puede redimir a todos los pecadores de todos sus pecados. Solemos pensar que el sacrificio de Cristo sólo puede expiar pecados manifiestos y groseros... incluso los pecados medianamente graves... pero no los pensamientos pecaminosos, los malos deseos secretos, o la oculta corrupción del corazón.

Otras veces pensamos al revés: Que la sangre de Cristo no puede expiar los pecados realmente graves y horribles, sino sólo los de poca importancia... Toda esa desconfianza se debe a que no confiamos con fe firme que "la sangre del Hijo de Dios fue derramada para la remisión de todos nuestros pecados." Porque si creyésemos eso realmente, nosotros mismos desapareceríamos de delante de nuestros ojos. Nos olvidaríamos completamente de nosotros mismos y de nuestros logros o fracasos, frente a la maravillosa obra redentora de Cristo. Cualquier persona capaz de asimilar -por medio de la fe- la gran verdad de que la sangre del Hijo de Dios fue derramada por nosotros, con toda seguridad se perderá de vista a sí misma y se concentrará en la contemplación del sublime misterio de la expiación por medio de la sangre de Cristo.

¡Quiera el Señor abrir nuestros ojos y afirmar nuestra fe! Que despertemos y veamos la multitud de evangelistas, ángeles, profetas y apóstoles testificando a una sola voz que Dios amó tanto al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito en sacrificio, para la expiación de todos los pecados; y que esta expiación realmente fue para redimir de sus pecados a los culpables y librarlos de la condenación de la Ley, como declara el profeta: "Por la sangre de tu pacto serás salva; Yo he sacado tus presos de la cisterna en que no hay agua" (Zac.9:11).

Nuestro Señor Jesucristo, la noche en que fue entregado para sufrir y morir, dijo: “Esta es mi sangre del Nuevo Pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados”. (Mt.26:28). San Juan declara: “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Jn.1:7). Y San Pedro afirma: “Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 P.1:18-19).

Podríamos citar muchos testimonios más de la Biblia... Por ejemplo: que durante 4000 años, en todo ese largo período de tiempo, hubo un elaborado servicio de sangrientos sacrificios de animales, prescritos por Dios, que anunciaba e ilustraba a todo el mundo que un día, en el tiempo señalado, se derramaría sangre en sacrificio para expiar y quitar los pecados del mundo. ¿Qué opinas de esto, tú que te sientes responsable ante Dios por tu conducta? ¿Qué crees que significan esos innumerables sacrificios con derramamiento de sangre a lo largo de cuatro mil años? Ellos te proclaman: ¡No eres tú el que restaurará el daño causado por la caída del hombre! Tú has sido pesado en las balanzas del Señor y has sido hallado deficiente. No, sólo Jehová, por la sangre del pacto, puede sacar a tus presos de la cisterna en la que no hay agua (Dan.5:27; Zac.9:11).

Saquemos la conclusión que corresponde: Si con todos esos testimonios Dios nos anunció que entregó a su unigénito Hijo en sangriento sacrificio por nuestros pecados, entonces ¡Él propició plenamente por ellos! En la cruz fueron expiados todos los pecados, de todo el mundo. ¿O es que la sangre de Cristo no es propiciación suficiente por todos los pecados? ¿Acaso Cristo derramó su sangre sólo por los creyentes o sólo por algunas transgresiones menores? Como bien dice Lutero: “Cristo ciertamente no derramó su sangre sólo por pecados inventados e imaginarios, sino por pecados serios y reales; tampoco sólo por pecados menores, sino también por los peores y graves. Y no sólo por los pecados ya superados, del pasado, sino también por los que todavía son fuertes y activos”.

Si no fuera así, ¿De dónde obtendríamos ayuda y salvación contra esos pecados dominantes y opresores? ¿Dónde obtendríamos fuerza para vencerlos y dominarlos, si no podríamos obtener antes, por la fe en Jesús, el beneficio y el consuelo del perdón, nuestra única fuente de poder para superar los pecados? Primero tenemos que obtener el perdón y la paz de Dios y deleitarnos en el Espíritu Santo, ¡para que luego también podamos dominar al pecado! Dios nos guarde del error de querer limitar el poder de la sangre del Hijo de Dios, la cual nos puede limpiar de todo pecado (1 Jn.1:7).

Así dice el Señor Dios: “Venid luego... y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Is.1:18).

4. **Sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos.** 1 Jn.3:14

Nuestra conversión al Señor, nuestra fe en la gracia de nuestro Señor Jesucristo, producirá el fruto del sincero y profundo amor a todos los hijos de Dios. No sólo hacia ciertos hermanos que nos hicieron algún favor especial, nos comprenden, aprecian, o poseen algún encanto natural que nos atrae, sino hacia todos los discípulos y creyentes en Cristo en general. Ellos constituyen ahora nuestra nueva familia, nuestros hermanos y hermanas en la fe. Este nuevo amor dentro de nosotros, más que las grandes hazañas, demuestra que el Espíritu de Dios produjo un nuevo nacimiento o regeneración en nuestra alma.

Tal vez pienses que no puedes considerarte un hijo de Dios, porque tu cristianismo es muy imperfecto. Sin embargo, esas deficiencias y tu propia opinión no son nada frente a lo que dice la Palabra de Dios.

Si efectivamente despiertas del sueño del pecado, y dejando tus caminos equivocados, ahora andas por el camino de la piedad, la Palabra de Dios, la oración y el arrepentimiento, pero no quieres tener nada que ver con otras almas que aman al Señor, y te sientes totalmente satisfecho solo, "con Dios y con su Palabra", como dicen algunos, estas muy equivocado.

Aunque parezca muy espiritual, es un estado totalmente contrario a la principal señal de la gracia de Dios; demuestra que tu arrepentimiento y conversión sin duda son falsos e imaginarios. Pues si tu arrepentimiento fuese realmente obra del Espíritu, tendrías también esta señal del amor a los hermanos; te sentirías pequeño en cuanto a tu propia persona, y estimarías a otros cristianos como mejores que tú.

Si la sangre de Cristo, Cordero de Dios, llegó a ser tu consuelo y gozo; si has entrado por "la puerta estrecha" (Mt.7:13); si tanto tu pecado como tu justicia perdieron toda importancia ante la sangre del Hijo de Dios; si tu corazón fue bendecido por la gracia sobreabundante... en fin, si vives en arrepentimiento, y si tu ego disminuye mientras Cristo crece en ti, entonces el gran amor que tenemos en común, ¡hará que te identifiques con todos tus demás coherederos! Llegarás a ser realmente "de un corazón y de un espíritu" con ellos, a la manera de los primeros cristianos (Hch.4:32).

Si simpatizamos más con algunos hermanos porque opinan como nosotros en ciertos temas, pero no porque sean hijos de Dios ni porque compartan con nosotros la inmensa gracia de Cristo, ese no es el amor genuino y distintivo de los creyentes. Porque San Juan dice expresamente: "Todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por él" (1 Jn.5:1b).

El verdadero amor a los hermanos se debe a que son nacidos de Dios, se los ama precisamente por eso. Como lo señala el apóstol Juan: "En esto conocemos que amamos a los hijos de Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus Mandamientos" (1 Jn.5:2). Es decir, amamos

a los hermanos porque tenemos el mismo amado Padre celestial. Quien no presta atención a este hecho, sin duda quiere ser engañado. Y efectivamente será engañado.

Por otra parte, qué maravilloso es saber que el amor fraternal se debe sólo a la obra y gracia de Dios en los corazones de los cristianos. En efecto, como fruto de la conversión los demás creyentes llegaron a ser nuestra nueva familia; y nuestros queridos hermanos nos parecen tan amables, ¡que muchas veces pensamos que somos indignos de ese amor! ¡Ah, qué estado más feliz!

Es verdad, puedes tener a determinado hermano al que prefieres a los demás, como también el propio Señor Jesús amaba a San Juan en forma especial. Sin embargo, en todos los que adoran y aman al Salvador hay algo que nos atrae tanto, que todos llegan a ser nuestros queridos hermanos, que comparten penas y alegrías con nosotros.

La "caridad" hace que queramos ayudar y servir a todo el mundo; por otro lado el "amor fraternal" nos liga en forma especial con los que están en comunión con el Salvador. Ese amor evidencia que, por pobre que fuese tu cristianismo en otros aspectos, Cristo no obstante es tu vida; y a pesar de todos tus defectos, el Espíritu de Cristo vive en tu corazón. Sin embargo, aunque Dios engendró ese amor en nuestros corazones, y ese amor crece por nuestra comunión con el Salvador, todavía necesita de mucho cuidado, como todos los otros frutos del Espíritu.

Por eso están las exhortaciones al amor en las Escrituras. Y como el amor fraternal es un fruto característico de la vida en Cristo, siempre depende de esa vida.

Por eso, mientras uno viva en el saludable ejercicio del arrepentimiento y de la fe en Jesús, también amaré a los hermanos. Pero tan pronto como el materialismo comienza a ganar terreno en un alma cristiana, de modo que ya no vive en el reconocimiento diario de su pecado, y en la invocación continua de la gracia, en seguida también comienza a enfriarse su amor a los hermanos, mirando más sus faltas que la gracia de Dios morando en ellos.

5. Mas Israel, que iba tras una ley de justicia, no la alcanzó. ¿Por qué? Porque iban tras ella no por fe, sino como por obras de la Ley, pues tropezaron en la piedra de tropiezo. Ro.9:31-32

¡Miren lo que hace la elección de Dios! El Señor ha elegido el camino de la fe para salvar al pecador, no el de las obras; al “hijo de la promesa”, no al de la esclava.

Cuando alguien trata de obtener el favor de Dios por medio de sus buenas obras, de su religión y de su servicio a Dios, no trata de hacer algo difícil, sino algo imposible. Dios eligió a los hijos de la fe. Es inútil tratar de cambiar la elección de Dios. Pues ocurrirá lo mismo que con el pueblo de Israel, que “iba tras una Ley de justicia, y no la alcanzó”; mientras que el que no iba tras ella la alcanzó, pues la recibe por fe en Jesús.

En la parábola del hijo pródigo, el hijo mayor, que siempre había servido fielmente a su padre y nunca había contrariado su voluntad, no recibe por eso ninguna recompensa; pero el que había malgastado su fortuna con ramerías, al volver arrepentido, recibe de pura gracia, por la piedad de su padre, un becerro engordado y una gran fiesta (Lc.15:29-30). Así “muchos postreros serán primeros, y primeros, postreros” (Mt.19:30).

¡Una actitud tan extraña puede llenar de asombro a los cielos y a la tierra! Porque están los que “han soportado toda la carga y el calor del día” (Mt.20:12), los que han mortificado sus cuerpos con ejercicios de penitencia, han dejado realmente de lado al mundo y los placeres, y se empeñaron en guardar los Mandamientos de Dios y en realizar obras de caridad. Sin embargo, éstos verán finalmente a publicanos y ramerías, que un tiempo vivieron descarada y promiscuamente en pecado, “entrando al Reino de Dios delante de los sacerdotes y ancianos” (Mt.21:23,31).

Estos últimos reciben la liberación, la paz y el gozo que el Evangelio promete -por los méritos de Jesús- a todos los que creen en Él; y se regocijan luciendo “el mejor vestido”: La perfecta Justicia de su Salvador; y el “anillo” de la adopción. Los primeros, en cambio, están absorbidos y agotados por sus muchos servicios, pero aun les falta la Justicia y el privilegio de la adopción (Lc.15:22,24).

No sorprende que esta gente se sienta ofendida y amargada, y proteste contra tan extraña administración. Pero ¿de qué vale? Dios ya lo había resuelto en su plan, antes de la fundación del mundo. Y no es fácil discutir contra el Señor, “que mide los cielos con su palmo, y con tres dedos junta el polvo de la tierra” (Is.40:12). Él es infinitamente mayor y más sabio que nosotros, y tiene las llaves del infierno y de la muerte, “el que abre y ninguno cierra, y cierra y ninguno abre” (Ap.3:7), “el que tiene misericordia, del que tiene misericordia” (Éx.33:19).

La salvación de ninguna persona depende de la voluntad o del esfuerzo humano, sino sólo de la misericordia de Dios. Él elige al que quiere, y le agradó elegir a los que creen en el Nombre de su unigénito Hijo, y no a los que quieren conquistar el cielo por sí mismos. Esta es la eterna

predestinación de Dios. Él nos eligió en Cristo, y sólo en Cristo, ya antes de la fundación del mundo. Quien no presta atención a esta elección, sino que se esfuerza por salvarse a sí mismo pensando que puede despreciar la gracia de Dios, arremete con su cabeza contra una muralla de roca; una muralla que no tiene ninguna puerta ni abertura que dé paso...

Después de haber perseguido la justicia con todo empeño, tendrá que aceptar el rechazo: ¡Llévate lo que mereces y vete! Aunque suene despiadado, la Palabra de Dios dice: "Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre". "Porque todos los que dependen de las obras de la Ley, están bajo maldición" (Gá.4:30;3:10).

Dios nos eligió en Cristo y entregó a su Hijo a los tormentos de la muerte para propiciar por nuestros pecados y obtenernos la salvación. Ninguna otra cosa en el cielo y en la tierra satisfizo su divina justicia, sino la obediencia y la sangre de su unigénito Hijo. Por eso, su celo por la gloria del Hijo arde como un gran fuego que avanza sobre todo el mundo y devora todo lo que encuentra a su paso, aunque fuese la mayor santidad humana.

¡Que nadie jamás se presente ante Dios en su propio nombre! ¡Nunca tratemos de conquistarnos el favor de Dios por otro medio, que no sea el sacrificio de su amado Hijo! Posiblemente tú seas sincero en tu piedad, ores asidua y fervientemente, te arrepientes sinceramente de tus pecados, veles y luches contra las tentaciones, y practiques la caridad. Todo eso es hermoso y bueno.

Pero haz todo esto y aún más: Sé la mejor persona del mundo, y no obstante, serás condenado ante Dios. No te servirá de nada si no aprendiste a considerarlo todo como basura, y Cristo -sólo Cristo- llegó a ser tu Justicia y tu único Salvador.

6. Y lo comeréis así: ceñidos vuestros lomos, vuestro calzado en vuestros pies, y vuestro bordón en vuestra mano; y lo comeréis apresuradamente; es la Pascua de Jehová. Éx.12:11

El significado espiritual de esta orden del Antiguo Testamento en cuanto a la comida de la Pascua, es que cualquier persona que viene a Cristo y participa de Él, debe romper inmediatamente con su vida anterior bajo el dominio del pecado y de la vanidad del mundo. Debe decirle "adiós" a su viejo yo y nunca más mirar hacia atrás al internarse a un camino completamente nuevo. Debe escapar lo más rápido y lo más lejos posible del servicio al pecado y al diablo. Nunca más debe darle demasiada importancia a las cosas materiales ni tratar de instalarse un Paraíso aquí en la tierra, sino que debe considerarse un peregrino en busca de su patria.

El apóstol dice: "Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios"(Col.3:1-3).

Así vive un verdadero cristiano: Está muerto a la pasada manera de vivir, y ha resucitado a una nueva vida con Cristo. Tiene su tesoro y su patria en el cielo, donde está Cristo; en fin, sigue las pisadas de fe de Abraham, de quien está escrito: "Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios". (He.11:9,10).

Los creyentes de la antigüedad "miraron" de lejos lo que Dios les había prometido. Creyeron y por eso confesaron que "eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra... que buscan una patria"; es decir, la patria celestial (He. 11; 13,14).

Así es la vida cristiana: Tenemos que "comer el Cordero" vestidos con ropa de viaje. Como extranjeros y peregrinos, todo el tiempo caminamos rumbo a nuestra patria. El verdadero peregrino, si descubre algo valioso al lado del camino, no se detiene ni construye una vivienda allí, pues sabe que debe continuar incansablemente su peregrinaje, hasta alcanzar su destino. En la posada solamente pasa la noche, descansa y repone sus fuerzas, pero no puede permanecer allí. Toda la vida de un cristiano debe ser así. Tengámoslo siempre presente. No olvidemos jamás que debemos "comer el Cordero" vestidos con ropa de viaje.

Pero eso no es todo: Los hijos de Israel salieron apresuradamente del país de borrar servidumbre, la misma noche en que comieron la Pascua; y tan sólo unos días después, tuvieron al ejército opresor pisándoles los talones, al punto que se vieron perdidos, en manos de los enfurecidos Egipcios. De igual modo, la persona que Dios eligió y libró del mundo condenado para que sea un seguidor de Cristo, nunca debe olvidar que sus viejos enemigos lo perseguirán y acosarán desde el mismo comienzo

de su vida cristiana. Por eso, recordemos siempre que cruzamos por una tierra hostil, llevando nuestras preciosas perlas en vasijas de barro, rodeados de asaltantes ávidos por arrancarnos las joyas (2 Co.4:7). En este mundo está el viejo enemigo de nuestras almas, que nos ha declarado la guerra a muerte, y que trata de cumplir su propósito con violencia, astucia y tenaz persistencia.

El mundo impío trata de seducirnos nuevamente a la impiedad. A veces mediante amenazas, y otras veces mediante atractivas promesas. También está el propio corrupto corazón, la naturaleza carnal, luchando siempre, desde el principio hasta el final contra el Espíritu Santo, y no buscando nunca el Reino de Dios. ¿Podríamos bajar la guardia y relajarnos en estas condiciones? ¡Claro que no! Debemos estar siempre muy alertas, “ceñidos nuestros lomos con la verdad”, “con el bordón en las manos”, “y calzados los pies con el apresto del Evangelio”, como los que están listos para salir de viaje (Éx.12:11; Ef.6:13-15).

El corazón humano tiene la continua tendencia a deleitarse en placeres terrenales. Inclusive el corazón de los creyentes, que busca su satisfacción en Dios, a veces quiere desviarse hacia otros objetivos. Siempre es peligroso cuando un cristiano comienza a sentir demasiado entusiasmo e interés por bienes terrenales: Sus negocios, su hacienda, su mercadería, su capital. Existe el peligro de que los bienes materiales lo cautiven tanto que le impidan concurrir a la gran cena del Señor (Mt.22: 4,5; Lc.14:18-20). Se trata de cosas que en sí mismas son totalmente inocentes; pero, ¿qué pasa con el corazón? Por causa de esos bienes materiales comienza a postergar las bendiciones espirituales!

Seamos honestos: ¿Qué cosas cautivan nuestros corazones? ¿Dónde está nuestro corazón? “Porque donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón”. (Mt.6:21). Y: “De la abundancia del corazón, habla la boca” (Mt.12:34). El celo del Esposo de nuestras almas, no permite que entreguemos nuestros corazones a otro amor fuera de Él. “¡Deléitate en Jehová!” (Sal.37:4).

Es amargo para nuestra naturaleza no poder gozar de cierto placer pecaminoso, o no poder disfrutar las riquezas como la gente materialista. No es fácil mortificar la carne, ¡decirles “adiós” a las tentaciones y salir apresuradamente! ¿Pero qué importa? Así es el camino de un hijo de Dios, y al espíritu le resulta agradable.

Por lo tanto, ¡nunca nos dejemos seducir a instalar nuestro Paraíso aquí en este mundo! Vistamos siempre la “ropa de viaje”, la ropa de peregrinos, porque pertenecemos al pueblo del Cristo resucitado, y vamos hacia el encuentro con Él, en la patria celestial, nuestro destino final.

7. Tomad, comed. Esto es mi cuerpo, que por vosotros es partido. Haced esto en memoria de Mí. 1 Co.11:24

Uno de los mayores inconvenientes para disfrutar la Cena del Señor, algo que preocupa al corazón de muchos fieles y los priva del consuelo, la paz y el gozo que la Santa Cena les debiera proporcionar, es la idea equivocada de que esa Cena es la celebración solemne de un sacrificio. Que somos nosotros los que debemos ofrecerle algo bueno a Dios, subiendo al altar con una ofrenda agradable a Él. Esa ofrenda podría ser nuestra piedad, fe, oración u obras de caridad.

Los que piensan así, no se dan cuenta que la Santa Comunión es un Medio de Gracia, y que no somos nosotros los que le prestamos un servicio a Dios, sino al revés: Dios desea atendernos y servirnos a nosotros, sus pobres, miserables y perversas criaturas, concediéndonos la fortaleza, la paz y el aliento que necesitamos.

Notemos, por favor, que la Santa Comunión es un Medio de Gracia, lo mismo que el Evangelio predicado. Y así como no oímos la predicación para darle algo bueno a Dios, sino sólo para recibir bendición de Él, para obtener poder y ayuda para nuestra débil fe, para que Él perfeccione nuestro imperfecto arrepentimiento y nuestra oración, del mismo modo debemos ir a la Santa Cena del Señor, para que Él nos conceda todo lo que nos falta.

Algunos temen ir a la Mesa del Señor porque saben que su vida diaria está llena de defectos; son conscientes de que no viven como debieran vivir. Hay algo de morbosos en su fe o en su vida; alguna falta grave en su cristianismo, por lo que no pueden ir contentos a la Mesa del Señor.

Pero, ¿qué otra cosa es esto sino ignorar completamente el verdadero propósito de la Santa Comunión, o sea que es un remedio precisamente contra todas esas enfermedades y faltas en nuestra fe y conducta? Si nuestro cristianismo, nuestra vida y conducta ya estuviesen en perfecto orden, no necesitaríamos acudir a este Medio de Gracia... Cristo no vino para llamar a los justos al arrepentimiento, sino a los pecadores (Lc.5:32), como Él mismo afirma: "Los que están sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos". (Lc.5:31). Imagínate que le aconsejas a un enfermo que consulte al médico, y él te responde: "No me atrevo, porque mi sangre está contaminada y tengo una infección muy grande. En ese estado no debo ver al doctor. Primero tengo que mejorar, ¡por lo menos un poco...!" ¿No te parecería descabellada esa postura? ¿Acaso no debemos consultar al médico precisamente cuando tenemos problemas de salud? Pues bien, es exactamente lo mismo cuando alguien, por causa de su enfermedad y deficiencia espiritual, teme ir a la Santa Cena del Señor. ¡No olvidemos nunca el gran amor de nuestro piadoso Señor Jesucristo, cuando instituyó este Medio de Gracia! Pues, ¿qué dijo Él mismo acerca de su sangre, al ofrecer la copa de bendición?

De todo lo grande y maravilloso que pudo haber dicho acerca de su sangre, sólo mencionó que es derramada para la remisión de los pecados (Mt.26:28).

Ahí vemos su objetivo: Ofrecer una, liberación de la plaga más grande del hombre que es el pecado; un remedio contra ese problema, el más apremiante problema de sus hijos. Fue con ese objetivo que instituyó esa Mesa y ese Medio de Gracia: Para la remisión de los pecados.

Es el pecado, la conciencia de los pecados y de nuestra infidelidad frente a Dios, lo que nos priva de la tranquilidad y libertad que debiéramos sentir frente a Él. Por eso, como un remedio contra esa calamidad y desgracia, el Señor instituyó esta bendita celebración en memoria de su muerte expiatoria. El Señor dispuso la mesa de la Santa Comunión como refugio y descanso, a lo largo de nuestra peregrinación por el camino de la vida.

Cuando nos cansamos, cuando nuestra alma pasa hambre y se debilita, cuando tropezamos, nos lastimamos y flaquean nuestros pies, podemos acudir a esa mesa y fortalecernos con el Pan de Vida, haciendo memoria de Él, y nutriéndonos con el cuerpo que fue entregado por nosotros, y con la sangre que fue derramada para la remisión de nuestros pecados. Así podemos recobrar la seguridad de que Dios ya no está airado con nosotros.

Por eso, el momento oportuno para acudir a la Mesa del Señor es cuando nos sentimos particularmente débiles o espiritualmente insolventes. O sea, por el mismo motivo que acudimos a la predicación del Evangelio.

A la pregunta: "¿Cuándo debemos acudir a la Cena del Señor?" Lutero contestó: "Debes ir frecuentemente a la Mesa del Señor, especialmente cuando estas preocupado por tus pecados que son muchos y grandes". También un doctor en Teología dijo: "Cuando los pensamientos de culpa y temor quieren reemplazar la confianza de nuestro corazón en el amor de Dios". Los dos habían entendido muy bien que la Santa Comunión es un Medio de Gracia.

8. **Cuando recibisteis la Palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la Palabra de Dios.** 1 Ts.2:13

Teóricamente, muchos dicen creer en la Palabra de Dios, pero en la práctica no la valoran así, ni aceptan que sea realmente la Palabra del glorioso Dios.

Qué cambios habría en el mundo, si la gente aceptaría la Palabra de Dios como lo que efectivamente es: es decir, ¡la Palabra del Dios viviente, del grandioso y todopoderoso Creador! ¡Qué conmoción mundial y que enorme interés habría por la salvación, si la gente tomaría a la Palabra de Dios por lo que realmente es! Qué regocijo y certeza de fe; qué júbilo y alabanzas; qué paz y poder en el Señor; qué firmeza espiritual y cuánto temor de Dios habría ante cualquier desviación, si se aceptase la Palabra de Dios por lo que de veras es: ¡La Palabra del Dios viviente!

¿Cómo es posible que algunos que dicen haber aceptado ya la Palabra de Dios, todavía puedan dudar tanto sobre lo que Dios dice? ¿Cómo es posible que puedan comer, beber, o dormir, si aun no se han reconciliado con Dios ni han recibido de Él la seguridad del perdón de todos sus pecados, la seguridad que nos permite morir en paz en cualquier momento?

Si realmente aceptamos la Palabra de Dios por lo que es, ciertamente crearemos lo que la santa Biblia dice en cuanto al único camino de salvación, en cuanto al juicio final, y en cuanto al cielo e infierno.

Si estás sufriendo bajo el yugo y la esclavitud de la Ley, oye el testimonio de Dios acerca de su Hijo, y créelo, ¡pues lo afirma el propio Dios! ¡Él dice que ha dado a su Hijo unigénito para nuestra expiación! Oye al Hijo de Dios, invitándote tan amablemente: “¡Venid a Mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y Yo os haré descansar!” (Mt.11:28). ¿Cómo es posible que sigas estando inseguro y deprimido, si realmente aceptas esa invitación como Palabra de Dios?

Se ve que la mayoría de la gente no acepta la Palabra de Dios por lo que realmente es, porque la Palabra no les arrebató, no les conmueve ni cautiva sus corazones. Además, porque no la escuchan con la profunda reverencia que le tendrían, si sus corazones realmente creyesen y sintiesen que es Dios, Dios mismo, el Señor del cielo y de la tierra, quien les habla.

Cuando una importante persona del gobierno se dirige a la población, con cuánta atención la escuchamos, ¡especialmente si dependemos de su buena voluntad! Si sus palabras contienen un anuncio terrible, como una declaración de guerra, o una condenación a muerte ¡qué angustia se apodera de nuestros corazones! ¿Y por qué? ¡Porque creemos que el anuncio debe tomarse en serio! Y si nos anuncia algo bueno, un acuerdo de paz, un subsidio económico o una promesa de absolución ¡nos alegramos y celebramos!

¿Por qué? Porque creemos que tiene el poder de hacer realidad sus palabras.

Respetamos y valoramos ciertas palabras, y las guardamos en nuestra memoria, tal vez por toda la vida, porque fueron dichas por una persona importante.

Ahora bien, ¿qué ocurriría si aceptásemos la Palabra de Dios por lo que efectivamente es? Pues, ¿qué es un gobernante terrenal en comparación con el Creador, el Rey de reyes y Señor de señores?

Si las palabras de un gobernante terrenal nos pueden llenar de angustia o alegría, de acuerdo a cómo nos afecten, ¡cuánto más deben impresionarnos las Palabras del todopoderoso Dios, y llenarnos de terror o gozo, conforme nos afecte su contenido, si las aceptamos por lo que realmente es! Si sabemos valorar y respetar las palabras de un gobernante terrenal, ¡cuánto más hemos de valorar, respetar y apreciar en nuestros corazones la Palabra de Dios, si de veras la aceptamos como tal!

Si por el contrario, la recibimos en forma descuidada e indiferente, y si su contenido, malo o bueno, ni nos aterra ni nos reconforta, y seguimos tranquilos e imperturbables nuestro camino, la falta sin duda es que no aceptamos la Palabra de Dios por lo que realmente es, es decir, la declaración del excelso Dios. Sí, esa conducta insegura y dudosa, ese vacilar y tambalear entre fe e incredulidad, entre temor y esperanza... o esa conducta fría y despreocupada, ¿acaso no demuestra que no aceptamos la Palabra de Dios por lo que es, es decir, la declaración del Dios viviente?

Que todos los cristianos presten mucha atención y eviten la causa del relajamiento espiritual y del debilitamiento de la fe, del amor y de las buenas obras: No aceptar la sagrada Palabra de Dios como lo que es; no creer que realmente es la Palabra de Dios.

¡Quiera el Señor apiadarse de nosotros, iluminar nuestras mentes y renovar nuestros pervertidos corazones!

9. **Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la Ley, mediante el cuerpo de Cristo.** Ro.7:4

Es necesario tener bien en claro que disfrutamos de libertad de la Ley sólo porque “hemos muerto” a la Ley. Debido a nuestra incredulidad, nos resulta difícil y hasta absurdo aceptar la posibilidad de estar totalmente libres de las demandas y condenaciones de la Ley. Cuestionamos y dudamos, pensando: “¿Nosotros libres de la Ley? No, porque constantemente sentimos sus demandas y juicios. Si estuviésemos libres de la Ley estaríamos completamente a salvo, y eso es esperar demasiado”. Así razona nuestro corazón incrédulo.

Pero viene el apóstol Pablo y declara: “Queridos hermanos, si están muertos para la Ley y unidos a Cristo resucitado, entonces están verdaderamente libres de todas las demandas y juicios de la Ley”. Tan libres como los que ya disfrutaban eterna bienaventuranza en el cielo; tan libres, como si Dios jamás nos hubiese dado una Ley, ni siquiera uno solo de los Diez Mandamientos. Tenemos esta libertad porque hemos “muerto” a la Ley, y resucitamos para vivir en una nueva relación con Dios, en un mundo nuevo.

Lamentablemente hay muchas personas irresponsables, que toman a la ligera esta consoladora verdad, sin comprenderla realmente. Estas personas pueden caer en una engañosa actitud carnal, pensando: “Somos libres de la Ley. ¿Por qué habríamos de preocuparnos todavía? De todos modos, nadie puede cumplirla!”

Pero ahí viene el apóstol nuevamente y dice: “No, ¡esperen! Nunca quise decir que todo el mundo está libre frente a la Ley. Están libres los que, por la fe en el Salvador, murieron para la Ley. Pero los que no creen en Jesús ni murieron para la Ley, no están libres. Éstos todavía están bajo la Ley, sujetos a sus demandas y condenaciones, y no deben engañarse absolviéndose a sí mismos”.

No toda mujer casada está libre “de la ley” que la une a su marido. Para ser libre, su marido debe morir. “¿Acaso ignoráis, hermanos (pues hablo con los que conocen la Ley), que la Ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive? Porque la mujer casada está sujeta por la ley al marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si su marido muere, es libre de esa ley, de tal manera que, si se uniere a otro marido, no será adúltera” (Ro.7:1-3).

La gran enseñanza aquí es que sólo por causa de muerte quedamos libres de la Ley. Vemos así cuán falso y equivocado es imaginarnos que poseemos la gracia de Cristo, cuando todavía no hemos “muerto para la Ley”, y nuestros corazones todavía confían que, observando la Ley, alcanzaremos justicia y salvación.

Muchos piensan que tener fe en Cristo es invocarlo a Él en los momentos de grandes dificultades; o pedirle ayuda para completar nuestra jus-

ticia, cuando no nos alcanzan nuestros méritos personales. Sin embargo, eso no es otra cosa que adulterio espiritual. En tanto que el marido vive, la esposa está sujeta a su marido por la ley, de modo que si en esas circunstancias se une a otro varón, con toda razón se la llamará adúltera...

Mezclar dos clases diferentes de justicia, tratando de justificarnos por la Ley y al mismo tiempo por la gracia de Jesucristo, es infidelidad y adulterio espiritual. Hacer eso significa romper nuestro compromiso con la Ley, la cual deberíamos cumplir perfectamente, si pretendemos justificarnos por medio de ella.

La gracia del Señor Jesucristo, y la libertad frente a la Ley, pertenecen a un grupo muy diferente de personas; es decir, a las que están “muertas” para la Ley, y buscan toda su justicia únicamente en Cristo resucitado.

Por naturaleza, todo el mundo está en la más oscura ignorancia; nadie entiende que existen dos reinos espirituales muy diferentes, cada uno con sus respectivas leyes y derechos; dos alianzas, dos testamentos, dos diferentes formas de buscar la justificación y la salvación; es decir, el reino de la Ley y el de la gracia; de la obras, y de la fe en Jesús (Ver Ro.4:4-5).

En Gá.3:10 el apóstol habla tan enérgicamente contra la posibilidad de que quienes buscan la gracia por el camino de las obras la hallen, que afirma: “Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición, pues escrito está: Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la Ley, para hacerlas”.

Esto significa que por este camino tenemos que cumplir toda la Ley, o caemos bajo la maldición de Dios. ¡Qué lamentable es el engaño de esperar gracia, mientras uno vive aun bajo la Ley! Esto está simbolizado por el repudio pronunciado contra una mujer, que mientras su marido todavía vive, se relaciona sexualmente con otro hombre.

Y la segunda lección que hemos de aprender aquí es cuán perfectamente libre de la condenación de la Ley queda la persona que ha “muerto” para la Ley y se ha unido a Cristo. El apóstol dice aquí que es tan libre como la mujer que ha visto morir y ha sepultado a su marido. Ya no hay Ley que la sujete a ese hombre. El lazo del matrimonio quedó disuelto. La muerte de su marido lo anuló completamente, de modo que ahora puede casarse libremente con otro hombre, sin cometer pecado.

Así como el marido muerto y sepultado ya no tiene ningún derecho o poder sobre la que era su esposa, tampoco las demandas y los juicios de la Ley afectan al creyente, unido a Cristo por la fe. La Ley ya no puede ni justificar ni condenar más al cristiano.

10. **Para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios.** Ro.7:4b

El creyente está “muerto a la Ley”, que fue su “primer marido”, y está unido por medio de la fe al Cristo resucitado y viviente. Según el ejemplo del estado matrimonial que da el apóstol, el Señor Jesucristo es ahora su legítimo esposo.

No está mal que el cristiano se considere libre de la unión y de las condiciones de su cónyuge anterior, la Ley, porque esa unión quedó disuelta por la muerte.

Frecuentemente los corazones de los cristianos son afligidos por dudas como éstas: “¿Será cierto que estoy libre de las condiciones y de los juicios de la Ley? ¿Puedo vivir y morir con esa seguridad?”

En nuestro texto el apóstol afirma que podemos tener la conciencia bien tranquila, como la tendría para tomar un nuevo marido la mujer que ha quedado viuda, por la muerte de su marido anterior. Por la muerte para la Ley, quedamos libres de nuestro compromiso anterior con la Ley, con todas sus condiciones y sentencias.

De la alianza con Adán, que era la alianza de la Ley, los fieles fueron transferidos a la alianza con Cristo, que es la alianza de gracia. Cristo es la Cabeza y el Esposo de la Iglesia. Precisamente con esta figura, la del “Esposo” y de la “esposa”, del marido y de la mujer, la Escritura ilustra muchas veces la relación entre Cristo y sus fieles. Como Adán habría de recibir una esposa creada de su costilla, también Cristo debía recibir una esposa producida de “su cuerpo”. De este Esposo se habla muchas veces, no solo en el Cantar de los Cantares de Salomón, y en el “himno nupcial” del Salmo 45, sino también en varios pasajes del Nuevo Testamento, donde se representa a la Iglesia como a la “Novia” o “la Esposa del Cordero”. Cuando el apóstol habla en Efesios 5 del marido y de la mujer, termina diciendo: “Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la Iglesia”.

Por su fe en Cristo, los creyentes ya no están bajo la condenación de la Ley, sin embargo no están “sin Ley de Dios, sino bajo la Ley de Cristo” (1 Co.9:21).

En amor, contentos y de buena voluntad, aceptan la Ley como de manos de Cristo. “Se deleitan en la Ley de Dios” (Ro.7:22) y confiesan de corazón que: “Sus Mandamientos no son gravosos” (1 Jn.5:3), porque Cristo llevó y quitó lo más grave: La culpa y la maldición del pecado.

Cuando Lutero descubrió la diferencia entre la Ley como medio para alcanzar la salvación y la Ley como simple regla de conducta, sintió tanto alivio y alegría, que le pareció estar paseando por las calles del Paraíso. ¡Cómo no deleitarme en los Mandamientos de Dios, ahora que fui librado por pura gracia de los juicios contra todos mis pecados, y de los castigos que merecería por todas las faltas y los defectos que todavía están adheridos a mi persona!

“A fin de que llevemos fruto para Dios” (Ro.7:4b). Aquí tropezamos nuevamente contra una aparente “herejía” -como lo llamaría nuestra razón-. Lute-

ro, al explicar Gálatas 2:19, dice que si se nombrara jueza a la razón, ésta dictaminaría que no hubo mayor hereje en la tierra que San Pablo, al enseñarnos que debemos “morir a la Ley”, a fin de poder producir fruto para Dios.

Equivocadamente, todos pensamos que es precisamente al revés: Que hay que estar completamente sujeto a la Ley, para llevar fruto para Dios y realizar obras buenas; y que “libertad de la Ley” (no sentirse obligados a cumplirla) es la destrucción de toda santidad...

Sin embargo, vemos que el apóstol nos enseña justo lo contrario. Nos dice que no podemos “llevar fruto para Dios”, mientras no hayamos “muerto” para la Ley.

Y esta es una doctrina sobremanera importante; una enseñanza a la que todos los cristianos, especialmente los jóvenes e inexpertos, deben prestar mucha atención. Es decir, que por absurdo que parezca, para una genuina santificación es absolutamente necesario que primero quedemos “muertos a la Ley”; que nuestras conciencias, por la fe en los méritos de Jesús, queden libres de la condenación y autoridad de la Ley, para que podamos vivir en la libertad de la gracia del Señor.

Por eso, todas las cosas “buenas” que hacemos mientras la Ley todavía domina nuestras conciencias, no las hacemos para Dios sino para nosotros mismos (para autojustificarnos). Son obras realizadas únicamente por propio interés, con el objeto de escapar del castigo y de conquistar una recompensa de Dios, pero jamás son obras de verdadera piedad (por amor a Dios), agradables a Dios. Los servicios prestados por una mujer bajo compulsión, porque una autoridad legal se los demanda, jamás pueden agradar al marido que desea el amor de su esposa.

Todas las buenas obras que hacemos mientras aún no estamos libres de la Ley y unidos por la bendita fe a Cristo, por más útiles y piadosas que sean, para Dios son “obras muertas” (He.9:14), realizadas por amor propio, satisfacción personal, autojustificación, orgullo y otros motivos carnales.

Estos motivos convierten a las obras que en sí mismas pueden ser excelentes, empero abominables ante Dios, porque Él mira el corazón y en primer lugar quiere nuestro amor y que le sirvamos voluntariamente.

Y no podemos mirar la Ley con amor y deleite, mientras ella nos amenace y condene. Sólo cuando nos vemos libres de los juicios de la Ley... cuando obtenemos el perdón de nuestros pecados y somos salvos por la fe en Jesús, Dios y su Ley se nos vuelven dulces. Sólo entonces obedecemos a la voluntad de Dios con sincero amor y deleite.

Esto es lo que se llama “llevar fruto para Dios”. Este es, sin duda, el único camino recto, tanto de salvación como de santificación.

11. **Creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia.** Ro.4:3

La promesa que Abraham creyó, fue el divino Evangelio de Jesucristo. Las palabras del texto, “creyó Abraham al Señor”, se encuentran en Gn.15:6. A primera vista, allí no vemos nada más que la promesa acerca de la numerosa descendencia de Abraham. Pero Abraham sabía perfectamente qué comprendía esa promesa, gracias a una promesa anterior que podemos leer en Gn.12:3.

Allí Dios le había declarado: “Serán benditas en ti todas las familias de la tierra”.

Esa fue, en realidad, la promesa del Salvador del mundo, la promesa que Dios ya había dado a nuestros primeros padres, en el aciago día de la caída en pecado; la promesa de la santa Simiente de la mujer, que habría de herir la cabeza a la serpiente; la promesa de un Redentor que, nacido de mujer, habría de aniquilar el pecado y las obras del diablo; fue la promesa en la que creyó el justo Abel, y en la que creyeron y fueron justificados todos los creyentes desde entonces.

Esta fue la promesa que se le repitió tantas veces a Abraham. Aunque ese preciosísimo diamante no se mencionaba todas las veces en las promesas de Dios a Abraham, sin embargo estaba siempre implícito en las mismas. Esta es la explicación del apóstol Pablo, que encontramos en Gá.3. Y también nuestro Señor Jesucristo declara explícitamente el objeto que Abraham vio y por el que se alegró mediante la fe, cuando dice: “Abraham, vuestro padre, se gozó que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó” (Jn.8:56).

El apóstol nunca dijo que la fe de Abraham lo justificó como si se tratase de una buena obra, una virtud meritoria que le fue contada por justicia. Si hubiera dicho eso, habría cortado la médula de la doctrina de la justificación. Su objetivo en este pasaje es precisamente lo contrario: Mostrar que somos justificados gratuitamente, sin mérito alguno de nuestra parte, únicamente por la gracia de Dios y por los méritos de nuestro Señor Jesucristo; o sea, por su obra redentora (Ro.3:24). Más adelante el apóstol declara abiertamente que es sólo “por la obediencia de Uno”, que somos justificados.

“Justicia” es el cumplimiento de la Ley (Mt.5:17). La fe en sí misma no obra esto. Por el contrario. La fe cristiana es renunciar a nuestro propio mérito. Porque el que cree en Cristo se confiesa a sí mismo como culpable, perdido y condenado, por lo que recurre a la “justicia de Dios” (Ro.1:17), esto es, al perfecto cumplimiento de la Ley que Cristo ofreció por nosotros.

Aún más: La fe cristiana tiene que tener una palabra de Dios en que apoyarse. Y lo que obtengo por medio de la fe, depende del contenido de esa palabra. Si no tomamos esto en cuenta, siempre entenderemos mal lo que la Biblia dice acerca de la fe y de la justicia por la fe. Valga un ejemplo: Un hijo perdido vive lejos de su casa, en el extranjero, y allí sufre

necesidad. Su padre le hace saber que dispone de una gran herencia, si tan solo vuelve para recibirla y tomar posesión. Primero el hijo duda de la palabra de su padre, y en consecuencia se queda sin la propiedad prometida. Pero al final comienza a creer en la promesa de su padre, y se apresura a regresar a su casa a recibirla y así llega a ser rico y feliz. Luego reconoce: "Durante mucho tiempo pasé miseria por no creer en la palabra de mi padre. Pero cuando la creí, me convertí en una persona rica y feliz. Tan sólo por creerle a mi padre ahora soy muy feliz..."

Alguien que le oye decir eso, y no sabe nada de la promesa, podría pensar que el joven fue recompensado por su fe, por su confianza en la palabra de su padre. Pero quien conoce las circunstancias diría: "¡No, de ninguna manera! Presten atención a la promesa en la que creyó. Fue la generosa promesa del padre la que lo hizo rico. Toda la riqueza del joven se debe a la promesa. Su fe sólo le hizo ir a tomar posesión de la herencia prometida".

De igual forma podemos entender las palabras: "Creyó (Abraham) a Dios, y le fue contado por justicia". Que Abraham fuera justificado por la fe se debió al contenido de la promesa en la que creyó. Y el contenido era Cristo.

Si no queremos entender este pasaje (Ro.4:3) de esta manera, tenemos que desechar completamente la gran doctrina de la justificación, la principal doctrina de toda la Escritura. Tenemos que despreciar y burlarnos de todo lo que Dios nos anunció desde el principio del mundo acerca de un Salvador y de una expiación por su sangre; todo lo que Dios anunció por medio de ángeles y profetas, como también por medio de los símbolos del servicio levítico de ofrendas, y sus sacrificios. Tendríamos que tirar afuera el verdadero contenido de toda la Escritura, las enseñanzas acerca de Cristo, de su obediencia, de sus sufrimientos, muerte y resurrección. Todo esto quedaría en nada, si Dios nos justificaría "porque somos tan nobles que le creemos..." o porque nuestra fe en sí misma sería una virtud meritoria...

El hecho de que el apóstol no dio aquí ninguna explicación adicional (como lo hace más adelante), ciertamente no es excusa para introducir una idea contraria a la doctrina principal de toda la Escritura. En la Escritura, Dios en su inmensa majestad, no siempre repite lo que ya dijo una vez, pues espera que recordemos las explicaciones ya dadas, y que las entendamos.

12. **Si no os arrepentís, todos pereceréis igualmente.** Lc.13:3

Algunos dudan pensando: “El arrepentimiento es sentir remordimiento y tristeza por los pecados cometidos. Me temo que conmigo no es como debiera ser. Mi corazón se endurece fácilmente y me confundo una y otra vez. ¿Estaré realmente convertido?”

Es cierto que el arrepentimiento comienza con un sentimiento de culpa. Luego, durante los intentos por mejorar, nos lleva al conocimiento del pecado, de nuestra impotencia espiritual y a renunciar a todo esfuerzo por auto justificarnos. Pero, ¡atención! Para determinar si nuestro arrepentimiento es lo que debe ser, debemos saber cuál es el propósito del arrepentimiento en general, y analizar nuestro caso en particular. Porque cualquier cosa que cumple su propósito, es lo que debe ser.

Y ¿cuál es el propósito del arrepentimiento? Su primer y verdadero propósito no es convertirnos en personas agradables a Dios, y reconciliarnos con Él, sino en llevarnos a Cristo. Como lo declara San Pablo: “La Ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe” (Gá.3:24).

Por lo tanto, si puedes estar alejado de Cristo, tranquilo y contento en medio del mundo impío, sin tener la seguridad de tu reconciliación con Dios, entonces tu conversión y arrepentimiento todavía no son lo que deben ser.

Si aún tienes la ilusión de obtener la salvación mediante tus propios esfuerzos, remordimiento, piedad etc., significa que todavía no conoces bien el pecado.

Pero cuando ya no puedes vivir tranquilo la vida mundana sin la seguridad de la gracia de Dios... cuando ya no encuentras consuelo en ti mismo y te ves obligado a invocar a Cristo así como eres... entonces tu arrepentimiento es verdadero, porque cumplió su propósito, que es llevarte a Cristo, en quien tienes salvación y bendición.

Al creer en Cristo estás en tu “ciudad de refugio” (Nm.35:11; Dt.33:27 etc.). “El que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Jn.5:12).

Si pudiésemos alcanzar el arrepentimiento por nuestros propios medios, tendríamos el consuelo de haber logrado algo por nosotros mismos, pero la voluntad de Dios es que desaparezca todo otro consuelo. El verdadero arrepentimiento es diferente al arrepentimiento propio. Sí, es el reconocimiento de la dureza del corazón de uno y de la falta de temor de Dios.

Es ser consciente de la profunda y generalizada depravación del alma, que nos obliga a juzgarnos fundamentalmente a nosotros mismos. Es mucho más que una simple angustia momentánea: Es la plena convicción, a la luz de la Palabra de Dios, de que somos pecadores porfiados, impíos, perdidos y condenados.

¡Sólo entonces la sangre de Cristo puede recibir toda la gloria por nuestra salvación!

En resumen, si alguien pregunta cuánto dolor por el pecado hace falta

para un saludable arrepentimiento, esta es la respuesta: Sólo lo suficiente para comprender que nadie puede vivir sin Cristo; que nadie puede vivir en paz con Dios, mientras no tiene la paz de Jesucristo, y es salvo por la fe en Él. No hace falta ni más ni menos.

Otro error es pensar que antes de creer en Jesús, uno primero tiene que sentir mucho pesar por el pecado, y que sólo después llegará el tiempo para la fe, la paz, el gozo y la santificación. ¡No! Lo decisivo tan sólo es creer en Jesucristo, y seguirle en arrepentimiento diario. El que haga eso, también obtendrá mayor conciencia de la gravedad del pecado.

Uno de los más astutos y efectivos engaños del diablo es el siguiente: Ve a una persona que cree en la Palabra de Dios, y desea que ésta domine su corazón y conducta, pero al mismo tiempo tiene cargada su conciencia con un grave pecado, así, le inspira los siguientes pensamientos: "El Evangelio, sin duda, es cierto y la gracia de Dios es muy grande. Los pecados pueden ser borrados, de modo que los pecadores, por lo general, pueden obtener gracia. Pero contigo es diferente, porque sabes muy bien lo que has hecho. Si tan solo no hubieses cometido este o aquel pecado (refiriéndose a uno de los pecados contra el quinto, sexto o séptimo Mandamiento), entonces también tú podrías obtener gracia. ¡Pero el tuyo es un caso muy especial!"

Miren, eso de que "tú eres un caso muy especial!" es la más ponzoñosa mentira de la vieja serpiente, que es "homicida" y "mentirosa" desde el principio (Jn.8:44).

La verdad es que no hay "casos especiales". Ante Dios todos somos pecadores: "No hay diferencia" (Ro.3:22b); y tampoco existe una condición excepcional en que la sangre de Cristo no sea un rescate suficiente y poderoso, para el angustiado pecador que la acepta por fe. Este es el principal mensaje del Evangelio, confirmado con palabras y ejemplos tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. "Venid luego, dice Jehová, y estemos de cuenta: si vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Is.1:18).

Podemos ver qué grande es la gracia de Dios que perdonó a David, que había cometido adulterio y homicidio (2 S.11:12); a Manasés. (2 Cr.33:12-19), al ladrón en la cruz a la derecha de Jesús (Lc.23:43), a la mujer pecadora (Lc.7:47), a Pedro que negó a su Señor (Mt.26:75) y en tantos otros casos... Sí, fue precisamente por condiciones tan excepcionales y difíciles, que nadie más en el cielo o en la tierra podía socorrer, que el Hijo de Dios se encarnó, derramó su sangre y murió, "para que todo aquel, que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" (Jn.3:16).

13. **iNo contristéis al Espíritu Santo de Dios!** Ef.4:30

¿Cómo se contrista y expulsa al Espíritu Santo? En general, se contrista al Espíritu cuando no se obedecen sus santos impulsos en el corazón, que nos urgen a usar la Palabra de Dios, a orar, o hacer cierta buena obra.

También con toda clase de desobediencias. El Espíritu Santo quiere determinada cosa. Nos anima a hacerlo, y cuando no le queremos obedecer, lo contristamos y expulsamos. Por ejemplo, quiere darte conocimiento de pecado y de culpa, causarte profundo remordimiento, arrepentimiento y deseos de reconciliación con Dios. Pero cuando tu te alejas de esos importantes objetivos... cuando no escuchas su voz, y borras las santas impresiones que te deja, en vez de conservarlas y profundizarlas por medio de la Palabra... cuando no temes perder la fe, ni le suplicas a Dios que te afirme en la gracia, entonces desprecias y apagas al Espíritu de Dios (1 Ts.5:19).

El Espíritu ataca y reprende determinado pecado en ti, y te exhorta a dejarlo. Pero cuando no quieres obedecerle, y en cambio muestras adicción al pecado y lo sigues acariciando, entonces contristas al Santo Espíritu de Dios. Sí, y también cuando de hecho quieres dejarlo, pero no inmediatamente. Por ejemplo, cuando quieres ser convertido al Señor, pero "todavía no". Entonces hay una falsedad en tu espíritu, un menosprecio del tiempo de "tu visitación" (Lc.19:44), que puede hacer que el Espíritu de Dios se aleje de ti.

De igual modo, cuando quieres arrepentirte y convertirte, pero no quieres oír al Señor y seguir los pasos que Él te prescribe. Por ejemplo: Él te dice que eres un pecador perdido y que has sido redimido por Cristo; por lo tanto, primero debes arrepentirte, luego creer y regocijarte en Él, y entonces, como fruto de la fe, ser obediente a su voluntad. Pero cuando no quieres aceptar este consejo de Dios, y luchas contra su elección, entonces contristas su Santo Espíritu.

Y cuando efectivamente quieres seguir la voluntad del Señor, pero no quieres emplear el Medio de Gracia ordenado por Dios a tal efecto... o sea, su santa Palabra; cuando no quieres emplear tu tiempo para leer, oír y meditar en ella, entonces tientes a Dios y apagas su Espíritu.

Nota bien esto último: Quieres arrepentirte y ser convertido, pero mediante esfuerzo propio en tu corazón. Ruegas misericordia y ayuda del Espíritu para que te convierta, pero no empleas el Medio que el Espíritu utiliza. De ese modo nunca obtendrás lo que pides. Dios jamás prometió escuchar semejante ruego. ¡No! Dios te dio su Palabra, por medio de la cual te quiere hablar e instruir. Mediante su Palabra quiere vivir y obrar en ti.

Tener acceso a la Palabra de Dios, a maestros y consejeros cristianos, tener comunión con los hermanos fe, pero despreciar a todos estos agentes del amor, y todavía rogar por fe y gracia para ser convertido, es tentar al Señor. Es como pedirle a Dios que mantenga tu vida corporal, pero no nutrirse con el alimento que te dio para mantenerte.

Que no puedas hacer todo lo que el Espíritu te alienta hacer, no lo detendrá. Él está dispuesto a hacer su obra en ti, a pesar de que eres un débil pecador.

Lo que repele al Espíritu es la hipocresía y la desobediencia intencional. Pero Él no solamente puede ser contristado cuando comienza su obra en el alma. ¡No! Inclusive cristianos que “ya fueron hechos partícipes del Espíritu Santo” (He.6:4), siempre corren ese riesgo.

Fue a los fieles de Éfeso, que ya habían sido “sellados con el Espíritu Santo” (Ef.1:13), a quienes San Pablo escribió: “¡No contristéis al Espíritu Santo de Dios!” Y ¿con qué podían ellos contristar al Espíritu de Dios? Todo pecado lo contrista, aun el más oculto en lo profundo de nuestro corazón, como pensamientos arrogantes, malos deseos, envidia, falsedad etc.

Pero recordemos: Sólo cuando te alejas interiormente de Dios y comienzas a defender y amar al pecado, expulsas al Espíritu de Dios.

En cambio, cuando un creyente se censura a sí mismo, a su pecado; sufre, lucha, suspira y ora para librarse del mismo... allí el Espíritu se encuentra como un médico en un hospital: Rodeado por enfermedades, deficiencias, heridas y penas. Sin embargo, está en el lugar apropiado, en su verdadero campo de acción. El Espíritu de Dios puede ocupar muy bien el corazón de un pecador, aunque esté lleno de impurezas, enfermedades, heridas y abscesos que le hacen gemir y suspirar. Si no fuese así, ningún cristiano podría retener al Espíritu de Dios ni por un solo día. Lo que expulsa al Espíritu de Dios lo señala el propio Señor Dios cuando dice: “No contendrá mi Espíritu con el hombre para siempre”. (Gn.6:3).

Este es el punto decisivo. Cuando un ser humano ya no permite que el Espíritu de Dios lo reprenda, sino que cobija, excusa y defiende la maldad... entonces contrista y provoca al Espíritu Santo, obligándolo a huir de allí. “No permiten que mi Espíritu los reprenda”, dice Dios. Y esto no sólo ocurre cuando alguien se opone frontalmente a la censura de la Palabra, diciendo: “¡No me importa!”

Sino también cuando tergiversa y acomoda la Palabra, y se niega a aceptar su obvio significado, porque reprende su pecado favorito. Y cuando no busca en la Palabra el medio para escapar del pecado, sino más bien un apoyo para poder seguir practicándolo. Cuando alguien, en vez de buscar la forma de abandonar el pecado o de escapar del mismo, trata de retenerlo, tal persona, resiste la repreensión del Espíritu de Dios.

Por su parte, el espíritu legalista quiere justificarse ante Dios por medio de sus propias fuerzas. Cuando ese “espíritu de la esclavitud” quiere apoderarse del alma de una persona, si ésta no da lugar a la obra del Evangelio de la gracia de Dios en Jesucristo, y en lugar de eso sigue sus razonamientos y sentimientos, oponiéndose constantemente al Evangelio y al piadoso Salvador que le ofrece la gracia, también resiste y contrista al Espíritu Santo.

14. **Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres!** Ro.12:18

Este versículo habla de ser tolerante y pacífico en los asuntos civiles, o sea, en las cuestiones en que no es necesario enfrentarse a los demás por lealtad a Cristo, o por el bienestar eterno de nuestro prójimo. El apóstol jamás nos recomienda hacer concesiones en las cuestiones de fe -cuando está en juego la verdad, la gloria de nuestro Señor Jesucristo, y el eterno bienestar del prójimo- con tal de conservar la paz y amistad con todo el mundo. En efecto, con las primeras palabras: "si es posible" el apóstol indica que su amonestación tiene un límite; que no siempre será posible conservar la paz con todo el mundo, si queremos permanecer fieles a Dios y a la verdad. Esta fue la experiencia de David, cuando dice: "Yo soy pacífico: mas ellos, así que hablo, me hacen guerra" (Sal.120:7).

Por naturaleza, todo el mundo se opone a Dios y a su Reino. Entonces, si quiero ser un fiel testigo de Cristo, necesariamente entraré en conflicto con el mundo.

Nuestro Señor Jesucristo mismo expresa esto con todo vigor y decisión, cuando dice: "No penséis que he venido a traer paz a la tierra; ino he venido para traer paz, sino espada! ...porque he aquí, en adelante, cinco en una familia estarán divididos, tres contra dos, y dos contra tres. Estará dividido el padre contra el hijo, y el hijo contra el padre; la madre contra la hija, y la hija contra la madre; la suegra contra su nuera, y la nuera contra su suegra".

Por lo que Jesús también dijo: "¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!" (Mt.10:34; Lc.12:52-53; Lc.6:26).

Aquí se revela la falsedad del cristianismo de los que son capaces de acomodarse a todo el mundo, de modo que nunca tienen problemas por confesar a Jesucristo. Por el contrario, éstos todavía critican el celo de los fieles, y dicen que si estos "fanáticos" fuesen un poco más sabios, humildes y moderados, también podrían agradar a este mundo. Ojalá esa gente reflexionase en el hecho de que el Señor Jesucristo, el perfecto Maestro, que fue "manso y humilde de corazón" (Mt.11:29), jamás pudo ni quiso agradar al mundo, ni mantener paz y amistad con los incrédulos. Puede ser cierto que a muchos cristianos les falta sabiduría, humildad y caridad; pero si son fieles al Señor Jesucristo, nunca, ni aplicando la mayor sabiduría y caridad, podrán agradar al mundo, que es enemigo de la verdad. "¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios?" -pregunta Santiago (Stg.4:4).

Esta es la constante e inevitable causa de conflictos entre los cristianos y el mundo pagano.

Pero el apóstol sigue diciendo: "...en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres". Si nuestro enfrentamiento con alguien se produce realmente por causa de Cristo y por la enemistad del mundo contra la verdad, ino nos aflijamos! ¡Oh hermano! Fíjate solamente que no

sea una razón carnal la causa de la disputa. Por ejemplo, algún egoísmo, una falta de consideración o comprensión, el gusto por criticar, etc. Es un arte bastante difícil detectar tales defectos en nuestra naturaleza, por nuestro orgullo y la constante tendencia a justificarnos a nosotros mismos, y culpar a otros. Sin embargo, existe una prueba para descubrir si las razones de nuestra disputa con otros son carnales.

Es decir, si analizamos qué clase de amor domina nuestro lenguaje. Los cristianos podemos entrar en problemas porque amamos a otros. A veces es necesario contradecir y censurar, pero nuestro lenguaje revela que deseamos la salvación de aquellos a quienes enfrentamos. Por eso también oramos fervientemente por su bendición. Pero si nuestras palabras de reprensión y crítica fluyen fácilmente de los labios, frutos de arrebatos y pasiones humanas, es que proceden de nuestra naturaleza carnal.

El celo de querer corregir todo lo que te parece mal no es prueba suficiente de que te impulsa el amor. Pero si tienes el hábito de orar por las personas a las que vas a hablar, y procuras hablarles con prudencia y al mismo tiempo temiendo de que te falte suficiente comprensión y amor, eso sí es un testimonio de que un motivo santo nos impulsa. ¡Quiera Dios revelarnos las sutilezas de nuestro corazón! Muchas personas son mártires infelices de una constante falta de paz con sus semejantes, sólo debido a su temperamento porfiado y malo, y a su lengua descontrolada. Por eso dice del apóstol Pedro, al igual que David: "El que quiere amar la vida y ver días buenos, irefrene su lengua de mal, y sus labios no hablen engaño! Apártese del mal, y haga el bien; busque la paz, y sígala!" (1 P.3:10-11).

Sin embargo, por pacíficos, tolerantes y amigables que fuésemos, no siempre nos será posible mantener la paz con todo el mundo. No sólo debido a su enemistad hacia Cristo, sino también debido a muchas razones carnales y materiales, personas rencillosas nos molestarán. Por esta razón el apóstol también dice: "En cuanto dependa de vosotros, iestad en paz con todos los hombres!" Aunque otros ataquen tu persona, propiedad, reputación, etc., no debes vengarte, ni dejarte arrastrar a las peleas, sino encomendarle tu causa a tu fiel y poderoso Padre celestial, que siempre atiende a los humildes y sumisos.

El Señor Jesucristo dijo: "¡Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad!" (Mt.5:5). El que siempre desea imponer su derecho, tiene que sufrir y perder mucho. ¡Dichosos los cristianos, que confían en el cuidado de su Padre celestial, y dejan que Él defienda su causa! Si queremos defenderla nosotros mismos, Dios tiene derecho de dejarla a nuestro cargo, y eso siempre saldrá mal. En cambio, si le encomendamos el problema a Dios, será asunto suyo. Y él defenderá nuestra causa, y lo hará siempre de la mejor forma.

15. **Dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito.** Ef.1:9

Las ideas humanas acerca de Dios, siempre son falsas. Eso queda demostrado en las religiones de todos los tiempos y de todos los pueblos. Unos se imaginan y describen a Dios de una forma, y otros de otra. Unos piensan poder agradarle con esto, otros con aquello. ¡Da pena ver cómo se descarriaron y andan en tinieblas los seres humanos! También a nosotros nos pasa lo mismo, tan pronto como perdemos de vista la Palabra de Dios. Y ¿qué dice la Palabra celestial en cuanto a la voluntad y al plan de Dios, referente a nuestra salvación eterna? Recordémoslo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”. “Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús”. “No por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre (Jesucristo) entró una vez para siempre en el lugar Santísimo, habiendo obtenido una eterna redención” (Jn.3:16; Ro.3:22-24; He.9:12). “Por lo que concluimos que el hombre es justificado por fe, sin las obras de la Ley” (Ro.3:28). Así rezan las sagradas palabras, ante las cuales todos, en el cielo y en la tierra, deben inclinarse y adorar. No importa que los sabios de este mundo, los ángeles y espíritus, la razón y el corazón, digan otra cosa. En su trono en el cielo está sentado el Juez y Señor de todo lo creado. Las palabras que Él pronuncia son firmes como pilares de granito.

Estas palabras dicen que toda carne (hombre), es depravada y que está perdida; que no hay diferencia. Pero también dicen que el unigénito Hijo vino del seno del Padre y ofreció una vez por todo, un sacrificio que satisfizo al Padre celestial, y que es eternamente válido. La Palabra afirma que somos justificados gratuitamente, sin ningún mérito de nuestra parte, por pura gracia, por la redención cumplida por Cristo Jesús. Dice que aunque nuestros pecados fuesen como la grana, por la sangre del sacrificio de Cristo serán emblanquecidos como la nieve. Aunque fuesen tan numerosos como los granos de arena en la playa, desaparecerán hasta no quedar ni uno. No fue un santo ni un ángel, sino el majestuoso Dios mismo Él que creó el universo y millones de astros, quien asumió la carne y sangre de los seres humanos, y de ese modo cargó con sus pecados y propició por ellos, “para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn.3:16).

Éstos ya no serán condenados. No se los juzgará más de acuerdo a su falta de méritos propios, sino de acuerdo a los méritos perfectos de su Mediador. Por consiguiente, en Cristo se los debe considerar tan justos y agradables ante Dios, como a Cristo mismo.

Tal es la eterna decisión de la divina Majestad. Tal es la sentencia pronunciada por ella. Frente a ella, todas nuestras ideas y opiniones son sólo heno y paja.

¿Qué importa ahora que una opinión confusa y débil diga lo contrario? ¿Quiénes somos nosotros para discutir con Dios? ¡Ah, si fuésemos sabios! ¡Que Dios abra e ilumine de una vez por todas nuestra mente, para que podamos ver esta luz celestial y valernos de esa claridad durante toda nuestra vida!

Por ejemplo, si pienso que fui piadoso y espiritual, y que por eso agrado a Dios, inmediatamente debo examinarme y decirme: Esos pensamientos son equivocados y engañosos, porque Dios dijo que todos nos volvimos inútiles, y que jamás podemos agradecerle a Él mediante buenas obras ni justificarnos por méritos propios. O cuando en otro momento pienso que fui tan pecador, que Dios ya no podrá brindarme su gracia como antes, otra vez debo contestar: ¡Son ideas equivocadas!

El eterno mensaje de la Palabra dice que, por mí mismo, merezco la condenación de Dios. Pero dice también que, en Cristo, estoy realmente justificado, ahora y siempre, con toda seguridad; que en Cristo soy justo y agradable a Dios. Si mi justificación dependiese de mis obras, Cristo habría muerto en vano (Gá.2:21).

Si creo que soy más justo y agradable a Dios cuando soy más piadoso; y menos justo cuando soy menos piadoso, entonces evidentemente estoy creyendo que alcanzo la justificación por medio de mis obras. En ese caso, Cristo murió en vano para mí. ¡Dios me guarde misericordiosamente de semejante blasfemia!

Si a veces pienso que Dios se debe haber cansado de compadecerse de mí, por causa de todos mis pecados; que no puede seguir siendo mi amigo, que debe estar enojado conmigo y que se ha apartado de mí por causa de algún pecado... entonces debo contestar: Ésa no es la imagen correcta de Dios. Es la imagen de un "dios" irreal, de un fantasma creado por mi propia imaginación. Porque ni en el cielo ni en la tierra hay un Dios evaluando mi pobre piedad o impiedad y dispensándome más o menos bondad de acuerdo a ello.

Tampoco es que a veces Dios nos ama más, y otras veces menos, de acuerdo a nuestra conducta. El único Dios verdadero siempre nos ama con amor invariablemente ardiente. En cuanto al mérito de nuestra propia conducta, Él tiene en todo momento razones igualmente fuertes para mostrarnos su ira y condenación, pero "en Cristo", mirándonos como redimidos por Cristo, tiene en todo momento razones igualmente fuertes para perdonarnos y amarnos.

Por eso Dios siente en todo momento un amor, encanto y placer igualmente fuerte y ferviente por nosotros, y tiene un cuidado igualmente afectuoso de nosotros. Así lo describe la Palabra eterna y celestial. Si pienso diferente, es sólo mi fantasía, que proyecta una imagen falsa de Dios. Y el motivo de esto es que los seres humanos, al caer en el pecado, perdimos la imagen correcta de Dios.

16. **Porque el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder.**

1 Co.4:20

Este es un texto muy serio. Probablemente todos admitan que es verdad. Quien desea ser salvo no debe olvidar esta verdad, sino invocar la ayuda del Espíritu Santo, para tenerla siempre presente y examinarse seriamente a la luz de la misma.

El corazón humano es tan perverso y engañoso, tan lleno de falsedad, mentira, infidelidad e hipocresía, que uno siempre corre peligro de engañarse a sí mismo con su aparente piedad, con un cristianismo únicamente de labios, conocimientos y promesas, pero carente de verdadera vida y fuerza. Por eso, los cristianos deben prestar mucha atención y recordar que el Reino de Dios “no consiste en palabras, sino en poder”.

En todas las épocas y en todos los lugares siempre existirán los que prefieran engañarse a sí mismos, conformándose con ceremonias religiosas y conocimientos teóricos de la Biblia, pero negando su poder (2 Ti.3:5). A veces ocurre también que congregaciones enteras se contentan únicamente con palabras y conocimientos. En esos tiempos y lugares se hace particularmente necesario recordar que “el reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder”.

Recordemos las condiciones en que se encontraba la congregación a la que el apóstol dirigió estas severas palabras. Era la congregación de Corinto. San Pablo les había llevado el Evangelio, “no con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder” (1 Co.2:4).

Les había anunciado el mensaje de Dios para nuestra salvación, y ellos lo habían recibido con toda sencillez, y fueron bendecidos con una fe filial. Sin embargo poco después se instaló allí la costumbre de depositar casi toda la atención sólo en la doctrina, y no en la práctica. Concentraban todo su interés en las enseñanzas y en los maestros aparentemente diferentes. Decían: “Yo soy de Pablo”; y: “Yo soy de Apolos”; “Yo de Cefas;” y “Yo de Cristo” (1 Co.1:12).

Se interesaban más por cuestiones secundarias y externas, que por el poder y la aplicación de la doctrina en sus corazones y vidas. Por eso también permitieron cosas muy malas, sin preocuparse demasiado por ellas. Para colmo, presumían con valentía y estaban contentos consigo mismos. Creían estar “saciados” de todo bien, pero en realidad se hallaban en pésimas condiciones.

En el mismo capítulo del que extrajimos nuestro texto, el apóstol dice: “Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros reináis... Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, mas vosotros prudentes en Cristo; nosotros débiles, más vosotros fuertes; vosotros honorables, mas nosotros despreciados... Pero iré pronto a vosotros, si el Señor quiere, y conoceré, no las palabras, sino el poder de los que andan envanecidos. Porque el

reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder" (1 Co.4:8-20).

Es un hecho que también nosotros somos más ricos en palabras que en poder. Somos ricos en conocimiento espiritual, en palabras y en comprensión. Debido a la gracia del Señor poseemos mucho conocimiento espiritual, quizás más que el que poseyeron anteriormente los mayores santos. Un siervo de Dios dijo: "Si me comparo con mis antepasados, pienso que hicieron más de lo que sabían; mientras que nosotros sabemos más de lo que hacemos. Ellos son como la Lea prolífica con "ojos delicados" (Gn.29:17-31), pero nosotros como la estéril Raquel, de "lindo semblante".

Sin duda, la práctica, la realización, es imprescindible, porque el Reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder". Pero lejos esté de nosotros la idea que tuvieron y todavía tienen algunos, que nos sobra la predicación del Evangelio y nos falta la enseñanza de la santificación; que ya se ha predicado suficiente sobre la fe y que ahora se deben remediar las deficiencias en nuestro cristianismo con la predicación de la Ley para la santificación... ¡No! Pues solamente la despreciada "locura" de la predicación del Evangelio engendra la fe y transmite el Espíritu, la vida y el poder para la santificación. Donde falta poder y demostración de piedad, falta también la fe y la vida en Cristo.

Pero la falla está en que no tomamos la Palabra a pecho, para aplicarla, utilizarla y concretarla enseguida. En lugar de eso sólo la almacenamos en nuestros cerebros, a fin de distinguir los conceptos y clarificar la doctrina. En otras palabras, usamos mucho tiempo fabricando y alistando las armas, pero no las usamos contra el enemigo, y dejamos que éste siga ocupando el país.

Mucha de nuestra atención se concentra en conceptos de la doctrina correcta, mientras que se pasan por alto los asuntos reales de los que habla la doctrina: El arrepentimiento de corazón, la fe, la verdadera confianza, el gozo, la vida, el amor, la comunión con Dios mediante Cristo y la saludable santificación que brota de esa fuente. Eso queda en el olvido y por eso también corremos peligro de perder la doctrina pura y quedar privados de lo más necesario: del Reino de Dios dentro de nosotros. "Porque el Reino de Dios no consiste en palabras, sino en poder".

17. **Porque por fe andamos, no por vista.** 2 Co.5:7

El reino de Cristo es un reino de fe, más allá de los sentidos, de la imaginación y la razón humana. Es un reino invisible, extraño y misterioso. Quien no tiene esto presente, nunca estará firme en la fe.

El Reino de Cristo se parece a Cristo, así como la esposa armoniza con su esposo. El rasgo característico del cristianismo es llegar a ser "semejante a Cristo". "Pues como Él es, así somos nosotros en este mundo" (1 Jn.4:17).

Y ¿cómo era Cristo en este mundo? En Él se daban los más grandes contrastes: La mayor humillación y la mayor exaltación; el mayor pecado (el de todo el mundo) y la mayor santidad (la suya); la mayor deshonra y la mayor gloria; el más "despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto" (Is.53:3), y también el más glorioso, el resplandor de la gloria de Dios y la exacta imagen de su sustancia (He.1:3). Él fue el Siervo de todos los siervos (Jn.13:14), y el Rey de todos los reyes y Maestro de todos los maestros. (Ap.5:12; 1 Ti.6:15). Él fue el más pobre, pero al mismo tiempo el más rico.

Y como Él fue, así somos nosotros en este mundo. En los cristianos también se encuentran los mayores contrastes: La mayor humillación (la de pecadores perdidos y condenados) y la mayor honra y gloria (la de hijos de Dios); la mayor desgracia a consecuencia de los pecados, y la mayor justicia y pureza; la mayor pobreza, y la mayor riqueza; la mayor debilidad, y la mayor fortaleza.

Lo uno proviene de nosotros mismos; lo otro, de Cristo. Lo uno es nuestra herencia de Adán; lo otro, nuestra herencia de Cristo; lo uno lo sentimos en todos nuestros miembros y sentidos, lo otro yace profundamente oculto más allá de nuestra razón y de nuestros sentidos, y lo debemos creer sólo en base a la fidelidad de Dios.

Sólo en algunas ocasiones especiales Cristo viene a nuestro encuentro, y nos permite ver y sentir la majestad de la gloria de Dios, como en el caso de Tomás (Jn.20:29).

Nos cuesta muchísimo comprender estos contrastes o extremos opuestos, y creer lo que no percibimos; creer en la gracia y justicia ocultas, cuando vemos y sentimos lo contrario. Siento tener que decirles a las personas para las cuales el cristianismo no es más que una ciencia teórica, que nunca van a entender este misterio. Pero cuando el reino de Dios se establece en el alma, no sólo con palabras sino también con poder, la persona siente el aguijón del pecado y es consciente de su tremenda impureza, y de lo débil, confusa y vacilante que es su fe.

Por eso, en medio de la miseria necesita recibir la maravillosa gracia de lo alto, para "ver" y creer que la amistad de Dios hacia ella permanece inalterada! Aunque esté oculta, sigue disfrutando el favor de Dios, pues toda su justicia está únicamente en Cristo. Es particularmente necesario creer esto cuando nuestra miseria natural parece no retroceder sino

avanzar cada día más, afligiéndonos interminablemente. Humanamente hablando, ¿quién puede perseverar en tales condiciones?

¡Ah, qué lucha la de fe! Pues si bien consigo librarme externamente de éste o aquel pecado, mi corrupción interior se torna cada vez más insoportable y deprimente. Cuanto más me acerco al estrado de Jesús, veo con mayor claridad lo profundo de mi caída. Dice San Juan: "Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en Él" (1 Jn.1:5). Cuanto más un alma se acerca a la luz, tanto más aparece su impureza.

Dios concede su gracia en la medida necesaria para fortalecer la fe que debe ser puesta a prueba, o para tiempos en que el alma precisa una mayor humillación. A veces el cristiano se siente impotente, espiritualmente paralizado, confundido y desesperado. Puede llegar a pensar que es un verdadero apóstata y que ha sido abandonado por Dios al error.

¡Ah, qué conocimiento tan profundo y qué lucha tan ardua se requiere entonces para creer y penetrar esos densos nubarrones! ¡Para tener la certeza del triunfo de la justicia divina, en medio del pecado; la vida victoriosa, en medio de la muerte; y el inmenso amor de Dios sonriéndonos amablemente, cuando nos sentimos tan abandonados! En tales momentos realmente necesitamos cerrar nuestros ojos a todo lo que vemos y sentimos, y fijarlos únicamente en la Palabra de Dios. Necesitamos creer, en serio, que toda nuestra justicia propia quedó eliminada y que Dios en ningún momento nos juzga de acuerdo a la misma, sino que mira solamente el mérito de su amado Hijo. Sólo por esos méritos somos purificados y llegamos a ser agradables a Dios.

18. **Dios nos escogió en Él (en Cristo) antes de la fundación del mundo.** Ef.1:4

Aquí se afirma una verdad grande e inalterable, que ningún accidente ni cambio del tiempo presente puede revertir. Lo que es desde el principio, es eterno e inmutable. ¡Ah, si pudiésemos grabar esta verdad en nuestros corazones! ¡Qué refugio fuerte sería contra todas las tormentas y ataques! ¡Qué poderosa e imperturbable paz y alegría nos proporcionaría! Inclusive para el cristiano esta vida es como un desolado desierto, si no mantiene esta grandiosa y eterna verdad continuamente ante sus ojos.

Cuando el apóstol declara que fuimos escogidos en Cristo antes de la fundación del mundo, desea recordarnos con firmeza la eterna verdad de que, en Cristo, Dios tuvo misericordia de nosotros, sin que lo mereciéramos: por pura gracia.

Es como si dijera: Lo que les anuncio no es algo nuevo ni inseguro. Es más antiguo que el cielo y que la tierra, porque aún antes de la fundación del mundo, Dios ya nos había elegido “en su unigénito Hijo”, y había resuelto enviarlo al mundo, para que asumiera nuestra naturaleza humana y fuera nuestra vida y luz.

Nada es tan inmutable como el eterno plan de Dios. Lo que Dios resolvió “según el puro afecto de su voluntad” (Ef.1:5), no podrá cambiarse jamás. “Porque los dones y el llamamiento de Dios son irrevocables” (Ro.11:29).

No existe ningún poder que pueda anular o impedir la decisión de Dios. El que creó millones de astros y les prescribió sus órbitas por medio de su Palabra todopoderosa, ¿acaso permitirá que se desbarate o impida su plan eterno?

¿Acaso permitiría Dios que el hombre, seducido al pecado y a la muerte por el adversario, el diablo, permaneciese eternamente en la muerte y en la condenación, sin esperanza o medio de salvación? ¡Jamás! La “Palabra” y la “Vida” que estuvo con el Padre debió revelarse en carne humana y llegar a ser la “Luz”, la salvación y la esperanza de la humanidad, porque Dios “nos escogió en Él antes de la fundación del mundo”. Nunca debemos olvidar el eterno plan de Dios con relación a la humanidad, y “la inmutabilidad de su consejo” (He.6:17), que está firme para siempre, con su tesoro de consuelo y salvación, más allá de lo que ocurra con nosotros, o lo que veamos y sintamos.

Antes de la fundación del mundo, Dios ya puso los fundamentos para nuestra salvación: ¡Nos eligió en Cristo! En su eterno plan decidió remediar la caída del hombre por medio de Jesucristo, al que convertiría en nuestro segundo Adán, en nuestro Mediador y Autor de nuestra salvación. De manera que todo aquel que en su desgracia se dirija a Cristo y lo invoque con fe, no se pierda, mas obtenga vida eterna.

Después de haber resuelto eso, creó al hombre para ser su hijo y heredero de su Reino. Preparó para el hombre un maravilloso Paraíso,

llenando la tierra con todo lo requerido para sus necesidades y placeres, y dijo: “Todo esto os lo he dado. Señoread en los peces del mar, en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra” (Gn.1: 28).

Dios sabía anticipadamente que se produciría la caída en el pecado y que esto le acarrearía terribles consecuencias a la humanidad. Pero también sabía perfectamente cómo remediarlo. Y el pensamiento de su voluntad no habría de quedar en nada.

Por eso preparó también desde el principio las mansiones celestiales para los redimidos. En el día del Juicio Final Jesucristo invitará a los creyentes con las palabras: “¡Venid, benditos de mi Padre, heredad el Reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo!” (Mt.25:34).

Pensar en la intención original de Dios para el hombre puede causar alegría y fortalecer al corazón afligido. Más de un cristiano sumido en profunda tristeza se reanimó cuando el Espíritu Santo le hizo pensar: “Después de todo, soy un ser humano, y en su gracia Dios tiene planes eternos y sublimes para nosotros. ¡Tiene un inmutable plan y un corazón paternal! Él es mi todopoderoso Creador y Redentor. Nunca puedo caer tan hondo, como para que Él no me pueda rescatar y convertirme en algo precioso, para la gloria de su divina gracia”.

Cuando nuestros primeros padres violaron el Primer Mandamiento en forma tan alevosa, -a pesar de haber tenido capacidad de guardarlo-, con qué entrañable compasión Dios tuvo piedad de sus criaturas caídas, las buscó y las reanimó! Y al entregar a su unigénito Hijo para que fuese nuestro Hermano y Salvador muestra que no es indiferente, sino que abraza un profundo sentimiento paternal hacia nosotros. Y ¿quién puede medir todo el bien que tal Padre todavía nos hará?

Recordar que la gracia de Dios ha existido desde el principio, nos llena de gozo y paz.

19. **Todo lo que no proviene de fe, es pecado.** Ro.14:23

La fe cristiana, la buena conciencia y la relación interior con Dios constituye el corazón y la fuente viva del hombre renacido.

Para la vida espiritual que surge de la fe hay muchas cosas importantes, como el amor, la humildad, la honestidad, las buenas obras, etc. Sin embargo, la fe, la certeza que crea el Evangelio de Cristo de que Dios nos ama a causa de Él es tan fundamental para la vida espiritual, como lo es el corazón para la vida física!

En su gracia y por medio de su Evangelio, Jesucristo nos ha librado del espíritu de la servidumbre a la Ley. Por sus méritos hemos recibido el perdón de nuestros pecados. Y ahora vivimos dominados por el espíritu evangélico de la adopción, disfrutando una estrecha comunión con Dios.

La fe es la primera condición y la fuente de la verdadera piedad, amor, deseo y poder para hacer bien. Mientras falte el espíritu de adopción, será difícil e imposible hacer lo que Dios quiere. Todas nuestras obras buenas sólo serán como un servicio forzado y obligado de esclavos. Estas obras no agradan a Dios, pues Él no aprueba ningún servicio forzado. "Todos los que dependen de las obras de la Ley están bajo maldición" Gá.3:10. Es necesario que reconozcamos que somos impotentes para salvarnos a nosotros mismos; que ni siquiera con la ayuda de la Ley divina podemos capacitarnos para hacer el bien; por el contrario, bajo la acción de la Ley el pecado se torna cada vez más vigoroso en nosotros.

En cambio, cuando Dios nos asegura su amor y amistad, diciéndonos a cada uno: "¡Ten ánimo, hijo! ¡Tus pecados te son perdonados!" (Mt.9:2), ¡ahí despertamos y se enciende nuestro amor! Entonces el yugo de Cristo nos parece "fácil" y su carga "ligera" (Mt.11:29). Cuando Dios me asegura: "¡Mío eres tú!" (Is.43:1b), en lo más profundo de mi corazón sé que tengo un Amigo sin igual, y un glorioso tesoro en el cielo.

Ese amor de Dios en Cristo "me constriñe" (2 Co.5:14), me impulsa a servirle y a honrarlo a Él en todo; a no vivir más para mí mismo, "sino para Aquel que murió y resucitó" por mí (2 Co.5:15). Así el corazón y la vida son consagrados a la verdadera piedad. Y para conservar esta fe y la seguridad del agrado de Dios, necesitamos saber que nuestra vida y las obras que nos proponemos realizar, efectivamente agradan a Dios. Queremos vivir y obrar de acuerdo con la Palabra y la voluntad de Dios.

Mis deficiencias, debidas a mi debilidad carnal, pertenecen a los pecados que todos los días incluyo en la oración del Señor, y por los que pido: "¡perdónanos nuestras deudas!". Para esos pecados hay un eterno y continuo perdón. Pero la vida que llevo consciente y deliberadamente por mi propia decisión, debe concordar con la Palabra y voluntad de Dios, pues en caso contrario, la fe y la buena conciencia no podrán existir.

La buena conciencia es en realidad la fe de la que habla el apóstol, al decir: "Todo lo que no proviene de fe, es pecado." Primero uno debe disfrutar el perdón y la paz de Dios, mediante la fe en Jesucristo.

Luego debe considerar la voluntad de Dios como la regla para su vida, y comportarse de acuerdo a ella. Y todo lo que no proviene de esta fuente, es pecado.

Aquí vemos cómo el Primer Mandamiento es la causa y condición para el cumplimiento de todos los demás Mandamientos: ¡Que Dios es el verdadero dueño de nuestro corazón! Con el corazón se cree en Dios, se le ama y se le teme sobre todas las cosas. Este es el fundamento de la vida cristiana.

Es necesario explicar bien esto, porque después de la enseñanza fundamental de que somos justificados por la fe en Cristo, lo más importante es saber cuál es la correcta conducta cristiana, o qué cosas agradables a Dios podemos hacer.

Desde siempre el diablo usó todo su poder para pervertir estas dos enseñanzas cardinales. Si analizamos los tiempos de Cristo, vemos que nuestro Señor recalca mayormente estos dos puntos en su doctrina: En primer lugar, que ningún ser humano era justo por sí mismo delante de Dios. Que nuestra justicia ante Dios dependía tan solo de su propio "regreso al Padre" (Jn.16:7), o sea, del cumplimiento de su obra redentora (porque era así como regresaría al Padre).

Y luego Jesús enfatizaba que Dios no se complace en el mero cumplimiento externo de buenas obras, y que ante todo quiere el corazón.

Así, pues, el que quiera estar realmente bien con Dios, andar por sus caminos y llevar una vida verdaderamente cristiana, debe ajustarse a lo que dice el apóstol Pablo en nuestro texto! Es una horrible hipocresía querer llevar una vida cristiana, pero descuidar completamente y no prestar atención a la principal condición para ello; es decir, vivir en paz con Dios, en la seguridad de su favor, por la fe en Jesucristo. "¡No tentemos al Señor!" (1 Co.10:9). Él conoce nuestra situación, y nos juzgará de acuerdo a nuestra fe. ¿De qué nos sirve trabajar con empeño y sufrir toda clase de penurias, si el Señor al final rechazará todo eso, porque para Él no es más que hipocresía y pecado? Porque "todo lo que no proviene de la fe (en Jesús), es pecado".

20. Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres. Mt.5:13

¡Ah, si todos los cristianos entendiesen el peligro que enfrentan cuando cosechan la aprobación y la amistad del mundo, cuando el mundo impío finge piedad y bondad hacia ellos! Porque ahí existe el peligro de que se queden espiritualmente atontados y dormidos, volviéndose indiferentes en la fe, iguales al mundo y sin vigor espiritual.

Lamentablemente eso es lo que sucede, en mayor o menor grado, en muchos lugares. Y da pena ver cómo la sal pierde su “sabor” bajo tales condiciones. Esas personas inventan entonces una versión propia de la “fe”: Un cristianismo moderado, cómodo y fácil; un cristianismo de pomposas ceremonias y algunas impresionantes obras de solidaridad humana, que el mundo aprecia y sabe elogiar. Pero ignoran la necesidad del arrepentimiento ante Dios y del nuevo nacimiento espiritual. A eso no le dan importancia. Pero, ¡escuchemos lo que dice el Señor! “Vosotros sois la sal de la tierra, pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres”.

Si por agradar a los hombres el cristiano se entrega al mundo y pierde el poder del Espíritu, de modo que ya no puede censurar la maldad ni con palabras ni con ejemplos ni puede seguir testificando su fe en Cristo, entonces ya no sirve más como discípulo. Debe ser “echado fuera”; debe ser excomulgado, “y hollado (pisado) por los hombres”. Si permanece impenitente, no sólo merece el desprecio de Dios, sino también el de los hombres.

El cristiano “secularizado” se vuelve extremadamente flexible y tolerante en cuestiones de fe y moral. Por complacer a todo el mundo, aprueba y se acomoda a cualquier cosa, y fortalece, al menos con su silencio, los modos de vida pecaminosos e impíos que más bien debería censurar. Significa que “la sal ha perdido su sabor”, que “la luz quedó debajo del almud” (Mt.5:15). Y la causa de todo es que esa persona quiere vivir en paz y amistad con todo el mundo.

En realidad, la causa es más profunda. Tiene importantes deficiencias en la vida espiritual, en el conocimiento del pecado y en la relación con el Salvador. Pero, si esta vida se renueva y Cristo vuelve a ser lo más precioso, también el celo del Espíritu será más fuerte que la amistad o el odio del mundo.

“¡Tened sal en vosotros mismos!”, dice el Señor (Mr.9:50). Con eso se refiere al celo del verdadero amor, que sólo el Espíritu de Dios puede producir. No se refiere a la astucia natural ni a la amargura de una mente enojada. Debemos ser deliberadamente amables, dulces y gentiles en nuestras amonestaciones, y ponernos en guardia contra todos los modales rudos e inapropiados, cuando abordamos algo tan delicado como la vida

espiritual de alguien. Lo mejor es que estemos inspirados por sentimientos de amor y humildad, que se manifiesten espontáneamente. Pero no dejemos que nuestro cuidado y nuestra humildad se conviertan en una cualidad estéril, que no produce nada; que por no lastimar los sentimientos de los demás y por querer mantener la paz con todos, dejemos que las almas de nuestros semejantes se vayan al infierno, sin siquiera tratar de advertirles con una sola palabra. ¡Pensemos en la eternidad! “¡Amarás a tu prójimo como a ti mismo!”, dice Dios (Mt.19:19). Y el apóstol repite: “¡El amor sea sin fingimiento! ¡Aborreced lo malo, seguid lo bueno!” (Ro.12:9). Y también: “¡Sea vuestra palabra siempre con gracia, sazonada con sal!” (Col.4:6).

Podemos testimoniar el valor y la seriedad del cristianismo por medio de amonestaciones amables y fraternales y también por medio de nuestra conducta.

Un cristianismo que no irrita los ojos del mundo, como la sal, y puede contar con su aprobación y alabanza como de algo aceptable, indudablemente es un cristianismo “desvanecido”, sin sal, sin poder y sin función. Nuestro Señor Jesucristo advierte: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!” (Lc.6:26). Y lo mismo hace el apóstol Santiago, cuando dice: “La amistad del mundo es enemistad contra Dios”. (Stg.4:4).

¡Detengámonos a reflexionar en esas palabras! No podemos negar su vigencia. Son el veredicto de Dios. Si el mundo nos alaba sólo incidental y ocasionalmente, es diferente. Eso le puede ocurrir a cualquier cristiano, de acuerdo a las palabras del apóstol: “... por honra y por deshonra; por mala fama y por buena fama...” (2 Co.6:8). Pero si todo nuestro modo de vida y nuestro comportamiento en general le complace al mundo, esto es contrario a las palabras y al ejemplo de Cristo y de sus apóstoles. ¡Por favor, pensemos en esto, no sea que “corramos” (que pretendamos ser cristianos) en vano! Los años pasan rápido, y la muerte muchas veces llega cuando menos la esperamos. Y ¿no te parece que sería algo indescriptiblemente trágico, que te sorprenda yendo por el camino equivocado?

21. **(Dios...) nos ha dado preciosas y grandísimas promesas.** 2 P:1:4

Al principio Dios creó a los seres humanos a su propia imagen, "conforme a su semejanza" (Gn.1:26), para que fuesen sus hijos y herederos. Y a pesar de la profunda caída de la humanidad, le dio al ser humano las mayores y más preciosas promesas: Que seremos semejantes a su eterno Hijo, "hermanos" suyos, y "coherederos" con Él de la gloria eterna en el cielo.

Para cumplir este gran objetivo, el mismo día de su caída Dios le dio al hombre la mayor promesa de todos los tiempos; la promesa que incluye a todas las demás, como el grano incluye la semilla: ¡La promesa de un Salvador! La Simiente de la mujer, que habría de destrozarle la cabeza a la serpiente. Dios renovó esa promesa continuamente: Primero a los patriarcas, luego a los profetas; y la representó a los ojos del pueblo de Israel con innumerables sacrificios de animales, ofrecidos en sus servicios de adoración. Estos sacrificios sólo anunciaban la gran promesa de una futura expiación.

El Antiguo Testamento está lleno de las promesas de un Salvador. Podemos tener un cuadro de ellas al recordar los nombres con que fue anunciado. Los más importantes son: Simiente de la mujer, Destructor de la cabeza de la serpiente, Bendición de Abraham, Raíz de Isaí, Hijo de David, Redentor, Señor de Israel, Rey de Sion, Gran Profeta, Consuelo de los gentiles, Testigo fiel, Maestro y Conductor del pueblo, Luz de los gentiles, Mano del Señor, Ungido de Jehová, Libertador proveniente de Sion, Pregonero de justicia y Rosa de Sharon, entre otros.

Y en cuanto al oficio de este Salvador prometido, Isaías profetizó expresamente: "Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros" (Is.53:6b). "Llevará las iniquidades de ellos" (v.11). "Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado, verá linaje" (v.10). "Por su llaga fuimos nosotros curados" (v.5). Y Zacarías dijo: "Por la sangre de tu pacto... Yo he sacado tus presos de la cisterna" (9:11). El salmista lo proclama: "Subiste a lo alto, cautivaste la cautividad" (Sal.68:18); y Oseas anticipa su triunfo: "¡Oh muerte, Yo seré tu muerte; y seré tu destrucción, oh Seol!" (Os.13:14). E Isaías declara: "Por su conocimiento justificará mi Siervo justo a muchos, y llevará las iniquidades de ellos"(Is.53:11). Y "cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, y nacido bajo la Ley, para que redimiese a los que estaban bajo la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos" (Gá.4:4-5). Entonces el ángel Gabriel le anunció a una virgen en Nazareth su nacimiento, su Nombre y el propósito de su venida: "Llamarás su Nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados" (Mt.1:21). Así, cuando llegó el momento en que habría de cumplir su gran misión, "la noche en que fue entregado", Él mismo, hablando de su sangre, dijo que la derramaba "para la remisión de los pecados" (Mt.26:28). Tiempo después, una multitud de evangelistas salió por el mundo, dando testimonio "con lenguas de fuego" (Hch.2:3),

diciendo que “la sangre de Jesucristo, Hijo de Dios, nos limpia de todo pecado” (1 Jn.1:7).

Recordemos las grandes y preciosas promesas que Dios hace a cada creyente individualmente. Todos los que se sienten deprimidos y culpables ante Dios, e invocan el Nombre de Jesús, suplicando el perdón de sus pecados, obtienen la segura promesa de que todos sus pecados son arrojados “en lo profundo del mar” (Mi.7:19); y “no serán recordados más” (Is.43:25); que son limpios a los ojos del Señor, de modo que el propio Dios los declara “blancos como la nieve”; que todas sus culpas quedan tan lejos de ellos, “como queda lejos el oriente del occidente” (Sal.103:12); que la misericordia de Dios es tanto mayor que su pecado, “como la altura de los cielos sobre la tierra” (Sal.103:11); que el creyente es “acepto en el Amado” (Ef.1:6); que ya no está bajo la Ley, sino “bajo la gracia” (Ro.6:14); que “la Ley ha sido nuestro ayo (tutor) para llevarnos a Cristo” (Gá.3:24), pero desde que vino el Evangelio para llevarnos a la fe en Cristo, ya no estamos más bajo ese ayo (v.25). Todas estas palabras ciertamente pueden llamarse “grandísimas y preciosas promesas”.

Notemos, por favor, que se llaman “promesas” a pesar de que lo prometido ya es una realidad. Jamás debemos olvidar que lo recibimos todo solamente confiando en lo que dice el Señor. Así, cuando no vemos otra cosa que el pecado que todavía llevamos adherido; cuando sentimos que estamos bajo la Ley, que ella todavía nos condena, que ante Dios somos abominables... tenemos que mantener nuestros ojos fijos en lo que nuestro gran Dios hizo y dijo. De lo contrario, muy pronto estaremos sufriendo las consecuencias de nuestra torpeza.

Debemos tener el Evangelio tan grabado en nuestra alma, que a pesar del pecado que vemos en nosotros podamos decir: “A la vista de Dios estoy libre de pecado. Soy perfectamente limpio y santo. Ante Dios ya no existe mi pecado, porque Él sabe lo que vale la sangre de Cristo. Ya no hay “ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús” (Ro.8:1). Aunque no poseo justicia propia, soy perfectamente justo a los ojos de Dios, que sabe lo que vale la justicia de Cristo que me cubre. Todo se basa en la eterna promesa de Dios respecto a su Hijo.

22. **El propósito de este Mandamiento es el amor.** 1 Ti.1:5

El conocimiento superficial de la Ley convierte a las personas que se interesan por Dios y quieren apartarse del mundo, en miserables santurriones, en fariseos presumidos y enceguecidos, mucho más cerrados al Espíritu del Señor que los peores pecadores. Como lo declaró Jesús: "Los publicanos y las rameran van delante de vosotros al Reino de Dios" (Mt.21:31).

Este fariseísmo autosuficiente, cautivante y enceguecedor surge en el corazón humano porque éste tiene un concepto muy equivocado de la santa Ley de Dios. Concentra la atención en sus obras y en la conducta externa, sin prestarle atención al amor.

La pureza y la santidad del corazón es la primera y principal demanda de la Ley de Dios y la fuente de la que proviene toda verdadera obediencia. En lugar de eso, la persona farisaica hace un programa diario de prácticas piadosas, o se impone penitencias visibles. Por ejemplo, renuncia a ciertos malos hábitos muy visibles, y comienza a leer la Biblia y a orar. Y con eso se consuela, como si ahora habría hecho lo que debía hacer; como si la Ley de Dios no le demandara más que eso, cuando en realidad ni siquiera entendió todavía lo que demanda el Primer Mandamiento, y mucho menos lo cumplió...

En efecto, no le importa en absoluto que Dios, ante todo, espera que lo amemos y confiemos en Él sobre todas las cosas; y que ese sea el requisito del primer y mayor Mandamiento. Pasar por alto lo más importante de la Ley, es algo totalmente perverso ante Dios: ¡Es una burla y una blasfemia contra Él!

La persona capaz de conformarse con la mera observancia aparente y formal de la Ley de Dios, en vez de su cumplimiento íntegro y verdadero, demuestra que su piedad no tiene en cuenta a Dios, sino sólo determinadas obras de propia confección, sus grandes cualidades y su santidad personal. Y que en realidad Dios mismo y su voluntad le interesan muy poco. Se burla de los Mandamientos, y los desprecia. Pero se siente bienaventurado porque fue capaz de abandonar esta o aquella práctica pecaminosa. Si solía jurar y tomar el Nombre de Dios en vano, y ahora no lo hace más. O si solía profanar el Día de reposo con trabajos o pasatiempos mundanos, y ahora, en cambio, dedica el día a escuchar la Palabra y a orar. O si anteriormente se permitía excesos de comidas y bebidas, o se dejaba seducir por la vanidad y sensualidad, pero ahora dejó esas cosas de lado. Tal vez cultivaba un vicio, vivía en fornicación, practicaba la deshonestidad en sus negocios y trabajo, pero ahora desechó todas esas cosas...

¿Acaso no es todo eso una victoria tras otra? ¿Acaso no es el camino de la santificación, de un ser realmente convertido, de un verdadero cristiano? Esa persona hace más todavía: Si antes no le importaba el bienestar de los otros, ahora toma a pecho la desgracia de todo el mundo

y presta su ayuda material y espiritual a mucha gente. ¿Acaso no son éstos los frutos del Espíritu? ¿No es este amor el cumplimiento de la Ley? Y ¿acaso la persona conocida por tales obras de beneficencia no tiene derecho a sentirse feliz y reclamar para sí los beneficios de Cristo?

Sin embargo, a pesar de todas sus buenas obras no está obrando sinceramente ante Dios. No toma en cuenta el primer y mayor Mandamiento de Dios, que se dirige al corazón. No entiende lo que ese Mandamiento estipula en cuanto al amor a Dios, a la pureza de los pensamientos y deseos; en cuanto al engaño de la autoestima, de los placeres carnales, de pasiones como la envidia, el orgullo y el odio. Es un "impostor piadoso", al que no le importan esos pecados internos, que nadie ve, ni siquiera él mismo. ¿Y por qué no los ve? Sencillamente por causa de ese grueso velo de santidad y buenas obras aparentes, que cubre su ser interior, al punto que no le deja ver la impiedad allí reinante. ¿Y acaso esto no es obrar perversamente ante la Ley Dios, queriendo ignorar esa gran verdad, de que Dios ante todo mira el corazón?

Cada Mandamiento del Decálogo primero demanda santidad interior, y el reconocimiento de que Dios es santo y celoso y que no se deja impresionar ni engañar con relucientes obras. Él quiere que todo el ser humano se ajuste plenamente a su voluntad, por eso dice: "¡Santos seréis, porque santo soy Yo, Jehová, vuestro Dios!" (Lv.19:2).

Por causa de la hipocresía, de esa falsa postura ante la Ley, nuestro Señor Jesucristo siempre censuró a los fariseos. Les dijo: "Limpiáis lo de fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo y de injusticia. Sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad...Diezmáis la menta y el eneldo y el comino, y dejáis (de lado) lo más importante de la Ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello" (Mt.23:25-28).

¡Ah, que todos reflexionen en el celo del Señor Jesucristo por la Ley! ¡Qué despierten y comprendan que Dios juzga nuestra relación con la Ley a la luz de ese celo!

23. **Acuérdate del día de reposo para santificarlo.** Éx.20:8

El Señor le da especial importancia a la santificación del “día de reposo”. Quiere que lo santifiquemos, que pensemos por adelantado en cómo hacerlo. Algo que necesita ser planificado con anticipación, debe ser particularmente importante.

Este texto nos instruye a ordenar nuestras obligaciones temporales por adelantado, a fin de que podamos tener nuestro día de reposo libre de perturbaciones, para su debida santificación. Muchos pierden la bendición del “shabat”, el descanso que sus almas podrían encontrar en Dios y en su Palabra, sólo por no ordenar por adelantado los quehaceres, y librar al Día de Reposo de las tareas o visitas que impiden santificarlo. En efecto, muchos sufren inconvenientes que podrían haber evitado, si hubiesen recordado oportunamente este Mandamiento: “¡Acuérdate del Día de Reposo para santificarlo!”

¿Qué podemos hacer para santificar el día de reposo? ¿Cómo se lo santifica, y cómo se lo profana? Lutero lo expresa en un breve -pero completo- resumen cuando dice: “Debemos temer y amar a Dios, y no tener en poco la predicación y su Palabra. Mas debemos tenerla por santa, oírla y aprenderla de buena gana”.

Esto es lo que demanda el mandamiento del día de reposo, en el Nuevo Testamento.

Si tenemos una actitud favorable a la Palabra de Dios, entonces sin duda también santificaremos el día de reposo concretamente. Es difícil recomendar a cada cristiano en particular qué se puede hacer durante el día de reposo, porque las circunstancias varían mucho. Y porque no se santifica el día de reposo con cultos y obras, si no proceden del amor y temor a Dios y a su Palabra. Pues sin este amor y temor a Dios, son pura hipocresía. El Espíritu de temor y amor a Dios debe vivir primero en nuestro corazón. Y Él nos dirá qué acciones concretas hacer, o cuáles dejar de hacer, en cada caso. Lo más importante siempre es el temor y amor a Dios, de modo que no tengamos en poco su Palabra, sino que la tengamos por santa, la oigamos y aprendamos de buena gana.

Lo que el Tercer Mandamiento prohíbe, es la actitud mundana e impía que desprecia la santa Palabra de Dios, y por lo tanto también busca hacer lo que le agrada a la carne en el Día del Señor. En efecto, si miramos qué hace la gente mundana por lo general en este día, vemos cosas tan corruptas, que nos dan ganas de llorar de pena. Con respecto a la institución del Sábado, la primera alusión al mismo en la Escritura son las palabras de Génesis 2:3: “Y bendijo Dios al día séptimo y lo santificó”. El séptimo día fue bendecido por Dios; por eso, durante el Antiguo Testamento, fue un día especialmente separado para Dios. Dice el Génesis que Dios santificó ese día. El día de reposo, debía ser el más sagrado de todos los días de la semana, apartado para cosas sagradas y celestiales.

También en el presente, en los tiempos del Nuevo Testamento, Dios desea comunicarse con los seres humanos en forma especial, y darles sus bendiciones en el día de reposo. Bendiciones tan maravillosas, que sólo podrán ser apreciadas en toda su magnitud ante el trono de Dios. Bendiciones sublimes, que comienzan aquí y serán plenas en la eterna felicidad en el cielo.

Pero da pavor pensar en lo que este día llegó a ser para el mundo infiel: En vez de bendición, una gran maldición, y el día más profanado de todos. Los días laborales podrían llamarse santos, si los comparamos con la manera en que el mundo observa el día de reposo. En los días laborales la mayoría de los hijos del mundo desempeñan las tareas de sus respectivas vocaciones. Pero en el día de reposo quieren divertirse dando rienda suelta a la carne, tratando de satisfacer sus malos deseos: Glotonería, borrachera, juegos de azar, bailes desenfrenados y promiscuidad sexual. Otros se permiten libertades menores y más refinadas, como la holgazanería, los chismes, espectáculos destructivos y diversiones en malas compañías. Además, cosas que en sí mismas son inocentes y que podrían dejarse para otros días, como trabajos o estudios, se convierten en pecados cuando se realizan en el día del Señor, que fue destinado a la santificación.

Teniendo en cuenta todo esto, el “Día de Reposo” del mundo podría llamarse: “El día para pecar”.

El día de reposo también puede llegar a convertirse en maldición, para los que guardan reposo externamente, e incluso asisten a la iglesia, pero que al oír la Palabra de Dios se resisten al arrepentimiento y a la fe. Atraen maldición sobre sí mismos, porque oyen y no reaccionan. Hubiera sido menos grave para ellos si en el día de reposo hubieran hecho sólo tareas seculares. La consecuencia de oír la Palabra de Dios de esa manera, es el endurecimiento de su corazón y el oscurecimiento de su espíritu. Cuanto más se ejercita la mente en oír la Palabra en vano, tanto más embotada y cerrada queda. Quien oye la Palabra de Dios, pero no quiere someterse honestamente a ella, inmediatamente queda endurecido. Y de ese modo el día que el Señor bendijo e instituyó para bendición, se convierte en maldición para el oyente impenitente y falso.

24. **Alégrese Jehová en sus obras.** Sal.104:31b

Normalmente, amamos lo que nosotros mismos hemos hecho. También Dios ama mucho sus obras, que son bellas y perfectas. Es muy reconfortante pensar en ello. ¿O acaso Dios no está satisfecho con lo que Él mismo ha hecho? Sin duda, Él se complace en sus propias obras. ¿Pero cuáles son? ¿Y dónde están? ¿Es el diablo en el infierno una criatura suya? ¡Dios nos libre y guarde! El diablo es el responsable de su presente estado. ¿Son los ángeles en el cielo obra de Dios? En un sentido sí, pero en otro sentido no. Porque si bien Dios los creó al principio, ellos mismos conquistaron su gloria y ganaron sus coronas como resultado de una lucha (Ap.12:7). ¿Son los fariseos santurriones, con sus méritos y virtudes, obra de Dios? ¡Nunca jamás! Ellos son el resultado de su propio orgullo y vanidad. ¿Y entonces, cuáles son y dónde podemos encontrar las obras del Señor, que son su deleite?

Están ahí, donde un pobre publicano se da golpes en el pecho y suspira: “¡Dios, sé propicio a mí, pecador!” (Lc.18:13). Donde un Bartimeo ciego a la vera del camino clama: “¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!” (Mr.10:47). Donde una mujer cananea no pretende ser más que un perrillo, y lucha por obtener “migajas” de la piedad de Jesús (Mt.15: 27); y donde una María Magdalena arrepentida y creyente lava los pies de Jesús con sus lágrimas, y los seca con sus cabellos (Lc.7:38). Donde un apóstol Pablo exclama lleno de gozo: “¡Fui recibido por Dios con misericordia!” (1 Ti.1:13); donde un Asaf pregunta lleno de fe: “¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? Y fuera de Ti nada deseo en la tierra” (Sal.73:25). Y donde un Simón Pedro comienza a desconfiar de sí mismo y le dice humildemente al Señor: “Señor, Tú lo sabes todo; ¡Tú sabes que te amo!” (Jn.21:17).

Sí, donde ocurren tales cosas; donde corazones endurecidos como piedras son transformados en blanda arcilla en las manos de Dios; y rostros duros como el acero quedan maleables como la cera, en la que Cristo puede imprimir su imagen... allí están sus obras, en las cuales Dios se deleita. Ahí donde almas que jamás preguntaron por el Señor, comienzan a sentir sed del Dios vivo (Sal.42:2); cuando el corazón lo busca a Él como el cuerpo sediento al agua fresca (Sal.42:1; Jn.7:37); donde los que se creían justos rechazan su justicia personal, y los que se creían sabios comienzan a reconocer su ignorancia (1 Co.1:19ss); donde pobres pecadores comienzan a llorar a los pies de Jesús (Mt.5:4), y donde malhechores condenados se animan a invocarlo para que Él los defienda contra el Acusador (Lc.23:42)... ¡ahí están sus obras!

Y donde están sus obras, está su deleite. Su deleite está, entonces, entre los hijos de los hombres, entre los pobres pecadores penitentes y creyentes. En éstos se complace. Sobre éstos se deleitan sus ojos, como se deleita un amante de la naturaleza ante un hermoso paisaje; o como se deleita el dueño de una viña a la vista de las vides cargadas de racimos. Así se deleita el Señor en el “huerto” que plantó en la tierra con

su sangre redentora y con su Espíritu. Sus ojos se deleitan al ver la nueva vida espiritual en un pecador. ¡Y no se cansa de mirarla!

Puede ser que alguien piense: "Eso vale para las almas piadosas, pero no para mí ni para las personas que son como yo. ¡Porque yo soy un abominable pecador!" ¿Pero qué estás diciendo? ¿Acaso Dios ama sólo tu "piedad", ¿y se complace sólo en tus buenas obras? ¿Desecharás esta verdad tan consoladora, que "Jehová se alegra en sus obras"? ...¿que fuimos aceptados por Él por medio su amado Hijo, y no por nuestra propia justicia? (Ef.1:6).

Otro puede preguntarse: "Dentro de mí encuentro tanto pecado e inmundicia. ¿Será ésa la obra del Señor? Respondo: Que encuentres pecado e inmundicia dentro tuyo es efectivamente obra del Señor; no el pecado y la inmundicia misma, pero sí el que lo veas y lo sientas en tu vida. Esto no es un conocimiento natural ni es obra del diablo. El engaño de la serpiente: "Seréis como Dios" invadió nuestra naturaleza humana con egoísmo idólatra (Gn.3:5b). Por eso, un espíritu humano contrito y humillado es tal obra divina, que le causa alegría a Dios y a sus santos ángeles. Es la obra del Señor, que lleva a sus hijos e hijas perdidos de vuelta a los brazos del Padre celestial; que dirige al pecador al trono de gracia, para que se cubra con la justicia de Cristo, que es "la mejor vestimenta" (Lc.15:22). ¡Ahí está el deleite y la alegría de Dios!

Quien está revestido de Cristo es santo y glorioso ante Dios, aun cuando en sí mismo, y ante sus propios ojos, todavía es un abominable pecador.

25. **Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto agrada al Señor.** Col.3:20

La obediencia a los padres, y a los que ocupan el lugar de los padres fuera del hogar, abarca tanto, que admite apenas una sola excepción: Cuando la obediencia a los padres entra en conflicto con la obediencia a Dios. Porque la Palabra dice: "Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hech.5:29). Y Jesús advierte: "El que ama a padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí" (Mt.10:37). Reconociendo esta única excepción, por lo demás la Palabra de Dios dice: "Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, iporque esto agrada al Señor!"

De igual modo se amonesta a los que trabajan en situación de dependencia: "Siervos, obedeced a vuestros amos terrenales con temor y temblor, con sencillez de vuestro corazón, como a Cristo... y no a los hombres" (Ef.6:5-7).

Y en cuanto a los súbditos frente a las autoridades, dice: "Sométase toda persona a las autoridades superiores..." (Ro.13:1). Y: "Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior; y a los gobernadores, como por Él enviados..." (1 P.2:13-14). Finalmente, con respecto a la obediencia debida a los pastores y maestros, la Escritura exhorta y ordena a los fieles: "¡Obedeced a vuestros pastores y sujetaos a ellos!" (He.13:17).

Existe un límite que la obediencia no debe exceder: Cuando la obediencia a los padres, autoridades y maestros se convierte en desobediencia directa a Dios, a su Palabra o a nuestra conciencia. Si nuestros superiores son tan corruptos que demandan obediencia en cuestiones en que la Palabra revelada de Dios y la conciencia cristiana dicen que no, debemos negarnos a obedecer, respetuosa pero decididamente. Por más que denuncien nuestra actitud como desacato, revolución o cosas por el estilo.

Pero fuera de eso se nos ordena obediencia. La Biblia amonesta muchas veces, con toda seriedad, acerca de esta obediencia. Es cierto que a veces es muy difícil obedecer, cuando las personas que tienen el derecho a impartir órdenes abusan de ese derecho, y dan órdenes duras e injustas. O cuando se muestran poco comprensivas, y quienes deben obedecerles entienden mucho más del tema, pero se ven obligados a someterse. Sin embargo, mientras que la orden no sea contraria a la Palabra de Dios y a la conciencia, los subordinados están obligados a prestar gustosamente obediencia, "no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar" (1 P.2:18).

El disidente tiene sus derechos y puede luchar por ellos. Pero si no logra ningún resultado, debe obedecer, aun cuando con eso sufra injusticias, o vea que lo mismo podría hacerse en forma mucho más sabia y razonable, porque el Señor nos instruyó a obedecer.

La dureza de este mandamiento se convertirá en un placer, y lo amargo en dulzura, si tenemos presente que de esa manera cumplimos

la voluntad del Señor, sirviéndole a Él y no a los hombres, y que nuestra obediencia a padres antojadizos, maestros rígidos, y autoridades injustas, agrada a Dios. Si realmente queremos servir al Señor y hacer lo que a Él le agrada, nos someteremos contentos aun a las condiciones más difíciles, con tal de poder decir: “Hice lo que Dios mismo ordenó, y lo que sin duda le agrada”.

Inclusive un niño o un humilde peón cristiano puede agradar a Dios con solo cumplir obedientemente lo que le ordenan sus padres o autoridades.

Dios anunció definitivamente su voluntad: Quiere que se le obedezca a Él, obedeciendo a los padres y superiores. ¡Esa obediencia le causa enorme satisfacción! Por eso Lutero dijo: “Algo tan insignificante como barrer el piso, por obediencia a los padres o superiores, si se hace por fe en Jesús y por amor a Él, para Dios es mejor que hacer grandes obras que Él no ordenó”.

Todas nuestras acciones deben ser analizadas a la luz de la Palabra revelada de Dios, que nos da a conocer Su voluntad. Así podremos saber si le agradan o no. Si podemos prestar nuestra obediencia a padres y superiores de acuerdo a la Palabra, en un espíritu dispuesto y de buena gana, la obediencia será fácil y dulce; más aún, llegará a ser un precioso servicio a Dios, por difícil que muchas veces le resulte a nuestra carne y sangre. Pues qué puede dignificar más nuestro trabajo, que poder decir: “¡Dios mismo me ordenó hacer esto. Estoy seguro que le agrada a Él!”

26. **Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza.** Gn.1:26

La expresión “hagamos” indica notablemente la existencia de una conversación.

Dios no dice: “haré al hombre” ni “i produzca la tierra al hombre!”, sino “i hagamos al hombre!” Todas las demás criaturas fueron creadas sin una consulta de esa clase, por medio de la todopoderosa Palabra de Dios. Sin embargo, cuando Dios decidió crear al hombre, mantuvo un intercambio de ideas. ¿Pero con quién? Sin duda, las tres Personas de la Santa Trinidad consultaron entre sí. El ser que habrían de crear no sólo poseería un cuerpo físico, sino también un espíritu inmortal, que provendría del Espíritu del propio Dios, y estaría preparado para la vida eterna en el cielo. Dios dijo: “i Hagamos al hombre a nuestra imagen!” Y cuando Dios, en su divina sabiduría, anticipó la caída del hombre y la miseria que eso produciría, no quiso que tan importante criatura suya se perdiese para siempre. Por eso tuvo una consulta previa, y resolvió que Dios Hijo, el Verbo eterno, se haría cargo de rescatarla.

El ser humano fue creado en forma muy diferente a todas las demás criaturas. Cuando Dios creó a los animales, ordenó: “i Produzcan las aguas! i Produzca la tierra!” etc., como si Él no intervendría directamente, sino que accionaba ciertas fuerzas y leyes de la naturaleza por medio de su omnipotente Palabra.

Pero al crear al hombre, Dios actuó directamente. Era una obra en cuya creación se unieron las tres Personas de la Divinidad, diciendo: “i Hagamos al hombre!” El hombre no nació del agua ni de la tierra, como especularon algunos pueblos paganos. El hombre fue creado por Dios en forma especial y directa.

Esto se hace aún más notable cuando consideramos el origen de las dos partes constituyentes del ser humano: Cuerpo y alma. Leemos en Génesis 2:7: “Formó Dios al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente”.

Notemos: Dios hizo al hombre. Fue obra de Dios mismo, y llegó a ser la obra maestra de la tierra. Dios formó el cuerpo humano del polvo de la tierra, recordándonos para siempre, particularmente después de la caída, que somos polvo, una bolsa de gusanos (Gn.3:19; Ecl.3:20).

Por eso el primer hombre recibió el nombre de “Adán”, que significa “de tierra, terrenal, hijo de la tierra”, para que no nos olvidemos nunca lo corruptibles que son nuestros cuerpos. Y para que no olvidemos la necesidad que tenemos de buscar lo que pertenece al alma y a la eternidad... dice la Escritura: “Y sopló (Jehová Dios) en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Gn.2:7).

¡Qué origen sublime y noble! El alma inmortal, creada para vivir con Dios en el presente y en la eternidad, le vino al hombre tan directamente de Dios, que la Escritura asegura que “Dios le sopló la vida”. Bien podemos

cantar con David: "Te alabaré; porque formidables, maravillosas son tus obras" (Sal.139:14). Por eso San Pablo dijo: "Linaje suyo somos" (Hch.17:28 - 29).

El ser humano es hijo de la tierra, e hijo de la eternidad. Es una criatura especial de Dios. Dios creó al hombre "a su imagen". El Espíritu de Dios quiere llamar nuestra atención sobre este hecho en forma especial, repitiéndolo muchas veces en las Escrituras. Nuestro texto dice: "Dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, iconforme a nuestra semejanza!... Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó..." (Gn.1:27). Repite, con diferentes expresiones, que el hombre habría de poseer la imagen de Dios.

Aunque en este mundo nunca podremos entender cabalmente en qué consiste la imagen de Dios, el hecho de que el hombre haya sido creado a Su imagen es inmensamente importante; implica algo muy grandioso. Pues gracias a ello, el Hijo de Dios pudo venir al mundo convirtiéndose en un ser humano igual a nosotros. Por eso pudo llamarnos "hermanos" suyos. Él vino para restaurar lo que había sido destruido por la caída del hombre en el pecado. Y así, por medio de Él podemos volver a participar de la misma gloria, para la que fuimos creados al principio. Por medio del "nuevo nacimiento", de "la nueva creación", llegamos a ser "nuevas criaturas" en Cristo, y participantes de la naturaleza de Dios (2 Co.5:17; 2 P.1:4).

Y este nuevo hombre tiene que ser renovado diariamente, a imagen de su Creador. Sin embargo, la imagen de Dios en nosotros, jamás estará plenamente restaurada antes de la resurrección. El día del Juicio Final recibiremos cuerpos nuevos, puros e inmortales; y Cristo se manifestará plenamente en todos los creyentes.

Como declara San Juan: "Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser. Pero sabemos, que cuando Él se manifieste, seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como es Él" (1 Jn.3:2).

27. **Bienaventurado el varón, a quien el Señor no inculpa de pecado.** Ro.4:8

“El varón a quien el Señor no inculpa de pecado”. ¿Existe tal persona en el mundo? ¿Dónde está? ¿Alguien la ha visto? ¿O la Palabra de Dios miente? ¿Quién tiene tan buena relación con Dios, que Éste nunca lo culpa de pecado? ¿Quién es tan afortunado? Es aquel -dice el apóstol- “a quien Dios atribuye justicia sin obras” (v.6), o sea, sin méritos propios; “aquel, cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos” (v.7).

¿Y cómo identificar a tal persona? ¿Cuáles son sus características para reconocerla, de modo que también nosotros podamos ser tan bendecidos? El apóstol Pablo dice que tal persona se califica a sí misma como impía, y que no “obra” tratando de justificarse mediante su propio esfuerzo, “sino cree en Aquel que justifica al impío” y así, “su fe le es contada por justicia”.

David da la misma descripción del bienaventurado, aquél a quien el Señor no inculpa de pecado. Lo describe en el Salmo 32:2 como la persona “en cuyo espíritu no hay engaño”; alguien que no trata de encubrir sus culpas y de engañar al Señor. Su orgullo desapareció, y confiesa sus transgresiones al Señor. Dejó de ser una criatura arrogante y rebelde. Ya no puede seguir confiando en sus propias obras ni mantenerse alejado del trono de gracia. Ya no puede ofrecerle a Dios impresionantes méritos personales, ni conmovedoras oraciones, y al mismo tiempo ocultarle sus pecados...

David primero encubrió su iniquidad ante el Señor, y luego calificó a ese intento como un “engaño en el espíritu” (Sal.32:2b). Generalmente se da el primer paso en la confesión tan pronto como se suprime ese engaño: Entonces...“confesaré, dije, mis transgresiones a Jehová” (v.5.). Esta confesión también incluye confianza en la gracia de Dios y demuestra una fe cristiana. Porque quien no cree en la gracia de Dios, huye de Él y encubre sus pecados. No se presenta ante Cristo para confesárselos. Jesucristo explicó esto al decirle a los pobres pecadores y mujeres perdidas que acudieron a Él: “Tu fe te ha salvado, ¡vé en paz!” (Lc.7:50). En el corazón de la persona que no puede estar alejada del trono de gracia siempre hay fe en Jesús (Éx.25:17,22; He.4:16; 9:5; Ro.3:25).

¿Es esta tu historia? ¿Te describe esto a ti, querido lector? Entonces, tú también eres esa bienaventurada persona, a la que el Señor no inculpa de pecado. No importa cuán pecador e indigno seas, ahora estás en paz con Dios. Eres un hijo de la gracia, al que Dios nunca juzgará de acuerdo a la Ley, al que nunca le atribuirá sus pecados. Es cierto que los ve, pero dice: “No te los tomaré en cuenta, porque crees en mi amado Hijo, al que constituí en tu Salvador”.

Sin duda, es muy importante y trascendente que los creyentes en Cristo son personas a las que Dios no les atribuye pecado. ¡Si aún sentimos mucho pecado dentro de nosotros, no olvidemos lo que dice este texto!

No dice: “Bienaventurado el varón en quien Dios no encuentra pecado”; sino: “¡Bienaventurado el varón a quien el Señor no inculpa de pecado!” Tampoco dice: Bienaventurado el varón que no cometió iniquidades, sino: “¡Bienaventurados aquellos, cuyas iniquidades son perdonadas!” (Ro.4:7).

La fe es muy firme cuando se aferra tenazmente a la promesa, y no se deja confundir ni desviar por apariencias ni sentimientos contrarios. Ni la más terrible experiencia de pecado ni las más graves tormentas de desdicha interior o de sufrimiento externo pueden invalidar esta verdad divina. Dios, solo por gracia y por amor de Cristo, perdona y no inculpa más de pecado a sus fieles hijos, y los conserva en su eterna paz.

Pensemos en las experiencias de la persona cuyas palabras el apóstol cita aquí. Recordemos la historia de David. Qué miserables experiencias las suyas, ¡y qué inmensa la gracia recibida! ¡Qué privilegio tan grande, ser un antepasado de Cristo! ¡Un humilde pastor de ovejas, designado como rey y profeta de Israel!

Recordemos el testimonio que Dios mismo dio acerca de él (1 S.13:14), ¡y en la desbordante fe de su corazón, expresada en los salmos! ¡Qué inmensa gracia, y qué corazón ardiente por el Señor! Pero también, ¡qué terrible zarandeo del diablo, qué horribles manifestaciones de pecado, caídas y transgresiones! ¡Y qué remordimiento y horror ante Dios! ¡Qué aflicciones y humillaciones, y nuevamente qué arrepentimiento y llanto ante el Señor! “¡Por causa de mis pecados!”-confiesa. Y aun así, Dios no lo rechazó cuando rogaba: “¡No me reprendas en tu enojo, ni me castigues con tu ira!” (Sal.6:1). Y exclamó confiado: “¡Jehová... no contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo... porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen” (Sal.103:9,11).

28. **No matarás.** Éx.20:13

Por la explicación que nuestro Señor Jesucristo hace de este Mandamiento en el Sermón del Monte, vemos que la mirada y los pensamientos de Dios son bastante más profundos que los nuestros. Dios mira nuestro ser interior.

El Creador y el "Padre de los espíritus" (He.12:9) ve y conoce nuestro espíritu, nuestro corazón y nuestros más íntimos pensamientos. Por eso, las palabras: "¡No matarás!" abarcan mucho más que la prohibición de quitarle a un ser humano la vida física.

La prohibición no se dirige sólo a tu mano, sino a toda tu persona: A tu cuerpo, alma, corazón, lengua, mirada, y motivaciones secretas. Al decir "¡No matarás!" Dios mira tu amor o falta de amor. Quien ordena: "No hagas esto, o aquello" no le dice eso sólo a la mano, sino a la persona completa. Y aun si dijera: "Que tu mano no haga esto o aquello", no estaría hablándole a la mano, sino a la persona: Al cerebro y a la voluntad que dominan esa mano. La mano es un instrumento del alma; de la mente y del corazón.

Dios se fija ante todo en el ser interior. Las palabras "¡No matarás!" significan exactamente lo mismo que si diría: "Nada, en todo tu ser, debe matar". Todas las formas de matar que podamos imaginar: Con un arma, con las manos, con la lengua, con el corazón, con miradas de ira y gestos de odio, o con oídos sordos para la verdad... todas están comprendidas en la prohibición de matar.

En cualquiera de esas formas de matar están tan involucrados el corazón y el ser interior, que para Dios quien actúa así, es un asesino. Este Mandamiento prohíbe, en primer lugar, el crimen concreto de homicidio. Nadie tiene el derecho de acortar la vida de otra persona por su cuenta.

¡Absolutamente nadie!

Por otra parte, cuando las autoridades abaten a un criminal, no es un asesinato por cuenta propia, sino por mandato de Dios, quien ordenó a los gobernantes -a las autoridades establecidas- a no llevar "la espada" (el arma) en vano. Son "servidores de Dios, vengadores para castigar al que hace lo malo" (Ro.13:4).

Pero además Dios prohíbe toda idea o deseo de matar, aunque el homicidio no llegue a consumarse. El odio del corazón, en general, no se puede ocultar. Se revela en el rostro siniestro, o en palabras y gestos hirientes. Ese odio no sólo es pecaminoso ante Dios; también es el comienzo del homicidio. En fin, lo que imagina, dice o hace una persona amargada, llena de odio, envidiosa, vengativa y hostil contra su prójimo, es pecado contra el Quinto Mandamiento. Ante la vista de Dios, es asesinato.

Por ejemplo, el padre que castiga a su hijo con ira descontrolada, aunque es la persona indicada para castigar al hijo, si no lo reprende por amor, con el deseo de corregirlo y para su propio bien, sino que lo maltrata con una mentalidad perversa e ira descontrolada... peca contra

este Mandamiento. En el momento del castigo no piensa en el daño que le puede causar al cuerpo y al alma de su hijo; sólo quiere desahogar su cólera. ¿Acaso tal padre no merece ser acusado como homicida de su propio hijo?

O la madre furiosa, dominada por su mal carácter, que vuelca la rabia de su corazón en su hija con maldiciones e insultos, sin darse cuenta que su furor es como un fuego que destruye la vitalidad espiritual y corporal de su hija. ¿Qué es esa madre ante Dios? Nada menos que la homicida de su propia hija.

¿Y ese marido, que por su odio salvaje y descontrolado descarga una furia irracional contra su mujer, a la que debería mostrar ternura, afecto, comprensión y compasión? ¿O esa esposa resentida que fastidia día y noche a su marido, al que debería respetar, con palabras despectivas e hirientes, y con una actitud fría y desafiante? ¿Y ese patrón avaro y despiadado, que explota a sus empleados...? ¿Qué es todo esto ante Dios, e incluso ante los hombres, sino actitudes criminales que amargan y acortan la vida a otros? ¿Cómo podría aprobar el bondadoso y misericordioso Señor ese menosprecio, odio y crueldad contra nuestro prójimo?

Y es lo mismo también cuando privamos a nuestro prójimo de sus medios de vida; o si nos negamos a socorrerlo, cuando corre peligro de muerte. Según la Escritura, el que priva a alguien de sus medios de vida, lo mata (1 Jn.3:15-17).

Si vemos al prójimo sufriendo una necesidad y no sentimos compasión, sino que cerramos nuestros corazones, y no le damos lo que necesita para sobrevivir... también somos responsables de su muerte. Porque si todos obrasen de la misma manera, el desdichado efectivamente moriría. Y entonces nosotros habríamos participado en su homicidio, con igual culpa que la del que ve a su prójimo en peligro de morir quemado o ahogado, y no trata de rescatarlo.

29. **Porque si fuimos plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.**

Ro.6:5

Literalmente este texto dice: "...si fuimos unidos a Él a la semejanza de su muerte y resurrección". La mejor explicación de estas palabras la da el propio Señor Jesucristo en la parábola en la que se compara con el grano de trigo, que antes de producir fruto debe ser enterrado y morir (Jn.12:24). Así también deben morir y ser sepultadas nuestras propias fuerzas y facultades, antes de poder obtener la vida nueva y celestial, y llegar a ser ese tipo de grano que el labrador celestial aprueba, y junta en su granero. En tanto que la naturaleza humana todavía existe y puede hacer algo por sí misma, todo lo que haga -inclusive su mayor "piedad"- no es sino religiosidad "nacida de la carne" (Jn.3:6) y abominación para el Señor. Cuando el hombre llega a ser lo mejor que podría llegar a ser, aun así su vida está infectada de orgullo y autoestima. Por eso, antes de que Dios pueda revelar su poder en nosotros, primero debe ser derribada y destruida nuestra fuerza espiritual, sabiduría y "buena" conducta. Y entonces, cuando el pecador yace delante de Dios totalmente perdido y condenado, impotente e incapaz de salvarse por sí mismo, y en ese estado oye la misericordiosa voz del Hijo de Dios, el Evangelio de la gracia, sólo entonces comienza la nueva vida en él.

Quienes conocen únicamente la Ley de Dios, no entienden nada de este secreto. Para ellos es un misterio, y una tontería, porque creen que sólo hace falta que el hombre se esfuerce lo suficiente para que pueda santificarse a sí mismo. Ignoran completamente las palabras de Jesús: "Separados de Mí, nada podéis hacer" (Jn.15:5). O las interpretan como que sólo debemos invocar y adorar a Jesús, o pedir su ayuda y su poder para mejorarnos. Pero Jesús no dice: "Si no me invocan o imitan..." sino: "Si no permanecen en Mí, como el pámpano en la vid, nada pueden hacer". "¡Permaneced en Mí!"

Claro que también hace falta orar a Jesucristo, e imitarlo. Sin embargo, eso no es lo único ni lo principal. Porque con todos nuestros esfuerzos de adoración e imitación no obtendremos nuestra santificación. Todo lo contrario, la Escritura enseña que por naturaleza estamos espiritualmente muertos, y somos impotentes, incapaces de producir buenos frutos por nosotros mismos; que sólo obtenemos vida de Cristo, "plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte... y de su resurrección". La regla es: "Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto"(Jn.12:24).

La verdadera santificación se da cuando reconocemos: "Por más que me esforcé por justificarme y santificarme por mis propios medios, fracasé en todos mis intentos. Finalmente, encontré tanto mi justificación como mi santificación, en otro: En mi Señor Jesucristo, ¡y únicamente en Él! Hice muchos esfuerzos confiando en mí mismo; luché, oré, tomé resoluciones... pero sólo logré ser cada vez más infeliz, rebelde y perdido, hasta que desesperé de todos mis intentos y me di por vencido. Entonces vino Jesús,

por medio de su Evangelio, y me reanimó. Comprendí que era salvo de toda culpa y condenación, sólo por su inmerecida bondad; por el sacrificio que Él ofreció por los pecadores”.

“Pero todavía recaí muchas veces en mi viejo error, de pensar que podría lograr algo con mi propia voluntad y capacidad natural. Imaginaba que estaba en mí el poder de santificarme. Por eso, me exigía a mí mismo obras presuntamente buenas. Quería aprender a confiar en Dios, orar y luchar, y creía que estaba en condiciones de hacerlo por mí mismo. Pero entonces me vi de nuevo totalmente impotente y frustrado: No podía confiar en Dios, ni adorarlo, ni servirlo de corazón. Dios me inspiraba temor y rechazo, a cada momento. Y cuando me vi nuevamente humillado, derrotado y espiritualmente muerto, vino otra vez el Señor con su Evangelio del perdón gratuito, y me llevó de vuelta a la fortaleza de la que me había extraviado: ¡La fortaleza de la sola gracia! Y así recobré el deseo y el poder de hacer el bien”.

Recordemos: Sólo cuando nuestra justificación y santificación están únicamente en Cristo, y dependemos de Él para todo, sólo entonces se cumple verdaderamente la mortificación de nuestro “viejo hombre”. Entonces no sólo se reprimirán sus manifestaciones groseras; también se abatirá el “viejo hombre” interior; se mortificará su corazón y su misma vida, esa auto suficiencia tan profundamente arraigada; esa fantasía de la fuerza y capacidad espiritual propia. Precisamente, ese falso concepto de uno mismo es la vida y el alma del viejo hombre. De esta vertiente contaminada procede un torrente de pecados, que afecta todos los aspectos de la vida, como el orgullo, la crueldad, el egoísmo, el odio, la impaciencia, los engaños, y otros defectos.

Para acabar con esa fuente, ante todo debe abatirse la profunda auto suficiencia, y la imaginaria capacidad propia. Y esto no sólo una vez, en nuestra conversión, sino con arrepentimiento diario, durante toda nuestra vida. Como nos humillaron las demandas y prohibiciones de la santa Ley la primera vez, nos deben seguir acusando y avergonzando durante todo el resto de nuestra vida, todas las veces que presumimos ser o hacer algo meritorio para justificarnos ante Dios. Pues jamás obtendremos la paz con Dios y la felicidad de la salvación por medio de algo que tenemos o hacemos por nuestros propios medios, sino únicamente por lo que es e hizo nuestro Señor Jesucristo por nosotros.

Tampoco debemos quedar postrados en nuestra desgracia, permaneciendo en la servidumbre de la Ley y bajo su condenación. El hombre nuevo, el nuevo ser espiritual, nacido por la fe en Jesús debe resurgir y salir diariamente, pues “el ocuparse del Espíritu es vida y paz” (Ro.8:6). Para ello, la vida espiritual debe ser alimentada continuamente. Es igualmente necesario que nuestras conciencias sean constantemente reanimadas y fortalecidas, y lleguemos a ser felices y benditos con la gracia de Dios por medio del Evangelio. Así siempre estará viva la santificación verdadera, obrada por el Espíritu Santo. Y no será una piedad artificial ni superficial.

1. **¿O menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanimidad, ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?** Ro.2:4

Aquí tenemos una palabra que debe despertar la razón de todos. ¿Quién puede expresar todo lo que contienen estas palabras: "Las riquezas de la benignidad, paciencia y longanimidad de Dios"? Tenemos aquí todo un mundo de beneficios, misericordia y piedad de Dios. ¡Qué inmensa evidencia para el alma que todavía no cedió al arrepentimiento!

La benignidad es la amorosa disposición de quien desea servir continuamente a otros, aun a desconocidos o indignos. La persona a la cual la benignidad convierte en objeto de compasión puede ser muy indigna del amor; porque la benignidad sólo desea hacer bien y no toma en cuenta los méritos o la falta de méritos del otro. La benignidad de Dios "hace salir su sol sobre malos y buenos, y hace llover sobre justos e injustos" (Mt.5:45). La benignidad de Dios es la inagotable vertiente de la que fluyen perpetuamente todos sus beneficios hacia nosotros.

La paciencia hace que Él soporte la ingratitud y otras injusticias y que no se enoje rápidamente. Y longanimidad es la paciencia practicada durante largo tiempo. La longanimidad de Dios indica que Él es muy lento en tomar una resolución de ira y castigo. Esto lo demostró a los judíos, cuando por muchas generaciones les tuvo paciencia y los soportaba cada nuevo día y momento.

Sufría con paciencia la ingratitud y los pecados de ellos. Por su longanimidad siguió soportando a esos desagradecidos durante mucho tiempo; sí: durante milenios. Y los pecados en que persistieron durante tanto tiempo no pudieron agotar su paciencia, de la que el propio Señor declara (Ro.10:21): "Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor".

El apóstol dice que Dios no solo tiene o muestra benignidad, paciencia y longanimidad, sino que también es rico en esas cualidades. Habla de las riquezas de la benignidad, paciencia y longanimidad de Dios. Son palabras que señalan la grandeza, extensión y abundancia de la benignidad, paciencia y longanimidad que Dios abriga en su corazón. La riqueza de esas virtudes la demuestra también cuando Él, el Todopoderoso que no nos necesita y que está infinitamente por encima nuestro, no obstante trabaja y se fatiga con nosotros, que somos injustos, ingratos y porfiados, sólo para poder hacernos bien.

Sí, las riquezas de la benignidad, paciencia y longanimidad de Dios son tales, que el intelecto humano no llega a comprenderlas.

El hombre frecuentemente duda de la existencia de un Dios que aborrece el pecado, al ver que Él deja impune a los malvados tanto tiempo. Tales dudas surgen sólo porque el hombre no puede comprender la inmensidad de la paciencia y longanimidad de Dios. Sin embargo debiéramos tener presente que tan grandioso y rico como Dios se

manifestó con su omnipotencia y sabiduría en su creación, tan grandioso y rico es también con su gracia y piedad. Levanta tu vista al cielo. ¿Puedes contar las estrellas, esos enormes cuerpos celestiales? ¿Puedes medir el agua del mar? Pues, tan grande como es Dios en su creación, tan grande es también en su benignidad, paciencia y longanidad. Esta es la única razón por la que su justo castigo todavía no ha fulminado a un mundo tan lleno de pecado e ingratitud como el nuestro.

¿Qué hacer entonces, siendo que Dios es tan grande en su gracia y misericordia? ¿Hemos de desafiarle tanto más, y pecar tanto más atrevidamente contra Él? ¡Dios nos guarde piadosamente de eso!

El apóstol pregunta: “¿Menosprecias las riquezas de su benignidad, paciencia y longanidad, ignorando que la benignidad de Dios te llama al arrepentimiento?” ¿Menosprecias? Esto ocurre, cuando respondes a su benignidad perseverando en una vida de pecado. Cuando tan irresponsablemente te olvidas de todo lo bueno que continuamente recibes de Él, que ni siquiera reflexionas, no te arrepientes ni te detienes en tu error.

Si la benignidad y piedad de Dios fuesen moderadas, también sería una maldad moderada despreciarlas. Pero despreciar a un ser muy piadoso y bueno, sin duda nos llevará a un horrendo fin. ¿Cuál es, entonces, la verdadera intención y voluntad de Dios, cuando nos demuestra su inmensa piedad? El apóstol responde: ¡Nos llama al arrepentimiento!

Es tu arrepentimiento lo que Dios busca con la benignidad y paciencia que te tiene. Sí, tu arrepentimiento; un cambio en tu mente: que reconozcas haber pecado contra un Dios tan generoso; que admitas haberlo despreciado tanto tiempo; que lo sientas tanto que te apartes de tus pecados y caminos equivocados, busques el perdón y la reconciliación con Él, y desees de aquí en más ser suyo solamente, por el resto de tu vida. Esto es arrepentimiento. ¿Cuándo esto no ocurre, qué estás haciendo? El apóstol dice que estás menospreciando a Dios y su gran benignidad, ignorando sus propósitos. Tu mente está tan entenebrecida, confundida y pervertida, que no puedes concebir ni entender que la piedad de Dios te está llamando al arrepentimiento.

2. **Ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado... la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en Él.** Ro.3:21-22

Estas palabras responden a una importante pregunta. Cuando las almas sedientas de gracia oyeron mucho acerca de la justicia salvadora de Dios, generalmente tienen una pregunta más apremiando sus corazones, esta pregunta es: ¿Cómo, cuándo, y por qué medio puedo llegar a participar de esta justicia de Dios? Todo el mundo fue redimido y sin embargo no todos los hombres reciben esta bendición. ¿Cómo puedo saber que tengo parte en la justicia de Dios?

Aquí tenemos la respuesta y es exactamente la misma respuesta que da toda la Escritura: “La justicia de Dios es por medio de la fe en Jesucristo”. Es la seguridad en lo que Jesucristo hizo por nosotros, eso es la “fe en Jesucristo”. La justicia de Dios es para todos –dice el apóstol- y es recibida por todos los que creen. Esta es la respuesta de Dios. Tú puedes pensar o sentir lo que quieras en tu interior; la Palabra de Dios afirma “a los que creen en Jesucristo”- “por medio de la fe en Jesucristo”...

Y enseguida cobra importancia otra pregunta, es decir: ¿Qué es la fe? ¿Qué se entiende por “fe en Jesucristo”? Nunca obtendrás una respuesta más segura a esa pregunta, nunca una descripción más acertada de la fe salvadora, que cuando prestes atención a los pasajes de la Biblia en que el propio Señor Jesucristo reconoce la fe de alguien como la fe salvadora. En esos pasajes en que Jesús dice: “Tu fe te ha salvado” (Lc.7:50) o algo parecido, puedes ver qué es la fe salvadora. Observa a las personas que recibieron este testimonio de Jesús. En todos los casos hallarás lo mismo. La persona absuelta era un pecador, que con todo el esfuerzo que había hecho por cumplir la Ley, no había logrado justificarse ni encontrar paz. Por el contrario: Había llegado a sentirse cada vez más infeliz y frustrado. Pero después, al oír el Evangelio de Cristo, se dirigió a Él y suplicó por una gracia inmerecida.

La gente conocía el testimonio de la Ley y de los profetas acerca de Cristo. Después vino Juan Bautista y lo señaló como el Cordero de Dios.

Cristo y sus apóstoles predicaron el Evangelio. Sin embargo quienes confiaban en sí mismos y en su propia justicia, no lo aceptaron. Sólo los pecadores cautivos y frustrados se sintieron atraídos por Cristo. Entonces ocurrió lo que dice San Juan (Jn.1:12): “A todos los que le recibieron, a los que creen en su Nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios”. Por la fe, estas personas llegaron a ser hombres nuevos, con sus corazones, mentes y fuerzas completamente convertidos. Habían “renacido” (1 Jn.3:9), de manera que por el resto de sus vidas se adhirieron a Cristo y fueron seguidores suyos.

Eso es lo que aprendemos en toda la Escritura. Y de ahí sabemos qué es la fe salvadora. No es solo conocimiento intelectual de Dios, de Cristo y del Evangelio. Tampoco que des por cierto lo que dice la Biblia y

hables de ello. Sino que, luego de reconocer tu pecado y afligido porque todos tus propios esfuerzos por justificarte, fueron en vano, ahora te sientas cautivado por el Evangelio de Cristo, y por la justicia que Dios te ofrece. Ahora ya no puedes prescindir de ese Evangelio, antes, sientes continuamente hambre y sed de esa gracia en tu alma.

Cuando realmente puedes creer y asimilar ese Evangelio, te invade una profunda paz, gozo y amor en tu corazón, y nace el deseo de obedecer a la Ley de Dios; un íntimo espíritu de adopción ahora clama ¡Abba: querido Padre mío! Y cuando no puedes creer que poseas la gracia de Dios, nuevamente te sientes abatido, hambriento y sediento de la misma.

Si ese es tu estado interior, eres muy diferente a todos los incrédulos. Porque así es la fe salvadora. Y aunque ahora te deleitas en la Ley de Dios y te aflige cualquier pecado, y gustosamente quisieras ser totalmente santo, tu conducta todavía puede estar lejos de ese ideal! A veces tu espíritu todavía suspira de agonía y estás a punto de desesperar; y otras veces te sientes espiritualmente frío y muerto.

A pesar de todos estos cambios de ánimo, aún sigues siendo justo por el mérito de Cristo, con la justicia que Dios te provee sólo mediante la fe en su Hijo Jesús. Por eso a la justificación de Dios se la llama aquí: "La de la fe en Jesucristo", y en Ro.4:11: "La justicia de la fe". Esta justicia nunca se llama la justicia de cualquier otra virtud o gracia, como por ejemplo: "La justicia de la santificación", o "la justicia de la humildad, o la justicia de la caridad". ¡No! sólo: "La justicia de la fe".

Queda claro que la justicia salvadora no consiste en ninguno de los frutos del Espíritu, sino en la justicia del propio Hijo de Dios. Se trata de una justicia que recibimos únicamente por la fe. No consiste de la propia fe, pero siendo que la recibimos por medio de la fe, se llama "la justicia de la fe".

3. **Sabrán que Yo soy el que escudriña la mente y el corazón; y os daré a cada uno según vuestras obras.** Ap.2:23

Algunos pasajes de la Sagrada Escritura parecieran sostener que la salvación depende de nuestras obras. Tenemos esa impresión equivocada por no poner suficiente atención y cuidado a las palabras.

En ninguna parte la Escritura enseña que llegamos a ser justos y salvos a causa de nuestras obras. Por el contrario, precisamente repudia esto en todas partes. Pero que seremos juzgados de acuerdo a nuestras obras, la Escritura lo enseña claramente (Jer.17:10; 32:19; Ez.18:30; Mt.16:27; 25:34-46; 2 Cor.5:10; Ap.2:23; 20:12). Si bien en su omnisciencia Dios conoce los corazones de todos (Hch.1:24), no obstante prescribió, que lo más íntimo de nuestro ser sea demostrado y certificado por medio de nuestras obras.

Abraham, el padre de todos los creyentes, fue convertido en un explícito ejemplo a este respecto. "Abraham creyó a Dios" (Ro.4:3), con respecto a la bendita Simiente; "y le fue contado por justicia". Entonces fue justo ante Dios, y amigo de Dios. Pero debió demostrar esto también con una acción manifiesta, y así obedeció a la Palabra de Dios. El Ángel del Señor le dijo: "Ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único," (Gn.22:12). Por esto el apóstol Santiago también declara, que Abraham fue justificado por obras (Stgo.2:21), o sea: quedó demostrado que era justo, quedó justificado como tal ante los hombres. Así será también en el Juicio Final.

En cualquier corte también debe haber testimonios, y para eso servirán nuestras obras. Serán evidencias de la gracia que obró en los fieles. Lo mismo también sucederá con la impiedad de los infieles. Cristo pregunta: "¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da malos frutos" (Mt.7:16-17). Y concluye: "Así que, por sus frutos los conoceréis" (v.20).

No es que las buenas obras convierten al ser humano en alguien bueno; sino sólo demuestran o revelan que es bueno. No se es bueno porque se practica el bien, sino que se practica el bien porque se es bueno, o sea un cristiano e hijo de Dios. Primero Dios tiene que convertirnos o hacer bueno nuestro corazón, antes que podamos hacer algo que le agrade a Él.

Cuando Dios nos juzgue de acuerdo a nuestras obras no mirará la forma externa o el valor material de la obra, sino su bondad interna, o sea su origen y motivo. Esto es algo fundamental, que el mundo no quiere entender; sin embargo, el Señor Jesucristo lo recalcó muchas veces y muy enfáticamente.

En Mt.6:1 dice que si alguien da limosnas para ser visto por los hombres, no tiene más recompensa de su Padre celestial. ¿Por qué? Pues porque Dios se fija en los motivos. Dos personas pueden hacer la misma obra,

como por ejemplo, dar limosna. Pero en el Juicio Final el Señor le dará valor solamente a la que se hizo por el motivo correcto y rechazará la otra.

En Mt.10:42 dice: "Y cualquiera que dé a uno de estos pequeñitos un vaso de agua fría solamente, por cuanto es discípulo, de cierto os digo que no perderá su recompensa". Dar un vaso de agua fría es una buena obra muy pequeña, pero por haber sido hecha por amor a Cristo, el Señor declara que no quedará sin recompensa, por pequeña que fuere en sí misma. En Mr. 9:41 Cristo lo expresa en forma más clara todavía: "Cualquiera que os diere un vaso de agua en mi Nombre, porque sois de Cristo, de cierto os digo que no perderá su recompensa".

Y ahora que hemos entendido esto podemos analizar más detenidamente también el texto para hoy (Ap.2:23). El Señor dice que nos dará a cada uno de nosotros de acuerdo a nuestras obras. Cristo recibió -por decirlo así- bien o mal de los seres humanos. Y lo que recibió, lo anotó en su cuenta, para poder reembolsárselo a cada cual en el día de su justo juicio, tal cual lo explicó Cristo en Mt. 25. Y notemos que 2 Co.5:10 dice: "Es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho., sea bueno o sea malo".

Aquí en la tierra muchos creen poder ocultarse en medio de la multitud de manera que Dios no los puede detectar tan fácilmente. Dios sin embargo es tan omnipresente que conoce cada pajarito. Es capaz de observar a cada persona con tanto cuidado como si fuese el único ser humano en la tierra.

En el Juicio Final cada ser humano deberá comparecer totalmente descubierto y visible a la vista del Juez omnisciente y ser juzgado de acuerdo a sus hechos. Y quienes son responsables de sus pecados, o sea, los que quedaron sujetos a la Ley y serán juzgados de acuerdo a la misma, no hallarán remisión ni siquiera de una palabra ociosa, como advirtió Jesús (Mt.12:36): "Mas Yo os digo, que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio". De los fieles, en cambio, ya no se recordará ni un solo pecado (Jn.20:23; Mt.18:18; 25:34-40,46). Sin embargo, de acuerdo a sus obras, o sea al servicio que por la fe le prestaron a Cristo, obtendrán diferentes recompensas, por toda la eternidad, como vemos en la parábola de Jesús sobre los diferentes talentos y en tantos otros pasajes de la Biblia (Mt.25:14-30). Eso lo asegura también nuestro texto (Ap.2:23), donde Jesús declara expresamente: "os daré a cada uno según vuestras obras".

4. **Dios... nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia, que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos.**

2 Ti.1:9

El apóstol dice que la gracia de Dios nos fue dada “en Cristo Jesús”.

“Dios es amor”, pero no es un amor que puede aceptar el pecado, o remitir cualquier demanda de su santa Ley. Por eso buscó y encontró para nosotros una solución satisfactoria, tanto para su justicia como para su piedad; es decir, un mediador de la humanidad, un hombre que mediante su vida y obra nos haría santos e irreprochables ante la Ley. “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne. Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Ro.8:3). Porque a Cristo, “que no conoció pecado, por nosotros Dios lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Co.5:21). “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gá.3:13), “para que en Cristo Jesús la bendición de Abraham alcanzase a los gentiles” (v.14), a fin de que heredásemos la bendición.

Nuestra eterna elección de gracia no procede de ningún amor corrupto o indulgente de parte de Dios. Por el contrario: toda iniquidad debió ser implacablemente expiada, toda transgresión debió ser quitada, todo pecado debió ser cubierto, y la eterna justicia debió ser satisfecha. Nuestra elección no se fundamentó en ningún mérito, virtud o dignidad de nuestra parte, pues como dice la Escritura “Y yo pasé junto a ti, y te vi sucia en tus sangres...” (Ez. 16:6), cuando vino el piadoso Señor y tuvo piedad de nosotros. Esa piedad se fundamentó únicamente en Cristo, la imagen del Dios invisible y el primogénito de toda la creación (Col.1:15). El eterno Hijo unigénito de Dios de acuerdo al Espíritu, y el descendiente o hijo de David, el Hijo del Hombre, la Simiente de la mujer, el segundo Adán de acuerdo a la carne.

A este gran Mediador entre Dios y los hombres, le costó un enorme sacrificio derribar la pared divisoria, obrar la reconciliación por el pecado, satisfacer la justicia de Dios, recuperar el derecho perdido de los hijos a una herencia que fue despilfarrada. Tanto le costó a nuestro amado Señor, que por amor de nosotros fue un miserable esclavo durante más de treinta años; para redimirnos del poder del diablo y obtenernos una justicia que fuese válida por todos los años de nuestras vidas, ofreciendo reparación por todas nuestras impurezas y culpas diarias; le costó “ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas” (He.5:7), sudor y sangre (Lc.22:44). Pero con eso obtuvo la redención eternamente válida a los ojos de Dios.

Si bien Cristo, debido al eterno plan de Dios, había sido “hecho pecado por nosotros” (2 Co.5:21), y “el Señor había puesto sobre Él el pecado de todos nosotros” (Is.53:6), el Salvador no obtuvo para sí ni siquiera la

mínima remisión de la interminable lista de nuestras culpas; debió pagar absolutamente todas. Por lo que el apóstol también dice que Cristo: "Anuló el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz" (Col. 2:14). ¡Ahí quedaron nuestros pecados y toda la maldición de la Ley! Y así como nuestros pecados habían llegado a ser los de Cristo, así también sus méritos, su justicia y sus virtudes llegaron a ser los nuestros. Él es "Jehová, justicia nuestra" (Jer.33:16). En Cristo, Dios nos ve revestidos de Justicia; nos ve como santos e irreprochables y somos de su agrado. Pero, desde la fundación del mundo el Cordero expiatorio debía ser inmolado ante los ojos de Dios.

Este es el fundamento sobre el cual Dios actuó siempre con la humanidad como un Padre reconciliado, piadoso y benigno, que buscaba a sus hijos perdidos con entrañable compasión, y los abrazaba con todo su amor, tan pronto como querían volver a Él.

El Señor, nuestro Dios, se manifestó a Sí mismo a Moisés cuando éste, por ver la gloria de Dios, se presentó ante el mismo sobre la cumbre del monte de Sinaí, proclamando: "¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso, tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado" (Éx.34:6-7).

Esta es la redención general obtenida por Cristo y que abarca a toda la humanidad en la tierra; porque de acuerdo a la intención de Dios, nadie quedó excluido de esta redención. Dios desea que todos los seres humanos sean salvos. Solemnemente declara: "Vivo Yo -dice Jehová el Señor-, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva" (Ez.33:11). Dios "quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad" (1 Ti.2:4). Dios "no quiere que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 P.3:9). Él es el Salvador de todos los pecadores.

Por eso Cristo también dijo a sus apóstoles: "Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura" (Mr.16:15). De modo que en esto no hay diferencia.

No hay en el mundo individuos, o pueblos, o seres especialmente preferidos. Esta gracia es general, abarcando a todas las razas y naciones: judíos, gentiles, turcos, cristianos, católicos, luteranos, en fin: a todo el mundo, buenos y malos, fieles e infieles, religiosos e impíos, ricos y pobres, poderosos y débiles, hombres y mujeres... a todos los que están debajo del cielo. Dios se compadeció absolutamente de todos; a todos debió extender su gracia, y por todos Cristo pagó la redención, según la voluntad y promesa de Dios, revelada ya a los patriarcas, particularmente a Abraham, como cuando le dijo: "En tu Simiente serán benditas todas las familias de la tierra" (Hch.3:25).

5. **Cristo Jesús... nos hasido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención.** 1 Co.1:30

Entre las numerosas instrucciones referentes a la celebración de la Pascua en el Antiguo Testamento, había una disponiendo que el cordero debía ser consumido completamente, no permitiéndose que quedase sobrante para el otro día. Si sobraba algo, debía ser quemado. ¡Qué orden! ¡Debían comer todo el cordero, sin dejar sobras! ¿Entiendes eso? ¿Entiendes lo que el Señor desea decirte con eso? Significa que no puedes tomar de Cristo solo lo que de Él te agrada. Debes recibirlo entero, como Él debió entregarse enteramente por ti en la cruz, y como Dios ahora te lo ofrece enteramente en el Evangelio, para sabiduría, justificación, santificación y redención.

No nos sirve de nada pensar o decidir algo por nosotros mismos en cuanto a la manera de salvarnos. Eso ya lo resolvió Dios. Lo único que nos queda por hacer a nosotros es escuchar, creer y obedecer. Quien no quería comer la Pascua podía dejar de hacerlo, pero quien quería comerla debía hacerlo como estaba prescrito -no cortando al cordero en pedazos, sino consumiéndolo enteramente.

Algunos cortan al cordero en pedazos: en otras palabras, aceptan a Jesucristo sólo por su sabiduría, como un maestro, y aprenden sus espléndidas enseñanzas, pero nada más. Creen que personalmente no necesitan sus bendiciones ni se sienten afligidos por sus pecados, como para tener que recibir perdón para ser justificados. No lo necesitan como Sumo Sacerdote ni dejan que llegue a ser el Rey que los gobierne ni quien les da la santificación y redención.

Algunas personas son como filósofos que discuten acerca del cristianismo, y creen saberlo todo. Pero sólo conocen a Cristo con sus mentes, en conceptos y pensamientos bien definidos y estructurados. Nunca aplican lo que saben a sí mismos, a sus propias almas y vidas. ¡Ah, cuán terrible esa manera de degradar al Santo de Dios! Es precisamente a los que son solamente cristianos en teoría a los que el Señor dirá un día: "Si fuerais ciegos, no tendríais pecado; mas ahora, porque decís: Vemos, vuestro pecado permanece" (Jn.9:41).

Otros aceptan a Jesús sólo como ejemplo o modelo de vida, o sea: para la santificación, y creen que con eso se justificarán. Quieren tener a Cristo solo por Rey, pero no por Salvador. Hacen gran alharaca de la imitación de Cristo, de lo que deben hacer y llegar a ser ellos mismos, de la humildad, caridad, oración, abnegación etc., por lo que tienen gran apariencia de piedad, como si fuesen los mejores cristianos. Sin embargo, debajo de ese manto se oculta una profunda e insondable distorsión de la verdadera piedad, porque por culpa de su arrogancia jamás se reconocen como pecadores miserables y perdidos, que por fe en la propiciación de la sangre de Cristo, le deben su vida y se consuelan únicamente en Él.

Si bien confiesan muy correctamente con sus labios la doctrina de la fe, sus corazones siguen confiando en lo que son y lo que deben hacer ellos mismos. Y esto es también "la canción de sus bocas" -la primera y la última para ellos-, no la de los salvos en el monte Sion: "Gloria al Cordero, que ha sido inmolado, y nos ha redimido para Dios con su sangre" (Ap.5:9), sino: "¡Gloria al Cordero que es nuestro modelo y nos ha santificado con su Espíritu!" Lo que esto revela es que el verdadero tesoro y consuelo de sus corazones descansa en la piedad que ha sido obrada dentro de ellos, no en lo que el propio Cordero les adquirió con su sangre.

¿Y qué debemos decir de esto? Debemos decir: Es verdad que la piedad y honestidad son grandes virtudes. Pero lástima que ustedes no profundizan un poco más, para ver que por naturaleza odian a Dios y no tienen nada de esa piedad; que como pecadores totalmente perdidos y condenados, sólo tienen culpa que confesar, y miseria de que avergonzarse (Is.64:6; Sal.143:2; Ro.3:23); y que ante Dios vale sólo "el Cordero que fue inmolado y nos ha redimido para Dios con su sangre".

En tercer lugar, también hay algunos que quieren aceptar a Cristo como Salvador, para la reconciliación, pero no como Señor, para santificación. Son los que se mezclan con la pequeña manada de los creyentes, pero andan "según la carne" (Gá 5:16-24); los que si bien escuchan que "ya no hay condenación para los que están en Cristo Jesús" (Rom.8:1), pero ignoran la segunda parte de ese mismo versículo: "...los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu;" los que se alegran de oír, que nuestras buenas obras no nos salvan, pero no quieren oír ni saber nada de mortificar la carne y de imitar a Cristo; hasta protestan y se quejan de que con tales enseñanzas afligimos sus conciencias con la Ley, se quedan -como dice Lutero- "sólo con la forma del Evangelio" y saben hablar mucho de la gracia y de la fe, pero con sus vidas demuestran que no poseen nada del Espíritu del temor del Señor. Viven muy libremente en sus pecados e iniquidades. Son pámpanos en la viña de Jesús que no llevan fruto, y todavía no fueron extirpados, cortados y podados. Crecen como les gusta, en forma vigorosa y silvestre. Cristo no gobierna en sus almas.

¿Qué les diremos a estos? Bien, su celo por el Evangelio y la libertad de conciencia es excelente, pero ¿por qué no aman entonces a su Redentor y aceptan también sus instrucciones? ¿Acaso las Sagradas Escritura son sólo "para hacernos sabios para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús?" (2 Ti.3:15). ¿No dice también, que "toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra?" ¡Escucha, entonces! El Cordero no debe ser partido en pedazos. Debe ser consumido entero. Pero todos los recién mencionados se equivocan, porque en vez de escuchar y prestar cuidadosa atención a la Palabra, piensan que pueden recibir a Cristo solo en parte.

6. **Yo soy el buen Pastor; el buen Pastor su vida da por las ovejas.**

Jn.10:11

Estas son palabras tan repetidas y conocidas, que podemos pensar erróneamente que no necesitamos oír las más. ¿O quién quisiera reflexionar de nuevo sobre ellas? Muchos probablemente comiencen a bostezar durante su exposición.

Y sin embargo es precisamente este tema el que más que cualquier otro puede enardecer un corazón helado, y reanimar a quien está espiritualmente muerto, -si el Espíritu de Dios tan sólo abre sus sentidos. Por favor, detente un momento y medita en lo que el Señor Jesucristo mismo dice aquí: “Doy mi vida por las ovejas” (v.15b). Tal vez no tengas paz ni gozo en la vida, eres espiritualmente frío e infeliz, no tienes un pecho amante y compasivo en donde apoyar tu intranquila cabeza. Pero aquí podemos indicarte con toda certidumbre dónde y cómo obtener calor, felicidad y paz para tu alma. Pues bien, ¿cómo ocurre? ¡Escucha! Fija tu mirada y atención en el rostro de tu Salvador cuando dice: “Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor su vida da por las ovejas”. Si tan sólo puedes abrir tu corazón a eso, sin duda comenzarás a sentirte poderosamente atraído a ese buen Pastor. Sí, y disfrutarás una inexplicable paz y felicidad.

Invoca a Dios para que en su piedad te dé un espíritu humilde y atento, y que te abra los sentidos cuando oyes al Señor pronunciando esas palabras. Piensa en quién es el que te está hablando así. Ten en mente que es Aquel a quien invocas en oración, tu Salvador.

Míralo, entonces, y escúchalo cuando te dice: “Yo soy el buen Pastor; el buen Pastor su vida da por las ovejas”. ¿No notas la profunda y entrañable piedad que siente también hacia ti, cuando te habla así? ¿O todavía piensas que realmente puede permanecer tan frío e indiferente hacia ti, como lo juzga el corazón duro e incrédulo? Entonces recuerda estas palabras y repítelas en oración, y cuando tu corazón esté angustiado con las más apremiantes y penosas preocupaciones, y quieres lamentarte por ello ante tu Salvador; cuando parece que Él no te demuestra ningún amor, entonces trata de evocar este cuadro de Él y mírale a los ojos cuando dice: “Yo soy el buen Pastor. El buen Pastor su vida da por las ovejas”.

Y hasta ahora es solo su Palabra lo que hemos tenido en cuenta. Piensa luego en el propio hecho aquí mencionado: su abnegado sufrimiento y su amarga muerte, y permite que las palabras: “El buen Pastor su vida da por las ovejas” estén todo el tiempo delante de ti, explicándole a tu alma todo lo que ves. Mira cómo se entrega al poder de las tinieblas por su propia, libre voluntad, y cómo les dice a sus captores que lo buscaban en el Huerto de Getsemaní: “Si, pues, me buscan a Mí, dejen ir a estos” (Jn.18:8). Es el cumplimiento de ese otro dicho: “El buen Pastor su vida da por las ovejas”.

Mira cómo sale sin protestar, como “cordero llevado al matadero” (Is.53:7), al lugar de la crucifixión, y se deja horadar las manos y los pies con clavos, para ser colgado en el árbol de la cruz.

Y viéndolo ahí, entregando realmente su espíritu, escucha nuevamente su propia declaración: “El buen Pastor su vida da por las ovejas”. ¿Puedes entonces desconfiar aún de su amor hacia sus ovejas? ¿Te atreves a confiar aún más en tu corazón oscuro y mentiroso y en el diablo, que te dice: “Para Cristo eres indiferente; no le importa tu desgracia; espera que superes tu adversidad por ti mismo; que la oveja se defienda a sí misma contra el lobo...” etc.? Ah, por favor, repudia esas tenebrosas inspiraciones del diablo, y deja siquiera por una vez, que tu Salvador muestre lo que es, el eterno y maravilloso benefactor, que ni siquiera pudo soportar que la gente en el desierto sufriese hambre (Mr.8:2;Mt.14:13ss), o que un tullido tuviese una mano seca (Mt.12:9ss) ¿Cuánto menos podría tolerar entonces que tu alma sufra pena y peligro, sin hacer algo por ella, siendo que Él vino al mundo expresamente para la salvación de las almas? Cuando considero que toda la persona de Cristo y toda su obra en este mundo es la gran demostración de un amor y de una bondad inconcebible hacia la pobre humanidad; y cuando veo cómo Él mismo quiso que lo interpretásemos, al decir (Jn.15:13): “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos”, pues bien, entonces ciertamente tengo razón para concluir que nada de lo que por mí mismo pueda experimentar, ver, sentir y pensar en sentido contrario puede ser igualmente cierto que lo que Cristo me demostró con el sacrificio de su vida.

Si entonces me trata en la forma más extraña y preocupante imaginable, y me abandona al propio diablo y a cualquier mal por todo el tiempo que le plazca, con todo eso todavía tengo la seguridad de que en Él debe latir –ocultamente- un corazón que está ardiendo y se está desangrando de amor por mí. Y mientras todavía disfruto del día de la gracia puedo refugiarme en la misericordia del Señor.

Si bien no dejo de juzgarme, teniendo mi consuelo en el perdón de mis pecados, Él de ningún modo puede rechazarme ni abandonarme. No, tan cierto como que el Señor Jesucristo no puede mentir, es que hay gozo en su corazón por una sola oveja recuperada. En resumen: Por medio de esta irrefutable prueba del amor de Cristo: la entrega de su persona y de su vida por nosotros, Él se merece tanta fe de ti, que luego puede hacer contigo lo que quiera, sin invalidar su gran amor por ti. Al contrario, solamente puedes esperar que confirme su misericordia para contigo. Es de esa forma como nos deben beneficiar las palabras de Jesús: “El buen Pastor su vida da por las ovejas”. Por más dificultades que nos presionen, amenacen, horroricen y atormenten, podemos confiar sinceramente en el amor y la fidelidad del buen Pastor. Y acudir sólo a Él, que tan fervientemente desea y puede rescatar todo lo que está perdido.

7. **Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará.** He.10:37

¡Ojalá tomáramos más a pecho lo que la Biblia nos enseña en cuanto a la venida del Señor y la esperanza de la bienaventuranza eterna de todos los cristianos! Ningún cristiano es perfecto; nadie ha hecho todo perfectamente bien. Todos tenemos la necesidad de recibir enseñanza y corrección. Es cierto lo que dice Ap.20:6: "¡Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección!" o sea la persona, que se aflige todos los días por sus pecados y defectos, lamentándolos profundamente y sintiendo grandes penas por ellos; pero también acude diariamente a su Salvador y al Evangelio; ¡el que siempre encuentra allí el aliento, la fuerza, y la vida que tanto necesita! Este sin duda está reconciliado con Dios, su Padre celestial. Y aunque se sienta muy frío en su corazón y hasta tema algún castigo, cuando debiera regocijarse en la bendita esperanza de la gloria prometida, puede confiar en la sublime promesa de salvación. Con toda seguridad finalmente disfrutará la eterna bendición y consuelo.

El apóstol afirma que la esperanza de la salvación es una importante arma. En 1 Tes.5:8 dice: "Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de la salvación como yelmo".

Si la fe y el amor son importantes, así lo es también la esperanza. La esperanza del glorioso regreso de Cristo es vivificante, consoladora, purificadora y alentadora.

San Juan dice: "Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como Él es puro" (1 Jn.3:3). Recordando esta gran verdad: que queda poco tiempo, San Pablo quiere levantar los ánimos de los creyentes por encima de este mundo pasajero, a fin de que estén en guardia contra la insensatez de dejarse embrollar por cualquier cuestión terrenal, fuese un dulce placer o una amarga maldad. En 1 Co.7:29-31 dice: "Pero digo esto, hermanos: que el tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen; y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa..."

Recuérdalo, amigo: ¡El tiempo es corto! Si ocurre algo bueno que te lleva a la felicidad, alégrate moderadamente, porque sólo durará poco tiempo y pronto pasará. Si sufres un contratiempo, no te entristezcas demasiado, tampoco durará mucho tiempo. El tiempo es corto. Si tomas mujer en matrimonio, si adquieres una campo, etc. etc., piensa como si pronto vas a dejar ese bien atrás. Cada vez que tu egoísmo natural levante cabeza y pretenda instalar su Paraíso en este mundo, recuerda que aquí todo es vanidad; la vida no durará mucho tiempo. ¡Ah, ojalá esos cristianos que andan tan ocupados en este mundo con sus campos, negocios, y construcciones se detuviesen a tiempo, antes

de que se apague la última chispa de vida espiritual en ellos... antes de que el espíritu de piedad se haya ido definitivamente de ellos! Trabaja, sí, pero pregúntate honestamente dónde está tu deleite. ¡No le mientas a tu alma! ¿En qué has puesto tu corazón? ¿En el cielo, de donde esperas a tu Salvador? ¿O en tus bienes terrenales? ¡Sé honesto, di la verdad!

La bendita esperanza de la salvación eterna, está destinada justamente para servirte de gran consuelo. Tú que tantas veces estás por sucumbir a lo largo de tu camino por causa de interminables dificultades, deprimentes pecados y por la falta de confianza en el Señor; tú que por eso no puedes tener siquiera un sólo día completamente feliz y radiante en tu vida; y tú que diariamente te atormentas y alarmas por la pobreza de tu fe, por tu persistente maldad, por la dureza y la frialdad de tu corazón... tú que te ves afligido por terribles tentaciones, mensajeras del diablo (2 Co.12:7), tú... Nunca olvides que todo eso durará sólo poco tiempo. “Porque aún un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará” (He.10:37). “Pónganse de pie y levanten sus cabezas, porque la redención de ustedes está cerca” (Lc.21:28). La espesa y pesada bruma de la incredulidad no sofocará las almas de ustedes para siempre. Esa perversa carne con sus malos deseos, ese impuro corazón con su frialdad frente a la bondad de Dios, con su indolencia, dureza, perfidia e impiedad no mantendrá encadenados sus espíritus eternamente.

Dios les dio a algunos cristianos grandes dones para el servicio de las almas. Por eso, como soldados de Cristo, son más atacados y atormentados que otros. Desde afuera, por el mundo, mediante mentiras y difamaciones; desde adentro, por el diablo mediante tentaciones incomprensibles, de manera que apenas pueden confiar sus intimidades a alguien en este mundo. Especialmente éstos cristianos jamás deben olvidar la esperanza de la salvación, ique debe ser su “yelmo”! Que jamás olviden que hay que aguantar relativamente poco tiempo.

Pronto el Señor afligirá a los que ahora los afligen, y a los fieles, que ahora son afligidos, les dará eterna gloria, “cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder” (2 Tes.1:7). San Pablo exclama: “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Cor.15:19) ¡Lo mejor y lo más glorioso todavía queda por venir! ¡Veremos a nuestro Rey cara a cara y estaremos con Él para siempre! ¿Vamos a creerle a Jesús cuando nos asegura su gracia para esta vida, y no cuando nos promete las glorias venideras? ¡Dios nos guarde! ¡Ojalá todos los cristianos lo tengamos siempre presente! Ojalá siempre estemos preparados y alertas, con “aceite en nuestras lámparas”, para alegrarnos inmensamente cuando se oiga el anuncio: “¡Viene el esposo! Salid a recibirle” (Mt.25:6).

8. **Hubo también entre ellos una disputa, sobre quién de ellos sería el mayor.** Lc.22:24

Aquí podemos ver cómo Jesús trata a ciertos discípulos que habían pecado en forma muy vergonzosa. Porque sin duda, fue sumamente vergonzoso discutir sobre quién de ellos era el mayor o el más importante. Tan sólo los pensamientos en ese sentido son repugnantes pecados. Pero aquí el pensamiento se hace visible en la forma de una discusión sobre el asunto. ¿Era decoroso algo así para los discípulos de Jesús? ¿Queda bien que los cristianos hagamos tales cosas? ¿Cómo reaccionó Jesús? ¿Le gustó esa disputa? ¡Dios nos guarde de esas cosas!

El Señor los censuró enérgicamente. Les dijo: “Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, mas sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve” (v.25-26). Y para reprenderlos aún más se pone a sí mismo como ejemplo, agregando: “Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas Yo estoy entre vosotros como el que sirve” (v.27). Con esas palabras les mostró su indignación. Y se lo merecían.

¡Pero vean lo que el Señor sentía en su corazón! Junto a las duras palabras de censura por el pecado que cometieron, comienza a hablarles acerca de los sitios de gloria en el cielo y de cómo habrían de sentarse en tronos con Él en su Reino, juzgando a las doce tribus de Israel. Ah, ¿qué veo ahí? ¿Qué oigo? ¡Qué Salvador más amable! Pensé que por causa de nuestra pecaminosidad e indignidad perderíamos su amor y los derechos de hijos, o que seríamos excluidos de su gracia, por lo menos por un tiempo. ¡Pero no! ¡Aquí veo algo tan inesperado!

¡En medio del reproche aun habla a los discípulos acerca de sus tronos en el cielo! La gracia con la que Dios nos adoptó como hijos es algo totalmente aparte, que no puede ser anulado. Descansa en un fundamento diferente y mucho más firme. Que los discípulos ahora eran hijos de Dios y que estarían eternamente en el cielo con Cristo, era un asunto decidido, y que no dependía de su pobre e imperfecta piedad. Jesucristo solo quiso reprender, corregir y exhortarlos, nada más. ¡Vean cómo actúa nuestro bondadoso y fiel Salvador!

El diablo, en cambio, apunta a nuestra vida y salud; quiere condenarnos inmediatamente, cuando hemos pecado. Cristo no procede así.

¿Y qué podemos aprender de todo esto? ¿Que no es peligroso pecar contra Dios? ¿Porque Cristo reaccionó con tanta gracia y paciencia frente a ese vergonzoso pecado de sus discípulos? ¿Vamos a discutir nosotros también acerca de cuál persona o grupo es el mejor, o por cosas parecidas? No faltan los que pretenden sacar tales conclusiones cuando se cita el ejemplo aquí descrito. Esos corruptos ya fueron expresamente denunciados por el Espíritu del Señor en Ro.3:8, donde el apóstol dice de ellos: “...cuya condenación es justa”.

Pero los evangelistas tampoco escribieron estos ejemplos de la flaqueza de los discípulos y de la bondad de Cristo para que los pasemos por alto silenciosamente; al contrario, es para que reflexionemos. No son pecados característicos de ciertos incrédulos, sino flaquezas de los creyentes, y por eso se nos advierte al respecto. Antes de su muerte, Jesús les dice claramente a esos mismos discípulos: “Yo soy la vid; vosotros sois los pámpanos”; “Yo en ellos, y ellos en Mí”; “vosotros ya estáis limpios...” (Jn.15:5ss). Que estos mismos discípulos recibieran luego, en el gran día de Pentecostés, un poder todavía muy superior, no los convirtió en cristianos y amigos de Cristo, sino en apóstoles.

Fueron dotados con tal “poder de lo alto” como no lo tuvo nadie más desde entonces (Lc.24:49). Sin embargo, ni siquiera después de eso estuvieron libres de faltas.

Quien desee guardar pura la verdad del Evangelio, debe recordar que la gracia de Dios no depende del grado de piedad y de la fortaleza del creyente. Quien piense así se está equivocando en cuanto a la fe. Si pensamos que la gracia de Dios depende de nuestra santificación, inmediatamente le hemos puesto a nuestra fe otro fundamento que el puesto por Dios (1 Co.3:11). Pero como la fe no depende del grado de nuestra santificación, está bien que los evangelistas describan la tolerancia de Cristo frente a sus débiles discípulos, como un ejemplo del amor del Señor.

Y ahora también estamos en condiciones de comprender qué conclusiones y lecciones deducir de este ejemplo. No significa que el pecado no importe, que podemos repetir las flaquezas de esos discípulos y seguir siendo cristianos.

Significa que la gracia de Cristo es tan grande que no puede ser anulada por las caídas de sus amigos, como acabamos de ver. Debemos aprender a valorar la reconciliación y el perdón de pecados que obtenemos de Cristo, por la fe en Él, de modo que nuestra pobre fe se fortalezca. Luego, esa fe fortalecida producirá un creciente amor y tendremos poder para hacer buenas obras. Aprenderemos que “el amor de Cristo nos constriñe” (2 Co.5:14), siempre que seamos miembros vivientes de su cuerpo.

Si en cambio esto tiene el efecto contrario, de modo que te sientes envalentonado a pecar libremente porque la gracia de Dios es tan grande, es una señal de que estás espiritualmente muerto. La rama que produce hojas, flores y frutos al calor del sol está insertada al árbol frutal y recibe abundante savia; mientras que la rama cuyas hojas se secan al calor del mismo sol está muerta, y ya no está insertada en el tronco.

9. **Mas la Palabra del Señor permanece para siempre.** 1 P:1:25

San Pablo nos da a entender el valor y la importancia de una palabra o promesa dada por alguien que no la puede desmentir, cuando nos dice que la persona que anhela tener a Cristo con todos sus dones no necesita decir: "¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o: ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Más ¿qué dice la Escritura? Cerca de ti está la Palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la Palabra de fe que predicamos: que si confesares con tu boca, que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón, que Dios lo levantó de los muertos, iserás salvo! (Ro.10:6-9).

¡Nota esto! Dice: "Cerca de ti está la Palabra". Quiere decir: Ahí tienes todo lo que deseas obtener, ni bien crees en la Palabra. San Pablo declara que tener una promesa de Dios es como tener la cosa misma ya en la mano.

En cuanto a las relaciones humanas, sabemos que una promesa creíble es importante y valiosa. Pero en cuanto se refiere a cosas celestiales, donde tenemos al propio Dios como garante, es una gran torpeza no confiar en su Palabra.

Aún sin poseer ni un sólo centavo, puedo estar muy contento con un cheque hecho a mi nombre por una persona solvente, en un Banco confiable. Pero ¿qué le da tal valor a ese pedazo de papel? Sólo algunas palabras, una promesa, es decir que a requerimiento de su portador puede ser canjeado por dinero en efectivo. Aún más valor real tiene la Palabra y promesa de Dios, tiene valor real, cuando dice: "No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? O ¿quién descenderá al abismo?"

Eso no es necesario –dice San Pablo- porque "cerca de ti está la Palabra". Tienes a Cristo, el cielo y la eterna bienaventuranza, con sólo guardar la Palabra en tu corazón y confiar en ella. Nuestro Rey celestial emitió "cheques" en la tierra, es decir: sus Promesas.

Ojalá fuésemos tan sabios como para confiar de una vez por todas en la Palabra que Dios nos dio en su gran libro de "cheques", la Biblia, ¡así como confiamos en la palabra y firma de la persona que nos da un cheque! Dios ciertamente no negará sus propias declaraciones cuando queremos convertirlas en los valores prometidos, esto es, cuando queremos obtener el propio cielo y la bienaventuranza eterna.

¡Que esta ilustración nos recuerde la importancia y el valor de cada palabra y promesa de Dios! Jamás podremos perseverar en la fe ni confiar en la inmensa gloria que la Palabra nos promete, si no grabamos profundamente en nuestras almas que es Dios mismo quien lo dice. Que Dios mismo nos haya dado tales promesas es algo tan estupendo, que no somos capaces de comprenderlo intelectualmente. No existe algo más seguro que lo prometido por Dios mismo. ¿Acaso sería posible que Dios viole su Palabra o niegue su promesa?

¡Cuán profundamente corrupta está nuestra alma por naturaleza, tanto que ya no podemos creer debidamente esta verdad!

El apóstol afirma que Dios no sólo pronunció, por amor de Cristo, la gran promesa de la vida eterna para nosotros; sino que también la confirmó con un solemne juramento. Dice en Hebreos 6:17, 13,18: “Por lo cual, queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento”; y: “No pudiendo jurar por otro mayor, juró por sí mismo”, “para que por dos cosas inmutables (la promesa y el juramento), en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros”.

¡Ah, cuán rico en gracia eres Tú, nuestro gran Dios! Has confirmado tu Palabra con un santo juramento ¡y nosotros todavía vacilamos para creer! ¡Socórrenos, socórrenos para disipar esa oscuridad y desconfianza de nuestros porfiados corazones! ¡Poderoso y bondadoso Dios, perdónanos y ayúdanos!

10. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino, mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros. Is.53:6

Lo que estas palabras significan... es identificar cuál realmente es nuestro problema. Hasta que punto el ser humano se apartó de Dios y cómo cada cual se fue por su propio camino, se puede ver al contemplar el remedio que Dios aplicó para salvarnos de ese descarrío. La Biblia dice: "Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros", o sea, Cristo sufrió por nuestro pecado y para nuestra salvación, para abrirnos el camino al cielo. El Espíritu del Señor señala como nuestro principal error en este asunto que "cada cual se había apartado por su propio camino". Para salvarse, cada uno piensa en algún mérito propio.

Uno dice: "Quisiera tomar realmente en serio mi religión y amar y temer a Dios como corresponde. Entonces podría esperar en la gracia". Pero el profeta dice que eso es apartarse por un camino propio. Dista mucho de ser suficiente. Eres demasiado corrupto. Estás perdido, a pesar de todo lo que hagas.

Otro razona: "Ojalá pudiera sentir que me he arrepentido lo suficiente... cómo quisiera sentir una profunda y amarga tristeza por mi pecado, y velar y luchar seriamente contra mis tentaciones, entonces sí podría esperar en la gracia". Sin embargo, eso también es apartarse por un camino propio, según Isaías. Todos nuestros esfuerzos son inútiles. Necesitamos ayuda de afuera.

Pero si quieres saber qué es lo que vale, escucha: "Jehová cargó en Él (en Cristo) el pecado de todos nosotros". Sólo esto será aceptado. El Señor miró con piedad nuestros miserables esfuerzos por salir del fango de nuestros pecados, tuvo lástima de nosotros, y nos dio un hombre para que cargase el pecado de todos nosotros. Porque "al que no conoció pecado (al santo Cristo), por nosotros lo hizo pecado" (2 Co.5:21). Gracias a ese maravilloso decreto divino, adjudicando todos los pecados de la humanidad a un solo hombre, el Juez Supremo sentenció que todos nuestros pecados fueran responsabilidad de nuestro Salvador. Él debió pagar y ofrecer reparación por ellos. Nuestros pecados ya no son nuestros, sino Suyos.

Y para que nos quedemos bien tranquilos el profeta declara que no fuimos nosotros los que cargamos nuestros pecados en Él, sino "Jehová". Es la acción y voluntad del propio Señor, quien lo ha planificado así, y por supuesto está satisfecho con lo que Él mismo ha dispuesto! Como dice San Juan: "¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" (Jn.1:29). Recuerda esas palabras: "¡Cordero de Dios!" Cristo es el Cordero que Dios eligió para nuestra expiación; el único sacrificio que Dios demanda para nuestra propiciación. Por eso Jesús dijo que el Padre lo amaba, porque Él -el unigénito Hijo- obediente y voluntariamente, daba su vida por nosotros. ¿Qué puede ser más seguro? Después de todo,

¡Dios debe estar satisfecho con su propia voluntad! ¡Oh miserable alma mía, pecadora, agotada y abatida! Por favor recuérdalo siempre: ¡Es la obra del propio Dios lo que te salva! ¡Es Dios Padre personalmente quien decidió ofrecer esta propiciación! Entonces, ¿quién puede acusarte de tu pecado? El propio Dios del cielo, que es tu Señor y a quien tanto temes, cargó toda tu culpa, no en ti, sino en Cristo, para protegerte a ti de todas las condenaciones de la Ley.

Si los miserables pecadores con sus conciencias atormentadas no tienen parte en esta expiación, salvación y gracia, ¿quiénes disfrutarán de estos beneficios? Porque la propiciación no es para los justos, sino para personas reprensibles. ¡Ah, qué inmenso amor! A los pecadores con cargos de conciencia se les ofrece ahora paz por medio de Cristo! Esta es la gran doctrina principal de toda la Palabra de Dios. ¡Bendito y alabado sea el Señor! Si tan sólo puedes creer esto...

Calcula lo que pesas tú frente a esa propiciación; cuánto pesa toda tu horrenda corrupción, iniquidad y culpabilidad contra la inocente muerte del propio Hijo de Dios. ¿Te das cuenta de que toda la humanidad pecadora es como nada frente al santo Hijo de Dios?

El Señor Jesús es el buen pastor, y dijo que “el buen Pastor su vida da por las ovejas” (Jn.10:11). Medita, por favor, en ese ejemplo. Imagínate primero un rebaño siguiendo a su pastor, que lo quiere conducir a lugares de verdes pastos y frescas aguas. Ahora imagínate que todas las ovejas se dispersan y alejan por diferentes caminos, mortalmente peligrosos. Y sin embargo el pastor da su vida por sus ovejas. ¿No te parece un precio alto? Así somos todos los seres humanos.

Nos hemos apartado de Dios y seguido conductas y estilos de vida que nos han causado daño en cuerpo y alma. Ante Dios somos moralmente culpables de rebelión e ingratitud y merecemos su terrible castigo. Pero tenemos un Pastor inmensamente bueno y compasivo, dispuesto a dar hasta su vida para recuperar a sus ovejas. ¿No te parece un precio muy elevado la muerte del eterno Hijo de Dios por los seres humanos? Este es un precio infinitamente superior a nuestro valor.

Y tú también estás incluido en este rescate. Todos tus pecados, por abominables que fuesen en sí mismos, desaparecen en la nada porque Cristo los ha quitado para siempre de la presencia de Dios, cargándolos sobre su cuerpo y pagando por ellos con su vida, al morir en la cruz. Y esto es precisamente lo que Dios Padre se propuso y quiso, que todos nuestros pecados desaparezcan como nada, a fin de que obtuviésemos paz. Si encuentras la paz para tu alma solamente en Cristo, ya te has dado cuenta de quién es Él realmente. Y si es así, sin duda tu Buen Pastor también hallará remedios para tus muchas debilidades de carácter. Para Él eres una pobre oveja.

Él mismo quiere hacer todo lo que haga falta para tu recuperación. La oveja sólo necesita escuchar la voz de su Pastor. Tan sólo escúchalo, y tu alma vivirá.

11. **Jesús le dijo: ¡Sígueme!** Jn.21:19

Aquí el poderoso Señor, Cristo resucitado, le pide algo a Pedro, el discípulo que lo había negado: Quiere que sea un pastor como lo era Él mismo, y para ello espera que Pedro le sirva y le siga. La misma gracia se la imparte a todos sus amigos, si bien de distintas maneras para tareas diferentes en el reino de Dios. A todos se nos pide que seamos seguidores y servidores de Cristo; que seamos y hagamos por otros lo mismo que es y hace Cristo por nosotros.

A todos los que le aman les dice: "¡Sígueme!" También San Pablo nos invita: "Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados, y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante" (Ef.5:1,2). Cristo nos dice: "Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia" (Jn.10:10). Es como si dijera: "Lo que tengo Yo, lo tendrán también ustedes. Si les falta algo, lo mismo me faltará también a Mí. Ahí tienen mi justicia, vida y bienaventuranza eterna, para que ningún pecado los condene y ningún mal más los derribe, y estén bien protegidos por toda la eternidad. En tanto que Yo sea justo y viva, también ustedes serán justos y vivirán por causa de Mí".

Luego quiere que también nosotros le hablemos a nuestro prójimo de la misma manera: "Mira, querido hermano, yo recibí a mi Señor y Salvador, y con Él, toda la gracia de Dios. Permíteme ahora servirte a ti, como Él me sirvió a mí. Quiero compartir lo que es mío contigo, como Cristo comparte lo suyo conmigo. No quiero ser egoísta, sino ponerme a tu servicio y al de los demás, por amor a mi querido Señor, que tanto hizo y sigue haciendo diariamente por mí". Esa actitud es la señal de un auténtico seguidor de Cristo, que "ya no vive para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por él" (2 Co.5:15). Servir así es la característica de toda nuestra vida como cristianos.

Pero ¡ay! Miren lo que ocurre en realidad: No todo está bien. Para muchos la consagración total no es más que una teoría imaginaria, siendo que tendría que ser puesta en práctica diariamente. Y cuando vemos la montaña de obstáculos que pueden interponerse para impedirla, pensamos que ni vale la pena decir una sola palabra sobre este tema.

Parecería que no hay nadie que realmente crea que Cristo nos ama y sirve como dijimos arriba; y que esté interesado y se complacería con nuestro miserable ser. Son pocos los que se interesan y toman a pecho estas cosas. ¿Quién cree realmente que Cristo tiene un placer tan grande en nuestras pobres acciones?

Algunas pobres almas, ilusionadas con una falsa fe, piensan que las acciones mismas son tan valiosas ante Dios, que Él recompensará a sus autores. Es natural pensar así, pero es un horrible error, que tiene el apoyo del mismo diablo. Los que piensan así necesitan la revelación divina, para conocer la gran perversidad y falta de mérito de nuestras propias "bue-

nas" acciones; los tales deben recibir ojos para ver que ninguna "buena" acción nuestra es intachable, perfectamente pura y agradable a Dios en sí misma; que incluso por nuestras mejores acciones necesitamos pedir perdón, por uno y otro motivo, pues son imperfectas. Deben saber que nuestras buenas acciones agradan a Dios, no por el valor que puedan tener en sí mismas, sino sólo porque Dios se complace en nosotros por amor de Cristo; y porque agradándolo así, también nuestras pequeñas acciones de amor son aceptadas con agrado por Él; y en segundo lugar, nuestras buenas acciones le agradan porque nos ordenó hacerlas; le agradó proponernos que hagamos algo por Él, de modo que la acción tiene valor por causa del que la ordenó.

Cuando alguien trata de servir a Dios para justificarse a sí mismo por medio de sus buenas acciones, el tal no puede creer que eso le agrade a Cristo.

Mas, la sana doctrina de las buenas obras nos enseña a desechar la posibilidad de hacer algo meritorio. ¡Ah, qué triste y deprimente la incredulidad y oscuridad de un corazón enceguecido! Es realmente esa triste incredulidad, ese paganismo en el alma del falso cristiano, lo que le impide hacer el bien con deleite y diligencia.

Pero si tan solo creyese, que Cristo realmente desea que le sirva, correría a hacerlo con todo placer, aun si para ello tuviesen que ir lejos.

Si Cristo en persona y de forma visible llegase a las casas de esa gente y les pidiese ropa o comida, sin duda no le negarían ningún sacrificio para satisfacerlo; le darían lo mejor que tienen. Pero cuando Jesús en cambio envía a un pobre, necesitado de alimento, ropa o dinero, se vuelven muy cautelosos. Si pudiésemos imaginarnos a Jesús, parado allí, al lado de ese pobre, observándonos y diciéndonos: "En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis" (Mt.25:40), ¡qué placer tendríamos en prestar la ayuda necesaria! Pero si no creemos verdaderamente, tampoco sentiremos placer ni deseos para hacer el bien.

12. Y dijo la serpiente a la mujer: ¡No moriréis! Sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Gn.3:4,5

En estas palabras, podemos ver la hipocresía y astucia del diablo, ihablando por medio de la serpiente! Aquí Satanás se presenta “vestido de oveja”. Aparece esplendoroso, transformado en un ángel de luz. No les dice abiertamente a Adán y a Eva: “No deben hacerle caso a Dios”. Al contrario, invoca a Dios como testigo de lo que propone y pone las palabras de Dios como fundamento.

Dios había prohibido que comieran del “árbol del conocimiento del bien y del mal”. Y el diablo se puso a explicar qué significaba eso, como diciendo: “Con el mismo nombre que le dio al árbol, Dios admitió que sirve para transmitir el conocimiento del bien y del mal, un conocimiento que el mismo Dios posee; de modo que al comer ese fruto, ustedes serán como dioses, concedores del bien y del mal... Todas estas excelentes cualidades: Ser como Dios, ser sabio como Él, no puede ser algo malo. Y por eso, el amoroso Padre celestial jamás los castigará por comer sus frutos”.

Algunos intérpretes de la Biblia explican así “las profundidades de Satanás” en este pasaje (Ap.2:24). Al escuchar las falacias del diablo, Eva tal vez pensó: “Si Dios sabe que nuestros ojos serán abiertos al comer de este árbol, no puede habernos prohibido hacerlo. Debemos haberlo entendido mal. ¿Pues cómo puede concordar tal orden con su bondad y amor? Y si realmente nos prohibió comer de ese fruto, es porque siente envidia de nosotros”.

Veán ahí las “profundidades de Satanás”, que se revelan tanto más terribles si tenemos presente que en su profunda malicia, mezcla y pervierte verdades, por medio de expresiones ambiguas. Por ejemplo, promete que sus ojos serán abiertos, con lo que ellos podrían entender que obtendrían extraordinaria lucidez y sabiduría. Pero sin duda él pensaba en el lamentable descubrimiento que harían al darse cuenta de que fueron engañados.

Lo peor de esta tentación, -y que ha afectado tan profundamente a todos los hijos de Adán que hasta hoy sigue siendo la verdadera base y fuente de toda depravación espiritual, de las peores tentaciones y de las más profundas caídas-, es la inspiración de la serpiente a la arrogancia, a la exaltación personal y a la rebelión contra Dios.

Ya en las primeras palabras de la serpiente: “¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” (Gn.3:1), está insinuada la protesta: “Ustedes, las criaturas más gloriosas de Dios; ustedes, los administradores de toda la tierra, ¿tienen que someterse a una limitación? ¿Acaso Dios no debería darles plena libertad?” Y cuando la audacia del Tentador llegó al colmo, afirmó abiertamente: “...y seréis como Dios”.

Claro que no por una gracia o concesión especial de Dios, sino por conquista propia, por conocimiento personal del bien y del mal, por mérito propio.

Esa mentira penetró hondo en el alma humana, y dejó tales marcas en los hijos de Adán, que hasta el día de hoy todavía reaparecen continuamente. La serpiente despertó la codicia del conocimiento para provecho egoísta, lo que contribuyó en forma especial en esta grande y terrible caída.

Lutero dijo: "Es en realidad el mortífero veneno del diablo cuando el hombre quiere ser más sabio de lo que Dios dispuso". En primer lugar, no hay nada que haya dejado más loca a la gente para temas espirituales, tan furiosamente hostil hacia Dios y a su voluntad, como la presunción de sabiduría. "Profesando ser sabios, se hicieron necios", aun teniendo realmente un alto nivel de conocimiento natural (Ro.1:22). El apóstol dice acertadamente que "el conocimiento envanece" (1 Co.8:1).

Así, un gran tesoro de conocimiento intelectual y científico, fácilmente llega a ser una poderosa tentación a la soberbia y egolatría. Al caer en eso, el ser humano inmediatamente se aleja de la sabiduría de Dios, más que cualquier otro, "Porque Dios resiste a los soberbios" (1 P.5:5) y retira su luz de los fatuos y arrogantes. Cuando Dios resiste a alguien, esa persona está perdida, y cae de una insensatez a otra.

"Adquiere tal mentalidad," -dice Lutero- "que confunde el pecado con justicia y la mayor locura con la suprema ciencia. Porque el diablo tiene el hábito y la habilidad de llevar las cosas a tal extremo, que cuanto más la persona se aleja de la Palabra de Dios, tanto más entendida e inteligente cree ser".

13. **De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas.**

2 Co.5:17

La primera creación se había arruinado con la caída. Lo que fue un deleite y un placer a los ojos de Dios (cuando miró todo lo que había creado), sufrió una destrucción tan lamentable, que el Señor -hablando como solemos hacerlo nosotros- "se arrepintió de haber hecho al hombre" (Gn.6:6).

Pero luego Dios nos dio al "Verbo eterno" (Jn.1:14), "el Principio de la Creación de Dios" (Ap.3:14), para que iniciase una nueva creación en la tierra: El nuevo hombre, creado a su imagen, como en la primera creación, "en la justicia y santidad de la verdad" (Ef.4:24), "creado en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas" (Ef.2:10). "Si alguno está en Cristo" -dice el apóstol.

Esto ocurre cuando el Espíritu Santo reprende todo lo malo que hay en nosotros: El pecado, la impiedad, la falsa justicia propia, etc., hasta que ya no encontramos paz en ninguna parte, sino en Cristo y en su justicia. Cuando el alma perseguida y angustiada por la continua repreensión del Espíritu Santo, no ve otra salida que revestirse enteramente con la justicia de Cristo, y obtenerlo todo: Justificación y vida solamente en Él... eso es "estar en Cristo". Entonces -dice el apóstol- también se es una "nueva criatura"; la vieja naturaleza quedó atrás.

Es una verdad verificable por la experiencia. Todos los renacidos dan testimonio de que al mismo tiempo que recibieron vida, justificación, paz y luz en Cristo, también fueron convertidos en personas totalmente nuevas, con un corazón y una mente completamente renovadas, de modo que de ahí en más vieron todo diferente. Adquirieron una nueva manera de pensar en los temas espirituales; nueva vista y nuevos oídos; un nuevo deleite en su corazón; nuevas alegrías y nuevas preocupaciones; nuevas perspectivas y nuevas aspiraciones...en fin: Una vida nueva, un mundo de intereses totalmente desconocidos anteriormente. Y eso se manifiesta en una nueva manera de hablar y de vivir.

Frente al "viejo hombre" que todavía existe en el cristiano, éste se encuentra ahora en una nueva posición. Los pecados y las codicias que anteriormente eran su delicia, ahora le causan pena y alarma. Mientras que las cuestiones espirituales y celestiales, que anteriormente le parecían aburridas y extrañas, ahora son su vida y su delicia.

Posee una mente nueva, aunque su naturaleza carnal, heredada de Adán, sigue existiendo hasta el final de esta vida terrenal y se opone tenazmente al "nuevo hombre" interior. Esa lucha es una evidencia del nuevo nacimiento. Cristo dijo: "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn.3:3). Y San Juan habla de los "hijos de Dios, los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn.1:13). Con este nuevo nacimiento,

esta nueva creación, Dios restaura su imagen perdida en el ser humano. Mejor dicho: En la mente y el espíritu de los creyentes. Claro que mientras todavía vivimos en la carne, llena de pecado y hostil al Espíritu, esa nueva semejanza todavía no es perfecta.

Pero vendrá el día en que la nueva criatura creada a la semejanza de Dios “en justicia y santidad de la verdad” (Ef.4:24), será liberada de este cuerpo mortal. Cuando Cristo regrese y nos resucite para la gloria eterna, “seremos semejantes a Él, porque le veremos tal como Él es” (1 Jn.3:2).

Por esto, cada creyente debe examinarse a sí mismo. El apóstol afirma en forma contundente: “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es”. Si te jactas de estar convertido y ser un hijo de Dios pero no posees una nueva mente y un nuevo corazón, entonces no sabes todavía lo que significa tener la verdadera fe y la salvación en Cristo. Toda la Sagrada Escritura declara que poseer la verdadera fe significa tener una nueva mente y un nuevo corazón, conocimiento de Dios y comunión con Él, deleite en su Ley y victoria sobre el mundo perdido. Así como es imposible tener fuego sin calor, es imposible tener la fe y el nuevo nacimiento obrado por el Espíritu de Dios, sin tener simultáneamente vida nueva y poder “Si alguno está en Cristo, nueva criatura es”.

El apóstol habla con sencillez y pocas palabras, pero es contundente y categórico. ¡No pases por alto esta importante verdad, por irritante que sea! ¡Detente y sé honesto contigo mismo! Debemos meditar y repensar seriamente la Palabra de Dios.

Es mejor descubrir hoy cualquier engaño espiritual, que ser defraudado cuando sea demasiado tarde. Las vírgenes insensatas bien pueden ser personas religiosas, amantes de la Palabra de Dios en general, y dotadas de ciertas virtudes; pero no tienen su deleite y vida en Cristo y en su gracia, no quieren oír mucho su Evangelio ni hablar tanto de Él y del perdón de pecados. Analizando tu vida puedes saber si has sido verdaderamente convertido y si tienes la fe salvadora. No importa cuántos y cuán graves sean tus pecados y flaquezas, si al mismo tiempo también posees la nueva vida espiritual; si reconoces que Cristo es todo para ti: Tu Alfa y Omega, el principio y el fin de tu salvación, tu único consuelo, tu diaria necesidad, de modo que ante todo desees oír algo de Él y de sus méritos; y en segundo lugar, observa si como fruto de tu fe ahora sientes un nuevo amor por la voluntad de Dios; sí, un deleite en su santa Ley, y por eso te afliges por tus pecados y luchas contra ellos.

Por más graves que fuesen tus defectos y pecados, este nuevo ser en ti es una firme evidencia de que has nacido de Dios.

14. **Yo, Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de Mí mismo, y no me acordaré de tus pecados.** Is.43:25

¡Escuchen! Aquí Dios declara su pensamiento, como actúa Él en el gran tema de nuestro perdón. Invita que vengan a Él todos los que tienen sed, y promete que les dará agua; y a los que no tienen dinero (o sea, a los pecadores que no tienen ningún mérito) les dice: “Venid, comprad y comed, sin dinero y sin precio, vino y leche” (Is. 55:1; Sal.130:3-4; Is.1:18).

¿Qué puede haber más seguro? Aquí oímos a Dios diciendo tajantemente que ningún sacrificio nuestro ni piedad interna ni religiosidad externa de nuestra parte, le mueve a mostrarnos su gracia. Como tampoco ningún defecto nuestro ni impiedad interna ni maldad externa, la anulan. La única causa de nuestro perdón es la gracia de Dios, que se nos revela en Cristo Jesús: “Pusiste sobre Mí la carga de tus pecados, me fatigaste con tus maldades...Yo, Yo soy el que borro tus rebeliones, por amor de Mí mismo, y no me acordaré de tus pecados” (Is.43:24-25).

Noten las palabras: “i...por amor de Mí mismo”! ¡Ah, qué palabras más dulces que la miel para los pobres pecadores! ¡Dios, por tu gracia, abre nuestros oídos y corazones, para que oigamos y aprendamos lo bondadoso que eres!

Para comprender bien el dulce Evangelio es necesario entender que todo lo que el Señor nombra como cosas que no compran su gracia, son servicios importantes y buenas obras que Él mismo había ordenado a los hijos de Israel.

Primero menciona lo que atañe al corazón: “No me invocaste a Mí..., sino que de Mí te cansaste” (v.22). Esto comprende todos los deseos que el corazón piadoso siente hacia el Señor y también la adoración e invocación. Después (v.23) menciona lo que pertenecía al culto divino, como toda clase de sacrificios y ofrendas; todo lo que corresponde a lo que nosotros en el Nuevo Testamento llamamos “culto”, como las oraciones, devociones, promesas, obras de caridad etc.

Ahora bien, si Dios mismo le había ordenado a Israel ese servicio divino, y los hijos de Israel efectivamente lo observaban con gran celo y cuidado, ¿por qué Dios habla como si rechazara, más aún: como si ignorara e incluso aborreciera todo eso? (Compare p.ej: Is.1:11-14; 43:24, etc.). ¿Acaso se contradice Dios, y desaprueba lo que Él mismo ordenó? ¡Claro que no! En el Salmo 50:8 dice: “No te reprenderé por tus sacrificios ni por tus holocaustos, que están continuamente delante de mí”.

Aquí Dios quiere dejar bien en claro qué lo movió a concederles su gracia y el perdón de pecados, como lo declara explícitamente en nuestro texto: “Yo, Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de Mí mismo, y no me acordaré de tus pecados”. Ese es el tema aquí. Y tan pronto como se toca este tema, el celo del Señor se enciende como un fuego contra cualquier mérito humano que pretenda intervenir. Entonces repite una y otra vez: “¡No tú, no tú! No me invocaste tú a mí, ni me honraste con tus sacri-

ficios... Yo, Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo”.

Primero dice: “No me invocaste a mí no me trajiste a mí los animales de tus holocaustos, ni a mí me honraste con tus sacrificios ni me saciaste con la grosura de tus sacrificios., sino... me fatigaste con tus maldades” (Is.43:22-24). O sea: Yo trabajé y sufrí por ti.

Y en segundo lugar dice: “Yo, Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo”. Del mismo modo habló en los días de su encarnación, por medio del Hijo. En Jn.15:16 leemos: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que Yo os elegí a vosotros, y os he puesto para que vayáis y llevéis fruto”. Y en Mt.20:28: “Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos”; en Jn.17:19 dice: “Y por ellos Yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” En Mt.26:28: “...mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de pecados”. Y nuevamente en Jn.6:57: “Como me envió el Padre viviente, y Yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí”.

En toda la Biblia reconocemos el mismo mensaje, con el mismo propósito; es decir: “No tú, no tú...”; “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo”; “porque yo vivo, vosotros también viviréis” (Jn.14:19b).

Nosotros, por nosotros mismos, no podemos más que pecar. Y el que trabajó por nosotros tiene que darnos todo de gracia, como a criaturas que de otro modo estarían completamente perdidas. Él dio su vida y derramó su sangre por nosotros, y ahora nos dice: “Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo”.

15. Pusiste sobre mí la carga de tus pecados, me fatigaste con tus maldades. Is.43:24b

Ni nuestros pecados, ni nuestra piedad, deciden nuestro perdón. En el “Mar Rojo” de la sangre de Cristo quedaron sumergidos tanto nuestros pecados como nuestros méritos.

Desde que Dios entregó a su propio Hijo en propiciación por nuestros pecados (Ro.8:32), no existe nada por lo que su celo se encienda más ardientemente que por la gloria de su Hijo. Desde que Dios vio la aflicción y escuchó el clamor de su Hijo en la cruz, no soporta que algún pecador pretenda ganarse el cielo por sí mismo. Por eso, observa por favor estas palabras: “Pusiste sobre mí la carga de tus pecados”. “Sobre mí... la carga sobre mí”. ¡Piénsalo bien! Él la soportó. Le costó muy caro al querido Señor salvarnos de nuestros pecados. Si quieres saber lo que significan las palabras: “Pusiste sobre mí la carga de tus pecados”, sólo necesitas mirar al Getsemaní y al Calvario. La santa Ley de Dios no es algo para hacer bromas.

Que los seres humanos se atrevan a despreciar y a suprimir la santa Ley de su omnipotente Creador; que el hombre acepte las múltiples bondades de Dios, pero pisotee su voluntad y sus Mandamientos; que no lo ame sobre todas las cosas, y por el contrario, lo menosprecie e idolatre a los que no son dioses; que no lo tema sobre todas las cosas, antes lo ofenda y provoque ligeramente; que no confíe en Él, sino en sí mismo y en otros seres mortales; que tampoco ame a su prójimo como a sí mismo, antes piense mayormente en sus propias ventajas; y que viva en toda clase de transgresiones y excesos, desobediencias, odios, rencores, fornicaciones, injusticias, mentiras y engaños... todo eso es algo muy grave.

A nuestra frívola naturaleza carnal puede parecerle poco importante, pero no así al santo Dios. El juzga de otro modo. Eso nos lo muestra el atormentado Cristo, cuando el debió pagar por nosotros.

El Fuerte comenzó a angustiarse, temblar y sufrir de tal modo, que su sudor vino a ser como grandes gotas de sangre que caían a la tierra (Lc.22:44). ¡Oh hombre insensible! Cuando oyes esos desgarrantes suspiros en el huerto de Getsemaní y tienes presente que provienen de la majestuosa persona que con su sola palabra calma la tempestad, expulsa demonios y resucita a los muertos, tienes que detenerte por un momento y reflexionar en lo que eso significa. ¡No borres esa imagen con indiferencia! ¡Tiene que ver contigo! Es tu Salvador, al que invocas en oración, el que te rescata aún de la muerte, el que juzgará a las naciones. Y si le preguntas por qué se estremeció de tal manera, Él te responde: “Pusiste sobre mí la carga de tus pecados”. Si nuevamente le preguntas: “¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como del que ha pisado en lagar?” Él contesta: “He pisado Yo solo el lagar, y de los pueblos no había nadie conmigo” (Is.63:3). No me serviste tú a Mí; por el contrario, “me

fatigaste con tus maldades. Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo” (Is.43:25). Si luego ves a tu Salvador tan agraviado, herido y maltratado que hasta se podían “contar sus huesos” (Sal.22:17), el profeta lo explica: “Más Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is.53:5).

Si finalmente lo contemplas sufriendo el castigo y la maldición de la cruz, el apóstol te aclara: “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición; porque escrito está: Maldito todo el que es colgado en un madero” (Gá.3:13).

Esto te resulta bien conocido. Ya lo sabes desde hace mucho tiempo. Pero ¿sufre tu corazón por ello? ¿Te conmueve recordar cómo torturaron a Jesús por ti? Si el Espíritu de Dios pudo abrir tus ojos y glorificar a Cristo en tu corazón, te sentirás indigno y a la vez reconfortado; sí, pobre, pero no obstante bendito, y las palabras de Is.43:24-25 cobrarán nuevo valor para ti: “Pusiste sobre mí la carga de tus pecados, me fatigaste con tus maldades. Yo, yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo”.

Pero. ¡Ay! del que ve a su Salvador atormentado y agonizante y sin embargo desea permanecer en su vida libertina, al servicio del pecado y del mundo. ¡Ay! del que prefiere seguir disfrutando sus inmundos placeres, cuando su Salvador debió transpirar sangre por expiar sus pecados, ser ultrajado por redimirlo y morir en la cruz con gran clamor y lágrimas por su propiciación!

¿Y qué pasará con el mundo temerario e impío el día en que se le exigirá responder por la sangre inútilmente derramada por él? ¿Qué pasará contigo, si siempre supiste de la pasión y muerte de Cristo, y celebraste el Viernes Santo, pero jamás deseaste unirse completamente a Él, llegar a ser suyo, y vivir bajo Él en su Reino? Si una vez tras otra comulgas en memoria de la muerte de Cristo, y recibes su cuerpo y sangre, ¿pero luego vuelves en seguida a tu mala compañía, a satisfacer tus malos deseos? ¿Qué crees que ocurrirá contigo? Si los que transgredían la Ley de Moisés no pudieron escapar, y tuvieron que morir sin lástima, “¿cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmundas la sangre del pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?” (He.10:29).

16. **Mi alma espera a Jehová, más que los centinelas a la mañana.**

Sal.130:6

Los hijos de Dios tienen rasgos característicos. Primero, que recibieron el Espíritu de adopción, por el que claman: ¡Abba, Padre! Y segundo, si no le pueden invocar en forma tan familiar (porque son tentados y su fe a veces es muy débil), suspiran por el Señor y esperan en Él de todo corazón. La gracia y la presencia de Jesús son vitales para sus almas. Y el Señor no deja que sus amigos lo busquen o esperen en vano. Él mismo dice: “El que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él... El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Jn.14:21, 23).

Pero no pienses que siempre sentirás que está cerca. Al contrario, una de las características principales de su relación con nosotros es que Él se oculte y nos deje sufrir diferentes clases de males, tales como las tentaciones al pecado, nuestra propia impotencia y horribles ataques del diablo.

En tales circunstancias nos parece que Jesús está inexplicablemente lejos, y que estamos en poder de espíritus malos, de nuestra propia perversidad interior, y del mundo impío. Entonces “la hija de Sion”, o sea la iglesia fiel, suspira: “Me dejó Jehová, y el Señor se olvidó de mí” (Is.49:14). Y la “esposa” (la Iglesia) sale a la oscuridad de la noche, buscando a su Amado (Cant.5:6), como María Magdalena llorando junto al sepulcro vacío, pensando que ha perdido a su Señor (Jn.20:11ss). Ese es el “poco tiempo” del que Jesús habla en Jn.16:16ss, cuando dice: “Todavía un poco y no me veréis, y de nuevo un poco y me veréis.. Vosotros lloraréis y lamentaréis, y el mundo se alegrará..” Por favor, nota esto y nunca lo olvides: Dios se encubre de tal modo que no nos parecerá “poco” tiempo, sino un abandono definitivo como consecuencia por nuestro pecado y desobediencia. Si no te pareciera así, no sería ninguna verdadera prueba.

La finalidad es ejercitar realmente tu fe, tu oración, y tu esperanza en el Señor. Y así como Dios le dijo a Sion: “Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti” (Is.54:8), y así como Cristo resucitado no abandonó para siempre a María Magdalena llorando junto al sepulcro (Jn.20:14-17), ni a esos dos discípulos de Emaús que lo creyeron perdido para siempre (Lc.24:13ss) así también es imposible que un cristiano de hoy espere en el Señor y lo invoque día y noche en vano.

¡No! Sería totalmente contrario a la naturaleza de Dios. Es cierto que Dios dirige a sus fieles por caminos misteriosos, pero lo hace siempre con eterna lealtad. Y no importa tu pecado o tu estado. Incluso cuando ya no puedes mover tus labios para pronunciar una breve oración, y en tu angustiado corazón solamente sientes impotencia, pero tu alma todavía espera en el Señor y lo invocas con gemidos indecibles (Ro.8:26), es imposible que Él permanezca oculto.

Piensa en lo que nos asegura el Señor Jesucristo cuando habla de la viuda y del despiadado juez en Lc.18:1-7, o de la persona que llegó a la casa de su vecino a la medianoche, cuando la puerta ya estaba cerrada, pidiéndole tres panes (Lc.11:5-13). Con estos ejemplos, Cristo mismo desea inculcarnos que le es imposible negarle la ayuda que le pide un alma atribulada. Pero requiere algún tiempo creer en sus palabras, porque parte de la prueba consiste precisamente en eso, que parece en vano seguir esperando, por todo lo que se ve y siente y aparece.

Las pruebas son ejercicios espirituales, con la finalidad de fortalecer nuestra fe. A veces sucede, que después de superar este ejercicio de la fe, una silenciosa calma nos puede hacer temer que estamos espiritualmente muertos. Esta calma y rigidez, este vacío y sueño, puede llegar a ser una prueba sumamente difícil para las almas sinceras y vigilantes. Pero ese mismo temor a la muerte secreta del alma, es una clara señal de vida espiritual y auténtica fe. Los que tienen motivos para temer por su vida espiritual, son los que nunca se preocupan por el estado de sus almas.

Por más misteriosamente que el Señor nos dirija, Él no permanece oculto para siempre. "Los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas" (Is.40:31).

Ya aquí en este mundo, una y otra vez podrán ver su gran gloria, que los llenará de un reverente temor e infinito gozo. Cuando tras una larga prueba finalmente llegan a pensar que el Señor los olvidó para siempre, Él los sorprende de pronto con una demostración tan maravillosa de su gracia y poder, que los hace exclamar: "¡Señor mío y Dios mío!" ¡Todavía te acuerdas de mí! ¡Y yo pensé que me habías olvidado...! Cómo admira entonces el alma atribulada la dulzura de Dios, cuando saborea un poquito "los poderes del siglo venidero" (He.6:5).

Tanto se alegra, que como el profeta Daniel hasta le agradece a Dios por la aflicción sufrida (Dn.6).

17. Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo. 1 P.2:5

Al Señor nuestro Dios le causa un gran gozo cuando un hijo suyo, movido por amor y gratitud a Él, por su gran bondad, le ofrece sus servicios, a la vez que renuncia a los placeres pecaminosos de la carne. Pero si no se hace esto por fe y por amor, sino pretendiendo recompensar a Dios, entonces no es más que la ofrenda de Caín, algo abominable a Dios, porque “sin fe es imposible agradar a Dios” (He.11:6). Cuando le ofrecemos algo motivados por la fe en Jesucristo, en gratitud a Dios por su gran misericordia, eso siempre le agrada, aunque en sí misma la ofrenda no fuese más que “un vaso de agua fría” (Mt.10:42).

Esto debe animarnos mucho a presentar tales sacrificios. Pero ahí nos frena una duda profundamente desconcertante. Cuando finalmente aprendemos y entendemos que nuestros presuntos méritos propios no pueden justificarnos ante Dios, -porque el pecado se adhiere a todo lo que hacemos-, entonces pensamos que nada puede ser suficiente para agradar a Dios, ni siquiera lo que hacemos por fe y con amor, para su gloria y el beneficio de nuestro prójimo. Y esto nos torna perezosos y desganados para ponernos a su servicio.

Es una opinión muy dañina y un error muy desalentador. Porque si bien no podemos reconciliarnos con Dios y conquistar el cielo con nuestras propias obras, porque no son suficientes ni perfectas ante sus ojos, no obstante, cuando somos justificados por el perfecto y suficiente sacrificio de Cristo y llegamos a ser agradables a Dios, también le agradan todas nuestras obras de amor.

El Señor, nuestro Dios, es un Padre benigno, muy amoroso, que observa con el mayor agrado todo lo que sus hijos intentan hacer por amor a Él. Si entonces un hijo de Dios, a pesar de toda la tribulación a causa de su pecado, trata de servirle voluntariamente a su Señor, -en gratitud por su gran misericordia-, ese servicio goza de su mayor agrado. Y todo lo impuro e imperfecto que todavía puede tener ese servicio queda tan cubierto con la justicia de Cristo, que Dios jamás ve esos defectos.

Pero no sólo esos defectos nos impiden creer que nuestras buenas obras le agradan a Dios, sino también la pequeñez de las mismas. Nosotros valoramos las obras extraordinarias, las grandes hazañas. Si pudiésemos realizar algo así, como convertir gente en masa, llegar a ser misioneros o mártires en tierras lejanas, podríamos creer que eso agrada a Dios. Nos olvidamos que su agrado depende del motivo: Si hicimos lo que nos ordenó hacer movidos por la fe en Jesús y por amor a Él.

Lo que hacemos conforme a sus Mandamientos y palabras, por insignificante que parezca, siempre beneficia a nuestros semejantes, supliendo las necesidades en el hogar y en la sociedad. El Señor Jesucristo declara, que en el último día honrará públicamente, delante de los ángeles y de las

naciones, esas obras que aún los cristianos más humildes pueden hacer. Nos asegura que mirará las buenas acciones que hayamos realizado por amor a Él, en favor de nuestros pobres semejantes, con el mismo agrado como si se las hubiésemos hecho a Él personalmente. Pues les dirá: “Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a Mí... De cierto os digo, que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis” (Mt.25:34 ss).

¿En qué forma más categórica podría el Señor expresar su agrado por las buenas acciones que hacemos por amor de Él? ¿Cuál es entonces la razón por la que todavía dudaríamos que esos servicios de amor le agraden a Dios? Sabemos y sentimos que le desagradan cuando en vez de servirle a Él, servimos al pecado. ¿Por qué no habría de agradarle entonces, cuando por el contrario, renunciamos al pecado y le servimos en amor a Él? Aquí vemos nuevamente cómo el Maligno pervirtió nuestra mente.

Por lo tanto, pensemos frecuente y detenidamente en estas palabras respecto a los sacrificios de amor. Son del mayor agrado de Dios. Y Él nos ayude creerlo, pues entonces diremos: “Si tanto le agrada a Dios que yo le dé a este pobre hermano lo que necesita, ¡lo voy a ayudar de todo corazón!”

Si Cristo lo aprueba como una acción hecha a Él mismo, ¡qué felicidad puedo sentir al poder brindarle ese servicio! Si complace a Dios que en mi trabajo, tan pesado y agobiador, yo me muestre paciente, fiel y dedicado, ¡qué satisfacción es poder realizarlo de esa manera! Si le complace a mi Señor, que en caso de adversidad soporte la pérdida con resignación y me mantenga amable, apacible, moderado y humilde en el trato con mi prójimo, que no devuelva mal con mal, antes prefiera dar “la respuesta blanda que quita la ira” (Pr.15:1), ¡qué placer debe ser para mí proceder así! Si complace a Dios que yo renuncie a éste o a aquel deseo, ¡con qué prontitud he de sofocarlo!

Si Dios se alegra que yo pronuncie una palabra de aliento, de exhortación o de advertencia a mi prójimo, o que yo cubra sus faltas y debilidades y no lo difame, si todas esas cosas realmente complacen a Dios, ¡con cuánto placer he de hacerlas! Si realmente creemos lo que nuestro Señor Jesucristo y sus apóstoles nos han dicho en cuanto a todas esas cosas que complacen a Dios, ¡qué motivados y decididos podemos sentirnos a practicarlas!

18. **Sed de un mismo sentir.** 2 Co.13:11

Aquí el apóstol nos exhorta a la concordia y humildad en nuestra convivencia.

Pero si alguien piensa, que virtudes como concordia y humildad en cuestiones terrenales y ordinarias no son asuntos suficientemente importantes para una exhortación apostólica, -ni para que los cristianos sinceros los mediten-, pronto la vida nos enseñará lo contrario. Descubriremos que por la falta de concordia y humildad nos exponemos a nosotros mismos y a otros a grandes tentaciones, y damos motivo para que el nombre de Cristo sea blasfemado. El propio Señor Jesucristo consideró necesario exhortarnos a ser humildes y amables. Por ejemplo, en el Sermón del Monte dice: "¡Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad!" (Mt.5:5). Y en Lc.14:7ss nos instruye a no procurar el primer lugar entre los invitados.

Debemos tener siempre presente que el verdadero cristianismo desea hacer dignos y felices a los hijos de Dios en todo sentido. Desea insertarnos en la vida real, más allá de los maravillosos momentos de meditación y alabanza durante los cultos. Es en la vida diaria donde estamos llamados a poner en práctica todo lo aprendido, pensando y haciendo "todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable y todo lo que es de buen nombre" (Fil.4: 8).

Con estas exhortaciones el apóstol nos dice que el cristiano no debe ser autoritario ni egoísta, queriendo imponer en todo sus propias ideas. Antes bien debe dar lugar a la inteligencia, la opinión y las costumbres de los demás, siempre que no contradigan a la Palabra y a la voluntad de Dios. El apóstol está atacando una inclinación muy fuerte en la naturaleza de todos nosotros, es decir: la prepotencia y la autosuficiencia. Encontramos eso hasta en los niños. Apenas comienzan a hablar, ya aparece también la tendencia a discutir y querer tener siempre la razón. Y lo vemos continuamente a lo largo de nuestra vida. En todas partes parece corroborarse el antiguo dicho: "Cada maestrillo con su librillo". Cada uno piensa que su inteligencia y su método son los mejores.

Si seguimos nuestra tendencia y siempre queremos tener razón e imponer nuestra opinión, la consecuencia lógica es una incesante discusión y discordia. Es verdadera sabiduría y una gracia especial si el creyente aprende a tiempo a dar lugar también a otros, desconfiando de su propia inteligencia y opinión, en vez de tratar de imponerlas siempre.

Esta es la enseñanza que el apóstol desea impartirnos aquí. Pero si dicha tendencia a la prepotencia está tan profundamente enraizada en nuestra naturaleza como hemos visto, siempre debemos estar preparados a verla surgir también en el campo espiritual. Por eso es importante seguir las repetidas exhortaciones a la concordia espiritual ahora, y no recién cuando surjan los problemas. Aunque no podamos pensar lo mismo en todas las cosas lo cual es difícil, porque solamente

“conocemos en parte, y en parte profetizamos” (1 Co.13:9) sin embargo debemos ser “solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz” (Ef.4:3), o sea, tenemos que esforzarnos por guardar la unidad que el Espíritu Santo produjo, como un firme lazo de paz, felicidad y amor. Recordemos que tenemos lo mayor y más importante en común, y que en Cristo somos “un cuerpo y un Espíritu” (Ef.4:4).

En efecto, esta concordia o unidad en el Espíritu y en la conversación es tan importante, que si alguien cree tener más inteligencia que todos los demás, y por esa razón causa intriga y discordia entre los que ya son salvos y están unidos a Cristo, provoca un daño mucho mayor que si hubiese guardado sus conocimientos para sí mismo solamente.

Aunque luchemos por la pura verdad, si lo hacemos de manera errada y apartamos a las almas fieles de su fe sencilla en Cristo, cometemos una falta tan grave, que por nuestra culpa hacemos que “se pierda aquel por quien Cristo murió” (Ro.14:15). También en 1 Co.8:11 el apóstol advierte contra el orgullo, diciendo: “Por el conocimiento tuyo, se perderá el hermano débil por quien Cristo murió”. La concordia espiritual y el bienestar de los débiles en la fe son tan importantes, que antes de dañar eso sería mejor que guardases silencio durante toda tu vida, “guardando tu fe para contigo delante de Dios”(Ro.14:22).

Las consecuencias de la perturbación de la concordia son mayores y más perjudiciales de lo que pensamos, y esta es la razón por la que los apóstoles nos han dado tantas y tan severas amonestaciones como estas: “Os ruego, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer” (1 Co.1:10); y: “...sed de un mismo sentir, y vivid en paz; y el Dios de paz y de amor estará con vosotros” (2 Co.13:11).

19. **Nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo.** 1 Jn.4:14

En este versículo observemos primero el excelso y profundo amor de Dios! San Juan afirma que el Padre nos dio al Hijo como Salvador. Y en el v.9 dice: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por Él”. Nuevamente, en el versículo 10 declara: “En esto consiste el amor: No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados”.

La venida del Hijo fue obra exclusiva del amor de Dios, y es la prueba suprema de su amor. El propio Señor dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn.3:16). ¿Y qué otra razón pudo existir para algo así, sino tan sólo el amor de Dios?

Un viejo maestro dijo: “Después de haberme esforzado durante mucho tiempo para comprender por qué razón Dios amó tanto al mundo, que ha dado a su unigénito Hijo, finalmente llegué a esta única conclusión: Amó porque ama...”

Así como una madre no puede tener otro motivo por atender y cuidar infatigablemente, día y noche, a su hijo enfermo con tanto amor, salvo ese mismo amor maternal, del mismo modo tampoco podemos hallar otro motivo que explique por qué Dios dio a su Hijo. Su sentimiento hacia la humanidad fue el de un padre hacia un hijo.

Aunque era un hijo perdido y rebelde, aún reconoció en él al hijo que al principio había creado a su imagen, para que heredara todos sus bienes. Dios amó a sus hijos caídos. Este fue el único motivo de su bondad para con ellos.

“El Padre envió a su Hijo”. Eso nos dice que ese Hijo existió ya antes de que fuese enviado al mundo. Cristo fue el Hijo de Dios en el sentido real de la palabra. El Hijo que sería enviado al mundo para revelar el insondable amor de Dios hacia la humanidad.

Cristo no mencionó a los profetas y ángeles que Dios había enviado para ministrar a los hombres, como prueba del gran amor de Dios hacia ellos. Sólo del envío de su unigénito Hijo dice: “Porque de tal manera amó Dios al mundo”.

Cuando el apóstol en Ro.8:32 llama a Cristo no sólo Hijo de Dios, sino “su propio Hijo”, lo distingue con eso de todos los que en algún sentido también se llaman hijos de Dios. Así nos da a entender que Cristo es el Hijo de Dios en sentido real. Los ángeles se llaman hijos de Dios por haber sido creados por Dios y por su elevada condición (He.1:5ss). Al pueblo de Israel se lo llama hijo de Dios, debido al amor y cuidado paternal que Dios le tuvo (Jer.31:9-20). Todos los fieles creyentes se llaman hijos e hijas de Dios, por causa de su regeneración y comunión con Cristo (Jn.1:12,13; Stgo.1:18; 2 Co.6:18). Pero solamente Cristo se llama: “El propio Hijo de

Dios", o "el Hijo unigénito que está en el seno del Padre" (Jn.1:18). Y de nadie se dice lo que se dice de Cristo en 1 Ti.3:16: "Indiscutiblemente grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne".

En muchísimos lugares, la Biblia dice que Jesucristo es Hijo de Dios en un sentido único y particular, superior a todos los ángeles. En He.1 vemos que Dios Padre le dio a su Hijo unigénito nombres y títulos como no le dio a ninguno de sus ángeles. "Porque ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú; Yo te he engendrado hoy, y otra vez.... Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies?" (v. 5 y 13).

Además, a Jesucristo se le debe dar la misma adoración que le corresponde solamente a Dios, como dice He.1:6: "Adórenle todos los ángeles de Dios". A Él se le ha dado un reino eterno, como dice en He.1:8: "Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino".

Finalmente, a Jesús se le atribuye la obra de la misma creación, como dice San Juan 1:14,3: "El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros... todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él, nada de lo que ha sido hecho, fue hecho".

Y a esto hay que agregar que Él ya estaba, antes que fuese creado el mundo, como lo declara Él mismo en Jn.17:5: "Y ahora, Padre, glorifícame al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese". Esas cosas ya las habían anunciado las profecías, por ejemplo Miq.5:2 dice: "De ti (Belén Efrata) me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad". Alabemos y adoremos al eterno Padre, porque envió a su Hijo al mundo.

20. **Yo no conocí el pecado sino por la Ley; porque tampoco conociera la codicia, si la Ley no dijera: No codiciarás.** Ro.7:7

“No conocí el pecado sino por la Ley”. El apóstol se refiere a una realidad general: “Por medio de la Ley es el conocimiento del pecado” (Ro.3:20), y también nos enseña cómo y cuándo aprendemos a conocer el pecado por medio de la Ley. Porque si bien todos conocemos la Ley de Dios en cierta medida, no solemos hacernos problemas, porque la mayoría de la gente está adormecida y cómoda en su pecado. Pero debemos tener presente que quien no aprende a reconocer su pecado, tampoco buscará salvarse, sino que acabará por “morir en sus pecados” (Jn.8:21).

Es imposible que alguien reciba a Cristo debidamente sin sentir el pecado en forma tan viva, que se considere “muerto a la Ley”(Ro.7:4). Antes de ello no puede recibir la nueva vida en Cristo. Eso es lo que dice la Palabra de Dios.

Es importante saber cómo y cuándo llegamos a conocer debidamente nuestro pecado. El apóstol dice: “Yo no conocí el pecado sino por la Ley; porque tampoco conociera la codicia, si la Ley no dijera: ¡No codiciarás!” Fue únicamente en conexión con la Ley como pudo reconocer su maldad.

Anteriormente no sabía que la codicia en sí misma ya era pecado. Lo que quiere decir con “conocer la codicia” lo indica su propia explicación, es decir: reconocerla como pecado. Así, dice expresamente: “No conociera la codicia, si la Ley no dijera: No codiciarás”. Reconocer que la codicia en sí ya es pecado, es algo que se aprende por medio de la Ley, que dice: “¡No codiciarás!” Y en segundo lugar, en el versículo siguiente se refiere a un conocimiento más profundo del poder que la codicia ejerce sobre nosotros. Conocimiento que obtenemos de la amarga experiencia, porque: “...el pecado, tomando ocasión por el Mandamiento, produjo en mí toda codicia” (v.8).

Nos damos cuenta de que somos pecadores cuando reconocemos que nuestra codicia, nuestros deseos impuros y egoístas, son verdaderos pecados en sí mismos.

Pero podemos seguir preguntando: ¿Cuándo y por qué medio aprendemos a reconocer la codicia? Desde la niñez todos aprendimos el Mandamiento que dice: “¡No codiciarás!” Muchas veces lo oímos y leemos, y sin embargo todo el mundo está como dormido frente a la perversidad de la codicia.

¿Cómo y dónde obtener el conocimiento del pecado? El apóstol enseña que se lo obtiene de forma muy diferente a cualquier manipulación humana de la Ley de Dios. Dice: “Sin la ley el pecado está muerto. Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento, el pecado revivió y yo morí” (Rom 7:8,9).

Esto, no significa que San Pablo vivió sin poseer, conocer y guardar la Ley. Desde su niñez había sido instruido en ella, y antes de su conversión fue un miembro tan celoso de la más rigurosa secta judía de su época,

que “en cuanto a la justicia que es en la Ley, era irreprochable” (Fil.3:6).

¿Qué significa entonces que en un tiempo había vivido sin la Ley, y que más tarde “vino el Mandamiento”? Significa que la Ley en ese tiempo no había estado viva en su conciencia, sino dormida mientras él trataba de cumplirla con su conducta, y no había considerado ni aprendido el Mandamiento que dice: “¡No codiciarás!”

Así “vino el Mandamiento” significa que la Ley cobró vida y poder en su conciencia, de modo que él despertó del sueño de su pecado. De pronto, fue conciente del santo celo y fervor de Dios, que lo acosaba y condenaba por más empeño que él pusiera por cumplir la Ley.

De esa manera, la Ley lo convenció de su pecado. Esto requiere la misericordiosa y reveladora intervención de Dios. Requiere que Dios te visite y te despierte del sueño del pecado. Caso contrario, a pesar de toda tu dedicación a la Ley, jamás podrás reconocer debidamente tus pecados.

El apóstol confiesa aquí que sólo el Mandamiento de la santa Ley, penetrando al fondo del corazón con la prohibición: “¡No codiciarás!” abrió sus ojos para percibir su maldad, el mal deseo que estaba oculto ante sus ojos. E inmediatamente la persona presumida de intachable, comprendió que era un abominable pecador. Porque cuando la Ley, con las exigencias y amenazas del todopoderoso y santo Dios hirió su ser interior, fue el fin de la autoestima del fariseo Saulo, que hasta entonces había vivido tan contento consigo mismo, por sus grandes servicios y hazañas. Cuando la Ley escudriñó su corazón y le advirtió que no debía tener ni siquiera el menor deseo malo, fue la ruina de su autojustificación.

¡Cuán lejos estaba Pablo de ser libre de todos los pensamientos y deseos pecaminosos! Y cuando intentaba librarse de su maldad interior... resistir y expulsar todos los pensamientos malos, y presentarse ante Dios con un corazón santo, sentía dentro de sí un poder más nefasto que jamás había conocido; sentía que los malos pensamientos y deseos no se dejaban expulsar; antes se volvían tanto más intensos, cuanto más trataba de resistirlos y combatirlos.

21. **Y esta es la confianza que tenemos en Él, que si pedimos alguna cosa conforme a su voluntad, Él nos oye.** 1 Jn.5:14

Es un dañino abuso de la oración cuando pedimos algo no prometido, cuando nuestras expectativas van más allá de la Palabra. Muchos oran y piden cosas que Dios jamás les prometió. Eso es tentar al Señor y engañarse uno mismo.

Por ejemplo, cuando alguien le pide a Dios el pan de cada día, pero no quiere trabajar; o pide fe, pero no desea oír la Palabra de Dios; o ruega por la gracia de Dios para la santificación, mientras todavía no cree el Evangelio; o implora por poder para manifestar los frutos de la fe, cuando todavía no tiene fe ni ha sido insertado en Cristo; o cuando suplica por una muerte bienaventurada, mientras que en vida jamás se preocupa por recorrer el camino saludable; o cuando reclama incondicionalmente cosas, de las que no se sabe si el omnisciente Dios las considera provechosas o necesarias para él. Todo esto es “tentar” al Señor y engañarse uno mismo (Éx.17:2). La fe y la oración siempre deben tener una clara promesa divina en que fundamentarse, caso contrario son vanas.

Otros conocen las promesas de Dios sobre las cosas que desean, pero no apelan a esas promesas ni meditan en ellas. No toman en serio a Dios y dejan de lado su Palabra. Viven sin creer ni orar, o apenas oran pero sin creer en la Palabra. Echan su oración al viento, orando fría y mecánicamente. Hasta los creyentes incurren a veces en esto.

Para orar correctamente, es necesario en primer lugar que la oración no sea un capricho personal, sino que uno tenga presente el Mandamiento y la Palabra de Dios. Que puedas decir: “Padre celestial, tú me has ordenado orar. Estoy haciendo lo que tú mismo me pediste...” Como dijera David: “Mi corazón ha dicho de Ti: ¡Buscad mi rostro! ¡Tu rostro buscaré, oh Jehová!” (Sal.27:8).

La segunda condición, es que no te acerques a Dios sólo con tus ideas propias; o sea, con lo que tu corazón perverso y engañoso piensa de Dios, de su voluntad y de su relación contigo, sino que utilices las promesas de Dios, las recuerdes bien y se las recalques, de modo que puedas decir: “Estoy orando por cosas que me has dicho que pida. Haz lo que tú mismo prometiste, conforme a tu propia naturaleza y deseo. Dijiste que eres misericordioso, todopoderoso y veraz, que “te alegras haciéndonos bien” (Jer.32:41) y que “esperarás para tener piedad de nosotros” (Is.30:18). Por favor, obra ahora según tu promesa, naturaleza y voluntad y deléitate en ayudarnos...”

Tus propios razonamientos y sentimientos, así como el diablo con sus tentaciones, tratarán todo el tiempo de quitar esa imagen de Dios de tu alma. Pero no les des siquiera la mínima oportunidad de confundirte. Frecuentemente se necesita luchar con mucho ardor, para permanecer fieles a la Palabra. Por lo tanto, mantén tu vista fija en la Palabra, sin mirar en absoluto a los costados.

La tercera condición necesaria para orar debidamente, es no presentarse ante Dios confiando en el mérito propio. O sea, no orar en nuestro propio nombre, sino interponer “al Mediador, en quien Dios se complace”; o sea, a su Hijo Jesucristo, nuestro Salvador.

Y en cuarto lugar, formula tu oración de tal forma que no busques exaltarte a ti mismo, sino a Dios. Que no sea glorificada tu fe, sino la fidelidad de Dios.

Este fue el arte de los antiguos campeones de la fe, que lucharon en oración con Dios, como desprendemos de muchas de sus experiencias.

Cuando el patriarca Jacob se sintió aterrado ante la posibilidad de un ataque por parte de su hermano Esaú y de sus hombres, imploró la ayuda del Señor diciendo: “Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, Jehová, que me dijiste: Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y Yo te haré bien... Líbrame ahora de la mano de mi hermano, de la mano de Esaú..” (Gn.32:9ss).

Primero Jacob dijo: “Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac”, como queriendo recordarle a Dios las promesas que les había dado a estos patriarcas; es decir, que su descendencia sería muy numerosa, y que el cumplimiento de esas promesas dependía de la vida de Jacob y de sus hijos. ¿Si estos morirían, cómo habrían de cumplirse las promesas? Además, en su referencia a los nombres de Abraham e Isaac, también está implícito el siguiente pensamiento: “Aun siendo yo indigno, recuerda que soy hijo de tus amados siervos Abraham e Isaac”. Y además agregó: “Jehová, que me dijiste: Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y Yo te haré bien”(v.9b), como diciendo: “Tú mismo me ordenaste emprender este regreso y prometiste hacerme bien. Ahora dependo de la veracidad de tus dichos. Si Esaú nos mata, ¿qué pasará con tu promesa, de hacernos bien?” Esto era como si Jacob le dijera a Dios: “No me importa tanto morir, pero... ¿qué pasaría entonces con tu promesa, tu veracidad, tu nombre y tu gloria?”

22. Porque convenía a Aquel, por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos. He.2:10

Cristo fue perfeccionado como autor de nuestra salvación, mediante dos ejercicios muy extraños para el Hijo de Dios: La obediencia y el sufrimiento. “Convenía que perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos”. Y en He.5:8: “Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia”.

Nótese esto: ¡El Hijo de Dios aprendió obediencia! Era algo realmente nuevo para Él. Siendo el Señor y Legislador de todas las criaturas, se humilló a sí mismo y fue un obediente siervo, sumiso a la Ley que Él mismo nos había dado. Como si Él mismo estuviese maravillado, en el Salmo declara proféticamente: “Has aumentado, oh Jehová, Dios mío, tus maravillas y tus pensamientos para con nosotros... Sacrificio y ofrenda no te agrada. Has abierto mis oídos... Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí. El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Sal.40:5ss).

Las palabras “has abierto mis oídos” indican que Cristo nació “bajo la Ley” (Gá.4:4), obligado a obedecerla, porque ese es el deber de un siervo: oír y obedecer. Y como era un ejercicio totalmente nuevo para el Hijo de Dios, entendemos por qué el apóstol dice que “aprendió obediencia”. Pero aprender obediencia, ejercitarse en la obediencia a la Ley que Dios nos dio a los seres humanos, y hacerlo con verdadera vocación, era algo que el Hijo de Dios jamás necesitó para sí mismo. Lo hizo sólo como capitán o autor de nuestra salvación. Lo hizo como el segundo Adán, para aprobar en lugar de toda la humanidad la prueba de la obediencia, la misma prueba en la que fracasó el primer Adán. “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Ro.5:19).

Nuestra gran pecaminosidad consiste básicamente en la desobediencia a los Mandamientos de Dios. Somos culpables de cometer innumerables transgresiones y faltas todos los días. Así, pues, qué glorioso consuelo es saber que Dios nos ha dado un Salvador, ¡que efectuó en nuestro lugar perfecta y completa obediencia a su santa voluntad!

“Por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos”, dice la Biblia, y se refiere a la obediencia de Cristo, que ha cumplido verdaderamente la Ley. A los que creemos en Jesús como nuestro Salvador, Dios nos adjudica y otorga la Justicia, los méritos y la santidad de su Hijo. Con esa Justicia podemos presentarnos confiados ante Dios, porque es la justicia que la Ley nos exigía a nosotros, pero que nunca pudimos alcanzar.

Como dice San Pablo: "Porque lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, lo hizo Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado" (Ro.8:3).

No fue suficiente que Cristo borrara nuestros pecados con el derramamiento de su sangre. También debió cumplir la Ley. Y agradó al piadoso Padre darnos un Sustituto, el "nuevo Adán", que habría de superar la prueba. Uno por todos, y todos por Uno. Por eso, si bien era el Hijo de Dios, no obstante "aprendió obediencia". Y siendo "perfeccionado", "vino a ser Autor de eterna salvación para todos los que le obedecen" (He.5:9).

Así, mediante su sufrimiento y obediencia, llegó a ser el autor de nuestra salvación. Siendo un niño en el pesebre, todavía no había sido "perfeccionado" como autor de nuestra salvación. Si hubiese regresado inmediatamente del pesebre al cielo, su venida de las alturas no habría servido para nuestra bienaventuranza.

Primero debió ser preparado, para luego llegar a ser el Redentor, el "autor de nuestra salvación". Fue absolutamente necesario que primero, a través de pruebas y tribulaciones, cumpliera toda justicia por nosotros y en nuestro lugar (Mt.3:15). O sea, que cumpliera nuestras obligaciones. Fue inevitablemente necesario que Él sufriera toda la maldición que nos correspondía a nosotros. Más aún: que Él fuese "hecho maldición por nosotros" (Gá.3:13).

Él debió luchar, sufrir, ser herido y abandonado por Dios. Debió morir como la persona más repudiada por Dios. Debió atravesar todos esos abismos, para llegar a ser nuestro "perfecto" Salvador.

Y esto no fue todo lo que le habría de sobrevenir, para lograr su gran objetivo. También tendría que alzarse de la muerte y levantarse como el Príncipe de la vida, ascender al cielo con nuestra sangre y carne, y sentarse "a la diestra del trono de la Majestad en los cielos" (He.8:1), para poder enviarnos de ahí su Espíritu, y preparar para Sí un pueblo fiel en la tierra.

Solamente después de atravesar las tenebrosas profundidades del infierno, beber la copa de la ira de Dios, arrojarlo al abismo de la maldita muerte, romper el sello del sepulcro, ascender al cielo y sentarse en el trono de Dios... llegó a ser nuestra "sabiduría, justificación, santificación y redención" (1 Co.1:30). Recién después de obedecer y sufrir todo lo que la Ley nos exigía a nosotros, Jesucristo se presentó ante Dios y ante el mundo como el "Perfecto" Salvador y Sumo Sacerdote de todos los pecadores.

23. Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. No tendrás dioses ajenos delante de mí.

Éx.20:2

Esta es la introducción que Dios mismo hace a su santa Ley. Aquí el Señor nos da a entender quién es Él, -el que habla-, y con qué autoridad demanda, ordena y juzga. “Yo soy Jehová”: Esta presentación es el fundamento del valor y del poder eternamente obligatorio de su santa Ley. “Soy Jehová”, el Señor, el que es y sigue siendo la fuente original de todo poder sobre todas sus criaturas.

Pensemos en los siguientes hechos: ¿De dónde procede el ser humano, quién debe obedecer esa Ley? ¿Qué es el hombre? Sin duda es obra de las manos de Dios, iuna criatura suya! Y entonces, ¿no tiene Dios el poder y el derecho de ordenarle lo que quiere, de limitar su libertad, y de imponerle sus leyes? Esto es lo primero que Él nos recuerda en la introducción a sus Mandamientos.

¡Meditémoslo profundamente! Porque es seguro que la fuente de toda desobediencia y de todo desprecio a la Ley de Dios, proviene de no tener en cuenta quién es el Señor que nos dio la Ley, y qué somos nosotros ante Él. Pues si pudiésemos ver o entender quién es el que nos habla en su santa Ley, sin duda preferiríamos desmayarnos y morir antes que hacer algo en contra de su voluntad.

No quiere decir que con eso obtenemos poder para resistir al pecado. No; desde la caída de Adán no nos resulta posible hacer lo debido por el simple hecho de que se nos ordena hacerlo. Al contrario, desmayaríamos y caeríamos en la desesperación, si Dios no tendría piedad de nosotros y no nos salvaría.

Sin la Ley de Dios, permaneceríamos cómodos y despreocupados con todos nuestros pecados. Pero, pensemos qué significa que Dios en ha dado a los seres humanos una Ley. Él, el gran Creador del cielo y de la tierra, el que al principio lo creó todo de la nada; el que creó el sol, la luna y las estrellas; la tierra con todo lo que en ella hay; el que creó al hombre a su imagen, para ser su hijo y heredero, dotado para oír y entender su voluntad; Él, el “excelso sobre toda la tierra.., y muy exaltado sobre todos los dioses” (Sal.97:9), nos dio a nosotros, los seres humanos, Mandamientos y leyes. ¿Podríamos entonces tomarnos la libertad de desafiarlo y despreciarlo? ¡Qué horrenda depravación la de nuestro ser, que no puede tomar en cuenta ni siquiera esto!

Sin duda debemos reflexionar también en que Dios podría aplastarnos en cualquier momento, como se mata a una mosca. Estamos tan enteramente en sus manos, que toda nuestra vida y salud en el tiempo y en la eternidad dependen de Él. Nosotros no podemos prolongar nuestro hálito ni siquiera por un sólo minuto, y Dios posee innumerables medios para castigar a los que provocan su ira. Es algo que podemos ver en cualquier lado, cómo Dios le envía a uno una desgracia, como

ser muerte repentina; a otro una horrible enfermedad; a un tercero una plaga; a un cuarto una locura o fatuidad que lo llevan a pecar y lo hunden en vergüenza. Es cierto lo que dice Lutero: "Dios tiene por todas partes trampas y tropezaderos para los que lo desprecian, de modo que no pueden escapar de Él en ningún lugar".

Y finalmente, Él es el que también puede destruir cuerpo y alma en el infierno (Mt.10:28). Si no quiere auxiliar nuestras pobres almas cuando morimos, y llevarlas al cielo, estamos eternamente perdidos. ¡No obstante el hombre lo desobedece y desafía!

Por otra parte, pensemos también en todo el bien que Dios puede hacernos, si tiene piedad de nosotros. ¡Cuánta bondad y bendición en este tiempo, y cuánta felicidad y bienaventuranza durante toda la eternidad les dará a sus amados! ¡Sin embargo, el hombre lo desprecia y lo enfrenta! ¡Piensa en lo que sería de ti, si te quitase su Espíritu Santo y te entregase a las tinieblas de tu torpe razón, a las pasiones de tu carne, y al poder del diablo!

Por lo tanto, roguemos que esta verdad quede grabada en nuestras almas: "¡Yo soy Jehová, tu Dios!" ¡Qué estas palabras queden claramente impresas en nuestra memoria, para tenerlas presente todos los días de nuestra vida!

Y hay aún algo más que aprender del Nombre con el que Dios se presenta aquí a la humanidad. "Jehová" significa, "el que es eternamente", el Ser eterno e inmutable. Con este Nombre, nos da a entender que el tiempo no borrarán ni una letra o tilde de su Ley (Mt.5:18). El verdadero fundamento de la santa Ley de Dios no es un antojo pasajero de Dios, sino por el contrario, es precisamente el carácter de su propio ser.

Al que pregunta: "Por qué hemos de ser santos?" Dios responde: "¡Sed santos, porque Yo soy santo!" (1 P.1:16). No dice: "Porque Yo quiero que sean santos", sino: "Porque Yo soy santo". Y siendo que la razón para su santa Ley reside en el propio santo ser de Dios, comprendemos por qué jamás puede cambiar. Si pudiese cambiar la Ley, tendría que cambiar Dios mismo. Por eso jamás, ni en el tiempo ni en la eternidad, puede llegar a ser lícito hacer lo que Dios prohíbe en su Ley. Por ejemplo, hacerse otros dioses, tomar el Nombre de Dios en vano, menospreciar su Palabra, o despreciar al prójimo, tenerle envidia, odiar o difamarlo. Tales cosas nunca pueden llegar a ser inocentes o lícitas, ni siquiera ocasional o circunstancialmente. Por ninguna razón, ni siquiera por la debilidad de nuestra naturaleza caída. Siempre desagradarán a Dios. Su Ley nos dice que son obras contrarias a su santa voluntad, a una voluntad que jamás puede cambiar.

Esto es algo más en lo que debemos pensar, cuando leemos las palabras: "¡Yo soy Jehová, tu Dios!"

24. **Pues aun vuestros cabellos están todos contados.** Mt.10:30

¿Piensas que es pedirte demasiado que creas esto? Entonces abre tus ojos y mira a tu alrededor. ¿O eres tan ciego que no ves lo que generalmente ve aún la simple razón? ¿Que todo lo creado en la tierra fue creado para el hombre? Que no hay piedra ni árbol ni planta que no hubiese sido puesta al servicio del hombre. Sí, aún todos los animales fueron creados para el hombre, que los utiliza a todos para su servicio.

¿Acaso no te dice todo esto que Dios se preocupa por los seres humanos, que ellos son destinatarios especiales de su amor? Por favor, si eres tan incrédulo ponte a mirar la creación y dime si puedes acusar a tu Salvador de mentiroso cuando dice que aun los cabellos de tu cabeza están todos contados.

Él mismo nos remite en Mt.6:26-28 a la creación. ¿Puedes abrir tus ojos lo suficiente como para ver que en toda la creación Dios colocó al hombre en el centro de todo? ¿Acaso esto no es un poderoso testimonio de lo que el hombre significa para Dios, y de que Él ante todo tiene en cuenta su eterna bienaventuranza?

Ahora, mira en esa luz tus más amargas experiencias, y posiblemente hallarás pura bondad y lealtad divina en todo lo que te ha ocurrido. Tal vez has perdido todas tus posesiones, y tú y tu familia se encontraron en grandes dificultades.

Has perdido al más querido amigo en la tierra, una persona sin la cual crees no poder vivir. O has perdido tus más preciosas ilusiones, expectativas que habías guardado en tu corazón por mucho tiempo y con profundos sentimientos. La pérdida es amarga. Pero mírala a la luz de la eternidad, y verás que ninguna de todas esas amargas experiencias sucedieron sin la voluntad y el amor de Dios; es decir: La eterna salvación de tu alma inmortal. Esto es algo grandioso, y difícil de entender para tu viejo hombre, para tu naturaleza carnal, a la cual se la debió herir muy profundamente para que lo aprendas.

O tal vez hayas sufrido una adversidad más amarga todavía. Si por la inmensa gracia de Dios, el mayor deseo de tu corazón regenerado era que toda tu vida esté consagrada a la gloria de Dios y a la bendición de muchas almas, pero debido a tentaciones inesperadas has caído en pecado y en tan profunda desgracia, y ahora piensas que eres un escandaloso y vergonzoso estorbo al Evangelio; y preferirías haber muerto en vez de pasar por una experiencia como esa, entonces tranquilízate, Dios permite que hasta sus más queridos hijos pasen por pruebas inexplicablemente amargas. Pedro, su más fiel discípulo, que gustoso quiso dar su vida por su Maestro (y al final, efectivamente la dio), primero debió caer y llorar amargamente su tan horrible negación.

María, la más favorecida entre todas las mujeres, escogida para ser la madre del propio Hijo de Dios, la virgen que una vez cantó con ánimo tan exaltado: “desde ahora me dirán bienaventurada todas las

generaciones”(Lc.1:48), en cierta ocasión perdió a su querido hijo tan completamente de vista que no lo encontró hasta el tercer día. En la amarga preocupación de su alma debe haberse condenado a sí misma como a la mayor pecadora, culpable ahora de la desaparición del Salvador de todo el mundo...

La profunda depravación de nuestro corazón y su tendencia a la egolatría y a otros pecados, requiere esas amargas experiencias para que estos pecados sean extirpados. Por lo tanto, reverencemos la sublime y piadosa intención de Dios, de llevarnos a la eterna gloria en el cielo por medio de muchas tribulaciones. Reverencemos su sabia y sublime voluntad. Con todo lo que dispone o permite que nos sobrevenga, tan sólo desea purgarnos, probarnos y confirmarnos así en la gracia; quiere sofocar al viejo hombre -nuestra naturaleza carnal-, santificar nuestra mente, fortalecer nuestra fe, incitarnos a la oración, a la humildad y a la sinceridad.

También quiere que despreciemos la vida seductora en la tierra y despertar nuestro anhelo por el cielo. Cuando entendemos estas sublimes y piadosas intenciones de Dios con respecto a todo lo que nos envía, alabémoslo y agradezcámosle humildemente por todo lo que nos pasa, y no olvidemos jamás esa palabra dorada, que permanece o cae con el propio Señor Jesucristo: “Aún los cabellos de vuestra cabeza están todos contados”.

Y si te consideras demasiado indigno de una gracia tan inmensa, escucha lo que se dice solemnemente en Ap.5:1-6 respecto a la indignidad de todas las criaturas ante Dios: “Nadie, ni en el cielo ni en la tierra ni debajo de la tierra, podía abrir el libro, ni aún mirarlo”. Pero San Juan no debía llorar por ello, porque había Uno, que era digno. Uno de los ancianos le dijo (v.5b): “¡No llores! He aquí que el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro, y desatar sus siete sellos”. Y en seguida San Juan vio “un Cordero como inmolado” (v.6).

¡Ojalá esa visión penetre nuestras almas de tal modo, que siempre la tengamos presente! Entonces no olvidaríamos jamás que sólo el “Cordero que fue inmolado es digno”, ¡y que lo es por nosotros! Porque con toda seguridad no fue inmolado por su propia causa, sino por la nuestra.

Y gracias a este Cordero, también nosotros gozamos ahora de tanto valor ante Dios, que “aún los cabellos de nuestra cabeza están todos contados”, y que ni siquiera un sólo cabello caerá de nuestra cabeza, sin su voluntad.

25. No os dejéis llevar de doctrinas diversas y extrañas; porque buena cosa es afirmar el corazón con la gracia, no con viandas que nunca aprovecharon a los que se han ocupado de ellas.

He.13:9

¡Cuán importante y necesaria es esta exhortación! Sabemos lo que Satanás tiene en mente. Sabe muy bien que nada nos puede dañar, en tanto que Cristo siga siendo precioso para nosotros, y nuestra unión con Él sea lo más importante. Y mientras vivamos conscientes de que, por otro lado, nada nos puede servir si perdemos la fe en Jesucristo. Solo Cristo es capaz de destruir las obras del diablo (1 Jn.3:8); solo Él es plaga para la muerte y destrucción para el sepulcro (Os.13:14). Mientras permanecemos unidos a Cristo y a su Palabra pura y saludable, todo acabará bien. Y aunque no siempre salga bien en esta vida, no obstante, en Cristo tenemos la seguridad de que seremos resucitados. Pero si la serpiente antigua logra alejarnos de Cristo y del verdadero conocimiento de Él, el Tentador nos habrá seducido y nos tendrá indefensos y desguarnecidos frente a su poder.

Todo el esfuerzo, el poder y la estrategia del diablo apuntan a separarnos de Cristo, y a embelesarnos con otra cosa. No sólo con pecados, sino incluso con nuestra propia "santidad", religión y virtudes humanas. Cualquier cosa, con tal de desplazar a Cristo, para que Él deje de ser el Salvador que necesitamos y dejemos de confiar en Él. Por eso, el gran apóstol advierte a los corintios: "Temo que, como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo" (2 Co.11:3). Ciertamente, el peligro no es algo remoto. Y además de estas continuas acechanzas del diablo, en nuestra naturaleza humana existe la terrible tendencia a menospreciar las bendiciones de Dios y olvidar de qué desgracia hemos sido redimidos; y por otra parte, tenemos una enorme avidez de cosas nuevas, de modo que siempre nos aburriríamos rápidamente de lo que tenemos y ambicionamos algo diferente. Nos fascinan los cambios. Por eso, a nuestra mente carnal el inmutable Cristo y su eterno Evangelio le parece algo demasiado simple. Llegan a ser una "piedra de tropiezo" a nuestra razón (1 Co.1:18ss).

Asegurémonos, entonces, de estar siempre en el camino cierto y de tener la correcta disposición; que lo que es supremo en el cielo y ante Dios, nos sea supremo también a nosotros. Y a los ojos de Dios nada es más grande y valioso que su Hijo unigénito, que fue ofrecido por nosotros. Entonces, también para nosotros el Hijo de Dios debe ser el mayor y más precioso bien. Si hay otra cosa que nos interesa más, no es buena señal; debiéramos arrepentirnos de ello ante Dios, y pedirle que nos dé el gusto y la preferencia correctos. Y debemos saber y recordar que no hay pecado más vil en la tierra, nada que provoque más la ira de Dios, que la ingratitud y el menosprecio de sus grandes bendiciones.

Ninguna bendición divina es mayor que el habernos dado a su Hijo

unigénito, y con Él la vida eterna, siendo que por nuestros pecados no merecíamos otra cosa que su eterna y terrible condenación. “¿Cómo escaparemos nosotros si descuidamos una salvación tan grande? (He.2:3). Más aún, después de haber visto la gloria de Dios en el Evangelio de Cristo; luego de haber llegado a ser hijos de Dios por la fe en Jesús y de haber gustado la dulzura del Señor, qué repugnante ingratitud sería si recibiésemos esa gracia y ese Evangelio con ligereza, como algo sin importancia. Sería lo que en el Apocalipsis se define como “dejar el primer amor” (2:4).

San Pablo también habla del primer amor de los Gálatas. Al principio, cuando apenas habían oído el Evangelio, lo apreciaron tanto que recibieron al apóstol que se lo trató como a “un ángel de Dios, como a Cristo Jesús” mismo; y hubiesen estado dispuestos a sacarse sus propios ojos por el apóstol, si eso habría sido posible y necesario (Gá.4:14-15). Pero más tarde el apóstol tiene que preguntarles: “¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais?” Tan pronto como se dejaron seducir por una “doctrina extraña” y “no obedecieron más a la verdad”, sino que prefirieron volver a estar “bajo la ley” (4:21), el apóstol les declara con dolor: “De Cristo os desligasteis, los que por la Ley os justificáis; de la gracia habéis caído” (Gá.5:4). El sacrificio de Cristo les importaba ahora menos que la justificación por las obras de la ley que realizaban. ¡Habían caído de la gracia! ¡Qué terrible!

De acuerdo a las palabras de Cristo mismo, estas cosas puedan ocurrir: Se puede perder el primer amor, y todavía seguir trabajando y sufriendo por el Nombre de Cristo, estando en guardia contra los espíritus falsos, ¡y siendo al parecer, capaz de discernirlos! A pesar de ello, producirse la separación de Cristo y una silenciosa muerte interior, cuando ya no se practica el verdadero arrepentimiento ni se cultiva la fe en Jesús. Las memorables palabras de Cristo en Ap.2:2-5 advierten contra eso.

Finalmente, también cabe notar que si Cristo siempre seguirá siéndonos lo más importante y valioso, el supremo bien de nuestras almas, el tema del “cántico nuevo”, -que jamás nos aburre o resulta demasiado conocido (Sal.33:3; Ap.5:9; 14:3)-, es necesario preservar no sólo la sana doctrina, sino también la conducta correcta. debemos ejercitarnos continuamente en la práctica de nuestra fe, viviendo diariamente en arrepentimiento delante de Dios, en el reconocimiento del pecado, y con una conciencia despierta. Hemos de querer recibir diariamente la seguridad del perdón de todos nuestros pecados, y de la gracia y complacencia de Dios. Así, Cristo siempre nos será necesario y valioso, más aún: Indispensable. Las palabras del Evangelio nos serán de constante necesidad, riqueza y claridad, y nos agrada oír, leer y hablar de Cristo.

26. **Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición.** Gá.3:13

Si estas palabras hallan lugar en el alma, producirán tanto bienestar y consuelo que se podrá desafiar y triunfar sobre los poderes del infierno y regocijarse en el Señor, aún en en las peores situaciones! Mediten, por favor ante el cuadro que las palabras: "Cristo fue hecho maldición" nos presentan. Que el propio Hijo de Dios haya sido hecho maldición ciertamente es una declaración seria y extraña, pero también es un poderoso y vivificante consuelo para el que la tiene presente. Noten que Cristo cargó con la maldición de la Ley. No solo fue maldecido, sino que fue totalmente cubierto y sumergido en la maldición, hasta que llegó a ser maldición.

Esto puede parecer extraño, pero es lo mismo que dice San Juan al exclamar: "¡He aquí al Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!" (Jn.1:29), como cuando cantamos al participar de la Santa Cena y recibir con el pan y el vino consagrados -el cuerpo y la sangre "dado y derramada por nosotros, para la remisión de nuestros pecados" (Mt.26:28; Lc.22:19; 1 Co.11:24). Lo mismo dice Isaías: "Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros" (Is.53: 6); y: "Llevó el pecado de muchos" (v.12). Así, este es un texto en el que nunca podemos reflexionar y pensar demasiado: "Cristo fue hecho maldición..."

La segunda expresión sumamente importante a tener en cuenta es: "... por nosotros". "¡Por nosotros, por nosotros"! Todo el énfasis de este texto recae sobre esas dos palabritas: "¡Por nosotros!" Por sí mismo Cristo ciertamente no tuvo necesidad de ser hecho maldición. Durante toda su vida Él fue completamente inocente, santo y justo. Fue hecho maldición porque se hizo cargo de nuestros pecados.

De acuerdo a la ley de Dios, los grandes criminales debían ser colgados de un árbol como malditos por Dios (Dt.21:22 y 23). Por eso Cristo debió ser alzado en una cruz. Había cargado con las culpas de los pecadores y criminales. Y no fue tratado como un criminal cualquiera, sino como el peor de todos, porque representó a todos los pecadores y criminales juntos (porque ante Dios somos todos pecadores y criminales). Así, ante Dios debió ser lo que somos todos nosotros, o sea: transgresores y malhechores, como está escrito: "Al que no conoció pecado, por nosotros Dios lo trató como si fuera el pecado mismo" (2 Co.5:21).

Ante Dios, Cristo fue tratado como el mayor de los pecadores, como si fuera aun peor que la persona más malvada del mundo. Pues al ser el sacrificio por los pecados de todos los hombres, ante Dios ya no era una persona inocente, libre de culpa, como lo es el Hijo de Dios en sí mismo. Se presentó ante el Juez Supremo como el peor pecador, soportando y llevando en sus espaldas los pecados de Pablo, que anteriormente fue Saulo el "blasfemo, perseguidor e injuriador" (1 Ti.1:13); los de Pedro, que negó a su Señor (Mt.26:69ss); los de David, que cometió adulterio y asesi-

nato (2 S.12:9); sí, los pecados míos, los tuyos y los de todas las personas. Porque todas las transgresiones que cometimos y todavía cometemos diariamente yo, tú y todos los demás, fueron transferidas a Cristo, el Cordero de Dios, de manera tan real y válida, como si Cristo mismo los hubiese cometido. Nuestros pecados, fueron considerados por Dios como pecados cometidos por Cristo. Es que nuestros pecados debieron pasar a ser los pecados de Cristo mismo, io estaríamos eternamente perdidos, porque seguiríamos siendo responsables por ellos!

Cristo se hizo cargo tan verdaderamente de nuestros pecados, que fue como si Él mismo los hubiese cometido. Por otra parte, todo lo que Él hizo y sufrió en nuestro lugar nos fue adjudicado a nosotros de manera tan real, que vale como si lo hubiésemos cumplido y pagado nosotros mismos. Esto es lo que San Pablo quiso decir al afirmar: “Al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros; para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él”. Y cuando dice: “Si Uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Co.5:21; 5:14b).

De estos textos podemos aprender lo que significa la expresión “por nosotros... hecho maldición por nosotros”. Gracias a la inefable misericordia de Dios y al eterno consejo redentor del Padre, Cristo efectuó un cambio inmensamente favorable para nosotros. Él se llevó lo que era nuestro: Pecado, maldición y muerte. Y nos dio lo que era suyo: Justicia, vida y bendición. A nuestro querido Señor le costó muchísimo llegar a ser maldición en nuestro lugar: Fuerte clamor y lágrimas, sudor y sangre, tortura y muerte en la cruz como si fuera un gusano y no un hombre (Sal.22:6). Todo eso debía suceder para nuestra redención, y Él lo superó todo gloriosamente.

Así pues el apóstol declara que “Cristo nos redimió de la maldición de la ley”.

No dice que nos redimirá cuando nos hayamos vuelto suficientemente piadosos, fieles y santos. No. Cristo ya nos redimió el día que fue hecho maldición por nosotros. Por eso cuando los peores hombres y las más viles mujeres fueron a Jesús implorando su piedad y queriendo ser suyos por el resto de sus vidas, inmediatamente obtuvieron su gracia y fueron recibidos como si no existiese la Ley y como si jamás hubiesen pecado. Esta es la razón por la que también todos nosotros, cuando nos acercamos a Jesús de la misma manera, inmediatamente somos justificados y salvos. Por medio de la fe en Él recibimos la única Justicia reconocida por Dios, que fue adquirida para todos.

Dios desea que aceptemos este maravilloso y eterno tesoro, y creamos que Cristo nos redimió de la maldición.

27. **¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?** He.2:3

Dios es amor. Y no hay lengua humana o angelical capaz de describir adecuadamente el amor de Dios. Pero, ¿quién toma en cuenta que cuanto mayor es la gracia, tanto mayor también es el peligro de perderla por negligencia, desprecio o abuso? ¿Quién toma en cuenta que, junto con el excelso amor de Dios, esta su igualmente excelsa e infinita justicia y santidad? ¿Y qué sólo por ser tan grandiosa la gracia, también el celo y justo juicio de Dios contra los que no se interesan por ella ni la buscan ni la aprecian ni la reciben es tanto más terrible?

Como dijo Jesús refiriéndose al mundo impío: “Si Yo no hubiera venido, ni les hubiera hablado, no tendrían pecado; pero ahora no tienen excusa por su pecado” (Jn.15:22).

Después de describir la inmensa gracia y gloria que el mundo recibió cuando el unigénito Hijo vino y Dios nos habló por medio de Él, San Pablo pregunta: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” La sangre de Cristo servirá a unos para vida, sabiduría, justicia, santificación y redención; y a otros para juicio y maldición, ¡así como les sobrevino a los judíos infieles! (Mt.27:25). “El celo de Jehová de los ejércitos hará esto” (2 R.19:31).

“El que viola la Ley de Moisés... muere irremisiblemente”, dice el apóstol (He.10:28), y en seguida agrega: “¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisoteare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del Pacto en la cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia?” “Pisotear al Hijo de Dios” significa interesarse tan poco por Él, que se lo ignora; no buscarlo ni reverenciarlo ni prestarle atención; no ser su discípulo, admirador e imitador. Por algo que no nos interesa, no nos agachamos para alzarlo del suelo. Preferimos pisotearlo.

No todos los habitantes de Jerusalén, sobre quienes se descargó el terrible juicio de Dios habían ultrajado y torturado a Cristo; no, algunos hasta lloraron por sus sufrimientos (Lc.19:43-44). Sin embargo, todos sufrieron el mismo juicio y castigo, porque no lo habían recibido como su Salvador ni se interesaron en ser sus discípulos.

¿Qué hace el santo y celoso Dios al que menosprecia a su Hijo y a la voz de su Espíritu? No hace nada más terrible que abandonarlo a su propia voluntad.

El Espíritu del Señor lo abandona. El Espíritu de Dios no lo despierta ni lo ilumina más; no lo mueve más a contrición y arrepentimiento, sino que lo deja ir por su propio camino, seguir sus propias ideas, cumplir sus propios deseos, sin corrección, sin temor, sin ansiedad por la salud de su alma. En fin, hasta puede sentirse muy a gusto en su pecado. Entonces su mente y sus pensamientos quedan tan entenebrecidos y pervertidos, que emplea todo para su propia destrucción y perjuicio, y todo lo que Dios le dio para que le fuese de bendición, se le convierte en maldición. Lo que

le dio para iluminación, se le convierte en tropezadero; lo que le dio para despertarlo, lo endurece; lo que le dio para aliento y eterna felicidad, se le vuelve angustia y condenación. ¡El celo del Señor hace esto!

“¡Qué manera de actuar tiene Dios!” -exclamaba un anciano piadoso- “mi corazón se estremece ante la sola idea de que algún día llegue a despreciar su gracia, y por eso clamo sin cesar que me guarde en la fe”.

Es la cualidad, la manera de actuar, de la que David dice: “Limpio te mostrarás para con el limpio, y rígido serás para con el perverso” (2 S.22:27). Con el limpio, o sea con el que es de intención sincera -cuando le invoca-, Dios puede hablar en forma sencilla y clara; Él sabe instruir y guiarnos piadosamente. Pero con el perverso, Dios será rígido. Lo desilusionará y lo abandonará a su propia necesidad.

Y si a alguien le parece que esto es hablar demasiado grosero de Dios, que lea la explicación que da el propio amoroso Salvador en Mt.13:10-15 y 11:25, donde declara francamente por qué le hablaba al pueblo endurecido en parábolas: “Porque a cualquiera que tiene, se le dará, y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado”. Y: “Escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos, y se las revelaste a los niños”.

Lo mismo dice en 2 Ts.2:10-12: “Por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos... Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia”.

Tan terrible puede ser el castigo de Dios contra los que lo desprecian. Es inútil luchar contra Él y es horrible caer en las manos del Dios viviente. Es preferible quedarse a la derecha del que posee todo el poder en el cielo y en la tierra. Quienes lo buscan, aman y siguen serán recibidos con infinita gracia, bondad y fidelidad durante toda su vida. Pero quienes prefieren a otro, tendrán mucho quebranto.

28. **Yo conozco mis ovejas, y las mías me conocen.** Jn.10:14

Estas palabras nos hablan de una relación muy especial entre Dios y sus hijos renacidos, de la que depende todo. ¿De qué se trata? Recordemos lo que dijo solemnemente nuestro Señor en el gran momento decisivo en que se disponía a presentar su sacrificio expiatorio: "Esta es la vida eterna: Que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado" (Jn.17:3). Escuchen bien lo que asegura el Señor Jesucristo: Conocer a nuestro Dios y Salvador, iesa es la vida eterna!

En el día del Juicio Final, los que confiaron en su propia piedad, capacidad y religiosidad, sufrirán la mayor desilusión que se pueda imaginar. Muchos dirán: "Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu Nombre, y en tu Nombre echamos fuera demonios, y en tu Nombre hicimos muchos milagros?" Mas Jesús advierte con toda claridad que los rechazará con las palabras: "Nunca os conocí. ¡Apartaos de Mí!" (Mt.7:22,23).

Las mismas palabras se repiten en el eterno repudio a las cinco vírgenes insensatas, que tienen sus lámparas apagadas por falta de aceite. El Señor les dirá: "De cierto os digo, que ino os conozco!" (Mt.25:12). ¡Pensemos a qué extraordinario conocimiento se refiere esto!

Cristo emplea la misma expresión de juicio al explicar por qué muchos que querrán entrar al cielo, no podrán hacerlo. Ellos dirán: "¡Señor, Señor, ábrenos!... delante de Ti hemos comido y bebido, y en nuestras plazas enseñaste!" Pero Él les contestará: "Os digo que no sé de dónde sois; ¡apartaos de Mí, todos vosotros, hacedores de maldad!" (Lc.13:25-27).

Al leer esto vemos el santo celo de Cristo, el implacable Juez, recalcando la importancia decisiva del conocimiento íntimo entre Él y sus fieles. Algunos se preguntarán por qué el Señor, en vez de decirle a los condenados: "No os conozco", no los acusa de algún delito, diciéndoles por ejemplo: "Desobedecieron mis Mandamientos", o: "No fueron lo suficientemente sinceros en su arrepentimiento y santificación..."; sí, muchos se preguntan por qué el Señor no les señala explícitamente la maldad que cometieron ni les extiende más su gracia, que tanto quisieran recibir. Les resulta incomprensible que solamente les diga: "¡No os conozco!" Estas personas tienen que entender que en el Juicio Final, lo decisivo no serán las obras, sino el motivo por el cual se hicieron (Mt.25:31ss). Jesús dirá: "A Mí me lo hicieron" (v.40b) "Lo que hicieron por la fe en Mí, y por amor a Mí, al más pequeño de mis hermanos". La estrecha relación que los creyentes tuvieron con Él, es la fuente de la que brotaron esas obras. Jesucristo, y no la propia santidad, fueron el motivo de su celo por la santificación. La glorificación de Cristo fue su objetivo.

Teniendo en cuenta el cuidado especial que Cristo puso en destacar este "conocimiento", ¿acaso no debieran detenerse y dejarse enseñar de una vez por todas, para el bien de sus almas inmortales y el honor del Señor Jesucristo? Él tiene las llaves de nuestro destino eterno en

su mano. Cuando Él cierra, ya nadie más abrirá. ¿Acaso no debiéramos reflexionar todos sobre esas palabras y tomarlas a pecho?

Muchas personas serias y religiosas, después de muchos años de un equivocado celo por Dios y por la Iglesia, -con el que pensaban merecerse la beatificación-, despertaron y reconocieron a Cristo. Y pudieron ser arrebatadas -como tizón del fuego- porque finalmente conocieron el secreto del Reino de Dios.

Llegaron a conocer al gran Salvador, al santo Cristo, que derramó su sangre por nosotros y cuyas manos y pies fueron traspasados por clavos en la cruz. Así hallaron paz y con gozo le consagraron todo el resto de sus vidas en gratitud. Y de ahí en más, tuvieron la sabiduría de confiar solo en Él y en su muerte vicaria, al extremo que perdieron toda estima de sus méritos y religiosidad personales, llegando a considerarlos como basura, en comparación con la Justicia y el sacrificio de Cristo.

Esa forma de pensar, se obtiene cuando se conoce debidamente a Cristo. Y solo los que conocen así a Jesús, son sus ovejas.

“Si quieres conocer e identificar a un cristiano”-dice Lutero-“o saber por qué se lo denomina así, no debes intentarlo aplicando la Ley de Moisés, o comparando su vida y santidad con la de los más célebres santos. Solamente debes tomar en cuenta estas palabras de Cristo: “Yo conozco mis ovejas, y las mías me conocen”. Cristiano no es el que lleva una vida austera y observa una disciplina severa, como los frailes y ermitaños más serios. Los judíos y paganos también saben hacer esas cosas, y algunos de ellos llevan una vida mucho más sacrificada aún. En otras palabras: Nada de lo que podemos hacer, o de lo que puede ocurrir con nosotros, nos convierte en cristianos. La única manera en que nos convertimos en cristianos es conociendo a Jesucristo; amándolo y adorándolo por los motivos que Él quiere ser amado y adorado; por ser Él nuestro Buen Pastor, que dio su vida por las ovejas, y que las conoce. Ese conocimiento no es otra cosa que la fe, que viene de oír el Evangelio”.

29. **Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo.** Fil.3:20

En 2 Co.4:8ss leemos: “Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos... Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” ¡Qué palabras más misteriosas... y qué misteriosa debe ser la persona que se describe así!

Efectivamente, el cristiano es una extraña criatura. Oprimido, y sin embargo triunfante; atribulado, y no obstante gozoso; pobre, pero al mismo tiempo inmensamente rico; pecador, y simultáneamente absolutamente santo y justo; miserable y sin embargo glorioso; un peregrino en la tierra, ipero armado de una ciudadanía celestial!

El mundo impío también tiene deleites y placeres, pero solo en tanto que “florece la hierba” y no se marchita (Stg.1:10); o sea, en tanto que perdura la prosperidad material. Cuando ésta llega a su fin, también se acaba el deleite.

Pero para San Pablo, “el sol no sale sino después de anochecer”, y cuando oscurece aquí abajo, el creyente se alza a la luz del Paraíso celestial. Lleva una vida doble: Es un peregrino en la tierra, pues su verdadera vida está en el cielo. Pertenece a un orden superior, y su corazón vive en otro plano, en su verdadera patria.

Dice: “Nuestra ciudadanía está en los cielos”. No dice “estará en los cielos”. Ya ahora posee la ciudadanía celestial. San Pablo sabe que ahora, mientras aún vive en este suelo, ya es un ciudadano del cielo. Y este conocimiento es un tesoro tan grande, que le causa una felicidad indescriptible.

Uno bien puede preguntarse, ¿de dónde obtuvo el apóstol esa maravillosa fe? San Pablo conoció a Jesucristo, ese es todo el secreto. En las tinieblas de su vida terrenal, Saulo de Tarso, antes de convertirse en el apóstol Pablo, vio a un hombre que le comunicó esa certeza; una persona excelsa que dijo: “Salí del Padre, y he venido al mundo (Jn.16:28). En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, Yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (Jn.14:2).

Y cuando le preguntaron por el camino a ese lugar, Él les respondió: “¡Yo soy el camino, y la verdad, y la vida! ¡Nadie viene al Padre, sino por Mí!” Además, cuando uno le pidió: “¡Muéstranos al Padre!”, esa sublime persona, Jesús, le respondió: “El que me ha visto a Mí, ha visto al Padre” (v.9).

Por su misericordia y supremo poder los ciegos obtuvieron la vista, los sordos volvieron a oír, los mudos a hablar, y los muertos se levantaron de sus tumbas; Él echó fuera demonios, perdonó pecados, dominó las fuerzas de la naturaleza, y finalmente rompió los lazos de la misma muerte y resucitó con un cuerpo glorificado.

Después de conocer a su Señor y Salvador, San Pablo estuvo en condiciones de pronunciar estas alentadoras palabras: “Nuestra ciudadanía está en los cielos”.

Sabía que por medio de Cristo, había obtenido la adopción de Dios y la ciudadanía del cielo (derecho perdido a consecuencia de la caída). ¿Y qué implica esto? Implica que todos los que poseen el mismo conocimiento de Cristo que tuvo San Pablo, y la misma fe en Él, también poseen la misma gracia y la ciudadanía celestial; pues también fueron redimidos por la sangre del Hijo de Dios, por medio de quien tienen la misma certeza de su ciudadanía celestial.

Puede ser que no veas ni sientas nada de esta gloriosa ciudadanía celestial en tu persona. Pues está profundamente oculta y cubierta por toda la miseria de esta vida. Pero “nuestra vida está escondida con Cristo en Dios” (Col.3:3), y así está segura y tiene una base muy firme.

Aquí abajo puede ser de noche, pero allí arriba es eterna luz y claridad. Si el camino es áspero y está lleno de espinos, recordemos que somos peregrinos caminando hacia nuestra casa. Tenemos muchos amigos que peregrinan con nosotros. Y sobre todo, está nuestro gran Amigo y Salvador.

Esto no es una ilusión poética, sino la más concreta verdad, fundada en la palabra y obra de Cristo, y en su entrada al lugar santísimo por nosotros (He. 9:12). “Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”, dice el apóstol en Ef. 2:19. Y todo esto por pura gracia, sin dignidad o mérito alguno de nuestra parte, “porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Ro.3:22-23).

Todos los que creen en Jesucristo; todos los que se reconocen culpables ante Dios y desesperan de sí mismos, pero tienen plena confianza en “Aquel que justifica al impío” (Ro.4:5); todos ellos, son igualmente escogidos, justificados y amados hijos de Dios en Cristo. Tanto la gran pecadora (Lc.7:37ss) como la virgen María; el ladrón en la cruz a la derecha de Jesús (Mr.15:27), como San Pablo. En Cristo, con la misma seguridad, todos estos son “conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios”.

30. **iVolveos a la fortaleza, oh prisioneros de esperanza!** Zac.9:12

Más de una pobre alma prisionera del pecado se preguntará: ¿Cómo puedo volverme “a la fortaleza?” O sea: ¿cómo puedo comenzar a creer en Cristo, yo que todavía soy tan impío, infiel, porfiado e indiferente...en fin, yo que aún estoy tan lleno de maldad?

Pero razonando así, esa pobre alma está todo el tiempo concentrada en sí misma. Y si alguien le dice: “Tú no crees en la Palabra de Dios, y así lo tratas a Él de mentiroso”, ella responde: “Yo creo en lo que la Palabra dice de Cristo, que su expiación fue suficiente, y que su amor es muy grande. Pero la falta está en mí, en la dureza de mi corazón, en mi terrible apego a la comodidad e hipocresía, en mi abominable amor al pecado etc.” Esta confesión deja en claro que en vez de volverte a la fortaleza, te alejas cada vez más de ella y te conviertes en un ser introvertido, concentrado en ti mismo. No crees en el testimonio que Dios ha dado de su Hijo, que Él salvará a los perdidos. Sinceramente quisieras encontrarte primero en mejores condiciones. No crees en lo que Cristo dice en cuanto a la necesidad de estar insertado en Él por medio de la fe en primer lugar (Jn.15:5); ni te interesa que siendo por naturaleza un impío, primero necesitas obtener perdón y ser justificado, ser lleno del gozo y la paz que se reciben al creer en Jesús. Antes de eso ni siquiera puedes comenzar a producir frutos.

Repetimos una vez más: “iVolveos a la fortaleza, oh prisioneros de la esperanza!” Toda tu desgracia se debe a que en vez de volverte inmediatamente a la “fortaleza”, vas en otras mil direcciones; buscas, piensas, confías y esperas en cualquier otra cosa, pero no en Cristo. Estás enfrascado, esperando que de repente se produzca algo extraordinario dentro de tu corazón; un sentimiento de salvación; la liberación de cierto pecado, de malos pensamientos y deseos impuros; de tu frivolidad y debilidad... Y mientras tanto desprecias la redención obrada por Cristo, dejándola en el fondo de tu corazón.

¡Sí, ese es tu error! Son casi interminables tus condiciones y excusas, a causa de las cuales todavía permaneces cautivo. Pero que el Hijo de Dios murió por nosotros, y que con Él todo tiene solución; que la vertiente de la gracia de Cristo para todos los pecadores fluye más caudalosa que la corriente del pecado... ¡todo eso no te importa y lo pasas por alto! ¡Ah! Despierta y reflexiona en el hecho grandioso, único y eternamente válido que todos los pecados de todo el mundo ya han sido expiados; que Dios ya fue satisfecho y se ha reconciliado con nosotros; y que está ardiendo de puro amor hacia tí, ansioso de poder conferirte gracia sobre gracia. Por favor, recuerda que todas las exigencias y demandas de obediencia que Dios te hace, son demandas de la Ley, y que tienen el propósito de tapanle la boca a todo el mundo, para que todos nos reconozcamos culpables ante Dios (Ro.3:19).

Recuerda que todas esas implacables palabras solo van dirigidas a los pecadores atrevidos, que despreocupadamente desprecian a Dios, y se burlan del Reino de los Cielos; a los confiados hipócritas y autosuficientes fariseos, que creen poder conquistar el cielo por sí mismos. Pero esas exigentes demandas de la Ley no van dirigidas a los pobres pecadores que ya saben de su perdición y condenación, que están aterrados, suspiran por ayuda, y desean ser santificados, vivir en la fe y practicar la piedad, pero que no encuentran el poder de convertirse a sí mismos. A éstos el Evangelio les promete pura gracia, amor y perdón por los méritos de Cristo.

“¡Volveos a la fortaleza, oh prisioneros de la esperanza!” “Hoy también os anuncio que os restauraré el doble” “¡Hoy también!” Sí, hoy se te anuncia la misma gracia también a ti. Hoy aun Dios proclama a los presos “la apertura de la cárcel” (Is.61:1). Para eso se predica sobre los sufrimientos de Cristo, sobre su “vía dolorosa”, donde lo vemos temblando, suspirando y orando en Getsemaní, hasta que su sudor vino a ser “como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lc.22:44), y culminando su sufrimiento propiciatorio, conforme a lo profetizado en la Escritura le oímos clamar en la cruz las gloriosas palabras ¡Consumado es!” (Jn.19:30).

Sí, cuando lo vemos extendiéndole inmediato y pleno perdón al malhechor arrepentido, y asegurándole la eterna salvación, fruto de Su muerte expiatoria, con las palabras: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc.23:43)...¿acaso no debiéramos poner fin inmediatamente a nuestros lamentos, producto de nuestra incredulidad, y correr hacia Cristo, que con sus brazos abiertos y extendidos hacia nosotros nos invita: “Venid a Mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y ¡Yo os haré descansar!” (Mt.11:28).

Sí, una vez más, prisioneros de la esperanza; ¿por qué aun vacilan en volverse a la fortaleza? ¿Acaso pueden llegar a ser dignos por sí mismos? ¿O puede Dios ser aún más bondadoso? Entonces, irefúgiate hoy en esa maravillosa fortaleza! Da el decisivo paso de pedirle a Dios el perdón de todos tus pecados, y que por la sangre de su Hijo, Dios haga el pacto de gracia contigo. Haz esto hoy, recordando que jamás ningún pobre pecador dio ese paso en vano.

No pienses que para ello hace falta una larga oración. Mira cómo oró el malhechor a la derecha de Jesús, y cómo inmediatamente obtuvo esa reconfortante respuesta: “De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc.23:42-43).

Pero nunca dependas de tus propias impresiones y sentimientos. Confía tan solo en la Palabra de Dios, que te promete: “Hoy también os anuncio que os restauraré el doble (de redención)” (Zac.9:12b). Eso es gracia sobre gracia.

¡Alabado sea Dios!

31. **En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados.** Col.1:14

Si alguien pregunta: Siendo que no todos son salvos, ¿cómo puedo saber que Dios me perdonó y me concedió su gracia a mí? La respuesta es: Hay que pensar en la fe gratuita, en Dios y en su Palabra, creyendo en la gracia que Dios extendió por medio Cristo a todos, inclusive a los impíos, y aceptándola para ti. Con eso obtendrás una gracia que no todos poseen.

¿Y cuál es la gracia que poseen todos, inclusive los impíos? Es tener disponible la reconciliación con Dios, el perdón de los pecados al alcance de todos, esperando solo que los pecadores se arrepientan y lo reciban.

¿Y qué es entonces, lo que no todos poseen? No todos tienen su propio corazón reconciliado con Dios; no todos tienen la fe que recibe el perdón ofrecido por Dios y que produce la nueva vida espiritual.

¿Dónde está escrito eso? En 2 Co.5:19-20 dice: “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados, y nos encargó a nosotros la palabra de la reconciliación. Así que somos embajadores en Nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en Nombre de Cristo: ¡Reconciliaos con Dios!”

En Ro.5:10 dice: “Siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”. Y en Col.1:14 leemos: “En Jesucristo tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados”. En Zac.3:9: “He aquí aquella piedra (Cristo)... Yo grabaré su escultura, dice Jehová de los ejércitos, y quitaré el pecado de la tierra en un día”. Y en Gá.3:13: “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho por nosotros maldición porque escrito está: Maldito todo el que es colgado en un madero”.

Es así como habla la Escritura. Ahí está claramente declarado que en Cristo Dios reconcilió consigo no solo a los que creyeron, sino a todo el mundo; y que la propiciación significa que no les atribuye más sus pecados. Esto ocurrió cuando murió Cristo, y no en nuestra conversión. Dios ahora invita a los hombres a que reciban esa reconciliación; los llama para que la acepten.

Esto es todo lo que hace falta. En Ro.5:10 dice, que “fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo”, no por nuestro arrepentimiento, conversión, santificación, sinceridad, devoción o fe. Nada de todo esto efectúa nuestra reconciliación, que fue hecha solamente por Cristo. Lo único que hace falta es que recibamos la reconciliación ya existente. Más claro dice aun, en Ro.5:10 “Siendo nosotros aún enemigos...”

La reconciliación se produjo, no cuando nosotros nos volvimos amigos de Dios, sino cuando Cristo murió en la cruz.

Y según Col.1:14, la redención que se ofreció cuando Cristo derramó su sangre, equivale al perdón de pecados. O sea, que se obtuvo el perdón y fueron quitados todos los pecados del mundo, cuando Cristo,

la principal piedra del ángulo”, fue derribada (1 P.2:6). Y en Gá.3:13 dice que “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley” el día y el momento en que fue hecho maldición por nosotros, lo que ocurrió cuando lo alzaron en la cruz. ¡Ah, qué ceguera más terrible la del mundo, al no ver lo que ocurrió en esa cruz! ¡Al no saber lo que se obtuvo allí! ¡Al no comprender la historia de la humanidad! Al ignorar que la humanidad fue redimida, rescatada y liberada de todo su pecado, del dominio de la muerte y del poder del diablo, de igual manera y tan cierto como que una vez cayó en esa desgracia.

Recuerda que este perdón de pecados, esta redención está disponible para todo ser humano, piadoso o impío, fiel o infiel. Más allá de cómo eres, debes saber que Cristo quitó todos tus pecados, los borró, los eliminó con el perdón, los arrojó en las profundidades del mar. Y esto lo hizo al morir en la cruz.

Si aún eres condenado y te pierdes en el infierno, no será por culpa de tu pecado, sino por culpa de tu incredulidad, con la que te mantienes alejado de Dios. Si en cambio deseas volver a Dios, a ser su amado hijo y disfrutar de su gracia, ya no hay nada que te lo pueda impedir. Eres bienvenido en todo momento, como dice el propio Señor: “Al que a Mí viene, no le echo fuera” (Jn.6:37).

Nadie está excluido. “Porque todo aquel que invocare el Nombre del Señor, será salvo” (Ro.10:13). Sea quien fuere, “aunque sus pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Is.1:18).

Son las palabras del misericordioso Señor en persona. Así que no hay excepción, porque la expiación se hizo por todos los pecados. Todo el mundo fue reconciliado. Si alguien está afligido por sus pecados y no tiene la seguridad del perdón, la falta está en no creerle a Dios, en no tomar en serio sus promesas. Así uno se niega a aceptar lo que Cristo obtuvo y lo que Dios nos asegura en el Evangelio. Y con eso hace a Dios mentiroso, lo que es gravísimo.

Si en cambio tú le crees a Dios, pero no consigues depositar toda tu confianza en su Palabra, Dios te dará más fe, y con eso obtendrás el testimonio dentro de ti, que todos tus pecados han sido efectivamente quitados, que te has enteramente revestido de los méritos de Cristo y eres un amado hijo de Dios.

1. **Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia.** Sal.103:8

Leyendo esto, es posible que una persona angustiada exclame: “¡Ah, qué miserable soy! Dios es misericordioso con sus amados... ellos pueden reanimarse con un versículo como este, ¡pero yo no! A mí Dios me ha rechazado. Siento que está enojado conmigo y que no quiere oír mi oración. Percibo su enojo en mi corazón. Lo busco en su Palabra, y no encuentro ningún consuelo o poder. Lo busco en oración, pero no obtengo ninguna respuesta, sólo amenazas y temores. ¡El Señor me ha abandonado!”

¡Pobre alma! ¿Quién te representó a Dios de esa manera? Fue el diablo, y tu propio corrupto corazón, pues tienes una imagen totalmente falsa de Dios. Mira como las Escrituras presentan la disposición del corazón de Dios: “Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia. No contendrá para siempre, ni para siempre guardará el enojo”.

Es cierto que Dios puede contender y mostrarse enojado contigo por algún tiempo. Y es cierto que en tal tiempo de enojo puede ocultar de ti su rostro y privarte de su benigna presencia. Pero es imposible que pueda repudiarte de esa forma eternamente, y seguir airado contigo para siempre. Esta es la diferencia.

Toda la Palabra de Dios, desde el principio hasta su fin, y todo el proceder de Dios con los Hijos de Israel, demuestra definitivamente que el Señor jamás abandonó a alguien para siempre, excepto a los empedernidos, a los que perseveran todo el tiempo en su rebeldía y menosprecio. Pero jamás abandonó a los que lo buscan sinceramente, los que se dejaron reprender, los que en su aflicción invocaron al Señor y quisieron ser sus queridos hijos.

Dice en libro apócrifo Eclesiástico 2:10-12 : “Fíjense en lo que sucedió en otros tiempos: Nadie que confiara en el Señor se vio decepcionado; nadie que lo honrara fielmente se vio abandonado; a todos los que lo invocaron, Él los escuchó. Porque el Señor es tierno y compasivo, perdona los pecados y salva en tiempo de aflicción. Pero: ¡Ay de los corazones cobardes y de las manos perezosas!” Sí: ¡Ay del que prefiere confiar en su propio corazón y sentimiento! ¡Ay del que no confía en Dios, desafiando aun a sus propios sentimientos!

Escucha lo que Dios mismo dice: “Así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad, y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y en la santidad, y con el quebrantado y humilde de espíritu, para hacer vivir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados. Porque no contendré para siempre, ni para siempre me enojaré; pues decaería ante mí el espíritu, y las almas que yo he creado” (Is.57:15-16). ¿Es esta realmente la Palabra del propio Dios? Entonces, créela. ¡No

trates a Dios como si fuera un mentiroso! Pues es como dice este pasaje: Él contiene o lucha con nosotros, pero no para siempre.

Otro ejemplo de esto, es cuando discutió con la mujer cananea un largo rato, hasta la comparó a los perritos; -pero como ella siguió creyendo, más allá de la densa nube de aparente adversidad, y miró al corazón de Jesús, que de acuerdo a lo que se decía de Él debía estar lleno de amor, prendió al Señor en sus propias Palabras, diciéndole: “Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos”, entonces Jesús no pudo contenerse más; su corazón efectivamente ardía de amor y Él exclamó: “¡Oh mujer, grande es tu fe! ¡Hágase contigo como quieres!” (Mt.15:21-28).

Ahí puedes ver cuál es la disposición de su corazón, aun cuando reprende. Ahí ves cuál es su mayor satisfacción, es decir: Que sigamos creyendo en Él. Porque vemos claramente que fue una satisfacción, un verdadero placer para Él, que la mujer haya perseverado de esa manera, pues le dijo: “¡Oh mujer, grande es tu fe!” ¿No quieres causarle ese placer tú también? Entonces, cuando Él oculta su amor, ¡persevera en la fe!

¡No permitas que el diablo te desfigure la imagen de Dios! Su verdadera imagen está en las palabras: “Misericordioso y clemente es Jehová; lento para la ira, y grande en misericordia”. “Misericordioso” significa que siente compasión por nuestra aflicción, y no es capaz de permitir que lo invoquemos en vano.

Como dijo Jesús: “¿Acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche? ¿Se tardará en responderles?” (Lc.18:7). Sin duda verá su aflicción y escuchará el clamor de sus hijos, que día y noche claman a Él, y los atenderá. Y “clemente” significa que no nos retribuye conforme a nuestros pecados, sino que obra con nosotros conforme a su pacto de paz y gracia en Cristo Jesús.

En nuestras almas surgen miles de ideas e imágenes de Dios. Pero la única imagen auténtica es la del Salmo 103:8. Tan pronto como aparezca cualquier otra imagen o idea de Dios en tu alma, como por ejemplo, que quiere tratar contigo de acuerdo a tus méritos o pecados; o que no se interesa por ti y te ha abandonado, contesta inmediatamente: No, esa es una imagen totalmente equivocada, falsa y distorsionada. O di: Esa no es la imagen de Dios, sino del diablo. El verdadero Dios es “misericordioso y clemente; lento para la ira, y grande en misericordia”.

2. **Bendice alma mía a Jehová. Y bendiga todo mi ser su santo nombre.** Sal.103:1

¿Cómo obtuvo David esa disposición de corazón? ¿Por qué el Señor llegó a ser tan querido para él? Solamente el perdón de los pecados, la certeza de salvación, puede hacer realmente feliz al corazón humano, conmoverlo y enardecerlo.

Aun creyendo todo lo que la Escritura dice de Cristo, y aun creyéndolo con tanta firmeza que podrías dar tu vida por esas verdades, si no reconoces tu propia pecaminosidad, y andas contento y seguro a pesar de tus pecados, entonces toda tu “fe” no puede darte el gozo y la nueva vida con Dios. Toda tu “piedad” consiste solamente en conocimientos intelectuales.

Por otra parte, si reconoces tus pecados, de modo que tu carne y tu corazón quieren desfallecer, pero no tienes fe y careces de la seguridad del perdón, tu alma seguirá fría y muerta, aunque te esfuerces todo lo que puedas por llenar tu corazón de amor a Dios y deleite en Él. Para eso siempre hacen falta dos cosas producidas por las Escrituras, por medio de la Ley y del Evangelio. Es decir: Arrepentimiento y fe; “abundancia de pecado y sobreabundancia de gracia”. ¡Y entonces nace la nueva vida, el gozo, la paz, el fervor de espíritu y el deleite en todo lo santo! Entonces, a pesar de tu gran indignidad, obtienes del bendito Salvador la seguridad de que “tus pecados te son perdonados!”

Eres justificado de todos ellos, y ya aquí en la tierra estarás viviendo en un reino, en el que no se te inculpará de ningún pecado. ¡Siempre serás bien visto ante los ojos de Dios! Escuchen esto todos, porque aunque ya lo oyeron muchas veces, hay que repetirlo, pues lo olvidamos fácilmente: Jesús es el único camino de salvación y santificación; solamente por la fe en Él alcanzamos la justicia que vale ante Dios y un corazón gozoso y afectuoso, dispuesto y apto para realizar el bien.

Cuando alguien despertó del terrible sueño de su pecado, y comenzó a buscar su salvación; o cuando un cristiano reconoce su negligencia, frialdad y pecaminosidad, suele amargarse y caer en un estado depresivo; lo que más le preocupa es que no puede amar a Dios como debiera, como lo aman otros creyentes.

Entonces se asusta, ora, y realiza ejercicios espirituales con el fin de convertirse y amar a Dios, pero no lo logra. Su corazón sigue espiritualmente frío como antes. Ruega que Dios le dé amor, pero siente que permanece insensible como antes. Lucha contra sus inclinaciones idólatras hacia otras cosas o personas que llegaron a ser más importantes que Dios para él, pero sigue prefiriéndolas. Se siente frustrado por ello, y con toda razón, porque no ama a Dios sobre todas las cosas.

Hasta que finalmente el Espíritu Santo lo ilumina y comprende que Cristo vino para salvar a pecadores realmente perdidos; que vino para obrar por nosotros precisamente eso, lo que la Ley no pudo producir en

nosotros. Sí, escucha bien: Precisamente lo que la Ley no pudo darnos, lo hizo Jesús, al amar a Dios en nuestro lugar; Él fue puro, santo y justo en lugar de los injustos. Ahora todo está cumplido y preparado. No importa cuán impíos o piadosos seamos ni lo insensibles o contritos que estemos. En Cristo siempre seguimos siendo justos, santos y amados.

Cuando el alma ve esto y se reanima a la luz de la fe; cuando es liberada de los sentimientos de culpa por la seguridad del perdón de Dios, entonces realmente ama y no puede dejar de amar a un Dios y Padre tan infinitamente clemente. Entonces nace una nueva vida en el corazón y un sincero deleite en los mandamientos y enseñanzas de su Salvador. Y no se puede dejar de alabar a Dios con el corazón rebosante de gratitud, y cantar con David: “¡Bendice, alma mía a Jehová, y bendiga todo mi ser su santo nombre!... Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias” (Sal.103:1,3).

Así se obtiene un corazón como el que tuvo David. Ser religioso y caritativo sin haber recorrido el camino oscuro, difícil y penoso, que va desde el sufrimiento por los pecados al perdón que se halla en Cristo, es un engaño muy lamentable.

Se puede ser más respetable que la mayoría de la gente, pero no ser un cristiano “revestido de Cristo” (Gá.3:27). Quien no fue desnudado primero de su ilusoria dignidad, reconociendo humildemente sus pecados, no puede “revestirse” de Cristo.

En esta vida puede ser conveniente ser religioso y virtuoso, pero en el Juicio Final, cuando el Rey venga a ver a los convidados, los que estén sin el “vestido de boda” serán “echados a las tinieblas de afuera”, a pesar de toda su presunta piedad (Mt.22:11ss). Todos tenemos que recorrer el camino de David y de la mujer pecadora (Lc.7:38).

¿Quiere decir que tenemos que pecar para ser salvos? ¡Claro que no! Porque pecados ya tenemos más que suficientes para ser condenados. Lamentablemente, no nos faltan pecados. La falta está en que no los reconocemos. Y sin duda descubrirás más pecado de lo que puedes soportar, si obtienes la gracia de reverenciar a Dios, de tener “el temor de Dios delante de tus ojos” (Ro.3:18); si dejas que la santidad de Dios brille en tu conciencia y corazón, mostrándote el horrendo pecado de tu impureza, indiferencia, hipocresía y arrogancia. Cuando se ataca así a la conciencia, la culpa se torna prácticamente insoportable; pero así también la gracia se torna real, maravillosa y sobreabundante. El corazón renace, y llegamos a ser verdaderos cristianos.

3. **Por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados.**

1 Co.15:21-22

Nunca debemos olvidar, que Cristo vino para restaurar todo lo que perdimos con Adán; para restablecer todo lo que la caída del hombre destruyó.

Ahora bien, por culpa de Adán no sólo sobrevino pecado y condenación a toda la humanidad, sino también la muerte, en todo sentido, inclusive la muerte física, o sea la aniquilación de la parte corporal del hombre. Por eso Cristo vino para restaurar eso también, de modo que por medio de Él recuperamos nuestro ser entero, tal como fue antes de la caída en pecado, incluyendo un cuerpo hermoso, sano e inmortal.

Cristo vino para restaurar todo lo que se había perdido por la caída del hombre. El apóstol dice en Ro.5:12,18,19: "Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte... de la misma manera por la justicia de Uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de Uno, los muchos serán constituidos justos".

Si creemos este espléndido Evangelio, también podemos creer lo que el apóstol dice respecto a la restauración de nuestros cuerpos en 1 Co.15:22: "Así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados".

No debemos limitar la obra de Cristo y aceptar sólo algunas partes. Su obra restauradora fue completa. Debía vencer a todos nuestros enemigos: Pecado, diablo, muerte y condenación. Pero por el momento todo esto permanece invisible y parece absurdo a nuestra razón. Pues para ejercitarnos en la fe, Cristo aparentemente dejó todos esos males con nosotros.

Aun siendo un hijo de Dios, no puedo ver que me fue quitado todo mi pecado, pues todavía debo ver y sentir su actividad y poder en mi carne, de modo que tengo que desesperar enteramente de mí mismo y darme cuenta de que soy abominable ante Dios. Esto debe ser así hasta que reciba esa convicción divina que se llama "fe" profundamente impresa en mi corazón, y crea que Cristo ha expiado el pecado de mi carne, de modo que el pecado ya no puede condenarme ante Dios. Con esta fe puedo afirmar con plena razón: "A pesar de todo mi pecado, no tengo pecado ante Dios, gracias a la preciosa sangre de Jesús. Ante Dios estoy totalmente libre de pecado, soy justo y puro, porque estoy en Cristo".

Así también, cuando veo y siento cómo el diablo todavía ruge dentro de mí y de toda la humanidad, me parece absurdo afirmar que ya ha sido derrotado por Cristo. Sin embargo, como Cristo mismo lo aseguró, puedo creerlo y decir: "Toda la furia del diablo no podrá dañarme mientras

permanezco en Cristo. Al contrario, sólo estará a mi servicio, incitándome a la fe y a la oración, y ejercitándome en la misma”.

Del mismo modo, cuando la muerte lleva mi cuerpo a la tumba, donde se descompone y vuelve al polvo, me parece absurdo esperar que, después de mi cuerpo se levante de entre los muertos y vivirá eternamente. Sin embargo, siendo que Cristo afirmó: “Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá” (Jn.11:25), puedo decir con confianza: “¡Jesús no dejará de cumplir esa promesa!”

¡Qué maravilla! La culpa del pecado no me será atribuida, el diablo no me destruirá, la muerte no me retendrá, porque Jesucristo es mi perfecto Salvador.

Como dice Lutero: “Por cierto, si Cristo cumplió bien su tarea (de restaurar todo lo que se había perdido), y hace predicar eso a sus apóstoles, entonces su promesa es totalmente confiable y segura”.

Por eso, tengamos el valor de tomar en serio su Palabra, sin flaquear, y cuando llegue nuestra última hora partamos de esta vida confiando en su promesa. Aunque hayamos estado muertos y descompuestos por mucho tiempo, cuando comience a sonar esa gloriosa trompeta final, ordenando como le ordenó Jesús a Lázaro: ¡Pedro, Pablo, etc. Salgan fuera!, entonces, en un abrir y cerrar de ojos surgiremos de la tierra como nuevas criaturas, más hermosos que nunca, con un cuerpo restaurado y con todos sus miembros y órganos recuperados, aunque estuviesen convertidos en cenizas y desparramados en las aguas.

Alabemos al excelso Señor, quien ciertamente lo hará, como dijo por boca de Isaías: “Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! Porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos” (Is.26:19).

4. Vendrá hora, cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.

Jn.5:28-29

Cuánto daño y debilidad causa a los cristianos nuestro enemigo, el diablo, cuando logra echar un manto de indiferencia sobre el tremendo final de nuestra existencia temporal: La resurrección para vida eterna, o la resurrección para eterna condenación. De ese modo todos los temas espirituales pierden importancia. Ya no resulta urgente estar seguros de tener una buena relación con Dios.

Se puede seguir comiendo, bebiendo y durmiendo tranquilo, aun sin saber si se irá a parar al cielo o al infierno. Ya no tiene importancia preocuparse por la Palabra de Dios y la adoración, o por nuestra reconciliación con el prójimo ofendido, o darle un testimonio alentador a un hermano.

Tampoco hay interés en hacer o sufrir algo por amor a Cristo. No se quiere perder las comodidades o los placeres de la vida por seguir a Cristo, ni hacer un sacrificio que le cause dolor al corazón, ni privarse de algo por amor a Él. Así somos cuando flaquea nuestra fe. Esto es lo que ocurre cuando no creemos firmemente en el grandioso y bendito fin de nuestra vida terrenal, y no lo tenemos continuamente ante nuestros ojos.

El apóstol Pablo compara a la esperanza de la salvación con un yelmo (Ef.6:17), porque el yelmo –lo que hoy en día llamamos “casco”- protegía la cabeza del soldado contra la espada y los golpes del enemigo, y así le permitía avanzar con más valor en la lucha.

La firme esperanza de la salvación también nos permite despreocuparnos un tanto, por lo que puede pasarnos en esta vida por seguir a Cristo, y nos anima en cambio a buscar tan solo su aprobación y agrado, sabiendo que después de la prueba nos esperan cosas tan maravillosas, que “las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera, que en nosotros ha de manifestarse” (Ro.8:18).

Es necesario que estemos bien protegidos con este yelmo de la salvación, cuando el camino de nuestra vida se vuelve arduo y escabroso, cuando sentimos poco o nada la presencia y asistencia de nuestro Salvador. También cuando somos tentados a caer en la depresión, debido a nuestra impaciencia. El deseo de ser felices y disfrutar la vida puede llevarnos a codiciar placeres impuros.

Tal vez esperábamos ser más felices en esta vida, pero tuvimos que padecer y soportar mucho sufrimiento. Y entonces, tener a Cristo como la máxima alegría y el mayor consuelo nos parece insuficiente. Suspiramos diciendo: “¡Ah! ¡Ojalá pudiera creer profundamente en Dios y experimentar realmente su comunión y compasión! Entonces, en vez de ser infeliz sería muy dichoso. Pero me falta todo eso. Estoy oprimido por

una cruz que me amarga la vida y me arruina la existencia. No veo ninguna salida, estoy deprimido y desganado”.

¡Qué paz y fortaleza tendríamos si mirásemos la vida con los ojos de la fe, para percibir el plan de salvación de Dios! Descubriríamos ciertamente que no hemos perdido la oportunidad de ser felices, sino que nuestra felicidad ha sido preservada para otro tiempo, para ser disfrutada en otro mundo, donde nuestra dicha será plena y eterna. Cuando tenemos conciencia y certeza de esto, nos quedamos tan contentos con Dios y con su divina providencia, que ni siquiera deseamos otra cosa que la bendita comunión con Él, y sentimos la máxima alegría y el mayor de los deleites con tener “sólo” a Dios.

Tenemos un buen ejemplo de esto en el Salmo 73. Ahí, el salmista Asaf primero confiesa que sintió envidia al ver la prosperidad y felicidad de los impíos, mientras que él y los justos se hallaban tan golpeados y castigados, que exclamó: “Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón, y lavado mis manos en inocencia” (v.13). Pero observemos cómo superó esa prueba: “Cuando pensé saber esto, fue duro trabajo para mí. Hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos. ¡Cómo han sido asolados de repente! Perecieron, se consumieron de terrores...Mas en cuanto a mí, me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria” (vs.16-24).

Tener “sólo” a Dios de su lado dejó tan contento a su corazón, que terminó diciendo: “Fuera de ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; más la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre”(vs.25,26).

Estos son los resultados de entrar al santuario de Dios, meditar en las maravillas de la divina providencia y percibir lo que yace oculto bajo el manto de la vida presente. Es decir, la inmensa y eterna desgracia oculta bajo las ropas finas y los espléndidos banquetes del hombre rico y la inmensa y eterna felicidad cubierta por los harapos y las llagas del pobre Lázaro (Lc.16).

5. **Mas la misericordia de Jehová es desde la eternidad y hasta la eternidad sobre los que le temen... y los que se acuerdan de sus mandamientos para ponerlos por obra.** Sal.103:17-18

Esta es una preciosa expresión del pensamiento íntimo de un cristiano: Acordarse de los Mandamientos del Señor, para ponerlos por obra. El hijo de Dios tiene en su corazón el sincero deseo de hacer la voluntad del Padre celestial.

La vida espiritual del cristiano generalmente no puede concebir nada superior que acordarse de los Mandamientos de Dios para ponerlos por obra. Este es "el hambre y la sed de justicia" de la que habla Cristo (Mt.5:6), o la santificación de la vida.

El verdadero cristiano reconoce que jamás puede cumplir perfectamente los Mandamientos de Dios en esta vida. Lo que la Ley demanda, -si se la entiende correctamente-, siempre es más de lo que uno puede cumplir. El cristiano siempre queda suspirando en su espíritu: "¡Ah, ojalá fuese mejor! ¡Ojalá pudiese hacer todo lo que el Señor quiere!" Este ferviente anhelo es el aliento y el pulso del nuevo hombre. ¿Pero cuál es el secreto de su origen? Nada menos que Cristo morando en nosotros, el Espíritu de Dios obrando en nuestro corazón, la participación en la naturaleza de Dios. Ese Espíritu puro y santo, que siempre lucha contra los deseos carnales dentro de nosotros, de modo que aun cuando estamos en nuestro peor momento... cuando caemos y nos olvidamos de los Mandamientos del Señor, no podemos permanecer caídos en el pecado.

Aquí tenemos un texto para probarnos. Dice: "¡Acuérdate de sus Mandamientos, para ponerlos por obra!" Miles de personas pueden entender los Mandamientos del Señor, pensar y hablar de ellos. Pero ni siquiera comenzar a practicarlos. No es ninguna hazaña pensar en buenas obras, hablar de ellas y exigirselas a otras personas. Muchísima gente se muestra celosa del cumplimiento de la Ley por parte de los demás, y creen que nunca se les aplica a los otros la Ley con suficiente severidad. Sin embargo, con respecto a sus propias personas, no quieren mover la carga ni siquiera con uno de sus dedos -como bien dijo Jesús en Mt.23:4-. A esa gente el Señor le dice en el Salmo 50:16: "¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes y que tomar mi pacto en tu boca? Pues tú aborreces la corrección, y echas a tu espalda mis palabras". Es necesario ser sincero y honesto, porque "Dios no puede ser burlado" (Gál.6:7).

Existe también, el gran peligro de que aún el cristiano fiel abuse de la gracia, justificando su pecado con la excusa de que es débil. Esto sucede cuando al recibir el consuelo del perdón y la paz de Cristo, se deja de pensar en los Mandamientos de Dios, porque son demasiado difíciles de cumplir. Pero está mal pensar así.

Debemos acordarnos siempre de los Mandamientos del Señor, para hacerlos, aun cuando hemos sido plenamente justificados por pura gracia y

hemos hallado nuestra paz por medio de la fe en Cristo. El poder de Dios que te falta, todavía es algo que puedes recibir.

Lo que te parece imposible a ti, es fácil para el Señor. Dios es misericordioso y también es poderoso. Además del perdón de todos tus pecados, también quiere fortalecerte para la nueva obediencia. Y lo que te parece demasiado difícil de cumplir, debes decírselo con toda confianza y sinceridad a tu misericordioso Salvador, pidiéndole el poder para hacer lo que su Ley te demanda. Ruégale como San Agustín: "¡Pídemme, Señor, lo que quieras! ¡Pero dame también el poder de hacer lo que ordenas! Porque Tú, oh Señor, sabes bien, que por mí mismo no puedo hacer nada".

Aunque nunca consigas todo lo que pidas, y aunque nunca logres hacer todo el bien que quisieras hacer, sigue siendo necesario que te acuerdes de los Mandamientos del Señor y que ores por ayuda para poder cumplirlos, para que por medio de ese ejercicio siempre seas consciente de tu propia debilidad.

Esto producirá en ti la saludable humildad, que Dios quiere darnos cuando nos abandona a nuestras propias fuerzas y a Satanás. El conocimiento teórico de nuestra debilidad no produce esa humildad. Es muy deplorable cuando un alma fiel se sumerge en la pereza espiritual y piensa que no necesita obedecer más los Mandamientos del Señor; o cuando se deprime y se siente frustrada por sus fracasos. ¡Presten mucha atención a esto! Cuando alguien habla mucho de su impotencia y de sus defectos, pero al mismo tiempo se muestra impenitente, o peor aún: satisfecho y orgulloso de sí mismo, ¡qué lamentable y repugnante espectáculo! Eso es fruto de la frivolidad y pereza. Por eso es tan importante acordarse en todo momento de poner la voluntad de Dios por obra.

Por ejemplo, es cierto que no podemos orar con toda la fe y el fervor que debemos. Muchas veces nos distraemos y somos lerdos y torpes para orar.

Pero a pesar de esos defectos debemos perseverar creyendo en Cristo, y no desesperar ni entregarnos a la impiedad. ¿O acaso debo rendirme ante mi pereza carnal y dejar de orar? ¡Dios me libre! Por supuesto que debo perseverar en la oración, de la mejor manera que me sea posible y pedirle a Dios que me enseñe y ayude a orar mejor. Lo propio vale para otros casos, en los que mi debilidad es demasiado grande para que la supere por mí mismo. Tal vez no puedo ser tan suave, humilde, afectuoso, casto o paciente como debiera ser. O no sé confesar a Cristo, o sacrificar mis recursos por el prójimo como debiera hacerlo.

Sin embargo, no debo olvidar esas preciosas obras y dejar de practicarlas por causa de mi debilidad. A pesar de todo, debo acordarme de los Mandamientos del Señor, para hacerlos. Y debo pedirle todo el tiempo a Dios que me dé más y más fuerzas para cumplirlos. Esta es la experiencia de todos los fieles. Es la actividad de la nueva naturaleza. Es la obra del Espíritu Santo desarrollándose en ellos. Tenemos que estar siempre atentos, velar y ser obedientes al Espíritu, para no relajarnos, ni caer en la tentación.

6. Haré con ellos pacto de paz, pacto perpetuo será con ellos; y los estableceré y los multiplicaré, y pondré mi santuario entre ellos para siempre. Ez.37:26

Debido al quebrantamiento del pacto con Dios por parte de Adán, toda la humanidad se hizo culpable de castigo eterno. Y de esta terrible calamidad, los seres humanos somos totalmente incapaces de redimirnos a nosotros mismos, y de volver a cumplir la Ley de Dios. Pero como la providencia de Dios había previsto este desastre, y Dios, en su gran misericordia, había sentido compasión por la humanidad caída, Él tomó medidas para corregir esta desgracia.

Antes de la fundación del mundo, y antes de que el primer ser humano habitase la tierra, en su eterno plan celestial, Dios había resuelto rescatar a la humanidad, sacrificando por ella a su Hijo.

Mediante Él hizo un nuevo pacto. En relación a nosotros, seres humanos pecadores, fue un pacto de gracia y paz. Pero en otro sentido, fue el mismo pacto de Ley que Dios había hecho con Adán, pero que fue quebrantado, y que el hombre caído ya no podía cumplir. Era el mismo pacto de Ley, de la cual a todo hombre todavía le queda un tenue conocimiento en su conciencia. Esa Ley que, para enjuiciar a toda la humanidad, fue grabada con categóricas y explícitas palabras en dos tablas de piedra en el monte Sinaí.

La Escritura dice: "Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne" (Ro.8:3). Conforme al nuevo pacto, el Hijo de Dios unió la naturaleza humana y su eterna divinidad, para llegar a ser un verdadero ser humano: El segundo Adán de la humanidad. Y como tal, representar a la humanidad; reconciliarla y restaurarla, del mismo modo en que el primer Adán la representó, pero la llevó a la ruina al caer en pecado.

Todo esto lo hizo el Hijo de Dios en el tiempo predeterminado por el Padre.

En consecuencia, Cristo se propuso cumplir todas las demandas de la Ley en lugar de los hombres; y luego, someterse al castigo del que ellos se habían hecho merecedores por transgredir la Ley. En fin, "haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" (Fil.2:8).

Dice San Pablo que la promesa de bendición fue hecha a Abraham y a su Simiente, que es Cristo. Él obtuvo la eterna bienaventuranza originalmente destinada y prometida a la humanidad, pero perdida debido a la caída del hombre. Esto está incluido en el pacto y en la herencia. Usando las palabras de David, Jesús "tomó dones para los hombres" (Sal.68:18). Dones que reparte entre los seres humanos como Señor y Rey. Con ese propósito los hombres habrían de llegar a ser su propiedad: Para que Él los guarde y preserve, para vida eterna. Ellos mismos debían ser la recompensa de su obra.

Todo esto se llama en las Escrituras, "pacto" o "testamento". Por una parte está Dios, que toma una resolución. Por otra parte, los seres humanos, quienes se benefician con este pacto.

Los principales beneficios de este pacto para los hombres son: El perdón de los pecados; la eterna justicia y paz con Dios; la adopción como hijos; el don del Espíritu Santo, el poder para la santificación y la victoria sobre todos los enemigos espirituales. De ese testamento se dice en Gál.3:17: "El pacto previamente ratificado por Dios para con Cristo, la Ley que vino cuatrocientos treinta años después, no lo abroga para invalidar la promesa". El testamento estuvo en vigor antes y después de la muerte del Testador; y gracias a la certeza del mismo, Dios lo consideró como cumplido ya al principio del mundo.

El "Antiguo Testamento" es el período de tiempo de la administración especial, anunciadora y preparatoria de la Ley. Antes del nacimiento de Cristo, Dios se relacionó con el pueblo de Israel de una manera especial.

El "Nuevo Testamento" es el período de tiempo de la Gracia, que comienza con la llegada de Cristo y se cumple con su obra propiciatoria. Cristo comparó esta administración y este período con una boda, iniciada con la llegada del esperado esposo.

Pero el eterno pacto de Dios en Cristo, fue el mismo durante ambos períodos: El Antiguo y el Nuevo Testamento. Después de la caída, se les anunció a Adán y Eva el mismo pacto que a nosotros, es decir, que la Simiente de la mujer habría de aplastarle la cabeza a la serpiente. Abraham fue justificado por la fe en esa Simiente, igual que nosotros, al punto que las Escrituras a menudo nos presentan la fe y la justificación de Abraham como ejemplos. Como dice en Ro.4:3: "Abraham creyó a Dios (lo que Dios le prometió acerca de Cristo) y le fue contado por justicia". Y David confesó la misma fe cuando dijo: "Bienaventurado el hombre, a quien Dios atribuye justicia sin obras... cuyas iniquidades son perdonadas" (Ro.4:6-7).

7. **Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar... y hallaréis descanso para vuestras almas.**

Mt.11:28-29

Cuando estas dulces palabras llegan a los oídos de los desdichados, a los pobres y quebrantados... a los que yacen enfermos en sus camas...a los desesperados por sus pecados...y a los que reconocen que su arrepentimiento no es suficiente para salvarlos... éstos comienzan a comprender lo que el Evangelio en realidad contiene y promete. Toda la superación que en vano buscaron ansiosamente en sí mismos; todo lo que trataron de merecerse con obras de caridad, penitencias, oraciones y sacrificios... lo mereció otra Persona en lugar de ellos, y Él les ofrece por pura gracia lo que tanto necesitan. Más aún, Jesús les ofrece y promete todo eso sin esperar dignidad o mérito alguno de parte de ellos. Sí, Él les asegura todo eso en su testamento eterno.

Y cuando se comienza a comprender el Evangelio, se producen maravillosos frutos. Las Buenas Noticias del amor de Dios en Cristo ejercen un efecto absolutamente cautivante en los corazones, y enciende en ellos una fe verdadera, viva y salvadora. El alma comienza a maravillarse, a suplicar, a deleitarse y a esperar. Nace una mayor preocupación y un mayor pesar por el pecado, y una nueva certidumbre del perdón y el regocijo por el mismo. Todo gracias al vivificante Evangelio y a la fe en el mismo. Uno comienza a preguntarse: ¿Puede esto ser realmente tan bueno así? ¿También yo puedo disfrutar de la gracia de Dios? Así surge el deseo de poseer a Cristo; el hambre y la sed de su justicia llenan el corazón.

Algunos se quedan más preocupados que antes. Sus corazones, que estaban endurecidos bajo la influencia de la Ley, comienzan a ablandarse bajo la influencia del gran amor de Dios, manifestado en el Evangelio; surge así una nueva preocupación, pero esta vez acompañada de esperanza y del sincero deseo de recibir el amor y de la gracia de Dios. Otros pasan directamente de la peor angustia, a la mayor felicidad. El modo de obrar del Espíritu Santo varía según las distintas circunstancias y personalidades.

Sin embargo, todos los que estaban afligidos y preocupados con sus esfuerzos propios, pero percibieron lo suficiente del Evangelio, pusieron luego su fe en Cristo crucificado. Y de confiar en su justicia propia, pasaron a confiar en la Justicia de Cristo; de confiar en la obediencia propia, a la del Salvador; de la penitencia propia, a la agonía de Jesús; de su propia devoción, a la piedad de Él... de modo que toda su esperanza de salvación, toda su aspiración y anhelo ahora están colocados en Él.

En todas estas personas el Espíritu Santo ya encendió la fe salvadora, la fe en Cristo. Por eso lo alaban todos los que acuden a Él. Ahora toda su necesidad se encuentra en Jesucristo. Jesucristo y en su gracia; como esa mujer que se acercó a Jesús y tocó el borde de su manto para curarse de su enfermedad, y que fue sanada en el acto (Mt.9:20). Jesús le dijo:

“¡Ten ánimo, hija!; tu fe te ha salvado”. O la pecadora que en la casa de Simón, el leproso, lavó los pies de Jesús con sus lágrimas, hasta que Jesús le anunció la absolución (Mt.26:6-13).

De estos ejemplos dice Lutero: “Esa gente había escuchado la buena fama (el Evangelio) de Jesús, que Él ayudaba y animaba a todo el mundo, y había creído en ese mensaje, por lo que acudió a Él impulsada por su desgracia. Si no hubiesen creído, tampoco habrían ido a Él”. Notemos que la fe de esas personas por lo pronto sólo se había manifestado en buscar a Jesús y pedirle ayuda. No obstante, Jesús reconoce esa fe como verdadera fe salvadora. En Mt.9:22 dice expresamente: “¡Ten ánimo, hija; tu fe te ha salvado!”

También vemos esa misma búsqueda, el hambre y la sed de la fe viva y activa, en el padre del hijo mudo y endemoniado, cuando imploró con lágrimas la ayuda de Jesús y exclamó: “Creo, Señor. ¡Remedia mi incredulidad!” (Mr.9:24). La fe que manifestó la esposa en el Cantar de Salomón, cuando de noche recorría la ciudad buscando al amado de su alma y preguntándoles a los guardas: “¿Habéis visto al que ama mi alma?” (Cnt.3:3). Y el patriarca Jacob, cuando exclamó: “No te dejaré, si no me bendices” (Gn.32:26).

Esta fe solícita, hambrienta, sedienta y que clama a Jesús, realmente es fe salvadora; porque desespera de todos los esfuerzos humanos y abraza a Jesús, buscando la salvación sólo en el Señor. A esa fe le sigue tarde o temprano otra etapa, la del encuentro, la confirmación y la respuesta, haciéndole exclamar a la esposa: “¡Hallé al que ama mi alma!” (Cnt.3:4) Y: “Yo soy de mi Amado, y mi Amado es mío” (Cnt.6:3).

Al fin cae el velo de mis ojos. Los abro, y ahora veo lo que no podía ver antes: Que Cristo lo ha cumplido todo perfectamente, en mi lugar. ¿Qué más quiero y espero ahora? Todos mis pecados e impurezas; toda mi frialdad y dureza, todo ha sido plenamente expiado, pagado y borrado por Él. Sí, arrojado a lo profundo del mar. Sólo por causa de mi incredulidad yo vivía infeliz. Pero ahora puedo decir: “Si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Co.5:14). En Cristo he muerto y resucitado.

Esta es la plena certeza de la fe, siempre acompañada de paz, de la bendita paz de Dios; paz de conciencia frente a los inquietantes pecados, que fueron borrados y perdonados en su totalidad, dando lugar ahora a una estrecha comunión con Dios. De esta paz dice el apóstol “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro.5:1).

8. **Padre nuestro, que estás en los cielos.** Mt.6:9

Ningún cristiano debería seguir orando el padrenuestro, sin antes haber analizado cuidadosamente si entiende lo que dice cuando llama a Dios “Padre”; es decir, que Dios efectivamente es su piadoso y benigno Padre y él su amado hijo. Porque el consuelo y el poder de esta sublime oración dependen de la sincera fe en la palabra: “¡Padre!” Así que, ¿Puedes llamar a Dios Padre, de todo corazón?

¿Crees en tu corazón que eres un amado hijo de Dios? ¿Te das cuenta de lo que eso significa? Si es así, también podrás orar el resto de esta preciosa oración con toda confianza.

Pero aquí encontramos nuevamente toda clase de flaquezas, aún en las almas creyentes. Las personas que todavía no conocieron la libertad de servir a Dios por la fe en Jesús, le sirven por un sentido de obligación; otros se consideran hijos de Dios, pero no en el maravilloso y verdadero sentido de la palabra, como la empleó Cristo, sino solamente en el sentido de que ya no se identifican con el mundo impío, sino con la religión, pues intentan buscar y amar a Dios. En ese sentido superficial de la palabra, muchos pueden pensar que son “hijos de Dios”, pero en realidad no lo son. Pues, ser una persona religiosa no equivale necesariamente a tener la verdadera fe. La fe confía y sabe que, gracias a Cristo, “Dios es nuestro verdadero Padre, y nosotros sus verdaderos hijos”, como bien lo explica Lutero en su Catecismo.

Aprendemos qué significa la palabra “Padre”, de lo que Cristo dice refiriéndose a nuestra relación con Él. Pensemos en su significado y pidamos a Dios que ilumine nuestra mente para comprenderlo!

En el día de su resurrección, cumplida su obra redentora, el Señor comenzó a hablar sus discípulos de la siguiente manera: “Vayan a mis hermanos y díganles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Jn.20:17).

¿Ves ahí qué significa ser un hijo de Dios? Primero, Jesús llama a sus discípulos “hermanos”; pero como si eso no fuese suficiente, y para que nadie pase por alto lo que quiso decir al llamarnos “hermanos”, agrega: “... mi Padre y vuestro Padre, mi Dios y vuestro Dios”. Con esto el Señor Jesucristo indica con toda claridad qué quiso decir con la palabra “hermanos”. Así la expresión “hijos de Dios” adquiere tanta excelencia, que aun los ángeles del cielo pueden llenarse de admiración al oírla. “¡Hijo de Dios!” Esa fue la gloria en la que pensó Dios al principio cuando creó al hombre. Y cualquiera puede darse cuenta de que Dios lo ha creado todo en la tierra para beneficio del ser humano. El hombre, un “¡Hijo de Dios!” Por esa razón el unigénito Hijo de Dios también llegó a ser humano, y pudo decir que sus discípulos eran sus verdaderos hermanos. Sin duda, tenemos que reconocer que nuestro entendimiento es demasiado limitado, para comprender debidamente algo tan maravilloso...

Existe una diferencia abismal entre la fe de uno y de otro sobre este tema.

Está el que nunca llega a admirar lo suficiente la altura y profundidad, la anchura y longitud de esta sublime condición; el que conociéndola y creyendo en ella, parece no poder apreciarla nunca lo suficiente, a pesar de que ser un "hijo de Dios" es la mayor alegría de su vida. Mientras que otro dice creer lo mismo, pero ni se maravilla ni alegra. Y es porque todavía no entiende qué significa realmente ser un hijo de Dios. La diferencia se debe a lo que las palabras "Padre nuestro" le dicen a uno y a otro.

Algunos fueron bendecidos con la gloriosa adopción como hijos de Dios durante cierto tiempo, pero luego, al enfrentar distintas dificultades, cayeron en la depresión, y viendo su falta de mérito propio, perdieron su fe como hijos de Dios. Aunque a veces todavía rezan la oración del Señor, lo hacen con liviandad, sin pensar seriamente en lo que dicen cuando pronuncian las palabras "¡Padre nuestro!" Las pasan por alto rápidamente. Pero precisamente por eso permanecen insensibles y se sienten frustrados, por más que repitan la oración.

Otros obviamente tienen sus conciencias aprisionadas, por haber caído seriamente en pecado, o por haber sucumbido a poderosas tentaciones, enredándose en los lazos de la iniquidad. Los recuerdos emergen de la memoria cuando quieren orar, y los acusan con aterradora voz: "¿Cómo te atreves tú a invocar a Dios, y llamarle "Padre"? ¿Tú que has hecho esto y eres culpable de aquello...?" Vemos así que se le hace muy difícil al pobre cristiano orar con toda confianza y decir: "¡Padre nuestro!" Pero recuérdenlo todos: Es muy importante que nadie siga diciendo "¡Padre nuestro" sin creerlo ni pensarlo!

Toda la vida espiritual depende de esto, o sea: De que tengamos plena confianza en Dios, por medio de la fe en Jesús. La misma clase de confianza que un querido hijo puede tenerle a su amoroso padre. Porque solamente entonces lo honramos cuando lo invocamos como "Padre nuestro".

Si nuestra conciencia quedó nuevamente atrapada en los lazos de la Ley, de modo que nos sentimos aterrorizados y no nos animamos a presentarnos ante el Padre celestial con esta oración; o si repetimos las palabras "Padre nuestro" inconscientemente, sin pensar en lo que decimos... ¡hemos perdido la fe! Estamos espiritualmente muertos. Porque la vida espiritual, produce una profunda y sincera comunión entre el ser humano, adoptado como hijo, y Dios, quien en Cristo ha llegado a ser su Padre, como bien lo expresa el apóstol: "Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios" (Ro.8:15-16).

9. ¡Venga tu Reino! Mt.6:10

Con estas palabras, le pedimos a Dios que nuestro Señor Jesucristo domine cada vez más dentro de nosotros, y derribe todos los enemigos espirituales en nuestras almas. Rogamos que el Reino de Dios dentro de nosotros, o sea, la obra del Espíritu Santo: El temor de Dios, la fe, el amor y la santificación crezcan cada vez más en nuestras vidas. Pero frecuentemente nuestras almas experimentan una terrible lucha. Pareciera que en realidad sucede todo lo contrario: Que todo lo inicuo predomina y todo lo bueno, disminuye. ¿Cómo puedo consolarme entonces? No existe otro remedio, ni en el cielo ni en la tierra que este: Dejar que nuestro Señor Dios ocupe el trono de nuestro corazón y sea lo que efectivamente es, es decir, el Dios veraz, fiel y todopoderoso; capaz de imponerse inclusive a poderes tan grandes y perversos como tu porfiado corazón.

Espera y piensa. ¡Dios nos permite orar aun en contra de los dictados de nuestro propio corazón! Jamás nos enseñó que con nuestro propio esfuerzo podemos implantarnos un corazón bueno y sobreponernos a nuestras maldades. Por el contrario, nos enseñó que solamente Él puede crear en nosotros un corazón nuevo. Más aún, este Dios omnipotente y fiel dijo que su Reino, edificado dentro de nuestro corazón, quedará tan protegido bajo su poderosa mano, que ni siquiera las puertas del infierno prevalecerán en contra del mismo (Mt.16:18). Así que, tan sólo debemos buscar y esperar su ayuda.

Jesús tampoco nos enseñó que las fuerzas del infierno no nos acosarían, sino dijo que “no prevalecerán” contra nosotros. Esto nos habla de una lucha de vida y muerte. Por eso, la Palabra de Dios nos advierte muchas veces que el Reino de Dios en nosotros sufrirá ataques, de dentro y de fuera, tan pronto como hayamos escapado del dominio del diablo. Nuestra naturaleza carnal está llena de toda clase de pecados; nuestro corazón es perverso y engañoso; el diablo es activo y astuto para atacarnos por todos lados, para inspirarnos toda clase de deseos abominables e impuros, y desviar nuestros pensamientos de Dios. El Señor dejó en el mundo todas esas cosas que combaten su Reino.

La intensidad y persistencia de la lucha, nos llevará más de una vez a los más angustiosos conflictos... al extremo que nos parecerá inevitable la pérdida de toda nuestra esperanza y paz, y que Cristo ya no seguirá siendo nuestro único Dios y Salvador. ¿Pero, qué nos enseñó a hacer Él en tales tentaciones? Nada más que invocarlo y seguir escuchando su Palabra; sabiendo que Él prometió atender siempre esas oraciones y darnos su Espíritu.

Los que desafiando a sus propios corazones corruptos piden por el Espíritu Santo, y buscan el Reino de Dios para sus almas, ino serán defraudados! El Señor afirma eso muy claramente, en Lc.11:11-13.

Allí dice: “¿Qué padre de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide pescado, le dará una serpiente? ¿O si le pide un

huevo, le dará un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" Esta verdad es capaz de hacer desaparecer todas nuestras montañas de dudas, arrojándolas al mar.

Ahora, apliquemos esto a la oración en la que estamos meditando. En ella pedimos auxilio contra el poder del pecado y de Satanás; pedimos por el Espíritu Santo, y Jesús expresamente nos asegura que el Padre se lo dará, "al que se lo pida". El propio Señor nos instruyó a acudir a Él en cualquier emergencia y nos advirtió que sin Él "nada podemos hacer" (Jn.15:5). "¡Invócame en el día de la angustia!" (Sal.50:15); "¡pedid, y recibiréis!" (Jn.16:24).

Cuando te reconoces pobre de espíritu, y en tu aflicción simplemente haces lo que el Señor te ordenó, confesándole tu impotencia e implorando su salvación, ¿puedes imaginar que Él podría negarte su ayuda, y permitir que tu inicuo corazón y el diablo prevalezcan y te causen la eterna perdición? ¿Piensas que cuando el hijo pide pan, el Padre le dará una piedra? Que cuando el creyente pide un corazón nuevo y humilde, cuando ruega que el Espíritu Santo le conserve en la fe, en la salvación y en la eterna bienaventuranza, ¿el Padre podría abandonarlo a la eterna condenación? Eso ciertamente sería dar una piedra; sí, idar serpientes y escorpiones en vez de pan! ¡Es absolutamente imposible que el buen Dios haga eso!

Cuando nos rodea el poder de las tinieblas, nuestro corazón puede ver serpientes y escorpiones; y desde la caída tenemos el veneno de la antigua serpiente, que nos hace delirar imaginando a Dios como un monstruo. Pero si bien es cierto que "Satanás pidió zandar a los discípulos" y Dios le permitió que hiciera caer a Pedro (Lc.22:31), y que "abofetease" a Pablo (2 Co.12:7), sin embargo representarías a Dios como un demonio, si pensaras que quiere llevarte a la eterna perdición. ¿Acaso Él podría permitir que tu aflicción te lleve a la condenación, contradiciendo su propia promesa y burlándose de tu fe? Recuerda que Él mismo te enseñó a rogar por su ayuda. Por eso, si en vez de darte el pan que te prometió te daría el escorpión de la perdición eterna, sería una burla cruel de tu confianza en su Palabra. Aprende, entonces, de una vez por todas, que Dios jamás puede abandonar a la perdición eterna a un alma que busca socorro en el Nombre de Jesús. Pero recuerda también que los caminos de Dios son inescrutables (Ro.11:33); y que esta oración por la venida del Reino de Dios no sería necesaria si ya poseyésemos definitivamente ese Reino, y pudiésemos disfrutarlo sin perturbaciones. O sea, sin que el reino de las tinieblas nos rodease y acosase continuamente.

10. **No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto.** Fil.3:12

Por naturaleza se conoce la Ley de Dios hasta cierto punto. Pero el Evangelio es un misterio oculto a la razón. Lutero dice: "El Evangelio es el arte más difícil de aprender y la suprema sabiduría del cristiano. Éste sigue siendo un alumno toda su vida. El Evangelio tiene la gran desventaja de que nada parece más fácil y rápido de aprender. Tan pronto como alguien oyó o leyó algo de él, se cree un maestro y doctor del mismo, y desea oír otra cosa, algo nuevo".

Las personas que creen saberlo todo generalmente ni siquiera piensan en el Evangelio; no tratan de conocer mejor a Dios el Padre, al Hijo el Salvador ni al misterio de la redención. No buscan la oportunidad de oír o leer algo de la Biblia. Tampoco piden a Dios la luz del Espíritu para entender esas verdades. Por el contrario, cuando se presenta algo verdaderamente evangélico, esperan con impaciencia que termine pronto, para poder escuchar algo diferente.

Esa gente suele decir: "Por supuesto que sé lo que debo creer. Conozco la gracia de Dios y me parece muy bien. Pero hablemos de lo que nosotros debemos hacer. Hay mucho en que pensar, porque tenemos muchos defectos que corregir. Hablemos de esas cosas..."

Claro que así nunca llegan a tener el gozo de la salvación y el poder para vencer el pecado. Nunca aprenden lo principal; les falta la genuina vida espiritual, el sincero arrepentimiento y la verdadera fe. No entienden cuan completamente perdidos estamos, a pesar de todas nuestras "buenas" obras. Esa gente nunca se desespera de sí misma ni conoció lo que la fe y la gracia producen en nosotros; porque de ser así, nunca dirían que ya recibieron suficiente Evangelio. ¡Qué enorme alegría y cuánto poder para hacer el bien produce el Evangelio!

Como dice San Juan: "El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor". (1 Jn.4:8). Si alguien realmente conoce a Dios, también lo ama; más aún, se consume de amor y devoción por Él. Porque Dios es un amor tan inmenso y abrasador, que nadie puede conocerlo sin ser encendido de amor por Él. Y el amor es la fuente de todas las buenas obras; "es el cumplimiento de la Ley" (Ro.13:10).

En fin, quienes piensan haber entendido suficientemente el Evangelio, todavía no aprendieron las primeras letras del mismo. Como dice el apóstol: "Si alguno se imagina que sabe algo, aún no sabe nada como debe saberlo" (1 Co.8:2). Y esto se aplica particularmente al conocimiento del Evangelio.

El contenido del Evangelio es tal, que quien lo ve no puede creerlo. Quien puede creerlo fácilmente, es seguro que no ve lo que contiene. Puede pensar que lo ve. Y puede pensar eso con tanta seguridad, que está dispuesto a jurarlo mil veces. Sin embargo con toda su manera de vivir lo niega.

Lutero dice acertadamente: “Quien sería capaz de entender y creer debidamente lo que contiene el Evangelio, no podría seguir viviendo aquí en la tierra, sino que moriría de tanta felicidad”. Claro que no se quedaría frío e inactivo como esos que están tan llenos de conocimiento intelectual. Ciertamente, no sería tan difícil seguir a Cristo, amarlo, servirle y confesarlo; sufrir por Él y negarnos a nosotros mismos, si creyésemos debidamente lo que el Evangelio enseña.

Esta es la razón por la cual tanta gente siempre está aprendiendo, pero nunca llegan al conocimiento de la verdad. Jesús dijo: “Nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mt.11:27). Cuando el Hijo no le quiere revelar a alguien la verdad del Evangelio, todo esfuerzo humano es inútil.

Poco antes, Jesús había dicho acerca de las personas, a las que no quería revelar ciertas cosas: “Te alabo, Padre,... ¡porque escondiste estas cosas de los sabios y de los entendidos!” (Mt.11:25); o sea, de los que a su propio juicio ya no son niños, y piensan que con el mero estudio podrán apropiarse del Evangelio. Muchas personas oyen y leen el Evangelio como cualquier otra materia mundana, sin humillarse ante Dios. Pero agradó a Dios ocultarles la verdad a esas personas. “Sí, Padre, porque así te agradó” (v.26).

San Pablo fue un muy buen maestro para explicar e interpretar clara y abundantemente el Evangelio. Sin embargo, sabía que no era suficiente que la gente escuchase sus sermones y leyese sus epístolas. Sabía que todo dependía de Dios, que es Él quien revela la verdad y da el “Espíritu de sabiduría y revelación” (Ef.1:17); por eso invocaba continuamente a Dios, a favor de sus iglesias.

Hay personas que nunca oran humildemente a Dios ni tampoco buscan diligentemente el conocimiento del Evangelio en la Palabra, porque creen que ya lo saben todo. Mientras que los mayores santos y campeones de la fe reconocieron que, a pesar de todos sus estudios y oraciones, todavía no habían comprendido plenamente, y que todavía estaban procurando hacerlo.

¿Cómo explicar esto? Entendiendo que quienes creen haberlo aprendido y comprendido todo, han sido hechizados por el diablo, quien los dejó espiritualmente ciegos y muertos, cuando debían aprender las primeras letras. ¡Ojalá se den cuenta de su engaño, antes de que sea demasiado tarde!

11. **Habla a toda la congregación de los hijos de Israel, y diles: Santos seréis, porque santo soy yo, Jehová, vuestro Dios.**

Lv.19:2

Todo lo que la Palabra de Dios nos dice con respecto a cómo debemos ser y qué debemos hacer, tanto las cualidades internas como las acciones externas, pertenece a la Ley de Dios.

Si bien la Ley de Dios también abarca nuestros cuerpos, ella se dirige a nuestros corazones, pensamientos y deseos. Los Mandamientos no dicen: “Que tu mano, tu pie o tu lengua no haga esto y aquello...”, sino que dicen: “No hagas –tú- esto ni lo otro”. O sea: Que todo tu ser obedezca.

Tomemos por ejemplo el Primer Mandamiento. ¿Acaso no demanda todo tu corazón, toda tu alma, toda tu mente, y todas tus fuerzas? (Mr.12:30).

Pensemos qué significa eso: Que sobre todas las cosas hemos de temer y amar a Dios, y depositar toda nuestra confianza en Él. Temer a Dios sobre todas las cosas significa que mi alma ya no puede sentirse carnalmente segura; ni sea insensible o indiferente frente a Dios; si le temo, ya no puedo pecar despreocupadamente, y antes de obrar contra la voluntad de Dios y ofenderle, preferiría sufrir cualquier cosa, aun la misma muerte.

“Temer a Dios sobre todas las cosas” significa velar y luchar realmente contra el pecado, con todo celo y fervor. No es velar, orar y luchar durante cierto tiempo y después aflojar y ceder ante el pecado; sino velar, orar y luchar siempre, sin interrupción.

“Amar a Dios sobre todas las cosas” significa no permanecer insensible ante Él, ni frío ni negligente para orar y meditar en su Palabra; sino relacionarse con Él con la mayor alegría. Significa tener el mayor placer en pensar y hablar de Él. Amar a Dios es hacer con alegría todo lo que nos manda; y sufrir todo lo que Él nos imponga, confiando que nos disciplina porque nos ama, como un padre a un hijo.

“Confiar en Dios sobre todas las cosas”, demanda verdadera fe en Él, y excluye toda confianza en uno mismo o en los demás. Excluye toda presunción y soberbia, y también toda desesperación, preocupación, incredulidad y duda.

En resumen, recorriendo todos los Mandamientos de Dios, vemos que no demandan esta o aquella acción aislada; ni solamente la obediencia de la mano, el pie, la lengua o algún miembro del cuerpo, sino de toda la persona. Jesús explica en Mt.5 que Dios acusa de asesino al que tan sólo se enoja contra su prójimo; y de adúltero, al que tan sólo mira una mujer con deseos impuros.

La Ley de Dios no se limita a demandar ciertas obras externas. No solamente nos dice, que debemos hacer. Sino que ante todo demanda nuestro ser interior, una buena disposición interna, buenas cualidades espirituales. Nos dice, como debemos ser.

Lo que Dios dice con respecto a nuestro estado mental y espiritual natural, también pertenece a la Ley. Cuando censura nuestra indiferencia y arrogancia frente a su Palabra, nuestra pereza e incredulidad para orar, etc., nos está reprendiendo con la Ley. Pero eso no es todo. Lo que Dios nos exige en primer lugar son justamente las inclinaciones de nuestro ser interior; la plena consagración de nuestro corazón y todas las facultades de nuestra mente.

Aunque exteriormente seamos muy piadosos, practicando la caridad y absteniéndonos de los vicios, pero tenemos pensamientos y deseos malos, Dios nos juzga y condena igual que a los que cometen abierta y descaradamente los pecados que nosotros solamente imaginamos y deseamos.

Por eso, si nos portamos bien, obligados por la Ley, por miedo a sus amenazas, o por interés en sus promesas, no podemos agradar a Dios. Dios es justo y santo; y así es su Ley, que es una expresión verbal de su santa voluntad. Y así quiere que seamos también nosotros. Lo que Él ama, deberíamos amar también nosotros. Él quiere que nosotros aborrezcamos lo que Él aborrece. No puede aceptar que despreciemos y odiamos lo que Él ama; ni que amemos lo que Él repudia. Es imposible que Dios apruebe el pecado, o se asocie con el diablo; y por eso es imposible que Él nos permita pecar, o asociarnos con el demonio.

Por eso se pone a Sí mismo como ejemplo, demandándonos que seamos santos y perfectos como Él, diciendo: "Santos seréis, porque santo soy Yo, Jehová vuestro Dios". Y Jesús dice: "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mt.5: 48).

¡Ah, qué equivocados están los que dicen: "Dios no puede demandarnos más de lo que somos capaces de hacer"! Si Dios no nos demandase más de lo que los seres humanos pecadores somos capaces de hacer, tampoco "se cerraría toda boca", ni "todo el mundo quedaría bajo el juicio de Dios" (Ro.3:19); y "por demás habría muerto Cristo" (Gá.2:21).

12. **Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios.** Ro.3:21

Solamente la Justicia de Dios es la “roca de salvación”, en la que nuestras almas pueden descansar eternamente seguras, y sin la cual estamos completamente perdidos. Pero ella también es la “piedra de tropiezo” (Ro.9:33), contra la que arremetieron las tormentas y los aluviones de la impiedad de todos los tiempos.

La “justicia de Dios” de la que se habla aquí, es el mayor milagro de la gracia de Dios revelado desde el cielo, y el secreto más extraño que nuestra mente pueda conocer. Aunque los seres humanos aprendamos y sepamos de todo, por nosotros mismos nunca podremos creer y entender correctamente el Evangelio y la “justicia de Dios”. Se trata de una revelación enteramente celestial y contraria a nuestra razón, particularmente a nuestra imaginación, que la combate intensamente. Esto no sucede solamente con los impíos. Personas instruidas y bienintencionadas también tienen opiniones equivocadas al respecto; no es que la Biblia hable de la “justicia de Dios” de manera confusa, sino que el Evangelio y la gracia son contrarios a nuestra naturaleza, razón e imaginación.

Esta “justicia de Dios” difiere esencialmente de cualquier otra justicia. Ya por su origen es diferente de la justicia humana. Por ser la “justicia de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo” (2 P:1:1), no es la justicia de seres creados, sino la del propio Creador. “Yo Jehová soy el que hago todo esto”, dice el Señor, refiriéndose particularmente a la justicia que habría de traer consigo eterna bienaventuranza para los hombres (Is.41:20; 45:7). Es la justicia divina y absolutamente perfecta, por ser la obra del propio Señor Jehová, exactamente así como la creación del mundo es obra suya.

Dios Padre produjo esta justicia de la misma manera en que creó al universo: A través del Hijo, como dice San Pedro: “...a los que habéis alcanzado, por la justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo, una fe igualmente preciosa que la nuestra” (2 P:1:1). Llama a la justicia en la que descansa nuestra preciosa fe: “La justicia de nuestro Dios y Salvador Jesucristo”.

Fue “en los días de su carne” (Heb.5:7) que el Hijo de Dios nos obtuvo esta justicia. Antes de venir a este mundo no fue miembro ni súbdito del reino de Dios; fue su cabeza. Gobernaba “en forma de Dios”, o sea, como Creador y Sustentador del mundo; pero luego se humilló y tomó “forma de siervo” (Fil.2:5-8). Su perfecta santidad anterior no pudo llamarse “obediencia” antes de llegar a este mundo. En vez de decir que Él se ajustaba a la Ley, hubo que decir que la Ley se ajustaba a Él. Su santidad divina se manifestó en la institución de la Ley, no en la obediencia a la misma. Pero al asumir “forma de siervo”, se sometió a la Ley que había

instituido para nosotros, realizando un ejercicio nuevo y extraño para Él. Aun siendo Dios, el Hijo aprendió obediencia (Heb.5:8).

Su justicia es la obediencia de la persona más gloriosa que pudo someterse a la Ley, la del propio excelso Señor, “el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” (Ro.9:5). Es la justicia de “Emanuel, Dios con nosotros” (Mt.1:23).

Y esta justicia del Hijo de Dios hecho hombre... la obediencia que Él prestó habiendo asumido nuestra naturaleza humana, glorificó más y satisfizo mejor a la Ley de lo que podría haberlo hecho la obediencia de todos los seres creados juntos. Él honró a la Ley con una reparación superior a las ofensas y transgresiones de todo el mundo. Cuando otras personas obedecen a la Ley, conquistan con esa obediencia gloria para sí mismos. Pero cuando Cristo, el Hijo de Dios, cumplió la Ley, glorificó con eso a la Ley.

La obediencia de Cristo es tan importante también, porque esa era la voluntad y ordenanza del eterno Padre, que había elegido y ungido al Hijo para ese ministerio. El Salvador había sido enviado por el Señor. En la profecía de Zac.2:9ss., podemos leer: “Sabréis que Jehová de los ejércitos me envió. Canta y alégrate, hija de Sión; porque he aquí que vengo, y moraré en medio de ti, ha dicho Jehová; y entonces conoceréis, que Jehová de los ejércitos me ha enviado a ti”.

Pero aparte de todos los pasajes del Antiguo Testamento en que el Padre habla de la misión de su Hijo, -de entronizarlo en el monte Sión (Sal.2:6), y cosas parecidas-, Jesús siempre empleó expresiones como: “El Padre que me envió”, “la voluntad del que me envió”, “por eso me ama el Padre, porque yo pongo mi vida, para volverla a tomar. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo... este Mandamiento recibí de mi Padre”. (Jn.6:38,39; 10:17-18). Jesús afirma que lo hizo todo en obediencia a la voluntad de su Padre.

Tengamos siempre presente que la mayor y más maravillosa obra de Dios que podemos conocer, es que su Hijo se hizo hombre, con el único propósito de cumplir, con su obediencia y sufrimiento, todas las demandas de la Ley por nosotros, para que los pecadores pudiésemos ser salvos y la Ley conservara su plena vigencia. Cuando entendemos esto, jamás podremos tener un concepto demasiado elevado del valor de la obediencia de Cristo.

13. **Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.** Gá.3:27

El apóstol afirma que fuimos bautizados “en Cristo”. Si bien Jesús ordenó que el bautismo habría de administrarse en el nombre de la Santa Trinidad: Padre, Hijo, y Espíritu Santo (Mt.28:19), aquí se dice particularmente “en Cristo”.

Es que solamente el bautismo en el nombre del Dios Trino nos une a Cristo, y sólo en Él hay salvación y bienaventuranza eterna. Sólo Él es “el camino” y “la puerta”. Nadie viene al Padre sino por Él (Jn.14:6). El Padre exaltó a Cristo como autor de nuestra salvación; como nuestro Profeta, Sacerdote y Rey. Dice el Salmo 2:12: “¡Honrad al Hijo!” y en Mr.9:7: “¡A Él oíd!” Por esto debemos ser bautizados “en Cristo”, y así, estar unidos a Él, porque sólo en Él hay vida. Esa breve preposición “en” señala precisamente la unión íntima con Cristo, y la participación en todos los bienes que nos da el bautismo. Esta unión y participación se expresa aún más claramente en Ro.6:5 con la declaración: “Fuimos plantados juntamente con Él”. Porque a una persona bautizada y creyente ya no se la debe considerar más como un individuo separado, sino como parte y miembro del cuerpo de Cristo (Ef.5:30).

De modo que lo que concierne al miembro, concierne también a la cabeza; y lo que posee la cabeza, lo posee también el miembro.

Pero, ¿puede ser verdad esto? ¿No estamos usando palabras demasiado fuertes y gloriosas aquí? ¿Es cierto que el bautismo obra una unión tan íntima con Cristo, que equivale a ser trasplantados “en Él”? ¿Fue eso lo que el apóstol quiso decir al hablar del bautismo? Para librarnos de dudas, analicemos lo que dice aquí: “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”. Notemos la expresión: “Revestidos de Cristo”. Quiere decir que estamos encubiertos en Él. El apóstol se refiere a la misma unión íntima con Cristo cuando utiliza la expresión “plantados” o “injetados” en Él (Ro.6:5; 11:17).

Significa que llegamos a unirnos a toda su persona; que poseemos la misma dignidad; que agradamos al Padre igual que Él.

Todo esto puede parecer demasiado grandioso y maravilloso. Pero eso se debe sólo a la abominable incredulidad de nuestros corazones, y a la poderosa influencia del diablo, que no quiere dejarnos disfrutar ningún consuelo verdadero, que pudiera ir en detrimento de su reino. Sin embargo lo que nuestro Dios, tan rico en amor, ha hecho por nosotros los seres humanos, ¡es infinitamente mayor y superior a todo lo que podamos pensar o sentir nosotros! ¡Sin duda Dios nos creó para ser sus hijos y herederos de todo su Reino! Ha entregado a su unigénito Hijo, primero para que fuese nuestro Hermano, nuestro semejante, y luego nuestro Salvador, Intermediario y Defensor. Nos dio, y nos sigue dando diariamente, su Santo Espíritu, que realiza su maravillosa obra en nuestras almas. No podemos negar nada de todo eso. ¿Sería, entonces, extraño, o esperar demasiado de su amor, confiar en que nos dé también un medio para unirnos a Cristo

como lo es el santo bautismo? Este es un acto externo y visible, por el cual el Espíritu Santo otorga al ser humano individualmente la gracia de Dios; lo recibe y lo santifica en la misma.

Los apóstoles explican el bautismo diciendo que por medio de él nos “revestimos” de Cristo (Gá.3:27); que somos “plantados” con Él (Ro.6:5); “lavados” de nuestros pecados (Hch.22:16; 1 Co.6:11; Ef.5:26); “regenerados y renovados” por obra del Espíritu Santo (Tit.3:5). Siendo así, tendría que extrañarnos que se siga despreciando esta preciosa institución de la gracia de Dios. Pero este desprecio del bautismo proviene de la misma causa que indujo a los judíos a despreciar a Cristo; es decir por su apariencia externa tan miserable y modesta. Cristo nació en un establo. Vivió más pobre que las zorras en sus guaridas y que las aves en sus nidos (Lc.9:58); fue un “varón de dolores, experimentado en el quebranto” (Is.53:3); y finalmente murió crucificado “entre malhechores” (Lc.23:32), “despreciado y desechado entre los hombres, y como que escondimos de Él el rostro... no lo estimamos” (Is.53:3).

Lo propio ocurre con el bautismo. Solo miramos el agua -como dice Lutero-, “con los ojos de una vaca, que la conoce como bebida”; pero nos olvidamos completamente de que a esa agua Dios ligó su promesa. Obramos como aquel general sirio, quien, cuando Eliseo le dijo que se lavara siete veces en el Jordán, y que así sería limpio de su lepra, pensó solamente en la calidad de esa agua, (2 R.5:1-27). No tuvo en cuenta para nada que a las aguas del Jordán el profeta había ligado la promesa de Dios.

¡Qué clara es la explicación del bautismo en el catecismo de Lutero!：“El agua, en verdad, no hace cosas tan grandes, sino la Palabra de Dios, que está en unión con el agua; y la fe, que confía en esa Palabra de Dios con el agua. Porque sin la Palabra de Dios, el agua es simple agua y no un bautismo; más con la Palabra de Dios, es un bautismo, esto es, un agua de vida, llena de gracia, y un lavamiento de regeneración en el Espíritu Santo”.

En su sabiduría, Dios ligó nuestra salvación y bienaventuranza eterna a un medio muy humilde, a fin de ponernos a prueba para ver si confiamos en su Palabra, o si por el contrario estimamos más el tamaño y la apariencia.

Este método divino de probarnos en cosas muy pequeñas e insignificantes obra como un colador, separando la cáscara del trigo. O como un paso muy estrecho, por el que entran a su Reino sólo los que son realmente fieles y espiritualmente pequeños o pobres. Por eso Jesús dijo con relación a los niños: “De los tales es el Reino de los Cielos” (Mt.19:14); y San Pablo declaró que: “Dios escogió lo vil y lo menospreciado del mundo, y lo que no es, para avergonzar a lo fuerte... y deshacer lo que es” (1 Co.1:27-28).

Cuidémonos mucho, pues, de esa bestia feroz para las cuestiones espirituales, que es nuestra razón. No nos olvidemos de cuán corto es nuestro entendimiento, que se queda contemplando el agua del bautismo y deja fuera de consideración al glorioso Dios, que en su infinita gracia unió su promesa de vida y bienaventuranza eterna al bautismo: Mr.16:16.

14. **No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias.** Ro.6:12

El apóstol afirma categóricamente que los justificados por la fe en Cristo, también fueron santificados en su Espíritu; que están en íntima unión con Cristo y “muertos para el pecado” (Ro.6:11).

Sin embargo, cree todavía necesarias estas exhortaciones: “No reine, pues, el pecado... para que lo obedezcáis en sus concupiscencias”. Así ocurre con los santos. “El espíritu, a la verdad, está dispuesto, mas la carne es débil” (Mt.26:41). Y el diablo es un “león rugiente” (1 P.5:8), que muestra gran ira (Ap.12:12).

Por eso, siendo que Dios no realiza su obra santificadora en nosotros con su irresistible omnipotencia, sino con la Palabra y con las exhortaciones de su Espíritu, -como quien actúa con seres espirituales-, nadie debe despreciar ligeramente la exhortación, ni considerarse libre de todo peligro. ¡No! Mientras vivimos en este mundo, seguimos expuestos a toda clase de pruebas. Debemos escuchar, atender y obedecer a la voluntad del Señor. Así ciertamente estaremos a salvo, no importa cuán débiles seamos.

Si clamamos desde las profundidades, pensando que estamos pecando por no poder cumplir la voluntad del Señor, Él mismo nos sostendrá, con tal que oigamos obedientemente su voz. Si no lo hacemos, quedaremos atrapados, adormecidos e inconscientes, despreciando la exhortación y cayendo en los lazos del pecado y del diablo. En fin, estas piadosas exhortaciones concuerdan plenamente con lo que el apóstol dijo de nuestro espíritu santificado y de nuestra unión con Cristo; son medios externos que Dios emplea para el perfeccionamiento de los creyentes.

¿Acaso esta exhortación no es clara y saludable? Dice: “No reine el pecado en vuestros cuerpos mortales, para que lo obedezcáis en sus concupiscencias”. Mira, si la situación ya es tan grave que nunca puedes estar totalmente libre del pecado, por lo menos no dejes que te domine, sirviendo voluntariamente al pecado.

Que el pecado todavía more en ti, que todavía sientas malos deseos, ya es una ofensa contra la santa Ley de Dios. Y si Dios te juzgase conforme a eso, serías condenado por el mero deseo de pecar. Pero como en esta vida jamás podemos estar totalmente libres de malos deseos, siendo que la pureza perfecta pertenece “a los nuevos cielos y a la nueva tierra, en los que mora la justicia” (2 P.3:13), podemos emplear la gracia que Dios nos concede para resistir al pecado. No dejemos que domine en nuestros cuerpos mortales, permitiendo que el perverso deseo de pecar se convierta en hechos. Antes andemos conforme al Espíritu, aunque sintamos las tentaciones de la carne (Gá.5:25).

Vayan aquí algunos ejemplos: Supongamos que alguien te insultó con palabras y hechos. Y tu corazón quiere enardecerse de ira. No cedas a esa

ira ni le des vía libre, profiriendo palabrotas y mostrando gestos groseros. Antes sigue el buen consejo de David: “¡Temblad, y no pequéis! Meditad en vuestro corazón, estando en vuestra cama, ¡y callad!” (Sal.4:4). Calla, rogando al Señor por su gracia y su poder. Ora la oración del Señor, particularmente la petición que dice: “¡Y perdónanos vuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores!” Y conserva esa actitud, hasta que se te pase la rabia...

Si la codicia quiere seducirte a hacer un negocio deshonesto; si los deseos impuros quieren arrastrarte a cometer actos inmorales; si el orgullo quiere envanecerte pretendiendo bienes y lujos más allá de tu condición económica... entonces vela y ora, para poder resistir a todas esas codicias y tentaciones a pecar. Emplea todos los medios de gracia posibles para mortificar tus deseos carnales y no llegar a servirles.

Dios prohíbe y condena aun el deseo pecaminoso, por eso el pecado debe ser mortificado ya en su origen. Mientras vivamos en este cuerpo frágil y mortal tenemos que combatir, suprimir y mortificar los malos deseos, a fin de que no se fortalezcan ni lleguen a consumarse. Dice Lutero: “Dios no nos perdona el pecado para hacer lo que la carne codicia y dormir tranquilos. Por el contrario, nos lo perdona para que lo sometamos y mortifiquemos, de modo que ya no sea más nuestro amo, sino nuestro esclavo, y ya no nos cause daño”.

Tú debes ser el amo que le diga a la carne: “Estás llena de impureza y maldad, envidia, odio, venganza y malos deseos. Pero deberás permanecer atada y sometida al Espíritu, aun contra tu voluntad. Inmundicia, tú ya no tienes nada que hacer aquí, porque en este cuerpo manda el Espíritu, que conservará el dominio, y reprimirá tus malos deseos. Sí, Él te crucificará y matará”.

Tal vez no podamos usar siempre un lenguaje tan valiente. Cuando arrecie la lucha, probablemente tengamos que invocar al Señor con lágrimas, sabiendo que estaríamos perdidos si Él retirara su ayuda. Sí, eso es lo que debemos hacer.

Con su ayuda podremos vencer, para no servir más al pecado, y en cambio seguir siempre “andando en el Espíritu” (Gá.5:16-25).

15. **Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto.** Jn.15:2

Aquí Jesús habla de las ramas que están en Él, pero no llevan fruto, no producen los efectos de la fe cristiana. Dice que las quitará, las arrojará fuera, donde se secarán, y las quemará. Son palabras terribles en la boca del piadoso Señor, más aún porque dice que son ramas que están "...en Él". ¿Qué quiere decir con eso? Que es imposible pretender ser cristianos, y no producir frutos.

Por el contrario, tales personas serán excluidas. E inmediatamente después el Señor dice: "El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto" (v.5).

Con la expresión "todo pámpano en mí", Jesús advierte -con mucha seriedad- que la semejanza entre hijos y bastardos puede ser muy grande. Quiere enseñarnos que es posible ostentar mucha religiosidad y aparentar una gran comunión con Él y con los verdaderos creyentes, sin poseer efectivamente la vida espiritual, ni la savia y el poder de Cristo, que se manifiestan en frutos.

A esto se refiere también la parábola de las diez vírgenes que salieron a recibir al esposo, siendo cinco de ellas insensatas y desprevenidas, quedándose sin aceite y eternamente excluidas de su presencia. Lo mismo le dice al ángel de la iglesia de Sardis: "Yo conozco tus obras. Tienes el nombre de que vives, y estás muerto" (Ap.3:1).

Veamos ahora lo que nuestro Señor dice acerca de las ramas buenas y sanas, que cargan fruto. Dice que el labrador las "limpiará"; o sea, las podará y acomodará; quitará lo que retarda su crecimiento y no las dejará crecer de cualquier forma. Por otra parte, las ramas que no cargan ni un fruto se salvan de la poda. Por el momento, el labrador no las toca, no las limpia, porque de todos modos después las quemará. Sus cualidades distintivas son: No llevan fruto; y: El labrador no las poda ni limpia, sino que momentáneamente las deja como están.

Después de estas palabras de Cristo, ¿no debiera toda persona reflexionar y preguntarse a sí misma, con toda honestidad y temor: "¿Qué clase de rama soy?" ¿Acaso no es cierto, que la tijera del labrador pasa por alto las ramas inservibles, y poda sólo las buenas? ¿Que "quienes debieran temer, no temen; y quienes no debieran temer, tienen miedo"?

Es una terrible señal que más de uno ya no tema por su alma, y no se examine honestamente ni siquiera un minuto a la luz de la palabra divina. Algunos se sienten tan seguros y satisfechos de sí mismos, que se quedan tranquilos y confiados en sus propios sentimientos, confiando en su propia piedad y religiosidad, y dejando pasar de largo las palabras de Cristo como el viento. ¡Ay! ¡Ojalá les sea dado algunos a descubrir lo que todavía les falta y despierten de su engañoso sueño y falsa espiritualidad!

Tú que desees ser cristiano, estar en la fe y disfrutar de la gracia de Dios: Tal vez sientas tanta paz, tanta confianza durante la oración, tanto fervor

por la Palabra de Dios, tantas pruebas del amor de Dios, y por todo eso estés seguro de vivir en la gracia. Sí, posiblemente también te digas con toda franqueza: “¿Acaso no me confirmé hace mucho tiempo? ¿Acaso no abandoné al mundo y me congregué con otros cristianos? ...¿no soporté burlas debido a mi fe? ... ¿no luché por la causa de Cristo? ¿Acaso no participo en las actividades de mi iglesia? ...¿no saben todos que soy creyente?...” Es verdad. Y son todos buenos atributos. Hay millones de personas que no pueden afirmar lo mismo.

Sin embargo, querido amigo, eso no prueba necesariamente que eres una rama viva y verdadera en la vid. La semejanza entre las ramas útiles y las inservibles, entre las vírgenes prudentes y las insensatas, es tan grande, que con todas esas “evidencias” que mencionas, todavía puedes engañarte.

Por lo tanto, pruébate a ti mismo, como te instruye la Escritura. La declaración de Cristo en este texto, como en toda la Escritura, aclara que la fe demuestra su autenticidad con sus frutos. Todos los cristianos todavía somos débiles y defectuosos, pero la gracia de Dios es inmensa, inmerecida y sobreabundante.

Ese no es el problema. Pero cabe esperar ciertos resultados y frutos de la fe y del nuevo nacimiento producido por el Espíritu, aun en los más débiles hijos de la gracia. Y son estos resultados y frutos los que importan. Tal vez pienses inmediatamente en algo bueno que realizas, en algún pecado que has dejado, en un poder espiritual que posees, o en alguna actividad religiosa que practicas como prueba segura de tu fe. Y en efecto, puede ser así. Sin embargo, investiga la Escritura para ver si concuerdan y si puedes darte por satisfecho con eso. Porque en Mt.7:22-23 el Señor advierte expresamente: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: ¡Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad!”

16. Porque todo lo que es nacido de Dios, vence al mundo; y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. 1 Jn.5:4

En todo el capítulo 11 de la epístola a los Hebreos, se nos muestra de lo que fueron capaces los grandes héroes de la fe en la antigüedad, lo que sufrieron y obtuvieron. Al final, el apóstol nos remite al ejemplo de los mártires, que por amor a Cristo abandonaron todo lo que tuvieron de valioso en esta vida; renunciaron a sus posesiones, casas y hogares, padre, madre, hermanos y amigos; y por último, a sus propias vidas. ¡Todo por causa de la fe! Esto es lo que se llama vencer al mundo. Porque su príncipe, el diablo, con toda su perfidia; el mundo de los infieles, con sus amenazas y falsas promesas; y nuestra propia corrupta carne, con su enfermiza sensibilidad tanto para deleitar como para desalentar, se unen para tratar de convencer a los fieles para que traicionen y dejen a Jesús. Sin embargo, los fieles triunfan sobre todo.

Y el poder para la victoria, el poder que superó al mundo, fue la fe. El que ha renacido por la fe y es fiel a Cristo, no está dominado por nada. Puede sufrir y perderlo todo. Tampoco es esclavo del pecado y de los placeres del mundo, ni siquiera de cosas que en sí son inocentes. Por supuesto, que no esté esclavizado a nada no significa que el mal no lo pueda afectar, ni que en un momento de debilidad no pueda ser sorprendido y derribado por el pecado.

Pero no permanece caído ni dominado. No practica el pecado deliberadamente y sin oponer resistencia. No se resigna frente al mal, como si fuera un esclavo que cada mañana debe estar bajo el mismo yugo y servirle. (Así es como el pecado y el mundo infiel dominan a los impíos, aunque éstos a veces sufran, lloren y giman a causa de ello).

Donde falta la fe en Jesús, no hay redención, ni poder para vencer el pecado.

Esos miserables siempre siguen siendo esclavos del pecado -particularmente de algún pecado favorito-. Aparente o formalmente se pueden abandonar muchos malos hábitos, aun sin el auxilio de la gracia de Dios. Pero quien ha nacido de Dios ya no es esclavo de ningún pecado, aunque siempre le siga persiguiendo la tentación. Tentación contra la que habrá que luchar, velar y orar diariamente.

Pero quien ni siquiera lucha, y en vez de orar para no caer en tentación, excusa y defiende su pecado, el tal es esclavo del pecado.

El regenerado ni siquiera es siervo de cosas inocentes en sí. Por ejemplo, es algo inocente e incluso algo bueno, ordenado en la Palabra de Dios, que el hijo ame a su padre y a su madre. Pero Jesús enseña que el esclavo de ese amor... el que no puede abandonar a su padre y a su madre, cuando resulta necesario hacerlo por amor a Cristo, no puede ser su discípulo. Era algo inocente en sí mismo poseer y atender una hacienda, comprar bueyes, tomar mujer por esposa, etc. Pero cuando los convidados a la gran cena del Señor le dieron la máxima importancia, y por ellas rechazaron la invitación, esas cosas se convirtieron en pecados

mortales (Lc.14:18-20).

La fe y la regeneración no impiden que se manifiesten los sentimientos, las debilidades y necesidades de la naturaleza. Sin embargo cuando se hace necesario, el creyente los suprimirá, por seguir fielmente a su Señor. Como dice Asaf en el Salmo 73:21ss: “Se llenó de amargura mi alma, y en mi corazón sentía punzadas... Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Mi carne y mi corazón desfallecen. Mas la roca de mi corazón, y mi porción es Dios para siempre”. Esto es lo que se llama “vencer al mundo”.

Por más religioso, devoto y honesto que fuere, cuando se me reprende por mi pecado favorito o algo en sí mismo inocente pero idolatrado por mí, si no puedo resistir la prueba y dejar ese placer codiciado; y en vez de contentarme con el Señor como mi único tesoro y toda mi felicidad, me dejo llevar por la tentación, e incluso trato de encubrir mi desvío y flaqueza con buenas apariencias... entonces soy vencido y derrotado. En ese caso el verdadero Dios dejó de ser el Dios y el tesoro de mi corazón, y ya no poseo el poder vencedor de la regeneración y de la fe.

“Todo lo que es nacido de Dios, vence al mundo”. Esta victoria es el rasgo característico de los cristianos. El triunfo sobre el mundo los distingue, y revela que son regenerados, que han nacido de Dios. Esto también los diferencia de los falsos cristianos, que apenas tocan la superficie de la Palabra de Dios pero jamás conocieron su poder, y por lo tanto carecen totalmente de vida y poder espiritual, y se conforman con las apariencias.

Nadie puede renacer de Dios y permanecer en la antigua, corrupta y mundana manera de vivir, revolcándose en el pecado, dándole el gusto al diablo, y comportándose igual que antes. Sino que tendrá que hacerle frente al diablo y a todo su reino.

Por lo tanto, “si no vences al mundo, antes permites que el te venza, podrás jactarte de tu fe en Cristo, pero tu propia conducta lo desmiente, demostrando que no eres un hijo de Dios” (Lutero). La persona que pretende ser cristiana, pero al mismo tiempo quiere andar bien con el mundo impío, o al menos con algunos amigos mundanos, pretende algo imposible, a no ser que se convierta en uno igual a ellos. Si te adaptas para que te acepten y quieran los que no aman, ni honran, ni quieren saber nada de Jesús, ¿qué implica eso? Ciertamente algo peor que la negación de Pedro (Mt.26:70), porque él en realidad nunca llegó a ser amigo del mundo, pues arrepintiéndose “salió y lloró amargamente” (v.75), y después siguió siendo un discípulo de Cristo. Si te avergüenzas de Cristo y lo niegas para ser aceptado y estimado por la gente del mundo, eso revela un estado de infidelidad hacia el Señor, y que el mundo prevalece en tu vida. Revela que te falta la vida del regenerado y el poder de la fe. Dice Stg.4:4: “La amistad del mundo es enemistad contra Dios”. Ni Cristo, ni ninguno de sus fieles discípulos, por más amable, cariñoso, inteligente y cuidadoso que haya sido, pudo ser al mismo tiempo amigo de Dios y del mundo impío.

17. **Por tanto os digo, que todo lo que pidieréis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá.** Mr.11:24

Para poder orar confiadamente, no basta repetir con la boca las promesas de Dios, en las que se nos asegura que escuchará nuestras oraciones; ante todo es necesario ponderarlas en nuestros corazones. Por ejemplo, junto a cada promesa podemos recordar las cualidades de Dios: Su incomparable y eterna piedad, que al momento de nuestra oración es tan confiable como cuando recién fue dada.

Tengamos presente también el poder del que dio la promesa: Que “nada hay imposible para Dios” (Lc.1:37); que “la diestra del Señor puede cambiarlo todo” (Dn.4:35; Éx.15:6); que “Él es poderoso para hacer mucho más de lo que pedimos o entendemos” (Ef.3:20). Y no olvidemos la fidelidad del que dio la promesa. Es imposible que Dios mienta. Él es Dios y no hombre (Os.11:9).

Sí, para convencernos definitivamente confirmó sus promesas con un juramento, como dice el apóstol: “Queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento, para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo, los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros” (Heb.6:17-18).

Estas tres cualidades divinas, su ferviente amor, su divina omnipotencia, y su eterna fidelidad son como tres cuerdas de una trenza que Dios ha descolgado de los cielos mediante su Palabra, para que todos los que se prendan de ella siempre sean alzados y rescatados, aun cuando “las aguas entraron hasta el alma” (Sal.69:1). Sí, con esa triple cuerda serán finalmente alzados hasta el cielo.

La oración de fe también debe destacar, exaltar y abrazar la persona, la obra y los méritos de nuestro Mediador Jesucristo. Hemos de tener presente cuánto quiere el Padre a su amado Hijo, y todo lo que Él ha hecho y obtenido. Hemos de recalcarlo a Dios en oración. Esto es lo que se llama “orar en el Nombre de Cristo”. Y Jesús dice: “Todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará” (Jn.16:23).

Cuando Moisés intercedió por Israel, dijo: “¡Oh Jehová,... vuélvete del ardor de tu ira, y arrepíentete de este mal contra tu pueblo! ¡Acuérdate de Abraham, de Isaac, y de Israel tus siervos!” (Éx.32:12-13).

Nosotros podemos decir: “Señor, mira a tu siervo Jesucristo, tu amado Hijo, nuestro Señor y Defensor; Él es más que Abraham, Isaac y Jacob. ¡Por amor de Él, ten piedad de nosotros! No nos mires a nosotros, sino a tu Hijo. En nosotros sólo hay culpa. Nuestro mérito está sólo en Él, como bien lo sabes. Tu amado Hijo intervino por nosotros, nos redimió, salvó y rescató; y como Tú amas a tu Hijo y su obra, idanos tu gracia por amor de Él! ¡No por nuestro mérito, Señor! No, por algún mérito nuestro, sino

por el de tu Hijo, en quien tienes todo tu deleite, iten piedad de nosotros y haznos el bien que has prometido!”

En tercer lugar, la oración de fe debe insistir en glorificar el Nombre de Dios, diciendo con David: “En la muerte no hay memoria de Ti; en el Seol, ¿quién te alabará?” (Sal.6:5).

Podemos decirle a Dios: “Si salvas a un pecador tan grande e indigno como yo, tu alabanza será grande por toda la eternidad. Pues cuanto mayor el pecado que perdonas, tanto más exaltas tu piedad. Y cuanto mayor la aflicción y miseria de la que nos libras, tanto más revelas tu bondad y tu poder. Y cual tu gracia, tal será también la gloria de tu Nombre”.

¿Y qué no haría Dios por amor de su maravilloso Nombre? Por eso David oró: “Por amor de tu Nombre, oh Jehová, perdonarás también mi pecado, que es grande”. (Sal.25:11). De esa manera apelamos a la gloria de Dios, recurriendo a su palabra. ¿Y qué no está dispuesto a hacer Él cuando está en juego su honor, “No puede negarse a Sí mismo” (2 Ti.2:13). A Dios le causa sumo agrado que oremos así. Porque cuanto más en serio tomamos a Dios y su Palabra, y creemos en Él, tanto mayor gloria le damos, como está escrito: “Abraham se fortaleció por la fe, dando gloria a Dios” (Ro.4:20).

¿Quién puede contar todas las piadosas palabras con las que nuestro Padre celestial desea manifestar el amor de su corazón hacia nosotros, y por medio de las cuales desea atraer a sus miedosos e infieles hijos terrenales? Nos invita entrañablemente a acudir a Él con oración y ruego en cualquier desgracia, dándonos las más seguras promesas de que nos escuchará.

Nos dice: “Me alegraré con ellos haciéndoles bien” (Jer.32:41); y nos invita: “¡Invócame en el día de la angustia! Yo te libraré, y tú me honrarás” (Sal.50:15). “¡Pedid, y se os dará! ¡Buscad, y hallaréis! ¡Llamad, y se os abrirá!” (Mt.7:7).

“De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiéreis al Padre en mi Nombre, os lo dará” (Jn.16:23). “Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieran de acuerdo en la tierra acerca de cualquier cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos” (Mt.18:19).

Pongamos en práctica estas instrucciones. Respondamos con fe a las promesas de Dios, orando en el nombre de Jesús.

18. ¡No cometerás adulterio! Éx.20:14

El Señor Jesucristo explicó este Mandamiento en Mt.5.27-28 ¿No es esto una gracia muy especial? Si queremos ser salvos, debemos escucharlo a Él. Los escribas judíos habían interpretado el sexto Mandamiento como lo habían hecho con el quinto, pensando solamente en transgresiones externas y groseras; en este caso: El adulterio. Creían que cumplían este Mandamiento mientras no llevaran a cabo relaciones sexuales indebidas, aunque sus corazones estuviesen llenos de pasiones y deseos impuros. Luego vino Cristo con esta elevada definición, imposible de cumplir: “Pero yo os digo, que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” (Mt.5:28).

El sexto Mandamiento dice literalmente: “¡No destruirás el matrimonio!” Debemos interpretar este Mandamiento a la luz de esa definición. Recordemos que en realidad dice: “¡No destruirás el matrimonio!” Según esta interpretación profunda y espiritual, se ataca al matrimonio con un mero deseo impuro.

La desobediencia comprende todos los momentos y todas las manifestaciones que expresan deseos impuros, tanto dentro como fuera del matrimonio. Las Escrituras lo confirman en numerosos pasajes. En la Biblia hay una profunda y amplia instrucción con respecto a este Mandamiento, desde su verdadero origen. La primera ordenanza de Dios, expresada en la creación del hombre, se refería a la existencia y propagación del hombre en la tierra. Dios creó un hombre y una mujer e instituyó el estado del santo matrimonio. La creación del hombre y la procreación de la raza humana eran dos pensamientos de Dios conectados entre sí.

La institución del matrimonio, -la base para el sexto Mandamiento-, está en el primer capítulo de la Biblia, en la historia de la creación: “Varón y mujer los creó. Y los bendijo Dios, y les dijo: ¡Sed fecundos y multiplicaos!” (Gn.1:27-28). Y en el cap.2, v.24 agrega: “Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”.

Si recordamos esto, que el matrimonio es una unión santa, instituida por el mismo Señor Dios ya en el comienzo de la creación, podemos entender lo importante que es el sexto Mandamiento, y qué terrible delito contra la majestuosa autoridad divina es atentar de cualquier forma contra el matrimonio. Quien destruye el matrimonio, trastorna y deshace un estado santo y sumamente importante en la tierra. Rompe lazos muy santos, consagrados por Dios mismo.

Denigra y viola una relación sumamente pura, tierna y preciosa entre dos seres humanos. Infringe como un villano y criminal un derecho y una orden de Dios. Además, convierte felicidad en desgracia, y bendición en maldición. El bienestar de la humanidad, tanto para el presente como -por lo general- para la eternidad, descansa en el matrimonio.

Pero, comete ese pecado sólo quien destruye su propio matrimonio,

¿o también quien destruye el de otra persona? ¿Habla el sexto Mandamiento solamente a los que ya están dentro del matrimonio, o también a los que todavía no lo contrajeron? De acuerdo a la explicación de la Palabra de Dios, este Mandamiento se dirige a todos los seres humanos sin excepción. Porque cuando el Señor Dios creó a los seres humanos, los hizo varón y mujer, e instituyó el matrimonio.

Y también dispuso una sagrada separación entre los dos sexos. Esta línea de separación fue instituida por Dios mismo, por lo que es tan santa e inviolable como el propio matrimonio. Cualquiera que traspasa este límite establecido por Dios, fuese en pensamiento, palabra u obra, transgrede el sexto Mandamiento.

En este sentido Dios les dice también a todos los solteros y a todas las solteras: “¡No destruirás el matrimonio!” El amplio alcance de este Mandamiento queda aclarado también en la definición que Cristo dio, al decir que cualquiera que mira una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón.

Tal vez te consideres justo e inocente en cuanto a este Mandamiento, porque por temor al juicio de Dios, por miedo a las enfermedades sexuales, a la vergüenza y otras consecuencias te controlas y no llevas a la práctica tus deseos impuros. Pero Cristo dice aquí que con tus deseos impuros ya apareces como un adúltero ante Dios. Ya has cometido adulterio.

Hagamos una comparación: Digamos que alguien te odia tanto que quisiera matarte, pero se abstiene de concretar el crimen por temor a las consecuencias. ¿Considerarías a esa persona mejor que al criminal que ya cometió un asesinato? ¡No! Con toda razón dirías: “La diferencia está sólo en que mi enemigo teme la cárcel, mientras que el criminal que cometió el homicidio fue más atrevido y decidido. Pero el corazón y el alma de ambos es igualmente malvado”. Pues bien, lo mismo ocurre aquí. El infame adúltero no tuvo el miedo al castigo y a otras consecuencias como tú. Esa es la única diferencia entre tú y él, si es que te abstuviste de concretar tus pasiones sólo por temor a las consecuencias. Cuantas veces deseaste cometer adulterio, efectivamente lo cometiste no sólo delante de Dios, sino también en tu propio corazón. Es así como el Señor Jesucristo explicó este Mandamiento.

19. **iNo hurtarás!** Éx.20:15

Veamos qué significa el séptimo Mandamiento de Dios, o sea, se entiende por robo y hurto: Abarca toda forma de privarle al prójimo de su propiedad, indistintamente si ocurre en forma secreta o manifiesta, bajo violencia o ardid, de modo criminal o con apariencia de derecho.

Hurtar, ser un ladrón, es algo tan ruin y abominable, que la mayoría de la gente pretende estar libre de este delito. Aun cuando logramos convencer a personas respetables de este mundo de su culpabilidad contra los otros Mandamientos, -cuando mencionamos el séptimo-, se ponen en guardia, pretendiendo ser inocentes. No han asaltado a nadie ni han tomado con sus manos lo ajeno. ¡Qué error de nuestra parte, acusar a gente tan respetable de ser ladrones!

Efectivamente, si hurtar fuese solamente violentar cerraduras y arrebatarle al prójimo su dinero o bienes de forma alevosa, sin duda la mayoría de las personas sería justa frente a este Mandamiento. Pero, ¡qué diferente si lo estudiamos a la luz de las definiciones que Cristo da acerca de los Mandamientos! Y qué revelación demoledora para ti, cuando descubres que con esa definición: ¡también tú eres un ladrón!

Recuerda y considera que ante Dios, cualquier forma de aprovecharse deshonestamente del prójimo, es robo. Puede ser un negocio sucio, o la explotación del débil e ignorante pagando precios o salarios injustamente bajos; cuando se extorsiona y abusa cobrando demasiado; o cuando un obrero no rinde lo justo en su trabajo...

Lutero dijo: "No existe delito más común en este mundo que el robo" y que éste: "es un vicio tan común y difundido, y al mismo tiempo tan disimulado y poco advertido, que si se quisiera colgar a todos los que son ladrones pero no quieren ser llamados así, el mundo quedaría despoblado, y no habría suficientes verdugos ni horcas, para ejecutar a los delincuentes".

A los ojos de Dios ya eres un ladrón, aun cuando todavía no has robado la propiedad de tu prójimo, pero la has codiciado, y te guardaste de arrebatársela sólo por temor al castigo, o por precaución.

Pero además de la transgresión espiritual, "robo" es toda forma de reducir fraudulentamente la propiedad del prójimo. No se roba sólo con saquear bolsos y billeteras. Roba también el vendedor que en el mercado o comercio cobra demasiado; o el comprador que no quiere pagar lo que vale el artículo. Roba también el obrero que rinde un mal servicio, pero cobra por un trabajo bien hecho. O los empleados que no son fieles, y dejan que se pierdan los bienes de sus patrones. O el prestamista que se aprovecha de la necesidad y exige un interés muy alto por su préstamo. Así puede sacarle rápidamente a su prójimo mucho dinero y andar suelto, mientras otros están en la cárcel por robar mucho menos, sólo porque usaron otro método para su hurto...

Pero todos los Mandamientos no sólo prohíben transgresiones: También

demandan acciones, como ocurre con este séptimo Mandamiento. No solo prohíbe hurtar. También ordena cuidar que los bienes y medios de vida del prójimo progresen y sean protegidos (Éx.23:4-5). Tan seriamente como Dios prohíbe el pecado, nos demanda también ayudar y hacer el bien.

Este Mandamiento también condena a los que piensan que lo han cumplido, solo por no haber hecho lo que prohíbe. Pero para cumplirlo, además de no robar es necesario ayudar materialmente al prójimo. Por regla general razonamos así: "Mientras no le robe nada a nadie, puedo hacer con lo que es mío lo que quiera". Pero en el Reino de Cristo existe otra regla que dice: "No sólo debes abstenerte de hacerle mal a tu prójimo, sino que también debes hacerle todo el bien posible, con los dones y recursos que Dios te ha dado". "¡Amarás a tu prójimo como a ti mismo!" (Mt.19:19).

Quien no hace nada malo, comete pecado si no hace todo el bien que puede y debe hacer. Dios nos concedió nuestros bienes temporales no sólo para que los disfrutemos, sino también para que hagamos bien a nuestros semejantes.

Como fieles administradores del Señor, no tenemos derecho a emplear a nuestro antojo los dones que Él nos confió, sino que tenemos el deber de invertirlos conforme a las demandas de su amor.

Este es el fundamento para las verdaderas buenas obras, desconocidas para los incrédulos. Por lo tanto, midamos nuestra obediencia al séptimo Mandamiento con "la regla de oro", la gran ley del amor. Así descubriremos alarmados que casi todas nuestras acciones: Nuestro comer y beber, trabajo y descanso, abstinencia y caridad... en fin, como casi toda nuestra vida está infestada y manchada de pecados contra el Mandamiento que dice: "¡Amarás a tu prójimo como a ti mismo!" (Lv.19:18).

20. **iNo hablarás falso testimonio contra tu prójimo!** Éx.20:16

Este es un Mandamiento que la mayoría no toma en serio. Es difícil hacerle comprender a la gente su importancia.

Los Mandamientos quinto, sexto y séptimo tienen la ventaja que también las autoridades civiles censuran las transgresiones contra los mismos, y que casi todo el mundo las denuncia. Pero los perjuicios que se causan con ese pequeño miembro que es la lengua... ¿qué daño pueden hacer? Generalmente se trata apenas de unas pocas palabras confidenciales a un amigo.

El que rompe una cerradura y despoja al prójimo de su dinero, va a parar a la cárcel; y el que derrama sangre, es condenado a prisión; a tales personas se las puede acusar realmente de ser criminales. Pero quien solamente habla... quien en una conversación íntima calumnia a su prójimo, despojándolo de algo que vale más que el dinero; sí, de lo que muchas veces es más valioso que la propia vida... es decir, la buena fama y el honor, esa persona no es considerada como un criminal; ni se la castiga con prisión.

Se dice que: "Fueron apenas unas pocas palabras". Eso dice la gente. Pero la Sagrada Escritura lo califica de otra manera. Para Dios el ladrón y el calumniador están en la misma categoría. Dijo el sabio: "Que nadie te llame chismoso, y no tiendas lazos con tu lengua; porque sobre el ladrón vendrá la confusión, y la condenación sobre la doble lengua". Y: "El ladrón y el mentiroso, ambos heredarán perdición" (Eclesiástico 20:25).

Analícemos ahora el octavo Mandamiento y veamos cuál fue la voluntad e intención del Señor cuando ordenó: "No hablarás falso testimonio contra tu prójimo". Advertimos aquí nuevamente la bondad divina para con el hombre.

Cuando Dios, nuestro piadoso Padre celestial, puso el fundamento general para la convivencia de los hombres en la tierra, quiso preservar y defender especialmente cuatro preciosos tesoros. En primer lugar, nuestra vida física; en segundo lugar, el matrimonio y la familia; en tercer lugar, nuestras posesiones terrenales; y finalmente, nuestro buen nombre y honor.

Normalmente estimamos mucho nuestra fama, reputación y honor. Pero no solemos tener en cuenta que también los demás valoran su reputación y quieren respeto. Por eso, este Mandamiento se dirige tan seriamente a ti, como a cualquier otra persona. Aquí, como en los demás Mandamientos, estamos todos incluidos. Nadie queda exento de las demandas de ningún Mandamiento.

No interesa quién eres; debes someterte a este Mandamiento: "No hablarás falso testimonio contra tu prójimo". Nuestro Creador quiere que no destruyamos ni quitemos las posesiones materiales de nuestro prójimo; y también quiere que no destruyamos ni lo despojemos de su honor y buena reputación, para que pueda conservar el respeto de su

pareja, hijos, empleados, vecinos, etc. ¡Acordémonos siempre de esto!

¿Qué ordena este Mandamiento? Primero ordena que peses con suma seriedad cada palabra y concepto que emitas acerca de tu prójimo, no sólo ante un tribunal, sino también en todas tus conversaciones. De modo que no des motivo innecesario para pensar mal de él. Más aún: también has de dejar de lado toda actitud falsa y engañosa, y poner el mayor esfuerzo en decir la pura verdad.

Este Mandamiento se viola, ante todo, en los juzgados, cuando alguien acusa a su prójimo falsamente; o cuando el acusado trata de ocultar la verdad con mentiras; o cuando un testigo declara mal, o dice demasiado o muy poco; o cuando un abogado defiende deliberadamente una declaración falsa; o cuando un juez pronuncia intencionalmente un fallo equivocado.

Pero este Mandamiento se transgrede también fuera de los juzgados, en la vida diaria, cuando alguien desacredita a su prójimo falsamente. Puede hacerlo sin darse cuenta, o a propósito, por maldad, inventando calumnias o repitiendo rumores difamatorios. O con su silencio, con expresiones dudosas, o un simple encogimiento de hombros, insinuando algo malo del prójimo.

A veces se difama casi imperceptiblemente, declarando solamente una parte de las palabras o acciones de alguien, induciendo a una falsa interpretación. Esto puede ocurrir en forma tan secreta, que sólo el omnisciente Dios puede detectarlo.

Además, cuando tenemos presente la forma en que nuestro Señor Jesucristo nos explicó los Mandamientos, es decir, que Dios nos ordena amar al prójimo como a nosotros mismos, y que le hagamos todo lo que quisiéramos que él nos hiciese a nosotros, entonces comprendemos lo acertado de la explicación que dio Lutero acerca de este Mandamiento, cuando dijo que “debemos temer y amar a Dios y no mentir, traicionar ni calumniar a nuestro prójimo. Más, debemos disculparlo, hablar bien de él, e interpretar todo en el mejor sentido”.

21. **En esto conocemos que somos de la verdad.** 1 Jn.3:19

Quien pretende ser cristiano, pero no tiene la certeza del perdón de sus pecados y no la procura, sino que se resigna a la incertidumbre con respecto a su salvación, no está espiritualmente despierto. Puede ser un hipócrita totalmente dormido, o al menos un cristiano somnoliento. Una novia que se da por satisfecha con un novio que no le asegura su amor, no está realmente enamorada.

Es una señal característica de la incredulidad negar abiertamente que uno pueda tener la certeza del perdón de los pecados. El que no tiene verdadera fe califica como arrogantes a los que sí están seguros de su salvación. Comenta Lutero: "Cuando los santos de la clase de Caín oyen el testimonio de fe de un cristiano (que exalta la certeza del perdón de Dios), se persignan, se oponen con pies y manos, y dicen: Dios me guarde de la presunción de sostener que ya soy un amado hijo de Dios. ¡No! antes quiero humillarme y admitir que soy un miserable pecador. ¡Y Dios premiará al humilde..!"

Pero la Escritura dice: "Sabemos que hemos pasado de muerte a vida" (1 Jn.3:14). "Sabemos que somos de la verdad" (1 Jn.3:19). "En esto conocemos que permanecemos en Él, y Él en nosotros" (1 Jn.4:13). "Sabemos que somos de Dios" (1 Jn.5:19). "Sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo" (1 Jn.5:20). Está claro que los cristianos "conocemos" y "sabemos" que somos hijos de Dios; que poseemos el perdón de pecados y la vida eterna.

"Por eso"- vuelve a decir Lutero- "hemos de empeñarnos en erradicar de raíz ese error tan destructivo, en el que cae todo el mundo, y que consiste en pensar que nadie puede saber con seguridad si está o no está en la gracia".

Este engaño no viene del intelecto, sino del porfiado corazón. Y no surge por falta de claridad de la Palabra de Dios, porque toda la Biblia enseña claramente que sí podemos estar seguros de nuestro perdón y salvación en Cristo.

Quienes no poseen ni procuran tener esa certeza de la gracia de Dios, tratan de negar esta posibilidad. Pero también es una mala señal si alguien no niega que se pueda tener esa certeza, pero no se empeña por obtenerla lo antes posible, sino que se queda en la incertidumbre. Es muy diferente si alguien que procura tal certeza, no la obtiene inmediatamente (en ese caso, no debe desesperarse). Pero negarse a procurar la certeza de la gracia de Dios, o postergarla, siempre es señal de indiferencia.

También es posible que un sincero cristiano, que tiene la sed verdadera de la gracia de Dios, todavía tenga grandes flaquezas en su fe, y a veces pueda estar inseguro con respecto a su perdón. Acertadamente dice Lutero: "El perdón de los pecados tiene dos aspectos: Por una parte, un perdón oculto en Dios; por otra parte, un perdón revelado al alma".

Cristo ya le había concedido el perdón a la pecadora que se postró a sus pies, aun antes de decirle: "Tus pecados te son perdonados" (Lc.7:48). Así también el alma sedienta de la gracia de Jesús obtiene el perdón antes de saberlo o creerlo. Porque son "¡bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia!" (Mt.5:6).

Pero la comunicación se completa recién cuando el alma alcanza la certeza del perdón. Mientras esto no ocurra, no hay un verdadero reinado de Dios en el corazón. "Porque el reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo" (Ro.14:17). Mientras esto no ocurra, el creyente no tiene el poder, el amor ni la gratitud que corresponde ni puede andar piadosamente en la presencia de Dios.

Los creyentes obtienen la misma Justicia de Cristo por medio de una fe débil, que por medio de una fe fuerte; pero no obtienen la misma santificación. Porque la santificación, el poder y los frutos del Espíritu, siempre dependen de la certeza y fortaleza de la fe. "Porque el gozo de Jehová es vuestra fuerza" (Neh.8:10).

Por lo tanto, ¡qué importante es que todas las almas sinceras obtengan la plena certeza de la gracia de Dios! Todo el que procure esta bendita certeza de la fe, ¡preste mucha atención al modo correcto de lograrla! La única forma de obtenerla es aferrándose a la Palabra de Dios. Con la fe del corazón debemos repetirnos a nosotros mismos lo que Dios nos promete en Cristo.

Uno de los padres de la Iglesia dijo: "¡Cuán firme y seguro puedo estar, pero solamente mientras repito lo que Dios nos ha prometido!" San Pablo declara que "la fe viene por el oír" (Ro.10:17). La verdadera certeza de la fe sólo se encuentra en lo que Cristo ha hecho, y que Dios nos ha revelado en su Palabra. Sólo ahí encontramos el consuelo, la felicidad y la certeza de la gracia de Dios.

Y tenemos disponible este consuelo aun antes de considerarnos dignos de que Dios nos permita creer; o sea, mientras sentimos que todavía nos falta demasiado, como enseña Cristo con el ejemplo del hijo pródigo, que todavía estaba "lejos" cuando su padre lo sorprendió con su bondad y piedad inmerecidas. Sólo cuando alguien halló así en Cristo y en su Palabra la paz del alma, puede también hallar en sí los frutos de esa fe; nunca antes. San Juan dice: "El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo" (1 Jn.5:10).

Siempre debe surgir primero la certeza de la fe (por medio de la Palabra de Dios), antes de que se manifiesten sus cualidades y sus frutos.

22. **Y mientras comían, Jesús tomó pan y bendijo, y lo partió y les dio, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo.** Mr.14:22

Lo primero que el cristiano debe recordar, si desea tener luz verdadera sobre la Santa Cena, provecho espiritual y gozo al participar de ella, y más aún, si no desea atraer perdición sobre sí, es que nadie debe participar mirando sólo lo que percibe la vista natural, ni aceptando solamente lo que entiende la razón.

Se requiere algo más, es decir, visión y sensibilidad espiritual. Es necesario mantener la vista fija en la Palabra de Dios. Hay que tener el precioso y divino don de la fe; el don de la gracia de Dios. Si me acerco a la Mesa del Señor únicamente con percepción natural, como la de los animales, todo lo que encontraré serán solamente ceremonias religiosas, pan y vino, pero nada divino, celestial ni glorioso.

De igual modo, si quiero pensar y opinar sobre el contenido y el valor de los sacramentos únicamente de acuerdo a mi inteligencia racional, entonces en vez de ser edificado en la fe y refrescado en mi cristianismo, me convertiré, -al contrario-, en un rudo menospreciador, hereje y burlador del sacramento. ¡Ah! La Santa Cena es un signo y una piedra de tropiezo, en la que muchos tropiezan, caen y quedan atrapados por su incredulidad.

No solamente las personas mundanas, sino también todos los verdaderos creyentes, durante toda su vida, tienen que tener esto en cuenta. Porque si bien has sido bendecido y has gustado la gloria y dulzura del Señor en la Santa Comunión centenares de veces, el diablo siempre tratará de privarte de esta bendición, de este cielo en la tierra. Y lo intentará de muchas maneras. Cuando estés algo más holgado, muy tranquila y hábilmente te tentará para que pienses críticamente sobre la Santa Cena, en base a razonamientos, de modo que este gran misterio de Dios quede sometido al juicio de tu razón y de tus sentidos naturales. Y si logra que tratemos de calcular y comprender ¿cómo puede ocurrir esto o aquello, cómo es posible?... pronto ganará la batalla y nos privará de todo beneficio.

Por eso los cristianos debemos recordar que la Santa Comunión es un misterio; es uno de los sublimes misterios, que la pobre inteligencia humana jamás podrá comprender y explicar en esta vida. Estas cosas las debemos creer en base a la Palabra de nuestro omnipotente y veraz Dios. Sí, la Santa Comunión es uno de los mayores misterios de Dios, y no es sin motivo que los antiguos la denominaron "el misterio de los misterios".

Pero la entenebrecida y perversa razón humana quiere entender y opinar en esto! ¡Dios nos libre!

No necesitamos preocuparnos por entender el misterio de la Santa Cena. ¡No! Solamente tenemos que confiar en la omnipotencia y veracidad del Dios, que nos ha dado este santo sacramento. Tan pronto como nuestra razón quiere comenzar a descifrar cómo es posible que se

cumpla lo dicho por Cristo, inmediatamente debemos saber que se trata de una tentación; que está presente el diablo, esa serpiente antigua que con su astucia sedujo a Eva; e inmediatamente debiéramos invocar el nombre y la ayuda de Dios, como ante la muerte súbita o contra el mismo infierno. Si no quieres hacer esto, y prefieres hacerle concesiones a tu razón, ¡hazlo y corre el riesgo de convertirte en un hereje!

A quienes se sienten acosados por ciertas dudas acerca del contenido del Sacramento, nuevamente les vendría bien pensar primero en el Autor del mismo. Porque, ¿quién ha instituido la Santa Cena? Es tu Creador y tu Redentor; el Altísimo que permanecerá para siempre. Es el Omnipotente, el Primero y el Último; el que es, el que era, y el que vendrá. Dios era el Verbo, “y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad. Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho” (Jn.1:1ss).

¡Alza tus ojos y mira sus obras! ¡Mira el sol, las estrellas, toda la creación! Todo fue hecho por el Señor Dios. Y “Él sustenta todas las cosas con la Palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de Sí mismo” (He.1:3). ¿Te parece que hay algo imposible, o siquiera demasiado difícil para Él? ¿Qué le puede resultar más fácil al Omnipotente que hacer lo que desea hacer? Tú no entiendes cómo puede dar su verdadero cuerpo y su verdadera sangre de modo imperceptible en la Santa Cena. Tu pobre razón se niega a aceptarlo. Pero ¿acaso entiendes cómo pudo crearlo todo de la nada?

¿Qué sabemos nosotros? ¿Y qué no sabe hacer el Omnipotente? Además: ¿Acaso diría algo que no haría? ¿Podría mentir el Santo? ¿Quieres blasfemar de esa forma contra tu Creador y piadoso Salvador, que hizo miles de milagros incomprensibles en la creación? Luego se hizo hombre y realizó muchos milagros visibles durante su vida en la tierra, y los aceptamos como tales, aunque no los entendamos. Finalmente quiso realizar un milagro muy especial, que no es visible más debe ser creído y aceptado en base a su Palabra. ¿Y nosotros vamos a oponerle las objeciones de nuestra razón, tratando a Jesús como a un mentiroso y diciendo: “¿Cómo puede ser que Jesucristo nos de su verdadero cuerpo y sangre, con el pan y el vino?. ¡Eso no es posible!”

Dios permite que caigan en semejante blasfemia los espíritus arrogantes, como castigo por su presunción. ¡Ah, que el Señor nos guarde de esa blasfemia!

23. **Con Cristo estoy juntamente crucificado.** Gá.2:20

En la unión con Cristo, todo lo carnal en nosotros no solamente fue sentenciado a muerte, sino que también fue efectivamente crucificado. Pero hay quien dice estar convertido y ser fiel; y en ciertos aspectos efectivamente comenzó otra vida: Escucha la Palabra y lleva a cabo ciertas obras de caridad. Pero sigue adicto a ciertas tendencias carnales, a la avaricia, soberbia, sensualidad, odio, o algo por el estilo. Sabe bien que es pecado, pero se jacta de su libertad, y cede a su pecado favorito; hasta lo defiende y le promete lealtad. Esa persona se engaña a sí misma y le miente a su propia alma, cuando habla de su fe y paz en Cristo. Si alguien se volvió verdaderamente cristiano, y realmente comenzó a vivir según el Espíritu, pero luego dejó de amar a Dios, y no sigue crucificando su carne, sino que da libertad a sus pasiones y nuevamente aprueba y defiende el pecado, entonces recayó en la carne. La fe cristiana, la paz con Dios y una buena conciencia no pueden coexistir ni siquiera con un sólo pecado que se practica y es consentido libremente. "Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis" (Ro.8:13). Con estas palabras el apóstol pronuncia una sentencia definitiva, mostrando que la mortificación de la carne no es algo de poca importancia. No tenemos la libertad de elegir si queremos practicarla, o no. Si deseamos conservar nuestra vida y no perdernos para siempre, necesaria y definitivamente debemos mortificar nuestra carne.

Sí, tan pronto como hemos llegado a creer en el Evangelio, debemos abandonar sin demora la antigua vida de impiedad; comenzar una vida nueva en Cristo, y no volver nunca más al servicio del pecado.

Es realmente notable ver cómo el cristiano demuestra que el "viejo hombre" en él, está crucificado con Cristo. El "viejo hombre" debe permanecer mortificado, mientras el Espíritu Santo mora y obra en él, no importa lo que le pase durante su vida diaria, o que le vaya mejor o peor. Mientras Pedro seguía fielmente a su Maestro, el "viejo Adán" en él estaba herido a muerte todos los días. Pedro se iba distanciando de su propia manera de ser, para parecerse más y más a su Señor Jesucristo. Pero el día en que se infló de arrogancia, se expuso a ser zarandeado por Satanás, entonces cayó y negó a su Señor (Lc.22:31).

Luego lloró amargamente, como un niño cuando es corregido, y su presunción y soberbia fueron mortificadas. Más tarde, frente al concilio de Jerusalén, permaneció firme en la verdad, confesó a Cristo y fue azotado (Hech.5:40).

Ese día murió para el mundo, y dio muerte a su propia naturaleza carnal. Pero luego, en Antioquía, nuevamente flaqueó y cayó en la hipocresía. Entonces, Pablo lo reprendió severamente (Gá.2:11-14). Nuevamente Pedro debió ser disciplinado. Así, el cristiano honesto y que sigue a su Salvador, debe mortificar su naturaleza carnal. Su pecado personal es lo que le causa mayor sufrimiento.

Si soy rico y me veo tentado a construir mi Paraíso en la tierra, halagar mi carne y llevar una vida mundana, el Espíritu me propinará fuertes azotes. Las riquezas y una vida lujuriosa me asustarán. Sufriré más con sólo pensar en perderme por amor al dinero, de lo que sufriría siendo pobre. Si por otro lado comienzo a amar y complacer mi naturaleza carnal, y paso mis días cultivando la sensualidad, el resultado será la muerte espiritual. Si en cambio soy pobre y sufro necesidad material, pero no reniego de Dios, sino sigo fiel a Jesús, entonces cada día mortifico mi carne y muero para el mundo. Si soy activo y talentoso en cuestiones espirituales; tengo años de experiencia en la gracia, y más conocimiento y firmeza que otros hermanos, y por eso deseo disfrutar gloria y fama en la iglesia... ¡cuidado! ¡Eso también es veneno para el alma! Y el espíritu lo siente, y se asusta como ante el mismo infierno. O si soy fiel, velo en oración, lucho contra el pecado, y deseo renunciar tanto a la maldad como a la vanagloria, pero sin embargo íntimamente deseo ser el primero, y secretamente siento una gran satisfacción con esa enfermiza ambición... ¡cuidado! ¡Eso es verdaderamente diabólico! Debo asustarme con sólo pensar en ello.

Si practicando el bien llego a envanecerme; dejo de velar, orar y servir, y le doy libertad a mi naturaleza carnal, ¡saltaré de la sartén al fuego! Con toda seguridad me sentiré culpable y seré justamente reprendido. Pero si por causa del castigo me vuelvo rebelde contra el Evangelio, y rechazo todo el consuelo que me ofrece, diciendo: "Ya no soy cristiano; no puedo volver a tener la gracia de Dios", entonces la incredulidad está rugiendo otra vez en mi carne.

Y no tendré paz, mientras no me deje reprender y me humille para recibir la gracia. Vemos así que la naturaleza carnal del cristiano debe ser mortificada, cualquiera que fuese la situación en que éste se encuentre. Eso es lo que significa "ser crucificado juntamente con Cristo".

Tú dirás: "¿Qué oigo? ¿Acaso debo dejarme reprender y castigar todo el tiempo? ¿Cómo voy a vivir así? ¿Dios nunca va dejarme tranquilo y en paz?" Sí, pero sólo de una manera: "¡En el Señor!" Como dice 1 Co.1:31: "El que se gloria, gloriése en el Señor". Quien quiera tener paz y gozo, debe buscarlos "en el Señor"; en Su justicia, bondad y fidelidad. En fin, en el propio Señor.

El Espíritu y la Palabra de Dios reprenden cualquier otra jactancia. También condenan la satisfacción o el placer que proviene de algo contrario a la voluntad de Dios. "Bien" -dirás- "en ese caso, ¡preferiría morir ya!". Y sí... precisamente eso es lo que ocurre cuando alguien es "crucificado". Eso es lo que significa "crucificar" la antigua manera de vivir. Quien se queda quieto en la cruz, sufre y muere. Pero quien no se queda quieto, sino que se mueve y retuerce, sufre más. De modo que haríamos mejor en quedarnos quietos, someternos al Espíritu, mirar a Jesús y buscar "las cosas de arriba" ¡Quiera el Señor capacitarnos para eso! Amén.

24. **Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor.** Ap.2:4

Ante todo, en este versículo vemos que Cristo está ansioso por tener nuestro amor. ¡Ah, qué inmensa gracia! Tanto le interesa nuestro amor, que siente ansias por el mismo. No quiere tenernos sólo como siervos, sino también como amigos. No se contenta con nuestro servicio, también quiere el amor de nuestros corazones.

En segundo lugar, en este versículo vemos que muchas personas pueden estar externamente entre los mejores cristianos, sin embargo les puede estar faltando el corazón y la verdadera esencia del cristianismo. Es posible que muchos de los que ahora están leyendo esto, se sentencien a sí mismos. Que se encuentren en la misma situación que el “ángel” de Éfeso, que tenía todo lo que pertenece a la piedad, excepto una cosa: El primer amor. Era un creyente iluminado, un hermano entre hermanos, verdaderamente “nacido de Dios” (1 Jn.3:9; 5:1,4). El propio Jesús habla de su “primer amor”, y de cómo siguió demostrando su piedad con acciones. Sí: Llevaba una vida piadosa; hacía muchas buenas obras, y hasta sufría persecución por causa de su fe. Era tan firme y fiel, que no abandonó la lucha, sino que resistió con paciencia. Y tenía tanto discernimiento espiritual, que pudo distinguir a los apóstoles verdaderos de los falsos, repudiando las obras de los Nicolitas, como el propio Señor las repudiaba. ¿Acaso no podría pensar esa persona que todo estaba bien con ella? Sin embargo, a pesar de todos sus buenos atributos, Cristo le dice algo diferente: “Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”.

Si este primer amor y sus manifestaciones se han extinguido en ti, tú también te encuentras en una situación sumamente peligrosa. En atención a los fieles, que generalmente son sensibles y se atemorizan fácilmente, debemos hacer una cuidadosa diferencia entre el primer amor y las primeras manifestaciones.

Recordemos un ejemplo bíblico: Cuando el hijo pródigo regresó a la casa de su padre y éste salió a recibirlo, lo abrazó y besó, y el hijo sintió un profundo amor hacia su querido padre. Además, el padre decidió celebrar el regreso de su hijo con una gran fiesta, carneando un becerro engordado y comieron comieron, pues estaban alegres.

Por supuesto, esa fiesta no podía durar para siempre. Seguramente, al cabo de unos días el hijo recuperado debió dedicarse al trabajo cotidiano, y comer una comida normal. Eso ilustra la manera en que Dios generalmente procede con sus hijos. Primero disfrutan un dulce período de felicidad, como cuando el apóstol Juan pudo recostar su cabeza contra el pecho de Jesús (Jn.13:23), o cuando María Magdalena lo pudo tocar y contemplar su sublime rostro (Jn.20:16-17). En tales momentos los “amigos del esposo” no pueden “ayunar”. “Más vendrán días, cuando el Esposo les será quitado; entonces, ayunarán” (Lc.5:34). Entonces San Juan no podrá seguir recostado contra el pecho de Jesús y María Magdalena no lo podrá tocar más. Todos los cristianos tienen que pasar

por esto. Se verifica lo dicho por Lutero: "Cuando crece la fe, decrecen los sentimientos". Éstos bien pueden distinguirse del primer amor.

Pero, ¿en qué consiste entonces el amor? ¿Cuál es su esencia? De qué fuente nace y de qué factor depende? En el caso de María Magdalena, nació únicamente "porque sus muchos pecados le fueron perdonados". Consistió en reconocer lo indispensable que era Jesús, para su angustiada lucha contra el pecado; y en lo amable y precioso que era el Salvador, que la redimió de sus pecados. Esto es lo principal: Lo indispensable y precioso que llega ser Jesús. "Cuando abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (Ro.5:20).

Ya no se puede concebir nada más precioso -en el cielo o en la tierra- que el Salvador, de quien procede toda gracia. El amor se hace tanto más fuerte, cuánto más indispensable y precioso se vuelve el Salvador, aun cuando los sentimientos sean más débiles. Recuerda esto, y podrás distinguir entre el primer amor y los primeros sentimientos. El amor es más fuerte, cuanto más precioso se torna el Salvador, a pesar de que los sentimientos se debiliten. Eso no lo entienden los que hacen depender el cristianismo de las emociones pasajeras, y no de las bendiciones reales. Sí lo entienden, los que toman realmente en serio al pecado y a la gracia del perdón.

Cuando pensamos en el contexto en el que Cristo pronuncia sus palabras para el ángel de Éfeso, notamos lo que el Señor desea decirle: "Tus acciones, tu trabajo por amor de mi Nombre, tu sufrimiento y tu paciencia, tu inteligencia y tu capacidad de distinguir los espíritus, y aún más: el bienestar de mi Iglesia, la promoción de mi Reino, la pureza de mi doctrina... todo eso te es precioso e importante. Sólo que Yo, como tu Propiciador y Defensor, ahora valgo menos para ti. Yo y mis actos, Yo mismo, en mis ropas manchadas con la sangre de mi expiación, ya no soy tan indispensable y precioso para ti como en los primeros días de nuestra comunión. Ahora tú ya no sientes la necesidad de arrojarte más a mis pies como entonces, como un pobre pecador, implorando los favores de mi sacrificio, los méritos de mi sangre, el perdón de tus pecados. Ahora te satisfacen tus propias virtudes, tu hermoso cristianismo, tus múltiples actividades..."

Todo esto quiso decir Cristo, cuando detalló así los méritos de esa persona, pero agregó: "Sin embargo tengo contra ti, que has abandonado tu primer amor".

25. **Estad, pues, firmes en la libertad con que Cristo nos hizo libres, y no estéis otra vez sujetos al yugo de esclavitud.** Gá.5:1

Aún sinceros cristianos, que ignoran la esencia de la vida espiritual, piensan que esta exhortación no es muy importante. Creen que el apóstol se refiere a un problema que afectaba solamente a los Gálatas y no quieren que se les predique hoy en día al respecto. No entienden que su vida espiritual corre peligro si su conciencia vuelve a quedar sometida al yugo de la Ley. ¡Quiera Dios despertar a todas esas personas de su fatal error! El apóstol tiene una opinión muy firme sobre esta cuestión. Recalca tanto la importancia de este tema, que advierte: -Si pierdes la libertad de tu conciencia y vuelves a dejarte dominar por la Ley... si nuevamente procuras justificarte ante Dios por medio de tus propias obras... o si esperas merecer la vida eterna en base a tu santificación, por la obediencia a la Ley... entonces eres "hijo de la esclava", y aun después de todo tu servicio, serás echado afuera.

En asuntos espirituales, nuestra naturaleza está fuertemente inclinada hacia la autojustificación, la exaltación personal y la egolatría. Esa falsa presunción proviene del diablo y se originó en la humanidad con la caída en el pecado.

Por eso no hay nada más ofensivo para la razón humana, ni más lesivo para el corazón carnal, que oír que somos totalmente incapaces de redimirnos a nosotros mismos, y que estamos completamente perdidos, de modo que nuestra salvación es enteramente un don de Dios, de su gracia mediante Cristo. Cuando comprendemos esto, también entendemos que el peligro de volver a someternos a la Ley no es tan pequeño, como piensan los ignorantes. Y nuestro enemigo, el diablo, sabe muy bien que a pesar de todo el daño que nos pueda hacer, no puede perjudicarnos definitivamente, en tanto que perseveremos en la fe. La muerte espiritual ocurre cuando nuestro enemigo logra desviarnos del amor de Cristo, en pos de nuestras propias obras, bajo el yugo de la Ley e incredulidad. Cuando nos arrebatara la confianza que teníamos en el Hijo de Dios. Sí, la muerte espiritual puede haber ocurrido, aun cuando externamente conservemos una vida muy recta y piadosa. Podemos afirmar sin lugar a dudas, que el objetivo último de todas las tentaciones del diablo es arrebatarnos nuestra adopción de Dios, "la libertad con que Cristo nos hizo libres" (Gá.5:1), y someternos nuevamente al yugo de la Ley y a la incredulidad. Por esta razón el apóstol emplea la expresión: "estar sujetos al yugo de la esclavitud". Hay un "cazador" que quiere capturarnos. Si somos atrapados, caeremos bajo el yugo de la esclavitud; estaremos espiritualmente atados al pecado, al diablo y a la muerte.

En forma muy sencilla, el diablo puede someter a los cristianos menos experimentados a este yugo, con sólo recordarles que todavía son pecadores y que Dios odia y condena el pecado. Se vale de esas dos verdades, para desviarlos de la verdad principal. Primero, trata de

confundirlos diciendo que no deben considerarse verdaderamente cristianos, porque todavía están llenos de la corrupción que produjo la caída de Adán, y que se manifiesta de mil maneras: En pensamientos, sentimientos, malos deseos, palabras y acciones obscenas... en la negligencia para hacer el bien, la frialdad ante Dios y el prójimo; la indiferencia ante la Palabra y la oración, y cosas por el estilo. En segundo lugar, les recuerda que la Palabra de Dios condena todo eso (de lo que sin embargo no se pueden librar). Entonces -remata el tentador- ¿cómo podemos seguir creyendo que permanecemos en la gracia y en amistad con Dios...? La tentación a la desesperación e incredulidad se torna particularmente fuerte cuando el diablo subraya las palabras del propio Dios, que parecen condenarme. Y es que en la Biblia abundan terribles amenazas contra los indiferentes, impíos e hipócritas.

Como el mundo está lleno de esa gente, la Palabra de Dios debe contener muchas advertencias para ellos. Pero un alma escrupulosa e instruida por el Espíritu siente todo el mal que mora en ella misma y se dice: "Sí, personalmente soy negligente. Soy impío e hipócrita. Todo eso está en mi vieja naturaleza. Y sé que el diablo utiliza eso para liquidar y destruir mi pobre fe, pero no cederé". En segundo lugar, todo cristiano tiene que respetar, reverenciar y honrar los Mandamientos de la Ley. Y no sólo conocer, sino también hacer la voluntad de Dios. Sin embargo, a pesar de todo el bien que la gracia logró obrar en nosotros, sabemos que pudimos cumplir los Mandamientos de Dios. Entonces la Ley inmediatamente pronuncia su sentencia condenatoria sobre mi conciencia.

¡Ah, cuánta gracia y sabiduría, qué poderosa intervención y milagrosa ayuda divina se necesitan en tales momentos, para permanecer firmes en la fe y en la gracia de Dios!

Es necesario conocer profundamente el alcance del pacto de la gracia de Dios. Porque todas esas sentencias y amenazas les tocarán solamente a los que están separados de Cristo; o afectarán solamente al pecado y al hombre exterior. Pero no anularán para nada la gracia, en tanto que la persona siga unida a Cristo.

Por medio de su Ley, Dios puede querer castigar y corregir lo que está mal en mi vida. También puede querer reprender y mortificar mis pecados, por medio de penas y plagas externas. Pero al mismo tiempo seguiré disfrutando de la eterna gracia.

Dios está enojado solamente con mi enemigo, el pecado, al que también mi espíritu odia. Pero no está enojado conmigo. Unido a Cristo, estoy a salvo de la ira de Dios, y de todas las condenaciones y amenazas de la Ley. Disfruto de un perdón perpetuo, y ya estoy registrado en el cielo como hijo y heredero de Dios. Cuán necesario es considerar esta diferencia profunda y atentamente; dejar que los Mandamientos y las amenazas de la Ley condenen al pecado en nosotros, ipero que no afecten la confianza en nuestra adopción!

¡Cuán necesario es conservar nuestra confianza en la eterna gracia, por la fe en Cristo! ¡Eso es ser verdaderamente libres de la Ley!

26. **El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio, y vosotros limpios estáis, aunque no todos.** Jn.13:10

Algunos interpretan estas palabras como refiriéndose al bautismo. Otros, como refiriéndose al lavamiento por la fe en la sangre del Cordero. El significado es el mismo en ambos casos. Porque el lavamiento de nuestras almas en la sangre del Cordero se realiza primero en el bautismo, y se produce tanto por la fe, como por el bautismo (Mr.16:16; Hch.2:38).

De cualquier modo, se trata aquí de un "lavamiento" o "purificación" espiritual, como lo señala el propio Señor cuando dice: "Aunque no todos (estáis limpios). Porque sabía quién le iba a entregar". Judas era el único discípulo que no estaba limpio. Todo esto quedó más claro cuando Jesús dijo: "Ya vosotros estáis limpios por la Palabra que os he hablado". (Jn.15:3). Esto apunta a la fe, que cree en su promesa o Palabra, porque la Palabra no limpia a nadie que no tenga fe. Y esta fe, con todo lo que trae consigo, era lo que le faltaba a Judas.

Debemos recordar las palabras de Cristo cuando dijo: "El que está lavado está todo limpio; y vosotros limpios estáis". Jesús dijo esto a pesar de que -como verdadero Dios que es- percibía instantáneamente todas las flaquezas de sus discípulos, por las que tantas veces Él los debió reprender. Les dijo que estaban "limpios" a los mismos discípulos que esa noche pecarían tan deplorablemente, negándolo y abandonándolo cobardemente; caída e infidelidad que Jesús predijo esa misma noche, y de la que estuvo bien consciente.

De todo esto aprendemos que ante Dios existe otra pureza o justicia que esa pobre dignidad nuestra. Veamos ahora qué es la "justicia atribuida", la justicia de Cristo, que nos cubre y que es nuestra por la fe en Él.

Es la justicia de Dios, manifestada aparte de la Ley; una justicia o pureza que, aunque invisible para nosotros, sin embargo no es un simple sueño o un invento de nuestra imaginación, ni sólo cuestión de palabras, sino un hecho concreto y cierto. A los ojos de Dios es una gran realidad; una justicia y pureza verdadera. Cristo mismo la reconocerá como tal en el postrer día. Ahí verá pureza donde todo el mundo ve impureza, como ya les dijo aquella vez a sus débiles discípulos: "Vosotros ya estáis limpios". "Vosotros", sí, vosotros; así como estáis ahora aquí delante de mí..." Y del mismo modo, todos los que han sido lavados, los que creen y son bautizados, están limpios a los ojos de Dios, según el juicio de Cristo; aunque con frecuencia todavía ensuciamos nuestros pies (v.10), o sea: aunque nuestra propia conducta, nuestra justicia inferior y terrenal, muchas veces todavía falle, se muestre deficiente y necesite el lavado y la renovación diaria, por medio del arrepentimiento y de la fe.

Pero recordemos una vez más que, a pesar de todas las imperfecciones y deficiencias, los discípulos de Cristo -según la declaración del propio Señor- están completamente limpios.

Recordemos entonces que existe una real adjudicación de la expiación de Cristo, y una verdadera transferencia de su justicia; que a los ojos de Dios no es una falsa ilusión, una nube o una sombra, como lo es al criterio de nuestra corrupta razón. Aprendamos la verdad de lo que afirma el apóstol, cuando dice que Cristo no sólo purificó a su Iglesia “en el lavamiento del agua por la Palabra” (Ef.5:26-27), sino que también la convirtió en su esposa “gloriosa, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino santa y pura”.

Sí, sepamos que es muy cierto lo que enseñó Lutero cuando dijo que: “quien no quiere confesar que por la fe es santo y justo, y todo el tiempo está quejándose de ser un miserable pecador, se comporta como si dijera: No creo que Cristo haya muerto por mí, ni que yo esté bautizado y lavado, ni que la sangre de Cristo me haya limpiado o pueda limpiarme. No creo que ni siquiera una sola Palabra del testimonio de Cristo en la Escritura sea cierta...”

Con su sangre, ¡Cristo efectivamente lavó todos nuestros pecados! Y no sólo eso. Cuando con su sufrimiento y derramamiento de sangre primero nos libró de la culpa y del castigo del pecado, también obró y nos obtuvo su propia, perfecta justicia; y nos vistió públicamente en el bautismo las ropas de la salvación. Él no sólo nos libró del pecado; también nos hizo santos y justos ante Dios. En lugar de nuestra pecaminosidad, puso su justicia, de modo que podemos comparecer ante Dios no sólo libres de pecado, sino también justificados, lo cual necesitamos para disfrutar de la bienaventuranza eterna.

Con su ropa manchada de sangre Cristo obtuvo para nosotros, la ropa blanca de su justicia. Las Escrituras ilustran esto de forma gloriosa en numerosos pasajes. En Apocalipsis 19 se describe al Hijo de Dios como a un jinete montado en un caballo blanco, “vestido de una ropa teñida en sangre” (Apoc.19:13).

Pero también trae ejércitos consigo. Y sus seguidores, que atravesaron el valle de lágrimas con su Comandante, en toda clase de luchas y tribulaciones, también montan caballos blancos. Pero su vestimenta no está enrojecida. Están vestidos “de lino finísimo, blanco y limpio” (v.14). Y el v.8 explica: “El lino fino es la justicia de los santos”. Justicia que recibieron por el lavamiento en la sangre de Jesucristo, el Capitán de su salvación.

27. **"...cuanto querían" * Jn. 6:11 *** (La biblia que usó Rosenius dice: cuanto quería Jesús)

Cuando Jesús estuvo frente a una multitud de más de 5.000 personas en el desierto, sorprendió al pobre Felipe (su discípulo), preguntándole cómo podrían solucionar el enorme problema de alimentar a tanta gente. Jesús preguntó: "¿De dónde compraremos pan para que coman éstos?" (Jn.6:5). Pero, ¿qué comenta San Juan con respecto a esta pregunta? " ... decía esto para probarle; porque Él sabía lo que había de hacer". Prestemos atención a este ejemplo, en el que Jesús el Señor le dirige una pregunta tan desconcertante, a un perplejo y pobre discípulo.

Hoy en día el Señor ya no nos habla personalmente para probarnos. Sin embargo a través de ciertas experiencias que nos envía, nos hace la misma pregunta que le hizo a Felipe, desafiándonos igual que a él, como si estuviésemos a cargo de una multitud que no podemos abastecer. Pero San Juan dice expresamente que el Señor hace eso "para probarnos... porque Él sabe lo que habrá de hacer".

Y a nosotros frecuentemente nos sucede lo mismo que a Felipe y Andrés. No entendemos la intención del Señor, y comenzamos a calcular con toda prolijidad los recursos disponibles; no creemos que haya otra salida. No calculamos que con Jesús tenemos más de lo que se puede ver. Felipe razonó y calculó correctamente: "Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno de ellos tomase un poco" (v.7). Tal vez sabía que no había más dinero en la bolsa que administraba Judas. Andrés también quiso participar en la tarea y dijo algo todavía más insensato: "Aquí está un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos pececillos" y agregó: "mas ¿qué es esto para tantos?" (vs.8-9). Y eso era todo en cuanto a las posibilidades de los discípulos.

Pero el Señor tenía otra solución. Había llegado su hora, y ordenó a sus discípulos: "¡Haced recostar a la gente!" Y entonces comenzó a repartir -no cuanto tenían disponible los discípulos- sino cuanto Él quería. Eso es lo que ocurre con todas las pruebas de los hijos de Dios. Por lo general, en la hora de la prueba se calculan los recursos y reservas disponibles, y se llega a la misma conclusión: "¿Qué es esto, ante tantas necesidades?" Por eso tenemos que aprender la lección de esta historia bíblica. El Señor asigna a cada uno exactamente cuánto él quiere.

A Dios le cuesta absolutamente lo mismo enriquecernos o mantenernos pobres.

Tiene en sus manos toda la creación, y le resulta tan fácil hacer llover sobre nosotros las riquezas terrenales, como le resultó fácil cubrir el campamento de los israelitas murmuradores, de tantas codornices que hubo como medio metro de esas aves apiladas sobre la tierra... (Nm.11:31). Sin embargo, espiritualmente no tendríamos provecho, así como esa superabundancia de codornices no les sirvió a los israelitas. Pues el pueblo se dejó llevar por la codicia. "Aún estaba la carne entre los

dientes de ellos, antes que fuese masticada, cuando la ira de Jehová se encendió en el pueblo, e hirió Jehová al pueblo con una plaga muy grande". Comieron y fueron castigados con la muerte por su codicia. Por lo que hasta el día de hoy aquel lugar se llama "Kibrothataava", que significa "sepultura de codiciosos" (Nm.11:34). No murmuremos ni codiciemos, como codiciaron aquellos y fueron abatidos. ¿Acaso la superabundancia no trae aparejadas grandes tentaciones? Vean qué palabras más terribles pronuncia el Señor contra los ricos, por ejemplo en Mr.10:25: "Más fácil es pasar un camello por el ojo de una aguja, que entrar un rico en el Reino de Dios". O en Lc.6:24: "¡Ay de vosotros, ricos! porque ya tenéis vuestro consuelo". ¡Oh Dios, no nos metas en tentación!

Realmente, la felicidad del cristiano no consiste en poseer muchas cosas materiales. Por eso la Palabra de Dios nos dice: "Teniendo sustento y abrigo, ¡estemos contentos con esto!" (1 Tim.6:8). El Señor nos permitió orar solamente por el "pan nuestro de cada día" (Lc.11:3); o sea, por nuestras verdaderas necesidades materiales.

Dios preserve a todos los cristianos de una actitud de autosuficiencia, en la que crean no necesitarlo más. Cuán felices somos, en cambio, si vivimos como hijos que esperan el pan de cada día de su Padre celestial. Él jamás será un mal Padre. O ¿crees que Él puede defraudar a los hijos, que depositan su confianza en sus promesas y piden todo de Él?

Él mismo nos recuerda que si nosotros, siendo malos, no podemos ser tan depravados como para darle una piedra al hijo que nos pide pan, o una serpiente al que nos pide un pescado, ¿cuánto menos podrá comportarse así con sus hijos nuestro bondadoso Padre celestial? (Lc.11:11-13).

Dios mismo, nuestro piadoso y fiel Señor, nos enseñó a pedirle a Él nuestro pan de cada día; entonces, si creemos sus palabras y hacemos lo que Él nos enseñó hacer y se lo pedimos, ¿todavía dudaremos que Él nos lo dará, de una manera u otra? Claro que Él mismo decidirá, en su inmensa sabiduría y bondad, el mejor método, momento y modo de satisfacer nuestras necesidades. Pero siempre, con toda seguridad, nos dará nuestro pan de cada día, aunque para ello deba hacer milagros.

28. ¡Y no nos metas en tentación! Mt.6:13

Si oré con sincera fe en Jesús: “¡Perdónanos nuestras deudas!” y tengo la seguridad de que todo pecado ha sido perdonado; y si creo que Dios, por amor de su amado Hijo, ahora está reconciliado conmigo, entonces el mayor deseo de mi corazón necesariamente será no ofender de nuevo a mi piadoso Padre celestial. Por eso, en seguida suplicaré de corazón: “¡Y no nos metas en tentación!” “¡Ayúdame, Señor, a no pecar nuevamente contra ti!” Quien desea escapar al castigo del pecado, pero no se preocupa en absoluto por evitar el pecado mismo, demuestra que un espíritu falso lo domina.

Es característico de toda alma honesta, que aun antes de llegar a la fe salvadora, se sienta más ansiosa por vencer el pecado que por obtener el perdón.

Algunos, cuyas conciencias han sido despertadas, se confunden y anteponen la sexta petición del Padrenuestro a la quinta. Primero quieren verse librados del dominio del mal, y luego piden el perdón. Algo similar ocurre con los creyentes, especialmente si su espíritu es más legalista que evangélico. Por cada vez que piensan en el perdón, piensan diez veces en la forma de evitar el pecado. Y esto no es lo correcto. Porque el Evangelio del perdón tiene que llenar nuestro corazón, -si queremos tener el santo celo y el poder para vencer el pecado.

En la persona espiritualmente dormida y carnal, reina un espíritu falso, que no se aflige para nada por evitar el pecado. Pero eso no significa necesariamente que alguien, con tal de ser honesto, deja de ser carnal y de amar el pecado.

Además de la sinceridad, en el alma creyente se produce una acción distintiva del Señor; Dios crea un corazón santo y un espíritu dispuesto, que nos inspira temor ante la maldad de nuestra propia carne, y nos hace exclamar: “¡Señor, no nos metas en tentación, antes ayúdanos a combatir el pecado! ¡Ayúdanos contra la seducción de la propia carne corrupta, del mundo impío y del diablo engañador!” ¡Ah, que todos los que desean ir al cielo se examinen honestamente en la presencia de Dios, para ver si realmente se horrorizan ante la tentación y quieren combatir el pecado!

El Señor lo ve todo; conoce los secretos de cada persona. Sabe si tú, que lees esto, estás realmente ansioso por dejar tu pecado, o solamente quieres escapar del castigo...

Qué terrible oscuridad del corazón, que encanto de la vieja serpiente, cuando una persona no se asusta ni siquiera ante el majestuoso Dios, cuyos ojos son como una llama de fuego, que escudriña la mente y “discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Heb.4:12). Él sabe lo que quieres, si piensas en combatir realmente el pecado, o si prefieres seguir sirviéndole. ¿De qué le sirve la oración y la religión al que es tan deshonesto, que incluso al orar trata de mentir y engañar a Dios?

Es una hipocresía que alguien pretenda combatir muchos pecados,

pero exceptúe uno, su pecado favorito; o que trate de evitar las apariencias, pero no se ocupe del pecado oculto en el corazón; o que evite solamente el pecado que le causa problemas, mientras sigue disfrutando de los que le provocan placer, como la vida licenciosa. Lo mismo vale para la arrogancia espiritual, la presunción y el aire de superioridad, ya sea por el talento, la inteligencia, o el cargo público. El amor a esa sensación de poder es el mal más ponzoñoso y más opuesto a la gracia.

También se cae en una gran hipocresía al orar la sexta petición, cuando primero se dice: “¡No nos metas en tentación!” y luego uno se expone deliberadamente a la tentación.

Por ejemplo, uno sabe que en cierta compañía, en cierto lugar, con ciertas personas, habrá determinada tentación. Sin embargo, deliberadamente va allá, y antes de llegar incluso ora: “¡No me metas en tentación!” Eso equivale a “tentar al Señor” con ligereza. En ese caso, la oración solamente servirá para atraer el justo castigo de caer realmente en tentación; o es la manera de actuar de alguien que ya está sufriendo una tentación, que lo arrastra con mucha fuerza hacia su objetivo final.

Tú ya te conoces. Sabes lo débil que eres, y lo que efectivamente te conviene hacer en esa hora, es decir: Orar pidiendo fuerzas para escapar de la tentación.

Pues si no posees el poder para escapar de la tentación, menos poder aún tendrás para resistir al mal. Es una insensatez arrojar se deliberada e innecesariamente a los brazos de la tentación.

Muy diferente es el caso de los que, debido a su vocación terrenal, tienen que tratar con el mundo y moverse en la compañía de los impíos. Esto preocupa y aflige a muchas almas piadosas. Muchas veces tienen que suplicar esta petición con temor y mucha intensidad, teniendo presente que “el Señor sabe librar de tentación a los piadosos” (2 P.2:9).

También deben tener presente que sus hermanos en todo el mundo sufren tribulaciones parecidas, aun cuando el tipo de tribulación sea diferente (1 P.5:9).

Porque el creyente menos tentado por el mundo, generalmente es más tentado por su propia carne y por el diablo.

De diferentes maneras de acuerdo a las diferentes edades y experiencias espirituales, todos padecerán tantas tentaciones, que “con dificultad se salvan” (1 P.4:18). Toda actitud de autosuficiencia debe ser erradicada, y todos deben aprender a invocar de corazón únicamente al todopoderoso Dios.

29. **“Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás”.**

Sal.50:15

¿Tenemos fundamentos concretos para afirmar con toda seguridad que Dios nos oye? Sin duda, esta es una pregunta importante. Sí, claro que tenemos esos fundamentos. Si tan sólo abriésemos nuestros ojos, comenzaríamos a gritar de emoción al contemplar esas razones. Lo único realmente necesario es que Dios nos conceda su gracia y abra nuestros ojos, como lo hizo con el siervo de Eliseo, cuando éste se asustó ante los numerosos enemigos que lo rodeaban (2 R.6:17).

Todo fue solucionado luego de que Eliseo orara así: “¡Te ruego, oh Jehová, que abras sus ojos para que vea!” En el acto vio el monte lleno de gente de a caballo, y carros de fuego alrededor de Eliseo. También nosotros oraríamos llenos de confianza, si tan sólo tuviésemos nuestros ojos abiertos; si veríamos las razones que tenemos para confiar que Dios oye nuestras oraciones.

Permítanme señalarles solamente tres de las más importantes.

La primera razón, es que quien nos exhorta a invocarle en el día de la angustia es el propio Señor, nuestro Dios, quien además prometió: “Te libraré”, y agregó: “...y tú me honrarás”. Si Dios no nos hubiera prometido oír nuestra oración, nunca podríamos saber si realmente nos quiere oír. Habríamos quedado en la eterna duda. Pero no necesitamos quedarnos en la incertidumbre. Dios mismo nos ordena que acudamos a Él, y es su propia promesa la que nos asegura que Él nos oirá. ¡Pensémoslo! ¿Puede quedar en la incertidumbre algo que Dios mismo declara? ¿Quién, después de todo, es Dios? ¿Crees en Él? ¿Se puede confiar en Él? ¿Puede Él quebrar una sola de sus promesas? ¿Acaso no es más firme una sola Palabra de Dios que todo lo que ven nuestros ojos? Pídele a Dios que te abra los sentidos para comprender qué significa que Él mismo nos pida que lo invoquemos. Al final descubrirás que no hay nada en ti ni en tus oraciones que pueda obligar al gran Dios a concederte algún bien. Únicamente puede inducirlo a ello su propia palabra y promesa. Dios lo hace todo sólo por amor de su propio Nombre. Como lo dice tan acertadamente Lutero: “Si Dios mismo no nos hubiese ordenado adorarle y prometido atendernos, nadie podría obtener de Él ni la menor cosita con todas sus oraciones. Por eso, fíjate que tu oración no sólo esté correctamente formulada, que sea ferviente, insistente y ansiosa de bendiciones temporales y eternas, sino ante todo que esté bien afirmada y apoyada en las promesas de Dios. La oración será atendida (no importa lo breve y torpe que sea en sí misma), a causa del amor, la veracidad y la fidelidad de Dios. La palabra y la promesa de Dios hacen que tu oración sea aceptada, no tu devoción. Y obviamente, la fe en las promesas de Dios es parte de la debida devoción. Sin esa fe, toda devoción es puro engaño”.

¡Qué buen fundamento tenemos para orar con toda confianza, si en vez de escuchar a nuestros propios sentimientos, nos atenemos únicamente a las promesas de Dios!

La segunda razón para tener la certeza de que nuestras oraciones serán atendidas por Dios, radica en la convicción de que Dios es todopoderoso.

Expresamos esto en las significativas palabras al final de la oración del Señor, cuando decimos: “Porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos” (Mt.6:13). Palabras que no sólo deben ser una alabanza a Dios, sino también un poderoso aliento para nosotros, recordándonos que nuestro Padre celestial es el todopoderoso Señor y Rey, plenamente capaz de hacer todo lo que le pedimos, aun cuando nos parezca imposible. Necesitamos ese aliento, porque pensar que hay algo imposible para Dios es uno de los mayores obstáculos al orar. Es la actitud pagana en nuestro corazón, la que no quiere creer que Dios puede hacer más que nosotros. Después de haber buscado en vano la solución en nuestro propio poder y en el de otra gente, pensamos que nuestro problema no tiene solución alguna. En tales momentos hace falta la intervención de un Dios capaz de hacer más de lo que podemos hacer nosotros u otra gente. Pero, ¿tenemos tal Dios auxiliador? En la “oración del Señor” Cristo nos enseña a llamar así a nuestro Padre celestial; a decir: “Porque tuyo es el reino”, o sea: Tú eres todopoderoso, y un Rey absoluto sobre todas tus criaturas; Tú puedes ordenar a todas las leyes naturales y a todos los poderes espirituales. Por eso también puedes solucionar cualquier inconveniente y darnos todo lo que necesitamos para nuestra liberación.

La tercera razón para conservar la seguridad de que nuestras oraciones serán atendidas, o mejor dicho: La primera y última razón, después de todo, radica en nuestro Salvador; en el hecho, de que Dios lo entregó enteramente por nosotros. Radica en sus méritos, en su oración por nosotros, en su fidelidad, en toda su persona y obra. Esto, más que cualquier otra cosa, debe asegurarnos que todo lo que pedimos en su nombre, Dios ciertamente nos lo dará. Con esto se demuele inmediatamente ese poderoso obstáculo para nuestra fe, que es la conciencia de nuestra propia indignidad. Porque lo único que le agrada a Dios es el mérito de Cristo.

Jesús dijo: “Cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará” (Jn.16:23). Orar “en el nombre de Jesús”, es pedirlo todo por el mérito de Él, por su piedad, por el infinito valor de su obediencia y sufrimiento por nosotros. En Él todas las promesas de Dios son sí y amén (2 Co.1:20). Si oras en el nombre de Jesús, tu menor suspiro no puede ser en vano, ni puede la mayor indignidad de tu parte ser un obstáculo para que Dios atienda tu oración.

En Jesús todas sus promesas son “sí y amén”, ¡Oh Señor, abre nuestros ojos y fortalece nuestra fe!

30. Alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. Mt.5:16

¡Qué persona tan especial, para Dios y para la gente, es un cristiano ardiendo de celo por la justicia de la fe y por la gloria del Cordero! Aquél que se opone a la justificación ante Dios por medio de las buenas obras, ¡y no obstante es muy generoso; hace muchas buenas obras, y es diligente en servir al Señor! En él se da una conjunción genuina y maravillosa de fe y obras, que enferma tanto a Satanás, que éste quiere destruirlo, pues nada puede perjudicar más a su reinado. Nada confirma mejor y con mayor claridad la veracidad del Evangelio, nada cautiva y convence con mayor fuerza las mentes de los impíos para volverse a Dios, que el testimonio de una fe activa en buenas obras. En el verdadero cristiano hay una combinación aparentemente contradictoria: Por un lado, rechaza firmemente toda confianza en el mérito de sus buenas obras, para su justificación ante Dios; y por el otro lado, aprecia mucho todo tipo de buenas obras, y las produce en abundancia y con fervor. Es la luz con que todo verdadero seguidor de Cristo brilla ante el mundo.

Si eres celoso por la justificación mediante la fe, y por ser contrario a la salvación por obras y no te empeñas en hacer buenas obras, todos dirán: “¡Este se ha hecho un camino de salvación muy cómodo. Dice que solamente hay que creer, y que no es necesario hacer nada bueno!” Pero si tienes el testimonio de tus semejantes y vecinos, que eres una persona dispuesta y feliz para hacer buenas obras, -tú que tanto te burlas de ellas y las rebajas cuando alguien pretende convertirlas en méritos para justificarse -ante Dios, tendrán que concluir: “No, no es por su amor al libertinaje que habla contra el mérito de sus propias obras, porque con sus hechos demuestra lo contrario”. Así les taparás la boca a los que blasfeman contra la fe.

Por eso, son realmente muy valiosos los que tienen ambas cosas: El celo por el glorioso y exclusivo mérito del Cordero, y al mismo tiempo el deseo de hacer abundantes buenas obras. ¡Pidámosle a Dios que nos conserve con esa clase de cristianos en este mundo! Son ellos los que promueven con mayor poder el reino de Cristo y la excelencia del Evangelio. Por el contrario, qué difamación para al título de “cristiano” causa el que profesa una falsa “fe”; el que lleva una vida espiritualmente ociosa y estéril, éste le da motivos de burla al escarnecedor.

Quienes oyen su hermosa confesión de fe, pero al mismo tiempo ven su escandalosa conducta, se volverán con desprecio y dirán: “Si eso es ser un cristiano, cualquiera puede serlo...” etc. Así, los paganos encontrarán fuertes motivos para seguir rechazando la Palabra de Dios, y despreciando el llamado al arrepentimiento y a la conversión. Lamentablemente, encontrarán esos motivos en un “cristiano” cuyo

testimonio, por el contrario, debiera haberle servido para despertarlo y llevarlo a la fe.

Ah, qué sentencia demoledora para la conciencia, cuando tu tiempo de prueba llegue a su fin; cuando ya no haya oportunidad para mejorar el testimonio y se te pida rendir cuenta de tu mayordomía, “porque ya no podrás seguir siendo mayordomo” (Lc.16:2). Qué dolorosa agonía será recordar cuántas veces oíste el Evangelio del amor y del sacrificio de Cristo, y cuántas veces pretendiste creer y servirle, y sin embargo no quisiste vivir para Él y para su gloria, sino solamente para ti mismo, idándole todos los gustos a tu naturaleza carnal! Entonces tendrás que reconocer la mala influencia que recibieron de ti los que vivieron contigo durante el tiempo de gracia, sólo por tu mala conducta.

Sí, entonces confesarás suspirando: “Ah, es cierto que mis hijos y criados oyeron mis buenos consejos, pero también vieron mi conducta escandalosa, mi vida pecaminosa... Por eso no tomaron en serio mis buenas enseñanzas. Mis hijos salieron de casa convencidos de que los que hablan mucho de Dios, son hipócritas. Así aprendieron a despreciar la Palabra”. ¡Dios quiere salvarnos a todos a tiempo!

Es cierto que nadie puede estar completamente libre de los reproches de su conciencia, ni de esos “dardos de fuego”, que son las acusaciones de Satanás. Nadie es perfecto. Y menos aún podemos esperar que alguien en este mundo ciego nos haga justicia. Antes, sabemos que se burlarán hasta de la mejor conducta, como blasfemaron diciendo barbaridades contra el propio Señor de la gloria. Pero también debemos ser conscientes de la diferencia entre la debilidad carnal, de la que el creyente se arrepiente y trata de superar; y por otro lado, la vida impía del falso cristiano, que permite que su naturaleza carnal lo gobierne y asfixie su vida espiritual. Es por culpa de esta gente que los infieles blasfeman el Evangelio.

Si lloras y deploras tus faltas, le das gloria a la santidad de Dios, y evitas que su Evangelio sea escarnecido por culpa de tus transgresiones. Si luego recuerdas la relación entre el celo por la justificación por la fe, y el fervor por las buenas obras, demostrarás verdadera fe.

Pero si hablas todo el tiempo de tus buenas obras, de modo que éstas y lo que tú haces por Cristo, y no lo que Él hizo y hace por ti, son el principal tema de tu conversación, entonces hay motivos para temer que la esperanza de tu corazón y el fundamento secreto de tu fe, no es Cristo, sino tu propio mérito; porque “de la abundancia del corazón habla la boca” (Mt.12:34). Nuestra canción debe exaltar “al Cordero que fue inmolado y nos ha redimido para Dios con su sangre” (Ap.5:9). De esa fe en Cristo y del amor a Él, proceden las buenas obras. Así Cristo recibe toda la gloria, y Su nombre, no el nuestro, será exaltado y santificado.

1. **Y el efecto de la justicia será paz.** Is.32:17

Martín Lutero dijo: “Una conciencia realmente buena, tiene paz cuando Dios está cerca, pero teme cuando Dios parece estar lejos”. Los creyentes se sienten consolados cuando Cristo se revela en la Biblia. Los incrédulos al contrario, le temen.

Cuando vemos a Cristo en la Biblia, los creyentes nos tranquilizamos. Pero a los incrédulos les horroriza el solo pensamiento de que sea cierto lo que las Escrituras dicen de Jesucristo. ¡Por favor, préstale mucha atención a esta característica! Es un claro indicador de tu verdadera situación frente a Dios. Si sueles presentarte ante el trono de gracia, para confesarle a Dios tus culpas y buscar el perdón por medio de Jesús, eso demuestra que estás reconciliado con el Juez. Pero si te mantienes alejado de Dios y no le hablas de tus pecados, eso demuestra lo contrario...

Las cosas no estaban en regla con el rey David mientras se mantenía alejado de Dios, sin confesarle su pecado de adulterio y homicidio. Pero por el contrario, tan pronto confesó y obtuvo perdón, recobró tanta paz que pudo cantar lleno de alegría: “Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada” (Sal.32:1).

Por eso David dijo que los santos deben confesar sus pecados, para que “en la inundación de muchas aguas, éstas no lleguen a él” (Sal.32:6). Y con eso nos da a entender que la paz de los santos no radica en el hecho de que no tengan ninguna culpa, sino sólo en el hecho de que confiesen sus pecados y obtienen perdón. La paz de la conciencia depende directamente del perdón de los pecados.

Pero no todas las veces que Dios nos abandona significa que esté enemistado con nosotros. Como se puede deducir fácilmente de los salmos de David y de la historia de todos los santos, Dios también puede afligir y angustiar a sus hijos, de modo que no sientan otra cosa que el enojo de Dios contra ellos, lo cual los hace temblar y clamar con el corazón en agonía.

Notemos, sin embargo, la diferencia: Esto último es algo temporal y transitorio. La verdadera vida del cristiano es de paz y confianza en Dios. Como dice el apóstol: “El ocuparse del Espíritu es vida y paz”. Y también: “...no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Ro.8:6; 8:15).

Los hijos de Dios aún sienten temores de vez en cuando, porque aún caen en pecado y por debilidad de su fe. Y a veces también por las duras aflicciones de parte de Dios. Sin embargo, no hay nada malo en eso, mientras su vida en general sea la de fieles reconciliados, como lo demuestra la historia de los santos. Por el contrario, sería una señal bastante extraña si la fe y la paz de los fieles nunca se viese sacudida por adversidades como las mencionadas.

Es muy diferente cuando alguien vive normalmente alejado de Dios en la vida real y se estremece con el solo pensamiento del Juicio. Eso evidencia un espíritu falso y enemistado contra Dios. Esa es la razón por la que “los impíos son como el mar en tempestad, que no puede estarse quieto... No hay paz para los impíos” (Is.57:20-21).

La mayoría de los incrédulos están tan profundamente dormidos y embelesados por una paz falsa, que “saltan al son de tamboril y la cítara, y se regocijan al son de la flauta. Pasan sus días en prosperidad, y en paz descienden al Seol”, como dice Job 21:12-13.

Sin embargo, otros se dan cuenta de su estado de enemistad contra Dios y tienen un secreto presentimiento de lo que les espera. Estas personas pueden tratar de tranquilizar sus conciencias haciendo obras de caridad, ceremonias y ritos religiosos. Pero el solo pensamiento del Juicio venidero y de la eternidad los inquieta siempre de nuevo. Nunca pueden estar seguros de haber hecho lo suficiente para salvarse. Siempre temen que todavía les falte algo por hacer. A veces sueñan que en el futuro todo será mejor. Otras veces tratan de reducir los requisitos de Dios y de acomodarlos a su estado de vida, y así se atreven a esperar un juicio favorable. Es como si su alma estuviese flotando hacia arriba y hacia abajo en las olas de un embravecido mar, y como si Dios les dijese: “¡No tienen paz!” Y cuando de pronto la muerte, la eternidad o la presencia del Señor les abren los ojos, se quedan aterrados.

Así le va a la mayoría. Parece que tienen paz, mientras no perciben ninguna señal de Dios; pero en el momento en que toman conciencia de la proximidad del Señor, se acaba su paz. ¡Qué estado tan infeliz!

Quiera cada cual examinarse y preguntarse con toda sinceridad: ¿Estoy en paz con Dios? ¿Busqué y hallé la reconciliación en Jesús? ¿Puedo presentarme ante el Juez Supremo en este momento? En general, ¿tengo más paz cuando Dios parece estar cerca, y en cambio sufro cuando siento su ausencia? ¿O para poder estar en paz necesito olvidarme de Dios? Las respuestas a tales preguntas revelarán nuestro estado espiritual.

2. **Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia.** Ro.5:3

Debemos prestar atención a la palabra “sabiendo”, pues precisamente de este “saber” depende que una persona sea capaz de gloriarse en la tribulación.

Nadie es de por sí “gozoso en la tribulación” (2 Co.7:4), si no sabe algo más de lo que se ve y se siente en ella. La tribulación misma no es algo alentador. Y los cristianos no son de piedra, como para no sentir las penosas impresiones del dolor. Particularmente los salmos de David dan testimonio de la sensibilidad de los santos en materia de sufrimientos. Si solamente tengo en cuenta lo que se ve y se siente durante el sufrimiento, ciertamente no puedo gloriarme en la tribulación. Siempre tendría razones para estar deprimido y desesperado.

Por eso es necesario que “sepamos” algo más. Que sepamos, por lo menos en parte, lo que la tribulación significa, y también algo con respecto a lo que ella produce en nosotros. Algunos cristianos quedan muy desanimados y desconsolados frente a un accidente o una adversidad temporal. Así sucede normalmente con los que no saben más acerca de la tribulación, que lo que ven y sienten. No debe ser así con nosotros. Los cristianos debemos ver más allá de lo que perciben nuestros ojos naturales. Nosotros sabemos algunas cosas exclusivamente porque nuestro Padre celestial nos las reveló. Si no vemos nada consolador en el sufrimiento, significa que no creemos en lo que nuestro Padre celestial dice acerca del mismo. Reflexionemos un poco en lo que nuestro Señor Jesucristo nos enseña al respecto. En primer lugar dice que nada nos sucede -ni siquiera la caída de un cabello de nuestra cabeza- sin la expresa voluntad de nuestro Padre en el cielo. De modo que cada sufrimiento o adversidad, grande o pequeña, nos ha sido asignada por nuestro piadoso y sabio Padre celestial. ¿Puede haber algo más consolador? ¿Y qué más dice acerca del propósito de todas esas amargas pruebas que nos envía? El apóstol nos dice en nuestro texto, qué produce la tribulación. Pero veamos primero los propósitos de Dios cuando nos disciplina.

Dice en Pr.3:12: “Jehová al que ama castiga”. ¡Recordemos bien esa palabra! Lo mismo dice el apóstol: “Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos” (He.12:7). En efecto, el apóstol le da tanta importancia a esta señal de adopción, que agrega palabras dignas de reflexión: “Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos” (v.8). Qué fuente inagotable de aliento en todas las tribulaciones, podemos tener al recordar estas dos grandes verdades: Primero, que todo lo que nos sucede, bueno o malo, grande o pequeño, nos fue enviado por nuestro Padre celestial; y segundo, que cualquier pérdida o disciplina que nos asusta y preocupa a los que vivimos por la fe en nuestro Señor Jesucristo, es un testimonio del cuidado paternal de Dios sobre nosotros. Es una señal de nuestra adopción y de nuestra

preparación para el cielo. Las plagas de los que todavía no están convertidos se deben únicamente a su depravación. Y para ellos hay algo todavía peor esperándolos, si no se arrepienten. Pero si buscaron la gracia y la salvación por medio de la fe en Cristo, pueden consolarse sabiendo que en todos sus sufrimientos cuentan con la benignidad de Dios. ¿Acaso no es una rica fuente de consuelo saber esas cosas?

Aparte de eso, otro gran motivo de consuelo es considerar los efectos saludables del sufrimiento. El apóstol dice que “la tribulación produce paciencia”. La palabra “paciencia” no se debe interpretar sólo como dócil resignación al sufrimiento. En el original, esa palabra significa ante todo “firmeza, perseverancia en todo lo bueno, madurez y constancia en el cristianismo, y fidelidad hasta el fin”. Tales son las virtudes que el sufrimiento produce en los cristianos. Por otro lado, el sufrimiento hace que los infieles abandonen sus principios, que protesten contra Dios y lo maldigan. Y entre los que han recibido la Palabra con alegría, pero sólo superficialmente -los que tienen pocas raíces la tribulación hace que dejen la fe. Pero los que realmente echaron raíces en el Evangelio de Cristo, con la tribulación se vuelven tanto más firmes, profundos y serios en la piedad.

Lo que el apóstol señala aquí se puede ver muchas veces en una congregación cristiana. Por ejemplo, a veces un cristiano joven y poco experimentado, a pesar de tener verdadera vida espiritual, todavía es bastante vacilante e inseguro. La sensualidad y el amor al mundo lo llevan lejos del camino recto. Los hermanos en la fe se preocupan y se preguntan: ¿En qué terminará esto? Pero de pronto Dios acude en ayuda y le impone una pesada carga a esa alma despreocupada y vacilante. Puede ser una prolongada aflicción, una amarga pérdida para toda su vida, un continuo problema de salud, pobreza material o una humillante y persistente tentación. Y de ahí en más, esa alma anteriormente sin firmeza y convicción, se vuelve mucho más piadosa y firme; estudia más profundamente las enseñanzas de la Biblia, lucha con mayor fervor en la oración, desconfía cada vez más de sus propias ideas, etc., etc. La tribulación produce perseverancia; y especialmente, paciencia.

Otro cristiano, al que todo le salía bien, se vuelve impaciente y lleno de pretensiones. Ante la menor adversidad se quejaba y protestaba contra Dios y los hombres. Pero a través de un largo período de sufrimientos se volvió tan paciente y adoptó una actitud tal de contentamiento, que terminó pensando que Dios y la gente eran demasiado buenos con él. Para seguir siempre el camino que Dios nos traza, hace falta paciencia en un sentido superior. Si deseamos perseverar en todas las pruebas de la lucha espiritual, necesitamos una paciencia muy especial, como lo declara el Señor Jesucristo: “Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas” (Lc.21:19). Y para nuestro consuelo podemos recordar que las tribulaciones producen esa clase de paciencia.

3. **Mucho más, estando ya justificados en su sangre, por Él seremos salvos de la ira.** Ro.5:9

Estas son palabras poderosas, que como una palanca, pueden remover las piedras más grandes de los corazones creyentes. El apóstol dice: Si Dios nos amó tanto cuando éramos aún pecadores, sin redención ni justificación, y por su libre voluntad entregó a su Hijo unigénito a la muerte por nosotros, cuánto más seremos salvos por Él de la ira ahora, idespues de que hemos sido justificados por su sangre! ¡Sin duda, esta es una conclusión muy importante y consoladora! Ese es precisamente el consuelo que todos los fieles necesitan en un modo muy especial; porque lo que más preocupa a las almas alarmadas, que reconocen su pecado, es el temor de que Dios vuelva a enojarse con ellos; que Él permita que les sucedan desgracias y finalmente las condene.

Es muy consolador que el apóstol encare esas preocupaciones y que pregunte con toda determinación: “Si Dios, movido por el amor de su corazón hacia los hombres, hizo tanto mientras estábamos sin redención y sin justicia, que hasta entregó a su amado Hijo a una sangrienta muerte por nosotros, ¿es posible que ahora, cuando ya fuimos justificados por la sangre de su Hijo, pueda revocar su gracia y comenzar a juzgarnos y a tratarnos de acuerdo a nuestros méritos y a la Ley? ¿Por qué entregó entonces a su Hijo para morir por nosotros? Jesús mismo dice: “Dios no envió a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por Él” (Jn.3:17).

Dios entregó a su Hijo con la intención y el pensamiento de que nosotros fuésemos salvos por medio de Él; y por consiguiente, para que los que creeríamos en Él ya no fuésemos juzgados conforme a la Ley. Es totalmente imposible que Dios ahora actúe de un modo contrario al amor de su corazón y a su eterno plan de salvación por medio de nuestro Señor Jesucristo. Es solamente en nuestros propios corazones donde surgen tales pensamientos acerca de la ira de Dios.

Y es el “padre de toda mentira” (Jn.8:44) quien sembró esas falacias allí. El corazón de Dios rebosa de gracia para quienes creen en su amado Hijo.

El amor de Dios no se terminó cuando estábamos sin redención ni justificación y Cristo dio su vida por nosotros. Al contrario, precisamente porque su Hijo murió por nosotros, Dios no puede dejar de amarnos, ahora que ya fuimos redimidos. El apóstol afirma que los que creemos en Jesús comparecemos ahora en condición muy distinta ante Dios; es decir, en condición de justificados.

Dice: “Si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo... “Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por Él seremos salvos de la ira”. “Estando reconciliados, seremos salvos por su vida” (Ro.5:9,10).

Notemos lo que dice el apóstol: “Ahora ya estamos justificados”. ¿Acaso no nos amará ahora, el que ya nos amó cuando aún éramos pecadores culpables y perdidos? Que ahora estemos justificados quiere decir que ya no somos más culpables ni reos de castigo ante la Ley. ¿Cómo llegamos a ser inocentes? El apóstol responde: “Justificados por su sangre”.

No se debe a nuestra piedad ni a ninguna buena obra de nuestra parte; tampoco se debe sólo a la bondad de Dios, en el sentido de que Él decidió olvidar las demandas de su Ley. ¡No! Nuestra justificación ocurrió por medio de la sangre de su Hijo Jesucristo. Se requirió sangre. ¡Y nada menos que la sangre del Hijo de Dios!

En Ro.5:1 el apóstol emplea la expresión: “Justificados por la fe”, y aquí dice: “Justificados por la sangre de Cristo”. En estas palabras vemos que no somos justificados por la fe en sí, como si la fe fuera una buena obra o una virtud de nuestra parte, por medio de la cual merecemos la salvación. No, sino que somos justificados por medio de la fe porque el objeto de la fe es la redención lograda por Cristo. La fe es como la mano que acepta y recibe el regalo de la salvación que Cristo obtuvo con su sangre.

Que nadie piense que Dios sería capaz de dejar de exigir el cumplimiento de su santa Ley, ni siquiera de una jota o una tilde, para justificar a alguien. No, los santos juicios de Dios son tan sagrados e irrevocables, como su amor.

Las palabras “por su sangre” nos recuerdan seriamente qué terrible maldad es el pecado; cuán severa es la Justicia de Dios, y cuán implacable es la sentencia del que advirtió: “El día que comieres (del árbol de la ciencia del bien y del mal), ciertamente morirás” (Gn.2:17).

Si Jesucristo no hubiese derramado su sangre, y si no hubiese entrado al lugar santísimo con la misma, tampoco habría obtenido para los pecadores una “eterna redención” (He.9:12). Como “la vida está en la sangre” (Lv.17:11), la sangre de Cristo es tan válida como su muerte, con la que cumplió su obra redentora. Por eso toda la Escritura describe “la sangre de Cristo”, “la sangre del Cordero”, como el precio pagado por nuestro rescate, como nuestra redención.

Nuestro gran Mediador y Sumo Sacerdote cumplió así todas nuestras obligaciones, conforme a la Ley. Regocijémonos y glorifiquemos a Dios, creyendo y profesando real y sinceramente, que gracias a eso somos justos de acuerdo a la Ley. No debido a una justicia imaginaria e ilusoria, sino plenamente, de acuerdo a todos los requisitos de la Ley y del significado de la palabra: “Justicia”. Como dice el apóstol Juan: “La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Jn.1:7).

4. **Mi sangre... derramada para remisión de los pecados.** Mt.26:28

De estas sagradas palabras aprendemos que, tanto nuestros pecados, como nuestras buenas obras, fueron sumergidos en el Mar Rojo de la sangre de Cristo. Hasta los pecados más graves perdieron allí su poder de condenarnos; y también los más grandes méritos de nuestras buenas obras perdieron allí su poder para justificarnos.

No quiero hablar más de mis méritos, porque el propio Hijo de Dios debió sufrir la muerte para rescatarme. Ahora quedó aclarado que ya no hay pecado que impida mi justificación ante Dios, ni hay buena obra que merezca que yo sea perdonado. Quedó aclarado que ante Dios ya no hay nada que le impida, ni siquiera al más hundido pecador, acercarse en cualquier momento al trono de la gracia para recibir, por los méritos de Cristo, la absolución y justificación que Él obtuvo en el gran Día de la Expiación, y que desde entonces está a nuestra disposición.

A pesar de la desgracia e indignidad causadas por el pecado, no es necesario que primero lleguemos a ser otras personas para poder acercarnos a Jesús. Todo ya está preparado, ya está hecho. Podemos presentarnos en cualquier momento, tan pecaminosos e indignos, cultos o ignorantes, fríos o fervientes, duros o conmovidos, celosos o despreocupados, limpios o sucios... tal como somos; ¡y podemos recibir todo lo que nos falta, como un regalo de Jesucristo!

Si no fuese así, si primero tendríamos que adquirir ciertas buenas cualidades o virtudes para merecernos la benevolencia de Dios, entonces la bondad y justicia divinas ciertamente no se nos darían solamente gracias a Cristo, "sin obras" y "aparte de la Ley", como afirma la Escritura (Ro.4:6; Ro.3:21).

El arrepentimiento, la penitencia y la fe nunca se necesitan para mover la voluntad de Dios a conceder su gracia. Los necesita sólo el corazón del propio pecador, para demostrar su voluntad de recibir la gracia. Y cuando su mayor aflicción, su mayor necesidad y su único consuelo es poder acercarse a Cristo, entonces ya hay suficiente arrepentimiento, penitencia y fe para obtener el perdón del Salvador Jesús. Pero préstese mucha atención a las palabras: Mayor aflicción, mayor necesidad y único consuelo. ¡Que nadie se engañe!

Más aún, mientras permanecemos "en Cristo", o sea mientras Jesucristo con su obra redentora, con sus méritos, su gracia y su bondad sigue siendo la necesidad o el consuelo de nuestros corazones, también seguimos conservando siempre la misma, única e invariable gracia y justicia de Dios, tanto en momentos de gloria, como en momentos de debilidad; cuando obtenemos poder para realizar algo bueno, y cuando caemos en algún desliz y pecado. Si no fuese así, si fuésemos más justos y absueltos ante Dios en los momentos en que somos más piadosos y decentes, y menos justos en los momentos en que somos menos piadosos, entonces creeríamos que obtenemos la justificación, al menos parcialmente,

a causa de nuestras buenas obras o de nuestro buen comportamiento, y sólo en parte por los méritos de Cristo. Y eso ciertamente sería menospreciar a Aquel que con su propia sangre nos lavó nuestros pecados (Ap.1:5), y menospreciar a la Sagrada Escritura, que repudia tan categóricamente la ilusión de la salvación por obras y repite tantas veces las palabras “por gracia”, “por Jesucristo”, “por medio de su sangre”, “por fe”, “no de vosotros”, “no conforme a nuestras obras”, “aparte de la Ley”, etc.

En resumen: Puesto que llegamos a ser y permanecemos justificados sólo por los méritos de Cristo, sin ninguna contribución nuestra con obras de la Ley, la consecuencia natural es que somos así en todo momento, en tanto permanecemos creyendo en Cristo. Nosotros cambiamos, para mejor o peor; nuestra conducta exterior y nuestras intenciones interiores cambian.

Pero la justicia de Cristo no cambia. Entonces, si la justicia de Cristo llegó a ser la nuestra, tampoco cambia la justicia con la que nos presentamos ante Dios.

Nuestras obras no son sólo las de nuestras manos sino todo lo que podemos realizar con el cuerpo y el alma. Principalmente las cuestiones básicas del alma y del corazón que trata el primer Mandamiento de la Ley, es decir, los pensamientos y deseos, tales como el amor, la indiferencia, el remordimiento, la terquedad, la devoción, las ideas buenas y malas etc., todas pertenecen al rubro de “nuestras obras”. Y si nuestra justicia consiste de ellas, aunque fuese solo parcialmente, ya no consiste únicamente de la justicia de Cristo. Si en cambio consiste sólo de la justicia de Cristo, pues bien, entonces ya no puede consistir, ni siquiera en parte, de nuestras obras, como también observa el apóstol: “Si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia. De otra manera la obra ya no es obra” (Ro.11:6). El apóstol descarta sumariamente esto diciendo: “No desecho la gracia de Dios; pues si por la Ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gá.2:21).

5. Tardándose el esposo, todas (las vírgenes que lo aguardaban) cabecearon y se durmieron. Mt.25:5

Estas palabras de Cristo acerca de las diez vírgenes, tanto de las prudentes como de las insensatas, se verifican todos los días ante nuestros ojos, en la inconcebible somnolencia y tibieza general prevaleciente en el cristianismo. El mundo incrédulo está espiritualmente muerto, confiado y ciego. Los hipócritas se engañan a sí mismos, año tras año, con una falsa fe y una falsa esperanza.

Los cristianos espiritualmente despiertos se vuelven olvidadizos, somnolientos y negligentes. Se detienen a mitad de camino o recaen completamente en la muerte espiritual. Y la razón es que: “el esposo se tarda”. Jesús demora su regreso prometido. Esa tardanza se torna larga y tediosa. Los impíos progresan y disfrutan su prosperidad. Parecen felices, seguros y contentos. Al que teme al Señor y procura los bienes eternos e invisibles lo consideran “desequilibrado”.

Frecuentemente sufre desdichas y adversidades. Ante sus ojos y oídos ocurren miles de cosas atractivas y su corazón está siendo cautivado por el mundo.

Los impíos son admirados por millones, pero son relativamente pocos los que dan a los cristianos una palabra de ánimo o consuelo. Se descuida la Palabra de Dios y la oración. Este es “el día malo” y “la potestad de las tinieblas” (Lc.22:53), por eso el creyente cae en sueño e indiferencia. Y si duerme mucho tiempo, el aceite que una vez tuvo puede agotarse, mientras duerme profundamente, hasta quedar ciego y espiritualmente muerto.

El sueño y la frialdad, en el que caen a veces inclusive fieles cristianos, hace que los bienes espirituales y celestiales les parezcan triviales y poco importantes, mientras que los bienes materiales se les vuelven valiosos e importantes. Esto se manifiesta cuando un cristiano comienza a sentirse satisfecho y seguro consigo mismo. No se hace problemas por sus pecados, ni por la lucha del Espíritu contra la carne. No teme al enemigo de su alma; no está atento a los peligros de su propia naturaleza corrupta. Pedro estuvo en esa situación cuando declaró: “Aunque todos se escandalicen de Ti, yo nunca me escandalizaré”, y apenas pocas horas después negaba a su Señor (Mt.26:33).

David pasó por lo mismo cuando subió a la terraza de su palacio y echó miradas codiciosas sobre una mujer, sin temer ningún peligro (2 S.11:1-12). Cualquier cristiano es así cuando no se empeña en crecer cada vez más en todo lo bueno; cuando la gracia de Dios en Cristo Jesús ya no deleita su corazón; cuando le perdió el gusto a la oración y a la Palabra de Dios... Lo que caracteriza a un espíritu honesto y distingue a un creyente fiel de un cristiano muerto, es que el primero se preocupa enseguida cuando nota que está empezando a sentirse satisfecho consigo mismo; y tan pronto como nota la mirada acusadora de su Señor sobre él, “sale y llora

amargamente" (Mt.26:75). O si se excede y su vida se vuelve licenciosa y Dios tiene que aplicar frenos externos de disciplina y castigo, o censurarlo por medio de otro cristiano, como el profeta Natán censuró a David (2 S.12:1-15), él lo acepta para su propio bien, toma la advertencia o castigo a pecho, confiesa su pecado y dejadez y desea volverse a Cristo.

Por el contrario, es señal de muerte y ceguera espiritual cuando la persona sigue dormida y despreocupada; y es señal de un cristianismo falso cuando una persona no acepta advertencias, y queda confiada y contenta consigo misma. O persevera conscientemente en su pecado, lo niega, oculta y defiende, como lo hizo Judas Iscariote (Lc.22:3-6); o procede como las vírgenes insensatas, guardando externamente las apariencias de las vírgenes prudentes, pero careciendo en lo profundo del corazón de la verdadera vida y piedad de los fieles, dejando que todo siga por algún tiempo así, en silencio, hasta que sea tarde y se cierre la puerta (Mt.25:10b). ¡Ah, qué condición más terrible, cuando una persona queda incapaz de examinarse seriamente a sí misma, incapaz de detenerse y repensar asuntos tan trascendentales, incapaz de desconfiar de su propia naturaleza! Pero, lamentablemente, así es la naturaleza humana, sufriendo una terrible consecuencia de la muerte que habría de ser la paga de la caída: "Ciertamente morirás" (Gn.2:17). Y se cumple lo que está escrito: "No hay temor de Dios delante de sus ojos" (Ro.3:18). Oyen, leen, y saben que muchísimas personas se engañan con sus propias suposiciones y se meten en problemas; sin embargo, no tienen miedo de engañarse también así mismas.

Leen y oyen acerca de las señales características de su condición, pero no prestan atención y se distraen rápidamente con asuntos secundarios.

Lutero expresa una gran verdad cuando dice: "Quien no teme por su propio bien, tiene motivo para temer". Debería asustarse. Si una persona ya no es capaz de temer o desconfiar de sí misma; si vive en un pecado secreto y favorito, sin considerarlo peligroso; si piensa que no vale la pena considerarlo pecado y si está satisfecho consigo mismo y con su piedad personal, muestra las terribles señales de una secreta muerte espiritual, que son el preludio de miseria eterna.

El espíritu del temor de Dios es sin duda la señal característica de un cristiano verdadero y despierto. En efecto, éste teme aun cuando no hay peligro. Sabe de su propia flaqueza. Tiene miedo de engañarse a sí mismo.

Nunca está satisfecho consigo mismo. Y cuando se siente espiritualmente somnoliento y olvidadizo, eso le preocupa muchísimo. Este espíritu de temor se manifiesta también en la debida vigilancia, y hace que la oveja se mantenga cerca de su Pastor y que los polluelos se refugien todo el tiempo bajo las alas de la gallina. Hace que los fieles quieran revestirse diariamente con la Justicia de Cristo. Por eso están preparados en todo tiempo, para que la ira divina no los fulmine. Están a resguardo de todo lo que vendrá. Están vestidos de blanco y preparados para presentarse a cualquier hora ante del Hijo del Hombre.

6. **Os ruego, hermanos, que soportéis la palabra de exhortación.**

He.13:22

En tanto que un cristiano siga siendo un humilde y obediente discípulo de la Palabra de Dios, deseoso de oír, creer y seguir toda la voluntad y las enseñanzas de Dios para su eterna felicidad, el Espíritu Santo realizará en él su buena obra. Ya la ha comenzado y en el futuro revelará lo que todavía puede estar oculto y corregirá lo que esté mal. Sin embargo, cuando una persona se propone no tomar en serio una censura o una exhortación y elige sólo lo que le agrada de la Palabra de Dios, no queriendo oír ni aceptar lo que ataca a la carne y al pecado, entonces se produce una situación que no se puede remediar tan fácilmente.

Los que aceptamos a Cristo debemos cuidarnos mucho para no dejar entrar a la Ley con sus maldiciones y juicios a nuestra conciencia, pues estas dos nunca pueden estar juntas.

Quien posee a Jesucristo, quien cree que tiene su justificación sólo en Él, está libre de la maldición de la Ley y debe permanecer así siempre, pues de otro modo menospreciaría la sangre de Cristo y las promesas de Dios. Esto en cuanto a nuestra relación con Dios. Pero, por otro lado, en lo que se refiere a nuestra vida aquí en el mundo, necesitamos amonestaciones, censuras o instrucciones; y por nuestro bien debemos escucharlas y corregir nuestras malas costumbres y prácticas, si queremos ser cristianos.

Algunos desean darle libertad a su carne; quieren darse todos los gustos y por eso aceptan de la Biblia sólo las partes que les resultan agradables, pero evitan las que les molestan y atacan sus pecados. Se impacientan al oír las saludables amonestaciones, considerándolas enseñanzas legalistas, que ellos como creyentes deben dejar de lado. Se irritan al oír reprensiones fraternales; se vuelven enemigos de los hermanos que los amonestan, y defienden sus pecados y a sí mismos. A veces van a descansar junto a una arrulladora vertiente; es decir, al lado de hermanos flojos e inactivos, que les prestan un mal servicio espiritual, enseñándoles que uno puede ser "piadoso" y no obstante andar bien con los infieles, viviendo igual que todo el mundo...

Existe esa clase de religiosidad, y los que van por ese camino están completamente perdidos, a no ser que se produzca un excepcional milagro de la gracia de Dios. Porque se afirman todo el tiempo en ese principio que adoptaron, de dejar de lado la Palabra que los quiere corregir, con lo que descartan el único medio que podría ayudarles. Descartan la sana enseñanza.

No quieren molestarse con investigar mejor su propia situación. Este es el camino ancho y falso, preferido por muchos de los que lograron evitar el otro camino equivocado, el de tratar de justificarse mediante su obediencia a la Ley. Este camino errado lo toman inclusive algunos que revivieron espiritualmente, por medio de la fe en Jesús; pero mayormen-

te lo recorren personas que nunca fueron realmente convertidas. ¡Cuánto advirtieron los apóstoles en sus días contra esos dos falsos caminos! ¡Con cuánto fuerza e intensidad denuncia Lutero los mismos caminos errados! Por ejemplo, dice: “¡Miren la actitud imprudente que adopta la gente en todas partes frente al Evangelio! A veces no sé si vale la pena seguir predicando. Ya habría desistido hace tiempo, si no sabría que fue igual en los días de Jesús. Porque tan pronto como uno predica que no podemos merecer la salvación con nuestra conducta y buenas obras, sino que es un obsequio de Dios, ya nadie quiere seguir haciendo el bien, ni llevando una vida casta y obediente, diciendo falsamente ¡que somos nosotros los que prohibimos hacer buenas obras! Por otro lado, cuando alguien predica y exalta la vida casta y honesta, todo el mundo inmediatamente quiere conquistar el favor de Dios y construir su escalera al cielo por ese medio.

Pero Dios no lo soporta. Una vida depravada no vale nada, pero tampoco una vida solo aparentemente piadosa, con la que el pecador pretende justificarse a sí mismo.

En efecto, a los que pretenden salvarse con su conducta honrada y piadosa, siendo en realidad miserables y corruptos mortales, ¡les vendría mejor que fuesen manifiestos adúlteros, estafadores y criminales! (aunque Dios, por supuesto, no quiere que llevemos una vida depravada). ¿Cómo proceder entonces? Tenemos que quedarnos en el medio, sin caer en los extremos de la izquierda ni de la derecha. Hemos de llevar una vida pacífica, honrada y piadosa ante el mundo. Sin embargo no hemos de hacer ningún alarde ni pretender ganarnos el cielo con eso. Debemos llevar una vida casta y decente “gratuitamente”, de modo que nadie diga: “Gracias a tal o cual mérito voy a salvarme”. Yo quisiera que mis oyentes sean bien conscientes de lo que es una vida cristiana, pero un grupo quiere ser demasiado impío y el otro demasiado santo. Bien, quien pueda entender, que lo entienda. Nosotros no podemos hacer más que llevarlo a los oídos. Dios tiene que llevarlo a los corazones.”

7. (Cristo) por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos. 2 Co.5:15

Primero hemos de participar de los méritos de la muerte de Cristo, de modo que su muerte en el Calvario, que se produjo hace ya cerca a los dos mil años atrás, llegue a ser nuestra muerte, exactamente como si nosotros mismos hubiésemos estado allí, sufriendo nuestra merecida ejecución.

Pero, al mismo tiempo también fuimos consagrados a seguirle en su muerte. Tan pronto como llegamos a ser cristianos, participantes de los méritos de nuestro Señor Jesucristo y de todos los privilegios y tesoros de su Reino, también somos consagrados a morir al pecado. Inmediatamente quedamos obligados a desprendernos de nuestra anterior vida pecaminosa y de nuestro servicio a la injusticia. Somos llamados a crucificar diariamente nuestra naturaleza carnal, a morir cada vez más al pecado y a vivir para Dios, de la manera en que Cristo, con su muerte en la cruz, se deshizo de los pecados que había cargado. Y de la manera en que luego se ofreció a Dios en un sacrificio expiatorio eternamente válido, nosotros también hemos de ofrecernos a Dios en sacrificio de gratitud, agradable a Él. Y todo esto porque Cristo murió por nosotros, y porque creemos en Él, y nos hemos revestido con su justicia.

Tal vez nos parezca poca cosa que Cristo haya muerto por nosotros, que ya no estemos más bajo la Ley sino bajo la gracia y que estemos libres de la culpa del pecado, como para mortificar por ello seriamente nuestra carne.

Tal vez nos sintamos más felices al servicio del pecado, porque así podemos escapar de esa amarga mortificación, y por no tener que negarnos más a nosotros mismos todo el tiempo, ni cargar nuestras cruces y seguir al Señor. Veamos: Nadie nos obliga a servir a Cristo contra nuestra voluntad, y sin duda es más agradable a la carne vivir para el pecado. En Lc.14:28ss. Jesús nos dice: Piénsenlo bien antes de integrar mi compañía. No sean como ese hombre que comenzó a construir una casa sin haber calculado los costos, y que después de muchos días de trabajo y de grandes inversiones, debió abandonar el proyecto, como el hombre que fue a la guerra, sin calcular el poder del enemigo...

El pecado le ofrece muchos placeres a la carne, pero no sería justo guardar silencio en cuanto a las consecuencias del pecado: "Porque la paga del pecado es muerte" (Ro.6:23).

Si los beneficios de Cristo nos parecen poca cosa debiéramos tener en cuenta los resultados de no tener estos beneficios. Debíamos pensar en lo que significa no pertenecer a Cristo, no estar bajo el régimen de la gracia, sino bajo el de la Ley... qué significa no estar libres de la condenación del pecado y estar sin el Salvador en el momento de la muerte; cargar con la culpa del pecado, la maldición de la Ley, y en el Juicio Final recibir

la paga del pecado, que es la muerte eterna en el abismo del infierno. Tales son las condiciones del servicio al pecado. Si las tomamos bien en cuenta, preferiríamos mil veces ser crucificados por corto tiempo, aquí, con Cristo; preferiríamos morir al pecado y vivir con Cristo para siempre en el Paraíso, que deleitarnos aquí por poco tiempo con el pecado y tener que soportar luego eterno sufrimiento. Por la gracia de Dios, por el aliento del Espíritu Santo, y por el consuelo de la Palabra, ganamos mucho más ya aquí en la tierra, de lo que podemos llegar a perder.

Rociados con la sangre de Cristo, poseemos ya aquí y ahora, una buena conciencia, que es un "continuo banquete" (Pr.15:15).

Sí, ¡tú eres una de esas personas felices! No sólo has sido bautizado "en Cristo", también has sido iluminado para la fe. Puedes tener la certeza de ser salvo.

Sabes que has sido librado del pecado y que ya no estás más bajo el régimen de la Ley, sino bajo el de la gracia, de modo que nada de todas las maldades que te afligen te será imputado. La Ley divina ya no te condenará. Dios no está enojado contigo. Pero si aún no has obtenido esa fe y esa paz, sino que aún te preocupas por librarte de tu culpa y reconciliarte con el bondadoso Dios, entonces primero tienes que obtener la libertad de los hijos de Dios por medio de la fe en Jesús, pues por ti mismo no eres capaz de morir para el pecado y de vivir para Dios.

Si en cambio ya fuiste librado del yugo de tu pecado por medio de la fe en Jesucristo, de modo que te regocijas en tu Salvador y sabes de qué forma poderosa y suficiente Él resolvió tu situación; si has gustado la bondad de tu Señor, has recibido el testimonio de su Espíritu referente a tu adopción y tienes al Espíritu Santo en tu corazón, entonces también debe deleitarte morir con Cristo al pecado, ser crucificado con Él, y consagrarte enteramente a Él. Y por eso sientes que ya no eres más el dueño de tu propia vida, ni puedes poner en primer lugar tus impulsos carnales, ideas, voluntad, gustos y placeres. Antes quieres renunciar para el resto de tu vida a toda impiedad y codicia mundana y llevar una vida piadosa, justa y casta en este mundo (Tit 2:12). Sí, te sientes impulsado a vivir para Jesucristo, pues "Él por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos" (2 Co.5:15).

8. **Ya vosotros estáis limpios por la Palabra que os he hablado.**

Jn.15:3

Miremos un poco la razón profunda y secreta por la que nuestro Señor Jesucristo pudo llamar limpios a sus discípulos, a los mismos discípulos cuya historia está tan repleta de errores y faltas; más aún, de gravísimos pecados.

Notemos que en la misma noche en que anunció y sufrió las caídas y los pecados de ellos, pudo llamarlos “limpios” dos veces. Él les dijo: “Ya vosotros estáis limpios por la Palabra que os he hablado”(Jn.15:3). Su Palabra había creado en ellos la fe que acepta al Salvador, su pureza y sus méritos. La segunda vez sus palabras fueron: “El que está lavado... (por la fe en la sangre de Cristo) está todo limpio; y vosotros limpios estáis, aunque no todos. Porque sabía quién le iba a entregar; por eso dijo: No estáis limpios todos” (Jn.13:10-11).

Nuestro Señor Jesucristo estaba hablando de una limpieza o pureza espiritual. Porque en cuanto a la pureza física (o levítica) Judas estaba tan limpio como los demás discípulos.

Pero aquí Jesús habla de la pureza oculta, de la justicia imputada, que el creyente recibe al creer en Él. Jesús dice: “Estáis limpios”, y lo dice en la misma noche en que pecaron tan alevosamente; lo dice Aquel cuyos ojos son “como una llama de fuego” (Ap.19:12), el que juzgará a todo el mundo en el postrer día. Si Él hubiese mirado la justicia personal de los discípulos, jamás podría haber dicho: “¡Ya vosotros estáis limpios”. ¡No! Fue el lavamiento obrado por su Palabra lo que los había limpiado. Vale decir, no ante los ojos de ellos o de otro ser humano, sino sólo ante Aquel que puede ver todo y valorar también la justicia de Cristo, ique es eterna e invariable!

Pero ¿cómo? ¿Acaso Dios no repudia eternamente el pecado? ¿Acaso no ama invariablemente la justicia? ¿Cómo puede entonces considerarnos justos y aceptos siendo que erramos y pecamos, y no siempre hacemos su voluntad?

Respondo: Dios ciertamente siente un santo y eterno repudio hacia el pecado. Pero volcó todo ese repudio e ira contra su propio, unigénito Hijo. Lo descargó en Él. “Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros... Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. El castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Is.53:5,6b).

Si nosotros no estuviésemos cubiertos con su justicia, la menor transgresión bastaría para condenarnos. Pero con los ojos puestos en la justicia de Cristo el apóstol puede decir: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús...” (Ro.8:1).

Y cuando Dios reprende los pecados de sus hijos, con los que mantiene una relación muy particular, ya no lo hace por enojo, o por reclamar

el pago de sus culpas, sino por puro amor, con el objeto de debilitar y destruir de raíz los deseos pecaminosos que todavía tienen. Por eso dice de los seguidores de su Hijo: "Si dejaren sus hijos mi Ley, y no anduvieren en mis juicios..., entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades. Mas no quitaré de él mi misericordia" (Sal. 89:30,32,33).

De esto dice también Lutero en su explicación del salmo 51: "Al pecado hay que considerarlo de dos maneras: Primero, como perdonado y cubierto por la justicia de Cristo, con la que fuimos revestidos por la fe en Él, y gracias a la cual los pecados que aún cometemos por debilidad, no nos son imputados.

Y segundo, como aún adherido a nosotros, y del cual tenemos que lavarnos todos los días, mediante el poder del Espíritu Santo, que debilita y mortifica el pecado dentro de nosotros.

San Agustín explica que la depravación o maldad con que nacemos permanece aun en los santos, se mueve en la carne, y nunca queda totalmente aniquilada y extirpada, pero les ha sido perdonada y no les es imputada a los fieles. Ya no puede condenarlos. Mientras nos gobierna la gracia y misericordia de Dios, el pecado no nos puede condenar, ni provocar el enojo de Dios. En los piadosos, santos y justos aún queda algo pecaminoso, como malos deseos, concupiscencias y otros vicios. Y David ruega aquí, ser librado también de eso. Por eso, ambas cosas son ciertas: Que el cristiano ya no es un pecador, y que todos los cristianos son pecadores".

"Es un arte bastante difícil entender y aprender bien este sublime, grandioso y sumamente consolador secreto. Es decir: Que la gracia de Dios y la justicia de Cristo son tan independientes de nuestras obras, que en Cristo los creyentes somos en todo momento igualmente justos y absueltos. Sí, que "en Cristo" el malhechor en la cruz a la derecha de Jesús es igual de santo que San Pedro. Y que no influye nada que los apóstoles Pedro y Pablo hayan realizado mayores hazañas que el malhechor, o que tú y yo".

Es realmente un arte muy difícil entender y aprender bien este secreto del Evangelio. En efecto, si Dios mismo no nos ilumina con su Espíritu y abre nuestros ojos y sentidos, nos resulta totalmente imposible. Porque por naturaleza somos todos "insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho" acerca de Cristo (Lc.24:25).

9. **De manera que la Ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo.** Gá.3:24

Aquí vemos el propósito del conocimiento del pecado por medio de la Ley, y la prueba de la veracidad de ese conocimiento. El propósito no es que Dios nos conceda su perdón. Para cumplir eso, otra persona -Cristo- sufrió hasta que "su sudor vino a ser como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra" (Lc.22:44). Tampoco el conocimiento del pecado eliminará nuestra maldad. Para eso hace falta el Espíritu, que llega con la predicación del Evangelio para crear la fe. Es cierto que el conocimiento del pecado nos puede enseñar a dejar muchas malas costumbres y puede producir seriedad y responsabilidad. Pero la depravación interior y real crecerá en la misma medida.

El propósito de la Ley fue llevarnos a Cristo, haciendo que no encontrásemos paz y descanso en ningún otro lado sino en Jesucristo, nuestra "ciudad de refugio" (Nm.35:11; Sal.32:7 etc.). Por eso, la clara señal de que realmente reconocemos nuestro pecado, es el cumplimiento de este propósito en nosotros.

Es decir, que ya no esperamos conquistar el favor de Dios con alguna obra nuestra, y en cambio, buscamos solamente la gracia de la redención hecha por Cristo. Pero si alguien todavía puede seguir en amistad con el mundo impío y el pecado como antes, el tal ni siquiera despertó de su sueño espiritual, ni conoce su propia naturaleza y su impotencia para santificarse a sí mismo. Tal persona no sabe todavía qué es el pecado. Y aun el que fue despertado, si se quedó en sus propias penitencias, en su propio arrepentimiento, remordimiento y oración... y funda su esperanza, consuelo y paz en esos ejercicios espirituales, todavía no conoce bien la depravación pecaminosa de su naturaleza. Todavía está "fuera" de Cristo, y está tan perdido como cualquier pecador confiado. Es aquí donde se revela un falso conocimiento del pecado, como el de Caín (Gn.4:13,14).

Algunos "iluminados" y religiosos reconocen y confiesan muchos pecados; a veces hasta se sienten condenados por Dios. Pero a pesar de todo se las arreglan para seguir viviendo día tras día en la misma condición. Y esto es posible. Tal vez no están muy contentos consigo mismos, sin embargo pueden soportarlo.

Pueden comer y beber, trabajar y dormir, sonreír y bromear, aunque saben que no tienen la gracia de Dios y tal vez hasta confiesen abiertamente que son reos de condenación. Cuando oyen que se les alaba y se les ofrece la bondad no merecida de Dios, rápidamente oponen resistencia, y con un falso sentimiento de humildad, se niegan a recibirla en su actual condición.

Con lo que dicen o pretenden decir: "¡No, no! ¡No somos tan presuntuosos! Reconocemos que nuestros pecados son demasiado graves como para que nos beneficiemos con tanta bondad y gratuitamente. ¡Sólo los que no

conocen tanto su pecado como nosotros pueden hacer eso!”. Y así disfrutaban una secreta satisfacción. Piensan que su situación es aún mejor que la de esos creyentes, que -según imaginan- no pueden reconocer sus pecados como ellos. El conocimiento del pecado de esta gente es realmente extraño. Cuesta creer que todavía sientan una profunda satisfacción consigo mismos. En ellos prevalece un espíritu de arrogancia, que convierte hasta los tormentos de su conciencia en voces de consuelo, con lo que quedan excluidos de Cristo, de los méritos de su sangre, y de sus grandes bendiciones.

Aunque estas personas se atormentasen hasta la muerte, en penitencia por sus pecados, aún estarían lejos de Jesucristo, de la “ciudad de refugio”, de la única salvación válida ante Dios. Y de esa forma morirían en sus pecados.

Los rasgos característicos de éstos se hallan bien ilustrados en la historia de Caín, quién le dijo a Dios: “Grande es mi castigo para ser soportado” (Gn.4:13). Evidentemente sintió terrores de conciencia, que lo agujijoneaban y asustaban, y un espíritu intranquilo que temblaba “ante el movimiento de una hoja” (Lv. 26:36). Dios era un extraño para él. Se sentía desdichado todos los días. Pero notemos: A pesar de todo, fue capaz de irse a la tierra de Nod, al oriente del Edén, y de construir una ciudad, y de tener mujer e hijos. No le preocupó demasiado que Dios estuviese enojado con él. Fue capaz de soportarlo. No quiso arrodillarse ante Dios a fin de obtener la seguridad de su gracia.

Notemos aquí la diferencia entre una mala conciencia, y el despertar realizado por el Espíritu Santo; entre el dolor y la desgracia causada por el pecado en sí, y la aflicción del alma provocada por el Espíritu Santo, mediante la Palabra. Lo primero se puede encontrar muchas veces aun entre la gente más impía, especialmente después de ciertas manifestaciones del pecado, pero a pesar de eso, no cambian. Porque todo lo que es producto de la capacidad humana, como la voz de la conciencia, jamás podrá rehabilitarlos. Porque para eso hace falta el Espíritu Santo.

El despertar y la aflicción por el pecado que realiza el Espíritu Santo, siempre lleva al arrepentimiento y a la fe, produciendo una completa conversión. Por eso la evidencia de un sincero arrepentimiento del pecado siempre será la conversión el surgimiento de una vida nueva, y el alejamiento del pecado. El convertido ya no se puede quedar donde está. Busca la salvación. Y no la busca en sus propios méritos, sino en Cristo; y no halla descanso, mientras no reciba la gracia de su Salvador y la seguridad de la misma. Una gracia y seguridad que producen paz, amor y un ánimo nuevo, consagrado a Dios y a todo lo bueno. El propósito de la aflicción provocada por el verdadero conocimiento del pecado, no es hacer que Dios quiera darnos su gracia, sino que nosotros queramos recibirla.

10. De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidiereis al Padre en mi Nombre, os lo dará. Jn.16:23

Algunos piensan: “¿De qué sirve mi oración? Mi oración es tan débil, torpe e indigna... ¡que Dios no me puede atender!” ¡Quiera Dios guardarte de depositar tu fe en tu oración, en su estilo elegante, en su composición correcta o en su presentación digna y conmovedora! ¿Es que hemos de orar en nuestro propio nombre? ¿Acaso Jesucristo no nos permitió acercarnos al Padre en su Nombre, y presentarle nuestras peticiones invocando los méritos de su esfuerzo, sufrimiento e intercesión con fuerte clamor y lágrimas? Acaso no dijo: “Hasta ahora no habéis pedido nada en mi Nombre. ¡Pedid y recibiréis!” (v.24).

Por lo tanto, a pesar de las insinuaciones del diablo respecto a nuestra indignidad, digamos: “No necesitamos para nada la dignidad de nuestra propia oración, tenemos una invitación escrita de nuestro gran Señor, el unigénito Hijo de Dios, alentándonos a presentarnos ante el Padre celestial en su Nombre y prometiéndonos: “Todo cuanto pidiereis al Padre en mi Nombre, os lo dará”.

Recordemos que, cuando invocamos al Padre con esta instrucción explícita del propio Señor Jesucristo, nuestra oración tiene suficiente poder y dignidad.

Todas las veces que concluimos nuestra oración con las palabras; “Por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor”, podemos tener esto presente.

Dios le da mucha importancia a su Mandamiento y a nuestra obediencia al mismo. Es Él quien nos ordena orar. De modo que al orar sólo hacemos lo que Él mismo nos ordena hacer, y nuestra oración tiene valor y poder gracias a esa orden suya. Si Dios, en cambio, mirase a la persona, nadie podría presentarse ante Él.

Sobre esto leemos las siguientes palabras de Lutero: “Mis oraciones no son inferiores a las oraciones del apóstol Pablo, o a las de los más venerables santos; no son más sagradas, ni menos agradables a Dios que las de ellos. ¿Por qué? Admito con toda presteza, que en cuanto a sus personas, esos santos llevaron una vida mucho más sublime que yo... pero si tenemos en cuenta el Mandamiento que nos manda orar, ellos no son más santos o dignos que yo. Porque Dios no le da valor a la oración considerando a la persona que ora, sino considerando su Palabra y la obediencia de la persona. Ahora bien, cada uno de nosotros tiene el mismo Mandamiento y los mismos méritos de Cristo que tuvieron los santos. Y siendo esto lo único que le interesa a Dios, no debiéramos conceptuar nuestras oraciones menos importantes o válidas que las de ellos”.

Lo único que hace falta es fe, el precioso don de la fe. Particularmente cuando el bien por el que uno pide parece imposible de obtener, y cuando Dios se demora mucho tiempo en concederlo. Entonces hemos de

preguntarnos seriamente si hay algo imposible para Dios. Podemos investigar al respecto en las páginas sagradas de la Biblia, donde se describe la salida de Israel de Egipto (Éx.12:13), el cruce del Mar Rojo (Éx.14), la forma en que Dios rescató a Daniel en el foso de los leones (Dn.6), o a los tres hombres en el horno de fuego (Dn.3); y en los milagros realizados por Cristo, según se relatan en el Nuevo Testamento. Pero también podemos contemplar las maravillas del firmamento o de una pradera en flor. ¡Luego preguntémosnos nuevamente si hay algo imposible para Dios! Si Él tarda en venir con su auxilio, pensemos en todos los santos que soportaron igual fuego de pruebas y entendamos que es parte de la educación con que Dios nos forma. Necesitamos eso como un ejercicio de nuestra fe, oración, humildad y paciencia.

Pero si no podemos creer que Dios sea tan bueno, pensemos en aquella viuda de Lucas 18:3. Dice Jesús que en su angustia ella acudió a una persona despiadada, a un juez que no temía a Dios, ni respetaba al hombre. Por eso se negó por algún tiempo a ayudarlo. Pero finalmente se dijo: "Aunque no temo a Dios ni respeto a ningún hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo, me agote la paciencia", a lo que Jesús agregó: "Oíd lo que dijo el juez injusto. ¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche? ¿Se tardará en responderles?" ¡Que disposición extraña del corazón! ¡Pensémoslo! A fin de llevarnos a la fe, Jesús se valió de esa parábola para representar a su Padre, tan rico en amor. ¿No debiéramos avergonzarnos y temblar ante nuestra incredulidad? Dios, sin duda, tiene un corazón mucho más piadoso que ese juez injusto. ¡A pesar de todo, tampoco éste juez injusto fue invencible! ¿Toleraría Dios, entonces, que lo invocásemos en vano día y noche? Jesús mismo comenta: "¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a Él día y noche? ¿Se tardará en responderles?" (v.7).

¡Quiera Dios concederles a todos los cristianos más diligencia y fe en la oración! Así la obra del Señor también progresaría mejor dentro y alrededor de ellos. Quienes se volvieron más diligentes en la oración, también progresaron siempre notablemente en gracia y sabiduría, en dones y capacidades.

Cuando vemos a un cristiano volviéndose cada vez más rico y fructífero en tales cosas, sepamos que estuvo arrodillado muchas veces ante Dios en oración. Por eso también los santos de la antigüedad, como David, Daniel y tantos otros, fueron excelentes personas de oración. De San Juan evangelista se dice que la piel de sus rodillas era tan gruesa como la de sus suelas, después de haber estado arrodillado tanto tiempo en oración...

11. **¿Qué más me falta?** Mt.19:20

Hay personas religiosas que jamás fueron convertidas, que todavía no llegaron a ser cristianos. Algunos despertaron y fueron iluminados en cierto modo. Es decir, dejaron de vivir como la mayoría, es decir, para los placeres y el dinero, y comenzaron a practicar seriamente su religión. Eso, sin embargo, no significa necesariamente que sean cristianos. Pues, pueden ser personas que todavía no fueron libradas ni bendecidas por Cristo.

Otros saben y confiesan que Cristo es nuestra justicia, sabiduría, santificación y redención, y que los que pretenden ser realmente cristianos deben creer y confesar eso. Pero a pesar de ese conocimiento y confesión, su principal consuelo borrar es otra cosa: La sinceridad de su arrepentimiento, su remordimiento, oración o penitencia. No se consuelan sólo con la salvación de Cristo porque su fe es defectuosa. En efecto, Cristo, en realidad no les importa.

Ahí se introdujo la venenosa serpiente de la autosuficiencia, una fe falsa que no deposita toda su confianza únicamente en Cristo, ni obtiene su consuelo sólo de Él.

En 1 Reyes 19:11-13 leemos una hermosa ilustración de estas verdades: “Y he aquí Jehová que pasaba, y un grande y poderoso viento que rompía los montes y quebraba las peñas delante de Jehová; pero Jehová no estaba en el viento. Y tras el viento un terremoto; pero Jehová no estaba en el terremoto. Y tras el terremoto un fuego; pero Jehová no estaba en el fuego. Y tras el fuego un silbo apacible y delicado. Y cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva”.

En este majestuoso cuadro, vemos no sólo una ilustración de la forma en que Dios se estaba dirigiendo al profeta, sino también de la forma en que Dios procedía con su pueblo, con su Reino de Gracia en el mundo. Veamos: La tormenta, el terremoto y el fuego pintan un fiel cuadro de la Ley, del período de su vigencia y de sus efectos. Por otra parte, ese silbo suave y delicado es un hermoso cuadro del Evangelio y de su período de vigencia.

Este cuadro es fiel porque ilustra los diferentes períodos y regímenes de gobierno en el Antiguo y en el Nuevo Testamento. Y es fiel también en sus detalles, en lo que se refiere al hombre interior de todos nosotros. Pues ahí también hay un período antiguo, con leyes, obligaciones, sacrificios y espera, antes de la venida y la piadosa revelación de nuestro Señor Jesucristo. Un período más prolongado en algunos, más breve en otros.

En muchas almas se produce una especie de tormenta de borrar, propósitos, promesas y acciones espirituales. Incluso, las personas comienzan a enfurecerse contra otros en Nombre del Señor. Comienzan a “romper los montes, y a quebrar las peñas”. Dejan ver muchas buenas intenciones, pero hay poco sentido y valor, poca experiencia personal en todo ello. Ni siquiera están realmente convertidas, porque todavía hallan mucho consuelo en sí mismas, y además tienen grandes expectativas de alcanzar éxito basadas en

su propio arrepentimiento. Es todo solamente viento, un viento fuerte e impetuoso. “Pero Jehová no estaba en el viento”.

Más aún: Esas personas progresan. Despiertan realmente. En su interior se produce un terremoto. Sus corazones se estremecen. Comprenden que con toda la tormenta de sus esfuerzos, todavía no son ni hacen lo que la Palabra demanda. Y quedan aterradas. Se proponen seriamente hacer y llegar a ser todo lo que deben ser. Pero no logran nada. No hay fuerza. Sólo hay destrucción como de un terremoto. ¡Porque “Jehová tampoco estaba en el terremoto!” Por el contrario, se sienten cada vez peor. Porque, “venido el Mandamiento, revivió el pecado... y produjo toda clase de codicia” (Ro.7:8-9). El pecado cobra aún más fuerza que antes. Esto provoca un incendio en el alma, un fuego de agonía, un consumidor fuego de esfuerzos y penitencias. Pero todo es igualmente inútil. ¡Porque “Jehová tampoco estaba en el fuego!”. Ahora su ánimo se derrumba.

Todos sus esfuerzos no sirvieron de nada. Todas las expectativas los desilusionaron. Todo parece perdido. Hasta que comienza a consumirse la sustancia que ardía - es decir, el auto suficiente “yo”- el “¡yo debo! ¡yo tengo que! ¡Yo voy a..!”. “Y yo morí” -dice San Pablo- (Ro.7:9b).

Y entonces, ¡qué bien le viene al desesperado corazón esa voz suave y dulce... la tranquilizante, apaciguadora y salvadora voz del Evangelio! ¡Qué agradable suena entonces al oído de la pobre criatura humana, perdida y desesperada, ese glorioso mensaje de la bondad inmerecida y restauradora de Dios! Ahora que desapareció todo otro consuelo es el momento oportuno para que se instale en el corazón el único consuelo verdadero! Ahora son apaciguadas todas las acusaciones y angustias. Ahora hay nueva vida, regocijo, paz, amor, sinceridad, comunión con el Señor, miradas felices, palabras amables, nuevas fuerzas espirituales.... ¡Ahora está el Señor ahí! Entonces uno oculta su rostro en un sublime sentido de vergüenza ante una ayuda tan inesperada, ante una bondad tan inmerecida, diciendo: “¡Jamás esperé esto! ¡No imaginé que sería así, que obtendría tanta gracia, cuando menos la merecía!” Uno se queda como mudo, con un profundo sentido de indignidad ante tanto amor inmerecido, como bien dice el profeta Ezequiel: “Que te acuerdes y te avergüences, y nunca más abras la boca, a causa de tu vergüenza, cuando yo perdone todo lo que hiciste, dice Jehová el Señor” (Ez.16:63).

Cuando Elías, al oír la dulce y delicada voz percibió la presencia del Señor, “cubrió su rostro con su manto, y salió, y se puso a la puerta de la cueva”, como queriendo expresar su sumisión a la voluntad de Dios: “¡Habla, Señor, que tu siervo escucha! (1 S.3:9). Recién entonces alguien llega a ser un cristiano competente para ejercer el ministerio del Nuevo Testamento, “no de la letra, sino del Espíritu” (2 Co.3:6). Entonces también se suelta la lengua del mudo para alabar y profesar debidamente a Cristo, como dijo David: “Creí, por tanto hablé” (Sal.116:10).

12. **No os conforméis a este siglo.** Ro.12:2

Lo que se traduce aquí como “este siglo”, también se puede traducir como “este mundo” o “este tiempo”, o sea, el tiempo de vida en la tierra, como lo opuesto al “tiempo del mundo venidero”.

El “espíritu del tiempo presente” depende del espíritu y de la conducta del mundo y consiste del mismo. O sea, las tendencias, gustos y valores de la mayoría de la gente; su modo vano y perverso de vivir, de acuerdo a la naturaleza caída, a “las tinieblas de este siglo” (Ef.6:12) y al “espíritu que ahora obra en los hijos de desobediencia” (Ef.2:2), el poderoso espíritu maligno, llamado también “el príncipe de este mundo”.

Este mundo siempre es malo, hostil a Dios, seductor y peligroso. Por eso se lo llama también: “El presente siglo malo” (Gá.1:4). Por eso no podemos seguir ni conformarnos a este mundo, si queremos consagrarnos a Dios y a su voluntad (Ro.12:1; Ef.5:2). Quien desea ser un verdadero cristiano y discípulo de su Señor, toda su vida debe evitar la conducta ordinaria de este mundo y llevar una vida totalmente nueva en cuanto a su manera de pensar, de hablar y de actuar aquí en la tierra. En esas cosas piensa el apóstol cuando amonesta: “¡No os conforméis a este siglo!” Pero si hemos de seguir esta amonestación se requiere “que presentemos nuestros cuerpos en sacrificio vivo”, a Dios. Porque será muy amargo vernos frecuentemente tan abandonados y rechazados, como si tuviésemos a todo el mundo en contra. Incluso, padre, madre, hermanos, hermanas, y muchas personas bien intencionadas y respetables pueden llegar a ser nuestros enemigos. ¡No nos dejemos deprimir o confundir por eso!

El propio Señor Jesucristo y sus discípulos debieron sufrir esto antes que nosotros. Si, miles de fieles se convirtieron en mártires, porque no se conformaron a este mundo. Por eso tenemos que decirnos: -Aunque vea a mis vecinos, viejos amigos y aun a mis familiares cristianos, proceder de otro modo para conservar la amistad y el respeto de todo el mundo, seguir a Cristo y a sus fieles. Con ellos estoy en compañía mucho mejor que la que pierdo. Tengo a Dios y a sus santos ángeles de mi lado, más aún, a todos los santos desde el principio del mundo. ¡Que Dios solo me conserve fiel hasta el fin!

Asimismo, cuando vemos a unos jactándose de su cristianismo y al mismo tiempo cultivando una amistad íntima con los enemigos de Cristo, participando con ellos en pasatiempos censurables, profanando el día de reposo, en juegos de azar, desperdiciando el precioso tiempo de gracia en malas conversaciones... entonces los que realmente deseamos seguir a Cristo tenemos que pensar si Él o sus discípulos hicieron todas esas cosas.

Si vemos a los que pretenden ser cristianos permaneciendo callados cuando debieran dar testimonio de Cristo, y del peligro en que se encuentran las almas de los no convertidos, entonces hemos de reconsi-

derar si eso está de acuerdo con el amor al prójimo y con el ejemplo de Jesús, que debe ser nuestra regla de conducta.

Tanto en las cosas mayores como en las menores, tenemos que aprender a no “conformarnos a este siglo”. Notemos bien, sin embargo, que esto se refiere únicamente a cosas pecaminosas, contrarias a los sublimes Mandamientos de Dios y a la ley del amor. En lo demás, podemos parecernos a la gente en general.

Podemos conservar nuestros modales naturales y no tratar ser diferentes, con modales fingidos o copiados, o con inútiles extravagancias.

A veces el espíritu de la soberbia también tienta a las almas piadosas a conducirse como hipócritas, a enmascararse con una apariencia especial, o con alguna modalidad peculiar. Es verdad, que tales cosas pueden verse también entre los hijos de este mundo, a los cuales no nos hemos de conformar, pero eso no es a lo que el apóstol apunta aquí. Esas cosas son necedades nocivas, que le “dan lugar al diablo” (Ef.4:27).

Nuestro Señor Jesucristo “fue hecho semejante a los hombres... y fue hallado en condición de hombre”. también en sus modales y costumbres, salvo en el pecado (Fil.2:7-8).

Así, quien adquirió una sana y cristiana manera de pensar, siempre ha de tener en cuenta lo que beneficia a su prójimo, porque esa es la línea maestra de nuestra conducta. Pero en lo que se refiere a la fe y confesión, al celo por la gloria del Señor, al bienestar de las almas, ya la vigilancia sobre la propia persona, siempre seremos diferentes a la gente del mundo. Y no debemos preocuparnos por eso. Pues como peregrinos y extranjeros en la tierra, encaminados hacia nuestra patria verdadera -el cielo- el mundo impío siempre nos tendrá por locos, porque este mundo tiene su hogar y tesoro en la tierra. Precisamente en lo esencial, relacionado con el honor de Dios y el eterno bienestar nuestro y de los demás, no hemos de conformarnos a este siglo. Esto es lo que el apóstol desea imprimir aquí en nuestros corazones.

13. Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener. Ro.12:3

El apóstol dirigió la carta en la que se encuentran estas palabras, “a todos los que estáis en Roma, amados de Dios, llamados a ser santos” (1:7). Sin embargo, agrega expresamente: “A cada cual que está entre vosotros”. Su claro propósito era alcanzar a todos los creyentes, lo que nos dice que todos necesitamos esta advertencia. Por eso, que nadie se crea libre de la tentación a la soberbia. Es una tentación muy injuriosa, por eso el apóstol quiere amonestar a todos.

El mal contra el cual el apóstol nos advierte aquí es tener un concepto demasiado elevado de uno mismo, ensoberbecerse por sus dones y talentos y dejarse embelesar por el orgullo. Y a fin de distinguir aún mejor el objetivo que persigue, prestemos atención a la conexión entre este versículo y los siguientes (4-8).

Ahí el apóstol habla de los diferentes dones espirituales y de su correcto uso en la iglesia. Afirma que todos los fieles son miembros de un solo cuerpo, con muchos dones distintos, que no nos deben dividir (exaltándose unos y despreciando a los demás), sino unir, perseverando todos en un solo Espíritu, en humildad y amor.

Entender la amonestación de Pablo no significa que uno adquiera automáticamente la humildad de la que él habla. Pues para adquirirla se requiere decididamente la misericordiosa ayuda divina. Sólo así se podrá evitar que una persona se forme conceptos demasiado elevados de sí misma. Sí, se requiere la decidida y misericordiosa intervención de Dios, para evitar que la persona se vuelva totalmente desdichada, por culpa de esa fuerte y peligrosa tendencia al orgullo. Esa tendencia se encuentra tan arraigada en la naturaleza de todas las personas y es tan múltiple en sus manifestaciones y finalmente tan destructora de todo lo bueno, que el cristiano que la entiende puede temer por su salvación.

No se puede hacer nada sino clamar y orar: “¡Oh Dios, ten piedad de mí!” Nadie está libre de esa mala inclinación, que se agita en lo profundo de nuestra naturaleza. La encontramos inclusive en los niños. Pronto uno comienza a jactarse y a gloriarse frente al otro: “¡Sé hacer ésto o aquello mejor que tú!”, etc.

Al principio el propio Satanás, el ángel caído, infectó al ser humano con esa pérfida autoestima y soberbia, diciéndoles: “¡Seréis como Dios!” (Gn.3:5). Y esa actitud es adoptada fácilmente por todos, de modo que aun a los cristianos les resulta difícil ser humildes. Todos quieren trepar hacia arriba. Inclusive entre las personas poco talentosas y desafortunadas muchas veces aparecen extrañas manifestaciones de orgullo. Es una prueba de la profunda existencia de este mal en la naturaleza humana, que se evidencia de maneras tan diferentes.

Si la Palabra y el Espíritu de Dios no nos pueden mantener en humildad, sencillez y temor, y comenzamos a tener y a cultivar altos conceptos de nosotros, creyéndonos más inteligentes y sabios, más serios, fieles, piadosos, capaces y expertos que otros, podemos tener la seguridad que nuestra auto estima se derrumbará... Tarde o temprano cometeremos grandes locuras o caeremos en vergonzosos pecados. Contra eso no podremos defendernos con nuestro cuidado y empeño. El Señor Jesucristo declara categóricamente:

“Muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros” (Mt.19:30). Y otra vez en Mateo 23:12 dice: “El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido”. Y San Pedro nos dice cómo ocurre eso: “Porque Dios resiste a los soberbios” (1 P.5:5). Y cuando Dios nos resiste, es inútil que luchemos, porque no tendremos éxito. Hagamos lo que queramos, seremos derribados.

Si pensamos que somos más inteligentes y sabios que los demás, caeremos en más errores e insensateces que otros. Si nos creemos más piadosos y capaces que los demás, caeremos en más pecados y sufriremos más vergüenza que ellos.

Más de un prometedor joven o de una hermosa señorita fueron humillados para el resto de la vida, por causa del orgullo. ¡Y cuántos fieles creyentes cayeron en grandísimas insensateces sólo por dejarse embaucar por palabras lisonjeras y por la soberbia! Esto es tan evidente en las experiencias de cosas grandes y pequeñas, que todo el mundo aprendió a decir: “¡La soberbia precede a la caída!” Contra el orgullo no podemos protegernos ni prevenirnos a nosotros mismos.

Sólo podemos orar continuamente, invocando al Todopoderoso para que en su gran misericordia nos conserve humildes. A Él le alegrará oír esa oración. Y si su Palabra y Espíritu no nos pueden mantener humildes, el Señor ciertamente dispone de muchos recursos para lograrlo. Nos puede hacer pasar por experiencias humillantes. A pesar de lo amargas que fueren, si permanecemos en la fe veremos que eran un gran favor. Porque todo es piedad, comparado con la desgracia de que Dios nos entregue al orgullo y que seamos hallados entre los últimos y menores. ¡Ah Dios, ten piedad de nosotros! ¡Que nos toque cualquier mal, con tal de que no caigamos en el juicio de la arrogancia y del endurecimiento!

14. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo, para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.

1 Jn.1:9

De las palabras de David en el Salmo 32, versículos 3 y 5, podemos aprender qué comprende esa confesión de pecados. Ahí leemos: "Mientras callé (el grave pecado que había cometido), se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día... Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y Tú perdonaste la maldad de mi pecado". Vemos que la confesión va dirigida al Señor, nuestro Dios. David dice: "Confesaré... a Jehová". De lo que desprendemos que, cuando calló, había callado delante de Jehová. ¿Y qué significa eso? ¿Cómo puede alguien callar delante del Señor, siendo que a sus ojos todo está expuesto, y a sus oídos todo es conocido? Sabemos por experiencia qué significa ese callar o guardar silencio. En boca de David significaba tratar de ocultarse y mantenerse alejado de Dios con su pecado, con su conciencia cargada y acusadora, hasta que el sentimiento de culpa se enfriase por sí mismo, en lugar de presentarse ante el trono de gracia, humillarse ante el Señor, reconocer su transgresión y pedir el perdón y la gracia.

Pero la palabra "callar" también se puede aplicar a la gente incrédula e impenitente. Todo el mundo anda "callado", guardando silencio acerca de su pecado delante del Señor y por eso queda sin bendición. No reconoce sus transgresiones y por eso tampoco puede confesarlas debidamente. Pues la palabra "confesar" incluye el arrepentimiento, reconocer el pecado y el merecido castigo y recibir el perdón que ofrece Cristo. Esto es todo lo que se requiere, a fin de participar de la gracia que Cristo ya nos ha conquistado. Debió venir una terrible hambruna en la tierra adonde fue a vivir el hijo pródigo, a fin de que éste aprendiese a pensar en la casa de su padre y en el grave pecado que había cometido al abandonarla e irse a malgastar los bienes de su herencia. Sólo entonces resolvió: "Me levantaré, e iré a mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros!" (Lc.15:14-19).

Nuestro Señor Jesucristo describió ese comportamiento del hijo pródigo, para darnos un ejemplo de la conversión. Y de esa descripción también aprendemos algo acerca de la correcta confesión. El hijo pródigo no mencionó ningún pecado particular, sólo se propuso decir: "He pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros." No dijo: Esta o aquella transgresión mía merece tu repudio, sino: "Yo -toda mi persona- ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo." ¿Qué podemos aprender de esto? No es verdadero arrepentimiento cuando una persona reconoce y confiesa solamente uno u otro pecado puntual, mientras todavía cree poseer muchas cualidades buenas, con las que está satisfecha. Debe sentirse enteramente culpable y condenable.

Además, el hijo pródigo no permaneció en la tierra extraña donde estaba, sino que emprendió efectivamente el camino de vuelta a su casa. Es una falsa confesión de pecados la que nos permite quedarnos donde estamos,

lejos de Dios, en el mundo impío y en la transgresión. Notemos que el hijo pródigo también dijo: "Hazme como a uno de tus jornaleros". Eso procedió de su auto suficiencia e incredulidad. No creía en la bondad o gracia de su padre. Pensaba que no podría recuperar todos los derechos de un hijo; creía que primero tendría que ganarse ese derecho trabajando como un jornalero para su padre...

Esto generalmente suele ocurrir todavía con los que se arrepienten. Pero notemos también que el padre no le prestó ninguna atención a esa bienintencionada pero equivocada idea. El evangelio dice: "Y cuando (el hijo) aún estaba lejos (cuando aún no había tenido el tiempo de pronunciar siquiera una sola oración, de derramar siquiera una sola lágrima, de brindar siquiera el mínimo servicio), su padre lo vió, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello, y lo besó" (v.20).

¡Ah, qué perdón más inmaculado y divino! ¿Acaso el padre no tenía toda la razón del mundo para decirle a ese hijo perdido: "¡Vete de aquí, hijo ingrato y malvado! ¡Has malgastado tu herencia y has perdido tu derecho a llamarte mi hijo!"? ¡Pero no! ¡No pronuncia ni una sola palabra de reproche por los pecados del hijo! ¡Ni demanda la más mínima compensación por los bienes desperdiciados!

Al contrario: Inmediatamente dispone que le pongan la mejor ropa, un anillo y calzados, y que hagan una fiesta de regocijo por su retorno. Así es como el propio Señor Jesucristo describe el perdón divino. Quiere que conozcamos y apreciemos de esta manera al Padre celestial; por eso lo representa con un amor incondicional y un corazón perdonador, aun mientras el hijo pródigo estaba lejos y pecando de la manera más grosera. No es que el retorno del hijo recién produjo la reconciliación en el corazón del padre. Ya estaba lleno de amor por su hijo anteriormente, sólo que el hijo, al irse, no se benefició con esa bondad.

Aquí vemos que Dios ofrece la reconciliación también al impío, al infiel y al que no está convertido. Jesucristo quitó también los pecados de ellos cuando murió por todos en la cruz. También para ellos Jesús adquirió gracia y perdón y también para ellos está preparada desde hace tiempo la mejor ropa: La seda esplendorosa de la justicia de Cristo, esperando que la vista.

Aquí también podemos ver cuándo llega la bendita hora en que el pobre pecador efectivamente recibe gracia, perdón y la adopción de hijo: Es decir, ni bien se produce su verdadero retorno al Señor; tan pronto como desespera de sí mismo y de todos sus méritos propios, de su propio remordimiento, devoción y reparación... ¡y vuelve la mirada de su alma desdichada, hambrienta y sedienta a Cristo crucificado! Ocurre inmediatamente después de entender que en Cristo tiene su salvación y bienaventuranza eterna; inmediatamente después de percibir lo que nunca antes había percibido en el Evangelio: Que en Cristo "todo está preparado" para nuestra salvación, y que en Él hay suficiente y más que suficiente redención.

15. Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos. Ro.10:8

¡Observemos bien este texto! Aquí está el secreto de la fe. Aquí hay verdadera sabiduría. El texto dice: “Cerca de ti está la Palabra”. Quien desea encontrar a Dios y a Cristo, sólo necesita adherirse a la Palabra. Es ahí, donde Dios nos quiere encontrar y donde encontramos a Cristo. No necesitamos recorrer el mundo y buscarlo en lugares desconocidos o en sentimientos conmovedores, tampoco en las alturas ni en las profundidades. Lo tenemos muy cerca, en la Palabra, en la Palabra de fe, que es capaz de crear la fe en nosotros. El Evangelio está para que lo creamos. Si guardamos “la Palabra de fe” en el corazón, tenemos a Cristo allí. Y tenemos todo lo que la Palabra dice y promete. No hace falta que volemos con nuestros pensamientos de aquí para allá diciendo: “¡Ojalá sólo supiese lo que Dios en el cielo piensa de mí y quiere hacer conmigo! ¡Ojalá pudiese saber, si mi nombre figura en el Libro de Vida o no! ¡Ah, ojalá Dios se nos revelara y nos hablara de alguna forma!” ¡No pienses así! Porque el Señor ya hizo todo eso.

Ya se ha revelado y nos dio una palabra válida para todos y para cada uno de nosotros. Y puedes tener la seguridad de que Él no hace distinción de personas; que los decretos de la gracia anunciados por Él, son igualmente válidos para todos.

Cuando rige una ley civil para cuestiones terrenales, no necesitamos hablar con el presidente del país para saber si tenemos ese derecho. ¡No! Sabemos de antemano que la ley garantiza ciertos derechos a todos los ciudadanos. Pues bien, lo propio ocurre con la Palabra de Dios. Se debe sólo a la debilidad de nuestra fe en las Sagradas Escrituras que no sepamos lo que Dios piensa de nosotros. Él ya lo declaró en su Palabra. Ahí vemos que estamos bajo el juicio y condenación si no queremos honrar al Hijo de Dios, y preferimos vivir licenciosamente con el mundo impío, haciendo lo que le place a nuestra naturaleza corrupta, practicando el pecado y viviendo en libertinaje.

Por otra parte, si trato de conquistarme el favor de Dios por medio de mi propia justicia, conforme a la Ley, debo saber que la condición es: “¡Cumple todo, y vivirás!”. O sea, si cometo el mínimo pecado, inmediatamente caigo bajo maldición. Por el contrario, si creo que la Ley ya me juzgó y sentenció “en Cristo”, me vuelvo verdaderamente humilde y busco mi salvación únicamente en el Hijo de Dios, en su sacrificio expiatorio. Ya no puedo vivir más sin Él y sin su Evangelio. Entonces sé que estoy revestido de su justicia y registrado en el Libro de Vida, aunque parezca que todo está en contra mía y aunque me sienta realmente mal. ¿Cómo sé todo esto? Lo sé por la Palabra del mismo Dios. ¿A quién habría de creer, sino a Dios mismo, que nos reveló en las Sagradas Escrituras todo lo que necesitamos saber para nuestra salvación?

Debemos imprimir profundamente en nuestros corazones lo que aprendemos allí. Pues es un arte sumamente difícil perseverar siempre en la fe durante las numerosas tribulaciones que nuestras almas tienen que soportar en este mundo. Nuestra carne está llena de pecado, nuestra conciencia, de legalismo.

El dolor de las almas temerosas de Dios es a menudo como el de una herida abierta. Y la gracia de Dios muchas veces es muy extraña y se halla profundamente oculta. Así el diablo, el enemigo de nuestras almas, tiene abundantes oportunidades y ocasiones para acosarnos, mientras estamos en este mundo.

Necesitamos un refugio en nuestra desgracia. No para proteger lo que somos, pensamos o sentimos nosotros, sino para mantenernos firmemente adheridos a la eterna Verdad de nuestro gran Dios y su Palabra.

Acerca de este precioso arte Lutero dio esta clara explicación: “Una cosa es sentir, y otra cosa es creer. Por eso debemos dejar de lado los sentimientos, captar con el oído la Palabra y atenernos solamente a ella, en la forma exacta en que nos habla. Hemos de grabarla y guardarla en nuestros corazones, aun cuando no parezca para nada que hemos sido librados de nuestros pecados, y tengamos la impresión de que todavía están con nosotros”.

Es así para que la fe aprenda a adherirse tanto más a la Palabra de Dios y a perseverar en la misma, diciéndose: “Siendo que el propio Dios, Creador del cielo y de la tierra, declara: “Vivo Yo, Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva de su camino, y que viva” (Ez.33:11), ¿quién, por más miserable pecador que fuese, no confiará en esa Palabra y no acudirá a Él para vivir?”

Con cuántas solemnes palabras y claros ejemplos nuestro glorioso Dios reveló, desde el principio del mundo, su plan para salvar la humanidad perdida por medio de su unigénito Hijo, ique habría de quitar el pecado y satisfacer la Ley! Una gran hueste de evangelistas, profetas y apóstoles fueron instrumentos del Espíritu Santo en la tierra para declarar lo que Dios haría y ha hecho para nuestra salvación. Y el propio Señor Jesucristo afirma: “Yo soy el primero y el último; y el que vivo, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos. Al que tuviere sed, Yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida” (Ap.1:17-18; 21:6). ¿Qué pobre pecador no confiaría en esas palabras y no se presentaría ante el trono de gracia lleno de confianza? ¿Qué cristiano angustiado no buscaría descanso para su afligido corazón en tales promesas, a pesar de todas sus tentaciones y dudas? La Palabra, la Palabra de Dios mismo “está cerca de ti, en tu boca y en tu corazón”, y entra a tu corazón por la fe. Ahí tenemos a Cristo y su salvación: Sólo en y con la Palabra.

16. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Ef. 6:12

El apóstol nos presenta un cuadro sumamente terrible de nuestro enemigo espiritual. Dice que es extremadamente poderoso, astuto y perverso; y al mismo tiempo es un enemigo invisible, que puede estar muy cerca de nosotros sin que lo notemos. Veamos primero la última característica mencionada en el texto. Al decir: “No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades”, el apóstol no quiere decir que no necesitamos luchar contra nuestra propia carne corrupta, nuestra depravación innata.

Significa -conforme al modo de hablar de San Pablo- que se trata de una lucha en la que no tenemos que atacar cuerpos físicos, como en las peleas normales, en las que se utilizan los puños o las armas de fuego.

Aquí nuestros enemigos son espíritus que no podemos matar; seres invisibles que pueden estar muy cerca de nosotros sin que los veamos, o sin que sintamos el menor temor ante su presencia. ¡Es una situación muy peligrosa para nosotros!

En segundo lugar, nuestros enemigos no son débiles fantasmas, sino por el contrario, principados y autoridades muy poderosas. Los términos que usa el apóstol nos dan a entender que el diablo posee un verdadero imperio, con jerarquías especiales, de modo que algunos ángeles malos superiores dominan como príncipes y autoridades sobre los otros demonios. Más aún, el apóstol dice que son “los gobernadores de las tinieblas de este siglo” (Ef.6:12).

Ciertamente, ¡es algo terrible! De manera similar el propio Señor Jesucristo llamó al diablo: “Príncipe de este mundo” (Jn.14:30), y San Pablo hasta llega a denominarlo “el dios de este siglo” (2 Co.4:4). Estos nombres revelan claramente lo que también podemos ver en parte con nuestros propios ojos: Que el diablo gobierna sobre toda la humanidad no convertida, subyugando y dominando tanto a los líderes de las naciones, como a los ciudadanos en general.

También sabemos que nuestro enemigo es de alta descendencia, un ángel caído, que posee un increíble coraje, porque se anima a pelear aun contra Dios todopoderoso. En los días en que el Hijo de Dios anduvo en la carne, tuvo la arrogancia y osadía de proponerle al propio Señor ¡que se arrodille y lo adore! (Mt.4:8-9). Ahí podemos ver el poder que quiere tener -y tiene sobre el pobre mortal.

En Lucas 11:21 Jesús compara al diablo con un “hombre fuerte armado que guarda su palacio”, o sea, al ser humano. De modo que las personas son para el diablo solamente lo que una vivienda es para su propietario.

Y San Pedro compara su poder y su furor para destruirnos con un “león rugiente, que anda alrededor, buscando a quién devorar” (1 P.5:8).

Estas son representaciones tan terribles de nuestro enemigo, que no es de extrañar si los cristianos llegan a sentir miedo de vivir en la tierra.

Es seguro que quienes no se mantienen junto al Señor, en el temor de Dios, irán a parar a las manos del diablo, o ya están en sus garras. Y también es cierto que si el Señor nos abandona a nuestras propias fuerzas, estamos perdidos; entonces el diablo puede arrojarnos en cualquier momento al más espantoso abismo de pecados y errores, y finalmente al infierno. Sin embargo, si no caemos en el cómodo sueño del pecado, ni confiamos en nuestras propias fuerzas, sino que nos consideramos niños débiles y ovejas indefensas ante el Señor, la lucha ya no dependerá de nuestra propia fuerza ni del poder del diablo, antes el Señor mismo peleará por nosotros; nos alzará en sus brazos y nos protegerá como a sus corderos. Pero si el Señor le daría al diablo una sola hora de plena libertad sobre nosotros, en esa misma hora nos haría pedazos y nos arrojaría al infierno.

De modo que cada momento de nuestra vida en que esto no ocurre, es un testimonio de la fiel, piadosa y poderosa presencia de Dios. ¡Ah, ojalá siempre lo tengamos en cuenta!

Así que se trata de una lucha espiritual, cuyo éxito no depende de nuestra destreza o fuerza. La más temible cualidad del diablo es su astucia, su grandísima astucia y falsedad, con la que nos puede engañar y seducir, para que ya no busquemos fuerzas en el Señor y así nos entreguemos mansamente a él. Por eso la Escritura advierte contra esta cualidad suya más que contra cualquier otra.

En el último libro de la Biblia, a Satanás se lo llama "la antigua serpiente, que engaña a todo el mundo", inclusive a personas inteligentes, instruidas y eruditas. (Ap.12:9; 20:2). La más clara descripción de la temible astucia y falsedad de este enemigo procedió de la boca del propio Señor Jesucristo, cuando se refirió a "las profundidades de Satanás", (Ap.2:24), porque como advierte el apóstol Pablo, el diablo también sabe convertirse en "ángel de luz" (2 Co.11:14). ¡Dios nos guarde a todos! Contra "las profundidades de Satanás" ciertamente no hay inteligencia, ni cultura, ni vigilancia que sea suficiente, si Dios mismo no nos preserva con su iluminación. A "las profundidades de Satanás" sólo podemos oponer "las profundidades de Dios". "El que guarda a Israel no se adormecerá ni dormirá" (Sal.121:4).

17. **Y calzados los pies con el apresto del Evangelio de la paz.** Ef.6:15

Todos los soldados de Cristo fueron convocados a participar en la gran campaña que pesa sobre el corazón de su Señor, es decir: Que el Evangelio de la paz se difunda en toda la tierra.

Nuestro Señor Jesucristo declaró: “El que no es conmigo, contra mí es; y el que conmigo no recoge, desparrama”(Mt.12:30). Y San Pedro escribe, no sólo a los Pastores, sino a todos los cristianos en general: “Vosotros sois... real sacerdocio... para que anunciéis las virtudes de Aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 P.2:9). Pero tan pronto como nos volvemos fieles y celosos testigos de nuestro Salvador, nos exponemos a numerosos disgustos y problemas. En efecto, todo el reino del diablo se nos pone en contra. En nuestro interior se multiplican y se tornan cada vez más hirientes “los dardos encendidos del maligno” (Ef.6:16), y por fuera, la enemistad y el rechazo del mundo -leal siervo del diablo-, no pierde oportunidad para hostigarnos y acusarnos.

Comprendemos, entonces, cuán necesaria es la exhortación: “Calzados vuestros pies con el apresto del Evangelio de la paz”.

Pensemos en las palabras: “Calzados vuestros pies.” Es necesario que el soldado tenga los pies bien calzados, si ha de avanzar por un terreno no allanado, lleno de puntiagudas piedras y ponzoñosas alimañas. De igual modo, los creyentes debemos estar bien armados contra las amargas experiencias y rudas tentaciones a la impaciencia que se acumulan en nuestro camino, si es que queremos demostrar verdadero celo y lealtad por la causa de nuestro Señor Jesucristo. Es como si tuviésemos que abrirnos camino a través de una espesa selva, llena de plantas espinosas, víboras, insectos venenosos y animales feroces que nos pueden herir o matar, si no estamos debidamente protegidos.

¿Con qué hemos de calzar nuestros pies? ¿Qué apresto hemos de emplear? El apóstol dice: “El apresto del Evangelio de la paz”, o la buena voluntad para compartir el Evangelio de la paz. Esta buena voluntad consiste en sentimientos de amor que nacen precisamente del Evangelio. Este es el secreto. Cristianos experimentados lo saben. Todas las amonestaciones, instrucciones, pedidos o razones para cobrar ánimo no tienen absolutamente ningún poder para alentarnos a una viva confesión del Evangelio, mientras tanto nosotros mismos no seamos espiritualmente vivificados y fervientes por el mismo Evangelio.

Mientras el corazón aún esté frío y apático, la persona siempre encontrará una excusa para su sopor espiritual. O puede tomar muchas resoluciones, que sin embargo después de todo no conducen a nada (salvo que una causa exterior los ponga en movimiento). Pero tan pronto como mi propio corazón se enfervorizó y conoció la gracia del Señor Jesucristo; tan pronto como el Señor le habló a mi alma, me aseguró el perdón de mis pecados y su buen agrado, recibo una motivación interior que ya no me deja guardar silencio. Entonces me pasa exactamente lo que dice David:

“Creí, por tanto hablé”. Y: “Por el camino de tus Mandamientos correré, cuando ensanches mi corazón” (Sal.116:10; 119:32).

La palabra “apresto” nos da a entender que la persona está preparada, con el calzado en los pies, lo cual los hace menos sensibles a los agujones filosos u objetos duros y cortantes que puede encontrar en su camino. Eso indica paciencia. Esta referencia a nuestro calzado espiritual significa que hemos de armarnos con paciencia, para persistir en la lucha; que hemos de acomodarnos seriamente a la idea de que tendremos que sufrir y que incluso desearemos tener el privilegio de sufrir por amor a Jesús! Como bien dice San Pedro: “Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento,” es decir dispuestos a sufrir por su causa (1 P.4:1). Porque si no nos armamos con ese pensamiento, nos pasará como a algunos, que inician la batalla de la fe con gran entusiasmo y valor, pero cuando la lucha se vuelve más ardua, e involucra algún sufrimiento, en seguida la abandonan. Cambian rápidamente de tono y dirección, a fin de evitar el sufrimiento.

Esa gente no sirve para esta lucha. Porque el que quiere ser un verdadero cristiano, el que desea pertenecer al Cristo crucificado y ansía exaltar seriamente Su causa y el Evangelio, el tal debe esperar -como dice Lutero- “toda resistencia imaginable, insultos, intrigas malévolas, desprecio, ingratitud, burla y humillación, aunque le haga bien a todo el mundo”. Por eso, nos volvemos tan experimentados en soportar agravios y sobrellevar los más inmerecidos y amargos disgustos, que nos inmolamos en aras de la paciencia.

A fin de adquirir esa destreza se requiere, en primer lugar, estar en íntima comunión con Dios y conocerlo como nuestro piadoso Padre, con el que estamos reconciliados por medio de nuestro Señor Jesucristo. En segundo lugar es necesario imprimir profundamente en nuestras almas la gran verdad, de que Él tendrá cuidado de todos nuestros problemas, y velará con su inmenso amor paternal sobre todo lo que nos ocurre, de modo que no caerá un solo cabello de nuestra cabeza sin su voluntad (Lc.12:7; 21:18). Es cierto que muchos repiten esta promesa con su boca, pero son pocos los que verdaderamente creen en ella.

Más aún: Tampoco hemos de olvidar las bien conocidas palabras de nuestro Señor: “¡Bienaventurados sois, cuando por mi causa os vituperen y os persigan..! Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros” (Mt.5:11-12). ¿Nos concederá Dios a nosotros, indignos como somos, el privilegio de participar de esa gloria de sus profetas? ¡Dios despiértanos!

18. Aunque bramen y se turben las aguas del mar, y tiemblen los montes a causa de su braveza... Dios está en medio de ella (de su ciudad), no será conmovida. Sal.46:3-5

Esta es una canción triunfal y feliz; la canción de un corazón valiente, atravesando murallas con su Dios, y alzándose en las alturas, ¡por encima de montañas y abismos! Aquí no hay ni rastros de timidez. Y sin embargo, este feliz salmo se escribió en un momento en que “bramaban las aguas del mar” y su autor pasaba por una gran calamidad, como se desprende del v.2. ¿Y cómo puede alguien sentirse feliz y valiente en semejante momento? Notemos cómo habla el salmista: “Dios es nuestro amparo y fortaleza; ¡nuestro pronto auxilio en las tribulaciones!” (v.1). “Jehová de los ejércitos está con nosotros; ¡nuestro refugio es el Dios de Jacob!” (v.7). Esa es la forma en que finaliza la canción.

Sólo hace falta que en esas condiciones se concreten y se vuelvan reales en nuestras almas. Y que sean abiertos nuestros ojos y que veamos más allá de las oscuras nubes que encubren la gloria de nuestro Dios. Entonces cantaremos y correremos con la misma emoción de David.

Cuando el criado de Eliseo vio la hueste de carros y caballos sirios, exclamó: “Ah, señor mío, ¿qué haremos?” (2 R.6:15b). A lo que el profeta contestó: “No tengas miedo, porque más son los que están con nosotros que los que están con ellos” (v.16). Pero el criado estaba tan asustado, que no se quedó tranquilo con eso. ¿Que hizo Eliseo entonces? Oró, diciendo: “Te ruego, oh Jehová, ¡que abras sus ojos para que vea!” (v.17). Dios abrió los ojos del criado y él vio que el monte estaba lleno de gente de a caballo y de carros de fuego alrededor de Eliseo.

Entonces el criado ya no tuvo más miedo. Eso es, pues, todo lo que necesitamos: “Señor, ¡abre nuestros ojos, para que veamos!”

La “ciudad de Dios” es la verdadera Iglesia (la comunión invisible de todos los verdaderos creyentes), y no sólo la Iglesia visible o externa (las denominaciones eclesiásticas organizadas).

Es la santa Iglesia universal, “la comunión de los santos”, que consiste sólo de los miembros vivientes de Cristo, que están dentro de las iglesias y congregaciones que conservan el Evangelio de Cristo, la única semilla necesaria en el Reino de Dios. Los miembros vivientes de Cristo se encuentran distribuidos por todo el mundo, dispersos aquí y allá. Es la amada esposa de Cristo. Durante un tiempo relativamente corto vive aquí, en suelo extraño y hostil, lejos de su verdadero hogar, el palacio de su Amado. Esta Iglesia es el cuerpo de Cristo, que todavía tiene que sufrir mucho en este mundo, mientras espera su redención definitiva. Es la Iglesia del Señor, el rebaño del buen Pastor, las ovejas de su redil. Es “el templo santo” de “piedras vivas”, “edificado sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo” (Ef.2:20). Son los “conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios” (Ef.2:19), entre quienes el Señor vive y reina como un

padre en su hogar. Este es el huerto y jardín, donde el Señor se deleita entre las rosas (Cnt.2:1).

En fin, es la “ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial...”, la congregación de los primogénitos, que están inscritos en los cielos” (He.12:22-23). De esta ciudad canta el rey David gozosa y confiadamente, diciendo: “Aunque bramen y se turben sus aguas (del mar), y tiemblen los montes a causa de su braveza... Dios está en medio de ella, no será conmovida” (Sal 46;3-5).

¿Pero tienen realmente respaldo estas dulces palabras, o son sólo palabras vacías? ¿Y cuál es la cualidad característica del pueblo de Dios, del pueblo que Dios mismo reconoce como suyo? Al cuerpo de Cristo pertenecen todos los que han reconocido con dolor sus pecados, y después de una angustiada búsqueda de salvación, finalmente encontraron consuelo, paz y bendición eterna en Jesús y únicamente en Él. De modo que Él, sólo Él, es el mayor anhelo de sus almas.

Sus corazones sufren la mayor aflicción cuando Jesús no está, y su mayor alegría es cuando Él está cerca. Esta es la característica de la esposa. El Señor Jesucristo les resulta indispensable; es el primero y el último para la expiación de sus pecados y su justificación; y también lo es para la santificación y redención. En ese sentido, todos los cristianos son iguales.

Es notable que en todos los países y en todas las épocas, entre todos los pueblos, las razas y las lenguas, dondequiera que haya cristianos, todos ellos sin embargo sean tan iguales en este artículo central, aunque sus costumbres locales sean tan diferentes en muchos otros aspectos!, como en talentos y vocaciones, o en cuanto a ciertas opiniones individuales, tal vez pueden diferir todo lo que quieran.

Sin embargo hay algo, en lo que todos son iguales. Y es que Jesucristo, únicamente Cristo, es su bendición y vida.

Estos son los que constituyen el pueblo de Dios, llamados “la ciudad de Dios” en nuestro texto. ¡Ciudad extraña, por cierto! Pequeña y humilde, y no obstante tan grande y gloriosa. Grande en cuanto a su tamaño, extendiéndose por todo el mundo, de polo a polo. Y de sobremanera gloriosa en cuanto a su vida interior y a su destino final. Llegará el día en que veremos a la dispersa, reunida...

¡Entonces la esposa aparecerá en la plenitud de su esplendor y belleza!

19. Ve a mis hermanos y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios. Jn.20:17

Estas son las primeras palabras que Jesús habiendo resucitado habló, después de haber cumplido su gran sacrificio. Y en esas palabras notamos su obvia intención de llamar nuestra atención a la palabra “hermanos”. Jesús emplea más palabras para expresar lo mismo, cuando dice: “...mi Padre y vuestro Padre; mi Dios y vuestro Dios”. Recordemos además que antes de su muerte Jesús no solía dirigirse a sus discípulos como “hermanos”. Es verdad que antes los había llamado “amigos” (Jn.15:14), y les había demostrado su gran amor. Y en un modo general había declarado: “Todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre” (Mr.3:35).

Sin embargo, no los había distinguido hasta entonces con la designación de “hermanos”. Primero tuvo que reparar la caída del hombre, aplastar la cabeza de la serpiente, remover la iniquidad y restaurar la justicia eterna, recuperando para el hombre el derecho original de hijo de Dios (Ef.1:5). Sólo después de consumir su gran sacrificio expiatorio, Jesús comenzó a llamar “hermanos” a sus discípulos, diciéndoles: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios”.

Sin duda, iesto es tan importante, que nos debe hacer reflexionar!

Que esto haya sido lo primero que el Señor dijo después de su resurrección, le da un valor especial, porque precisamente ese fue el objetivo principal de la expiación de Cristo: Es decir, restaurarnos el derecho de hijos de Dios, que habíamos perdido en la caída. Todo lo demás que nuestro Señor Jesucristo realizó, como ofrecerse en propiciación por nuestros pecados, remover la maldición de la Ley, y adquirirnos una justicia eterna, tiene la misma meta: La restauración de nuestro derecho perdido de hijos.

Dios creó en el principio al hombre para que fuese su hijo y heredero. Y cuando perdió este privilegio al caer en pecado, “la Simiente de la mujer” habría de restaurarle ese derecho. En nuestra adopción por parte de Dios se resume toda nuestra bienaventuranza eterna. Porque si somos hijos de Dios, también somos sus herederos. La restauración de esta relación es el objetivo y el resumen final, de todo lo que nuestro Señor Jesucristo vino a realizar en este mundo, como nuestro segundo Adán.

Si alguien preguntara: Después de la expiación cumplida por Cristo, ¿ha sido restaurado nuestro derecho de hijos de Dios? ¿Hemos recuperado ahora esa relación con Dios que perdimos en la caída? ¡He aquí, que el Señor Jesucristo lo confirma personalmente en este pasaje! Es lo primero que declara después de su resurrección. Y se muestra particularmente interesado en que notemos lo que dice: “Mis hermanos... mi Padre y vuestro Padre; mi Dios y vuestro Dios.” “¡Mío... y vuestro; mío... y vuestro!” Quien no capta lo grandioso y divino de este mensaje, debe tener sus sentidos completamente embotados. ¡Ah, qué extraordinario! Cristo

mismo, el Señor del cielo, el eterno Hijo de Dios, primero vino y se hizo un ser humano como nosotros; luego cumplió la obra de la redención, y ahora declara a sus pobres y débiles discípulos “hermanos... hermanos míos”; hijos de “Imi Padre y de vuestro Padre”! Es así como nuestro Señor Jesucristo tiró abajo la pared divisoria y reconcilió a los hombres con Dios. Lo que se había perdido, el derecho de hijos de Dios, ha sido restaurado. Es así como el Hijo unigénito de Dios llegó a ser “el primogénito entre muchos hermanos”, como dice el apóstol Pablo en Ro.8:29b. Notemos esa expresión: “El primogénito entre muchos hermanos” ¿Qué dice? ¿Qué oímos?

Aunque hayamos oído este maravilloso saludo fraternal muchas veces, difícilmente comprenderemos este sublime misterio. Aquí la piedad de Dios se manifiesta en una profundidad y una altura muy superior a nuestra capacidad de comprensión. ¡Esta bendición es tan grande, y nuestros corazones son tan mezquinos! Ante tal profundidad del eterno plan de Dios, hasta los ángeles y arcángeles se maravillan y lo alaban por su inmensa gracia...

Pero alguien puede pensar que Jesús llamó “hermanos” a sus discípulos cercanos, aquellos que eran personas leales, piadosas y santas, y que le siguieron por más de tres años. Pero, ¿por qué nos llamaría “hermanos” a nosotros? A eso respondo: ¿No has entendido todavía que esa hermandad con Cristo es lo mismo que nuestra adopción por parte de Dios? Ese fue el objetivo principal del sacrificio expiatorio de nuestro Señor Jesucristo, y eso evidentemente no ocurrió sólo por algunos discípulos, sino por todo el mundo.

Claro, parece demasiado absurdo que nosotros, miserables pecadores, seamos hermanos de Cristo. Pero, ¿qué afirma la Escritura? ¿Y acaso Jesús alguna vez hizo distinción de personas? Dios, Creador y Salvador de toda la humanidad, no juzga al hombre de acuerdo a su importancia personal, sino sólo de acuerdo a su humanidad. Jesús no le concedió un trato preferencial ni siquiera a su propia madre. Todos los seres humanos eran iguales para Él. El género humano en sí es lo valioso ante sus ojos; no ésta o aquella persona. Sólo con esta única diferencia: Los creyentes se recuestan en su pecho y son su alegría y deleite; mientras que los incrédulos son hijos perdidos, que le causan pena y preocupación. La fraternidad de Cristo no sólo incluye a los primeros discípulos, sino también a todos nosotros, los que por el testimonio de aquellos creemos en Él. ¡Ah, qué indescriptible gloria! ¡Qué fuente eterna de regocijo! Cada uno de nosotros, los que por el testimonio de los discípulos creemos en Él, somos herederos de la misma gloria, pues también a nosotros Jesús nos dice: “¡Hermandad... subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios!”

20. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Ap.21:4

Cuando haya pasado todo lo que pertenece a las “primeras cosas” -a nuestro período de gusanos en la tierra- se acabarán las lágrimas, los llantos, los clamores, las penas y la muerte. Solamente habrá regocijo y “delicias a la diestra de Dios para siempre” (Sal.16:11). Entonces ya no lloraremos, ni temeremos, ni sufriremos nunca más por culpa del pecado que esta dentro de nosotros, ni por tentaciones y tribulaciones del diablo, o por la maldad, el desprecio, los engaños y los agravios del mundo, porque todo eso será “cosa del pasado”. Pensemos en lo que significa: Nunca más sufriremos a consecuencia de pensamientos pecaminosos o deseos impuros. Seremos completamente santos, puros, libres, y espirituales. Sentiremos infinitos oleajes de felicidad eterna en nuestros corazones. Nuestra alma será capaz de amar a Dios entera y perfectamente; nuestro corazón rebozará de la mayor felicidad posible, al contemplar todo lo sagrado y maravilloso. Nunca más necesitaremos reprocharnos que debiéramos amar más a Dios, porque poseeremos corazones incapaces de hacer otra cosa que amarlo a Él y a todo lo suyo, tal como ama y halla su felicidad en su ser amado todo amante sincero. ¡Ah, qué tiempo maravilloso será ese, cuando ya no haya más pecado adherido a nosotros! Ya no tendremos que luchar contra un corazón rebelde, que todo el tiempo quiere separarnos de Dios. Tampoco nos seguirá oprimiendo esa profunda depravación moral con la que nacimos, ni la indiferencia, la frialdad, el odio, la impaciencia ni la soberbia. No tendremos que luchar contra la cobardía para testificar nuestro amor por Jesús.

Ya no habrá tropiezos, ni maldades que entristezcan al Espíritu ni palabras o acciones inicuas que hieran nuestra conciencia. Descansaremos de todo eso para siempre. Más aún, tampoco sentiremos ninguna duda respecto al amor de Dios. Nunca más preguntaremos: “¿Cómo puedo saber que mi corazón es honesto con Dios, que estoy convertido y que mi fe es verdadera? ¿No será hipocresía todo lo que hago? ¿No seguirá Dios airado conmigo?” ¡No! Todo eso pertenecerá a las cosas pasadas, a la vida en el mundo. Todo eso dará lugar a la alabanza.

Nunca más necesitaremos temer ningún reproche de Dios. Nuestros corazones ya no sufrirán más penas. Con los deleites del cielo ya no se mezclará ningún dolor del infierno. Aquí ocurre frecuentemente, que los creyentes se sienten como si la ira de Dios todavía pesase sobre ellos, y que Él los está afligiendo “con todas sus ondas” (Sal.88:7). Pero cuando estas “cosas primeras” hayan pasado, “gustarán y verán que Jehová es bueno” (Sal.34:8). Entonces le oirán decir: “Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo Jehová, tu Redentor” (Is.54:8).

Lo digo una vez más: ¡Pensemos en el bendito descanso y reposo que

nos espera, cuando ya no sentiremos más las tentaciones del diablo y de nuestra propia carne corrupta! ¡Qué lamentable es para todo cristiano sentirse tentado para todo lo malo! En un momento puede tener terribles y blasfemos pensamientos acerca de Dios, de Cristo, y de las Sagradas Escrituras. Al rato, puede sentirse tentado a amar cosas materiales en primer lugar, o a buscar la felicidad en los placeres de la carne, cuyas pasiones siempre están listas para encenderse como la pólvora, con la primera chispa que le caiga encima. Nos encontramos en perpetuo peligro. Cada sentido, cada miembro en nosotros, cada ser creado a nuestro alrededor, puede llegar a ser una tentación para nosotros. Apenas podemos abrir nuestros ojos, sin envidiar a nuestros superiores, o despreciar a los que están debajo de nosotros. ¡Cuán rápido nos olvidamos de dominar nuestra lengua, y más fácilmente aún, nuestro corazón! ¡Si Dios nos ha dado inteligencia, cuán rápidamente nos ensoberbecemos! ¡Si tenemos el derecho y poder de mandar, cuán fácilmente abusamos de ese poder! ¡Si somos subordinados, cuán ligeramente protestamos por el trato que reciben los demás, y los criticamos! Esa es la forma en que funcionan nuestros corazones en este mundo. ¡Pensemos en lo que será cuando estemos libres de todo este mal! Y eso para siempre, sí, por toda la eternidad, porque “las primeras cosas pasaron” (Ap.21:4b).

Tan sólo hemos descrito resumidamente las cosas malas de las que nos libraremos. ¿Y qué tal si pensamos un poco en los beneficios que recibiremos? ¿En las “cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre”? (1 Co.2:9). Pensemos, por ejemplo, qué maravilloso será cuando el todopoderoso Dios se proponga deleitar realmente a sus hijos, que volvieron a su hogar... en lo que hará Aquel que puede ofrecer y dar infinito y eterno bienestar... Si haría falta, podría crear en nosotros corazones, que por sí mismos sientan un gozo inefable. Pues muchas veces nos damos cuenta que la tristeza y la alegría sólo dependen de la actitud del corazón, de modo que un corazón alegre se alegra por sí mismo, sin una razón externa. ¡Cómo será cuando todas las circunstancias sean felices y el corazón sea tan sano y alegre, tan embriagado de felicidad, como sólo el todopoderoso Creador puede hacerlo! Cuando llegue la hora en que Dios nos de la bienaventuranza eterna. Él puede hacer cosas inexplicables.

Él, que es el Amor personificado, ciertamente tiene la voluntad de hacerlas, pues aun nosotros, siendo malos, queremos crear dicha y felicidad. ¡Oh Dios, disipa de nuestras almas la densa oscuridad, que no nos permite ver la gloria venidera! ¿Acaso no tenemos un maravilloso porvenir por delante? Tú mismo nos lo has prometido.

21. **Bendeciré a Jehová en todo tiempo. Su alabanza estará de continuo en mi boca.** Sal.34:1

Así dice David, quién fue puesto a muchas y duras pruebas. Y lo mismo puede decir cada cristiano quién posee las bendiciones de Cristo, mostrándose siempre agradecido y contento. A esto también nos anima el apóstol, cuando dice: "Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús" (1 Ts.5:18). Este es el deber más fácil y bendito de los hijos de Dios, el de comenzar la vida celestial ya aquí en el presente, alabando y engrandeciendo a nuestro Dios; cantando y exaltando a nuestro Padre celestial, por lo misericordioso que es y por el bien que nos ha hecho, hace, y hará.

¿Quién puede contar todos los motivos que tenemos para alabar a Dios? Es importante darse cuenta a tiempo que la ingratitud es un pecado que tiene muchas graves consecuencias. "La ingratitud seca la fuente de la bondad de Dios". Es una especie de embeleso, que no permite ver las cosas buenas que se posee.

La persona ingrata cruzará por la vida como la más desdichada, como una víctima de perpetua disconformidad, que le niega la gloria a Dios y es una carga para sí mismo, aunque fuese la criatura más afortunada del mundo.

Por cierto, quien posee lo mínimo en esta tierra, todavía tiene grandes motivos para alabar, dar gracias y engrandecer a Dios continuamente. Porque tener la mera oportunidad de ver y conocer algo de las gloriosas obras y cualidades de Dios, debe llenarnos de su alabanza. "La tierra está llena de tus beneficios, oh Jehová" (Sal.104:24). El cielo y la tierra están llenos de su gloria. La persona menos afortunada tiene sobradas razones para alabar a Dios, aunque fuese sólo por lo que Él es en sí mismo.

¿Cuánto más, entonces, los que conocemos en nuestros corazones su inmensa gracia y misericordia, y hemos sido privilegiados con su perdón y con el maravilloso llamado al Reino de Cristo? ¿Cómo no habríamos de alabar a Dios, los que hemos sido bendecidos con la iluminación del Espíritu Santo, los que aprendimos a conocernos a nosotros mismos y a nuestro Salvador y llegamos a ser hijos de Dios? Y además, seguramente disfrutamos muchos beneficios materiales y visibles de Dios. Tenemos su Palabra, escrita y predicada, y el pan para el cuerpo; en fin, todo lo que hace falta para nuestro peregrinaje terrenal.

¿Cómo no habríamos de agradecer y amar entonces a Dios? Si por el contrario ignoras u olvidas todo eso, te muestras descontento e impaciente, y en cambio te amargas por pequeños reveses, eso revela una ingratitud que no puede quedar impune. El cristiano es una criatura feliz y agradecida.

Si hemos entendido que la ingratitud es un pecado muy peligroso y destructivo, queda todavía una pregunta que responder. ¿Cómo hemos de obtener corazones que valoran debidamente todas esas cosas buenas

que Dios nos da, y le agradecen y alaban por ello? Pues bien, habrá que hacer lo que ordena el apóstol: “¡Despiértate, tú que duermes!” (Ef.5:14).

Contemplar francamente a Dios ante nuestros ojos; eso es lo que hay que hacer. Las personas que antes fueron desagradecidas, porque estaban espiritualmente muertas, comenzaron a exaltar y alabar, después que les fueron abiertos los ojos para ver a Dios y todas las bondades que Él les concedió y les concede diariamente. Por eso David quiso despertar su alma para alabar a Dios, y se dijo a sí mismo: “¡Y no olvidéis ninguno de sus beneficios!” (Sal.103:2).

Pensamos que si Dios no nos da ningún beneficio, no necesitamos agradecerle. Sin embargo, hemos de alabar y adorar a Dios por lo que Él es en sí mismo, aunque no nos dé nada a cambio, así como nos sentimos atraídos por una persona importante, aunque no recibamos nada de ella.

Pero, en los hechos, la verdadera gratitud a Dios nace en nuestro corazón solamente después de que hemos recibido su inmenso don, la maravillosa gracia de la salvación de Cristo. Esto conmueve profundamente al duro corazón humano y crea un nuevo corazón. Por eso, nunca podemos esperar que alabe verdaderamente a Dios quien no ha conocido esa inmensa gracia; ha sido salvado del poder de la muerte y del diablo, y regenerado por el Espíritu de Dios. Los muertos no alaban; y a no ser que una persona nazca de nuevo, no puede ver el Reino de Dios, ni en el futuro ni en el presente. Está espiritualmente ciega. No ve la gran gloria de Dios. Y tratar de infundirle a tal persona sincera alegría y gratitud, sería como tratar de entibiar la nieve y el hielo.

Es inútil tratar de cambiar el corazón del impío, de reanimarlo e infundirle gratitud, mientras éste no reconozca la gracia de Dios, revelada en Cristo Jesús. Pero es muy fácil agradecer al Señor, cuando gustamos y vemos lo bondadoso que es Él.

Sí, entonces hasta nos rebelaríamos si alguien nos prohibiría alabar y agradecer a Dios. No le resultó difícil a los hijos de Israel alabar y exaltar a Dios cuando Él los había conducido en seco por el Mar Rojo y había ahogado a sus enemigos. ¡Ah no, entonces fue muy fácil! Sintieron la irresistible necesidad en sus corazones de engrandecer y alabar a Dios. ¡Cómo cantaron entonces acerca de lo que el Señor había hecho y les había mostrado! (Éx.15). La clave para tener un corazón agradecido y que alaba a Dios, es verlo a Él y a su obra, en la persona y la vida de Jesucristo.

22. Andad como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor. Ef:4:1-2

Tú que eres un hijo de Dios, concúctete como es digno de tu noble vocación, aunque veas a otros, incluso a algunos que pretenden ser cristianos, entregados a cosas vanas e inútiles. Tú que fuiste llamado a la bendita comunión con tu Salvador, y que tienes al Espíritu Santo en tu corazón, has de hacer lo contrario, ocupándote de lo que le agrada a tu sublime compañía, a tu Dios. “No contristéis al Espíritu Santo de Dios”, dice el apóstol (Ef:4:30). Y también: “El templo de Dios... isanto es!” (1 Co:3:17). Hemos de guardar el templo de nuestro corazón, y no dejar entrar ninguna inmundicia mundana.

Muchos zambullen sus preciosas almas en grandes proyectos, para ganar mucho dinero y construirse un Paraíso en la tierra. Pero nosotros fuimos llamados a una gloria mayor: Al Reino de Dios; y tenemos nuestro tesoro y Paraíso en el cielo. Por eso, hemos de “poner nuestra mira en las cosas de arriba” (Col:3:2); y ocuparnos de las cosas terrenales sólo por la voluntad y los Mandamientos del Señor. Nuestro corazón ha de depositar su afecto en las cosas que no se pueden ver (2 Co:4:18).

Otros quieren ser cristianos, pero todavía viven “para sí mismos” (2 Co:5:15). No ven a sus semejantes que van por el camino de la perdición, en las tinieblas de la incredulidad y del pecado, y difícilmente alguna vez les advierten del peligro que corren, ni siquiera con una palabra. Se dejan anular por su deseo de agradar a los hombres; por su pereza y apego a la comodidad. Por el contrario, los que tenemos vida y salvación en Cristo, hemos de tener presente que “Cristo por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Co:5:15), y que también “nos hizo reyes y sacerdotes ante Dios” (Ap:1:6; 1 P:2:9), para que nos ocupemos seriamente en juntar almas con Él y para Él, por medio de la oración y dando testimonio del Evangelio.

Al servir a Cristo, sigamos los consejos que el apóstol nos da aquí: “Con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor” (Ef:4:2). Como amados hijos de Dios, que ya no andan más como los que viven en la vanidad de sus pensamientos, aquellos que pretenden ser cristianos, pero tienen un comportamiento arrogante y egoísta, queriendo ser siempre los primeros, los más inteligentes y los más fuertes. Hemos de recordar que, por el contrario, fuimos llamados a un Reino donde “El mayor ha de ser como el más joven, y el que dirige, como el que sirve”, como lo declaró expresamente el Señor (Lc:22:26). Quienes se consideran y quieren ser considerados como los principales, serán los últimos y los siervos de todos. En efecto, no nos olvidemos que entre todos los malos hábitos que Jesucristo censuró en sus discípulos y que mayormente los previno -con advertencias durísimas- fue contra el

orgullo. Contra este pecado los exhortó muchas veces, al menor indicio del mismo.

En cierta ocasión, cuando le preguntaron quién era el mayor en el Reino de los cielos, Jesús cortó todas esas pretensiones en los términos más tajantes, advirtiéndoles que ni siquiera entrarían al Reino de los cielos, si no se convertían de esas presunciones y se volvían como pequeños niños (Mt.18:1ss).

En otra ocasión, cuando los discípulos se regocijaron por haber podido expulsar espíritus malignos, el Señor les dijo: “No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc.10:20). Tan delicado es este tema. Es muy peligroso sentirse superior, pensando que uno tiene privilegios o distinciones en el Reino de los cielos. Pero que nuestros nombres, por la gracia de Dios, están escritos en el cielo, ese sí es un privilegio que compartimos aun con los más débiles hijos de la gracia. Por ello sí podemos alegrarnos. Cuando Pedro le dijo a Jesús: “Aunque todos se escandalicen de Ti, yo nunca me escandalizaré”, (Mt.26:33), Satanás inmediatamente pudo zarandearlo como trigo. Más tarde, el mismo Pedro escribió: “Todos sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes” (1 P.5:5).

Finalmente, algunos quieren ser cristianos, y efectivamente pueden ser respetuosos y amables con extraños. Sin embargo, en sus propios hogares son tiranos. Y son pendencieros y tercios con sus hermanos. Nuevamente, recordemos nuestra vocación e imitemos a nuestro Salvador, que fue “manso y humilde de corazón” (Mt.11:29). Ejercitémonos seriamente en la verdadera misericordia, en la bondad y la humildad, y no le dejemos las riendas sueltas a nuestra naturaleza carnal. Y si no logramos reprimir todos los accesos del temperamento irascible, no obstante hemos de diferenciarnos de los impíos, en que sentimos y confesamos nuestras faltas, nos mostramos conciliadores, y no dejamos que se ponga el sol sobre nuestro enojo (Ef.4:26).

Si tenemos a nuestro lado personas realmente difíciles, recordemos que nuestra vocación de cristianos es “vencer el mal con el bien” (Ro.12:21), y “lavarle los pies a los otros” (Jn.13:14). Como dice el apóstol aquí: “Soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor”. Al respecto, Lutero escribe: “Aunque tu cónyuge, tu patrón, o tu empleado realmente tengan un lamentable defecto, sopórtalos y usa aún mas gracia para servirlos, hasta que se conviertan. Ten presente que has sido llamado para llevar las cargas de tu prójimo, y que seguramente también hay faltas en ti, que los demás deben soportar”.

En los servicios que fuimos llamados a hacer, tengamos en cuenta nuestra elevada y sublime vocación de cristianos e hijos de Dios, y comportémonos como es digno de esa vocación. ¡Dios nos conceda su gracia, para vivir cada vez mejor de esa manera!

23. **Permaneced en mí...¡Permaneced en mi amor!** Jn.15:4,9

Notemos bien estas exhortaciones: “¡Permaneced en mí... Permaneced en mi Amor!” Debe haber algo muy importante en estas palabras, para que el propio Señor las repita tan a menudo. Unas diez veces, una vez tras otra, en el capítulo 15 del evangelio de San Juan, el Señor emplea la expresión “permanecer en Él”. Eso debe hacernos reflexionar a todos en la seriedad de este tema.

El Señor desea imprimir en nosotros una exhortación sumamente importante, por eso la repite tantas veces. Por eso también es muy provechoso entender qué quiere decirnos aquí el Señor. Prestemos atención, entonces, a sus palabras.

Notemos que no dice: -¡Permanezcan a mi servicio! Ni: -¡Permanezcan en mis virtudes! Ni: -¡Permanezcan adorándome! ¡No! Al decir: “Permaneced en mí”, y: “Si permanecéis en mí”, habla de una relación mucho más cercana. En este mundo nadie podrá comprender ni explicar en toda su profundidad esta expresión. Pero nos podemos dar cuenta de que es una relación muy estrecha con Él, como lo expresó con el ejemplo de la vid y los pámpanos (renuevos o ramas tiernas).

Podemos deducir cómo es y cómo se produce esta unión, de las explicaciones que nos dio el propio Señor, cuando dijo: “...si mis palabras permanecen en vosotros... ¡permaneced en mi amor!” (vs.7-9).

O sea, permanecemos en Cristo cuando guardamos su Palabra, y cuando permanecemos en su amor, no solo de boca y pensamiento, sino de corazón, dejando que Él sea nuestro verdadero consuelo.

Nuestra permanencia en Cristo y su permanencia en nosotros, muchas veces es algo sumamente misterioso. Para saber si estamos unidos a Él, sólo necesitamos preguntarnos si vivimos por la Palabra y el amor de Cristo. Si es eso lo que nos sustenta, entonces vivimos “en” Cristo, y Cristo vive “en” nosotros.

Y podemos saber si estamos depositando nuestra confianza en el Señor Jesucristo, de la siguiente manera: Si solemos afligirnos por nuestros pecados y por nuestra miseria espiritual, y luego hallamos consuelo y recobramos aliento únicamente en el Evangelio, o sea, en la doctrina del amor de Cristo, en su justicia y en su sangre; o si nuestro corazón, en cambio, sigue confiando y consolándose en algún mérito propio. Examinémonos bien, para ver en qué descansa nuestra confianza: En la Palabra que oímos, o en algo que hacemos. Así podremos saber si vivimos por fe. Cuando ya no hay obra propia que pueda consolarnos, y cuando sólo el Evangelio que oímos puede reanimarnos, es evidente que nuestro consuelo y aliento provienen sólo de la fe en Jesús. Este es un tema tan importante, que el que no quiere ser engañado, necesariamente debe prestarle atención. Si tenemos un corazón que depende y vive de la Palabra de Cristo como alimento espiritual, entonces podemos decir que permanecemos en Cristo, y que Él permanece en nosotros. Entonces

nuestros corazones también se sentirán sinceramente atraídos a Él, sentirán hambre y sed de Él, y obtendrán vida y consuelo sólo en Él y en su amor.

Lo que significa “vivir del amor de Cristo” y “que Cristo vive en nosotros mediante la fe”, lo describe gloriosamente San Pablo en Gálatas 2:19: “Por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios. Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

He ahí la verdadera vida y el verdadero poder de la santificación: “Permanecer en Cristo, permanecer en su amor”. Notemos cómo habla el apóstol: “Porque yo por la ley soy muerto para la ley... y ahora vivo por la fe en el Hijo de Dios, que me amó...” Ahí está lo que le falta a la pobre alma que todavía es esclava del pecado, al alma que tiene motivo para asustarse, más aún, de desesperar por causa del pecado, al que sin embargo no puede detestar ni odiar, porque todavía ejerce tanto poder en todos sus miembros y sentidos.

La falla está en que esa persona todavía no está “muerta para la ley”. Todavía no quedó libre y bendecida con el amor de Cristo. Todavía está interiormente dominada y subyugada por la ley. De esa manera, ¿cómo podría tener vida, poder y santa voluntad? ¡Imposible! “Si la ley dada pudiera vivificar, la justicia ciertamente fuera por la ley” (Gál. 3:21b). ¡No! “¡La letra -la ley- mata!” (2 Co.3:6).

La ley sólo hace revivir el pecado y provoca “en nuestros miembros pasiones pecaminosas, llevando fruto para muerte” (Ro.7:5).

Quien desea tener vida y poder para la santificación debe estar “muerto para la Ley” y vivir sólo por el amor de Cristo. El apóstol dijo: “Yo por la ley soy muerto para la ley” (Gá.2:19). Primero, la ley me “mató,” (Ro.7:11b), quitándome hasta el último vestigio de vida espiritual, con que podría haber hecho o imaginado algo bueno. Alentando mi rebeldía, “me engañó, y por el Mandamiento me mató... y yo morí” (Ro.7:9). Quedé espiritualmente destruido; ya no pude hacer, sentir, pensar o emprender nada que agradase a Dios. No podía mover un solo dedo para mi salvación. ¡Estaba perdido, muerto! Hasta que vino esa otra “ley”, la ley de la fe en Jesús, diciéndome: ¡Cree en el Señor Jesucristo, y en lo que Él hizo y obtuvo por todos los pecadores! El Evangelio que me anunciaba los méritos de Jesucristo, su amor y su muerte, que satisfizo todos los requisitos de la ley por nosotros. Con eso revivió mi espíritu y comencé a amar a Dios. Y entonces, separado de mi “viejo hombre”, quedé unido a mi Redentor, resucitado de los muertos. “Y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá.2:20). Que el Hijo de Dios me haya amado, y que se haya entregado por mí, es su propia vida dentro de mi vida.

Esto es lo que quieren decir las palabras: “¡Permaneced en mi amor!”

24. **Como pastor apacentará su rebaño; en su brazo llevará los corderos, y en su seno los llevará.** Is.40:11

Cuando somos conscientes de la oscuridad, falsedad e inestabilidad de nuestro propio corazón; de las crueles intenciones, de la perfidia e insistencia del diablo; y finalmente, de la enloquecedora variedad de doctrinas dando vueltas por todo el mundo... comenzamos a sentirnos inseguros y a temblar ante la posibilidad de ser finalmente seducidos y devorados. Por eso, ¡qué alentador es que el propio Señor nos asegure que Él quiere ser nuestro fiel Pastor! ¡Qué consolador es para un miserable pecador, que reconoce su impotencia, saber que el Señor Jesucristo mira a los pecadores como a sus ovejas! Somos sus ovejas, y Él es el buen Pastor, que dio su vida para evitar que sus ovejas se perdieran. Qué alentador es recordar que Él es el buen Pastor, cuando uno observa con preocupación los peligros que corren otros de la “manada pequeña” (Lc.12:32); los que con sólo una pequeña seducción ¡pueden ser engañados! Qué alentador saber que Aquél, a quien le fue dado todo el poder en el cielo y en la tierra (Mt.28:18), ¡es el Pastor de sus ovejas! ¡Él las alimentará y guardará!

Y qué gran seguridad ofrece esto a todos los Pastores subordinados, a los ministros o pequeños siervos -como los llama Isaías (Is.61:6)-, que son acosados por dentro y por fuera con la angustiante pregunta: “¿Les estamos mostrando a las ovejas el camino correcto? ¿Las tratamos en la forma correcta?” ¡Qué alentador es que el propio Señor declare: “Yo soy el buen Pastor!” (Jn.10:11).

Ante este Pastor supremo, los Pastores subordinados, todos juntos e individualmente, han de inclinarse, y a Él han de parecerse. Caso contrario es seguro que no seremos buenos Pastores. Pues “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él” (Ro.8:9).

La primera cosa digna de consideración, particularmente llamativa para todo pobre pecador, es ver que Dios considera a las criaturas humanas sólo como ovejas. Ovejas perdidas e incapaces de atenderse a sí mismas, o de defenderse contra el lobo; y por consiguiente, enteramente dependientes de su Pastor. Es así como el Señor siempre describe a los seres humanos, en todas partes. Se empeña en erradicar esa presunción tan profundamente arraigada en nuestra naturaleza e imaginación: Que posemos suficiente inteligencia y fuerza en nosotros para defendernos a nosotros mismos. Frente a esta profunda fantasía la Palabra de Dios declara lo contrario: “Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Sal.14:2,3).

El apóstol dice: “A una se hicieron inútiles” (Ro.3:12). Y: “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos” (2 Co.3:5), sino que Dios tiene que obrar en nosotros “tanto el

querer como el hacer, por su buena voluntad" (Filip.2:13).

La incapacidad para defendernos está representada en la figura de la oveja. De todos los animales las ovejas son los más expuestos, indefensos y estúpidos. No tienen garras ni dientes para defenderse contra el lobo. Y son tan famosas por su falta de astucia, que llegaron a ser proverbiales, de modo que a una persona muy poco dotada la llaman "oveja".

De manera similar, todos nosotros somos notablemente tontos en asuntos espirituales. Los hombres más inteligentes en otras cuestiones, son los más torpes cuando se trata de la salvación de sus almas; y los cristianos más iluminados se dejan engañar siempre de nuevo por "las profundidades de Satanás" (Ap.2:24), si el Señor no les concede su protección.

Y aun cuando vemos muy claramente lo que debemos hacer, no obstante somos tan impotentes para realizarlo, que muchas veces tenemos que gemir y clamar: "Yo soy carnal, vendido al pecado. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino que lo que aborrezco, eso hago" (Ro.7:14-15). ¡Ah, tú que te afliges con la idea e intención de hacer algo para alcanzar tu salvación... por favor, reflexiona una vez más en esas palabras de San Pablo! ¡Tú no tienes tanta dignidad o capacidad! ¡Eres apenas una oveja! Inclínate ante el Señor y confiesa con el rey David: "¡Yo anduve errante como oveja extraviada. Busca a tu siervo!" (Sal.119:176).

¡Reconoce que no eres capaz de nada, ni siquiera de pensar correctamente! Pide todo sólo en calidad de obsequio del Señor. Si le complace concederte algo, lo tendrás; y si no te lo concede, todo esfuerzo tuyo será en vano. No eres más que una débil e indefensa oveja.

Pero considera también el inmenso consuelo: ¡El Señor Jesucristo declara que está en la misma relación con nosotros, como un pastor con sus ovejas! Pues bien, la tarea del pastor es cuidar de las ovejas, y no esperar que las ovejas sepan protegerse a sí mismas; que se pongan en guardia contra el lobo o que sepan enfrentarlo y someterlo por sí mismas. Todo esto está a cargo del pastor, que no pregunta si las ovejas merecen o no esa atención. Ese cuidado está en la vocación del pastor. Recuerda que el Señor Jesucristo dice: "Yo soy el buen Pastor" (Jn.10:11). Él nos permite considerarlo efectivamente como tal, y esperar de Él exactamente los servicios de un pastor. ¿En quién otro podríamos confiar, sino en el Señor Jesús?

25. **Vosotros sois la luz del mundo.** Mt. 5:14

Cuando Jesús dice: “Yo soy la luz del mundo” (Jn.8:12), y luego dice a sus discípulos: “Vosotros sois la luz del mundo” (Mt.5:14), no incurre en ninguna contradicción. Los discípulos de Cristo son la luz del mundo, tal como lo es Cristo mismo. Con respecto a la gran obra de la redención, es decir, a la propiciación por los pecados del mundo, nuestro Señor Jesucristo es único.

Aquí reina solo Él, sin socios ni rivales. “Pisó el lagar de la ira de Dios solo” (Is.63:3; Ap.19:15). Pero con respecto a la revelación de las virtudes de Dios, por medio de la palabra y el ejemplo, sus fieles seguidores pueden ocupar el mismo lugar que Él. Todos los redimidos pueden ser y son anunciadores de la gracia, el amor y la santidad de Dios, tal como era Jesucristo en esta tierra.

Y en esto el Altísimo dio otra prueba de su sabiduría, al designar a sus fieles para que fuesen la luz del mundo. Se pueden conocer muchas cualidades de Dios mediante las obras de la creación. Y en forma infinitamente más clara todavía se nos presentan en las palabras reveladas de la Sagrada Escritura.

Pero lamentablemente hay sólo pocos pensadores que estudian el “libro” de la naturaleza. Y los que estudian seriamente la santa Palabra de Dios, también son relativamente pocos. Sin embargo, la conversación y conducta de los fieles son el “libro” que lee todo el mundo. La vida de los cristianos es evidente a todos los que los rodean. Y no hace falta ningún estudio profundo para poder analizar sus palabras y acciones. No, tanto los doctos como los indoctos los observan de cerca. Y a innumerables personas jamás se les habría ocurrido estudiar la Palabra revelada de Dios, si el testimonio de los fieles no hubiese llamado su atención, y si no hubiesen visto el amor de Dios revelado en la vida de sus hijos. Cuando los hijos de este mundo ven lo que llegaron a ser los discípulos de Cristo por su fe en el Evangelio, frecuentemente se sienten inducidos a escuchar y estudiar el Evangelio, y aceptarlo finalmente también.

La obligación de la iglesia universal de Cristo, es también la obligación de cada congregación individual y de cada uno de sus miembros. Cada congregación cristiana fue comisionada para ser “la luz del mundo”; para mostrar la gracia, el amor y la santidad de Dios, y para llevar así a los pecadores a su Salvador.

Una congregación que no irradia ninguna luz al mundo, en claro contraste con el mundo malo y entenebrecido a su alrededor, ya no merece llamarse una congregación cristiana. Tengamos, sin embargo, bien presente, que así como cada congregación se compone de miembros individuales, el estado de todo el grupo depende del estado del miembro individual. Cada miembro, cada cristiano fue llamado a ser “una luz del mundo”, una epístola o carta, “conocida y leída por todos los hombres” (2 Co.3:2).

Queridos hermanos y hermanas, ¿es este el caso de alguno de nosotros? No hago esta pregunta con el fin de mirar alrededor y culpar a otros. Lo que quiero es que todo aquel que se llama y considera discípulo de Cristo, se pregunte sinceramente: “¿Es este mi caso? ¿No estoy irradiando luz?” Pido que cada uno analice honestamente si hay algo en él, en sus intenciones, palabras, actitudes o acciones, que puedan desacreditar al Reino de Cristo y quitarle gloria a su Nombre. Quieran todos los que se llaman discípulos de Cristo formularse seriamente la siguiente pregunta: “¿Qué hay en mí que puede causarle ofensa a alguien, o darle motivo de burla, o impedir que los pecadores se conviertan? ¿De alguna manera le estoy dando motivo a alguien, para que desprecie la Palabra de Dios y acuse a todo cristianismo activo de hipocresía?” Sí, ¡ojalá todos los discípulos del Señor Jesucristo se hiciesen estas preguntas! ¡Por lo menos, que todos los cristianos se examinasen ahora mismo, para ver qué actitud o conducta en ellos podría estar impidiendo el progreso del Reino de Cristo! ¡Y que no posterguen ni un minuto la oración pidiendo ayuda para corregir lo que hiciere falta! Esto puede doler, puede causar pena, pero más vale ahora que después. ¡No olvidemos que la rama que no lleva fruto será cortada y echada al fuego!

Estas preguntas no van dirigidas a los cristianos que diariamente se reprenden y juzgan a sí mismos. Éstos, por el contrario, debieran apartar sus miradas de sí mismos, y “revestirse” de Cristo, de modo que sus almas puedan obtener, por la gracia del Señor, el descanso y la fuerza necesarias para la santificación.

Nos referimos aquí a los hipócritas, que confiesan el Evangelio con la boca, y no obstante son licenciosos y atrevidos. De tales personas dice Lutero: “No debemos mirar sus caras sino sus vidas”. En efecto: Aquí no se trata de lo bien que una persona sabe hablar, sino de la demostración del Espíritu y poder que es capaz de exhibir. Es relativamente fácil exaltar a Dios y a su Hijo Jesucristo con la lengua. Pero si la fe, que produce esa exaltación, es verdadera y honesta; si el que habla así es el Espíritu Santo en el corazón, eso queda demostrado cuando ese Espíritu también ataca, ata y crucifica al “viejo hombre”, y hace a la persona humilde en espíritu y rica en amor. En esta vida nunca quedaremos completamente satisfechos con nuestra santificación. Siempre que estemos espiritualmente despiertos y no hayamos sido embaucados por el Engañador, con el sueño de la presunción y auto suficiencia. Como pecadores penitentes y creyentes, seguramente siempre sentiremos más nuestras culpas que nuestros logros. Sin embargo, otra gente notará nuestra luz; y nosotros mismos, en momentos felices, también confesaremos con el apóstol: “Por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo” (1 Co.15:10).

Porque los deliciosos frutos del Espíritu acompañaron nuestra fe y la hicieron resplandecer, aunque no en la medida que hubiésemos deseado.

26. Y se apartaron de allí los varones, y fueron hacia Sodoma, pero Abraham estaba aún delante de Jehová. Y se acercó Abraham y dijo: ¿Destruirás también al justo con el impío? Gn.18:22-23

Vayamos con la imaginación a los llanos de Mamre y escuchemos la notable conversación entre Abraham y sus extraños visitantes, cuando éstos se dirigen a Sodoma, que estaba a punto de ser destruída (Gén.18:16-33). Aquí vemos la ternura del Padre celestial y el comportamiento confiado y los sentimientos piadosos de su fiel siervo Abraham. Esta historia bíblica nos permite mirar al corazón de un gran amigo de Dios, en el preciso momento en que un pueblo impío habría de caer bajo el castigo del Señor. Y aún más cautivante y alentador en este pasaje, es la imagen que nos ofrece del misericordioso corazón de nuestro Padre celestial.

Aquí vemos cuánto valora Dios a sus fieles, tanto que se mostró dispuesto a salvar a toda una ciudad, llena de escarnecedores ateos, si podría hallar tan sólo a diez justos en ella.

Al que lee este relato en su Biblia, seguramente también le llamará la atención la forma en que el Padre celestial condesciende a la condición de sus siervos, encubre su majestad y su gloria divina bajo la forma humana. Sus pensamientos y su modo de hablar es tan humano, que uno ve y oye únicamente a un ser humano hablando con Abraham. Y hace esto sólo para alejar toda clase de temor de su siervo y conquistar toda su confianza. Y lo consigue. Porque vemos cómo la bondad de Dios inflama la fe de Abraham cada vez más, de modo que avanza paso a paso siempre más en su oración, aunque también cada vez más avergonzado por su atrevimiento. Cuando Abraham oyó que el Señor estaba dispuesto a perdonar a Sodoma si hubiese cincuenta justos en ella, el patriarca enseguida comprendió que no había esa cantidad, y que las ciudades amenazadas seguían bajo la ira de Dios. Por eso siguió reduciendo el número.

Pero finalmente se detuvo en el número diez, porque pensó que sería un abuso a la justicia del Altísimo seguir insistiendo; se dio cuenta de que el Señor ya no podría postergar más su justo juicio, porque no había ni siquiera diez justos. Por eso, muy temprano a la otra mañana, el patriarca volvió al lugar donde había hablado con el Señor, y quedó preocupado al ver el humo subiendo del valle como de un horno. Había recibido una impresión tan profunda de la justicia de Dios, que sabía que la mañana siguiente habría de darle la información decisiva.

El Señor se había detenido con su siervo en una altura, desde la cual habían podido contemplar a Sodoma y sus alrededores. Así también, todos los creyentes tienen una visión elevada por la luz del Espíritu por encima de las circunstancias humanas y condiciones terrenales. Y son sólo los creyentes los que ven los planes del Omnipotente desarrollándose en los grandes e inquietantes acontecimientos del mundo. Ven la revelación de la fidelidad y de los juicios de Dios. El Señor le declaró a Abraham lo que

pensaba hacer con Sodoma y Gomorra. A nosotros también nos declara sus planes en su Palabra. Sabemos que cuando un pueblo llega al punto en que ya no le presta más atención a la voz de su Dios, y descaradamente pisotea tanto sus Mandamientos como su misericordia, entonces el clamor de su pecado llega al cielo, provocando el ardiente celo y la condenación del Todopoderoso con terribles y manifiestas calamidades.

Aquí podemos ver también lo que nos corresponde hacer. Los que hemos sido perdonados y adoptados como hijos de Dios; los que estamos en íntima comunión con Él por medio de la fe en Cristo y podemos hablarle como los hijos a su padre, debemos valernos de esa gracia y presentarnos ante el Señor, plantarnos ante Él como Abraham, e interceder por los que están en peligro de caer bajo su juicio.

Si, tal como nos pide el apóstol Pablo, cuando dice: “Exhorto ante todo, a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones, y acciones de gracias por todos los hombres, por los reyes, y por todos los que están en eminencia” (1 Tim.2:1). Interceder por los que tienen autoridad, por toda la Iglesia de Cristo, y por las personas más allegadas.

Dios quiere realizar grandes cosas, pero preferentemente en respuesta a las oraciones de sus hijos, a fin de revelar su gracia y su gloria. Por eso hemos de pedirle insistentemente. Vemos cómo el piadoso patriarca rogó humildemente seis veces pidiendo permiso para pedir cada vez algo más. Y ni una sola vez fue desoída su oración. Todas las veces Dios le concedió una respuesta favorable.

Así, Dios nos asegura que nuestras oraciones le agradan todas las veces que imploramos piedad para los pecadores. Porque eso concuerda muy bien con su propio corazón. Es verdad que las oraciones de los creyentes no anulan los juicios de Dios y las leyes de su Reino de Gracia. A los que persisten en el pecado y deliberadamente resisten al Espíritu del Señor, no los pueden salvar ni siquiera la intercesión y las lágrimas del propio Señor Jesucristo, como lo vemos en el caso de la Jerusalén impenitente (Lc.19:41-44). Sin embargo, la intercesión de los creyentes mueve a Dios a hacer algo especial, en favor de las personas que son el objeto de la intercesión de sus amigos. En efecto, aquí en Génesis 18 vemos que el Señor estuvo dispuesto a perdonar a todas esas ciudades amenazadas, si hubiesen habido allí solamente diez justos.

Y esta es la segunda lección que hemos de aprender de este pasaje bíblico.

Notemos icuánto vale aún un solo justo a los ojos de Dios! O sea, un alma justificada por la fe en la sangre de Jesucristo, que tiene el perdón de todos sus pecados, y lucha por su santificación. Por causa de unos pocos cristianos así, Dios está dispuesto a salvar a toda una ciudad llena de ateos. ¡Sin duda, para nuestro Señor Jesucristo los creyentes esparcidos en este mundo son un gran tesoro!

La intercesión de nuestro gran Sumo Sacerdote Jesucristo ante el trono de Dios, es decisiva. Aparte de eso, lo que más influye en las decisiones de Dios, son las súplicas de los pocos justos que hay en el mundo.

27. **Amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro.** 1 P.1:22

Como el amor a los hijos de Dios, es un fruto y signo del nuevo nacimiento, la amonestación a mostrar ese amor no se dirige a cualquiera, sino sólo a los cristianos, o regenerados.

Nunca alentemos a los que sólo nacieron “según la carne”, a producir los frutos del “nuevo hombre”; por ejemplo, a amar a los que nacieron “según el Espíritu”, pues no pueden hacerlo (Gál.4:29). Siempre será un esfuerzo inútil, tratar de ignorar o abolir la vieja enemistad entre la “simiente de la serpiente” y la “Simiente” de la mujer (Gn.3:15).

Cuando el Señor Jesucristo y sus apóstoles exhortan a los fieles a amarse fraternalmente “los unos a los otros”, se refieren sólo a ellos. El Espíritu Santo produjo este amor en nuestros corazones. Este amor va desarrollándose mediante la comunión con el Salvador y necesita de cuidado y atención, lo mismo que todos los demás frutos del Espíritu. Por eso encontramos todas estas exhortaciones y amonestaciones al amor en la Escritura. Perder el amor a los hermanos es una falta grande y peligrosa.

Existen muchos factores que pueden enfriar este amor. Nuestro enemigo espiritual, bien consciente de lo que gana cuando consigue separarnos de los hermanos, siempre arma intrigas contra el amor fraternal entre cristianos. Y encuentra mucho apoyo para lograrlo en nuestro propio corazón. Pero al ser este amor un fruto tan distintivo de nuestra vida por la fe en Cristo, siempre depende de esa vida. En tanto que vivo en saludable arrepentimiento y en la fe salvadora, también amo a los hermanos. Por eso la primer causa, y la más común y esencial para el enfriamiento del amor, reside en un debilitamiento de la vida en la gracia de la fe.

Cuando comienza a predominar una mentalidad materialista en un cristiano, de modo que ya no vive en la actitud cotidiana de arrepentimiento y fe, de conocimiento de pecado y de confianza en la gracia, entonces también comienza a volverse indiferente a los hermanos, y a mirar más sus faltas, que la gracia que mora en ellos. De esa manera se cumple el dicho de Jesús: “Y por haberse multiplicado la maldad, se enfriará el amor de muchos” (Mt.24:12). Además, es lamentable que frecuentemente entre los hermanos haya falta de sabiduría y malos hábitos, que pueden repeler y enfriar el amor.

A veces también se producen diferencias de opinión que separan a los hermanos. Esas diferencias generalmente se deben a asuntos de menor importancia, porque en cuanto a lo principal todos suelen estar de acuerdo. Las opiniones sobre cosas secundarias pueden causarle heridas fatales al amor. Esto puede ocurrir cuando no se acepta que otro hermano pueda ser un cristiano tan honesto y justo como uno, aunque no entienda todas las doctrinas de la Palabra de Dios como nosotros.

En otras palabras, cuando no concibo que existan fieles hijos de Dios al mismo tiempo que, en algunos temas, piensan diferente. La consecuen-

cia es que comienzo a condenar a todos los que tienen opiniones diferentes a las mías.

Y esta condenación siempre apaga el amor. Es algo diferente cuando repruebo una opinión equivocada, o reprendo una falta de parte de un hermano, de la manera en que nuestro Señor Jesucristo reprobó a Pedro, cuando éste sacó su espada, o cuando, en una ocasión anterior, equivocadamente quiso impedir el sacrificio de Jesús (Mt.26:52; Mt.16:23). Tal reprimenda se puede dar todavía en el marco del amor. Pero condenar llanamente a una persona que piensa diferente, pero tiene toda su confianza puesta únicamente en la sangre de Cristo, es totalmente contrario al amor y apaga a éste.

Destruyo el amor cuando permito que ciertos asuntos secundarios ocupen el primer lugar en mi corazón. Cuando aprecio más a los que comparten mi opinión sobre un tema, aunque no crean en Jesús, que a los cristianos que no están de acuerdo conmigo. Es una muy mala señal que un asunto superficial me resulte tan importante, que por el simple hecho de que están de acuerdo conmigo, les tengo más amor y aprecio a los enemigos de Jesús... ¡que a mis hermanos en Cristo! Es terrible que ame más a los incrédulos, sólo porque me dan la razón en un tema secundario... ¡que a los que abrigan una fe tan preciosa como la mía en "la justicia que da nuestro Dios y Salvador Jesucristo"!

¿Cómo puede ser que ame más a una persona enemiga del Señor, a la que jamás se le ocurrió buscar su paz y la reconciliación mediante la sangre del Cordero, y que jamás se postró como un pecador perdido a los pies del Señor Jesucristo, sino que "pisotea al Hijo de Dios, y tiene por inmunda la sangre del Pacto en la cual fue santificada", que a un amigo de Cristo, que tiene toda su fe puesta en la pasión y muerte del Cordero, y que es un hijo de Dios y hermano mío? (He.10:29). ¿No es eso algo sumamente sospechoso y terrible? ¿Acaso no es una evidencia de que ese asunto secundario se volvió más importante para mí que mi Salvador, porque aprecio más a los incrédulos que comparten mi opinión, que a mis hermanos en la fe?

Ya que hay tantas razones que pueden enfriar nuestro amor a los hijos de Dios y hermanos nuestros en Cristo, ¡cuán importante es velar atentamente, y pensar en los grandes motivos que tenemos para amar a los hermanos y hermanas, con los que compartimos la misma gracia y la misma fe!

28. Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida...eso os anunciamos.

1 Jn.1:1,3

¡Qué alentador debe haber sido para San Juan poder afirmar eso! ¡Qué certeza triunfal expresan estas palabras! Es como decir: “No anuncio nada incierto, sino lo que he visto con mis ojos, lo que he oído con mis oídos, y tocado con mis manos”. Juan era el feliz discípulo que había estado recostado contra el pecho de Jesús; que había caminado, descansado y velado con Él. Había permanecido debajo de su cruz, y presenciado su ascensión al cielo. No nos extraña entonces que San Juan pudiera hacer y sufrir todo con gozo. También en su evangelio hace referencia a lo que vieron sus ojos: “Y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad” (Jn.1:14). De igual modo se gloría también San Pedro y certifica su testimonio por lo que vio: “Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad” (2 P.1:16).

Pero algunos dirán: ¿Qué seguridad tenemos nosotros, los que no vimos nada con nuestros ojos? ¡Alabado sea el Señor! “El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo” (1 Jn.5:10). ¡Ha visto y contemplado por la fe! Porque Dios no se quedó sin dar testimonio de sí. Y quien no quiere creer este testimonio de Dios, será justamente castigado con ceguera. Ya no verá más nada. No verá lo que está escrito, aunque lo tenga enfrente de sus ojos, como esos judíos impíos, que tuvieron al propio Señor Jesucristo y todas sus maravillosas obras delante de sí, al igual que San Juan y San Pedro, que sin embargo no vieron nada.

Pero quien cree en el Hijo de Dios, ve luz y perfección en Él, y está en diaria comunión con Cristo. ¿Cómo no habría de conocerlo entonces? ¡Quien cree en el Hijo de Dios, -según las Escrituras- ve cosas gloriosas! Primero, en su propia persona y su alma ve una nueva criatura, tan maravillosa como la de la primera creación. Luego ve también fuera de sí muchas confirmaciones de la Palabra de Dios. Las ve, por ejemplo, en la historia de la humanidad y en la historia del pueblo de Israel; las ve en las miserables e idolátricas doctrinas paganas; en el hecho de que el Evangelio del Crucificado no se detuvo con su muerte, sino que resurgió en su resurrección y se difundió por todo el mundo... ¿Qué más necesita para probar la gloria del Señor Jesucristo? ¿Para saber quién fue ese Señor? ¿Acaso esas no son suficientes evidencias? Te alabamos y te damos gracias, ¡Oh Señor! ¡Tú te has revelado, y nosotros te hemos visto y contemplado!

Sin embargo, no todos te han visto, sino sólo aquellos “a quienes te quisiste revelar”. Ciertamente, tenemos que humillarnos bajo la poderosa mano del Señor y pedir esa gracia, pedir vista espiritual, pedir luz. Porque ésta viene solamente de arriba, “del Padre de las luces” (Stgo.1:17).

San Juan también nos enseña aquí a estar en contacto diario con la Palabra de vida. El apóstol nos refiere su propia experiencia, diciendo: “Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos mirado, y lo que han tocado nuestras manos, tocante al Verbo de vida...” Para obtener del Señor Jesucristo el gozo y el poder que vence toda resistencia, hemos de oír y ver no sólo una vez, sino seguir oyendo, viendo, contemplando y viviendo estas cosas, nuestras riquezas celestiales, continuamente. El secreto para adquirir un corazón fuerte y valiente, es ver constantemente nuestra causa de regocijo. De eso depende todo.

Esta es la razón por la que muchas veces hay tan poca paz y regocijo en nuestros corazones. Contemplamos cualquier otra cosa mil veces, pero no lo que nos da vida y paz. Incluso al oír o leer la Palabra de Dios, podemos estar concentrados en nosotros mismos, preocupados por nuestros pecados y defectos, sin dejarnos absorber por la inmensa gloria de Cristo, la eterna elección de Dios y las riquezas celestiales. Las cosas que contempla nuestra alma, ocupan nuestro corazón. ¿Cómo ayuda entonces la Palabra de Dios?

Es una deplorable falta que los cristianos le demos tan poca atención a las cosas grandes y gloriosas, que debieran llenar nuestros corazones de paz y regocijo. Peor aun cuando, por el contrario, algunos sumergen su alma en cosas que los llenan de maldad, pena e intranquilidad. Las impresiones más fuertes se reciben de las cosas que más se miran. ¡Dios nos ayude! Esto es muy importante. Todo es en vano, mientras no nos ajustamos a lo que dice la Palabra de Dios al respecto.

También debiéramos ayudarnos recíprocamente, por medio de amonestaciones y palabras de aliento, para que comencemos a disfrutar más intensamente las grandes riquezas que hallamos en Cristo. No hay otra forma de llevar gozo y valor al corazón. Lutero estudiaba y enseñaba todos los días la Palabra de Dios.

Pero a pesar de su enorme conocimiento, no dejaba de repetirse a sí mismo los Mandamientos, el Credo y versículos bíblicos bien conocidos, referidos a Cristo, como el más simple creyente. En esos temas pensaba miles de veces.

Y hasta ahora ningún cristiano descubrió otro método mejor para obtener y conservar la fe y el poder espiritual en su corazón.

29. **Si decimos que tenemos comunión con Él, y andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad.** 1 Jn.1:6

El mayor peso de este texto está en lo que significa andar en tinieblas. Debemos tener mucho cuidado para no expresar nuestra propia opinión, sino la interpretación del Señor, la explicación de su Palabra que Él mismo da, de modo que no nos quedemos innecesariamente tristes, ni nos entusiasmemos equivocadamente.

¡Alabado sea Dios! Todo está correctamente explicado en su Palabra. Jesús dice: “Porque todo aquel que hace lo malo aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas” (Jn.3:20). Notemos esto: “Para que sus obras no sean reprendidas”. “Andar en tinieblas” es evitar la censura, no comparecer ante Dios, que es Luz, para no exponerse a su castigo; es no confesar el pecado, ni buscar un arreglo y la reconciliación. En lugar de eso, apartarse cada vez más del Señor, haciéndose el inocente -como Judas- y preguntando: “¿Soy yo, Maestro?” (Mt.26:25).

En 1 Juan 1:8 está escrito que “si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros”. Y en el versículo siguiente dice por el contrario: “Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad”. O sea, si decimos que tenemos comunión con Dios, pero aun andamos en tinieblas, entonces no somos honestos ante Dios, ni nos acercamos al “trono de gracia” con nuestro pecado. En otras palabras: Si no queremos que nuestros pecados caigan bajo el juicio de Dios, si no se los queremos confesar, ni renunciar a los mismos, para que sean perdonados y también mortificados, es porque preferimos seguir practicando impunemente nuestros pecados, cubriéndonos con un manto de excusas y de hipocresía, en vez de eliminarlos.

El que “anda en tinieblas” tiene un espíritu somnoliento, desobediente e impenitente, que menosprecia a Dios. Cuando Dios habla en su Palabra y nos revela su voluntad y su plan para nuestra bienaventuranza eterna... cuando nos habla de la regeneración de nuestro corazón y de la santificación de nuestras vidas y sin embargo nosotros seguimos contrariando su voluntad e ignorando su llamado... estamos siendo insensibles y ésto es un desprecio a Dios.

Otros llevan una vida muy piadosa en apariencia. Viven muy separados del mundo impío, participando del culto y en otras actividades cristianas, tienen hermosas palabras y acciones. Pero a pesar de todo siguen “andando en tinieblas”, porque, no se acercan al “trono de gracia” de Dios con arrepentimiento y fe en nuestro Señor y Salvador Jesucristo. No saben nada de un nuevo nacimiento por el Espíritu. Menosprecian las enseñanzas acerca de la relación interior, -del corazón- con Dios; y se burlan así del Todopoderoso. Pero Dios es Luz pura.

Sus ojos lo ven todo. Ciertamente también ven tu engaño. Y Dios no permite que alguien se burle de Él. Tal vez todavía no tienes conciencia de la obra

regeneradora del Espíritu Santo en tu alma, no sabes nada de la aflicción por el pecado; nunca has tenido temor del juicio de Dios, ni has implorado perdón ante el "trono de gracia". Tal vez nunca escuchaste el dulce Evangelio de tu Señor y Salvador, ni obtuviste hasta ahora ninguna seguridad de tu perdón y redención, ni tienes la nueva vida que nace de la fe en tu corazón. En ese caso, con tu religión te estás burlando de Dios.

Posiblemente comenzaste una vida nueva por tus propios medios, al notar que era necesario cambiar. Tal vez comenzaste con actos devocionales, oraciones y buenas obras, y conservaste esos hábitos sin haberte sumergido jamás en un escandaloso y vergonzoso pecado. Pero por eso tampoco conoces "la gracia que sobreabunda" estando perdido en tus pecados (Ro.5:20). Al contrario, los "progresos" en tu conducta han ido fortaleciendo la confianza en ti mismo, de modo que fundamentas tu consuelo en tu "mejor conducta". Y con eso insistes, esperando un buen final. Pero eso se llama burlarse del Señor y despreciar su Evangelio.

La Biblia enseña un camino muy diferente: que al abundar nuestros pecados y sobreabundar la gracia de Dios, -revelada en Cristo Jesús- entramos por la puerta estrecha al camino angosto del nuevo nacimiento. Cristo dijo expresamente: "El que no naciere de nuevo, no puede ver el Reino de Dios" (Jn.3:3).

Quizás sigues esperando ver el Reino de Dios por medio de tu "buena" conducta. Tal vez has escuchado el testimonio de verdaderos cristianos acerca de su nuevo nacimiento, sus aflicciones por el pecado, su fe en Jesús, la paz y el gozo en el Espíritu Santo.

Cuando la conversación comienza a girar alrededor de obras, actividades y conductas externas, te sientes bien, mientras no se toquen las condiciones internas de arrepentimiento y fe. Seguramente has oído lo que dice el Señor sobre esto, sin embargo, no quieres entenderlo. No quieres reflexionar sobre la justificación por medio de la fe. Y así, pasas por alto la principal enseñanza del cristianismo.

Esto es lo que se llama "andar en tinieblas" en cuanto al hombre interior, y no querer presentarse a la Luz.

El diablo ha colocado muchas trampas para nuestra perdición. Por eso también existen entre nosotros personas que dicen haber experimentado realmente muchos de esos cambios interiores: La conversión, el despertar de su fe, el valor para dar testimonio, etc.; y describen su conversión con muchas palabras emotivas; incluso hablan de la Ley y del Evangelio, de la fe y la santificación... Pero a pesar de todo eso "andan en tinieblas", porque abiertamente se niegan a renunciar a sus malos deseos y a las "obras de las tinieblas". Estas personas, no se dejan corregir, sino que excusan y defienden su maldad. Precisamente, esa es la actitud que San Juan señala como un rasgo característico de los que andan en tinieblas. Hablando del odio, por ejemplo, aclara: "El que dice que está en la luz, y aborrece a su hermano, está todavía en tinieblas... anda en tinieblas, y no sabe a dónde va, porque las tinieblas le han cegado los ojos" (1 Jn.2:9,11).

30. **Si quiero que él quede hasta que Yo venga, ¿qué a ti? ¡Sígueme tú!** Jn. 21:22

El Señor le había anticipado a Pedro su futuro martirio, diciéndole: “De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías e ibas a donde querías; más cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras” (Jn. 21:18). San Juan relata que Pedro entonces lo miró a él, y preguntó: “Señor, ¿y qué de éste?” A lo que Jesús respondió:

“Si quiero que él quede hasta que Yo venga, ¿qué a ti? ¡Sígueme tú!” En este texto vemos que el Señor llama rápida y seriamente la atención al apóstol Pedro, para que deje de mirar al otro discípulo, y concentre su atención en su propia vida. Jesucristo le da a entender que las decisiones las toma Él. Dice: “Si yo quiero.” Y esa es la palabra más importante de la Escritura referente a nuestros actos, la palabra que confiere grandeza e importancia a la obra de alguien. Ese “Yo quiero” de Dios, convierte una acción insignificante, como barrer el piso, en una tarea más preciosa y santa que la construcción de un gran templo, si la primera tarea nos ha sido ordenada por Dios, mientras que la otra la hemos elegido nosotros.

¡Ah, ojalá se nos abriesen los ojos, para ver esta realidad! Porque evaluar las obras por las apariencias de las mismas, frena la realización de muchas acciones útiles y necesarias, que no nos parecen importantes en sí mismas.

Aun los cristianos fieles y voluntarios corren el peligro de dejarse llevar por esa tendencia natural. Si una obra es pequeña o de poco valor para nosotros, inmediatamente pensamos que también es menos santa y agradable a Dios.

Nos olvidamos fácilmente de la voluntad y del Mandamiento de Dios, que es lo único que le da al acto su verdadero valor.

Desde el principio del mundo, desde aquella primera prueba dada al hombre, Dios quiso enseñarnos que para Él una pequeñísima tarea tiene el mismo valor que una gran tarea, cuando se la realiza para obedecer su voluntad. Él nos quiso señalar que todo depende de su Palabra, que Él sólo busca nuestro amor y obediencia. Dios ligó la mayor prueba de todos los tiempos, al pequeñísimo acto de comer un fruto de determinado árbol en el Paraíso. ¡Notemos y entendamos esto de una vez! Para nosotros, los seres humanos, existe una gran diferencia entre uno y otro acto. Por ejemplo, pensamos que el servicio de fieles Pastores de almas, o de un Misionero, por el inmenso beneficio que le reporta a los hombres, es una obra infinitamente mayor que el servicio de un vulgar obrero o de una pobre empleada. Sin embargo, para Dios un servicio es tan digno e importante como el otro, si ambos procedieron de la fe y se realizaron en obediencia a su voluntad.

Nuestro Señor Dios tiene un gran Reino en la tierra. Él es el Rey de toda la humanidad: Del mundo y de la Iglesia. Tanto en el Reino de poder

como en el Reino de la gracia, hay toda clase de necesidades. Por eso se requieren toda clase de servidores y de servicios; todos son necesarios para el bienestar material y espiritual de la gente. Se requieren gobernantes y gobernados; gente que imparte órdenes, y gente que las cumple; docentes y alumnos; padres e hijos; empleadores y empleados. Todos tienen diferentes vocaciones, deberes y ocupaciones. Y todas las diferentes vocaciones, deberes y ocupaciones honestas son igualmente preciosas ante Dios, por haber sido prescritas por Él. Más aún: Todas ellas también son útiles y necesarias. Esto es lo que el apóstol ilustra con el cuadro de los diferentes miembros de un cuerpo, cuando dice: "No todos los miembros tienen la misma función... Si todo el cuerpo fuese ojo, ¿dónde estaría el oído? Si todo fuese oído, ¿dónde estaría el olfato? Mas ahora Dios ha colocado a los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como Él quiso...Así nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros. De manera que, teniendo diferentes dones, según la gracia que nos es dada, "hemos de servir al prójimo" (Ro.12:4-6; 1 Co.12:17,18).

Para cada uno de estos estados, como el de padres e hijos, marido y mujer, empleadores y empleados, etc., Dios ordenó instrucciones específicas. Y siendo que todos los seres humanos necesariamente deben pertenecer a alguno de esos estados, cada individuo tiene también sus obligaciones según los Mandamientos del Señor.

Mediante estos Mandamientos de Dios para cada estado, toda persona que cumple las tareas que Dios asignó a su correspondiente estado, puede estar tan seguro que le realiza un servicio a Dios, como si éste le hubiera visitado personalmente para pedirle ese servicio. Y por supuesto, podemos sentirnos muy felices de poder prestarle un servicio. Tal vez una empleada doméstica piense que su estado es tan bajo, que nunca le ofrece la oportunidad de realizar buenas obras dignas de mención. Sin embargo, si tendría presente lo que he dicho arriba, tendría la gran dicha en su corazón de saber que con todos sus sencillos quehaceres domésticos, realiza buenas obras y sirve a Dios, porque su estado y sus trabajos fueron tan ordenados por Dios, como las tareas de un gran Pastor o Misionero.

Si por el contrario, descuidamos lo que Dios ordenó para nuestro estado, y en cambio realizamos un acto muy grande en sí mismo, pero no ordenado por Dios, ese acto no tiene ningún valor. Y nuestra negligencia y descuido del acto ordenado por Dios, es un gran pecado.

31. **Mis ovejas oyen mi voz, y Yo las conozco, y me siguen.** Jn.10:27

Recordemos lo que nuestro Señor Jesucristo dice aquí de sus ovejas: “Oyen mi voz... y me siguen”. Estos son los primeros frutos característicos del verdadero conocimiento de Cristo. Cuando una pobre oveja perdida llega a conocer correctamente a su buen y fiel Pastor; cuando comprende que Él dio su vida por ella, y que siente lástima por sus penas, que la ama y atiende en sus necesidades, entonces para esa oveja es un deleite y una necesidad vital seguir a ese buen Pastor.

Es imposible conocerlo sin amarlo. Y es imposible amarlo, sin querer seguirle. Si todavía no comenzó a cautivar tu corazón, de modo que estás dispuesto a abandonarlo todo, con tal de poder ser su amigo y seguidor, significa que todavía no llegaste a conocerlo correctamente.

Existen muchos grados de fe y de conocimiento de Cristo, que pueden crecer constantemente. Una fe débil no puede producir el mismo amor y poder de santificación que una fe fuerte. Por eso podemos equivocarnos muy fácilmente si queremos reconocernos a nosotros mismos o a otros por el poder de santificación en nuestras vidas. La fe salvadora es la única señal distintiva e infalible del estado de gracia de una persona. Lutero dijo: “A un cristiano no se lo puede juzgar ni reconocer por otra cosa que por su conciencia o sea, por la relación interior de su alma con Dios y frente al pecado, porque también los verdaderos cristianos pueden caer. Por otra parte, los falsos cristianos pueden hacerse los santos y llevar una vida muy hermosa”.

Pero cuando Jesucristo dice: “Mis ovejas oyen mi voz”, menciona con eso dos importantes frutos y características de la fe. Primero, las ovejas adquieren un oído agudo para distinguir la voz de su Pastor, de manera que, aunque pueden ser muy ingenuas e ignorantes en otros sentidos, no obstante poseen un discernimiento seguro y claro a ese respecto, para distinguir la voz del buen Pastor de otras voces.

Y en segundo lugar, las palabras “oyen mi voz” describen precisamente lo que es tan característico de los creyentes: Que si bien no pueden hacer siempre la obra o tarea que quisieran o debieran hacer, no obstante tienen una mente obediente, un espíritu dispuesto y el deseo sincero de hacer esta obra. Se culpan a sí mismos por sus deficiencias, y suspiran desde lo profundo de sus corazones, por la voluntad y fuerza de poder ser y hacer lo que el Señor quiere.

Esto revela una entrañable conciencia del deber u obediencia. Les preocupa lo que el Señor dice en su Palabra. La meditan y tienen el profundo deseo de obrar de acuerdo a ella. Sienten la desgracia de que hay una ley en sus miembros que lucha contra la Ley en sus mentes, de modo que no pueden hacer siempre lo que quisieran.. si determinado pecado esta adherido a ellos, con particular fuerza, precisamente contra ese pecado oran con más ardor. Eso es una prueba evidente de su mente obediente y de su espíritu recto. Y en esas horas todos los

demás pecados de sus semejantes les parecen triviales, comparados con los suyos. Piensan que solamente sus pecados son realmente graves y merecen castigo.

¡Ah, que escrupulosos hijos de Dios! Los hipócritas y fariseos piensan que solamente los pecados de los demás son graves y merecedores de castigo, mientras que disculpan con extraordinaria indulgencia los propios. ¡Pero con los fieles de Cristo sucede al revés! Es obvio que la verdadera fe engendra un espíritu recto.

Pero de las palabras "...y ellas me siguen" también deducimos que si una persona acepta y aprueba el evangelio, pero su vida en general sigue igual que antes, -pues mantiene la misma relación con su pecado favorito y con el mundo-, entonces esa persona sólo se engaña a si misma con una fe falsa. Todo el que lee estas palabras del Señor Jesucristo "...y ellas me siguen", ¡que se detenga y recapacite! Se engañó con una fe falsa y humana, si esta no lo convirtió en un seguidor de Cristo.

"La fe verdadera es el poder de Dios en nosotros, que nos cambia. Dios nos hace nacer espiritualmente de nuevo, de manera que llegamos a ser criaturas totalmente diferentes en cuanto a nuestro corazón, a nuestras inclinaciones, a nuestra mente y a todas nuestras fuerzas. El poder de Dios viene acompañado del Espíritu Santo" (Lutero).

Así también dice San Pablo: "Si alguno está en Cristo, nueva criatura es" (2 Cor.5:17). En efecto, es como si se ingresase a un mundo nuevo y comenzase una vida nueva.

La prueba para saber si la fe es pura, es ver si el objetivo de la misma es la expiación de Cristo y el perdón de los pecados, y no la propia piedad. Porque la imitación de Cristo y la verdadera santificación deben surgir del perdón de nuestros pecados, y no de nuestro deseo de justificarnos a nosotros mismos. Primero tiene que ser aniquilada nuestra justicia propia, y perdonado nuestro pecado, revestirnos de la Justicia de Cristo, y quedarnos tan cautivados por Cristo y su gracia, que le seguimos sólo por amor a Él, de modo que confesemos de corazón: "El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si Uno murió por todos, luego todos murieron" (2 Cor.5:14). Y cuando este amor de Cristo nos impulsa, entonces sigue una nueva vida: La de una nueva criatura, que se alegra mucho en poder seguir a su Salvador, el resto de su vida.

1. **Todo aquel que ama, es nacido de Dios.** 1 Jn.4:7b

El hielo y la nieve no se pueden calentar. Es imposible entibiarlos sin que se derritan y se conviertan en agua. También es imposible amar verdaderamente a Dios y al prójimo, sin que el alma haya sido previamente convertida; sin un corazón nuevo, que sabe amar por sí mismo. El amor es un abnegado afecto, que nace del corazón. Por más que uno se esfuerce, no puede obligar a su corazón a amar lo que no quiere amar. Por eso, pedirle a alguien que no ha nacido espiritualmente de nuevo que ame a Dios, es insensato. El apóstol Pablo dice claramente que “los designios de la carne son enemistad contra Dios, porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Ro.8:7). El amor a Dios que una persona imagina poseer antes de su nuevo nacimiento, es pura ilusión, presunción y fantasía. La gente ama a Dios sólo mientras Éste dice y hace lo que les gusta. Pero tan pronto como los pone a prueba, o les exige hacer algo que les desagrade, protestan contra Él y critican sus Mandamientos como demasiado severos. Tampoco saben amar al prójimo como a sí mismos, sino que siempre están más interesados en su propio beneficio, que en el de los demás. Así es el corazón humano por naturaleza. Así son todos sin excepción.

Y si alguien pregunta: “¿Qué debo hacer para tener un corazón nuevo, un corazón que sepa amar como Dios manda?” Tome nota: Nunca nadie aprenderá a amar verdaderamente a Dios, sin conocer primero el gran amor de Dios; ese Amor tan fervoroso que derrite el frío corazón humano. Nadie debe tratar de demostrarle primero amor a Dios, sino que debe comenzar recibiendo Su Amor.

Como dice San Juan: “En esto consiste el amor: No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros” (1 Jn.4:10). Y Jesús declara: “No me elegisteis vosotros a Mí, sino que Yo os elegí a vosotros” (Jn.15:16).

El amor divino puede cambiar toda nuestra vida. Es un amor que nos abarca y salva íntegramente; un amor que nos transmite vida para el tiempo y para la eternidad. Amor que se manifiesta en la redención obrada por nuestro Señor Jesucristo; en el perdón de todos nuestros pecados, y en nuestra adopción como hijos de Dios.

De este Amor habló Jesús en la casa del fariseo Simón (Lc.7:36-50). Relata el evangelio que entró a la casa una pecadora de mala fama, que cayó a los pies de Jesús, comenzó a regar sus pies con lágrimas, y a enjuagarlos con sus cabellos. Los fariseos se quedaron asombrados y escandalizados, pero Jesús dio la siguiente explicación: “Un acreedor tenía dos deudores. Uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Dí, pues, ¿cuál de ellos le amará más? Respondiendo Simón dijo: Pienso que aquél, a quien perdonó más. Y Él le dijo: Rectamente has juzgado. ¿Ves esta mujer? Te digo, que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho” (vs. 41-47).

Vemos aquí el significado de las palabras del apóstol: “Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia” (Ro.5:20). ¡Eso causa la enorme gratitud del pecador! Cuanto más la Ley demanda y obliga a la conciencia, tanto más sentimos sus acusaciones. Cuanto mayor es la culpa que sentimos, tanto mayor es también la gracia que la cubre enteramente y nos concede el perdón de todos nuestros pecados. Y cuanto mayor es la gracia obtenida, tanto mayor es también nuestro amor, tanto más intenso nuestro gozo y gratitud.

Este es el orden imperante en el Nuevo Testamento: Dios nos ordena amar aun a nuestros enemigos, y a amontonar ascuas encendidas sobre sus cabezas haciéndoles el bien (Ro.12:20); y Él hace primero lo mismo con nosotros. Dios “derrite” nuestros corazones y los conquista con las brasas encendidas de su sobreabundante gracia. Y entonces, sólo entonces y nunca antes, nosotros comenzamos a retribuir su amor. Porque Dios derramó su amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que recibimos, somos convertidos, y podemos amar a todos los seres humanos con un amor enteramente nuevo.

El amor al prójimo se manifiesta en la caridad y en el afecto fraternal. La caridad es amar a todos los seres humanos y hacerles todo el bien que podamos, auxiliándolos en cualquier necesidad. Este amor no presupone ninguna confianza o amistad, porque no demanda nada del ser amado. Acerca de este amor dijo Jesús: “¡Amad a vuestros enemigos... haced bien a los que os aborrecen!” (Mt.5:44). Es natural que sólo amemos a nuestros amigos y a las personas “amables”. Pero no debe ser así. A los cristianos nos alcanza con saber que los demás son criaturas del mismo Padre celestial, y han sido redimidos por la misma sangre que nosotros. Estas son poderosas razones para amar a los demás, considerándolos como hermanos y hermanas.

La segunda especie de amor cristiano es el afecto fraternal. Este amor une a todos los hijos de Dios, a los fieles creyentes de Cristo de todo el mundo, en una inmensa y bendita comunidad; en una familia de sinceros hermanos y hermanas en la fe, ligados por un íntimo lazo de afecto espiritual. Este amor supera los límites denominacionales, las costumbres, razas, idiomas y condiciones sociales.

Lo más importante es la fe en Cristo y la condición de hijos de Dios, nacidos de Dios. El fundamento del amor fraternal es solamente éste: “Todo aquel que ama al que engendró, ama también al que ha sido engendrado por Él” (1 Jn.5:1). Por eso Cristo dijo claramente que este amor es la marca de sus verdaderos discípulos, como leemos en Juan 13:35: “En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros”. Porque los hipócritas pueden imitar todo lo demás, excepto el amor fraternal, que solo pertenece a los nacidos de Dios.

2. **Mis delicias son con los hijos de los hombres.** Pr.8:31

El principal error introducido en la humanidad por la serpiente, cuando se produjo la caída en el pecado, hace que en vez de confiar en Dios como nuestro Amigo y Salvador, le tengamos miedo, como si Él fuera un implacable juez; como si fuera un cruel señor, que sólo demanda nuestro servicio. Pero el Señor es diferente. Su único deseo es hacernos bien. Por eso desea vivir entre los hijos de los hombres aquí en la tierra. Aquí tiene un inmenso hospital, lleno de gente desdichada, suspirando en su desgracia. Y su deleite es estar aquí, como dice nuestro texto.

Cierta vez Jesús sintió hambre y envió a sus discípulos al pueblo a comprar alimentos. En eso, llegó una mujer de la ciudad, una samaritana cargada de pecados. Jesús entabló una conversación con ella, y despertó su conciencia.

Ella entendió quién era el que le decía: “¡Dame de beber!” (Jn.4:10). Con la conciencia alertada, pero con el alma llena de esperanza, la mujer corrió al pueblo, a llamar a los hombres de Samaria, para que fueran a la presencia de Jesús. Luego llegaron los discípulos con la comida, diciendo: “¡Maestro, come!”

Pero Él ya no necesitaba comer. Su hambre había sido satisfecha. Había encontrado a pobres pecadores para salvar, y por eso dijo a sus discípulos: “Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis” (v.32). ¡He ahí el corazón del Salvador! ¡Observa ahí cómo tiene su delicia con los hijos de los hombres! Esa es su comida, su descanso y placer: Hacerles el bien. Por eso le encanta vivir entre los hijos de los hombres. Y esta delicia no es algo raro o pasajero en Él, sino un afecto eterno y esencial, con respecto a la humanidad.

Desde el principio del mundo, un siglo proclamó Su amor al siglo siguiente, y un milenio al otro.

El fundamento es profundo. Dios creó al hombre a su imagen. Lo creó para que fuese su hijo, la criatura de su compañía y de su deleite. Cuando creó al hombre, al señor de esta tierra, no lo hizo como a las demás criaturas, con la omnipotente orden: “¡Haya!” Por amor al hombre, como su auténtico Creador, formó su cuerpo del polvo de la tierra con toda diligencia y cuidado. Luego sopló en él el aliento de vida, de su propio santo ser “y fue el hombre un ser viviente” (Gn.2:7). Ni bien fueron creados los primeros seres humanos en el Edén, el amado Salvador ya estuvo con ellos, entre los árboles del jardín. Y después de la caída, por causa de nuestro pecado y desgracia, su deseo de vivir entre nosotros se tornó realmente fuerte y vehemente. ¿Eres capaz de creer que efectivamente es así? Recién entonces su eterna y divina compasión hacia nosotros comenzó a manifestarse en todo su vigor. La obra maestra de su creación había caído en las manos de su enemigo. Dios es amor y su corazón no podía soportar eso.

Si pudiésemos viajar en el tiempo hasta los días del Antiguo Testamento, veríamos cómo el misericordioso Salvador habitaba con sus pobres pecadores, en una tienda durante el éxodo por el desierto. Lo veríamos ir al encuentro de la desdichada Agar, la sierva egipcia de la casa de Abraham, para hablarle bondadosamente (Gn.21:17). Lo veríamos ir a los llanos de Mamre (Gn.13:18; 15:1); de allí a Betel (Gn.28:19), y de allí a Peniel (Gn.32:30) y Horeb (Éx.3:1-2), donde se le apareció a Moisés en medio de una zarza ardiendo. Luego en la maravillosa nube y en la columna de fuego, en la que mostraba su presencia y guiaba a su pueblo (Ex.13:21; Nm.14:14). Imaginémoslo cubriendo y guiando a Israel con una nube durante el día, y con una luminosa columna de fuego durante la noche, por un período de 40 años, a fin de dirigir a un pueblo rebelde por el desierto, como una luz en la oscuridad, y para protegerlo contra el calor del sol, como con un escudo! ¡Ciertamente, quien hizo eso debe deleitarse muchísimo con los seres humanos! Más adelante lo veríamos en Ofra, donde Gedeón encuentra al bendito Salvador sentado debajo de una encina (Jue.6:11); y luego en el templo de Jerusalén (1 R.8:10; 2 Cr.5:7-14).

Pero ahora tenemos a Dios más cerca, porque asumió carne humana. ¿Pues, qué vemos en el pesebre de Belén en navidad? ¡Un niño! Sí, un Niño que es Dios hecho hombre; Dios en el pesebre; Dios en pañales; Dios en el pecho de una madre humana. Aquí se asombra la mente, flaquean las rodillas y se estremece el corazón. El milagro es demasiado grande para que lo comprendamos...

Para Aquél que dijo: "Mis delicias están con los hijos de los hombres" no fue suficiente haber estado con nosotros así como estuvo con el pueblo de Israel. Eso no fue compartir verdaderamente con los hijos de los hombres. Para Él, aquella fue una relación demasiado distante; una comunión muy abstracta.

Por un lado el Dios santo y todopoderoso; por el otro los pobres mortales...

Existía un abismo demasiado profundo. Así que Él mismo se hizo un ser humano, un miembro de nuestra especie, un hermano nuestro. Contamos esto como si no fuera nada. No obstante los serafines estuvieron contemplando desde las alturas por dos mil años este abismo de amor, sin poder divisar su fondo, ¡y no cesan de maravillarse ni pueden dejar de cantarle sus alabanzas, desde su más profunda admiración! "El Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios... y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (Jn.1:1-14). O sea, asumió nuestra naturaleza humana, sin por ello dejar de ser Dios. ¡Ah, qué maravilla de la gracia!

¿Y qué le movió a hacer esto? Ningún otro motivo que su deleite en los seres humanos: "Mis delicias están con los hijos de los hombres", dice Él. ¿Y de dónde proviene esa delicia? De su propio "corazón". Y con esto llegamos al final. Más allá no podemos ver ni saber nada. ¡Tanto amó Dios a la humanidad!

Amó porque amó. Más no podemos decir ni explicar.

3. **Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto al aire del día.** Gn.3:8

¿Qué habrá querido Dios de los seres humanos, cuando se acercó a ellos el día que cayeron en pecado? Por cierto, castigó el pecado. No lo excusó. Su sentencia no podía ser modificada. No obstante, tenía “pensamientos de paz” para comunicar a esas aterradas criaturas. Vino para amenazarles el medio de salvación. Al castigar el pecado, consumó su amenaza anterior. Pero su intención ahora era otra. Lo que quería anunciarles era algo nuevo y desconocido para ellos. Les habla de la “Simiente de la mujer, que le quebraría la cabeza a la serpiente” (Gén.3:15) Alguien que remediaría el daño sufrido por los hombres, y restauraría lo que se había perdido por el engaño de la serpiente y la rebelión de Adán y Eva.

Ese fue el mensaje del piadoso Padre celestial, cuando en el día de la caída, vino al jardín. Su misericordioso corazón no soportaba la idea de que sus hijos perdidos pasaran la noche escondidos detrás de los árboles, sintiéndose culpables y temiendo la ira divina, sin consuelo ni esperanza. Por eso, ese mismo día fue a verlos, para socorrerlos en su vergüenza y temor.

El que nos advierte: “¡No se ponga el sol sobre vuestro enojo!” (Ef.4:26), da aquí la primera prueba de su corazón perdonador. Nuestro Señor Jesucristo nos reveló que el “corazón” de Dios no puede ver a sus hijos indefensos y desconsolados, clamando a Él día y noche (Lc.18:1-8). Si no puede sufrir eso -dice Jesús- ¿podría acaso soportar que sus queridos hijos, caídos en desgracia, quedasen agonizando, sin esperanza de salvación, por causa de su sentencia?

La bondad y el amor de Dios son gratuitos, inmerecidos y totalmente independientes de nuestro comportamiento. Adán y Eva habían cometido la peor transgresión imaginable, y no había en ellos ninguna señal de arrepentimiento. En el momento de la tentación, Adán y Eva estaban plenamente capacitados para resistir al mal. Poseían un intelecto recto y sano, un corazón puro y albedrío totalmente libre. Por eso, su tentación fue únicamente externa.

Sin embargo, transgredieron el Mandamiento de Dios, su Padre celestial. Y después que hubieron pecado, no lo buscaron para confesarle su pecado y pedirle perdón. No, por el contrario, huyeron de su presencia, e intentaron esconderse detrás de los árboles del jardín. Y cuando el Señor les pidió explicaciones, trataron de defenderse y de disculparse. Incluso mostraron una amarga aversión a Dios, a quien Adán culpó de la caída, cuando descaradamente contestó: “La mujer, que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí” (Gn.3:12).

¡Se habían vuelto tan depravados! Dios veía, oía y sabía todo esto. No obstante, a pesar de la gran maldad de Adán y Eva, el piadoso Padre

tuvo tanto amor, que fue a buscarlos, a fin de reconciliarse con ellos y ofrecerles ayuda.

¡Aquí vemos el “corazón” de Dios! Cuán desinteresado es Su amor, totalmente independiente del comportamiento del pecador. No se podía revocar la severa sentencia de la justicia divina, que decía: “La paga del pecado es muerte” (Gn.2:17; Ro.6:23).

Sin embargo, la piedad divina encontró la forma, de satisfacer a su justicia y de salvar al mismo tiempo al pecador. Vendría la “Simiente de la mujer” y repararía la caída; una Simiente prevista antes de la creación del mundo. Por eso la misericordia pudo manifestarse libre y gratuitamente sobre la criatura caída. Por eso Dios vino al jardín el día de la caída, y corrió tras el hijo perdido. Su amada criatura había caído; eso “le partió el alma” a Dios, y por eso se compadeció de él.

Esta es la primera gran prueba de la gracia: De la inmerecida bondad de Dios. Normalmente, en lugar de refugiarnos y alegrarnos en la gracia, nosotros pesamos y medimos lo grave de nuestros pecados, y el grado de nuestro arrepentimiento, remordimiento y devoción, y según eso evaluamos la bondad de Dios hacia nosotros.

¡Ah, qué caída más profunda! ¡Qué terribles consecuencias para nuestra alma, tan sumida en la oscuridad y la incredulidad!

Decimos: “Mi pecado es itan perverso, tan inexcusable! Yo conocía la voluntad de Dios, pero hice justo lo contrario...” ¡Pobre alma! No eres libre. Estás enferma con el pecado que heredaste de Adán. Él estuvo libre, no obstante pecó. Él también conocía la voluntad de Dios, pero hizo exactamente lo opuesto. Pero el piadoso Padre corrió tras su hijo perdido, mostrando que Su amor es gratuito, inmerecido e independiente del comportamiento del pecador. ¿Por qué? Porque se basa en el mérito y el sacrificio de otro, de “la Simiente de la mujer”, del “Varón del Señor”, del “Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

Quien no cree en este Redentor, quien no atiende al llamado del Señor, quien se resiste a reconciliarse con Dios y prefiere permanecer separado, de hecho permanecerá separado y separado eternamente.

Pero quien cree en Jesucristo, se deja reprender por sus pecados y también restaurar por la “Simiente de la mujer”, éste no se perderá, sino que tendrá vida eterna, aunque sienta en su corazón la maldad que heredamos de Adán; aun cuando la corrupción y el veneno de la serpiente estuviese bullendo dentro de él.

4. **Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios.** Hch.14:22

Este es el camino que todos los hijos de Dios debieron recorrer en este mundo. Y cuanto mayor sea la experiencia, la gracia y los dones, tanto mayores serán las pruebas. El Señor permite que Satanás “zarandee” a los creyentes como al trigo, dejando que aun un héroe como David y un discípulo como Pedro caigan en graves pecados (Lc.22:31).

Dios permite que gente mala, accidentes graves y tribulaciones prolongadas destruyan el bienestar temporal del creyente, como ocurrió con Job. El Señor le dió a su amado siervo Abraham la incomprendible orden de sacrificar a Isaac, al hijo concedido milagrosamente, al hijo de la promesa, el tesoro y deleite del corazón de su padre (Gn.22). José, el más querido hijo de Israel, fue vendido como esclavo y llevado a un país extraño (Gn.37). Dios permitió que un apóstol suyo, como Pablo, le pida varias veces que le quite el aguijón en la carne, sin concederle ese alivio (2 Co.12:7-8); dejó que Juan el bautista, “el amigo del Esposo” (Jn.3:29) “el mayor predicador nacido de mujer”, -después de Cristo-, sea encarcelado, y finalmente alevosamente decapitado por Herodes, sin siquiera tener la oportunidad, como otros mártires, de exaltar con su valiente confesión la gloria de Dios ante una multitud de espectadores.

Sólo se escuchó el cruel pedido: “Dame aquí, en un plato, la cabeza de Juan el Bautista!” (Lc.7:26,27; Mt.14:8). Juan tuvo que “creer sin ver”, siendo que era el profeta preferido de Dios y el amigo más íntimo de su Hijo en la tierra... En la vida de Juan el bautista, el amor de Dios estuvo profundamente oculto.

Dios actúa habitualmente así con los que más ama, con los que dotó de muchos talentos, y con los que más quiere glorificar. Con éstos adopta una actitud extraña, como si no quisiera saber nada de ellos, dejando que los aflijan toda suerte de dolores y reveses, permitiendo que los asusten sus pecados y debilidades, y que el diablo y el mundo los acosen. Y cuando entonces acuden a Dios, su único consuelo y socorro, Él por mucho tiempo parece no oírlos, dejando que el mal empeore cada vez más.

Entonces los amados hijos de Dios gimen alarmados y se preguntan si Dios acaso no los abandonó mercedamente y para siempre, por causa de sus pecados. Así podemos oír aun a David, al “varón conforme al corazón de Dios” (1 S.13:14) llamentarse amargamente: “Cortado soy de delante de tus ojos” (Sal.31:22). Y Jeremías diciendo: “Ciertamente contra mí volvió (Jehová), y revolvió su mano todo el día... Me rodeó de amargura y trabajo... Me cercó por todos lados, y no puedo salir... Cercó mis caminos con piedra labrada, torció mis senderos... Aun cuando clamé y dí voces, cerró los oídos a mi oración...” (Lm.3:2-9).

¿Y qué otros ejemplos necesitamos? Pues bien, pensemos en el mayor de todos, en el del unigénito y amado Hijo de Dios, clamando en su supre-

mo sufrimiento: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ¿Por qué estás tan lejos de mi Salvación?” (Sal.22:1; Mt.27:46). Si estos santos, inclusive el propio Hijo de Dios, clamaron así aunque gozaban del mayor favor posible de Dios, ¿no debiéramos estar preparados para lo mismo nosotros? La persona cuya fe no fue puesta a prueba, difícilmente tendrá una fe viva. Dice la Escritura: “Si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos” (He.12:8).

Todo verdadero cristiano debe sufrir por lo menos el acoso de su propio pecado, haciéndosele difícil creer en la bondad de Dios. Luego lo atacarán también el diablo y el mundo por todos lados, no dándole mucha tregua en su vida en la tierra.

Como dijera un antiguo creyente: “Cada cristiano debe conocer primero al diablo, luego a un Judas, después a un Caifás y a un Pilato, y dejarse azotar hasta que brote la sangre. Cuando se aleja un tentador, deben venir otros dos en su lugar, y cuando éstos acabaron su tarea, deben venir cuatro, uno peor que el otro, y así hasta que la tribulación sea completa. Cuanto más piadoso el cristiano, tanto mayor el martirio. Un fiel cristiano tiene que padecer mucha amargura en este mundo, y muchas veces no tiene quien le consuele”.

La razón para este curioso tratamiento es que Dios no encontró ningún medio mejor para mortificar a nuestro viejo Adán, que la tribulación. A fin de asfixiar la mentalidad Adánica en nosotros, que siempre quiere ver, entender y evaluar las razones del Señor y juzgar sus decisiones, y para producir y afirmar en nosotros la verdadera fe, el Señor dejó aquí en el mundo toda la maldad que resultó de la caída de Adán, todo el diluvio de iniquidades, toda la depravación interior, y la horda de espíritus malignos, con su nefasta influencia en nuestras mentes, junto con la oscuridad y el sufrimiento resultantes.

Si recordamos además que el corazón de una persona iluminada es la membrana más sensible y delicada del mundo... que es como una herida abierta, en la que un grano de arena o una brisa del viento pueden causar pena... podemos imaginarnos fácilmente los problemas, las tribulaciones y el dolor que abundan en la vida de un cristiano. Esas tribulaciones afligen y rodean las almas de los creyentes, como gruesos y negros nubarrones. Y por estos tormentos debe pasar el alma que desea ser salva y entrar al reino de Dios.

5. **¡No tendrás dioses ajenos delante de Mí!** Éx.20:3

Probablemente entendamos lo que demanda el Primer Mandamiento. Y si Dios quedaría satisfecho con nuestro conocimiento teórico, todo estaría bien.

Pero es algo muy diferente lo que el Santo Dios reclama de nosotros. Es decir, que no sólo sepamos, entendamos y hablemos de ese conocimiento, sino que también obremos de acuerdo al mismo; que efectivamente hagamos lo que nos pide. Y a fin de mostrarnos que no tolera que se desprecie su Primer Mandamiento, añadió tanto una terrible amenaza para los transgresores, como una espléndida promesa para los cumplidores. Es precisamente a este Mandamiento al que agrega las palabras: "...porque Yo soy Jehová, tu Dios, fuerte y celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos, hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos" (v. 5,6).

Si bien estas palabras se aplican a todos los Mandamientos, cabe notar el santo celo del Señor por su Primer Mandamiento; y hemos de tomarlo a pecho, a fin de proceder en consecuencia. Después de todo, nadie quiere sufrir y soportar la ira de Dios. Es cuestión de hacer -no sólo conocer- su voluntad.

Nuestro Señor Jesucristo le dijo al escriba, que le había recitado el Primer y Gran Mandamiento: "¡Haz esto y vivirás!" (Lc.10:28). Es burlarse del majestuoso Dios, es una terrible hipocresía y una payasada ante sus ojos, cuando nos contentamos con oír, leer, entender y comentar las palabras de Dios, olvidándonos de observarlas y practicarlas. Escuchemos, entonces, una vez más lo que dice: "¡No tendrás dioses ajenos delante de Mí!" ¿A quién se le ordena eso, si no a nosotros, que oímos esa voz, que leemos y entendemos este Mandamiento? ¿O pensamos que se dirige a otros, y que solamente ellos deben tomarlo en serio? ¿Por qué habríamos de ser una excepción nosotros? El Señor tampoco dice que podemos cumplir su Mandamiento "si nos gusta".

Simplemente ordena: "¡No tendrás!" No somos libres para hacer o dejar de hacer lo que se nos ocurra. Hemos de guardar su santo Mandamiento, y evitar lo que éste prohíbe. De lo contrario, tendremos que cargar con la justa ira y condenación de Dios. Él tiene el derecho de demandar nuestra obediencia total.

Tampoco dice que tenemos que abandonar la "mayoría" de los ídolos, pero que podemos conservar un par de ellos. Dice sencillamente: "¡No tendrás dioses ajenos delante de Mí!" Tal vez no estemos idolatrando a ningún ser humano, pero le damos más importancia a nuestro dinero que a Dios; tal vez no idolatremos al dinero o las riquezas, pero confiamos más en nuestro mérito personal o facultades personales. Tal vez tampoco estemos idolatrando nuestra piedad, pero poseemos un talento particular en cuestiones espirituales; una comprensión o sabiduría excepcional,

que se convirtió en nuestro abominable ídolo. El Señor lo ve, y juzgará a cada uno sin distinción de personas. Hay una seriedad divina y eterna en este Mandamiento: “¡No tendrás dioses ajenos delante de Mí!”

Pensemos ahora en el lado positivo del Mandamiento: En la palabra “¡Amarás!” Jesús explicó este Mandamiento diciendo: “¡Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente!” (Mt.22:37).

“Amar” significa sentir un profundo aprecio. Si somos fríos ante Dios, si nuestro primer y último pensamiento y nuestro deseo más íntimo no es estar con Él, sino con otros; si no estamos interesados en hablarle a Él, ni en hablar de Él a otros; si nuestros pensamientos y palabras se ocupan más de otros temas, que nos resultan más atractivos, entonces no estamos amando a Dios en primer lugar.

“De la abundancia del corazón habla la boca” (Mt.12:34)

Si los Mandamientos de Dios nos resultan difíciles, de modo que tenemos que esforzarnos por hacer lo que le place; o si protestamos contra Él cuando nos quita nuestros ídolos, cuando impide nuestros pecados, o cuando nos envía sufrimientos, entonces no lo amamos con toda nuestra mente. Nos amamos más a nosotros mismos que al buen Dios y lo que a Él le agrada.

Así estamos idolatrando al ídolo más abominable: A nosotros mismos, a nuestro ego. Y por eso, de acuerdo a la santa Ley del Señor, estamos condenados al infierno y nos corresponde parte con el diablo. Si, en cambio, observamos fielmente éste, el mayor Mandamiento de Dios, y a partir de este los demás Mandamientos, hemos de saber que Dios es sobremanera bondadoso; que se complace en todo nuestro ser, y que nos hará disfrutar de sus favores, en el tiempo y en la eternidad. Estas son las cosas que enseña la Ley.

Si al considerar los Mandamientos de Dios permanecemos indiferentes, como simples oyentes o lectores, esperando que otros los tomen a pecho, mientras que nosotros mismos seguimos viviendo despreocupadamente, entonces despreciamos a Dios: No lo respetamos a Él, ni a su santa Ley. Tal vez seamos personas aparentemente piadosas y religiosas, que tratan de excusarse diciendo: “Esto es más de lo que cualquier ser humano puede cumplir...” Y así vivimos sin preocuparnos por la voluntad de Dios, en nuestra pobreza espiritual.

Pobreza que no nos preocupa, ni aflige, ni inquieta para nada; sino que nos permite seguir viviendo tranquilos y satisfechos. O podemos ser de los que dicen: “Esto es verdad. Los cristianos debíamos ser así. Debíamos hacer esto y aquello”. Sin embargo, no tomamos parte en ese penoso esfuerzo, y por consiguiente tampoco notamos cuán corruptos y perdidos estamos con toda nuestra presunta piedad, porque rápidamente saltamos el examen de nuestro propio corazón. Si ese es nuestro caso, hemos de saber que somos ciegos e hipócritas como aquel escriba, que supo recitar correctamente el primer y mayor Mandamiento, pero aún pretendía “justificarse a sí mismo” (Lc.10:29).

6. **Honra a tu padre y a tu madre... para que te vaya bien y seas de larga vida sobre la tierra.** Ef.6:2-3

Generalmente, la felicidad está relacionada con la obediencia al cuarto Mandamiento. Esto se puede explicar como una consecuencia natural, debido a causas normales.

Por el otro lado, la desdicha, desasosiego, angustia y a veces inclusive la muerte prematura, puede ser una consecuencia natural de la desobediencia a este Mandamiento. Cuando nadie quiere obedecer o someterse a sus superiores, y todos quieren mandar e imponer su voluntad, tienen que producirse conflictos, enemistades y muchos otros males.

En el hogar en el que los hijos se rebelan contra sus padres, o en la empresa en la que los empleados se alzan contra su jefe no queriendo obedecer, habrá discordia, conflictos y peleas que llevarán al derrumbe familiar y a la ruina! Lo mismo ocurre en el país en el que abunda la rebelión contra las autoridades. Pero donde las personas se subordinan a las ordenanzas del Señor, obedecen humildemente a sus padres y autoridades y piensan en cumplir sus obligaciones en el lugar y en la situación en que el Señor las ha colocado, allí abundan las bendiciones, el bienestar y la paz. Así, pues, la felicidad terrenal normalmente depende de la observancia del cuarto Mandamiento.

Sin embargo, quien no ve nada más que razones naturales como causas de la felicidad terrenal, tiene la mente más oscurecida que un pagano. Entre nosotros vive y reina un Dios, que conoce y dirige tan cuidadosamente las vidas de sus criaturas, que no cae a tierra ni siquiera un pajarillo, sin su voluntad (Mt.10:29). Y cómo Dios ha dado un Mandamiento, y le adjuntó una promesa y una amenaza, nuestro bienestar ya no depende sólo de consecuencias naturales. Es una decisión de Dios que quienes honran debidamente a su padre y madre, reciban bendiciones terrenales. Y es también su voluntad que caiga una maldición especial sobre el transgresor de este Mandamiento.

Entre todas las distintas observaciones que hemos hecho en nuestras vidas, hemos visto ejemplos y pruebas de que existe un factor sobrenatural, algo curioso, un misterioso gobierno del destino de los hombres. Por ejemplo, existen personas con pocos talentos y sin capacidad para adquirir un capital terrenal; sin embargo, gracias a un privilegio especial y a una disposición de Dios, llegan a acumular una apreciable fortuna aquí en la tierra.

Por el otro lado, hay otros altamente capacitados, con grandes dones para progresar, pero constantemente sufren accidentes y reveses, o tienen que ver desaparecer todos sus bienes y posesiones sin ningún motivo visible, de modo que nadie sabe decir cómo ocurre esto. Entonces todos comienzan a ver algo extraño en ello, algo que habla de la bendición o maldición de Dios.

Sí, cuántas veces queda de manifiesto ante los ojos de los hombres,

que tanto la prosperidad como el desastre, iestán relacionados con la conducta hacia los padres! De manera que vemos allí la verificación de la promesa o de la amenaza del cuarto Mandamiento. Este Mandamiento conecta nuestro bienestar temporal con nuestra relación con los padres.

Bien dijo un destacado predicador: "Hay algo incomprensible, que corre silenciosamente y sin ostentación, pero al mismo tiempo poderosa y maravillosamente a través del destino de los hombres. Muchas veces parece desvanecerse, pero entonces de pronto vuelve a relucir. No es un factor humano. Es algo sobrenatural. Es la bendición o maldición de los padres, según el caso".

En efecto, cuántas veces habremos visto cumplidas al pie de la letra las palabras: "El ojo que escarnece a su padre, y menosprecia la enseñanza de la madre, los cuervos de la cañada lo saquen, iy lo devoren los hijos del águila!" (Pr.30:17). Es el caso del hijo rebelde y malvado, que muere por ahí y queda sin sepultura cristiana, por culpa de su persistente e irrefrenable perversidad.

Muchas veces ocurre lo que dijo Lutero: "El hijo que no quiere oír la bondadosa voz de sus padres y maestros, oirá la severa voz de su verdugo, que habla con tanta violencia, que separa la cabeza del cuerpo".

Al omnipotente Dios ciertamente no le resulta difícil dominar al hijo o la hija que con impúdica ligereza desprecia el buen consejo de sus queridos padres, maestros o de otra gente experimentada en la vida. Aunque entonces, cuando Dios proceda, será en forma menos amable...

Dios quiere conservar su dominio sobre el hombre. Para eso puso a los padres, patrones, autoridades y maestros como sus representantes. Si no queremos escucharlo a Él a través de ellos, la dura realidad nos lo enseñará. Nos guste o no nos guste, Él ciertamente cumplirá su palabra. Si obedecemos y respetamos a las personas que colocó sobre nosotros, nos lo recompensará abundantemente, con toda clase de beneficios.

En cambio, si no lo queremos oír y ver en ellos, Él nos alcanzará con accidentes, maldición y muerte. Lutero continúa diciendo: "Si despreciamos la Palabra y los Mandamientos de Dios, como si hubiesen sido pronunciados por un tonto, pensemos si también somos capaces de vivir sin los beneficios de Dios. Sin dudas, nos conviene tener un Dios piadoso y gozar de su paz y de su bendición, y no vivir con su desagrado y maldición".

7. Conozco, oh Jehová, que el hombre no es señor de su camino, ni del hombre que camina es el ordenar sus pasos. Jer.10:23

Al oír estas palabras, nos quedan sólo dos alternativas. Una es despertar y reconocer que no somos más que débiles y limitadas criaturas. Que Dios es tan superior a nuestros pensamientos, que no podemos comprenderlo, ni entender cómo cuida de nosotros. Y la otra alternativa es dejar de lado la Palabra de Dios.

En el primer caso, tendremos que reconocer lo que declara toda la creación visible: Que Dios puede cuidar aun a sus criaturas más pequeñas. En el segundo caso, nos corresponderían las palabras del rey David: "Dice el necio en su corazón: ¡No hay Dios!" (Sal.14:1).

Tal vez alguien diga: "Es verdad que lo que nos sucede ha sido enviado por Dios. Pero no cuando las cosas dependen de nuestra libertad. Si por nuestra decisión y malas inclinaciones hemos caído en desgracia, tenemos que culparnos por ello sólo a nosotros mismos. No podemos ni debemos consolarnos pensando que esa situación vino de parte de Dios..."

Respondo: En sí mismo esto es correcto, pero muchas veces se lo interpreta erróneamente. Es verdad que Dios nos dio cierta libertad, y que con ella podemos causarnos desgracia temporal y eterna, esto cuando resistimos continua y deliberadamente al Espíritu Santo.

Sin embargo debemos observar dos cosas: Primero, que aunque por culpa de nuestra maldad e insensatez hubiésemos caído en desgracia, si nos arrepentimos y queremos obedecer las instrucciones del Señor, la gracia y bondad paternal de Dios es tan grande, que convertirá todos nuestros males en beneficios, y todas las consecuencias de nuestra insensatez a nuestro favor. Porque "a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Ro.8:28). Dios no guarda rencor para siempre. Es un Dios y Padre tan bondadoso, que aunque le hubiésemos resistido por mucho tiempo, si finalmente nos arrepentimos, será tan piadoso con nosotros, como si nunca hubiésemos pecado.

Fue por culpa de un mal capricho que el pueblo de Israel tuvo reyes. Sin embargo, Dios no los abandonó; siguió haciéndoles bien como siempre, aunque debieron sufrir más. En su incredulidad, Saulo de Tarso había sido un enemigo y perseguidor de Cristo. A pesar de todo, Cristo lo convirtió en Pablo, el mayor de los apóstoles. Y de sus graves pecados sacó dos cosas buenas: Un poderoso medio para mantener humilde al apóstol, y un poderoso medio para consolar a los demás.

Vemos que Dios puede convertir nuestras mayores faltas y torpezas en beneficios, si tan solo nos volvemos en arrepentimiento a Él. Lutero dice que Dios le muestra a sus santos la misma bondad cuando éstos dan pasos equivocados: "Es obra y arte de Dios convertir lo malo en bueno; cosas que nosotros arruinamos y descuidamos, en cosas útiles y beneficiosas. Confieso que yo mismo muchas veces obré en forma

imprudente y necia, quedando luego sumamente asustado, al no saber cómo recomponer las cosas que en mi torpeza había arruinado, o cómo deshacerme de las mismas. Pero Dios después encontró la forma de arreglar nuevamente lo que yo había desarreglado, dejándolo todo bien. Es así como Dios dirige a todos sus santos. A pesar de que éstos se pueden equivocar y actuar mal, sin embargo todo debe acabar bien para ellos; o por lo menos sin mayores perjuicios. Dios es un todopoderoso Creador, que crea todo de la nada. Por eso también puede sacar bien del mal". ¡Ah, qué Padre fiel y bondadoso es Dios! Esto es lo primero que debemos notar.

Y lo segundo, es que alguien piense que aun está resistiendo, de alguna manera, a la voluntad de Dios. Que éste suspire alarmado diciendo: "¡Dios, ten piedad de mí! ¡Ayúdame a mortificar mi propia voluntad perversa, y haz que me deleite en la tuya! ¡Emplea para ello el medio que mejor te parezca, por amargo que sea, y haz que yo aprenda a serte sinceramente obediente!" Esa persona tiene todo el derecho de consolarse con la piadosa dirección de Dios. Pues quien se siente alarmado ante la resistencia de su corazón natural a la santa voluntad de Dios, e implora su omnipotente ayuda para someterlo, debe saber que eso no es otra cosa que la dura lucha del Espíritu contra la carne. Y cuando la mente está del lado de Dios, el asunto queda inmediatamente en las manos de Dios. Sólo al creyente le aflige la resistencia de su carne y eso lo impulsa a buscar cada vez más la ayuda de Dios. Porque no tenemos el poder de romper los lazos del pecado por nosotros mismos y de dominar nuestra naturaleza carnal. La Palabra de Dios afirma que no somos capaces de esto y la Palabra no puede mentir. Ella dice que el hombre es débil y que Jesucristo es nuestro defensor y nuestra fuerza.

Puede ocurrir que el intenso sufrimiento sólo te agobie y mortifique hasta que tu obstinada voluntad se rinda a la voluntad de Dios. Y que entonces comiences a huir en serio de todo lo que la Palabra de Dios prohíbe. Si, en cambio, comenzamos a "andar en el consejo de los malos" (Sal:1:1), a excusar y a defender el pecado, y a encubrir nuestra preferencia por "el camino de pecadores", entonces ya hemos apostatado. Hemos resuelto seguir en la senda de los inicuos. Entonces nuestra resistencia al Espíritu ya es intencional. En tal caso no debes consolarte con la dirección de Dios. Estarías yendo por tu propio camino, hacia el desastre.

8. **Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen.** Mt.5:44

Estas palabras nos muestran la actitud de nuestro Señor Jesucristo frente a los enemigos, y la conducta que los cristianos estamos llamados a imitar.

“¡Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, orad por los que os ultrajan y os persiguen!”

¡Reflexionemos en la alta meta que el Señor nos propone aquí! Así por lo menos sabremos qué es la santidad, y no cruzaremos por la vida en la oscuridad de nuestra naturaleza corrupta. El Señor Jesucristo no sólo reprueba y condena a los que odian, difaman o hacen mal a sus enemigos. Él tampoco aprueba a los que no aman a sus enemigos, ni les hacen bien. Pues cuando ordena: “Amad a vuestros enemigos”, “amar” efectivamente significa amar; o sea, tener sincera compasión y verdadero deseo de hacerles el bien.

En segundo lugar, el Señor quiere que el amor se manifieste en palabras e intercesiones benignas, pues dice también: “Benedicid a los que os maldicen... ¡y orad por los que os ultrajan y persiguen!” Cuando el odio y la enemistad no se pueden expresar con hechos violentos, generalmente se manifiestan en palabras. Una persona puede desacreditar a su enemigo de muchas maneras, por ejemplo arruinando su reputación, o difundiendo todo tipo de calumnias contra él.

Jesucristo dice que, por el contrario, hemos de hablar bien de nuestros enemigos y no desearles ningún mal. Hemos de bendecir a los que nos maldicen. Y el apóstol Pablo ordena lo mismo: “¡Benedicid a los que os persiguen! ¡Benedicid, y no maldigáis!” (Ro.12:14). ¡Ay, Dios mío! ¡Cuán lejos estamos de tu modo de pensar y juzgar! “¡Benedicid a los que os persiguen!” ¡Ah, Señor Dios ten piedad de nosotros!

En la epístola a los romanos el apóstol Pablo repite la orden de bendecir, con lo que nos da a entender que es necesario tomar esta amonestación a pecho y observarla. Pero si hemos de amar, bendecir y hablar bien de nuestros enemigos, de las personas que nos persiguen, ¿quiénes son entonces las personas a las que hemos de aborrecer y rechazar? Parecería que esto no cuadraría para nada en una mente santificada, en la conducta de un discípulo de Jesús, que no debe odiar, ni desprestigiar, ni maldecir a nadie...

Sin embargo, alguien puede señalar con razón: “¿Acaso la Escritura no nos dice que también los santos, los apóstoles y Cristo mismo ocasionalmente emitieron palabras durísimas contra sus enemigos? ¿Palabras que eran cualquier cosa menos bendiciones y expresiones de afecto? Respondo: Las palabras y los duros juicios que los santos pronunciaron en Nombre de Dios, eran juicios y maldiciones del santo Dios contra sus enemigos, no juicios de hombres contra sus enemigos

personales. Lo que un servidor de Dios hace “ex officio”, como cuando un juez pronuncia una sentencia condenatoria justa, o cuando un carcelero encierra a un criminal, o un Pastor o maestro censura y reprende a una persona rebelde conforme a la Palabra de Dios y en el Espíritu de Cristo, todo eso es castigo de Dios. Y lo que hace Dios es justo y correcto. Pero en el Sermón del Monte, Cristo dice qué debemos hacer a los que nos ofenden personalmente como seres humanos. No habla de lo que alguien debe hacer como funcionario, sino como individuo particular. A sus discípulos en particular, sólo les ordena amar, bendecir y hacer el bien.

También lo que el Señor ordena en el versículo 42 (Mt.5) forma parte de la demostración del amor: “Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses”. Aunque fuese nuestro enemigo el que se encuentra en problemas, socorrámosle. “¡Haced bien a los que os aborrecen!” Y el Señor agrega dos razones convincentes, por las que hemos de amar y hacer bien aun a nuestros enemigos. Primero, porque de esa forma nos asemejamos a nuestro Padre celestial, como fieles hijos suyos. Dice Jesús: “... para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (v. 45). El Señor menciona el sol y la lluvia, dos importantes factores por medio de los cuales nos da los frutos y las bendiciones de la tierra. Con eso resumió la inmensa riqueza y los incontables dones de la tierra, que Él prodiga constantemente, tanto a sus enemigos como a sus queridos hijos. Tal es el “corazón” de Dios. Y de ese temperamento hemos de ser también nosotros.

La segunda razón que el Señor menciona, es que en el caso opuesto no nos semejamos a Él, sino a los impíos e infieles. Dice: “¿Porque si amáis a los que os aman, qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? ¿Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, qué hacéis de más? ¿No hacen así también los gentiles?” (v.46,47).

Las personas que quieren ser buenas y piadosas, pero son tan mezquinas en su amor que aman y sirven solamente a sus amistades, ¡al oír estas palabras del Señor Jesucristo deberían despertar!

Aun la gente malvada, los ladrones y bandidos, no son tan malos como para romper la amistad dentro de su grupo. Jesús dice que hasta los diablos poseen esa afinidad. Si no fuera así, su reino pronto se derrumbaría (Lc.11:14-23).

Analicemos la calidad de nuestra generosidad y amabilidad, para ver si somos “buenos” sólo con nuestros amigos. En ese caso somos tan “piadosos” como los ladrones, bandidos y demonios.

9. **Porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros.** 1 Co.5:7

Los hijos de Israel suspiraban bajo un régimen déspota e insoportable. Desde Egipto subía una continua invocación al cielo por tanta opresión y sufrimiento, de los que nadie podía librarlos. El faraón y su ejército eran demasiados poderosos. El peor momento de esa agobiante servidumbre llegó con Moisés. Cuando Moisés comenzó a instigarlos a que salgan de la tierra de esclavitud, y dijo al Faraón: “Así dice Jehová el Dios de Israel: ¡Deja ir a mi pueblo!” (Éx.5:1), la opresión y tiranía se volvieron realmente apremiantes. La gente lloraba y gemía, totalmente abatida.

Se quejaba de que Moisés los había hecho abominables a los ojos del faraón, alentándolo con sus palabras a ser más cruel todavía. ¡Prácticamente, habían dejado de creer en su liberación de la esclavitud! Pero en ese preciso momento llegó la hora del Señor. ¿Cómo se produjo su liberación? Sólo gracias a la milagrosa ayuda del Dios Todopoderoso. En una noche terriblemente oscura, el Señor se vengó de los opresores de su pueblo, dando muerte a todos los primogénitos en Egipto. Y fue la sangre del cordero pascual la que salvó a los primogénitos israelitas de la espada del santo Vengador.

¿No es esto un magnífico ejemplo de la liberación de todo el mundo por medio de Jesucristo? ¿Acaso no tenemos que celebrar también nosotros una gran redención? Lo arriba descrito es apenas una débil sombra de la gran redención consumada con la muerte de nuestro Señor Jesucristo. Pensemos en ella: Por la caída del hombre, todo el mundo estaba en poder del diablo. La imagen de Dios se había perdido, y también el libre albedrío. La humanidad llegó a ser esclava del “faraón” de los abismos, gobernada y dirigida por las bajas pasiones y los horribles engaños, que eran como los “capataces” que el diablo puso sobre nosotros.

Bajo esa tiranía suspiraba toda la humanidad. Los seres humanos, sin embargo, no comprendieron toda la magnitud de su desgracia hasta que vino la Ley, y habló en forma aun más explícita que la conciencia natural, acerca las demandas de Dios. Sólo entonces los aguijones de la conciencia comenzaron a herir más a los hombres. No se podía ignorar ni un punto ni una tilde de la santa Ley de Dios. La implacable sentencia de la Ley era que quienes habían pecado, debían morir, y no había un solo justo en toda la tierra. La desgracia general llegó a ser inmensa. Pero entonces el Dios misericordioso tuvo piedad. No podía tolerar que los seres humanos, sus hijos creados a su imagen, se perdiesen eternamente. Por eso, cuando llegó el tiempo señalado, “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos” (Gá.4:4-5). Como anticipara el profeta Isaías: “Se alegrarán delante de Ti como se alegran en la siega; como se gozan cuando reparten despojos. Porque Tú quebraste su pesado yugo, y la vara de su hombro, y el cetro de su opresor” (Is.9:3-4).

Notemos cómo el Espíritu del Señor mira retrospectivamente la desgracia de Israel durante su esclavitud en Egipto, hablando del “pesado yugo”, de “la vara de su hombro” y del “cetro de su opresor”. De la misma manera habla también el profeta de la obra redentora de Cristo por todo el mundo.

¿Cómo se describe en el Nuevo Testamento la redención obrada por Cristo? El apóstol dice: “Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda su vida sujetos a servidumbre” (He. 2:14-15).

Y en otra parte dice: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho maldición por nosotros” (Gá.3:13). Y en Efesios 1:7: “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados”. Así también, el Espíritu del Señor expresamente menciona la esclavitud y la opresión de los que Cristo nos redimió: El pecado, la maldición de la ley, y el diablo. Y el Señor también menciona al último enemigo, la muerte, diciendo: “De la mano del Seol los redimiré, los libraré de la muerte. Oh muerte, Yo seré tu muerte, y seré tu destrucción, o Seol” (Os.13:14).

¡Ah, qué magnífica y poderosa sentencia contra la muerte! ¡Qué amor eterno, digno de toda alabanza! ¡Qué consuelo tan poderoso para nuestros pobres y pecaminosos corazones! ¡He aquí nuestro Cordero pascual, nuestra grandiosa y eterna redención! ¡El pecado de todo el mundo, la impiedad de toda la humanidad, desde Adán hasta el último ser humano que ha de nacer en el mundo, fue cargado sobre el inocente Cordero de Dios! Y esa insoportable carga lo oprimió tanto, que le exprimió sangre por sudor (Lc.22:44). Cristo oraba, suspiraba y gemía como el animal del sacrificio en el matadero. Sin embargo, perseveró hasta el final. Toda la maldición de la Ley, todas sus amenazas de castigo por el pecado, estaban sobre Él, de manera que llegó a ser maldición en nuestro lugar; pero de esa manera nos redimió de la maldición, para que heredásemos bendición.

Por último vino también la muerte, la “paga del pecado” (Ro.6:23), y atacó al “Príncipe de la vida”, pero acabó siendo devorada por Él, en la victoria de la vida sobre la muerte. Así derribó “al que tenía el imperio sobre la muerte, esto es, al diablo” y libró “a todos los que por el temor de la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre” (He.2:14-15). Ahora Él es nuestro deleite pascual y nuestro himno de victoria: “Sorbida es la muerte en victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? ¡Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (1 Co.15:55-57).

10. Porque la gracia de Dios se ha manifestado para salvación a todos los hombres, enseñándonos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, vivamos en este siglo sobria, justa y piadosamente, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo. Tit.2:11-13

“...la venida del Señor se acerca”, dice el apóstol Santiago (Stg.5:8). Y entonces: ¿Por qué la venida del Señor nos preocupa tan poco? Aunque tuvieron menos señales, esta posibilidad era tan real entre los primeros cristianos, que esperaron el regreso del Señor durante toda su vida... Pero a pesar de tantas señales de los últimos tiempos que tenemos ahora, la posibilidad de que el Señor venga pronto nos resulta extraña. ¿Por qué será así?

Esta posibilidad, casi desapareció por completo de nuestra mente y de nuestros corazones. En general, seguimos sosteniendo la doctrina de la segunda venida de Cristo como parte de nuestra fe. Pero eso no quiere decir que la esperemos firmemente.

No es solamente cuestión de creer en la venida del Señor Jesucristo, sino de vivir con esa esperanza, con la firme expectativa de su venida. No son muchos los que pueden decir categóricamente que viven así...

Si los creyentes en general realmente vivirían esperando la gloriosa venida de nuestro Señor, eso se notaría más, no sólo en nuestros sermones y conversaciones cristianas, sino también en nuestra vida diaria. Y tampoco se infiltrarían entre nosotros tan fácilmente las creencias raras y doctrinas contrarias a la Biblia, acerca del futuro de la iglesia y del estado de los muertos.

¿Por qué el pensamiento del regreso del Señor nos resulta tan extraño, y casi desagradable, siendo que fue tan real, importante y consolador para los primeros cristianos? Definitivamente ésto no es una buena señal.

Toda esperanza presupone un deseo. Y todo deseo tiene su raíz en lo que amamos. Pero, ¿esperamos y deseamos la venida del Señor, cuando termine para siempre la incertidumbre, la debilidad en la fe, el pecado y la infidelidad? ¿Esperamos poseer el reino de Dios, verlo a Él tal como Él es, y ser hechos semejantes a Él? Si deseáramos más esta revelación, buscaríamos los motivos que existen para esperar ese anhelado y bendito día. Si deseáramos ser más espirituales, si amaríamos más a nuestro buen Salvador, y si estuviésemos más ansiosos de lo que el amor siempre desea, (es decir, llegar a estar enteramente unidos a la persona amada y que desaparezca toda distancia de separación e incertidumbre de espíritu), entonces también viviríamos más en la esperanza de ese día.

Hay mucha diferencia entre los cristianos. Algunos toman más seriamente la Palabra de Dios, y viven más atentos, en arrepentimiento y fe en nuestro Señor Jesucristo. El espíritu del temor de Dios vela continuamente sobre sus personas y conductas. Por eso no pasan ligeramente por alto el pecado, sino que lo sienten penosamente, y la gracia de Dios

que obtienen de Cristo les resulta muy valiosa e importante. Para ellos la gloriosa venida de nuestro Señor Jesucristo es un tema muy querido y una esperanza viva y bendita. Con ansiedad esperan el día en que la gran gloria del Señor disipe la densa neblina que envuelve la fe en este mundo.

Esperan con ansias el día en que verán a su celestial Amigo y Salvador. Aquí creyeron en Él; hablaron con Él en oración, estuvieron acompañados, guiados y protegidos por Él, pero no lo veían. Por eso esperan expectantes el día en que por fin disfrutarán para siempre de perfecta claridad, de plena seguridad, ¡De la presencia perceptible del Redentor!

Además, serán librados para siempre de su corrupta carne, la naturaleza carnal que los indujo a tantos pecados, y les produjo tantas caídas y tribulaciones. Estarán eternamente libres de “los dardos de fuego del maligno” (Ef.6:16b).

Si estuviésemos más muertos para el mundo y las cosas temporales, y tuviésemos nuestra vida y nuestro gozo sólo en Dios, seguramente esta sería la bendita esperanza en nuestros corazones. Pero donde el corazón está dividido, donde está ocupado por otros valores, -aunque éstos fuesen buenos e inocentes en sí mismos-, el anhelo por el Esposo celestial no halla cabida. Nuestra vida espiritual no es realmente buena ni feliz, si no concuerda con la confesión de los primeros cristianos, que decían: “Nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:20-21).

Por eso el apóstol Pablo nos amonesta: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con Él en gloria” (Col. 3:1-4).

¡Ah, ojalá tomásemos más a pecho la doctrina de Cristo y de sus apóstoles, respecto a la venida del Señor y la salvación definitiva de los cristianos!

11. **Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre, asimismo el que me come, él también vivirá por mí.** Jn.6:57

Lo esencial de la nueva vida espiritual y la razón por la que nos llamamos “cristianos”, es que Cristo ahora es nuestra vida. Él es la necesidad vital de nuestros corazones. Jesucristo crucificado, el que quita nuestros pecados, nuestro Salvador, el mejor Amigo que podemos tener. Su sacrificio en la cruz, es nuestro bien supremo. Que Él nos resulte imprescindible, que la suya sea para nosotros la más dulce compañía, demuestra que efectivamente somos cristianos, que hemos gustado el Pan de vida y estamos apeteciéndolo más; que hemos bebido del Agua de vida, y tenemos más sed de ella. Lo que distingue la nueva vida de los cristianos, el mayor privilegio de la misma, es que hemos conocido al Salvador Jesucristo, y estamos unidos a Él por medio de la fe. Cristo llegó a ser el centro de nuestra vida, el alfa y la omega, el primero y el último. En la nueva vida del creyente, Cristo es el sol que con su luz lo ilumina todo. Todo se mueve alrededor de Él. Encontrar a Cristo es nuestro gozo, perderlo es la mayor pena que podemos imaginar. En suma: Cristo es nuestra vida. Al cristiano se lo reconoce por esta confesión.

Notemos especialmente dos cosas. Primero, que hay una nueva característica en nosotros: Ahora estamos ansiosos por la comunión con Dios. Antes de nuestra regeneración, Dios no nos interesaba, ni tampoco su gracia; sólo teníamos necesidades e intereses materiales, preguntándonos cosas como “¿Qué comeremos, o qué beberemos?” (Mt.6:31). Pero ahora nuestro principal interés continuamente es vivir como hijos de Dios, disfrutando de su paz. La comunión con Dios es el aliento del nuevo hombre y el latido de su corazón.

Pero entendámoslo bien: Esto se debe a una nueva naturaleza, no sólo a una preocupación ocasional y pasajera. Es nuestra manera normal de vivir.

Disfrutar del favor de Dios es nuestro mayor deseo, lo primero y lo último que buscamos en la vida. Puede haber grandes variaciones en nuestro estado de ánimo: sentimientos de paz y de poder, o todo lo contrario. Hasta el deseo del favor de Dios puede desaparecer momentáneamente, por diversos motivos que accidentalmente desvían nuestra atención. Pero los creyentes nos despertamos en seguida y buscamos el Reino de Dios con más ganas que antes. Es muy característico del nuevo hombre que conserve esa ansiedad o “hambre” de Dios y que la falta de la misma lo afecte profundamente. Lo que mantiene viva y fuerte la fe no es nuestra “carne ni sangre”, sino una fuerza totalmente contraria a nuestra naturaleza.

En segundo lugar, nada ni nadie puede satisfacer nuestra ansiedad por el favor de Dios, sino sólo Jesucristo con su sangre expiatoria y su Evangelio. Él es nuestro refugio, nuestra vida, nuestro alimento y contentamiento. Jesús insistió más que nada en esto, diciendo por ejemplo: “el que a mí viene”, “el que cree en mí”, “El que come mi carne y bebe mi sangre”,

(Jn.6:35,47,54,etc.); “el que guarda mi palabra (Jn.8:51), “el que cree en mí” (Jn.11:25). En el evangelio hay expresiones fuertes, destacando este punto principal, como cuando Jesús dice: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Jn.6:56).

O: “Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá para siempre” (v. 51). Y: “El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna... porque mi carne es verdadera comida, y mi sangre es verdadera bebida” (v. 54-55). Palabras como éstas demuestran claramente que Jesús es la necesidad vital de los cristianos, la condición de su vida, su todo en todos.

Uno puede ser religioso y tomarse a pecho los asuntos de la iglesia. Pero eso no prueba necesariamente que uno sea cristiano. Recordemos la forma en que habla Cristo: “El que me come...” (Jn.6:57); sólo es cristiana la persona que permanece en Cristo, y Cristo en ella; solamente aquella cuya necesidad vital es Cristo, su gracia y su redención, “vivirá por medio de él”. Tampoco es garantía de verdadero cristianismo que adoremos a Cristo sólo como maestro o un ejemplo.

Esto puede hacerlo también cualquier “fariseo cristiano”. La cuestión es si la obra redentora y la muerte expiatoria de Cristo llegó a ser nuestra defensa diaria contra el pecado. Sólo eso caracteriza a un cristiano. Ese es el himno que se menciona en el Apocalipsis, la contraseña que distingue a los redimidos, porque nadie podía aprender ese cántico sino ellos. Y el cántico decía: “Tú fuiste inmolado y con tu sangre nos has redimido para Dios” (Ap.5:9).

Lutero se refiere a esto en su explicación de Gá.4:6, donde describe las manifestaciones del Espíritu de Dios en nuestros corazones. Dice: “Aunque te agrada oír, hablar, pensar y escribir acerca de Cristo, debes tener muy en claro que no es la voluntad ni la razón humana la que produce los frutos del Espíritu”.

Que Cristo sea esencial para nuestras almas, como lo es el pan para el cuerpo, es un rasgo tan distintivo del nuevo hombre, que al encontrar esa característica en alguien puedo decir: “Es un cristiano”, de la misma manera que digo: “Es un hombre”, cuando veo a un cuerpo humano moviéndose. Y si esa persona comete una falta, u ofende con un mal hábito, diré: “Es un defecto, una flaqueza, pero no por eso deja de ser cristiano”.

Es imposible que alguien encuentre la satisfacción de sus necesidades existenciales y su salvación en Cristo, sin amarlo y sin depender de Él así como el cuerpo depende de la comida. Cristo es esencial en la vida de los cristianos.

12. **Toda carne es hierba.** Is.40:6

Todo lo humano está contaminado, es falso, débil, cambiante, incierto y fugaz. Así son mis sentimientos y pensamientos. Por ejemplo: A veces veo a Dios en todos lados, y un minuto después pienso que Dios no existe. A veces pienso que Dios es pura gracia y amor, y otras veces me parece que Él está cansado, fastidiado y enojado conmigo; que se ha alejado y no quiere saber nada más de mí. En un momento dado pienso que soy un bendito cristiano, y al siguiente que soy un pecador perdido. En fin, mis pensamientos y sentimientos son como una caña sacudida por el viento. Todo es fluctuante, inseguro, inestable, fugaz y falso.

Como dice el profeta: “¡Toda carne es hierba!” Al fin y al cabo, nada de lo que piense por mí mismo es totalmente confiable.

Pues bien, ¿Qué dice esa eterna Palabra de Dios acerca de nosotros, de nuestra dignidad o indignidad, de lo que parecemos a los ojos de Dios? Dice: “Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Sal.14:2-3). Y: “Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gn. 6:5). Así lo confirma también el Nuevo Testamento: “No hay justo, ni aun uno” (Ro.3:10). Dice también que Dios es tan santo, que encuentra impurezas y necesidades aun en sus santos.

Es evidente que nadie puede permanecer en pie delante de Él; que todos los mortales merecemos su eterna condenación; que ante Él todos somos iguales; que el traidor Judas y el apóstol Juan, por sí mismos merecen la misma condenación; así como Pedro y el mago Simón (Hch.8:9-24), la virgen María y la pecadora en la casa de Simón el fariseo merecen el mismo infierno (Lc. 7:39). Alguien dirá: “¡Que tremenda locura es esa!” Sí, así es como protesta nuestra razón, y enseguida pone objeciones, tan pronto como se da a conocer la sentencia divina que dice: “No hay diferencia, por cuanto todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios, siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús” (Ro.3:22-24).

Ante los hombres hay diferencias, pero no ante Dios. Aquí en la tierra hay diferencia entre el fondo de un valle y la cumbre de una montaña. Pero si hablamos de la distancia de la tierra al sol, entonces esa diferencia desaparece. No se la toma en cuenta. La distancia de ambos lugares al sol es tan grande, que sólo hablamos de la enorme distancia que hay de la tierra al sol, y no decimos: “Del fondo del valle hasta el sol la distancia es una, y desde la cima de la montaña al sol es otra”. Pues bien, para nosotros existen diferencias entre una persona y otra, pero no es así para Dios. Todo ser humano, inclusive el cristiano fiel y piadoso, en cuanto a su propia naturaleza no es sino un miserable gusano.

Sus mejores acciones están contaminadas con el veneno de la vieja serpiente. Su fe, sus mejores obras, su caridad, su piedad y devoción fueron producidas en él por el Espíritu de Dios. Pero incluso esas virtudes fueron contaminadas con las impurezas de su pecado. Su fe quedó mezclada con dudas, ideas de autosuficiencia e incredulidad. Su amor es pobre, limitado y defectuoso.

Su devoción y alabanza es fría y débil, indigna de la gran bondad y majestad divinas. Estas deficiencias serían suficientes para condenarnos. Para colmo caemos continuamente en pecado, y en nuestro peregrinaje nos ensuciamos una y otra vez. Nunca podemos prevenirnos lo suficiente como para no infectarnos de nuevo con impiedad. Toda la tierra está llena de injusticias, inundada con toda clase de pecados, como idolatría, incredulidad, preocupaciones y desesperación; abusos del nombre de Dios, perjurios, blasfemias, profanación del día de reposo, desobediencia, odio, violencia, venganza, fornicación, promiscuidad y degeneración sexual; avaricia, explotación, robo, fraude y estafas; mentiras, calumnias y codicias de todo tipo. Y si se pueden reprimir las manifestaciones groseras de esa maldad, el corazón no obstante hierve de malos deseos, pensamientos y codicias íntimas, que son impurezas ante los ojos del Santo Dios.

¡Tal es la situación de la humanidad caída! Y entonces, ¿Cómo vamos a comparecer ante Dios? ¿Cómo reparar nuestras ofensas? No podemos responder a ni una de las miles de acusaciones que hay en contra nuestra.

Aunque hayamos sido fieles cristianos durante mucho tiempo, aunque hayamos trabajado mucho y realizado grandes cosas, todo eso no son méritos suficientes.

¡Ay de nosotros, si los santos ojos de Dios miraran nuestra dignidad! Un piadoso siervo de Dios, de avanzada edad, lo sabía y por eso rogó: “¡Oh Jehová... no entres en juicio con tu siervo! Porque no se justificará delante de ti ningún ser humano” (Sal.143:2). Para Dios ningún ser humano es justo en sí mismo.

Esa es la sentencia del Juez Supremo. ¡Pero qué diferente pensamos y sentimos nosotros! Seguimos insistiendo que merecemos más bondad, si somos más piadosos. Pensamos que a Dios le resulta más fácil perdonarnos cuando nos portamos bien, que cuando pecamos. Si fuera así, la bondad de Dios y nuestra justificación dependerían, por lo menos en cierta medida, de nuestras obras y de nuestra dignidad. Pero vemos que la Escritura excluye eso terminantemente.

Por lo tanto, recordemos que en cuanto a nuestros propios méritos, todos somos, en todo momento, igualmente indignos ante Dios. Esa es la sentencia de la Palabra celestial y eterna.

13. **No teniendo mi propia justicia, que es por la Ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que es de Dios por la fe.** Fil.3:9

Cuando San Pablo dice: “Si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Co.5:14), al mismo tiempo está diciendo: “Si uno cumplió la Ley por todos, luego todos la cumplieron”. O sea, es como si todos la hubiesen cumplido.

Pues Cristo fue puesto bajo la Ley “para que redimiese a los que estaban bajo la Ley” (Gá.4:4-5). Vale decir: Uno cumplió la Ley por todos. Si deseo ser cristiano, creer en Dios Hijo y honrarlo debidamente, debo afirmar con toda seguridad: He cumplido plenamente la Ley; estoy completamente libre de culpa.

Por supuesto, no tengo todo eso por mí mismo; no soy así en mi propia persona, sino en Cristo. Él es mi Salvador, Mediador y Sustituto. Yo merezco ser arrojado “a las tinieblas de afuera”, si no le rindo a Cristo el honor de considerarme perfectamente redimido por medio de sus sufrimientos, y perfectamente justificado en Él. Porque si no creyese y confesase eso, sería como decir que Él no cumplió plenamente la obra de redención que había asumido; que no guardó perfectamente la Ley, ni sufrió todo el castigo que nosotros merecíamos.

O sería como decir que Jesucristo no cumplió la ley ni murió por nosotros, sino que necesitaba hacer todo eso para sí mismo. Pero, ¿Qué clase de confesión sería ésa para un cristiano?

Un empleado corrupto malversó los bienes de su empresa y fue denunciado. La justicia comprobó que era responsable de grandes pérdidas. Como no pudo reintegrar el dinero faltante, fue a parar a la cárcel. Pero por compasión hacia esa persona indigna, el hijo del jefe intercedió por él. Pagó la abultada deuda y se encargó personalmente de que se retirasen todos los cargos de la denuncia en su contra. El jefe aceptó la solución, quedando conforme.

¿Sería posible que le reclamasen a ese empleado que pagase otra vez la misma deuda? ¿Qué haría ese pobre infeliz si le exigiesen pagar todo de nuevo? No acudiría al hijo del patrón, para decirle: “¿Qué sucede? ¿Acaso no fue suficiente lo que has pagado? ¿No habías resuelto definitivamente mi problema?”

Sería vergonzoso si ese empleado pensase: “Se me exige que pague otra vez porque no purgué mi condena ni pagué mi deuda con recursos propios. ¿Tal vez debo volver a la cárcel?” Pensar así sería lo mismo que decir que no se puede confiar en lo que el jefe y su hijo han dicho y hecho.

La Palabra de Dios afirma claramente: “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Ro.8:3) Y en Gálatas 4:4-5 declara: “Dios envió a su Hijo... nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley.”

Dice expresamente que Dios envió a su Hijo, para que hiciese lo que nosotros no podíamos hacer. “Nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley”. O sea, que fue a nuestra prisión, ¡Para librarnos a nosotros! ¡Parece un sueño... una fantasía!

Sin embargo es la verdad divina y eterna, que Dios proclamó desde la fundación del mundo, que está registrada en las Sagradas Escrituras y que resume su revelación. Dios envió a su Hijo unigénito, para que fuese nuestro Mediador y Salvador. El propio Hijo declara acerca la ley: “He venido para cumplirla” (Mt.5:17). Y: “Por ellos me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad.” (Jn.17:19). Y en He.10:7,10: “He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí...”

Por esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo, “hecha una vez para siempre”. ¿Qué haremos, entonces, ante estas declaraciones de Dios? Ya es demasiado que Dios mismo nos ofrezca el cumplimiento de la ley.

Dios fue inconcebiblemente generoso con nosotros en todo sentido. ¿Cómo no habríamos de aceptar su dádiva, como hijos agradecidos? Y con alegría y amor espontáneo corresponderle de todo corazón, empeñándonos sinceramente en honrarlo y servirle, ¡Haciendo todo el bien que podamos hacer! Siendo al mismo tiempo siempre conscientes de que nuestra justicia ante Dios consiste del cumplimiento de otro, de Jesucristo. Por eso esa justicia permanece invariable, aunque nosotros mismos estemos en nuestro nivel más bajo. Eso no la afecta, porque no se exigirá el doble pago por nuestros pecados.

“Pero -preguntar a alguno- ¿Qué podemos hacer, cuando la ley nos reprenda y acuse de pecado?” Respondo: Hemos de darle toda la razón, porque en nuestra carne efectivamente no hay nada bueno ni meritorio. Pero también hemos de remitir inmediatamente al que nos acusa con la ley a Cristo, quien es nuestra Justicia. Podemos decir: “Hay un hombre que lo cumplió todo en mi lugar, e hizo lo que yo debiera haber hecho. Él es mi garante”. Aunque el “Acusador”, usando la ley, tal vez insista, reclamándonos: “... tú también deberías ser santo y cumplir la ley”. Entonces respondamos: “Es verdad. Y cuando se trata de mi vida y conducta entre las personas que necesitan mi ayuda, puedes recordármelo y te escucharé. Pero si se trata de mi justificación ante Dios, ya no cuenta mi obediencia, sino la de otro; ya no cuenta mi piedad ni mi culpa.

Estaría perdido si se me juzgase de acuerdo a mi piedad. Pero tengo la pureza y santidad de otro, es decir, de Cristo; tengo el amor y las buenas obras del Hijo de Dios, que se sometió a la ley y la cumplió por nosotros. Admito que en cuanto a mí mismo soy un gran pecador, y no pretendo que me conceptúen de otro modo, de manera que únicamente Cristo es toda mi Justicia. Como San Pablo, quiero ser hallado por Dios “no teniendo mi propia justicia, que es por la ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe” (Fil.3:9).

14. **Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión; pero Jehová pesa los espíritus.** Pr.16:2

Hay muchas opiniones diferentes acerca de la salvación de los seres humanos y cada uno cree que tiene la verdad. El sabio rey Salomón dijo: "Todos los caminos del hombre son limpios en su propia opinión."

Los que están espiritualmente muertos y ciegos no se interesan en buscar la verdad, porque están convencidos de que sus ideas son las correctas. Dicen: "Haz el bien sin mirar a quién, y quédate tranquilo. Dios no te pedirá más que eso, porque Él es bondadoso y justo..." Otro dice: "No tengo ningún cargo de conciencia. No maté, no robé... confieso mis faltas a Dios y llevo una vida decente. Creo en Cristo y si hay defectos en mi vida, Dios sabrá perdonármelos." Un tercero dice: "Dios ha visto mis lágrimas y escuchado mis súplicas. Aunque a nadie yo le importe, y me sienta totalmente abandonado, ¡Él es mi consuelo!" Un cuarto opina: "Mi corazón me dice que Dios me ama. Disfruto sus bondades y favores. No necesito nada más." Y una persona muy seria, dice: "Para tener la salvación se necesita una dramática conversión a Dios, un sincero arrepentimiento, ¡Fe y santificación!"

Jesucristo dice a todos: "Esforzaos a entrar por la puerta angosta; porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán" (Lc.13:24). Y San Pablo, refiriéndose a los judíos religiosos, declara: "Tienen celo de Dios, pero no conforme a ciencia." Y explica: "...porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios" (Ro.10:2-3).

Está el que alaba el amor de Dios y dice "¡Sonríe, Dios te ama!" Pero de la cruz y del mérito de Cristo no sabe, ni quiere saber nada. Uno habla sólo de la fe; otro sólo de las obras. Uno hace depender la salvación de la contrición y sentimientos de culpa; otro sólo habla de abnegación, dedicación, fervor religioso, renunciamiento al mundo y fuerza de voluntad. Citando la Biblia algunos sostienen que "el amor es lo más importante" (1 Co.13:13). "Ese es el único camino", dicen. Otros afirman que "la demostración del Espíritu y de poder" es la prueba de la verdadera fe (1 Co.2:4). Sin embargo, aunque en el Día del Juicio protesten diciendo: "Señor, ¿No profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos muchos milagros? A muchos de esos milagrosos Cristo les declarará: "Nunca os conocí, ¡Apartaos de mí, hacedores de maldad!" (Mt. 7:22-23).

Estas son algunas de las muchas opiniones diferentes y los presuntos caminos para la salvación de los seres humanos, que se entrecruzan aún en el ámbito de la cristiandad. Es cierto que señalan muchas preciosas cualidades y buenos ejercicios espirituales que ningún cristiano debería despreciar, sino tomar en cuenta seriamente. Cualidades que se encuentran en los verdaderos cristianos. Sin embargo, el elemento distintivo de todo verdadero cristiano y la prueba de que esas virtudes verdadera-

mente son obra del Espíritu Santo, es lo que falta en todas esas confesiones. Toda esa espiritualidad o religiosidad puede ser tan diferente de la verdadera, como un “shibolet” de un “sibolet” (Jue.12:5-6). A pesar de todas sus buenas apariencias, los hipócritas oirán la dura sentencia del rechazo de Dios. El propio Señor Jesús advierte de eso.

¿Y cuál es la señal característica del Reino de Cristo, lo que distingue la religiosidad genuina de todas las religiones falsas? Respondo: Quienes gracias a Dios conocieron la verdad y tienen abiertos los ojos espirituales, ven en toda la Biblia que existe sólo una cosa de la que depende todo. Ven que el rasgo característico, el elemento principal del verdadero cristianismo, es que el Señor Jesucristo llegó a ser “todo” para el cristiano. Para ellos es totalmente como dice Jesús: “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Jn.5:12). En el Hijo de Dios está nuestra vida y salvación.

Que cada uno se analice a sí mismo en base a este parámetro, para conocer su propia espiritualidad. El que llegó a la claridad, debe dar gracias a Dios. Tal persona podrá darse cuenta de la diferencia que hay entre la fe salvadora y otros tipos de religiosidad y será celoso y cuidadoso en su amor a Dios.

Muchos que todavía no conocen la verdad y la vida en Cristo, la conocerán si los creyentes tratan de iluminarlos en amor y sabiduría.

En resumen: Algunos insisten con mucho celo en la contrición y sinceridad como lo más importante. Otros en el amor y en la humildad. Otros en negarse a uno mismo y mortificar la carne. Todo eso puede ser bueno y precioso. Pero en sí mismo eso no es la vida cristiana, ni la produce. En el mejor de los casos apenas son pasos preliminares. Ante el trono del Cordero de Dios en el cielo, hay una multitud cantándole alabanzas; bien podría aparecer alguno en medio de la multitud diciendo: “Yo me esforcé mucho para alcanzar esta felicidad. Pero cuanto más trabajaba, más me daba cuenta que los ojos de Dios eran como llamas de fuego. Para Él ni siquiera los cielos son limpios. Así me dí cuenta de que el juicio de Dios era muy superior al del hombre “y morí”. Quedé totalmente impotente, sin saber qué hacer.

Pero entonces conocí el evangelio de Cristo y Cristo se transformó en mi vida; Él es mi Salvador, al que ahora alabo. Y es que: “Por amor de Él, lo he perdido todo y lo tengo por basura” así es con todos mis méritos propios.

Incluso el Señor ha puesto un nuevo cántico en mi boca: “Tú, oh Cristo, Cordero de Dios, fuiste inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios...” “A ti sea la alabanza, la honra, la gloria, y el poder, por los siglos de los siglos” ¡Amén! (Ro.7:9; Fil.3:7-8; Ap.5:9-13).

15. **Temamos, pues, no sea que permaneciendo aún la promesa de entrar en su reposo, alguno de vosotros parezca no haberlo alcanzado.** He.4:1

Puede ser que alguien diga: “¡Ese es exactamente mi temor! Tengo la gracia de creer en Cristo, pero... ¿Cómo podré perseverar hasta el fin? Tantos abandonan la fe y se pierden...” Esta es la respuesta: Jesús dice: “Yo soy el buen pastor; y conozco mis ovejas, y las mías me conocen...mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen; y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn.10:14,27,28). Ningún cristiano debe desesperar pensando en su permanencia en el Reino de Cristo. Nadie necesita perderse; nadie puede ser arrebatado de la mano de su buen Pastor. A nadie se lo puede separar del amor de Dios en Cristo Jesús. Esto es lo que Dios nos promete en su Palabra, respecto a nuestra salvación.

Algunos no están satisfechos con eso de confiar en Cristo, y quieren tener la seguridad de que nunca perderán su fe. La Palabra de Dios no nos da ninguna seguridad de ese tipo, al contrario, nos advierte contra el peligro de caer. Así nos deja siempre recelosos en cuanto a nosotros mismos, para que siempre confiemos únicamente en el Señor. Eso es muy saludable. En eso insiste expresamente la Palabra de Dios. San Pedro exhorta: “Conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación” (1 P.1:17). El salmista exclama: “¡Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor!” “Temed a Jehová, vosotros sus santos; pues nada falta a los que le temen!” (Sal.2:11; 34:9).

¿Qué nos asegura Cristo? Que Él, el Hijo de Dios, dio su vida por nosotros y que Él es nuestro Buen Pastor. Su amor y fidelidad para con nosotros es tal, que por nuestra causa Él vino al mundo y se hizo nuestro hermano, “tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (He.2:17; 4:15). Él dio su vida por sus ovejas (Jn.10:11-17). ¿Qué es lo que no podemos esperar de Él? Él es el omnipotente Dios. ¿Qué enemigo puede hacerle daño a la oveja que descansa en sus hombros, oyendo su voz y manteniéndose cerca de Él? Es nuestro consuelo que Él, nuestro buen Pastor, alimentará a sus ovejas. O sea, mantendrá en todo tiempo nuestra fe por medio del evangelio; fortalecerá y alentará nuestra confianza y nuestro gozo en Él; nuestro amor, nuestra paciencia y nuestra esperanza. Buscará la oveja perdida y recuperará la extraviada. De modo que aun cuando nos hayamos extraviado y desviado del camino recto, Él no nos abandonará. Irá tras la oveja que quedó atrás, la buscará y la llamará.

Y ni bien ella vuelva a escuchar su voz, la pondrá sobre sus hombros y la llevará gozoso. Aún más, también vendará a la que sufrió alguna fractura; restablecerá y confortará las almas severamente afligidas por Satanás, y les restituirá su paz y su salud. El Señor Jesucristo fortalecerá a la oveja débil y alzará a los corderos incapaces de seguir a la manada. Los alzará con su brazo y los llevará en su regazo. En fin, atenderá a todas sus ovejas en la forma en que haga falta.

Pero, ¿no deben hacer algo para su seguridad también las ovejas? Lo único que el Señor dice es que ellas “oyen su voz”. Es lo mismo que decir que “confían” en Él. No esperan cosa mejor, que lo que Él les ofrece. En sus desgracias, los cristianos tratan de oír la voz de Aquel, en quien depositan todas sus esperanzas.

Oír significa prestar atención, reverenciar, hacer caso, y distinguir la voz de Cristo de las voces extrañas. Y esto es todo lo que hace falta. Porque el buen Pastor nos preserva para la vida eterna por medio de su voz.

Entonces, con tan solo oír su voz, todo queda solucionado. Sólo la voz del Buen Pastor (la Palabra de Cristo) puede protegernos contra los terribles ataques de Satanás, contra las fuertes tentaciones de la carne, contra las seducciones del mundo, contra nuestra debilidad, incertidumbre, frialdad, arrogancia...en fin: Contra todo lo malo dentro y alrededor de nosotros. Ningún cristiano es tan fuerte, tan entendido, tan piadoso, tan firme que la maldad no lo pueda atacar, tentar y herir. Entonces, todo depende de adoptar la actitud correcta, dejando que la Palabra de la verdad lo decida todo; que pese más que nuestros propios razonamientos y sentimientos, permitiendo así que ella nos corrija, reprenda y aliente, según el caso. Esto es “oír la voz del Pastor”. Así se puede solucionar todo.

Los mismos discípulos del Señor no llegaron a ser tan sabios, sobrios y fuertes como para dominarse, creer y conducirse siempre como debían hacerlo. No, todos los días cometían faltas mayores o menores. Pero a pesar de todo perseveraron y crecieron en la gracia, porque se mantuvieron cerca de su buen Pastor; siguieron escuchando su voz y se dejaron corregir diariamente por Él.

Dejaron que Él los advierta, amoneste y consuele. Y con eso todo volvía a quedar arreglado. Así supieron cada vez mejor lo que necesitaban saber. Por el otro lado, ¿cuál fue la razón por la que el miserable Judas se perdió?

Nada más que su negativa a oír la voz de su buen Pastor. Cuando el diablo le sugirió a su corazón la maldad de traicionar a Jesús por 30 monedas de plata, no hizo caso de las advertencias del Señor. Y después, cuando despertó y tuvo terrores de conciencia, tampoco dejó que el evangelio de la gracia lo consuele. Con sólo haber prestado atención a la voz de su piadoso Pastor, todo se habría resuelto favorablemente. Por eso, mientras podemos oír la amorosa voz de nuestro Pastor, el evangelio de Cristo, amémosla y aprovechémosla diligentemente, para adquirir de ella fuerza para nuestra fe, ipara nuestro amor y temor de Dios! ¡Escuchemos atentamente a este fiel Amigo, que nos acompaña y nos habla en su Palabra! En tanto que andamos con Él, aunque no lo veamos, y en tanto que lo oigamos hablando a nuestros corazones, ningún poder enemigo podrá separarnos del amor de Dios, que disfrutamos por medio de Cristo Jesús (Ro.8:38-39). Porque el Señor Jesucristo, que es mayor y más poderoso que cualquier enemigo, declaró solemnemente a sus ovejas: “yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano” (Jn.10:28).

16. **El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo.**

1 Jn.5:10

Muchos niegan la posibilidad de saber con seguridad, en esta vida, si uno ya es un hijo de Dios, o si todavía se debe buscar esa seguridad. Esta suele ser una de las excusas de los que se niegan a creer en el evangelio. Quienes sostienen esa duda, todavía están en la oscuridad e incertidumbre.

Sin embargo, la Escritura dice que los fieles de la antigüedad obtuvieron el testimonio de que agradaban a Dios, por medio de la fe. Sólo gracias a esa fe les fue posible morir contentos en la hoguera. El apóstol Pablo declara categóricamente: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro.8:16). Y San Juan afirma: “El que cree..., tiene el testimonio en sí mismo. El que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso” (1 Jn.5:10).

¡Notemos bien esto último! El Señor invita generosamente: “¡El que tiene sed, venga!” (Ap.22:17), y promete: “Si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos” (Is.1:18).

Si aún vivo dudando del perdón de mis pecados, ¿acaso no estoy tratando a Dios como a un mentiroso? Porque es como si dijera: “No sé si puedo confiar en lo que Dios dice. ¿Sería esta una confesión digna de un cristiano?”

“Por eso” -dice Lutero- “nuestra determinación ha de ser avanzar día tras día hacia una mayor certeza, y salir de la duda. Hemos de esforzarnos por arrancar de raíz el grave error en el que todo el mundo cae: La idea de que nadie puede saber a ciencia cierta si está dentro o fuera del reino de la gracia. Porque si dudamos, si no estamos seguros de que Dios, por amor a Cristo, nos recibió en su gracia, negamos la redención de Cristo y tiramos abajo su obra y todos los beneficios que Él nos prodigó”. Los que pueden vivir satisfechos sin tener la seguridad de la vida eterna, en realidad no le dan mucho valor a ella.

Siempre debemos buscar la certeza de nuestra salvación en la Palabra de Dios, y no en nuestros sentimientos. La paz y la certeza del cristiano no se producen porque él pueda considerarse suficientemente piadoso y fiel, o para estar satisfecho consigo mismo. No, al contrario: Nadie reconoce mejor su propia indignidad que un cristiano profundamente creyente. Pero su consuelo y su gloria es que Cristo Jesús sufrió la muerte por nosotros, míseros pecadores, y que el creyente es justificado por la fe en Él, por pura gracia. Este es el fundamento de nuestra perpetua e imperturbable paz. Los cristianos confesamos: “En cuanto a mí mismo, no merezco otra cosa que la condenación de Dios. Pero “en Cristo” (redimido y adquirido por Él), soy limpio, justo y agradable ante Dios. Confío únicamente en Cristo como mi Salvador, en su Justicia y en su sacrificio en la cruz, que es suficiente para salvar a todos, aun a los peores pecadores. Porque con su muerte, Cristo ha reconciliado a todo

el mundo con Dios, no sólo a los que consideramos buenos (1 Jn.2:2; 2 Co.5:19). Reconozco que mis pecados son terribles, numerosos y graves. No merezco ni un sólo momento de felicidad de parte de Dios. Pero ¿qué haré, si a pesar de todo Cristo tuvo compasión de mí, y Él, el santo e inocente Hijo de Dios cargó con todos mis pecados, y sufrió la muerte por mí? No debo desesperar, ni dudar. Creyendo en Jesús, puedo atreverme a vivir feliz por mi salvación.

No fui bautizado para salvarme a mí mismo, ni para presentarme con mi propia justicia ante Dios. Fui bautizado “en Cristo”, de modo que me he revestido de Él y de su justicia. Si Dios quisiera imputarnos nuestros pecados, ¿quién podría permanecer en pie? Pues no podemos responderle a una entre mil preguntas. Pero siendo que todo el evangelio da claro testimonio de que Dios dio a su Hijo en propiciación por nuestros pecados, no me atrevo a negarlo como si fuese mentira. Es cierto que mi corazón y mi conciencia sienten otra cosa. No siento que sea justo, sino todo lo contrario: Diariamente siento mi desgracia y miseria. Pero como Dios mismo declara en su Palabra que todas mis culpas han sido borradas y perdonadas, prefiero darle la razón a Dios y no a mi corazón. Así también honro a Dios, porque creo que Él no miente. Lo que hizo y dijo Dios es mucho más seguro que lo que veo o siento yo, pobre pecador.

Dios me reconcilió consigo mediante la muerte de Cristo y me lo aseguró en su Palabra. Además, en los sacramentos también me confirmó un sello y una prenda del tesoro de la salvación y la felicidad eterna. En el bautismo me hizo participar personalmente de todos los méritos de Cristo. Hizo conmigo un pacto de gracia, eterno e inviolable. Aun si yo me hubiese alejado del tesoro de la salvación, cayendo en pecado e incredulidad, el tesoro no se alejó de mí. El pacto de Dios todavía sigue vigente. ¿Podrá acaso nuestra infidelidad dejar sin efecto la fidelidad de Dios? (Ro.3:3). ¡Jamás! Puedo comparar la gracia de Dios con el arca de Noé, y recordar que aunque yo caiga del arca, eso no significa que el arca se haya hundido. Mi refugio sigue siendo la misma arca. La gracia que Dios me promete en su Palabra y en el pacto del bautismo, no cae ni tambalea por causa de mis vacilaciones. ¡Siempre está firme! Mi paz y mi certeza están afirmadas en Dios, no en mí. Me glorío en la sangre de mi Señor Jesucristo, que vale más que mis culpas y pecados.

La Palabra de Dios vale más que mis pensamientos y sentimientos. El pacto del bautismo sigue vigente ante Dios, aunque yo me hubiese alejado por mucho tiempo. Frente a la sangre de Cristo, mis pecados son como pequeñas chispas frente al inmenso océano. Frente a la Palabra de Dios, todas las contradicciones, ideas y argumentos que yo podría oponer, son como un puñado de polvo frente a una gran montaña. Por eso, quiero vivir y morir confiado sobre el fundamento firme de la gracia de Dios “en Cristo Jesús”.

17. **Pero mi pueblo no oyó mi voz. Los dejé, por tanto, a la dureza de su corazón; caminaron en sus propios consejos.** Sal.81:11-12

Aquí vemos el resultado de no reconocer “el tiempo de nuestra visitación”, cuando Dios, por pura gracia, nos ofrece sus bendiciones. Cuando se resiste y entristece al Santo Espíritu de Dios, este Espíritu bueno y generoso tiene que irse.

¿Qué más puede hacer la misericordia de Dios? En su eterno e incomprendible amor nos dio a su unigénito Hijo. Él vino a nosotros y se hizo nuestro hermano y mediador. Cargó sobre sí nuestras culpas y obligaciones.

Él fue Siervo de sus siervos. Cumplió la Ley por nosotros. Con su amarga pasión y muerte propició por nuestras iniquidades, nos restauró el derecho de hijos, y nuestra herencia en el cielo. Además, Dios nos envía su Palabra y su Espíritu Santo. Nos busca y llama amablemente. Golpea en la puerta de nuestros corazones, y nos invita a la gran Cena de su gracia. Pero si todo esto resulta en vano; si despreciamos continuamente tanto sus advertencias como sus promesas, y amamos más nuestras “haciendas” y nuestros “bueyes” que el banquete de la gracia de Dios (Lc.14:18-19); si preferimos la amistad del mundo a la de Dios; si resistimos y afligimos continuamente al Espíritu Santo, ¿qué otra cosa puede hacer Dios entonces, que entregarnos a nuestra propia perversa voluntad y decir: “Si no quieres seguirme a Mí, seguirás al diablo y a tus propias concupiscencias...”? Finalmente Dios abandona al rebelde empedernido a merced de sí mismo.

Tal persona queda espiritualmente muerta y ciega, de modo que ya no hay Palabra de Dios que la mueva. Sigue tranquila en sus pecados, cree la mentira, y cae en toda clase de errores y pecados vergonzosos. Como dice Dios por boca del salmista: “Pero mi pueblo no oyó mi voz... Por tanto, los entregué a la dureza de su corazón. Caminaron en sus propios consejos”. Pecará, y la Palabra ya no lo corregirá.

El apóstol Pablo explica: “Pues habiendo conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido... Por lo cual Dios también los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones, de modo que deshonraron entre sí sus propios cuerpos... Profesando ser sabios, se hicieron necios” (Ro.1:21-24). Así es como el ser humano queda “endurecido”.

¡Pensemos en lo que esto significa! Se acaba totalmente la capacidad espiritual de percibir. La persona queda totalmente indiferente y fría frente a la Palabra de Dios, inaccesible a la misma. La mente se vuelve indolente y despreocupada. Ni el dulce llamado de la gracia, ni los hirientes dardos de la Ley pueden perturbar este sueño mortal. Esa persona ya no siente ningún remordimiento por las maldades cometidas en el pasado, ni siente preocupación alguna por el futuro.

Un cadáver ya no siente nada, ni aunque tuviese una brasa ardiendo sobre su pecho. En una roca dura no penetra ninguna gota de lluvia, aunque se derrame sobre ella el agua de todas las nubes del cielo. Es eso lo que ocurre con el ser humano cuyo corazón quedó enceguecido. Si va a la iglesia, no lo conmueven ni siquiera las grandes verdades, en las que todos los demás ven “la demostración del Espíritu y de poder” (1 Co.2:4). Puede presenciar bautismos y participar en la Santa Cena sin sentir nada... Tampoco le impresiona un funeral. Las glorias de los bienaventurados en el cielo ya no lo atraen, ni le asustan los tormentos de los condenados. Aunque alguien le hable de la crucifixión de Cristo, y lo describa desangrándose y muriendo por los pecadores, él quedará inalterable, frío como el hielo y duro como una roca.

Los amigos pueden suplicarle, pero a él no le interesa. Los maestros pueden aconsejarle y advertirle, pero no le importa un comino. Él es como una piedra. A una piedra se la puede moler, pero no derretir ni ablandar. Eso es lo que ocurre con la persona endurecida. En ellos se verifica lo dicho por el profeta: “¡Ay también de ellos, cuando de ellos me aparte!” (Os.9:12). ¡Ah, Dios mío! prefiero ser pobre, ser un mendigo... quedar lisiado, ciego o sordo, ¡Con tal que no me dejes espiritualmente enceguecido! “¡No me echas de delante de Ti, y no quites de mí tu santo Espíritu!” (Sal. 51:11).

¿aún sientes temor por ti mismo? ¿Puede aun la Palabra de Dios llevarte al arrepentimiento? ¿Aún deseas ser un creyente y un amado hijo de Dios? Eso es prueba clara que Dios todavía no te abandonó a una mente reprobada.

Pero cuidado si el diablo te sugiere pensar de la siguiente manera: “Estoy lleno de pecados y los malos deseos me acosan todo el tiempo. Por eso creo que Dios me abandonó...” ¡No! El hecho de que te acosen los malos pensamientos y te persiga el pecado no prueba nada. Ése es el sufrimiento y la queja de todos los creyentes mientras viven en este mundo. Permite solamente que el Espíritu te corrija. ¡Permanece junto al trono de la gracia! Escucha el evangelio y confía en la sangre purificadora de Cristo, a pesar de todo razonamiento y sentimientos contrarios.

Si haces eso quiere decir que el Espíritu todavía mora dentro de ti, como en su taller. Y su oficio consiste precisamente en fortalecer a los débiles pecadores. Si ya estuvieses libre de pecados, Él no tendría nada más que hacer en ti. No olvidemos jamás, que el reino de Cristo es un reino de pecadores. Por lo tanto, no nos dejemos desviar. El Espíritu de Dios sólo abandonará a las personas que no se dejen corregir más por Él. ¡Dios nos guarde misericordiosamente de eso! ¡Señor no quites tu Santo Espíritu de nosotros! ¡No lo quites de mí!

18. ¡Creced en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo! 2 P.3:18

El incrédulo piensa que depender de Cristo para todo es algo detestable. Lo mismo piensa nuestro viejo Adán. Pero para el que cree en la gracia, depender de Cristo es el mayor consuelo.

Muchos han comprobado que les resultó imposible alcanzar la paz con Dios por sus propios esfuerzos y que les fue peor cuando más seriamente lucharon por merecerla. Pero les resultó sumamente fácil cuando el Señor les dio fe, por tanto paz y alegría. Entonces las cosas se resolvieron por sí solas. No obstante, continuamente olvidamos eso. El viejo Adán, con su perpetuo orgullo dentro de nosotros, siempre vuelve a levantar su cabeza tratando de demostrar que somos capaces de hacer algo por nosotros mismos. Pensamos: "¡Yo debería ser capaz de hacer esto o aquello! No puedo creer que sea tan impotente". No queremos aceptar que somos absolutamente incapaces de hacer algo que agrade a Dios, y que en cuanto a nuestra relación con Él, hacemos todo mal. Esta testarudez de nuestra naturaleza frecuentemente nos causa mucha angustia, temor, oscuridad y dudas.

Especialmente si imaginamos al cristiano de una manera diferente a la que describe la Escritura; y si soñamos con otro tipo de poder que el que Dios nos prometió para darnos su paz, si tenemos la imagen equivocada de lo que es un cristiano, y no encontramos lo mismo en nosotros, nos sentiremos decepcionados. Protestamos y negamos haber recibido la gracia de Dios y la buena obra del Espíritu. Y nuestra confusión aumenta cuando en nuestras oraciones le decimos a Dios, tal vez sin notarlo, cuándo y cómo queremos que Él nos ayude. Pensamos: "Dios prometió oír nuestra oración y lo que le estoy pidiendo es su voluntad. Él no puede querer que yo siga siendo un débil pecador permitiendo que sea como un esclavo del diablo". Y cuando parece que Dios no nos oye, pensamos que nos abandonó completamente. Y es entonces cuando fácilmente podemos cometer la insensatez de negar al Señor o desesperar.

Debemos recordar siempre cómo el Señor dirige a sus hijos por caminos extraños.

San Pablo, por ejemplo, pidió tres veces ser liberado de ciertos ataques de Satanás. Pero la respuesta que recibió fue: "¡Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad!" (2 Co.12:9). Y la lección que el apóstol dedujo de eso le hizo decir: "Por tanto, de buena gana me gloriaré más bien en mis debilidades, para que repose sobre mí el poder de Cristo... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" ¡Ése es el secreto de la fuerza del cristiano! Es como si el apóstol dijera: "Lo único que me impide ser fuerte, es que todavía me siento demasiado fuerte en mí mismo. Cuanto más siento mi propia debilidad, más poder de Dios recibo, y más fácil le resulta a Dios hacer conmigo lo que quiere". En otra parte el apóstol nos habla de una aflicción igualmente penosa. Dice (2 Co.1:8):

“Fuimos abrumados sobremanera más allá de nuestras fuerzas, de tal modo que aun perdimos la esperanza de conservar la vida. Pero tuvimos en nosotros mismos sentencia de muerte, para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos”.

Tenemos que permitirle a Dios que Él sea nuestra única esperanza, de modo que no tengamos otro auxilio que el de Él, que puede resucitar a los muertos. Sólo podemos recibir la compasiva ayuda de Dios si Él es nuestro único auxilio.

Muchos piensan que tener la esperanza puesta sólo en Dios no sirve de nada... ¡Tan ciegos somos! Por eso necesitamos ejercitarnos en las pruebas, para que nuestra fe sea purificada y obtengamos el poder para la santificación. De Abraham se dice que habiendo recibido las promesas, no obstante, cuando fue probado estaba dispuesto a ofrecer a su único hijo Isaac en sacrificio, “pensando que Dios era poderoso para levantar aun de entre los muertos”; creyó a Dios, “el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen... Creyó en esperanza contra esperanza.” (He.11:17-19; Ro.4:17-18) . Y en Dt.8:2,16-18 tenemos esta notable explicación de las intenciones de Dios: “Te acordarás de todo el camino por donde te ha traído Jehová, tu Dios... para afligirte, para probarte... para a la postre hacerte bien, y para que no digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Jehová, tu Dios, porque Él te da el poder para hacer las riquezas”.

En resumen: Cuanto antes desesperamos totalmente de nuestra capacidad, tanto antes obtenemos mejoría. Cuando nos derrumbamos, quedamos en las manos del Señor, que es grande en misericordia. Entonces le decimos a nuestro Señor Jesucristo: “Señor, tú sabes que no puedo salvarme a mí mismo. Merezco mil veces ir al infierno. Si tú me abandonas, caigo de pecado en pecado, de duda en duda, de locura en locura. Tengo puesta toda mi esperanza únicamente en ti, porque tú mismo dijiste: -” Separados de Mí, nada podéis hacer” (Jn.15:5). Y también: -”!Yo os soportaré; Yo hice, Yo llevaré, Yo soportaré y guardare!” (Is.46:4)”. Entonces comprobaremos que con sólo dejar que Cristo lo haga todo, vuelven la redención, la paz y el poder que necesitamos.

Quedaremos extasiados ante el Señor y diremos maravillados: “¡Con qué facilidad obtengo ahora lo que antes me resultó imposible! Me doy cuenta que todo depende del poder que da Dios”.

19. ¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, Yo nunca me olvidaré de ti. Is.49:15

La afligida Sion, ese rebaño de fieles al Señor, se había lamentado profundamente en el versículo anterior (v.14): “¡Me dejó Jehová, y el Señor se olvidó de mí!” A esto el Señor le respondió, como preguntando: “¿Qué dijiste? ¿Que te olvidé? ¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz?” No responde a la primera queja: “Me dejó Jehová...” porque es posible que el Señor deje -o mejor dicho- haga como si abandonara a sus hijos por un momento; es posible que, aparentemente, oculte su rostro de ellos en la hora de la desgracia.

Pero es totalmente imposible que sea capaz de olvidarse de los suyos siquiera por un momento. El Señor no rebate el primer lamento de Sion: “Me dejó Jehová”. Pero no puede soportar que Sion también diga: “¡El Señor se olvidó de mí!” Eso es demasiado duro.

Dios rechaza esa acusación diciendo: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, ¡Yo nunca me olvidaré de ti! He aquí, en las palmas de las manos te tengo esculpida” (v.16).

Con estas palabras el Señor declara solemnemente que no puede ni quiere olvidar a Sion, su Iglesia. No puede. Así como una madre no puede olvidar a su criatura, tampoco puede Él olvidar a sus hijos. Aun si nosotros pudiésemos olvidarlo a Él, Él no quiere olvidarnos a nosotros.

Dios también nos muestra la razón por la que no quiere ni puede olvidarnos. Dice: “He aquí, en las palmas de mis manos te tengo esculpida”. ¿Cómo podría olvidarte? En otros pasajes dice que nos ama con amor paternal. Pero aquí vemos que nos ama con un amor todavía más tierno: ¡Con amor maternal! “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz?” ¡Dice que nos ama con un amor aún mayor que el de una madre!

“Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti.” El amor de Dios es único. Él mismo lo declara inigualable. Es más fuerte incluso que el sublime amor de madre...

Cuán profunda es la bondad, la generosidad y la misericordia de Dios, hacia su creación, hacia la humanidad, y particularmente hacia Sion, o sea, a su pueblo redimido.

Amor que es la esencia de su propio ser. Amor que ningún ser humano ha sido capaz de comprender: Incomensurable, infinito e incomprensible como Dios mismo. Movido por este excelso amor, Dios creó al hombre, le dio la inteligencia, los sentidos y un cuerpo fuerte y ágil. Y puso a disposición suya infinidad de cosas buenas y bellas, para que el hombre disfrutara y utilizara. Toda la naturaleza proclama ese amor divino. También movido por este amor, Dios entregó a su amado Hijo, para que fuese el Redentor del hombre, cuando éste había atraído sobre sí la justa condenación de su Creador, por haberse rebelado contra Él. Como dijera Jesús: “Porque

de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito...” (Jn.3:16). Gracias a este amor, Dios no sólo recibe hasta los peores pecadores, sino que además los sigue y los busca. Como lo ilustra Jesús en la parábola del hijo pródigo: El padre corrió al encuentro de su indigno y depravado hijo, lo abrazó y besó. Luego dijo: “Comamos, y hagamos fiesta, porque este mi hijo muerto era, y ha revivido” (Lc.15:11ss).

Este mismo amor divino habla por boca del profeta Isaías y dice: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz?” ¿Quién puede entender o explicar este amor? Hablando del mismo, San Juan no supo expresarse mejor que diciendo: “Dios es amor” (1 Jn.4:8). Este es, pues, el principal fundamento por el que Dios nunca puede olvidarnos, ni dejar de pensar en nosotros.

El segundo aspecto, al que el amoroso Dios llama la atención de su pobre Sion, es que la vida del hijo procede de la madre. Dice: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre?” Ya se entiende lo que Dios quiere decirnos, con la palabra “hijo”. Pero Él amplía el concepto, diciendo “el hijo de su vientre”, para recordarnos algo muy íntimo, como la relación entre la madre y el fruto de su vientre. Con eso el Señor desea expresar sus sentimientos y su relación con los seres humanos. Esta es una ilustración muy consoladora.

¿De dónde viene el primer hombre? ¿De dónde provenimos nosotros, los seres más maravillosos y complejos de la tierra? ¿Dónde se originó nuestra especie? ¿Cómo podríamos existir, si Alguien no nos hubiese creado? ¡Los seres humanos hemos surgido a la vida por el poder y el amor de Dios! (Gn.1:28; 2:7).

¿Y Sion, la Iglesia, de dónde obtuvo vida? ¿De dónde proviene el cristiano? ¿De dónde somos los creyentes? Este linaje escogido obtuvo su vida y todos sus privilegios sólo de la gracia y del amor de Dios: ¡Somos sus amados hijos! Ésta es la razón principal por la que Dios nunca puede olvidarnos completamente (Ef.1:5; 2:5; Stg.1:18; Col.3:1-3; Is.43:1-3; Jn.1:12).

20. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad. 1 Co.5:8

Nuestra sagrada Pascua, Cristo, no debe ser “comida” con levadura de malicia y de maldad, ésto si no queremos correr el riesgo de ver extirpada nuestra alma del Israel o del pueblo de Dios. ¿Qué es esto? ¡Suena terrible y nada evangélico!

¿Tiene esta afirmación fundamentos en la dulce doctrina de la gracia, dentro del Nuevo Testamento? ¡Claro que sí! ¡Despertemos de nuestro engaño! Muchos leen con ligereza las palabras del apóstol que repudian la vieja levadura, como si no se dirigiesen a nosotros, sino sólo a los israelitas en Egipto. ¡Pero no! Este es un texto para todos y cada uno de nosotros.

¿Qué significan estas palabras? Sencillamente que quien desea celebrar la Pascua de la resurrección de nuestro Señor, quien quiere participar de la victoria y salvación de Cristo, debe participar honestamente, y no presentarse ante el Señor con hipocresía o falsedad. Es precisamente esta falsedad en asuntos espirituales, lo que causa la exclusión del Israel de Dios.

Ananías y Safira por ejemplo fueron extirpados de la primera iglesia del Nuevo Testamento, cuando quisieron aparecer más generosos de lo que realmente eran, mintiendo al Espíritu Santo (Hch.5:1-11).

La levadura de malicia y de maldad no es la profunda depravación e impureza moral de mi naturaleza humana, inherente mi carne nuestra carne y sangre pecaminosas; esa maldad que aún tiene todo sincero cristiano, y que le molesta y alarma. La levadura es la mentalidad corrupta que pretende mezclar fe e incredulidad, luz y oscuridad, el servicio a Cristo y a Belial, a Dios y al mundo.

Deducimos esto de nuestro texto. La palabra que el apóstol emplea para referirse a la maldad, no sólo significa tener una naturaleza mala, sino efectivamente cometer pecado, practicar iniquidades y vicios. “Malicia” es distorsionar tanto la doctrina, como la conducta, con acciones perversas y pecados secretos. Esto se entiende mejor frente a las palabras que expresan la actitud opuesta, o sea, los “panes sin levadura, de sinceridad y de verdad”.

Lutero explica esa frase de la siguiente manera: “Sinceridad es pensar y actuar de forma correcta y cristiana, movido por un corazón piadoso y por buenas intenciones frente a los demás. Es no pensar en hacerle daño o mal a alguien. Es proceder como uno quisiera que otros procedan con nosotros. Vivir en la “verdad” es no andar con vueltas, falsedades, trampas ni fraudes, sino hablar y vivir honesta y correctamente, de acuerdo a la Palabra de Dios”.

El contexto y la causa de esta exhortación, revelan claramente el sentido de las palabras del apóstol. En 1 Co.5 san Pablo menciona y censura el deplorable estado de la Iglesia de Corinto. Seguían contando

entre sus fieles a algunos que manifiestamente vivían dominados por perversidades. Había entre ellos un caso de fornicación muy grosera: ¡Una persona convivía con la mujer de su padre! Pero eso no era todo, sino que también estaban envanecidos. Se jactaban de su luz espiritual y de sus apóstoles. Vivían tranquilos y no se preocupaban por nada, como si todo estuviese en orden.

Por eso el apóstol los reprende diciendo: “Se oye que hay entre vosotros fornicación, y tal fornicación cual ni aun se nombra entre los gentiles; tanto que alguno tiene la mujer de su padre. Y vosotros estáis envanecidos. ¿No debierais más bien haberos lamentado, para que fuese quitado de en medio de vosotros el que cometió tal acción”? En cuanto a este estado de cosas, comenta: “No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? ¡Limpiaos, pues, de la vieja levadura!” Este es el contexto.

Vemos entonces que “la levadura de la malicia y de la maldad” es esa actitud falsa, con la que una persona pretende ser salva y cristiana, quiere “celebrar la Pascua”, tener parte con Cristo y con el pueblo de Dios, yendo a la “tierra prometida”, pero al mismo tiempo conservar sus viejos pecados favoritos y llevarlos consigo en el camino. A estos pecados se entrega; los oculta, defiende, y no piensa abandonarlos. Esto es querer celebrar la Pascua con la levadura de la malicia y de la maldad. Contra esto advierte el apóstol.

Quien desea participar de la Pascua, debe eliminar la vieja levadura. Los judíos debían revisar minuciosamente toda la casa y eliminar cualquier masa leudada. Les estaba terminantemente prohibido (con el riesgo de perder sus almas), comer pan leudado en la Pascua.

De igual modo, el que quiere tener parte con Cristo y participar de su gran redención, debe tomar este asunto en serio. Debe procurar honestamente la redención de todo pecado y de toda injusticia. No debe buscar permiso para pecar, sino solamente perdón y liberación del pecado.

Esto es lo que el apóstol enseña también con respecto al segundo acto del rito pascual, la aspersion de la sangre. Dice: “¡Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia, y lavados los cuerpos con agua pura!” (He.10:22). Notemos: “Con corazón sincero”; o sea, con un corazón, que procura honestamente ser sólo del Señor y renunciar a todo lo que le desagrade a Él.

21. Y mandó Jehová Dios al hombre, diciendo: De todo árbol del huerto podrás comer; mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás. Gn.2:16-17

Vale la pena recalcar que acá, Dios prohibió algo aparentemente muy insignificante. Aquí podemos ver y aprender cómo juzga nuestro santo Dios. Cuando puso al hombre en la mayor y más importante prueba, eligió para ello la menor y más trivial acción en la tierra que uno pueda imaginar. Sin embargo esta prueba habría de extender sus consecuencias sobre todo el mundo. La transgresión a esta orden habría de provocar muerte física, espiritual y eterna.

Estas consecuencias estaban ligadas a una acción tan pequeña, como la de comer del fruto de cierto árbol que se hallaba en medio de la abundante variedad de árboles frutales del Paraíso. Con toda seguridad, con este Primer Mandamiento Dios nos dio una eterna lección a todos, mostrándonos que sus ojos miran el corazón y la obediencia del alma, no el tamaño de la acción. Esto nos muestra que Él quiere ser el omnipotente Señor de todas sus criaturas, de las cuales demanda obediencia absoluta.

Si por ejemplo le hubiese ordenado a Adán: “¡No matarás a tu esposa!” O: “¡No torturarás los animales!” el hombre habría advertido un motivo mayor en esa orden. La mente de Adán inmediatamente habría aprobado el Mandamiento de Dios. Y lo habría apoyado por lo razonable que sería ese Mandamiento. De esa forma, la virtud que es la obediencia en sí misma, jamás habría quedado demostrada. El hombre inmediatamente habría pensado que lo más importante era lo que se protegía con el Mandamiento, y habría pasado totalmente por alto lo que Dios realmente quiso ver: La obediencia. Por eso Dios eligió una acción muy pequeña, en contra de la cual la razón humana no encontraría motivos.

Dios decidió actuar así, para probar puramente la obediencia del hombre a su Mandamiento. En este caso, nuestra mente razonaría: “¿Podría Dios sentenciarlos a muerte por una acción tan trivial? El Paraíso está lleno de árboles frutales para que los disfrutemos. ¿Para quién se guardarán los ricos frutos de este árbol?” Nuestra mente no hallaría aquí ningún motivo razonable para obedecer. Lo único que habría que hacer es obedecer. Y fue precisamente eso lo que el Señor quiso enseñarnos desde el principio. No se pueden enumerar los males causados por esa perversa tendencia a mirar el valor de la acción en sí, y no las palabras y el Mandamiento de Dios. Esa tendencia es la fuente de la despreocupación e hipocresía.

Dios ordena (Éx.20): “¡No matarás! ¡No cometerás adulterio! ¡No hurtarás!”

Y cualquiera puede entender que se trata de Mandamientos importantes. Pero cuando dice: “No tomarás el Nombre de Jehová, tu Dios en vano” o: “¡No te enojarás con tu hermano!” o: “No codiciarás”, enseguida se pien-

sa que son mandamientos menores o triviales, que se pueden guardar o transgredir a gusto.

El que pasa por alto los Mandamientos de Dios, y se fija si la acción en sí parece importante o no, es capaz de quedarse muy tranquilo, a pesar de practicar graves pecados, con tal de guardar las buenas apariencias. Así es como actúan por naturaleza todos los hombres.

Esa mala tendencia a tomar en cuenta sólo la acción y no las sencillas palabras del soberano Dios, no sólo causa mucho perjuicio con relación a sus Mandamientos. Ocurre también en cuestiones de fe. En el Bautismo Dios recibe a un niño y le acredita todos los méritos de Cristo. Pero para la razón esto es una gran insensatez. Porque la razón se fija sólo en el agua y en la ceremonia de un pastor, un ser humano lleno de debilidades. Cuando el niño crece y revela la naturaleza de Adán, uno no puede creer que sea santo ante Dios, ni que los ángeles de Dios se regocijen en él. O si una persona mayor creyó en el Hijo de Dios, y fue bautizada hoy, mañana notará que no le fue quitada la corrupción del pecado; y no que quedó limpio y santo delante de Dios sólo por la justicia de Cristo, que le fue adjudicada. Sin embargo, ahora no ve nada de esta justicia; sólo vé lo que heredó de Adán: su pecaminosidad e impureza. Entonces se deprime y piensa: "Todavía no soy limpio".

En tal caso, parece que no valen nada las palabras de Cristo: "El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio" (Jn.13:10).

Es como si el discípulo dijese: "Si yo pudiera convertirme en alguien verdaderamente piadoso y santo, ¡sería salvo! Pero tengo únicamente la justicia de Cristo, y eso no me sirve de nada..." ¿Por qué diría eso? Sólo porque los méritos de Cristo no son sus propias acciones, ¡y no se ven ni se sienten! La salvación fue prometida por verdad y por ahora no se la puede ver. Pero los discípulos no tienen mayor Dios que lo que Dios ha dicho. Si ellos habrían hecho grandes obras, tendrían algo en que apoyarse. Para los que piensan así, lo que hizo, sufrió y dijo Jesucristo no vale nada. No es nada comparado con sus propias acciones. Así opina la naturaleza corrupta. Por eso es necesario estar bien atentos cuando Dios dice algo, para descubrir las cosas importantes que suelen ocultarse debajo de apariencias triviales. Qué lo aprenda todo el mundo, de una vez por todas: Dios liga una gran prueba, a una acción muy pequeña, ¡Como comer de la fruta de un árbol! Cuánta muerte y maldición produjo esa pequeña acción a todo el mundo, sólo por causa de la Palabra del Señor. No nos fijemos en el valor de la acción en sí misma, sino sólo en la Palabra del Señor.

22. **En descanso y reposo seréis salvos.** Is.30:15

¡Qué lamentable que haya tanta gente que no conozca las bendiciones que Cristo les ofrece y lo que Él nos obtuvo con su muerte! La mayoría, espiritualmente confiada y dormida, desprecia con ligereza la gracia de Dios. Si persisten en esa actitud, lamentablemente serán condenados, sin remedio. Un día verán, al que “traspasaron” y despreciaron (Zac.12:10). Pero los que reconocemos nuestro pecado y la justa condenación que nos pronuncia la Ley; y queremos volver a Dios, pero nos sentimos incapaces y no nos atrevemos a presentarnos ante Él, -por culpa de nuestras grandes deficiencias-, debemos recordar que: ¡No es nada extraño que la Ley y nuestra conciencia nos condenen! En nuestra vida ciertamente no faltan pecados. No logramos hacer todo el bien que debiéramos hacer. Ni siquiera podemos arrepentirnos como corresponde. No somos capaces de adorar, amar y luchar como debiéramos hacerlo. ¡No! Todo lo que la Ley demanda de nosotros, nos falta; y lo que la Ley prohíbe, nos sobra. ¡Pero escuchemos! Nuestro Señor Jesucristo cargó toda esta miserable, indefendible y condenable perversión sobre si mismo, “porque a Cristo, que no conoció pecado, por nosotros Dios lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Co.5:21). “Cristo nos redimió de la maldición de la Ley, hecho maldición por nosotros” (Gá.3:13).

¿Qué más puede hacer Cristo para salvarte? ¿No alcanza con esto? ¡Hombre! ¿Quién puede condenarte todavía? Dios ya no te condena, porque está totalmente satisfecho con lo que Cristo ha hecho por ti. Por eso ahora Él te invita a recibir su gracia. Tu Salvador tampoco te condena, al contrario, dio su sangre y su vida por salvarte y ahora llama piadosamente: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados ¡Y yo os haré descansar!” Ni te condena el Espíritu Santo, porque se dedica a revelar a tu alma quién es Cristo y te llama e invita cariñosamente a las Bodas celestiales (Mt.22:4). ¿Quién o qué nos condena entonces aún? Sólo la incredulidad nos condena. Y son el diablo y nuestro propio malvado corazón quienes nos inspiran la incredulidad y nos condenan. Nos dicen que lo que Cristo ha hecho por nosotros no alcanza.

¡Asustémonos de nuestra incredulidad! Jesucristo nos invita, más aún, nos ordena creer en Él (Jn.12:36; 14:1). Y nos advierte que si no creemos en Él, no veremos la vida y estaremos bajo la ira de Dios (Jn.3:36). Por eso, pidámosle a Dios que nos dé el don de la fe, ¡Y no desistamos hasta que no estemos seguros de que Cristo hizo por nosotros todo lo necesario! ¡Que el sacrificio de Cristo es suficiente, eternamente suficiente, para nuestra salvación! Quien en su desgracia pone toda su confianza únicamente en Cristo, es salvo. Tiene la fe salvadora. Es un cristiano. Conoce a Jesucristo, cree en Él y tiene la vida eterna.

“Bien”-dicen algunos- “sabemos todo eso acerca de Jesús. También creemos que es cierto. Sin embargo eso no nos da el poder, ni la paz, ni la felicidad...”

Más de uno se lamenta así. Y es verdad. La fe es un don que no todos recibieron.

Muchos poseen lo que podría llamarse una “fe histórica”. Tienen cierto conocimiento de Cristo, pero jamás gustaron la dulzura y el vigor que la fe viva y santificadora trae consigo. Otros solamente desean sentir y experimentar la dulzura de la gracia, del amor y de la presencia del Salvador. Tienen una fe verdadera: Cristo es su único Salvador y el mejor Amigo. En Él depositan toda su confianza.

Pero al recordar sus dulces experiencias del principio, las extrañan y quisieran sentir las de nuevo. Estos creyentes deben prestar atención al hecho de que la Escritura sólo habla de fe, de fe en Cristo y en su Palabra, y no de los sentimientos que experimentamos. La Escritura requiere fe en la sola Palabra, tal cual la leemos o escuchamos. Jesús habla de guardarla, de aferrarse a la misma como una planta echa sus raíces en la tierra. No importa si nuestros sentimientos son dulces o amargos; en cualquier situación debemos conformarnos con la voluntad de nuestro buen Salvador, y creer en su presencia, aun cuando Él parezca ocultarse por momentos para probar nuestra fe, como hizo con la mujer cananea (Mt.15:21ss). Recordemos cuánto le agradó la perseverancia de esa mujer. Sumamente complacido por la fe de esa mujer, Jesús finalmente exclamó: “¡Oh mujer, grande es tu fe! ¡Hágase contigo como quieres!” (v.28). Luego el Señor también le hizo gustar y comprobar su maravillosa ayuda. ¡Démosle esa satisfacción a nuestro Salvador también nosotros! Su mayor deleite, en su relación con nosotros, es ver que creemos en Él.

Pero es necesario creer realmente. En nuestras preocupaciones espirituales, en nuestras angustias y tribulaciones por causa del pecado, podemos encontrar verdadero alivio, paz y salvación. Podemos recibir por la fe en Cristo el auxilio y la justificación que necesitamos. Para recibir el don de una fe viva y verdadera, y obtener estos beneficios de la Palabra de Dios, es muy conveniente que prestemos atención a algún párrafo de la Biblia, quietamente, como dice nuestro texto. Es muy provechoso meditar a fondo en un claro pasaje del evangelio, o en una frase de Jesús que nos resulte especialmente llamativa. Analizarla con seriedad y tranquilidad, porque “la fe viene por el oír” (Ro.10:17).

Muchos pierden la gracia de Dios, por saltar todo el tiempo con sus pensamientos de un tema al otro, sin mirar si se trata de asuntos espirituales o materiales, naturales o divinos, y no pueden mantener su atención fija ni por un momento en Cristo crucificado. No quieren creer lo que la Escritura declara en todas partes, que la fe en Jesús resolvería todo, absolutamente todo. Por eso siguen afligidos con tantas ansiedades y la Palabra nunca llega a anclar en sus corazones, para producir la vida y el poder de la fe. Los calurosos rayos del sol no entibian al mar agitado, pero la quieta superficie de un lago recibe su luz y calor fácilmente. Lo mismo ocurre con el corazón humano.

23. **Mas Jehová Dios llamó al hombre y le dijo: ¿Dónde estás tú?**

Gn.3:9

Esta fue la primera vez en la historia del mundo, que Dios llamó a un pecador al arrepentimiento. Lutero comenta que la pregunta “¿Dónde estás?” era la voz de la Ley hablándole a la conciencia; era una pregunta con el propósito de convencer al pecador, de la triste situación en la que había caído. Dios no preguntaba porque necesitaba la información acerca del paradero de Adán.

Ninguna criatura es invisible a los ojos del Señor; todo está “desnudo y abierto a sus ojos” (He.4:13). No obstante el Señor llama a Adán, diciéndole: “¿Dónde estás?” y con eso quiere decirle: “Vine para hacerte ver cómo estás. Ven y dime qué has hecho. ¿Sigues pareciéndote a mí todavía? Tienes mi imagen y semejanza aún, para ejercer dominio sobre toda la tierra? ¿Crees que no te veo? Pretendes ocultarte de mí vista, ¿Pero dónde podrías esconderte de mí?” Esos pensamientos están contenidos en la pregunta del Señor, por eso Adán desistió de su intento de ocultarse, se presentó ante Dios y comenzó a dar explicaciones.

Todos los seres humanos, por ser pecadores, perciben la voz de Dios que le dice a cada uno: “¿Dónde estás?” Este primer caso que tuvo a Adán como protagonista, abarca a todos los demás, durante todos los períodos de la historia universal. La misma pregunta se dirige a todos los hijos de Adán.

Puede ser un llamado paternal a los fieles, cuando se olvidan de su condición. Hasta los niños, cuando hacen algo malo, oyen esta voz en sus corazones: “¿Qué has hecho?” Mientras los oídos no se hayan cerrado, por el rugido de las vanidades y codicias del mundo, todavía puede oírse la voz del Espíritu Santo. Este continuo llamado: “¿Dónde estás?” es una exhortación que oye cada fiel cristiano, todos los días. Por ejemplo, cuando se dejó llevar por su temperamento y se comportó agresivamente; cuando pecó olvidándose de su condición de hijo de Dios... enseguida oye el inquietante llamado: “¿Dónde estás? ¿Qué has hecho?” O cuando se mezcló con los incrédulos, y por temor o con la intención de agradarles participó en sus perversidades, negando a su Señor con palabras o hechos, enseguida siente la penetrante mirada del Señor, como cuando Jesús miró a Pedro (Lc.22:61). Una mirada con la que pregunta al corazón: “Amigo, ¿Dónde estás? ¡Fíjate lo que has hecho!” Eso es el llamado del Amigo al arrepentimiento (Ap.3:20). Y es una experiencia, que no se puede pagar con todo el oro del mundo. ¡Ay del cristiano, que no recibe más esas miradas ni esos llamados al corazón!

Este también es un llamado para dar vida a los que están espiritualmente muertos, a los que viven alejados de Dios en este mundo. En medio de esa fantasía de pecados, vanidades y placeres mundanos, muchas veces resuena en sus corazones la pregunta: “¿Dónde estás...? Tus cosas no andan bien.

Necesitas arrepentirte y ser convertido..." Efectivamente, muchos que han sido convertidos a la fe en Jesús, luego confiesan que oyeron ese llamado por mucho tiempo, cuando el Señor los buscaba. Dicen que ese llamado muchas veces perturbó su deleite en el pecado. Especialmente, "al aire de la tarde" (Gén.3:8), al refrescar el día... cuando el sucio placer llegó a su fin y los pecadores comienzan a sentir su soledad y no pueden disfrutar el descanso de la noche, porque sienten el llamado en su corazón: "¿Dónde estás? ¿Qué has hecho?" Puede que oigan esas preguntas en un sermón, en una exhortación a la confesión, o cuando se acercan a la mesa del Señor y están ahí ante Dios, frecuentemente oyen la reprensión de sus pecados, el llamado al arrepentimiento que no mostraron, y a la necesidad de la conversión. Es Dios quien te pregunta: "¿Dónde estás? ¡El tiempo de gracia se acaba! ¿Cuándo te volverás a mí?" Y el que efectivamente volvió a Dios plenamente convertido, debe saber que algún día igual tendrá que comparecer ante el trono de Dios, le guste o no le guste. Sí, tarde o temprano, en el presente o en el futuro, algún día todo ser humano oír el llamado que penetra hasta los tuétanos: "¿Dónde estás? ¿Qué has hecho?" Es imposible que el mortal escape al omnipotente y santo Dios. ¡Por eso, que nadie se confíe! Dios puede estar demorando silenciosamente el castigo, como si no estuviese viendo nuestros pecados en absoluto. Pero algún día oiremos su voz.

Como hemos señalado, el caso de Adán abarca todas las épocas de la historia y a todos sus descendientes. Cada uno debe presentarse ante el Señor y arreglar su cuenta en el tiempo presente. Caso contrario, tendrá que hacerlo cuando ya sea tarde, en la eternidad. Todos somos pecadores, en eso no hay diferencia. Y si Dios nos juzgase de acuerdo a nuestros propios méritos, nadie se salvaría.

La diferencia es que algunos se mantienen alejados de Dios para siempre. No se acercan para buscar y recibir gracia. Jesús dice: "Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas" (Jn.3:19). Si en cambio vamos a la luz, y dejamos arreglar nuestras cuentas con Dios, todo queda efectivamente arreglado, aunque fuésemos los peores pecadores, como dice el Señor por boca del profeta: "Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: Si vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; y si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (Is.1:18). ¡Tomemos muy en serio estas palabras! Y en Mt.18:23ss. Jesús habla de un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos. Uno le debía diez mil talentos. Cuando lo trajeron, se postró ante el rey y le suplicó piedad. El rey le perdonó toda esa enorme deuda... El Señor quiere tratarnos de la misma manera, cuando nos llama a arreglar nuestras cuentas con Él.

24. Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón. He.4:12

Un cuchillo filoso puede hacer mucho bien, si se lo usa adecuadamente. Pero si se lo usa mal, causa un daño igualmente grande. Así es también con la Palabra de Dios. Es un olor de vida para vida, o un olor de muerte para muerte.

La Palabra de Dios siempre produce un efecto, al entrar en contacto con nosotros. Su objetivo es producir un buen efecto y muchas bendiciones; pero también puede producir el efecto contrario. La luz del sol hace posible la actividad de los animales diurnos, pero enceguece a las aves nocturnas. El calor del sol ablanda la cera, pero endurece al barro. Así de diferentes son los efectos de la Palabra de Dios. Pensemos, por ejemplo, en los judíos. Aun antes de que viniera Cristo, ya estaban enceguecidos y endurecidos. Pero cuando Él vino, y la "Luz" brilló con toda claridad, isu ceguera, dureza y maldad llegó a ser mucho peor! ¡Y Judas, se hizo traidor! Es como para asustarse, si recordamos que Judas fue uno de los doce discípulos de Jesús. Había visto, oído y experimentado mucho de su bondad, pero lo había usado mal. No había oído correctamente las enseñanzas de Jesús.

Lo mismo sigue ocurriendo hoy en día. Hay personas que leen tanto la Biblia, que casi se la saben de memoria. Sin embargo, están dormidos y confiados en su pecado. Otros mantuvieron contacto con Cristo y con sus apóstoles, como Judas, pero perdieron la vida espiritual que la gracia infundió en sus corazones. Ya no se muestran agradecidos para con Dios y perdieron completamente el poder para llevar una vida santificada, aunque sigan en contacto con la Palabra. Algunos no sólo están espiritualmente muertos, como si nunca hubiesen oído una Palabra de Dios. ¡No! Son siete veces peores, como dice la Escritura (Lc.11:26). Cuando no se usa debidamente la Palabra de Dios, tampoco hay buen fruto.

¿Y qué significa usar la Palabra de Dios debidamente? Sólo hace falta recibirla como Palabra de Dios, con el temor, la humildad y la fe que las palabras del majestuoso Dios demandan. La Palabra de Dios no sólo se debe oír y aprender, sino también creer, guardar y obedecer. Si tenemos esa actitud ante ella, no seremos avergonzados. El primer abuso, y el más común y peligroso, es escuchar la Palabra predicada y retenerla solamente en el intelecto, sin comenzar a obrar de acuerdo a la misma. Así fue como Judas Iscariote quedó endurecido.

Por eso, tan pronto como nos demos cuenta de que debiéramos hacer o aprender algo, comencemos a hacerlo o aprenderlo inmediatamente. Tan pronto como vemos que debiéramos renunciar a un pecado, hagámoslo inmediatamente.

Porque al oír, sin hacer, sólo endureceremos nuestro corazón. Y el

hacerla, el ponerla en práctica, debe suceder enseguida. Porque: ¿de qué vale la Palabra de Dios, mientras no se la observa? En ese caso, si no pensamos llevar a cabo lo que la Palabra nos demanda, también podríamos dejar de leer u oírla y entregarnos enteramente al mundo, al pecado o al diablo.

Es el camino directo a la perdición, si dejamos que otros aprendan y obedezcan la Palabra, pero nosotros mismos apenas la guardamos en el intelecto. Y si dices que no estás en condiciones de cumplir la voluntad de Dios, te pregunto: ¿Es que Dios te pide demasiado? ¿Son irracionales sus Mandamientos? ¿Acaso no es razonable que lo amemos sobre todas las cosas? ¿O que amemos al prójimo como a nosotros mismos? No pide más de nosotros. ¿Ya te has empeñado seriamente, con todas tus fuerzas, para cumplir la voluntad de Dios? ¿O te has esforzado muy poco hasta ahora? Sí, tal vez nos hemos quedado cómodos e indiferentes, decididos a seguir pecando, como si nada. ¿Y no es razonable, entonces, que Dios nos condene como la demanda su Ley? Si lo pensásemos seriamente y obedeciésemos la Palabra del Señor, comenzaríamos a obrar de acuerdo a la misma. O al menos trataríamos de hacerlo.

Entonces desaparecería el orgullo del impenitente. Nos levantaríamos del sueño del pecado y llegaríamos a un saludable sentimiento de culpa, y a desear una vida piadosa. Eso lleva a la eterna bienaventuranza. Porque cuando nos empeñamos inútilmente en superarnos por esfuerzo propio, descubrimos nuestra impotencia, y suplicamos por el Espíritu del Señor. Y por el Espíritu Santo recibimos la clara luz de lo alto, para comprender la Palabra de Dios.

Sin esa experiencia, seguimos siendo ciegos como piedras en cuestiones espirituales; inclusive los grandes teólogos y personas muy instruidas. Sin la iluminación del Espíritu de Dios nadie puede entender su Palabra. Lutero dice: "Cuando Dios nos dio su Palabra, dijo: La haré escribir y predicar claramente. No obstante, siempre dependerá de mi Espíritu que alguien la entienda". Por eso también vemos que quienes se creen capaces de interpretarla por sí mismos, y se resisten a humillarse ante Dios, quedan en tinieblas.

Y así como despertamos espiritualmente al recibir la Palabra de Dios como tal, así también llegamos a la fe en Jesucristo. Eso ocurre cuando nos damos cuenta de que no podemos salvarnos a nosotros mismos de la desgracia del pecado, y cuando oímos las Buenas Noticias de la bondad inmerecida de Cristo. Apreciaremos este evangelio tanto, que esas buenas nuevas nos valdrán más que todas las objeciones y contradicciones que le pueda oponer nuestra mente. Luego dejaremos que la Palabra de Dios domine nuestra vida, por encima de nuestros pensamientos y sentimientos. Por eso, roguemos fervorosamente por el Espíritu de Dios, cada vez que vamos a oír o a leer la Palabra, sabiendo que así nunca la usaremos en vano.

25. **Aquel, pues, que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la Ley, o por el oír con fe?** Gá.3:5

Muchos hablan de la santificación y de la obra del Espíritu, piensan y sueñan sobre esos temas, sin siquiera saber en qué consisten las obras del Espíritu.

Para algunos son meras ideas e ilusiones, no hechos concretos. Sin embargo, la Escritura describe con precisión en qué consisten. San Pablo dice: “Los frutos del Espíritu son amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad y fe” (Gá.5:22).

El primer fruto del Espíritu es el amor. El amor es la única verdadera fuente de la santificación y las buenas obras. ¿Y cómo podemos obtener este amor?

¿Podremos obtenerlo por una decisión personal, por empeñarnos seriamente a fuerza de decretos y leyes, de luchas y penitencias? ¿Acaso no está bien claro que nadie puede ordenar amar? Amamos algo porque lo amamos, más allá de que nos ordenen o prohíban amarlo. Y entonces, ¿cómo podemos amar a Dios? Cristo explica esto en Lc.7. Ahí enseña que este amor surge sólo porque Dios nos perdona nuestros pecados, y porque disfrutamos la misericordia divina. Dice: “Aquel a quien se le perdonan muchos pecados, ama mucho; mas aquel a quien se le perdona poco, poco ama”(v.47). “Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. Y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Dí, pues, ¿cuál de ellos le amará más?” (v. 41,42).

Cuando Simón el fariseo le contestó a Jesús que amaría más aquel a quien más se le había perdonado, Cristo aplicó esa conclusión al propio Simón, diciéndole: “Tú, Simón, no te burlaste de mí, como los otros fariseos, y me has invitado a tu mesa. Pero esta mujer cargada de graves pecados, lavó mis pies con sus lágrimas de amor, los secó con su cabello, ¡Y no dejó de besar mis pies! Tú ni siquiera me besaste en el rostro, ni tampoco me alcanzaste agua para lavar mis pies. Aunque ella sea una pecadora cargada de graves pecados, y tú eres un gran “santo”, ella no obstante tiene el Espíritu, que tú no tienes. Ella tiene los frutos del Espíritu, y tú produces las obras de la Ley. Ella es una verdadera santa, y tú eres un santurrón. En fin, al que más se le perdona, ama más. La única forma de encender el amor a Dios en los hijos de Adán, es que Yo les perdone todas sus culpas. Entonces me amarán”. Este fue el sentido de la conversación que Jesús mantuvo en la casa de Simón, el fariseo, referente a la fuente del amor.

Lo mismo ocurre con los otros frutos del Espíritu. El apóstol menciona a continuación el gozo y la paz. ¿Pueden las leyes, los mandamientos u otras medidas, producir alegría y hacernos realmente felices? ¡No! Nadie puede forzarse a sí mismo a sentir gozo en Dios, o deleite en su Salvador.

Tampoco se puede producir la paz con Dios, la bondad interior del corazón y los demás frutos del Espíritu en base a órdenes. Los frutos del Espíritu de Dios se producen cuando el pecador, que aún no fue santificado, recibe la

gracia de Dios. El amor y el perdón del Salvador lo conmueven profundamente, así como se conmovió la pecadora, cuando recibió la gracia de Dios. Sólo entonces comienza a amar a Dios y a producir los otros frutos del Espíritu.

Algunos dicen: "¡Por supuesto que creo en Cristo! ¿Quién no creerá en Él? La Biblia dice que hay que creer en Él..." Pero cuando se producen grandes fallas en la conducta de esa gente, se hace patente que todavía no saben qué significa creer en Cristo. Piensan que creer en Cristo no es más que aceptar como cierto lo que los evangelios dicen de Él, pero que no hace falta depender constantemente de Él. Así, concentran su atención en sí mismos y se sienten confiados cuando todo les va bien. Pero cuando caen en algún grave pecado, no se refugian en Cristo, sino en sus actos de contrición, oraciones y obras buenas. Con eso pretenden reparar su pecado y reconquistar el favor y la paz de Dios. Eso obviamente es depositar la confianza del corazón en uno mismo, por más que la confesión de la mente y de la boca asegure confiar en la Palabra...

Quien realmente cree en Cristo, tiene su alegría en Él.

Por la fe contempla a su Salvador y se consuela en Él. Todo verdadero cristiano considera sus propias obras buenas como basura, porque sabe que están contaminadas con las impurezas del pecado. Por eso se avergüenza de sí mismo y de sus propios méritos y deposita toda su confianza únicamente en Cristo, tanto para su justificación como para su santificación.

Pero el verdadero cristiano a veces aún vuelve a pensar que él debería esforzarse y hacer más obras buenas, en vez de creer tan fácilmente acerca de su salvación. Sí, a veces puede temer que está creyendo demasiado en la gracia de Dios, y que debería volver a sentir las demandas de la Ley, a fin de volverse más serio y piadoso. Pero entonces sus experiencias anteriores y la Escritura le recuerdan que cuando se esforzaba por cumplir las obras de la Ley, su corazón estaba totalmente frío frente a Dios. No sentía ningún deleite interior ni amor por Él, ni por su voluntad. Para colmo, estaba dominado por algún pecado, e interiormente le carcomía la inseguridad. Pero cuando conoció a su Salvador, creyó en su gracia y obtuvo la seguridad del perdón de los pecados, inmediatamente recibió un nuevo deseo espiritual y la fuerza de voluntad para practicar el bien de todo corazón. El amor de Dios produjo en él un espíritu dispuesto, e hizo que resultara fácil y espontáneo lo que anteriormente resultaba tan difícil. En fin, a veces volvemos a caer en una actitud servil ante la Ley; entonces nos volvemos fríos y débiles para hacer el bien. Pero cuando recibimos la paz de Cristo, tenemos una nueva fuerza de voluntad para hacer bien.

Esa es la experiencia de los cristianos. Experiencia que concuerda con la Escritura. La piedad y la voluntad que no tienen su origen en el Evangelio de Cristo, como lo enseña la Escritura, no son genuinas: son falsas.

26. **¿Qué debo hacer para ser salvo?** Hch.16:30

¿Cómo podemos tener la gracia que Dios nos dio en Cristo Jesús? Dios amó de tal manera al mundo, que dio a su Hijo unigénito para que fuese nuestro segundo Adán, para comparecer por nosotros, el “Justo por los injustos” (1 P.3:18), para hacer lo que debiéramos haber hecho nosotros, y sufrir los castigos que debiéramos haber sufrido nosotros. Este es el fundamento inmutable y profundo para la bienaventuranza eterna de todos los hijos de Adán. “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (1 Co.3:11).

Cristo obtuvo y nos concedió grandes tesoros. Pero aún puedo preguntarme: ¿Qué debo hacer yo, para entrar en posesión de esos tesoros de la gracia? ¿Cuál es la forma correcta de recibirlos? Pues no todos se salvan; no todos entran en posesión de esa gran herencia, sino sólo los que la buscan y reciben en la forma prescrita. La persona que no se interesa por estos tesoros, o los busca en forma equivocada, no obtiene ningún beneficio de los mismos. ¿Cómo podré saber con certeza, cuál es el único camino correcto para entrar en posesión de los méritos de Cristo?

Respondo: Nunca habría sido posible obtener esa seguridad si Dios, en su plan eterno, no hubiese establecido una forma determinada, y si no la hubiese revelado en su Palabra. Pero ¡Alabado sea el Señor! Él estableció claramente una forma para que entrásemos en posesión de la gracia que Cristo nos obtuvo. Y también nos ha revelado esa forma establecida, con palabras tan explícitas, que Jesús pudo decir: “Ahora no tienen excusa por su pecado”(Jn.15:22).

Quien presta atención al consejo de Dios en cuanto a nuestra salvación, (como está revelado en su Palabra), puede llegar a estar tan seguro de su salvación y felicidad eterna, como lo está de su propia existencia. Quien no está seguro de su salvación, no ha prestado atención a lo que dice la Biblia, sobre la decisión de Dios sobre este tema. En cambio, seguramente se trazó su propio camino de salvación, según las ideas de su mente engeguada. Cuando tal persona lee las simples palabras que expresan la forma de recibir el Reino de Dios, se asombra que la Biblia diga eso. Sí, en vez de aceptarla humilde y obedientemente, tropieza en la misma. De ese modo, queda cada vez más confundido y engeguado, y permanece en una eterna incertidumbre. Ojalá se preguntaran por qué la pequeña palabra “fe” aparece tantas veces en la Escritura, ¡Y por qué nuestra salvación está tan ligada a la fe! Miles de personas se escandalizaron con eso. ¡Pero qué importa! Todavía está ahí esa “piedra de tropiezo”. Está inconvencible, afirmada en el eterno consejo de paz de Dios.

Dios resolvió en su plan eterno, y luego reveló por escrito en su Palabra, que su unigénito Hijo conquistaría nuestra salvación por pura gracia, y nos la obsequiaría gratuitamente. Nosotros no necesitaríamos prestar ni la más mínima colaboración para conquistar o merecer ese tesoro, tan

sólo recibirlo como un regalo gratuito. Y como este obsequio se ofrece y distribuye por medio de palabras y promesas, no se lo puede recibir de otra forma que no sea por la fe.

Pero debe notarse bien que la fe salvadora realmente no es otra cosa que eso: Recibir el obsequio en forma gratuita. La salvación, se obsequia como un regalo y se recibe como un regalo.

De modo que lo único que debemos hacer es recibirlo. "Por tanto es por fe, para que sea por gracia" -dice el apóstol Pablo- "a fin de que la promesa sea firme para toda su descendencia (la de Abraham)" (Ro.4:16). "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe, y esto no de vosotros, pues es un don de Dios" (Ef.2:8).

Notemos esto último: "Es un don de Dios". Esta es la razón por la cual, -al mismo tiempo en que Cristo anunció el eterno plan del Padre para nuestra redención-, que: "De tal manera amó Dios al mundo, que dio su Hijo unigénito", inmediatamente agregó la indicación acerca de la forma y el medio establecidos para entrar en posesión del gran obsequio, diciendo: "... ¡para que todo aquel, que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna!" Al mismo tiempo que les encargó a sus apóstoles la gran comisión: "¡Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura!", inmediatamente también señaló quiénes participarían de la salvación, diciendo: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo"(Mr.16:15).

Sí, ésa fue la razón por la que Cristo mismo continuamente tuvo la palabra "fe" en su boca. A la pecadora que creyó en Él, le dijo: "Tu fe te ha salvado; ¡Ve en paz!" (Lc.7:50). Al centurión creyente le dijo: "¡Ve, y como creíste, te sea hecho!" (Mt.8:13). A Marta, hermana de Lázaro, le dijo: "Si crees, verás la gloria de Dios" (Jn.11:40). Así, por la fe, también fueron justificados los patriarcas del Antiguo Testamento y obtuvieron el testimonio de haber agradado a Dios" (He.11:2ss). Ya Abel, el segundo hijo de Adán y Eva, fue justificado por la fe. Su sacrificio agradó a Dios, "por lo que obtuvo el testimonio de que era justo" (He.11:4). "Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca, en que su casa se salvase... y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe" (He.11:7). "Abraham creyó a Dios (cuando le prometió a Cristo, la bendita Simiente), y le fue contado por justicia" (Ro.4:3).

La salvación de Cristo se nos ofrece como un don gratuito... se nos ofrece con palabras... y se lo debe recibir por la fe.

27. **Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra.**

Col.3:2

Es como si el apóstol quisiera decirnos: “Ustedes aún no están en su verdadero hogar son peregrinos en tierras extrañas. Peor aún, atraviesan territorio enemigo, donde ni su Señor ni sus hermanos en la fe, tuvieron paz y moradas definitivas; sino que pasaron por el mundo como si fueran otra palabra en su huida. Por eso deben considerar todo lo bueno que reciban aquí, en este mundo, sólo como un buen refugio para peregrinos, donde no piensan quedarse ni establecerse para siempre. El destino permanente de ustedes, está más allá del refugio que utilizan durante el viaje”.

Los pobres y miserables pecadores condenados por la Ley, que hallaron consuelo, perdón y vida en Cristo, ahora viven en esa fe. Ya no pueden seguir pecando sin hacerse ningún problema, como la gente mundana. A ellos se dirige esta dulce amonestación: “¡Pongan la mira en las cosas de arriba, donde está Cristo!” ¡No se dejen seducir nunca más por la idea de establecer su Paraíso en este mundo!

Es sólo una ilusión de la imaginación, cuando un cristiano espera encontrar plena satisfacción en algún bien terrenal, después de haber hallado su deleite en Dios. ¡No! Si algo llega a resultarle más atractivo, enseguida su vida espiritual sufre.

Por eso, si queremos vivir felices y en paz en este mundo, y conservar también el amor del Padre, orientemos nuestra mente cada vez más hacia el cielo. Restémosle importancia a los bienes materiales y a los placeres de la carne. Ambicionemos las riquezas verdaderas y permanentes, los tesoros celestiales que “están arriba, donde está Cristo,” de manera que ningún bien terrenal pueda cautivar nuestro corazón.

Mientras la simiente de Dios permanece en nosotros, y vivimos en compañía de Dios por medio de la fe, las alegrías terrenales nos causan cierto temor y peligro. Porque al tener la vida espiritual, no podemos estar en paz si existe alguna cosa que nos gusta y alegra más que Dios. Si algún bien terrenal nos resulta más encantador y más importante que Dios y su amistad, y podemos sentirnos felices y quedarnos tranquilos, eso significa que nuestra vida cristiana tiene graves problemas...

En esta vida tenemos que trabajar, poseer y emplear bienes terrenales, pero sin apegar nuestro corazón al mundo. Nuestra alma debe estar en el cielo, donde está Cristo. Jesús es el Esposo de la Iglesia. En su celo, demanda de nuestras almas el amor más grande y más puro, y no se conforma con menos.

Si Dios nos da cosas dulces en la tierra, recibámoslas con gratitud; pero también con temor, no sea que cautiven nuestros corazones. Nada que no sea Dios mismo y su gracia debe ser el tesoro y el consuelo de nuestros corazones. Un buen medio de vida, riqueza, comodidad, reputación, fama, dones espirituales, sabiduría, experiencia, una vida respetable, la

confianza de los demás... todos estos bienes terrenales son preciosos dones de Dios, por los que le hemos de dar gracias, pero con temor; con el cuidado, de que ninguno de esos bienes se convierta en el deleite y en el tesoro principal de nuestro corazón.

El cristiano puede disfrutar de la mayor alegría y felicidad, en Dios. No le conviene buscar la felicidad terrenal por encima de todo, porque si llega a encontrarla, puede ser muy tentadora y convertirse en algo peligroso para la fe.

Y si no lo encuentra, puede vivir constantemente angustiado por esa preocupación. Si algún bien terrenal causa más alegría y felicidad que Dios, entonces este bien, se ha convertido en un problema que puede llevar a la perdición eterna.

Por otro lado, si la felicidad terrenal no brinda más alegría que Dios, tampoco vale la pena buscarla, porque el deleite "en las cosas de arriba" es mayor.

Recordemos que el corazón humano siempre tiene la tendencia a buscar tesoros y deleites fuera de Dios; y que la mayor riqueza de los cristianos, es no idolatrar las riquezas terrenales. Los que realmente desean ir al cielo están dispuestos a soportar la pobreza, si la riqueza los alejaría de Dios; el desprecio, si la fama los llenaría de vanidad; y el sufrimiento, si para disfrutar algo deberían renunciar a Dios.

Nuestro viejo hombre está crucificado con Cristo. ¡Y qué situación tan amarga para la carne! Qué importante es que todos los que quieran seguir estas reglas, recuerden que poseen otra vida, además de la vida terrenal: ¡Son hijos de Dios! ¡Han sido creados para ser verdaderamente felices y eternamente felices con Dios! Sí, el cielo es su Hogar, Cristo es su vida y su deleite. Recordando esto nos sentimos realmente atraídos a "buscar las cosas de arriba y no las de la tierra".

Por naturaleza, cuando todavía no tenemos nuestro deleite en Dios, buscamos de todo corazón las cosas de la tierra: Gloria, placer y riquezas. Y aún los verdaderos cristianos siguen teniendo una naturaleza carnal depravada, llena de malos deseos y pasiones. Sin embargo están crucificados con Cristo.

El salmista Asaf reconoció que su corazón estaba afligido y su alma se llenó de amargura, al ver la prosperidad de los malvados, mientras que los justos debían sufrir tanto (Sal.73:3-21). Pero al final dijo: "Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria... Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre" (vs.23.26).

28. Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti. Is.54:10

“¿A quién tengo que creerle más lo que dice acerca de Dios, que a Dios mismo?” preguntaba el obispo Ambrosio. Infelizmente, todos los hombres, inclusive los iluminados y fieles, tienen la tendencia a opinar sobre la salvación en base a sus prejuicios. Tenemos la tendencia a opinar sobre la relación de Dios con nosotros, de acuerdo a lo que percibimos o experimentamos por nosotros mismos. No queremos oír a Dios en su Palabra, ni ver cómo nos reveló su voluntad y plan de salvación. No queremos reflexionar sobre lo que Dios resolvió y está escrito en la santa Biblia. Preferimos consultar con nosotros mismos, afligirnos, meditar, suspirar y exclamar: “¡Ah, ojalá pudiese saber en qué situación se encuentra mi alma ante Dios! ¿Cómo podría estar seguro de esto?”

Pero, ¿qué seguridad pueden darme mis propias reflexiones, sentimientos o impresiones? ¿De qué me sirven mis facultades mentales para iluminar esta gran cuestión? Mis pensamientos son como hojarasca y paja llevada por el viento.

A veces pienso que Dios es pura bondad y amor, y a veces me lo imagino como a un severo juez, encarándome con la Ley. Creo ver a Dios en todo lo que me rodea, y al rato me parece que Él no existe. Por un momento me considero un cristiano bastante bueno, y de pronto pienso que soy un pecador perdido e incorregible. Así varían mis opiniones y van de un extremo al otro. Lo que siento u opino en un momento, puede ser tan equivocado como lo que opino en otro momento...

Esta tendencia de opinar de acuerdo a nuestra razón, hizo que muchísima gente se desviase completamente del camino de la salvación. Cada cual se forma su propia idea, y no acepta nada más. Uno cree poder agradar a Dios con esto, el otro con aquello. Así cada cual elige su propio camino y tal vez se sientan bien con eso en su corazón; entonces, inmediatamente sacan la conclusión de que debe ser bueno y correcto, y que hay que vivir así.

Por ejemplo, alguien piensa poder agradar a Dios cumpliendo formalmente cierta obra de la Ley, como ayudar a los necesitados, ir a la iglesia, etc. Otro piensa poder conquistar a Dios por medio de sus virtudes interiores, como la humildad, bondad, etc. Un tercero lo intenta con renunciamientos, penitencias y retiro a la soledad. Así, y de otras formas, el pecador cree poder obtener el perdón y el beneplácito de Dios...

¿Por qué la gente elige y sigue estos errores de su propia imaginación? Por su ignorancia acerca de lo que Dios ya decidió desde la eternidad, en cuanto a la salvación del hombre caído; y porque se resisten a reflexionar en esto. No saben nada del pacto que Dios Padre hizo con su Hijo, ni del Pacto que hizo para los hombres. (No me refiero a los que descuidan su salvación, ni a los que con una fe imaginaria “convierten la gracia de

Dios en libertinaje” (Jud.4). Me refiero a los que efectivamente buscan la salvación, pero de manera equivocada).

Eso ocurre inclusive cuando buscamos la salvación correctamente, es decir sólo por la fe en Cristo, pero convertimos nuestra fe en algo meritório. Tomamos nuestra decisión de seguir a Cristo y tratamos de convencernos. Nos preocupamos por creer en nuestra salvación, pero concentramos la atención en nosotros mismos: Queremos llegar a ser buenos discípulos y así estar seguros de que somos salvos. Pero no llegamos a ninguna seguridad.

Vacilamos de aquí para allá, como movidos por el viento, buscamos dentro de nuestras almas lo que nunca hubo allí, lo que debiéramos buscar únicamente en la instrucción celestial, es decir, en la Palabra de Dios; en el Evangelio que nos reveló Cristo. Recordemos que la fe no se produce porque nosotros nos empeñamos y esforzamos por creer. Se produce cuando apartamos nuestra atención de nosotros mismos, de lo que poseemos, percibimos y somos nosotros, y la concentramos en lo que decidió y nos reveló Dios acerca de nuestra salvación. Nos esforzamos por creer, y rogamos a Dios que nos ayude, pero seguimos en la inseguridad y sin paz. Y nos preguntamos ¿Cuál podría ser el motivo? Pero no nos maravillamos.

Posiblemente todavía no hemos tenido en cuenta, ni hemos reflexionado nunca en lo que ya ha quedado decidido sobre este tema desde antes de la fundación del mundo, en el gran plan que Dios tuvo en el cielo.

Posiblemente todavía no hemos conocido ni reflexionado sobre el pacto que Dios Padre hizo con su Hijo, y sobre la alianza que hizo con los hombres.

¡Cuán necesario es saber esto! ¡Y qué importante es conformarnos con esto y edificar nuestra fe únicamente sobre ese fundamento! Así podemos estar firmes, sobre un fundamento que perdurará en la vida y en la muerte, porque es eterno. Ha sido puesto profundamente, antes de la fundación del mundo, como dice expresamente el apóstol “... según nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo” (Ef.1:4). Por eso también perdurará después de este mundo. “Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de mi paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti” (Is. 54:10).

29. **Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría.** Col.3:5

En resumidas cuentas, el apóstol menciona aquí solamente dos clases de pecados: La fornicación y la codicia, dos horribles abismos. Muchas almas fieles que iban camino al cielo y habían escapado “de las contaminaciones del mundo”, se hundieron otra vez, en estos pecados para su perdición (2 P.2:20). Estas dos clases de pecado son diferentes, porque el primero es abominable y generalmente aflige a las almas; mientras que el otro muchas veces parece respetable, y nadie quiere admitir lo repugnante que es.

La gente suele quejarse y espantarse por los pecados sexuales, y es normal que se preocupen por ellos; pero raras veces se oye a alguien lamentándose de la codicia, o preocupándose por evitar el materialismo. Generalmente se le da otros nombres y se lo excusa. Se dice, por ejemplo: “Tengo que sustentarme a mí y a mi familia. Lo mío no es codicia, sino la piedad acompañada de contentamiento” (1 Tim.6:6).

Nuestro enemigo espiritual puede distorsionar tan horriblemente la visión de una persona, que aun el pecado de la fornicación, tan grave y abominable en sí, puede parecer muy atractivo e inocente en el momento de la tentación.

Para un cristiano, esa es la señal más clara de la presencia del diablo y del peligro. Pues cuando el mismo pecado, cuyo solo pensamiento en momentos de sobriedad y de sano juicio nos hace temblar de horror, de pronto nos parece tan poco importante, trivial y excusable, entonces sabemos que llegó la hora de la tentación, y que es el espíritu del viejo seductor y “la potestad de las tinieblas” lo que distorsiona así nuestra visión. ¡Tengamos cuidado, mucho cuidado! ¡Huyamos rápidamente, o caeremos! Notémoslo bien: ¡O escapamos sin demora, o caemos en poder del enemigo! Con sólo comenzar a deliberar, a “dialogar”, ya quedamos atrapados. Eva solamente se dejó enredar en una discusión con la serpiente, y entonces codició la fruta prohibida. Y ese fue el camino que condujo a la caída. En esta clase de combate uno gana más con la huida, que con la lucha. Además, debemos recordar que es un ardid del diablo y un engaño de nuestra mente corrupta, tratar de autoconvencerse de que en realidad no queremos pecar, sino sólo ver cuánto podemos acercarnos al borde del abismo, sin caer adentro. Si nuestra mente está sana y alerta, trataremos de alejarnos lo más posible de ese peligroso borde. La regla general es, que quien desea escapar del pecado, debe comenzar por escaparle a la tentación, a la causa y ocasión; escapar en la medida de lo posible al primer pensamiento de seducción, de los lugares y objetos seductores. Aquí se aplican las palabras de Jesús: “Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti, pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” (Mt.5:29). Uno debe deshacerse inclusive de algo tan inocente en sí mismo como el ojo, cuando sirve al pecado y nos trae tentación. Y aun cuando nos sea tan precioso como un ojo, y nos resulte tan amargo perderlo como la pérdida de

un ojo, ¡Evitemos ese objeto de cualquier modo! ¡Rehuyámoslo por el bien de nuestra alma, como quien le arrebató la presa a un ave de rapiña! Nos conviene sufrir hasta lo más amargo -si fuese necesario- con tal de conservar la paz de nuestra conciencia en el tiempo presente, y nuestra alma para la eternidad. Y no deleitarnos con el pecado aquí por un corto tiempo, para sufrir remordimientos de conciencia en este mundo y las llamas del infierno por toda la eternidad!

Pero para alertar a los cristianos a la vigilancia y al horror ante este pecado en todos sus grados, desde meras fantasías y deseos hasta la práctica más grosera, no se puede citar nada más poderoso que el texto de 1 Cor.6 ¡Todo un capítulo digno de analizar! Ahí el apóstol dice vs.15-20: “¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? ¡De ningún modo!... ¡Huid de la fornicación! Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; mas el que fornicó, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; ¡glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios!” ¡Tomemos nota de esto! Fuimos comprados por precio muy alto, al precio de la maravillosa sangre de Cristo. No somos dueños de nuestras propias vidas, como para hacer lo que se nos antoja con nuestros cuerpos y espíritus, con nuestro corazón y con nuestra mente. ¿Puedo tomar entonces los miembros de Cristo, y hacerlos miembros de una ramera? ¡Sería un sacrilegio, una cruel usurpación!

El otro abismo es la codicia. Ésta devora las almas más fácilmente, cuanto menos horrible parece ser el pecado, más atractiva la apariencia que adopta, y más numerosas las excusas que encuentra. ¿Qué avaro quiere confesar su codicia? No, el cristiano que se deja atrapar en este vicio sabe muy poco del mismo. Se cree inocente. No sólo le parece permisible, sino que defiende su codicia diciendo que es su obligación “mantener a su familia...” Lo mismo en cuanto a los objetos codiciados. Estos también le parecen inocentes. Hasta los exalta como dones de Dios mismo, por los que debe darle gracias. El dinero, el campo, las máquinas, la casa, la ropa y la comida... todos son objetos inocentes en sí mismos. ¿Quién puede tomárselo a mal, entonces, que quiera tenerlos? Es verdad. Pero si uno desea demasiado esas cosas, y consagra su vida para obtenerlas, el deseo y la necesidad se convierten en repugnante codicia. ¿Pero, quién puede determinar el momento, en que el simple deseo se convierte en un apetito pecaminoso? Ah, si el cristiano no quiere dejarse enredar, ni convertirse en un Demas (2 Ti.4:10), debe dejar de tomar esto en broma y de excusarse, pretendiendo pasar por inocente o santo, siendo que en realidad es un vil esclavo de la avaricia. Debe concentrar su atención en la salud y el bienestar de su alma, y en la Palabra del Señor. La Palabra de Dios nos enseña cuál es la conducta de un cristiano honesto; y por el otro lado qué es y qué hace la avaricia.

30. Mirad las aves del cielo que no siembran ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? Mt.6:26

Cuando los cristianos caen tan profundamente en la angustia, tanto que dudan de las promesas de Dios, el Señor los remite a ver las obras de la creación. Si contemplan la creación, no necesita creer, porque pueden ver lo que ocurre con sus propios ojos. Por ejemplo, con respecto a las preocupaciones materiales, el Señor dice: "Mirad las aves del cielo... vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?" ¿Se ocuparía Dios mejor de esas pequeñas criaturas que de ustedes? ¿Se preocuparía Dios por las insignificantes aves, olvidándose de los seres humanos, sus más preciosas criaturas, creadas a imagen suya? ¿Se olvidaría de sus hijos y herederos, que son superiores a las aves y a todos los animales? ¿Se olvidaría Dios del ser humano? "Considerad los lirios del campo... Pero os digo que ni aun Salomón, en toda su gloria, se vistió como uno de ellos. Y si la hierba del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿no hará mucho más a vosotros", que sois "linaje suyo", "hombres de poca fe?" (Hch.17:28; Mt.6:28-30).

Y con respecto a nuestros temores frente a los malvados, dice el Señor: "¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre". "Más valéis vosotros que muchos pajarillos". "Pues aun vuestros cabellos están todos contados". Por lo tanto, "¡No temáis!" (Mt.10:25-34).

Frente a ciertas dificultades nos sentimos totalmente impotentes, y pensamos que hemos sido abandonados por Dios. Lo invocamos hasta quedar roncos y agobiados, pero parece ser en vano. Dios se comporta "como un gigante incapaz de ayudar". ¿Será realmente como parece? ¿No nos estará tratando Dios de una manera profundamente misteriosa?

A veces Él parece un extraño, pero siempre es fiel y siempre nos oye. Tal vez estemos pidiéndole y esperando cosas contrarias a su voluntad. Por ejemplo, si le pedimos poder para nuestra santificación, sin haber llegado todavía a la fe en Jesús, sin tener la certeza de la salvación por gracia. O si pedimos ayuda material, pero no queremos trabajar...

Pero siempre que busquemos ayuda de forma correcta, es totalmente imposible que Dios no nos dé todo lo mejor y lo más útil. ¿Acaso se acortó ahora la mano del Señor, y no puede ayudarnos más? (Is.59:1). ¿No vería nuestra necesidad el que nos dio la vista a nosotros? ¿No oiría nuestra oración el que nos dio el oído? ¿No tendría cuidado de nosotros, el que cuida de los pajarillos? Pensemos bien en la pregunta de Jesús: "¿Acaso no valen mucho más ustedes?" Jesús afirma expresamente: "¡Más valéis vosotros que muchos pajarillos!" (Mt.10:31).

¡Tengámoslo en cuenta! El propio Señor lo dice. Así lo conceptuó Él. El que nos compró a un precio tan alto nos recuerda: "Más valen ustedes que muchos pajarillos..." ¿Podría olvidarse de nosotros? Tal ves tú todavía

insistas: “Pero yo pequé. ¡Merezco que Dios me abandone..!”

¡Ah, hombre! ¿Acaso Dios “ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades... y nos ha pagado conforme a nuestros pecados?” (Sal.103:10). El que, “nos escogió en Cristo ya antes de la fundación del mundo” (Ef.1:4), el que, “reconcilió al mundo consigo mismo por medio de Cristo Jesús”, (2 Co.5:18), cuando todavía no teníamos ningún Redentor, ni alguien que lo invocase, ¿Nos trataría ahora “conforme a nuestros pecados”? ¿Habríamos de comparecer ahora ante Dios en nuestra propia justicia? En ese caso, no se salvaría ninguna persona. ¡Ni obtendríamos una sola gota de agua para alivio!

Ahora, en cambio, todo el tiempo estamos rodeados por innumerables bendiciones de Dios. Así que, de lo que vemos con nuestros ojos, tendríamos que aprender a creer en lo que no vemos.

Del mismo modo, puestos nuestros ojos en las grandes obras de la creación, hemos de derribar la temeridad de nuestra razón, que pretende contestarle a Dios, juzgar sus palabras y hechos, y cuestionar lo que no entiende.

Cierta vez un hombre muy piadoso, tan piadoso como no hubo otro en todo el Oriente, cayó en esa tentación, el Señor le respondió: “¿Dónde estabas tú cuando Yo fundaba la tierra? ¡Házmelo saber, si tienes inteligencia! ¿Quién ordenó sus medidas, si lo sabes? ¿Quién extendió sobre ella cordel? ¿Dónde estabas tú, cuando alababan todas las estrellas del alba, y se regocijaban todos los hijos de Dios? ¿Quién encerró con puertas el mar, cuando se derramaba saliéndose de su seno?...¿Te han sido descubiertas las puertas de la muerte? ¿Y has visto las puertas de la sombra de muerte?... ¿Por dónde va el camino a la habitación de la luz, y dónde está el lugar de las tinieblas, para que las llesves a sus límites?... ¿Podrás tú atar los lazos de las Pléyades, o desatarás las ligaduras de Orión? ¿Sacarás tú a su tiempo las constelaciones de los cielos?... ¿Supiste tú las ordenanzas de los cielos? ¿Dispondrás tú de su potestad en la tierra?” (Job 38:4ss).

Quien pretende erigirse en juez de la Palabra de Dios, cuando tropieza con pasajes que no entiende, debiera tratar de responder esas preguntas. Entonces, se sentirá feliz de abandonar esa actitud crítica, y dirá: “¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!” (1 S.3:9). Y -con toda seguridad- también se beneficiará al considerar las maravillas de la creación.

1. **También nos gloriamos en Dios por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación.** Ro.5:11

Aquí el apóstol Pablo resume la bienaventuranza que se puede sentir en la comunión con el que es la fuente y el origen de toda felicidad, es decir, Dios mismo. El propio Dios es nuestro Amigo y Padre. Y esto trae seguridad y felicidad eternas. En primer lugar, porque Dios es mayor que todos sus dones.

La amistad de Él vale más que la bienaventuranza eterna en el cielo. En efecto, Dios mismo es el sol que irradia esa bienaventuranza eterna en el cielo. Por lo que su amistad es la verdadera fuente del gozo de los creyentes. En segundo lugar, porque en Él están incluidos también todos sus dones. También en él tenemos nuestra justicia y fortaleza, nuestra paz y seguridad. Dios es nuestro Padre. Y toda la riqueza y seguridad de los hijos descansa en las manos de su Padre. “Y si somos hijos, somos también herederos” (Ro.8:17). “El que no escatimó ni a su propio Hijo... ¿cómo no nos dará con Él también todas las cosas?” (Ro.8:32). De modo que si tienes el favor del propio glorioso, y todopoderoso Dios, sin duda tienes que sentirte feliz todo el tiempo. Aun si eres el más pobre entre los hombres, serías el más rico. Aun si eres el más humilde y despreciado, serías el más importante. Si eres el más solitario y postergado, con Dios estarías siempre en la más gloriosa compañía. Por eso David y otros santos se regocijaron en Dios mismo como en su mayor Auxilio y Tesoro.

Dice en el Salmo 34:2: “En Jehová se gloriará mi alma”. En Jehová, nuestro Señor, hemos de gloriarnos todos los días, porque Él es todo lo que necesitamos. Nuestros corazones han de repetir como un eco: “Jehová es mi roca y mi fortaleza, y mi libertador; Dios mío, fortaleza mía, en Él confiaré; Mi escudo, y el fuerte de mi salvación, mi alto refugio; Salvador mío; de violencia me libraste” (2 S.22:2-3).

Así debieran adorar y exaltar a su Dios todas las almas justificadas. Como dice el profeta: “En Jehová será justificada y se gloriará toda la descendencia de Israel” (Is.45:25).

“Por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Ro.5:11). El apóstol repite continuamente que poseemos la bondad de Dios, la seguridad de la salvación y la gloria eterna, sólo gracias a nuestro Señor Jesucristo y a su sacrificio expiatorio. Es sumamente necesario tener esto siempre en claro. Toda nuestra confianza en Dios; la alabanza de su Nombre, de su bondad y el gozo por la eterna bienaventuranza se esfuman enseguida ni bien desviamos nuestra vista de esta única fuente y causa válida, y comenzamos a mirar nuestro propio mérito. Pues entonces aparecen nuestros pecados y toda nuestra indignidad, y enseguida perdemos el ánimo. Se acaba el regocijo y el gloriarse en Dios. Por eso, tengamos siempre presente que toda esa bondad, por la que glorificamos a Dios, diciendo que Él, es nuestro, con todo lo que es y posee, y esto de pura gracia, se fundamenta únicamente en la recon-

ciliación obrada por nuestro Señor Jesucristo. No se debe a ninguna virtud o dignidad de nuestra parte. No; descansa solamente en el eterno e inmerecido amor, por el que Dios entregó a su Hijo por nosotros cuando todavía éramos impíos, “pecadores” y “enemigos” (Ro.5:8,10).

Reflexionemos en lo que significa que Dios primero nos creó para que fuésemos sus “hijos y herederos”, y luego también nos dio a su propio Hijo, para que fuese nuestro Salvador cuando todavía éramos impíos “enemigos”, y que “fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Ro.5:10). Este es un fundamento firme para el eterno consuelo de los pobres pecadores. No fluctúa ni cae con nuestras fluctuaciones y caídas. Siempre permanece firme y sólido. Dios hizo muchísimo. Nos convirtió de enemigos en amigos. Considera si ahora podría hacer menos, ¿y trataríamos todavía como enemigos? Ahora, después de haber sido redimidos a tan alto precio, ¿acaso no nos tratará como a hijos reconciliados? En otras palabras: Ya no tomará en cuenta nuestros pecados, ni nos juzgará conforme a la Ley, sino que siempre se mostrará benigno y compasivo con nosotros, para llevarnos a la bienaventuranza eterna, para la cual nos creó originalmente, y para la que luego también nos redimió a gran precio.

Es necesario que nos gloriemos siempre en Dios; o sea, que conservemos siempre una profunda, real y feliz confianza en su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. De Él depende la vida espiritual de todo cristiano. Es necesario recordar siempre el significado de esas preciosas palabras (Ro.5:10): “...por el Señor nuestro Jesucristo, por quien hemos recibido ahora la reconciliación”. Esto es particularmente necesario cuando nuestro corazón se torna duro y frío frente a Dios, como ocurre a veces, cuando nos desviamos y alejamos de Él. Pero luego sobreviene la desgracia, para que sintamos la necesidad de orar. Entonces imaginamos que Dios también se vuelve duro y frío con nosotros; que no se preocupa más por nosotros; que no nos ve, ni oye nuestros ruegos.

Es ahí cuando hace falta recordar que esa imagen de Dios es equivocada; que es una horrible distorsión. Y surge sólo de nuestro corazón porfiado y frío, por inspiración del diablo. Porque el propio Señor, nuestro Dios, nos reveló una imagen bien diferente de sí mismo; es decir, la imagen de un Dios de eterno e inmenso amor, que sacrificó a su propio amado Hijo por nosotros, y que en todo momento sigue amando a los que confían en Él.

Dios se nos manifestó como un piadoso Padre, que en todo momento está cerca de nosotros, y que ve nuestras necesidades y nuestros problemas. Y aun cuando por algunos momentos se oculta de nosotros y hace esperar su ayuda, no obstante siempre se complace en hacernos bien. Nunca puede mostrarse frío e indiferente hacia quienes fueron reconciliados y justificados a tan alto precio, por medio de su amado Hijo.

2. **Todos se desviaron, a una se han corrompido; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno.** Sal.14:3

Tenemos aquí una lección sumamente importante acerca del pecado. El Señor nos da a entender que todos somos pecadores igualmente condenables.

En este sentido, somos todos iguales; tenemos que reconocerlo. Por naturaleza todos nos creemos mejores que los demás y vemos a todo el mundo sumido en corrupción. En primer lugar, los que están espiritualmente dormidos jamás quieren aceptar que ante Dios son tan pecadores como las prostitutas y los criminales. Y en esa fantasía fundamentan su seguridad. Con esa presunción resisten al mensaje de Dios para su salvación, y a la amonestación para su arrepentimiento y conversión.

Pero los creyentes, que ya despertaron de ese sueño espiritual, también comparten algo de esa ilusión. Cuando nos asustamos en vista de nuestra pecaminosidad, y buscamos y hallamos salvación en Cristo Jesús, con frecuencia ocurre que nos olvidamos que todavía arrastramos la depravada naturaleza de Adán. Nos comportamos como si fuésemos de una raza superior a la de los viles pecadores, publicanos y ramera. Esto se manifiesta en la sorpresa que sentimos cuando descubrimos algún escandaloso pecado en nuestras vidas.

Cuando de las profundidades de nuestros corruptos corazones aún surgen perversiones terribles como “malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios y blasfemias” (Mt.15:19); “...inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, borracheras, orgías y cosas semejantes” (Gá.5:19-21). Pecados que surgen del corazón humano, como dice Jesús; de la naturaleza carnal, que el convertido todavía carga consigo. Al darnos cuenta de ello, solemos quedarnos asombrados y aterrados, al borde de la desesperación.

Hay ocasiones en las que incluso podemos llegar a vernos como “blasfemos” contra Dios; a veces, aun en la oración, como lo experimentan algunos fieles en tiempos de dificultad. Podemos sentir una terrible indiferencia hacia las cosas de Dios, mientras amamos demasiado las cosas visibles o sentimos una poderosa atracción hacia algún pecado.

A veces no nos arrepentimos suficientemente por una maldad cometida, sino que seguimos porfiados y despreocupados. O en vez de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, le tenemos envidia y hasta odio. Esto sin mencionar el peor pecado: El desprecio de los sufrimientos de Cristo; Oímos como fue maltratado, coronado con espinas, y colgado en una cruz para nuestra salvación y felicidad eterna, y sin embargo le amamos tan poco, y otras cosas nos importan más que su muerte propiciatoria, siendo que son pequeñas e insignificantes en comparación a su sacrificio. Cuando descubrimos esos defectos en nosotros, nos horrorizamos y queremos desmayar. ¿Y por qué? Sólo porque no

recordamos que a pesar de haber sido reconciliados con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo, todavía llevamos al “viejo hombre” en nosotros; y que ese viejo hombre es tan carnal y depravado, como el del más impío incrédulo. No creímos que por naturaleza éramos tan depravados.

Vimos a otros hijos de Adán, semejantes a nosotros, hundidos en los vicios, rechazando arrogantemente la Palabra de Dios, y burlándose de Cristo. Y eso no nos sorprendió mucho. Pero en cuanto a nosotros mismos, nos conducimos como si fuésemos de otra raza. Y es cierto que los que hemos sido regenerados por Dios poseemos una naturaleza nueva, gobernada por el Espíritu Santo. Pero nuestra parte carnal todavía sigue adherida a nuestro ser, durante toda nuestra vida terrenal, y es tan venenosa y malvada como siempre fue.

Jesús, así como toda la Escritura, nos enseña aquí que el pecado está en la naturaleza de todos nosotros. Es la herencia de Adán, que -nos guste o no nos guste- tenemos todos en común. “No hay diferencia, por cuanto todos pecaron” (Ro.3:23). “Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres, para ver si había algún entendido, que buscara a Dios. Todos se desviaron. A una se han corrompido. No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Sal.14:2-3). Ya en los albores de la historia “vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha sobre la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gn.6:5). Así es todo hombre por naturaleza, o sea, por lo que heredó de Adán. Si tomásemos esto debidamente en cuenta no nos asombraríamos tanto, ni nos desesperaríamos cuando percibimos esa maldad dentro de nosotros.

Pero, alabado sea el misericordioso Dios, que precisamente por nuestra condición de perdidos, nos dio a su Hijo por Salvador.

Para perseverar en la gracia de la fe, es muy importante que imprimamos esto profundamente en nuestras conciencias, y tengamos bien presente en nuestras mentes que, debido a Adán, somos todos criaturas depravadas y perdidas. En nuestra naturaleza no hay nada sino pecado, perversidad e impotencia; y Dios, nuestro Señor, nunca tuvo otro concepto de nosotros. Por esa causa, entonces, en el más humillante reconocimiento de nuestra pecaminosidad, debemos acudir al trono de la gracia y orar: “¡Oh Dios, conmigo está todo perdido! ¡Pero no me mires a mí, sino a tu Hijo que se puso en mi lugar!” Y ten siempre presente que Dios Padre está plenamente satisfecho únicamente con su Hijo, y que sólo en Él descansa toda nuestra justicia. Por eso el afecto que Dios nos tiene jamás puede ser alterado por la depravación que existe dentro de nosotros, en tanto que permanezcamos unidos a su amado Hijo, cuya justicia nos cubre y es mucho mayor que toda nuestra culpa. Con esa Justicia agradamos a Dios mucho más que Adán antes de su caída.

3. **También David habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras.** Ro.4:6

Este texto nos dice en términos claros y definidos que una persona puede ser justa ante Dios, aun cuando sus pecados todavía lo persigan. Aquí se declara categóricamente que cuando Dios justifica a alguien, no lo hace eliminando el pecado de su conducta y librándolo completamente de seguir cometiéndolo, sino que lo justifica imputándole una justicia ajena.

Este texto declara que Dios nos justifica porque nos acredita una justicia que nosotros mismos no poseemos, y de ese modo “perdona” y “cubre” los pecados que tenemos. El término “justificar” les puede parecer ambiguo a algunos. Por eso el apóstol emplea aquí la expresión “atribuir justicia sin obras”. Y enseguida la explica con las palabras de David, cuando dice que son bienaventurados sólo aquellos “cuyas iniquidades son perdonadas, y cuyos pecados son cubiertos”; que sólo es salvo aquél a quien “Jehová no culpa de iniquidad” (Sal.32:2).

Ahora piensa: Si sólo se salva aquél a quien “Dios atribuye justicia sin obras” y “a quien no culpa de iniquidad”, eso significa que la justicia no está en el propio bienaventurado, puesto que en ese caso no habría sido necesario “atribuir” o imputarle justicia; tendría su propia justicia.

Por otra parte, significa que el bienaventurado tiene pecados, puesto que dice expresamente que no le son tenidos en cuenta; que le son “perdonados” y “cubiertos”. Esta es la enseñanza principal de toda la Escritura, la del oficio mediador de nuestro Señor Jesucristo y de la justicia que Él nos da.

Aquí tenemos una descripción de la justificación en pocas y breves palabras, pero suficientes como para derribar por completo esa falsa idea, con la que el enemigo de nuestras almas engañó a tanta gente; la falsa idea de que podemos estar libres de pecado y ser justificados por nuestra propia conducta. ¡No! Aquí el apóstol declara categóricamente que Dios nos justifica acreditándonos una justicia sin que seamos justos; sin que estemos libres de pecado, ni lleguemos a ser perfectos durante nuestra vida terrenal. Por eso Dios tiene que “perdonar” y “cubrir” los pecados que aún cometemos.

Pero al comprender que somos justos gracias a una justicia imputada, no debemos caer en el otro grave error de pensar que Dios nos justifica, aunque de hecho no poseemos justicia. ¡No! ¡Alabado sea nuestro Señor Jesucristo, por quien somos efectivamente justificados! Cuando alguien despierta y ahora conoce la perfecta santidad de Dios, no debe soñar con una justificación sin nada de lo que la justicia requiere; no debe imaginar que Dios resolvió aceptarnos sin exigirnos el pleno cumplimiento de la ley y de todos sus mandamientos.

Pensar que Dios retractaría sus santas palabras y justos juicios, y nos concedería su favor a expensas de la justicia, sería blasfemo e injurioso. El

apóstol enseña algo muy diferente. Dios nos dio a su Hijo para que fuese “nuestra propiciación por la fe en su sangre, para manifestar su justicia... a fin de que Él sea el Justo, y el que justifica al que es de la fe en Jesús” (Ro.3:25-26).

Y en Ro.5:18-19 dice expresamente que es por la “justicia” y “obediencia” de Uno, que nos vino a todos la justificación de vida. Esto no se logró por medio de la eliminación de ni siquiera una sola jota o tilde de la Ley, sino por el pleno y perfecto cumplimiento de todos los Mandamientos, y por la completa satisfacción de todas sus sentencias que nuestro Mediador ofreció tan perfectamente por nosotros y en nuestro lugar, como si nosotros mismos lo hubiésemos hecho y sufrido todo, conforme a la Ley.

Un sustituto o garante puede cumplir las obligaciones de otro, como por ejemplo, pagar las deudas de un hermano suyo, de manera que el deudor queda realmente libre de su obligación y ya no se lo puede demandar. No solamente se lo dicen, sino que en realidad queda libre de su deuda, porque su generoso hermano lo pagó todo.

¡Cuánto más nos deja realmente justos y libres de deuda el cumplimiento y pago que nuestro Señor Jesucristo depositó por nosotros, a pesar de que nosotros mismos jamás llegaremos a satisfacer todas las demandas de la Ley!

Por eso nunca debemos interpretar las palabras “atribuye justicia” como que Dios nos proclama justos aunque no tengamos justicia. Ellas dicen que Dios nos acreditó y que recibimos la justicia de otro, es decir, de nuestro bendito Señor Jesucristo, ésto en forma tan real y perfecta que ahora somos verdaderamente justos ante Dios. El majestuoso derecho de la santa Ley no sufrió mengua alguna. Sus requisitos fueron enteramente satisfechos. Sus sentencias y castigos fueron aplacados en todo su rigor.

En resumen: Dios es justo, al justificar a los que creen en Jesucristo, porque es una justicia real la que nos acredita. Y en el gran Día del Juicio nos llamará “justos” en presencia de todas las naciones, y nos dará la “corona de justicia” (2 Ti.4:8).

4. **Y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí, sin estar vestido de boda?** Mt.22:12

En el capítulo 22 de Mateo Jesús habla del “reino de los cielos” y se refiere al Reino de la Gracia, a su Iglesia aquí en la tierra. Él dice: “..es semejante a un rey, que hizo la fiesta de boda a su hijo”(v.2); invitó a muchos, pero la mayoría despreció la invitación y presentó alguna excusa. Uno no pudo venir por causa de su labranza, otro por causa de sus negocios, y un tercero por causa de su mujer. Sin embargo, no todos despreciaron el llamado. Muchos lo aceptaron, de modo que la casa se llenó de invitados.

Pero Jesús enseña que entre los que aceptaron la invitación, y que vinieron a la fiesta de bodas, y se sentaron a la mesa, había una persona que no vestía ropa de fiesta. Estaba sentado ahí vistiendo sus propias ropas. Y sólo por eso le ataron pies y manos y lo echaron en las tinieblas de afuera (v.13). ¿Qué significa eso? ¿Qué nos quiere enseñar el Señor con eso? ¿Acaso esa persona no había aceptado la invitación? No la había despreciado, ya que fue a la boda.

Estaba sentado a la mesa de boda con los otros felices comensales. Eso significa que hay personas cuyos corazones obedecieron al llamado del Espíritu Santo, de modo que comenzaron a buscar los medios de la bienaventuranza eterna. Abandonaron sus antiguos “camino”, su anterior vida libertina y compañía impía, y se unieron a la comunión, al culto y a las costumbres de los creyentes. Leen y oyen la Palabra de Dios. Le cantan alabanzas. Acompañan a los creyentes en la oración y devoción. Colaboran en actividades cristianas. En fin: Cooperan con los creyentes en todo lo que solemos identificar como una religión más auténtica que la de la mayoría de la gente, que es indiferente con Dios.

Pensamos que esa persona no es como esa multitud indiferente, ni como los que oyen el llamado, pero no lo aceptan ni van a la fiesta. Los gentiles que no tienen el Evangelio aún no recibieron el llamado. Así que aquel hombre sin la ropa de boda es una persona religiosa. Representa a gente religiosa dentro de la iglesia de fieles creyentes, porque no despreció la invitación, y estaba sentado a la mesa con los demás comensales. Pero le faltaba algo tan importante, que por culpa de eso la ataron y echaron a las tinieblas de afuera.

Las cinco vírgenes insensatas en Mt.25:3, que esperaron al esposo sin proveerse de suficiente aceite, simbolizan exactamente la misma clase de gente que la persona de nuestro texto. En Mt.25 Jesús dice que “el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo”. Durante todo el tiempo que esperaron al esposo no se notó ninguna diferencia entre las vírgenes prudentes y las insensatas. Todas eran vírgenes.

Todas llevaban lámparas. Todas salieron a recibir al esposo. Todas esperaban el feliz momento de la entrada al salón de fiesta. “Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo! ¡Salid a recibirle!” Y sólo entonces se puso de

manifiesto que a la mitad del grupo le faltaba aceite, por lo que sus lámparas se apagaban. Y por eso fueron excluidas de la fiesta...

Jesús enseña lo mismo en forma más dramática aún en Jn.15:2-6, cuando dice: "Todo pámpano que en mí no lleva fruto, mi Padre lo quitará; y todo aquel, que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto". ¡Ojalá todos reflexionasen en el significado de esto! Y en Mateo 7:22 Jesús enseña claramente cuánto puede hacer una persona en su Nombre, sin ser honesta. Puede profetizar, puede hacer muchos milagros y echar fuera demonios; en fin, puede hacer cosas impresionantes. Del ángel (pastor) de la iglesia de Sardis, dice en Apocalipsis 3:1 que su enseñanza y vida daban la impresión de que tenía una fe viviente, aunque no era así: "Tienes el nombre de que vives, y estás muerto".

¿A quién no le da miedo pensar en sí mismo, al oír tales palabras de Cristo? En efecto, al oírlas, cristianos muy honestos, espiritualmente ricos, muchas veces sintieron gran temor ante la posibilidad de estar engañados. Y clamaron con vigor y fervor: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame, y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" (Sal.139:23-24). ¿Serás tú el único que no necesita sentir ese temor? ¿No te hará falta también a ti prestar atención a la seria advertencia de Cristo?

Veamos ahora qué era lo que le faltaba a esa gente religiosa que termina tan mal: La ropa, o "el vestido de boda.". El rey preguntó: "Amigo, ¿cómo entraste aquí sin estar vestido de boda?" (Mt.22:12). En Apocalipsis 19:7ss. Leemos:

"Alegrémonos..., porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos". En Apocalipsis 7:13 se nos aclara en qué consiste la "justicia de los santos". Ahí se formula la pregunta: "¿Quiénes son éstos, que están vestidos de ropas blancas, y de dónde han venido?" Y la respuesta es: "Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios". Y al Pastor tibio de Laodicea el Señor Jesucristo le dice: "Te aconsejo que de Mí compres...vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez" (Ap.3:18).

Entonces, los que fueron a la boda, y se sentaron a la mesa vestidos con sus propias ropas, y no con el vestido de boda que les ofreció el Rey, son las personas religiosas que, con mayor o menor entusiasmo, aún siguen confiando en su propia piedad y justicia. Todavía no reconocieron su verdadera pecaminosidad y perdición. Todavía no se despojaron de su propia, falsa piedad, ni se vistieron con la perfecta justicia de Jesucristo, su Redentor.

Aún no aprendieron a confesar, desde lo más profundo de su alma y con toda humildad: "Sólo por la muerte de Jesús, el Cordero de Dios; y sólo por medio de su sangre soy salvo, santo y justo".

5. Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios le levantó de los muertos, serás salvo. Ro.10:9

Aquí se dice claramente que uno es salvo si cree en su corazón y confiesa con la boca que Jesús es el Señor, y que fue levantado de los muertos. Tan cercana y segura es la bienaventuranza eterna por medio de la “palabra de fe” (v.8). Al abrir tu corazón a esta palabra, tienes la fe verdadera en Jesús. Confesando sinceramente que Él es el Señor que descendió del cielo, murió y resucitó para ser tu Salvador, eres salvo.

Pero, ipensémoslo bien! Cuando el apóstol hace la gran declaración: “Serás salvo”, menciona primero una señal característica de la fe verdadera, que también es, en cierto sentido, una necesaria muestra de esta fe. La señal característica de la fe salvadora es que nos convierte en amigos de nuestro Señor Jesucristo; y por “la abundancia del corazón” lo confesamos ante los demás, y tratamos de promover su Reino.

La confesión o testimonio es una necesidad de la fe. La fe salvadora siempre enciende en el corazón el íntimo deseo y la decisión de dar testimonio de Jesucristo, porque Él llegó a ser el tesoro del alma. La fe también produce un celo de amor, que desea exaltar su Nombre, y colaborar en la salvación de los demás.

La palabra “confesar” se refiere aquí a esa libre y espontánea expresión de la fe del corazón. No es solamente una confesión de labios, ni una simple repetición de algo previamente memorizado; tampoco es la confesión que pronunciamos en la liturgia del culto. Cualquier incrédulo también puede hacer esa clase de confesiones.

La Biblia siempre habla en serio, y cuando habla de fe salvadora y de la consiguiente confesión, siempre se refiere a la fe sincera y a la confesión verdadera; a eso se refiere cuando dice: “la boca habla de la abundancia del corazón” (Mt.12:34). Además, el apóstol expresamente agrega las palabras: “...y creyeres en tu corazón”. O sea que el apóstol habla de una confesión que procede del corazón, como cuando David dice: “Creí, por tanto hablé” (Sal.116:10).

¿Y qué confiesa de Jesús el alma creyente? Que “Él es el Señor”, dice el apóstol. Esto es lo primero que un hijo de Dios cree y confiesa; es decir, que el tan despreciado, torturado y crucificado Jesús de Nazaret, es el “Señor del cielo”; y que “Él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos” (Hch.10:42). Sí, la confesión de que Jesús es el Señor abarca todo lo que creemos y confesamos acerca de su persona y obra.

No podemos creer y confesar esto debidamente sin la iluminación del Espíritu Santo. En cuanto a esto el apóstol dice: “Nadie puede llamar a Jesús Señor, sino por el Espíritu Santo” (1 Co.12:3). El apóstol se refiere a la confesión como una obra del Espíritu de Dios en el alma del creyente. Por la iluminación del Espíritu podemos creer en nuestros corazones ya ahora lo que un día confesará toda lengua: “Que Jesucristo es el Señor, para la gloria de Dios Padre” (Fil.2:11).

Pero según el apóstol el alma creyente confiesa algo más acerca de Jesús, es decir: "Que Dios lo levantó de los muertos". Esta breve confesión de la resurrección de Jesús comprende todo lo que el alma creyente necesita para su plena seguridad y eterna felicidad. Cree y confiesa que "Jesús es el Señor" y que "Dios lo levantó de los muertos".

La fe salvadora abarca todo eso. Es lo mismo que la breve exhortación: "¡Cree en el Señor Jesucristo!" (Hch.16:31), o las expresiones "El que tiene el Hijo" (1 Jn.5:12); y "el que come mi carne, y bebe mi sangre" (Jn.6:54). Toda la Escritura testifica de esa fe en Cristo, que "todo aquel que en Él cree, no se perderá, sino que tendrá la vida eterna" (Jn.3:16).

Nuestro texto declara: "...serás salvo". Pensemos bien qué significa: "¡Salvo!" ¿Podemos estar a salvo y ser eternamente felices con Dios en el cielo? ¿Habrá algo que nos pueda dar la seguridad de eso? Ante esas preguntas nuestro texto adquiere una enorme importancia. Aquí el apóstol por inspiración de Dios dice que ya está bien establecido y decidido quiénes serán salvos.

Afirma que si por la fe de tu corazón confieras a tu Salvador; si tienes la verdadera fe, que confiesa a Cristo, entonces está decidido que serás salvo. Tendrás que sufrir solamente unos pocos años, o días, en este valle de lágrimas; ¡Luego disfrutarás la bienaventuranza eterna con Dios! ¡Es algo demasiado maravilloso! Sin embargo se debe proclamar como una firme decisión de Dios, asentada por escrito en la Biblia. En esta fe hemos de perseverar hasta el fin, confesado a Jesús.

Sólo iluminados por esa fe un día estaremos al lado del Salvador y seremos invitados a heredar el Reino que fue preparado desde la "fundación del mundo" (Mt.25:34). Notemos el énfasis que el apóstol pone en las palabras: "Tu boca" y "tu corazón", invitando a todo lector a preguntarse: ¿Soy yo un creyente así? ¿Es la confesión de mi boca la que se menciona aquí? ¿Tengo yo la costumbre de dar testimonio de Jesús, y de darlo impulsado por la fe de mi corazón?

Nuestra seguridad de salvación será exactamente así de grande, como sea la fe de nuestro corazón en Jesús, y la confesión de nuestra boca en su resurrección y señorío.

6. **Compartiendo para las necesidades de los santos.** Ro.12:13

Esta amonestación significa que los cristianos hemos de considerar como propias las dificultades y necesidades de nuestros hermanos en la fe. Hemos de estar tan interesados en ayudarles a ellos, como en ayudarnos a nosotros mismos. Hemos de sentir hacia ellos un amor tan genuino y real, que obramos conforme al dicho: “Si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él” (1 Co.12:26).

Sí, hemos de vivir de acuerdo al gran Mandamiento del amor: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Mt.19:19). Y cuando el apóstol menciona a los santos en particular (Gál.6:10), nos enseña que, si bien hemos de hacer el bien a todas las personas en general, conforme a la Ley del amor, lo hemos de hacer “mayormente a los de la familia de la fe”.

Nuestro texto habla acerca de la participación “para las necesidades de los santos”, aunque la comunión de bienes, originariamente introducida en la iglesia primitiva (Hch.2:44; 4:32), ya había cesado. La razón, sin duda, fue que gente deshonesto y haragana había abusado de esta costumbre, ya que infelizmente tales personas se afiliaron pronto a la iglesia. Debido a esto aprendemos que hemos de dar con discernimiento, para no fomentar la pereza y los vicios.

Hemos de “compartir para las necesidades”, las dificultades reales. Y hemos de hacer esto con el mayor gusto a los hermanos en la fe; tenemos que socorrerlos y hemos de hacerlo con amor abnegado y fraternal. Pero también hemos de cuidar que nuestra ayuda no sea abusada, fomentando la pereza y el derroche.

¿Y quiénes son esos “santos”, los “pobres que hay entre los santos”, como dice el apóstol en Ro.15:26? Ojalá aprendiésemos de una vez por todas, el verdadero significado de la palabra “santo”. Las cartas de los apóstoles emplean el calificativo “santos” continuamente, para designar así a todos los cristianos o fieles creyentes; no sólo a un grupo especialmente destacado de ellos, como los apóstoles y profetas, que se llaman “santos” en forma especial. “Santos” son todos los que el Espíritu Santo hizo nacer de nuevo por la fe en Jesús, los separó del mundo, y condujo a Dios. Este es el primer significado de la palabra. Estas almas regeneradas son santas para Dios en dos aspectos:

Primero, porque les fue imputada la perfecta santidad de Cristo. Y en segundo lugar, porque el Espíritu Santo comenzó en ellos la obra de la santificación. El apóstol indica estos dos hechos, diciendo que fueron “santificados en el Nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Co.6:11).

Nosotros somos, entonces, los “santos” de Dios, -si bien todavía cometemos pecados. Vemos esto en el caso de David, cuando primero habla de su gran aflicción mientras encubría su iniquidad, y luego dice: “Por eso te adorará todo santo en el tiempo en que puedas ser hallado” (Sal.32:6). De modo que somos realmente santos sólo en Cristo. Lutero

recalca esto en términos dignos de ser recordados. Dice: “Pablo habla aquí de los santos en la tierra, o sea, de los cristianos; y los llama santos para la gloria de la gracia de Dios, gracias a la cual son santos por la fe, no por sus propias obras”. El propio Dios declara santo al cristiano. Sería un gran agravio contra Dios que un cristiano niegue su condición de santo. Con eso declararíamos que tampoco la sangre de Cristo, ni la Palabra, ni el Espíritu y la gracia de Dios... más aún, que ni siquiera Dios mismo es santo.

Estos, pues, son los santos, para cuyas necesidades hemos de compartir en forma tan entrañable, como si se tratase de nuestras propias necesidades. Hemos de ayudar a resolver o aliviar sus problemas. Si no lo hacemos, y disponemos todo lo que poseemos sólo para nosotros mismos, ciertamente no podemos vivir en el amor de Dios. Es muy diferente si por descuido nos olvidamos de hacer lo debido. Pero no poseer ni mostrar ningún amor, manifiesta algo aún mucho más grave, a saber: Que no poseemos el amor de Dios. Como bien pregunta Juan: “El que tiene bienes de este mundo, y ve a su hermano padecer necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?” (1 Jn.3:17).

“No os olvidéis de la hospitalidad”. Esta exhortación aparece frecuentemente en la Biblia (Por ej. He.13:2; 1 P.4:9). La razón es que los primeros cristianos, durante las persecuciones, muchas veces fueron expulsados de sus casas a lugares lejanos.

Además en aquellos tiempos había muy pocos hospedajes públicos para los viajeros. Los hermanos en la fe debían hospedar gustosamente, con tierna compasión, a esos cristianos desalojados. Hasta debían buscar la oportunidad de hacerlo.

Hoy en día, si bien las condiciones cambiaron, la gran Ley del amor todavía está en vigor. Hemos de servir a nuestros semejantes en todas las formas posibles. Y nuestro amor no sólo ha de manifestarse en hermosas palabras, sino en hechos y acciones, aun si implica sacrificios y penas.

Aún hoy muchas veces nos pueden solicitar hospitalidad. Y aunque esto a veces causa problemas, no es algo imposible. Siempre hemos de estar dispuestos a socorrer al hermano necesitado. Y hemos de hacerlo con el corazón contento y el rostro sonriente.

Pedro observa que hemos de hacerlo “sin murmuraciones” (1 P.4:9), tal como quisiéramos que nos presten ayuda a nosotros, cuando estemos en necesidad. Como dice “la regla de oro” con respecto a nuestro prójimo: “Como queréis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Lc.6:31).

7. **Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado.** Sal.32:5b

He aquí un breve resumen de la doctrina bíblica del perdón de Dios a un pobre pecador. Desde el principio del mundo, Dios declaró con palabras explícitas y numerosos ejemplos, la forma en que los hijos de Adán obtendrían su gracia. Prestemos cuidadosa atención a las palabras de David, cuando dice: “Confesaré mis transgresiones a Jehová; y Tú perdonaste la maldad de mi pecado”. La suya no es una confesión meramente formal o rutinaria. No, es la expresión de un pobre y afligido pecador.

Sin embargo, también hemos de distinguir entre una aflicción y otra. Muchos confiesan su pecado con cierta aflicción, con algo de arrepentimiento, pero siguen caminando en tinieblas, como Saúl, cuando confesó: “Yo he pecado; pues he quebrantado el mandamiento de Jehová, y tus palabras” (1 S.15:24), aunque nunca buscó una verdadera reconciliación y comunión con Dios.

Lo mismo sucedió con el Faraón de Egipto; cuando dijo: “He pecado esta vez; Jehová es justo, y yo y mi pueblo somos impíos” (Éx.9:27). Esa confesión no era más que el resultado de las ocho plagas que lo castigaron y asustaron, pero no de un corazón sinceramente arrepentido, que deseaba reconciliarse realmente con el Dios de Israel.

Inclusive Caín confesó: “Grande es mi castigo para ser soportado” (Gn.4:13). Pero al mismo tiempo se alejó del rostro del Señor, sin buscar su gracia. Eso ocurrió también con Judas: Con profundo arrepentimiento exclamó ante los sacerdotes del templo: “¡Yo he pecado, entregando sangre inocente!” (Mt.27:4). Pero ya no buscó la paz de Dios, sino que “fue y se ahorcó” (v.5).

En todos estos ejemplos vemos que una verdadera confesión requiere arrepentimiento y conversión: Que se considere al pecado como una repudiable transgresión contra el piadoso Dios, transgresión de la que uno se arrepiente. Esto sólo es posible por obra del Espíritu Santo, que crea en el alma la necesidad de declararle su pesar al Señor, e implorar su perdón.

Como hemos visto, muchos impenitentes, esclavos de sus pasiones, pueden confesar ocasionalmente sus pecados con profundo dolor, pero sólo por causa de las terribles consecuencias. No sienten pesar por el pecado, por haber desobedecido al piadoso Señor, ni les interesa volver a estar en paz con Dios. Es sólo un susto momentáneo, debido a las tremendas consecuencias del pecado, pero no obstante piensan permanecer al servicio del mismo pecado más adelante.

Pero una saludable confesión de pecados requiere que la voz de Dios haya despertado la conciencia y le haya dado a conocer el justo juicio divino; sobre todo, que le haya hecho escuchar el piadoso llamado de Dios a la reconciliación; o sea, el Evangelio de la gracia de Dios por amor

de Cristo Jesús, que le haga suspirar al alma por piedad, y acudir al trono de la gracia implorando misericordia. Quien no sabe nada de esa gracia, sino sólo de pecado y juicio, no vuelve a Dios.

De modo que hace falta un mínimo de fe para una sincera confesión. En tanto que Adán y Eva no sintieron otra cosa que su pecado y el juicio merecido, huyeron de la presencia de Dios.

Eso hizo también, por algún tiempo, el rey David, cuando se mantuvo alejado de Dios, tratando de ocultarle su transgresión. Pero al hacer eso “envejecieron sus huesos” y “su verdor se volvió en sequedades de verano”, “en su gemir todo el día”. Pero: “Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová, y Tú perdonaste la maldad de mi pecado” (Sal.32:3-5).

Quien desea saber en qué consiste el verdadero reconocimiento y la confesión de pecados, que vea lo que dice David en el Salmo 51. Permítanme destacar dos aspectos en esa oración de su corazón. Si bien había causado una gran ofensa contra otras personas con el pecado que menciona ahí, y una maldad especialmente grave contra Urías, la ofensa cometida contra Dios le aflige mucho más que el crimen cometido contra las personas. Dice en el v.4: “Contra Ti, contra Ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos”. ¡Esa es la imagen de un corazón realmente temeroso de Dios!

En segundo lugar, no es sólo la grosera manifestación del pecado lo que le aflige. También le preocupa el origen, la maldad de toda su naturaleza. Va a la fuente misma y dice: “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (v.5). Reconocer la maldad de la propia naturaleza, la total depravación de nuestro ser, es lo más importante.

Mientras sólo se mira algún pecado puntual, y no se reconoce toda la perdición del corazón, la pecaminosidad del mismo ser, la persona aún puede tranquilizarse con un falso consuelo. No se siente realmente perdida. En consecuencia tampoco llega a considerarse totalmente libre y salva en Cristo.

Por eso la parte más importante en toda confesión verdadera, es reconocer la depravación del propio corazón; o sea, su terrible desprecio a Dios; su incredulidad, hipocresía y malvada perfidia; de modo que nuestro conocimiento coincida con la descripción de nuestro corazón que hace Dios mismo, cuando dice: “Engañoso es el corazón (del hombre), más que todas las cosas, y perverso. ¿Quién lo conocerá?” (Jer.17:9).

8. **El Señor al que ama, disciplina.** He.12:6

Nuestro Señor Jesucristo dijo: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, (Dios) lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto” (Jn.15:2). Eso nos enseña que incluso las almas aprobadas, comparadas con pámpanos buenos y fructíferos, todavía no están completamente limpias en sí mismas. Algunos cristianos piensan equivocadamente que “llevar frutos” significa pureza de vida y buena conducta. Pero se trata de dos cosas diferentes.

Un pámpano sano y bueno, cargado de abundantes y ricos frutos, no obstante también puede tener algunos gajos secos, o vástagos verdes que se deben sacar. De manera similar, un cristiano puede ser fiel y activo, rico en amor y en los demás frutos del Espíritu, y simultáneamente, además de compartir la depravación pecaminosa general, puede tener también alguna lamentable falta puntual, o mal hábito, que debe crucificar y mortificar continuamente, porque le seduce hasta cierto punto y aflige constantemente. Pero a pesar de todo, se diferencia totalmente de las ramas muertas o inútiles, que no producen ningún fruto.

A veces un incrédulo, un hombre del mundo, puede tener menos faltas o manchas; o sea, lucir una conducta mejor que un cristiano, estando al mismo tiempo espiritualmente muerto e impotente. El creyente todavía no está plenamente purificado; todavía sufre diariamente los achaques de sus pecados y malos hábitos. Sin embargo, eso no lo condenará mientras siga unido a su Salvador. Notemos también que gracias a esta unión el cristiano puede producir, a pesar de sus flaquezas, todos los frutos característicos del Espíritu. Aunque nunca queda totalmente satisfecho con sus frutos, no obstante es una “nueva criatura”, por su unión con Cristo.

Pero, ¿qué hace el labrador celestial con los pámpanos fructíferos? Jesús dice: “Todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré para que lleve más fruto”. Notemos: “Lo limpiaré”. Una palabra bien corta para pronunciar, pero muy larga y penosa en la experiencia. Y limpia a la rama buena, no a la infructífera. Esa puede crecer a gusto, sin inconvenientes, porque de todos modos será quemada. Pero la que lleva fruto tendrá que ser atendida, por eso la poda. ¿Y cómo hace eso?

El cuadro que Jesús pinta en Juan 15 está lleno de instrucciones. Habla de la limpieza que realiza un labrador en la vid. “Limpieza” que no realiza con agua, sino con una tijera o con un cuchillo, instrumentos con los que quita gajos secos, musgos, ramas y hojas superfluas, que frenan el crecimiento del pámpano fructífero. Esto ilustra fielmente lo que experimentan los fieles. ¿Acaso no tenemos que sufrir muchas veces la “tijera” de este Labrador? Cuando escuchamos la predicación, ¿acaso no sentimos muchas veces cómo esa “espada de dos filos” penetra nuestro interior, y ataca particularmente los defectos y malos hábitos que nos afligen? (He.4:12). Y cuando nos mostramos negligentes en la obra del

Señor; fríos y desobedientes frente a Cristo, ¿acaso el Espíritu Santo no nos lo reprocha, como quien “limpia” la planta? Es el piadoso Labrador que recorre su huerto, y se asegura que no estemos satisfechos con nosotros mismos, y que continuamente sea limpiado y “podado” nuestro interior. “¡Bienaventurado el hombre a quien Tú, Jehová, corriges!” dice el salmista (Sal.94:12). Donde mora el Espíritu Santo, no puede ser diferente. Porque es imposible que no encuentre defectos reprobables en nosotros. Y es igualmente imposible que no los censure y reprenda en las almas en las que habita y obra. Y lo que no logra corregir por medio de su Palabra, con estas reprensiones interiores, nuestro fiel Señor lo realiza por medio de sufrimientos, aflicciones y adversidades externas; como dice Pedro: “Aunque ahora, por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas” (1 P.1:6). En resumen: Un hijo del cielo tiene que ser corregido. Como dice el apóstol: “El Señor al que ama, disciplina, y azota a todo el que recibe por hijo... pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos... Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados” (He.12:6,8,11).

Notemos el propósito: “No aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres” (Lm.3:33), sino sólo “si es necesario”; como aclara nuestro Señor Jesucristo: “Todo pámpano que lleva fruto, lo limpiará, para que lleve más fruto” (Jn.15:2). Esta es la buena intención: Quiere que el pámpano sano y fructífero cargue todavía más y mejores frutos. ¡Alabado sea el Señor! Pues vemos que eso es lo que hace con sus reprensiones. ¿O acaso no se ve en todas partes a cristianos entendidos y honestos, pero lamentablemente también amantes de la vanidad y espiritualmente pobres e infructíferos? Y repentinamente los vemos golpeados por una profunda tribulación, como ser un accidente o una gran aflicción interior, y son alarmados. Pero después de superar el fuego de las aflicciones, esas personas quedan totalmente cambiadas, llegando a ser cristianos mucho más sinceros y fructíferos. ¿Acaso nosotros, y todos los creyentes bajo la guía del Señor, no presentimos la adversidad que tendrá que llamarnos de vuelta a juicio, tan pronto como nos dejamos embelesar por los vicios de la sensualidad, la vanidad y la soberbia?

Y cuando el Señor nuevamente nos reanima, nos sentimos como los que acaban de recibir un refrescante baño, y comenzamos a caminar con ánimo renovado en el camino de sus Mandamientos. El Señor siente un santo celo por las almas que prepara para el cielo. Quiere verlos cada vez más limpios y fructíferos, mientras que otros gajos silvestres pueden desarrollarse libremente, de acuerdo a los placeres de la carne.

9. En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicistéis. Mt.25:40

“Tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a Mí... De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis” (Mt.25:35-40). De las acciones que nuestro Señor Jesucristo enumera aquí aprendemos sobre el campo de acción y los alcances de la caridad cristiana. Notamos que el Señor apoya una actividad volcada hacia afuera de la iglesia. No habla sólo de las virtudes que uno puede practicar dentro de su casa, pues dice: “Estuve enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a Mí”.

Es extraño que entre cristianos pueda haber diferencias de opinión en cuanto a las obras de caridad: Si debemos ir en busca de los necesitados, o solamente esperar que golpeen en la puerta de nuestra casa.

Algunos se quejan porque están muy ocupados con las tareas de su propio hogar, y dicen que por eso no tienen la posibilidad de hacer esas buenas obras. No ven que es precisamente en su hogar, con las personas más allegadas, donde pueden practicar las obras de caridad.

Otros pretenden ser cristianos, pero rechazan de plano toda acción solidaria hacia afuera, y quieren limitarse sólo a su familia. Sin embargo las palabras de Cristo: “Estuve enfermo... y en cárcel, y vinisteis a Mí”, como también el Mandamiento general del amor: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo,” tendrán que convencer a cualquier cristiano, que no debe ocultar y excusar su mezquindad, sino servir a todos los hombres, conforme a su capacidad y a la necesidad. No hemos de limitar nuestro servicio a nuestros familiares y amigos, pues “¿no hacen lo mismo aun los publicanos?” (Mt.5:46). No, sino que hemos de socorrer también a los de afuera.

En los días de Jesús hubo un hombre que quiso eludir el Mandamiento del amor al prójimo, preguntando: “¿Y quién es mi prójimo?” Entonces Jesús mostró con la parábola del Buen Samaritano, que inclusive cuando haya grandes diferencias, como había entre los judíos y los samaritanos, hemos de socorrer a cualquier necesitado.

Por eso hemos de hacer bien y prestar la ayuda que agrada a Dios, cultivando primero nuestra comunión con Él por medio de la fe en Jesucristo, y cumpliendo, con paciencia y lealtad, nuestra vocación en el hogar, ya sea como padre, madre, hijo, o sirviente. En todos estos casos hay mucho bien para hacer, muchas obras que frecuentemente demandan enorme paciencia y mortificación de la carne.

Quien las realiza fielmente, agradecerá al Señor, porque Él mismo las ordenó. Y si además por amor de Jesús puedes socorrer espiritual o materialmente a los que no son de tu casa, a enfermos, pobres, ignorantes etc., el Señor reconocerá esas buenas obras como hechas a Él, y el día

del Juicio final nos dirá: “Estuve enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a Mí”.

Lutero dijo: “La caridad de los cristianos no tiene nombres”. O sea, el cristiano no elige una obra especial de caridad, como los hipócritas, que se limitan a hacer la buena obra que eligieron y lo pregonan a los cuatro vientos. Sino que el verdadero cristiano obra por amor, y realiza toda clase de acciones benéficas, de acuerdo a las palabras de Jesús: “Todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos”(Mt.7:12).

Los cristianos disfrutamos la inmensa gracia de vivir en paz y comunión con Dios, bajo un perpetuo y eterno perdón, gracias al sacrificio de nuestro Salvador.

Además, nuestro Señor Jesucristo se complace tanto en nuestras acciones de caridad, que quiere decir de todas ellas, aun de las más simples: “A Mí me las hicisteis”.

Cuán grato es entonces pensar en Él, tanto en los servicios más importantes, como en los menores, y decir: “Por amor a mi Salvador quiero darle a este pobre una prenda de vestir; y darle a ese ignorante una orientación; y tenerle paciencia a esa persona malvada; ser amable y decir una palabra de aliento al abatido... Por amor a mi Salvador quiero molestarme en socorrer a los que sufren y necesitan... ”Para el que tiene el consuelo y el amor (que viene de la fe), en su alma, todo esto le resulta fácil. Por eso, cuando el Señor mencione todo lo que le hemos hecho, nos parecerá que no hicimos nada y diremos: “¿Cuándo nos permitiste servirte, y tuvimos la suerte de poder hacerlo?” Él entonces responderá: “De cierto os digo, que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a Mí lo hicisteis”.

10. **Ya que por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de Él.** Ro.3:20

“Ningún ser humano”, literalmente: “Ninguna carne”. El apóstol emplea aquí la palabra “carne” deliberadamente, a fin de recordarnos nuestra ascendencia natural, de la que todo ser humano deriva su naturaleza. Bien dice Jesús: “Lo que es nacido de la carne, carne es” (Jn.3:6). “Toda carne”, todo ser humano, -luego de la caída en el pecado- se convirtió en un ser totalmente intoxicado con el veneno de la antigua Serpiente, muerto en cuanto a la vida que es de Dios.

Puesto que el Creador ordenó a toda la naturaleza que se reproduzca de acuerdo a su especie; a plantas, hierbas y árboles, y “que dé fruto según su género, cuya semilla esté en él” (Gn.1:11); y a los peces en las aguas y “las aves que vuelen sobre la tierra...según su género”, y toda clase de animales, todos debían propagarse “según su especie” (vs. 21-24).

Así como una serpiente solo cría serpientes, y los cachorros de leopardo también son leopardos, así los hijos de todos los seres humanos nacen con la misma naturaleza de los primeros padres humanos caídos en pecado, es decir, cargados con el veneno de la Serpiente, con enemistad contra Dios, y desprecio hacia su Ser y voluntad, y con inclinación a todo lo malo.

Ya en el primer libro de la Biblia, Dios describe al hombre de la siguiente manera: “Vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha sobre la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gn.6:5). Por naturaleza, toda “carne” o “ser humano” es de esa misma especie.

Cuando consideramos esto, entendemos por qué el apóstol puede declarar tan enfáticamente “que por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de Dios”. La naturaleza congénita está llena de pecado, y Dios coloca el espejo de su santa Ley delante de la misma, un espejo que no deja de reflejar ni siquiera el menor mal pensamiento, ni siquiera la menor indiferencia hacia Dios o hacia el prójimo, y en cambio demanda que amemos a Dios de todo corazón; sí, con todas las fuerzas del alma. Más aún, la misma Ley también demanda que amemos al prójimo como a nosotros mismos, y no sólo a los que preferimos, sino a todos los que tienen derecho a llamarse prójimos nuestros.

Y esto no solamente en un momento u otro, sino en todos los momentos de nuestra vida. ¿Siendo así, cómo puede alguien agradar a Dios?

Tenemos que mencionar también un factor más, que aclara por qué ninguna carne, ningún ser humano en su condición natural, se puede justificar por las obras de la Ley. Un hecho que muy pocas personas toman en cuenta es que la mera existencia de la Ley de Dios escrita en la Biblia, y nuestra necesidad de recibirla, ya basta para condenarnos en el juicio de Dios. Pues, que Dios haya visto que necesitábamos tales Mandamientos, con sus amenazas y promesas, demuestra que no somos buenos. Y en

segundo lugar, portarse bien y no mal solamente por causa de la Ley, de sus promesas y amenazas, es una piedad falsa, porque deberíamos hacer todo el bien y solamente el bien impulsados por la bondad de nuestros corazones. Sólo eso es hacer el bien realmente.

De otro modo no somos más que hipócritas, obedeciendo en apariencias, y guardándonos de practicar el mal, -el que aún tenemos en nuestras almas-, sólo por conveniencia. Es como si alguien te confiara su hijo en custodia, y te dijera: "Lo siento, pero tengo que pedirte que lo vigiles por una semana, para que no salga a robar ni a cometer travesuras". Pues bien, si lo vigilas cuidadosamente, de modo que el chico no logra robar nada, tú lo puedes entregar a su padre diciendo: "No robó nada", pero...¿es eso un buen testimonio del niño? ¡Pobre niño! dirás. Claro, no robó nada, pero se lo debió vigilar muy cuidadosamente, para que no lo haga. Y, ¿acaso eso no fue un testimonio de su mal carácter? Pues bien, lo mismo ocurre con nosotros.

¿Acaso la Ley no es semejante a un vigilante, persiguiéndonos por todas partes diciéndonos: "¡No hurtarás!" "¡No tendrás otros dioses delante del Señor, tu Dios!", "¡No cometerás adulterio!", "¡No hablarás falso testimonio!" (Éx.20)? ¿De qué dan testimonio esos Mandamientos, esas instrucciones, sino de nuestra necesidad de orientación y freno? Porque efectivamente somos ladrones, adúlteros, mentirosos e ídólatras.

Por ejemplo, el Mandamiento: "¡No hurtarás!" ¿Acaso no nos dice al oído: Eso te lo dice la Ley, porque lamentablemente tú eres una persona a la que hay que darle órdenes y vigilar, para que no cometa tales iniquidades? El Mandamiento: "¡No cometerás adulterio!" nos dice: Tú codicias los placeres prohibidos, pero Dios no te los permite. El Mandamiento: "¡No tendrás otros dioses delante del Señor, tu Dios!" nos dice: Tú no amas a Dios, por eso Él tiene que ordenártelo.

Así cada Mandamiento nos acusa. Y Dios, nuestro Señor, no sólo prohíbe el acto pecaminoso, sino también toda mala inclinación, todo mal pensamiento o deseo. No sólo quiere frenar las malas acciones, para mantener el pecado -por así decir- recluido en el corazón, sino que quiere verlo totalmente eliminado de allí. Quiere que ames el bien, para que lo practiques inspirado por tu propia inclinación hacia él. De modo que la mera existencia de la Ley con sus amenazas y promesas es prueba suficiente, que no podemos justificarnos ante Él por nosotros mismos.

Y el hecho de que hacemos bien y suprimimos el mal por fuerza de la Ley, es prueba suficiente de que no la guardamos, porque esa misma Ley demanda ante todo un corazón santo y bueno. Recordando esto podemos entender aún mejor las palabras: "Por las obras de la Ley ningún ser humano será justificado delante de Dios".

11. Está escrito: Abraham, te he puesto por padre de muchas gentes, delante de Dios, a quien creyó, el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen. Ro.4:17

Abraham creyó en un Dios misericordioso y todopoderoso. Y quien cree en un Dios capaz de levantar a los muertos, también puede creer fácilmente que ese Dios cumplirá todo lo que promete. Si Dios levanta a los muertos, ¿por qué no sería capaz de convertir al anciano Abraham y a la estéril Sara en padres de una numerosa descendencia? ¿Cómo podría dudar Abraham entonces, que Dios cumpliría su promesa acerca de una numerosa simiente a través de Isaac, (inclusive de de la Simiente redentora), aun cuando fue llamado a sacrificar a su único hijo Isaac, y estuvo dispuesto a hacerlo, y a punto de convertirlo en cenizas?

Dios sin duda podría resucitarlo. Abraham tenía esa fe. Porque: “Jehová da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen”. Esto quiere decir: Dios habla de las cosas que aún no existen, como si ya existiesen, tan pronto como resolvió proceder. De esta forma habló a Abraham de lo que todavía no existía. Y le dio el nombre de Abraham (padre de una multitud). Porque dijo: “Te constituí en padre de muchas naciones”. Dios ciertamente resucita a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen. Para Él, Abraham ya era lo que la promesa predecía que habría de ser.

Este es un excelente texto, cargado de instrucción y fuerza para nuestra débil fe. Todos necesitamos aprender a creer y a pensar en Dios de esa manera. Así seremos verdaderos imitadores de Abraham.

Dios creó los cielos y la tierra con su Palabra, y mandó “que de las tinieblas resplandeciese la luz” (2 Co.4:6). Él es suficientemente poderoso para producir todo de la nada; la vida de la muerte, la justicia de la pecaminosidad; para librar a cualquier víctima de la esclavitud del diablo. También puede conceder la gloriosa libertad a sus hijos. El profeta dice: “¡Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas! Él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará. Tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio” (Is.40:26). Dios llama las estrellas del cielo por su nombre. Así llamó a todos los descendientes de Abraham, a cada uno por su nombre, -aun antes de haber nacido-, por numerosos que fuesen. Porque para Dios no existe ni pasado ni futuro. Para Él todo es presente, también todo lo que nos pasará.

Basado en la Palabra del Dios omnipotente, Abraham creyó en cosas que, en esos momentos, todavía no podía ver. Más aún, creyó en algo totalmente contrario a lo que veía y podía esperar de sí mismo. De esa forma, afirmado sólo en la Palabra de Dios, todo cristiano también debe creer en lo que Dios promete, por contrario que fuese a lo que ve o siente dentro de sí. Precisamente esto es lo que se llama “fe”, “fe en Dios”, “fe en su omnipotencia y fidelidad”, algo que puede convertir cualquier cosa en lo contrario de lo que vemos y sentimos.

Así destacó también Lutero, -para consuelo de los pobres creyentes- la fe de Abraham y la fidelidad del Dios de Abraham; (del Dios “que llama las cosas que no son, como si fuesen”), diciendo: “Cuando pisotean y decapitan a los cristianos, ciertamente no parece haber gloria ni regocijo ni felicidad eterna en eso. ¡No! Parece todo lo contrario. Pero Dios declara: Yo puedo hacer que sea lo que no es, y hacer que exista lo que no existe; que brote puro gozo, donde todo es tristeza y profundo dolor. Puedo ordenar a la muerte y al sepulcro, que sean vida; al infierno, que sea el cielo y bienaventuranza eterna; al veneno que sea preciosa medicina; al diablo y al mundo, que sean más útiles a mis fieles, que los queridos ángeles y piadosos santos. Porque quiero atender así mi viña, para que quede cada vez mejor, a pesar de todas las calamidades y sufrimientos”.

Cuando un cristiano atribulado se siente como si estaría totalmente entregado al diablo, el cuál invade su mente, su corazón y su vida con pura maldad, sentimientos de culpa y miseria, Dios puede intervenir y decir: “¡Tú eres santo, totalmente limpio; eres mi templo!” (Jn.13:10).

Cuando debido a mis abundantes pecados me siento abominable ante Dios, Él declara: “Revestido de Cristo, eres agradable y precioso a mi vista”. Cuando solamente veo muerte y corrupción delante de mí, Dios dice: “Yo te veo a salvo, y glorioso entre mis ángeles del cielo”. Dios resucita a los muertos, y llama lo que no es como si fuese. Y hará todo esto a los creyentes, así como cumplió su extraña promesa a Abraham, cuya simiente se difundió por toda la tierra. ¡Quiera Dios darnos más de la fe de Abraham! Pero debemos buscar este precioso don con más seriedad de lo que solemos hacerlo.

Los que le piden de todo corazón; los que suplican a Dios con frecuencia y sinceridad, y consideran atentamente su Palabra y sus actos, ciertamente crecen en la fe, y llegan a ser fuertes y fervientes en espíritu. Quienes en cambio se contentan con una fe pobre y desprecian los dones más preciosos de Dios, verán decrecer su fe, la cual puede llegar a enfriarse y desaparecer completamente.

¡Arrojemos fuera de nuestros corazones todo lo que nos atemoriza y deprime, y confiemos en Dios!

12. **Nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios.** Ro.5:2b

“La gloria de Dios” puede referirse tanto a su gloria personal, como también a la que les dará a sus hijos. De todos modos, es esencialmente siempre la misma gloria. En efecto, Dios nos hará partícipes de su propia gloria. Como dijo Jesús: “La gloria que me diste, Yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfectos en unidad” (Jn.17:22-23). ¿Qué mente humana puede comprender todo lo que esas palabras nos prometen?

Y aquí no hemos de pasar por alto, sino prestar la mayor atención a lo siguiente: El apóstol todavía no había hablado en su carta una sola palabra sobre la santificación y las buenas obras de los creyentes. Sin embargo ya anticipa, que estos se regocijan en la esperanza de la gloria de Dios. Con eso muestra que ellos no fundan esa esperanza en la santificación resultante de la fe.

Dice que cuando somos justificados por la fe, inmediatamente tenemos paz con Dios, y esperanza de su gloria. Los regenerados, los hijos de la gracia, obtienen inmediatamente su derecho a la herencia celestial. El día después de Pentecostés, cuando la gente escuchó la predicación de Pedro, todos los que creyeron, inmediatamente también pudieron comer con los demás creyentes, “con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios” (Hch.2:46). También el eunuco etíope, que apenas había creído fue bautizado, “y “siguió gozoso su camino” (Hch.8:39); también el carcelero de Filipos, inmediatamente después de haber creído y haber sido bautizado, “se regocijó con toda su casa” (Hch.16:34).

Todas esas personas no necesitaron esperar hasta “madurar en la gracia” y ver los frutos resultantes de su fe. No, bastó con el anuncio del Evangelio de la gracia de Dios en Cristo Jesús, para que obtuvieran un corazón gozoso y feliz.

Y nadie puede obtener ese corazón feliz sin creer en la gracia de Dios, en su bondad inmerecida. Es cierto que los frutos del Espíritu nos pueden dar más seguridad de que nuestra fe es verdadera. Pero, ante todo, la fe y la esperanza deben apropiarse de lo que Dios prometió. Es decir, el perdón de los pecados y la vida eterna, por los méritos de Cristo.

Que todos estén advertidos contra el peligroso error de pensar que cualquier persona, ni bien cree en Cristo como su Salvador, todavía no está preparada para entrar al Reino de los Cielos. Es un grave error pensar que primero hace falta cierta madurez en la gracia, y por lo menos algunos de los frutos del Espíritu. ¡Es una idea falsa y peligrosa! Es verdad que la madurez puede traer consigo una medida mayor de gloria, como revela la Escritura en algunos pasajes. Sin embargo, sólo por la fe en Jesús obtenemos inmediatamente el Reino de los Cielos, la adopción como hijos de Dios, y la herencia celestial.

Y aunque viviésemos cien años bajo la formación y educación de la gracia de Dios, eso no acrecentaría nuestras razones para esperar la glo-

ria eterna. En el mismo instante en que un pobre pecador llega a la fe en Jesús, queda revestido con la ropa de bodas, con la que puede comparecer en la presencia de Dios.

Tanto el malhechor en la cruz, que fue convertido a último momento; como San Juan, que trabajó toda su vida en el Reino de Dios, obtuvieron el mismo don, la misma vida eterna, por la misma gracia de Dios. Por eso San Pablo exhorta a los colosenses a “dar gracias con gozo al Padre, que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz” (Col.1:12).

Todo el que recibe la gracia de nacer espiritualmente de nuevo, por medio de la fe en Cristo, es un hijo de Dios y puede tener la certeza de salvación y bienaventuranza eterna. Así como el derecho terrenal a una herencia depende de la voluntad del dueño y de la existencia del heredero. ¡Conceda el Señor que no solo tengamos esta esperanza, sino que también nos regocijemos en la misma! Así glorificaremos a Dios, y se multiplicarán nuestras fuerzas espirituales en la lucha.

Para la batalla espiritual, el “yelmo de la salvación” es una parte muy importante de la armadura (Ef.6:17). Al luchar por la corona de la vida eterna, la tribulación de la vida presente no sólo nos cansará, también nos causará muchas heridas; recibiremos muchos “dardos encendidos”. Por eso es realmente necesario que refresquemos y fortalezcamos nuestros espíritus con la esperanza de la salvación y de la felicidad eterna. Si va desapareciendo ante nuestros ojos la imagen del bendito hogar celestial, y de la gloriosa corona de la vida eterna, ¡acudamos inmediatamente a las poderosas fuentes de nuestra bendita esperanza! El omnipotente y fiel Dios no defraudará nuestra esperanza. ¡Dejemos crecer nuestra fe, y en seguida seremos abundantemente bendecidos y enriquecidos! Miremos todo lo que Dios hizo desde el principio del mundo, y preguntémosnos: ¿Es posible que Él creara al hombre sin un propósito mayor que acabar hecho polvo, después de haber gozado un poco y sufrido mucho sobre la tierra...? Las facultades del alma humana nos dicen que existe un propósito superior. ¡Y reflexionemos! ¿Acaso Dios hubiese entregado a su amado Hijo a una cruenta muerte de martirio sólo por nuestro bien temporal? ¿Acaso Dios instituyó el Día de Reposo y el ministerio de la Palabra y de los santos Sacramentos sólo para nuestra felicidad temporal? Dios envió su Espíritu a nuestros corazones para convertirnos en pecadores contritos, reanimados y santificados por la fe en Jesucristo; nos cargó la cruz y todas las correcciones que sufrimos diariamente; entonces, ¿podemos dudar aún de la gloria que todo esto anuncia? Y Finalmente: ¿Pudo haber-nos dado Dios todas las promesas de la vida eterna sólo para defraudarnos? “Señor, creo. ¡Ayuda mi incredulidad! (Mr.9:24) ¡Remédiala! ¡Fortalece mi fe!” Esa es la oración que necesitamos hacer para “retener firme hasta el fin la confianza, y el gloriarnos en la esperanza” (He.3:6b).

13. **Si en mi corazón hubiese yo mirado a la iniquidad, el Señor no me habría escuchado.** Sal.66:18

Posiblemente te resulte difícil creer en tu adopción como hijo por parte de Dios. Sí, hasta puede parecerte imposible por uno u otro motivo. Entonces presta atención a la siguiente diferencia: Tal vez el motivo para tu falta de confianza se deba a que eres consciente de que vives en la práctica intencional de algún pecado, que no piensas abandonar. Por ejemplo, puedes estar abrigando un odio irreconciliable contra determinada persona. O puedes estar manteniendo relaciones sexuales prohibidas por Dios, o haciendo estafas con tus negocios o robando en tu trabajo. En fin: Puedes estar haciendo deliberadamente algunas de las “obras de la carne” (Gál.5:19), y tienes la intención de seguir viviendo así.

Entonces no trates de neutralizar o acallar tales contradicciones por medio del Evangelio; de razonar y hacerte creer a ti mismo que a pesar de todo todavía estás en el Reino de Gracia, en la Iglesia. Porque la Palabra de Dios afirma claramente todo lo contrario. Y el Espíritu del Señor, que debe darte la seguridad de la fe y el testimonio de que eres un hijo de Dios, es “el Espíritu de la verdad”, un Espíritu puro y santo, que no puede darte un testimonio contrario a la verdad.

Así siempre tropezarás en las palabras que dijo el apóstol al hechicero (Hch.8:21): “Tú no tienes parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios”. No dice: Tus pecados son demasiado numerosos y graves. ¡No! Dice: “Tu corazón no es recto delante del Señor”. Pero alégrate que tampoco dice: “Por eso estás perdido para siempre”. Sino agrega: “Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón” (v. 22). Ese hechicero estaba totalmente dominado por la hipocresía, “en hiel de amargura y en prisión de maldad”. Sin embargo, ni siquiera él es condenado, antes, se le permite volver a Dios y pedir perdón! Pero notemos que el apóstol no sólo le dijo: “¡Cree en el Señor Jesucristo!” sino también: “¡Arrepiéntete de tu maldad!”

Así dice también el Señor Jesús: “Si tu ojo te es ocasión de caer (si es motivo de tu perdición, un estorbo para tu vida en la gracia), sácalo y échalo de ti”. (Mt.18:9). No dice: “Cree en Mí, y no tendrás necesidad de sacártelo...” No, la fe en Jesús y la buena conciencia resultante, jamás pueden coexistir con pecados a los que nos sometemos para practicarlos voluntariamente. Estos siempre nos alejarán del “trono de la gracia”. Bien observa Lutero que muchos se mantienen alejados de la Santa Cena y la oración por vivir entregados a algún pecado, del que no quieren deshacerse, como rencores, pasiones, etc. “Para esa gente -dice- el mejor consejo sin duda sería que se deshagan del pecado y se vuelvan a Dios en oración y entonces tomen el sacramento. Esto sin duda les vendría mejor que seguir en el pecado y entregarse con cuerpo y alma al diablo”. Es mucho mejor -dice Jesucristo- sufrir la pérdida de un ojo y “entrar a la vida, que conservar los dos ojos pero ser echado al fuego del infierno”. ¡Seamos sabios! ¡Huyamos del pecado!

La corona de la gloria es compensación más que suficiente por todo lo que podamos haber sufrido por crucificar la carne.

Al perseverar en el pecado nos incapacitamos para la oración y perdemos la bendita paz de Dios en la vida presente, y el gozo celestial en la eternidad. Pero notemos que todo esto se refiere a los pecados a los que uno les presta lealtad, no a los que solamente nos causan placer. Porque el viejo placer del pecado siempre queda en la carne, inclusive en las almas santificadas por la fe. No; aquí nos referimos a los pecados a los que uno sirve. Eso es, cuando uno nuevamente se entrega a algún pecado, lo defiende y piensa seguir practicándolo.

Y eso a pesar de que no se trata de algo dudoso, sino de algo obviamente malo, claramente prohibido por Dios. Aprobar algo así, siempre va contra la fe en Jesús y contra su gracia. Eso es muy diferente a la postura del creyente que confiesa: "Amo profundamente el pecado, pero odio y maldigo mi amor por él", y busca la ayuda de Dios todopoderoso para sofocar el incendio de ese impuro amor. Mira, si ese es tu caso, si encaras de esa forma tu amor al pecado y buscas la redención del mismo, ya no debes huir en ningún momento de tu benigno Padre celestial, sino arrojarte inmediatamente a sus brazos, y creer con toda seguridad en su gracia.

Y tenemos que estar en guardia para que no se nos ocurra esperar primero la liberación del pecado, antes de creer en la gracia. Pues justo ese tiempo de espera sería una poderosísima trampa del diablo, con la que podría atraparte. Sólo por la fe en Jesús es como puedes esperar cualquier redención, ya que tu naturaleza carnal ama el pecado. Si, es verdad que hay malos hábitos congénitos que perduran y nos molestan toda nuestra vida en este mundo. Esa plaga obliga a todos los santos a suspirar. "Sin embargo, por los pecados que lamentamos -dice Lutero- siempre tenemos el sacrificio de Cristo para interponer ante Dios". Por eso tampoco nos condenarán, mientras permanecemos con Cristo, y el pecado, por consiguiente, también quede crucificado.

Contra estos pecados y nuestras faltas diarias solo hemos de apelar, de todo corazón, confiada y perpetuamente, a las grandes y eternas razones para el perdón. Es decir: La gracia de Dios y los méritos de Jesús. Hemos de luchar, conscientes de que está en juego nuestra felicidad y nuestra vida eterna, y luchar, para conservar nuestra confianza como amados hijos de Dios. Recordemos siempre que el principal objetivo del diablo es arrancarnos esa confianza del corazón, someternos nuevamente a la esclavitud de la Ley, y arrojarnos a la desesperación. Por eso, busquemos la gracia de Dios en el Evangelio y en la Santa Cena; pidamos su ayuda en oración y recurramos también al consejo y a la intercesión de los hermanos de la fe. De manera que nuestras conciencias no vuelvan a ser esclavizadas, y por el contrario, puedan vencer en todas las luchas por la fe en Jesús.

14. **¡Santificado sea tu Nombre!** Lc.11:2

Esta petición sin duda debe tener un significado más profundo y una mayor importancia que la que percibimos a primera vista, siendo que nuestro Señor Jesucristo le asignó el primer lugar entre las siete peticiones de su oración.

Esta petición está directamente relacionada con el segundo Mandamiento de la Ley de Dios: “¡No tomarás el Nombre de Jehová tu Dios en vano!” (Éx.20:7).

Mandamiento al que se le agrega la terrible amenaza: “Porque Jehová no dará por inocente al que tomare su Nombre en vano”. A la mayoría de la gente no le interesa este Mandamiento ni esta oración, pero Dios le da mucha importancia. Por eso podemos sospechar que aquí se encuentra oculto un gran secreto.

Y qué es lo que el Señor Jesucristo quiere decir con: “¿Santificado sea tu Nombre?” Para aclararlo debemos reflexionar sobre lo que significa el Nombre de Dios. ¿Qué es el Nombre de Dios? Respondo: El Nombre de Dios nos dice todo lo que Él es, con todos sus divinos atributos y poderes.

Pero para saber cómo es Dios, necesitamos la revelación de Dios en la tierra. Y aun así podremos entenderlo solamente de manera muy incompleta. Pues bien, primero Dios se reveló en las obras de su creación. Sin embargo, de esa revelación podemos percibir solamente lo que podríamos llamar sus atributos externos. Pero, sus pensamientos íntimos, su justicia y misericordia divinas, su voluntad y consejo frente a nosotros, los seres humanos, todavía seguirían eternamente encubiertos, si no se nos hubiese revelado en su Palabra; primero en la Palabra escrita, y luego también en la personal, en “el Verbo” encarnado, que “habitó entre nosotros” y nos mostró la gloria del Padre, “siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia” (He.1:3). Por eso necesitamos la Palabra de Dios, si queremos conocerlo.

En resumen: No se puede pronunciar el Nombre de Dios ligeramente, como lo señaló el propio Ángel del Pacto, cuando Manoa le preguntó por su nombre (Jue.13:18), El Ángel (Jesucristo mismo) le respondió: “¿Por qué preguntas por mi Nombre que es admirable?” (O más literalmente: “¿Viendo que es secreto o extraño?”). Así también Moisés le preguntó al Señor por su nombre obteniendo la respuesta: “Yo soy el que soy”. (Éx.3:14). Ese es, literalmente, el significado de la palabra “Jehová”. Este es el Nombre de su majestad. Y a este Nombre añadió muchos agregados, que son descripciones -tanto terribles como hermosas- de sus cualidades. Así, es un Nombre que puede penetrar hasta los tuétanos (He.4:12), cuando dice, por ejemplo: “Yo soy Jehová tu Dios, fuerte y celoso” (Éx.20:5). Sí, hasta se llama “un fuego consumidor” (Éx.24:17); un Dios realmente terrible para todos los impíos. Él, que es el Omnipotente, el Justo y Santo, el Excelso y Magnífico.

Pero la Palabra de Dios también abunda en nombres dulces y sublimes para Dios. Él se designa también como el Compasivo, lleno de gracia y de bondad (Éx.34:6); paciente, justo, abundante en misericordia y fidelidad. Y en forma muy especial, revelado en carne para nuestra salvación, Dios se llama Emanuel, o sea: Dios con nosotros; el Maravilloso, Consejero, Padre eterno, Príncipe de paz. (Is.7:14; 9:6). Él se llama a sí mismo Consolador (Is.51:12), Amigo (Jn.15:13), Pastor (Jn.10:11), Esposo (Mt.9:15), Padre (Is.9:6; Jn.14:10), y Hermano (Mt.12:49).

Pero, ¿quién puede enumerar todos los nombres del Altísimo, que como un suave bálsamo se hallan esparcidos por toda la Escritura? Como bien dice Salomón: “Tu Nombre es como unguento derramado” (Cnt.1:3). En resumen: Toda la Palabra de Dios es o expresa el Nombre de Dios. ¿Cómo podríamos entonces dejar de recordar el Nombre que es sobre todo otro nombre?

Para pecadores como nosotros, el piadoso Nombre “Jesús”, nombre que Dios se da a sí mismo en la Persona del Hijo, es el Nombre más precioso que cualquier otro que se puede mencionar, en el cielo y en la tierra. “Porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos” (Hch.4:12). Ese Nombre da descanso a todos los que están agobiados y cargados.

Consuela a los tristes, sana a los heridos, libra a los cautivos, enriquece a los pobres, borra pecados, justifica y salva a los perdidos. El Nombre del Salvador, es fuente inagotable de consuelo. En este Nombre Dios depositó toda la gracia de su corazón hacia los pecadores, su eterno plan de salvación, su misericordia, su longanimidad y su fidelidad. Dios depositó en el Nombre de Jesús todo, absolutamente todo lo que puede salvar y bendecir a un pobre mortal. Ese breve Nombre es todo el Evangelio. Significa salvación de pecadores.

Y mientras consideramos estos significativos nombres de Dios, notamos que Dios mismo comienza a aparecer en nuestras almas glorificado, magnífico, glorioso, santo, piadoso, siempre conforme a los nombres y a las descripciones que de Él que estuvimos considerando. Por eso comprendemos que pronunciar el Nombre de Dios, es referirse a Dios mismo. Cuando alguien habla mal de una persona, difama su nombre. Así también, todo lo que contribuye a distorsionar la imagen de Dios, -o a disminuir la reverencia a Él y a su Palabra, a su obra, o a su causa en este mundo-, profana o “embarra” su Nombre. Y la santificación del Nombre de Dios incluye todo lo que induce a las almas a glorificar a Dios; a conocerle bien, a amarlo y honrarlo.

15. ¡Hágase tu voluntad! Lc.11:2

Esta petición demanda un corazón totalmente enamorado de Dios, un corazón realmente dedicado a agradecerle. Requiere el corazón de un hijo bueno, que no insiste en complacer su propia voluntad, sino que únicamente desea lo que quiere su padre. Demanda el corazón de un niño al que no hace falta explicarle la razón de esta o aquella medida. Sino que le basta saber que es del agrado de su padre. Miles de personas pueden amar lo que les parece bueno, noble, útil o necesario. Pero eso no es lo mismo que amar la voluntad de Dios.

Hemos de amar a Dios, y por causa de Él, amar cualquier cosa que le agrada a Él, aun cuando parezca equivocada o difícil de cumplir, como cuando Dios le ordenó a Abraham a sacrificar a su único, amado hijo Isaac, “el hijo de la promesa”. Seguramente Abraham no veía ninguna razón para hacer eso, sino únicamente la voluntad de Dios.

La tercera Petición del padrenuestro no sólo nos demanda soportar la voluntad de Dios, sino también amarla y por eso pedir que se haga realidad. Nunca olvidemos que la oración debe provenir del corazón, y no solo del intelecto. Tampoco debe ser solamente el resultado de un Mandamiento, sino principalmente el sincero deseo del corazón.

Sin embargo, cuando la voluntad de Dios es la mortificación y crucifixión de nuestro viejo Adán, todo el mundo quiere quedar libre. Toda persona ama su propia voluntad. Por eso cabe preguntar: ¿Cómo puede obtener alguien tal corazón, que ame la voluntad de Dios al punto de orar para que se haga? Aunque nos atormentáramos a muerte por obtenerlo, jamás lo lograríamos. Dios mismo nos lo debe dar y crear por medio de la regeneración.

Pero cuando un alma quedó tan quebrantada por su propia iniquidad frente a las implacables demandas de la santa Ley de Dios, tanto que realmente comprende su completa indignidad, y luego finalmente oye el Evangelio del maravilloso e inmerecido amor de Jesucristo, y queda tan reconfortada por el mismo, que exclama: “Señor Jesucristo, ¡eres maravilloso!” entonces, es lavado y limpiado en su sangre, y halla toda su felicidad en su amor.

Cuando el amor de Dios es derramado en su alma, entonces este amor y gozo de Dios también se le torna más precioso que cualquier otra cosa que podría pensar o desear. Entonces, la primera pregunta que surge en ese corazón regenerado es: “Amado Salvador, santo Cordero de Dios, que me has redimido: ¿Qué puedo hacer para complacerte? ¡Ojalá pudiese hacer solamente la voluntad de mi piadoso Dios!” En efecto, ahora esa alma ya no conoce nada mejor ni más justo que la voluntad de su Padre celestial; como tampoco nada más malvado que su propia naturaleza caída. Y dice con toda sinceridad: “Oh Dios: domina Tú mi perversa voluntad. Yo mismo no puedo dominarla como quisiera y debiera hacerlo, pero Tú sí puedes...” Y orando así contra nuestra propia naturaleza carnal, oramos por la voluntad de Dios.

Cuando primero fui destruido por la maldad de mi propia voluntad perversa, y luego recuperado por la inmensa gracia de Dios, su voluntad pasó a ser

más importante que mi felicidad egoísta. Cuando su amor y piedad me conquistan de tal modo que me conformo con todo, con tal que se haga Su voluntad, entonces tengo un corazón realmente amante de la voluntad de Dios.

¡Que cada cual observe ahora su propia situación! Aquí estamos ante un texto que nos revela las profundidades más oscuras de nuestros corazones.

Querido lector: Por favor detente un momento en la presencia de Dios, se consciente de que sus ojos ven aun los pensamientos y las intenciones del corazón. ¿Cuál es tu situación? Tú te conoces bien y sabes perfectamente si tienes la costumbre de pedir, suspirar y orar peticiones como esta: “¡Señor Dios, muéstrame tu voluntad, y ayúdame a hacerla!” Pues es imposible que el Espíritu Santo more en un alma sin promover tales deseos.

Es verdad que un cristiano muchas veces puede estar distraído al repetir la petición: “¡Hágase tu voluntad!”, sin pensar en lo que está diciendo. Pero escuchemos la primera y última oración de su corazón, y veamos si no es precisamente esto: “¡Señor Dios, nuestro Padre y Salvador, socórrenos y ayúdanos a cumplir tu voluntad! ¡Ayúdanos contra nuestra horrible indiferencia! ¡Concédenos el deseo y el poder de tu santo Espíritu, para hacer tu voluntad! ¡Y muéstranos tu camino, a fin de que caminemos por la senda de tu verdad!”

Estos deseos son muy característicos en el corazón en el que habita el Espíritu Santo. Esta es precisamente una de las grandes cualidades que habría de distinguir a los creyentes del nuevo pacto. El Señor había hecho profetizar esto, diciendo: “Daré mi Ley en su mente, y la escribiré en su corazón”(Jer.31:33).

Es que la Ley de Dios es la voluntad de Dios. El que Dios haya escrito su Ley en nuestras mentes se nota en que el corazón ahora ama la voluntad de Dios, y el alma suspira sinceramente diciendo: “¡Ojalá pudiese guardar tu Ley de todo corazón, y pudiese complacer plenamente tu voluntad, oh Dios!” No sostenemos que el cristiano sea perfecto. ¡Oh no! Sabemos que es débil, que aún comete muchas faltas, tanto en su vida interior como en su conducta exterior.

Reconocemos que tampoco puede orar, vigilar y luchar contra sus malas costumbres y tendencias como debiera y quisiera hacerlo. Sin embargo, no hay personas que estén más dispuestas a reconocer sus numerosos defectos que los creyentes. Pero notemos también: Tan pronto como entienden que algo es la voluntad de Dios, inmediatamente lo aceptan como una Ley para su conducta, y quieren cumplirla.

Y cuando la carne resiste al Espíritu, recurren a la oración. Oran con fervor diciendo: “¡Hágase tu voluntad!”

Es precisamente esta resistencia de la carne contra el Espíritu, lo que lleva a luchar y orar para que se haga la voluntad de Dios.

16. **¡El pan nuestro de cada día, dánoslo hoy!** Mt.6:11

Las palabras “cada día” se refieren a algo necesario para la continuidad de nuestra existencia. No se refieren a todo lo que nuestro corazón ambiciona, sino solo a lo necesario para el día. Significan exactamente “lo que pertenece al sustento y a la necesidad de nuestra vida”. Al que quiere protestar contra Dios podríamos preguntarle: ¿Acaso no recibiste hasta ahora lo que necesitabas para el sustento de tu vida? Tal vez no recibiste todo lo que esperabas recibir, de acuerdo al estilo de vida que deseaste o imaginaste. No obstante, recibiste todo lo que Dios te prometió. Y Él sabe mejor que nadie lo que más te conviene.

¿O acaso sabes tú cuánta pobreza y cuántas dificultades necesitas como corrección para el eterno bien de tu alma?

Un cristiano, que no sólo es materialmente pobre, sino que también está metido en deudas, posiblemente diga: “Mi caso es diferente, el problema no es solamente mi pobreza. Le debo dinero a medio mundo, y posiblemente no pueda pagar lo que corresponde a todos mis acreedores. Tal vez llegue a ser motivo de burla de los chismosos, y por eso también una vergüenza para el Evangelio...” Respondo: Con tal que no tengas el defecto del orgullo, de tal forma que necesites una profunda humillación; y con tal que no tientes a Dios con negligencia, pereza, vanidad y despilfarro de sus dones; y si eres ordenado, humilde, aplicado y fiel en tus responsabilidades, y oras esta cuarta petición con fe, entonces posees todas las promesas del Señor, ha prometido que Él te dará lo suficiente, de modo que no necesitarás pasar la vergüenza de un estafador, y le podrás devolver lo justo a tus acreedores. Posiblemente necesites corregir el defecto de tentar al Señor con pereza o despilfarro; o tal vez el orgullo de confiar demasiado en tus posibilidades. Esas faltas pueden provocarle al cristiano la amarga experiencia, (más penosa que la pobreza), de no poder devolverle a cada cual lo que le debe.

Además, por enfermedades u otros problemas, a veces un hijo de Dios no puede mantenerse económicamente solo, y tiene que recurrir a la ayuda de sus hermanos. Esto puede ser humillante, y herir el orgullo. Sin embargo, es parte de la formación que el Señor aplica a algunos de sus hijos. A veces son tratados de esa forma hasta quedar suficientemente disciplinados como para poder recibir con humildad los dones de Dios. Sólo Él es el Padre sabio y todopoderoso que con su diestra es capaz de resolver cualquier dificultad.

Pero la cuarta petición también contiene sabiduría para los afortunados, aquéllos que no saben nada de esas ansiedades por el sustento, y no parecen tener necesidad de orar por el pan cotidiano. Hay dos palabritas en esta petición, en las que debieran meditar. Son las palabras “nuestro” y “dánoslo”. Quien tiene “la mente de Cristo”, también reflexionará en estas sus palabras.

Jesús no dice que oremos: “¡Dame mi pan de cada día!” sino: “¡El pan

nuestro de cada día dánoslo hoy!” ¿O piensas que Dios te dio toda esa abundancia de bienes para que los disfrutes tú solo, y los uses como se te dé la gana? ¿O crees que administras bien si solamente amontonas riquezas para tus hijos? ¿Qué dice el Señor al respecto de esto? “¡Da cuenta de tu mayordomía, porque ya no podrás más ser mayordomo!” (Lc.16:2). Recordemos que cuando Dios les da muchos bienes materiales a algunas personas, espera que los administren según su voluntad. Nos preguntamos alguna vez: ¿Por qué Dios distribuye sus bienes en forma tan desigual aquí en la tierra? Uno es tan rico, que posee mucho más de lo que necesita. Otro es tan pobre, que no tiene ni siquiera lo elemental.

Esta distribución extraña y desigual se debe a que tenemos diferentes vocaciones. Quienes recibieron más bienes materiales de lo que necesitan deben darse cuenta que están llamados a ser “mayordomos” del Señor. Deben administrar esos bienes para el Señor. Él quiere dejar que se reúna alrededor de ellos una multitud de pobres, que los pongan a prueba. Quiere observarlos cada día, a ver si van a administrar sus bienes honestamente, y distribuirlos como fieles mayordomos, o si prefieren “esconderlos en la tierra” (Mt.25:25), o reservar sus tesoros solamente para ellos y sus hijos. No olvidemos nunca esa gran regla general: “A quien se le haya dado mucho, mucho se le demandará; y al que mucho se le haya confiado, más se le pedirá” (Lc.12:48). Ni tampoco olvidemos “la regla de oro”, que dice: “¡Amarás a tu prójimo como a ti mismo!” (Mt.19:19).

Tampoco cerremos nuestros ojos ante los numerosos pobres, enfermos, débiles y deficientes que nos rodean y extienden sus manos hacia nosotros pidiendo pan. Por eso hemos de orar en esta petición por todos los seres humanos, sin decir: “Dame mi pan hoy”, sino: “El pan nuestro... ¡dánoslo hoy!” Y no oremos como sinvergüenzas, diciendo “nuestro” en la oración, pero usando los bienes que recibimos egoístamente. ¡No! Recordemos que solamente somos mayordomos. Y hemos de deleitarnos en poder serlo por el amor de Jesucristo, de modo que Él pueda decir de todo el bien que hemos hecho: “¡A Mí me lo hicisteis!” (Mt.25:40).

Más aún: Sabemos que la expresión “pan nuestro de cada día” no se refiere únicamente al alimento y a la ropa. ¡No! Simboliza también todo lo que pertenece al sustento y a las necesidades de esta vida temporal; como casa y hogar, propiedades y dinero, piadoso conyugue, piadosos hijos y criados, buen gobierno, buen tiempo, clima favorable, paz, salud, honor y castidad; fieles amigos, buenos vecinos etc. Teniendo todo esto en cuenta, ningún cristiano se quedará corto de motivos para orar esta petición, si es que no vive egoístamente solo para sí mismo, sino que piensa también en su prójimo. Y sabemos que el Señor fácilmente puede quitarnos todos los bienes que poseemos. De manera que siempre tenemos motivo para rogar para que -en su gracia- nos preserve diariamente con su generosidad. O sea, por “el pan de cada día”. Es muy saludable que el cristiano recuerde su continua dependencia de Dios.

17. **Y así como hemos traído la imagen del (hombre) terrenal, traeremos también la del celestial.** 1 Co.15:49

Cuando escuchamos un anuncio como este, hemos de pedirle a Dios la gracia de que abra nuestros ojos y nos dé fe. Escuchémoslo de nuevo: "Así como hemos traído la imagen del hombre terrenal, traeremos también la del celestial". ¿Lo creemos? Llevamos la imagen del hombre terrenal, la imagen de Adán, y lo sentimos en todos nuestros miembros y sentidos más de lo que quisiéramos.

Pero, ¿Creemos con la misma seguridad, que un día también llevaremos la imagen del hombre celestial, o sea de Cristo, nosotros, los que que estamos unidos a Él? ¿Creemos que tanto Adán como Cristo fueron, uno tan seguro como el otro, ancestros y prototipos nuestros, conforme a los cuales hemos de ser formados? Ambos son dos modelos que caracterizan las dos grandes épocas de nuestra existencia: La primera, la temporal, en la que fuimos creados a imagen del hombre terrenal, semejante a Adán; y la otra, la eterna, en la cual recibimos la imagen del hombre celestial, semejante a Cristo. ¿Creemos que tan cierto como que llevamos la imagen terrenal en esta vida actual, con toda la miseria que esta conlleva-, algún día llevaremos la imagen de Cristo, con toda la gloria que eso implica? ¿Creemos que eso ocurrirá en el tiempo señalado, con todos los que están en Cristo, con la misma seguridad en que se producen los cambios en la naturaleza, como a la noche le sigue el día, o como al frío y crudo invierno le sigue la agradable primavera? ¿Puede ser cierto esto? Sí, ¡alabado y glorificado sea el Nombre del Señor!

Observando lo que somos, vemos en que consiste llevar la imagen del hombre terrenal. "Adán engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen", dice la Escritura (Gn.5:3). En nuestro texto (1 Co 15:49), el apóstol habla de nuestros cuerpos, que llevan la semejanza de Adán: Deshonra, debilidad, corrupción... en fin, tenemos un cuerpo físico, que debe ser sustentado por medio de nutrientes terrenales del reino mineral, vegetal y animal. Y finalmente, tiene que volver a la tierra. Pero además, a la imagen del hombre terrenal le corresponde toda una cadena de calamidades, pecados, miserias y desgracias. Toda nuestra existencia se compone de faltas, como ser el desprecio a Dios, idolatría, negligencia y resistencia a la voluntad de Dios; el egoísmo, orgullo, hipocresía, infidelidad, ira, odio, envidia, calumnias, deseos impuros, avaricia, etc., etc.

Como dice Jesús: "Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias" (Mt.15:19). Y también: "De dentro del corazón de los hombres salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lascivia, la envidia, la maledicencia, la soberbia y la insensatez" (Mr.7:21-22). Sí, esta es la imagen de Adán con relación al pecado.

Pero de ahí también procede toda la maldición y miseria que hay en la tierra: Un corazón sin paz, una conciencia acusadora, sentimientos de dolor, de culpa... preocupación, inseguridad, temor, sospechas... problemas de salud, penas, pobreza, los "dardos encendidos del maligno", y finalmente muerte y descomposición. Nos guste o no nos guste, todavía tenemos que soportar estos males heredados de Adán. Como si tuviésemos que cruzar un matorral de espinos, que nos hieren y hacen sangrar todo el tiempo. ¡Ah, querido hijo de Dios, no te canses! ¡No te vuelvas impaciente! Es sólo un sufrido trance. Vendrán tiempos mejores, tan seguro como que Dios no creó al hombre solamente para sufrir.

"Así como hemos traído la imagen del hombre terrenal, traeremos también la imagen del hombre celestial". Y la imagen de éste, es totalmente opuesta a la del hombre terrenal. A la imagen de Cristo, al hombre celestial, le pertenece un "cuerpo espiritual"; o sea, gobernado por el Espíritu, como el cuerpo de Cristo resucitado. En vez de deshonra, cosecharemos honra eterna y gloria celestial. En vez de debilidad, deficiente y mala salud, gozaremos de eterna salvación, fortaleza y bienestar. En vez de tristeza, temor, terror e inseguridad, un eterno gozo, bienaventuranza y seguridad; placeres sin fin a la diestra de Dios; una cadena interminable de sublimes delicias celestiales; y sobre todo, en vez de nuestra constante y penosa pecaminosidad, gozaremos de eterna e imperturbable santidad, amor y pureza. Ahí seremos capaces de amar a Dios de manera tan plena, perfecta y ardiente, con tanta felicidad, como jamás podremos comprender en nuestro estado actual.

Por ejemplo, el cristiano que conoció por un momento, -quizás durante su primer encuentro con -Jesús, algo de la gloria del mundo venidero, algo de la maravillosa e inmensa bondad del Salvador, puede decir que si esa experiencia hubiera durado para siempre, él ya estaría en el cielo, disfrutando la bienaventuranza eterna. Porque en el perfecto amor de Dios, que es la suma de la imagen de Cristo, está la mayor felicidad. Imaginémonos, entonces estar libres de todo mal, en todos los aspectos; sentirnos completamente santos y puros como los ángeles de Dios; llegar a ser perfectamente todo lo que quisimos y ambicionamos aquí, sin lograrlo jamás; y no necesitar temer nunca más ningún mal o peligro, sino por el contrario, disfrutar una seguridad y paz eterna en compañía del Salvador exaltado, ¡y contemplar con toda claridad los maravillosos misterios de Dios!

En realidad, este fue el propósito por el cual Dios creó al hombre, esa extraña criatura. Eso es, efectivamente, lo que cabía esperar de Dios, cuando creó al hombre a su imagen. Él es el Dios de todas las bendiciones, que bien pudo crear una interminable bienaventuranza con la misma facilidad con que creó las enormes masas de agua de los inmensos océanos.

18. Tú (pueblo de Israel), que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios? Porque, como está escrito, el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros. Ro.2:23-24

El apóstol Pablo resume todo lo que dijo en el capítulo 2 de su carta a los Romanos, en una demoledora pregunta final: “Tú (Israel), que te jactas de la ley, ¿con infracción de la ley deshonras a Dios?” Al mismo tiempo que los judíos se jactan de la ley, de poseer la revelación de Dios, son injustos y deshonestos; así causan deshonra y provocan blasfemias contra Dios y su Palabra, “...porque el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros”. Llevan una vida tan escandalosa, que cuando los gentiles ven lo que hacen, y oyen que todavía se jactan de conocer al verdadero Dios y su ley, deben pensar que ese Dios y su ley no pueden ser buenos, puesto que su pueblo vive tan escandalosamente. Dios mismo se queja de esto por boca de sus profetas.

En su Palabra Dios dice: “Y cuando llegaron a las naciones adonde fueron, profanaron mi santo Nombre, diciéndose de ellos: Éstos son pueblo de Jehová, y de la tierra de Él han salido” (Ez.36:20). Este es el punto principal de la demoledora denuncia que el apóstol lanza aquí contra los judíos.

Que la forma de vida que llevamos haga que el precioso Nombre de Dios sea blasfemado, es algo tan terrible, que cualquier corazón piadoso casi se parte con el solo pensamiento de haber cometido algo así. Y aquí el apóstol afirma que los judíos vivían así, por esta razón los los entenebrecidos paganos podían deshonrar y blasfemar el nombre del Señor; por culpa de su pueblo infiel.

Recordemos que el judío, si bien fue más favorecido que los paganos, gracias a las numerosas y grandes revelaciones recibidas, siempre miraban a éstos con desprecio y lástima, considerándolos como “ciegos” y como quienes vivían en tinieblas. Cuando el apóstol ahora acusa a los mismos judíos, de que por culpa de sus pecados los propios paganos estaban aprendiendo a despreciar y blasfemar a Dios, usó una comparación terriblemente demoledora. Es que el corazón humano tiene que ser quebrantado primero, para que se pueda producir el nuevo nacimiento, y se pueda recibir la bendita vida de la gracia de Dios, que el Evangelio anuncia. Ese fue el propósito del demoledor sermón del apóstol.

Pablo debía “prepararle el camino al Señor”, “rellenar todo valle”, “nivelar todo monte y cerro” (Is.40:3,4; Lc.3:4-5). Así el apóstol, debió primero herir y humillar, a fin de permitir que el glorioso Evangelio de Jesucristo luego sanase y reanimase tanto mejor a los penitentes.

Siento tener que decir aquí, que las duras palabras del apóstol acerca de los judíos, se aplican demasiado bien a muchos cristianos nominales, mayormente a los “escribas” o teólogos; a los indisciplinados maestros, que viven en la impenitencia. ¡Ah, ojalá todos los que leen estas palabras

del apóstol las pudiesen tomar a pecho y analizarlas para ver cómo se aplican a cada uno!

Mediante el Bautismo has ingresado al pacto con Dios. Ahora también participas del sacramento del cuerpo y de la sangre de Cristo. Quizás posees un buen conocimiento de la Escritura, de modo que les puedes anunciar la Palabra de Dios a otros. Tal vez también hables de la necesidad del arrepentimiento, de la fe salvadora y de una vida santa, todo lo cual es una correcta aplicación del texto. Pero...¿vives tú mismo en arrepentimiento ante Dios? Pues “no hay cosa creada que no sea manifiesta en su presencia; antes bien, todas las cosas están desnudas y abiertas a los ojos de Aquel, a quien tenemos que dar cuenta” (He.4:13). Él lo sabe todo. ¿Vives en verdadera comunión de fe con tu Salvador?

¿Vives tú mismo en cotidiana santificación, a fin de mortificar tu propia carne, sus malos deseos y concupiscencias? O es que tu cristianismo sólo consiste en saber y hablar, de manera que dices: “Hay que temer y amar a Dios sobre todas las cosas”, pero en realidad vives sirviendo a tus propios ídolos, sin escrúpulo alguno, ni lamentación por ello ante el trono de la gracia.

Posiblemente sepas interpretar y enseñar todos los Mandamientos de Dios a otros, ipero tú mismo eres un avaro, o profanador del día de reposo, o un borracho, o vives odiando a tu prójimo, o practicando alguna iniquidad!

¡Ah, qué horrenda hipocresía sería eso! Pero el Señor omnipotente y santo lo ve, y te conoce. Tan seguro como que Dios no miente, con eso “atesoras para ti mismo ira, para el día de la ira y de la revelación del justo juicio de Dios” (Ro.2:5). De esta manera les das a otros motivo para blasfemar, y demuestras tu desprecio por la sagrada doctrina que profesas. Tus familiares y vecinos se sentirán apoyados en su impiedad y resistencia a la conversión. Y así colaboras en la perdición y en el endurecimiento de aquellos, por los que Cristo se entregó a la muerte. Un día Dios te juzgará por estas cosas.

Si dejaras de pretender que eres un discípulo de Jesús, pecarías solo por tu propia cuenta. Mas ahora pecas contra el santo nombre del Señor y contra el rebaño que Él compró a tan alto precio. Por eso el Señor dice: “¿Qué tienes tú que hablar de mis leyes, y que tomar mi pacto en tu boca? Pues tú aborreces la corrección, y echas a tu espalda mis palabras” (Sal.50:16-17).

19. **(Abraham) tampoco dudó, por incredulidad, de la promesa de Dios, sino que se fortaleció en fe, dando gloria a Dios. Ro.4:20**

Abraham no desconfió de la promesa de Dios, sino que siguió creyendo y esperando su cumplimiento, aun cuando más adversa parecía la situación a los ojos humanos; y con eso “dio gloria a Dios”.

Vale la pena reflexionar en esa expresión. Quien en grandes pruebas de fe, aún sigue creyendo que Dios es fiel y guarda sus promesas; quien sigue esperando donde ya no hay esperanza, sólo porque Dios dio su promesa, el tal le da gloria a Dios. Esa persona reconoce en serio, que Dios es todopoderoso y veraz.

Como dice Lutero: “Darle a Dios la debida gloria, no es otra cosa que tenerlo por Dios fiel y veraz, sabio, piadoso y todopoderoso; en pocas palabras: Reconocerlo como al único que crea y da toda clase de cosas buenas”. Esto se hace sólo por la fe. Por el contrario, por medio de la incredulidad privamos a Dios de su gloria y lo convertimos en un ser débil, impotente e infiel. Como dice San Juan: “El que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso” (1 Jn.5:10), lo cual, por supuesto, es algo horrendo. Pero así es la incredulidad.

Dice otra vez Lutero: “Lo más elevado que Dios nuestro Señor demanda de nosotros, los seres humanos, es que lo tengamos por Dios y le demos gloria. O sea, que no lo tengamos por un dios imaginario e irreal, sino por el Dios verdadero y real, que se interesa por nosotros, oye nuestras oraciones, nos tiene compasión y nos ayuda en toda desgracia. Cuando recibe ese honor de nosotros, su gloria divina permanece íntegra e inviolada entre nosotros. Entonces Dios recibe todo lo que un corazón fiel le puede dar. Tributarle a Dios esa gloria de todo corazón, sin dudas es la suprema sabiduría, la máxima justicia, el mayor sacrificio y la adoración más sublime”.

Si tuviésemos esto siempre bien presente, trataríamos de obtener el don de la fe más de lo que generalmente hacemos, porque después de todo sería un placer para nosotros estar en condiciones de ofrecerle a Dios algo que realmente le agrada. Hacemos esto solamente si confiamos en sus palabras y promesas y lo glorificamos con eso.

El apóstol sigue aclarando cómo Abraham glorificó a Dios por la fe, diciendo que él estaba: “...plenamente convencido de que (Dios) era también poderoso para hacer todo lo que había prometido”. Estaba plenamente persuadido de que el Señor que le había dado la promesa, también era poderoso para cumplirla.

La pregunta que el Señor le había hecho: “¿Hay para Dios alguna cosa difícil?” (Gn.18:14), hizo pensar profundamente a Abraham. Cualquier cosa que Dios prometía, también podía cumplirla, porque era el propio omnipotente Creador, para quien, por supuesto, nada es imposible.

Fue la misma observación que le hizo creer a la virgen María el extraño anuncio de que ella, que “no conocía varón”, llegaría a ser la madre del

Hijo de Dios, cuando el ángel le recordó: “Porque nada hay imposible para Dios” (Lc.1:34,37).

Aquí vemos que la fe debe afirmarse en la omnipotencia de Dios. Pues debe confiar en cosas que superan a la razón e incluso le parecen absurdas. Cosas que solamente la omnipotencia de Dios las puede concretar. Ciertamente no es “fe” cuando acomodamos una promesa de Dios, de tal modo que nosotros, limitados y espiritualmente ciegos seres humanos, podamos entender la forma en que se cumplirá. Por el contrario, eso sería medir el poder y la sabiduría de Dios de acuerdo a nuestros criterios, y equipararlo así con nosotros, criaturas necias, caídas e impotentes. Lo cual es pura blasfemia. ¡No! Con tener tan sólo una palabra del Dios todopoderoso, debo contentarme.

La fe no se deja derribar con la pregunta: “¿Cómo es posible esto?”, sino que rechaza todos esos debates con la contra pregunta: “¿Acaso hay algo imposible para el Señor?”

Fue precisamente con esta pregunta y con las palabras de nuestro texto, como Lutero y sus colaboradores se fortalecieron en la lucha por la doctrina correcta con respecto a los santos sacramentos, frente a los que sostenían que había que aceptar solamente lo que se podía explicar con la razón.

Todos los creyentes deben prepararse en forma especial contra tales pruebas; la prueba de la fe en la gracia frente a todo pecado, tentación y tribulación; y la prueba de la fe en la respuesta de Dios a sus oraciones, y en la ayuda de Dios en cualquier desgracia durante el peregrinaje terrenal.

En tales pruebas ninguna otra cosa será suficiente para sostener la fe, excepto la confianza en el poder de Dios mismo. Nuestro propio Señor Dios se ocupará de nosotros, para que superemos esas pruebas, porque lo que está en juego es su gloria y nuestra afirmación en la gracia. Y a su debido tiempo Él nos libraré.

Cuantas más pruebas soportemos, que nos hagan suspirar y clamar por todo nuestro sufrimiento interno y externo, tanto más exaltados quedarán su poder y fidelidad. Como Él mismo nos dice: “Yo iré delante de ti, y enderezaré los lugares torcidos; quebrantaré puertas de bronce, y cerrojos de hierro haré pedazos... para que se sepa, desde el nacimiento del sol, hasta donde se pone, que no hay más que yo; Yo, Jehová, y ninguno más que yo” (Is.45:2-6).

20. Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios. Él es quien perdona todas tus iniquidades.

Sal.103:2-3

Tal vez digas: “Yo también podría creer en el perdón, si no fuese por cierto pecado que cometí. ¡Pero ese pecado es demasiado grave y alevoso para que me sea perdonado!”

¿Quizás tienes un pecado secreto en tu corazón? Entonces es verdad que creer en el completo perdón es difícil, pero notemos bien lo que dice el salmo: “Él es quien perdona todas tus iniquidades”.

Es cierto que existe un pecado fatal, que nunca obtiene perdón. Y ese es “la blasfemia contra el Espíritu Santo” (Mt.12:31b). Pero los culpables de este pecado, tampoco suelen confesarlo y buscar el perdón.

Nuestro Señor Jesucristo declara categóricamente que ese es el único pecado que jamás será perdonado. Con relación a todos los demás dice: “Todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres”, y enseguida menciona la única blasfemia exceptuada (Mt.12:31a). Por lo demás, aun para pecados tan graves como otras blasfemias y las más horrendas iniquidades, hay perdón. Recordemos que el propio Señor declara solemnemente: “Si vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve serán emblanquecidos, si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Is.1:18). ¡Detengámonos aquí! Ante semejante declaración de parte de nuestro misericordioso Dios, ¿acaso no habríamos de acatar su voluntad y tomar en serio sus palabras, aunque nuestra mente no lo comprenda y nuestro corazón no sienta nada de ese perdón? ¿O vamos a luchar contra Dios y rechazarlo, negándonos a creerle, aunque nos dio una promesa tan grande y tan consoladora? Con eso nos haríamos culpables del terrible pecado de acusar a Dios de mentiroso. Después de oír esto, ¿querrá alguien todavía alejarse de su Dios, en una equivocada actitud de fría y terca incredulidad?

Tal vez alguien diga: “Hubo una vez cuando yo también creí en el perdón y lo recibí; pero volví a pecar. Dios no puede seguir perdonando perpetuamente, ¿o sí puede?” Respondo: Es por cierto un pecado muy grave, volver a pecar después de haber obtenido perdón y paz. No obstante, prestemos atención a las palabras del salmo. No dice: “Él es el que ha perdonado todas tus iniquidades”, como si lo hubiese hecho una sola vez en el pasado. ¡No! Dice: “Él es el que perdona”, o sea: el que perdona incesantemente. Si no siguiese perdonando perpetuamente, su perdón no nos aprovecharía, porque entonces ni un alma se salvaría. Todo estaría irremediabilmente perdido, siendo que nuestra carne peca continuamente, y cometemos transgresiones todo el tiempo. Aquí cabe el precioso comentario de Lutero: “El pecado está permanentemente adherido a nuestra carne; mientras vivimos en este mundo, no dejamos de cometer faltas y ofensas. Por eso necesitamos el eterno y firme perdón de Dios. Esto es así para que no volvamos a caer bajo su ira por culpa de nuestros pecados, sino podamos permanecer siempre, y

a pesar de todo, bajo la gracia en virtud del perdón.” Esta es la eterna alianza del Señor, y es la razón por la cual el pecado no nos puede condenar.

Tomemos aquí al propio David como ejemplo. Durante mucho tiempo él había vivido bajo la gracia de Dios, y disfrutado sus favores en forma extraordinaria. Ya desde muy joven recibió la Palabra de Dios y la iluminación del Espíritu Santo. Fue un humilde pastor de ovejas, escogido y ungido para ser rey del pueblo de Dios. Luego fue bendecido con grandes victorias sobre sus enemigos. Y tuvo mucha gloria en Israel. Más aún: También fue un gran profeta del Señor. ¡Pero miren! Al mismo tiempo cayó en dos de los mayores pecados: ¡Adulterio y asesinato! Se cargó entonces con “pecados rojos como la grana”. Y notemos: Fueron cometidos por una persona muy iluminada y que conocía la gracia. No obstante, ¡obtuvo nuevamente perdón! Recibió de boca del profeta Natán una maravillosa absolución, inmediatamente después de haber confesado su pecado al Señor (2 S.12:13b).

¿Y qué había hecho a fin de reconciliarse con Dios y obtener su perdón? Absolutamente nada. Ni siquiera la menor parte.

Sólo después de mucha resistencia, finalmente fue conducido por medio del dolor y la amonestación al arrepentimiento. Y en medio de su vergüenza se presentó ante Dios, para confesarle su culpa. Y entonces, inmediatamente recibió el perdón. Él mismo confiesa: “Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová, y Tú perdonaste la maldad de mi pecado” (Sal.32:3,5).

¿Comprendes ahora en qué consiste la eterna alianza de Dios? Significa que ningún pecado puede condenarnos.

Aunque recayésemos en pecado después de haber disfrutado la gracia e iluminación de Dios, podemos recobrar inmediatamente su perdón. Lisa y llanamente podemos sacar la siguiente conclusión: “Si David tuvo tanta iluminación y gracia, y sin embargo pecó en la forma más malvada, pero se arrepintió y Dios le perdonó, yo tampoco debo desesperar, ni alejarme de Dios ni siquiera por un momento. También yo puedo y debo estar seguro de que Él me perdona. No debo agregar a todos mis pecados la blasfemia contra Dios, al contradecir su Palabra que me ofrece y asegura el perdón por medio de la fe en Jesucristo. Si no la creyera, estaría sosteniendo que Dios hace diferencia de personas, porque perdonó a David y no a mí” (Ro.2:11). Si él, no obstante sus graves pecados, obtuvo gracia, yo no debo desesperar tampoco. Menos aún, si tengo presente que el propio Dios declara: “Vivo Yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva” (Ez. 33:11).

21. **Él es... el que sana todas tus dolencias.** Sal.103:3

Este texto es muy consolador, y además se refiere a la otra gran ayuda que necesitamos contra el pecado. Luego de recibir el perdón de Dios, necesitamos ayuda para mantenernos libres del pecado. Y el Señor efectivamente desea concedernos esa gracia.

Él "sana todas tus dolencias". Esto es tan seguro, como que te ha perdonado todos tus pecados, y como que tú efectivamente has recibido este perdón. Tan cierto como que eres un amado hijo de Dios, estás unido a tu Salvador, y posees el Espíritu Santo.

Por ser un cristiano, tu mayor deseo es librarte de los defectos que todavía tienes. No existe mayor angustia para ti que la de tus propias debilidades y transgresiones. Tu pena más profunda te la causan tu pecado y tus defectos personales. Si no tienes esa manera de pensar, a la par de tu fe, todavía no sabes lo que es la verdadera fe.

La fe salvadora, la fe en Jesús, también es fe santificadora. Pues, aunque hayas tenido muchas experiencias espirituales, y entendido teóricamente todos los artículos de la doctrina de la fe, y pienses que eres un creyente, no obstante, si tus pecados no te afligen más que cualquier otro mal en el mundo, tu "fe" no es más que una ilusión imaginaria.

La Escritura dice expresamente: "Los que son de la carne, piensan en las cosas de la carne. Pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu" (Ro.8:5). Y también: "Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de Él" (Ro.8:9).

A los que tienen el Espíritu de Cristo les es imposible no pensar en cómo ser santos y semejantes a Él. Éste es su mayor anhelo, y en el mismo grado sufren por sus defectos, puesto que el Espíritu de Cristo no puede vivir en paz y armonía con la carne. Y es igualmente imposible que la carne, la naturaleza pecaminosa en nuestro seno, pueda estar en unión con el Espíritu.

Por eso San Pablo también confiesa de sí mismo: "Según el hombre interior, me deleito en la Ley de Dios. Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la Ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros" (Ro.7:22-23).

Pero en segundo lugar, también se requiere que entendamos correctamente que significa que el Señor sana nuestras dolencias. Algunos sostienen que podemos llegar a estar plenamente libres de las mismas; tan libres de ellas como lo fue Cristo, y como seremos en el cielo. Pero no es así. Esto es una ilusión. Es cierto que Dios quiere sanar todas las veces nuestras dolencias y enfermedades espirituales. Éstas, sin embargo, siempre pueden volver.

¡Que nadie se descuide! Vimos que San Pablo tuvo que sufrir una ley en sus miembros, batallando contra la Ley en su mente, al punto que algunas veces lo llevaba cautivo. ¡No! La recuperación espiritual se realiza de la misma manera que la física. En su recuperación física el paciente siempre

puede sufrir una recaída; caer, accidentarse, o contraer el mismo mal de nuevo. Dios no nos dio ninguna inmunidad contra las dolencias físicas. En lugar de eso, llenó el mundo de remedios y nos dio médicos para curar toda clase de enfermedades.

De esa manera sucede también con la vida espiritual. Aquí, en esta vida, Dios nunca nos libra definitivamente de nuestros defectos. Pero todo el tiempo quiere ser nuestro médico, como dice expresamente: “Yo soy Jehová, tu Sanador” (Éx.15:26b).

La iglesia de nuestro Señor Jesucristo en este mundo no es más que un enorme hospital, en el que todos padecen sus males. Ahí no se encontrará ni un solo santo, a nadie que no se vea acosado por algún pecado. Y para colmo, somos demasiado impotentes para librarnos por nuestros propios medios. Porque si estuviésemos en condiciones de hacerlo, todos los cristianos sin duda lo harían inmediatamente.

Nuestro único consuelo es que el propio Señor quiere ser nuestro médico, y sanar todo el tiempo todas nuestras dolencias. Notemos que el Salmo no dice: “Dios es el que sanó...”, como si lo hubiese hecho una sola vez, para siempre, sin la necesidad de sanarnos más veces. ¡No! Aquí dice: “Él es el que sana...”

Ocurre y debe seguir ocurriendo continuamente. Y procede así a fin de castigar, afligir, golpear y “matar” primero a nuestro viejo hombre. Y luego, cuando imploramos por gracia, para volver a consolar, reanimar y restaurarnos.

Entonces también despierta una nueva fuerza de voluntad en nosotros, para conducirnos con más cuidado. Es tan consolador oírle a Él mismo decir: “Ved ahora que Yo, Yo soy, y no hay dioses conmigo. Yo hago morir, y Yo hago vivir. Yo hiero, y Yo sano”(Dt.32:39). Tomemos al propio David como un ejemplo de esto.

Además de sus defectos menores de cada día, David caía a veces en graves errores espirituales. En cierta ocasión, cayó en una codicia impura tan intensa, que tomó la mujer de su prójimo! Y miren: El Señor lo reprendió e hirió, pero también lo restauró y sanó.

En otra ocasión cayó en soberbia, por la que hizo censar a su pueblo (2 S.24:2). Y observen: El Señor lo hirió, pero también lo volvió a sanar. Entonces compuso este salmo: “¡Bendice, alma mía, a Jehová, y no olvides ninguno de sus beneficios! Él es quien perdona todas tus iniquidades, el que sana todas tus dolencias” (Sal.103:2-3).

22. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. 1 Co.13:2

Una forma sutil de auto justificación, es tratar de alcanzar el cielo por medio del amor y sus manifestaciones. Esto es lamentable.

Pero también tenemos que lamentar lo contrario. Vemos a cristianos que aprendieron la gran verdad principal, que son justificados sin mérito alguno de su parte, sólo por la fe en Jesucristo, y que por medio de esta fe reciben el amor de Dios, pero después de algún tiempo se vuelven tan fríos, apáticos y negligentes en el amor y en sus manifestaciones, que parecen vivir sólo para sí mismos. Y son rápidos para excusarse por esta falta, diciendo que somos salvos sólo por gracia, por la fe solamente, como si una fe sin amor nos podría salvar...

Contra este lamentable engaño debemos pensar frecuente y seriamente en lo que la Palabra de Dios nos enseña al respecto. Es cierto que somos justificados ante Dios por medio de la fe, por pura gracia; solamente por el amor de Dios, que nos entregó a su Hijo por Salvador, y no por nuestro amor. Pero no es cierto que somos justificados por una fe sin amor. ¡No! "Es tan imposible que exista una fe viva sin amor, como que exista fuego sin calor" (Lutero).

Cuando las Escrituras enseñan que somos justificados sólo por fe, significa que somos justificados solamente por la obra de Cristo; y la fe en Cristo produce normalmente una respuesta de amor a Él.

Nuestro Señor Jesucristo dijo: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Jn.13:35). Y en su primera epístola San Juan repite muchas veces que sólo por causa del amor sabemos "que somos de la verdad" y que "somos de Dios", y "nacidos de Dios" (1 Jn.3:19; 5:19; 4:7).

Una vez que llegamos a la fe, nuestros corazones también conocen este nuevo y ardiente amor, no sólo hacia el piadoso Dios que nos perdona todos nuestros pecados, sino también hacia nuestros semejantes.

Por un lado sentimos ese "afecto fraternal" hacia todos los que, según nuestra opinión, creen en Jesucristo y lo aman. Y por el otro, también sentimos piedad por los infieles, de modo que pensamos con entrañable "caridad" en la salvación y eterna bienaventuranza de todos los seres humanos.

Si este sagrado amor se apaga, ¿qué pasa con nuestra fe? Por serena y robusta que sea nuestra confianza, y por más brillante que sea nuestra luz espiritual, nuestra fe no es nada más que una imagen muerta de lo que fue antes, siendo que ya no produce ningún amor.

Notemos las grandes y sublimes virtudes que nuestro Señor Jesucristo encontró en el ángel de la Iglesia de Éfeso, aún después de que éste había abandonado su primer amor (Ap.2:1-7). Según la declaración del Señor

esa falta de amor era una “caída” tan grave, que si no se producía un sincero arrepentimiento, el candelero sería quitado de su lugar (v.5).

“Conozco tus obras -dijo el Señor- y tu arduo trabajo, y tu paciencia; y que no puedes soportar a los malos, y has probado a los que se dicen ser apóstoles, y no lo son, y los has hallado mentirosos; y has sufrido, y has tenido paciencia, y has trabajado arduamente por amor de mi Nombre, y no has desmayado. Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor. Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras; pues si no, vendré pronto a ti, y quitaré tu candelero de su lugar, si no te hubieres arrepentido” (Ap.2:2-5).

Aquí vemos que el amor es una virtud muy especial en el corazón, y algo que se puede perder, a pesar de actitudes tan virtuosas y de hazañas cristianas tan valiosas como las que Jesús menciona aquí (Ap.2:2ss). Eso sucede cuando las personas ya no se arrojan a los pies de Jesús en busca de perdón, pues se creen buenas en sí mismas. En consecuencia, tampoco pueden seguir amando a los hermanos.

El apóstol muestra que este amor puede faltar a pesar de las más espléndidas apariencias de piedad, cuando dice: “Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes, para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve” (1 Co.13:1-3).

Esto ciertamente debe inducirnos a reconsiderar, -en presencia de nuestro Señor-, cómo llegar a tener ese verdadero amor. De las palabras de nuestro Señor Jesucristo, y de las de Pablo, deducimos que, independientemente de lo que somos, creemos o hacemos, mientras no poseamos este verdadero amor en nuestros corazones, engendrado allí sólo por gracia, por la fe en Jesús, todo es falso; y las palabras son mentirosas, por hermosas y cristianas que parezcan.

¡Recordémoslo durante toda nuestra vida!

23. **Sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos.** Ro.14:8

Toda la vida de los cristianos, su existencia y aun su muerte pertenecen al Señor. Este es el secreto y la grandeza de la vida de los creyentes en este mundo. No son dueños de sí mismos. Pertenecen al que los creó, redimió y santificó. Porque ningún cristiano vive su propia vida, sino la vida de Cristo.

Los que están espiritualmente muertos, viven de acuerdo a sus pasiones, "libres acerca de la justicia" (Ro.6:20). Pero los cristianos viven la nueva vida que han recibido del Señor, porque su nuevo nacimiento y vida espiritual no son solamente ideas o teorías de su imaginación, sino una gloriosa realidad, que jamás hallarán en su propia naturaleza. Y lo característico de la nueva vida, es que depende totalmente del poder de Jesucristo y sus dones espirituales.

El supremo y máspreciado objetivo de nuestras vidas es la causa, la gloria y el agrado del Señor, a pesar de las imperfecciones que tengamos.

Ahora ya vivimos la vida de Jesucristo, no sólo de acuerdo a la alianza con Él, sino también de acuerdo a nuestro espíritu, a nuestro más íntimo deseo.

Si no vivimos en Él, y comenzamos a vivir en algún aspecto para nosotros mismos, esto sería una desviación de nuestra más íntima voluntad.

El cristiano no es dueño de su propia muerte. También en su muerte es "del Señor", y es sumiso a Él.

El cristiano no tiene ni el derecho ni la voluntad de disponer de su vida a su antojo, como ser, para su propia gloria. Más bien debe arriesgar o sacrificar su vida, y esto debe ocurrir de acuerdo al Mandamiento y a la orden de Dios. "No sois vuestros. Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Co.6:19-20).

Sólo si la gloria y voluntad de Dios, sus Mandamientos y su orden lo requieren, hemos de estar dispuestos a sacrificar nuestras vidas. Y en tal caso, ha de ser en la forma y a la hora que le agraden a Dios. Un fiel creyente no debe desear vivir ni morir en la forma y el tiempo que a él mismo le plazca. Siempre debe decir: "Si Dios quiere que me quede más tiempo en este mundo, también yo lo quiero. Y si Dios quiere llevarme, ya no quiero seguir viviendo aquí". Algunas veces erramos, deseando seguir viviendo; otras veces, deseando egoístamente morir. Todo lo que somos y tenemos -incluso nuestra vida- pertenece al Señor y se lo debemos someter a Él.

Si vivimos, para el Señor vivimos. Vivir "para el Señor" significa considerar nuestra vida, toda nuestra existencia, como propiedad del Señor, y por consiguiente conducirnos siempre como sus servidores. Es tener en cuenta su voluntad en todo, como regla para todo lo que hacemos o emprendemos.

Significa que su honor y agrado sea nuestro único objetivo. También significa que en todo lo que experimentamos en esta vida, en el placer y en el dolor, cuando el Señor nos da o cuando nos quita sus beneficios, nos encomendemos a las manos de Dios, reconociendo que todos nuestros dones y talentos están a su servicio.

Y si morimos, para el Señor morimos. Como toda nuestra vida le pertenece al Señor y le fue consagrada a Él, así le encomendamos también nuestra muerte.

Si sufrimos una muerte “natural”, esto ocurre consciente del hecho de que somos del Señor. Queremos conformarnos cualquiera fuese el momento y la forma en que Él nos llame. Sin embargo, en ciertos casos nuestra muerte también depende de nosotros mismos. Por ejemplo, durante una sangrienta persecución el mártir puede escapar a la muerte, si reniega del Evangelio. O un misionero puede evitar una empresa arriesgada para la divulgación del Evangelio y la salvación de muchas almas, que lo expusiera a la muerte. O el soldado que de acuerdo a la voluntad de Dios, debe arriesgar su vida por la patria, puede “salvarla” huyendo... En todos estos casos el cristiano se siente obligado, y de acuerdo al Espíritu, también dispuesto a entregar su vida, antes de negarle lealtad a su Señor, o de vivir sólo para sí mismo. Y cuando así sacrifica su vida por amor de Jesús, también es obvio que “muere para el Señor”.

Tanto en la vida como en la muerte somos de su propiedad y sus servidores.

Sólo los creyentes tienen el consuelo y privilegio de ser “del Señor”, no importa el lugar ni el tiempo que vivan: En la vida, en la muerte y aún después de la muerte son propiedad del Señor, y son destinatarios de todo su amor y cuidado leal.

Siempre están en las manos del que dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mt.28:18). En este mundo los siervos de Cristo disfrutamos su compañía de manera invisible. Pero cuando debemos abandonar esta vida, “estaremos presentes con el Señor” (2 Co.5:8), para verle por siempre “como Él es” (1 Jn.3:2). Aquí le pertenecemos al Señor principalmente por la fe y la conciencia, y también por el amor y servicio. Y cuando morimos, también somos la propiedad del Señor. Tanto nuestro cuerpo como nuestra alma, permanecen a su cuidado.

Nuestro cuerpo quedará a su misterioso pero seguro cuidado, desintegrado hasta el día de su resurrección. Entonces será restaurado incorruptible para la vida eterna. Y nuestra alma estará en el Paraíso celestial, con Cristo y los santos hasta aquel gran día, en que será revestida con “un cuerpo espiritual”, que será semejante al cuerpo glorificado de Cristo. Podemos tener la seguridad de que quien le pertenece al Señor en el presente, también le pertenece en la muerte y en la eternidad. Es el estado más feliz que podamos imaginar, el que, “sea que vivamos, o que muramos, del Señor somos”.

24. **El que creyere y fuere bautizado, será salvo.** Mr.16:16

Si buscamos un pasaje bíblico que comprenda todos los gloriosos beneficios del santo Bautismo en términos breves, fuertes y aclaratorios, lo encontramos en Gálatas 3:27: “Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos”. Dios nos ayude a comprender debidamente este hecho: “¡De Cristo estáis revestidos!” Miren, aquí está el secreto de la inconcebible pureza y la santidad que recibimos como obsequio al ser bautizados en Cristo.

Fuimos revestidos de Cristo. Ya no comparecemos más ante Dios en nuestra propia persona y justicia, sino en la persona y justicia de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo; de igual manera en que Cristo aquel Viernes Santo, el gran Día de la Expiación, se presentó ante su Padre, no con su propia persona y con sus méritos propios, sino en nuestro lugar, como el único pecador por todos los pecadores, llevando el pecado de todo el mundo en su propia persona.

En aquella ocasión representó a todo el mundo. Ahora, al ser bautizados en Cristo, quedamos revestidos de Él. Y ante Dios no se nos juzga por lo que somos nosotros mismos, sino por lo que es Cristo, que nos cubre. Lucimos ante Dios la blanca pureza, justicia y honra de Cristo. Esto es lo que significa “estar revestidos de Cristo”.

Todo lo que Cristo tuvo, todo lo que Él fue y todo lo que hizo por nosotros, nos fue transferido y dado cuando fuimos bautizados “en Cristo”. Porque de acuerdo a su piadosa voluntad, nuestro Señor Jesucristo incluyó toda la salvación y bienaventuranza eterna en ese Sacramento y depositó en el mismo todo lo que nos obtuvo con su redención. Eso dicen sus palabras acerca del Bautismo.

Por eso, todos cuantos son bautizados “en Cristo”, en seguida se revisten con todo lo que pertenece a la salvación y eterna bienaventuranza, o sea con Cristo y con todos sus méritos. De modo que todo lo que Cristo fue y es para nosotros, es tan enteramente nuestro como si fuese parte de nuestras personas. Y lo que nuestro Señor Jesucristo hizo en nuestro lugar es tan plenamente nuestro, como si nosotros mismos lo hubiésemos hecho. Solo porque fuimos revestidos de Cristo.

¿Y qué es Cristo? Ante todo, pura inocencia y justicia, por lo que también nosotros somos pura inocencia y justicia. ¿Por nuestro propio mérito? ¡No! Solamente por los méritos suyos. Pues, “al que no conoció pecado, por nosotros Dios lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él”. (2 Co.5:21). Más aún: Jesucristo tiene una personalidad amable y maravillosa, de manera que el Padre se complace en Él. Es el Hijo unigénito de Dios, y el heredero del Reino. Por eso, nosotros somos los hijos de Dios, herederos de Dios y coherederos con Cristo.

Así entendemos la causa por la cual los discípulos estaban totalmente “limpios” (Jn.13:10). Ahora entendemos el texto de Ro.8:1: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús”. Eso es:

Aunque todavía viven en la carne, y en su cotidiano peregrinaje se adhiere mucha impureza e imperfección en sus pies, nada de todo eso les puede condenar, pues fueron revestidos de Cristo, para que no sean incriminados ni juzgados de acuerdo a lo que son en sí mismos, sino de acuerdo a lo que es Jesucristo. Ahora también entendemos por qué el profeta anunció: "Este será su Nombre, con el cual lo llamarán: Jehová, Justicia nuestra"(Jer.23:6).

Quien entiende este secreto, sabe algo realmente importante. Ha escapado completamente del dominio del diablo y ha colocado un fundamento inamovible para una verdadera paz divina en su corazón. Pero quien no entiende o no quiere entender este secreto, todavía no comprende correctamente el Evangelio, y no puede instruirse a sí mismo ni a otros. Sin conocer este secreto, tampoco puede hallar paz en toda su vida, ni la verdadera santificación.

Este conocimiento de la salvación por la fe es esencial para una buena relación con Dios y con el prójimo; y también para alcanzar una paz saludable y bien fundamentada en el corazón.

Cuando esta verdad se instala en el corazón de una persona, y ésta ya no se presenta ante Dios con su propia ropa inmunda, sino que se ha revestido de Cristo, se da cuenta que con Él es limpio, hermoso y agradable a los ojos de Dios. Puede estar seguro de que sus pecados, que le causan tanto horror y pena, jamás le serán imputados. Así llega a ser una nueva criatura, que se avergüenza de todos sus esfuerzos propios, de su piedad y de su impiedad. Jesucristo, sólo Cristo, llega a ser su "todo en todo", tanto para su justificación como para su santificación.

En efecto: llega a ser el centro de su vida y de sus pensamientos. Entonces lo ama a Él y a su santa providencia; se complace en dejar su mundo anterior, su antigua vida de pecado y vanidad. Ahora quiere seguir contento a su Señor y servirle en eterna justicia, inocencia y bienaventuranza. Para esto deposita toda su esperanza en Él, y ora confiadamente: "Querido Señor Jesús: ¡Toma todo mi corazón, y límpiame! ¡Sojuzga mi naturaleza carnal!".

Esto es lo que el Bautismo produce y simboliza en nosotros, por lo que el apóstol lo llama: "El lavamiento de la regeneración y la renovación en el Espíritu Santo"(Tit.3:5).

25. **Entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce.** Lc.22:3

Algo muy importante que tenemos que aprender de este terrible hecho, es que nadie debe quedarse tranquilo y decir: "Así son los hipócritas. Un cristiano honesto no tiene nada que temer". ¡No! El ejemplo de Judas nos enseña algo muy diferente. En efecto, cuando Jesús eligió a Judas por apóstol, él no era lo que más tarde llegó a ser. ¡Y cuántos comenzaron "en el Espíritu" y terminaron "en la carne!"

Del ejemplo de Judas y de tantos otros que cayeron en pecado, vemos cuán fácilmente puede ocurrir que aún el que se confiesa cristiano, puede renegar de la fe.

Cuando llega el momento realmente malo, el diablo ataca al discípulo fiel con astucia y poder; enciende el mal deseo en su carne, y corrompe su entendimiento, al punto que al cristiano aun los más horribles pecados ya no le parecen peligrosos en absoluto, sino infinitamente apetecibles, y hasta necesarios. Y entonces es fácil caer. En tales momentos de tentación, se notan tres cosas: 1) El pecado se le vuelve muy codiciable y agradable. 2) No se puede percibir su peligro, por más que se lo analice, antes parece trivial y poco importante. 3) El cristiano comienza a pecar en pequeños asuntos, pensando: "¡Es poca cosa, no tiene importancia!"

De esa manera la Serpiente sedujo a Eva con perfidia, diciéndole: "¡No morirán por arrancar ese fruto! Un fruto no es más que eso. Al contrario, es mucho lo que ganarán. Primero disfrutarán el riquísimo fruto, y luego obtendrán más inteligencia..." Lo propio ocurrió cuando tentó a Judas. Comenzó con pequeños hurtos. Él tal vez pensaba "Es tan poco dinero lo que desvíó, ¡y es sólo por esta vez! (aunque se decía lo mismo todas las veces). Y, además, no está mal que cobre algo por mis servicios..."

De esa manera, cuando el diablo le inspiró la idea de traicionar a Jesús, fue muy natural que Judas pensase: "¡Treinta monedas de plata no es una suma despreciable! Y tampoco hay peligro. Primero, porque Jesús es inocente. Y también porque es omnipotente. Su vida no correrá peligro, y yo obtendré una jugosa ganancia..." ¿Quién podría haber convencido a Judas que el día después de haber cometido la traición, estaría tan desesperado, que se iría de allí y ahorcaría? ¡No! Eso ni se le ocurrió. Sólo pensó en lo mucho que festejaría su ganancia ese día.

El Jueves Santo Jesús le había advertido del pecado. Si entonces hubiese creído lo que sufrió el día siguiente, seguramente habría temido la transacción por las treinta monedas de plata como al mismo infierno. Pero no se dio cuenta, y el diablo lo distrajo con otras ideas.

¡Ojalá todos piensen en esto a tiempo y aprendan a conocer la verdadera cara del pecado y del diablo! Si aprobamos el pecado y la hipocresía en un solo caso y en una sola ocasión, pronto estaremos tan embotados, adormecidos y cegados, que ya no percibiremos ningún peligro. Y luego seguiremos, paso a paso, hasta nuestra ruina total. Es tan extraño que en

el satánico mal momento del embeleso, aunque quisiéramos reconocer e investigar a fondo el pecado al que somos tentados, posiblemente no veamos más que algo totalmente inocuo y nada peligroso, como que se trata de algo trivial e interesante. Por el contrario, en vez de diabólico, nos parecerá atractivo y bonito.

Estos son los verdaderos colores del pecado en el momento de la tentación, y las verdaderas señales de que estamos siendo tentados en esa hora, o atravesando por una prueba en la que probablemente se decidirá el destino eterno de nuestra alma inmortal.

Porque si tratamos de hacernos los santos mientras le prestamos servicio al pecado y lo encubrimos, estamos perdidos. La hipocresía es la capa dorada del pecado y del diablo, sin la cual éste no logra nada.

Quitemos la hipocresía, y ya no podremos permanecer o continuar en cualquier pecado, sino que siempre seremos restaurados y rescatados. Si Judas le hubiese confesado a alguno de sus discípulos la maldad que el diablo le había instado cometer, el diablo inmediatamente habría quedado desarmado.

Y Judas tampoco habría permanecido en el pecado. Este es un remedio bien probado, que los cristianos de todos los tiempos emplearon para enfrentar al diablo, y siempre con éxito. Por eso la exhortación del apóstol dice exactamente así: "Confesaos vuestras faltas unos a otros, y orad unos por otros, para que seáis sanados" (Stg.5:16).

Pero todo esto es algo que una persona tentada raras veces cree, y en lo que tampoco suele pensar debidamente, antes de haberlo aprendido por su propia amarga experiencia. Y entonces muchas veces ya es demasiado tarde.

¿Y qué es lo que no cree o en lo que no piensa? Pues eso: Que en el momento de la tentación uno puede quedarse ciego, de modo que se vuelve confiado y atrevido, pensando que no hay absolutamente ningún peligro, siendo que la misma vida y el alma inmortal están en juego. Y aunque alguien lo crea, ocurre frecuentemente que el pecado no le parece peligroso en la hora en que él mismo cae en la tentación.

Por eso suele invadirnos el temor y preguntamos con los apóstoles: "¿Quién, entonces, podrá ser salvo?". A lo que Jesús responde: "Para los hombres esto es imposible; mas para Dios, todo es posible" (Mt.19:25-26). Mientras permanecemos en este temor y consuelo, no podemos caer. Siempre permaneceremos en las manos de Dios, el fiel Auxiliador y Buen Pastor, que nos asegura: "Yo les doy vida eterna, y no perecerán jamás, ni nadie arrebatará mis ovejas de mi mano" (Jn.10:28).

26. **¡No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios!** Ro.12:19

Aquí el apóstol contrapone la justa ira y venganza de Dios, a la impía venganza nuestra. Con eso indica que si dejamos que Dios nos proteja, Él tendrá cuidado de nosotros en todo momento; vengará toda injusticia cometida contra nosotros, y se encargará de que se nos haga justicia. Si nos vengamos nosotros mismos, nos adelantamos a Dios y le quitamos nuestro caso. Y entonces tendremos que defendernos a nosotros mismos. Estas cosas podemos deducir de la exhortación del apóstol, que contrapone la venganza de Dios a la nuestra, diciendo: “¡No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios!”

El apóstol dice que la injusticia que sufrimos será vengada. ¡Sí! Sólo quiere que se le permita a Dios ejercer su majestuoso derecho, y que sea el Juez de todo el mundo, de modo que no usurpemos su oficio al vengarnos nosotros mismos. Sólo el Señor es el Juez Supremo de todas sus criaturas.

Porque escrito está: “Mía es la venganza, Yo pagaré, dice el Señor” (Ro.12:19). Esta palabra suya debiera poner fin para siempre a todos nuestros deseos de venganza.

Porque cuando el gran Dios desea ser nuestro vengador, debemos temer tanto su ira, que nuestra indignación se convierta en sincera piedad e intercesión. Vemos lo mucho que Dios ama a sus hijos y amigos cuando dice: “El que os toca (a vosotros), toca a la niña del ojo de Jehová” (Zac.2:8).

Vemos el ardiente celo con que Cristo vela sobre los suyos, cuando declara: “Aun vuestros cabellos están todos contados” (Mt.10:30). Significa que Dios prestará atención aún a la más oculta maldad y crueldad que alguien puede infligirnos. Además sabemos lo terrible que es cuando el propio Señor Dios se enoja y castiga a alguien.

Entonces sin duda hemos de permanecer conformes y tan sólo rogar: “¡Oh Dios, ten piedad de todos nosotros! ¡Y perdónanos nuestras deudas, como nosotros perdonamos a nuestros deudores!” Pues cuando Dios castiga a los que cometen una injusticia o maldad contra nosotros, lo hará en forma algo más terrible de lo que hubiésemos querido hacerlo nosotros.

No olvidemos jamás, que quien nos causa gratuitamente algún sufrimiento, no nos aflige sólo a nosotros, sino en grado mayor aún, al propio Señor Dios. Él tiene mucho mayor cuidado de nosotros, que nosotros mismos. Nuestro opresor queda inmediatamente sujeto a la ira de Dios. Y no podrá escapar, como nadie hasta ahora se le escapó.

La verdad es que el pecado jamás quedará impune. La gran perfección de Dios velará por ello. El pecado siempre golpeará de alguna forma al pecador, fuese en esta vida presente o en la eternidad. Aquí en el presente, con malas consecuencias y cargos de conciencia. En la eternidad, con el

sufrimiento del eterno castigo de Dios. Si en este tiempo presente el pecador llega al arrepentimiento y a la fe, transfiere el sufrimiento por el pecado a Cristo, y no sufrirá más el castigo y la condenación, porque Cristo ya los soportó. No obstante sufrirá el remordimiento y la corrección. Si no ocurre eso, tarde o temprano la ira de Dios siempre lo encontrará. Esto muchas veces ocurre de forma tal que en el presente no lo percibimos como un castigo por el pecado. Puede ocurrir con accidentes ordinarios, enfermedades, hambrunas, incendios, inundaciones, destrucción por guerra etc.

Pero a veces ocurre de tal forma, que podemos percibir claramente la justa venganza de Dios. Por ejemplo, cuando alguien oprimió al débil, digamos a una viuda y a sus hijos huérfanos, usurpando fraudulentamente sus posesiones, y luego recibe el castigo de extraños accidentes, y acaba en la última miseria. O cuando una persona calumnió, traicionó o engañó a alguien, y le arruinó su buen nombre y reputación, y luego cayó personalmente en vergüenza y deshonra pública. O cuando una persona le causó a alguien una seria y dolorosa herida en el corazón, tal vez una aflicción para el resto de su vida, y la justicia humana no fue capaz de castigarlo, pero finalmente éste cae en una insoportable e incurable melancolía, y acaba en la locura o en el suicidio...

Pero aun cuando Dios no reivindicar la maldad aquí en el tiempo presente, su justa venganza espera para la eternidad, la terrible ira venidera. ¿Entonces por qué aun quieres seguir enojado con tu enemigo? ¿Cómo quieres vengarte todavía tú mismo, o guardar malos pensamientos y deseos contra tu prójimo, sabiendo que una ira divina tan grave ya descansa sobre él? ¿Acaso no debieras sentirte, por el contrario, lleno de profunda compasión hacia él, y orar por él, para que se arrepienta? Estas cosas debiéramos tener presente, cuando el Justo y temible Señor advierte: "¡Mía es la venganza; Yo pagaré!"

El apóstol nos dice estas cosas para detener y rechazar nuestra fuerte tendencia a devolver mal por mal y vengarnos. Efectivamente, para todos los que desean ser cristianos, y viven de la gracia, -necesitando la paciencia de Dios en todo momento-, esto debiera ser suficiente para persuadirlos a no tomar la mínima venganza, ni a sentir odio hacia su prójimo.

27. **¿El pan que partimos, no es la comunión del cuerpo de Cristo?**

1 Co.10:16

Con estas palabras el apóstol nos dice lo que nuestro Señor Jesucristo se propone realizar, y en efecto lo realiza cuando nos sirve su cuerpo y su sangre como alimento, es decir: La unión íntima entre Él y sus discípulos. Él mismo declara expresamente: “El que come mi carne y bebe mi sangre, en mí permanece, y yo en él” (Jn.6:56).

E inmediatamente después de instituir la Santa Comunión, dijo: “En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros”. “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos. El que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto” (Jn.14:20; 15:5). Y en ese mismo momento oró a su Padre diciendo: “La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad” (Jn.17:22-23).

¡Pensemos qué significan estas palabras de Jesús! ¡Qué milagro de amor divino! “El que come mi carne... permanece en mí, y yo en él” ¡Recordemos que estas palabras fueron pronunciadas por Cristo mismo! ¡Nos dejan perplejos! No podemos comprender semejante amor y misterio. ¿Pero qué podemos hacer? ¡Son palabras del propio Señor Jesucristo! No son un sueño o un mito. Nuestro Señor Jesucristo no puede mentir, y ¿acaso existe algo imposible para Él?

Primero nos reconcilió con su sangre, nos limpió, justificó y nos hizo aceptables a Dios. Luego también le agradó glorificarnos y unirse tan estrechamente a nosotros, que nos da su carne por alimento, y su sangre por bebida. Porque lo que comemos y bebemos en el sacramento llega a ser nuestro en una forma en que ninguna otra cosa puede llegar a serlo.

Por ejemplo, el oro y la plata que poseo nunca llegan a ser parte de mi persona. Tampoco llegan a ejercer en mí una influencia como la del pan y vino que ingiero. Nuestro Señor Jesucristo quiso constituir su santo cuerpo como alimento, y su santa sangre como bebida para nosotros, a fin de incorporarlos en la forma más estrecha en nosotros. Deseó unir nuestro espíritu y su Espíritu, nuestro cuerpo y el suyo, nuestra sangre y la suya en un modo indisoluble. Quiso que su amor, su pureza, su dignidad fuesen eternamente nuestros.

Un piadoso maestro llamado Talero, hace este notable comentario: “Nada está más integrado al Hijo de Dios que la naturaleza humana que Él incorporó al hacerse hombre. Así tampoco no existe nada más integrado a nosotros que lo que comemos y bebemos, al convertirse en carne y sangre nuestras. Ahora bien, cuando Cristo quiso unirse a nosotros de la manera más íntima imaginable, instituyó este santo sacramento, en el que con el pan consagrado comemos su cuerpo, y con el vino consagrado bebemos su sangre”.

¿No es esto lo más importante de este precioso sacramento? Nuestra unión con Cristo, ¿no es acaso lo más valioso en esta vida? Cuando una

persona se arrepiente por todos sus pecados y por la fe en Cristo recibe el gran consuelo del perdón, siente tanto amor a su Señor y Salvador, que desearía poder abrazarlo contra su pecho. Nada le produciría mayor felicidad, que poder estar unido a Él en la forma más estrecha. Y la Santa Cena es el medio que nuestro bondadoso Señor usa para satisfacer ese deseo del alma.

El verdadero fundamento de la comunión de Dios con el hombre se remonta al principio de la creación. Dios había creado al hombre para vivir en cercana relación con Él. Por eso también lo había creado a su imagen. Ésta se perdió en la caída, cuando el pecado rompió la unión y el hombre se separó de su Creador.

Entonces se produjo la muerte sobre la cual Dios había advertido: “El día que comieres de él (del árbol de la ciencia del bien y del mal), ciertamente morirás” (Gn.2:17).

El primer paso de la reconciliación de Dios con el hombre se dio con el nacimiento del Hijo de Dios. Fue cuando Él se humanó, se hizo igual a uno de nosotros.

Se consumó una maravillosa unión entre Dios y nosotros, por lo que el profeta también había anunciado: “He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Is.7:14; Mt.1:23). “Emanuel” no sólo significa: “Dios con o entre nosotros”, sino Dios en nosotros, o sea: en nuestra carne; Dios miembro del género humano.

Sobre esto el apóstol también dice: “El que santifica y los que son santificados, de Uno son todos, por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (He.2:11).

Esta unión comenzó con el nacimiento de Jesús, pero Él quiere perfeccionar la unión en este maravilloso sacramento. Ahí nos permite unir nuestro cuerpo humano con el cuerpo que Él había asumido. Esto, sin duda, es algo, ique aun los ángeles desean profundamente contemplar! ¡Qué santuario lleva dentro de sí la persona que llegó a participar del santo cuerpo de su Señor Jesucristo! ¡Es un cuerpo y un alma con Él! ¡Qué gloria y felicidad!

28. **iDe la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en Él!** Col.2:6

“De la manera” significa “así”, “del mismo modo” “...en que han recibido al Señor...así andad en Él”. O sea: Como ocurrió al principio, en el origen de la vida espiritual, como cuando lo recibieron y nacieron de nuevo, así debe ocurrir también a continuación, en el desarrollo de esa vida, durante el peregrinaje terrenal.

Lo mismo que al principio llegó a ser la muerte del viejo hombre, y el origen del nuevo, lo mismo debe llegar a ser la muerte del viejo hombre y el desarrollo del nuevo de ahí en adelante.

Todo el capítulo en el que encontramos estas palabras, tiene la finalidad de enseñar a las personas que recibieron a Jesucristo, que nunca se dejen seducir y piensen que deben realizar algo especial para llegar a ser santos. ¡No! Deben saber que el mismo Señor Jesucristo y la misma fe en Él, por la que obtuvieron el perdón y fueron justificados-, también produjeron y siguen produciendo la santificación. Sólo deben perseverar y crecer en esa fe mediante la cual lo recibieron al principio, y “asirse de la cabeza, (Jesucristo), en virtud de quien todo el cuerpo, nutriéndose y uniéndose por las coyunturas y ligamentos, crece con el crecimiento que da Dios” (Col.2:19). En resumen: Todo depende de que permanezcamos en Cristo, a quien Dios nos dio para justificación y santificación (1 Co.1:30). Así dijo el mismo Señor “¡Permaneced en mí, y yo en vosotros! Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Jn.15:4). Permaneciendo en Él, en primer lugar tenemos la vida y la fuerza para hacer lo bueno y en segundo lugar, todo el cuidado, la supervisión y corrección que necesitamos; como dice el propio Jesús: “Todo pámpano en mí que lleva fruto, mi Padre lo limpiará, para que lleve más fruto” (Jn.15:2b). Porque a pesar de ser un pámpano bueno y fructífero, todavía no está totalmente limpio y con los debidos cuidados puede producir más fruto aún.

Primero se coloca un buen fundamento y se endereza la vida interior; el segundo paso es mortificar la carne, y dejar dominar al Espíritu en todas las situaciones. En el Bautismo el viejo hombre fue sentenciado a muerte. Fuimos bautizados para tener parte en la muerte de Cristo. Cuando alguien llega a ser cristiano, debe comenzar en seguida a abandonar su antigua manera de vivir.

“Cristo por todos murió, para que los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Co.5:15). Tan pronto como recibimos la gracia de Dios y la paz con Él, recibimos también un vivo deseo de vivir para Él, y de morir a nosotros mismos. Puede ser que alguien confiese la fe, pero no tiene un espíritu dispuesto a morir a sus intereses carnales. No quiere estar crucificado con Cristo. Quiere tener ambas cosas: Su fe, y la libertad de vivir como le agrada a la carne. No quiere someterse a ninguna amonestación de la Palabra de Dios. Prefiere proseguir impune y licencio-

samente su vida natural. Tal persona se engaña a sí misma con una fe falsa, porque “los que son de Cristo, han crucificado la carne con sus pasiones y deseos” (Gá.5:24).

Aquí queremos ofrecerles a los principiantes en la fe y en la gracia, algunos ejemplos sencillos de cómo y cuándo mortificar la carne. Te despiertas de mañana. ¿Qué es más razonable que comenzar el día agradeciendo y adorando al Dios de tu vida, a tu Padre celestial, con profunda gratitud por todo lo que te dio en cuerpo y alma? De modo muy especial agradecerle por haber entregado a su Hijo por ti, y por haberte dado su Palabra y los santos Sacramentos; también darle gracias porque eres un hijo de Dios, estás revestido de Cristo, y a los ojos de Dios estás limpio, y tienes hoy su misericordia. ¡Entonces da gracias y adora a tu Dios! Pero... sientes pereza para orar? ¡Es tu naturaleza carnal! Y la carne no debe prevalecer; debe ser mortificada. Este es el ejercicio de tu nueva vida. Cultiva tu amistad con Dios todo el día. Ten miedo de hacer algo contra Él. Horrorízate ante el pecado más que ante la muerte. ¿Eres indiferente y flojo? ¡Eso también es tu naturaleza carnal! ¡Tienes una vocación en esta vida? Debes desempeñarla con diligencia y cuidado. ¿O eres descuidado e irresponsable en tus obligaciones? Eso es otra vez tu naturaleza carnal, que debe ser mortificada. ¿Eres jefe de hogar o ama de casa? ¡Administra con celo y esfuerzo, y también con suavidad y delicadeza! ¿O eres negligente y descuidado, impaciente y grosero? ¡Es tu naturaleza carnal, que debe ser mortificada! ¿Eres un hijo o empleado? Entonces ¡haz lo que te ordenan hacer, y hazlo con amor, respeto, humildad, dedicación y lealtad! ¿Surgen la impaciencia y el mal humor en ti? ¡Es la naturaleza carnal, que debe ser mortificada! ¿Tal vez alguien te ha insultado de alguna manera; y tú quieres enojarte y odiarlo? ¡Cuidado! ¡Es tu naturaleza carnal! Tal vez surjan en tu alma deseos impuros, o envidia, orgullo, o codicia. Son todos frutos malos de tu naturaleza carnal, que no debe dominar más, sino ser sometida. En esto consiste el ejercicio de la fe.

De los Mandamientos de Dios aprendemos en qué consiste o qué es la verdadera santidad. No necesitamos tratar de hacer grandiosas hazañas de nuestra propia imaginación para lograr la santidad. Meditando en los Mandamientos hallaremos tanto para hacer, que nunca estaremos conformes con nosotros mismos. Es decir, si miramos atenta y seriamente la voluntad de Dios, y luego nuestro hombre interior a la luz de los requisitos espirituales de la Ley de Dios, permaneceremos toda nuestra vida en dependencia de la ayuda y fidelidad de Dios. Y es exactamente así como se mortifica la carne. Es el arte de la santificación, en el que dependemos cada día de Dios como un niño, y quedamos junto a Él, por medio de su Hijo Jesucristo. Manteniendo la fe, la confianza filial, el gozo, la lealtad y el valor por el Evangelio de Cristo.

Y luego, con este espíritu dispuesto, hemos de prestar atención a la santa voluntad de Dios, y al hermoso ejemplo de nuestro Señor Jesucristo. Esto no sucederá tan fácil ni tan sencillamente como se lo dice, pero sucederá como el Señor lo conceda, cuando trate a cada persona conforme a la medida de la fe que le repartió (Ro.12:3b).

29. **Dijo (la serpiente) a la mujer: ¿Con que Dios os ha dicho?** Gén.3:1

Ojalá todos los hombres comprendiesen, de una vez por todas, -para el eterno bienestar de sus propias almas-, la verdadera intención del diablo en su trato con nosotros. Si hemos de ser salvos o cautivos de este enemigo, depende en gran parte de entender cuál es el objetivo que él persigue con todos sus esfuerzos. El objetivo que Satanás se propuso en primer lugar, al principio de la creación, fue destruir la confianza de los seres humanos en la Palabra de Dios, para así llevarlos a la ruina. Planteó la cuestión si el hombre debía creer definitivamente lo que Dios dijo, o si mediante razonamientos perversos podía creer otra cosa. El resultado de nuestra lucha, sin duda, depende de cómo resolvemos esta cuestión.

Un experimentado cristiano, que por varias décadas había combatido a Satanás, al final de su vida quiso decir brevemente de qué dependió todas las veces su victoria o su caída, y declaró: "Dependió de mi postura frente a la Palabra de Dios, si pude permanecer adherido a la misma, o si por el contrario, la dejé de lado y comencé a formarme mis propias ideas, a pensar libremente de acuerdo a opiniones ajenas a la Palabra de Dios. Si hubiera hecho eso, habría ido una vez en una dirección, y otra vez en otra, de acuerdo a mis propias opiniones, o a las de otras personas". Sí, en todas las tentaciones, -fuesen a la derecha o a la izquierda-, la victoria o la caída depende de esto: De nuestra actitud frente a la Palabra de Dios.

¿Cómo es posible que un cristiano, que una vez se atemorizaba con tan sólo pensar en cierto pecado cuando estaba lejos de cometerlo, en otro momento puede pactar ligeramente con el mismo, aprobarlo y comenzar a practicarlo? ¿Que primero peque casualmente, por descuido, y más tarde licenciosamente, defendiéndolo en actitud desafiante? Esto ocurre, sólo por apartar su vista del Mandamiento de Dios contra ese pecado al ser tentado; y por comenzar a formarse sus propias ideas, y a pensar libremente sobre el asunto, sin tener en cuenta lo que dice y quiere Dios.

¿Cómo es posible que en nombre de la religión y de la conciencia, y "por amor al Señor", haya gente que emprenda una colosal insensatez, y conviertan algo que Dios jamás nos ordenó, (peor aún: cosas que Él nos prohibió), en obras buenas y santas; mientras que, por el otro lado, convierten en pecado cosas que Dios jamás nos prohibió en su Palabra? Hay numerosos ejemplos de esto en las sinagogas y en las iglesias romanas, pero lamentablemente también ocurre con frecuencia entre nosotros. La razón es que el hombre no recuerda lo que Dios dijo, y piensa saberlo todo porque un sentido del deber, o una voz interior le aconseja esto o aquello; o porque algunas personas piensan y dice tal o cual cosa. Sin embargo, no oyen lo que dice Dios.

¿Cómo es posible que un cristiano que siempre ha luchado por la fe verdadera, -por causa de sus defectos y pecados-, pierda su confianza en la gracia y bondad de Dios, y se vuelva extraño y tímido frente a su Salvador,

y se deje seducir por el espíritu de servidumbre, a pesar de todo lo que el Evangelio nos dice acerca de Cristo, de su eterna gracia y de la libertad de la Ley que Él nos conquistó?

Esto sucede por apartar sus ojos y oídos de la Palabra que Dios le habló, y por comenzar a formarse sus propias ideas, hasta sentir que es imposible que él sea un hijo amado de Dios, mientras sienta lo que está sintiendo.

¡Ah! ¡Ojalá pudiésemos gritarles la verdad a los oídos y corazones de todos los hijos de Dios, hasta hacer temblar a las montañas!

¡Escuchen! Todo el poder de Satanás sobre nosotros depende sólo de este detalle: Si puede apartar nuestra vista de la Palabra de Dios. Asimismo todo nuestro éxito dependerá sólo de este detalle: Si logramos permanecer adheridos a la Palabra de Dios. ¡La Palabra de Dios! ¿Qué dice ella? ¡Investiguémosla para ver lo que habló Dios! De eso dependerá todo. Cualquier otra cosa, que se pretenda hacer pasar por espiritual, pero no está fundamentado en la sagrada Escritura, es insensato y falso. Sólo las cosas ordenadas por Dios son buenas y santas. Sólo las cosas prohibidas por Dios son pecado. Lo que Dios prohíbe y llama pecado, es efectivamente pecaminoso y peligroso, (por más que nuestro corazón se resista mil veces a considerarlo así), y todo el mundo, con todos sus famosos y eruditos doctores lo consideren inocente. Por otra parte, lo que Dios llama bueno y santo es efectivamente bueno y santo, aunque nosotros mismos y todo el mundo lo consideren profano. Y en cuanto a las cosas no explícitamente mencionadas por Dios, siempre se las debe juzgar, usar o dejar de usar de acuerdo a la Ley del amor, para establecer si en tal o cual ocasión nos harán bien o mal a nosotros o a otros.

Así queda firme la regla básica, que lo que Dios no ordenó expresamente, o en la Ley general del amor, no es obra buena, por más gloriosa que parezca a nuestros ojos, o a los ojos de otra gente. Y lo que Dios no prohibió expresamente, o en la Ley general del amor, no es pecado, por más pecaminoso que nos parezca a nosotros, o a todo el mundo. Todo depende de la Palabra de Dios.

Si no permanecemos adheridos a la misma, siempre seremos como una rama sacudida por el viento. Entonces el diablo, también nos podrá llevar donde quiera llevarnos.

Esto nos lo enseña poderosamente la Palabra en la notable lucha entre nuestro Señor Jesucristo y Satanás, cuando Cristo, que bien podría haber pronunciado por su propia autoridad todo tipo de palabras, sin embargo no contestó a Satanás con una sola palabra suya, sino solamente con las palabras de la Escritura, diciendo todas las veces: "¡Está escrito!" Reflexionemos en esto y recordémoslo durante toda nuestra vida: El propio Señor Jesucristo no le dijo otra cosa a Satanás que: "¡Está escrito!" ¡Qué rayo más demoledor que éste para todas nuestras ideas y opiniones! ¡Qué testimonio más contundente demostrando que todo lo que el diablo pretende con sus tentaciones, es separarnos de la Palabra, y que sólo debemos permanecer firmes en ella, para vencerle!

30. **De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.** Jn.6:53

Tan grosero e inaceptable como les parece a muchos lo que nuestro Señor Jesucristo dice aquí de comer su carne, tan claro, precioso y vivificante es para los que aprovechan este beneficio. Cuando los creyentes quieren describir la verdadera vida de sus almas, nada lo puede expresar mejor que si dicen que Cristo es su alimento. El Evangelio de la reconciliación es su más profunda y elemental necesidad, y su nutriente más vital. Miremos a los cristianos, a los verdaderos hijos de la gracia. Nunca los podremos reconocer mejor que mediante esta característica: Que el consuelo de la sangre de Cristo es su mayor necesidad. Los hijos de Dios no son siempre lo que debieran ser, ni lo que nosotros quisiéramos que fuesen. Tienen que combatir sus numerosos defectos, pero tienen un distintivo común, el cual es: Que Cristo es su necesidad vital. Año tras año sus conversaciones siguen refiriéndose siempre al mismo tema. Lo primero y lo último que leen, oyen, cantan, escriben y hablan tiene que ver con su Salvador, con Jesucristo y su gracia, con su carne y su sangre ofrecidas por nosotros.

Estos también hablan del pecado que aún llevan adherido, y que les roba vitalidad y dignidad, y de la forma en que piensan superarlo. Pero en seguida vuelven al tema de su Salvador, de su gracia y de su poder.

Si por algún tiempo son privados del Evangelio de la gracia, ya fuese por afanes terrenales, o por negligencia y dejadez, su hombre interior se debilita y desvanece, como el cuerpo de una persona hambrienta sin alimento. Sus vidas se sienten impotentes e incómodas. Sus rostros se vuelven sombríos. Su testimonio de fe se silencia. Sus pasos son inseguros y vacilantes. Pero si entonces vuelven a tener contacto con la Palabra, son como personas físicamente desnutridas que se acercan a una mesa bien servida. Y cuando escuchan un sermón evangélico acerca de Cristo y de su obra propiciatoria, sus ojos vuelven a brillar, su corazón a alegrarse, su confianza y su consagración a renovarse. Y les cuesta quedarse callados. Les va de acuerdo al refrán: "Sobre un estómago lleno hay una cabeza feliz". No siempre están dispuestos a comer y a refrescarse así con las palabras del Evangelio, ni siempre tienen ese apetito. No, a veces también están espiritualmente enfermos e indispuestos. Sí decimos es que si su hombre interior alguna vez ha de reanimarse y fortalecerse debidamente, tiene que ser por medio del Evangelio que nuestro Señor Jesucristo les ofrece.

El Evangelio de Cristo es su perpetua, y vital necesidad, el verdadero alimento para sus almas. Y Jesús declara aquí, que esta característica es absolutamente necesaria al decir: "De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros".

Un corazón incapaz de vivir sin el Evangelio de la reconciliación, es la más firme evidencia de una vida espiritual y de un continuo arrepentimiento.

Porque el verdadero conocimiento del pecado genera esa perpetua necesidad de gracia y del Evangelio de la gracia. Es una clara señal de la fe que alguien estudie, lea, oiga y considere intensamente el Evangelio de la gracia de Cristo, y sin embargo nunca llegue a compenetrarse plenamente del mismo.

Nunca se puede recordar y guardarlo todo respecto al Evangelio. Puedo recordar y guardar otras cosas que aprendí treinta o cuarenta años atrás, pero no ésto, mi tema más precioso, que estudio diariamente, ¿No demuestra esto que mi fe vino a ser algo más que simple conocimiento, cuando su energía se consume y desvanece igual que la comida que como?

Por el otro lado, hay personas “espirituales” que quieren algo diferente a este Evangelio de la reconciliación. El Evangelio es algo que aprendieron una vez y creen conocerlo lo suficiente. Por eso ahora desean oír algo diferente. Éstos se asombran por las débiles y extrañas almas, que jamás parecen recibir suficiente del Evangelio de la gracia. Por lo que concluyen que debe tratarse de gente poco convencida, que no progresa para nada y se detiene ante la primer dificultad, despreciando el discipulado, la santificación, etc. ¡Ah, ojalá supiesen lo que esa postura suya revela acerca de ellos! ¡Ojalá viviesen bajo la corrección del Espíritu, en el verdadero ejercicio del arrepentimiento y de la fe! Entonces con toda seguridad sabrían, que se necesita constantemente el Evangelio porque el Espíritu dirige y corrige diariamente al corazón, debido al pecado que todavía reside ahí; y porque la Ley cala tan profundamente en la conciencia denunciando la depravación, que el pecador jamás puede hallar paz y consuelo en sí mismo.

Por esa razón el alma necesita perpetuamente y siempre de nuevo la expiación de Cristo y el Evangelio de su gracia.

Sí, puede parecer extraño que los creyentes nunca lleguen a comprender plenamente el tema que más estudian. Pero es que para ellos la carne de Cristo es su alimento, y por eso también poseen su firme promesa, que con Él “tienen vida en sí”. Y si alguien nos infunde dudas respecto al hecho de que la carne y sacrificio de Cristo son el perpetuo alimento de nuestras almas, hemos de consolarnos recordando las palabras de nuestro Señor: “Porque mi carne es verdadera comida” (Jn.6:55).

Por otro lado, los que no tienen ese corazón, aunque fueron bien instruidos en este tema de vital importancia... los que se entregan a cosas que no pueden reemplazar al “Pan de vida” ... los que se interesan más por los filósofos humanistas que por los apóstoles de Cristo... los que buscan la satisfacción de su necesidad existencial y nutrir sus almas lejos de la obra expiatoria de Cristo... tales personas dan motivo a la sospecha, si verdaderamente tienen la fe; y deberían detenerse y reflexionar, pues es una alarmante señal. Lo dijo el propio Señor Jesucristo.

31. **Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos.** He.12:8

Dios es incomprensible, lleno de amor y cuidado. Esto es lo más seguro en este mundo, ¿Entonces, cómo es posible que los hijos de Dios en esta tierra, tengan que soportar sufrimientos? Si, aquí se esconde la sabiduría y los pensamientos de Dios, algo que nos tiene que ser revelado.

Cuando Él abre nuestros ojos para ver lo que está escondido en los sufrimientos de los hijos de Dios, llegamos realmente a amarlos y alegrarnos por ellos. Si, entonces entenderíamos que esto es el más precioso mensaje de nuestro Padre celestial. Entonces recibiríamos esto como un saludo cariñoso de Él, como diciendo: "Tengan ánimo, pronto llegarán al cielo, ¿No saben que yo les estoy preparando para esto cuando estoy haciendo morir su carne? ¿No sienten que yo ya les estoy preparando para el cielo mediante la purificación? Con las pruebas estoy limpiando su cuerpo. Esto lo hago con una meta. Pueden estar seguros de que yo realmente voy a cumplir lo que he pensado". Esta verdad es tan clara que aún los ciegos espirituales pueden verla. La gran verdad, es que Dios realmente ha preparado un cielo para sus hijos.

A menudo en esta vida nos parece que Dios trata a los justos en forma muy dura, como si hubieran cometido los hechos de los injustos. Y el injusto solamente experimenta lo bueno, y parece tener una vida sin problemas en este mundo.

Las personas más sabias en este mundo admiten que Dios ha creado un mundo totalmente perfecto. Por eso entienden que Dios debe ser bueno y justo. De esto sacan la conclusión de que debe venir una nueva era, cuando todas las diferencias se acaben. En ese tiempo Lázaro ha de recibir todo lo bueno y el hombre rico todo lo malo que le corresponde.

Otros entienden que todo el sufrimiento de los hijos de Dios no es otra cosa que el trabajo del Espíritu Santo para mortificarnos y perfeccionarnos. Ellos han visto con sus propios ojos lo que el apóstol nos dice aquí: "...pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado" (1 P.4:1b).

Tenemos que entender que el viejo hombre con sus deseos y codicias, se debilita con las persecuciones y sufrimientos.

Efectivamente, Dios hace morir nuestro pecado y obra nuestra santificación. ¿Qué sucedería con todo nuestro cristianismo, con toda la obra del Espíritu en nuestra alma, si Dios no nos disciplinaría mediante el yugo del sufrimiento? Si la vida va bien y sin problemas, nos volvemos más carnales y mundanos y fácilmente nos dormimos. ¿Cómo podemos salir de las pruebas de la fe y ser fortalecidos sin las persecuciones? Las pruebas más grandes, las experimentamos cuando no entendemos el propósito de Dios, cuando estamos lejos de su presencia. Dependemos totalmente de Dios que es verdadero y todopoderoso, ya que si tenemos todo lo

necesario, no es necesario orar. Si no necesitamos ayuda, tampoco hay necesidad de buscarla.

¿Cómo llegaríamos a ser piadosos, si Dios de vez en cuando no nos mostraría su ira? ¿Cómo podríamos ver y recibir la gracia del Señor, si estaríamos libres de nuestros pecados? ¿Podemos nosotros mismos librarnos de nuestra maldad? ¿Y habría amor y humildad sin las humillaciones de Dios? Lastimosamente el crecimiento en lo bueno se desarrolla muy lento en nosotros. ¿Y aún como sería sin el castigo de Dios? Es necesario que Dios cada momento nos despierte con sus pruebas y aflicciones para ver y entender sus caminos para con nosotros. Nos trata de esta manera para crecer en lo bueno. Esto es la santificación. Él desea evitar que caigamos y lleguemos a morir espiritualmente, y que el pecado sobreabunde en nosotros.

Todos los santos del tiempo de la Biblia, y todos los hijos verdaderos en el día de hoy, tienen que pasar por el castigo de Dios mediante pruebas, sufrimientos y enfermedades, esto es parte del plan de Dios para nosotros.

El apóstol dice: "Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por Él; Porque el Señor al que ama, disciplina, y azota a todo aquel que recibe por hijo. Si soportáis la disciplina, Dios os trata como a hijos; porque ¿qué hijo es aquél a quien el padre no disciplina? Pero si se os deja sin disciplina, de la cual todos han sido participantes, entonces sois bastardos, y no hijos" (He.12: 5b-8).

Estas palabras son muy claras. Nos dicen inequívocamente que todos los hijos de Dios necesitan la disciplina. Si estás sin disciplina, viviendo libremente según tus propios deseos, es una señal clara que tú eres un "bastardo", y que no eres hijo verdadero.

Al mismo tiempo entendemos perfectamente que los bebés no necesitan todavía disciplina. Ellos con seguridad son guiados por el Espíritu y la Palabra. Cuando ellos crecen, pueden soportar correcciones más duras. Y también necesitan la disciplina cuando se vuelven indiferentes.

En la escritura nunca se lee acerca de hijos de Dios que están tan limpios que no necesitan purificación a través de las pruebas.

1. **Ustedes, los que honran al Señor, confíen en su misericordia! ¡No se desvíen del camino recto, para no caer!** Eclesiástico (apócrifo) 2:7

¿Cómo podemos honrar al Señor y confiar en Él? Conociéndolo verdaderamente. Así obtendremos de inmediato el temor de Dios y la confianza en Él.

Si somos indiferentes respecto a Dios, es porque no sabemos ni creemos lo que Él es. Si realmente creemos lo majestuoso y poderoso que es; si llegamos a conocer su santo celo contra todo pecado, la veracidad de sus amenazas; cuán cerca está, y lo piadoso, perdonador y fiel que es... entonces lo honraremos y confiaremos en su misericordia.

Podemos contemplar esas cualidades de Dios en sus actos y reconocerlas en la Palabra y la experiencia; además, Él nos ordenó muchas veces que lo honremos y confiemos en Él. Todo esto nos hace temer y confiar en Dios más que en ninguna otra persona o cosa fuera de Él, no importa lo terrible o poderosa que parezca.

No hemos de temer absolutamente a nadie fuera de Dios. Y tampoco hemos de depositar nuestra confianza en nada y nadie más, no importa lo fuerte, excelente o confiable que parezca. No hemos de depositar nuestra confianza en otro que no sea Dios, así el Señor será nuestro único Dios. Y Él solo será el objeto del temor, la confianza y la adoración de nuestro corazón.

¿Cómo no temerle a nada ni a nadie fuera de Dios? ¡Existen tantas cosas terribles en la tierra! Uno tiembla con sólo pensar en ellas. ¡Cuánto mal pueden hacernos ciertos enemigos, fuertes y enfurecidos! Podemos morir en manos de un asesino, sufrir un accidente, perder la vista o el uso de la razón para el resto de la vida. Podemos ser contagiados con una enfermedad horrible e incurable, o ser fulminados por un rayo. ¡Cuántas cosas horribles podríamos agregar a esta lista! ¿Acaso no habríamos de sentir temor ante ellas? Sí, por supuesto todos los que no tienen al único Todopoderoso Señor y Redentor como su Dios, deben temer.

¿Creemos de todo corazón y tenemos presente que hay un Dios vivo, pensante, y todopoderoso viéndonos todo el tiempo? ¿Tenemos nuestros sentidos espirituales abiertos, para ver y creerlo? Entonces también tenemos que saber que ninguna de esas cosas terribles puede tocar siquiera un cabello de nuestra cabeza, a no ser que nuestro fiel y todopoderoso Padre celestial lo permita. El rayo, la enfermedad, el accidente, la muerte repentina etc. nos alcanzarán sólo si es su voluntad. Y si Él resolvió lo contrario, ninguna de esas calamidades nos podrá sobrevenir. Sólo si Él considera útil y necesario atribular momentáneamente tu corazón para que te arrepientas, permitirá que un dolor, una pérdida o la maldad de una persona te hieran, aflija o difame. Pero si quiere concederte paz y prosperidad, ninguna calamidad podrá dañarte.

Recordemos cómo Jesucristo le contestó a Pilato: “Ninguna autoridad tendrías contra Mí si no te fuese dada de arriba” (Jn.19:11).

O cómo habla David del malvado Simei: “Si es que él así maldice, es porque Jehová le ha dicho que maldiga a David” (2 S.16:10). Y cuando Jeremías habla de las múltiples aflicciones que sufre el hombre, con expresiones como “desmenuzar bajo los pies...” y “torcer el derecho del hombre” pregunta: “¿Quién será aquel, que diga que sucedió algo que el Señor no mandó? ¿De la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno?” (Lm.3:37-38).

Cuando Satanás obtuvo permiso para afligir a Job, el Señor Dios le prescribió la exacta medida y el alcance de la prueba (Job.1:12; 2:6). Y el profeta Amós pregunta expresamente: “¿Habrá algún mal en la ciudad, el cual Jehová no haya hecho?” (Am.3:6). Y el propio Señor da la explicación: “...para que se sepa desde el nacimiento del sol, y hasta donde se pone, que no hay más que Yo; Yo Jehová, y ninguno más que Yo, que formo la luz y creo las tinieblas, que hago la paz y creo la adversidad. Yo Jehová soy el que hago todo esto” (Is.45:6-7).

Quien no cree en este único Dios tiene mil cosas que temer en todos lados. Mira hacia un lado y hacia el otro y vive en perpetua angustia. Hoy teme una enfermedad, mañana la pérdida de sus bienes y la pobreza. Hoy teme que algún malvado le haga daño, mañana que un amigo lo traicione y abandone. Si llegan malas noticias, no puede sobreponerse ni le sirve la ayuda de otros; no sabe a quién acudir por ayuda. Éste es el justo castigo para los que no dejan que el todopoderoso Señor y Salvador sea su único Dios.

Por otro lado, ¡qué bendita seguridad y paz tiene el que, por obra del Espíritu Santo y mediante el Evangelio, cree en el todopoderoso Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo! ¡El único y todopoderoso Dios, que por medio de Jesucristo, también es nuestro fiel y bondadoso Padre!

2. **¡Yo Jehová! Este es mi Nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas.** Is.42:8

Por medio de la Escritura los judíos sabían que Dios había prometido enviar a la humanidad un buen Pastor universal. Las promesas decían: “Levantaré sobre ellas (las ovejas) a un Pastor, y Él las apacentará...” (Ez.34:23). Cuando vino Jesucristo, dijo: Yo soy el Pastor prometido. Todos los que vinieron antes de Mí, pretendiendo ser ese Pastor, fueron ladrones y asaltantes. Yo soy el buen Pastor que les fue prometido... (Jn.10:11ss.).

Con eso el Señor quiso decirnos que Él era el verdadero buen Pastor. Es el buen Pastor en un sentido en que nadie más puede pretender serlo. Esto es una verdad muy importante, tanto para nuestra advertencia como para nuestro consuelo.

Los cristianos hemos de estar en guardia y evitar la lealtad idólatra hacia cualquier Pastor humano. Por ejemplo, es una lealtad idólatra e injuriosa cuando nos volvemos tan dependientes de un ser humano, que perderíamos el ánimo y el rumbo si esa persona falleciese o se mudase. Además, nos descarriaríamos si ese maestro se desviara de la verdad. ¡Tengamos en cuenta ese peligro! El cristiano debe dirigir su devoción y confiar de todo corazón sólo en el Señor. De manera que si le tocase vivir en un lugar muy desolado, donde no puede oír la cariñosa voz de los labios de un Pastor humano, aún estaría en condiciones de orientar su alma hacia el Señor y a su Palabra, exclamando desde lo profundo de su alma con David: “Jehová es mi Pastor, nada me faltará” (Sal.23:1).

En segundo lugar, si un maestro muy excelente, predicara otro Evangelio que no sea el que predicaron Cristo y sus apóstoles, entonces tenemos que repudiar a este maestro y permanecer fieles únicamente a la Palabra del Señor. Hemos de decir: “Sé muy bien lo que enseñó el Señor Jesucristo, y cómo trató a los pecadores. A eso me atengo. Él es el buen Pastor, al cual sigo”. A los Pastores fieles, a los siervos del Señor, les aflige cuando las personas que ellos intentan conducir al “gran Pastor de las ovejas” que las compró con su sangre (He.13:20)-, dependan de ellos, incluso que estas personas se sientan infelices, desconsoladas y desorientadas sin ellos. Cuando los creyentes profesan desmedida lealtad a un Pastor humano, a veces Dios tiene que llevárselo de este mundo, o permitir que cometa una locura y pase vergüenza, para que la gente aprenda a no idolatrar a una persona. Porque así dice el Señor: “¡Yo Jehová! Este es mi Nombre, y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas”. “¡Yo, Yo Jehová! ¡Y fuera de Mí no hay quien salve!” “¡Yo soy el buen Pastor! (Is.42:8; 43:11; Jn.10:11).

Al decir esto no quiero apoyar a los que se creen sabios y desprecian a los siervos que el Señor, en su inmensa piedad, dio a su Iglesia; al espíritu carnal, que menosprecia la luz que Dios envió al mundo en la Palabra predicada por sus mensajeros. Los sabios carnales creen sólo

en su propio espíritu. En su presunción desprecian hasta a los más gloriosos instrumentos que Dios empleó para la restauración de su Iglesia, aun cuando estos instrumentos recibieron el sello del propio Dios y la confirmación de su misión, en la forma de sobreabundantes frutos. No debemos exaltar ese espíritu rebelde, ni contradecir a San Pablo cuando elogia el estado de los Gálatas como muy "bendecido", porque lo recibieron a él como a un ángel de Dios; más aún, como al propio Jesucristo, y hubieran estado dispuestos a arrancarse los ojos por él (Gál.4:15). Un amor tan ferviente es una hermosa señal del profundo amor a la verdad.

Solamente quiero advertir contra esa lealtad idólatra y servil que describimos arriba: Una lealtad injuriosa, tanto para los miembros, como para los siervos y Pastores. Quiero decir como dijera Juan el bautista: "Vosotros mismos me sois testigos de que dije: Yo no soy el Cristo, sino que soy enviado delante de Él. El que tiene la esposa, es el esposo. Mas el amigo del esposo, que está a su lado y le oye, se goza grandemente de la voz del esposo; así pues, este mi gozo está cumplido. Es necesario que Él crezca, pero que yo mengue". "Yo (sólo) soy la voz de uno que clama en el desierto: ¡Preparad el camino del Señor!" (Mt.3:1-12; Lc.3:1-17; Jn.1:19-28; 3:28-30). El apóstol Pablo dijo lo mismo: "¿Fue crucificado Pablo por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?" (1 Co.1:13).

Estos pasajes nos enseñan que incluso los creyentes de Corinto estaban infectados con la tendencia de profesar lealtad al Pastor. Por eso no nos debe sorprender que eso siga ocurriendo todavía en la actualidad. Tenemos que estar en guardia contra eso, como contra algo muy perjudicial para las almas compradas a tan alto precio.

Hay muchos ejemplos de creyentes que se vieron privados de Pastores fieles -no que los hayan despreciado- y se vieron obligados a mantenerse unidos únicamente a Cristo mismo y a su Palabra. Aun en esas circunstancias su vida espiritual siguió creciendo. Y no sólo eso: También sus corazones se llenaron de un gozo muy superior y más permanente, al estar más íntimamente unidos con el Salvador, quien busca y atiende a sus solitarias ovejas. Experiencias así nos demuestran qué significan las palabras del Señor: "Yo Jehová; este es mi Nombre; y a otro no daré mi gloria" (Is.42:8).

3. **Pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y Él sabe todas las cosas.** 1 Jn.3:20

Meditemos cuidadosamente en estas palabras: “Dios sabe todas las cosas”.

¿Qué significa esto? Veamos: Jesús afirma que su cuerpo fue dado y su sangre derramada por nosotros (1 Co.11:24-25; Lc.22:20). Si pudiésemos comprender y tener siempre presente qué significa que el Hijo de Dios ofreció su cuerpo y su sangre en sacrificio por nosotros, ¿acaso no tendríamos que llorar de puro gozo? ¿No tendríamos que confesar: “Frente a eso, la deuda de todos nuestros pecados es nada; es menos que una chispa ante el océano?”

En efecto, es exactamente así a los ojos del Señor. En el cielo se exalta y honra la sangre de Cristo en sumo grado. Allí tiene más valor que todo el mundo. Tú y yo tenemos almas tan miserables, que no podemos concebir ni guardar esa verdad, de que la sangre de Cristo tenga más valor que todo el mundo. Para nuestros entenebrecidos y vacilantes corazones ella tiene poco valor. Sin embargo para Dios es de un valor inmenso, inconmensurable! Nuestro Señor Jesucristo sabe esto. Por eso pudo decir: “El que está lavado... está todo limpio; y vosotros limpios estáis” (Jn.13:10). A ti y a mí nos cuesta creer eso, pero Jesús tiene la plena seguridad de que su sangre vale muchísimo.

¡Meditemos esto a fondo! En nuestra mayor aflicción por causa de nuestros pecados, todavía podremos decir: “Santo Padre celestial, si quieres rechazarme, tendrás que rechazar primero a tu amado Hijo; rechazar su santo cuerpo y su santa sangre, que ya aceptaste como precio de mi redención. No puedes rechazarme a mí, porque apruebas el rescate pagado por tu Hijo, mi Redentor”. El cuerpo y la sangre de Jesucristo es el precio que fue pagado para nuestra redención, por eso la gracia es invariable. San Juan dice: “Dios sabe todas las cosas”. Sabe lo que vale el sacrificio de su Hijo y por eso pronunciará un juicio totalmente diferente al de nuestro corazón.

También hay otras cosas que Dios sabe, y por las cuales su gracia es imperturbable. San Lucas nos dice que Jesús sabía por adelantado que Pedro caería y lo negaría (Lc.22:34). Eso nos hace pensar que si esa caída de Pedro hubiese sido una razón para rechazarlo, Cristo lo habría rechazado ya antes, y no le habría otorgado su favor nunca más, ni por un minuto. El hecho de que conocía todos los defectos de Pedro desde el principio no hizo que esperara, ni siquiera por un instante, un comportamiento mejor de parte de Pedro. Nos equivocamos si pensamos que Dios ve nuestros pecados sólo de vez en cuando, siendo que los ha visto a todos desde el principio. En un abrir y cerrar de ojos ve todo lo que hay en nosotros, inclusive toda la maldad que aún manifestaremos en el curso de nuestras vidas. Si quisiera rechazarnos y se cansase de nosotros por causa de esas maldades, nunca habría comenzado ni siquiera a buscarnos para la

salvación, o a llamarnos hacia Él, o a concedernos su perdón. En efecto, sabe que siempre somos iguales, tanto para lo mejor como para lo peor. Todo cristiano tiene dos naturalezas, la carnal y la espiritual. Y éstas están en constante conflicto entre sí. Un momento el Espíritu se manifiesta tan gloriosamente, que apenas se nota la carne. Sólo se nota vida y paz con Dios, amor y bondad. En otro momento se manifiesta la naturaleza carnal y el diablo en forma tan terrible, que cuesta distinguir algo en esa persona.. ¿Quién pudo notar algo espiritual en Pedro en el momento de la negación? Sin embargo, el Espíritu retornó enseguida y Pedro “salió y lloró amargamente” (Mt.26:75). Ahora bien, nuestro Señor Jesucristo sabe que seguimos siendo siempre los mismos, a pesar de todos los cambios. No se deja engañar. En la hora en que Pedro se muestra tan fuerte y fiel en el huerto, Jesús sabe que caerá de la fe esa misma noche. Y en el momento en que cae, Jesús no obstante sabe que Pedro todavía sigue siendo el mismo querido discípulo de corazón y espíritu.

¿En qué momento habría de rechazarlo, entonces? Este conocimiento es “la sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta”, de la que habla el apóstol (1 Co.2:7).

“Dios sabe todas las cosas” (1 Jn.3:20b). Jesucristo dijo que los mismos discípulos que lo abandonaron en la hora de la prueba, un día estarían con Él en el cielo, sentados en sus tronos, juzgando a las doce tribus de Israel.

Entonces ya no los afligirá ningún pecado ni defecto. Jesucristo sabe que un día estaremos limpios, gloriosos y esplendorosos, llenos de amor y santidad, por toda la insondable eternidad, para alabarlo continuamente. Por eso podemos decirle con toda confianza: “¡Querido Señor Dios, te suplico que en la hora de mi caída, me consideres según el estado en que estaré un día contigo en el cielo! Allí ya no pecaré contra Ti de ningún modo. Al contrario, allí te amaré y alabaré perfectamente. Si en cambio quieres mirarme según la vida que llevo en la tierra, hallarás a un pecador que te ofende cada día y a cada momento con algún pecado. Pero si me miras como estaré en el Paraíso, verás un santo, que no te ofenderá ni una sola vez, por toda la interminable eternidad. Al contrario, allí te amaré y alabaré perfectamente todo el tiempo. ¡Mírame, pues, en ese estado, y no me trates con enojo y dureza por los treinta, cuarenta o cincuenta años que me debes ver sujeto a debilidad y perversidad!”

¡Ah, ojalá esta inmensa gracia divina cautive, fortalezca y deleite los corazones de todos los creyentes! Así no amarán a nada ni a nadie por encima de su querido y piadoso Salvador. Y ese amor será la fuente y el poder de la verdadera santificación, porque ese amor lo facilita todo, y “es el cumplimiento de la Ley” (Ro.13:10). ¡Quiera Dios aumentar nuestra fe y nuestro amor, en respuesta a su amor!

4. **Porque yo por la Ley soy muerto para la Ley.** Gá.2:19

Algo parecido dice en Ro.7:4,6: “Vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la Ley”. Y: “Ahora estamos libres de la Ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos”. Estas palabras contienen el secreto de nuestra libertad de la Ley. Prestemos atención a la palabra “muerto”.

En Ro.7:9,11 dice: “Yo sin la Ley vivía en un tiempo. Pero cuando vino el Mandamiento, el pecado revivió, y yo morí...Porque el pecado, tomando ocasión por el Mandamiento, me engañó, y por él me mató”. Quien va al fondo de esta cuestión, hallará una preciosa luz. ¿De qué muerte habla el apóstol ahí, cuando dice: “...y yo morí”? O “¿He muerto para la Ley?” Nuestro Catecismo habla de una muerte triple: Física, espiritual y eterna. Pero aquí se menciona una cuarta clase de muerte. Espiritualmente el apóstol ya estaba muerto antes de conocer la Ley, pero él dice que cuando vino el Mandamiento la Ley lo mató. ¿A qué muerte se refiere entonces? Quienes la conocieron, lo saben.

Esta clase de muerte se produce cuando la Ley acusa a la persona que vive tratando de justificarse a sí misma ante Dios, por medio de su propia “buena” conducta. Cuando los santos ojos de Dios comienzan a reprobar aun los pensamientos ocultos y las intenciones del corazón, esa persona “muere”.

Y cuanto más severamente la ataca, tanto más rápidamente muere. Muere el autosuficiente fariseo que había anteriormente en él y que creía poder justificarse por su propio cumplimiento de la Ley. Así debió morir el fariseo Saulo antes de que pudiera surgir el fiel discípulo Pablo (1 Ti.1:13; Fil.3:5-9). El muslo de Jacob debió descoyuntarse, cuando luchó con el desconocido, antes de que pudiera exclamar: “¡Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma!” (Gn.32:24-32).

Y entonces recibió otro nombre, el de Israel (v.28). Después de aquel incidente, Israel cojeaba de esa pierna. El antiguo Jacob había “muerto”. En resumen: Tomemos las palabras del apóstol en su sentido natural y entenderemos quién es el que murió. San Pablo dice: “Yo morí”. Fue su “ego”, lo que murió en la lucha contra el pecado bajo las demandas de la Ley.

La profunda ilusión y confianza en la capacidad propia, que es el alma del viejo hombre, le hacía mantener una tenaz esperanza de éxito en esa lucha. Esto, sin embargo, contribuyó tanto más a hundirlo y matarlo. San Pablo expresa esto en Romanos 7:11: “El pecado, tomando ocasión por el Mandamiento, me engañó, y por él me mató”.

Toda la Ley revela nuestra corrupción, la cual nos hace exclamar: ¡Ojalá no existiera Dios y yo pudiese hacer lo que se me da la gana, sin tener que rendirle cuentas a nadie! Y eso es muerte espiritual. El Mandamiento aniquila la falsa confianza en el poder de la Ley para santificarnos. Mata la ilusión en la capacidad del hombre natural de poder lograr la salvación con sus propias fuerzas. Deja al ser humano tirado, perdido, indefenso, impotente... peor aún: “¡Muerto!”

Pero cuando el alma exhausta desespera de todo esfuerzo propio, tanto de su voluntad como de su capacidad, -por más ejercicios de devoción y

penitencia que ensaye-, y en cambio presta atención al mensaje de Dios para nuestra reconciliación, y comprende lo que le ofrece la obediencia y el sufrimiento de Cristo, entonces el alma se siente atraída a Él, tal como está, sin vida y poder, indigna de toda bondad, y tan solo pide piedad. Así el alma se arroja a los brazos de su verdadero novio, “para que sea de otro, del que resucitó de los muertos” (Ro.7:4).

Y he aquí, con Él obtiene inmediatamente el cumplimiento de toda la Ley, “porque el fin de la Ley es Cristo, para justicia de todo aquel que cree” (Ro.10:4).

Y ahora la esposa, sólo vive de la justicia y del cuidado del esposo, diciendo “Bajo la sombra del deseado me senté, y su fruto fue dulce a mi paladar... y su bandera sobre mí fue amor” (Cnt.2:3-4). La persona fue liberada de la Ley, como lo declara explícitamente el apóstol en Gálatas 3:24-25: “De manera que la Ley ha sido nuestro ayo para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe. Pero venida la fe, ya no estamos bajo el ayo”.

En efecto, la vieja presunción acerca de mi propia capacidad todavía aflora mil veces, generalmente en la forma más sutil, insinuándome que yo, como cristiano, debiera ser y lograr mucho más por medio de la oración y del poder de Dios. Sin embargo debe ser desenmascarada como un fantasma imaginario, parecido a Adán, porque “yo” y no Cristo se convirtió otra vez en el centro de mis pensamientos. Entonces yo quedo otra vez exhausto y “muerto”, hasta que nuevamente me arrojo a los pies de mi Salvador y por la fe en Él, dejo que Él sea toda mi Justicia. Y en tanto que vuelvo siempre de nuevo a Jesucristo, no estoy más bajo la Ley, sino bajo la gracia.

De esto también pueden aprender quiénes no están bajo la gracia, sino bajo la Ley. Es decir, los que todavía no fueron derribados ni “muertos” por la Ley, como acabamos de ver. Son las personas que todavía confían y conservan esperanzas en su propia piedad, con la que creen poder satisfacer las demandas de la Ley. Todavía no se consideran tan perdidos, ni desesperaron de sus propios esfuerzos, como para rendirse, reconociéndose como miserables pecadores, sin más remedio que la gracia del perdón. Estos todavía se proponen santificarse mediante su esfuerzo propio y esperan lograrlo. Si en este intento (de mejorarse) llegan a fracasar (perder la fe en sí mismos), ya no están lejos del Reino de Dios. Sólo falta que desesperen totalmente de sí mismos y que luego, en un abrir y cerrar de ojos, lleguen a conocer verdaderamente a Jesús. En otras palabras, que lo encuentren y reconozcan como lo que Él es. Porque si esa revelación aún va acompañada de mucha confianza y satisfacción en uno mismo, -de modo que la fe en Jesucristo es solo parte de su “justificación”- se alejan aún más de la gracia salvadora. Si esperan salvarse en parte por lo que hizo Cristo, y en parte por lo que hacen ellos, todavía no se reconocen como miserables pecadores, “muertos en delitos y pecados”, cuyo único refugio está en Cristo. En ese caso la justicia de Cristo no será más que una nueva y hermosa tela remendada sobre un trapo viejo...

5. **A fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras, tengamos esperanza.** Ro.15:4

El propósito de Dios con “las cosas que se escribieron antes” en las Sagradas Escrituras, no es sólo darnos conocimiento para nuestras mentes, sino principalmente los beneficios y el poder que necesitamos para nuestras vidas, “a fin de que por la paciencia y consolación (derivadas) de las Escrituras, tengamos esperanza”. La Escritura, -si la estudiamos correctamente-, nos alienta con palabras y ejemplos a tener paciencia en los reveses de la vida.

Ante todo, hemos de saber que la esperanza de la que se habla aquí, es la esperanza que los creyentes tienen en la eterna salvación y bienaventuranza.

Obtenemos esa paciencia y consolación de las Escrituras, cuando leemos las piadosas y preciosas promesas de ella para los creyentes que se encuentran en tribulación y aflicción; o cuando meditamos en los hermosos ejemplos de personas, que debieron soportar sufrimientos muy prolongados y amargos, (y los sufrieron con paciencia), confiaron en la ayuda del Señor y acabaron siendo coronados con un glorioso final. Esto, entonces, nos da “la consolación de las Escrituras”, nos anima a tener paciencia y tenacidad también; a confiar en el Señor, esperando que nos dé también a nosotros un final feliz después de todos los sufrimientos. Las Escrituras nos alientan a creer que el Señor seguirá siendo el mismo fiel Dios de siempre, que nos dispensará la misma gracia que les dispensó a nuestros padres. Nos aseguran que nuestras esperanzas no serán defraudadas. La paciencia se la puede ejercitar únicamente en el sufrimiento y en las aflicciones, y sólo entonces se puede conocer y apreciar debidamente la consolación de las Escrituras. No habiendo sufrimientos y dolores, todos los textos bíblicos de consuelo carecen de todo poder y provecho. Es en la aflicción donde el consuelo de la Escritura cobra poder, y nos da paciencia y esperanza. Pero también esto ocurre únicamente por “la consolación de las Escrituras”. Porque si perdemos de vista la Palabra, su luz no nos alumbrará en la aflicción. Es sólo por la “paciencia y consolación de las Escrituras” como se fortalece la esperanza durante la aflicción.

Recordemos algunos ejemplos, que nos harán ver enseguida algo de la consolación que nos imparte las Escrituras: “Habéis oído de la paciencia de Job”, dice Santiago (Stg.5:11). La historia de Job nos enseña de cuán terriblemente este amigo de Dios fue azotado. Primero fue privado de todo lo más querido que tenía en este mundo. Luego fue herido con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza (Job 2:7). Y finalmente aun su mujer y sus amigos le aconsejaron mal y lo escarnecieron. Pero el Señor durante todo este proceso seguía siendo su misericordioso Amigo, y al fin le dio el doble de los bienes temporales que había perdido, además del precioso testimonio de que no había “otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal” (Job.1:1,8; 2:3), ¡Cuánta enseñanza y consolación desprendemos

de esto! Vemos que también nosotros podemos permanecer en íntima amistad con Dios durante todo nuestro sufrimiento; también nosotros podemos obtener alivio y consuelo cuando Dios lo disponga.

Y aún después de esta vida, podremos hallar la bendita eternidad.

Consideremos la larga prueba de Abraham, cómo al final recibió la bendición prometida. Dios le había prometido que sería el ancestro de una gran nación (Gn.12:2 ss.). Y luego lo dejó envejecer sin hijos, hasta su centésimo año. Y cuando finalmente le fue dado “el hijo de la promesa”, el Señor le ordenó que se lo ofreciera en holocausto (Gn.22:2). ¡Qué prueba! Sin embargo vemos ahí en qué forma gloriosa el Señor cumplió su promesa.

¡Miremos la numerosa y maravillosa descendencia que recibió Abraham! ¡La “Simiente selecta”, el Hijo de Dios, habría de provenir de ella según la carne! (Ro.9:5).

Otro ejemplo es David, “varón conforme al corazón de Dios” (Hch.13:22). No obstante, ¡Qué experiencias indeciblemente amargas debió sufrir! Por ejemplo, cuando él, un santo profeta, sufrió caídas tan grandes y terribles que llegó a ser una obvia ofensa para todo el pueblo, dando motivo de burlas en Israel y comentarios blasfemos en las bocas de los infieles (2 S.12:14). Luego su propio hijo provocó una rebelión (2 S.15) y lo destituyó de su trono. Tiempo después David pecó de soberbia, haciendo censar a su pueblo (2 S:24), por lo que recibió un terrible castigo: Murieron de peste setenta mil hombres en Israel. Y David debió reconocerse culpable de toda esa desgracia (v.17; 1 Cr.21:8-17). ¿Quién más que David hubiese querido ser sólo de bendición para su pueblo? ¡Ah, con cuánta amargura puede afligir Dios a sus más queridos hijos! ¡David llegó al extremo de considerarse sólo como causa de aflicción para su pueblo! Primero por su grave caída, y en segundo lugar por su pecado de orgullo, al censar al pueblo. ¡Y sin embargo Dios no desechó a David! Al contrario, este mismo David encontró tanto favor con Dios, que el Hijo de Dios en su amargo sufrimiento en la cruz usó las palabras de David para expresar su más profundo dolor Comp. Mt.27:46 con Sal.22:1). ¡Tal es el consuelo de la Escritura!

Con toda seguridad estos ejemplos pueden fortalecer nuestra esperanza, para que aún en medio de nuestras más amargas experiencias conservemos la confianza en nuestro extraño pero fiel Dios. El Nuevo Testamento nos remite continuamente al sufrimiento de Cristo, para que recordemos cómo fue atribulado, pero finalmente entró a su gloria, después de todas sus penas. “Para que corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante”, dice el apóstol (He.12:1), “puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual, por el gozo puesto delante de Él, sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a Aquel, que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse ni desmaye” (He.12:2-3). Tal es la consolación de la Escritura, por cuya enseñanza hemos de aprender a tener paciencia y esperanza hasta el fin.

6. **¡Esforzaos a entrar por la puerta angosta!** Lc.13:24

¿Cuál es el objetivo final de nuestro estudio de la Palabra de Dios y de nuestra lucha espiritual, sino ser salvos? ¿Mantener buenas relaciones con Dios aquí en el tiempo presente, volver a Él en la hora de la muerte, y estar en Su presencia para siempre? ¿No debiéramos detenernos, entonces, para comprobar si nuestra carrera espiritual efectivamente nos llevará a ese bendito hogar, y así no no corramos “como a la ventura” y no peleemos “como quien golpea el aire?” (1 Co.9:26)

Muchos necesitan descubrir si el camino espiritual que siguen los llevará -o no- al hogar celestial. ¿O todos los que buscan el Reino ¿de Dios, de una manera u otra, finalmente entrarán en él? o por el contrario, ¿existe un solo camino a la vida eterna? En este caso necesitamos asegurarnos que efectivamente estamos en ese único, bendito camino, para que podamos regocijarnos con el transcurrir de los años, al acercarnos cada vez más al final deseado... De no ser así, tenemos que convertirnos y andar por el camino nuevo, para poder morir en paz.

¡Qué terrible desgracia sería, si Dios no nos concediera más su gracia para pensar en esto! ¡Qué terrible si, en nuestra ligereza e indiferencia carnal, quisiéramos resolver este asunto por nosotros mismos, sin examinarnos ante el Señor! La persona que obtiene gracia para reflexionar y desea ser honesta, deberá cuidarse bien de no buscar la respuesta a sus preguntas en su propia mente. No debe sentarse a pensar y pensar, o esperar una respuesta inmediata en su corazón. Tampoco debe conformarse con la opinión de cualquier otro ser humano en un asunto tan importante. No, aquí hemos de consultar sólo las palabras del propio Señor, porque son éstas las que juzgarán a todos los hombres en el día postrero. Por eso recordemos algunos dichos de Jesús, dignos de mención ¡Qué Dios nos conceda sabiduría para entender lo que nos dice!

“¡Esforzaos a entrar por la puerta angosta! Porque os digo que muchos procurarán entrar, y no podrán” (Lc.13:24). ¿Qué significa esto? ¿Por qué muchos que tratarán de entrar por la puerta estrecha no podrán hacerlo?

Afortunadamente, en la Escritura, el Señor explicó las causas de eso.

Muchos buscan el Reino de Dios, pero no con suficiente seriedad como para poder pasar por la puerta estrecha. Son personas espiritualmente despiertas hasta cierto punto, pero no completamente. Quieren tener a Dios y su gracia, pero también la amistad del mundo impío. Quieren servir a dos señores. Están dispuestos a abandonar ciertos pecados, pero aprueban otros, y no quieren desecharlos como pecados, antes los defienden. Jesús dijo: “Si alguno viene a Mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos y hermanas, y aun también su propia vida, no puede ser mi discípulo”. “Así pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo” (Lc.14:26,33). Es como la persona “que comenzó a edificar una torre, y no pudo terminarla” (v. 28). Se esforzó e invirtió dinero, pero no obtuvo ningún beneficio de

ello. El evangelio nos habla de un joven rico, dispuesto a seguir a Jesús, pero no podía hacer eso y al mismo tiempo conservar sus riquezas. Y cuando el Señor le dijo que debía abandonarlas, se fue triste (Lc.18:18-30). Eso es lo que ocurre con frecuencia.

¡Ah, qué pena dan los que se alejan entristecidos! ¡Estaban tan cerca de la entrada al cielo! Conocieron a Jesús y lo amaron en cierta medida. Sin embargo decidieron alejarse de Él, porque no estaban dispuestos a dejarlo todo por Él. Trataron de entrar, pero no pudieron. Algunos se alejan del Señor sin saberlo, con un falso consuelo.

Pretenden ser de Cristo aunque les faltan todas las características distintivas del nuevo nacimiento y de la nueva creación.

¡Otros no quieren dejar de buscar la puerta de la salvación por nada del mundo! No pretenden que todo ya esté bien con ellos. Sin embargo, vacilan ante la mismísima puerta de entrada. Hablan del arrepentimiento y la fe, sin embargo nunca los ponen en práctica. No buscan aquí y ahora la gracia de Dios y la reconciliación con Él, el don de la fe, la vida y la paz que Jesús nos ofrece. A eso no llegan jamás. Esperan hasta que es demasiado tarde. Vacilan año tras año, y creen que el Señor siempre los estará esperando. Piensan que no les podrá cerrar la puerta, mientras todavía no hayan entrado. Y por engañarse tanto así, al final no pueden entrar.

Es mucho más difícil entender esta segunda razón. Esta es la verdadera "piedra de tropiezo y roca que hace caer" (1 P.2:8). Esto puede explicarse de la siguiente manera: Muchos procurarán tan seriamente entrar por la puerta estrecha, que por amor al Reino de Dios son capaces de abandonar padre, madre, hermanos y aun su propia vida. Sin embargo, no podrán entrar sólo porque no están dispuestos a abandonar algo que los cautiva aún más que su propia vida, es decir: Su propia opinión, o el valor que creen que tiene su propia penitencia y renuncia.

En otras palabras: Tratan de entrar por la puerta estrecha, pero no quieren que alguien les diga cuál es esa puerta estrecha. Avanzan y golpean con su cabeza contra una pared que no tiene puertas. Son las personas a las que se refiere Cristo cuando describe al hombre que entró a la salón de fiestas sin estar vestido de boda (Mt.22:11). O con el ejemplo de las vírgenes insensatas, que no llevaron consigo aceite para las lámparas para recibir al esposo (Mt.25:3). Son aquellos que conocen a Cristo y su doctrina, pero sólo en sus intelectos y en sus bocas. En sus corazones tienen otra cosa, que les importa más, es decir: No la Justicia de Cristo, sino su propia "justicia", lo que ellos llegaron a ser y las obras que pudieron hacer...

7. No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad. Is.33:24

El perdón de pecados que Jesucristo nos obtuvo con su muerte, y que recibimos por la fe en Él, será nuestro por toda la eternidad. Es un beneficio cotidiano y eterno. No será revocado ni nos será quitado por causa de los pecados que nos afligen y que -lamento tener que decirlo- todavía afloran una y otra vez.

No, en tanto que permanecemos en la fe en Cristo: disfrutaremos siempre de la misma gracia de Dios todo el tiempo, porque la gracia no se ajusta a nuestros méritos. En cuanto a nosotros mismos, todos somos igualmente merecedores de condenación, todo el tiempo. Pero en Cristo todos los creyentes somos igualmente justos, en todo momento.

Cuando el Señor se refiere en el Antiguo Testamento al Reino de Gracia que Cristo instauraría en el mundo, lo llama: "Sion, ciudad de nuestras fiestas solemnes, y Jerusalén, morada de quietud, tienda que no será desarmada" (Is.33:20). Y dice acerca de esta ciudad: "No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad". En el salmo 89 Dios habla del pacto con su Hijo, el pacto de la gracia eterna para con las personas que el Hijo salvó y defendió con su redención, los que creyeron en Él y se llaman "hijos suyos".

Ahí dice: "Si dejaren sus hijos mi Ley, y no anduvieren en mis juicios, si profanaren mis estatutos, y no guardaren mis Mandamientos, entonces castigaré con vara su rebelión, y con azotes sus iniquidades, mas no quitaré de él mi misericordia, ni falsearé mi verdad; no olvidaré mi pacto, ni mudaré lo que ha salido de mis labios". (Sal.89:30ss). Y en el Nuevo Testamento San Juan dice: "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo. Y Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo" (1 Jn.2:1-2).

Son innumerables y muy consoladoras las palabras de la Escritura acerca de esto. Meditemos en una de ellas, donde el Señor dice que los habitantes de la ciudad, o sea del Reino de Gracia, no tendrán necesidad de quejarse diciendo: "Estamos enfermos y somos débiles", puesto que ya tienen el perdón de todos sus pecados. El perdón de los pecados presupone por adelantado que hay pecados y deficiencias. De lo contrario no se hablaría de perdón "de pecados".

Pero al mismo tiempo presupone que Dios no contará, ni mirará, ni castigará esos pecados, porque habla de "perdón". No hace falta seguir hablando de una cosa perdonada ni de alarmarse por ella. Pues lo perdonado está perdonado.

"No dirá más el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad".

Este texto también nos recuerda algo muy importante para los creyentes con poca experiencia en la gracia. Ellos creen sinceramente en el perdón de sus pecados. Pero al mismo tiempo tienen algo más (eso piensan) que los perturba y preocupa. Es algo que no se animan a llamar pecado: Una debilidad, un defecto en su cristianismo. Dicen: -Creemos firmemente que Dios, por amor de Jesucristo, nos perdona todos nuestros pecados. ¡Pero aún somos tan débiles! Tenemos esta o aquella deficiencia...

Sin embargo, el Señor dice aquí que todo eso merece sólo un título: Pecado. ¡Que alguien me diga una sola enfermedad espiritual que no sea pecado! La Ley demanda nuestra obediencia total: Del corazón y la mente; de los pensamientos y sentimientos. Por eso también denuncia cualquier cosa que uno haga, piense o desee en contra de la voluntad de Dios. ¿Acaso las deficiencias de tu cristianismo no son pecados? ¿O no es un pecado ser frío e indiferente para aceptar lo que el Señor dice y enseña? ¿Ser lerdo para adorarlo, cobarde para confesar la fe, etc? Pues bien: Todo lo que es pecado cae también bajo el perdón de pecados. La Escritura no dice que Cristo expió sólo los pecados de la mano o de la lengua, sino todos los pecados del ser humano. Por eso, aunque los cristianos seguimos siendo imperfectos y teniendo pecado, -por más que vigilemos, oremos y luchemos contra el mismo-, ya no estamos más bajo condenación, si permanecemos en Cristo por medio de la fe (Ro.8:1). El perdón de Dios se extiende sobre todo lo que somos y tenemos.

Su perdón quita y cubre toda debilidad o iniquidad: "No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que mora en ella le será perdonada la iniquidad".

A este respecto observa nuestro querido Lutero: "Podemos estar en paz con Dios sólo porque disfrutamos su perdón para nuestros pecados. Cuando el ser humano quiere presentarse ante Dios, no debe permitir que su pecado se lo impida, ni debe pensar que su justicia personal lo hace posible".

Para ser considerado justo ante los hombres tengo que ser honesto y hacer muchas obras de bien. Pero cuando se trata de presentarme ante Dios y obtener su gracia, no necesito otra cosa que ser un pobre pecador, para que se me de el perdón de los pecados. Entonces puedo confesar valientemente mi fe: Si yo tengo pecados... ¡Cristo tiene justicia! Su santidad es mi santidad.

Estoy en un estado donde mis pecados ya no pueden alcanzarme ni dañarme.

Ese es el Reino de Gracia, la ciudad feliz, de la que el propio Señor dijo: "No dirá el morador: Estoy enfermo; al pueblo que more en ella le será perdonada la iniquidad".

8. **Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en Mí.** Jn.15:4

Tal vez suspires diciendo: “Soy espiritualmente tan frío... ¡Tan impotente en la lucha contra las tentaciones! Oigo las advertencias de peligro, pero me opongo con todas mis fuerzas. Leo las palabras de amonestación, pero todo parece ser en vano ¡Sigo frío y débil! ¿Qué pasa conmigo?”

Pasa exactamente lo mismo que cuando te arrepentiste por primera vez, cuando estabas igual de angustiado ¡Es incredulidad! La niebla fría y mortífera de la incredulidad envuelve tu alma, y no te permite reconocer debidamente a tu Salvador, ni sentir el amor de Jesús. El remedio es que te arrojes nuevamente, tal como eres, a los brazos perdonadores de Jesús, y descansas allí hasta que vuelvas a ser restaurado y a fortalecerte. O sea: desviando la atención de tu propio comportamiento, de tu vileza y de tus pecados y mirando sólo el corazón de Dios, pensando sólo en la sangre propiciatoria de Cristo y en su intercesión por ti. ¡Ah! ojalá pudiésemos grabar con letras de oro en los corazones de todos los creyentes, que nuestra salvación y bienaventuranza eterna dependen últimamente de un solo factor: Que permanezcamos en Aquel que nos amó y nos salvó. Así hallaremos también el verdadero remedio contra el pecado.

Cierta mujer cristiana cayó en pecado por descuido. Al principio su falta no fue muy grave, pero de todos modos, destruyó la fe y la paz de esa mujer. Ella trató de recuperarlas, restaurando por medio del arrepentimiento la buena relación con su Salvador. En su opinión, lo primero que debía lograr era sentir remordimiento por algún tiempo, después mejorar su conducta, y finalmente buscar la gracia y perdón. Pero, ¿qué ocurrió? La tentación a repetir el pecado se volvió cada vez más intensa. Y en el mismo grado la incredulidad.

La impotencia espiritual aumentó, de modo que cayó de nuevo. Y con esto encontró doble razón para desesperar, y para separarse definitivamente de su puro y santo Dios. Por su incredulidad esa pobre mujer se fue alejando, paso a paso, de su único Salvador, hasta que finalmente creyó que todo estaba perdido.

Entonces, para tranquilizar su angustiada y clamorosa conciencia, comenzó a buscar falsos consuelos, como excusas por sus concesiones al pecado. Y trató de disolver, en la impiedad y en el desenfreno general del mundo, los últimos vestigios de la fe que una vez tuvo y que había perdido. Y cuando llegue su fin, si muere en ese terrible estado espiritual, ¿cuál habrá sido la causa decisiva de su desastre? Que no buscó inmediatamente después de pecar, la gracia del perdón, la reconciliación por medio de Cristo, el lavamiento purificador en la sangre del Cordero. En cambio, fue tratando de remediar el mal por sí misma, con su penitencia y esfuerzos de reparación. Por supuesto que fue malo que cayera en pecado. Mejor hubiera sido velar y luchar contra el pecado hasta vencer la tentación. Sin embargo, habría sido

posible remediar su caída, por medio de la gracia de Cristo Jesús, si enseguida se hubiese refugiado en Él. Porque “Cristo tomó (obtuvo) dones para los hombres, también para los rebeldes” (Sal.68:18). El error fatal de esa mujer fue dejar que su propia razón y el diablo la aconsejaran mal, desviándola de Jesús y del camino de la restauración.

Aquí vemos nuevamente ante nuestros ojos el camino angosto. En el momento de la tentación e incluso antes, tenemos que sentir temor y espantarnos ante la posibilidad de caer. Pero después del pecado, si sufrimos la desgracia de la caída, tenemos que volver valientemente al trono de la gracia, cerrar nuestros ojos y oídos a los malos consejos de nuestra razón y de nuestros sentimientos, meternos de lleno en el río de la gracia de Cristo, lavarnos y deshacernos allí de todas nuestras impurezas. El peligro es que seamos demasiado confiados y valientes antes de pecar, y demasiado tímidos y cobardes después de pecar.

Es parte de nuestra vigilancia espiritual, que al primer asomo de arrogancia en nuestra imaginación y de confianza en nuestra supuesta capacidad, sintamos miedo de una caída (Lc.12:35-40). Ante la primera señal de la presencia de una tentación, hemos de ponernos en guardia e implorar inmediatamente la ayuda del Espíritu Santo. Siempre que nuestra ocupación lo permita, hemos de evitar todas las ocasiones, los lugares, las personas y condiciones que nos involucrarían en tentaciones. Porque si oramos: “No nos metas en tentación”, pero nos arrojamamos deliberadamente en ella, nos burlamos del Señor y nos engañamos intencionalmente a nosotros mismos.

Por otro lado, es propio de la verdadera fe, que tan pronto como hemos caído, no tratemos de auxiliarnos a nosotros mismos, sino que busquemos la gracia exactamente del mismo modo en que lo hicimos la primera vez. Este ejercicio herirá nuestro orgullo, contristaré y ablandará nuestro corazón, y nos impulsará a recurrir diariamente a la Palabra y a la oración. Si reaccionamos así luego de una caída, recibiremos la misericordia que nuestro fiel Señor nos consiguió, al morir por nosotros en la cruz.

Por eso, si nos sentimos tentados a la idolatría y comenzamos a amar más un bien terrenal que a Dios, Él nos lo quita y nos causa tanto sufrimiento, que lloramos y nos lamentamos de dolor. O tal vez nos dé lo que le pedimos, pero dejará que eso se nos convierta en un grandísimo problema. O si no podemos conservarnos humildes, y comenzamos a ser presumidos, Dios permite que el diablo nos ataque, para que caigamos en graves tentaciones, en pecado y vergüenza. Y no obstante perdemos menos con eso, que si Dios nos hubiese dejado andar en nuestra soberbia. Porque en ese caso todo estaría perdido.

Esta es la regla: Una persona recibe tanta santidad y dones de gracia, como la humildad que aprenda. Si comenzamos a menospreciar y a desobedecer la Palabra de Dios, Él nos deja caer a ese fuego infernal, en que comenzamos a dudar del origen divino de las Escrituras. Con tal de que seamos sinceros en nuestra voluntad de santificación, Dios, por amor de Jesús, ciertamente nos santificará. Aunque posiblemente lo haga en forma diferente de la que esperábamos.

9. **Exhorta a los siervos a que se sujeten a sus amos, que agraden en todo, que no sean respondones; no defraudando, sino mostrándose fieles en todo, para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador.** Tit. 2:9-10

Notemos la razón que da el apóstol al aconsejar a los siervos: "Para que en todo adornen la doctrina de Dios nuestro Salvador." Dice: "Que agraden en todo". Los obreros o empleados cristianos que trabajan en situación de dependencia, tienen que tratar de complacer a sus patrones, y no a sus propias opiniones o gustos. Deben complacer a sus empleadores "en todo" lo que éstos tienen derecho de mandar. Así era en épocas antiguas entre los fieles de Israel.

Por eso David pudo remitirse a esa relación entre siervos y amos, para ilustrar la relación de los creyentes con Dios. En el Salmo 123 leemos las hermosas palabras: "He aquí, como los ojos de los siervos miran la mano de sus señores, y como los ojos de la sierva a la mano de su señora, así nuestros ojos miran a Jehová nuestro Dios" (v.2).

En Colosenses 3:22 el apóstol Pablo dice: "No sirviendo al ojo, como los que quieren agradar a los hombres, sino con corazón sincero, temiendo a Dios".

El empleado o la sirvienta, deben tener una sincera y fiel actitud de servicio, por amor al Señor, sin importar si el patrón o la patrona los ve. Si el que trabaja en situación de dependencia es fiel y cuidadoso sólo cuando su empleador lo ve, pero negligente, infiel y descuidado en su ausencia, entonces trabaja "al ojo"; y eso es hipocresía y menosprecio a la presencia de Dios, que todo lo ve. El propio Señor tendrá que castigarlo. Por lo tanto -dice el apóstol- sirvan "con corazón sincero, ¡Temiendo a Dios!", vale decir, por causa del Señor, como trabajando en su presencia. Él ve nuestros trabajos en todas partes y oye todas nuestras conversaciones. Y recompensará todo servicio bien hecho. Por eso el apóstol vuelve a decir: "Y todo lo que hagáis, hacedlo de corazón, ¡Como para el Señor y no para los hombres!" (v.23).

Los que trabajan en situación de dependencia deben saber que sirven al propio Señor, cuando por orden de Él sirven al patrón o a la patrona. "Sabiedo que del Señor recibiréis la recompensa de la herencia, porque a Cristo el Señor servís" (v.24).

Aquí tenemos el fundamento para las obligaciones y para los incentivos del obrero: "A Cristo el Señor servís". ¡Ojalá pudiéramos comprender eso! Parece que, tan pronto como se trata de ver los caminos del Señor, una gruesa venda cubre nuestros ojos. Ese es el poder del diablo sobre nuestros sentidos, que no nos permite ver muchas cosas gloriosas.

Aquí el apóstol afirma que los cristianos que trabajan en situación de dependencia, sirven al mismísimo Señor Jesucristo, cuando sirven a su empleador o patrón. ¡Le sirven hasta con las tareas más simples! Pero, ¿quién puede ver eso? ¿Acaso no parece una insensatez lo que afirma el

apóstol? ¿Servir al Señor? “No -dice nuestra razón-, un peón de campo que cuida vacas y caballos... una sirvienta que lava y plancha... hacen tareas agrícolas y domésticas, pero ¿acaso sirven al Señor? Ni siquiera sirven a la iglesia, ¡mucho menos al propio Señor Jesucristo...!”

¡Pero, cuidado con la falsa modestia! El peón atiende a caballos y vacas, y la mujer lava y plancha. Es verdad. Pero, ¿quién les ordenó hacer eso? ¿No fue su patrón o patrona? Y al atender a los animales y limpiar la casa ¿no les sirven a sus patrones, que les ordenaron hacer esas cosas? Porque uno sirve a la persona cuya orden obedece. ¿Y quién nos ordenó servir y obedecer a nuestros patrones y patronas? Con toda certeza fue el Señor, nuestro Dios. ¿Acaso no le servimos entonces a Él, que nos ordenó hacer precisamente eso? ¿No servimos también al Señor, al servir a sus criaturas, es decir, a nuestros patrones? Ellos no son menos criaturas de Dios que los animales domésticos de su propiedad. También son criaturas de Dios. ¿No querrá Dios que les sirvamos a ellos con el mismo cuidado con que nuestros patrones esperan que cuidemos de sus vacas y caballos?

Necesitamos obtener la gracia de prestar atención a las palabras y a la orden de Dios, para que sean abiertos nuestros ojos. Entonces veremos que efectivamente recibimos el honor de servir no solo a la iglesia, ¡Sino al propio Señor! Siendo que Dios nos ordenó servir y obedecer a nuestros jefes, le servimos a Él al hacer incluso las más insignificantes tareas que ellos nos mandan realizar.

Tenemos aquí preciosas instrucciones para todos los que trabajan en situación de dependencia. La primera es que Dios nos ordenó servir y obedecer a nuestros empleadores. Por eso no nos corresponde preguntar qué clase de personas son, si son amables y simpáticas, etc. De cualquier manera, nuestro deber seguirá siendo el mismo, porque servimos al Señor. En segundo lugar, como cristianos deseamos realizar buenas obras para servir a Dios, pero a veces pensamos que nos faltan las oportunidades para hacerlo, que el servicio a Dios es algo muy especial, mientras que nuestra vida es común y corriente...

Entonces hemos de recordar que en nuestra vocación ordinaria realizamos excelentes obras buenas, cuando por causa del Señor nos sometemos a los inconvenientes del servicio, y nos mostramos pacientes, obedientes y humildes hacia nuestros empleadores, “porque a Cristo el Señor servimos”.

10. **iLa Palabra de Cristo more en abundancia en vosotros!** Col.3:16

Esto ocurre de forma natural allí donde la fe en Cristo está viva y sana. Y sin duda, así debiera ser siempre. En ese caso esta amonestación no haría falta.

Sin embargo, también hay malos momentos. “Tardándose el esposo, todas (las vírgenes) cabecearon y se durmieron”, dice el evangelio (Mt.25:5). La espera de la gloriosa segunda venida de Jesús, se les hace larga y tediosa a los cristianos. La religión puede convertirse en algo rutinario. Tanto el creyente en particular, como la congregación en general, pueden volverse fríos y negligentes en la fe. Es precisamente entonces cuando esta amonestación hace falta.

Mientras hay todavía algo de aceite en las lámparas, los fieles aprecian este consejo. Y eso los distingue de los que son totalmente carnales y contradicen abiertamente esta enseñanza del apóstol. Los fieles poseen un espíritu dispuesto, aunque su naturaleza carnal los hace tan débiles y lerdos, que no logran hacer lo que quisieran hacer, aun después de oír amonestaciones como éstas. Aunque la aprecien y reconozcan, no siempre la observan (Ro.7:19). A veces vemos que la Palabra de Cristo, que debiera reinar abundantemente en los corazones y en las casas de todos los cristianos, mora allí pobrememente. La enseñanza y amonestación recíprocas desaparecieron en muchos lugares. Los “salmos e himnos y cantos espirituales” fueron silenciados; o, si todavía se cantan, ya no se cantan de corazón al Señor, sino sólo con la boca y para los hombres, como parte de un espectáculo musical. Este es un tema de muchísima importancia.

La abundante presencia de la Palabra de Cristo en nosotros es el remedio universal contra todos los males espirituales, tanto de los cristianos individuales, como para las congregaciones y toda la iglesia de Cristo en la tierra. Si pensamos en la gran bendición que sería, -tanto para cada cristiano individual como para los que lo rodean-, si la Palabra de Cristo morase en abundancia en los creyentes, y en el gran daño y perjuicio que resulta de no contar más con la Palabra de Cristo en nosotros, nos tiene que invadir cierto temor y desánimo. Quien pondera debidamente esta amonestación, siente que no hay palabras para advertir con suficiente fuerza contra el descuido de la Palabra, y que no hay corazones suficientemente receptivos para algo tan importante.

¿Qué podemos hacer? Quien es capaz de recibirlo, que lo reciba. Veamos, pues, lo que el apóstol quiere decir con su amonestación.

El apóstol habla aquí de algo que, por la gracia de Dios, vemos a veces, en ciertos lugares en los que sobreviene un despertar del Espíritu, y una vida de fe evangélica. Lo percibimos donde florece un jardín de Dios. Allí la Palabra de Cristo mora en abundancia en las almas. Los creyentes comienzan a leer, hablar y cantar; a instruirse y amonestarse unos a otros. Y lo hacen contentos y de buena fe; con profunda alegría y de buena gana. Así sucede todas las veces y en todos los lugares en que se establece la Palabra de Cristo, de modo que hasta el día de hoy el mundo lo contempla asombrado y molesto,

como lo presenciaron los judíos en el primer Pentecostés (Hch.2:13-36). Cuando los apóstoles comenzaron a proclamar las maravillas de Dios en diferentes lenguas, los impíos, burlándose, dijeron: “¡Están borrachos!” Ahora entendemos lo que el apóstol quería decir, al amonestar: “La Palabra de Cristo more en abundancia en vosotros, enseñando y exhortándoos unos a otros en toda sabiduría, cantando con gracia en vuestros corazones al Señor, ¡Con salmos, e himnos y cánticos espirituales!” Si pudiésemos perseverar siempre tan fervientes en el Espíritu, si el primer amor jamás se enfriase, estaríamos exactamente en el estado al que se refiere el apóstol con su amonestación.

Nuestro bienestar espiritual y eterno demanda de nosotros que todo el tiempo sigamos creciendo en la gracia y en el conocimiento de Cristo.

Nunca debemos volvernos negligentes y dejar de lado la Palabra de Cristo. No, tenemos que mantener y propagar siempre el fuego sagrado de la fe en Jesús, leyendo su Palabra, hablando y cantando de Él, enseñando y amonestándonos mutuamente. Porque de otro modo ocurrirá lo que ocurrió en la iglesia de Éfeso, a cuyo ángel el Señor amonestó: “Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor”. (Ap.2:1-7). Si no volvemos al primer amor, el Señor quitará nuestro candelero de su lugar, nos privará de su Palabra y de su gracia. No se trata de algo que podemos hacer o dejar de hacer según nos plazca, si queremos preservar nuestra vida espiritual. No, si no queremos terminar en la impiedad carnal y en la muerte eterna, hemos de conservar todo el tiempo la vida espiritual, alimentándonos cada día con la Palabra de Cristo. Un niño se nutre con leche. De igual modo el nuevo hombre en nosotros debe recibir “la leche espiritual,” (1 P.2:2), “la Palabra de Cristo”. Por lo menos sus enseñanzas básicas y principales.

El cristiano debe estar siempre bien familiarizado con la Biblia, alimentando su alma ahí. El apóstol dice: “¡La Palabra de Cristo more en abundancia en vosotros!” No debe morar en nosotros como un huésped, que sólo busca el hospedaje de una noche ¡No! Debe morar en nosotros permanentemente. La Palabra de Cristo debe unirse completamente con nuestro hombre interior, morando y reinando ahí siempre. El apóstol también dice “en abundancia”. No sólo por breves momentos y en ocasiones especiales, sino todo el tiempo, en todas partes y de muchas maneras. Si no tenemos la oportunidad de oírla y leerla muchas veces, no obstante podemos meditarla, pronunciarla y cantarla. Así como el Señor nos exhorta a inculcar asiduamente su Palabra en nuestros niños dondequiera que estemos, diciendo: “Estas palabras que Yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes; y las atarás como una señal en tu mano, y estarán como frontales entre tus ojos; y las escribirás en los postes de tu casa, y en tus puertas,” (Dt.6:6 ss). Así es como tenemos que ejercitarnos siempre los cristianos, jóvenes y adultos, en el uso de las palabras de Cristo, aun cuando nuestro trabajo o vocación no nos permita dedicarnos a su estudio en forma especial.

11. **Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo.** 1 Jn.2:1

El apóstol Juan llama a los creyentes “hijitos míos”. Los amonesta a no pecar, pero al mismo tiempo considera que es posible que pequen. “Y si alguno hubiere pecado...” ¿Qué debe pensar y hacer? El apóstol declara que esa persona tiene un abogado defensor ante el Padre, y que debe recordar eso en tales momentos. “Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”.

El apóstol quiere decir: Hijitos míos, les escribo estas cosas a fin de que no pequen ni se descuiden. Han sido limpiados en la sangre de Jesucristo, por la fe en Él; han recibido el perdón y ahora deben velar, orar y luchar contra todo pecado. Pero debido a nuestra debilidad carnal, la seducción del mundo y las acechanzas del diablo, pueden caer en pecado. Esto es muy lamentable, pero ocurre fácilmente”.

Nunca podemos cuidarnos lo suficiente como para que los enemigos de nuestras almas no nos derriben una y otra vez. Es mucho mejor no caer en pecado, para no provocar el repudio y el rechazo de Dios. Sin embargo, no ocurrirá esto con los creyentes. Dios no nos repudiará, porque tenemos un Abogado defensor, que nos defiende cuando hemos pecado.

Porque quien no pecó, no necesita Abogado defensor ni Mediador ni Redentor. Sin dudas, Dios no quiere que pequemos. Pero menos aún quiere que desesperemos y nos perdamos. Por eso, Él mismo nos consiguió un Abogado defensor.

San Juan dice también que Jesucristo es “el Justo”. ¿Qué quiere darnos a entender con esto? Lo siguiente: Si nosotros somos pecadores, Cristo es Santo y Justo, y eso es suficiente. Porque Él cumplió la Ley por nosotros, su Justicia es la nuestra: “Él es la propiciación por nuestros pecados. Y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Jn.2:2). ¿Propiciación o sacrificio por los pecados de quién? Sin ninguna duda, por los pecados de todos, porque de otro modo no nos serviría. Cristo ciertamente expió con su sangre no solamente algunos pecados, sino todos; no solamente pecados imaginarios e irreales, sino los verdaderos; y no sólo los “pequeños”, sino también los graves y grandes. No sólo propició por los pecados de la mano o de la lengua, sino también por los del corazón y de la mente. Él nos redimió no sólo de los pecados del pasado, sino también de los presentes. O como dice Lutero: “No sólo de los que ya hemos superado y dejado de lado, sino también por los que todavía son fuertes y nos afligen”.

Tal vez pienses: “Sí, Cristo pudo haber pagado los pecados de San Juan, San Pedro y San Pablo, y de otros como ellos. Pero, ¿cómo saber si también pagó los míos?” Por eso San Juan dice expresamente: “No solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo”. Y “todo el mundo” comprende a San Juan, San Pedro, San Pablo, a otros santos, y también a todos los demás seres humanos, que pertenecen al mundo. Si eres un

ser humano, puedes estar seguro de que Cristo propició también por tus pecados, y que borró tu cuenta con su muerte.

Pero probablemente todavía dudes pensando que no debemos consolarnos con esto, a no ser que seamos piadosos y hagamos lo que la Palabra de Dios nos manda, y no volver a pecar. Pero el apóstol dice exactamente lo contrario: “Y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre” ¡Pres-temos mucha atención! La importancia y el valor de este texto descansan en esa condición: “Si alguno hubiere pecado”. Gustosamente aceptaríamos la gracia de la reconciliación, pero sólo después de habernos convertido en personas mejores y más devotas (según nuestra opinión). O, si hemos orado, meditado o hecho algo meritorio. Pero tan pronto como sufrimos una caída y pecamos, o descuidamos la oración y nos volvemos negligentes -cosas que son graves pecados- entonces no dejamos que la redención de Cristo valga. Actuamos como si no tuviésemos ningún Salvador o Abogado; como si Él existiese sólo para los justos, o como si quisiera servirnos sólo cuando somos lo que debíamos ser. Sin embargo, el apóstol dice aquí exactamente lo contrario; que es precisamente cuando hemos pecado, que Jesucristo desea ser nuestro abogado. La consecuencia de esto es que los que creen en Jesucristo, viven en un perpetuo estado de gracia. Un estado que no pasa ni cambia, como cambia nuestra piedad personal.

Esta es la doctrina del cotidiano y eterno perdón de los pecados. Doctrina que ha sido revelada a través de la Palabra de Dios. Se trata de una enseñanza tan dulce y tan llena de consuelo, que no se le debería permitir a ningún hipócrita o cristiano falso que la oiga. Pues esto suele ocurrir sólo para su perdición, porque “convierten la gracia de Dios en libertinaje” (Jud.4).

Sin embargo no tenemos permiso para permanecer en silencio. No, debemos proclamarla para el consuelo y la salvación de los pobres corazones, destruidos y desesperados. De la sobreabundante gracia esos corazones pueden obtener renovada voluntad y fuerza para la santificación. Por otra parte, quienes abusan de esta enseñanza, como una razón para seguir tranquilos en sus pecados; o sea, quienes no tratan de evitar y vencer el pecado, y prefieren defenderlo y excusarlo, tales personas convierten la gracia en libertinaje, y se hunden cada vez más en pecado. Con respecto a ellos, el mismo dulce apóstol Juan dice: “El que practica el pecado es del diablo”. Y sigue diciendo: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar (seguir practicando pecado), porque es nacido de Dios”.

“Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, Él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad” (1 Jn.3:9; 1 Jn.1:8,9).

12. De la manera en que abundan en nosotros las aflicciones de Cristo, así abunda también por el mismo Cristo nuestra consolación. 2 Co.1:5

Para que en este malvado y miserable mundo “no seamos consumidos de demasiada tristeza” (2 Co.2:7), y para que no perdamos nuestra maravillosa paz, es importante que nuestros corazones tengan su gozo y descanso únicamente en el Señor. Es bueno alentar y fortalecer nuestro corazón, meditando continuamente en las bendiciones celestiales que nos esperan.

Podemos regocijarnos pensando anticipadamente en la felicidad, la gloria y las riquezas eternas, que heredaremos gracias a Jesucristo, nuestro Redentor. No podemos negar que al cristiano le pueden afligir experiencias indescriptiblemente amargas, en este malvado mundo, llamado acertadamente “valle de lágrimas”.

¡Cuánto sufrimiento y dolor provocó la caída del hombre! Desgarradoras pérdidas y penas; disgustos y agravios. Y al alma que vive bajo la corrección del Espíritu, ¡Cuánta preocupación le causa al corazón el pecado aún adherido a la carne, la conciencia angustiada, y los “dardos de fuego del maligno!” (Ef.6:16). Además, estamos rodeados por incrédulos, personas perversas, que -sabiéndolo o no- están confabulados con el enemigo de nuestras almas.

¡Cuántos males y perjuicios puede infligirle esa multitud de infieles al pobre hijo de Dios, que se atrevió a salir de Babilonia y anunciar su perdición! ¡Sin dudas, a los fieles cristianos les sobran luchas y sufrimientos! Ellos necesitan un poder superior y celestial para permanecer firmes en todas esas aflicciones, sin sucumbir en el camino Pablo afirma que no sólo encontró consolación, sino que además: “tuvo más gozo que pesar en todas sus tribulaciones”(2 Co.7:4).

¿Cómo ocurre esto? ¿Cómo puede alguien adoptar una postura tan extraña, y sentir gozo en la tristeza, e incluso “más gozo que pesar”? Seguramente hemos visto ejemplos de ello: Frágiles y débiles cristianos, a punto de perderlo todo, inclusive sus vidas, y no obstante, mostrando rostros sonrientes y corazones valientes. ¿Cuál es el secreto y el arte para adquirir un temple tan superior a lo normal? ¿De dónde obtener el valor para sostener una postura tan independiente, que toda la maldad del mundo y todas las fuerzas del infierno, no pueden arrebatarnos el gozo y la paz? ¡Oigamos y tomemos nota! Ocurre al recibir y guardar viva en el corazón una gran felicidad, la felicidad más trascendente que todas las amarguras que uno puede sufrir. Éste es el secreto: Poseer suficiente felicidad interior como para superar todo lo demás, no sólo con el frío conocimiento intelectual, sino también con la fe viva del corazón, confiando firmemente en Jesús. Se requiere, además de esa gran felicidad, la gracia del Espíritu Santo engendrando esa fe en el corazón.

Pensemos en la siguiente ilustración: Una joven muy humilde, que vivía en la extrema pobreza, llegó a ser el gran amor de un hombre rico y culto.

Ella también lo amaba a él, más que a su propia vida. Llegó el día de la boda. La joven se dirige a la magnífica residencia de su prometido, para desposarse con él y comenzar a compartir sus vidas y bienes. ¡Con cuánta facilidad supera ella todos los inconvenientes del viaje! ¡Con qué buen ánimo reacciona ante las pérdidas y contratiempos! Si alguna persona envidiosa la mira con malos ojos y le grita algún insulto, eso no le causa mayores problemas. El amor de su esposo y su sonrisa le bastan. Su corazón está completamente embargado de felicidad.

De la misma manera, ¡Sólo hace falta que el alma se llene con la gran felicidad de saberse redimida por Jesús! ¡De haber sido elegida para la vida eterna, de ser un hijo y heredero del cielo! ¡De ser miembro de la Iglesia, la esposa del Señor de la gloria! ¡De estar en comunión con el Todopoderoso y contar con su agrado!

Esta es la felicidad que supera todo lo demás. Poder apoyar la cabeza, con plena confianza, contra el pecho del Salvador, y decir con plena certidumbre de fe: "Mi Amado es mío; y yo soy suya" (Cnt.2:16). Eso nos puede "llenar" de gozo; es decir, si bien todavía no es lo mismo que el gozo celestial, sin embargo es lo máximo que se puede lograr aquí, en el Reino de la Fe, camino a las mansiones del Señor.

Mientras estamos en este ámbito terrenal, sólo podemos ver y sentir lo que está dentro de nosotros y ante nuestros ojos. No obstante, por la fe ya hemos vencido y podemos regocijarnos de antemano con lo que nuestro corazón más busca y desea.

Por eso podemos cantar:

*"Bienaventurado aquel,
que tiene todo en Él.
Mi Salvador es Jesucristo,
mediante la fe lo he visto".*

¡Esta es la alegría completa!

13. **Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto.** Ap.3:1b

Ésta es una sentencia terrible. El Señor habla aquí del tipo más sutil y oculto de hipocresía. Una persona puede parecer intachable en cuanto a su cristianismo; puede ser un miembro muy activo y ejemplar en la iglesia, capaz de hablar de arrepentimiento y fe, de gracia y santificación. Más aún, puede estar viviendo en conformidad con su confesión y con las prácticas cristianas, de modo que la gente que mira sólo las apariencias, lo considera honesto. Pero a pesar de todo esto, en su ser interior, oculto y silencioso, puede faltarle algo muy importante que es: la vida espiritual. Por ejemplo, no conoce al espíritu del temor del Señor, tan característico de cristianos verdaderos. Un espíritu que hace que uno desconfíe de la "santidad" propia, por el temor de engañarse uno mismo. El espíritu que está en disconformidad con la naturaleza perversa (la cual lamentablemente aún subsiste en el cristiano). Este temor es el efecto de la Ley y es parte de la experiencia de todo verdadero cristiano. Una consecuencia de la falta de ese temor es que la persona tampoco conoce el alivio y el descanso que Cristo ofrece a todas las almas cansadas y agobiadas.

No llega a gustar el doble alivio que siente un hijo de Dios, al confesar un error cometido y al recibir el perdón. Nunca siente ese gozo puro que confiere el evangelio de Jesucristo que, para su asombro, resplandece aun en los ojos de los niños verdaderamente creyentes y que caracteriza sus vidas. El falso creyente lee en la Sagrada Escritura acerca de las señales de la fe, los frutos del Espíritu, característicos de la nueva vida. Sin embargo, aunque sabe que le faltan esas señales, sigue creyendo lo mejor acerca de sí. No deja que las señales indicadas en la Escritura lo alarmen, confía más en sí mismo que en la Biblia, y permanece inmovible. Sin duda, esto es una mala interpretación de la gracia de Dios.

Cuando alguien ve que no tiene en su vida los frutos y señales de la verdadera fe, que se describen en las Escrituras y que son producidos por el Espíritu, y no obstante permanece calmo, sin alarmarse, imaginando que la gracia de Dios es tan rica y abundante que también cubrirá esa falta... tal persona convierte la gracia en libertinaje. Esto sucede en forma muy sutil y oculta, pero a la vez es algo tan perverso, como si uno pasase su vida cometiendo los más reprobables pecados de la carne, bajo el manto de la gracia.

No queremos decir con esto que la gracia no sería lo suficientemente amplia como para perdonarlo todo. Pero lo que sucede es que el corazón no es sincero ante Dios, sino que se burla de su gracia. El estado de tal persona es una muerte espiritual oculta. De esta maldad, de convertir la gracia en permiso para la lascivia, Cristo acusa al ángel de la iglesia de Sardis, en forma tan chocante:

"Yo conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto".

Notemos eso: "Tienes nombre de que vives". Tu confesión y tu vida son tales, que todos te consideran y reciben como a un verdadero cris-

tiano. No perteneces al mundo infiel, del que se sabe que no tiene vida espiritual. No, tú estás en el rebaño de los fieles cristianos. Sin embargo estás espiritualmente muerto. Jesús se refiere a esta muerte oculta en Mt.25. Con este ejemplo Cristo describe el estado de las almas. Allí habla de diez vírgenes, cinco de ellas prudentes y cinco insensatas. Las diez vírgenes eran muy parecidas exteriormente. Todas eran vírgenes, o sea, separadas del mundo, de su corrupción y de sus vicios. Todas tenían lámparas, y salieron a recibir al esposo.

Nadie sospechaba que entre ellas habría alguna diferencia mayor. Pero en la actitud de esas vírgenes había una diferencia, y era una diferencia tan importante, que cinco se quedaron fuera de la boda para siempre. No se habían aprovisionado de aceite. Sus lámparas no se pudieron encender más; sus llamas se apagaron; estaban “muertas”. Si esas vírgenes insensatas hubiesen pensado en la posibilidad de lo que iba a pasar, sin duda habrían preparado mejor sus lámparas.

Aun un cristiano honesto está en peligro de convertir la gracia en permiso para la lascivia, si pierde “el espíritu del temor del Señor”, de modo que no examine más su vida interior y el poder de su fe. Si se queda encantado con el mero conocimiento teórico y se conforma con los ritos y ceremonias. Si piensa que basta con acudir a la gracia de Dios por medio de Jesús, y que no importa la total falta de vida espiritual en su corazón. De hecho, ya está en peligro cuando comienza a sentirse satisfecho consigo mismo, a perder el horror ante el pecado, a abandonar la lucha interior, y cuando creer en Jesús comienza a parecerle algo fácil. Un cristiano puede caer fácilmente en esa actitud cuando comprende el peligro opuesto: El peligro de fundamentar nuestra esperanza y consuelo en la vida interior, en la presunta bondad de nuestro propio corazón; el refinado error de la auto-justificación, que nos impide confiar en los méritos perfectos de Cristo, sin haber logrado primero la superación y el mejoramiento de la conducta propia. Cuando el cristiano es consciente de este error, puede caer fácilmente en el extremo opuesto: El error de despreciar ligeramente, en su falsa seguridad carnal, la amonestación apostólica: “Examinaos a vosotros mismos, si estáis en la fe” (2 Co.13:5).

Esta frialdad es una secreta muerte espiritual, que conduce a la muerte eterna, hace que uno no se sienta impulsado a refugiarse en Cristo. Uno apenas lo adora con la boca, y lo “honra” con una “fe” glamorosa pero muerta, desprovista del hambre de perdón y de la sed por la piedad. Es una clase de “fe” que no se regocija en el Salvador Jesús. El camino que conduce a la vida es realmente estrecho, y el misterio de la piedad, grande.

14. La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado.

1 Jn.1:7

Para comprender (hasta cierto punto) cuánto vale el grandioso medio de nuestra reconciliación con Dios, pensemos en cada palabra de este precioso texto. Veamos primero quién es la persona que se menciona ahí. Dice “la sangre de Jesucristo, Hijo de Dios”. La “Simiente de la mujer” (Gn.3:15), prometida y esperada por tanto tiempo; Cristo, “el ungido del Señor” (Lc.2:26), cuyas “salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi.5:2), y que nació oportunamente en la pequeña aldea de Belén. Ahí los ángeles descendieron del cielo y cantaron: “Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor” (Lc.2:11). Y de Él leemos en el Evangelio: “Llamarás su nombre Jesús, porque Él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mt.1:21). ¡Qué valor inmenso tiene la sangre del Señor Jesucristo! ¡Y qué poder enorme tiene este texto, esta breve exclamación!

El apóstol desea recalcar deliberadamente el valor y la importancia de la persona aquí mencionada. Agrega las palabras: “su Hijo” (el Hijo de Dios). Dice: “La sangre de Jesucristo, su Hijo...” Sigamos la insinuación del apóstol y reflexionemos en las palabras: “El Hijo de Dios”. Parece imposible, ¡Pero es cierto! ¡El Hijo de Dios derramó su sangre por nosotros! ¿Puede ser? ¡Sí! Así es, y si esto no es cierto, entonces nada en la Palabra de Dios sería cierto; tendríamos que desconfiar de todo lo demás...

¿Aceptas esta verdad? Entonces piensa en lo que implica y vale: El majestuoso, todopoderoso Señor Dios creó en el principio al mundo y a la humanidad; y tanto amó al mundo, que cuando el ser humano se había perdido, para rescatarlo, dio a su propio Hijo unigénito, para que se hiciese un ser humano y llegase a ser nuestro Hermano y Mediador. Pensemos en este Cristo: Dios y hombre en una persona. Dios no nos dio un ángel o un santo. Ninguno de ellos podría habernos redimido. Nos dio a su único, unigénito Hijo; verdadero Dios, igual al Padre en poder y gloria. Semejante persona fue entregada para la salvación de las criaturas caídas. Y vale la pena notar que la naturaleza humana que el Hijo de Dios asumió, quedó unida a su divinidad de tal forma, que su sangre se llama también la sangre de Dios en la Escritura. San Pablo les dice a los ancianos de Éfeso: “Mirad por vosotros y por todo el rebaño, en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, ¡La cual Él ganó por su propia sangre!” (Hch.20:28) ¡Pensemos en cuán costosa fue nuestra redención! Los cielos son la obra de sus manos. Él formó la tierra con todo lo que hay en ella. Para Él las naciones son apenas “como la gota de agua que cae del cubo, y como menudo polvo en las balanzas” (Is.40:15). ¡Y tal persona se entregó a sí misma! ¡Dio su vida y su sangre, por la salvación de los seres humanos!

El apóstol dice que esta santísima sangre “nos limpia de todo pecado”. ¿Qué significa nos “limpia”? ¿Podemos librarnos nosotros mismos de nuestras culpas, “limpiarnos” de nuestros pecados? ¡No! -dice el apóstol.

La sangre de Jesucristo nos limpia y nos libra. ¿Y de qué nos limpia? ¿Del deseo de pecar? ¡No sólo de eso! -recalca San Juan- sino “de todo pecado”.

No sólo de la indiferencia y de la pereza espiritual, ¡Sino “de todo pecado”! ¿Qué hace posible eso? “¡La sangre de Jesucristo, Hijo de Dios!”

¿Pero acaso no dice el propio San Juan que el Espíritu nos limpia? Sí, pero no nos limpia en el mismo sentido en que nos limpia la sangre del Hijo de Dios. Es absolutamente necesario que primero entendamos y creamos lo que efectúa la sangre de Jesucristo, antes de que podamos obtener cualquier purificación del Espíritu. Si en 1 Juan 1:7 el apóstol hablase de la limpieza del Espíritu, estaría hablando de santificación. Pero en 1 Juan 1:7 habla de la sangre como del precio de nuestra redención. El apóstol se refiere aquí a la limpieza obrada por la redención, la remoción de la culpa. De lo mismo que habló Cristo cuando dijo que derramaba su sangre: “por muchos... para remisión de pecados” (Mt.26:28).

Cómo revive y se alegra nuestro corazón, cuando recibimos la gracia de ver que únicamente la sangre de Jesucristo, nos limpia de todo pecado a la vista de Dios, de manera que Él mismo nos declara “limpios” (Ap.7:14).

La muerte de Cristo expió todos los pecados del mundo, como bien dice el apóstol en Colosenses 1:20: “Por medio de Cristo el Padre reconcilió consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz”. Por consiguiente, el todopoderoso Dios que está reconciliado, mira a todas las personas como a seres queridos y redimidos. Ahora sus embajadores sólo suplican: “¡Reconciliaos con Dios!” (2 Co.5:20).

La consecuencia de esto es que quien se adhiere a Cristo por medio de la fe, deja corregir sus pecados y se acerca al trono de la gracia -de modo que “anda en la luz”-, está limpio a la vista de Dios de todos sus pecados, gracias a la sangre de Cristo. La impureza que todavía reside en su carne, y que a pesar de ser resistida como algo deplorable, todavía aflora diariamente en pensamientos, palabras y acciones, nunca le será imputada. No, a la vista de Dios el cristiano está limpio en todo momento, pero sólo por el poder redentor eternamente válido de esa santa sangre. El creyente vive, por decirlo así, bajo una constante lluvia de gracia. Dios resolvió no acusarlo de ningún pecado, porque al creer en Cristo está amparado en la propiciación hecha por la sangre del Hijo de Dios. Y por eso está limpio.

Tenemos que admitir que la sangre de Jesucristo vale más ante los ojos de Dios, que ante nuestros propios ojos. Porque tan pronto como alguien está “en Cristo”, para Dios esa persona está limpia, aunque nosotros veamos mucha impureza.

La sangre de Jesucristo sigue siendo realmente válida para Dios, aun cuando nosotros no apreciemos como corresponde el poder redentor de la misma.

15. **Dad gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús.** 1 Ts.5:18

¿Puede el ser humano agradecerle a Dios lo suficiente alguna vez? ¿Puede nuestra lengua expresar todas las razones que tenemos para darle gracias, alabarlo y exaltarlo?

“Toda la tierra está llena de su gloria” (Sal.72:19). Todo lo que ven nuestros ojos da testimonio de la bondad y majestad de Dios. Habla de su amor hacia la humanidad, siendo que todo lo que hay en la tierra fue creado para beneficio del hombre. Además, Dios entregó a su unigénito Hijo por nosotros, a fin de que no quedásemos perdidos y en cambio obtuviésemos, por pura gracia, “el Reino preparado para nosotros desde la fundación del mundo” (Mt.25:34). ¿No debieran rebosar nuestros corazones de eternas e incesantes alabanzas y acciones de gracias por todo esto?

Sin duda, toda nuestra vida no debiera ser otra cosa que alabanza y acción de gracias. Todo mi ser, mi alma y mis sentidos, mi mente y mi corazón, mis palabras y mis hechos... todo debiera alabar al Señor. ¿Es así, o no? Cuando ocurre lo contrario, cuando permanecemos fríos, desagradecidos y hasta disconformes e impacientes ante la menor dificultad, ¿acaso no mereceríamos que Dios, con santa indignación, nos arrojase inmediatamente al infierno eterno? Sí, los creyentes ven y sienten esto, y por eso reconocen de corazón que con sólo este pecado de ingratitud, todos los días se merecen el infierno...

Y las personas que no sólo se muestran frías y negligentes para alabar a Dios, sino abiertamente disconformes e impacientes con lo que les da, deben cuidarse para que el Señor efectivamente les dé lo que se merecen, al no contentarse con lo que recibieron.

La ingratitud es un pecado tan abominable, tanto ante Dios como ante los hombres, que se dice que la persona desagradecida es la carga más pesada que soporta la tierra. La ingratitud es como el clima seco, pues hace que se sequen todas las fuentes de la gracia de Dios. Y el Señor Dios no puede contestar a la ingratitud en forma más justa y adecuada, que quitándole al desagradecido los beneficios que él desprecia.

Por lo tanto, debemos despertarnos a tiempo para reconocer esta gran iniquidad, y pedirle a Dios que nos perdone y ayude a cambiar de actitud.

Como ya lo dijimos, los beneficios de Dios son realmente tantos y tan grandes, que toda nuestra vida debiera ser una eterna incesante alabanza y acción de gracias.

La gratitud es nuestra más sagrada obligación con Dios. También nos hace más felices a nosotros mismos. Satisface nuestra alma y enriquece y anima nuestra oración. Pensemos sólo en esta última cualidad. ¿Cuál será la razón por la que tantas personas responsables se quedan tan frías, insensibles y sin deseos para orar? Muchos comienzan a orar pidiendo cosas a Dios, sin haber dado gracias y alabado primero al generoso Bienhechor.

Alguien dijo: "Al leer la seria advertencia de Lutero con respecto al orden irracional con que tanta gente comienza su oración, pidiendo favores en vez de agradecer y alabar primero, quedé asombrado. Pero, la experiencia me hizo reconocer que es una observación excelente. Lutero se refería al Salmo 18:3: "Invocaré a Jehová, quien es digno de ser alabado". Él decía:

"Nadie puede creer el poder que confiere y el valor que infunde alabar a Dios en presencia de un inminente peligro. Tan pronto como comenzamos a alabar a Dios, el mal inmediatamente queda mitigado, y crece nuestro ánimo y valor. Entonces podemos invocar al Señor con confianza. Por eso todos los fieles siervos de Dios se cuidan meticulosamente de no empezar nunca de otro modo. Evitan pedir consuelo y ayuda contra el mal de forma diferente a la prescrita en este versículo. Primero siempre deberíamos alabar a Dios. Hay gente que suspira ante el Señor, sin ser oída. Llaman, pero no hay quien les ayude. Llaman al Señor, pero Él no les responde. ¿Y por qué? Porque en vez de alabarlo cuando lo invocan, protestan contra Él. No reconocen lo bondadoso que es. ¡No! Solo piensan en su propia amarga experiencia. Sin embargo, nadie se libra del mal por lamentar su desgracia y asustarse de ella, sino por acudir al Señor Jesucristo y confiar en su piedad".

Parece un consejo difícil de seguir, que en el momento de la dificultad uno alabe a Dios. Sin embargo, se trata de una particularidad que caracteriza la verdadera fe, la fe de la esposa del Señor (la Iglesia cristiana).

Para la Iglesia, su Esposo Jesucristo vale más que todos sus dones. Ella reverencia y alaba al Señor mismo, no sólo sus beneficios; no sólo cuando Él le concede algo que le agrada, sino siempre.

Lo alaba por lo que Él es personalmente. La ramera sólo sabe agradecer los obsequios, pero no reconoce el valor del esposo en sí mismo. Inclusive a los creyentes les resulta difícil elevar sus miradas a Dios mismo, para exaltar su eterna bondad y fidelidad, en medio de la oscuridad de las adversidades. Pero pensemos en los maravillosos atributos de Dios, y en los maravillosos dones de gracia que los creyentes hemos recibido de su parte.

Seguramente sentiremos alivio, y comprobaremos la verdad de las palabras de David: "¡Bueno es alabarte, oh Jehová, y cantar salmos a tu Nombre, oh Altísimo!" (Sal.92:1).

16. **¡Añadid a vuestra fe virtud; a la virtud, conocimiento!** 2 P.1:5

El apóstol Pedro exhorta a los creyentes: “Poniendo toda diligencia por esto mismo, ¡añadid a vuestra fe virtud; y a la virtud, conocimiento!” Esta es una instrucción muy útil, incluso para cristianos muy celosos de buenas obras.

La palabra “conocimiento” en realidad significa sabiduría, o buen sentido. El creyente no sólo debe practicar virtud, mostrando santo celo y capacidad para hacer el bien. También debe practicarla en la forma más sensata, con sabiduría y discernimiento. No debe obrar a ciegas. Debe rogar por la iluminación del Espíritu del Señor, y estudiar el asunto siempre con todo cuidado, para descubrir, en una situación dada, la forma más razonable y conveniente de exaltar la gloria de Dios y de hacerle bien al prójimo. ¿No es ésta una amonestación sumamente oportuna? Pensemos tan solo en las múltiples trampas que el diablo nos tiende para engañarnos, y en el enorme daño y en la gran ofensa que puede causar un cristiano bienintencionado pero imprudente... Puede cometer una vergonzosa torpeza, y hacer que se escandalicen las almas débiles. Es importante que, temiendo por nuestro propio bien espiritual: ¡Oremos fervorosamente y sin cesar pidiendo la iluminación de Dios! ¡Cuán necesario es tratar de adquirir siempre más comprensión de la buena, agradable y perfecta voluntad de Dios!

¡Hace falta tener un espíritu honesto y un corazón sincero para no disfrazar al “viejo Adán” con el manto de la prudencia! Algunos quieren añadir conocimiento, pero no para la gloria de Dios ni para el bienestar del prójimo.

Lo que algunos realmente están buscando, es popularidad y paz mundana. Su prudencia y presunta sabiduría de hecho no es más que una maniobra para escapar de la cruz, del odio y de la persecución de los hombres. Se adaptan fácilmente a las opiniones de todo el mundo, y erróneamente sostienen que la suya es una actitud de “sabiduría y prudencia...” ¡Ah! cuán necesario es prestar mucha atención a los motivos del corazón y descubrir si realmente estamos buscando y promocionando la gloria de Dios y el bienestar del prójimo, o si sólo estamos interesados en la popularidad y paz mundanal.

Veamos el significado de las palabras: “¡y a la virtud (añadid) conocimiento!” -con algunos ejemplos. Es virtud y un celo santo luchar por la gloria de Dios y por el crecimiento de su Reino, tratando de despertar a los dormidos y de amonestar a los corruptos. Pero se necesita conocimiento, sabiduría, prudencia y discernimiento para hacerlo de la forma correcta y el momento oportuno para hacerlo.

El momento oportuno es generalmente el primer momento, y la forma correcta sería la de censurar inmediatamente el pecado percibido. Sin embargo, la sabiduría puede aconsejar que no procedamos así. Si nuestro prójimo se encuentra en un estado muy irritable, o si acaba de ofendernos, entonces nuestra amonestación podría caerle como una

expresión de resentimiento personal. En ese caso convendría esperar otro momento, en el que nuestras relaciones con él estén bien o por lo menos estén normales, de manera que pueda darse cuenta del amor que nos mueve. La “forma correcta” generalmente es adecuar la censura a la falta, o sea: censurar más una falta grave, y censurar menos una falta leve.

Sin embargo la sabiduría nos aconseja muchas veces no hacerlo exactamente así, sino tener en cuenta el estado de la persona y adecuar la censura al mismo.

Así, en el caso de un carácter fariseo y autosuficiente, puede ser que tengamos que censurar aun la menor falta. Si en cambio se trata de un discípulo débil y sensible, lo mejor quizás sea callarnos, o emplear sólo palabras bien medidas y corteses. Podemos darle a entender que conocemos bien el poder del tentador, nuestra propia flaqueza, y reconocemos las buenas intenciones del hermano.

Así podemos reanimarlo en su dolor y en su lucha contra el pecado, advirtiéndole al mismo tiempo contra la caída.

Y un ejemplo más: Es virtud y santo celo si detestamos la vanidad y la falta de modestia; si no nos gusta el derroche ni los abusos; si evitamos la ligereza y falta de consideración en el trato con los demás. Es virtud y santo celo si nos empeñamos seriamente en mortificar a nuestro viejo hombre, y nos preocupa que nuestros hermanos en la fe también hagan lo mismo. Pero nuestro texto también dice: “¡Y a la virtud, (añadid) conocimiento!” Por eso hemos de emplear aquí un buen criterio y discernimiento, considerando el provecho y propósito de nuestra auto-mortificación (ayunos, abstinencias, renunciamientos). Hemos de buscar siempre la gloria de Dios y el beneficio de nuestros semejantes, tanto como nuestro propio beneficio. A esto hemos de adecuar la medida y el grado de ambos en cada caso, a fin de no caer en un formalismo ciego, como el de los fariseos, monjes, y otros “santos”. En lo que respecta al propósito del ayuno, la moderación en las comidas, la modestia al vestir, los días de reposo, etc., en ciertas ocasiones debo ser más riguroso, en otras menos, de acuerdo a las exigencias circunstanciales. O sea, debo vivir en forma más austera cuando lo requiere la mortificación de mi propia carne, o el modo de vida de la gente piadosa de aquel lugar, o mi iliquidez temporaria, etc.

En cambio debo vivir en forma menos austera cuando las circunstancias lo requieren... O sea, seguir lo que ayuda a promover la gloria de Dios y mi propio bienestar, o el del prójimo. Por esto el apóstol exhorta: “Si, pues, coméis o bebéis, o hacéis otra cosa, ¡hacedlo todo para la gloria de Dios!” “Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el Nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de Él!” (1 Co.10:31; Col.3:17).

Estamos añadiendo conocimiento a la virtud, si prestamos atención a las circunstancias, al propósito, y a los dictados del amor y de la prudencia, en cada caso individual.

Dios quiere que hagamos lo que es bueno y conveniente para nuestra propia vida.

17. **Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo.** 1 Jn.1:3

Esta comunión es un gran secreto. Es algo que está bien oculto. En la Biblia se la llama: "La unión misteriosa". No obstante, es una verdad y un hecho igualmente grande. Es algo que ya fue decidido en el plan de Dios con respecto al hombre; en la creación de los seres humanos.

En el libro de los Hechos el apóstol dice: "Linaje de Dios somos" (17:28). Este es el primer fundamento. Pero esta primera unión con Dios quedó disuelta por la caída del hombre. Entonces Dios puso un nuevo fundamento, más glorioso que el primero, cuando Cristo asumió forma humana. Con Él, Dios y el hombre quedaron unidos en una sola persona. Isaías había predicho: "Y llamará su nombre Emanuel" (que significa: "Dios con nosotros; Dios hecho carne" Jn.1:14). Esto elevó la dignidad del ser humano, pues lo convirtió en mansión y en compañero de Dios, ¡en un cuerpo y espíritu con el Señor!

Esta nueva comunión, comienza cuando un espíritu contrito siente hambre y sed del Señor y de su justicia redentora. Ahí se abre la puerta del corazón, y el Señor Jesucristo dice: "Entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Ap.3:20b). El Esposo busca a la esposa, y la esposa lo busca a Él.

¿Quién puede impedir entonces esta unión? Jesús dice que hará su morada con esa alma (Jn.14:23b). ¡Ah, quién hubiera imaginado algo tan maravilloso! Es un honor demasiado grande y nuestros corazones son demasiado pequeños y estrechos. Por eso nuestra mente se opone y pensamos que no es posible.

Pero lo que vale es lo que Dios decidió, por más extraño que parezca. Y Él afirma: "El que me ama, mi Palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él" (Jn.14:23). Si no podemos entender cómo esto puede ser posible, pensemos solamente quién lo dice, "porque nada hay imposible para Dios" (Lc.1:37).

Al Todopoderoso Dios le resulta fácil hacer lo que se propone. Reunirse con el ser humano, habitar y vivir entre sus hijos en la tierra, es su voluntad personal y su libre decisión.

En Jn.17:23 dice: "Yo en ellos, y Tú en Mí, para que sean perfectos en unidad". Eso es lo que dice textualmente. ¿Se puede ser más claro? Y Pablo lo ratifica: "Vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (2 Co.6:16). A causa de esta íntima unión llegamos a ser "participantes de la naturaleza divina," como dice Pedro (2 P.1:4).

En segundo lugar, a esta comunión también le sigue la participación en los bienes de Cristo, de su Reino y de sus tesoros. Del evangelio de Dios conocemos: "la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor de nosotros se hizo pobre, siendo rico, para que nosotros con su pobreza fuésemos enriquecidos" (2 Co.8:9). Jesucristo por cierto no vino al

mundo ni asumió forma humana por amor de sí mismo. Eso ocurrió sólo por amor de nosotros, para nuestro beneficio. Como las Escrituras lo declaran tan explícitamente diciendo: "Al que no conoció pecado, Dios por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él" (2 Co.5:21). ¡Qué intercambio más maravilloso! ¡Él se lleva nuestros pecados, y nos da a nosotros su Justicia! La novia era pobre, y estaba hundida en deudas; pero el Esposo se hace cargo de sus deudas y comparte con ella sus riquezas. Este es el contenido principal de todo el Evangelio.

Todos los que creen en Cristo y están en comunión con Él, participan de todo lo que Cristo hizo y ofreció por nosotros: Su obediencia, santidad y justicia; su sufrimiento y los méritos de su muerte. Todo llega a ser nuestro de una manera tan real, como si nosotros mismos hubiésemos hecho y sufrido lo que Él hizo y sufrió.

Cuando un pobre pecador comienza a sentir hambre y sed de estos bienes, y los acepta con la fe de su corazón, todos los méritos de Jesucristo le son transferidos y adjudicados, como si fuesen sus propios méritos y su propia justicia. Este es su consuelo y su gloria frente a sus pecados y defectos diarios, para todo el resto de su vida.

Pero recordemos: No es suficiente saberlo y haberlo oído muchas veces. Hay que meditar en ello profunda y detenidamente y pedir a Dios el don de la fe, hasta que el corazón se reanime con el Evangelio y pueda exclamar: "¡Jesús es mi Salvador! ¡Su Justicia es mía!"

Sólo entonces se recibe la vida espiritual y comienza la bendita comunión entre el Esposo y la esposa. Ah, qué extraño, y al mismo tiempo qué reconfortante es poder decir con una fe firme: "Todo lo mío es suyo, y todo lo suyo es mío. Él cargó con mi pecado. ¡Mi desgracia vino a ser la suya, y su justicia, la mía; su obediencia, mi obediencia; su sangre, mi pureza; su muerte, mi vida! ¡Alabado sea su Nombre! Contra mi pecado, apelo a su justicia; contra mi frialdad, a su amor; contra mi debilidad, a su fuerza. Si yo soy pecador, Cristo es santo. Si yo soy indiferente, Cristo es leal. Si yo soy tímido y cobarde, Cristo ciertamente es decidido y valiente. Él suple todas mis necesidades. En fin, todo lo suyo es mío; y todo lo mío, es suyo".

18. **Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, ¡Que es el vínculo perfecto!** Col.3:14

El resumen de las amonestaciones del apóstol en este capítulo 3, es el amor. A fin de evitar otra lista de virtudes aisladas, dice simplemente: “Vestíos de amor, ¡Que es el vínculo perfecto!” Esto comprende todos los otros frutos del Espíritu, todas las demás virtudes cristianas, como dice en Romanos 13:8b,10: “El que ama al prójimo, ha cumplido la Ley... El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor”. Por eso se llama al amor el “vínculo perfecto”, “el lazo perfecto”. El amor hace todo bien, y hace mal.

En 1 Corintios 13:4-7 el mismo apóstol dice: “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza en la injusticia, más se goza en la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”. En fin: la pincelada final del precioso cuadro que el apóstol pintó ante nuestros ojos, es el amor.

El amor es la brillante cadena de perlas que adorna todo el vestido. Es la cadena de oro donde cuelgan todos los demás adornos del cristiano. Es el vínculo de la perfección.

¡Qué hermosa vestimenta pueden lucir los hijos de Dios! Sin embargo, ésta todavía no es su ropa de gala o el “vestido de boda” (Mt.22:11), con el que van a presentarse ante el Rey. Para eso necesitan una vestimenta mucho más preciosa todavía. Es decir, la ropa blanca, emblanquecida en la sangre del Cordero (Ap.7:13-14). Esa otra es sólo la ropa cotidiana, con la que deben andar y trabajar diariamente ante los hombres. Ni siquiera la máxima santidad de los “santos” vale algo ante Dios. Porque, ni siquiera los cielos están limpios a su vista. “He aquí, en sus siervos no confía, y notó necesidad en sus ángeles” (Job.4:18).

Lo único realmente digno para Él es el vestido de la perfecta justicia de Cristo. Con éste, Él tiene que cubrir incluso nuestros más nobles y mejor intencionados esfuerzos, diciendo: “Estas virtudes y buenas obras pueden ser meritorias ante los hombres, pero no ante Mí, porque: Yo, Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo (Is.43:25). Mira, que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala” (Zac.3:4b).

Tal vez alguien diga: “¡Eso es exactamente lo que yo creo! Nuestra justicia y santidad personal no es suficiente ante Dios. Por eso tampoco vale la pena darle tanta importancia...” Y por eso, le da rienda suelta a su naturaleza carnal. Aunque hable de la fe y la gracia, en realidad vive según la carne, y se excusa a sí mismo diciendo que no podemos dejar de ser inmundos pecadores...

Pero no es buena señal obrar de esa forma. Es cuestionable que el Espíritu de Dios todavía esté morando en el corazón de quien piensa así. Porque el corazón en el que el Espíritu Santo halló morada con la gracia

y paz de Dios, también cambia de actitud. El Espíritu de Dios no puede quedar inactivo. Se manifiesta activo. Y aunque la debilidad natural hace tropezar y caer al hijo de la gracia, éste no obstante revelará un espíritu contrito por su pecado. Confesará sus fracasos, se reprenderá a sí mismo, y pedirá a Dios y a los hombres indulgencia y ayuda. Donde mora el Espíritu de Dios, la persona trata de practicar el bien. Y aunque signifique duras penas y mucha lucha, no puede dejarlo de lado.

En resumen: Se podan las ramas que llevan fruto, para que produzcan más. La que no lleva fruto no se poda; se la deja crecer, porque la cortarían y echarán al fuego (Jn.15:2-6). ¡Qué Dios nos conceda honestidad a todos!

Quizás otro diga: "Ni ante Dios ni ante los hombres soy lo que el apóstol dice aquí. Es evidente mi condenación, porque no puedo ser lo que debo ser. Por eso, no soy uno de los escogidos..." Si nos dijeran: "Debemos conducirnos tal cual el apóstol nos amonesta aquí. No debemos conducirnos de acuerdo a nuestros impulsos naturales. Debemos arrepentirnos. Debemos conducirnos de acuerdo a la Palabra etc...", el alma responde: "Esto es exactamente lo que pienso, pero por más que le pida a Dios las fuerzas para ser así, solamente empeoro. De modo que al final ni siquiera soy tan serio como debiera ser. Ni siquiera lucho, ni me arrepiento, ni oro en la forma debida..."

Entonces, amigo, tampoco crees en Jesús. Todavía no has hallado paz con Dios y salvación por medio de la fe en Jesucristo. Todavía estás viviendo en esclavitud bajo la Ley. Todavía no has muerto para la Ley, y no has resucitado con la justicia de Cristo. Todavía no eres libre ni salvo por la fe en Jesús. ¿Cómo pretendes producir los frutos de la fe, si no tienes fe? El Evangelio no es algo para tomar en broma. No está ahí sólo para halagarnos y agradarnos. ¡No! Para la salvación de nuestra alma, es absolutamente necesario que nos sometamos tanto al Evangelio, como a la Ley. Y el Evangelio nos dice: "¡Dejen de esforzarse! De lo contrario serán eternamente infelices. Deténganse y convézanse que son pecadores totalmente perdidos, y que deben ser rescatados de su condición impura, tal como son." Sólo entonces, cuando de pura gracia y por los méritos de Jesús llegamos a ser santos y salvos, y obtuvimos un corazón gozoso y libre, sólo entonces y nunca antes, podemos esperar alguna fuerza y algún fruto de la fe.

19. Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Jn.3:19

Al llegar a Jerusalén por última vez, el Señor Jesucristo contempló la ciudad y lloró por ella. Y una vez más pronunció el irrevocable juicio en su contra. Luego revela la razón del juicio con las palabras: “Por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación” (Lc.19:44b). Recordemos a los labradores que habían maltratado de muchas maneras a los siervos del dueño de la viña; y cómo cuando éste finalmente resolvió enviar a su propio hijo, los siervos dijeron: “¡Éste es el heredero; venid, matémoslo, y apoderémonos de su propiedad!” (Mt.21:38). Los que fueron invitados a las bodas no sólo despreciaron la invitación, sino que además tomaron a los siervos y los golpearon. “Al oírlo el rey, se enojó, y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas, y quemó su ciudad” (Mt.22:7). Mientras los judíos se dejaron reprender por los profetas, y respetaron su palabra (aunque la resistían), el Señor los ayudaba. Así, los crió como un padre cría a sus hijos. Pero cuando ya no quisieron oír más su voz, sino que lo rechazaron, y finalmente cometieron el más alevoso crimen posible matando a su amado Hijo... cuando desecharon el único sacrificio propiciatorio, no les quedó “más sacrificio por el pecado, sino una horrenda expectación de juicio, y de hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios” (He.10:27).

Refiriéndose a la condenable incredulidad de los israelitas, el Señor dijo: “Esta es la condenación (o el motivo a la misma), que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz” (Jn.3:19). No tenían excusa. Dios les envió la luz, pero ellos prefirieron la oscuridad. Y al ser amonestados, no se arrepintieron. Siguieron resistiendo y ofendiendo al Espíritu de Dios. Como leemos en Is.63:10: “Mas ellos fueron rebeldes, e hicieron enojar a su santo Espíritu, por lo cual se les volvió enemigo, y Él mismo peleó contra ellos”.

“Pues si nos examinásemos a nosotros mismos, no seríamos juzgados”, dice el apóstol (1 Co.11:31). Si el pecador se detiene ante la voz del Señor; si siente y deplora su pecado, y quiere librarse del él, pero reconoce que está dominado por el mismo, que es impotente y que está perdido bajo ese poder, (por lo que invoca solamente piedad y salvación a Jesucristo), entonces Dios le tiene una perpetua paciencia. Sí, “como el padre se compadece de sus hijos, se compadece Jehová de los que le temen” (Sal.103:13). A esa persona el Señor no le cuenta ningún pecado, ni lo condena. No, lo mira sólo a través de su amado Hijo, como a su reconciliada y querida criatura. Así dice el Señor, y jura por su propio eterno ser, porque no hay superior a Él por quien jurar: “Vivo Yo, dice el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva” (Ez.33:11). Y: “Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, Yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida” (Ap.21:6). ¡Prestemos atención! “¡Gratuitamente!” No importa quiénes seamos los que leemos estas majestuosas palabras.

Si hemos comprendido que existe un Dios viviente, omnipresente, santo y celoso, hablando en esos términos, ¡Corramos a arrodillarnos ante Él! ¡Reconozcamos el tiempo de nuestra visitación! Tal vez tu alma tenga algo que arreglar. Tal vez todavía te encuentras dominado por algún pecado, y seas un extraño para Jesús. ¡Entonces, acude a Él! Él te espera con los brazos abiertos para decirte: “¡Ven! ¡Conmigo obtendrás perdón para todos tus pecados! Reconoce, pues, tu maldad; porque contra Jehová tu Dios has prevaricado, y fornicaste con los extraños” (Jer.3:13). “Si vuestros pecados fuesen como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Is.1:18). “No me invocaste... sino que de Mí te cansaste... ni a Mí me honraste con tus sacrificios, sino pusiste sobre Mí la carga de tus pecados, me fatigaste con tus maldades. Yo, Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de Mí mismo, ¡Y no me acordaré de tus pecados!” (Is.43:22ss). ¡Ah, qué palabras llenas de piedad! ¡Dios nos conceda la iluminación de su Espíritu para creerlas, y salve así nuestras almas!

Tú que estás en comunión con Dios, dentro del pacto de gracia por medio de la fe en Jesucristo, regocíjate por haber recibido “un Reino inconmovible” (He.12:28).

Vivimos en los últimos tiempos, donde la intranquilidad y la incertidumbre irán aumentando. Y en cuanto a las cosas espirituales, la gran oferta de doctrinas y religiones pone a todas las almas a prueba, para ver si cambiarán la “antigua enseñanza”. Qué privilegio es poder descansar la cansada cabeza en el pecho de Aquel que se llama “el Anciano de días” (Dn.7:22) y “Padre eterno” (Is.9:6b). El que es, era y será siempre el mismo. ¡Qué bueno que su Palabra sea tan explícita en cuanto a la manera en la que podemos ser salvos! ¡Alabado sea Dios eternamente, porque no necesitamos debatirnos en la incertidumbre en cuanto a este asunto! ¡No permitamos, entonces, que cosa alguna en este mundo nos confunda! Aquí todo es riesgoso, todo es vano, salvo una cosa: Estar en paz y en comunión con Dios, y tener la seguridad de la vida eterna. “El tiempo es corto; resta, pues, que los que tienen esposa sean como si no la tuviesen y los que lloran, como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa” (1 Co.7:29-31). Pronto los cristianos seremos liberados. ¡Bienaventurados todos los que en Él confían! Y además, podemos consolarnos al saber que no nos podrá tocar ni el menor contratiempo, sin la voluntad de nuestro Padre. “¡Ni un cabello de nuestra cabeza perecerá” sin su consentimiento! (Lc.21:18). Aun el menor motivo de alegría nos fue dado por nuestro Padre. Y también hasta el menor motivo de preocupación y pena proviene de Él. Ésta es la clave para conservar un corazón contento en este mundo agitado. Por eso, una vez más: ¡Regocíjense y alégrese todos los que esperan en el Señor! Él estará y está siempre con nosotros “hasta el fin del mundo”.

20. **Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la Ley.** Gá.4:4

Este es el fundamento eterno de nuestra liberación de la Ley.

Dios sometió a su Hijo a la Ley “para que redimiese a los que estaban bajo la Ley”. (v.5). Observemos bien lo que dice este texto ¡Nosotros, pobres almas sentenciadas por la Ley, fuimos redimidos por Dios Hijo! ¡Alabémosle y exaltémosle eternamente!

El santo apóstol escribió estas palabras con mucho cuidado y profunda inspiración. Por eso, requieran atenta reflexión. Primero dice: “Cuando vino el cumplimiento del tiempo”, o sea: cuando se cumplió el tiempo señalado por Dios Padre. Cuando el gobierno tutelar del Antiguo Testamento llegó a su fin, y todos los símbolos y las promesas de las profecías debían cumplirse.

Por eso, las palabras “...cuando vino el cumplimiento del tiempo”, dirigen nuestras miradas a la larga cadena dorada de promesas dadas por Dios, que dio con ejemplos e ilustraciones en todo el Antiguo Testamento... comenzando con la primera promesa, dada el mismo día de la caída: La promesa de la Simiente de la mujer, que habría aplastar la cabeza a la serpiente. Este texto dirige nuestra mirada a las promesas y símbolos, en el elaborado culto que los levitas ofrecían a Dios. Vemos a miles de sacerdotes ofreciendo a lo largo del Antiguo Testamento millares de animales en sacrificio. Ellos anunciaban y representaban al gran Sumo Sacerdote, y al gran Sacrificio propiciatorio que Él ofrecería. Ciertamente, esto fue un testimonio muy fuerte y claro, repetido mil veces por Dios. Frente a esto tienen que esfumarse y desaparecer todas nuestras dudas y opiniones contrarias. ¿Qué somos nosotros frente a esos miles de símbolos y promesas, dados por Dios mismo, durante una época tan larga?

¿Y qué dicen esas promesas y sacrificios de animales, en el culto simbólico que se ofrecía a Dios? En Hebreos 10:1,4-5,7 leemos: “Porque la Ley, teniendo la sombra de los bienes venideros, no la imagen misma de las cosas, nunca puede, por los mismos sacrificios que se ofrecen continuamente cada año, hacer perfectos a los que se acercan... porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual entrando (Cristo) en el mundo, dice (al Padre): Sacrificio y ofrenda no quisiste; más me preparaste cuerpo... he aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”.

De esa forma habla el Hijo de Dios al entrar al mundo. “En el rollo del libro está escrito de Mí”. “El texto sagrado del Antiguo Testamento habla de Mí. Dice que Yo cumpliré tu voluntad, oh Dios; que no te agradaron los animales que se sacrificaron a Ti, ¡Oh Padre! ¡No! Por eso me has preparado un cuerpo. Y era a este cuerpo mío, al que todos esos animales simbolizaban. Mi cuerpo será el sacrificio que sí aceptarás, oh Dios...” ¡Ah, quiera Dios abrir nuestros sentidos, para entender un texto

tan indescriptiblemente glorioso! Aquí vemos el fundamento de nuestra liberación de la Ley. Esta es la explicación de las palabras: “El fin de la Ley es Cristo”. (Ro.10:4). Y “¡He aquí, el Cordero de Dios!” (Jn.1:29).

Dios envió a su Hijo “nacido de mujer y nacido bajo la Ley”. Desde el comienzo, particularmente desde el octavo día cuando fue circuncidado de acuerdo a la Ley, Jesús cumplió perfectamente todas las demandas de la Ley, por nosotros. La Ley demanda muy razonablemente que amemos a Dios de todo corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra mente; y que amemos a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Sin embargo nadie de nosotros puede cumplirlo.

Entonces vino Cristo y lo cumplió en nuestro lugar. Amó a Dios de todo corazón y con toda su alma. Su comida fue “hacer la voluntad del que lo había enviado, y acabar su obra” (Jn.4:34). Jesús también amó al prójimo como a sí mismo, al punto que entregó su vida por sus hermanos, e incluso por sus enemigos (Ro.5:7-8,10). Y el apóstol afirma categóricamente que Jesús lo hizo por nosotros, “para que redimiese a los que estaban bajo la Ley”. ¡Pensémoslo bien!

Para nuestro gran asombro descubriremos que no necesitamos guardar la Ley para conseguir el favor de Dios y la salvación de nuestras almas ¡No! La gran piedad de Dios para con nosotros le impuso esa obligación a otra persona: A Jesucristo, nuestro Mediador y cumplidor de la Ley. Pues “de tal manera amó Dios al mundo, que (por él) ha dado a su Hijo unigénito”.

La caída en el pecado arruinó tanto nuestras vidas, que no quedó ni una mínima parte en nosotros sin ser envenenada y contaminada con maldad.

Ninguna persona, en toda la humanidad, podía cumplir la Ley de Dios. Todo dentro de nosotros se opone a sus Mandamientos. Eso lo sienten profunda y amargamente los que saben de la santidad de Dios, y luchan y se empeñan en cumplir la Ley. Por amor de su eterna verdad y justicia, Dios no podía quitar ni una sola jota o tilde de la Ley. Por eso, toda la humanidad yacía bajo una terrible maldición, de la que somos conscientes diariamente.

Entonces Dios fue movido por su inmensa piedad y amor a los seres humanos, y tomó la misericordiosa decisión de enviar a su propio Hijo, a cumplir la Ley por nosotros. Tales pensamientos están comprendidos en este precioso texto: “Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la Ley, a fin de que redimiese (liberase) a los que estaban bajo la Ley”. Esta es la razón por la que Dios no nos mira ni nos juzga más de acuerdo a la Ley, por lo que: “ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro.8:1). En Cristo, unidos a Él por la fe, somos tan agradables a Dios, como si no hubiésemos pecado ni una sola vez.

21. **Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo.** Jn.21:17

Seamos honestos con nosotros mismos y examinémonos ante el rostro de Jesús, para ver si podemos compartir esa confesión del apóstol Pedro. El Señor también nos pregunta a cada uno de nosotros, a los que leemos esto: “¿Tú..., me amas?” ¡Respondámosle qué sentimos realmente! No tratemos de ordenarle a nuestro corazón a que ame a Jesús, porque no se puede forzar ese amor. Sólo puede ser generado en nuestra alma. Entonces la pregunta es: ¿Conocemos verdaderamente a Jesucristo? ¿Llegó a ser Jesús el mayor consuelo y tesoro de nuestra alma, de modo que no podemos vivir sin amarlo, y sin sentir hambre y sed de su bendición?

Las respuestas a estas preguntas diferirán mucho. Los que tienen la ilusión de ser santos, los que viven satisfechos consigo mismos, y aún no se consideran completamente perdidos, tampoco amarán verdaderamente a Jesús. Algunos sinceros creyentes pueden responder como Pedro, profundamente emocionados: “¡Sí, Señor, Tú sabes que te amo!” Otros en cambio se asustan ante esa pregunta de Jesús, y sólo responden tímidamente: “Señor, Tú sabes que no te amo suficientemente. Tú también conoces mi gran frialdad, la dureza de mi corazón y mi indiferencia...”

Pensemos por un momento en estos últimos ¿Qué debiera hacer un cristiano, cuando no siente otra cosa que una gran frialdad? Y supongamos que alguien no llegó a amar realmente a Cristo, sino que sintió poco interés y se mostró bastante indiferente ante el Señor, porque todo su “amor” no fue más que su propio esfuerzo bajo la Ley. Y si un día, esa persona despierta y ve su verdadera situación. ¿Qué debe hacer? Alabada sea la eterna gracia del Señor Jesucristo, que contestó personalmente a esta pregunta. De lo contrario, nunca podríamos llegar a la plena certeza por nosotros mismos.

En dos ocasiones separadas, el Señor Jesucristo habló claramente de personas como las que hemos mencionado. Una vez les advierte que han dejado su primer amor (Ap.2:4). Y en la otra ocasión dice: “Yo conozco tus obras. Que no eres frío ni caliente. Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (Ap.3:15-16).

¡Alabado sea Dios, porque nos deja ver lo que piensa de esa gente! ¿A quién habríamos de creer, sino a Dios mismo? Pues bien, ¿qué dice? Sus propias palabras están a la vista de todos en Apocalipsis 2:1-5 y 3:14-22. Lo primero que tenemos que observar es que Él está hablando a personas que no se preocupaban mayormente por su situación espiritual. Por el contrario, decían: “Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad” (3:17). Por eso les dirige una seria amenaza, diciendo: “Vendré pronto a Ti, y quitaré tu candelero de su lugar” (2:5); y: “Por cuanto eres tibio y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca” (3:16). Pero en toda la Biblia no encontramos ni un solo ejemplo donde Dios haya hablado con severidad, o haya amenazado a las personas que se reprenden

y condenan a sí mismas. Notemos la inmensa gracia de nuestro Señor: Le hace una terrible advertencia a la iglesia tibia de Laodicea, hasta amenaza con escupirla de su boca, pero también agrega las profundamente dulces palabras: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo. ¡Sé pues, celoso y arrepiéntete! (3:19). ¡Ah, Señor mío y Dios mío! ¿Fue esa tu intención al utilizar un lenguaje severo? ¿Todavía amabas a esa iglesia tibia e indigna? Siendo así, realmente podemos amarte a Ti, que tienes ese corazón y esa intención, aun cuando a veces empleas un lenguaje tan duro. Ahora entiendo por qué aterrorizas a veces nuestro corazón: ¡Porque nos amas! “Yo reprendo y castigo a todos los que amo”. Tú sólo deseas salvarnos. No quieres que nos perdamos. No quieres que nos alejemos de Ti, ni que desesperemos.

Para tener ese amor al Señor Jesucristo, primero debo llegar a conocerlo. Él me tiene que cautivar. Nuestro corazón es muy perverso. Nos resulta muy difícil librarnos de amores que debemos desaprobarnos; y nos resulta muy difícil amar lo que deberíamos amar. El amor recibido produce amor correspondido. Nunca aprenderemos a amar a Jesús ordenándonoselo a nuestro corazón. Solamente conociendo profundamente el amor de Jesús seremos cautivados por Él. “A quien se le perdona mucho, el tal ama mucho” (Lc.7:43-47).

Cierta vez un anciano Pastor visitó a una persona que estaba al borde de la desesperación. Ésta se lamentaba que a la pregunta de Jesús: “¿Me amas?”, no podía responder otra cosa que: “Señor, Tú sabes que no te amo como debería amarte”. El anciano Pastor le respondió: “Por lo visto, sólo puedo aconsejarte que le devuelvas inmediatamente esa pregunta a Jesús, preguntándole: “¿Y Tú, Señor, me amas a mí?” Porque no es tu amor a Cristo lo que te ayudará, sino sólo Su amor a ti. Como dice San Juan: “En esto consiste el amor: No en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn.4:10). Después de que el anciano maestro había hablado de esa manera, aquel hombre abatido prorrumpió en lágrimas de gozo, diciendo: “Ahora también yo puedo decir: “¡Señor, Tú sabes que te amo!”

22. **Haré nuevo pacto con la casa de Israel: Daré mi Ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y Yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo.** Jer.31:31-33

Llama la atención que el Señor diga: “Vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel”, y que agregue expresamente: “No como el pacto que hice con sus padres el día que tomé su mano para sacarlos de la tierra de Egipto”. Notemos que dice que hará otro pacto, no como el que hizo con ellos en el monte Sinaí, el pacto de la Ley. No obstante, ¡Ningún ser humano quiere creerlo! ¡Qué extraño que a casi nadie le interesa otra cosa que el pacto de la Ley!

El Señor aclara categóricamente cuáles serían las diferencias entre los dos pactos, señalando tres características especiales. La primera es que en el primer pacto se escribió la Ley en tablas de piedra, mientras que los corazones permanecieron rebeldes, de modo que el Señor debió “obligarlos”. Pero ahora escribiría la Ley en el corazón y en la mente del pueblo. O sea, nos daría (por obra del Espíritu Santo), el sincero deleite en lo bueno y el amor al bien, lo que llegaría a ser una Ley interior y viviente en nosotros.

En segundo lugar, sabemos que persona podía pasarle a otra las leyes del primer pacto, porque el código moral está en la misma naturaleza del hombre, inclusive en los paganos, (si bien en forma no clara). Sin embargo el nuevo pacto sería tal, que nadie podría entrar al mismo por más enseñanza que un hermano le diera al otro. No, sino que sería como explica Jesús: “Todos me conocerán”. Serían instruidos por Dios mismo, iluminados por su Espíritu. Es lo que Jesús dijo repetidas veces: “Nadie puede venir a Mí, si el Padre que me envió no lo trajere” (Jn.6:44). “Ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar” (Mt.11:27b).

La tercera diferencia es la siguiente: Según el primer pacto, el pecador siempre debía responder por su pecado. Y siempre debía ser castigado en conformidad con su delito. En cambio, en el nuevo pacto sería perdonado y su pecado olvidado. No le sería imputado “porque perdonaré la maldad de ellos” (Jer.31:34). El perdón es el fundamento y la razón para las dos declaraciones precedentes. Y así es. La Escritura y nuestra experiencia nos enseñan que ningún ser humano conoce a Dios de otro modo, ni llega a tener la Ley escrita en su corazón ni a deleitarse profundamente en la misma, si no es por el medio dispuesto por el Señor: El evangelio. Por este medio Dios perdona todos los pecados y reconforta las almas.

El apóstol recalca enfáticamente esto contra los que -ya en su tiempo- sostenían que la predicación de la justificación por la fe, tan llena de consuelo, invalidaría la Ley. Y creían que la Ley, por el contrario, promovería la santificación. Les dice: “Oh gálatas insensatos... esto solo quiero saber de vosotros: ¿Recibisteis el Espíritu (de la gracia) por las obras de la Ley, o por oír (el evangelio de Jesús) por fe?” (Gá. 3:1-2). De la misma manera

habla también a los romanos: “Luego ¿por la fe invalidamos la Ley? En ninguna manera, ¡Sino que confirmamos la Ley!” (Ro.3:31).

Lo mismo dice el Señor Dios aquí: “Escribiré mi Ley en sus corazones y en sus mentes...” “porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado”. En Hechos 10:43 se enseña lo mismo: En el mismo momento en que Pedro pronunciaba las palabras: “De Éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en Él creyeren, recibirán perdón de pecados en su Nombre”... entonces, “mientras Pedro aún hablaba estas palabras, el Espíritu Santo cayó sobre todos los que oían el discurso”.

Hemos de rechazar la opinión que, aparte de la predicación de la justificación por la fe en Jesús, existe otra predicación por la que recibimos al Espíritu Santo y la santificación ¡No! Es sólo la predicación de la justificación por la fe la que confiere al Espíritu Santo. Nadie cree en Jesucristo y queda justificado en Él, sin la obra del Espíritu Santo. Y dondequiera que habita el Espíritu Santo, Éste obra la santificación.

Toda piedad que no procede de la gracia de Dios en Cristo Jesús, y de la fe en Él, es un fruto de la carne, y ante Dios son “obras muertas” (He.6:1). Ésta es una conducta forzada, obligatoria. Son “las obras de la Ley” (Ro.3:20). Y todos los que practican la religión de esa manera, permanecen bajo la maldición de la Ley.

Por eso el Apóstol también declara abiertamente: “Yo por la Ley soy muerto para la Ley, a fin de vivir para Dios” (Gá.2:19). Y otra vez: “Pero ahora estamos libres de la Ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu, y no bajo el régimen viejo de la letra” (Ro.7:6). A eso se refiere el Señor cuando dice en Jeremías 31:33-34: “Daré mi Ley en su mente, y la escribiré en su corazón... porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado”.

La doctrina de la santificación obrada por Dios, nunca excluye el uso de la amonestación benigna y constructiva, ni la necesaria poda de las ramas, por parte del fiel Labrador. Pero revela lo inútil que es podar las ramas muertas, porque después de todo, serán quemadas, no importa lo bien podadas que estén. Sin embargo la vida interior, el amor al bien y el deleite en el mismo, surge sólo por la generosa gracia derramada sobre un agobiado pecador; la gracia de Jesucristo que derrite el corazón e infunde el Espíritu Santo. Así hemos de entender las palabras del Señor: “Daré mi Ley en su mente, y la escribiré en su corazón... porque perdonaré la maldad de ellos, y no me acordaré más de su pecado”.

23. **No codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada... ni cosa alguna de tu prójimo.** Éx.20:17

Dios quiere que seamos totalmente puros y santos, inclusive en nuestros deseos, así como Él es santo. Él prohíbe la mera existencia de los deseos pecaminosos en nuestro corazón.

Es cierto que también tenemos deseos legítimos. En primer lugar, los puramente naturales, como los deseos de alimento, bebida, descanso, etc., siempre y cuando se los conserve dentro de los límites razonables. En segundo lugar, están los deseos espirituales, como el deseo de estar en paz con Dios y en armonía con todo lo bueno. El rey David habla muchas veces de esto. Por ejemplo, en el Salmo 84:2: "Anhela mi alma y aun ardientemente desea los atrios de Jehová". O: "Como el ciervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por Ti, oh Dios, el alma mía. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo" (42:1-2).

Pero todos los deseos del corazón que están en conflicto con los Mandamientos de Dios, son pecaminosos. Por ejemplo los deseos que el Señor menciona aquí: Codiciar la mujer del prójimo (o cualquier placer impuro), codiciar el siervo del prójimo (o abrigar cualquier deseo egoísta), codiciar sus medios de vida (dejarse dominar por la avaricia), o cosa alguna del prójimo. Todas las cosas que Dios no nos concedió a nosotros, sino a nuestro prójimo; no importa si se trata de bienes materiales, fama, honores, o cualquier otro bien. No hemos de envidiar al prójimo. En fin: el deseo es pecaminoso tan pronto como no nos conformamos con la voluntad de Dios. En ese caso el deseo es pecaminoso, aun cuando el objeto codiciado fuere inocente en sí.

En el desierto los hijos de Israel "codiciaron lo malo", si bien en sí mismos los objetos codiciados eran inocentes: Carne, pescado, pepinos, melones, puerros, cebollas y ajo. Pero los israelitas no se conformaron con la voluntad y las ordenanzas de Dios respecto a su vida en el desierto. Codiciaban las comidas que tuvieron en Egipto, y no quisieron oír la voluntad del Señor (Nm.11:5-6). En eso consistió la maldad de ellos, y por eso atrajeron sobre sí la ira de Dios, de modo que el lugar hasta el día de hoy se llama "Kibroth Hataavah", que significa: "sepulcros de los codiciosos", porque allí sepultaron al pueblo codicioso (1 Co.10:5-6).

Como hijos fieles, no hemos de desear más de lo que a Dios le place concedernos. Si Dios quiere concedernos alimento, bebida, ropa, amigos, honores y estima, podemos disfrutarlos para nuestro beneficio, y agradecerle al Señor en tanto que los concede. Pero si a Dios le agrada privarnos de esos beneficios, hemos de contentarnos como cuando nos los da, puesto que todavía lo tenemos a Él y su favor, que deben ser los únicos bienes realmente necesarios para nosotros.

Este Mandamiento es el último de los Diez, pero ensambla perfectamente con el Primer Mandamiento, cerrando un ciclo. Los dos Mandamientos demandan que el Señor Dios sea el único Dueño de nuestro corazón, el

principal objeto de nuestros deseos, de nuestro amor, nuestra sed espiritual y nuestros anhelos. Ésta fue la intención de la Santa Trinidad cuando creó al hombre a su imagen. La finalidad fue que el hombre, al ver todas las cosas, reconociese a Dios y viviese en comunión con Él, como lo más natural.

La imagen de Dios y la vida verdadera consistía en que Dios moraba en su corazón, y el ser humano era incapaz de vivir separado de Dios. Tenía un corazón sediento de Dios y que se nutría de Él, como el niño que se nutre de la leche de la madre. En efecto, el Creador implantó esta sed por Él tan profundamente en el alma humana cuando la creó, que nuestro corazón está inquieto, sin descanso y sin paz mientras no se comunica con Dios, el Dios viviente, y se deleita y contenta plenamente sólo en Él.

Ninguna delicia o alegría terrenal, ninguna fortuna de oro o dinero, ningún arte y ninguna ciencia, ninguna gloria y ningún poder ni el cielo ni la tierra pueden satisfacer los más íntimos anhelos y deseos del corazón humano.

Aun poseyendo todos los bienes mencionados, el corazón humano es y se siente pobre y miserable sin Dios, sin el Dios viviente, el Bien supremo.

El ser humano debe considerar todo lo demás, -no interesa cómo se llame-, indigno de sus deseos. Todo el mundo, con todo lo que es y tiene, no puede dar a nuestro corazón sediento verdadera satisfacción. Sentimos sed de algo mayor y más sublime; de lo infinito y eterno: De Él, nuestro Dios y Señor. Sólo Él nos alienta, nos da descanso y verdadera satisfacción. Ésta fue la voluntad de Dios cuando creó al hombre a su propia imagen. Por eso puso en nuestro corazón un infinito anhelo y deseo: ¡Él mismo es el objeto de ese anhelo!

La voluntad y finalidad de Dios siguen siendo las mismas aun hoy ¡Claro que sí! Su primer y su último Mandamiento son hoy todavía los mismos: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas” (Mr.12:30).

24. De Éste dan testimonio todos los profetas, que todos los que en Él creyeren, recibirán perdón de pecados por su Nombre.

Hch.10:43

¿Qué debo saber y creer acerca de este perdón? Basándome en las eternas promesas de Dios, diría que no importa lo grave que fueren tus pecados, ni que fuesen “rojos como el carmesí”. El perdón que ofrece Cristo es mayor.

Ningún pecado podrá reducirlo, perturbarlo, ni anularlo. El pecado no es suficientemente fuerte como para contrarrestar la Justicia y la mediación de nuestro maravilloso Salvador. El pecado podrá causar desigualdad entre las personas aquí en este mundo, en cuanto a nuestra justicia civil. Pero no alcanza al cielo ni incide en nuestra justicia ante Dios. El rey David dice: “Como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció (Jehová) su misericordia sobre los que le temen” (Sal.103:11). ¿Qué es más fuerte: Nuestro pecado, o el mérito de Cristo? San Pablo afirma: “Si por la transgresión de aquel uno (Adán) murieron los muchos, abundaron mucho más para los muchos la gracia y el don de Dios por la gracia de un hombre, Jesucristo” (Ro.5:15-19).

La gracia es más poderosa que el pecado. Comparados con el Señor Jesucristo, confesamos que somos criaturas pequeñas y débiles. Nuestra obra, el pecado, jamás puede superar la suya, la gracia y el perdón. Si yo, que creo en Cristo, puedo obtener su favor con ser piadoso, y perderlo con pecar y olvidarme de mis obligaciones, el Reino de Cristo sería un reino del mérito humano dominando sobre la gracia divina. Ya no sería el Reino de la Gracia en Cristo Jesús, dominando sobre el reino del mérito humano. Pero ¿de qué nos aprovecharía Cristo entonces? Si puedo obtener el favor de Dios el momento en que soy piadoso, pero no en otro momento, nuestra justificación ciertamente dependería de nuestros méritos, y Cristo habría muerto en vano. Sin embargo, Cristo no se hizo hombre, ni derramó su sangre para concedernos una bendición inestable, sino una gracia completamente segura y firme; como bien dice Pablo: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro.8:1). Y Juan: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo. Y Él es la propiciación por nuestros pecados” (1 Jn.2:1-2).

La razón por la cual la Palabra de Dios habla de nuestros pecados y obligaciones en forma tan severa y amenazante, es sólo porque quiere despertar y asustar a las almas confiadas, que se quedan tranquilas sin arrepentirse. Y de esa manera llevarlas a Cristo. Y también quiere conservar despiertos y activos a los creyentes. Pero Dios no piensa revocar su gracia, puesto que en tal caso entraría en conflicto con sus promesas.

Todos los que creen en Cristo están libres para siempre de toda la maldición de la Ley, y ahora viven en la "ciudad de refugio" (Nm.35:11; Sal.9:9).

Ningún pecado los puede alcanzar, ni ser imputado. Como está escrito: "¡Bienaventurado el hombre, a quien Jehová no culpa de iniquidad!" (Sal.32:2). Recordemos esto: "¡No culpa de iniquidad!" ¡Este es el Reino de Cristo, el Reino del eterno, constante, e incesante perdón! De este Reino el propio Señor declara solemnemente: "Al pueblo que more en ella (en Sion, la iglesia Cristiana) le será perdonada la iniquidad" (Is.33:24).

Entonces, no importa lo que siento y veo dentro de mí: Maldad, frialdad, pereza, o cobardía y temor ante los hombres, o impaciencia e ira, o deseos impuros y cualquier otro pecado, (que por supuesto merece ser castigado, y de los que tengo de arrepentirme, y contra los que tengo que orar y luchar). Sin embargo, mis pecados no podrán revocar ni en lo más mínimo la gracia o el perdón ¡No! Eso lo retendremos incesantemente, por los méritos de Cristo, en tanto que permanezcamos unidos a Él por la fe.

Perseverando en esta fe, me disciplino a mí mismo; desisto de la maldad y obedezco al Espíritu. Renuncio y combato al pecado dentro de mí, y mejoro mi vida en serio.

Sin embargo, en cuanto a mi conciencia y a mi relación con Dios debo vivir en plena libertad, como si no tuviese ningún pecado, como si tampoco existiese Ley, ni Mandamientos, y como si ya estuviese en el cielo. Porque tal es efectivamente mi condición ante Dios. Pues cuando Dios habla del perdón de pecados, de no imputar los pecados etc., no es un juego de palabras. ¡No! Es una verdad divina, dicha con toda seriedad.

La libertad para la cual Cristo nos ha redimido, no debe entenderse como si ya no hubiese pecado en la vida del cristiano. Más bien, el cristiano se encuentra ahora en un Reino en el que, por los méritos de Cristo, ya no se le imputa más su pecado. El creyente cree en Cristo, que llevó sobre sí toda la culpa del pecador. El cristiano está ahora en el Reino en que la Ley perdió su poder condenatorio. Es cierto que la Ley todavía puede preocuparnos y molestarnos, pero no puede condenarnos ¡Alabada sea la misericordia de Dios!

Lutero dijo: "Mientras vivimos aquí en este mundo, llevamos el pecado constantemente adherido a nuestra carne, y no podemos erradicar ni evitar las faltas y ofensas. Por eso es necesario que tengamos decretado un perdón eterno contra las mismas, a fin de que por nuestras culpas no caigamos bajo la ira de Dios, y podamos vivir bajo su aprobación, gracias al perdón. Miren: Este es el pacto eterno que Dios hace con nosotros en Cristo Jesús. Es tan firme, que no flaquea ante nuestra imperfección, y así nuestros corazones pueden descansar seguros de que el pecado no nos condena más".

25. **Dios, nuestro Dios ha de salvarnos, y de Jehová el Señor es el librar de la muerte.** Sal.68:20

Los hijos de Dios, frecuentemente se regocijan con la expectativa de la bendita hora en que dejarán toda su miseria atrás, e ingresarán a la gloria celestial. Sin embargo, a veces temen la muerte y se espantan ante la misma.

Esto sucede porque todavía no son totalmente espirituales, sino que siguen siendo parcialmente carnales. Como bien dice Lutero: “La carne idiota no sabe qué es lo mejor”. Si tu conciencia te acusa, si no te has reconciliado todavía con Dios, ni tienes la seguridad de estar en paz con Él, no es extraño que te estremezcas ante la muerte. Si es así, tienes fuertes motivos para buscar esa certeza cuanto antes. Pero cuando un extraño temor a la muerte invade a los que tienen buenas relaciones con Dios, deben saber que eso se debe sólo a los “dardos de fuego del maligno” (Ef.6:16).

En momentos de temor a la muerte hay dos cosas que hemos de tener en cuenta especialmente. La primera es que nada nos puede acontecer, que no nos hubiese sido enviado por nuestro amoroso Padre celestial. Ni siquiera un cabello de nuestra cabeza podrá caer sin su consentimiento (Lc.21:18). ¡Cuánto menos entonces ese trance mucho más importante, de ser trasladados del tiempo a la eternidad! Jamás debemos olvidar que nuestro fiel y veraz Salvador dijo: “¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre. Pues aun vuestros cabellos están todos contados ¡Así que, no temáis! Más valéis vosotros, que muchos pajarillos” (Mt.10:29-31).

¡Sí, alabado sea el Señor, que sin duda nos valora mucho más que a los gorriones! Absolutamente nada nos pasará sin que Él lo determine. Dijo un antiguo maestro cristiano: “Nadie muere por casualidad. Morimos en el exacto momento en que debemos morir ni antes ni después”.

Y el rey David afirma: “En tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar una de ellas” (Sal.139:16). También el patriarca Job declara: “Ciertamente sus días (del hombre) están determinados, y el número de sus meses está cerca de Ti. Le pusiste límites, de los cuales no pasará” (Job 14:5). La muerte no es obra de la enfermedad o de un arma, sino de Dios. ¿No es entonces un gran error que los cristianos sientan demasiado temor a la muerte? Ningún accidente, ninguna mano humana, ninguna peste puede hacerles daño antes de la hora que quedó registrada al lado de su nombre, en el libro de Dios.

La segunda cosa que debemos recordar es que, aun cuando nuestra carne hiciere objeciones, sin embargo es algo bueno cuando nos llega la hora determinada por Dios, para llamarnos a su presencia. Aunque una madre tenga que obligar a su niño a dormir, y apretarlo contra su pecho mientras llora hasta dormirse, es bueno para el niño que se duerma. Lo mismo sucede con el cristiano.

Le trae un sin fin de ventajas dormir en la fe y partir de este mundo tan lleno de maldad, peligro, pecado e intranquilidad, aun cuando a su naturaleza

carnal no le guste ese sueño. También debemos agradecer a Dios que ese miedo a la muerte no nos condena, porque después de todo lo que Él nos promete, tendríamos que vivir ansiando el final. ¡Porque nuestra salvación se basa en algo mucho más firme! Ningún tipo de debilidad o pecado puede derribar el fundamento de nuestro perdón, es decir: ¡La obra redentora de Cristo!

Sobre esa base depositamos toda nuestra esperanza. ¿Qué ocurre entonces, cuando el Señor nos llama a la vida eterna? Ah, ocurre algo fantástico, algo en lo que estuvimos pensando tanto tiempo, la solemne entrada al descanso del Señor, a un Reino cuya gloria ningún ojo vio, y de la que ninguna imaginación siquiera soñó. Pensémoslo: Quedaremos libres de toda la maldad de este mundo perverso, que tanto nos hace sufrir... y recibiremos los maravillosos tesoros que el Todopoderoso quiere dar a sus amados hijos, en su Reino de felicidad, cuando comience a glorificarlos...

Tenemos que aprender que, si bien nuestra naturaleza aborrece la muerte y se estremece y encoge ante la misma, no obstante, partir de este mundo durmiéndonos bajo el amparo de Cristo, es algo muy bueno; y sólo nos traerá una infinidad de beneficios. Por eso los cristianos hemos de tranquilizar nuestros corazones ante Dios, y tratar de adoptar una actitud serena y reconciliada frente a la muerte. Tenemos que evitar caer en el lazo del diablo, y no oponernos obstinadamente a la sabia y buena voluntad de nuestro piadoso Dios para con nosotros. Sin embargo, es también muy normal que un cristiano tenga sentimientos un tanto extraños, cuando se despide de sus seres queridos. Pasar de un mundo a otro, es un paso tremendo. ¡Pensemos en ese cambio! ¡Partir del lecho de muerte para afrontar al Altísimo, rodeado de sus santos ángeles! ¡Con qué extraños impulsos debe latir el corazón en ese instante! Pero, lo que está mal para un hijo de Dios, es el rechazo y el temor a la muerte que proviene de la falta de fe; cuando piensa que su muerte es como un horrible ataque, cuando en realidad ella viene para librarlo definitivamente de todo mal y concederle un feliz descanso ¿Acaso alguien pensaría que es un ataque destructivo cuando una madre acuesta a su niño en la cuna? Si me encontrara encerrado por mis enemigos en un calabozo, y mis camaradas viniesen a librarne, se produciría ruido y pelea; ¿Pero, me asustaría como en el caso de un ataque enemigo? ¿No comprendería acaso que lo que está ocurriendo es para mí liberación? ¿Debo horrorizarme entonces, cuando se acerca a mi lecho una solemne procesión de ángeles, para arrebatarme del poder de mis enemigos, y colocar la corona de la vida en mi cabeza? Porque es precisamente esto lo que ocurre en la muerte de todos los hijos de Dios, que creen en Cristo. Sabemos que esto es absolutamente cierto, gracias a las promesas de nuestro Salvador.

Como dijo, por ejemplo, al despedirse de sus discípulos: “Vendré otra vez, y os tomaré a Mí mismo, para que donde Yo estoy, vosotros también estéis” (Jn.14:3).

26. **Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo.** Mt.24:13

Las Escrituras nos dan a entender que todavía habrá mucha persecución externa; que en los últimos días, nuestro enemigo, el diablo, tendrá mucho odio, sabiendo que le queda poco tiempo. Pero no necesitamos hablar del futuro. Ya ahora hay persecuciones, lo cual asusta y desanima a más de un alma, y las desvía de la fe en Jesucristo.

Existen muchas formas y grados de persecución. Durante el primer período de la Iglesia, el furor destructor de la Serpiente se descargó en vano contra la Simiente de la mujer, mediante sangrientas persecuciones. Pero actualmente Satanás procede en una forma más páfida y cuidadosa, con lo que sin embargo, puede atormentarnos y aterrorizarnos muchísimo ¡Cuán amargamente deben sufrir algunas personas por amor de Cristo en sus propios hogares, aunque fuese sólo por medio de palabras y actitudes hirientes!

Muchos empresarios cristianos se asustan y preocupan, porque pierden clientes debido a su testimonio de fe ¡Cómo duele cuando un fiel creyente es tratado por los demás como un perturbador de la paz, porque no los deja tranquilos en sus pecados de incredulidad e impiedad! En tales ocasiones, nuestra débil carne se horroriza ante el sufrimiento y existe el peligro de apostatar o practicar un cristianismo más aceptable al mundo, a fin de disfrutar de su aprobación. Y no faltan quienes nos lo recomiendan, como cuando Pedro le aconsejó a Jesús: "¡Ten compasión de ti! ¡En ninguna manera esto te acontezca!" (Mt.16:22b).

Esta tentación se vuelve más seductora cuando la persona primero fue perseguida en forma más dolorosa, y se cansó de esa persecución. Entonces, cuando el mundo le sonríe y le muestra buena cara, siente una dichosa tranquilidad. Para el alma agobiada eso es un embeleso tan encantador, que es un milagro si no cede a la tentación. Sin embargo, que alguien se haya dejado seducir así no tiene que manifestarse necesariamente en un retorno total y definitivo al mundo impío; pueden ser sólo nuevas actitudes de acomodo y cautela, tratando de ser amigo de Dios y del mundo al mismo tiempo. No hacer ni decir más cosas que ofendan a la gente incrédula del mundo; ni interesarse por saber qué desea Cristo, ni en decirle a los que están perdidos qué necesitan para la salvación de sus almas. Por el contrario, ahora puede participar tranquilamente de los pecados que ama todo el mundo, y no le importa la Palabra ni el ejemplo de Jesús, ni la ofensa que causará a las almas simples.

Eso sucede cuando el poder interior del cristiano quedó debilitado, y él comienza a seguir la corriente de los incrédulos. ¿Pero qué dicen las Escrituras?

Pedro dice: "Que ninguno de vosotros padezca como homicida, o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, ¡Sino glorifique a Dios por ello!" (1 P.4:15-16).

"Si alguno padece como cristiano", o sea, cuando sufre por amor a Cristo; por creer en Él, por confesarle y seguirle, y por las instrucciones directas

y claras de la Palabra de Dios. Si en cambio hace algo malo o equivocado, o es un entrometido en las cosas de otros, no sufre por amor a Cristo ni por su causa. Pero las Escrituras alientan y consuelan enormemente a los que sufren por la causa de Cristo. Qué grato y alentador es cuando Jesús dice: “¡Bienaventurado sois, cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo! ¡Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos!” (Mt.5:11). Y: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, Yo también lo confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, Yo también lo negaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mt.10:32). Y también en Jn.15:18: “Si el mundo os aborrece, sabed que a Mí me ha aborrecido antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; pero porque no sois del mundo, antes Yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece”.

Estas bondadosas y dulces palabras de Jesús también serán suficientes para consolarnos y fortalecernos a nosotros, si tan solo las creemos, y vivimos en verdadera comunión con nuestro fiel Señor. Esto es lo que se necesita en realidad para enfrentar exitosamente todas las luchas y los peligros. Muchas veces estamos intranquilos, preguntándonos: “¿De dónde sacaremos fuerzas para esta tremenda lucha? Vemos lo que debemos hacer, pero el problema es que no tenemos la fuerza para llevarlo a la práctica”. Ah, ojalá de una vez por todas aprendiésemos y creyésemos lo que la Palabra de Dios repite tantas veces: Que toda nuestra fuerza depende de la relación y comunión estrecha con Jesús. En la hora de la tentación no pensemos nunca en vencer por medio de nuestro propio poder. Ni vale la pena intentarlo, porque sólo resultará en frustración, desastre y caída. Mientras no estemos en cercana unión con nuestro Salvador, nuestra conciencia seguirá acusándonos; seguiremos sujetos a la condenación de la Ley, y alejados de la misericordia de Dios. Por eso no hay nada más necesario que obtener la plena seguridad del perdón de Dios, por la fe en Jesucristo. Las Escrituras enseñan claramente, y repiten muchas veces que: “Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Jn.5:4). El gozo en el Señor es nuestra fuerza. Por la fe, los creyentes de la antigüedad sacaron fuerzas de la debilidad, y se transformaron en valientes luchadores.

Sólo la plena seguridad de la fe y la comunión personal con Cristo, nos llena del Espíritu Santo, y nos confiere el deseo correcto y la fuerza necesaria, para luchar y vencer todas las tentaciones que nos pueden atacar.

27. **Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a Mí, porque ¡Yo te redimí!** Is.44:22

Escuchen todos ustedes que son infelices pensando que su contrición, arrepentimiento, oración, y piedad no obtienen los resultados que desean. Su santificación no tiene prosperidad, ¡Y por eso siguen bien lejos del consuelo que sólo Cristo confiere!

Escuchen lo que el Salvador les dice: “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a Mí, porque ¡Yo te redimí!” Sin duda, es cierto lo que la Palabra de Dios dice acerca de la necesidad de santificación, arrepentimiento, oración, etc. Pero no atreverse a creer en la gracia salvadora de Cristo, debido a las imperfecciones que todavía hay en la vida de santificación, es un fatal error. Es una actitud totalmente equivocada no apreciar debidamente la sangre de Cristo. En todo el mundo no hay suficiente santificación, arrepentimiento ni piedad personal, como para que una persona obtenga la paz con Dios por ese medio. Darnos cuenta de que nuestro arrepentimiento es imperfecto y nuestra santificación es pobre, tiene que hacernos desesperar de nosotros mismos. Pero si siendo imperfectos e indignos no queremos acudir a Cristo y abrazar sus méritos, eso ciertamente es una actitud totalmente equivocada. Es no apreciar debidamente el valor de la sangre de Cristo. Es darnos demasiada importancia a nosotros mismos. No valemos tanto, ni con nuestros pecados, ni con nuestras penitencias. Estamos incluidos en la gran redención, y para aprovecharla ahora sólo hace falta que creamos y recibamos esa inmensa gracia divina.

¡Ojalá entendiésemos el don de Dios! Lo que significan las palabras: “Yo deshice como una nube tus rebeliones”. En primer lugar, vemos aquí nuevamente lo que el evangelio de Dios estuvo anunciando desde el principio del mundo: Que fue el plan de Dios que el pecado de todo el mundo quedase depositado en un solo Mediador; y que fuese expiado y quitado por “la obediencia de Uno” (Ro.5:19); que fuese extinguido por su pasión y muerte.

Porque: “al que no conoció pecado, Dios lo hizo pecado por nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Co.5:21). Ese es el secreto: La muerte de Cristo ya le quitó su poder condenatorio al pecado; Él lo ha sepultado “en lo profundo del mar”(Mi.7:19). El pecado ya no puede detener la gracia. Dios no condenará a nadie por su pecado, sino sólo por permanecer alejado de Cristo y de su Reino de Gracia. Ah, ojalá todo el mundo entendiera que Jesucristo ya quitó sus pecados; que desde que Cristo murió, ¡El perdón de Dios está disponible para todos!

En segundo lugar, vemos aquí el corazón de Jesús, ardiente de amor. El amado Salvador, que llevó nuestros pecados, no nos guarda rencor por haberle hecho sufrir tanto. Él lo sufrió todo por su sobreabundante amor. ¡No olvidemos jamás el gran amor de nuestro Señor Jesucristo! “¡Permaneced en mi amor!” nos dice Él (Jn.15:9). Y: “Nadie tiene mayor

amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos". (v.13). Pero Pablo recalca que: "Cristo murió por los impíos" (Ro.5:6-8). De esto desprendemos la correcta conclusión que su amor es totalmente gratuito, e independiente de nosotros y de nuestra condición.

A veces nos asaltan pensamientos como estos: "Ojalá fuese mejor... pero no soy lo que debería ser... ni siquiera me puedo arrepentir como debería, sino que soy duro y pecaminoso. ¿Cómo podría pretender entonces estar en paz con Dios...?" Pero, notemos bien cuál es el motivo principal de nuestro lamento, alrededor del cual giran nuestros pensamientos, y del cual hacemos depender nuestra tranquilidad: ¿No es acaso esa palabrita "yo"? Decimos: "Si yo fuese... si yo pudiese..." etc. Es a nuestro "ego" al que le damos tanta importancia.

Pretendemos justificarnos a nosotros mismos, y llegar a ser nuestros propios salvadores ¡Cuidémonos de ese error! Pablo tuvo tanto miedo de mezclar aun el menor mérito propio con la justicia de Cristo, que consideró su mejor piedad personal como impura y hasta perjudicial. Dice: "Por amor a Cristo lo he perdido todo y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en Él, no teniendo mi propia justicia, que es por la Ley, sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe" (Fil.3:8-9).

Recordemos que cuando decimos: "Yo, yo", el Señor también repite: "Yo, Yo" y dice: "Es verdad. No son lo que deberían ser. Son inmundos e indignos, pero Yo, "¡Yo deshice como una nube tus rebeliones!" ¡Alabado sea el Señor! Por lo tanto, si nos lamentamos que no somos suficientemente penitentes; que no nos arrepentimos como debiéramos arrepentirnos, etc., etc., Él responde: "Es verdad: No se han arrepentido ni han hecho penitencia por sus pecados como hubiera correspondido, pero yo he sufrido por ustedes en el Getsemaní. Yo, "¡Yo deshice como una nube tus rebeliones!" Nosotros insistimos: -Pero tampoco oramos como debiéramos orar-. Y Él responde: "Es cierto, tampoco oran como debieran hacerlo. Pero Yo, "Yo ofrecí ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas" (He.5:7). "Yo reparé las deficiencias..." Nosotros decimos: -Tampoco nos mostramos tan agradecidos como nos corresponde-. Y Él responde: "Es verdad. Nunca me alabaron ni adoraron lo suficiente, pero yo luché y trabajé por ustedes; "Yo deshice como una nube vuestras rebeliones y vuestra apatía".

Por eso, respetemos sus declaraciones. Postrémonos humildemente ante Él, agradeciendo y confesando: -No a nosotros, sino a Ti y a tu Nombre, Señor, sea toda la gloria ¡Tú, sólo Tú eres justo, y el que justifica a todos los que creen en Ti! Señor Jesucristo: ¡Auméntanos la fe!

28. **Casadas, estad sujetas a vuestros maridos, como conviene en el Señor.** Col.3:18

La base de todas las obligaciones que tiene la esposa para con su marido, se encuentra en la Palabra de Dios “¡Estad sujetas a vuestros maridos!”

El apóstol podría haber mencionado otras obligaciones, como la fidelidad, la dedicación al hogar, etc., pero menciona una sola: “¡Casadas, estad sujetas!” Este fue también el único Mandamiento que Dios le dio a la mujer al principio, cuando le dijo: “Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti” (Gn.3:16b).

El marido puede recordarle a su esposa qué desea particularmente de ella, de acuerdo al mandato que Dios le ha dado. Por eso el apóstol resume las obligaciones de la mujer, en forma muy concreta. Pero podemos oír a más de una mujer preguntando: -¿Quiere decir que el marido puede exigir lo que se le ocurra?- ¡No, no es así! Él también tiene reglas a las que ajustarse. Y si el marido no se ajusta, notemos que el apóstol agrega que la mujer ha de obedecer: “...como conviene en el Señor”. La mujer debe sujetarse al marido no porque él sea un hombre ni porque tenga buena conducta, sino porque “conviene en el Señor”. La mujer debe someterse al marido por causa del Señor, más allá de que el marido cumpla o no con sus obligaciones. Con respecto al gobierno, que es una institución humana, el apóstol Pedro dice: “Por causa del Señor someteos a toda institución humana” (1 P.2:13) ¡Cuánto más debiera someterse la mujer a una ordenanza puramente divina, como es el matrimonio!

Las palabras: “como conviene en el Señor” comprenden dos cosas: Primero, que la mujer debe someterse a su marido por razones cristianas, “por causa del Señor”. Y segundo, esto debe ocurrir en forma cristiana; o sea, en una forma que concuerda con la Palabra del Señor. Debe obedecer como el Señor se lo ordenó. Debe reconocer a su marido como a su señor. Debe subordinarse no sólo con palabras y acciones, sino también con su voluntad.

“Tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti”. De todo corazón, “por causa del Señor”, debe hacer suya la voluntad de su marido. Acerca de esto dice Gregorio, un antiguo maestro de la Iglesia: “La mujer debe agradar a su marido, para no desagradar a su Creador”. Pero, que una mujer obedezca en todo por causa del Señor, no significa que debe obedecer a su marido en algo con lo que desobedecería a Dios. Por ejemplo, si el marido ordenase algo contrario a los Mandamientos de Dios, vale la regla universal: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hch.5:29). Pero en lo demás, las Escrituras enseñan claramente que la mujer se someta a su marido en todo. Así reza la instrucción apostólica: “Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor; porque el marido es la cabeza de la mujer, así como Cristo es la cabeza de la Iglesia, la cual es su cuerpo, y Él es su Salvador. Así que, como la iglesia está

sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo" (Ef.5:22ss) ¡Estos sí son grandes y gloriosos motivos! Así como Cristo es la cabeza de la Iglesia, y la Iglesia, "la desposada, la esposa del Cordero" (Ap.21:9) se subordina a Él, así el marido ha de ser la cabeza en la familia. Dios se lo ordenó. Y es por eso que la esposa cristiana se somete a su marido.

El apóstol Pedro dice algo parecido: "Asimismo vosotras, mujeres, estad sujetas a vuestros maridos, para que también los que no creen a la Palabra, sean ganados sin palabra por la conducta de sus esposas, considerando vuestra conducta casta y respetuosa" (1 P.3:1-2). Pedro habla de mujeres cuyos maridos eran evidentemente paganos. En el tiempo del apóstol, esto ocurría frecuentemente cuando se predicaba el evangelio por primera vez, y era convertido sólo el marido, o solamente la esposa. Aunque el marido de una esposa cristiana era un pagano, el apóstol insta a la mujer creyente a someterse a él. ¡Ojalá todas las esposas cristianas lo recordasen! Si Dios la convirtió a ella y no a su marido, su deber es someterse a él, por más inteligente y hábil que fuese, en tanto que él no le ordene hacer algo malo. Por ordinario e impío que el marido pagano pueda ser, el apóstol exhorta a la mujer cristiana a que se someta. Y si el marido no permite que ella le dé testimonio de Cristo con palabras, el apóstol quiere que no obstante lo haga por medio de su sumisión, bondad, amabilidad y fidelidad cristianas. De esa forma es posible que el marido sea "ablandado", bajo el poder de la humildad y del amor; y que comience a escuchar la Palabra de Dios, cambiando de actitud y diciendo: -En mi esposa veo que los cristianos son buenas personas ¡Dios me ayude a llegar a ser cristiano también!

¡Quiera Dios conceder a todas las esposas cristianas esta manera de pensar, en cuanto a sus obligaciones! Sabemos que esto le duele a la carne y a la sangre, que se quieren rebelar contra las ordenanzas de Dios y protestan: ¿Acaso debo someterme siempre? Pero donde reina Cristo uno crucifica su carne. Entonces le resulta dulce al espíritu practicar las acciones que Jesús desea que practiquemos; y uno se alegra por tener la oportunidad de hacer lo que le agrada al Señor. Como comenta Lutero al respecto: "Para la mujer obediente a su marido, es un verdadero tesoro tener la certeza de que sus acciones agradan a Dios. ¿Podrá encontrar una felicidad mayor? Por lo tanto, la mujer que desea ser una esposa cristiana, que no pregunte por las cualidades de su marido, si es bueno o malo ¡No! Lo que importa es que Dios la colocó en el estado matrimonial. Por eso ella tiene que subordinarse voluntariamente a su marido y obedecerle".

29. **Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas.**

Col.3:19

La obligación fundamental de la mujer es la obediencia, y la obligación fundamental del hombre es el amor. “Maridos, amad a vuestras mujeres,” exhorta el apóstol. Cuando hay amor, todo lo demás sigue automáticamente.

Pablo dice en 1 Corintios 13:4-7: “El amor es sufrido, es benigno... todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta”. Pero pensemos en el amor del marido a su mujer; concentremos nuestra atención en la solemne descripción del mismo en Efesios 5:25,28. Ahí el apóstol exhorta: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella... así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia”. ¡Pensemos en este glorioso cuadro! ¡Qué honor es para el amor matrimonial, que Cristo lo compare con Su amor hacia la Iglesia; amor “que excede a todo conocimiento”! (Ef.3:19).

Veamos ahora las instrucciones de esta comparación: El rasgo más característico del amor de Cristo a la Iglesia es que la ama sin que ella se lo merezca. Cristo nos ama sin dignidad alguna de nuestra parte, sólo gracias a la eterna elección del Padre. Él mismo dice: “Tuyos eran, y Tú me los diste... A los que me diste, Yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición”. “Y nadie los arrebatará de mi mano... Mi Padre, que me las dio, es mayor que todos” (Jn.17:6,12; Jn.10:28b-29). Así, el marido ha de amar a su esposa por causa de la voluntad del Padre celestial, sin importarle lo perfecta o imperfecta que ella fuese. Debe amarla porque el Padre se la ha dado por esposa. Un amor que depende de los méritos de la mujer, o de circunstancias más o menos favorables, es un amor pasajero, inconstante y superficial. Si nuestro Señor Jesucristo nos hubiese amado de esa manera, no se habría entregado por nosotros. Dios te dio la mujer que tienes. La entregó en tus brazos diciéndote: -Ésta será tu esposa; ¡Ámala fielmente!”- Este obsequio de Dios es mil veces más importante que los más hermosos atributos que la mujer pueda tener.

En segundo lugar, el amor de Cristo hizo que Él fuera uno con la iglesia, como dice el apóstol aquí: “Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (Ef.5:30).

Así, -concluye el apóstol-, también llegaron a ser uno el marido y su esposa. Son “una sola carne”. Esto, sin embargo, no ocurre sólo por el amor. Se basa realmente en el plan de Dios cuando creó a la mujer. Recordemos la maravillosa descripción en Génesis 2. Primero dice que Dios creó a la mujer de una costilla que le sacó al hombre. Y cuando éste vio a la mujer, su primera exclamación fue: “¡Esto ahora es hueso de mis huesos y carne de mi carne!” (Gn.2:23). E inmediatamente después tenemos las

primeras palabras de Dios referentes a la unión matrimonial, que dicen: "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne" (v.24). El propio Señor Jesucristo explicó este tema de la misma manera, cuando les recordó a los fariseos la indisoluble unión del marido y su mujer, en el santo estado del matrimonio, diciéndoles: "Así que ya no son más dos, sino una sola carne; por tanto, ¡Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre!" (Mt.19:6). El apóstol dice que esta es la razón por la que los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos; o sea, como si realmente fuesen sus propios cuerpos.

Porque el versículo sigue diciendo: "El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne" (Ef.5:28-29). ¿No debiera esta declaración hacer reflexionar a más de un marido, a amar y apreciar más a su esposa?

En tercer lugar, el amor de Cristo fue un amor de entrega y de abnegado sacrificio. "Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella" (Ef.5:25). Más aún: Él la cuida y alimenta. Y no sólo eso. Él también la hace feliz; la anima y alegra. Así también el marido cristiano debe hacer todo lo posible, no sólo para sustentar a su esposa, sino también para alegrarla y animarla ¿Y por qué? ¡El amor hace esto espontáneamente! Porque el amor conyugal abarca todas esas obligaciones "¡Maridos, amad a vuestras mujeres!" El apóstol agrega "Y no seáis ásperos con ellas" (Col.3:19b).

Es cierto que Dios les dio a los maridos el dominio, y las esposas están obligadas a someterse. Pero que los maridos no piensen que por eso pueden ventilar sus enojos como se les antoja; que pueden agredirlas con palabrotas groseras y tratos violentos ¡No! ¡Que se dominen primero a sí mismos!

San Pedro dice: "Vosotros, maridos, igualmente, vivid con ellas sabiamente, dando honor a la mujer como a vaso más frágil, y como a coherederas de la gracia de la vida, para que vuestras oraciones no tengan estorbo" (1 P.3:7). "Vasos frágiles" somos todos, pero la mujer es particularmente frágil. ¿Cómo puede el marido entonces exigir tanta perfección, que no es capaz de tolerar ninguna falta en ella? El marido debe ejercer su autoridad "con sabiduría", y no debe olvidar que Dios valora y se ocupa igualmente de la mujer, porque ella es "coheredera (con el marido) de la gracia de la vida.

En resumen: La esposa está obligada a obedecer. Eso es cierto. Y el varón tiene el derecho de ordenar. Pero que ejerza su autoridad sin dañar al "vaso más frágil", para que ella no se desanime ni caiga en la indiferencia.

30. **Sed sobrios, y velad.** 1 P.5:8

Muchos hijos de Dios pierden su fe debido a la pereza espiritual, al abandono de las armas espirituales, a la negligencia en el uso de los Medios de Gracia, y a la falta de nutrición de la fe, u olvidando hacer lo bueno. Por lo general, cuando comenzaron a recorrer el camino de la gracia les resultaba muy importante familiarizarse con la Palabra de Dios: Leerla, oír-la, hablar y escribir acerca de Cristo, de la fe en Él, de la gracia, del amor, y de las buenas obras. Se deleitaban hablando con Dios en oración, como quien habla con un amigo; y acudían gustosos a comulgar en su Mesa. En ese tiempo estas cosas les parecían muy importantes y reales; la fe en Cristo abarcaba todos los aspectos de sus vidas.

Pero después de algún tiempo, la fe fue perdiendo importancia. Tal vez surgieron algunos inconvenientes, o nuevas atracciones, que el diablo presentó como más importantes; o los sedujo a creer que ya sabían todo lo que hacía falta, y que por un tiempo podían conformarse con recordar esas cosas, sin que corriera peligro su vida espiritual. Pero... si el diablo logra apartar nuestra alma de la Palabra de Dios, entonces puede llevarla adondequiera, e inspirarle lo que quiera. Ese es el acceso a todos los caminos equivocados, que llevan a la perdición. Así, pronto las personas no ven más pecados en sus vidas que los censurados por la razón; no creen más en los artículos de fe, y aceptan sólo lo que juzgan razonable. La conciencia de pecado se apaga, y confían en sus méritos propios para sentirse tranquilos. De esta manera recaen a su estado natural.

La negligencia para con la Palabra de Dios, y la falta de atención a la voz del Espíritu, son defectos que se relacionan con la pereza espiritual. Al principio el alma quería hacer todo lo que el Señor le pedía. Le interesaban todas las tareas cristianas. Es cierto que no era capaz de cumplir todo; sin embargo, era su intención, y se empeñaba en cumplir. Consideraba pecado cualquier tipo de falta; lamentaba sus faltas ante Dios, pedía perdón y fuerzas para enmendarse. Pero luego estableció un patrón de conducta propio, decidiendo como vivir, e ignorando completamente todo lo demás. Así, ya no piensa en lo que Dios ordena; y mucho menos se esfuerza por cumplir. Y al no tratar de superarse, la consecuencia natural de ese conformismo es no reconocer más sus faltas, ni arrepentirse. Solamente llegará a ser tan "bueno" o "santo" como él mismo se propuso ser. Esta satisfacción con uno mismo proviene de la pereza, y de la negligencia para considerar la santidad de Dios y la profundidad espiritual de sus Mandamientos. Entonces, cuando el hombre está satisfecho consigo mismo, e ignora sus culpas y defectos, ¿qué queda de su fe y vida espiritual? ¿Qué queda de Cristo en su vida? Es sólo una figura imaginaria, un modelo de santificación, pero ya no es el Abogado defensor ante el Padre. Cristo todavía puede parecerle un Rey al que debiera reconocer, adorar y honrar, pero no tan valioso e indispensable ni como la única Justicia que le puede cubrir ante Dios. En resumen: el Salvador Jesucristo perdió para él su valor real; dejó de ser la vida y el aliento de su corazón, y sigue existiendo sólo

en su imaginación, y de boca para fuera. Cuando se perdió la primera parte: La conciencia de pecado y el arrepentimiento, la segunda y tercera parte: La justificación por la fe en Jesús, y la santificación en gratitud a Él, no son genuinas. El cristiano entonces, se convierte en un fariseo.

Otra consecuencia lamentable de la pereza espiritual, es el vacío que se crea en las almas; el libertinaje impuro, el fastidio y la indiferencia, que le abren las puertas al diablo y a sus secuaces. Ya no hay lucha por la santificación, ni deleite en la victoria sobre la maldad, ni conciencia de pecado, ni sentido de culpa, ni invocación al Señor, ni aprecio por la gracia de Dios... en fin: No hay más ejercicio en la piedad cristiana. Estas personas piensan que han conocido perfectamente el cristianismo, que este ya no les ofrece nada especial, y sólo puede producirles fastidio y cansancio. Cristo describe este estado diciendo que el espíritu inmundo vuelve a la casa de donde salió, y la encuentra "barrida y adornada" (Lc.11:25). El diablo vuelve y le ofrece al alma que está fastidiada del cristianismo, algo para aliviarle ese fastidio: Una pasión, un bien material, o un placer sensual, muy atractivo y cautivante, aparentemente libre de cualquier peligro. Esto, lógicamente, resulta muy agradable después del vacío creado por la falta del ejercicio de la fe. El corazón humano siempre quiere estar lleno de algo, poseer algún tesoro, disfrutar de alguna compañía. Cuando falta el verdadero tesoro... cuando falta el deleite en la gracia de nuestro Señor Jesucristo, la comunión con Dios y el privilegio de llamarle: "¡Padre!"; cuando todo eso ha cesado... las dichas nuevas son atractivas y bienvenidas, y el corazón se embebe con lo que el diablo le ofrece, como la tierra seca absorbe el agua. Por medio de una fuerte pasión, o mediante la amistad del mundo, la fama o las riquezas, o cualquier otra idolatría pasajera, el espíritu "fuerte y armado" vuelve "con otros siete espíritus peores que él, y ya dentro, moran allí; y el postrer estado de aquel hombre viene a ser peor que el primero" (Lc.11:21, 26). Todo cristiano apóstata tiene que culparse sólo a sí mismo de su pereza y negligencia espiritual.

Sucede algo diferente con algunos cristianos que lamentan su tibieza espiritual. Puede ser que solamente falten señales y testimonios visibles de su fe, pero en realidad se ejercitan en la piedad, utilizan los Medios de Gracia, y se empeñan en la práctica del amor. Además, si verdaderamente cayeron en la pereza dejan que el Espíritu del Señor los despierte y corrija... y comienzan a temer a Dios y a tomar su Palabra en serio; si invocan a Jesucristo y desean mejorar su conducta, el resultado nunca será la muerte espiritual. Sin embargo, si la persona no acepta corrección por su pereza, ni se toma el tiempo de escuchar las advertencias del Espíritu, antes deja que las cosas sigan descuidadas como antes, por deplorable que fuesen, entonces el resultado será la apostasía total y la muerte espiritual.

31. **Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones.** Col.3:15

El principal propósito de la obra redentora de Cristo fue conquistarnos la paz de Dios. “El castigo de nuestra paz fue sobre Él”, dice Isaías (Is.53:5). Y en otro pasaje leemos: “El efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre. Y mi pueblo habitará en morada de paz, en habitaciones seguras, y en recreos de reposo” (Is.32:17-18). San Pablo lo explica de la siguiente manera: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo” (Ro.5:1). Es así como habla la Escritura. Entonces, ¿No debiera morar la paz de Dios en todos los corazones creyentes? ¿O es posible que no sea cierto lo que declara la Escritura, que estando justificados por la fe en Jesús tenemos paz con Dios? La Sagrada Escritura no puede mentir. ¿Cuál es, entonces, la razón por la que, a pesar de todo, la paz de Dios es una bendición tan rara entre nosotros?

No estamos hablando aquí de los que ni siquiera saben lo que es la paz de Dios. Éstos poseen tanta paz de otra especie, que jamás podrán comprender lo que es la paz de Dios. Ellos disfrutan la paz del mundo, la paz proveniente de la salud física, de su buena posición material, o cosas por el estilo. Tampoco hablamos de esas personas espiritualmente despiertas, castigadas y atormentadas bajo la tiranía de la incredulidad y de las demandas de la Ley, con un inquietante sentido de culpa, con temor y escrúpulos de conciencia carcomiendo en su interior. Esta gente debería darse cuenta de que todavía les falta algo muy importante, porque la Escritura afirma claramente que, estando justificados por la fe, tenemos paz con Dios ¿Puede mentir la Escritura?

Pensemos en los que llegaron a la fe y hallaron la paz, pero se hundieron nuevamente en tal oscuridad y esclavitud espiritual, que suspiran con dolor diciendo: “Me siento culpable. Todas las mañanas, cuando despierto, siento miedo. Y cuando voy a dormir, me siento intranquilo. Mi vida es un constante suspiro...” ¿Cuál es la razón por la que a veces también las personas creyentes están agonizantes y sin paz? La respuesta es que al cristiano no le puede faltar la bendición de la paz de Dios, mientras conserve su atención fija en Cristo y en su Evangelio. Si halla la paz, ésta le infundirá vida. Pero si no siente esa paz, eso puede ser más penoso que peligroso.

Con tal que todavía pueda decir con el salmista: “Me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo y después me recibirás en gloria. Mi carne y mi corazón desfallecen, más la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre” (Sal.73:23ss). “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno” (Sal.23:4); “Tú sigues siendo mi fiel Pastor, y todo sucederá conforme a tu Palabra”. Mientras puedo hablar así con Dios, la situación no es peligrosa.

La falta del sentimiento de paz en mi alma, no es para perdición, sino para la gloria de Dios. Tal vez se deba sólo a que Dios se “oculta” por unos

instantes, a una necesaria corrección, o a un defecto físico natural, que no afecta para nada nuestra salvación.

Si nos falta la sabiduría que proviene de la Palabra de Dios y opinamos una vez una cosa, y más tarde opinamos distinto. Si pensamos solamente en nuestras faltas y lo que debemos hacer, entonces corremos un gran peligro. Si lo único que sentimos es un temor esclavizante, existe el peligro de que efectivamente hayamos recaído en la incredulidad, y en una actitud servil bajo la Ley. Esto puede ser fatal, si no llega pronto la ayuda y el consuelo del evangelio de Cristo ¿Qué pueden hacer esas personas entonces? Deben desistir de todo esfuerzo por auto-justificarse; deben reprender su incredulidad y autosuficiencia, y reconocer que con sus esfuerzos por salvarse a sí mismos en realidad se están burlando de nuestro Redentor, de lo que Él hizo y sufrió tan generosamente por nosotros, y de lo que Él nos ha prometido y nos da en la Palabra y en los santos Sacramentos.

Deben despertarse y reconocer que estuvieron pensando solamente en sí mismos, concentrándose en sus sentimientos de culpa, como si sus pecados pesasen más que los méritos de Cristo; y como si sus propios pensamientos y sentimientos valiesen más que los testimonios de Dios.

Deben darse cuenta que cambian tanto de opinión porque esperan encontrar las respuestas en sus mentes y corazones, siendo que el Señor nos dio las respuestas en su Palabra y en los Sacramentos.

Por eso, cuando nos falta la paz con Dios, cuando nuestro corazón está angustiado e intranquilo, no nos formemos nuestras propias ideas sobre la condición de nuestra alma y sobre la gracia de Dios. Tampoco debemos tratar de inducir a nuestro corazón a mostrarse dispuesto ante Dios ¡No!

¡Oigamos, leamos y consideremos la Palabra del evangelio! E imploremos a Dios que nos abra los sentidos espirituales y que nos conceda el don de la fe.

Con solo recibir la gracia de que Dios nos abra los ojos para ver su gloria en el Evangelio, obtendremos una inmensa e inefable paz. El mayor estorbo para esa paz y la peor tribulación, son nuestros pecados y las dudas en cuanto a nuestra conversión y honestidad. Pero el apóstol dice: "Si siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, estando reconciliados, seremos salvos por su vida" (Ro.5:10). Si te preocupas pensando que quizás no hayas sido realmente convertido todavía, y por eso dudas de la gracia de Dios, el apóstol te recuerda que "fuimos reconciliados con Dios" en el momento en que aún éramos sus enemigos, no en el momento en que llegamos a ser amigos de Dios. El apóstol además señala que eso ocurrió por la muerte del Hijo de Dios, no por nuestro arrepentimiento, penitencia o fe. Con su muerte, Cristo reconcilió a todo el mundo con Dios.

Eres justificado y bendito tan pronto como crees esa verdadera Buena Noticia. Puedes creer en una gracia que realmente existe, aun cuando no puedes verla ni sentirla plenamente todavía.

¡Ah, qué paz tan grande, sublime y bendita nos da Jesucristo!

1. **Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros.** Ro.5:8

El apóstol dice, que Dios “muestra” su amor; que lo expresa. Significa que, se lo declara a todo el mundo. “Lo agranda, asegura y manifiesta de tal modo, que nadie puede recibir debidamente esta prueba de amor y seguir dudando” (Lutero).

Aunque uno estaría lleno de dudas en cuanto al amor de Dios, lleno de terrores de conciencia y temor de la ira de Dios por el pecado, ésta prueba de la que habla nuestro texto debe darnos una idea segura del sentir de Dios.

Con esta prueba uno debe comenzar a comprender que Dios, a pesar de todo su santo celo contra el pecado, no obstante tiene en su corazón un infinito amor y una gran piedad hacia los pecadores. Nosotros nunca podríamos haber imaginado esto, si Dios mismo no nos hubiese dado esa gran prueba, mediante la cual nos muestra su amor.

Al explicar el amor de su Padre hacia nosotros, Cristo sólo da esta prueba: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel, que en Él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn.3:16). San Juan también afirma que esta es la verdadera prueba: “En esto hemos conocido su amor, en que Él puso su vida por nosotros”. Y otra vez: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por Él” (1 Jn.3:16; 4:9).

De otra manera nunca podríamos haber imaginado algo así del corazón de Dios. Por eso también está bien afirmar que Dios “nos mostró” o expresó su propio amor. Es el inmaculado amor de Dios lo que se nos mostró de esa forma.

Cuando amamos a alguien, normalmente esa persona es un amigo o al menos alguien bueno y amable. Pero si percibimos algo detestable en él, o si es nuestro enemigo y ofensor, no solemos amarlo sino odiarlo. Tal es nuestro “amor” natural.

Pues bien, Dios aborrece el pecado con toda intensidad, y nos ve a todos cargados de pecado. Pero siente tal piedad hacia los pecadores, que prefirió entregar a su propio amado Hijo a la muerte, antes que ver nuestra perdición.

Y si pensamos bien en lo que el apóstol repitió tantas veces; que Dios hizo tanto por los impíos, los pecadores, sus enemigos, entonces con toda seguridad tenemos que preguntar maravillados: “¡Oh misericordioso Dios! ¡De dónde tienes ese amor! ¿Puede ser verdad que nos ames tanto así? ¿Qué pudo moverte a amarnos tanto?”

Un anciano siervo de Dios, que había aprendido mucho acerca del Reino de los Cielos, confesó que durante mucho tiempo había pensado en cuáles pudieron haber sido las verdaderas razones del amor de Dios hacia los pecadores. Al fin admitió que había llegado a la conclusión de

que “Dios amó porque amaba”. O sea que la razón estaba en el propio amor de Dios. Tuvo un corazón tan lleno de piedad y ternura, que no pudo hacer otra cosa que amar.

Dios mismo ilustró su amor con la figura del amor maternal. Vemos que una madre lleva y atiende día tras día a su hijo enfermo con incansable amor. De noche, cuando otra gente descansa, ella permanece velando sin fatigarse al lado de su cama, o cargándolo en sus brazos. Y se trata de un chico que todavía no le recompensó a su madre con cosa alguna; por el contrario, hasta ahora no hizo otra cosa que cansar a su madre con sus necesidades de ayuda, cuidado y manutención.

Y si le preguntamos por qué ama así a su hijo, ni ella misma podrá explicarlo. No sabrá dar otro motivo que la compasión y el amor que siente en su corazón. Se asombrará ante nuestra pregunta y dirá: “Pues, ¡Es mi hijo!” Que una madre ame de ese modo a su hijo es una ley natural grabada en su corazón. No tiene necesidad que alguien le enseñe, o la obligue a amar. Y no sólo una madre piadosa, sino cualquier madre normal. Y esta naturaleza del corazón materno es tan poderosa, que no se puede mostrar indiferente al hijo ni siquiera cuando éste se convierte en una preocupación; cuando comete crímenes, y cae en manos de la justicia y merece castigo. No, la madre sufrirá la mayor amargura por ese hijo.

Tal es la naturaleza de su corazón maternal. Recordemos que lo mismo ocurre con el corazón de Dios. Dios siente un amor tan profundo hacia nosotros como una madre por su criatura. El propio Señor Dios nos asegura que su amor es aún más profundo. Dice: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? ¡Aunque olvide ella, Yo nunca me olvidaré de ti!” (Is.49:15). Y: “En esto conocemos el amor de Dios, en que entregó su vida por nosotros”.

Pero hay un factor más que puede explicar el amor de Dios hacia el ser humano. Es el amor a un hijo. El propio Señor lo sugiere cuando dice de sí mismo: “¿Se olvidará una mujer del hijo que amamanta...?” Por profunda que fuese nuestra caída, por más degenerados que fuésemos, por más que nos hubiésemos extraviado en pecado e impiedad, Dios no puede olvidar que el ser humano es su criatura. Siente un amor más que maternal hacia nosotros.

Después de todo, nos creó para que fuésemos hijos y herederos suyos. Y cuando el diablo nos había atrapado, Él no quiso que se quede con la presa. No, sino que quiso hacer algo para rescatar a sus hijos.

Hasta cierto punto esto puede explicar el de otro modo inconcebible amor de Dios, ya que “Cristo murió por nosotros, cuando todavía éramos pecadores”.

2. **Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén.** Ro.9:5

Siendo que esto se dice de Cristo mismo, -es decir que “Él es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos-, tenemos aquí uno de los testimonios más notables de la eterna divinidad de nuestro Señor Jesucristo. Primero el apóstol había hablado de su parentesco humano. Luego creyó oportuno recordar con toda claridad también su origen y naturaleza divina. Y lo hace aquí en palabras tan categóricas e inconfundibles, que este texto siempre le causó gran preocupación a los enemigos del Señor, que niegan su divinidad, y que en su insensatez no lograron desechar toda la Escritura.

Pero, para todos los creyentes, particularmente aquellos que fueron bombardeados con los dardos encendidos de la duda, este texto es sumamente precioso. Aún si nunca hemos dudado de la divinidad de Cristo, ireflexionemos en la majestuosidad y en el valor de la fe que confesamos! ¿Crees realmente que fue el Dios eterno el que se hizo hombre igual a nosotros, sólo que sin pecado? ¡Piensa en lo que eso significa y lo que proclama! ¡Y piensa en lo que sería si no tuviésemos suficiente testimonio de ello! Pero gracias a Dios, los testimonios de la Escritura son totalmente suficientes y categóricos en este asunto, tan vital para nuestra salvación. Entre la multitud de esos testimonios mencionaré sólo los que nos dicen qué fue y qué hizo Cristo antes de encarnarse.

Jesús le dice a su Padre: “Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de Mí” Y: “Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo” (He.10:6-7; 2:14).

Estos pasajes afirman que Cristo existió aun antes de asumir forma humana. Lo mismo dice el notable pasaje de Jn.1:1-14 : “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Éste era en el principio con Dios. Todas las cosas por Él fueron hechas, y sin Él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del Unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”. Aquí dice claramente que el mismo Creador, que lo creó todo en el principio, se encarnó y vivió entre nosotros.

También en Filipenses 2:6-11, donde se habla de la humillación de Cristo dice: “...el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en condición de hombre...” Aquí se dice que Cristo adoptó forma de siervo y se hizo hombre. Por consiguiente ya existió antes de dar ese paso. Y Él mismo declara que estuvo en el cielo antes de venir a la tierra: “Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre que está en el cielo” (Jn.3:13). En el v.31 Juan Bautista afirma lo mismo de Él: “El que de

arriba viene, es sobre todos". Y en Juan 6:38 Jesús dice otra vez: "Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió". Y en el v.62: "¿Pues qué, si viereis al Hijo del Hombre subir adonde estaba primero?" Y Jn.17:5: "Ahora pues, Padre, glorifícame Tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" ¡Ah, escuchemos bien estas palabras! Él estuvo con Dios Padre antes de que este mundo existiese.

En muchos pasajes también se dice que todas las cosas fueron creadas por el Hijo. Además del pasaje arriba citado del evangelio de San Juan, capítulo 1, leemos también en Colosenses 1:16 acerca del "amado Hijo" de Dios: "En Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él". Y en Hebreos 1:2: "...por quien asimismo hizo el universo".

Esos pasajes dicen con explícitas palabras que Jesucristo, el mismo que anduvo aquí en el mundo entre nosotros, es también el omnipotente Creador, que ha creado todas las cosas, y que hizo eso antes de llegar a ser hombre. Tal persona no puede ser otro que el mismo eterno Dios.

También el profeta Miqueas dice que el niño que habría de nacer en Belén ya existía desde la eternidad: "Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y su salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad" (5:2). De igual modo el propio Señor Jesús les dijo a los judíos con majestuosa calma: "De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, soy Yo" (Jn.8:58). Y así, podríamos seguir citando muchos pasajes bíblicos que proclaman esa verdad. Pero, ¡contentémonos con poder adorarlo!

A la declaración de que Cristo es Dios, bendito por los siglos, el apóstol la remata con un categórico "Amén". La palabra amén era una palabra de confirmación, corroborando que lo dicho era una importante e incuestionable verdad. Así, la verdad de que Jesucristo es el eterno Dios, también queda confirmada aquí. Nos lo revelan los textos bíblicos citados.

¡Cristo es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos! Y esto le confiere el grande y exclusivo valor a su sacrificio en la cruz, mediante el cual nos ha redimido.

3. **Gozosos en la esperanza.** Ro.12:12

La esperanza de la que habla aquí el apóstol, es la expectativa de la gloria venidera por parte de los creyentes. La fe recibe y acepta la presente gracia de Dios, pero la esperanza mira hacia delante y arriba, a la gloria que vendrá. El apóstol dice que ahora ya hemos de gozarnos en esa esperanza. No nos anima a regocijarnos sin motivo, ni por algo pequeño y corruptible. ¡No! Nos presenta la esperanza de la bienaventuranza eterna como causa para nuestro gozo. Si pudiésemos tomar debidamente en serio la esperanza a la que fuimos llamados, y creyéramos en forma realmente viva lo que Dios nos ha prometido, ciertamente estaríamos llenos de gozo. Y esto no sólo en los días en que todo nos sale bien, sino también en los momentos de nuestras más tristes experiencias. Y este gozo en la esperanza, es mucho más importante y bendito de lo que solemos pensar. Anima a todo nuestro cristianismo con nuevo poder.

En cuanto al objeto de nuestra esperanza, a las gloriosas bendiciones que esperamos de Dios, probablemente nunca seremos capaces de comprenderlas cabalmente en el presente, como está escrito: "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Co.2:9). Sin embargo, lo que percibimos en las promesas de Dios ya es tan maravilloso y glorioso, que nadie puede expresarlo.

¿Quién puede decir lo que significa ser "herederos de Dios y coherederos de Cristo"? ¿Y quiénes son los que llegarán a ser tan gloriosos y felices? Exactamente todos los que ya en el presente son hijos amados de Dios. Pues así lo dice la palabra de Dios: "Y si (somos) hijos, también (somos) herederos; herederos de Dios, y coherederos con Cristo" (Ro.8:17).

Todos los que fueron rescatados del mundo, despertando del sueño del pecado por la Palabra y el Espíritu de Dios y han encontrado su salvación únicamente en Cristo, todos estos disfrutarán la vida eterna. Ellos, son todos los que a pesar de sus flaquezas permanecieron unidos a Él por medio de la fe hasta el fin; todos los que no pudieron arreglárselas sin su gracia y bondad; más aún: sin su carne y su sangre, o sea, sin su redención, sino que tuvieron su alimento, la satisfacción de su necesidad vital en ella. Así dice el propio Señor Jesucristo: "El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y Yo lo resucitaré en el día postrero" (Jn.6:54).

Pensemos en lo que el Señor le promete con tales palabras a todas las pobres almas, que se consuelan sólo en la expiación de Cristo: que tendrán la bienaventuranza de la vida eterna. Y Jesús lo afirma repetidamente y en forma muy definitiva. ¿Quién puede describir, entonces, la felicidad de tal ser humano? ¿Quién puede expresar todo el contenido de las palabras de Jesús?: "Entonces los justos resplandecerán como el sol en el Reino de su Padre" (Mt.13:43). ¿Y quién es capaz de comprender lo que contienen las palabras de San Juan?: "Seremos semejantes a Él, porque lo veremos tal como Él es" (1 Jn.3:2b).

David manifestó esta esperanza cuando exclamó: “En cuanto a mí, veré tu rostro en justicia; estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Sal.17:15). El Señor Jesucristo también oró abiertamente: “Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde Yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado” (Jn.17:24). ¿Qué puede ser más seguro que lo que promete el propio Señor Jesucristo? En efecto: La esperanza de nuestra salvación tiene un fundamento que de ningún modo puede fracasar. Por eso también se llama “segura y firme ancla del alma” (He.6:19).

Teniendo ahora una esperanza del gozo eterno, tan gloriosa y tan bien fundada, hemos de librarnos de todas las preocupaciones mundanas y decir sin lugar a dudas: “¡Fuera todas las aflicciones! ¡Fuera todas las inquietudes y tristezas! ¡Tengo una felicidad eterna esperándome! Voy hacia el gozo eterno, tan seguro como que nuestra esperanza de salvación no descansa en nuestra propia dignidad, ni en nuestras propias ideas, sino en la Persona y la obra de Cristo, y en el plan de Dios”.

Es indigno de un discípulo y testigo de Cristo, y hasta una gran ofensa contra nuestra fe, que olvidemos tan fácilmente nuestra esperanza de salvación, y dejemos de regocijarnos en la misma. Que vayamos hacia el gozo celestial con paso pesado y con dolorosos suspiros. Si pudiésemos aferrarnos más estrechamente y con mayor diligencia a nuestra bendita esperanza de salvación, eso fortalecería toda nuestra vida cristiana, como ya se dijo arriba. Haría que recorramos con más dedicación el camino correcto de la vida, y que nos mostremos más indiferentes a las vanidades del mundo. Nos inspiraría más paciencia y tenacidad en la lucha por la corona. Por eso a la esperanza de la salvación también se la llama “yelmo” (Ef.6:17). El yelmo es una pieza importante de la armadura: protege la cabeza de golpes que pueden ser mortales, y le permite al soldado avanzar con más coraje en la lucha. Así, la esperanza de la salvación nos protege contra las amenazas y tentaciones, con las que el diablo quiere destruir nuestra vida espiritual.

Y cuando el apóstol llama a nuestra esperanza “una segura y firme ancla del alma” (He.6:19), expresa con eso, que la esperanza de la salvación nos mantendrá unidos con el Señor en todas las tormentas de la vida, de modo que los vientos y las corrientes no nos arrastren al ancho mar del mundo. En los momentos de sufrimiento y adversidad una esperanza viva y firme nos llevará a los eternos descansos del cielo. Y en los días de felicidad material y gozo terrenal, la esperanza nos mantendrá sobrios y sabios. De manera que todavía podemos decir con el apóstol: “Tengo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor” (Fil.1:23) ¡Ah! ¡Quiera el Señor perdonar nuestra débil fe, por cuya causa nos gozamos tan poco en la esperanza! ¡Quiera Él ayudarnos y fortalecernos en la fe y en la esperanza!

4. **Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios... Porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios.** Ro.8:19,21

El apóstol habla en forma impresionante del anhelo de la creación por su redención. Quiere darles a los hijos de Dios más fundamento aún para la certeza de la grandiosa gloria venidera, de la que acababa de hablar.

Al principio, Dios creó todo para el servicio y deleite de sus hijos en la tierra, y para la alabanza y gloria de su santo Nombre en los cielos. Pero con la caída del hombre, la creación también cayó bajo maldición, de modo que ya no cumple su destino original. Ya no les sirve a los hijos de Dios en la forma en que lo hubiera hecho si no hubiese intervenido el pecado. Sirve mayormente a los blasfemos enemigos del Creador. Sirve al pecado, porque la mayoría de la gente la abusa para sus fines pecaminosos. Esto, sin embargo, es una opresión o servidumbre que la creación sufre en contra su voluntad y no por su culpa. La sufre porque Dios la sometió a esa servidumbre, por causa del pecado.

Este anómalo estado de cosas, sin embargo, no durará para siempre. La creación ha sido sujeta a la servidumbre "en la esperanza" de que algún día obtendrá la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Éste es el asunto principal al que el apóstol alude aquí. Los profetas hablan muchas veces de la creación irracional como de criaturas razonables. Dicen, por ejemplo, que los montes y las colinas se regocijarán, y que los árboles batirán sus manos; y que el sol y la luna, las bestias del campo y los peces del mar alaban al Señor. De esa manera el apóstol ve el anhelo sufriente de toda la creación, por recobrar su verdadero destino.

Oye suspirar y ve temblar a toda la creación, mientras ella aguarda la redención definitiva de su actual servidumbre, tanto de los hijos de Dios como de sí misma. Y el apóstol presenta esto a fin de fortalecer y animar a todos los cristianos.

Ante todo, hace referencia a la certeza o seguridad de la manifestación de nuestra gloria, diciendo que sólo después de cumplirse la gloriosa liberación de los hijos de Dios, también la creación llegará a su destino. Como ellos deben esperar ciertamente otra vida mejor, el presente orden de cosas no puede ser el correcto, ni el planificado por Dios en el principio. ¡No! Por el contrario, se nos exhorta a esperar, según Su promesa, nuevos cielos y una nueva tierra. En segundo lugar, los hijos de Dios deben reflexionar en la maravilla de la gloria a ser manifestada, cuando también toda la creación sea renovada y exaltada, junto con la manifestación de la gloria de ellos. Todas las criaturas de Dios pertenecientes a los nuevos cielos y a la nueva tierra, serán purificadas, renovadas y embellecidas sólo a fin de resaltar tanto más la gloria de los hijos de Dios.

El apóstol quiere decir: Por causa del pecado, la sentencia de Dios sujetó a la creación a vanidad y corrupción. Pero será restaurada de esa

actual degradación, bajo la cual gime. Y de acuerdo a las promesas de renovación que Dios hace, espera participar con los hijos de Dios en la liberación de corrupción y depravación. En unión con los hijos de Dios, la creación espera ser revestida de la gloria y belleza que poseyó una vez, cuando salió de la mano de su Creador.

Cuando se casa la hija de una familia rica, se limpia, adorna y decora toda la casa para la fiesta de bodas. Los invitados y hasta los sirvientes se pondrán sus mejores ropas. La creación es la casa rica en la que Dios colocó al hombre como hijo y heredero. Cuando los creyentes, la esposa de Cristo, entren a la gloria de su esposo; cuando los hijos de Dios dejen la humillación y la bajeza que los mantuvo ocultos en el presente, y manifiesten su verdadera dignidad y gloria, entonces también todo lo que pertenecía a su lugar de permanencia quedará renovado, purificado y decorado.

De esto dice San Pedro que “el Día del Señor vendrá como ladrón en la noche, en el cual los cielos pasarán con gran estruendo, y los elementos ardiendo serán deshechos, y la tierra y las obras que en ella hay, serán quemadas... Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia” (2 P.3:10,13). Las cosas pertenecientes al nuevo cielo y a la nueva tierra estarán preparadas para los hijos de Dios, y estarán libres de maldición. Serán restauradas al estado de perfección que una vez tuvieron, cuando Dios en el principio miró todo lo que había hecho y dijo que “era muy bueno”.

La expresión original en el versículo de Ro.8:19 traducida como “anhelo ardiente” significa una espera en la que uno levanta la cabeza y mira por la persona o cosa esperada. Así podemos imaginarnos aquí el cuadro de una multitud aguardando ansiosamente la oportunidad de poder ver venir a su amado Rey, de manera que estiran sus cuellos y se paran de punta de pie, para poder ver por encima de las cabezas de otros y saber si ya se está acercando. De esa manera -con ferviente anhelo- también la creación espera algo. Y ¿qué es lo que espera con tanto fervor? El apóstol dice: “La manifestación de los hijos de Dios”. La creación espera que los hijos de Dios queden revelados como tales.

Aquí en este mundo los hijos de Dios están tan ocultos que ni siquiera ellos mismos saben lo que son. Mucho menos puede reconocerlos el mundo incrédulo. Pero algún día su gloria oculta resplandecerá, y esa manifestación es la que espera toda la creación con tan ardiente anhelo.

5. **Tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros mismos a Dios... y vuestros miembros a Dios, como instrumentos de justicia.** Ro.6:13

Aquí el apóstol nos amonesta a que no llevemos a cabo iniquidades con los miembros de nuestro cuerpo, aunque no podamos evitar el movimiento interior del pecado con malos pensamientos y deseos.

Oponiéndonos a nuestra maldad interior, hemos de hablar y obrar de acuerdo a la Palabra de Dios. Pablo se refiere aquí a nuestro cuerpo mortal y a sus miembros: ojos, oídos, lengua, manos, pies etc. Por ejemplo, cuando tu ojo se siente tentado por el lujo y los bienes materiales, o por la belleza seductora de una mujer, o por la vanidad del mundo...

Estos objetos visibles pueden arrastrarte al pecado. Entonces has de suprimir el nascente deseo. Ni siquiera debes permitirle a tu ojo mirar esos codiciados objetos. Si lo haces, lo entregarás al pecado como instrumento de injusticia. Con el oído recibimos las tentaciones de una conversación pecaminosa y engañosa. Si nos detenemos a escucharlas, prestamos nuestro oído al pecado, como instrumento de injusticia. El odio nos tienta a herir, atormentar y menospreciar a nuestro prójimo por medio de la lengua. Un rencor o una envidia secreta nos tientan a calumniar o difamar a nuestro prójimo ausente, y a interpretar sus palabras o actos de la peor manera.

Si en tales ocasiones le damos libertad a nuestra lengua, se la prestamos al pecado como instrumento de injusticia.

Pero, entreguémonos con cuerpo y alma, con todas nuestras fuerzas interiores y exteriores a Dios! Primero el temor, la confianza y el amor del corazón, y luego todo sufrimiento, acto de obediencia y de servicio. Eso es lo que hemos de darle a Dios. A Él hemos de confiarnos con todo lo que tenemos.

A Él hemos de dedicar toda nuestra vida con todas sus fuerzas. No hemos de negarle ningún trabajo que nos pide, ni evadir ningún sufrimiento o sacrificio que nos impone. Por amor a Él no hemos de estimar mucho nuestra vida ¡Ah, qué gracia que Dios nos permita consagrarnos a Él de esta forma! Él nos quiere poseer por entero. Quiere decirle a cada pobre pecador: "¡Hijo mío, dame tu corazón!" (Prov.23:26).

Y cuando nos hemos entregado así de corazón a Dios, con todo lo que tenemos, debemos consagrarle también el servicio de nuestros miembros como instrumentos de justicia. Aquí aprendemos que no es una verdadera piedad cuando uno quiere dedicarle a Dios sólo la devoción interior del alma, y guardar los miembros de cometer iniquidad, permaneciendo inactivo y sin hacer nada para el bien del prójimo y la gloria del Señor. El apóstol nos exhorta a servirle también con nuestro hombre exterior. Dice que hemos de "presentar a Dios nuestros miembros como instrumentos de justicia". Hemos de ser piadosos

no sólo absteniéndonos de obrar mal, sino ocupándonos también en hacer bien, y poniendo nuestros miembros al servicio del Señor como instrumentos suyos. Esto insinúa que nuestro Rey sostiene una guerra en este mundo, y que nuestros miembros deben servirle como armas allí. El apóstol dice: “como instrumentos de justicia”. De nuestro Rey dice en Jeremías 33:15, que “hará juicio y justicia en la tierra”, o sea: ejecutará todo lo que sea recto, bueno y santo. Y en ese cometido nos permitirá colaborar.

Podemos hacer eso de muchas maneras, cada cual de acuerdo al don que ha recibido (1 P.4:10). Hemos de usar nuestros miembros, ojos, oídos, manos, lengua etc., no sólo para lo que generalmente llamamos servicio divino, o sea escuchar y meditar la Palabra de Dios, adorarlo y confesarlo; sino también para todo lo que el amor demanda en nuestra vida diaria, en nuestra casa y ocupación terrenal. Inspirados y motivados por el amor de Cristo hemos de servir contentos a nuestro prójimo.

Cuando por amor al Señor, trabajamos paciente y honestamente, o compartimos generosamente nuestros bienes, le prestamos nuestras manos a Dios, como instrumentos de justicia. Cuando movidos por la inmensa gracia del Señor, nos compadecemos de los necesitados y los visitamos, le prestamos nuestros pies a Jesús. Cuando por amor a Él hablamos lo que es bueno y edificante, amonestando a los descarriados, o consolando a los tristes y enfermos, o enseñando e instruyendo a los niños y jóvenes en general, le consagramos nuestra lengua a Dios como instrumento de justicia. Cuando el obrero en el campo o en el taller, un humilde sirviente o una pobre empleada, motivados por la gracia de Dios, realizan su trabajo con fidelidad, y sufren sus dificultades con paciencia, deben saber que no sólo sirven a patrones humanos, sino al Señor mismo.

Porque a todos los que sirvieron a sus prójimos en fe y amor por causa de Cristo, -de la mejor manera que pudieron-, un día, el propio fiel Señor declarará solemnemente en su reino de gloria: “A Mí me lo hicisteis” (Mt.25:40).

¡Qué poderoso consuelo y aliento si siempre pudiésemos tener esto presente! Mientras que todo el mundo sirve al pecado ¡Qué bendita vocación, que se nos permita dedicar nuestras vidas con todas sus fuerzas y capacidades al servicio del gran Señor, y participar de su santa lucha en la tierra! Esta es una invitación sobremanera dulce a nuestro espíritu: “¡Presentad vuestros miembros a Dios como miembros de justicia!” ¡Benditos todos aquellos que ponen en práctica su fe de esta manera! Los que responden a Dios: “¡Sí! y ¡Amén!”, con sus espíritus y con sus vidas.

6. **Tú dices que Yo soy Rey. Yo para esto he nacido...** Jn.18:37

El Señor confiesa aquí delante de Pilato: “Sí, soy Rey, como tú mismo dices”. En efecto, en el Día Final, este Cristo desconocido para todo el mundo y despreciado por Pilato, se manifestará como el Rey más grande y poderoso que existe.

Él posee un inmenso reino en la tierra. De hecho, todas las naciones, todos los países y todos los territorios son suyos. Y en última instancia, están bajo su dominio. Los incrédulos son espiritualmente ciegos: oyen y hablan del reino de Cristo, pero no lo conocen. No perciben nada de este Reino. Para ellos el Reino de Cristo es como una fantasía. Sólo existe en la imaginación de cierta gente fanática. Pero, imiren el extraordinario poder que este Reino ejerce en el mundo! ¡Cómo pueblos y países fueron completamente transformados tan pronto como el evangelio de Cristo comenzó a reinar entre ellos! Miren cómo conquista victorias sin emplear espadas, en medio de sus más encarnizados enemigos, no pudiendo derrotarlo ningún poder humano.

Cuando este Rey ordenó a sus pobres discípulos: “Ild por todo el mundo y predicad el evangelio a toda criatura!” (Mr.16:15), ellos fueron. No le pidieron permiso a ningún gobernante. ¡No! Desafiaron a las más severas prohibiciones y a la violenta resistencia de los emperadores. Éstos no pudieron contra el reino de Cristo a pesar de sus enormes ejércitos, su gran armamento y sus terribles instrumentos de tortura. Todas las hogueras, hachas y espadas fueron impotentes. El Reino de Cristo no es ninguna fantasía, como lo llama el mundo, porque el número de verdaderos mártires –los testigos que dieron su vida por la fe-, es tan grande que llega a varios millones. Y me refiero sólo a los que tuvieron el valor de soportar las peores y más crueles torturas por causa de Cristo. El reinado de Cristo ciertamente no es ninguna fantasía.

Su Palabra, lo que Cristo habló por boca de sus apóstoles y profetas, toda la santa Biblia, iya fue traducida a cientos de idiomas!

El reinado de Cristo no es una fantasía. Tal vez hayamos conocido personalmente a gente cuyo corazón carnal y mente impía ningún poder o saber humano fue capaz de cambiar. Pero bajo la influencia del evangelio de Cristo cambió totalmente. ¡Sólo Jesucristo pudo hacerlo! Tal vez conocimos a una persona que estaba totalmente entregada a la codicia; que día tras día todo el tiempo sólo se ocupaba de lo material; pero que recibió una mentalidad totalmente distinta, un corazón y entendimiento espiritual nuevos, de modo que ahora piensa en Cristo y habla de Él, y de todo lo relacionado con su Salvador.

Ahora desea servirle con palabras y hechos. No por presión externa, sino con profundo gozo y por inclinación de su propio corazón. Tal vez conocemos a una persona que antes siempre se mostraba confiada y satisfecha consigo misma, pero ahora está descontenta consigo misma y se refugia únicamente en su Señor. O tal vez conocemos alguien que anteriormente se sentía infeliz y disconforme con Dios y con sus

semejantes, pero cuyo corazón rebosa ahora de una maravillosa paz y alegría en su Salvador. O una persona que antes nunca se interesaba por el eterno destino de sus hermanos, pero que ahora siente tal interés por ellos, que se pasa todo el tiempo pensando cómo llevarle el evangelio a este o a aquel inconverso, para rescatarlo. Y así podríamos seguir enumerando un caso tras otro... Y ¿acaso no son todos estos casos pruebas de un poder grande y maravilloso, capaz de regenerar lo más íntimo del ser humano? Todas esas conversiones, ¿no son evidentes a nuestros ojos? Reconozcamos, pues, el reinado de Cristo; y sepamos que Él verdaderamente es Rey. Un Rey grande y poderoso, cuya causa avanza a pesar de la resistencia de todos los reyes de la tierra. Un Rey que realiza hazañas que ningún poder o saber humano puede realizar. Esas cosas -que ya percibimos en parte con nuestros ojos- son lo que podemos esperar de este Rey.

Cuando recordamos quién es realmente este Rey, y que hace mucho tiempo Él ya reveló lo que haría en la tierra, comprendemos que no puede ser de otra manera.

“Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo”, dice Él. ¿Quién lo dice? La palabras “He venido al mundo” deben entenderse en el mismo sentido que cuando Él dijo: “Salí del Padre y he venido al mundo; otra vez dejo el mundo y voy al Padre” (Jn.16:28). Habría de nacer en Belén Aquel cuyas “salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi.5:2).

Jesús es un Rey que ya estuvo con el Padre antes de que fuese creado el mundo...

Pensémoslo: ¡Cómo no habría de gobernar tal Rey, y poseer un grande y poderoso Reino! Tales cosas también ya fueron anunciadas en todo el Antiguo Testamento. En el Salmo 2:8 el Padre le dice al Hijo: “¡Pídeme, y te daré por herencia las naciones, y como posesión los confines de la tierra!” Y en Isaías 49:6: “Poco es para Mí, que Tú seas mi Siervo para levantar las tribus de Jacob, y para que restaures el remanente de Israel; también te di por luz de las naciones, para que seas mi salvación hasta lo postrero de la tierra”.

“Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite” (Is.9:7). Así aparece también en la visión del profeta Daniel: como un Hijo de Hombre que viene en las nubes, y al que luego “le fue dado dominio, gloria y reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieran. Su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido” (Dn.7:14). Por eso el Apocalipsis también lo presenta como un Rey, que luce varias coronas en su cabeza: “En su vestidura, y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes, y Señor de señores” (Ap.19:16).

7. Si supiese el padre de familia a qué hora el ladrón había de venir, velaría ciertamente, y no dejaría minar su casa. Lc.12:39

Con esta parábola del ladrón, nuestro Señor Jesucristo nos señala el peligro de no estar preparados para su regreso. Desea recordarnos que tenemos motivos para estar preparados en todo momento, como sin duda velaríamos si supiéramos la hora de su regreso. En el versículo siguiente Jesús mismo hace la aplicación de la parábola: “Vosotros, pues, también estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá”.

Primero vemos que las palabras de Cristo anulan por completo la ilusión de un nuevo y más glorioso tiempo de gracia, -y no de juicio-, que comenzaría en el mundo con su segunda venida. Tal venida de Cristo no sería tan peligrosa como la de un ladrón. Pero, Él propio Señor afirma que cuando Él vuelva juzgará a todas las naciones. Dice que invitará a los justos a heredar el Reino que les preparó desde la fundación del mundo. A los otros, en cambio, les ordenará que se aparten de Él al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles.

La fe apostólica dijo ésto desde el principio: “Ascendió a los cielos, y desde allí vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos”. Por instruidos, piadosos y bienintencionados que fuesen los intérpretes que contradicen las numerosas y explícitas declaraciones de Cristo mismo, -avisándonos que vendrá para el Juicio Final cuando vuelva en las nubes del cielo-, hemos de rechazar y desechar sus fantasías, tal cual lo hacemos con cualquier otro error que contradice las explícitas palabras del Señor.

Nuestro texto también derriba el otro sueño con el que se ilusionan almas ingenuas: que uno puede obtener una buena relación con Dios incluso después de la muerte, si es que no la obtuvo aquí, en el tiempo presente. Cristo derriba la ilusión de que habrá un tiempo de gracia en el mundo de los espíritus. Si fuese así, Él no se mostraría tan ansioso para que estemos preparados para cuando venga. En efecto, serían sólo palabras vacías lo que dice la Escritura en Hebreos 3:7ss: “Si oyereis hoy su voz...” Y en 2 Corintios 6:2: “He aquí, ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación”.

El Señor Jesucristo nos enseña, que el tiempo de gracia llegará a su fin cuando Él venga, ya sea con nuestra muerte o con su regreso visible. Entonces solo quedará el juicio decisivo y la insondable eternidad. Por eso, “¡estad vosotros preparados para cuando el Hijo del Hombre venga!”- dice Jesús-; “preparados” para entrar con Él a las bodas. Quienes no estén preparados y no tengan “aceite” para sus lámparas y pretenden comprarlo en esa hora, quedarán afuera para siempre (Mt.25:1-12). Las vírgenes insensatas clamaron y rogaron: “¡Señor, ábrenos!” Pero ¡no! Ya no hubo más piedad. El tiempo de gracia había llegado a su fin. El propio Señor nos enseña estas cosas. Y también advierte: “Vosotros, pues,

también estad preparados, porque a la hora que no penséis, el Hijo del Hombre vendrá”.

¿Es cierto lo que el Señor anuncia aquí? ¿Será cierto que toda gracia llegó a su fin y que la bienaventuranza eterna está totalmente perdida para la persona que no está preparada cuando Él venga, o cuando convoque su alma en la hora de la muerte? No importa lo que piense nuestra razón sobre esto, el hecho es que Jesús lo dijo, y Él es el juez eterno. ¿A quién le creeré, si no le creo a Él?

¡Qué terrible es no estar preparados, aún un momento! ¡Qué terrible es ir a dormir, aunque fuese sólo por una noche, sin la seguridad del favor de Dios! ¿Qué ocurriría si la muerte nos sorprendiera? La muerte muchas veces llega como un ladrón en la noche. Entonces ya no despertaremos en este tiempo presente. Entonces habremos ingresado a la eternidad, sin salvación.

No hay palabras lo suficientemente fuertes para expresar el horror de tal desgracia. ¡O somos salvos, o estamos perdidos para siempre! Es por esa razón que el Señor nos advierte en este versículo.

¿Y qué nos aconseja Jesús para que escapemos de ese horrible destino? Nos advierte: “Estad preparados! ¡Velad!” ¿Y qué significa estar preparados? Significa que seamos hallados “vestidos y no desnudos” (2 Co.5:3). Hemos de estar vestidos con el “vestido de boda” que el Rey nos obsequia (Mt.22:11-12).

Nuestro Salvador Jesucristo advirtió que aun entre los que superaron los inconvenientes de sus “labranzas y negocios”, habrá personas que finalmente serán echadas en “las tinieblas de afuera, donde será el lloro y el crujir de dientes”, porque no tuvieron el arrepentimiento y la fe en Él (Mt.22:5,13).

Es necesario que uno sea despojado de su justicia personal, y pierda toda esperanza basada en su propia piedad. Uno tiene que llegar al grado de no poder arreglárselas sin la justicia de Cristo y sin las palabras de su evangelio.

Si no, “hemos hecho pacto con la muerte” (Is.28:15), con toda seguridad tenemos que tomar estas palabras del Señor a pecho y preguntarnos en su presencia: ¿Es Cristo mi necesidad vital? ¿Su expiación y su justicia son imprescindibles para mí? ¿No sólo sé y entiendo que debiera ser así, sino que también vivo en esa fe? ¿Me siento impulsado por la aflicción de mi pecado a “lavar” realmente mi ropa “en la sangre del Cordero”? (Ap.7:14).

Si te sientes así, ipóstrate ante tu piadoso Dios y adóralo! Porque en este caso ciertamente estás luciendo “el vestido de bodas” (Mt.22:11).

8. **Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis.** Gn.3:4

Notemos aquí, cómo el diablo comienza su ataque. Comienza aflojando astutamente el lazo que liga al ser humano con su Creador, es decir, su fe en la Palabra de Dios. Le infunde duda, diciéndole: “¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?” Habla cautelosamente. No afirma de entrada nada definido y contradictorio a la Palabra de Dios. Somete la orden divina a la consideración de Eva y le sugiere usar su propio criterio para decidir si ese Mandamiento de Dios era razonable, o tal vez lo había entendido mal.

Y tan pronto como Eva se dejó embrollar en un diálogo, la audacia de Satanás inmediatamente creció, de manera que entonces declara con todo atrevimiento: “¡No moriréis!”

Así suele proceder el diablo. Comienza alterando la fe, confundiendo el intelecto respecto a lo que se aprendió de la Palabra de Dios, y sembrando en el alma del creyente la duda en cuanto al significado de lo que Dios habló. Si logra eso, lo logró todo.

Si la persona, en cambio, persevera firme en la Palabra, con una fe viva y bien fundada en la misma, entonces por más poderosa que sea la tentación y profunda la caída, todo aún puede ser remediado. Y el diablo lo sabe. “Por eso”-observa Lutero- “el diablo trató primero de apartar a Eva de lo que Dios había dicho. Y ni bien le había quitado la Palabra, destruyó la buena voluntad que la criatura había poseído anteriormente, de modo que se rebeló contra Dios. Al mismo tiempo el diablo pervirtió y destruyó el intelecto de Eva, de modo que comenzó a dudar de la buena voluntad de Dios. Esto produjo una mano desobediente, que desafió a Dios y se extendió para arrancar la manzana contrariamente a lo que Dios había mandado. La consecuencia siguiente fue una boca transgresora y una dentadura infractora. En fin, a la incredulidad frente a Dios y a la duda frente a su Palabra, le siguen toda clase de males. Y ¿qué puede ser peor que volverse desobediente a Dios y obediente al diablo?”

A eso apuntó el diablo con su primera pregunta, atrevida y capciosa: “¿Conque Dios os ha dicho...?” Y también con la impúdica mentira: “¡No moriréis!” Como queriendo decir: “Ustedes sí que son unos grandísimos estúpidos si creen que Dios ha dicho eso. Porque Dios ciertamente no puede darle tanto valor a algo tan trivial como comer o no comer de ese fruto. Recuerden que ustedes fueron puestos como administradores de toda la tierra. ¿Acaso les agrada estar sujetos a semejante reglamentaciones? ¿No les gustaría tener la libertad de poder comer de todos los frutos del jardín? La prohibición de no comer del fruto del árbol del conocimiento, ¿no contradice a esas otras palabras de Dios: “He aquí que os he dado... todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer?” (Gn.1:29). De esta manera la vieja serpiente se las ingenió para confundir a la mujer, y llevarla a la incertidumbre e incredulidad frente a la Palabra de Dios.

Hoy aplica la misma estrategia. No es extraño que uno frecuentemente oiga todavía las mismas palabras exactamente: “¿Con que ha dicho Dios?” de boca de tantos engañadores, por medio de los cuales el diablo trata de desviar de la fe y obediencia a almas sencillas y piadosas.

Por ejemplo: ¿Habría dicho realmente Dios que el que no cumple toda la Ley será condenado? O: ¿Habría colocado Dios al ser humano sobre la tierra, sabiendo que caería y que Él finalmente tendría que condenarlo? O: ¿Permitiría Dios que un inocente sufriera por los culpables? O: ¿Habría dicho el Dios de amor, que no dará por inocente al que tomare su Nombre en vano? (Éx.20). ¿Será tan sensible Dios?

De esa forma el diablo fortalece a los impíos en su impiedad. Los anima a tener una confianza imperturbable en la indulgente bondad de Dios. Los anima a confiar en que ningún mal los herirá. Les dice: “¡No moriréis!”

Por otro lado, hostiga todo el tiempo la confianza saludable de los creyentes. A éstos, la pregunta: “¿Con que ha dicho Dios..?” viene por ejemplo de la siguiente manera: ¿Habría dicho Dios que no me acusará por mis pecados? (Sal.32:1-2), (Me refiero al pecado que efectivamente tengo y siento). ¿Habría dicho realmente Dios que Él me da justicia, la justicia de Cristo, una justicia que no poseo ni siento en mi persona? (2 Co.5:21). Duele confesarlo, pero peco todos los días. ¿Habría dicho Dios que a pesar de ello soy su querido hijo, como si nunca hubiese pecado? ¿Y que soy justificado por pura gracia, únicamente por los méritos de su propio Hijo, que se entregó a sí mismo por nosotros, por nuestros pecados? ¿Habría prometido Dios que estará conmigo todos los días, aun en mi pequeña habitación, y que escuchará todos mis suspiros y oraciones?

De esa forma la vieja serpiente ataca cada día nuestra fe en la Palabra de Dios. Quiere minar nuestra seguridad y avivar nuestros propios razonamientos. Si logra eso, entonces puede llevarnos a donde quiere. Por eso siempre hemos de estar preparados. Contra eso siempre tenemos que estar en guardia.

9. **Pero la Ley se introdujo para que el pecado abundase; mas cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia.** Ro.5:20

Uno no puede honrar bien al que le quitó sus pecados, mientras su propio pecado y la santa Ley de Dios no lo presionen primero. Dios quedó reconciliado con nosotros por medio de Jesucristo (2 Co.5:19). También nos dice por boca del profeta Isaías: “No me acordaré de tus pecados” (Is.43:25). Su misericordioso corazón arde de amor hacia todos los que redimió por medio de tanto dolor. Sin embargo, no pueden ser salvos ni desean huir a las “ciudades de refugio” (Nm.35:11), mientras no los acose el vengador de la sangre derramada. Por eso Dios, siempre tiene que fustigar, atemorizar y cansarnos con los Mandamientos y las condenaciones de la Ley. Como José, que ardía de amor hacia sus hermanos cuando éstos llegaron a Egipto (Gn.42:7), e inmediatamente resolvió hacerles bien, aunque primeramente les habló “ásperamente” por medio de un intérprete, y ordenó a sus hombres que los atasen, encarcelasen y atemorizasen a fin de ablandar sus corazones (vs.7-22). Así también nuestro Señor tiene que atemorizar, presionar, encarcelar y asustarnos por medio de su siervo e intérprete Moisés, o sea por medio de la Ley.

“Pero sabemos que todo lo que dice la Ley, lo dice a los que están bajo la Ley, para que toda boca se cierre, y todo el mundo quede bajo el juicio de Dios” (Ro.3:19), esto “a fin de que abunde el pecado”, y quede revelada nuestra necesidad de un Salvador.

En Romanos 7 el apóstol muestra cómo la Ley nos lleva a “abundar en pecado”. La Ley no sólo nos muestra nuestro pecado como un espejo. Por medio de sus prohibiciones, también despierta el pecado dormido en nosotros a la acción y lucha, a fin de que no siga oculto y el pecador no crea que está libre de pecado. Porque “yo sin la Ley vivía en un tiempo...” y “sin la Ley el pecado está muerto... pero venido el Mandamiento, el pecado revivió... y produjo en mí toda codicia”. En consecuencia, el pecador inmediatamente se siente miserable y perdido; el pecador que anteriormente estaba tan satisfecho consigo mismo; que se sentía tan seguro y virtuoso...

Ahora la vida en pecado, que era tan deliciosa anteriormente, se le vuelve insoportablemente amarga; el extravío en tierra extraña le pesa como una pesadilla; la vida en la casa del Padre, en cambio, ahora le parece tan codiciable, que prefiere estar allí aunque sea como un pobre peón. Ah, ¡cuántos beneficios resultan de esa abundancia de miseria y pecado! Y esto no se produce por la falta de la Ley, sino por su presencia. Para este propósito sirve la Ley, y no para convertirnos en piadosos. Por favor noten y recuerden de una vez por todas lo que dicen las Escrituras: “La Ley se introdujo para que abundase el pecado” (Ro.5:20). Notemos que no dice, “para que el pecado sea eliminado”, sino “para que abundase”. Por eso, a partir del momento en que pretendo mejorar por medio de la Ley, me vuelvo peor. Cuando pretendemos conducirnos bien y santificarnos por la Ley, llegamos a ser cualquier cosa menos buenos y santos. Abunda el pecado señalado por la Ley. Queremos amar a Dios, pero sentimos sólo aborrecimiento, o al menos una inso-

portable indiferencia hacia todo lo divino. Cuando queremos ser bondadosos y humildes, la Ley nos hace hervir de amargura. Cuando queremos ser puros de mente y corazón, se suscitan toda clase de concupiscencias en nuestros corazones (Ro.7:8). Cuando queremos mostrarnos contritos y humildes, la Ley nos muestra que somos duros como una piedra, obstinados y arrogantes. San Pablo dice: "Hallé que el mismo Mandamiento que era para vida, a mí me resultó para muerte", "a fin de que por el Mandamiento el pecado llegase a ser sobremano pecaminoso" (Ro.7:10). Tales son los efectos reales de la Ley cuando obra en el corazón.

Nos suele parecer absurdo y desubicado que un pecador reciba la gracia de Dios en medio de su miserable condición espiritual. Por eso normalmente nos volvemos a todos lados y buscamos otras salidas. Es decir, si la Ley no nos golpeó lo suficientemente fuerte, los pecadores podemos hallar alivio y consuelo en nuestras propias obras, en nuestro arrepentimiento, nuestra piedad, nuestra conversión, nuestra victoria sobre ciertos vicios, nuestra nueva vida religiosa, etc.

De esa manera se forma un fariseo. Uno confía en sus buenas acciones, obras de caridad, actividad en la iglesia... Otro busca su salvación en sus penitencias, lágrimas, renunciamientos y muerte a las vanidades de este mundo; en su consagración y humildad... Un tercero cree poder dominar sus temores ocupándose en la lectura, la meditación, el aprendizaje de conocimientos claros y hermosos, sin vivir conforme a lo que ha aprendido. Entonces llegó la hora para la censura del Espíritu (Jn.16:8-11). El Espíritu Santo "convencerá" a todos esos falsos santos. ¿De qué? "De pecado, por cuanto no creen en Jesús" (v.9).

El Espíritu Santo les dirá que, si bien hicieron todo lo que un pobre mortal es capaz de hacer: Hicieron tanta penitencia por sus pecados que incluso "lloraron sangre"; estuvieron orando día y noche de rodillas; mortificaron su carne en la forma más severa, y resistieron hasta la sangre combatiendo el pecado (He.12:4); prohibieron a sus ojos ver, a sus oídos oír, y a su lengua hablar vanidades; le negaron a sus bocas gustar, y a sus cuerpos disfrutar lujos superfluos; repartieron sus posesiones a los pobres, y dedicaron sus vidas a la ayuda del prójimo; inclusive profetizaron en Nombre de Jesús, y en su Nombre hicieron muchas maravillas... pero, a pesar de todo ello, Cristo con sus heridas en las manos y en su costado les dirá. "¡Apartaos de Mí, malditos hacedores de maldad, al fuego eterno", porque estabais cargados de pecado, y no creísteis en Mí! (Mt.25:41; 7:21-23; Jn.16:9).

Sepámoslo de una vez por todas: Mientras los méritos de Cristo no llegen a ser los nuestros; mientras su justicia, sus oraciones, sufrimientos y su muerte no se nos acreditan a nosotros por medio de la fe, estaremos eternamente perdidos.

10. **He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.**

Jn.1:29

Juan Bautista fue el precursor de Cristo. Había sido enviado por el Padre para manifestar al Hijo y anunciar su obra al mundo. En cierta ocasión, cuando vio venir a Jesús, exclamó: “¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!” Este es el maravilloso mensaje central acerca de la verdadera misión de Cristo en la tierra. Y al proclamarse este mensaje, bien valdría la pena tocar todas las campanas del mundo. En algunas iglesias se suele cantar estas palabras en la liturgia de la Santa Cena. Repitiendo tres veces: “¡Oh Cristo, Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo..!” Meditemos, pues, devotamente en este texto...

San Juan llama a Jesús “Cordero de Dios”, con lo que nos recuerda los corderos que se habían ofrecido en forma simbólica en los servicios religiosos instituidos por Dios, en el Antiguo Testamento, en Israel. Los más notables de esos servicios religiosos eran los de la Pascua, cargados de ceremonias simbólicas. Todos los años se sacrificaba un cordero en cada casa y en todo el país. Pero, aquí en el Evangelio, San Juan no sólo dice “un cordero”, sino en forma bien definida “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Así parece que se remite en forma muy especial a Isaías 53:7, donde el profeta habla del mismo tema y emplea el mismo término de nuestro texto. Isaías no solo dice ahí que Cristo sería como un “Cordero llevado al matadero, y como oveja delante de sus trasquiladores, que enmudeció y no abrió su boca”; también dice que “llevará las iniquidades de ellos”, de los pecadores de todo el mundo (v.11). Ahí encontramos las significativas palabras: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros” Y: “Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (vs. 5-6). Todas esas verdades San Juan ahora las resume aquí con esta breve y preciosa frase, cuando señala a Jesús y exclama: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

Pero ¿qué es lo que ocurrió realmente? Porque es obvio que en todas partes todavía hay mucho pecado, y nosotros mismos sentimos que todavía somos pecadores. Recordemos que San Juan habla acá de un “quitar” que se concreta a través de un sacrificio.

Los sacrificios del Antiguo Testamento solo simbolizaban ese “quitar” transfiriendo la culpa y el castigo de las personas culpables al animal inocente, allí sacrificado. También Isaías enseñó esto al decir: “Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros” Y: “Él herido fue por nuestras transgresiones... el castigo de nuestra paz fue sobre Él” (Is.53:5-6b).

Ni estas palabras ni el acto simbólico de los sacrificios hablan de un “quitar” la corrupción misma del pecado. No, sólo declaran que el castigo y la culpa fueron transferidos y cargados sobre la víctima.

Pero bien aclara Isaías: “El castigo de nuestra paz”. Así dice también la Epístola a los hebreos, es decir que no debemos llevar más nuestros pecados sobre nuestras conciencias, porque el sacrificio de Cristo realmente los quita (He.9:14).

Para librar nuestras conciencias de la culpa por nuestros pecados ahora sólo hace falta creer y aceptar lo que Cristo, el Cordero de Dios, ha logrado. O sea, que es una cuestión de fe. Depende sólo de que creamos.

En la obra redentora de Cristo no faltó nada. Ahí no quedó nada incompleto. Con el sacrificio de sí mismo, el Cordero de Dios efectivamente quitó el pecado del mundo. Si el pecado todavía descansa sobre nosotros, si aún no tenemos paz con Dios ni una conciencia limpia, entonces toda la falta está únicamente en nosotros, que todavía no creemos el testimonio de Dios referente a su Hijo. Dios nos asegura que: “cargó en Él el pecado de todos nosotros” (Is.53:6). Aquí debemos ver qué es la fe salvadora, y también qué pecado condenador es la incredulidad.

Con este texto ante nosotros vemos que la fe es algo tan sencillo como aceptar por cierta la palabra acerca del Cordero de Dios, que quita el pecado de todo el mundo. O como dice textualmente el profeta, que: “Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros”.

Nuestra plena libertad de la culpa y condenación del pecado -frente a Dios y a nuestra propia conciencia- depende de esta simple verdad: Si se quita algo de un lugar y se lo coloca en otro lugar, ya no está más donde estaba antes. Si nuestros pecados fueron quitados de nosotros y puestos sobre el Cordero de Dios, ya no están más sobre nosotros. Si Jehová depositó nuestros pecados en el Cordero de Dios, si se los imputó a Él y lo castigó por ellos a Él, ya no quedaron en nuestra cuenta. Es cierto que nosotros los cometimos, y que transgredimos con ellos la Ley de Dios. Pero en su inescrutable piedad hacia nosotros Dios nos libró de los mismos y se los impuso a su Cordero. Por eso es seguro que ya no nos los imputará a nosotros.

Lutero dijo al respecto las siguientes palabras, tan ricas en consuelo: “El Señor Dios dijo: ‘Sé que para ustedes es demasiado pesado cargar con sus pecados. Pues bien, por eso se los voy a quitar a ustedes e imponérselos a mi Cordero. Confíen en esto, porque si lo creen, quedan libres de sus culpas y castigos.’ Hay sólo dos lugares donde pueden estar los pecados: O están con ustedes, ligados a ustedes. O están con Cristo, cargados sobre el Cordero de Dios. Si descansan sobre los hombros de ustedes, están perdidos. Pero si descansan sobre Cristo, ustedes están libres y son salvos. ¡Elijan ahora lo que quieren! Sería justo y correcto que permanezcan sobre nosotros. Pero, por su inmensa piedad Dios se los cargó a Cristo, su Cordero. Si no lo hubiese hecho así, y si Él hubiera querido entrar en juicio con nosotros, estaríamos irremediable y eternamente perdidos”.

11. **Ésta (la Simiente) te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar.** Gn.3:15

Estas palabras contienen la primera semilla no sólo del consuelo y de la salvación de los primeros seres humanos, sino también del evangelio de Dios y del Reino de Gracia que Dios estableció en la tierra.

El Señor comienza su sentencia de castigo a Satanás con las palabras: "Por cuanto esto hiciste..." (por cuanto sedujiste a la mujer y la hiciste pecar y la cargaste de maldición) y termina diciendo: "Ésta (la Simiente) te herirá en (te destrozará) la cabeza". Vemos aquí que por causa de nuestra caída se encendió el celo y la ira de Dios. La caída debía ser vengada en forma tan contundente, que el Señor le anuncia a la serpiente: "Por cuanto has hecho esto, tu cabeza será machacada y destrozada".

El propio Señor Dios asumió nuestra causa. Él aboga por nosotros contra Satanás. Va a vengarse contra él y salvarnos a nosotros. Y lo anuncia con un corazón tan enardecido, que emplea las palabras de amenaza más fuertes que podemos imaginar. Porque: ¿qué le podría parecer más terrible y mortal a la serpiente que la sentencia de que se le machacará y destrozará su cabeza? Sin duda fue un anuncio horrendo para la malvada serpiente. Y en esto vemos nuevamente el ardiente celo de Dios por su hijo perdido, el hombre.

Es el mismo ardor que sintió Jesucristo cuando habló de los que causan ofensa (esto es, seducen, hacen caer) a los niños que creen en Él (Mt.18:6). De la boca del bondadoso Señor Jesucristo nunca oímos palabras más duras que cuando dice que al cuello de esos corruptores se les debía colgar una piedra de molino y que se los debía arrojar a lo profundo del mar. Tales declaraciones nos demuestran el amor por las almas con el que arde el corazón de Dios. Por lo menos debiéramos darnos cuenta que nuestro destino no le es indiferente a Dios, como nuestro corazón perverso e impío nos lo quisiera hacer creer.

Tenemos precisas aseveraciones de su celo de amor. Y tenemos aún más pruebas de ello en sus hechos y en sus actos, o sea en todo lo que hizo por nuestra salvación. Pero nuestros corazones son tales, que generalmente no creemos ni pensamos en esas grandes pruebas. Normalmente nos resulta más fácil creer lo que nosotros mismos imaginamos, que lo que el Señor nos dice. Pero, escuchemos atentamente lo que el Señor le dice a la serpiente, e imaginémosnos sus pensamientos más íntimos hacia nosotros, en base a sus palabras: "Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo... ¡Y la Simiente de la mujer te destrozará la cabeza!"

Lo segundo que notamos aquí es que el Señor convierte nuestro caso en un litigio entre Cristo y el diablo. Anuncia que la "Simiente de la mujer" le herirá (pisará) a la serpiente en la cabeza, y ésta herirá al Descendiente de Eva (a Jesucristo) en el calcañar. El término hebreo por "herir" significa infligir con saña toda clase de males. Una interpretación

más exacta depende en parte de la persona que causa la herida y en parte del miembro u órgano que sufre la herida. Algunas versiones de la Biblia traducen “pisar, tritular” para el primer caso, y “atormentar” para el segundo. Aquí tenemos una notable información de la forma, en que también Cristo habría de ser “herido” en esa lucha; de cómo también la serpiente emplearía violencia contra Cristo y lo “heriría”, aunque fuese sólo en el calcañar, en la parte más baja, en su naturaleza humana, herida a muerte en la crucifixión.

Por otra parte Cristo, en cuanto a su naturaleza superior, recuperaría la vida y obtendría la victoria. El cuadro expresa que habría una lucha terrible entre la Simiente de la mujer y la serpiente.

Esa es la forma en la que habla el Señor. No dice ni una sola palabra acerca de nosotros, de algo que nos tocaría hacer a nosotros en el gran problema de nuestra salvación, del pecado, de la muerte y del poder del diablo. El Señor quitó completamente esa carga de nosotros, y la sometió a la responsabilidad exclusiva de Cristo. De otra forma estaríamos eternamente perdidos. Porque remediar la caída y librarnos del pecado, de la muerte y del diablo es una obra que excede en mucho a nuestras fuerzas. Por eso el propio Señor se hizo cargo del caso. ¡Alabado sea su Nombre! “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito...” (Jn.3:16). “Pues como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Ro.5:19). Lo mismo dice Dios por boca del profeta Isaías: “De balde fuisteis vendidos; por tanto, sin dinero seréis rescatados” (Is.52:3). Y a través del apóstol Pablo: “Porque al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (2 Co.5:21).

¿Y qué resultado tiene esto para nosotros? Pues, que nosotros ya no tenemos que hacer nada más para librarnos de nuestros pecados; y lo obtenemos todo regalado, gratuitamente, por pura gracia, por la inmerecida bondad de Dios. Tan solo es necesario que deseemos recibirlo; que tan solo queramos estar en esa maravillosa boda a la que Él nos invita, y le dejemos que nos haga el bien que desea hacernos. Entonces no seremos nada menos que “la justicia de Dios en Él” (en Jesucristo) (2 Co.5:21b).

¡Ah, Señor Dios, fortalece nuestra fe! Aquí se verifican nuevamente las palabras de Moisés (Éx.14:13-14): “¡No temáis! ¡Estad firmes, y ved la salvación que Jehová hará hoy con vosotros! ... Jehová peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos”. Sí, Señor: ¡Fortalece nuestra Fe!

12. **Tu Palabra me fue por gozo, y por alegría de mi corazón.** Jer.15:16

Aquí el profeta nos muestra el beneficio y la necesidad de usar y aplicar la Palabra de Dios. Pero tenemos poderosos enemigos que se nos oponen. Es decir: Nuestra carne perezosa, el mundo seductor y el traicionero Satanás. Por esto, muchas veces queremos dejar caer los brazos por falta de fuerza. No podemos describir debidamente la importancia de la Palabra de Dios. La verdadera causa de la miseria espiritual en el mundo, de todas las deficiencias dentro de la iglesia, y de cada cristiano individualmente, es la negligencia frente a la Palabra de Dios.

Por otro lado, el uso frecuente y correcto de la misma es la causa de todo progreso espiritual en el mundo. El ser humano ha caído en el pecado, y las consecuencias de esa caída son muy lamentables: Incredulidad, iniquidad, confusión, materialismo, rebeldía etc. Sin embargo, todo eso tiene cura. La piedad y justicia de Dios no pudieron dejar al hombre en ese estado sin un remedio capaz de restaurarlo. Él nos dio un remedio del cielo: su santa Palabra, una sagrada semilla que, implantada en el corazón humano, es capaz de restaurar la imagen de Dios, devolver luz al intelecto, santidad, buena voluntad y poder espiritual. Si somos espiritualmente ciegos, duros de corazón, infieles, carnales, rebeldes y esclavos del pecado, no importa, todo eso tiene cura con el remedio que Dios nos proveyó desde el cielo. Con este remedio podemos recobrar la vista espiritual, volvernos contritos y fieles, ser salvos y libres por medio de la fe en Cristo. Pero sin aplicar este remedio, nos resulta imposible superar la maldad dentro de nosotros y ser restaurados, aun invocando a Dios de todo corazón, aun velando y luchando a muerte contra el mal. Es todo en vano. La avalancha de la corrupción irrumpirá con furia incontenible.

Todo esto lo confirma también la experiencia. Hay pueblos e iglesias con fieles Pastores, siempre predicando, arando, sembrando y regando la semilla plantada con intercesiones y lágrimas, y no obstante la gente sigue incorregible. Sus guías no llegan a ver ninguna mejoría permanente, ni los frutos del Espíritu. No hay frutos de la fe ni piedad verdadera. Apenas unas manifestaciones esporádicas de pensamientos y sentimientos religiosos. ¿Y cuál es la razón? Si investigamos veremos que la gente todavía no comenzó a leer y aplicar la Palabra de Dios a su vida. Y mientras no lo hagan, todos los buenos sermones que oyen desde el púlpito se pierden en el aire y no llevan fruto.

Existen ocasiones y lugares donde se produjeron asombrosos despertares, con mucha gente respondiendo positivamente al llamado de Dios; donde el panorama espiritual comienza a reverdecer y a florecer; donde el corazón se regocija en la esperanza de ricos frutos de esas hermosas plantaciones de Dios. Pero apenas pasan unos años y quien visita de nuevo estos campos casi no los reconoce. Miramos entristecidos la tierra devastada, donde sólo vemos los espinos y abrojos de impudicia e impiedad en aumento. ¿Y cuál crees que fue la causa? Sí, no hubo nadie

que se hiciese cargo de la feligresía, y los miembros por sí mismos no estudiaron la Palabra ni la aplicaron a sus vidas. En otros lugares, donde tal vez no hubo ninguna personalidad sobresaliente dirigiendo la obra del Señor, pero donde la propia feligresía había comenzado a edificarse mutuamente con la Palabra, la vida espiritual se mantuvo. Y nos regocijamos y llenamos de admiración al ver que allí no sólo se preservó la obra de Dios, sino que también creció, avanzó y maduró visiblemente. Este fenómeno es muy frecuente, y cualquier creyente con algún conocimiento del estado de cosas en el Reino de Dios lo percibe. ¿Y cómo explicarlo, sino aludiendo a la eficacia esencial de la Palabra?

Todo esto es obra del Espíritu Santo. ¿De qué virtud propia que te habría conservado y fortalecido la vida espiritual vas a jactarte? ¿Eres tan fuerte y fiel, tan despierto e inteligente, que tú mismo te conservaste firme en todas las tentaciones? No, no tienes nada de que gloriarte a ti mismo. Sólo te cabe alabar la fidelidad de Dios. Y Dios es igual de bondadoso y fiel con todos.

Donde el cristianismo se apagó, no fue por falta de piedad de parte de Dios, sino por negligencia y descuido de parte de los miembros. Allí los Medios de Gracia quedaron olvidados, mientras que nosotros los aprovechamos. A pesar de nuestra pereza natural, todo el tiempo estuvimos aprovechando la Palabra: Leyendo y oyéndola con gozo, aunque también nosotros tenemos bastante negligencia que reprocharnos. Y también conocimos diferentes efectos y condiciones a este respecto. Por ejemplo, a veces, después de un prolongado descuido de la Palabra, nos volvimos fríos, indiferentes, interiormente intranquilos, y débiles para resistir las tentaciones, mundanas y carnales. En cambio, cuando hemos aprovechado la Palabra de Dios con más diligencia, nuestro hombre interior se fortaleció. Más aún, ¿acaso no estuvimos más de una vez por caer en pecado por exceso de confianza en nosotros mismos, pero gracias a un versículo bíblico, a un sermón, a una Palabra de Dios que nos despertó del sueño, quedamos a salvo? ¿O estábamos espiritualmente fríos e indiferentes, y todo el mundo nos parecía oscuro y sombrío, pero entonces dimos casualmente con un versículo o capítulo de la Biblia, o con el párrafo o el testimonio de un buen libro, o nos encontramos con un amigo que tenía la Palabra de Dios en su boca, y encontramos el calor de una vida nueva, y nos reanimamos?

¿Acaso no debimos confesar entonces con David: "Si tu Ley no hubiese sido mi delicia, ya en mi aflicción hubiera perecido"? (Sal.119:92). Dios mantuvo nuestra vida en la gracia por medio de su santa Palabra. Lo mismo ocurre con todos los demás cristianos. No en vano la Palabra de Dios se llama un Medio de Gracia. Sin ella es imposible conservar la gracia de Dios y la vida espiritual.

13. **Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios.** Ef.2:8

“Gracia” es una palabra clave en la enseñanza de la salvación. Por eso tenemos que comprender claramente qué significa. Puede parecer un concepto muy fácil de entender, mientras sólo sea algo teórico o un tema de conversación. Pero tan pronto como llegamos a la aplicación, cuando nuestra bienaventuranza o condenación eternas dependen de ella, no existe palabra más difícil de entender y creer correctamente, que la palabra “gracia”. La doctrina de la gracia es una parte sumamente importante de la doctrina acerca de Dios. Y conocer correctamente la gracia de Dios, es la vida eterna.

En primer lugar hay que señalar que todo el mundo está en una densa oscuridad en cuanto a la gracia de Dios, ésto cuando se piensa que gracia significa indulgencia; que Dios, sabiendo lo débiles que somos y que no podemos ser perfectos, acabará aceptándonos y perdonándonos a todos, así nomás. Alguien podría argumentar: “¿Pero, acaso Dios no es piadoso? Y: ¡Si Él es misericordioso no puede ser tan riguroso con nuestras faltas!” Este es el sermón de la falsa gracia, por medio del cual la serpiente antigua –el diablo- adormece y engaña la conciencia de todo el mundo. De esta manera convierte la gracia de Dios en una blandura de carácter, y así destruye su justicia y la verdad de sus juicios.

Lo que la Escritura enseña acerca de la gracia de Dios es algo muy distinto; algo muy diferente; que aprendemos cuando leemos que el sudor de Cristo en su agonía fue “como grandes gotas de sangre”; y recordamos los azotes y la burla que soportó, y su grito desgarrador cuando murió (Lc.22:44ss; Mt.27:46-50).

Si pensamos en la caída de Jerusalén (Lc.19:41-44), y en todas las cosas terribles que le acontecieron al pueblo escogido (Mt.23:38); y recordamos que “ni un pajarillo cae a tierra sin la voluntad de nuestro Padre” (Mt.10:29), vemos que la gracia de Dios no es una floja concesión o debilidad. Es cierto que el corazón de Dios siente un inmenso amor y piedad hacia nosotros; sin embargo, eso no puede anular su justicia, que es igual de grande. El Salmo 89:14 dice: “Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro”. Nadie tiene acceso a la gracia de Dios, si no está en absoluta armonía con su justicia. Cristo lloró por Jerusalén porque la amaba tanto, pero no pudo salvarla, porque sus habitantes no quisieron escuchar su voz.

Cuando hablamos de la gracia perdonadora de Dios, por medio de la cual Él recibe al pecador en su comunión y favor, siempre hemos de tener presente que Él nunca concede esa gracia desligada de Cristo. Pero, si la persona cree en Cristo, entonces posee todo lo que Él es e hizo por nosotros. Entonces también posee absoluta gracia, paz y comunión con Dios. Porque así como no hay gracia aparte de Cristo, sino sólo por medio de Él, así también, por otra parte tampoco se contará ninguna culpa, trasgresión o indignidad a los que están en Cristo Jesús. Eso es lo que significa la gracia. Gracia es lo contrario

de cualquier obra o mérito propios. Esto es una aclaración sumamente importante, si queremos entender lo que es la gracia.

El apóstol Pablo dice: "Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra ya no es obra". Y: "Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda". (Ro.11:6; Ro.4:4). Aquí se contraponen mérito y gracia. Y en nuestro texto de hoy el mismo apóstol dice: "Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef.2:8-9). En todos esos versículos vemos que gracia y obras -gracia y méritos propios- son conceptos totalmente opuestos entre sí. Uno necesariamente excluye al otro. Las Escrituras enseñan que el hombre se justifica y salva solo por gracia. Los que disfrutan de esta gracia no sólo son personas que no tienen ningún derecho a este obsequio, sino -por el contrario- sólo merecen el castigo y la ira de Dios. No merecerían otra cosa que el castigo de Dios mientras viven en este mundo, si Dios los tratase de acuerdo a sus méritos. Completa justicia demanda completa santidad, y ellos, en lugar de eso, sólo registran continua pecaminosidad.

En tanto que todo esto no sea más que una doctrina teórica, es relativamente fácil entenderlo. Pero cuando Dios escoge a alguien y lo despierta de su sueño espiritual, entonces esa persona ve y siente su profunda y enorme depravación moral que contamina sus pensamientos, deseos y emociones en lo más íntimo de su ser. Sabe que su corazón siempre quiere ir por el camino equivocado, y que la "carne" está llena de malas inclinaciones, que se le vuelven cada vez más evidentes y penosas, por la obra del Espíritu Santo que actúa en él.

Entonces entender qué es la gracia, y que toda esa depravación no la detiene ni la anula, se convierte en un arte cada vez más difícil. Pues cuando la inmensa gracia de Dios nos hace acceder a los sublimes derechos que tenemos como hijos de Dios, la reprobación del pecado en la conciencia también se torna cada vez más penosa.

En la misma medida en que Dios es piadoso, todo pecado se torna más reprehensible y condenable. Y entonces, cuando el maligno ya no puede mantener adormecida y tranquila a la persona, continuamente se empeña en llevarla a la desesperación y al horror, para lo cual emplea cualquier medio. Primero constantemente trata de "avivar" el pecado que aún queda en él, y luego, por medio de todas las amenazas de Dios trata de horrorizar y atormentar el alma, de confundir el intelecto en cuanto a la gracia de Dios, y de recalcar perpetuamente la santidad de Dios y su ira contra el pecado. Por esto, para retener el verdadero y pleno significado de la palabra "gracia", se necesita una sabiduría que excede el intelecto humano.

Quiera Dios guardar a todo creyente del tremendo error de pensar que uno ya sabe todo eso. Todos los verdaderos santos siempre siguieron siendo pequeños alumnos de la gracia. Eso se ve fácilmente en el lamento, el temor, la agonía y el dolor en los salmos de David y en la historia de todos los santos.

14. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron las gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Ro.1:21

Aquí vemos cuán seriamente Dios demanda que el hombre le glorifique en la medida en que lo conoce. Aunque sólo lo conozcamos como al sabio y poderoso Creador, Él quiere que lo adoremos como tal. Ya sólo por esto debemos amarlo, reverenciarlo y obedecerle de todo corazón. “Ni le dieron gracias”, señala el apóstol. Todo el tiempo tengamos presente que Dios es la fuente de todo lo que somos y poseemos. “Porque en Él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hch.17:28). Por eso, una parte importante de nuestro culto divino es agradecer continuamente a Dios, reconociendo nuestra dependencia de Él, y dándole a Él la gloria por todo. Y recordemos: Si los gentiles que están sin la luz del Evangelio no obstante son inexcusables por no glorificar ni agradecer a Dios: ¿Qué será de nosotros si no lo hacemos? A nosotros Dios nos habló primero por boca de sus profetas y luego por medio de su propio Hijo. ¿Qué será de nosotros si no glorificamos ni agradecemos a Dios?

Vale la pena analizar más profundamente qué significa glorificar a Dios. Esto no se hace sólo con palabras, gestos o espléndidas acciones. ¡No! Quienes entienden que Dios es Espíritu saben que deben adorarlo “en espíritu y en verdad” (Jn.4:24).

Como ya dijimos, Dios espera que lo adoremos en la misma medida en la que Él se nos reveló. Hemos de amarlo en la medida en que conocemos su amor. Hemos de temerle en la medida en que lo conocemos como digno de reverencia. Hemos de creer en Él en la medida en que lo conocemos como fiel y veraz. Hemos de obedecerle en todo en la medida en que sabemos que tiene autoridad universal sobre nosotros y el derecho de mandarnos. Esto es lo que significa glorificarlo como a Dios.

Y si en serio queremos honrarlo de esa manera tenemos que caer humillados delante de Él, por causa de todas las deficiencias y transgresiones que todavía encontramos en nosotros. Debemos admitir que sus juicios son totalmente justos, aún si decide arrojarnos al infierno. Entonces lo glorificamos como Dios, y Él recibe de vuelta la gloria que el hombre le negó en la caída, cuando la serpiente sedujo a la mujer con las palabras: “¿Con que Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del jardín?... ¡No moriréis!” (Gn.3:1-4). Cuando nos confesamos culpables al punto de merecer la muerte, entonces glorificamos a Dios como tal. Pero Él también nos reveló su plan de salvación. Nos reveló el Nombre de su Hijo y su ferviente deseo de salvar a todos los que “besan” (“honran”) al Hijo (Sal.2:12).

Por eso, reconozcamos como verdadera la Palabra de Dios, de modo que no desperdiciemos su gracia. Valoremos dignamente su Evangelio y creamos en su misericordia. Eso significa glorificar a Dios.

El sincero deseo de Dios es que los pobres pecadores que viven por la fe en su Hijo “ya no vivan para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por

ellos" (2 Co.5:15). Que se aparten de todo lo que le desagrada y en cambio hagan todo lo que le agrada. Y que lo hagamos con corazones contentos, agradecidos y obedientes. Y ante todas nuestras deficiencias siempre hemos de seguir creyendo en el eterno perdón que nos prometió con toda seriedad y que Él obtuvo para nosotros a un precio tan alto. Todo esto es parte de la glorificación de Dios. Si esto no se cumple, y en cambio "nos envanecemos en nuestros razonamientos" (Ro.1:21), y comenzamos a vivir en libertinaje en contra de lo que aprendimos de Dios, es un justo castigo que Dios en consecuencia también nos quite su luz y deje "entenebrecido nuestro necio corazón" (v.21b), cometiendo toda clase de locuras, como comenta el apóstol acerca de los gentiles (vs.24-32).

Esta es la seria enseñanza de nuestro texto, que efectivamente debiera impresionarnos, siendo que Dios nos confió su Evangelio. Dios nos favoreció tanto que no sólo expuso su creación a nuestros ojos, llena de elocuentes testimonios de su eterno poder y sabiduría, sino que también nos dio desde el cielo a su propio Hijo, para que viniese a ser nuestro hermano y fiel Mediador.

Y Él nos redimió del pecado y de la maldición, cumpliendo la Ley y derramando su sangre por nosotros. Además nos dio su Palabra referente a todo esto, y nos envió y todavía envía su Espíritu Santo. Y este mismo Espíritu crea en nosotros todo lo que hace falta para la vida y piedad. Nos llama, despierta, ilumina, reprende y reconforta de acuerdo a nuestras necesidades. Pensémoslo: Dios nos dio y sigue dando todo esto, y el mundo no obstante va tranquilo por su propio camino de maldad. No teme a Dios, ni lo glorifica, ni le da gracias por todos sus favores. No. Vive descaradamente en sus pecados, en su vanidad e idolatría. A quién puede extrañar, entonces, que Dios entregue al mundo al error, y permita que quede tan enceguecido y empedernido que no le tema al infierno ni siquiera por un minuto. Pero, ¡cuánto más terrible será el juicio de Dios para nosotros, los que recibimos el perdón, la vida y la luz del Espíritu; los que hemos gustado la bondad de Dios, y hemos comenzado a caminar "en el Espíritu", si nuevamente nos apartamos y nos envanecemos en nuestros razonamientos, y vivimos en placeres prohibidos por Él y en pecados intencionales! ¡Por más débiles y pecaminosos que seamos, si tan sólo le damos la gloria a Dios confesándole nuestros pecados juzgándonos a nosotros mismos, y buscando salvación en su gracia, todo se salvará! Pero si lo despreciamos, si abusamos de la luz que nos ha dado y le desafiemos sofocando la verdad con injusticia, ¿a quién puede extrañar que la majestuosa justicia de Dios finalmente nos trate de la forma que nuestro texto señala?

15. **De igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad.**

Ro.8:26

Esta es una de las señales características de los hijos de Dios: Nuestra debilidad. Es algo por lo cual nos reconocemos. Y aquí el apóstol dice: "Nuestra debilidad", incluyéndose a sí mismo entre los que sufren esa debilidad. En efecto, cuanto más tiempo permanecemos bajo la disciplina del Espíritu, más sentimos nuestra debilidad, de modo que acabamos diciendo: "Dentro de nosotros todo es debilidad".

Dios es totalmente diferente, y también lo que Él hace. Pero dentro de nosotros no hay sino debilidad. Y esto lo sentimos intensamente en las cosas que nos son más estimadas e importantes, como ser en nuestro conocimiento espiritual, en nuestra fe y esperanza, en nuestro amor y piedad cristiana, en nuestro velar y orar. En todas esas cosas sentimos intensamente nuestras deficiencias.

Aunque Dios nos dio un nuevo conocimiento espiritual, a veces todavía nos comportamos como si fuésemos ciegos. No podemos ver la enseñanza aún mas clara en la Palabra. Hay muy sólidos fundamentos de aliento frente a nuestros ojos, justo lo apropiado para pobres pecadores sin solución, pero es como si no los viésemos. Nos comportamos como una persona que está frente a un muro, pero no lo ve. No sólo creemos que Dios está presente en todas partes: también lo sentimos en nuestras conciencias. Sabemos que Él ve aún nuestros pensamientos más secretos. No obstante nos comportamos durante horas y días como si Dios no existiese. No le tememos en momentos de tentación ni nos consuela su presencia en el momento de la aflicción. ¿Cómo explicar esto? Estas cosas deben calificarse indudablemente como "debilidades".

Si bien Dios nos reveló a su Hijo, de modo que no conocemos nada más grandioso y precioso que Cristo, a veces todavía nos conducimos como si Cristo no existiese, y como si tuviésemos que comparecer ante Dios con nuestra propia justicia. Si bien Dios nos ha dado muy sólidos fundamentos para nuestra esperanza de salvación, muchas veces mostramos tan poca esperanza y expectativa, que pasamos largos períodos sin pensar para nada en la eterna gloria hacia la cual estamos encaminados. Esa esperanza a veces no nos parece más que una ilusión del corazón o de nuestros anhelos. Nos comportamos como si para nosotros todo habrá terminado, cuando esta vida llegue a su fin.

Si bien Dios despertó un nuevo amor en nuestros corazones, notamos que muchas veces pensamos sólo en nuestro beneficio personal. Si bien es cierto que gracias a que Dios nos adoptó como hijos nació el Espíritu de oración en nuestros corazones, (y la oración debiera ser siempre el privilegio más querido para los hijos de Dios), en ocasiones nos sentimos cansados de orar, y si oramos, en medio de nuestra oración tenemos malos pensamientos. Todas esas cosas, sin duda, son debilidades.

Y cuando no sólo notamos y reconocemos, sino que también experimentamos que nuestra debilidad es algo muy grave, queremos desesperarnos. Pero entonces el apóstol nos dice: “¡No se desesperen! ¡Tenemos un Consolador! El Espíritu mismo...” Este Espíritu es el gran Consolador, Guía y Abogado a quien nuestro Padre celestial -por los méritos y la intercesión de su amado Hijo- encomendó la tarea de guiar y atender a sus hijos, o sea a los cristianos, durante su peregrinaje por este mundo.

A pesar de lo que Dios nos dio en Cristo, de los Medios de Gracia, y del trabajo del Espíritu en nuestros corazones, podría ocurrir que no podamos superar todos los peligros y las dificultades que tenemos por delante, si el Espíritu mismo no nos asiste, dirige, advierte y alienta. El Señor Jesucristo les sugirió esto a sus discípulos cuando los preparaba antes de su partida. Justo en esos momentos les repitió muchas veces la promesa del Consolador (Jn.14:16,26; 15:26; 16:7).

Además les dio otras promesas sumamente gloriosas. Les aseguró que aunque los dejaba, no los dejaría sin consuelo. Con toda seguridad lo volverían a ver, y recobrarían un gozo, que ya nadie más les podría quitar. Les aseguró, que en la casa de su Padre había muchas mansiones, y que Él iría a prepararles un lugar; que ellos conocían el camino, que era Él mismo; y que Él volvería y los llevaría consigo. Les explicó que todavía no estaban completamente seguros contra todo peligro. Por eso agregó la promesa de que les enviaría otro Consolador, el Espíritu de la verdad; y que ese Espíritu moraría en ellos para siempre, los guiaría a toda verdad, y les recordaría todas las cosas que Él les había enseñado.

Tenemos que recordar siempre que no estamos abandonados a nosotros mismos, a nuestro propio cuidado, y que nuestra victoria no depende de nuestras propias fuerzas (en cuyo caso estaríamos completamente perdidos) sino que el Espíritu mismo nos ayuda en nuestras debilidades. El verbo “ayudar” en el texto original significa literalmente “dar una mano al que uno quiere ayudar o servir”. Así, el propio Espíritu Santo suple nuestra debilidad, no tanto para quitarla, sino como para dirigir o suplirla, de modo que su poder se manifestará en nuestra flaqueza, y acabaremos admirando y alabándolo a Él, por su sabiduría, fidelidad y poder.

16. **Estén ceñidos vuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas.**

Lc.12:35

El Señor a esto inmediatamente: “Sed semejantes a hombres que aguardan a que su señor regrese de las bodas, para que cuando llegue y llame, le abran enseguida”. Jesús desea exhortarnos más o menos así: “Estad preparados en todo momento para mi regreso. Que Yo y el servicio en mi Reino siempre sea lo más importante en vuestras vidas. Cuidaos de aficionar vuestros corazones a cualquier otra cosa, y no caer en la indiferencia hacia mí, dominados por el mundo o la carne. No permitáis que algo os impida servirme en forma correcta y recibirme con regocijo. En cuanto a mi presencia visible, estaré ausente hasta conquistar a mi esposa, a toda mi iglesia, a las almas que todavía debo conquistar; entonces volveré visiblemente y en gran gloria para juzgar a los vivos y a los muertos. Por lo tanto, vigilad en todo momento, para estar preparados para aquel día”.

Estar preparados para ese día requiere especialmente dos cosas: La primera, que constantemente estemos revestidos del vestido de bodas. O sea, vivir con la fe en Jesús, cubriéndonos diariamente con su justicia, y no recayendo en el sueño espiritual que ignora el poder del pecado. Porque el reconocimiento de nuestro pecado es lo que realmente nos lleva a Cristo. Nuestros pecados siempre nos deben afligir tanto, de modo que no podamos vivir sin Jesucristo y su Palabra. Esta es nuestra principal necesidad para poder ir al encuentro de nuestro Juez con regocijo. Porque: “el que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Jn.5:12).

Quien vive “de la carne y sangre de Cristo” (Jn.6:53-54), o sea de su redención y expiación, tiene una seguridad bien concreta de la vida eterna. Esta, pues, es la primera condición requerida para ser salvos y poder comparecer ante el tribunal de Cristo. Pero, para que podamos morir en paz y hallar una “entrada amplia y generosa al Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo” (2 P.1:11), y que no sólo entremos “como por fuego” (1 Co.3:15), también es necesario que vivamos en un saludable espíritu de amor, que sirvamos al Señor con gozo y con placer, y busquemos lo “de arriba” (Col.3:1).

Que nuestros corazones no se carguen con las cosas de esta vida, con el materialismo y otros pecados dominantes (Lc.21:34); o con odio y rencor hacia nuestros semejantes, lo que nos impediría acercarnos a Dios con confianza.

La nueva vida espiritual empuja todos esos obstáculos a un lado y practica el servicio de amor; así están “ceñidos nuestros lomos, y vuestras lámparas encendidas”. (Lc.12:35).

Con esas palabras nuestro Señor Jesucristo quiere amonestarnos a no permitir que la conducta carnal, la falsa confianza y la vida superficial obtengan predominio sobre nosotros. Vemos esto aún más recalcado en Mateo 24:48-51, donde dice: “Pero si aquel siervo malo dijere en su cora-

zón: Mi señor tarda en venir; y comenzare a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el Señor de aquel siervo en el día que éste no espera... y lo castigará duramente..." Ese siervo ciertamente no representa sólo al cristiano despreocupado, sino también al completamente apóstata, concluimos esto por la condenación eterna a la que el Señor lo sentenció (v.51).

Ahí el Señor dice que "lo castigará duramente y le dará su parte con los hipócritas". Nunca debemos olvidar que la pereza espiritual siempre lleva a ese terrible resultado, cuando el cristiano queda tan despreocupado y confiado que ya no le teme a los peligros, ni permite que uno lo advierta contra los mismos. Es precisamente esa despreocupación la que lleva a la completa apostasía, a la muerte espiritual y a la eterna condenación. Por eso, si queremos ser salvos, es absolutamente decisivo que tomemos la advertencia de Cristo en serio. Si hemos comenzado a ser mundanos, vanidosos y amantes de los placeres pecaminosos, hemos de abandonar ese estado de libertinaje y buscar la piedad y gracia de Dios para revertir la situación, y recobrar el primer espíritu vigilante y temeroso de Dios, en el que anduvimos al principio, cuando recibimos el llamado del Señor.

En toda la Escritura, desde la primera hasta la última página, no encontraremos ni un solo pasaje que le dé esperanzas de que le irá bien a la persona que vive confiada en el pecado. No hay ni siquiera una sola palabra que diga que Dios es tan bueno que todavía te ayudará cuando no le temes al pecado ni al diablo y vives despreocupadamente. ¡No! Ten la seguridad que no hay promesa de gracia para tal actitud en la Escritura. Hay promesas maravillosamente piadosas para pecadores alarmados, aun en momentos de las mayores tentaciones, caídas y transgresiones. Pero, nótese bien, sólo para el pecador que se deja corregir, se arrepiente, teme, lucha y ora. Entonces hallará ayuda para todo. En caso contrario, no. Las tropas del enemigo del alma sin duda destruirán a los que están seguros en sí mismos. En este suelo hostil, uno debe luchar con temor y temblor y ser salvo únicamente por el poder de Dios. El que quiera quedarse tranquilo y despreocupado terminará perdido. En cualquier guerra es siempre así. Lo propio ocurre también con la persona que lucha por remontar la corriente de un río: Para que la corriente no lo arrastre a la profunda caída de agua, debe remar todo el tiempo. Si se acuesta a dormir en el bote, éste inmediatamente comenzará a deslizarse corriente abajo, para caer en la profundidad. Y además de la corriente del mundo incrédulo, nuestra naturaleza tiende constantemente a alejarnos del camino de la salvación. Y para colmo, está el infatigable hostigamiento del diablo con el mismo propósito. Todo esto explica la necesidad que tenemos para observar la amonestación del Señor: "¡Estén ceñidos vuestros lomos, y encendidas vuestras lámparas!" (Lc.12:35).

17. **Y todo lo que pidieréis al Padre en mi Nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo.** Jn.14:13

Orar en el Nombre de Jesús significa orar confiando únicamente en los méritos de Jesucristo como Mediador. Significa invocar al Mediador. Esto es algo normal y conocido por todos nosotros. Ocurre diariamente. Por ejemplo, cuando una persona rica y respetable le da su nombre y recomendación a un pobre y necesitado, para que lo mencione ante quien posee los medios que él necesita. Con el nombre y la recomendación de una persona rica y respetada, el pobre acude con toda confianza al que puede prestarle ayuda. Y el que da la ayuda, al enterarse de quién está intercediendo por el pobre, suele estar satisfecho y dispuesto a ayudar. Tal es así que normalmente ni siquiera le pide al pobre una garantía por la ayuda que le brinda. El que ayuda piensa: "A mí me alcanza con que fulano lo respalde y responda por él". Eso ocurre cuando se le permite a alguien ir a buscar ayuda en nombre de otro. Y de ahí podemos entender hasta cierto punto qué significa orar en Nombre de Jesús. Nuestras oraciones en la iglesia lo expresan generalmente con las palabras finales: "Por tu Hijo Jesucristo, nuestro Señor". Por otro lado, al observar el contexto de las palabras en Juan 14, vemos que orar en el nombre de Jesús también significa orar en conformidad con el pensamiento de Jesús.

Pero a fin de poder orar confiando realmente en los méritos de Jesús y de acuerdo al pensamiento de Él, es necesaria la obra del Espíritu Santo en el alma de la persona. Esa obra nos convierte en verdaderos discípulos de Jesús e hijos de Dios. El error de creer que Dios nos mirará a nosotros y nuestros méritos, y nos atenderá cuando hayamos sido debidamente penitentes y obedientes, está tan profundamente arraigado en la naturaleza humana, que pensamos que no podemos esperar que Él se apiade y oiga nuestras oraciones, mientras que nuestra conciencia nos acuse de pecado e indignidad. Está muy profundamente arraigada en todos nosotros esa perversa tendencia a la auto justificación.

Hay fieles hijos de Dios que en la conversión de sus almas se sintieron tan demolidos y contritos por la Ley, que sólo con gran dificultad lograron pasar por la puerta estrecha de la fe en la pura gracia y en los méritos de Cristo. Gracias a esa fe en Cristo fueron salvos. Pero miles de veces, en tanto que viven en este mundo, vuelven a caer en el mismo error de pensar que Dios se apiadará de ellos y oirá sus oraciones sólo en la medida en que le obedecieron y se arrepintieron. Por otra parte, piensan que Dios debe estar enojado y poco dispuesto a escucharlos cuando son sorprendidos en algún pecado y sienten su gran indignidad. Pero cuando elevamos nuestras oraciones con la idea de que Dios nos oirá en la medida en que nos hacemos dignos, eso es exactamente lo opuesto a orar en el Nombre de Jesús y a confiar en sus méritos de único Mediador. Ah, cuánta angustia y cuántas dolorosas experiencias se requieren hasta que al fin aprendemos a decir -real y sinceramente-: "Sólo por los méritos de Jesús; sólo en

su Nombre y por su intercesión le pido a Dios que me sea propicio y me dé lo que es bueno, aunque yo merezco su rechazo y castigo". Y si este es un "arte" extremadamente difícil aun para el regenerado hijo de Dios, para el no convertido resulta totalmente imposible pronunciar siquiera una sola oración basándose en los méritos de Jesús.

Además, al no convertido también le resulta imposible orar en conformidad con el pensamiento de Jesús. Un corazón no regenerado. no puede orar por las cosas que Jesucristo quiere. Y esta es la segunda lección de lo que significa orar en el Nombre de Jesús. Porque el deseo y el anhelo del corazón son parte de la oración. ¡Qué milagro de la gracia es que nosotros, por la fe en Jesús, también tenemos en nuestro corazón los mismos deseos y anhelos que vemos en la oración del Señor y en otras expresiones tuyas! Y cuando vamos a nuestro trabajo cotidiano y anhelando que Dios nos conceda su gracia... suspirando que su Reino se afirme en nuestro propio corazón y en el de otras personas... que tengamos esa mentalidad, que nos alegremos al notar la obra de Dios en el alma de una persona y que su Nombre se conozca y honre... ¡qué efecto de la gracia son todos esos frutos!

Al pensar así, pedimos las mismas bendiciones por las que rogamos en las dos primeras peticiones de la oración del Señor: "Santificado sea tu Nombre, y venga tu Reino". Eso fue -en resumen- lo que el Señor Jesucristo buscó cuando vivió aquí. Para eso usó todas sus fuerzas, sufrió y murió: Para salvar almas y extender el Reino de Dios en la tierra. Si tú vives con la misma ansiedad y con el mismo anhelo, pensando en las mismas cosas; deseando la salvación y felicidad eterna de los demás ¡alégrate y alaba la gracia de Dios, porque se te concedió tener la misma mente que Jesús! Todo el mundo alrededor de ti puede estar en la oscuridad y angustia, pero en tu alma se operó un milagro de la gracia que vale mil veces más que todo lo demás en el mundo. Sin pensar literalmente en los Mandamientos de Jesús y sin recordar textualmente las cosas mencionadas en la Oración del Señor, tal vez tú andes por ahí suspirando día y noche: "¡Ojalá Dios cumpla su voluntad en mí, e impida que se cumpla mi propia voluntad corrupta, o la mortifique! ¡Ah, ojalá se cumpliera la buena voluntad de Dios en mi vida!" Eso significa que tu corazón sintonizó la misma frecuencia que la de la tercera Petición: "¡Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra!" ¡Despiértate con regocijo y asombro ante ese milagro en tu corazón, el milagro de haber adquirido la misma mente de Jesús! ¡Cuánta gracia y gloria se nos concede, que en nosotros obre el mismo Espíritu que en Él! ¿Acaso esto no es prueba suficiente, de que "llegamos a ser participantes de la naturaleza divina?" (2 P.1:4).

18. **Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros.** 1 S.15:22

Aquí se nos dice que para Dios es sólo cuestión de obedecer. Para Él, el valor de una acción depende únicamente de su Mandamiento. Si Dios la ha ordenado, es grande e importante, aunque no fuese más que levantar una ramita seca. Y si Dios no la ha ordenado, no vale nada, aunque fuese algo tan grandioso como resucitar a un muerto, o edificar la catedral más grande del mundo. Sólo la voluntad de Dios -revelada en su santa Palabra- es una "lámpara a nuestros pies, y lumbrera en nuestro camino" (Sal.119:105).

Que cada cual se fije atentamente en lo que Dios le ordenó hacer. Todo cristiano siempre tiene dos clases de deberes que cumplir. Primero están los deberes individuales, u obligaciones relacionadas con el hogar y en su trabajo. En segundo lugar están las obligaciones generales, el servicio de caridad hacia el prójimo.

Acerca del primero, la Escritura dice: "Os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados" (Ef.4:1). "No todos los miembros tienen la misma función" (Ro.12.4). "Como Dios llamó a cada uno, así haga... La circuncisión nada es, y la incircuncisión nada es, sino el guardar los mandamientos de Dios. ¡Cada uno en el estado en que fue llamado, en él se quede!" (1 Co.7:17-20). Y acerca de las obligaciones generales dice: "Como queréis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos" (Lc.6:31). "Amarás a tu prójimo como a ti mismo" (Mt.22:39). "El cumplimiento de la Ley es el amor" (Ro.13:10).

Es precisamente en el cumplimiento de nuestra vocación donde generalmente se realizan la mayoría de nuestros servicios de caridad al prójimo.

Son pocas las personas que perciben que Dios nos llamó a ejercer en nuestras ocupaciones normales sus mandamientos y requisitos. Por eso, tenemos que abrir nuestros ojos para ver que la orden y la institución de Dios lo gobiernan todo, desde su trono en el cielo hasta la criatura más pequeña en la tierra.

"Porque Dios no es un Dios de confusión, sino de paz" (1 Co.14:33). Fue Él quien dispuso que uno sea gobernante y el otro súbdito; uno patrón, y el otro empleado, uno padre o madre, y el otro hijo o hija; uno rico, y el otro pobre; uno casado y el otro soltero. Así como en el cuerpo está el ojo, el oído, la mano, el pie, etc. El primer requisito de Dios es que cada cual cumpla su obligación: Que el gobernante gobierne bien; que el subordinado obedezca fielmente... El ojo debe ocuparse en mirar, y debe dejarle al oído que oiga. El pie debe ocuparse en caminar, y dejarle el trabajo manual a la mano. Ah, ¡Cuán feliz sería la vida en la tierra, si cada uno tuviese presente que lo primero que Dios nos manda hacer es que cada cual cumpla con las tareas de su vocación! Ése es el verdadero servicio a Dios, santo y agradable al Señor. En medio de las más sencillas

tareas domésticas y de los trabajos más comunes, la persona está ahí como quien está en el santo templo oficiando el sagrado culto divino. Claro, para entenderlo así se necesita una visión espiritual, un ojo que no sólo ve lo que tiene delante, sino también la orden y el mandamiento de Dios. Si con nuestros ojos físicos pudiésemos ver a Dios ante nosotros, y escucharle pidiéndonos un favor, aunque tan sólo fuese un mínimo servicio, ya no lo consideraríamos un servicio tan pequeño. Al contrario, inmediatamente adquiriría un valor muy superior, y lo cumpliríamos con deleite por el sólo hecho de poder prestarle un servicio al Señor. Como bien dice Lutero: "Si, algún día, Dios y sus ángeles resolvieran visitarnos y nos ordenaran barrer el piso, seguramente nos sentiríamos tan felices que no sabríamos qué decir. Y ciertamente no sería por la tarea, que es tan poco importante en sí misma, sino porque Dios nos ordenó hacerla".

Dios efectivamente nos ordenó tales tareas. Por ejemplo, si somos empleados, o miembro de una familia, nos ordena: "¡Hijos, obedeced en el Señor a vuestros padres..!" "¡Honra a tu padre y a tu madre!" "¡Obedeced a vuestros amos terrenales... como a Cristo... de corazón haciendo la voluntad de Dios!" (Ef.6:1-5).

¡Hagamos, entonces, lo que nos piden y ordenan! Este es el Mandamiento de Dios y nuestro servicio a Él. Pues cuando nuestro padre, madre, patrón o patrona nos ordenan hacer algo, Dios está al lado de ellos con su Cuarto Mandamiento diciéndonos: "Así es. ¡Ve hazlo!" "¡Por causa del Señor someteos a toda institución humana!" (1 P.2:13). Notemos: "¡Por causa del Señor!" ¿Qué otra cosa significa esto sino que esa orden humana es fundamentalmente un Mandamiento de Dios? Eso es, en tanto que sea la ordenanza regular de un superior humano y no una rebelión diabólica contra la voluntad de Dios. Es una ordenanza de Dios siendo que Dios la instituyó.

Es importante y necesario que los cristianos prestemos mucha atención a esos textos de la Escritura, y que lo recordemos muchas veces, por la forma violenta en que Satanás nos ataca a este respecto. A algunas personas las seduce a la pereza y negligencia. En otras provoca las más terribles aflicciones, disconformidades y pruebas. Y a una tercera tratará asiduamente de apartarla de su vocación, de llenarla de envidia e insatisfacción, de modo que no esté contenta con nada, y se deje llevar de un lado a otro. Tengamos entonces, en todos los casos, muy presentes estas palabras del Señor: "Obedecer es mejor que los sacrificios".

19. **He aquí que en las palmas de las manos te tengo esculpida.**

Is.49:16

Cuando el Señor le dice a su afligida Sion, a sus pobres hijos en la tierra: “He aquí en las palmas de las manos te tengo esculpida”, desea asegurarles que no los puede olvidar ni desamparar, ni aunque quisiese hacerlo, lo cual descarta completamente.

“¿Dónde habría de poner mis manos, en las que te tengo grabada, si quisiera olvidarte? ¡Estás siempre ante mis ojos!”.

Y el Señor nos tiene allí un mensaje más profundo aún. No sólo nos tiene grabados en sus manos, como alguien puede llevar el nombre de una persona grabado en el anillo de su dedo. No, la palabra empleada en el texto original significa “la palma de la mano”. Ya en el Antiguo Testamento el Espíritu del Señor había anunciado que las manos y los pies de Cristo serían horadados. Esa referencia se encuentra en el Salmo 22 de David, donde el Mesías se lamenta: “Horadaron mis manos y mis pies” (16b).

Las palabras: “He aquí, en las palmas de las manos te tengo esculpida” se refieren a las heridas que le hicieron al Señor Jesucristo con los clavos que horadaron las palmas de sus manos; esas manos que Jesús, después de su resurrección, mostró repetidas veces con especial énfasis a sus discípulos.

Un comentarista bíblico explica: “Las heridas dejadas por los clavos en las manos de Jesús le recuerdan a Él permanentemente las personas por las que se dejó herir de esa manera. Ahí nos tiene grabados, no con tinta, sino con su propia sangre. No nos tiene grabados con escritura que puede ser borrada, sino con heridas que atraviesan sus manos. Es una escritura no hecha con lápiz, sino con metal punzante: con clavos de hierro. E hizo eso para no olvidarnos jamás, porque no quiere olvidarnos”.

El rey David dijo: “Si me olvidare de Ti, oh Jerusalén, pierda mi diestra su destreza” (Sal.137:5). De igual modo el Señor quiere decirnos en este versículo: “¡Oh alma angustiada! No necesitas temer que yo me olvide de ti. En tanto que no me olvido de mi mano derecha, más aún: de ambas manos mías en cuyas palmas estás esculpida, no podré olvidarte. Antes tendría que olvidarme de mis propias manos...”

Es evidente que el Señor desea transmitirnos una gran seguridad con estas palabras: “He aquí, en las palmas de mis manos te tengo esculpida”. Y es algo grandioso que Cristo haya ascendido al cielo con las señales en sus manos.

Sin dudas lo más provechoso para nosotros es recordar que hemos sido esculpidos para siempre en esas heridas, como beneficiarios de la redención obrada por Cristo Jesús. Todos somos beneficiarios de esa redención. Eso lo revela la Escritura con toda claridad. Y nadie nos puede privar de ese beneficio, por equivocado que pueda parecernos.

En efecto, aun cuando nos volvamos apóstatas y nos separemos del Señor, no obstante todavía estamos esculpidos en las marcas de la expiación de Cristo.

Es decir, a pesar de nuestro rechazo, esa expiación se hizo para nosotros, y nunca puede ser anulada. Es eternamente válida, y siempre llevará salvación y bienaventuranza eterna a la persona, tan pronto como ésta la reciba por medio de la fe.

Un compositor evangélico que entendió esto escribió:

“¡Alabado seas, Señor, porque me concediste paz! Me libraste de mis temores, haciéndome ver que fui esculpido en tus heridas. No te negarás a Ti mismo, ni a tu Padre, ni me borrarás de tu memoria”.

¿Qué pasará si me vuelvo impío? En ese caso, por mi incredulidad borro mi nombre del Libro de la Vida, pero siempre seguiré grabado en las heridas de Cristo como beneficiario de una redención eternamente válida.

Este es el firme fundamento por el que todo mal puede ser remediado, y por lo que Dios nunca puede olvidarme. Debemos recordar esto cuando todo parece ir tan mal que estamos a punto de desesperar.

Por este medio -el de la fe y no por el de la vista- podemos ingresar siempre de nuevo al Reino de Dios.

20. **Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús.**

Fil.4:7

Quien desea seguir siendo un cristiano bajo las diferentes experiencias de la vida, y conservar y afirmar la paz de Dios en su corazón, debe ante todo mantenerse diligente y sinceramente en contacto con el Evangelio de la paz. Ésta es la fuente verdadera de la paz de Dios.

Únicamente el Evangelio de Jesucristo puede sostenernos continuamente durante las aflicciones y preocupaciones hacia las cuales nuestra perversa razón y conciencia, nuestros sentimientos y Satanás quieren arrastrarnos todo el tiempo. Contra todas estas perturbaciones de nuestra paz no tenemos otra defensa que la Palabra y el Sacramento. Ahí está el Consolador, El Espíritu Santo que nos consuela en la vida y cuando llega la muerte. Él nos dice: “¡No temas! Ten buen ánimo. Si sientes tu pecado, recuerda que Jesús es tu justificación y que ahora vives en el Reino en el que no se te culpa más de pecado. Ya no estás más en el reino de las obras meritorias, con las que se pretende anular la gracia, sino en el reino de gracia que anula las obras. Por los méritos de Jesús estás reconciliado para siempre con Dios, quien juró que jamás te repudiará”.

Esta es la trompeta de la paz del Reino de Dios, que debe sonar siempre en nuestros oídos y corazones, si queremos disfrutar de algo de paz aquí. Pero, aparte de la Palabra necesitamos al Señor mismo, a Él hemos de rogar diligentemente que nos envíe su Espíritu Santo al corazón.

Un antiguo creyente recomienda: “Cada mañana cuando el cristiano despierta, y muchas veces durante el día, debe suspirar rogando a Dios: Que tu paz que sobrepasa a todo entendimiento, guarde mi corazón confiado en Ti, contra toda falta de paz que pudiese inquietarme debido a la tiranía del diablo, a la maldad del mundo y a otras adversidades”.

¡Qué bueno sería que la paz de Dios domine más los corazones y las mentes de todos los cristianos! Primero, porque es la entrañable voluntad del piadoso Dios para con nosotros. Él no quiere que pasemos nuestros días en oscuridad y pena. Hemos sido comprados a un precio muy alto, y somos muy preciosos a la vista de Dios porque estamos gloriosamente revestidos de Cristo. Por todo esto debiéramos disfrutar de una gran paz creyendo en Él.

El apóstol dice francamente: “Dad gracias en todo. Porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros en Cristo Jesús” (1 Ts.5:18). Y Jesús mismo dice: “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia” (Jn.10:10).

Esta paz, fue uno de los objetivos principales de toda la obra redentora de Cristo, como lo dice también el profeta: “El castigo de nuestra paz fue sobre Él; y por sus llagas, fuimos nosotros curados” (Is.53:5). Y: “El efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre” (Is.32:17). De modo que cuanto más alegría y paz uno tiene por

la fe en Cristo, tanto más lo quiere Dios, y queda glorificado y exaltado Cristo, quien es el fundamento de esta paz y esta alegría.

Aparte de Él, el creyente no tiene más alegría en la tierra. En este mundo perverso, en el que no tiene sino luchas y tribulaciones (a causa de la maldad de su propia carne, del diablo y de los incrédulos), hace falta que el cristiano esté bien equipado con la sublime e imperturbable paz de Dios en su corazón.

Al concluir su discurso de despedida a sus discípulos la noche previa a su muerte, Jesús dijo: "Estas cosas os he hablado, para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo" (Jn.16:33).

La sincera voluntad de nuestro Salvador es que tengamos paz por medio de la fe en Él, aunque nadie mejor que Él sabe lo pecaminosos e indignos que somos. Él desea que tengamos paz con Dios. Sufrió y murió para adquirírnos esa paz. Y Él nos alienta y habla en forma cariñosa, a fin de que por medio de Él obtengamos la paz. Entonces, ¿por qué no descansamos muy contentos y confiados en su promesa, como niños en el regazo de su madre?

Es precisamente esta paz lo que más nos fortalece y guarda nuestros corazones unidos a Cristo. Esta paz nos da la vida espiritual: El deseo y la fuerza para realizar todo lo bueno. Recordemos lo que dice el texto: "Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús" (Fil.4:7). Y también lo que dice el profeta Nehemías: "El gozo de Jehová es vuestra fuerza" (8:10b).

Cuando por fe en Jesús tengo paz con Dios, puedo hacer y sufrir cualquier cosa. Cualquier persona puede odiarme; a mí me basta la seguridad del amor de Dios. Puedo sufrir una pérdida material, pero me siento feliz con el tesoro celestial. Cuando por el contrario, no tengo la paz de Dios en mi corazón, soy débil y vulnerable ante cualquier tentación. Por eso es muy cierto, que todo cristiano debe tener bien presente que la paz de Dios guarda el corazón, y que "el gozo de Jehová es nuestra fuerza".

21. **He aquí que no se ha acertado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír.** Is.59:1

Hay algunos cristianos que están muy decaídos por algún contratiempo que sufrieron, tan preocupados, doloridos y desorientados, como si no fuese posible arreglar su situación; como si hubiese desgracias en las que Dios ya no puede ayudar; como si Dios estuviese muerto, o hubiese quedado impotente, dando el Altísimo a sus hijos motivo para sentirse deprimidos, abandonados en la necesidad, de modo que tengan que andar afligidos. En general, estas personas parecen tener fe y suficiente conocimiento bíblico; pero, en ciertas adversidades o dificultades sienten tal temor, suspiran y se lamentan de tal manera, que pareciera que ya no creen más en su Dios y Salvador. Si se les recuerda que deben confiar en Dios contestan: "Ya sabemos que Dios es poderoso, fiel, etc., pero mi desgracia no tiene arreglo..."

Sí, a veces ese espíritu de tristeza puede atacar a cualquier cristiano. Sin embargo son sólo las tinieblas de la incredulidad y del engaño las que le hacen pensar al cristiano, que debe sentirse infeliz, y creer que existen situaciones que no tienen arreglo. El Señor siempre nos pregunta: "¿Acaso se ha acertado mi mano para no redimir? ¿No hay en Mí poder para librar?" (Is.50:2). ¿O es que Dios puede borrar a sus hijos de su corazón? "¿Qué es de la carta de repudio de vuestra madre, con que Yo la repudí? ¿O quiénes son mis acreedores, a quienes Yo os he vendido?" (Is.50:1). Es un error pensar que existen cosas por las que un cristiano tenga que ser infeliz.

Un hijo de Dios nunca se siente infeliz, realmente infeliz. Ante todo, porque ser un hijo de Dios ya es en sí mismo un beneficio o una dicha tan grande, que en comparación con cualquier adversidad, aun cuando esa adversidad no tuviese arreglo en esta vida, es apenas como un pequeño grano de arena comparado con toda la tierra; o como la pérdida de un centavo frente a la ganancia de un millón de pesos. Y en segundo lugar, nuestro Dios puede solucionar cualquier problema: "La diestra del Señor puede cambiarlo todo". Y lo que el Señor no quiere hacer, o considera que no es lo mejor ni lo más conveniente, nunca debe causarle tristeza a sus hijos, porque si el contratiempo persiste es ciertamente para el bien de ellos, para darles mayor felicidad, en su debido momento. Como dice el apóstol: "Sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Ro.8:28). Esa es la gran ventaja que los hijos de Dios tienen sobre la gente incrédula: Cualquier cosa que les sucede debe cooperar para el bien de ellos.

El mundo infiel puede tener más oro y plata, más casas y campos, más alimentos y ropas, más placer y diversiones... sin embargo, jamás puede tener la dichosa certeza de que todo y cualquier cosa cooperará para su bien. Al contrario, emplea todo para su perjuicio. Y cuando logra lo mejor y está en lo más alto de sus conquistas, tienen que percatarse de que no son

más que viles siervos del diablo y herederos con él del fuego eterno. Por el contrario, aunque los hijos de Dios estén en las peores tribulaciones, en los más oscuros valles de lágrimas, en sufrimientos y pruebas... en medio de todo siguen siendo la niña del ojo del Señor, la delicia de su corazón, los hijos de la justicia, la nación santa, la raza escogida que va a ser llevada finalmente por los ángeles al seno de Abraham (Lc.16:22). Como Job, cuando había rasgado sus ropas, y estaba sentado en las cenizas, y gemía mientras se raspaba las heridas; o como Jeremías cuando se hallaba en la cisterna de lodo en la que debía morir de hambre (Jer.38:6); o como Daniel en el foso de los leones (Dn.6); o el pobre Lázaro, cubierto de llagas, echado a la puerta del rico (Luc.16:20).

Con toda seguridad los amados hijos de Dios jamás pueden sentirse infelices, siendo que aun la adversidad debe cooperar para el bien de ellos; más aún, ni siquiera el pecado, que es la desgracia mayor, los puede condenar; ni el diablo los podrá derrotar ni la muerte los podrá dañar. Por el contrario: por obra y gracia del Señor todos estos terribles enemigos, de una forma u otra, les deben servir a ellos.

Por esto, entendemos que no existe calamidad de la que nuestro Dios no nos pudiese salvar. ¡No hay poder que nos pueda separar del "amor de Dios, que es en Cristo Jesús nuestro Señor! (Ro.8:39). No hay enemigo capaz de arrebatarnos a las ovejas de la mano de Cristo Jesús. Para que éstas se puedan perder deben separarse deliberadamente del Señor, como lo hicieron nuestros padres en el Edén; deben desobedecer conscientemente su voz (He.10:26), dejarse engañar por la serpiente y por el hechizo del pecado. Este es el fundamento para la importante verdad de que ningún cristiano se perderá mientras tema a Dios, aprecie su Palabra, la escuche y se deje amonestar por la misma. En tanto ocurra esto, ningún poder del mundo será capaz de separarlo del amor de Dios que es en Cristo Jesús. No importa lo débil que fuese, lo horrible que parezca el problema, o lo profunda que fuese la miseria que lo aflige. Todo puede ser resuelto, en tanto busque la ayuda del Señor, en la forma en que Él prometió ayudar.

Es imposible que quien confía en el Señor y lo invoca con fe, acabe desilusionado. Miremos las Escrituras desde el principio y veamos si fue defraudado alguien que confió en el Señor y lo invocó. No. Es pura incredulidad cuando un cristiano, en cualquier dificultad, se lamenta como si no tuviese esperanza. Porque nuestro Dios puede auxiliarnos en cualquier problema. En todas las situaciones es nuestro todopoderoso y fiel Padre celestial, que tiene cuidado de sus hijos; que comparte todos sus sufrimientos, los ayuda, protege y sostiene. Por medio de su profeta Él dice: "Así ha dicho Jehová de los ejércitos: El que os toca, toca a la niña de su ojo" (Zac.2:8b).

22. Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios, sufre molestias padeciendo injustamente. 1P.2:19

En un sermón sobre esta epístola, Lutero dice: “Servir a Dios es, en general, hacer lo que Dios ordenó y no hacer lo que Él prohibió. Por eso, todo el mundo está lleno de oportunidades para servir a Dios; no sólo en la iglesia: también en el hogar, en la cocina, en el sótano, en el taller, en el campo y en la ciudad. Cada uno tiene que hacer bien lo que le corresponde. Porque Dios no sólo ordenó y desea mantener la iglesia y el gobierno civil, sino también la familia. Todos los que trabajan ahí: el padre y la madre, los hijos, los empleados y vecinos, sirven a Dios al hacer lo que Él manda y quiere. Cada cual en sus labores y penas podría estar feliz y de buen ánimo, y nada le resultaría difícil si obrase de esa forma en su ocupación y vocación. Pero el diablo combate eso con pies y manos. No quiere permitirnos esa alegría. No. Quiere que cada uno titubee en hacer lo que debe hacer y le fue ordenado. De modo que a nadie le guste servir a Dios, y Dios no reciba ningún servicio de los hombres”.

Hace falta que cada cual tenga entendimiento espiritual y fe en la salvación que nos obsequió Jesús; un corazón agradecido y amor a Dios. De ahí procede el deleite en su Ley. Es necesario que cada cual, en el estado y en la vocación en que se encuentra, tenga ojos espirituales para ver a Dios, para ver delante de sí la gracia divina. Y luego mire sus Mandamientos, su voluntad, y no sólo el valor de la obra en sí.

En segundo lugar, muchas veces también hace falta una paciencia infatigable, siendo que el diablo sabe amargar nuestro estado y nuestras circunstancias tanto, que nuestra vocación se nos vuelve repulsiva. ¡Ah, qué ventaja poseer entonces ese amor a Dios con el que podemos ahogar nuestro desagrado en su agrado, sufrimos con paciencia y perseveramos practicando el bien sólo por amor de su voluntad!

San Pedro dice: “Criados, estad sujetos con todo respeto a vuestros amos, no solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar. Porque esto merece aprobación, si alguno a causa de la conciencia delante de Dios sufre molestias padeciendo injustamente. Pues ¿qué gloria es, si pecando sois abofeteados, y lo soportáis? Mas si haciendo lo bueno sufrís, y lo soportáis, esto ciertamente es aprobado delante de Dios. Pues para esto fuisteis llamados, porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1 P.2:18-21).

Los que son empleados e hijos, noten las palabras: “No solamente a los buenos y afables, sino también a los difíciles de soportar...” “A causa de la conciencia delante de Dios... sufran molestias padeciendo injustamente... esto es aprobado delante de Dios... para esto fuisteis llamados... porque también Cristo padeció por nosotros...”

¡Cuán digno de alabanza ante Dios es que un hijo que cree en Cristo, sufra injustamente por culpa de sus padres o hermanos y hermanas

impíos, y lo soporta humilde, paciente y constantemente “a causa de la conciencia!”

¡Cuán elogioso es que no se alce para replicar irrespetuosamente, ni sucumba al dolor y a la tristeza, ni se vuelque al mundo impío! ¡Qué extraordinario es verlo sufrir y tener paciencia, confiando en el Señor, teniendo en Él su consuelo, y sabiendo que sólo su Salvador es su verdadero Amigo y Refugio! Esto es aprobado delante de Dios.

Cuán digna de gratitud a Dios es la mujer verdaderamente cristiana, esposa de un marido rudo e impío, que sufre su drama con paciencia “a causa de la conciencia”, que padece injustamente, demuestra amor, y sirve a su marido con un perpetuo perdón.

Son dignos de gratitud a Dios los padres y las madres que trabajan con infatigable firmeza, paciencia y amor en la educación de sus hijos, combatiendo la impiedad y maldad innatas. ¡Cuán admirable es el padre o la madre que amonesta, reprende, perdona, instruye y ante todo encomienda al hijo o a la hija a Dios en oración!

¡Que bendición hay para un fiel maestro, que trabaja con amor, y se mantiene paciente, sin desmayar a pesar del “suelo estéril” que le toca “cultivar”! ¡Es maravilloso ver que sigue trabajando con celo y amor, tanto en público como en privado, en tiempo oportuno y fuera de tiempo, reprendiendo, urgiendo y amonestando con toda humildad y sabiduría! ¡Cuán extraordinario es si sufre tranquilo la enemistad de medio mundo, hasta de algunos colegas!

Es digno de gratitud a Dios cuando tal maestro se ejercita primeramente a sí mismo en la piedad, y conserva así su propia vida en la gracia.

Que llena de gracia será la vida de un estudiante piadoso cuando sufre con paciencia la burla de sus malos compañeros; cuando se mantiene incontaminado del mundo, y acepta gustoso que por causa de Cristo lo tomen por tonto. Hay que alabar a Dios cuando ese estudiante le consagra contento sus dones a Dios, y estudia las materias de su carrera, pero sus temas favoritos siguen siendo los espirituales.

Que piadosa será la vida de un trabajador cuando es honesto y fiel en su profesión “a causa de su conciencia delante de Dios”, y preferiría sufrir pobreza y necesidad en lugar de hacer las estafas y engaños con los que sus compañeros de profesión se enriquecen.

Cada cual tiene en su propio estado pruebas y dificultades. Se necesita mucha paciencia, y ojos espirituales para ver y amar lo que agrada a Dios; y para permanecer firme, fiel y aplicado en la vocación de uno, sirviendo de esa forma al prójimo y cumpliendo la voluntad de Dios.

Esto es agradable delante de Dios, y es la forma correcta de vivir.

23. **Yo te aconsejo que compres de mí oro refinado en fuego, para que seas rico.** Ap.3:18

Notemos que el Señor dice aquí: "...que compres de mí". Pensemos por un momento, qué significa que el Señor diga con un espíritu ferviente y en un tono alto, majestuoso, serio y amonestador: "Te aconsejo que compres de mí..."

"De mí". Esto es un fuerte rechazo a todas nuestras obras. Es una poderosa confirmación de que delante de Dios no hay nada que valga, sino sólo lo que proviene del Hijo. Pero, "¿comprar?" ¿Qué vamos a entender con eso? Lo explica el propio Señor en Isaías 55:1: "A todos los sedientos: Venid a las aguas; y los que no tienen dinero venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche". Y otra vez en Apocalipsis 22:17: "El que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de la vida gratuitamente".

Notemos: "¡Gratuitamente!". Acerca de esa compra dice aquí: "Te aconsejo que compres de mí..."; o sea: "Te aconsejo que renuncies a tus propias obras, y que sólo creas en mí, y que recibas solamente de mí lo que yo te ofrezco". Es cierto que habla medio en tono de reprimenda, en un espíritu de severa amonestación. Pero precisamente por eso es tanto más dulce. Es como si dijese: Te ordeno que no hagas ni lo mínimo por ti mismo para conquistar mi favor o congraciarte conmigo. Te ordeno que renuncies a todo tu esfuerzo propio y que solamente recibas. Te ordeno creer que lo que hice por ti es suficiente".

Si obtenemos la gracia de reflexionar y entender esto, y de recibir estas majestuosas palabras del Señor con fe: "Te aconsejo que de Mí compres oro refinado en fuego para que seas rico", comprobaremos que son capaces de enardecer a un corazón tibio. Pueden calentar y animar a un alma fría y muerta, porque dicen algo grandioso y glorioso.

Primero, un momento antes, el Señor describió en términos muy fuertes la miseria e indignidad de la persona a la que Él le ofrece tanta gracia, de manera que ni una sola alma podría retirarse, sentirse demasiado indigna y quedarse sin su parte.

En segundo lugar, este es un consejo muy serio y una palabra maravillosa del propio sublime Señor a un indigno pecador. Frente a estos consejos y términos, todos nuestros pensamientos y sentimientos no son más que paja seca o granitos de arena comparada con una montaña grande y alta.

Pero, ¿a qué se refería Cristo con el "oro" que El ofrece? Algunos entendieron que podía ser la fe. Pero es un error. No cuadra aquí para nada. La fe está simbolizada por la misma acción de "comprar". Y esto comprende tanto pedir como creer. El oro que se debe comprar representa los grandes tesoros ofrecidos; simboliza la bendición abrazada por la fe; es decir, la preciosa sangre de Cristo, la totalidad de sus méritos, que fueron probados y purificados en el fuego de su sufrimiento. Acerca de esto dice San Pedro: "Sabiedo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir... no con cosas corruptibles como oro y plata, sino con la preciosa

sangre de Cristo, como de un Cordero sin mancha y sin contaminación" (1 P.1:18-19).

El apóstol quiere decir: "Se necesitan plata y oro para redimir a una persona secuestrada. Pero el "oro" con el que Cristo nos redimió no es corruptible, sino incorruptible: Es su preciosa sangre".

La sangre -o los méritos de Cristo- es lo único que puede enriquecer a un pobre pecador. La fe en sí misma no es ningún tesoro válido ante Dios. Para quien quiere comparecer ante Dios, no es suficiente que presente su propia fe, o su arrepentimiento, su devoción, su amor, su humildad, etc., porque ni siquiera estas virtudes, obradas por el Espíritu Santo en nosotros, nos protegerán contra el fuego del Juicio. Estas virtudes siguen siendo aún imperfectas, por la fragilidad del vaso que las contiene.

No, quien quiere permanecer de pie ante el tribunal de Dios, y llamarse "rico" en su presencia, debe tener algo más elevado y excelente que la propia piedad. Es decir: el oro probado y purificado en el juicio de Dios: Únicamente la justicia de Cristo mismo.

Y pensemos bien en el valor que tiene ese oro, el oro que Cristo ofrece aquí, es decir, su preciosa sangre. Nosotros somos muy pobres y pecaminosos. Debemos "diez mil talentos" (Mt.18:24). ¡Hemos pecado tantas veces, tan atroz y tan nefastamente!

Sin embargo, pongamos toda esa maldad en un platillo de la balanza, y la sangre derramada por el Hijo de Dios en el otro platillo y digamos cuál pesa más. Sin duda nuestros pecados son graves y pesados, pero cuando oímos de su propia boca: "Esto es mi sangre... derramada para remisión de los pecados" (Mt.26:28), y a su apóstol diciendo: "La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado" (1 Jn.1:7), entonces nuestra pobre, pecaminosa y afligida alma se llena de consuelo y valor.

Entonces comienzo a revivir y a volverme ferviente en espíritu, pues ¿qué puede ser una propiciación más suficiente que la sangre de Cristo? ¿Qué pecado de un ser finito puede tener más importancia que la sangre del ser infinito? Y Cristo le habla aquí a una persona sumamente indigna, que había caído profundamente de la gracia (al ángel de la iglesia de Laodicea). Al cual le dice: "Te aconsejo que de Mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico". Así declara que esa persona llegaría a ser rica -no sólo libre de culpa y cargo- sino rica, isólo con ese oro!

24. **Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz.** Ro.13:12

El versículo siguiente a este nos aclara lo que el apóstol entiende por las obras de las tinieblas: glotonerías, borracheras, lujurias, lascivias, contiendas y envidia. Que el apóstol llame a esos pecados: "obras de las tinieblas", no se debe sólo a que los que los cometen se ocultan de la luz natural. No, el apóstol no habla aquí de la luz o las tinieblas naturales. Más bien desea señalar que esas obras pertenecen a las tinieblas espirituales; a la oscuridad de la maldad. O sea, los placeres carnales del pecado; la vida desenfadada en toda clase de vicios.

Debemos observar especialmente la exhortación del apóstol: "Desechemos", dejemos de lado esas obras de las tinieblas. Y esto se lo dice a los creyentes. De esto aprendemos, en primer lugar, que ni siquiera los cristianos están libres de caer en toda clase de pecados.

Aunque no podemos entregarnos a ellos como lo hace el mundo -que peca deliberadamente, sin arrepentirse- no obstante podemos infectarnos con ellos. Y en tiempos de sueño espiritual o de recia tentación, nuestra maldad prácticamente puede llegar a cautivarnos. La historia de muchos santos nos ilustra eso. Por eso no debemos desesperar inmediatamente ni condenarnos a nosotros mismos o a otros cristianos, cuando ocurre algo así. No, si el alma aún se aferra a su Salvador en arrepentimiento y fe, y busca su ayuda -tanto para el perdón como para su liberación- entonces todavía hallará sobreabundante gracia. Debemos dar gracias a nuestro Señor Jesucristo, que obtuvo para nosotros perfecto perdón para verdaderos pecados.

Y en segundo lugar, aquí podemos notar la seria amonestación del apóstol, exhortándonos a desechar esas obras de las tinieblas. La inmensa gracia que hemos recibido ha de motivarnos a desecharlas. El apóstol no dice solamente: "¡Reconozcamos y confesémoslas!". No. Él dice: "¡Desechémoslas!" Aquí tenemos la segura señal que distingue al cristiano verdadero del falso. El verdadero cristiano se asusta de su pecado, y busca el perdón de Dios, recurriendo a los Medios de Gracia para librarse de su pecado. El falso hace un convenio secreto con el pecado, porque piensa retenerlo. Lo defiende y se excusa, aun cuando a veces lo confiesa con su boca. Es cierto que también el cristiano fiel puede, por momentos, en la hora del "zarandeo" olvidar a Dios y comportarse como si el Espíritu de Dios lo hubiese abandonado por completo (Lc.22:31). Lo vemos en el caso de Pedro, cuando negó a su Señor tres veces (Mt.26:75).

Pero como Pedro inmediatamente después salió y lloró amargamente, así también, todo verdadero cristiano aborrece su pecado en lo profundo de su alma.

¿Y de qué manera desechemos realmente el pecado? Lo hacemos de diferentes maneras. Algunos pecados podemos desecharlos inmediatamente. Entonces debemos regocijarnos y no hablar de debilidad, sino alabar la gracia de Dios.

Otros pecados, en cambio, pueden convertirse en una vara correctora para nosotros por mucho tiempo, a veces por toda la vida. Luchar contra los pecados que llevamos adheridos, para que no lleguen a dominarnos como dominan al mundo infiel, es algo que no emprendemos por fuerza o determinación propias, sino únicamente “fortaleciéndonos en el Señor, y en el poder de su fuerza” (Ef.6:10).

El apóstol agrega en seguida: “Y vistámonos las armas de la luz”. “Las armas de la luz” son lo opuesto a “las obras de las tinieblas”. Éstas consisten en vicios y pecados, pero las armas de la luz consisten en pureza de mente y de vida, sobriedad, vigilancia, y sobre todo fe, amor y esperanza. Armas con las que luchamos contra las tentaciones de la carne, y contra las seducciones del mundo y del diablo.

El apóstol acaba de hablar de las obras de las tinieblas. Y ahora, para contrastar, usa la expresión: “armas de la luz”. No dice “obras de la luz” sino “armas de la luz”, dándonos a entender que aquí habrá lucha y combate; que harán falta armas para ser capaces de perseverar en la fe y piedad.

La vida cristiana no será una vida fácil y tranquila, como la de los que “duermen de noche” (1 Ts.5:7). No, muchas veces será una lucha dura, larga y riesgosa, en la que tenemos que luchar por nuestra propia supervivencia, o morir y perderlo todo. Es vivir en una constante guerra, en la que no hay paz ni seguridad carnal, sino perpetuo desasosiego, riesgo de vida y temor. Nos toca estar siempre alertas y armados para nuevos choques. Una vez nos atacan la fe y la conciencia, dejándonos en peligro de quedar “otra vez sujetos al yugo de la esclavitud” (Gá.5:1). Otra vez ataca nuestra conducta externa, cuando el diablo y el mundo tratan de arrastrarnos al pecado y la vergüenza. En una tercera ocasión, es atacado nuestro amor al prójimo, cuando nos cuesta dejar de lado el odio o la enemistad contra alguien... Contra todos esos ataques debemos estar armados con las armas de la luz. Y la lucha muchas veces puede volverse tan ardua y riesgosa, que estaremos a punto de desesperar. Nos salvan únicamente los “grandes prodigios”, que realiza nuestro omnipotente y fiel Señor. Por eso San Pedro también dice que “el justo con dificultad se salvará” (1 P.4:18).

¿Qué cristiano podrá vivir tranquilo y seguro en este mundo hostil, como si estuviese en su casa y como si ya no tuviesen enemigos espirituales? ¿Como si el diablo ya no tuviese más nada en contra suya, o como si la carne y el mundo ya no fuesen más sus peligrosos enemigos? Tanto la Palabra como la experiencia dan testimonio que ningún cristiano supo cruzar con éxito este suelo enemigo sin temores y luchas. Y si ya no tengo miedo, estoy en peligro.

Considerarme fuera de peligro entre enemigos que constantemente me acechan, no es más que un terrible auto engaño. O temo y lucho, y así soy salvo por el poder de Dios, o me quedo tranquilo y despreocupado, y así me pierdo. Por eso el Señor Jesucristo nos amonestó tan encarecidamente diciendo: “¡Velad y orad!”

“Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: ¡Velad!” (Mt.26:41; Mr.13:37).

25. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal. Ro.12:21

Cuando se leen estas palabras en conexión con el versículo precedente, el sentido parece ser: “No dejen que la maldad de sus enemigos los venza, haciendo que ustedes también se vuelvan malos, antes venzan la maldad de ellos perseverando en el amor, de modo que los conviertan de enemigos en amigos”. Pero esto requiere que superemos la maldad de nuestro propio corazón, de modo que ésta no se imponga a nuestro amor perdonador.

Quien permanece en el odio y en la venganza, se dejó dominar por una doble maldad: La maldad de su enemigo y la de su propio corazón, que se unieron para llevarlo al odio y a la venganza. Así lo vencieron, porque no luchó con su propia maldad, y ya no quiere perdonar a su prójimo ni amarlo ni tratarlo bien.

Y si fuimos vencidos así por el mal, somos doblemente desdichados. Como si no fuera suficiente que guardemos odio y enemistad contra nuestro prójimo -lo que en sí mismo ya es un estado desdichado y sin paz- sino que con ese odio también nos excluimos de la gracia de Dios y de la paz con Él. Porque nuestro Señor Jesucristo declaró expresamente: “Si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.” (Mt.6:15; 18:35). De modo que es realmente importante que no nos dejemos vencer por el malo, quedando con odio y sin reconciliación. Se trata de algo indispensable para nuestra bienaventuranza eterna.

Hay algo muy especial en este mal, en el odio vengativo, porque refleja una mala relación de nuestra alma con el pecado y con la gracia de Dios. Pues con sólo confesar que no le podemos perdonar a cierto individuo, también declaramos que podemos arreglárnoslas sin la gracia de Dios y sin el perdón de nuestros pecados; que hasta podemos arreglárnoslas sin la bienaventuranza eterna para nuestras almas. Pero si nuestro propio pecado nos resulta realmente grave, y la gracia de Dios realmente necesaria, podremos perdonar hasta el más doloroso agravio. Y si no podemos hacer esto, roguemos a Dios que tenga piedad de nosotros y nos despierte, tanto para ver el horror de nuestros propios pecados, como el gran beneficio de su gracia en Cristo. Entonces estaremos en condiciones de perdonarle a cualquiera cualquier ofensa, y no nos dejaremos vencer por este mal letal: el odio irreconciliable.

“¡Antes venced con el bien el mal!” Esto es: “Venced la maldad de vuestro enemigo con constante amor y buenas obras hacia él”. En respuesta a una palabra ofensiva, demos una respuesta suave, que “aleje la ira” (Pr.15:1). En respuesta a una mirada desafiante, demos una mirada amable y bondadosa.

Cuando oigamos que nuestro prójimo habló mal de nosotros, digamos algo bueno de él. Puede ser que llegue a su conocimiento, y que entonces simpatice con nosotros. Si se negó a prestarnos una ayuda, busquemos

una oportunidad para prestarle nosotros a él un servicio que necesita. De esta manera se vence el mal con el bien. La maldad de nuestro enemigo es como un ataque progresivo contra nuestra paciencia, bondad y caridad. Cuidemos, entonces, que la maldad de un enemigo no asfixie la bondad dentro de nosotros; que por el contrario, nosotros superemos su maldad. Si la bondad cristiana dentro de nosotros no puede ser extinguida, y siempre seguimos respondiendo con amor y caridad, la maldad del enemigo en la mayoría de los casos ciertamente será superada.

Pero aunque esto no ocurra, no obstante habremos superado el mal mayor al haber vencido los impulsos carnales de nuestro propio corazón y haber perseverado en el amor.

Por otra parte, estos malos impulsos de nuestro propio corazón sólo pueden ser vencidos por la bondad de otro; es decir: por la gracia en el corazón de Dios. Si luchamos contra la maldad de nuestro corazón sólo con la fuerza de nuestra propia voluntad, pronto caeremos derrotados. Pero cuando nuestras almas perciben el gran amor de Dios, que por causa de Cristo siempre nos concede pleno perdón de todos nuestros pecados, y si la paz de Dios nos gobierna, también nosotros estaremos siempre dispuestos a amar y tener piedad a nuestro prójimo. Entonces habremos vencido -en el supremo sentido de la palabra- el mal con el bien.

Esas son las luchas y las victorias de los cristianos. Para el mundo incrédulo, victoria es haber podido desquitarse y vengarse del enemigo. En el Reino de Cristo se llama victoria que uno no tome venganza y supere su propio odio.

Los cristianos combatimos ante todo nuestra propia maldad. Cuando logramos superarla, esa es nuestra victoria más preciosa. Pero también combatimos la maldad de otros, y recurrimos al amor y a las buenas acciones para lograrlo.

¡Quiera Dios, en su gracia y amor eternos, fortalecernos siempre más en la lucha de vencer al mal con el bien!

26. **Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.** Col.3:3

¡Nuestra vida está escondida en Dios! ¡Escondida con Cristo! Cristo es nuestra vida, pero Cristo está escondido. Por eso está escondida también nuestra vida. Así habla el apóstol aquí, y la experiencia de todos los santos lo confirma. Sin embargo, no queremos aceptar esto como cierto y correcto, y decimos: “Si fuese vida verdadera con Cristo en Dios, no estaría escondida sino que se notaría claramente, y yo la sentiría más”. Veamos...

Es cierto lo que dice la Escritura: “El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en (dentro de) sí mismo” (1 Jn.5:10), y: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro.8:16). Es cierto lo que San Juan repite tantas veces: Sabemos definitivamente que somos de Dios; somos amados hijos de Dios; Dios habita en nosotros.

Se engaña a sí mismo quien no fue convertido, quien no despertó del sueño de sus pecados, quién no conoció la angustia bajo la Ley ni la redención y nueva vida en Cristo, sino que todavía está unido al mundo incrédulo -aunque no sea en la corrupción más grosera- y piensa que a pesar de todo tiene la vida con Cristo en Dios, se engaña aquel que, si de este texto interpreta que la nueva vida con Cristo no se revela con señales manifiestas ni con determinado poder o pruebas. Porque las Escrituras enseñan que por los frutos del Espíritu se reconoce al árbol bueno.

Que la vida espiritual esté tan escondida se debe a lo siguiente: Primero, que nuestra mente pecadora y ciega nunca llega a entender y a estimar plenamente la obra y los frutos del Espíritu. En cierta manera quiere apoderarse de esa vida y examinarla. A veces no nos conformamos con la lista de los frutos del Espíritu presentada en la Escritura, y queremos determinar por nosotros mismos la forma en que la vida espiritual debiera manifestarse. De modo que cuando las Escrituras mencionan amor, gozo, paz, etc., como los principales frutos del Espíritu, muchos dicen: “Sí, ¿pero qué es eso? Claro que cuando obtuve perdón de todos mis pecados sentí un nuevo amor a Dios en mi corazón; un gozo y una paz con Dios que nunca antes había sentido. Pero ¿qué es eso? Son cosas débiles e inconstantes en mi alma. Pienso que debiera sentir un amor y gozo, una paz y ternura mucho mayores...” Anhelamos sensaciones interiores y sentimientos de vida espiritual más fuertes dentro de nosotros. Y cuando faltan esos sentimientos, inmediatamente dudamos de nuestra vida y comunión con Dios.

En segundo lugar, nuestra vida en Dios está más escondida que nunca cuando Dios no sólo nos quita los sentimientos o el poder de la fe, sino también permite que nos aqueje mucho pecado y flaqueza. Permite que Satanás nos zarandee despiadadamente; que nos tienta y atormenta a tal punto con pensamientos, placeres y deseos pecaminosos, que a veces caemos. Y como Pedro, negamos al Señor con mentiras y perjurios. O discutamos como Pablo y Bernabé (Hch.15:39). Y cuando algo de eso

ocurre con nosotros, ¿dónde queda nuestra vida con Cristo en Dios? Nos parece que seguir creyendo que el Espíritu de Dios todavía podría estar morando dentro de nosotros es una insensatez; pensamos que seguramente no es el Espíritu de Dios sino el del diablo... Entonces nuestra vida con Cristo en Dios está ciertamente oculta.

Finalmente, para colmo a veces Dios también permite que nos azoten toda clase de adversidades, accidentes y sufrimientos. Más aún: que nos cubran como un aluvión. Así, por ejemplo, que se junten contra un piadoso Job todos los poderes de la naturaleza, de los hombres y de los espíritus (cuando los asaltantes, la tormenta y el fuego lo privaron de todo lo que poseía, inclusive de sus hijos: Job 1:15-19). El diablo hirió a Job con una sarna maligna, y hasta su mujer se burló de su fe (2:7-9). Sus miserables amigos lo afligieron con falsos consejos (4 y 5), y su propio corazón se rebeló contra Dios (Job 3), de modo que Job maldijo el día de su nacimiento. ¿Dónde quedó entonces el hombre tan bendecido por Dios (Job 1:1), tan perfecto y recto, que no había otro como él en la tierra (1:8)? ¿Dónde quedó la paz de Dios que debía haber disfrutado? ¡Esto sí que es esconder muy hondo nuestra gloriosa vida con Cristo en Dios! ¿O qué más podemos decir?

Sin embargo, de todos los males que encubren y ocultan nuestra nueva vida con Cristo, no hay ninguno comparable al pecado. En comparación con éste, los sufrimientos físicos son poca cosa. Uno pronto puede entender que los sufrimientos físicos no son otra cosa que una “vara de disciplina paternal”, porque “el Señor al que ama, disciplina” (Pr.3:12). Pero el pecado, el furor del diablo en nuestra naturaleza carnal, la persistente codicia a pecar, el consiguiente sentimiento de perdición, y la idea de que Dios tiene derecho de abandonarnos y de quitarnos su Espíritu... éstos son los verdaderos golpes mortíferos capaces de penetrar hasta los tuétanos y de nublar plenamente nuestra vida en la gracia. En esas circunstancias generalmente no ayuda otra cosa que dejar de pensar en nuestra propia vida en la gracia, y mirar sólo al propio eterno e inmutable Dios, para implorarle que nos salve y socorra. Y cuando la atmósfera espiritual nuevamente se limpie, podremos ver que en medio de la negra oscuridad estaba escondido no sólo el inmutable corazón paternal de Dios y la eterna justicia de Cristo, sino también una verdadera, genuina y activa vida en la gracia dentro de nuestro corazón.

Dios lleva a sus santos por caminos extraños, y en esos caminos esconde la vida bajo la muerte, la justicia debajo del pecado, la gracia bajo la ira, sí: el cielo bajo del infierno. Esa es la gran sabiduría de Dios, la que nos hace falta más que cualquier otra cosa, para poder permanecer con el Señor.

27. **Estad, pues, firmes, ceñidos vuestros lomos con la verdad.**

Ef.6:14

El apóstol describe la forma en que luchaban los soldados de aquella época. El soldado ceñía sus lomos con un ceñidor -o cinto- para ajustar las ropas largas que vestían esos tiempos, y que de otra manera estarían sueltas sobre su cuerpo y le impedirían moverse con libertad. El cinto le permitía al cuerpo tener firmeza y agilidad. Pero, ¿cuál es el cinto con el que nos hemos de ceñir nosotros, los cristianos? El apóstol dice, “la verdad”. Ah, ¡Qué sabiduría divina! Aquí habla el Espíritu del Señor. Hemos de ceñir los lomos de nuestras mentes con la verdad. Como el verdadero ser y poder de nuestro enemigo está en la mentira -falsedades, errores y engaños- así nuestra primera arma contra él debe ser la verdad. Pero la palabra “verdad” tiene un doble sentido en la Escritura. Primero está la verdad de la doctrina o la Palabra de Dios. En ese caso, la exhortación indica que hemos de armarnos con un conocimiento claro y correcto de la Palabra de Dios, para no dejarnos desviar por doctrinas nuevas y extrañas.

Pero en segundo lugar, la palabra también expresa verdad en nuestro testimonio o conducta. Eso es honestidad, intención seria y real. Saber qué dice Dios con respecto a todas las cosas, a fin de obrar de acuerdo a ello. Sin duda, debemos ceñirnos con la verdad en ambos sentidos.

Contra todas las tentaciones del diablo, no existe arma más potente, que agarrar con firmeza las cosas que Dios dijo en su Palabra. Así como el soldado ajustaba con un cinturón de combate sus ropas sueltas (que de otro modo estarían flameando al aire y molestándole), así hemos de ajustar y afirmar con la verdad nuestros pensamientos para que dejen de flotar libremente en el mundo de las suposiciones. De manera que siempre podamos decir: “¡Esto o eso es lo que Dios dice! Cielos y tierra pasarán, pero ni una sola Palabra de su boca dejará de cumplirse. Lo que Dios ha dicho es cierto y seguro. ¡A eso me atengo!” Ah, ¡Qué bendita seguridad cuando Dios concede que nos ceñamos con su propia verdad! Esto es lo primero y lo más necesario que debemos hacer, si deseamos permanecer firmes en el día malo de la tentación.

Pero, ¿De qué vale toda la firmeza doctrinal, mientras el Espíritu Santo no produjo en nosotros la seria y sincera intención de buscar y conocer la voluntad de Dios en todas las cuestiones, para vivir y obrar de acuerdo a ella? ¿De qué le valen al soldado las mejores armas, si sus miembros se niegan a usarlas, o no saben o no quieren hacerlo, y la espada se cae de sus manos? Así también nosotros dejamos caer la verdad de la Palabra de Dios, si no perseveramos en la fe que el Espíritu Santo por medio de esa verdad obró en nuestros corazones, si dejamos de ser honestos en nuestras mentes.

Por naturaleza, el corazón de todo ser humano, está lleno de hipocresía y falsedad. Por eso dice Dios por boca del salmista: “Todo hombre es mentiroso” (Sal.116:11). Sólo después de la regeneración, el Espíritu de Dios crea un santo celo en nuestras mentes, que nos hace decir: “Cueste lo que cueste, aunque tenga que morir por ello, quiero saber y hacer lo que Dios quiere. Su voluntad

es mi regla. Quiero estudiar atentamente toda la Palabra de Dios. No quiero limitarme sólo a algunas obras y determinadas ordenanzas. No. Quiero prestar la mayor atención a mi ser más íntimo, al corazón, a los pensamientos y deseos, a las más secretas inclinaciones que nadie ve. Es cierto que así muchas cosas serán reprendidas en mí, y eso puede deprimirme. Pero es que, cuando Cristo fue glorificado en mi alma y obtuve su perdón de todos mis pecados, y me regocijé en su perpetua gracia, también sentí un entrañable amor a todo lo que le agrada a Dios. Hay sinceridad en mi piedad: Realmente me alegro haciendo el bien, y no obro por compulsión. Ahora ando delante del Señor Dios en verdadera piedad, tanto según mi hombre interior como según mi hombre exterior. De esta manera, cada vez soy más puro, honesto y leal en pensamientos, palabras y conducta". Todo esto es obra del Espíritu del Señor. Él nos lleva a la verdad, por eso se le llama: "Espíritu de la verdad". Y a la obra de nuestra regeneración -o nuevo nacimiento- se la llama: "ser de la verdad" y "andar en la verdad" (1 Jn.3:19; 3 Jn.4).

Sin embargo el diablo quiere destruir todo lo que Dios hizo. Por eso trabaja incansablemente, para lograr que nuestras almas se vuelvan otra vez falsas y estén relajadas, y no prestemos más una cuidadosa atención a la enseñanza y voluntad de Dios. Hace falta que temamos seriamente este engaño del diablo, para no perder la gracia recibida. Hace falta que seamos sumamente escrupulosos, de modo que no le demos lugar a ninguna falsedad en nuestra mente.

¡No! A la primera percepción de falsedad invoquemos inmediatamente a Dios diciendo: "Antes de volverme hipócrita contigo prefiero que me sobrevenga cualquier mal, y que me apliques los más amargos remedios. ¡Oh Dios, consérvame recto y honesto delante de Ti!" Esto también se llama ceñirse los lomos con la verdad. Y mientras no se hace esto, todo está perdido.

Que el cristiano sienta la simiente de la serpiente en su naturaleza -las inclinaciones perversas, inclusive la de la hipocresía- no es para muerte, mientras un espíritu honesto las combate, y maldice ese veneno de la serpiente, e invoca a Dios. En efecto, quien no siente ninguna falsedad dentro de sí y se cree muy libre de la misma, ya ha sido adormecido por el espíritu del engaño. Pero la falsedad se torna fatal cuando la persona comienza a rendirle lealtad. Cuando hace una secreta alianza con la hipocresía y piensa perseverar en la misma.

Entonces su espíritu y toda su vida se vuelven falsos. Tal cristiano ya no puede pelear la batalla del Espíritu. Si sabe que está siendo hipócrita -aunque sólo sea en una cosa- se vuelve impotente, vergonzoso ante Dios, cobarde en la lucha e inconstante en toda su conducta. Por otra parte, donde se practica la honestidad el diablo ya no puede concretar sus planes, porque ahí todas las tentaciones al pecado sólo llevan al cristiano a temer más a Dios y a orar.

28. **Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor, ni desmayes cuando eres reprendido por Él.** He.12:5

Tenemos la gracia de creer en el perdón de nuestros pecados y de considerarnos hijos de Dios. Sin embargo, aún nos impacientamos y enojamos rápidamente con nuestro Padre celestial porque las cosas no ocurren conforme a los deseos, planes y cálculos de nuestro corazón. Tal vez hubo algo que deseábamos mucho, pero que no lo conseguimos. Por el contrario: Ocurrió lo que más temíamos. Pues bien, deseamos intercambiar algunas palabras con los que protestan contra Dios.

Muchas pruebas y aflicciones de menor importancia pueden parecernos injustas e innecesarias. A uno lo persiguen otras personas durante cierto tiempo. Otro cae enfermo en cama, pero pronto se repone. Un tercero perdió algo de cierto valor económico, pero que no afectó mayormente su futuro... Todos éstos son pequeños ejercicios o pruebas de las que un hijo de Dios se sobrepone fácilmente.

Los sufrimientos realmente profundos son los que afectan toda nuestra vida y nuestro futuro. Cuando vemos venirse abajo nuestros más queridos deseos y esperanzas. Quisimos ser felices, pero parece que sólo conseguimos ser infelices. Nos aflige un mal del que no podemos esperar liberarnos aquí, en la vida presente. Por ejemplo, una enfermedad incurable. O nos aflige una persona con la que estamos comprometidos para toda la vida, y que es una carga para nosotros. O habíamos puesto toda la felicidad de nuestro corazón en una persona, pero la muerte la separó de nosotros... Entonces nos sentimos silenciosamente tristes y pensamos que no nos queda otra cosa que ser infelices. Pero ¡Levantemos nuestros ojos y miremos adelante, hacia la infinita eternidad! ¿Estamos seguros de no necesitar la extraña y dura disciplina de Dios para llegar salvos a nuestro hogar? ¿Hemos olvidado qué gran lucha es la carrera cristiana en esta vida? ¡Se trata de nada menos que de salvarse del infierno y de llegar al cielo! Y eso mientras todo el mundo vive en corrupción, y son pocos los que se salvan. Sí, aun "el justo con dificultad se salva" (1 P.4:18).

Creemos -y también comprobamos en carne propia- que nuestro ser quedó intoxicado por el veneno de la vieja serpiente. Eso ocurre con todos los seres humanos. Nuestro corazón es: "engañoso... más que todas las cosas, y perverso" (Jer.17:9). Siempre está inclinado a lo malo. Nuestra naturaleza carnal está llena de voluptuosidades y deseos impuros.

El mundo está lleno de tentaciones; el poder y la maldad del diablo son tan grandes y múltiples, que aún muchos grandes santos se dejaron seducir, engañar y cautivar secretamente, de modo que se perdieron para siempre. Son casos realmente terribles. ¿Y todavía podemos pensar que nosotros quedaremos libres del peligro? ¿Pensamos que a nosotros nuestro corazón engañoso y la vieja serpiente no nos podrán desviar jamás? ¿Confiamos en que todo nos saldrá bien? ¿Estamos seguros de que enfrentaremos con éxito todos los peligros de esta vida?

Recordemos que: “el Señor no aflige ni entristece voluntariamente a los hijos de los hombres”, sino sólo cuando hace falta (Lm.3:33). Sepamos que, si el sufrimiento no fuese necesario para nuestro bien eterno, el infinito amor de Dios nos habría dado un Paraíso en la tierra.

Y aunque la disciplina no siempre es para librarnos de la muerte eterna, debe ser suficiente para nosotros recordar que el Señor desea santificarnos todavía.

Desea mortificar a nuestro viejo hombre y enriquecernos espiritualmente con más poder, vida, fe, amor, sabiduría, humildad, etc. ¿Creemos que éstas cosas no tienen valor? ¿Nos parece tan insignificante nuestra pecaminosidad y corrupción carnal, que no queremos que Dios las mortifique? ¿Ya no le damos valor a lo que le agrada a Dios? ¿Nos oponemos a que Dios obtenga mayor gloria a través de nosotros? ¿Nos importa más nuestra felicidad terrenal que la gloria de Dios? ¡Oh hombre, piensa en quién te ha creado a ti y a este mundo!

Él no sólo nos dio un alma inmortal: También nos dio a su propio, amado Hijo; ¡Lo envió a sufrir una muerte sangrienta y muy cruel a fin de salvarnos! ¿Acaso no obtuvo con eso también el derecho de convertirnos en “vasos para honra”? (Ro.9:21). ¿No tiene Él derecho de utilizarnos para promover su gloria? Pero nos oponemos tanto a eso, que nos enojamos con Él si nos disciplina. “¡Oh no -decimos- no nos enojamos por eso! Al contrario, es nuestra sincera oración que Dios nos perfeccione y santifique para que glorifiquemos su Nombre. Muchas veces le pedimos que mortifique nuestra carne, cuando sentimos nuestra gran negligencia e impotencia en ese sentido. No nos oponemos a que mortifique nuestra carne. ¡No! Hablamos de nuestras amargas experiencias. Ésas son las que nos hacen sentir miserables”.

Respuesta: Entonces pretendemos ser crucificados y afligidos pero sin sufrimientos. Queremos sufrir la muerte en la cruz con un rostro sonriente. Queremos que los clavos nos atraviesen las manos y los pies, pero sin provocarnos dolor... Ah, ¡Qué ideas locas!

Recordemos que no se puede domar a nuestro viejo hombre sin sufrimiento. Si hemos pedido a Dios que aflija nuestra carne, no nos extrañemos que nos golpeen tantas experiencias amargas. Con nuestras oraciones nosotros mismos las atrajimos. Dios está muy dispuesto a oír una oración que pide la mortificación de nuestra carne y un crecimiento en la gracia. Pero, para lograr eso, no conoce un método mejor que la aflicción y la cruz.

29. Dios nos salvó... por el lavamiento de la regeneración. Tit. 3:5

Estas palabras nos enseñan los tesoros de gracia que el Señor unió al Bautismo. Aquí percibimos los beneficios que recibimos. Dice nada menos que: “Él nos salvó”. Y ser salvos significa ser librados de todos nuestros pecados, del poder de la muerte y del diablo, y en cambio ser favorecidos con la herencia infinita de la vida eterna. Significa recibir otra vez toda la bondad de Dios, ser adoptados por Él, y recuperar la gloria y el esplendor para los que fuimos creados al principio.

Con la caída en pecado habíamos perdido todo eso, pero Cristo, mediante su obediencia y sufrimiento, mejor aún: mediante su muerte y resurrección, nos recuperó el acceso a esos beneficios. ¡Ah, santo mensaje de amor divino!

Y todo eso Cristo quiso relacionarlo con el agua del Bautismo, e incluirlo por así decirlo en el mismo. Quiso distinguir al poseedor individual de toda esa bendición mediante un signo visible en su Iglesia.

Al que observa el agua del bautismo desde afuera, el acto puede parecerle muy trivial. Sin embargo, el agua del bautismo, es muy rica y preciosa. Es como si el dueño de una gran propiedad dijera acerca de un pequeño anillo de oro: “Quien reciba y obtenga este anillo, será mi hijo y heredero, y poseerá todas mis posesiones”. Aun cuando ese anillo en sí tuviese poco valor monetario, llegaría a ser inmensamente precioso por la promesa del que lo dio. Ese anillo uniría al que lo tuviera con el dueño de la propiedad y con todas sus inmensas posesiones. Y todo eso sólo gracias a la promesa ligada al anillo, que había dicho que quien lo recibiera sería el dueño.

Así es con el Bautismo. Sin la Palabra de Dios no es más que simple agua, sin mayor valor. Pero mediante la Palabra promisoria que Cristo unió a esa agua, es un sacramento que incluye toda la gracia y bendición eterna de Dios.

Dios empleó muchas veces este método de juntar sus dones celestiales a elementos terrenales y visibles. El débil, sensual, y escéptico corazón humano siempre necesitó tales signos.

En el Antiguo Testamento tenemos muchos ejemplos de esto, ejemplos que simbolizan claramente nuestra salvación por medio de Cristo. Cuando los hijos de Israel fueron salvados de la espada del Ángel Destructor, se concretó por medio del signo visible de pintar los dos postes y el dintel de las puertas con la sangre del cordero pascual. Y cuando fueron mordidos por las serpientes ardientes en el desierto, se salvarían de la muerte con sólo mirar la serpiente de bronce levantada sobre un palo (Ex.12:22-23; Nm.21:8-9).

En 2 Reyes 5 tenemos un símbolo del lavamiento por medio de la fe en la promesa de Dios, y de la actitud de la razón frente a la misma. Cuando Naamán, un general del ejército del rey de Siria, acudió al profeta Eliseo buscando la cura de su lepra, Eliseo sólo le envió la siguiente promesa a través de un siervo: “Ve, y lávate siete veces en el Jordán, y tu carne se

te restaurará y serás limpio" (2 R.5:10). Ante eso Naamán se enfureció y quiso irse, porque el profeta no había venido personalmente a oficiar una solemne ceremonia y sólo envió un simple mensaje a través de un sirviente. Sin embargo, cuando Naamán finalmente se dejó persuadir a obedecer a la palabra del profeta y fue a bañarse en el Jordán, inmediatamente quedó totalmente sano y limpio como le había sido prometido. ¿Y por qué? Ciertamente no por alguna virtud especial del agua del Jordán, sino sólo gracias a la palabra de la promesa adherida a esa agua: "¡Lávate y quedarás limpio!"

Éste es un fiel cuadro del Bautismo y de nosotros. A primera vista vemos sólo a un ser humano oficiando el bautismo, con agua común, en una ceremonia muy sencilla. Si pudiésemos ver a Dios mismo bautizando con solemnidad celestial y prometiéndonos salvación eterna, podríamos aceptar fácilmente que el Bautismo es un Medio de Gracia importante y precioso. Pero como es una promesa tan remota, y no vemos nada extraordinario delante de nuestros ojos... nos cuesta creer.

Miramos sólo el agua y pensamos: "¿Acaso el agua de mis lágrimas de arrepentimiento no vale más y no es mejor para lavarme de mi pecado, que esa simple agua derramada sobre uno?" Si miramos sólo el agua y olvidamos la promesa, nos volveremos superficiales. Y despreciando la Palabra de Dios nos quedaremos con la lepra de nuestro pecado.

Si por la gracia vemos la promesa de Dios acerca de esta agua, llegamos a ser sanos y salvos. No es mentira o sueño, sino una verdad eterna y divina lo que está escrito: "El que creyere y fuere bautizado, será salvo" (Mr 16:16). Lo dicho por Dios tiene mil veces más valor que todos nuestros pensamientos y opiniones.

Fijemos nuestros ojos en la Escritura, sin mirar hacia atrás, nada es más seguro y confiable en este mundo que la Palabra de Dios.

30. No ha hecho con nosotros conforme a nuestras iniquidades, ni nos ha pagado conforme a nuestros pecados. Sal.103:10

Estas palabras vienen tan cargadas de gracia y consuelo, y son tan claras, que nunca podremos alegrarnos suficientemente por ellas. Nunca podremos alabar y dar suficientes gracias a Dios por ellas. Nunca podremos tomarlas suficientemente a pecho. Primero, porque encierran todo el contenido del Evangelio: Dicen que Dios no nos paga conforme a nuestros pecados, sino conforme a los méritos de su Hijo. El Señor trató una vez a una persona “conforme a nuestros pecados” y lo castigó “conforme a nuestras iniquidades”.

Porque “a Aquel que no conoció pecado, lo hizo pecado por nosotros” (2 Co.5:21). “Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias” (Mt.8:17). “Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros” (Is.53:6). “Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados” (Is.53:5). “Dios estaba en Cristo, reconciliando al mundo consigo mismo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Co.5:19).

Esta es la razón por la cual no nos paga conforme a nuestros pecados. Por eso, pecadores muy malos recibieron gracia; mientras otros que hicieron grandes esfuerzos y penitencias, fueron condenados. Por otro lado, también es cierto que el Señor quiere pagar a algunas personas “conforme a sus pecados”. En Romanos 4:4 dice: “Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda”. Es decir, recibirán el pago de sus méritos, porque así lo reclaman. De esa manera, al confiar en sí mismos no “honraron al Hijo” (Sal.2:12). “Mas al que no obra, sino cree en Aquel, que justifica al impío, su fe le es contada por justicia” (Ro.4:5).

En resumen: Que Dios no nos retribuya (o pague) conforme a nuestros pecados, es el mensaje del Evangelio. Y no obstante, la tendenciosa idea de que Dios será más bondadoso con nosotros cuando somos más piadosos, y menos bondadoso cuando pecamos, está tan profundamente arraigada en todos los mortales, -aun en la naturaleza de los creyentes-, que casi no se puede borrar.

Si fuese así, la justicia sería en base a nuestros méritos y obras, y Cristo habría muerto en vano. Pero, “si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia. Y si por obras, ya no es gracia; de otra manera la obra (el mérito propio) ya no es obra” (Ro.11:6).

Veamos ahora cuán sublime es esta justicia que nos es atribuida. ¡Qué maravillosas son las palabras que siguen en este salmo!: “Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció Jehová su misericordia sobre los que le temen” (Sal.103:11).

¡Que todos los cristianos se graben profundamente esas gloriosas palabras en sus corazones! ¡Esta es una clara ilustración que el propio Espíritu del Señor empleó, y que es capaz de instalar un Paraíso celestial en los corazones de los creyentes!

Pensémoslo: “Como la altura de los cielos sobre la tierra”. Claro, ningún ojo humano puede medir eso. No obstante aquí dice: “como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció Jehová su misericordia sobre los que le temen”.

Ahora bien, el cielo está tan alto sobre la tierra, que todos los desniveles aquí abajo no provocan el mínimo desnivel allá arriba. Es cierto que aquí abajo vemos una gran distancia entre el fondo de un valle y los picos más altos de las montañas. Para nosotros, aquí en la tierra existe un gran desnivel en el suelo.

Sin embargo, ninguna cumbre de las montañas llega a los cielos, para provocar un desnivel allá.

Así es también con el pecado y la gracia. Para nosotros, nuestros pecados muchas veces son como altas montañas. Pero la gracia de Dios está tan por encima de todos ellos como el cielo está sobre la tierra.

Todos nuestros pecados no podrán provocar el mínimo desnivel en la gracia. Y sepamos: Si el pecado pudiese desnivelar la gracia, -de manera que obtuviésemos la gracia de Dios cuando nos hemos portado mejor, y no obtuviésemos la misma gracia cuando aparecen nuestros defectos-, entonces la justicia ciertamente dependería de nuestras obras. Y sería falso todo lo que enseña el Evangelio acerca de la reconciliación gratuita.

¡Observemos aquí cómo nuestra razón y nuestros sentimientos quedan mareados ante esta idea! Cuando Jesús les dice a sus pobres discípulos: “El que está lavado... está todo limpio. Y vosotros, limpios estáis” (Jn.13:10). O cuando San Pablo dice: “Y si (la elección) es por gracia, ya no es por obras” (Ro.11:6). Y cuando David dice en el Salmo 103:11: “Como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció (Dios) su misericordia sobre los que le temen”, ante nuestra razón todo esto nos parece necio y mentiroso. Tan contaminada está nuestra sangre con la idea de que la gracia de Dios debe depender de nuestro comportamiento.

Pero quien quiere resistir ese cuestionamiento contra la fe, debe grabar las palabras del Espíritu Santo profundamente en su corazón, e implorar seriamente a Dios que lo conserve en esa fe.

1. **Y perdónanos nuestras deudas.** Mt.6:12a

Esta oración, “perdónanos nuestras deudas”, es el corazón de la nueva criatura que activa todas las demás fuerzas dentro del cristiano. Cuando se detiene el corazón en el cuerpo y no bombea más la sangre por las arterias, se termina la vida y el alma abandona al cuerpo. Lo propio ocurre cuando cesa esta oración y la persona ya no suspira más por perdón; cuando no siente más la necesidad de acercarse al trono de la gracia. Entonces se terminó la vida en la gracia de Dios y el Espíritu de Dios se aleja.

La vida espiritual depende fundamentalmente de dos obras de la gracia, que en resumidas cuentas se llaman arrepentimiento y fe. Por un lado, un sincero reconocimiento del pecado, que lleva a rogar por perdón y ayuda en la lucha contra el pecado. Y por el otro lado, el conocimiento de la gracia, de la inmerecida bondad de Dios. Atraída por el Evangelio la persona acude “al trono de gracia”, o sea, a Cristo y a sus Medios de Gracia, buscando y recibiendo allí el perdón. Esto es sumamente importante en nuestra vida espiritual; por eso el Señor nos enseña esta oración.

Si el hombre tiene todas las cosas que necesita para la vida y la devoción, pero le falta la vida ante el trono de la gracia, entonces todo es falso e inútil. El Señor Jesucristo se refiere a esto cuando le dice al ángel de la iglesia de Éfeso: “Tengo contra ti, que has dejado tu primer amor” (Ap.2:4).

El “primer amor” es el amor del compromiso. Y en lo espiritual, es el amor del que acaba de obtener el perdón, y del que ama por causa del perdón recibido. Por eso Jesús también dijo: “Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho”. “Aquel a quien le perdonó más... le amará más” (Lc.7:42-47).

Esto es lo primero que esta oración quiere enseñarnos. El Señor instruyó a sus seguidores a rogar en esta oración diaria: “Perdónanos nuestras deudas”.

Ahí vemos, ante todo, que sus seguidores tienen esta característica, es decir siempre tienen la necesidad del perdón, porque sienten y se preocupan por sus pecados.

Jesús no pudo haber querido que esa oración fuese una expresión vacía; una frase hueca que no expresa ninguna aflicción real, o sea: una hipocresía.

Jesús quiso que esta frase fuera la expresión sincera de una preocupación real. ¡Quiera Dios infundirnos rechazo a la hipocresía de seguir recitando esta oración, sin sentirnos preocupados por ningún pecado en nosotros!

Esta oración nos enseña que los verdaderos cristianos debieran tener constantemente conciencia de sus culpas, y sentir una continua necesidad de recibir la seguridad del perdón. Esto es lo primero que hemos de reflexionar y aprender seriamente.

En segundo lugar, hay cristianos que, aunque tienen y valoran la luz del Evangelio, raras veces se sienten espiritualmente libres. No sienten la paz y el poder de la liberación de sus pecados, que acompaña a la verdadera fe. Saben bien, porque lo ven declarado en las Escrituras, que los creyentes todavía tienen pecados, que la carne lucha contra el Espíritu, etc. Pero, cuando surgen en ellos deseos realmente pecaminosos, quedan perplejos y pierden su confianza.

Piensen que si fuesen verdaderos cristianos, esos malos deseos no debieran surgir más en sus corazones. Eso revela que en su fuero íntimo piensan que los verdaderos cristianos están libres de pecados reales y concretos. Todas las veces que esas personas oran: "perdónanos nuestras deudas", debieran despertar para ver su error, y entender que los cristianos aun tienen verdaderos pecados. Porque si no existiesen, tampoco habría necesidad de pedir perdón.

En la oración que Jesús enseñó a sus más íntimos discípulos, y que todo fiel discípulo debe orar diariamente, nos hace decir: "Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores". Ahí vemos que hasta a sus más fieles seguidores aún les afligen verdaderos pecados.

Notemos que Cristo no tuvo el pensamiento de que sus seguidores estuviesen libres de pecados; por el contrario, sabía que siempre seguirían afligiéndose por los mismos.

En tercer lugar, el Señor realmente se propuso y quiere perdonarnos nuestros pecados. Por eso nos enseñó esta oración. Notemos que Él dispuso un perpetuo perdón para sus seguidores. Recordemos entonces que nuestro fiel Salvador dijo: "Vosotros, pues, oraréis así: Padre nuestro que estás en los cielos... ¡Perdónanos nuestras deudas!" Esto demuestra que Él efectivamente quería perdonarlos.

Aquí encontramos un poderoso consuelo. El Señor nos enseñó a rogar por algo bien definido, y Él quiere darnos el beneficio que Él mismo nos enseñó a pedir. ¿O podemos imaginarnos que el fiel Salvador, que derramó su sangre para la remisión de nuestros pecados y que nos enseñó a rogar por esa remisión, nos la negaría cuando vamos y hacemos exactamente lo que Él mismo nos enseñó hacer y pedir? En este asunto tan importante para nuestras almas, ¿se burlaría de esa manera de nosotros? ¿Haría eso Él, que vino al mundo movido solamente por su amor y misericordia, y que derramó su sangre por nosotros?

¿Quién es, entonces, el que nos deja tan inseguros en este asunto? ¿Quién tortura nuestros corazones con oscuridad e incertidumbre en cuanto a la gracia de Dios, de modo que casi nunca estamos realmente tranquilos y contentos? ¿No debiéramos darnos cuenta que es el enemigo de nuestras almas, y en lugar de oírlo a él confiar en la fidelidad de Cristo, y así descansar en su perdón?

2. **Como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.**

Mt.6:12b

Para muchas almas piadosas este agregado a la quinta petición es algo tan terrible, que los desalienta. Pero se debe a un malentendido; aunque es cierto que debe resultarle terrible a los falsos cristianos, a los que pueden vivir sin reconciliarse y con rencores. Para esas personas este agregado los condena a la perdición eterna. Pero si lo entendemos bien, este agregado contribuye a la seguridad de la fe. Reflexionemos, entonces, en la frase: "Como también nosotros perdonamos a nuestros deudores".

Muchos se preguntan si el Señor Jesús realmente quiso decir con esa frase que Él nos perdonará sólo en la medida en que nosotros perdonamos a nuestros ofensores. Y luego concluyen: "Él es Dios, y no un hombre que sólo juzga lo que se ve con los ojos. Y si Dios no perdona más de lo que perdonamos nosotros, ¿cómo podríamos tener la seguridad del perdón?" Para despejar las dudas, veamos cómo lo explicó el propio Señor, al enseñar el Padrenuestro.

Para explicar este párrafo Jesús dijo: "Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, os perdonará también a vosotros vuestro Padre celestial; mas si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas" (v. 14-15).

Y en Mateo.18:23-35 el Señor cuenta una parábola para inculcar precisamente esta verdad. Es la parábola del siervo que le debía diez mil talentos al rey y obtuvo la remisión de toda esa gran deuda, pero luego reclamó los cien denarios que le debía un conserivo suyo a él. Ante tal falta de piedad, el rey volvió a exigirle que pague su propia deuda, que era muy grande. Ahora debía pagarla entera e indefectiblemente.

Y Jesús nos explica: "Así también mi Padre celestial hará con vosotros si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas". Ahí vemos cuál es el verdadero significado del agregado a la quinta Petición.

De esta parábola también aprendemos entonces que la quinta Petición del Padrenuestro no se refiere en absoluto al mundo incrédulo, a las "personas buenas", que todavía no le rindieron cuentas al rey de su propia conducta. O sea, las personas que no se han reconciliado aún con Dios por medio del arrepentimiento y de la fe, sino que siguen viviendo en su condición natural. No importa lo feliz que se sientan por no tener enemigos en el mundo, y por perdonar a las personas malas las ofensas en su contra. Nada de eso cuenta. A pesar de todo ello serán arrojados a las tinieblas del abismo, si no arreglan primero sus propias cuentas con el Rey (Mt.18:23). Esto es lo primero en lo que hemos de reflexionar aquí.

Todos podemos arrepentirnos y reconciliarnos con Dios, gracias a la gran piedad de nuestro Padre celestial, que nos llama por medio del Evangelio. Pero si luego, en la vida diaria, en el mundo, nos envolvemos en graves problemas con otras personas, dejando a un lado la gracia y la paz

con Dios, viviendo llenos de rencor y odio, sin perdonar de corazón las grandes maldades o injusticia sufridas, en ese caso perdemos el perdón que habíamos recibido de Dios. De ser así, sufriríamos una grandísima pérdida por no querer perdonar a los demás, ya que debido a nuestra incredulidad merecemos únicamente la condenación de Dios.

Pero, ¿es posible que Dios juzgue así a las personas débiles, sólo porque no pueden perdonar a gente muy malvada? Sí, no sólo es posible, sino que es exactamente lo que el Señor Jesucristo nos advierte con explícitas palabras en la parábola de los dos deudores (Mt.18:23-35).

Por eso precisamente puso estas palabras en nuestra oración cotidiana. Nos quiere recordar esta importante verdad.

Es así como son las cosas. Es cierto que Dios castigará también al malvado que nos hizo daño y provocó nuestro odio. Y también es cierto que la sangre de Cristo quitó pecados tan grandes como mi odio. Pero si conservo mi odio, demuestro que soy un impenitente, que no estoy en la gracia del nuevo nacimiento, “porque todo lo que es nacido de Dios, vence al mundo” (1 Jn.5:4). Vence inclusive la mayor maldad del mundo, como nos lo demuestran los santos mártires, quienes se dejaron quemar vivos, con gozo y paz en el corazón. “Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Jn.5:4b).

Ante Dios, mis pecados eran una deuda muy grande, que yo jamás hubiera podido pagar. Pero, por pura gracia, Dios borró toda mi deuda. En comparación con la deuda que me fue perdonada por Dios, toda la maldad que me pudo haber hecho otra gente me parece poca cosa. La paz de Dios es para mí un tesoro tan grande y precioso, que por él sacrifico mi orgullo y todo lo demás. Pero, si dejo que el mal me domine, si conservo rencor y odio, pierdo la fe y caigo de la gracia.

Es cuestión de saber reconocer siempre lo grande y grave que es el pecado propio, y lo inmensa y preciosa que es la gracia de Dios. Si mi propia culpa me parece suficientemente grande, la maldad que otra gente comete contra mí me parecerá pequeña. Y si creo que la gracia de Dios es lo más importante para mí, renunciaré contento a cualquier otro beneficio.

Este es el motivo por el cual aún el cristiano más débil y miserable, deprimido bajo su propio pecado y miseria, puede resistir muy fácilmente la prueba de perdonar a otros. En efecto, cuanto más débiles y miserables se ven a sus propios ojos, tanto más fácil les resulta perdonar a otros. Este es el secreto del agregado a la quinta Petición. Es tan sublime, tan hermoso, que sin duda revela la majestad de su Autor.

3. **Resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras.** 1 Co.15.4

Con esta observación acerca de Cristo, el apóstol pone el firme fundamento de la doctrina de la resurrección de los muertos. Así nos traslada desde la arena movediza de nuestras propias ideas y opiniones, al firme fundamento de la fe verdadera. Es decir, lo que Dios dijo. Dios habló a este mundo, y lo que Dios dijo es válido siempre, más allá de las objeciones de nuestras mentes y corazones. Cielo y tierra pasarán, pero ni una jota o una tilde de la Palabra de Dios dejarán de cumplirse.

Con referencia a esto -y a cualquier artículo de fe- la principal causa de nuestras dudas es que no entendemos cómo puede ser posible. Nuestras pequeñas cabezas se alzan contra el gran Dios, como si quisieran tomarlo por el cuello -como dice Lutero- y preguntarle: "¿Cómo puedes afirmar esto?" Y en nuestra ceguera no pensamos que ni siquiera entendemos nuestro propio cuerpo y nuestra alma, que están tan cerca de nosotros. No podemos entender nuestras propias facultades, como nuestra memoria, nuestra inteligencia, nuestra vista, o nuestra facultad de hablar...

Con sólo pensar detenidamente en estas facultades, tenemos que confesar que son maravillosas creaciones de Dios, que no entendemos. Y sin embargo pretendemos entender al propio Creador, corregirlo y acusarlo de mentiroso tan pronto como nos dice algo que no entendemos. ¿Quién de nosotros fue su consejero, cuando creó al primer ser humano en el mundo? ¡Oh Dios, ten piedad de nosotros! ¡No permitas que nos volvamos tontos!

Al recordarles a los corintios lo que les había sido anunciado según las Escrituras, el apóstol sacó este tema del terreno de la razón y lo sometió directamente a la Palabra. La fe no debe fijarse en otra cosa que en la Palabra; y no debe permitir que la razón decida sobre los sagrados artículos de la fe.

Porque de lo contrario pronto perderemos toda luz verdadera, y terminaremos creyendo sólo en lo que vemos con nuestros ojos y palpamos con las manos.

Nuestra mente no puede entender la resurrección de los muertos. La razón no puede entender que un día todos los muertos volverán a vivir, y que nuestro cuerpo y alma volverán a unirse como lo están ahora. Porque nuestra razón sólo ve las cosas que están a la vista. Sólo ve que el mundo ha existido a lo largo del tiempo, y que los seres humanos mueren uno tras otro. Sólo ve que todo ser vivo muere, se descompone, y convierte en polvo y cenizas en la tierra, y que hasta ahora nadie ha retornado de la muerte. Más aún: ve que algunos cuerpos fueron quemados y reducidos a cenizas, y que las cenizas fueron dispersadas al viento. Otros fueron arrojados al mar y devorados por peces voraces. Cuando nuestra mente quiere comprender cómo nuestro Señor Dios seguirá controlando

todo eso, y cómo reconstruirá un día esos cuerpos, entonces la fe en la doctrina de la resurrección se derrumba.

De ese modo ocurre siempre que nuestra razón juzga un artículo de fe, y no nos atenemos únicamente a la Palabra. Por ejemplo, cuando estoy afligido por mis pecados, -por la sentencia de la Ley y de mi propia conciencia-, ciertamente perderé toda confianza en la gracia y bondad de Dios, sino mantengo mi vista estrictamente fija en el pacto de la gracia de Dios en Cristo Jesús, y en sus promesas al respecto. Si ignoro esta promesa y me guío por mis propios pensamientos y sentimientos, mi fe pronto caerá. Así ocurrió muchas veces también con la doctrina acerca de Cristo, cuando se quiso entender cómo Dios pudo ordenar a su propio Hijo que se entregase en sacrificio por nosotros. O cómo el Hijo de Dios pudo hacerse hombre, sufrir, llorar, orar y morir. O cómo Dios pudo dejar a gran parte del mundo en ignorancia en cuanto a esto; o por qué no difundió su Evangelio por medio de ángeles... etc. Así se tropieza con toda clase de ideas extrañas y necias, y al final ya no se cree en nada.

Frente a las afirmaciones de la Palabra de Dios, muchos se olvidan que Él es todopoderoso. Algunos dicen con su boca que creen, pero en realidad piensan que Dios no puede hacer esto o aquello. De esa manera pierden muy gloriosas verdades de la fe, sólo por entremezclarlas con las conclusiones de su ciega y presuntuosa razón. Dios ha hablado, eso debe ser suficiente.

Es suficiente con la declaración del Dios de los cielos: podemos estar plenamente seguros de que, aunque estemos sepultados en el suelo, descomponiéndonos y convirtiéndonos en polvo y cenizas, un día entraremos a la vida eterna con un cuerpo hermoso y glorificado. Los cristianos no deben dejarse llevar por lo que sienten y ven. No, deben alzar su vista sobre todas esas cosas y mirar a Aquel que habla en las Escrituras, y que "es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos" (Ef.3:20).

Tampoco parecía probable que Cristo resucitase, cuando había muerto en forma tan horrible y se encontraba sepultado detrás de un sepulcro sellado con una gran piedra. Entonces sí que fue difícil creer que Él seguía siendo Señor sobre la muerte y la tumba. Sin embargo, "con tres dedos juntó el polvo de la tierra" (Is.40:12), y lo que había hablado, tuvo que suceder.

Por más absurdo, y hasta imposible que le parezca a nuestra mente, también nuestra resurrección un día será realidad. Tan seguro como que Dios mismo lo dijo, y como que Él no puede mentir. ¡Cuán importante fue que el apóstol pusiera a los corintios nuevamente sobre el fundamento de la Palabra divina!

4. **Porque si vivís conforme a la carne, moriréis.** Ro.8:13

El apóstol pronuncia una sentencia -en forma muy simple y clara-, sobre todos los que viven según la carne. Con esto quiere despertar y hacer reflexionar especialmente a aquellos que, bajo el pretexto de la libertad evangélica, quieren seguir complaciendo las codicias carnales. El apóstol se dirige aquí a un grupo de cristianos y quiere despertarlos, si es posible, de esas equivocadas suposiciones, a fin de que no acaben yendo a la muerte eterna, en vez de ir a la vida eterna, como pensaban. “No corresponde en absoluto –si me permiten decirles- que ustedes, que fueron salvados del pecado y de la muerte y tienen parte en el Reino de Gracia de Cristo, sigan en su vida carnal anterior. Y si lo hacen, no deben pensar que es posible seguir con esa conducta, y al mismo tiempo ir al cielo. ¡No! Porque con toda seguridad van a terminar en la muerte eterna”.

Los méritos de Cristo ciertamente no les servirán a los que quieren perseverar en sus pecados. El beneficio de la muerte de Cristo ha sido dado sólo para servir a los que desean ansiosamente librarse de sus pecados, y se reconocen incapaces de deshacerse de ellos por sí mismos.

Pero es necesario entender bien qué significa “vivir conforme a la carne”. El corazón del hombre, generalmente quiere interpretar esa expresión únicamente como una vida totalmente degenerada, llena de graves vicios. Por el otro lado, a las almas serias y temerosas de Dios les asusta la posibilidad de que cualquier debilidad o pecado sea considerado como una vida “conforme a la carne”.

Por otro lado, algunos intérpretes se expresaron en forma demasiado vaga y descuidada al explicar estas palabras. Y eso es particularmente peligroso, cuando se trata de un asunto de vida o muerte, como en este caso.

¿Qué significa entonces “vivir conforme a la carne”? Primero vamos a notar que “carne” no se refiere a un pecado o deseo particular, sino a toda nuestra depravada naturaleza, tal cual es desde nuestro nacimiento de nuestros padres. Como bien lo dice Jesús: “Lo que es nacido de la carne, carne es” (Jn.3:6). Oyendo esto alguna gente podría decir: “Vivir conforme a la carne es darle libertad a la carne, para hacer lo que le guste”. Esto es verdad, pero está expresado en forma tan vaga, que fácilmente se lo puede malentender.

Difícilmente existe alguien tan malo, que no luche de una u otra forma contra su carne. Esa persona podría pensar: “No le doy a mi cuerpo plena libertad; por eso no estoy viviendo conforme a la carne”. Por otra parte, no existe cristiano que no tenga que confesar, arrepentido, que él todavía peca en palabras y hechos. Y eso siempre significa que la carne todavía tiene algo de libertad.

Por eso necesitamos una definición más precisa de este tema. Quienes interpretaron este texto con criterio cristiano y en forma más detallada, muchas veces dijeron: “Si los cristianos se descuidan y le dan lugar a lo

carnal, pueden morir espiritualmente, porque el pecado produce sueño espiritual, endurecimiento, incredulidad y desesperación". Es verdad que ésta es una interpretación cristiana. Pero no obstante existe todavía otra interpretación, que sin duda es más acertada aún. Las palabras del apóstol son mucho más definidas que la interpretación mencionada arriba.

Es terriblemente peligroso despreocuparse y darle lugar a lo carnal. Pero eso no es lo mismo que "vivir conforme a la carne". Según la forma de hablar del apóstol, la palabra "moriréis" significa algo más que "moriréis espiritualmente".

De otros pasajes en los que el apóstol emplea ese mismo lenguaje amenazador con cristianos, sabemos que con eso, pronuncia una verdadera sentencia de muerte contra ellos; les anuncia la muerte eterna como paga del pecado. La misma forma de hablar del apóstol es la principal razón para esta interpretación.

Como la palabra "vivir" en "vivir conforme a la carne" no significa olvidarse de su condición de cristianos sólo ocasionalmente, sino llevar toda una vida o conducta conforme a la naturaleza caída y carnal. Así "vivir conforme a la carne" debe significar lo mismo que "andar conforme a la carne" (Ro.8:4), o sea, complacer a la naturaleza caída, o a los instintos carnales, tanto con la mente como con la conducta. Pero sabemos que también es posible desviarse hacia el lado derecho, o sea, hacia la autojustificación o autosuficiencia por las obras de la Ley. Como la caída de los Gálatas de los cuáles el apóstol dice: "De Cristo os desligasteis, los que por la Ley os justificáis; de la gracia habéis caído" (Gá.5:4). Y acerca de esta misma caída, comenta un poco antes: "¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?" (Gá.3:3).

Pero a veces la caída es hacia la izquierda, hacia la impureza, hacia la práctica del pecado. Acerca esto, dice San Pedro que, "quienes se habían escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, y su postrer estado viene a ser peor que el primero" (2 P.2:20). Buscaron un consuelo falso para su pecado, y comenzaron a vivir conscientemente en el mismo, como lo hizo Judas. En ese caso siempre tienen la misma característica que él: No le confiesan más su pecado al Señor ni procuran su redención, sino que le profesan lealtad al pecado y lo defienden. O viven bajo una desesperación oculta, porque pisotearon su buena conciencia y naufragaron en la fe, no acercándose más al trono de la gracia (1 Ti.1:19).

Todas estas cosas se llaman "vivir conforme a la carne" y son algo muy diferente a "ser llevado cautivo a la ley del pecado que está en nuestros miembros" (Ro.7:23); un estado en el que el Espíritu aun lucha contra la carne, y nos permite "dar gracias a Dios por nuestro Señor Jesucristo" (v. 25).

5. Si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis.
Ro.8:13b

El apóstol nos muestra aquí el poder para obtener victoria sobre la carne. Y lo hace para que les sirva de estímulo y dirección a los que reconocen su propia debilidad e incapacidad en la lucha. Pues se necesita algo más que capacidad humana para superar y mortificar las concupiscencias de la carne.

Como dice Lutero al hablar de la mortificación de la carne por obra del Espíritu: "En el momento de la tentación, hemos de recordar la Palabra de Dios y fortalecernos contra la tentación por medio de la fe en la remisión de los pecados".

Ah, ¡Ojalá todos pudiésemos recordar esto cuando nos va realmente mal! Cuando nos falta poder en la lucha, y sólo sentimos la fuerza de la carne, de modo que muchas veces caemos y nos olvidamos de que somos cristianos, y nos parece que Dios ha muerto y desaparecido del mundo. ¡Si tan sólo pudiésemos recordar esto, que esa es la hora de desistir de luchar con nuestro propio brazo, y de volvernos sólo a lo que dice Dios acerca de su inmensa gracia por amor de Cristo Jesús! ¡Si en esa hora sólo pudiésemos acordarnos de volver al Evangelio y a los medios de gracia, a fin de recobrar la paz perdida; aquélla que recibimos por la fe en Jesús! Si en nuestra propia incapacidad y debilidad dejásemos de lado todas nuestras propias ideas, y tan solo preguntáramos:

"Señor Dios, ¿me concedes tu gracia? ¿me darás el perdón de todos mis pecados?" A esta pregunta debemos recibir una respuesta positiva, antes de poder obtener cualquier poder. Sin embargo, no debemos buscar la respuesta en nuestros sentimientos, sino sólo en la Palabra de Dios. Si tengo la seguridad de que Dios es mi Padre y Amigo, debo dejar a su cuidado también el problema de superar mis tentaciones. Este es el secreto del poder para alcanzar la victoria.

En tanto que me creo capaz de lograr algo por mí mismo, Dios siempre me dejará caer, porque el celo del Señor por la exaltación de su gracia es tan grande, que antes dejaría sucumbir la más hermosa vida, que darle su gloria a cualquier criatura.

La conclusión final, respecto a la mortificación de nuestra carne, es que sólo el Señor tiene el poder para lograrla. Es el Señor quien la lleva a cabo, y lo hace de tal manera que no sólo nos causa ansiedad, sino que produce en nosotros humildad de espíritu y fe, buena voluntad y oración. Por eso nos exhorta a buscarlo todo en Él. Y cuando llegamos al punto en que nuestra fe sinceramente desea toda la gracia y la fuerza de Él, Él siempre cumple con su trabajo de mortificar nuestra carne, no importa cómo nos conduzca. Si oye nuestra oración y nos concede gracia y poder para renunciar a toda impiedad y a los deseos mundanos, entonces nuestra carne es mortificada, incluyendo la inclinación carnal más íntima del viejo hombre: La presunción sobre nuestra propia capacidad.

Las obras de la carne a ser mortificadas son todas las manifestaciones de la degeneración natural, que se mezclan con nuestros pensamientos, emociones, palabras y actos. Nunca faltarán las ocasiones para mortificar la carne. En Gálatas 5 se enumeran muchas obras de la carne. Pero aun cuando no nos tientes pecados vergonzosos, siempre tendremos un profundo e infinito egoísmo; nuestra opinión, voluntad y orgullo propios, contra los cuales debemos estar perpetuamente prevenidos.

Es más fácil pasar por alto esta depravación interna, porque es más fina o sutil que la externa, la cual es más grosera. Sin embargo, la fuente de todo mal y todo pecado, es interior y requiere una atención muy seria. Por eso, recordemos que - muchas veces - lo que nosotros pensamos y queremos, es lo primero de lo que debemos sospechar; lo que hemos de analizar a la luz de la Palabra de Dios, y eventualmente dominar en el poder del Espíritu.

Cuando nos sentimos tentados a la ira e impaciencia hacia alguien, debemos recordar cuánto nos perdonó Dios, y cómo debemos perdonar por consiguiente a nuestro ofensor. O tal vez nos sentimos tentados a la arrogancia del intelecto, de nuestros estudios, arte o pericia. Recordemos entonces: "Dios resiste a los soberbios, y da gracia a los humildes" (1 P.5:5b). O nos sentimos tentados a los placeres sensuales y deseos impuros. Recordemos entonces que somos templos santos de Dios, y que por eso nuestros cuerpos no deben ser profanados (1 Co.3:16). Lo primero y lo último para nosotros es la eterna gracia y paz de Dios en la que vivimos, y por la que hemos de andar como es digno de nuestra condición. Tal vez nos sentimos tentados a la avaricia y codicia en el comercio y en nuestro trabajo. Recordemos entonces que somos herederos del cielo, por lo que hemos de buscar las cosas de arriba (Col.3:1-2; Mt.6:33).

Ciertamente, hay una perpetua necesidad de afligir y domar nuestra carne. Mortificación ésta que muchas veces nos causará amargo sufrimiento, y que por eso nos demandará una infinita paciencia. Pero, ¡benditos los que permanecen firmes hasta el fin en esto! Son hijos de Dios y herederos del cielo.

Muchas veces será amargo para nosotros; pero para Dios, sus ángeles, y todos los santos es una delicia ver cuando, por ejemplo, el joven que antes amaba mucho al mundo y sus placeres, ahora está dispuesto a perderlo todo por amor al Señor. O cuando el adolescente que por naturaleza era muy egoísta, ahora reprime sus propios caprichos, y somete su propia voluntad a la de Dios y a la de sus padres. O cuando la persona muy inclinada a la vanidad y soberbia, se vuelve modesta y simple, por la represión del Espíritu. En efecto, ¡Qué espectáculo más hermoso, cuando una persona arrogante y malvada comienza a corregirse a sí misma y a volverse suave, humilde y atenta! Cuando, por causa de la gracia de Dios, un ser humano comienza a enfrentar así a su propia naturaleza, y a combatir sus malas tendencias. Eso es ciertamente lo que se llama mortificar las obras de la carne por medio del Espíritu. Y el apóstol dice que esas personas vivirán e irán al cielo. Después de un corto tiempo de mortificar su carne, disfrutarán la vida eterna con Dios, con sus ángeles y santos, en una bienaventuranza sin fin.

6. **¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica.**

Ro.8:33

Los “elegidos de Dios” son los que están “en Cristo Jesús”. En ellos Dios se complace; a esas personas las “escogió antes de la fundación del mundo” (Ef.1:4). Son también las personas que en este tiempo presente apartó del mundo y separó para ser sus hijos y herederos.

De ellos Jesús dijo: “Yo os elegí a vosotros del mundo” (Jn.15:19). Este es el único uso correcto y saludable de la palabra “escogidos”. Esta aplicación concuerda con toda la Palabra de Dios, e imparte tanto consuelo como temor de Dios. Es peligroso especular sobre la providencia y la elección de Dios -que es un secreto para nosotros- y sacar mis propias conclusiones, y fundar mi confianza en ideas y opiniones sueltas, actuando con ligereza en un tema tan serio.

Lo único seguro es que nada nos podrá separar del amor de Cristo, mientras no pequemos “voluntariamente, después de haber recibido el conocimiento de la verdad” (He.10:26). San Pedro nos dice a los cristianos: “Vosotros sois linaje escogido” (1 P.2:9). Y el apóstol Pablo llama aquí (Ro.8:33), a los creyentes: “escogidos” de Dios.

Además, nos da otra razón especial para el consuelo, de que no se nos hará ninguna acusación, es decir: “Dios es el que justifica”. El apóstol pregunta: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Y opone la respuesta: “Dios es el que justifica”. Cuando Dios justifica no prevalece ninguna acusación más. Este es el consuelo que nos da el apóstol en este texto.

Es Dios el que justifica. Dios es el único y supremo Juez, al que hemos ofendido con nuestros pecados. Como dice David: “Contra Ti, contra Ti solo he pecado” (Sal.51:4). Y si Dios justifica, ¿Quién puede acusar? ¿Qué importan, entonces, las acusaciones de nuestro corazón y nuestra conciencia? Hay un consuelo especialmente poderoso en el hecho -que muchos pasan por alto- de que siendo Dios el único al que debemos temer, Él también es el que justifica.

Es Dios mismo el que nos defiende; el que llevó nuestra causa a su corazón; el que emplea tantas palabras para convencernos de la solidez de su gracia.

Recordemos que siempre, desde la eternidad, Dios tuvo esa intención. Desde el principio del mundo anunció que Él mismo iba a librarnos de nuestros pecados. Y cuando llegó el tiempo, entregó a su propio Hijo para conquistar todo lo que la Ley no pudo darnos. Por los méritos de su Hijo, Dios justifica a todos los que creen en Él. ¡Pensemos! ¿Cómo entonces pueden nuestros pecados tener todavía alguna influencia ante Dios para condenarnos? Si fuese así, Dios habría repudiado su eterno consejo y su propia obra, la más preciosa de todas: nuestra eterna redención en Cristo.

Nunca debemos olvidar que nuestra justificación es la libre decisión de Dios. El apóstol dice bien claro: “En amor nos ha predestinado para

ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad” (Ef.1:5). El propio Señor Dios también dice: “Yo, Yo soy el que borro tus rebeliones por amor de mí mismo” (Is.43:25). Y nadie puede redimir a un pecador de sus pecados y justificarlo -declararlo justo-, excepto Dios. Es sólo Dios quien justifica. ¿Cómo puede valer, entonces, una acusación contra alguien a quien Dios justificó?

El apóstol habla aquí en el mismo tono consolador y desafiante con que habló Cristo en la parábola de los obreros en la viña, donde el dueño de la viña dice: “¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío?” Si quiero dar a este que trabajó menos que todos un obsequio no merecido, ¿a ti qué te importa? (Mt.20:1-16). El apóstol quiere decirnos: “Dios es libre para justificar al que quiere”. Ahora bien, quiere justificar a todos los que “besan” a su Hijo (lo “honran”, creyendo en Él: Sal.2:12). A éstos los cubre con la Justicia divina, y ordena que no se les impute ningún pecado, y que no se los condene. Anuncia que les perdonará todos los pecados que todavía les afligen.

¿O acaso no tiene el derecho de hacer lo que quiere con los suyos, siendo Él sólo el Juez y Señor de la humanidad? Si no entendemos ni apreciamos bien la gracia redentora y los méritos del Hijo de Dios, Dios sí los apreciará. Él seguirá considerando grandiosa y preciosa su propia obra.

Aunque nuestros corazones y conciencias no entiendan ni valoren debidamente lo que Dios ha hecho por nosotros por medio de su Hijo, sino sólo sientan y recuerden nuestros pecados, esto no es algo que afecte la decisión de Dios. Y si no valen ante Dios, y están sólo en nuestros sentimientos, en nuestros corazones y opiniones incrédulas, entonces todas esas acusaciones ya no consiguen perjudicarnos verdaderamente. Sólo pueden afligirnos por un tiempo, pero no pueden condenarnos eternamente.

Ésas son las cosas que el apóstol quiere decir cuando pregunta: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? ¡Dios es el que justifica!” Y como Dios mismo considera nuestra justificación como perfecta, ciertamente tenemos que alabar su maravillosa obra de gracia, en bendita paz y seguridad, diciendo:

¡Todo está bien! Dios lo hizo todo perfectamente bien. Aun si mis pecados fuesen mil veces más numerosos y graves, no pesarían nada frente a la justificación que Cristo me da. ¡Alabado sea su Nombre!

7. Sobre todo, tomad el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos de fuego del maligno. Ef.6:16

En la antigüedad los soldados iban armados con un escudo en el brazo izquierdo, para proteger el cuerpo contra las flechas y lanzas del enemigo. El soldado podía tomar posición y protegerse detrás del escudo. Lo propio ocurre con el escudo de la fe, que busca protección únicamente detrás de Cristo y su Palabra. La fe avanza detrás del propio Hijo de Dios, cuando ya nada más ayuda. La fe protege todo nuestro ser, por numerosos y graves que fuesen nuestros pecados y errores.

Tú, que lees estas líneas: Si quieres ser cristiano, graba esta instrucción profundamente en tu corazón. Estamos convencidos de que, por genuina que fuese la obra de Dios dentro de nosotros, y por seriamente que nos pongamos toda la coraza de Dios y velemos y oremos, siempre seguiremos sintiendo y viendo mucho más pecado e incredulidad que piedad y justicia dentro de nosotros.

Todo lo que quedó en nosotros desde la caída de Adán, es una inmensa depravación, de modo que finalmente nosotros debemos salvarnos al igual que el ladrón o asaltante: sólo por gracia, sin merecerlo. Hemos de salir del monte habitado por puros ladrones, e ir directamente a Jesús.

Trabajamos, predicamos, amonestamos, reprendemos, advertimos, oramos y alentamos con el objeto de que los cristianos se vuelvan más santos en todo su ser. Y no hay nada que mueva más a las almas honestas a arrojarse ante el trono de gracia que el deseo de librarse de su maldad. Sin embargo, nunca será diferente en este mundo; la naturaleza carnal siempre estará llena de iniquidad y pecado. Y es lamentable, pero eso muchas veces se manifiesta en hechos.

Incluso todas las obras del Espíritu: fe, esperanza y amor, siempre aparecen infectadas y mezcladas con las impurezas del vaso que las contiene. Por eso, al fin y al cabo tenemos que apelar sólo a la inmerecida bondad -la gracia- de Dios, al igual que otros grandes pecadores. Tenemos que pedirle a Cristo que nos cubra, proteja y defienda con sus méritos, contra todas las tribulaciones de Satanás. En caso contrario estaremos perdidos, aún si nuestra vida estuviese en su mejor expresión moral.

Tenemos que mantener siempre esta verdad bien en alto, y respetarla de manera inviolable sobre todo lo demás: ¡Somos salvos sólo gracias a Cristo!

Siempre hemos de mantener en alto, ante nuestra vista, la justicia de Cristo para presentarnos ante Dios. Porque ni siquiera la fe en sí misma, como una virtud dentro de nosotros, nos puede proteger contra la justa ira de Dios. ¡No! Sólo el objeto de nuestra fe: Cristo mismo, con su perfecta obediencia y cruel muerte por nosotros, es el escudo que detiene y apaga todos los dardos encendidos del maligno.

¡Que todos los cristianos se acostumbren a usar bien este escudo de la fe en todas las situaciones, sobre todo lo demás que se pueda imaginar o mencionar! Valoremos sobre todo a Dios, y sirvámosle con el mayor de

los respetos, viviendo conforme a lo que Él nos advierte o recomienda, nos manda o prohíbe. Debemos invocar su gracia para poder obrar de acuerdo a ello. Sin embargo, tan pronto como vemos nuestras grandes deficiencias y faltas... al notar que no hemos cumplido ni podemos cumplir todo lo que Dios ordenó, inmediatamente hemos de recordar que sólo Cristo el Redentor nos protege contra la ira del Juez.

El pacto de la gracia de Dios por amor de Cristo Jesús es un tema aparte. Quedará firme siempre, por mejor o peor que fuese nuestra obediencia y piedad, en tanto que permanecemos ante el "trono de la gracia". Entre los cristianos hay diferentes grados de piedad y buena conducta, pero la salvación y bienaventuranza eterna dependen de una sola cosa: ¡Que por medio de la fe estemos unidos a Cristo! Como dice San Juan: "El que tiene al Hijo, tiene la vida" (1 Jn.5:12). Por lo tanto, te falte lo que te falte, di inmediatamente: "¡Qué Dios me perdone y me ayude a mí, pobre pecador, por amor de Jesucristo, su Hijo!"

Es lamentable y terrible que todavía seamos tan miserables. Pero, ¡Alabado sea Dios, y gracias infinitas al eterno Rey: Hay otro que es nuestra Justicia delante de Él! El malvado Satanás ha contaminado todo nuestro ser con maldad, y ahora quiere aterrorizarnos hasta la muerte, y condenarnos al infierno. Pero hay uno que se lo impedirá: Su Nombre es Jesucristo. Él es nuestro fiel y eterno Salvador. Él es nuestra plena y perfecta Justicia.

Satanás tiene razón en que no estoy tan ceñido con la verdad como debiera estar. Es lamentable reconocerlo, hay todavía mucha falsedad en mi corazón. Sin embargo, conozco a un Hombre cuyo pecho fue abierto con una lanza. Sólo en ese pecho latía un corazón completamente entregado a la verdad. Ese pecho es ahora mi escudo contra las flechas de fuego que el diablo lanza contra mi conciencia. Es cierto y deplorable que mis buenas obras y mi discipulado todavía son muy vacilantes y defectuosos. Pero conozco a un Hombre con manos y pies heridos. En esas manos están mis buenas acciones y en esos pies está mi vida recta.

Es cierto -y es mi diario tormento- que todavía tengo muchos malos pensamientos. Pero he visto una cabeza santa cubierta con una corona de espinas por mí. En esa cabeza están mis pensamientos buenos. Me alegraría muchísimo que mi vida cristiana fuese perfecta. Oro constantemente para crecer en santidad. Pero cuando se trata de mi salvación y bienaventuranza digo abiertamente: ¡No quiero saber de otra justicia sino la de mi Señor Jesucristo! Si las obras de Cristo no son las mías, estoy eternamente perdido.

Mi propia piedad no aprueba el Juicio de Dios, pero ¡la santidad de mi Señor Jesucristo ciertamente lo aprueba! Por eso Él es tan valioso, estimado e imprescindible. De esa forma, con este escudo podemos atajar y apagar "todos los dardos encendidos del maligno".

8. **Y tomad el yelmo de la salvación.** Ef.6:17

Del pasaje paralelo de 1 Ts.5:8 aprendemos que es ese “yelmo de la salvación”. Ahí dice: “Nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de la fe y del amor, y con la esperanza de la salvación como yelmo”. De modo que nuestro yelmo es la esperanza de la salvación; la esperanza firme y viva de la bienaventuranza eterna en el cielo. El yelmo -o casco- protector de la cabeza en la lucha, era una defensa metálica para la cabeza del antiguo guerrero. Protegía una parte muy importante del cuerpo. Porque un solo golpe de espada en la cabeza podía llevar a la muerte inmediata, o inhabilitar al guerrero para el resto del combate.

Nuestro yelmo espiritual es igualmente importante. Si se nos quita la esperanza de la salvación, inmediatamente se esfuma todo poder espiritual, y la Palabra de Dios pierde su importancia. Entonces veremos sólo “las cosas visibles” (2 Co.4:18), y ya no seremos aptos para hacer, ni para sufrir por causa de Cristo.

Pero así como el protector metálico en la cabeza del guerrero lo habilitaba para avanzar en la batalla con doble temeridad, sin temor a los golpes de espada del enemigo, así también una esperanza firme y viva en la salvación eterna nos capacita a no preocuparnos demasiado por lo que puede pasarnos aquí en este mundo, en el tiempo presente. La esperanza cristiana nos hace buscar sólo lo que agrada a Dios. Porque sabemos que hay cosas tan gloriosas esperándonos después de la lucha, que todos los sufrimientos del presente no son comparables con ellas (Ro.8:18).

Pero para que la esperanza de la salvación realmente llegue a ser ese yelmo y sea poderosa en la lucha, se necesita algo más que hermosas palabras e ideas. Hacen falta profunda reflexión y verdadera fe. Cuando nuestra vida va relativamente bien, uno fácilmente puede hablar y cantar de la bienaventuranza eterna, sin necesidad de aliento. Pero ¡preparémonos! Porque también vendrán otros tiempos. Es decir, días malos y oscuros, cuando todo el mundo se nos volverá demasiado estrecho; cuando nuestro corazón querrá partirse de angustia, y deseemos morir; cuando se esfume la felicidad de nuestras vidas, y nada nos interese más que el fin de nuestra existencia.

Por eso, ¡Preparémonos cuidadosamente! ¡Pensemos seriamente si tenemos un fundamento real y seguro para nuestra esperanza! E imploremos a Dios que nos envíe su Espíritu Santo, a fin de imprimir profundamente en lo más íntimo de nuestras almas esa esperanza, de modo que llegue a ser nuestro pensamiento principal y nuestra guía durante toda nuestra vida. La cierta y segura esperanza de salvación coloca en nuestras almas el fundamento para la verdadera sabiduría, nos da el profundo e imperturbable consuelo en todas las aflicciones, y la paz y el poder divinos para todas las luchas y pruebas.

Esto no es para cualquiera. Es como salmuera tibia en la boca para quienes desean tener su Paraíso aquí, y vivir como la gente mundana. “¿Qué? ¿El cielo? ¡No, gracias! ¡Háblennos de algo más concreto: De salud y alegría aquí, en este mundo!” Así piensan los incrédulos y materialistas al oír el Evangelio. “Queremos buenos empleos, viviendas cómodas, suficientes alimentos, ropa, y diversiones. ¿El cielo? El cielo puede esperar. Que llegue a su debido tiempo. Ahora no lo necesitamos”.

Incluso entre los que comenzaron a buscar las cosas de arriba y están en el pacto de gracia con Dios, hay muchos que no conocen el valor y el poder de la esperanza de la salvación. Particularmente los que todavía no han sido mortificados, y abrigan muchos hermosos planes y expectativas para su vida en este mundo, porque no han sufrido suficientes desilusiones, ofensas, golpes y contratiempos.

Pero, preparémonos para el cielo, porque habrá momentos en los que no encontraremos en toda la Escritura palabras más dulces que las que nos hablan de la feliz partida de esta vida. Pues, tan cierto como que pertenecemos a Cristo, nuestro viejo hombre debe ser crucificado, con todos sus vicios y malos deseos. Y una vida crucificada ciertamente es una vida dolorosa, una muerte lenta. ¿Y qué alivio se le puede dar a una persona colgada en la cruz? Por la gracia de Dios puede recibir un alivio y descanso momentáneo, como ocurrió también con Jesús, cuando vino un ángel del cielo, para fortalecerlo en el Getsemaní.

Pero un nuevo golpe, nuevas penas y amarguras, lágrimas y gritos interrumpirán pronto ese alivio.

Cuanto más tiempo vivamos como cristianos en este mundo, tanto más acertadas nos parecerán las palabras del apóstol: “Si en esta vida solamente esperamos en Cristo, somos los más dignos de conmiseración de todos los hombres” (1 Co.15:19). Cuanto más tiempo vivamos, tanto más acertadas nos parecerán las palabras del Antiguo Testamento: “Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos” (Sal.90:10).

Nuestra esperanza de salvación se fortalecerá, si tenemos bien presente que nada en este mundo puede satisfacer el profundo e infinito deseo del hombre por felicidad eterna, y que toda esta vida es sólo una grande y engañosa vanidad. El más rico y feliz rey de Israel, durante una larga y gloriosa vida había buscado su felicidad en todo lo que este mundo puede ofrecer. Finalmente sacó la conclusión de que todo fue un engaño y vanidad (Ec.1:2; 12:8). Este mundo no tiene lo que puede hacer feliz al alma inmortal.

Hasta la persona más rica y famosa siempre enfrentará la triste realidad de que todo su esplendor acabará irremediabilmente.

9. **Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado (la perfección).** Fil.3:13

Aquí podemos ver un ser interior fuerte y sano. Escuchemos al gran apóstol Pablo; dice que él mismo todavía no lo alcanzó. ¿Qué quiere decir? ¿Que todavía no había llegado a la fe, a la libertad, a la vida evangélica, y a la salvación en Cristo? No, porque escribió esta epístola a los Filipenses cuando ya había llenado toda la tierra con el Evangelio.

Si tenemos esto presente, y no obstante le oímos decir aquí: “Yo mismo no pretendo haberlo alcanzado ya”, quedamos perplejos y nos preguntamos: ¿Cuál debe haber sido el estado interior del apóstol? ¿Habla aquí en el nombre de otras personas? ¿Expresa la situación de un neófito (nuevo), en el cristianismo, de un hombre todavía inseguro de la gracia, que todavía no había ingresado por la puerta estrecha? ¡No! En los versículos 1 a 14 de este capítulo nos relata claramente su propia historia espiritual. Habla sólo de sí mismo. Y confiesa aquí con toda franqueza: “Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo alcanzado ya”.

La persona que pronuncia estas palabras no es un novato en la iglesia. Por el contrario, está a una altura espiritual que ciertamente nadie de nosotros alcanzó. El que hace esa confesión es el mismo apóstol que pudo decir: “Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gá.2:20). El mismo campeón de la fe que fue capaz de exclamar con voz triunfante: “¿Quién nos separará del amor de Cristo?” (Ro.8:35); el mismo santo en quien Cristo había sido formado como en ningún otro creyente; el que pudo exhortar con todo derecho: “Hermanos, sed imitadores de mí, y mirad a los que se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros” (Fil.3:17). Pablo confiesa aquí francamente que ni siquiera él había logrado entenderlo, ni había llegado a ser perfecto.

Más de un cristiano evangélico se quedará perplejo frente a esto. Y tenemos motivos para quedarnos así. Pero, al mismo tiempo entendamos el tema correctamente. Porque cuando San Pablo habla aquí de su imperfección, no habla de lo que él es ante Dios, gracias a Cristo. Al hablar de eso emplea otra expresión. Dice: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios?... ¿Quién es el que condenará?” “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”; “Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Ro.8:33-34; 5:1; He.10:14). En este sentido –ante Dios– San Pablo era perfecto. Cuando habla de su imperfección se refiere al estado de su corazón, a su relación interior con su Salvador, a su vida y conducta en la fe. En cuanto a eso admite no haber logrado todavía la perfección, no haber alcanzado todavía la meta por la que está luchando. Todavía no había comprendido cabalmente el secreto de la expiación de Cristo. Todavía no había encontrado todo el gozo y el aliento que buscaba y que la fe lleva al corazón. “Pues bien”- dirá alguien- “¿qué tiene de extraño esa

humilde confesión? Porque ¿quién querría jactarse de ser perfecto, y de haber alcanzado ya la meta en su conducta cristiana?"

Pero, ¡qué nadie diga eso! Sin duda hay personas que se creen perfectas y ya no buscan progresar. Gente que está satisfecha con el nivel espiritual que ha alcanzado. Todos poseemos un corazón engañoso y deseperadamente malo dentro de nosotros (Jer.17:9). Todos tenemos un enemigo que ha jurado destruirnos y trata de hacerlo. Cuando ya no puede retener a alguien en pecado manifiesto e incredulidad, toma otro giro y trata de infundirnos un falso consuelo -una seguridad imaginaria- con lo que obtendrá su objetivo. El consuelo falso es éste: "Ahora eres un cristiano iluminado y te has convertido al evangelio. No necesitas nada. Todo está bien". Y aun cuando no se diga eso con estas mismas palabras, no obstante el diablo sopla este somnífero aliento en nuestras almas y las reduce a la somnolencia e indiferencia. La consecuencia será la misma, es decir: El alma quedará satisfecha y contenta con su estado; no se preocupará por la renovación ni por el crecimiento en la gracia y en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo.

Quien recibe realmente la instrucción del Evangelio, y no lo tiene sólo en su intelecto y en la boca sino que desea conocer su poder en la fe, en la paz, en el gozo, el amor y en la piedad en general, nunca se sentirá como quien ya lo sabe todo. Por el contrario, sentirá cuánto le falta todavía. Esta es la razón, por la que advertimos tanto en contra de sentirse espiritualmente satisfecho. Es que esto revela un estancamiento, una extinción de la vida en la gracia. Tal vez todavía llevamos una así llamada "vida cristiana". Seguimos teniendo cada día devociones haciendo lecturas, oraciones y otras prácticas saludables. Y hasta podemos confesar con sinceridad que nuestros pecados fueron perdonados. En tal y tal momento recibimos la seguridad de ello. Y entonces nos quedamos contentos y satisfechos. Pero ¿realmente está todo bien? ¿Hemos alcanzado nuestro objetivo? "Sí" decimos, "-¿Acaso no alcanzamos nuestra meta? ¿No está todo bien entonces?" En efecto, si ahora creemos en Cristo, ciertamente todo está bien con respecto a nuestra justicia ante Dios. ¡Recordémoslo: ante Dios, en Cristo! Por los méritos de Cristo quedamos tan perfectos ante Dios, que ni siquiera somos capaces de comprenderlo correctamente. Dios nos conceda la gracia de poder conservar esto bien en claro siempre. Pero, al mismo tiempo, exactamente cuando todo está bien con nuestra vida en la gracia y perfección ante Dios, hemos de sentir dentro de nosotros que todavía falta algo. Hemos de tener la conciencia de San Pablo y decir: "No pretendo haberlo alcanzado ya, pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que queda adelante, prosigo a la meta". Hemos de sentir nuestras numerosas deficiencias en la vida de la gracia, de nuestra fe y de nuestro gozo en el Señor; de nuestro amor y de nuestra piedad. Hemos de sentir diariamente hambre y sed por la justicia y por la perfecta piedad, como ocurrió con el apóstol Pablo.

10. **Porque el que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí.** 1 Co.11:29

Uno de los peores errores en cuanto a la santa comunión, es pensar que, mediante una así llamada “preparación cristiana”, cualquiera que lo desea puede llegar a ser un comulgante digno en la Cena del Señor, sin importar si es un verdadero amigo y discípulo de Jesús, o no.

También es un terrible error pensar que quienes durante toda su vida pertenecieron a la multitud de inconfesos, puedan concurrir dignamente a la cena del Señor después de una presunta “preparación adecuada” para la ocasión. ¡Este terrible error debe hacer que se paren los pelos de todo sincero creyente!

¿Dónde hay siquiera una sola palabra en toda la Escritura sugiriendo algo así? ¿Dónde dice que los que no fueron convertidos al Señor, los que no son ni amigos ni discípulos de Cristo ni viven todos los días en su gracia, sólo deben “prepararse” para la Cena del Señor y así hacerse dignos de ella?

¡Ah, que se prevenga claramente de este error, y que todos los que tienen oídos para oír, oigan! ¿Podría Cristo dejarse engañar por una ocasional preparación, por una piedad adoptada circunstancialmente, y considerarnos sus “amigos”? ¿Podría el Santo dejarse engañar de tal manera por una piedad, un remordimiento, una confesión de pecados y una oración forzados, y ni bien nuestra comunión ocasional queda atrás, volvamos a la misma vida mundana de antes? ¡Que Dios tenga piedad de nosotros, y despierte a todos los maestros de su sueño, si no le avisan esto honestamente a su pueblo!

¿Acaso no deben proclamar la verdad con honestidad, y aclarar que para ser un comulgante digno sólo hace falta ser amigo y discípulo de Jesús para toda la vida, o al menos desear serlo? Nadie llegará a ser un comulgante digno mediante una preparación ocasional, sino sólo mediante una conversión total, por la cual uno llega a ser amigo y discípulo de Cristo para toda la vida.

Si eres eso, eres un comulgante digno. Si no lo eres, eres indigno. Nadie debe confiarse en una preparación ocasional. Al contrario, debe saber que con limitar su preparación sólo para esa ocasión “come y bebe juicio para sí”.

Aunque uno se preparase con tanto empeño que permaneciese de rodillas no sólo por un día, sino por toda una semana y aun por un mes, y se bañara con lágrimas de penitencia durante todo ese tiempo... seguirá siendo un comulgante indigno. Comerá y beberá juicio para sí, si se propone prepararse sólo para la comunión, sin querer llegar a ser propiedad del Señor para toda la vida, quedando y viviendo bajo Él en su Reino. Jesús instituyó su Santa Cena para sus amigos. La sincera unión que se produce entre Cristo y sus fieles en la Santa Comunión, está mencionada en su oración sumo sacerdotal, en la misma noche en que

instituyó la Santa Cena él dijo: “Que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros... Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad” (Jn.17:21-23). Y en esa oración agregó: “Yo ruego por ellos; no ruego por el mundo, sino por los que me diste” (v.9).

¿Cómo sería posible que rogase ahí por el mundo, que invitase al mundo a celebrar la memoria de su muerte? ¿Cómo habría de invitar a los que lo despreciaron a comer su carne y a beber su sangre?

Ah, es terrible pensar en lo que significa que un ser humano viva todos sus días “sin Dios en este mundo” (Ef.2:12); que pueda sentirse bien sin Él, pero (por ejemplo), participe una vez al año en la Santa Cena -en esa sublime reunión de amor que Jesús celebra con sus amigos- pretendiendo mostrar con eso, una muy sincera amistad con Jesús, a fin de retornar inmediatamente después a la misma vida vana e impía de antes. ¿Acaso no es esto lo mismo que hizo Judas, cuando se acercó a Jesús en el huerto y lo saludó diciendo: “¡Salve, Maestro!” y lo besó? (Lc.22:47). No le dirá el Señor a cada uno de esos comulgantes: “Amigo, ¿a qué vienes? ¿Con un beso entregas al Hijo del Hombre? (Mt.26:50; Lc.22:48).

¿No debería temblar todo su cuerpo y horrorizarse su alma quien pretende acercarse a Dios con esos pensamientos? ¿Es que no entiende que el majestuoso y santo Dios le dirá: “¡Hipócrita! ¡Conozco muy bien tus obras! ¡Tú no eres amigo mío, sino del mundo! ¿Por qué vienes aquí donde mis amigos celebran la memoria de mi muerte? Sé que mañana volverás a servirle al mundo y al pecado. ¡Apártate de mí, hipócrita atrevido!”?

¿Acaso no cabe esperar semejante réplica del Santo, saludó diciendo: ojos son como llamas de fuego-, cuando alguien pretende “prepararse” para la Santa Comunión, -pero por lo demás, para el resto de su vida-, no piensa en pertenecerle al Señor ni en seguirle?

11. ¡Estad siempre gozosos! 1 Ts.5:16

Regocijarse en el Señor, es un fruto de la fe y del Espíritu. Nadie puede hacerlo mientras no le sea dado. Este regocijo no puede producirse mediante una amonestación. Es cierto. Pero, así como el amor, la humildad y la bondad también son frutos del Espíritu, y los apóstoles sin embargo nos amonestan a practicarlos, también nos amonestan a ejercitarnos en este fruto del Espíritu: En regocijarnos en el Señor. Pablo nos dice: "Estad siempre gozosos", "... porque esta es la voluntad de Dios para con vosotros..." "¡Regocijaos en el Señor siempre!" (Fil.4:4). Por eso siempre hemos de procurar esa gracia, empleando todos los medios que promueven ese gozo. Si perdemos el gozo de la fe, perdemos también todos los demás dones y poderes.

Alguno dirá: "El gozo depende de las circunstancias. Cuando tengo motivos para alegrarme, me regocijo. Pero ¿cómo puedo regocijarme cuando me afligen el dolor y la adversidad?" Esto es válido únicamente cuando se refiere al gozo humano y carnal. El apóstol, en cambio, dice: "Como entristecidos, mas siempre gozosos" y: "Sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones" (2 Co.6:10; 7:4b). Y a los filipenses les dice: "¡Regocijaos en el Señor siempre!" (Fil.4:4). Quien aún es un incrédulo, ciertamente no puede "regocijarse en el Señor". Su gozo efectivamente, depende de las circunstancias temporales. Pero el creyente tiene una paz diferente, tan poderosa que puede regocijarse aún en la tribulación.

Sin embargo, es normal que las circunstancias externas ejerzan cierta influencia también en los corazones de los cristianos. En tanto viven en este cuerpo, sienten su influencia. Así, el salmista Asaf confiesa de sí mismo: "Se llenó de amargura mi alma, y en mi corazón sentía punzadas. Tan torpe era yo, que no entendía; era como una bestia delante de Ti" (Sal.73:21-22).

Pero ¡escuchemos qué profunda fuente de gozo seguía teniendo! Pues agrega: "Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria. ¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? Y fuera de Ti nada deseo en la tierra. Mi carne y mi corazón desfallecen; mas la roca de mi corazón y mi porción es Dios para siempre" (v. 23-26).

Esto es válido para un corazón creyente. En cambio un incrédulo, es totalmente incapaz de regocijarse en el Señor. Está lleno de ídolos, o es totalmente materialista y no tiene ningún interés en conocer al verdadero Dios. Está oprimido y subyugado por la Ley, y siente terror de Dios. Animar a tal persona a regocijarse en el Señor sería como tratar de prenderle fuego al agua. El incrédulo no ve ningún motivo para regocijarse en el Señor. Un "hijo de este mundo" (un incrédulo o impío) vive bajo la ira de Dios y se encamina a la perdición eterna.

Ningún apóstol amonesta a estos infelices a regocijarse. No, para ellos son las palabras: "¡Llorad y aullad por las miserias que os vendrán!" (Stg.5:1). Pero aquí el apóstol les habla a los hijos de la gracia, quienes fueron regenerados y están en paz con el Todopoderoso. Estos ciertamente tienen motivo:

¡Un gran motivo para estar contentos y regocijarse siempre, aun si sufren graves accidentes y contratiempos terrenales! No obstante, siempre siguen siendo afortunados. Sí, aunque no siempre estén sonrientes, siempre son afortunados. Y por esta razón deben regocijarse siempre, sin lugar a dudas. Sin embargo, ningún cristiano domina plenamente este arte de regocijarse.

Las impresiones se desvanecen y cambian como el clima. No obstante, el creyente tiene razones para regocijarse todo el tiempo porque en comunión con Cristo es afortunado. Dice la Escritura: “He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren” (Stg.5:11).

Y en segundo lugar, existe un gozo más profundo que el del sentimiento natural y el de las impresiones. Es el gozo del conocimiento y el de la fe, que dice: “A pesar de todo estoy contento. Aunque ahora no siento ningún gozo especial, no obstante estoy feliz por tener al Señor como mi mejor Amigo; y por tener un Tesoro mucho más valioso que cualquier otra cosa”. Los cristianos hemos de sentir ese gozo. El apóstol nos alienta a ello cuando nos exhorta “¡Regocijaos siempre!” Y nos declara la razón para ello cuando agrega: “¡...en el Señor!” Notemos bien: “En el Señor”; no en el oro o en la plata, no en lujos, o diversiones, no en fuerza y salud, no en el arte y la ciencia, no en poder y gloria temporales, no en amistades y favores humanos, ni siquiera en buenas obras y méritos... porque tales cosas sólo dan un gozo pasajero y engañoso.

Si eres un verdadero hijo de Dios bajo la corrección del Espíritu Santo, no podrás regocijarte mucho tiempo en tales cosas. En parte, porque es un gozo peligroso que separa tu corazón del Señor. Y solo Él quiere ser el gozo, el tesoro y el contentamiento de sus hijos. Y en parte, porque todas esas cosas sólo confieren un gozo imperfecto y limitado, que acabará pronto. Por eso, si queremos regocijarnos “siempre”, nuestro gozo debe ser “en el Señor”. Todo otro gozo -inclusive el gozo por los dones del Espíritu, por nuestra santificación y buenas obras- es un gozo peligroso. A este respecto tenemos una lección digna a ser tenida en cuenta en el evangelio de San Lucas, en la breve advertencia que el bondadoso y atento Señor les hizo a sus discípulos, cuando le contaron entusiasmados que en su Nombre hasta habían echado fuera demonios. Entonces Jesús les dijo: “No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lc.10:20).

Así el Espíritu del Señor nos advierte también a nosotros por boca del profeta: “No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: En entenderme y conocerme, que Yo soy Jehová” (Jer.9:23-24). El Señor es sumamente celoso. No tolera que su esposa sienta verdadero gozo en otra cosa, y tenga como tesoro de su alma otra cosa, que no sea Él mismo.

12. Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia. Ro.6:14

El apóstol hace una declaración extraña. ¿Cuál es la razón por la que el pecado ya no tendrá dominio sobre los que ya no vivimos bajo la Ley, sino bajo la gracia? Son dos razones. La primera descansa en la calidad del corazón del regenerado por la gracia. Y la segunda, en el corazón y gobierno de Dios.

Cuando un alma “por la Ley quedó muerta para la Ley” (Gá.2:19), y en adelante vive por la fe en Jesús, por pura gracia, esa persona recibió un nuevo corazón; un corazón que de ahí en adelante ama sinceramente a Dios y a su santa voluntad, y odia el pecado.

Anteriormente, mientras no conocía el evangelio de Jesús ni creía en el perdón de Dios, estaba esclavizado bajo el yugo de la Ley. Pensaba que debía satisfacer las demandas de la Ley de Dios por medio de su esfuerzo propio, y concebía a Dios como a un Juez airado y amenazante a causa de sus pecados. Así, su angustiado corazón no podía amar a Dios ni odiar al pecado. Es cierto que las amenazas de Dios lo dejaban preocupado por su pecado y le hacían sufrir a causa del mismo. Sin embargo, nunca podía aborrecerlo y maldecirlo sinceramente. ¡No! Su relación con el pecado era la de un enamorado separado por la fuerza; se separaba de lo que amaba sólo por conformar a su severo padre. Como en su imaginación Dios sólo era un amenazante y airado Juez, no podía amarlo, ni deleitarse, ni regocijarse en Él, por lo que su “amor” era falso, contaminado con el pecado que Dios condena.

Bien dijo un creyente: “Al pecado no perdonado se lo sigue amando. Sólo al pecado perdonado se lo odia”. Y el amor es el mayor poder en el hombre. El objeto de mi amor me domina. El amor y regocijo en el Señor, y el odio hacia el pecado surgen en el alma que el Señor libra de la esclavitud del pecado y traslada a su Reino de Gracia. Y esas virtudes no son solamente una respuesta de amor natural. Son la “simiente de Dios” en los regenerados (1 Jn.3.9). El Espíritu Santo, morando en el corazón del creyente, produce esos frutos.

Y es sólo esta simiente de Dios la que vence, domina y destruye el pecado; la que logra que “no practiquemos más el pecado”, como dice San Juan (1 Jn.3:9). Ya no podemos sentirnos felices con el pecado, y por eso no podemos seguir siendo “siervos del pecado” (Ro.6:18). Así, el pecado ya no domina más. Esto es lo primero que hemos de notar aquí, para entender el texto.

Pero aún, hay todavía otro secreto. El apóstol dice que “el pecado ya no se enseñoreará de vosotros, porque ya no estáis más bajo la Ley, sino bajo la gracia”. Esta declaración se basa en algo más que en nuestra mentalidad nueva y santificada. Se basa en Dios. El secreto es el siguiente: Cuando una persona “ha muerto para la Ley” (Ro.7:4), y tiene su consuelo sólo en

Dios y en su gracia, está en la situación de un niño débil y dependiente, de quien Dios mismo se hizo responsable.

El apóstol dice: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co.12:10b). Así, expresa el secreto. Esto se basa en lo que dijo el Señor: "Mi poder se perfecciona en la debilidad" (2 Co.12:9). Solo los débiles comprueban el poder de Dios. Dios no les concede su poder a los "fuertes"; a los que todavía creen que tienen suficiente fuerza de voluntad como para arreglárselas solos. No, Dios les concede su poder a los que quedaron avergonzados y quebrantados con todas sus obras propias, y los que por eso ahora confían sólo en la gracia.

Los que todavía están bajo la Ley, los que aún no quedaron exhaustos y demolidos, sino creen que ellos mismos son capaces de dominar su naturaleza pecaminosa, éstos todavía confían en su propia capacidad. Y aun cuando oran a Dios pidiéndole poder, es contrario a la sabiduría y a la gracia de Dios concederles ese poder, porque en lo más íntimo de su ser todavía confían en su propio poder. Todavía no están "muertos" para la Ley, y no confían solamente en la gracia.

Si miramos sólo superficialmente la piedad de una persona autosuficiente, nos puede parecer que posee el poder de Dios para deshacerse del pecado. Sin embargo, el Señor dice que es sólo una pureza aparente, como la de un sepulcro blanqueado (Mt.23:27). El Espíritu Santo todavía no le reveló el poder mortal del pecado. Mientras la persona todavía cree poder realizar algo bueno para salvarse a sí misma con su propia capacidad y con sus observancias, significa que el poder de su depravación interna todavía no está quebrado.

Muy distinto es el caso de los que ya desesperaron de sí mismos y hallaron toda su justicia y fuerza únicamente en Cristo. El Señor mismo asume la responsabilidad por esas almas decaídas, por esos hijos débiles y dependientes. Él los consuela y les asegura: "Bástate mi gracia; porque mi poder se perfecciona en tu debilidad" (2 Co.12:9). Esta es la segunda razón, por la que el apóstol puede declarar que el pecado no se enseñoreará de los que ya no están bajo la Ley, sino bajo la gracia.

Todo esto es un secreto para nuestra razón. Por eso necesitamos prestar atención especial a la instrucción que el apóstol nos da aquí: Podemos controlar el pecado sólo cuando no estamos más bajo la Ley, sino bajo la gracia.

13. Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda. Ro.4:4

Lutero llama a eso “ocuparse con obras”. La Biblia sueca lo tradujo: “Al que depende de obras”. El apóstol se refiere aquí a la persona que hace buenas obras con la intención de acumular méritos y salvarse a sí misma por medio de su propia buena conducta. Y menciona como lo contrario “al que no obra, sino cree en Aquel, que justifica al impío, (a ese) su fe le es contada por justicia” (v.5). La expresión “el que no obra” significa “el que no deposita su confianza ni la fe de su corazón en su conducta”. La buena conducta o las buenas obras en sí mismas no serían ningún obstáculo para la justificación ante Dios, si el corazón estuviese muerto para la Ley y con fe en Cristo. En ese caso las obras serían un fruto de la fe, y un testimonio de la justificación.

Cualquiera sea tu manera de pensar y tu religión, puedes depositar tu confianza sólo en una de estas dos cosas: En tu propia persona y mérito, o en Aquel que justifica al pecador. El mérito de nuestras propias obras, y los méritos de Cristo, son totalmente opuestos entre sí. Si deposito mi confianza en mi propia conducta, es imposible que la deposite también en Cristo. Mis obras y méritos propios serán lo más importante en mi corazón y pensamiento, por más que lo niegue con mi boca. Entonces seré un pecador que pretende justificarse con su esfuerzo propio, y de parte de Dios recibiré sólo lo que me corresponde. Al tal “no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda”. Obtiene un salario, pero no como gracia u obsequio, sino como deuda o mérito propio. Si cumplió todos los requisitos establecidos por su Señor, obtiene el salario convenido. En ese caso, el “obrero” tampoco tiene necesidad de agradecerle a su Señor, como el que recibe un obsequio por gracia. No, porque su salario es algo bien merecido. Por el otro lado, si tiene deficiencias en el cumplimiento de sus obligaciones recibirá el correspondiente castigo.

No se le dará nada por gracia. Así es la Ley: Inflexible. Quien recurre a ella para justificarse, será juzgado de acuerdo a sus demandas. No hay indulgencia o transigencia de parte de Dios: Al que se atiene a sus propias obras meritorias, se le retribuirá sólo de acuerdo a lo que merezca. No obtendrá nada por gracia.

Es posible que la persona que hace buenas obras para justificarse acumule muchos más méritos que la persona que busca y obtiene la gracia de Dios. Esto parece injusto y muy duro. Pero de nada sirve protestar. Hay un tono muy severo e inexorable acerca de esto en la Escritura. El propio Señor Jesucristo lo explicó en la parábola de los obreros de la viña (Mt.20:1-16).

Cuando uno de los obreros murmuró y protestó, el dueño de la viña no cedió en lo más mínimo, sino que respondió: “Amigo, no te hago agravio; ¿No conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y vete”.

En Romanos 9 el apóstol emplea el mismo lenguaje contundente. Le preocupa la insistente autojustificación de los judíos, y la inevitable condenación que eso conlleva. Les dice que no importa cuánto trabajen y se esfuercen para justificarse a sí mismos: Tienen la elección de Dios en contra. Porque Dios eligió a los que creen en Jesús, y rechazó a los que se ocupan con obras propias para justificarse.

Dios mismo decide a quién quiere salvar: “No depende del que quiere y del que corre, sino de Dios que tiene misericordia. ¿Qué, pues, diremos? Que los gentiles, que no iban tras la justicia, han alcanzado la justicia, es decir, la justicia que es por la fe; mas Israel, que iba tras una Ley de justicia, no la alcanzó” (Ro.9:16; 30-31). ¿Y por qué no la alcanzó? Porque pretendió justificarse a sí mismo. Los otros, en cambio, recibieron la justicia de Cristo, por pura gracia; obtuvieron justificación por medio de la fe en Él.

De la misma manera habla en Gálatas 4. Ahí distingue entre dos clases de personas que buscan salvación. Eso está simbolizado por los dos hijos de Abraham: Ismael e Isaac. El primero era hijo de la esclava; el otro, hijo de la esposa. Así el apóstol distingue entre esclavos e hijos. A los hijos también los llama “hijos de la promesa”. Y luego anuncia que con los esclavos se procederá inflexiblemente, conforme a las palabras de Gálatas 4:30: “Echa fuera a la esclava y a su hijo, porque no heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre”.

“Los hijos de la esclava”, son los que pretenden justificarse con sus propias obras y penitencias. Se empeñan por mucho tiempo como esclavos en cumplir lo que sus religiones les estipulan, pero finalmente serán echados fuera. Son aquéllos seres humanos, que participaron de la fiesta de bodas del Reino de los Cielos, (de la iglesia aquí en la tierra), y que se esforzaron por realizar obras meritorias y conducirse piadosamente. Pero, finalmente se encuentran sin “vestido de bodas” y son echados “en las tinieblas de afuera, donde habrá lloro y crujir de dientes” (Mt.22:1-14). ¡Así de grande es el celo del Señor por ver perfectamente cumplida la justicia de la Ley y la gloriosa redención lograda por su Hijo! ¡Ah, que todos los que desean ser cristianos tengan esto bien en claro!

No se gana nada con dejar flotar los pensamientos a la deriva ni inventando una forma para la salvación de acuerdo a la propia opinión. ¡No! Dios ya pronunció su inexorable sentencia. ¡Recordémosla! No es una sentencia pronunciada por un ser humano; tampoco una sentencia que el ser humano puede cambiar y acomodar. Es el plan y la decisión definitiva, establecida por el propio omnipotente Dios: Solamente la persona que reconoce que es un pobre y perdido pecador se salva. Estos son los que desesperan de toda justicia y capacidad propias, buscando su salvación sólo en la justicia de Cristo.

14. **Y (Abraham) no se debilitó en la fe.** Ro.4:19

“No se debilitó en la fe”, o sea, mantuvo una fe firme y fuerte. Sin embargo, no hay que pensar que Abraham nunca debió luchar contra la duda, o que jamás sintió también una fe débil, que otros santos generalmente sufrieron.

En la renovación de la promesa de que tendría un hijo (Gn.17:4-8), Abraham no pudo evitar pensar en su propia edad avanzada y en la de Sara, su mujer. Se rió y dijo dentro de sí: “¿A un hombre de cien años le ha de nacer hijo? ¿Y Sara, ya de noventa años, ha de concebir?” (Gn.17:17). Y luego empezó a conversar con Dios sobre Ismael, parece que estaba pensando que él iba a ser su heredero (Gn.17:18). Antes había pensado que su siervo Eliezer le iba a heredar (Gn.15:2). Pero a pesar de todo el apóstol afirma que Abraham “no se debilitó en la fe”. Con eso nos da una muy importante lección sobre la naturaleza de la fe, sobre su fortaleza y su debilidad.

Generalmente pensamos que la fuerza de la fe, debe manifestarse en un espíritu permanentemente alegre y valiente; y que, en cambio, la conciencia de debilidad, el miedo y la preocupación, indican una fe débil. Aquí podemos aprender otra cosa. Abraham tuvo una fe fuerte y no obstante también tuvo dudas y temores.

La verdad es que la fuerza de la fe se manifiesta realmente en la oscuridad de la tribulación, no en la luz de la felicidad. Una actitud alegre y valiente muchas veces sólo puede indicar que la persona pasa por alto, con ligereza, sagradas obligaciones y amenazantes peligros; o que se halla favorecida con dulces sentimientos de bondad. Pero, poder seguir confiando en las promesas del Señor, y ser valiente y feliz por causa de las mismas -aun frente a situaciones preocupantes y excluyendo todas las situaciones felices-, eso sí es señal de una fe firme.

Aún cuando una persona no pueda mostrarse contenta y valiente en la tribulación y lucha, pero si aun puede aferrarse al poder y a la fidelidad de Dios, con toda seguridad eso es señal de una fe fuerte.

Que Abraham no se debilitó en la fe significa que, en su lucha contra su propia razón (que quiso privarlo de toda esperanza), él salió victorioso gracias al poder de Dios. Resistió en esa lucha. No permitió que la promesa de Dios y la esperanza en su cumplimiento desapareciesen de su corazón. No. Siguió esperando su cumplimiento, por absurdo que pareciera. Y finalmente, la necia risa de su razón se convirtió en la bendita sonrisa de la contemplación, cuando el hijo de Sara yacía ahí, frente a sus ojos, y la feliz madre exclamaba: “Dios me ha hecho reír” (Gn.21:6).

El apóstol explica en qué consistía la fortaleza de la fe de Abraham, cuando dice: “...al considerar su cuerpo, que estaba ya como muerto (siendo de casi cien años), o la esterilidad de la matriz de Sara” (Ro.4:19). Abraham sin duda sintió el peso de su edad de casi cien años, y de su cuerpo ya envejecido. El diablo y su propia razón corrupta, sin duda le recordaban la esterilidad de Sara. Pero, su fe no prestó atención a

esas objeciones. No dejó que sus ojos se detuviesen en esos hechos deprimentes y que éstos lo afecten, aun cuando para ello debía suprimir sus propios pensamientos. Siempre oponía la omnipotencia y veracidad de Dios, a las objeciones de su razón.

Su fuerza estaba en lo que Dios había dicho; el Omnipotente, “el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen” (Ro.4:17b). Este Dios le había prometido un hijo. Él creó a los mundos de la nada, y Él no puede mentir. Eso importaba más que los cuerpos envejecidos de él y de su esposa Sara. No creyó en esos cuerpos, ya medio muertos, sino en la omnipotencia y veracidad de Dios.

Ah, ¡qué excelente ejemplo de fe! Ojalá aprendamos también nosotros a tener una fe como ésta. Si queremos ser cristianos y perseverar en la fe en todos los extraños caminos de Dios, ciertamente necesitaremos ejercitarnos en esto, de modo que no le hagamos caso a nuestro cristianismo y santificación medio muertos, y mantengamos nuestra vista todo el tiempo fija en algo fuera de nosotros.

Es decir, en Dios, en sus cualidades y promesas. Es necesario que no me fije en mi fe medio muerta, sino en la fidelidad de Dios. Tampoco debo fijarme en mi amor medio muerto, sino en el perfecto amor de Cristo; ni en mi inestable y vacilante devoción, sino en la firme promesa de Dios. Tampoco debo fijarme en mi incapacidad en la lucha contra la tentación, sino “en el poder de su fuerza” (Ef.6:10) y en la fidelidad de Dios, “que no nos dejará ser tentados más de lo que podemos resistir” (1 Co.10:13).

Pero sepamos que esa vida no será fácil. La mortificación de nuestra razón requerirá una ardua lucha, recordándonos siempre lo que somos por nosotros mismos. Sin duda, la fe y la razón lucharon ferozmente la una contra la otra en el alma de Abraham.

Pero, finalmente venció la fe y retuvo su derecho. La fe se impuso a su razón y destruyó a ese terrible e injurioso enemigo de Dios. Eso debe ocurrir también con todos los otros creyentes, que se internan con Abraham a las sombras y a la oscuridad de la fe. Con eso le damos a nuestro Señor Dios el mayor honor y le presentamos el sacrificio y el servicio más agradable que se le puede rendir.

15. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos. Ro.5:19

Todos los descendientes de Adán nacieron pecadores, por la desobediencia suya. De igual modo se declara justos a todos los cristianos, por la obediencia de Jesucristo. “Por la obediencia de uno” –dice el texto-. ¿En qué consiste la justicia de Cristo? Es su obediencia, el cumplimiento de toda la voluntad de su Padre.

La caída fue por la “desobediencia de uno”. Y debió ser remediada por “la obediencia de uno”. Toda la vida de Jesús en la tierra, desde el pesebre hasta la cruz, fue pura obediencia. “El amor es el cumplimiento de la Ley”, dice el apóstol (Ro.13:10). Nuestro Señor Jesucristo observó un amor perfecto, tanto hacia su Padre, como hacia sus hermanos humanos. Fue por pura piedad hacia nosotros y por amor a su Padre que Jesús vino a este mundo, y se hizo hermano nuestro. En el mismo amor y en la misma obediencia anduvo por este mundo, hizo el bien y ayudó a los necesitados. Por amor a nosotros y por obediencia a su Padre, también “quiso gustar la muerte por todos”, y “fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (He.2:9; Fil.2:8).

Y nada menos que esa sublime y perfecta obediencia pudo salvar a la humanidad de la condenación que le había sobrevenido por la desobediencia de un hombre. En esta perfecta obediencia de Cristo podemos ver la justicia que ahora cubre la continua desobediencia de todos nosotros. Todos los fieles se afligen y todos los santos lamentan porque no pueden obedecer correctamente a Dios, y siempre lo siguen ofendiendo. Donde el espíritu está dispuesto y es santo, la depravación innata es tanto más penosa y activa, siempre tendiendo hacia la desobediencia. Todo pecado en el corazón o en la vida; en pensamientos, deseos, palabras y obras es siempre desobediencia a Dios. Su santa Ley prohíbe toda clase de maldad. Eso alarma a los creyentes, les duele y asusta darse cuenta de su desobediencia a Dios.

Frente a toda esa desobediencia nuestra, Dios colocó la obediencia de su Hijo. Este texto dice: “Por la obediencia de uno, serán justificados muchos”. Cuando Dios envió a su Hijo al mundo, lo sometió expresamente a la Ley, para redimir a los que estaban oprimidos bajo la Ley (Gá.4:4-5). Dios vio a todos los seres humanos caídos en el pecado y la condenación, tan corruptos y depravados que nadie podía obedecer o cumplir perfectamente su Ley. Entonces, en su inmensa piedad resolvió remediar todo eso ÉL mismo. Su Hijo llegaría a ser un verdadero ser humano, pero perfectamente obediente a su Padre. Él cumpliría la Ley, y siendo totalmente inocente, no obstante se sometería a su maldición en nuestro lugar. Así nosotros, los que por la desobediencia del primer antecesor nos volvimos pecadores, seríamos justificados, sólo por la obediencia de nuestro mediador.

Es precisamente esta perfecta obediencia de Cristo la que llega a ser nuestra propia justicia, con la que nos presentamos ante Dios. Bien declararon los reformadores del siglo XVI en la "Fórmula de la Concordia": "La fe mira a Cristo, que fue puesto bajo la Ley por nosotros pobres pecadores, y volvió a su Padre habiendo cargado nuestro pecado, y habiéndole mostrado perfecta obediencia. De ese modo Él ha cubierto la desobediencia que mora en la naturaleza de todos nosotros, y se revela en nuestros pensamientos, palabras y obras. De modo que nuestra desobediencia no se nos imputa para condenación, sino que se nos perdona todo, por pura gracia, sólo por amor de Cristo".

¿Quieres ser un cristiano y creer en la gracia de Dios? ¿Te sientes frenado y presionado por tu gran desobediencia? Entonces, tómate en serio este mensaje consolador, y di: "La obediencia de Cristo es mía. Mi propia justicia y obediencia no existen en absoluto.

Si Dios me juzgase según la Ley, debería desesperar completamente, y nunca más pensar en la salvación eterna. Pero mi Señor Jesucristo se sometió a la Ley y la cumplió perfectamente, a fin de "redimir a los que estaban bajo la Ley" (Gá.4:5). Él no tuvo necesidad propia de obedecerla, pero le prestó obediencia por nosotros, que la debíamos obedecer. Él cumplió todo en nuestro lugar y para nuestro beneficio".

Ésa es nuestra única justicia; es decir, no nuestra obediencia, sino la de Jesucristo. Cuando mi nuevo hombre quiere mostrarse agradecido y obediente, mi vieja naturaleza todavía está llena de rebelión y desobediencia. Por eso mi único consuelo es que Cristo fue obediente en mi lugar. De esta forma podemos aplicar este texto bíblico, tan rico en consuelo, a nuestras pobres vidas.

Pero, si la obediencia en la que confías no es la de Cristo sino la tuya, estás eternamente perdido. Aquí en nuestro texto el apóstol del Señor nos asegura que es "por la obediencia de uno" que los muchos seremos "constituidos justos". Por lo tanto, grabemos estas preciosas palabras en nuestros corazones con todo cuidado y seriedad: "Por la obediencia de uno". Porque nuestros sentimientos y pensamientos; nuestra conciencia y nuestras dudas siempre seguirán llevándonos de un lado a otro, como el mar embravecido lleva a los barquitos. Por otra parte, qué bendita tranquilidad y seguridad es para el pobre y angustiado pecador poder descansar en esta firme roca: ¡La perfecta obediencia de Cristo!

Este es el mensaje de Dios para nuestra salvación: Así como por la desobediencia de una persona -Adán- todos nos volvimos pecadores, así también por la obediencia vicaria de una sola persona -Jesucristo- seremos justificados.

16. **No nos ha llamado Dios a inmundicia, sino a santificación.**

1 Ts.4:7

Después de la redención obrada por Cristo, la cual se recibe por medio de la fe (justificación), la santificación es la lección más importante para preservar nuestra vida espiritual.

La vida espiritual y eterna está comprendida en estas dos realidades: La justificación en Cristo y la santificación en el Espíritu Santo. La relación de una con la otra en el Reino de Gracia, es como la relación que existe entre la creación y la preservación en el reino de la naturaleza. Miles de almas que comenzaron bien “en el Espíritu”, acabaron mal “en la carne”, sólo porque no se tomaron a tiempo y suficientemente en serio esta declaración.

No prestaron suficiente atención a la Palabra y al Espíritu del Señor, cuando quiso obrar la santificación en ellos.

Pensemos en el siguiente caso: Una persona es despertada espiritualmente, y comienza a buscar su salvación. Generalmente cae primero en la esclavitud de la Ley, y trata de establecer su propia justicia. Trata de mejorar su conducta; de dejar ciertos pecados, y de combatirlos orando y velando, y cuando cree haberlo logrado, trata también de aceptar la gracia y el consuelo de Cristo. Sin embargo, este ejercicio se convierte en un constante fracaso. El pecado lo domina. Cae, se levanta, y cae de nuevo. Se vuelve tan confiado, endurecido y despreocupado que se asusta de sí mismo y se desespera. En breve: “El pecado abunda” (Ro.5:20). Pero en este estado infeliz, oye el Evangelio. Oye que Cristo vino para salvar a pecadores y justificar a los impíos. Oye que somos justificados gratuitamente, sin colaboración nuestra, sin la ayuda de la Ley, por pura gracia, sólo por medio de la fe en Jesús. Y así obtiene la vida y es salvo.

En la gracia -el Evangelio del perdón- encuentra redención y consuelo. Es incorporado al Reino de los Cielos en la tierra. Y entonces comienza a vivir realmente en la gloriosa libertad de los hijos de Dios, conforme lo dijo el propio Jesús: “Si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres” (Jn. 8:36).

A la nueva vida de fe le sigue inmediatamente una mentalidad nueva y santa; una voluntad buena y dispuesta a realizar toda clase de buenas obras. Ahora tiene el poder y el nuevo deseo de seguir a Cristo con alegría. Y así comienza la verdadera santificación. Fue plantado en el lugar correcto, como una palmera junto a la corriente de agua.

Fue injertado en Cristo, y vive disfrutando su salvación.

¿Quién imaginaría que exactamente ahí, en medio de este hermoso florecer primaveral, en medio de la benefactora lluvia y del vivificante calor del sol del Evangelio, podría aparecer el gusano y el hongo capaz de matar a esa planta tan hermosa? Sin embargo, es precisamente eso lo que lamentablemente ocurre tantas veces. ¿Y cómo ocurre esto?

Primero y ante todo, aparece la vieja serpiente, Satanás, que engañó

a Eva con su ardid y perfidia. Como no pudo desviar al ser humano por medio de la Ley y someterlo con el terror, ahora trata de tentarlo en la dirección opuesta. Lo llena con una falsa confianza, que la Palabra nunca le prometió. A saber, que ahora está libre de todo peligro, no tiene que temer más nada, y siempre debe estar feliz. Eso es una inspiración tan injuriosa como falsa. Porque el alma justificada no se libró de todo peligro. Al contrario, el peligro es doblemente grande y cercano cuando la persona ya no lo teme. Es verdad que el alma justificada quedó libre de la culpa, de la condenación y maldición del pecado, pero tiene otro enemigo que puede arrebatarse rápidamente todo el tesoro que ganó. Es la carne corrupta, la depravación congénita que sigue morando en ella, y que constantemente desea aliarse con el diablo y el mundo.

El pecado inherente ya no se nos toma en cuenta ni nos condena -si permanecemos unidos a Cristo- pero puede causarnos mucho daño si no lo atacamos a tiempo; si no lo crucificamos; si no dominamos nuestra carne con arrepentimiento diario. En efecto, la carne puede causar un daño terrible. Puede sofocar y matar nuestra vida espiritual. Jesús lo ilustró claramente en la parábola del sembrador, al hablar de cuatro terrenos diferentes. Dijo que parte de la semilla cayó entre los espinos, que crecieron junto con las plantas buenas y las ahogaron (Mt.13:7). Si eso sucede, se pierde todo el tesoro, y es como si nunca lo hubiésemos recibido.

Pero además del engaño perpetrado por el diablo, hay también algunos factores negativos de parte del hombre. En la Palabra de Dios hay serias advertencias a no dejarnos someter nuevamente al yugo de la esclavitud, y a permanecer firmes en la libertad que Cristo conquistó para nosotros. Algunos sacan la falsa conclusión de que no deben preocuparse tanto por las demandas de obediencia que encontramos en la Palabra de Dios, sino que debemos atenernos exclusivamente al Evangelio. Así, pensando en la libertad de la Ley, lamentablemente le dan más libertad a sus deseos carnales que a sus conciencias. Porque nuestra naturaleza tiene la tendencia y el mal hábito de querer ser muy justa, recta y rigurosa en teoría y apariencia, pero libre y desenfrenada en la carne y la conducta.

Cuando la Palabra habla de libertad frente a la Ley, y la persona no distingue claramente que es la conciencia que debe estar libre y la carne debe quedar sujeta, y cuando además hay tentaciones especiales al pecado, resulta fácil "usar la libertad como ocasión para la carne" y "convertir en libertinaje la gracia de nuestro Dios" (Gá.5:13; Jud.4).

17. **Despojao del viejo hombre... y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios.** Ef.4:22,24

Quizás no te resulte tan fácil entender en qué consiste realmente el nuevo hombre, creado según Dios, o a la imagen de Dios. Pero, gracias al Señor, que nos dio un modelo perfecto de su imagen, a fin de que lo miremos y le sigamos: Jesucristo, quien “es el resplandor de la gloria de Dios, y la imagen misma de su sustancia” (He.1:3).

Si queremos ver la imagen de Dios, y cómo debemos ser y llegar a ser, sólo necesitamos mirar a Jesús, no según su naturaleza divina, como Hijo unigénito de Dios, o Cordero de Dios y Redentor nuestro, sino según su naturaleza humana, como Hijo de Hombre, nacido de madre humana. En Él, Dios no sólo nos dio el ejemplo más perfecto y hermoso a contemplar e imitar, sino también el más querido. Porque al mismo tiempo Él es nuestro Salvador, Mediador y Defensor ante el Padre.

Por otra parte, el viejo hombre que tenemos que crucificar y mortificar y del que hemos de despojarnos, consiste en la depravación total que la caída de Adán trajo consigo. En primer lugar, la mente carnal que esta en “enemistad contra Dios” (Ro.8:7). Nuestra profunda soberbia, la determinación y el egoísmo con el que una persona ambiciona su propia gloria en todo, buscando su propia ventaja. La inmensa arrogancia de pretender ser más de lo que se es. La vanidad de querer ser visto y oído por todo el mundo. La cruda incredulidad y desprecio de la Palabra de Dios. La ambición y el apego a la prosperidad. La desesperación en la adversidad. Preocupación por los bienes materiales. Frialdad frente a Dios y dureza de corazón con el prójimo. Indiferencia para la invocación y oración. Malos pensamientos, deseos impuros, etc. Además, toda clase de pecados externos, que provienen de la maldad interna: conversaciones inmundas, conductas lascivas, hipocresías, mentiras, prácticas deshonestas en el comercio y trabajo, placeres impuros, libertinaje, fornicación y adulterio, pecados de avaricia, de crueldad, de ira y odio... y tantas otras transgresiones y vicios que ni se pueden enumerar. Esas iniquidades son la imagen vieja y perversa de la que tenemos que despojarnos; imagen que hemos de crucificar y mortificar. Con toda seguridad no estaríamos tan tranquilos y satisfechos, ni nos sentiríamos tan libres y seguros, si nos ocupásemos debidamente de esto.

Lo tenemos aquí bien revelado ante nuestros ojos. Ahora sólo resta ponerlo en práctica.

La bondadosa voz del Espíritu, a través de la Palabra, nos dice: “Ustedes han sido librados de la culpa por sus pecados, de modo que no necesitan expiarlos mediante esfuerzos ni sacrificios propios. Siéntanse felices y agradecidos, y tomen en serio la otra parte, que es más fácil: El imitar a Jesús. Sean renovados a la imagen del que los amó y compró con su sangre. Aprendan a aborrecer lo que Él aborrece, y a amar lo que Él ama. Ustedes están libres de la culpa por sus pecados y no necesitan temer al castigo. Son hijos amados de Dios y hermanos de Cristo. Por eso, sean como Él, y anden como Él anduvo”.

Por ejemplo, Él vivía íntimamente unido a su Padre. Estaba lleno de amor a Dios y al prójimo. Cumplir la voluntad de su Padre era su vida y comida (Jn.4:34). ¿Y tú? ¿Estás también unido íntimamente a tu Padre celestial? ¡Mantente en estrecha comunión con Él! ¡Que hacer Su voluntad, -servir a tu prójimo y dominar tus deseos carnales- sea también tu vida y tu comida! Siendo que eres “templo del Espíritu Santo”, (1 Co.6:19), de modo que en ti mora el mismo Espíritu que moraba en tu Salvador, no lo eches fuera; no contristes al Espíritu de Dios con actos de desobediencia a sus instrucciones, ni con palabras, ni con otras transgresiones en contra de su voluntad.

No destruyamos ni profanemos el templo de Dios con las codicias e inmundicias de la carne. ¡No! ¡Prefiramos antes sufrir cualquier cosa, que hacer algo contra la voluntad de Dios! Jesucristo confesó la verdad aun cuando le costó la vida. ¡Confesemos a Cristo aun cuando nos cueste la estima de los hombres, nuestro buen nombre y nuestra reputación, y aun la propiedad y la vida! En cualquier situación en que se hallaba nuestro Señor Jesucristo, Él se contentaba con la misma, por complacer a su Padre. ¡Contentémonos también nosotros con la situación en que nos encontramos, y vencemos nuestros disgustos con el gusto de complacer a Dios! A Jesucristo nunca se lo vio bromeando en actitud jocosa. Se mostraba alegre, pero al mismo tiempo temeroso de Dios. Nosotros que somos hijos de Dios y hermanos de Cristo, debemos saber que ésa es la actitud más apropiada también para nosotros.

¿Y quién es capaz de esto? -preguntará alguien-. ¡Ah, ojalá yo podría conducirme así todo el tiempo! Pero en ningún lado dice que lo logremos por nuestro propio poder, o que llegaremos a ser perfectos. ¡No! La intención es que comencemos a buscar la perfección, recordando que no somos capaces por nosotros mismos. Por eso, hemos de suspirar e invocar al Señor, quien lleva a cabo personalmente la obra de la santificación. Esta no es la obra del hombre, sino del Señor. Y Él la realiza mediante el poder de su Palabra, que anima, advierte y consuela. Dice el apóstol: “No que seamos competentes por nosotros mismos, para pensar algo como de nosotros mismos”, sino que “Dios obra en nosotros tanto el querer como el hacer, según su buena voluntad” (2 Co.3:5; Fil.2:13).

Lo que no pueden lograr la Palabra, las amonestaciones y las exhortaciones internas, lo hará el Señor con la vara y el fuego de la aflicción, allí donde haga falta. Porque la vara de corrección nos enseña a prestarle atención a la Palabra. Y los verdaderos cristianos confiesan de corazón: “Señor, emplea cualquier medio que te plazca, icon tal de salvar mi alma!” Solo esto es necesario. Porque sin santificación nadie podrá ver al Señor (He.12:14). Por sobre todo, tengamos siempre en claro que ante Dios “Cristo... con una ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (He.10:14).

18. Venid luego -dice Jehová- y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos. Is.1:18

Tan pronto como el pecador ha quedado expuesto y despojado de toda gloria propia, Dios no quiere nada más de él. Sólo quiere perdonarlo y consolarlo en todo sentido. La Palabra de Dios revela claramente que el pecado ya ha sido expiado. Declara categóricamente que Dios es piadoso, y que su infinito amor arde por poder perdonar y consolar al pecador. Pero éste no quiere saber nada de la gracia de Dios. No, en su testarudez adámica pretende presentarse ante el Señor con su propia justicia. Y esta actitud es el único dique capaz de contener la gracia de Dios. Si se quita este "dique", la gracia de Dios tiene libre curso, y se restaurará todo.

Si el hijo de Adán tan sólo pudiera humillarse para desear la gracia -la bondad no merecida- y abandonarían todo esfuerzo propio, inmediatamente obtendría perdón y más perdón. Así es como el pecador se encuentra entonces con la misericordia del grande y piadoso Dios, cuya compasión no tiene límites ni fin.

Hay pecados agobiando nuestra conciencia. Andamos afligidos, sintiéndonos condenados, y no podemos hacer nada para arreglar el problema. Pero ¡escuchemos! No necesitamos hacer algo, ni cooperar en lo más mínimo. Tampoco necesitamos desesperar y perdernos. ¡Alaba, alma mía, al Señor! "¡Él es quien perdona todas tus iniquidades!" (Sal.103:3).

Jamás merecemos este consuelo, antes debiéramos seguir preocupándonos todos los días por saber que merecemos ser condenados para siempre. Sin embargo, no necesitamos quedarnos tristes ni desesperados; por el contrario, podemos alegrarnos.

Podemos librarnos de nuestra carga y sentirnos tan libres y felices, como si nunca hubiésemos pecado. ¡Alaba, alma mía, al Señor! Él es quien perdona todas tus iniquidades. Dios perdona los pecados; todos los pecados, cometidos en cualquier circunstancia y momento. Y su perdón es totalmente gratuito y completo, por los méritos de Jesús.

¡Aprendamos a confiar solamente en este divino perdón! ¡Oremos a Dios pidiéndole esa fe! Y todo quedará arreglado.

Muchos piensan que entienden el perdón de Dios muy bien, aunque todavía no entienden nada. Primero debemos notar que perdón o gracia es lo contrario de mérito. Y San Pablo dice: "Y si por gracia, ya no es por obras, de otra manera la gracia ya no es gracia; y si por obras, ya no es gracia, de otra manera la obra ya no es obra" (Ro.11:6). Perdón también es algo muy diferente a excusa. Dios no excusa el pecado, no lo encubre ni lo defiende; lo perdona. Por eso es que puede perdonar cosas que son imposibles de excusar, porque perdón significa pura gracia (bondad inmerecida).

“Gracia” significa que una persona que con toda justicia mereció ser juzgada y condenada, y no pasada por alto, no obstante obtiene perdón y queda libre del juicio y de la sentencia condenatoria, únicamente por misericordia y compasión. “Perdón” significa que Dios no nos trata conforme a nuestros pecados, ni nos retribuye conforme a nuestras iniquidades (Sal.103:10).

¡Así es Dios! De ningún modo nos paga de acuerdo a nuestros pecados. Si lo hiciese siquiera por un momento, no se salvaría ningún ser humano. El Reino de Cristo en la tierra es puro perdón hacia todos aquellos que acuden con fe a Él, que es nuestro Fiador, que pagó por nosotros. En efecto, es un perdón perpetuo, totalmente inmerecido y completo.

¿Acaso no es algo muy seguro y no está suficientemente confirmado que Dios nos perdona todos nuestros pecados? ¿No debieron reconocer también el cielo, la tierra y hasta el infierno... todos los hombres y espíritus, que Dios perdona todos los pecados, y que ya nadie será condenado por la gravedad de su pecado, sino sólo por el desprecio de la gracia? Dios afirmó con miles de testimonios concretos, personalmente y por boca de sus profetas y ángeles, sí: por boca de su unigénito Hijo, de sus apóstoles y de una multitud de evangelistas, que desea perdonar todos los pecados. Las puertas del infierno no serían capaces de revertir el testimonio de este brillante ejército, ni de privarnos de la seguridad del perdón de nuestros pecados.

Toda la Biblia, desde el principio hasta el fin, en realidad no contiene otra cosa que los grandes arreglos de Dios para ofrecernos su perdón. Nos dio la misma Ley (los Mandamientos) principalmente para enseñarnos a apreciar y a recibir el perdón. Y todo lo que el Hijo de Dios hizo en la tierra fue para conseguirnos el perdón. Llegó a ser un niño humano, nuestro Hermano y Mediador, como dijeron los ángeles, sólo para salvar a su pueblo de sus pecados. Derramó su santa sangre a fin de propiciar por los pecados del mundo, según lo afirmó Él mismo (Mt.26:28): “Esto es mi sangre... que por muchos es derramada para remisión de los pecados”. Instituyó el Bautismo, donde nos recibe en un eterno pacto de gracia. Instituyó la Santa Comunión, para poder darnos allí muchas veces la seguridad del perdón de todos nuestros pecados, en nuestra peregrinación hacia nuestra Patria celestial. En la Oración del Señor nos enseñó a orar expresamente todos los días: “y perdónanos nuestras deudas...”

¿Por qué haría todo esto, si no tuviese la seria intención y voluntad de perdonarnos? ¡Dios ciertamente no nos dio a su Hijo del cielo para condenar al mundo, ni para obtener un breve beneficio temporal! Todo lo que Dios hizo nos asegura que Él tiene la seria y real voluntad de perdonar nuestros pecados, y de adoptarnos nuevamente como hijos y queridísimos amigos suyos. Para ese fin nos creó, y por eso nos da el perdón y la vida eterna por pura gracia.

19. **El que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias.** Sal.103:4

Cuando Dios le perdona a alguien todos sus pecados y lo sana de todas sus dolencias y deficiencias, esa persona no sólo es preservada de la ira y condenación divinas, sino que también es objeto del más inconcebible amor de parte de Dios: Del gran amor divino que sobrepasa todo entendimiento. Él lo abraza con un entrañable cariño, como el de una madre hacia su bebé, o como el de un novio hacia su novia. Esto es algo maravilloso y glorioso, y Dios nos lo reveló en la Sagrada Escritura, que contiene muchas palabras sublimes acerca de eso.

El Señor Jesucristo lo enseñó enfáticamente al hablar del padre del hijo pródigo, cuando fue recibirlo de nuevo (Lc.15:11-32). Y el profeta Isaías dice: "Como el gozo del esposo con la esposa, así se gozará contigo el Dios tuyo". "Serás llamada Hefzi-bá, porque el amor de Jehová estará en ti" (Is.62:5,4b). Y el Señor dice de sus fieles: "Me alegraré con ellos, haciéndoles bien". "Haré con ellos un pacto eterno, que no me volveré atrás de hacerles bien, y pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí" (Jer.32:40-41). Y por boca de otro profeta, repite: "¿Qué haré a ti, Efraín? ¿Qué haré a ti, oh Judá?...Porque misericordia quiero, y no sacrificio" (Os.6:4,6).

Cristo mostró claramente que el corazón de Dios abraza con ese amor a todos los que invocan al Señor, aunque fuesen pecadores extremadamente indignos. Porque cuando los fariseos protestaron contra su gran bondad con los publicanos y pecadores, contestó: "Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio" (Mt.9:13).

Quien cree en Él, por más inmundo y pecador que fuese, inmediatamente recibirá el más cálido amor. Y de ahí en adelante, Dios conducirá a esa persona durante toda su vida con su misericordia, y la preservará de todo mal. Su alma estará libre para siempre de la perdición eterna. Ha sido redimida por un Hombre de la misma especie. Y en su vida temporal disfrutará el cuidado particularmente piadoso del mismo congénere: Jesús, "Emanuel", nuestro Salvador.

Sí, por todos lados lo rodearán los beneficios y las misericordias de Dios, así como una corona dorada rodea, cubre y adorna una cabeza. Este es el sentido de las palabras: "El que rescata del hoyo tu vida, el que te corona de favores y misericordias" (Sal.103:4). Porque la palabra hebrea "rescatar" significa que una persona de la misma familia se interesa tanto por un pariente, que compra su libertad y la rescata de la esclavitud

Lo que sigue en el Salmo 103 corresponde al mismo cariñoso cuidado de parte de Dios: "El que sacia de bien tu boca, de modo que te rejuvenezcas como el águila". Como se renueva el águila cuando pierde su viejo plumaje y recibe el nuevo, así somos renovados también nosotros, cuando el Señor refresca nuestras almas con su consuelo. Y si el Señor no nos da el don de la fe, no es posible encontrar consuelo y paz en todo el mundo.

Él es el iniciador y consumidor de nuestra fe. Más aún: Si alguien nos oprime o juzga injustamente, el Señor juzga correctamente, nos protege y ayuda en nuestra causa. Como dice aquí: "Jehová es el que hace justicia y derecho a todos los que sufren violencia". Por ejemplo: Nuestros más temibles enemigos nos humillan de la peor manera posible. Desvirtúan nuestras palabras y nos insultan llamándonos herejes y falsos cristianos. Y nosotros guardamos silencio, si bien muchas veces podríamos rebatir con claros argumentos sus insultos. Pero nos callamos y comportamos como "sordos que no oyen, como mudos cuya boca no pronuncia reprensión" (Sal.38:13).

Dios nos defenderá, con tal que sepamos creer, descansar y esperar en Él. "Jehová hace justicia y derecho a todos los que padecen violencia" (Sal.103:6) ¡Cuán fiel y misericordiosamente se comportó el Señor con Moisés y los hijos de Israel! "Sus caminos notificó a Moisés, y a los hijos de Israel sus obras" (Sal.103:7).

No necesitamos dudar de la voluntad e intención del Señor. Recordemos que Dios se reveló en el mundo, en la persona de Jesús. Él mismo nos dijo cuál es su voluntad y su plan en cuanto a nuestra salvación. Más aún: nos mostró por medio de grandes milagros quién es Él. Demostró ser el Omnipotente Creador.

Si tenemos esto en claro ya no andaremos vagando indecisos, adivinando y tanteando al azar en cuanto a la voluntad e intención de Dios con respecto a nosotros. Tan sólo hemos de investigar en la Palabra de Dios. Ahí veremos cuáles son sus planes y cuál es la intención de su corazón. Así obtendremos la seguridad en cuanto a lo que Dios piensa de nosotros, como si la sentencia ya hubiese sido declarada. ¡Ah, qué inmensa gracia!

20. **Estando nosotros muertos en pecados.** Ef.2:5

Notemos la palabra que el apóstol emplea para describir nuestro estado natural: la breve pero expresiva palabra “muertos”, “-muertos en pecados-”. Es un término profundo, calamitoso, que revela todas las consecuencias de la caída: “El día que comieres del árbol de la ciencia del bien y del mal, ciertamente morirás” (Gn.2:17). Desde el día que Adán desobedeció, se fue la vida recibida de Dios. El hombre se convirtió en un cadáver espiritual. Como Jesús mismo dijo: “Deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt.8:22).

Muchos piensan que ese dicho fue demasiado duro, y que no se le debe dar al término el significado pleno que generalmente tiene. Sin embargo, nadie debe ni siquiera sospechar que el Señor Jesucristo se valió de una expresión exagerada. Aquí Él conjugó la muerte corporal y espiritual, combinando las dos clases de cadáveres. ¡Estudiemos esto más de cerca! Quedaremos asombrados al notar el significado que tiene la palabra “muertos”.

A una persona físicamente muerta se la reconoce porque ya no percibe nada. No ve, no oye, ni siente nada. No puede hacer ni el más pequeño movimiento, a pesar de poseer los mismos órganos -ojos, oídos, boca, manos, pulmones, etc.- que las personas que están vivas. Pero, una persona espiritualmente muerta puede tener todos los sentidos sanos y activos. Puede tener una inteligencia clara, un corazón sensible, mucho conocimiento, principios nobles, hermosas palabras y acciones. Sin embargo, le falta la vida en Cristo, la comunión con Dios, el amor a Dios, a su voluntad, a su Palabra, a su gracia... Ve, oye, reconoce y siente muy vívidamente todo lo terrenal, lo que corresponde a los sentidos. Pero no percibe nada de lo que pertenece al Espíritu de Dios.

Veamos algunos ejemplos. Esa persona puede leer, entender y creer -en cierto sentido- la Palabra de Dios. También puede leer y oír de los juicios condenatorios de Dios contra él, y no obstante seguir muy tranquilo. Lee y oye acerca del Reino de Dios, acerca de la gracia y la paz y la bendita comunión con Dios, pero eso no provoca en él ninguna reacción. Está sin aliento, como un cadáver. Su corazón sólo adora a ídolos, a las cosas vanas y materiales.

Lo único que le preocupa es la respuesta a las preguntas: ¿Qué comeremos? ¿Qué beberemos? ¿Con qué nos vestiremos? ¿Qué podemos ver, oír, disfrutar? Pero Dios... ¡qué importa Dios! ¿Qué quiere Dios? Eso no le interesa. Es cierto, tiene cierta fe en la veracidad de la Palabra de Dios. Tal vez jamás dudó de ella. Tiene cierto testimonio interior con respecto a eso. En la Palabra de Dios oye el juicio condenatorio contra toda persona que no nació de nuevo, y no sabe nada de un nuevo nacimiento con respecto a sí mismo, pero eso no lo inquieta en lo mínimo. En esta Palabra de Dios lee acerca de dos caminos: El camino ancho que lleva a la condenación, en el que andan muchos; y el camino angosto que lleva a la vida y en el que

andan pocos. Pero, inunca le preocupa por cuál de los dos caminos está caminando él, ¡aunque aún piensa que la Biblia es la Palabra de Dios! ¿Por qué, entonces, no teme? Pues, porque “está muerto”. Aquí vemos lo que significa estar espiritualmente “muerto” en transgresiones y pecados.

Y ¿cómo vive físicamente el ser humano cuando está espiritualmente muerto? El apóstol dice: “Anduvisteis (en vuestros delitos y pecados) en otro tiempo, siguiendo la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia”. Primero dice: “siguiendo la corriente de este mundo” (Ef.2:2). Va con la corriente, hace lo que hacen los demás, se adapta al mundo, a la mayoría, y a sus costumbres. Si ellos se vuelven más degenerados, él se corrompe con ellos. Si el mundo pule sus costumbres, él también trata de vivir una vida más virtuosa.

Puede adoptar diferentes conductas, más liberales o más conservadoras, para seguir perteneciendo al mundo incrédulo, a la mayoría que va por el camino ancho.

Pero ¿acaso el mundo se gobierna a sí mismo? ¿Acaso es él quien realmente decide las cosas? ¡No! Dice el apóstol. Quien determina el curso a este mundo es “el príncipe de la potestad del aire”. Cristo también lo llama: “El príncipe de este mundo” (Jn.12:31; 16:11).

Y el Señor no nos está mintiendo al usar esta expresión. Nunca debemos olvidar que existen dos reinos espirituales y dos príncipes luchando por las almas humanas: Cristo y Belial; Miguel y el dragón, la Serpiente y la Simiente de la mujer, el hombre fuerte armado y el más fuerte. (Lc.11:21-22). En Apocalipsis 12:7 leemos: “Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles lucharon contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles”.

Esta lucha continúa actualmente y seguirá mientras exista este mundo. El Reino de las tinieblas consiste de mentiras y homicidios, engaño, maldad y muerte. Como dijo Jesús: el príncipe de este mundo “ha sido homicida desde el principio. Es mentiroso y padre de mentira” (Jn.8:44). Y los súbditos en ese reino son los ángeles caídos y todos los seres humanos incrédulos, en la tierra y en el infierno. Pero, la constitución del Reino de Cristo es verdad y gracia, justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.

Como dice la Escritura: “Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro” (Sal.89:14). Y los súbditos de este reino son los ángeles buenos y todos los creyentes, en el cielo y en la tierra.

21. **No heredará el hijo de la esclava con el hijo de la libre.** Gá.4:30

Muchas personas que en general están bien instruidas, no saben cuáles son los dos reinos espirituales (totalmente diferentes entre sí), que existen en el mundo religioso.

Por un lado está el reino de la Ley. En este reino, cada persona recibe todo de acuerdo a sus méritos, conforme a las palabras del apóstol: "Pero al que obra (al que pretende justificarse con sus propias obras), no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda" (Ro.4:4).

El propio Señor Jesucristo quiso enseñar esto en la parábola de los obreros de la viña, cuando dijo que los que habían trabajado todo el día, soportando el calor de la jornada, no recibieron un solo centavo por gracia, sino sólo lo que habían merecido: El denario convenido por su trabajo. La Escritura llama a tales personas "siervos", "esclavos", "hijos de la esclava", a aquellos que sólo reciben lo que se merecen (Mt.20:1-16).

En segundo lugar está el Reino de la Gracia, donde nada tiene que ver el mérito. ¡No! Quienes pertenecen a este Reino disfrutan de una perpetua gracia, porque Jesucristo les obtuvo la gracia de no ser juzgados más de acuerdo a la Ley. Por eso no se les cuentan más sus pecados. Como dice en Romanos 4:5: "Mas al que no obra, sino cree en aquel, que justifica al impío, su fe le es contada por justicia". Y también el rey David: "Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no inculpa de iniquidad" (a quien Jehová justifica sin obras meritorias propias) (Sal.32:1-2). La Escritura llama a estas personas "hijos", "hijos de la libre", que se quedan en la casa para siempre, y reciben la herencia (Jn.8:35).

Con estas palabras respecto a los esclavos e hijos en la casa, San Pablo recalca un punto que muchos todavía no observaron. Dios nos dio un impactante cuadro con nuestras familias, para ilustrar sus instituciones de gracia. ¿Acaso no es cierto que los queridos hijos viven en la casa de sus padres, bajo la gracia de ellos, de manera que nunca se endeudan, por más que disfrutan la bondad de sus padres? Obtienen todo lo que necesitan gratuitamente, sin costo. Reciben su comida y bebida, su ropa, su cuidado, su cama, su educación, etc., aunque posiblemente todavía no ganen absolutamente nada de dinero. Sólo consumen, pero nunca se endeudan por ello. No, por el contrario: Después de muchos años de disfrutar todas estas ventajas, incluso reciben su herencia.

Por otro lado, los empleados o peones trabajan duramente en la casa, y tal vez produzcan toda la riqueza de la que vive la familia. Pero con ellos se hacen las cuentas. Si durante el año cobraron o gastaron más del salario que les corresponde, quedan debiendo.

Se les cuenta la deuda. Y está fuera de toda discusión la posibilidad de que hereden algo de la casa. Lo repito una vez más: Los hijos no quedan debiendo lo que recibieron de sus padres, aunque no se lo hayan ganado ni merecido en lo más mínimo.

Y ¿cuál es la razón por la que los hijos nunca quedan debiendo nada? Es que los padres nunca contabilizan los servicios que les prestan. “¿Y por qué habrían de hacerlo? ¿Acaso no son sus hijos?” -preguntará alguien-. “¿A quién se le ocurriría cobrar servicios prestados a sus propios hijos, en tanto que viven bajo la custodia de sus padres, o en calidad de menores de edad?”

Pues bien: ¡Ese es también el secreto del Reino de Dios! Con sus hijos Dios jamás lleva cuentas. Que tengamos una deuda con Dios o que no la tengamos, depende sólo de nuestra condición: si somos esclavos o hijos; si somos “hijos de la esclava” o “hijos de la libre”. En nuestro propio círculo familiar tenemos un cuadro fiel del Reino de Gracia, el cuadro que la Biblia nos pinta tantas veces. Como es con nuestros hijos, es también con los que están “en Cristo” y son hijos de Dios. No se lleva contabilidad con ellos. Son personas, a las que Dios ya no les imputa ningún pecado más. Viven en el clima de la bondad inmerecida del Padre celestial, solamente gracias a los méritos de su Hermano primogénito, Jesucristo. Gracias a Él se encuentran en la perpetua gracia de adopción.

¡Ah! ¿Será cierto? ¿Es posible que exista semejante Reino de Gracia en la tierra? ¡Sí, es cierto! Las Escrituras no pueden fallar, aun cuando nuestros cobardes corazones, impregnados de legalismo, se nieguen a aceptar esta bendita y consoladora enseñanza.

Pero, tan seguro como que la Escritura no puede mentir, esto es lo que sucede con todos los creyentes: Dios no les cuenta ningún pecado para condenación. Son sus amados hijos. Disfrutan de la misma gracia de Dios en sus peores momentos, tanto como en sus mejores momentos; tanto cuando se regocijan por el poder que tienen para hacer lo bueno, como cuando se alarman por sus pecados, y por su insensatez, de modo que “gimen a causa de la conmoción de su corazón” (Sal.38:8). Disfrutan de la misma gracia cuando gustan la dulzura del Señor, y también como cuando deben probar la hiel de la amargura, durante una prolongada sequía.

Si no fuese así, si le agradásemos más a Dios sólo en los momentos en que disfrutamos su ayuda para ser más piadosos y santos, entonces nuestra justificación sería resultado de nuestras obras, y Cristo habría muerto en vano. Entonces estaríamos en un reino de obras meritorias, habiendo dejado de lado la gracia; no estaríamos más en el Reino de Gracia, en el que dejamos de lado las obras meritorias.

No niego que a nuestra razón esto le parece una gran insensatez. Todo dentro de nosotros -nuestros sentimientos, razón, conciencia- está tan impregnado de legalismo, que todo el tiempo nos tira para abajo en nuestra imaginación. Pero ¿acaso podemos tomar en serio lo que nuestra naturaleza siente? ¿Es acertado que basemos nuestra confianza y esperanza de salvación en nuestros sentimientos e impresiones? ¿Acaso eso no equivaldría a apartarse de la fe?

¡Gracias sean dadas eternamente a Dios, por su don inefable! (2 Co.9:15).

22. **Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes... pero Dios le da el cuerpo que Él quiso.** 1 Co.15:36,38

Es como si el apóstol quisiera decir: ¡Necios! ¿Cómo pueden considerar absurda e imposible la resurrección, cuando la ven ocurriendo diariamente ante sus ojos? Ven que Dios hace germinar y producir frutos de los granos muertos y secos que se echan a la tierra, aunque primero estos se descomponen ahí. Dios los hace resurgir con cuerpos nuevos, vivos y más hermosos. ¿Y no creen que Dios puede darle a nuestros cuerpos mortales y corruptibles una resurrección?

Cada primavera contemplamos la resurrección ante nuestros ojos. En otoño se arroja la semilla bien seca a la tierra. Ahí queda como si la hubiesen tirado afuera, y allí se pudre. En el invierno quedó casi congelada, debajo de una gruesa capa de nieve y hielo. Y sobre ese manto blanco soplaron fuertes y frías tormentas. Después de largos meses y muchas oscuras noches de invierno podríamos pensar que la semilla se perdió totalmente.

Pero, ¿qué ocurrió? Después de tanto esperar, la primavera llegó. El sol brilló nuevamente con esplendor, y con su calor el Creador disolvió el envoltorio de la semilla y ordenó a los muertos a resucitar. Ahora, surgen de la tierra miles de nuevos y vivos brotes que llegan a ser verdes plantas. Así el campesino recibe un resultado multiplicado de la semilla que sembró.

Es Dios quien hace este milagro ante los ojos de los hombres, y no es sorprendente para nosotros, porque nos hemos acostumbrado a ello, sabiendo que se repite cada año.

Seguramente lo habríamos considerado como algo imposible sino no nos hubiéramos acostumbrado a este suceso desde nuestra niñez. Porque cada año vemos lo mismo: la semilla seca se siembra en la tierra, pasa un tiempo y se transforma, y resucita como granos en nuevas espigas. Nosotros decimos que las plantas “crecen”, sin pensar que es una obra y un milagro extraordinario de Dios. Él es el Creador, y no existe ningún artesano en este mundo que pueda hacer algo semejante.

La nueva planta que sale de la tierra, y que inclusive brota del asfalto, es la creación del único Dios verdadero. La semilla tiene que morir, pero luego resucita con vida. Esto es un testimonio de nuestro majestuoso y todopoderoso Dios.

En este texto Dios nos quiere enseñar que lo mismo pasará con nuestros cuerpos mortales. Llega la muerte y nuestros cuerpos se entierran. Ahí se vuelven polvo. Pero un día vamos a resucitar, cuando haya llegado el verano eterno y nazca “...el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación...” (Mal.4:2).

Nuestro Dios, el todopoderoso Creador, nos predica que llega el día cuando Él ordene que nuestros cuerpos mortales se levanten de las

tumbas. Esto nos parece imposible e improbable. De veras, somos tontos y muy lentos para entender y creer las palabras del Señor.

Una vez más, meditemos en esto. Observemos como una semilla insignificante puede producir: centeno, trigo y avena, ¿Y no podemos pensar que nuestros cuerpos pueden resucitar de la misma manera? ¿Acaso tenemos nosotros menos valor que las plantas? ¿No fuimos creados a la imagen de Dios? ¿Y no vino el Hijo de Dios a este mundo y se hizo hombre, con la misma naturaleza que nosotros? ¿Y no nos ha dado un gran ejemplo al resucitar de la tumba?

El problema es que nuestra inteligencia es demasiada limitada para entender. Dios es mucho más grande que nosotros, El pobre ser humano no entiende las cosas espirituales. Por eso la Biblia nos llama "necios". "Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo" (1 Co.15:36-38).

Es el Dios verdadero quien nos dice esto. Todo depende de su libre voluntad. ¿Hay algo demasiado difícil para Él? ¿No tiene derecho de hacer lo que desea? Si no creemos en su Palabra, fácilmente nos volvemos tontos y necios. Pero el que pone su confianza en Dios, creyendo en todo lo que Él ha dicho, es sabio.

En asuntos espirituales muchas veces andamos como ciegos, porque no creemos las verdades básicas de la Biblia. Inclusive los gentiles pueden darse cuenta de lo que pasa en la naturaleza, y muchos se convencen de que hay un Dios y Creador. ¡No te portes como un ciego, dudando del poder de nuestro omnipotente Dios! Debemos más bien cuidarnos de tal tontería y arrojarnos ante Dios y rogar que no nos castigue por nuestra incredulidad.

Dios es grande y santo. El que no se humille ante Él, a su verdad y poder, se encontrará en peligro. Ya que está escrito: "porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa" (Ro.1:19-20).

¡Ah! Debemos tener cuidado del castigo y el juicio de Dios sobre los que no se someten a su verdad. La Escritura dice: "Profesando ser sabios, se hicieron necios" (Ro.1:22), y "¿No ha enloquecido Dios la sabiduría del mundo?" (1 Co.1:20). Dios hace lo que Él desea.

23. Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones, desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual... 1 P.2:1-2

Es una terrible señal de nuestra profunda depravación moral, que prefiramos hablar mal de nuestro prójimo, en vez de hablar de sus buenas cualidades. Pero somos tan sensibles con nuestro propio nombre, que no podemos tolerar que alguien nos critique. ¡No! Todos queremos que los demás hablen sólo cosas buenas de nosotros. Sin embargo, nos cuesta soportar que alguien hable bien de otros.

Esas actitudes pecaminosas brotaron y se difundieron en el mundo porque “la serpiente antigua” las introdujo en los primeros seres humanos, junto con el pecado. Difícilmente se pueden juntar dos o tres personas sin que hagan comentarios faltos de amor y tacto sobre otros. Amistades y conocidos se visitan sólo para comentar y criticar a los demás. Y si encuentran algo escandaloso, lo analizan, exponen y describen en la forma más detallada posible, en vez de encarar al transgresor. Eso es lo que se llama “traicionar, calumniar y desacreditar al prójimo,” como dice el Catecismo Menor de Lutero. Es un pecado contra la sagrada Ley del amor: “Como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos” (Lc.6:31).

Generalmente no sólo se relata lo ocurrido, sino que además se agregan comentarios propios, pequeños agregados y opiniones personales acerca de los motivos y de las intenciones íntimas. Así se agrava aún más el pecado. Eso se hace cada vez que se relata la historia de nuevo, porque todo el mundo tiene esa perversa inclinación a agrandar y exagerar las faltas del prójimo. Así se aumenta cada vez más la gravedad de esas faltas, al repetir la historia. Al final, apenas se puede reconocer la parte esencial de la verdad original. La versión final es casi irreconocible. Tales cosas se repiten diariamente. ¡Ojalá que todos los que aun conservan algún temor de Dios y repulsión por el pecado estén en guardia, y no participen en semejante iniquidad! Porque puede ocurrir fácilmente, que repitan algo que no es más que una mentira fabricada por venganza o antipatía.

¿O pensamos que Dios disculpará y aprobará nuestro pecado, ya sea por un malintencionado descuido, o por un secreto odio, cuando creemos y repetimos inmediatamente todo lo que dice la gente? Por su descuido, muchos se convirtieron en despreciables charlatanes, sin haber tenido en realidad esas intenciones.

Lo que es una práctica comúnmente aceptada en el mundo y entre los hipócritas, se convierte en tentación para los hijos de Dios. Eso se da también con la inclinación a pensar y hablar mal de los demás. Porque aun los que tienen un espíritu bueno y dispuesto, todavía siguen teniendo su carne depravada, y la maldad de su corazón natural.

La opinión o juicio con respecto a otro, depende mucho de la relación que se tenga con él. Si alguien es amable conmigo; si piensa y habla bien

de mí, fácilmente puedo interpretar todo a favor de él, inclusive si no es una buena persona. Pero si otro -que quizás es mucho mejor persona- me ofendió o criticó; si hizo un comentario negativo acerca de mí, si me faltó el respeto, o me trató con aire de superioridad... entonces mi malvado corazón inmediatamente tiene la tendencia a buscar faltas en él, a exagerarlas y difundirlas por todas partes.

Ah, ¡qué abominable es el corazón del hombre caído! ¡Sólo por un comentario que hirió tu orgullo tratas de inventar y decir toda clase de maldades acerca de tu prójimo! ¿Acaso no puede ser una persona honesta y respetable, aunque te haya corregido? O si le agradó a Dios beneficiarlo con cierto don o distinción más que a ti, ¿acaso no puede ser de todos modos una persona respetable? ¿Por qué tratas de armar un problema con tu prójimo, sólo porque su tierra o comercio ha sido más prosperado que el tuyo?

Por esa razón privada y secreta dentro del malvado corazón, más de una persona comenzó a pensar y a hablar mal de otro, a quien anteriormente había amado durante años, y en el que antes había visto pura bondad. El cristiano debe estar en guardia, y reaccionar a tiempo contra la falsedad de su perverso corazón.

Tenemos constantes ejemplos mostrando que las opiniones buenas o malas dependen más de los prejuicios y de las interpretaciones subjetivas, que de los hechos objetivos. A una persona malvada cierta cosa puede parecerle muy grave. A una persona bondadosa, la misma cosa puede parecerle algo sin importancia, o quizás inocente, y más aún: loable. Tengamos esto muy presente y estemos bien en guardia contra nuestro traicionero corazón, contra las ideas y los sentimientos que nos formamos acerca de los que nos ofendieron.

Si dejas que la envidia y el odio infecten tu alma; si sientes el deseo de atacar a tu prójimo; si guardas y difundes una falsa historia sobre él... Ah, ¡Ten cuidado! Estás frente al poder de las tinieblas.

24. **Haced esto en memoria de mí.** Lc.22:19

Alguien puede preguntar: “¿Qué pretende decir o darnos el buen Señor con la Santa Comunión (Santa Cena), con esta extraña y sublime institución? ¿Cuál fue su verdadero propósito?”

Muchos cristianos nunca comprenden correctamente qué es la Santa Comunión, ni participan de manera digna y gozosa de la misma. No obtienen el consuelo, la paz y alegría que la Santa Comunión confiere. Y esto ocurre porque no conocen o no tienen presente el sentido o propósito que tuvo Cristo al instituir esta ceremonia. Antes de que tengamos nuestro entendimiento plenamente iluminado, (en la eternidad), nos resultará imposible entender todo lo que el Señor quiere decir y darnos con la misma. Es un gran misterio. No obstante, podemos entender algo. Veamos, pues, una de sus cualidades: La Santa Comunión como un memorial de la muerte expiatoria de Cristo.

El Señor dijo: “Haced esto en memoria de mí”. Ante todo debemos entender que Jesús no instituyó este memorial para su propio beneficio, sino para el nuestro. Porque todo lo que Cristo hizo en la tierra, lo hizo por amor a nosotros. Como Él mismo dijo: “El Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mt.20:28). Qué misericordiosa intención descubrimos ya, en el hecho que Él instituyera un memorial para que lo recordásemos. Jesús conocía las debilidades de sus seguidores, y el escabroso camino que debían recorrer por el desierto de este mundo, por el “valle de lágrimas” que es esta vida. Sabía cuántas veces estarían al borde de sucumbir a lo largo del camino. Sabía que sus corazones débiles y temerosos se cansarían, enfermarían, quedarían heridos y desmayados, al borde de la desesperación. Que enfrentarían una lucha diaria e incesante contra su propia carne, el mundo impío y la perfidia y los dardos de Satanás. Más aún: Sabía que sólo Él sería el consuelo y aliento de ellos. Sabía que sólo si pensaban constantemente en Él, recobrarían nuevas fuerzas, coraje y gozo para seguir avanzando. Además, sabía que lo que más aplastaría su coraje, intimidándolos y preocupándolos, serían sus pecados: las faltas y deficiencias de ellos. También sabía que el único consuelo contra sus pecados estaría en su pasión y muerte, en su cuerpo entregado y en su sangre derramada para la remisión de los pecados. Por eso instituyó este memorial de su muerte expiatoria, diciéndoles: “Hijos, reúnanse muchas veces como están reunidos hoy aquí. Cuando todo comience a quedar oscuro ante sus ojos y piensen que van a sucumbir, reúnanse para recibir mi cuerpo y mi sangre, dado y derramada por ustedes. Piensen en mí, y recíbanme. Esta institución es un Sacramento: Más que un simple memorial, es un sublime Medio de Gracia, que no sólo les recuerda, sino que les da mi cuerpo y mi sangre”.

Así nuestro Redentor quiso armar “tiendas de reposo” a lo largo de nuestro camino, donde los cansados peregrinos pudiésemos descansar,

fortalecernos y refrescarnos con este maravilloso alimento: Su cuerpo y su sangre, el Pan celestial.

Este Memorial y Medio de Gracia es sumamente provechoso a nuestro hombre interior, en todo sentido. Nos despierta de nuestra negligencia e inclinación a dormiros. Limpia nuestros ojos del polvo que los oscurece durante la peregrinación. Nos pinta y presenta el pecado y la gracia en sus verdaderos colores. Reconforta, alienta, fortalece y restaura la paz y el gozo de la adopción en nuestros deprimidos corazones. Eleva nuestras almas de este mundo hacia el cielo.

En esta Santa Comunión, Cristo no sólo instituyó un Memorial, es decir una fiesta en memoria de su muerte propiciatoria, sino que efectivamente también nos da a comer su cuerpo y a beber su sangre, principalmente porque nos quiso transmitir un beneficio. Sus palabras fueron: "Porque esto es mi sangre del Nuevo Pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados" (Mt.26:28). Estas palabras nos muestran qué es lo que quiso lograr nuestro Señor Jesucristo al darnos la Santa Cena: Quiso consolarnos por nuestros pecados y aliviar nuestras cargadas conciencias. Porque lo único que dijo aquí de su sangre, es que era la sangre del Nuevo Pacto, derramada para la remisión de los pecados.

¡Notemos la intención del Señor! No le bastó derramar su sangre para la remisión de los pecados. También quiso asegurarnos -en la forma más poderosa y profunda posible- nuestra participación en esa redención. Quiso vernos realmente reconfortados y felices a causa de ella. Y está tan ansioso de hacerlo, que acerca a nuestros labios su misma sangre, diciendo: "Tomad; bebed de ella (de la copa) todos. Bebed el poderoso antídoto contra el pecado, contra su poder condenatorio. Recibid el pago que fue ofrecido por vuestro rescate, para que así tengáis la certeza de que vale para vosotros también. Sí, para que cada uno de vosotros tenga la certeza de que también se beneficia del mismo".

Con esta sangre se hace un nuevo Pacto o Testamento entre Dios y nosotros; no como el antiguo, que demandaba y condenaba. El Nuevo Pacto ofrece, da y redime. El antiguo decía: "¡Haz esto!" El nuevo dice: "¡Cree y recibe!" La sangre del antiguo Pacto era la de chivos y becerros. La sangre del nuevo Pacto es la del Hijo de Dios hecho hombre.

Y esta sangre fue derramada para la remisión de nuestros pecados. ¡Miren! Estas son las cosas que el Señor nos quiere dar. Aquí tenemos una fuente inagotable de consuelo para las almas atormentadas por los pecados y terrores de conciencia. ¡Meditemos serenamente y a fondo en lo que el Señor nos dice y ofrece en la Santa Comunión!

25. **Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones.**

Gá.5:24

Este es un texto terrible para el que todavía no murió a su viejo yo; para el que no se revistió enteramente de Cristo, y todavía piensa que debemos hacer esto o aquello por nosotros mismos. Es un texto alarmante para los que no tienen las primicias del Espíritu, sino sólo una mente carnal, que está en enemistad contra Dios y su santa Ley. Nunca debemos olvidar que para la mortificación del viejo hombre y el nacimiento del nuevo, es fundamental que nuestras conciencias primero mueran a la Ley, y sean libres, felices y salvas por medio de la fe en Jesús. Primero tenemos que hallar en Jesucristo nuestra justificación y nuestra santificación. Este es el comienzo y el fundamento.

Cuando alguien despertó espiritualmente pero todavía no cree en Jesús, ni quedó libre por la fe en Él, todo esfuerzo por mejorar su modo de vida es inútil, pesado, lento, difícil e imposible. La persona sigue siendo un miserable esclavo. San Pablo demuestra en Gálatas 2:17-20 que no podemos producir fruto agradable a Dios, que no podemos andar en vida nueva conforme enseña el Espíritu, sin haber muerto primero a la Ley, sin haber sido liberados de aquello que nos mantuvo cautivos. ¿Podemos decir con San Pablo: "Yo por la Ley soy muerto para la Ley, a fin de vivir para Dios"? He tratado de satisfacer las demandas de la Ley para justificarme, pero fui derrotado. Quedé cada vez más hostil a Dios, sintiéndome condenado, perplejo, impotente, confundido y desamparado. Entonces sucedió que todo lo que antes buscaba en la Ley, lo encontré en el evangelio de Cristo. Él me justificó, salvó y purificó.

Más aún: Estando justificado por la fe en Jesús, pensé que sería mi tarea santificarme a mí mismo, y traté de hacer mucho en ese sentido. Me propuse servir a Dios y luchar contra el pecado. Asumí eso como algo que estaba bajo mi propio cuidado y trabajo. Pero también esto terminó en fracaso. Yo no fui capaz de nada. Por mi propia iniciativa no pude ni siquiera creer en Jesús ni adorarlo. Sí, no fui competente para pensar algo bueno por mí mismo; mi competencia provino de Dios (2 Co.3:5). Mi Señor Jesucristo obró en mí en todo momento. Entonces comprendí que también mi santificación era un don gratuito del Señor, y yo mismo ya no era nada. Así, "Morí para la Ley" (Ro.7:9; Gá.2:19).

"Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá.2:20).

Cuando Cristo llegó a ser tanto mi justicia como mi santificación (1 Co.1:30), de modo que en todo momento dependo de Él, entonces -sólo entonces y no antes- mi santificación y la mortificación del viejo hombre en mí serán genuinas. Entonces no sólo se suprimirán sus manifestaciones y explosiones; también quedará mortificado el viejo hombre interior, el mismo corazón y la misma vida del viejo hombre; su

profundo e insaciable egoísmo, su vanagloria y su arrogancia.

El “viejo hombre” es la corrupción innata en nosotros, nuestra herencia natural de Adán.

La principal maldad del viejo hombre es el egoísmo, que se manifiesta en la soberbia y la arrogancia. Porque la serpiente sembró esa simiente especial en nuestros padres al decirles: “Seréis como Dios” (Gn.3:5). De esta fuente nació todo un torrente de pecados, afectando toda la naturaleza humana.

Esto se manifiesta en la perversión de la mente; en los deseos, pensamientos, palabras y obras de soberbia; en el desprecio a Dios; la incredulidad y desobediencia; la promiscuidad, los caprichos, la pereza, la inmundicia, vanidad, ira, impaciencia, perversidad, odio, envidia, avaricia, falsedad, mentira, calumnia y tantos otros vicios y pecados. Esa es la imagen y el perfil del viejo hombre.

En cambio, el nuevo hombre que surge y crece dentro de nosotros, es el nuevo ser nacido por la fe en Jesús, obra del Espíritu Santo en nuestros corazones. Que toma parte en la vida y en la naturaleza de Dios. Y se manifiesta dentro de nosotros en una nueva relación con Dios: la de hijos adoptivos con su amoroso Padre celestial; en confianza filial, en amor, ternura, humildad, temor del Señor y temor a pecar; amor a la Ley de Dios, a la santidad y la justicia; abnegación y una vida pura; bondad, paciencia, honestidad, etc.

Todo esto lo podemos ver en su suprema y perfecta expresión en la vida de nuestro Señor Jesucristo. Él fue “el resplandor de la gloria de Dios, la imagen misma de su sustancia” (He.1:3).

En cuanto al nuevo hombre en nosotros, al principio, cuando acaba de nacer, generalmente por medio del Bautismo, aunque todavía es pequeño, no obstante, ya es santo y agradable a Dios. Cuando Cristo yacía en el pesebre también era pequeño y humilde. Sin embargo, ya era el Hijo de Dios, concebido por el Espíritu Santo, querido y amado por el Padre, por los ángeles y los fieles creyentes. Y ese niño santo se crió en medio de la pecaminosa Nazareth, y “crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres” (Lc.2:52). Sí, después, durante muchas luchas, sufrimientos y pruebas, Él avanzó hacia el objetivo de su encarnación.

De igual manera se crea en nosotros el nuevo hombre, en medio de los rezagos del viejo Adán, de las tentaciones del mundo infiel y de los espíritus malos. Dentro de nosotros se crea y crece Cristo, trabaja y reina cada vez más en nuestras almas, hasta llegar a ser “todo en todos” (Col.3:11).

Mientras tanto el viejo hombre está clavado en la cruz, y sufre cada día más, hasta quedar exhausto, sofocado y mortificado.

26. **Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.** Ro.8:14

Esta es la señal decisiva y distintiva de los hijos de Dios. De todos los mortales en la tierra, los hijos amados de Dios son sólo aquellos a los que el Espíritu Santo guía, gobierna y dirige en el presente. Los hijos del Espíritu de Dios son los hijos de Dios. Y viceversa: todos los que son hijos de Dios, son dirigidos por el Espíritu de Dios. Y quienes no son guiados o dirigidos por el Espíritu de Dios, tampoco son hijos de Dios.

Este texto nos habla de la marca que distingue a los hijos de Dios de todos los demás mortales. Podemos ver esa gran diferencia en todo el mundo. La amplia mayoría de los hombres sólo vive “según la carne”, ya sea en forma libre y grosera, de acuerdo a sus propios deseos o a los del mundo sin Dios; o en forma más sutil, estableciendo cierta piedad propia, pero sin dejarse dominar por la Palabra y el Espíritu de Dios.

Aparte de ellos hay otros: Los que creen en el Evangelio y están constantemente ocupados en conocer y seguir a Cristo. Tienen sus deficiencias, y las lamentan sinceramente. Es gente que lucha por Cristo y vive para Él. Se empeñan en sojuzgar la carne y en confesar a su Señor con palabras y hechos. Su conducta va en dirección opuesta a la del resto del mundo. La carne y la sangre no pueden producir ese comportamiento. No, pues es sólo el Espíritu de Dios quien lo produce. “Y todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Ro.8:14).

“¡Hijos de Dios!” ¿Quién puede creer y tener presente algo tan grandioso? Quienes lo aceptan tan fácilmente, ciertamente no piensan lo que esas palabras afirman. Y quienes tienen presente lo que esas palabras les aseguran, nunca pueden comprenderlas plenamente en esta vida. Hablan de algo demasiado grande y glorioso, que no cabe en nuestros estrechos corazones: ¡Ser hijos e hijas de Dios, no sólo siervos y siervas del todopoderoso Creador! Hasta cierto punto podemos darnos una pobre idea de lo gloriosa que es esa condición, si meditamos en las palabras que el apóstol emplea aquí. Pues dice que si somos hijos “también somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo” (Ro.8:17). Y luego dice “Para que Cristo sea el primogénito entre muchos hermanos” (8:29).

¿Cómo vamos a entender esto? Ser hijo de alguien, en el sentido propio de la palabra, significa ser engendrado por esa persona. ¿Podemos ser hijos de Dios en ese sentido? Jesús es el “Hijo unigénito del Padre”, su único Hijo, engendrado por Él en la eternidad, de naturaleza divina igual que el Padre. Pero en un sentido más amplio todos los hijos de Dios en la tierra también fueron engendrados por Dios, al llegar a ser “nuevas criaturas” por obra del Espíritu de Dios (1 P.1:23).

Generalmente hay dos formas de llegar a ser hijo de alguien. La primera es por nacimiento, la segunda por adopción. Agradó al excelso Dios hacernos hijos suyos de ambas formas. En Efesios 1:5 dice: “Habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro

afecto de su voluntad". San Juan habla muchas veces de la primera forma (ser hijos engendrados). Él dice: "A todos los que creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios" (Jn.1:12). Y: "Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios" (1 Jn.3:9). ¡Los hijos de Dios somos maravillas del cielo en este mundo pecador! ¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! (Ro.11:33).

Que seamos hijos de Dios resume todo lo que el Dios Trino hizo por el género humano: Dios es nuestro Creador, nuestro Redentor, y Santificador. ¿Es demasiado para ti creer que eres un hijo de Dios? Entonces, recuerda que al principio Dios creó al hombre para esto, al crearlo a su imagen y semejanza, para heredar todo lo que Dios había hecho, inclusive las mansiones celestiales. "Pero" -dirá alguien- "¿acaso no caímos en pecado? ¿No estamos llenos de pecado?" Recordemos entonces que Dios precisamente por eso dio a su unigénito Hijo, para hacerse hombre como nosotros y para recuperar -mediante su obediencia hasta la muerte- nuestro derecho perdido de hijos suyos.

¿Nos parece imposible que podamos ser hijos de Dios, porque aún sentimos tanta pecaminosidad dentro de nosotros? Entonces, recordemos lo que Cristo hizo y padeció en nuestro lugar, precisamente por esa razón.

Cuando nacemos de Dios, también nacemos del Espíritu. A pesar de nuestra maldad hereditaria y de la resistencia de nuestra carne, nunca podemos sentirnos libres para pecar; no podemos "practicar el pecado" ni seguir viviendo habitualmente en la desobediencia, porque la simiente de Dios permanece en nosotros, y el Espíritu de Dios lucha dentro de nosotros contra el pecado: nos reprende, reanima y dirige. Pensemos en las palabras de nuestro texto: "Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios" (Ro.8:14).

El fundamento de nuestra adopción es obra del propio Dios Trino. Por eso, a pesar de todos los defectos y la resistencia de nuestro corazón, todos los que somos guiados por el Espíritu de Dios, realmente somos hijos de Dios. Tan seguro como que Dios es mayor que todo lo que nuestro corazón pueda sentir.

27. **Porque no me avergüenzo del evangelio (de Cristo).** Ro.1:16

Uno podría preguntarse por qué el apóstol hace esta observación, siendo que el evangelio no tiene nada de vergonzoso; es un mensaje que Dios nos dio del cielo, y es el anuncio más glorioso que poseemos en la tierra. ¿Por qué dice entonces el apóstol que no se avergüenza del evangelio? Sin duda porque la gente, a pesar de todo, suele avergonzarse del mismo.

Algunos pensarán que eso sólo sucedía en los tiempos del apóstol, cuando los judíos incrédulos y los paganos manifiestos todavía no conocían la gloria del evangelio, y lo despreciaban por tener muchos prejuicios.

Es cierto que en los tiempos del apóstol, el evangelio de Jesús era una piedra de tropiezo para muchos judíos, e insensatez para los griegos, “porque los judíos piden señales, y los griegos buscan sabiduría” (1 Co.1:18-23). Sin embargo, lo mismo ocurre en la actualidad.

El evangelio de Cristo sigue siendo piedra de tropiezo y locura para la mayoría, inclusive para los bautizados en el Nombre de Cristo. La naturaleza humana sigue siendo la misma en todas las épocas y lugares, a pesar de todos los cambios externos que se produzcan. Por eso la Palabra de Dios siempre sigue siendo aplicable a todos: A los judíos, paganos, musulmanes, y a los que se denominan cristianos, pero aún no están convertidos.

En todas partes se ratifica lo que el apóstol dice: “El hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender” (1 Co.2:14).

El evangelio de Cristo se enfrenta a todo lo que nuestra naturaleza pervertida más aprecia. Ataca a lo que el ser humano más ama: su independencia. Exige sumisión incondicional a la Palabra de Cristo, tanto del intelecto como de la voluntad. El evangelio derriba de raíz toda fantasía jactanciosa, falsa confianza y seguridad propia, hasta reconocer sólo a Dios como soberano y al ser humano como un miserable mendigo. Tales cosas jamás pueden agradar al hombre. No, sólo le causan pena y muerte espiritual.

Esta es la causa por la cual toda persona que no es nacida de Dios siempre odia la Palabra y el buen testimonio de Cristo. Por este motivo el Señor le advirtió tantas veces a sus discípulos que, por amor de su Nombre debían estar preparados para enfrentar el odio de todo el mundo (Mt.10:16-25; Jn.15:18-19). Y les explicó que las cosas no estaban bien con ellos -que no serían verdaderos discípulos suyos- si el mundo no hiciese con ellos lo que hizo con Él, el Maestro. O sea, si no adquiriesen la distinción de ser odiados y perseguidos.

¿Si alguien predica un mensaje que el mundo puede amar y tolerar; un mensaje del que no se burla, y al que no ataca... el tal no predica el auténtico evangelio de Cristo!

Sin embargo, por lo general los enemigos del evangelio no quieren aparecer como quienes odian lo bueno y correcto. Muchos pretenden inte-

resarse por la verdad, pero en realidad se burlan del evangelio de Cristo y lo consideran una locura detestable.

Los discípulos y seguidores de Jesucristo siempre son una minoría: sólo unas pocas almas despreciables. Mientras que todo el mundo que los desprecia es una amplia mayoría, una gran multitud, y consiste de grandes dirigentes y respetables hombres de ciencia.

Por eso, avergonzarse de Él y de su Palabra será siempre una gran tentación. Para más de un cristiano llega a ser una lucha indeciblemente ardua. Por amor de Cristo debemos renunciar a la honra del mundo, y dejar que nos llamen atrasados y locos. Tenemos que ser despreciados y tratados como personas insoportables y fanáticas, a veces por miembros de nuestra propia familia. Tenemos que renunciar a ciertas amistades y vida social, a la estima y confianza de gente que anteriormente nos resultaba muy preciosa e importante.

Se necesita una obra divina en nuestras almas para poder perseverar siempre consagrados a Dios. No nos referimos a una piedad que el mundo puede aprobar y respetar, sino al discipulado genuino y verdadero del seguidor de Cristo, cuyo comportamiento necesariamente tiene que ser una piedra de tropiezo y una locura para todos los incrédulos.

Tan seguro como que Cristo dijo: "El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, a vosotros también os perseguirán" (Jn.15:20). Como si quisiera decir: Si alegan falsamente que los odian por alguna falta de ustedes, por ejemplo: por falta de humildad o de amor, sepan y recuerden que Yo era "manso y humilde de corazón", y no obstante me odiaron (Mt.11:29).

28. **Por nuestro Señor Jesucristo también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes.** Ro.5:2

Las palabras “entrada a la gracia” o acceso a la gracia, son una expresión llena de consuelo celestial para los pobres pecadores. La Escritura nos enseña que los cristianos tenemos un perpetuo acceso a esta la de Dios, por medio de nuestro Señor Jesucristo. El apóstol afirma en otro pasaje: “Por medio de Jesucristo... tenemos entrada (acceso) por un mismo Espíritu, al Padre” (Ef.2:18). Y en Hebreos 10:20, habla de la libertad para entrar en el lugar Santísimo por la sangre de Jesucristo, “por el camino nuevo y vivo que Él nos abrió a través del velo, esto es, de su carne”. ¡Qué inmenso aliento es este libre acceso, para acercarnos al trono de la gracia! Este camino nuevo y vivo, a través del velo de la carne y sangre de Cristo, fue abierto para nosotros y está disponible en todo tiempo. Este libre acceso a la gracia de Dios es lo que me salva en todas las situaciones, sin importar lo que pueda descubrir acerca de mi estado, aun si descubro que hasta el momento no creía como debía haber creído; aún si me doy cuenta de que he sido falso como Judas, o pervertido como el mago Simón (Mr.14:43-45; Hch.8:9-23). El corazón de este mago, estaba “en hiel de amargura y en prisión de maldad”, pero -no obstante- aún tenía acceso a la gracia; por eso el apóstol le dijo: “¡Arrepiéntete pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón!” A la iglesia de Laodicea el Señor recrimina: “Yo conozco tus obras que ni eres frío ni caliente... Por eso te vomitaré de mi boca”. A pesar de todo, esa iglesia todavía tenía acceso a la gracia de Dios, porque también le dice: “Te aconsejo que de Mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y no se descubra la vergüenza de tu desnudez: y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo. He aquí, Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él” (Ap.3:15-20).

Por eso, en tanto que se dice “hoy”, todo error todavía puede ser remediado, porque siempre tenemos acceso a la gracia divina. Hoy podemos comenzar a apelar a esta gracia, como nos invita el apóstol: “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia, y hallar gracia para el oportuno socorro” (He.4:16). Esto es posible porque tenemos entrada -acceso- a la misericordia de Dios. Y esto únicamente gracias a Cristo, nuestro piadoso Sumo Sacerdote, que se puede compadecer de nuestras flaquezas. Dice el apóstol que “tenemos un Sumo Sacerdote para siempre... que tiene un sacerdocio inmutable; por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (He.7:24-25).

Así la Escritura certifica y confirma la grande y alentadora verdad de que ninguna deficiencia o debilidad, ningún cambio de circunstancias

(mejores o peores momentos), revocará o anulará nuestro estado de gracia, en tanto que sigamos creyendo en Cristo y no nos alejamos enteramente de Él. El Pacto de gracia fundado en Cristo puede remediar y contrarrestar definitivamente cualquier pecado en el que podamos caer durante nuestra peregrinación. Cristo, nuestro eterno Sumo Sacerdote, remediará todo. Con ese objetivo se presentó en el cielo con su propia sangre: Para ser nuestro Defensor ante el Padre.

Como bien dice San Juan: "Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; y si alguno hubiere pecado, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo" (1 Jn.2:1). Este Defensor y este Pacto de gracia son más poderosos que cualquier cosa que nos pueda ocurrir en esta vida.

Como la luz del Espíritu revela y reprende todo pecado que los creyentes aún cometen, la fe en Jesús tendrá que afrontar numerosas y difíciles pruebas. Tal vez alguien cedió ante fuertes tentaciones y ahora siente terribles terrores de conciencia. O ha cometido una manifiesta falta y se ha separado de la gracia. Otro suspira, asediado por persistentes tentaciones: Su corazón es perverso y ama el pecado. Es débil y corrupto. No vela ni ora como debiera hacerlo, etc. Un tercero sufre una gran sed espiritual. Reconoce que está interiormente muerto, sin temor ni amor a Dios. Lo lamenta y no sabe qué hacer para despertar y adorar a Dios... En fin: Podemos sentir toda la depravación -que hemos heredado de Adán- de muchas maneras, cuando el Espíritu de Dios arroja luz sobre la misma y nos la revela. Y nos preguntamos: ¿Es posible que la gracia de Dios pueda cubrir toda esa maldad?

Pues, si la gracia dependiera de nosotros, sería imposible. ¡Pero, tenemos acceso a la gracia de Dios por Jesucristo, nuestro Señor! ¿Dudamos que nuestra corrupción, con la que tendremos que comparecer ante el trono de Dios, pueda ser cubierta gratuitamente por los méritos de Cristo? Si es así, debe ser que todavía fundamentamos nuestra fe, -aunque parcialmente-, en algún mérito propio. ¿O pensamos que Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre e inmolado por nosotros, no es un buen Defensor ante el Padre, ni un verdadero Salvador?

Es sumamente importante que estemos bien afirmados en las palabras: "Por nuestro Señor Jesucristo tenemos entrada por la fe a esta gracia", y que esta verdad quede profundamente grabada en nuestras almas. Que nuestra justicia y paz ante Dios estén sólo en Aquel que se presentó por nosotros ante Dios con su sangre.

De otra manera todo está perdido, y es falso todo lo que la Escritura declara al respecto. Si obtendríamos nuestra justificación -aunque fuese sólo en parte- por nuestras obras conforme a la Ley, "entonces por demás murió Cristo" (Gá.2:21). "Porque si los que son de la Ley son los herederos, vana resulta la fe y anulada la promesa" (Ro.4:14). Efectivamente, tenemos una eterna gracia con Dios, pero únicamente mientras nos llegue "por Jesucristo nuestro Señor".

29. Si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia.
Ro.8:10

Podemos preguntar: ¿Por qué los cristianos tienen que morir, si Dios les perdonó sus pecados, y siendo que la muerte es la paga del pecado? Respuesta: La muerte de los cristianos no significa -para nada- que la redención de Cristo no haya sido completa, ni que no estemos aun totalmente liberados de la maldición de la Ley. La muerte de los creyentes ya no es más el castigo o la “venganza” requerida por la justicia de Dios. Para los que viven por la fe en Cristo Jesús, la muerte y todos los sufrimientos de esta vida no son más que saludables medios de purificación aplicados por la mano paternal de Dios. Son sólo pruebas para su fe y sus espíritus, algo para destruir las ataduras de sus enemigos. Todas las cosas deben cooperar para el beneficio de los creyentes. “Sea la vida, sea la muerte... todo es vuestro”, les dice el apóstol (1 Co.3:22). Jesucristo les obtuvo esos beneficios con su muerte. Con su muerte quedó satisfecha toda la Ley de Dios, y se estableció también el Pacto nuevo, conforme al cual todos los que están en Cristo, quedaron libres de la paga del pecado; o sea, de la muerte y de todas las maldiciones de la Ley (Ro.6:23).

Para los creyentes, “la muerte ha sido sorbida en victoria” (1 Co.15:54). El día de su muerte se convirtió de día del castigo por el pecado, en día de la redención definitiva del mismo, y de salvación de la muerte y de toda miseria. La tumba se convirtió en un pasaje oculto, para salir de este valle de lágrimas y entrar al Paraíso celestial. El entierro de sus cuerpos es una siembra para la otra vida. La simiente otoñal que se “arroja” a la tierra, resurgirá en la “primavera”, con forma hermosa y renovada. De modo que el cuerpo no está perdido en la tierra. La muerte y la tumba no aniquilan los cuerpos de los creyentes. Sólo fueron depositados en la tierra a fin de que resuciten en estado glorioso. “Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción; se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder; se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual” (1 Cor.15:42-44). ¿Es posible que semejante muerte se llame castigo, o maldición de la Ley? Está claro que para el creyente es una gracia, y una bendición muy grande. Su propósito y finalidad es desarraigar y destruir de los regenerados los últimos vestigios del pecado que todavía quedaba en ellos. Deben morir para quedar totalmente purificados. El veneno del pecado contaminó y corrompió sus cuerpos de tal modo, que éstos tienen que ser derribados y renovados para quedar limpios, como las casas de los leprosos en Israel. El grano de trigo no germina, a no ser que caiga en tierra y muera. Así también nuestros cuerpos deben morir y descomponerse en el suelo, para volver a quedar totalmente purificados y santos.

Alguien puede preguntar: “Y los que estén vivos cuando Cristo vuelva, ¿nunca morirán?” ¡No! Serán transformados en un abrir y cerrar de ojos. “¿Y por qué el Señor no hace eso con todo su pueblo? ¿Por qué simplemente no

transforma a todos sus fieles, en un abrir y cerrar de ojos, de manera que no necesiten morir?" A esto sólo podemos responder: Dios es más sabio que el hombre. ¡Cuántas lecciones saludables y profundas impresiones dejaríamos de recibir, si nouviésemos siempre a la muerte ante nuestros ojos! En efecto, los creyentes necesitamos toda la ayuda posible para combatir el pecado. La certeza de la muerte muchas veces reprime ideas carnales y planes malvados. Nos muestra y recuerda tanto la bondad como la severidad de Dios. Vemos la severidad de Dios y su repulsión al pecado, cuando Él, el Dios de la vida y de la eterna bienaventuranza, permitió que la muerte entrase al mundo como consecuencia del pecado. Y vemos su bondad, su profunda misericordia, cuando entregó a su Hijo a la muerte por nosotros, a fin de quitar su aguijón y convertirlo en un buen sueño. Mientras exista el pecado en el mundo, la muerte será una bendición para los cristianos. Todos ellos aún tienen que orar: "Hazme saber, Jehová, mi fin, y cuánta sea la medida de mis días... Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría" (Sal.39:4; 90:12).

Finalmente, los creyentes también tenemos que morir porque tenemos que seguir a nuestro Señor en todo. Él murió. ¿Habríamos de quedar exentos de este orden nosotros, sus miembros? Él recorrió ese camino para llegar a la gloria. ¿Habríamos de recorrer nosotros, sus miembros, otro camino para llegar allá? Es un gran consuelo saber que cuando morimos seguimos a nuestro Señor y Salvador, que recorrió ese camino antes de nosotros. Nuestra naturaleza todavía tiene la tendencia a horrorizarse ante la muerte. Ésta también fue la experiencia de muchos santos. Es necesario y útil que los creyentes tengan esto muy presente, recordando que desde el principio hasta el fin están en las manos de Dios, en los brazos de su fiel Padre y Salvador. No caerá ni un cabello de nuestra cabeza sin su permiso (Mt.10:29-30). Por temible que parezca la muerte, nuestro piadoso Salvador viene a nosotros por ese medio, y nos llama. En la muerte nos pasa lo que les pasó a los discípulos, cuando estuvieron en el barco y Jesús se les acercó caminando sobre el agua: Ellos se asustaron y clamaron: "¡Es un fantasma!". Pero Él les respondió: "¡Soy Yo! ¡No temáis!". (Mt.14:26-27). Así nos animó también a nosotros hasta este momento: con su gran bondad. Él no abandona a sus queridos fieles en la hora de la muerte. Ni permitirá que nos ocurra algo que su amor no haya dispuesto. Por medio de la muerte sólo nos dará lo que por tanto tiempo hemos ansiado. Es decir: redención definitiva de todo mal. Nos dará perfecta santidad y seguridad. Nunca más pecaremos contra Él. Nunca más nos asaltarán dudas y tribulaciones. Nunca más nos acosará el diablo. Nunca más perderemos contacto con nuestro Señor, mas bien, lo veremos tal como Él es, en el Paraíso celestial.

En la tierra siempre fuimos extranjeros. Fuimos pobres, débiles e inseguros. En la muerte nuestro Señor nos llevará a heredar su Reino Celestial, la bienaventuranza eterna.

30. **No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre le ha placido daros el Reino.** Lc.12:32

¡Qué poderoso consuelo y seguridad tienen que transmitir estas palabras a los que buscan el Reino de Dios, pero sienten mucho temor, debilidad y vacilación ante la idea de no poder alcanzarlo! ¡Qué gran aliento recibirían, con tan sólo despertar y comprender la importancia de estas palabras del Señor! Porque las palabras: “no temáis” dichas por el que tiene todo el poder, necesariamente tienen que incluir la promesa de que Él nos ayudará a alcanzar el Reino de Dios, por difícil que esto nos parezca.

Sin embargo, debemos notar que el Señor no se dirige así a todo el mundo, sin distinción. No dice que ningún ser humano debe temer. ¡No! Señala específicamente quiénes son los que pueden tener ese consuelo. Dice: “No temáis, manada pequeña”.

Es cierto que el Señor en sí es piadoso con todos los seres humanos. Nadie puede negar eso. Sin embargo, muchos persisten en un estado en el que tienen toda razón para temer. Tienen razón para temer lo más terrible que pueden imaginar; es decir, que serán condenados y que no se les permitirá entrar al Reino de Dios. A esa gente el Señor no les dice: “¡No teman!”

Es necesario distinguir entre varios estados y entre diferentes condiciones del alma. Ahora se puede reparar aun cualquier situación, si las personas desean oír la voz de su Señor. El Señor les dice esa palabra de aliento: -“no teman”- únicamente a las ovejas de su rebaño. Y de sus ovejas dice: “Yo conozco mis ovejas, y las mías me conocen. Mis ovejas oyen mi voz, y Yo las conozco, y ellas me siguen... Y nadie las arrebatará de mi mano” (Jn.10:14,27,28).

Y en el texto que habla del fin del mundo y del Juicio a las naciones, dice que Cristo Rey separará los seres humanos, unos de otros, “como aparta el pastor las ovejas de los cabritos. Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda” (Mt.25:31-46).

Es claro y notable que el Señor distingue entre dos clases de personas. El Señor pronuncia palabras dulces y consoladoras a los que son sus ovejas. En cambio pronuncia una sentencia terrible para los que están a su izquierda: “¡Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles!” (v.41).

Por eso, por dulces y consoladoras que son las palabras dirigidas a los creyentes, debemos recordar, para no engañarnos a nosotros mismos ni a otros, que van dirigidas únicamente a los que el propio Señor designa como “ovejas suyas”, a los que oyen su voz y le siguen.

No dice que son tan buenos, tan devotos o tan piadosos como debían ser, y menos que son santos, ni que están libres de pecado como para merecerse la gloria celestial. No, por cierto también fueron pecadores. Ellos mismos lo reconocieron y lo lamentaron. Pero lo que los distingue de los demás pecadores es que, mientras todo el mundo seguía viviendo

despreocupadamente según los deseos de su propio corazón, las ovejas de Cristo, a pesar de sus flaquezas naturales, se dejaban dirigir por la voz de su Pastor. Siempre prestaban atención a su Palabra y voluntad. Creían en Él, en su satisfacción vicaria; y se adherían a Él. Se dejaban reprender y corregir, pero sobre todo se dejaban reanimar y guiar por sus palabras.

Tal vez deseas sinceramente ser un verdadero cristiano. Ya no puedes prescindir de Jesús ni de su Evangelio. Pero todavía sufres tanta pecaminosidad que temes no poder entrar al Reino de Dios. Por eso, muchas veces estás a punto de desesperar y abandonarlo todo.

Pero gracias a Dios todavía confías en tu Salvador Jesucristo, y no puedes desprenderte de Él, ni de la esperanza de la vida eterna. Escucha entonces lo que dice el propio Señor, el que juzgará a todo el mundo, y al único al que hemos de escuchar: "No temáis, manada pequeña, porque a vuestro Padre ha placido daros el Reino" ¿A quién más habríamos de creer sino a Él? ¡Qué firme fundamento para nuestro consuelo! ¡Es la buena voluntad de nuestro Padre celestial... es su placer darnos el reino! Nuestro consuelo y esperanza se fundan únicamente en la buena voluntad y en el don gratuito de la divina majestad, que "nos ha predestinados para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad" (Ef.1:5).

¿Cuál es el placer y la buena voluntad del Padre? "daros el Reino" -dice Jesús-. ¿Darlo a quiénes? "A ustedes, las ovejas de su manada pequeña, a los que están llenos de deficiencias en la fe y en la obediencia..." Quiere darles el Reino como un don gratuito: "Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe" (Ef.2:8-9). Queda claro que se lo da a las débiles ovejas de su pequeña manada, no a las fuertes y valientes, aunque éstas tengan aparentemente menos pecados que llorar y de que arrepentirse.

Porque "si es por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia" (Ro.11:6). Pecadores somos todos. Pero el Padre quiere dar el Reino a los que reconocen su condición de pecadores, y apelan a la gracia de su Señor Jesucristo, para ser salvos solamente por Él.

31. **Ve otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado.** Ro.7:23

Lamentablemente, en nuestra triste vida, tenemos demasiados ejemplos que corroboran lo que el apóstol dice aquí. Tanto en nuestra fe, como en nuestra conducta. También en mi mente está la Ley de querer creer todo lo que mi omnipotente Dios dijo, por absurdo que le parezca a mi ciega razón. Pero ¿qué ocurre? En mi mente ciega y arrogante también existe otra ley, que me lleva cautivo y me dice: “Esto y aquello es absurdo; más aún, es imposible”. Si pienso que un hecho relatado en la Escritura no pudo haber ocurrido, estoy dudando de la Palabra de Dios y lo trato a Él de mentiroso. ¡Este es un terrible pecado! ¡Jamás debiera ser culpable de eso! Sin embargo, que yo dude así de la Palabra de Dios demuestra que soy “llevado cautivo a la ley del pecado en mis miembros”.

Pensemos en lo que ocurre con la doctrina de la resurrección. En tu mente regenerada aceptas como verdaderas las palabras del Señor sobre este tema. Reconoces que Dios es capaz de hacer todo lo que quiere y prometió. Pero, de pronto tus ojos contemplan un cadáver en descomposición, y preguntas: “¿Podrán resucitar nuestros cuerpos? ¡Me parece absurdo!” Entonces esta hablando la ley que está en tus miembros. La ley de tus ojos y de tu razón te llevó cautivo.

Lo mismo ocurre todo el tiempo con el principal artículo de fe del cristianismo: El perdón de nuestros pecados, o nuestra justificación ante Dios. Creemos que tenemos salvación por la sangre de Jesús, que nos limpia de todo pecado. (1 Jn.1:7; 2:2). Pero sin acordarnos de eso, de repente comenzamos a pensar en un pecado determinado, que nos hace sufrir mucho. No podemos dejar de pensar en él como algo horrible, aunque nuestro sentimiento de culpa debiera cesar inmediatamente después de haber recibido el perdón. O cuando somos tentados y caemos en desobediencia, pensamos: “¿Cómo podemos confiar en la gracia de Dios, que no sólo nos promete el perdón, sino también la ayuda, para poder resistir a la tentación?” Así nos dejamos llevar cautivos por la ley de la duda y de la razón nuevamente. De la misma manera, cuando nos oprime una adversidad, necesidad o aflicción, la ley de Dios en nuestra mente nos dice: “¡Confía y espera en Dios! Él es el todopoderoso y un fiel Padre celestial. ¡No temas! ¡Cree solamente!” Pero entonces oímos inmediatamente otra ley protestando en nuestros miembros y diciendo: “¡Todo depende de ti!” Así todo el tiempo padecemos debilidades en la fe, y experimentamos la ley natural que está en nuestros miembros y nos lleva cautivos: la ley del pecado.

Y esto ocurre no sólo con nuestra fe y esperanza, sino también con nuestra vida y conducta. Por la Ley que Dios puso en mi mente y conciencia, y por la fe en Jesús, no sólo apreció sus Mandamientos como santos y ciertos, sino también los quiero y valoro mucho en mi corazón. Sin embargo, en un abrir y cerrar de ojos los descarto de mi vida. No puedo

tener presente y reverenciar a Dios. Procedo como si Dios no existiese. Sucede lo que dice el apóstol: “No entiendo lo que hago; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago” (Ro.7:15). Por ejemplo, quisiera ser siempre amable y cordial. Pero en un abrir y cerrar de ojos me dejo llevar por el enojo y la impaciencia. Quisiera estar siempre limpio y libre de todo mal deseo. Sin embargo, soy cautivo de la ley del pecado, que me hace hacer lo que aborrezco. Quisiera ser humilde y servicial con todos mis semejantes, altruista y noble; paciente y temeroso de Dios en la aflicción... Pero, en un abrir y cerrar de ojos pierdo todo dominio propio, y quedo totalmente desilusionado. Y eso me causa miedo y abatimiento. Pero ¿qué es todo eso, sino exactamente lo que el apóstol afirma aquí: “La ley del pecado, que está en mis miembros, me lleva cautivo?” (Ro.7:23). Y ¿quién podría contar todas las malas acciones que podemos llegar a hacer...?

Que a pesar de todo salgamos victoriosos, se debe a que en medio de este conflicto, el alma todavía conserva la santa virtud de resistir y combatir a la carne; de ser restaurada mediante el arrepentimiento y la fe ante el trono de la gracia; y de obtener renovado aliento y voluntad para seguir viviendo “por el Espíritu” (Gá.5:25). Es porque el alma, a pesar de todas sus experiencias humillantes, cada vez se vuelve más temerosa de Dios. Aprende a conocer cada vez mejor su propia impotencia y el terrible poder del pecado. Se siente cada vez más impulsada a la oración y al estudio de la Palabra, para procurar allí su ayuda.

Pero, si por el contrario, ocurre que la persona comienza a alejarse cada vez más del trono de la gracia; a sentirse cómoda con el pecado y a defenderlo... es un claro testimonio de su marcha atrás; sí, de su sueño mortal.

En cambio, si el pecado se vuelve cada vez más aborrecible a nuestro espíritu, -precisamente el pecado que más codiciamos-, de modo que al final todos los demás pecados nos parecen pequeños en comparación con nuestro pecado favorito... nos consideraremos miserables pecadores, pero estaremos a Cristo y su gracia como indispensable, cada vez más. Esta es una señal de que, en medio de la lucha, mi espíritu quedará cada vez más santificado y se volverá cada vez más temeroso de Dios. Por otra parte, si ocurriese que todo conflicto cesase, si el alma se creyese tan buena y piadosa como desea ser, eso sería una señal segura de que se durmió espiritualmente, que se rindió silenciosamente al enemigo. Cuando todo marcha “bien” en esta vida, es cuando el pecado no está muerto, sino vivo y activo. Pues cuando no me rindo a sus deseos sino velo, oro y lucho contra él, generalmente la lucha se vuelve muy dura y el sufrimiento es grande. Esto es lo que las almas dormidas, seducidas por el engaño, no conocen. Esta es la lucha entablada por los que aspiran a la corona que les conquistó Jesús, y que les ofrece el Evangelio, pero en quienes la ley del pecado aún provoca toda clase de concupiscencias.

1. **Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.** Lc. 22:42

Cuando nuestros ojos espirituales son abiertos, podemos ver qué es lo que Dios quiere en primer lugar, lo que Él desea en su corazón más que ninguna otra cosa. Comprendemos que Él está ansioso por nuestra salvación; por ese motivo se hizo hombre, y se ofreció a Sí mismo en sacrificio. Sudó sangre, permitió que lo torturasen, fue crucificado y muerto...

Puesto que Dios está tan interesado en nuestra salvación, qué gran consuelo podemos tener cuando oramos: "Hágase tu voluntad, no la mía". Sobre todo, necesitamos saber y creer firmemente que Dios quiere salvarnos y darnos eterna felicidad; y que no cambiará, sino que querrá lo mismo siempre: Hoy, mañana y todos los días.

Dios desea de todo corazón que tú seas salvo. Por ese motivo, Él permitirá que padezcas muchos amargos sufrimientos. Solamente porque quiere tu eterno bienestar, Dios permitirá que tu hombre exterior sufra pérdidas, y que te sobrevengan accidentes o desastres por cierto tiempo. A veces será necesario que pases por experiencias muy amargas. Puede suceder que Él permita que pierdas lo que más amas en este mundo; cosas a las cuales tu corazón está apegado, y que te resultan las más atractivas en la vida. La muerte puede quitarte a tu mejor amigo, o a tu querida pareja, o a un amado hijo. Otro puede perder todos sus bienes materiales en poco tiempo. La maldad puede quitarte incluso algo más importante que el dinero: Tu buena reputación. Algunos sufren enfermedades incurables, y así podríamos hacer una larga lista, con las amargas experiencias que los peregrinos debemos sufrir, en nuestro paso por el valle de lágrimas, que es este mundo.

Tu ánimo puede sucumbir fácilmente si pones la atención sólo en lo que ves y experimentas. Pero si con Asaf puedes entrar "al santuario de Dios" (Sal.73:17), y comprender el verdadero sentido de esta vida, la importancia de la eternidad, y la misericordiosa voluntad de Dios... y especialmente, si puedes darte cuenta de que Él desea tu salvación -cuando permite que pases por diversas pruebas-, entonces, "guardarás silencio ante la presencia del Señor". Lo adorarás, y considerarás hasta las más amargas experiencias como una gran misericordia. ¿Sabes cuánto sufrimiento hace falta para la salvación de tu alma? Te lo pregunto de nuevo: ¿Sabes cuánto sufrimiento hace falta para tu salvación? Ponte a pensarlo. ¿Si el fiel Dios tiene la firme intención de salvarte, de hacerte eternamente feliz en el cielo, te desanimarás porque Él necesita tomar medidas que te causen sufrimientos? Seguramente has experimentado la gran pereza y la debilidad de tu carne, cuando intentabas combatir el pecado y practicar el bien. Más de una vez habrás clamado desde lo profundo: "Señor, no puedo velar ni combatir contra los malos deseos de mi carne como debería. ¡Por favor, ayúdame! ¡Hágase tu voluntad! Tú has prometido santificarme". Entonces el Señor responde a tu oración,

y no encuentra otro medio mejor para combatir el mal que mora en ti, que enviándote ese sufrimiento. ¿Y tú quieres desesperar? Oh no, antes pídele a Dios que te dé un espíritu sumiso y mucha paciencia, para que en medio de la dura lucha contra tu carne pecaminosa, puedas orar: “Padre, hágase tu voluntad, no la mía”. De esta manera podremos sobreponernos a la muerte, evitar ser atrapados por las vanidades de esta vida, y poner la mira en la vida eterna.

La oración de Cristo en Getsemaní, en primer lugar, fue parte de lo que nuestro Salvador tuvo que sufrir para redimirnos. Pero, en segundo lugar, también es un ejemplo para nosotros. La proximidad de la tortura y los horrores de la crucifixión, arrancaron del corazón de Jesús el ruego: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa”. Sin embargo, Él agregó: “Pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mt.26:39). Esta actitud fue decisiva para alcanzar la victoria. Por eso Él pudo decir después: “La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Jn.18:11). Cuando uno se ha resignado, los sufrimientos se hacen más llevaderos.

“Pero –dicen algunos– cómo puedo estar seguro de que mi sufrimiento viene de parte de Dios? Sé perfectamente qué persona me está haciendo daño...” Respondo: “Dices eso porque no crees en el único Dios. Por el paganismo natural de tu corazón piensas que existe un Dios bueno y otro malo, y que la gente puede actuar más allá del control de Dios. Sin embargo, la Biblia nos enseña que hay un solo Dios, que tiene todo poder en el cielo, en la tierra y en el infierno. El diablo no pudo ni siquiera tocar a Job, sin tener antes el permiso de Dios. Así tampoco nadie puede hacer caer ni siquiera un cabello de tu cabeza, si Dios no lo permite. Puedes estar seguro de que los daños y sufrimientos que otras personas te causan, han sido permitidos por tu Padre celestial. No tienes que mirar solamente las apariencias, sino ver a Dios en todos lados. La Biblia dice que Dios nos envía el sufrimiento, aunque sean personas malvadas las que nos hacen sufrir. David lo tomó de ese modo, cuando el perverso Simei lo maldijo. En vez de vengarse, el rey David dijo: “Dejadle que maldiga, pues Jehová se lo ha dicho. Quizás mirará Jehová mi aflicción, y me dará Jehová bien por sus maldiciones de hoy” (2 S.16:11-12).

Las peores maldades e injusticias se cometieron cuando Jesús fue torturado y crucificado; sin embargo, Él se refirió a eso como “la copa que el Padre me ha dado para beber” (Jn.18:11). Y piensa en lo que dijo Jesús, que ni siquiera un cabello de nuestra cabeza cae sin la voluntad de nuestro Padre... ¿qué puede sucedernos sin que Dios lo permita? ¿Qué puede ser menos importante que un cabello? ¡Oh, en qué lamentable incredulidad caemos, cuando no tomamos en serio estas palabras de Cristo! El ha dicho que nuestro Padre celestial tiene cuidado aún de las cosas más pequeñas que nos pueden suceder, y que ni siquiera el hecho más insignificante puede suceder sin su permiso...

¿No deberíamos encomendar todo a Dios, y con un espíritu dócil tan sólo decir: “No se haga mi voluntad, sino la tuya”?

2. **Bienaventurado el varón que soporta la tentación.** Stg:1:12

Muchos piadosos hijos de Dios, suelen desanimarse porque se sienten fuertemente tentados a pecar. Dicen: “Sé que si caigo en pecado y me arrepiento, Dios me perdonará, por amor de su Hijo Jesucristo. Pero me pasa algo peor: Siento atracción y amor por el pecado. Y eso es terrible”.

A quien piensa así, le pregunto: -¿Amas tu amor por el pecado? ¿Estás feliz y contento por sentir esas pasiones impuras?- Si tu respuesta es: “¡No, en absoluto! ¿Cómo podría amar mis pasiones impuras? Al contrario, ¡Yo las detesto!” Fíjate bien: Ese “yo” que detesta tu “amor por el pecado”, es tu verdadero yo. Es “el nuevo hombre”. Lo que llamas “amor por el pecado”, la Biblia lo llama “la carne con sus pasiones y deseos”. Lo que sientes es el amor que tu carne tiene hacia el pecado. ¿Cómo sentiríamos una tentación, si no sintiésemos las pasiones y deseos de la carne?

Lo que tienes que cuidar es no consentir con la tentación, no aprobarla, no aceptarla como estilo de vida, ni practicarla voluntariamente. No, resiste al diablo y a los malos deseos de tu carne, orando y fortaleciendo tu fe. Sea como sea, no dejes de acudir al trono de la gracia, ni de confiar en la misericordia de Cristo. Siempre tienes perdón y vida eterna en Cristo, más allá de lo mal que te pueda ir en tu lucha contra las tentaciones, incluso si llegaras a verte a ti mismo dominado por la tentación, y –como dijera Lutero- “el diablo tuviera su pie sobre tu pescuezo”... O sea, si momentáneamente pareciera que el pecado se impone y domina tu vida, y que la gracia y el poder de Dios desaparecieron completamente.

Estar quieto y callar ante Dios en medio de la negra oscuridad, es la sabiduría de los que alcanzaron madurez espiritual. Es un maravilloso don de la gracia de Dios. Porque lo que Dios hace con sus amados hijos en tan angustiada situación, es un proceso profundo, oculto a simple vista.

Los que se guían por las apariencias y confían en los sentimientos, necesariamente deben desesperar primero, para poder recibir la verdadera fe. Precisamente, uno de los objetivos de la tentación extrema, es que abandonemos todo otro consuelo, o fuente de ayuda, aparte de Dios. La situación debe tornarse tan difícil, que abandonemos toda esperanza en nosotros mismos, y recurramos únicamente al Ser Supremo. Tenemos que llegar a depositar toda nuestra esperanza, únicamente en el poder y en la misericordia de Dios.

A esa clase de tentaciones se refieren las palabras de Santiago: “Tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia” (1:2-3). Y: “Bienaventurado el varón que soporta la tentación, porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida” (1:12). Está hablando de tentaciones al pecado, porque dice: “Cuando alguno es tentado, no diga que es tentado de parte de Dios; porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado, cuando de su propia concupiscencia es atraído y seducido”(1:13).

Pero prestemos atención a las palabras: “Bienaventurado el que soporta la tentación”. O sea, el que no se rinde, el que no practica el pecado, ni cae en desesperación debido a sus faltas, sino que recurre una y otra vez al trono de la gracia, en busca de misericordia y ayuda, orando sin cesar: “No me dejes caer en la tentación”.

El apóstol Pedro también nos enseña a reaccionar así, cuando somos tentados por el diablo. Dice: “Resistidle firmes en la fe” (1 P.5:9). ¡Observa! Dice: “Firmes en la fe”. Cuando alguien ya no cree en la gracia de Dios y en la misericordiosa ayuda divina, entonces también deja de orar y de esperar en el Señor. Se rinde ante el enemigo. Pero, si por el contrario, alguien quiere esperar la ayuda del Señor, debe prepararse para una larga y paciente espera. Por lo menos a nosotros nos suele parecer que es mucho tiempo. Incluso, a menudo pensamos que es en vano seguir esperando ayuda de parte de Dios. Nos dan ganas de decir: “¡Basta ya! Es inútil seguir tratando de resistir. Lamentablemente tengo que reconocer que el diablo me ha vencido...” Y si uno acepta eso, entonces, como he dicho arriba, inmediatamente deja de orar.

Frecuentemente la pereza de nuestra carne, hace que desistamos de la oración, si no obtenemos ayuda enseguida; o que “tropecemos” y nos alejemos de Cristo, si Él no nos ayuda de la manera que nosotros quisiéramos.

Dios se convertiría en un mentiroso, si nos defraudase con respecto a sus promesas de oír nuestras oraciones. En su santa Palabra Él nos asegura: “Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás” (Sal.50:15).

Su honra y su veracidad desaparecerían, si Él no actuase de acuerdo a estas promesas. Por eso, grábatelas en lo profundo de la mente, y recuérdalas en la tentación.

Es prácticamente imposible que quien ha aprendido a desesperar de sí mismo, y a confiar solamente en Dios, sea confundido en las tentaciones, por más terrible que parezcan. Porque el Señor en persona, con su fidelidad, misericordia y poder, es el fundamento de nuestra esperanza.

3. **Estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre.** 1 Co.15:58

Quizás tú, que lees esto, eres uno de los afortunados que fueron elegidos del mundo, para ser un discípulo de Cristo (Jn.15:19). Tal vez eres uno de los bienaventurados, y tienes estrecha comunión con tu Salvador. Si es así, entonces guarda lo que tienes, para que nadie te quite tu "corona". El diablo nos ha jurado la muerte. A veces él anda alrededor como león rugiente, buscando a quien devorar. Pero otras veces se disfraza de ángel de luz. Y muchos que comenzaron por el Espíritu, terminaron en la carne. A algunos, el mundo con sus placeres pecaminosos los ha recapturado; se cansaron de la lucha de la fe, de la mortificación de la carne, y se convirtieron nuevamente en esclavos del pecado. Otros fueron arrastrados hacia la desesperación, debido a una larga y persistente tentación. Hay quienes fueron seducidos por medio de falsas doctrinas, novedosas e interesantes; y se apartaron de la sencillez de la fe cristiana, y de la verdadera vida espiritual. Otros cayeron en la vanidad: Imaginando que eran importantes personajes, desarrollaron tanto orgullo, que expulsaron la gracia de Dios de sus vidas.

Algunos que reniegan de la fe se reconocen fácilmente, porque abiertamente se entregan al pecado y a la incredulidad mundana. Otros, en cambio, guardan las apariencias piadosas, pero no tienen espíritu, ni vida, ni hambre y sed por el Evangelio, ni por la gracia de Dios. Solamente tienen la forma del conocimiento y de la verdad, sin lo esencial (Ro.2:20). "Mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás... (porque) su postrer estado viene a ser peor que el primero..." (2 P.2:20-21). ¡Ruega a Dios para que tenga misericordia de ti, y te libre de tan triste final! Ten en cuenta la importante amonestación del apóstol: "Estad firmes y constantes". Firmes en la fe. O sea, cultiva una buena relación con tu Salvador, todos los días. No permitas que ninguna cosa sea más importante, que asegurarte cada día de estar reconciliado y en paz con Dios, estando siempre "en Cristo", por medio de la fe.

Sé constante en el amor, en la práctica del bien, y no permitas que la maldad y la ingratitud de las personas te desanimen. Tampoco cedas a tu maldad natural, ni te relajes cuando la lucha contra las tentaciones se torne larga y difícil. Aguanta y mortifica tu carne, es por un tiempo relativamente corto. ¡La constancia es muy importante! Estás en medio de una lucha por la vida eterna. Jesús te dice: "Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de la vida" (Ap.2:10). Sé constante en la esperanza y la paciencia, bajo la pesada cruz y los amargos sufrimientos ¡Resiste!

Sólo resta un tiempo relativamente corto y todo mal habrá terminado definitivamente.

Podemos desanimarnos fácilmente, pero si queremos conquistar las mansiones celestiales, es necesario que luchemos con constancia.

“Firmes y constantes”, dice el apóstol. Sin abandonar la sana doctrina, que está en la Palabra de Dios. No permitas que enseñanzas diferentes te hagan cambiar. Hay una enorme variedad de religiones e ideologías en el mundo. Nos ofrecen muchas novedades espirituales, y nuestra naturaleza es tal, que nos cansamos de lo conocido y nos interesamos por todo lo nuevo. No seas como una hoja llevada por el viento. Permanece firmemente basado en la Palabra de Dios, y no te confíes pensando que nadie te podrá engañar. ¡Ten cuidado! Jamás seas ingrato para con Dios, rechazando el bendito Evangelio -que te ha dado nueva vida espiritual-, para seguir otras enseñanzas. No pienses que a los creyentes en Cristo les hace falta algo nuevo y diferente. La Biblia dice: “Vosotros estáis completos en Él” (Col.2:10); de modo que no hace falta “completar” nuestra salvación, sino permanecer unidos a Cristo, firmes en la fe. Qué le contestarías a Cristo, si Él te preguntara: “¿Por qué insistes en hacer algo de tu parte para salvarte. No es suficiente con lo que yo he hecho?”

No debemos ser como niños espirituales, dejándonos mover de un lado a otro por las corrientes espirituales. El apóstol dice: “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él; arraigados y sobreedificados en él, y confirmados en la fe, así como habéis sido enseñados” (Col.2:6-7).

El apóstol continúa diciendo: “...creciendo en la obra del Señor siempre”. Sé más y más eficiente en tu servicio al Señor en el tiempo relativamente corto que te resta vivir en este mundo. No seas espiritualmente perezoso. No vivas para ti mismo, sino para aquel que murió y resucitó por ti (2 Co.5:15).

Aprovecha toda oportunidad que se te presente para glorificar a tu Salvador que te ha redimido a tan alto precio. A medida que pasa el tiempo, no te canses de hacer el bien, sino por el contrario, sé cada vez mejor. Algunos comienzan a servir a Dios y a los hermanos con alegría y entusiasmo. Pero al cabo de unos años se vuelven fríos y flojos; pierden el coraje y la fuerza. Es un triste final, para algo que comenzó tan bien.

¡Tengamos cuidado! Prestemos atención para que nuestra propia carne no nos seduzca. “No nos cansemos de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos” (Gá.6:9). “Porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción. Mas el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna” (Gá.6:8). Tu trabajo en el Señor no es en vano. ¡Despiértate! ¡Piénsalo! Todo lo que Dios nos ha prometido, se hará realidad. No hemos creído fábulas ni cuentos. Todo se cumplirá. Dios dará “vida eterna a los que, perseverando... buscan gloria, y honra e inmortalidad” (Ro.2:7).

4. **El que practica el pecado es del diablo.** 1 Jn.3:8

Existe una gran diferencia entre tener pecado, y practicar el pecado. En 1 Jn.1:8 dice: "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros". Y en la misma carta el apóstol Juan también dice: "El que practica el pecado es del diablo... todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado" (3:8,9). Tener pecado significa que el pecado todavía existe y se manifiesta en la naturaleza carnal de los cristianos.

Por eso, en la carrera de la fe, los cristianos pueden ser sorprendidos por el pecado y caer en él; pero esa caída será involuntaria, con resistencia y dolor.

El pecado es considerado como una plaga, de la cual el cristiano quisiera estar libre. Por el otro lado, practicar el pecado significa aprobar la desobediencia a la ley de Dios, excusarla y adoptarla como estilo de vida, sin tener la intención de cambiar. Es defender el pecado y comprometerse con él. Los hipócritas pueden desaprobar el pecado de palabra; sin embargo, en los hechos lo practican gustosamente. Algunos son maestros quejándose y condenando el pecado teóricamente; pero, en la práctica no lo abandonan, porque tienen un secreto amor por él. Hay quienes pueden dejar de lado muchos pecados, pero sólo para poder practicar uno en especial, su pecado favorito. A veces tratan de armonizar sus vidas con ese pecado, y lo defienden con excusas y razonamientos. Otros dicen que quisieran dejar de pecar, pero no ahora, sino más adelante... El cristiano sincero busca en la Palabra de Dios el consejo y la ayuda para librarse del pecado; el hipócrita, en cambio, busca algo que defienda o excuse su pecado preferido. Existe una gran diferencia entre ser pecador y practicar el pecado; entre el cristiano verdadero, y el hipócrita; entre un espíritu honesto, y un espíritu falso.

Pecado es todo aquello que está en desacuerdo con la voluntad de Dios. Pero hay diferencia entre los diversos tipos de pecado. De unos podemos librarnos de manera prácticamente definitiva, ya en esta vida. Por ejemplo, podemos dejar de tomar el nombre de Dios en vano, dejar de menospreciar y profanar el día de reposo, abandonar malos hábitos, como las borracheras, o placeres impuros de la carne, todo lo cual es contrario al discipulado cristiano.

Podemos restringir y prácticamente eliminar expresiones externas de pecados groseros, como la fornicación, el robo, la mentira, el rencor... pecados junto a los cuales es imposible que subsista la fe cristiana y la buena conciencia.

Cuando el cristiano cae en alguno de estos pecados, inmediatamente también se desploman su fe y su paz interior. Y solamente puede ser restaurado por medio del arrepentimiento y del perdón de su pecado. Por otro lado, el hipócrita puede permanecer en los pecados arriba mencionados, defendiéndolos y tratando de excusarlos, permitiendo que se conviertan en hábitos de vida. Eso es practicar el pecado. Y el que peca de esa manera, es del diablo. Eso es vivir conforme a la carne (Ro. 8:12). Y... "si vivís conforme a la carne, moriréis" (Ro.8:13). A esto se refiere San Pablo, cuando dice que "los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios" (Gá.5:21).

También es pecado lo que está en la raíz de todos los excesos y faltas arriba mencionados. Las semillas de las cuales brotan los malos frutos, también son algo malo, pero de ellas no nos podemos librar en esta vida. Cuando desaparezcan los malos pensamientos y las tentaciones a pecar, entonces también habrá terminado nuestro tiempo de prueba en este mundo. Eso solamente sucederá después de nuestra muerte. Me refiero a pecados como la falta de amor a Dios, la cobardía para dar testimonio de Cristo, la negligencia con la Palabra de Dios, la pereza para orar, la disconformidad e insatisfacción con nuestra profesión o medios de vida, la impaciencia, los arrebatos de ira, la codicia, las pasiones, la incredulidad, la preocupación, etc. El verdadero cristiano se diferencia del hipócrita también en la manera en que trata estos pecados. El falso cristiano se da cuenta de que nadie puede ser perfecto, y se pone contento con eso. No trata de superarse. No se pone en guardia, ni lucha contra esos pecados, sino que les da rienda suelta. Y trata de justificarse diciendo que uno jamás puede librarse totalmente de los mismos. Es posible que ni siquiera los llame pecados. Como si despreciar a Dios y no comunicarse con Él no fueran pecados... El verdadero cristiano, en cambio, sufre por estas faltas y quiere mejorar. No está satisfecho consigo mismo, y pide ayuda contra el mal. "Los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos" (Gá.5:24).

Es cierto que la carne o el viejo hombre del cristiano, que ha sido crucificado, todavía está vivo y se retuerce con furia, tratando de liberarse. Sin embargo, se queda ahí. No obtiene la libertad que tanto quiere. Pero, de acuerdo a este texto, los que no crucifican su carne, no son de Cristo.

El verdadero cristiano no sólo es honesto tratando de librarse del pecado, sino también en cuanto a su seguimiento a Cristo, en la práctica del bien. Entre la gente religiosa, algunos creen haber alcanzado el máximo desarrollo posible, y no quieren crecer más. Van determinadas veces por mes a la iglesia, oran cierta cantidad de oraciones, hacen regularmente algunas obras buenas... y cuando cumplen con eso, dejan de preocuparse; no se interesan en crecer en la gracia, sino solo en cumplir lo que consideran necesario, lo que está a su alcance. Esto revela una muerte interior, y la necesidad de arrepentimiento. El alma honesta siempre está tratando de progresar en todo lo bueno. Quiere ser más humilde, tener más fe, más amor, y agradar cada vez más a Dios en la vida diaria. Para los hipócritas estos frutos espirituales están demasiado lejos, y no los pueden alcanzar. La falsedad de sus espíritus queda demostrada cuando hablan de estas virtudes, las elogian como algo bueno, pero en sus propias vidas nunca están en condiciones de practicarlas.

5. **Si dejaren sus hijos mi ley... entonces castigaré con vara su rebelión... mas no quitaré de él mi misericordia.** Sal.89:30-33

¿Qué significa esto? Aquí hay algo llamativo. Se dice que los hijos de Dios pueden caer en pecado, y en ese caso Él los castigará con vara, los azotará. Sin embargo, se aclara que Dios no quitará su misericordia "de él". ¿Quién es "él"?

Al leer el Salmo podemos ver quién es "el primogénito" de Dios. A él Dios le promete misericordia eterna: "Le pondré por primogénito... para siempre le conservaré mi misericordia, y mi pacto será firme con él. Pondré su descendencia para siempre, y su trono como los días de los cielos".

¿Puede Dios retirar la misericordia prometida, si sus hijos pecan? Sí, pero sólo si sus hijos, además de pecar, abandonan a Cristo y persisten en la incredulidad. Porque la gracia ha sido prometida por medio de Cristo, "el primogénito entre muchos hermanos" (Ro.8:29). La gracia es para los seres humanos, pero Dios hizo el pacto con su Hijo, el primogénito. Cristo es nuestro Salvador; en él tenemos la certeza de nuestra salvación. Él es nuestro Redentor y Abogado ante el Padre. Él ha intercedido por nosotros, ha pagado nuestras deudas, y ha satisfecho las demandas de la Ley. Por eso, por los méritos de Cristo, Dios no quitará su gracia, aunque los hijos pequen.

Tengamos en cuenta que dice: "Sus hijos". O sea, los que le pertenecen a Él, los que adoptó como hijos suyos, por medio del bautismo y la fe.

Los que confían en Él y dependen de Él, así como los hijos confían y dependen de sus padres, y buscan en ellos sustento y protección. Los que tienen un corazón filial y buscan en Él la justificación y el consuelo. Los que no quieren apartarse de Cristo; los que reconocen sinceramente sus faltas ante Él, y confiesan que no deseaban cometerlas. Estos son sus hijos.

Los hijos de Dios pueden desviarse y pecar gravemente. Eso se indica con las palabras: "Si dejaren mi ley... y no guardaren mis mandamientos..."

¿Qué hace Dios entonces? Dice que castigará con vara su rebelión y con azotes sus iniquidades, pero no quitará de él su misericordia. Lutero dice al respecto: "Cuando parece que Dios está airado conmigo y quiere rechazarme, puedo responder: -Santo Padre, antes de rechazarme a mí debes rechazar a tu amado Hijo, Jesucristo. Él es mi Redentor y mi Abogado. Si lo aceptas a Él, entonces también yo soy aceptado y soy salvo".

Posiblemente creas en Cristo como tu Salvador, y sinceramente deseas vivir como un hijo de Dios. Pero ves que tienes muchos defectos, y crees que es inevitable que Dios te rechace, debido a tu conducta tan deficiente. No es así, pero puedes esperar que Dios te discipline con vara y con azotes, para purificarte. Lo hará internamente, apelando a tu conciencia

cristiana. Y también externamente, mediante las pruebas, aflicciones y dificultades que fueren necesarias.

Dios quiere corregir tus faltas y pecados. Para ello es necesario que Él utilice distintos tipos de varas y azotes. Sin embargo, Dios no quitará su misericordia, porque se la prometió a su Hijo. Con respecto a la gracia de Dios, tú no tienes nada que aportar. Él ha hecho un pacto con tu Mediador y Salvador. La misericordia y la gracia de Dios no se basan en tu persona ni en tu conducta; sino que, tienen otro fundamento: se trata del Hijo de Dios, Jesucristo. Tus pecados no pueden impedir la misericordia de Dios. Si fuera así, la gracia no sería gracia.

Cuando sientas el peso de la amenaza de Dios, su vara y sus azotes en tu vida; en medio de la angustia y aún en la agonía, entonces puedes acudir y confiar en su misericordia, aferrándote a sus promesas de eterna gracia en Cristo. Si has pecado, y Dios tiene que disciplinarte con vara y azotes, no debes malinterpretarlo, pensando que Él está enojado contigo. ¿Por qué habrías de desesperar? Dios ha dicho de antemano que te corregiría por tus transgresiones. En medio de ese proceso, su misericordia sigue tan segura como siempre.

Cuando sientas remordimientos y angustia por tus pecados, mira más allá de los negros nubarrones y di con fiadamente: "Santo Dios, tienes justos motivos para disciplinarme, y te ruego que me azotes todo el tiempo que fuere necesario. Pero no me quites tu gracia, ni dejes de tener misericordia de mí. Así podré soportar y hasta podré alegrarme en medio de mis tribulaciones". Esto es algo normal en la bienaventurada vida espiritual de los cristianos.

Pero, si no experimentas la disciplina paternal de Dios en tu vida; si no sientes terrores y angustias, como azotes en tu conciencia, sino que vives tranquilamente sin preocuparte por tus pecados, practicando libremente algo que sabes que está mal ante Dios, entonces no eres un hijo, sino un bastardo.

En ese caso, estarías espiritualmente muerto, y serías un hipócrita, una virgen insensata que se quedó sin aceite en su lámpara... A muchos hijos de Dios les cuesta creer lo que la Biblia dice, con respecto a la manera en que Él trata con nosotros. Tienen corazones débiles y temerosos, si bien buscan refugio en Cristo y confían en que son justificados por sus méritos.

En este Salmo se nos dice que, en medio de todas nuestras debilidades, gozamos de la gracia y la misericordia de Dios, porque la misma se basa en el rescate ofrecido por nuestro Salvador Jesucristo. El pago por nuestra redención, consumado por el Hijo de Dios, es válido por toda la eternidad. Por eso, la gracia y la misericordia de Dios en Cristo, también son eternamente válidas.

6. **¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer?** Job.15:14

Podemos darnos cuenta de nuestros pecados, si analizamos lo que Dios significa para nosotros. ¿Existe un cristiano capaz de cumplir el Primer Mandamiento por lo menos durante una hora? ¿Y de qué vale toda la santidad de alguien, si no es capaz de cumplir ni siquiera con el primero de los Diez Mandamientos de Dios?

Este Mandamiento dice: "Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas" (Mr.12:30). También demanda confiar plenamente en Dios, y respetarlo por encima de todo, tal como corresponde a su perfecta fidelidad y poder divino.

Si alguien ama a Dios de todo corazón y confía en Él sobre todas las cosas, tendrá una serenidad celestial, y vivirá plenamente satisfecho, porque disfrutará del mayor bien que se puede alcanzar: ¡Tener a Dios! La persona que cumple con el Primer Mandamiento creará también que ni siquiera un pelo de su cabeza puede caer a tierra, sin la voluntad del Padre celestial. Creará que ningún infortunio, ni siquiera una palabra hiriente, le puede sobrevenir sin el permiso de Dios. ¡Si alguien ama a Dios y confía en Él por encima de todo, vivirá en profunda paz y estará contento en todo momento! No importa lo que suceda: Si uno no ama nada por encima de la voluntad de Dios, estará siempre feliz y contento, porque confiará que absolutamente todo está bajo el control de Dios.

¿Dónde, pues, hay un solo cristiano capaz de guardar este Mandamiento?

Si alguien piensa que puede guardar este Mandamiento, le pregunto: ¿Seguirías estando tranquilo y contento si perdieses a la persona que más amas en este mundo? ¿Vivirías feliz y en paz, si te quitaran tus bienes, y tendrías que pasar miseria y necesidad? ¿Estarías en calma si perdieses tu buena reputación, y por el resto de tus días serías despreciado y rechazado por los demás? ¿Seguirías siendo agradecido, si padecieses una grave enfermedad? El que realmente ama a Dios con todo su corazón, alma, entendimiento y fuerzas; el que confía plenamente en Dios y está seguro de que todo lo que le sucede viene de Su parte, tal persona vivirá feliz y contenta, aun cuando tenga que padecer todas estas cosas...

Quizás te preocupes por pequeñeces; tal vez pases mucho tiempo haciéndote mala sangre porque te has enterado de que otros hablaron mal de ti; o porque han revelado alguna debilidad tuya. ¿Cómo puedes decir que amas a Dios y que te conformas con su voluntad, si te amargas ante cualquier adversidad? ¿Amas a Dios apasionadamente, y tus pensamientos íntimos se deleitan continuamente en Él? ¿O tu amor por otra persona es mucho más real y profundo que tu amor a Dios?

Además, los que hemos sido redimidos de todos nuestros pecados mediante la sangre del Hijo de Dios; los que hemos sido librados por Él del poder del diablo y del terror a la muerte, ¿no tendríamos que tener como principal objetivo de nuestra vida glorificar al que murió y resucitó

por nosotros? ¿Es eso lo que quieres hacer, continuamente?

Si verdaderamente amas a Dios sobre todas las cosas, ¿no deberías ser más feliz que nunca cuando oras y estás en íntima comunión con Él? ¿Tienes constantemente deseos de hablar con Dios en oración? ¿O prefieres trabajar o hacer otras cosas en vez de orar? ¿Qué te parece: Puedes cumplir el Primer Mandamiento, o no puedes?

También deberías amar a tu prójimo como a ti mismo. Recuerda siempre los grandes mandamientos dados por nuestro Señor. ¿Qué clase de santidad será la que no guarda los principales Mandamientos de Dios? ¿Tienes tanto interés en el bienestar de tu prójimo, como en el tuyo? Por favor, ten presente que tu "prójimo" no es solamente éste o aquel vecino amable, sino todos los seres humanos, tus amigos y tus enemigos. ¿Te indignan tanto las injusticias que se cometen contra tu prójimo, como las que se cometen contra ti?

Sabes que los que mueren sin estar reconciliados con Dios, serán eternamente condenados. Si amas a tu prójimo como a ti mismo, tendrías que desear intensamente la salvación de ellos también, con la misma seriedad como si fueras tú quien necesitaría ser rescatado de la condenación. Todos los días ves a personas que están perdidas, ¿y no mueves un dedo para ayudarlos? ¿Cómo es tu amor al prójimo?

¿Y qué decir de tu obediencia a los demás mandamientos? ¿No sientes amor por cosas prohibidas por Dios? Recuerda que Dios rechaza y condena el odio, la envidia, la codicia, etc, etc. Y estoy hablando de cristianos, de personas que han despertado del sueño espiritual y reconocen su pecado.

No hay nadie que lamente tanto sus pecados, como los santos hijos de Dios. Ellos oran diciendo: "No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará delante de ti ningún ser humano" (Sal.143:2). Por eso la Biblia dice: "En sus santos no confía", y: "¿Qué cosa es el hombre para que sea limpio, y para que se justifique el nacido de mujer? Ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos, ¿cuánto menos el hombre, abominable y vil, que bebe iniquidad como agua?" (Job.15:14 ss).

7. **Porque el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree.** Ro.10:4

Quizás quieras convertirte al Señor, cambiar tu manera de pensar, y mejorar tu vida para llegar a ser justo según la Ley, para ganarte la buena voluntad y la aprobación de Dios. ¡Es un engaño! Por un lado, en este mundo jamás podrás ser justo según la Ley. Y por otro lado, Jesucristo ha hecho exactamente lo que era imposible para la ley (Ro.8:3). ¿No sabes que “el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquél que cree”?

Cristo, el eterno Hijo de Dios, ha estado bajo la ley, en nuestro lugar. Él ha cumplido todos los Mandamientos, por nosotros. Él amó a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a sí mismo. Finalmente, Jesucristo sufrió la maldición de la ley que nosotros debíamos sufrir. Todo eso, Él no lo hizo para sí, porque no lo necesitaba. No, lo hizo por nosotros, “para justicia a todo aquel que cree”. Estas palabras contienen un consuelo inmenso. ¡No las olvidemos jamás!

Tal vez comenzaste a creer en Cristo, pero luego de un tiempo te sentiste culpable, merecedor del castigo de Dios por haber cometido muchas faltas y excesos. Por ejemplo, debías amar a Dios sobre todas las cosas, y respetarlo debidamente, siendo consciente de que Él todo lo ve y todo lo sabe. Debiste haber sido más ferviente y constante en la oración; más agradecido por el perdón, más serio en la lucha contra el pecado... pero, muchas veces hiciste todo lo contrario, siendo indiferente y frío con Dios. En tu mente abundan pensamientos impíos y vanos, y no crees que Dios pueda aceptarte y estar en buena relación contigo.

Este es el engaño que decía: Tratar de justificarse a uno mismo, de acuerdo con la ley. En este mundo, nunca llegarás a ser justo según la ley. Pero Cristo es el fin de la ley, para ti y para todos. “En Cristo” tienes la justicia de Dios, y estas bajo su buena voluntad, como si hubieses cumplido personalmente todos sus Mandamientos. Grábatelo en la memoria; no olvides nunca que Cristo obtuvo la justicia que necesitamos, y recibimos esa justicia como un regalo, sólo por gracia, al creer en Él como nuestro Salvador. Recuerda que no es posible ser salvo de otra manera. ¡Es imposible alcanzar la justicia y la vida eterna, por medio de la obediencia a la Ley!

Para los cristianos, la ley de Dios todavía existe como norma de conducta; para indicarnos qué podemos hacer, y qué no debemos hacer. Pero en cuanto a nuestra justificación ante Dios y a nuestra eterna salvación, la Ley no tiene nada que ver. Es innegable que según la Ley, siempre somos culpables y merecemos el castigo de Dios; pero nuestra perfecta justicia está en Cristo. ¡Necesitamos que Dios abra nuestros ojos espirituales para ver esta verdad!

Una gracia y una liberación tan grande llena el corazón de alegría y lo hace rebosar de alabanzas. Necesitamos saberlo, pero además, recordarlo y aplicarlo constantemente a nuestras vidas. Al respecto, Lutero dijo: “Estas palabras pueden hacer que uno resista todas las acusaciones

del diablo, tanto por los pecados del pasado, como por los del presente. Podemos resistirle si hacemos la debida diferencia entre la conciencia y la conducta; entre la fe y las obras. Cuando la ley quiere dominarme y angustiar mi corazón, entonces debo escribirle una carta de divorcio, diciendo: Quiero hacer y promover buenas obras entre las personas, y para ello me guiaré por la ley. Pero en mi conciencia, en mi relación con Dios, no quiero saber nada acerca de mis buenas obras. Déjame en paz, y no intentes decirme cómo relacionarme con Dios. En cuanto a eso, no quiero escuchar ni a Moisés, ni a los fariseos. En mi relación con Dios, Cristo es el principio y el fin, el primero y el último. Es cierto que todavía hay pecado en mi vida, pero no voy a desesperar por eso. No seré condenado, ni necesito huir de la ley. Tengo un derecho y una justicia superior a la de Moisés. Me aferro de Aquel que se ofrece como mi Salvador, y apelo a Aquel que ha prometido recibirme, defenderme y ponerme a salvo. Él me ha prometido en su Evangelio que soy coheredero de todos sus bienes, y desea que crea firmemente en Él”.

“Este conocimiento y arte solamente es para los cristianos. Existe sólo allí donde Cristo es el Salvador, y donde sólo Él dirige la conciencia, en la relación con Dios. No es algo que se deba predicar a los impíos y mundanos, porque están perdidos, y no lo pueden entender mientras permanezcan en la incredulidad” (Lutero).

Quizás digas: “Creo que Cristo da justicia y salva a los que creen en Él. Pero, ¿cómo puedo estar seguro de que eso es para mí?” Respondo: Simplemente porque Dios promete que la justicia de Cristo es para todo aquel que cree. Dime, ¿crees o no crees? ¿Vives despreocupadamente como la gente incrédula del mundo, tratando de disfrutar la vida hasta donde se pueda?

¿Puedes vivir sin tener a Cristo como Salvador y Señor de tu vida? Si es así, entonces no tienes la verdadera fe. Pero si has acudido a Cristo tal como eres, con tus maldades y fracasos, y has buscado perdón y consuelo solamente en Él, en las promesas de su Evangelio, entonces sin duda eres un creyente. Y lo que Dios nos promete por medio de Cristo, es para ti. O sea, se acabó el derecho que la Ley tenía sobre ti. Dios ya no te juzgará según su ley, porque Cristo es el fin de la ley, para justicia a todo aquel que cree. ¡Alabado sea Dios!

!Qué consuelo tan grande contiene este versículo para cada pobre y humilde pecador que necesita a Cristo!

8. **Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado.** Ro.10:11

Si has puesto tu esperanza de salvación en Cristo, no serás avergonzado. No importa lo difícil y confusa que sea nuestra vida, al final comprobaremos que valió la pena haber creído en Jesucristo. Podemos comprender esta promesa de Dios fácilmente con nuestra mente, ¡pero quiera Dios despertar nuestros espíritus, para que la tengamos constantemente presente en nuestros corazones! ¡Que Dios nos prometa que no seremos avergonzados, es buenísimo!

Esta afirmación debiera despertar a algunos y reconfortar profundamente a otros. La esperanza de eterna felicidad puede concretarse, o puede ser una tremenda decepción. Casi todos tienen alguna esperanza más allá de esta vida. Los fundamentos de la esperanza de la gente son muchos y diversos. La mayoría funda parte de su esperanza en sus buenas obras, y parte en la gracia de Dios.

Algunos esperan que Dios los perdone y premie por ciertos motivos particulares, que los distinguirían a ellos como personas especialmente dignas. Pero, la esperanza basada en cualquier otra cosa -o persona- fuera de Cristo, causará una gran decepción en el día del Juicio Final. Solamente aquel que en él creyere -como dice la Biblia- verá coronada su esperanza con la vida eterna.

Algunos dicen: "Qué terrible sería si después de creer en Cristo durante toda mi vida, al final igual quedase avergonzado". Las pruebas y tribulaciones de los creyentes son tantas... la depravación de la carne tan poderosa... las imperfecciones y debilidades tan angustiantes... la gracia del Señor parece tan extraña y lejana... la manera en que Él nos guía nos resulta confusa... y los dardos de fuego de nuestro adversario el diablo son tan hirientes, que más de un creyente exclama: "¿Quién sabe si podré perseverar en la fe, o si acabaré perdiéndome finalmente?"

A uno, lo que más le angustia quizás sea una constante tentación, de la cual no logra librarse, a pesar de orar y acudir a los medios de gracia. Otro ve que su vida está llena de pecado, negligencia e infidelidad, y piensa que es imposible que el Espíritu de Dios pueda estar con él; o piensa que es un hipócrita, porque no siente remordimientos por su frialdad para con Dios, ni sufre por su falta de deseos de orar...

La cuestión es: ¿Puede esa única cosa: mi fe en Cristo, protegerme contra todo? Respondo: ¡Así es! Por la fe eres una nueva persona en Cristo. En tu vida podrá haber aún muchas cosas por las que merecerías el rechazo y el castigo de Dios; podrán seguir existiendo muchos defectos que corregir, y malos hábitos que superar; pero por medio de la fe en Cristo, eres y sigues siendo un hijo de Dios que sólo por gracia irás al cielo. Incluso si aún sientes una gran lucha entre tu carne y el Espíritu, y clamas como el apóstol: "¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?" (Ro.7:15-25).

Que aún exista pecado en la vida de alguien, incluso grandes y abun-

dantes pecados, no significa necesariamente que tal persona no tenga la fe salvadora.

Los pecados no pueden hacer fracasar la esperanza de salvación de los que creen en Cristo. Por los méritos del Hijo de Dios, toda impiedad puede ser perdonada: "Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Ro.8:1). Lo decisivo es que: "El que tiene al Hijo, tiene la vida" (1 Jn.5:12). ¡Qué grandioso! El apóstol dice que quien edifica -con verdadera fe- sobre el fundamento que es Cristo, incluso si edifica de manera tan deficiente que su obra debe ser quemada por el juicio de Dios, él tal "sufrirá pérdida -no recibirá recompensa- si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego" (1 Co.3:14-15).

Esto sólo sucederá porque la persona puso su sincera fe sobre el fundamento correcto. Será salva, aunque haya edificado tan mal que no recibirá recompensa por su obra. Sí, incluso si la estructura doctrinal que edificó a partir de Cristo tuviese serios defectos.

Todas las cosas malas que lamentamos en nosotros, ya sea porque la Palabra de Dios o la conciencia cristiana las reprueban, todo entra bajo la cobertura del continuo perdón de Dios, por los méritos y la defensa de nuestro Señor y Salvador Jesucristo, en quien creemos. La Palabra de Dios promete esto en muchos lugares.

La Biblia dice: "Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado". Solamente en Cristo tenemos gracia eterna. Sí, un reino de gracia que es mayor que todos los defectos que seguimos padeciendo, debido a nuestra naturaleza pecaminosa. Dios nos ha dado a su Hijo para que sea un verdadero Salvador; para que sea el Abogado Defensor de pecadores que existen en la realidad, no en la imaginación. ¡Alabado sea Jesucristo! "Todo aquel que en él creyere, no será avergonzado".

9. **He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.** Ap.21:5

Las “cosas nuevas” que el Señor crea en nosotros por medio del Evangelio, demuestran que hemos nacido del Espíritu; y que somos nuevas criaturas.

Analicemos las cosas que están presentes en la vida de los que han nacido de nuevo: No son sólo vista y oídos nuevos, sino un nuevo corazón y nuevos pensamientos. De allí surge una nueva manera de hablar y una nueva relación con Dios y con las personas.

Estas cosas son nuevas; el creyente no las conocía anteriormente. Cuando todavía no había oído los juicios y las promesas de Dios, antes de haber sido convertido, era espiritualmente ignorante.

Antes de nacer espiritualmente de nuevo, podemos leer la Palabra de Dios y oírla, pero no la podemos comprender realmente. Por ejemplo, leemos acerca del Juicio Final y la eterna condenación, y reconocemos que es Palabra de Dios, pero podemos seguir comiendo y durmiendo como si nada. Pero después de haber sido convertidos, produce un efecto en nosotros; nos causa angustia y también nos consuela y alegra.

Es decir, la Palabra de Dios ilumina y dirige nuestras vidas. Antes teníamos nuestra propia opinión de la vida y de Dios, según nuestros intereses y gustos. Ahora la Palabra de Dios decide sobre nuestras opiniones e ideas. Antes podíamos consolarnos pensando bien de nosotros mismos acerca de nuestra relación con Dios, aún sin el Evangelio de Cristo; ahora nos sentimos frustrados con respecto a lo que podemos hacer nosotros mismos para vivir en paz con Dios, y solamente tenemos consolación y paz en Cristo y su Evangelio.

El cambio más importante que ha ocurrido con nosotros, es que hemos recibido un nuevo corazón. Tenemos nuestro mayor deleite en cosas que anteriormente rechazábamos, porque no nos gustaban. Y al contrario, ahora rechazamos y detestamos cosas que antes nos gustaban mucho. “Porque de la abundancia del corazón habla la boca” (Mt.12:34). Antes de creer en Cristo uno puede pasar largas horas en conversaciones superficiales y corruptas, pero no es capaz de hablar cinco minutos seguidos del Salvador Jesucristo, y de los bienes celestiales. Uno está espiritualmente ciego y sordo.

Pero después de haber recibido el nuevo nacimiento al creer en Cristo, no hay nada que nos resulte más importante y sobre lo cual hablemos con más interés, que Dios, su Palabra y su gracia salvadora.

También nuestra vida cambia. Antes podíamos vivir libremente de acuerdo a nuestra voluntad y deseos carnales, tanto como nos resultara posible y conveniente. Ahora hemos recibido dos nuevas actitudes: Amor por lo santo, y rechazo por el pecado. Resumiendo, ahora vivimos en un mundo nuevo, con nuevas tristezas y alegrías, nuevos temores y esperanzas. Estamos en una nueva relación con Dios, con nosotros mismos, y con los demás seres humanos.

Con Dios, porque en el pasado Él era un ilustre desconocido para

nosotros, o nada más que un severo Juez, pero ahora es nuestro querido Padre celestial.

Con nosotros mismos, porque en el pasado estábamos de acuerdo con la corrupción natural de nuestros corazones; pero ahora estamos en permanente lucha contra esta corrupción.

Con el mundo, porque en el pasado podíamos ser amigos de la impiedad, pero ahora el secularismo se ha convertido en nuestro enemigo espiritual, como nos enseña la Palabra de Dios, que “el mundo” es uno de los tres enemigos espirituales de los cristianos, los cuales son: La carne, el diablo y el mundo.

“Las cosas viejas pasaron; he aquí, todas son hechas nuevas” (2 Co.5:17). Nuevos corazones, nueva vida... es algo muy maravilloso, obrado en nosotros por Dios. Ningún poder humano es capaz de producir estos cambios.

¿No vamos a alabar a Dios por su inmensa bondad, porque se ha dignado hacer esos grandes milagros en nosotros? Y los que no han experimentado este cambio en sus vidas pero lo ven en otras personas, ¿no deberían ponerse a pensar que el nuevo nacimiento y la nueva creación espiritual, es algo necesario para la salvación de cada uno?

Todo lo nuevo que ha sido engendrado en nosotros, se ha producido tan sólo por la gracia de Dios, mediante la promesa del Evangelio de Jesucristo. La ley no lo pudo lograr, como dijera el apóstol: “Aquel que os suministra el Espíritu, y hace maravillas entre vosotros, ¿lo hace por las obras de la ley, o por el oír con fe?” (Gá.3:5). Solamente por la promesa de perdón y salvación en Cristo, la nueva vida espiritual ha surgido en nosotros. Y esto generalmente sucede inmediatamente después de que hemos desesperado de nosotros mismos.

A los cristianos acertadamente se nos llama: “Hijos de la promesa” (Gá.4:28). Solamente éstos son hijos de Dios. Por medio de la fe en las promesas de Dios, llegamos a ser verdaderos israelitas. Porque no son miembros del pueblo de Dios los que descienden físicamente de Abraham, sino los que creen en la Simiente prometida al patriarca Abraham. Como también lo explica San Juan en el primer capítulo de su evangelio, al hablar de los hijos de Dios.

Allí dice: “A todos los que... creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Jn.1:12-13).

10. **Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí.** Gn.3:12

Dios le hizo una pregunta a Adán, después de que él le desobedeciera en el huerto del Edén. En la respuesta de Adán podemos ver claramente cómo comenzó a manifestarse la corrupción en los seres humanos. Adán no dice una sola palabra de arrepentimiento y confesión. No, solamente trata de excusarse a sí mismo. Es como si dijera: "Comí del fruto prohibido sólo porque Tú, Señor, tuviste la idea de darme una mujer por compañera". Esta es la primera característica de los seres humanos caídos en el pecado: No quieren admitir sus culpas, sino que pretenden ser inocentes. Acto seguido, Dios le preguntó a la mujer: "¿Qué es lo que has hecho?" Y ella contestó de manera similar a Adán; utilizó la misma estrategia que él para defenderse: Le echó la culpa a otro. Eva dijo: "La serpiente me engañó, y comí". Esto es algo tan característico en los seres humanos luego de la caída en el pecado, que lo podemos ver incluso en niños pequeños, ni bien comienzan a hablar. Cuando hacen algo malo, enseguida tratan de echarle la culpa a otro. Reaccionan con ese reflejo de picardía interior, aún antes de haber aprendido las mañas del mundo exterior. Es innato en nosotros. Y esta naturaleza corrupta se manifiesta constantemente, en cosas grandes y pequeñas. Ante los demás, nadie quiere asumir la responsabilidad por algo malo, ni reconocer sus malos hábitos. Al contrario, cada uno de nosotros trata de defenderse y excusarse a sí mismo. Y actuamos así a pesar de sentirnos internamente culpables. Ante Dios, ni siquiera queremos oír de su Juicio, ni que Él tenga derecho de acusarnos; y mucho menos queremos confesarle nuestras faltas. El hombre siempre trata de excusarse y defenderse a sí mismo. Esta es la causa de la autoconfianza y la falta de interés para ser salvo.

Cuando somos acusados y presionados más intensamente por la ley de Dios, nuestra maldad aumenta. Nos amargamos y resentimos con Dios, que nos ha creado y dado su ley. También podemos ver eso en la respuesta de Adán. No sólo se excusa a sí mismo, sino que quiere echarle la culpa al propio Dios, diciendo: "La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí". Está muy claro que Adán trata de culpar de su caída a Dios, porque Él le había dado a la mujer... Si hubiese sido sincero habría dicho: "Mi mujer me dio"; pero al agregar las palabras: "Que tú me diste" claramente trata de cargarle la responsabilidad a Dios. Lutero dijo: "La respuesta de Adán está llena de animosidad y odio contra Dios, como si dijera: -Tú mismo me has causado este problema. Si le hubieras dado a la mujer otro lugar donde vivir, esto no habría pasado. Que yo haya pecado es Tú culpa, porque me has dado una mujer para que viva conmigo".

Notemos qué terrible maldad se apoderó de los seres humanos, que habían sido tan buenos y puros, hasta hace poco tiempo atrás. Adán debería haber ido inmediatamente en busca de su misericordioso Padre celestial, y arrodillarse ante su presencia. Con lágrimas de amargo pesar

debería haberle confesado su desobediencia, implorando perdón. En lugar de eso, utilizó falsas excusas y dio una respuesta evasiva. Pensó que su desnudez y la voz de Dios eran razones para huir. Cuando Dios le preguntó directamente si había desobedecido, se excusó completamente. Peor aún: culpó a Dios, insinuando que Él era el verdadero responsable, por haberle dado la mujer. Debería haber dicho: "He actuado mal, porque desobedecí". Pero dijo algo así como: "Tú has actuado mal, Señor, al darme a la mujer".

En Adán podemos ver cómo somos todos los seres humanos por naturaleza, y cómo reaccionamos cuando hemos pecado y percibimos la voz de Dios en nuestra conciencia, antes de haber sido convertidos y de recibir un nuevo corazón por medio del Evangelio; antes de haber recibido la fe en Cristo.

Supongamos que al encontrarse con Adán, Dios le hubiese dicho: "No tengas miedo, Adán. Sé que has pecado, pero te perdono". Entonces, Adán se habría humillado profundamente, se habría arrepentido, confesado y maldecido seriamente su pecado, diciendo: "¡He pecado, he pecado, querido Padre celestial! Ten piedad de mí, y perdóname". Pero Adán ni siquiera tenía la esperanza de ser perdonado. No, tan sólo veía ante sí el juicio de Dios, y estaba dominado por el miedo, completamente aterrorizado. Su corazón estaba cerrado, amargado y resentido contra Dios.

No sirve de nada que uno se de cuenta del lamentable estado en que nos encontramos desde la caída en el pecado. No podemos ser diferentes antes de que la gracia de Dios produzca nueva vida en nuestro corazón. Seguramente Eva habrá pensado que la excusa que Adán le dio a Dios era falsa, y podría haber sacado una lección de ello. Podría haber dado gloria a Dios, confesado humildemente su falta y pedido perdón. ¡Pero no lo hizo! Enseguida después de oír a Adán, actuó igual que él. No fue mejor que su marido. Adán le echó la culpa a su mujer, y a Dios; Eva culpó a la serpiente, que también había sido creada por Dios... Como si hubiese dicho: "Tú, Señor, tuviste la idea de crear la serpiente y dejarla en el Paraíso. Por eso caí en el engaño..."

Tanto Adán como Eva acusaron a su Creador y se excusaron a sí mismos.

Y lo mismo sigue sucediendo en la actualidad. Después de la incredulidad, siempre sigue la desobediencia, de la cual participan nuestro cuerpo y nuestra mente. Y a la desobediencia le siguen las excusas. El pecado no quiere ser llamado ni tratado como pecado. No, sino que ser algo inocente. Y cuando no es posible disimular el pecado, entonces falsamente se le culpa a Dios. ¡A ese estado de extrema maldad llega el ser humano pecador! Por su incredulidad desobedece a Dios; y de la desobediencia pasa a la blasfemia, acusando al Creador. El camino descendente del pecado lleva a blasfemar contra Dios, acusándole injustamente a Él de ser el responsable. Eso ya lo podemos ver en Adán y Eva.

11. Pero teniendo el mismo espíritu de fe, conforme a lo que está escrito: Creí, por lo cual hablé, nosotros también creemos, por lo cual también hablamos. 2 Co.4:13

Quizás alguien diga: "Hay muchas personas piadosas que nunca hablan de sus creencias, pero demuestran su fe con buenas obras".

Mi respuesta es: ¿Dónde está escrito eso? En qué lugar de la Biblia dice que pueden llamarse cristianos los que no quieren hablar de Cristo? –"Pero, si son personas muy buenas y rectas-". Puede que lo sean, ¿pero dónde dice que pueden llamarse cristianos? Una vida decente, pacífica y solidaria puede surgir de muchas fuentes diferentes, sin ser frutos de la fe. Y por otro lado: ¿Dónde está escrito que los que tienen a Cristo pueden quedarse callados, guardando silencio sobre el gran tesoro que han encontrado en Él?

A la luz de las Escrituras, puedo comprender que los que son espiritualmente inmaduros y débiles puedan quedarse como mudos, aunque sólo en determinados momentos. ¡Pero Dios no quiere que permanezcan así para siempre!

Durante cierto tiempo, José de Arimatea pudo ser un discípulo de Jesús "secretamente, por miedo a los judíos" (Jn.19:38). También Nicodemo, en una ocasión fue a ver a Jesús a escondidas, protegido por el velo de la noche. Pero más adelante, vemos a ambos discípulos confesando abiertamente al Señor.

Una cosa es, si en algunas ocasiones, por miedo a los demás, por debilidad o por inercia de nuestra carne, guardamos silencio respecto a la fe. Esto puede sucederle incluso a los más fieles. Siempre se nos perdonan estas faltas, si buscamos perdón y nuevas fuerzas junto al trono de la gracia. Pero, es algo muy diferente si nuestra "fe" o espiritualidad es tal, que nunca hemos sentido en nuestro corazón el deseo ni la necesidad de hablarle a otros de Cristo.

La Palabra de Dios está por encima de nuestras opiniones e ideas. Y ella nos enseña claramente que es natural que hablemos de aquello que llena nuestro corazón; que la verdadera fe trae al corazón tesoros de inmenso valor, y produce santo celo por el Señor, e interés por la salvación de los demás.

Todo esto se manifiesta necesariamente en nuestra manera de hablar. La Palabra de Dios nos dice que los creyentes siempre han dado testimonio del Señor, no sólo con hechos, sino también con palabras. Jesús dijo: "De la abundancia del corazón habla la boca" (Mt.12:34). No solamente cuando se nos demanda una respuesta, sino también de manera espontánea, de lo que abunda en nuestro corazón.

¿En qué estado te encuentras tú? ¿No has sentido nunca una gran alegría al hablar de tu vida espiritual? ¿No tienes santo celo por el amor y la gloria del Señor? ¿No te has sentido profundamente interesado por

la salvación de los demás? ¿Nunca te sientes impulsado a testimoniar sobre Jesucristo para su gloria y para la salvación de otros?

Si es así, entonces puedes estar seguro de que aun no tienes la verdadera fe. No, aunque todos piensen que eres un cristiano, vives una falsa espiritualidad, inventada por ti mismo. Y si piensas cambiar tu estado asumiendo el compromiso de hablar de Jesucristo a los demás, para tener así señales visibles de la verdadera fe, fracasarás.

La Escritura habla del testimonio cristiano como el resultado de un proceso interior, obrado de adentro hacia fuera, por efecto de la fe. No habla de un testimonio que provenga de nuestra decisión y esfuerzo personal.

Lo que tienes que hacer es ocuparte de tu alma con toda seriedad, acudiendo al Señor tal como eres para rogarle que te conceda el don de la fe. No debes darte por satisfecho antes de recibir la verdadera fe, la que produce los efectos que podemos ver a lo largo de toda la Escritura.

Pero si te deleitas en hablar de Jesucristo a los demás, interesándote por su salvación y por la gloria de tu Señor, aunque diariamente seas humillado por tus propias faltas y debilidades en cuanto al testimonio de tu fe, entonces, a pesar de todas tus falencias, el Señor te ha dado el don de la verdadera fe, de la cual habla nuestro texto y toda la Escritura.

La carne y la sangre nunca sienten alegría en hablar de Jesús. Nunca tienen celo por el amor y la gloria del Señor, ni se interesan por la salvación de los demás. Si has recibido el don de la fe, y deseas seguir los impulsos del Espíritu y testificar de Cristo a otros, -pero la oposición de la carne, la enemistad de los incrédulos, etc. frenan tu testimonio-. Entonces acércate a Jesucristo. El conoce todo y escucha tu oración, y el no permitirá que tu carne te seduzca a desobedecer al Espíritu. La obra de Dios en ti no puede ser asfixiada y morir, si el Espíritu de Dios te guía.

La obra de Dios en nosotros es reconocida por sus frutos, incluyendo los "frutos de labios que confiesan su nombre" (He.13:15).

12. **Mi reino no es de este mundo.** Jn.18:36

Como son los reinos de este mundo, lo podemos ver con nuestros ojos. Consisten en el poder del dinero y de las armas; ostentan títulos y honores; actúan a través de medios externos, se ocupan de bienes materiales y de lo concerniente a la vida terrenal. Por otro lado, el reino de Cristo es espiritual e invisible, y resulta despreciable ante la sociedad. No se ocupa primeramente de las cuestiones de la vida presente, sino de la vida venidera.

Ningún gobierno humano tiene el poder de librarnos de los males más graves: Los espirituales y eternos. El poder del pecado hace que hasta el gobernante más fuerte le rinda reverencia. "El príncipe de este mundo" obliga a todos los gobernantes a servirle, -a no ser que hayan sido redimidos por Cristo. Todos los reyes tienen que poner a un lado su cetro, y dejarse llevar por la muerte. Y hasta el gobernante más poderoso del mundo será condenado como cualquier otro, si muere sin estar convertido.

Contra los males más graves, -los espirituales y eternos-, los gobiernos de este mundo no sirven. En cambio, el reino de Cristo, sí nos sirve para eso. En este mundo, el reino de Cristo no tiene mucho valor. Ante la sociedad, es poco atractivo y despreciable, como lo fuera su Rey cuando estuvo ante Poncio Pilato, con el rostro ensangrentado y sufrido. Así es despreciado su reino.

El reino de Cristo, no protege a sus ciudadanos de las tiranías de este mundo ni de las injusticias que puedan sufrir. Tampoco nos libra de nuestras cargas y cruces; no nos exime de los sufrimientos ni de las tentaciones y tribulaciones del pecado y del diablo.

Pero, el reino de Cristo nos libra de la ira de Dios y de la condenación eterna; nos libra de la culpa y del dominio del pecado; nos libra del control del diablo y del infierno. Los que creemos en Cristo y estamos en su reino, no moriremos eternamente. No, cuando la muerte acabe con nuestras despreciables vidas aquí en este mundo, entonces recién comenzaremos a vivir. Iremos directamente a la gloria de Cristo, para estar con Él. Así es el reino de Cristo, y a eso se refiere Él cuando dice: "Mi reino no es de este mundo".

Tenemos que tratar de grabar en nuestra memoria cómo era la vida de nuestro Rey aquí en este mundo, porque en su vida tenemos representada nuestra propia vida, nuestro paso de los sufrimientos a la gloria. Esto es especialmente necesario porque tantas veces nos podemos asombrar por el estado del reino de Cristo en este mundo. Esto confunde a veces hasta a los más destacados discípulos. Por eso es muy importante recordar cómo el poder terrenal trató a nuestro Rey, y así saber diferenciar las apariencias transitorias, de la realidad eterna.

¡Contempla qué persona sublime y gloriosa estaba ante Pilato! ¡Qué grande fue la degradación de la cual fue víctima, y que despreciable era su apariencia!

En realidad, Él es “el Señor de la gloria,” el unigénito Hijo del Padre, a quien Él le ha dado “todo poder, en el cielo y en la tierra” (Mt.28:18), y “un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre” (Fil.2:9-11). Ese es el rey Jesucristo en realidad.

¿Pero, cuánto de su gloria y majestad se puede ver en Él? Nació en un establo y fue acostado en un pesebre. A lo largo de su vida fue “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto” (Is.53:3). Fue tan pobre, que una vez dijo: “Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; más el Hijo del hombre no tiene donde recostar su cabeza” (Mt.8:20). Cuando hizo su entrada triunfal en Jerusalén, -que fuera predicha por los profetas-, cabalgaba un asno prestado, y estaba sentado sobre una montura hecha con la ropa de sus pobres discípulos...

¿Es este el Rey de gloria, al que los profetas le cantaron alabanzas desde el comienzo del mundo? Sí, este es el “Rey de gloria, ...el fuerte y valiente” (Sal.24:8), pero nadie podía ver en Él nada externamente atractivo y glorioso. Por eso no es de extrañar que tantos lo hayan mirado con desprecio, y burlándose pensarán que si era un rey, debía ser el rey de los mendigos...

Ahora saquemos la debida conclusión: Así como es el Rey, así debe ser también su reino. Un reino de contrastes inmensos: Por un lado, es un reino glorioso y precioso ante los ojos de Dios; por otro lado, poco importante y despreciable ante nuestros ojos y ante la opinión pública. Es un reino de paz y justicia, pero también con muchas falencias y constantes conflictos.

Los miembros de este reino gozan de la inmensa gracia y gloria de Dios. Son nada menos que: “¡Hijos de Dios!” ¡Hijos e hijas del Altísimo! Sí, somos hermanos de Cristo y coherederos con Él, y “brillaremos como el sol en el reino de nuestro Padre”. Pero tantas veces andamos por este mundo como si estuviésemos bajo la ira de Dios a causa de nuestros pecados. En esos momentos debemos recordar cómo vivió nuestro Rey, y comprender que así es en su reino en este mundo.

En nuestra vida terrenal, la gracia y la gloria que Dios nos ha dado, deben permanecer ocultas bajo el desprecio y la deshonra, para que nuestra fe se ejercite todo el tiempo.

13. **Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino.**

Sal.119:105

Piensa qué crueles son consigo mismos los que le niegan a sus almas la divina luz de la Palabra de Dios. Dios ha sido misericordioso y nos ha dado un medio visible para comunicarse con nosotros. Él mismo viene y actúa a través de este medio, y nuestra bienaventuranza eterna depende de su uso correcto y diligente. Sin embargo, vemos como el mundo miserable desprecia y pisotea estas perlas. Peor aún es cuando los que fueron iluminados y gustaron las bondades de la Palabra de Dios, permiten que el mundo incrédulo y las tendencias naturales de la carne, los aparten y los mantengan alejados de ella.

Tantos pueden dejar transcurrir todo el día sin nutrir sus almas, ni siquiera un poquito, con el Pan de vida. Y así puede pasar toda la semana. O puede ser que se pongan a leer apresuradamente la Biblia, pero sus corazones y mentes están llenos de cosas mundanas. Y al no obtener provecho de la lectura, consideran a la Biblia como un libro aburrido. Es imposible para el sol calentar el mar cuando esta tormentoso, así nuestro corazón necesita silencio para recibir la Palabra de Dios y ser calentado por el Espíritu Santo.

El problema es la gran cantidad de cosas terrenales, los afanes, las riquezas y los placeres de la vida, que son como espinas que ahogan la planta de la fe, como lo explica el Señor en la parábola del sembrador (Lc.8:14).

Placeres, comodidad, preocupaciones y obligaciones... para el alma cautivada por el diablo, estas cosas son más importantes que los tesoros celestiales.

Unos dicen: "No tengo tiempo para estudiar la Biblia, porque tengo que hacer esto y aquello..." Actúan como si lo terrenal y temporal es lo que verdaderamente vale la pena hacer; mientras que lo espiritual y eterno se puede descuidar y poner en segundo plano continuamente. ¡A tal punto es seducida y engeguécida el alma!

Puede que alguien diga: "Las responsabilidades de nuestra vocación terrenal son sagradas. No las debemos descuidar, porque el que no provee para su propia familia, es peor que un incrédulo" (1 Ti.5:8). Pero Jesús dice: "Es necesario hacer esto, sin dejar de hacer aquello" (Mt.23:23). Si has cuidado tu familia y tu trabajo de manera ejemplar, pero descuidado y dejado morir tu vida espiritual, de nada te servirán esos logros en la hora de tu muerte y en el Juicio Final. Y si alguien te dice que tu trabajo y tu familia serán perjudicados si dedicas tiempo a la oración y a la Palabra de Dios, no es otro que el engañador de las almas, la vieja serpiente, el diablo. Además, por el paganismo de nuestra naturaleza y la incredulidad de nuestro corazón, no conocemos las bendiciones de Dios, ni nos interesamos por los bienes celestiales. Por eso, preferimos otras cosas y actividades. ¡Qué terrible desprecio de Dios y de tu alma inmortal! Tenemos la oportunidad de comunicarnos con el Todopoderoso Creador de

los cielos y la tierra, con nuestro amado Salvador, que quiere colmarnos de bendiciones, y sin embargo decimos que no tenemos tiempo para ello. Pero sí tenemos tiempo para hablar de una y de mil cosas con otras personas. Esto no es otra cosa que la seducción y el engaño del diablo. Debido a tu trabajo no puedes tomar una de las veinticuatro horas del día, para alimentar tu alma; pero tu trabajo, al que le dedicas tanto empeño, no podrá ayudarte en las peores angustias de tu alma; en cambio, la Palabra de Dios siempre puede ayudarte. Por lo tanto, no la menosprecies.

Si descuidas la Palabra de Dios, el nuevo hombre en tu interior se irá debilitando día tras día. Tu fe se irá apagando; tu temor de Dios y los demás frutos del Espíritu irán desapareciendo. Entonces comenzarás a perder el control sobre tus debilidades y a ser derrotado por las tentaciones. Pero, ¿cómo podrías esperar algo diferente? La Palabra de Dios y la experiencia nos enseñan que el ser humano no puede vencer al mal con sus propias fuerzas, sin ayuda de la gracia divina. Por eso Dios nos ha dado los medios de gracia, y si usas apropiadamente esos medios, no te faltará conocimiento ni poder para vivir la fe cristiana.

Quizás digas que has tratado de leer la Palabra de Dios, sin embargo, eso no te ayuda a mejorar. Las causas pueden ser dos: Tal vez no entiendas qué es el verdadero arrepentimiento. Quieres alcanzar un alto nivel de espiritualidad y santificación, y no comprendes que para llegar a eso primero tienes que pasar por el valle de la profunda humillación y miseria. No entiendes que, en lugar de considerarte a ti mismo cada vez mejor, tiene que suceder lo contrario. La otra causa posiblemente es que todavía estés esclavizado por el pecado; que aún no hayas recibido un corazón nuevo, con una tendencia espiritual diferente. En ese caso, no has usado la Palabra de Dios correctamente. Tal vez has invertido el orden de Dios, y primero quieres librarte del mal por ti mismo, para recién entonces buscar ayuda en Cristo. Intentas producir frutos antes de haber sido injertado en Cristo. Si ese es tu caso, entonces acude primeramente a Cristo, y ruégale que tenga misericordia de ti. De esa manera encontrarás remedio contra el mal.

Desecha la confianza en tus propios méritos, la cual está profundamente arraigada en tu corazón. Y arrójate tal como eres, con todos tus defectos, a la misericordia de Dios en Cristo. Entonces experimentarás que “cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia” (Ro.5:20). Y esa sobreabundante gracia cambiará tu corazón de tal manera, que perderás el gusto por las cosas malas que antes te mantenían cautivo. Y las cosas buenas que anteriormente no querías o no te interesaban, se convertirán en tu deleite. Eso enseña la Palabra de Dios. Utilízala debidamente, y no te faltará nada para tu salvación y eterna bienaventuranza.

14. Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Col.3:12

Vemos aquí cuáles son las preciosas virtudes que tienen que adornar a los elegidos de Dios, a sus amados hijos.

Primera mente el apóstol nos recuerda el distinguido título que se nos da a los creyentes. Y quiere que nos conduzcamos en este mundo de manera acorde a nuestra condición, como corresponde a los elegidos de Dios, a sus santos y amados.

Hallamos la misma exhortación apostólica en Efesios 4:1: “Yo pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre...” Presta atención a las palabras: “Como es digno de la vocación con que fuisteis llamados”.

Lo que es digno y apropiado para la sociedad en general, puede no ser digno ni apropiado para los hijos de Dios. Por ejemplo, acaparar bienes egoístamente; ser orgulloso y vanidoso; contender judicialmente con los adversarios, o hablar de manera excesivamente elocuente y vana... todo eso es común y corriente en la sociedad, y nadie se escandaliza por ello; pero, es inadecuado para los hijos de la luz. Estos han de vivir de manera diferente a los hijos de este mundo, así como los hijos de los reyes visten de manera diferente a los hijos de los mendigos. Ahora que habéis sido adoptados como hijos de Dios, vestíos y adornaos como corresponde a tales personas.

Veamos ahora la vestimenta en sí. Primero se menciona la misericordia de corazón, o un corazón misericordioso. Un corazón en el que ha sido derramada la gracia de Dios, y que por eso está lleno de misericordia y sincero amor. Como resultado de ello, podemos perdonar a los que nos ofenden e interesarnos por los que sufren. Es lo opuesto al corazón frío, característico de la persona egoísta, que sólo se ocupa de lo suyo. Los creyentes realmente comparten la naturaleza de Dios, especialmente su amor misericordioso, que es el atributo más característico de Él.

La Biblia está llena de pasajes que describen y ensalzan la misericordia de Dios; y esta característica suya debe reflejarse también en sus hijos. Jesús dijo: “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (Lc.6:36). Y también: “Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos” (Mt.5:45).

En segundo lugar se menciona la benignidad; la bondad o benevolencia. Es la disposición a servir y ayudar a las demás personas. Es una característica tan agradable y valiosa, que por medio de ella muchos han sido atraídos a la fe. Los hijos de Dios deben ser las personas más amables y benevolentes del mundo. A veces, por medio de la benevolencia se ha logrado lo que no han podido lograr muchos sermones. Durante toda

su vida en este mundo, Jesús mostró amor y bondad. Vivió haciendo el bien y ayudando a la gente. Las palabras más bonitas y la más elevada sabiduría no surten efecto sino que provocan la reacción contraria, cuando son dichas por una persona antipática, que tiene el corazón duro y frío. ¡Qué lamentable! Por eso, los que tienen conocimientos superiores para impartir, deben revestirse de amabilidad y sensibilidad.

En tercer lugar se menciona la humildad, que está estrechamente relacionada con lo anterior. El cristiano sigue las inclinaciones misericordiosas de su corazón, y con frecuencia debe amonestar y advertir a su prójimo, para despertarlo del sueño espiritual. Esto puede ser fácilmente mal interpretado, como orgullo de su parte. Por eso, frecuentemente los incrédulos acusan a los cristianos de arrogantes, aunque nadie conoce mejor que los cristianos cuán miserables somos.

Es necesario que digamos la verdad; y si al hacerlo puede dar la impresión de que nos está guiando el orgullo, debemos poner especial cuidado para dejar en claro que no somos arrogantes. No sólo debemos tener humildad en nuestro corazón, también es necesario “vestirse” de ella y demostrarla en nuestra relación con los demás.

Si surge en nosotros el orgullo y la vanidad personal, y nos sentimos tentados a cultivarlas en nuestro corazón, tengamos mucho cuidado, porque estamos en serio peligro. Una grave caída o una locura se aproxima, porque “Dios resiste a los soberbios” (1 P.5:5). No habrá sabiduría ni vigilancia capaz de evitar que tropecemos y caigamos en el obstáculo que nosotros mismos hemos preparado. “Unánimes entre vosotros; no altivos, sino asociándoos con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión” (Ro.12:16).

En cuarto lugar, como parte de la vestimenta de los elegidos se menciona la mansedumbre. O sea, no debemos permitir que las provocaciones nos hagan enojar.

Y en quinto lugar, el apóstol nombra la paciencia, o longanimidad. Es decir, no debemos dejarnos desanimar, ni cansarnos de demostrar mansedumbre y de ser amigables con las personas que están causándonos molestias, y probando nuestra paciencia.

15. Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando; de cierto os digo que se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles. Lc.12:37

Bienaventurados aquellos siervos, dice el Señor. Y describe la inmensa felicidad que tendrán, diciendo: "De cierto os digo que (su señor) se ceñirá, y hará que se sienten a la mesa, y vendrá a servirles". Qué significa esto solamente lo comprenderemos plenamente cuando estemos en la eterna gloria del cielo.

Es algo que está más allá de nuestra imaginación, pero es algo real y verdadero, porque nuestro Señor dice: "De cierto os digo..." Aquí y en varios pasajes más de la Biblia, la felicidad del cielo se describe con el ejemplo de una cena, de un banquete en la mesa del Señor.

Dios quiere mostrarnos que en la gloria eterna, Él hará inmensamente felices a los redimidos, compartiendo con ellos los tesoros de su casa. Cada ejemplo, nos muestra el corazón y las buenas intenciones del Señor, y describe diferentes aspectos de esa bienaventuranza.

En esta parábola Cristo dice que el novio se ceñirá y servirá personalmente a sus siervos en la mesa. Ellos estarán sentados y él los atenderá. ¡Esto excede a nuestras expectativas!

En el mundo las cosas funcionan según el otro ejemplo de Jesús, relatado en Lucas 17:7-9: Después de trabajar todo el día en el campo, al regresar a casa, el siervo primero tiene que servirle la comida a su patrón y recién después puede sentarse a la mesa. Pero aquí Cristo dice que Él, el dueño de casa, el novio que regresa de las bodas, nos servirá a nosotros, sus siervos.

¡Parece imposible! Pero a través de este ejemplo Jesús quiere mostrarnos la profunda comunión que tendremos con Él en el cielo... y sus buenas intenciones, cómo quiere honrar y alegrar a los creyentes. Según su plan de salvación, Él quiere compartir con nosotros algo tan sublime, que excede nuestra capacidad de comprensión; algo tan bueno, que va más allá de la lógica, como cuando el novio y dueño de casa se pusiera a servirles la comida a sus empleados.

Jesús quiere que pensemos que en el cielo, Él no nos hará disfrutar algo que podemos imaginarnos, sino una felicidad tan grande, que supera nuestras esperanzas e imaginación. "Como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Co.2:9).

Al crear el universo Dios hizo cosas tan grandes y maravillosas, que la inteligencia humana no es capaz de comprenderlas. Así también, Él se mostrará extraordinariamente grande al revelar la gloria y la felicidad que ha preparado para sus amigos, cuando los reconforte y alegre en el cielo, después de haber pasado por las tribulaciones y duras luchas de esta vida.

Cuando el Hijo de Dios habitó visiblemente entre nosotros, dio algunos ejemplos de cómo desea compartir su mesa con sus siervos, y servirles. Se destacan dos ocasiones: La primera, cuando compartió la última cena con sus discípulos. Fue cuando instituyó la Santa Cena. Ahí Él les sirvió, dándoles el pan y el vino; luego se ciñó una toalla, tomó un recipiente con agua, y les lavó los pies. Ese fue un ejemplo de lo que Él hará un día con sus siervos fieles, en la eterna fiesta de bodas en el cielo.

La otra ocasión fue junto al mar de Tiberias, cuando el Señor preparó pescado sobre las brasas y pan para sus hambrientos discípulos. Ahí también les sirvió personalmente la comida. De esta manera nuestro Salvador nos ha dado una muestra del servicio que quiere prestarnos cuando el tiempo de nuestro peregrinaje por este mundo haya llegado a su fin.

Entonces Él va a consolar, satisfacer y alegrar plenamente a sus amigos, en su reino de gloria. A los que por un tiempo relativamente corto buscaron Su gloria en este mundo, Él les dará eterna gloria en el cielo; a los que le sirvieron a Él y a Su causa, Él los servirá personalmente. A los que le confesaron a Él ante los hombres, Él los confesará ante su Padre y sus ángeles.

¡Oh, que intercambio maravilloso! ¿Y quién nos asegura que será así? ¿Podemos creerle? ¿Serán ciertas esas preciosas promesas? El que promete se llama: "Fiel y Verdadero". Es Dios Hijo en persona. ¡Bendito sea por toda la eternidad!

16. **El cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.** Ro.4:25

Lutero llama a este texto “un manajo de toda la fe cristiana”. Por eso puso este versículo en la introducción a los Artículos de Esmalcalda, como fundamento del “primer y más importante artículo de fe, del cual ningún cristiano debe apartarse ni ceder en nada, aunque el cielo y la tierra y todo el universo se desvaneciesen”.

El apóstol escribió este texto con un profundo sentir. Por eso, para comprenderlo, también necesitamos reflexionar profundamente en él.

Como se dijo, es un breve resumen de la gran obra redentora de Cristo, y vale la pena considerarlo especialmente. San Pablo dice que Cristo fue entregado por nuestras transgresiones, y que resucitó para nuestra justificación. Si relacionamos las palabras “entregado” y “resucitado”, vemos que “entregado” se refiere a la muerte de Cristo en la cruz.

En muchos pasajes de la Biblia se declara que la muerte de Cristo es el fundamento de nuestra justificación, y que la propiciación -o el pago por nuestros pecados- se consumó definitivamente allí. Por eso Jesús exclamó en la cruz: “¡Consumado es!”

El profundo significado que el apóstol tiene en mente cuando dice que Cristo “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación”, es que Él cargó con los pecados de todo el mundo, y los pagó con su vida. Con su resurrección, Cristo fue declarado inequívocamente como nuestro Redentor, quién nos obtuvo justicia y vida eterna. En su muerte, Él “fue hecho pecado por nosotros” (2 Co.5:21), y así nos redimió de la condenación y de la maldición de la Ley. Cristo cumplió las demandas de la Justicia divina y padeció la muerte, que es la paga del pecado.

Pero su resurrección fue la victoria de la justicia y la vida sobre el pecado y la muerte; fue la corona y el sello tras la culminación de su obra redentora, a favor de toda la humanidad. Como nuestro Mediador y Salvador, el segundo Adán fue hecho responsable por todos nuestros pecados, y se sometió al castigo que merecíamos. De esa manera satisfizo las exigencias que la santa Justicia de Dios demandaba. Él cumplió absolutamente todo al darse a sí mismo en sacrificio, al derramar su sangre para nuestra redención.

Cristo sufrió y murió santamente por los pecados de otros, sin ser culpable de nada. Y con su resurrección quedó demostrado que el Padre celestial aceptó completamente el pago ofrecido por su amado Hijo. La Escritura dice: “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu” (1 P.3:18).

Él fue absuelto de todo juicio, culpa y castigo que le correspondía como Sustituto de la humanidad. Cristo se entregó como nuestro Representante ante la Justicia divina, y eso fue tan completamente válido como si noso-

tros mismos hubiésemos sufrido el castigo de Dios. "Si uno murió por todos, luego todos murieron" (2 Co.5:14).

Lo mismo se aplica a su resurrección: Todos nosotros estamos representados en Él ante los ojos de Dios. Así, que Él haya resucitado en justicia quiere decir que todos nosotros también hemos resucitado como justos. Por eso la resurrección de Cristo es -literalmente- el fundamento de nuestra justificación.

Además, al resucitar Cristo ha asumido el sacerdocio eterno, "para presentarse por nosotros ante Dios" perpetuamente (He.9:24). En nuestro lugar, Él es "justo por los injustos". "Tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre" (He.8:1-2). "Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios" (He.9:24).

Recuerda: Él está ahora en la presencia de Dios, para interceder por nosotros. Él es nuestra perfecta Justicia ante Dios. Es magnífico: ¡Él está ante Dios por nosotros! ¿Qué significa esto? Pues, que estamos en paz con Dios, que no le debemos nada, que poseemos una Justicia perfecta y eterna para estar en su presencia; Cristo está perpetuamente ante Dios, en nuestro lugar, y actúa como nuestro Sumo Sacerdote. Lo repito: Que Cristo esté ante Dios demuestra sin lugar a dudas que hemos sido aceptados y perdonados.

Nuestra justificación se basa en la muerte y resurrección de Cristo.

17. **Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos.** Ro.7:6

El apóstol presenta aquí a la Ley como una cárcel, en la cual estábamos presos. Los Mandamientos y juicios de la Ley son los barrotes y cerrojos, que nos mantienen encerrados hasta la hora de nuestra muerte. Recordemos primeramente que la Ley, ya nos condenó a la muerte por el pecado que hay en nosotros, el cual está enraizado en nuestra naturaleza. De Adán, el primer hombre, hemos heredado pecado y muerte. La Ley dice: "Maldito todo aquel que no permanece en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas" (Gá.3:10).

En segundo lugar, si no creemos que ya estamos condenados por la Ley, y tratamos de reconciliarnos con Dios por medio del arrepentimiento y la obediencia a su voluntad, solamente lograremos empeorar nuestra situación, aumentando nuestras culpas, porque nuestra naturaleza está inclinada al mal y somos muy débiles para resistir las tentaciones.

Por eso, nuestra conciencia se estrellará una y otra vez contra los juicios de la Ley, que nos tiene esclavizados como en una cárcel. No importa para qué lado intentemos escapar, siempre chocaremos contra las rejas de acero del calabozo de la Ley.

Por eso el apóstol dice: "Antes que viniese la fe, estábamos confinados bajo la ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada" (Gá.3:23). Pero, esta descripción de la Ley como una cárcel, no sólo nos muestra que estábamos condenados a muerte bajo sus juicios, sino también cuál es la clase de piedad que la Ley produce.

Al respecto, Lutero dijo: "El oficio de la ley es mantenernos en una prisión. Es algo angustiante y produce una falsa piedad. Ningún ladrón, asaltante o asesino ama la cárcel en la que lo encierran. Al contrario, quisiera escapar de allí y si pudiera la destruiría. Es cierto que estando preso no comete crímenes, pero no porque sea honesto y ame la justicia, sino solamente porque la cárcel se lo impide. Si no se arrepiente, sufrirá por no estar libre para seguir cometiendo delitos. Odiará la cárcel, y si saliera en libertad, seguiría robando y matando. La ley confina a las personas en lugares tenebrosos, tanto en la sociedad como en el espíritu. Mediante sus amenazas y castigos, sólo es capaz de producir una justicia externa: Obedecemos de mala gana, impulsados por el miedo. Pero, ¿qué clase de piedad es esa, que deja de cometer el mal sólo por temor al castigo? En realidad, esa piedad que consiste sólo en obras externas no es otra cosa que amor por el pecado. Es odio hacia la justicia, oposición a Dios, a su Ley y a su causa y el cultivo de una terrible impiedad. Bajo la ley, amamos a Dios y le obedecemos igual que el ladrón ama su cárcel y la vida honrada..."

Pero, ¡qué cambio inmenso se produce cuando la pobre alma que está encarcelada bajo la ley, angustiada y exhausta, condenada y confundida, de repente conoce la gracia de Dios! Todo lo que intentó conseguir

mediante sus propios esfuerzos y obras y no lo obtuvo, ahora lo recibe como regalo. Otro lo consiguió y se lo ofrece gratuitamente.

Entonces comienza a percibir a Dios de manera muy diferente. Lo ve como a un amoroso Padre, que sólo quiere ayudarnos, y que por eso dejó que primero nos demos cuenta de nuestra incapacidad de salvarnos a nosotros mismos mediante la Ley.

Todas las exigencias y juicios de la Ley tienen, en primer lugar, el objetivo de frustrarnos y hacer que desechemos el inútil intento de justificarnos a nosotros mismos, por medio de nuestra obediencia y buena conducta. Dios quiere darnos todo por pura gracia, tanto la justificación como la santificación.

Cuando el alma desesperada comprende esto, y puede verse a sí misma a la luz del Espíritu, libre de la Ley, creyendo en el inmenso amor de Dios en Cristo, entonces recibe un corazón nuevo, una nueva actitud hacia Dios y hacia su Ley. El odio se transforma en amor y puede servir a Dios de buena gana y con alegría. Entonces dirá: "Sus mandamientos no son gravosos" (1 Jn.5:3). "Y: "Porque según el hombre interior me deleito en la ley de Dios" (Ro.7:22).

Así, en vez de vivir en una prisión, ahora el alma habita en un palacio. Eso es estar libre de la Ley. Ahora amamos los mandamientos y juicios del Señor y sufrimos cada vez que caemos en pecado. Y nos angustiamos si alguien intenta convencernos que no debemos tomarnos tan en serio la santa voluntad de Dios. Esto lo produce el Espíritu en el alma que ha sido librada de las amenazas y condenaciones de la Ley, y está segura de la eterna gracia de Dios en Cristo.

18. Somos coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él seamos glorificados. Ro.8:17

“Si es que padecemos con él”. Este es el camino hacia la gloria. Recibimos como herencia la vida eterna en el cielo, sólo por haber sido adoptados como hijos de Dios; solamente porque Cristo nos adquirió ese derecho, mediante su pasión y muerte. Pero en el camino hacia la gloria, es necesario sufrir con Cristo. Esto es algo muy importante; es la marca distintiva de los auténticos herederos, de los verdaderos hijos de Dios. Los hijos falsos que no son verdaderos seguidores de Cristo, deberían temer y despertarse si no experimentaron algo de esto.

Los creyentes en Cristo entraremos a la gloria celestial, atravesando sufrimientos en nuestra vida terrenal. Esto ha sido decidido y ordenado por Dios de tal manera, que aún Cristo, nuestro ejemplo y precursor en todo, ha recorrido ese camino y ha dicho claramente que le sigamos allí.

Los sufrimientos que Jesucristo padeció en este mundo, tienen que ser considerados de dos maneras diferentes. En primer lugar, Él sufrió para expiar nuestros pecados. Y en segundo lugar, sufrió para alcanzar la gloria eterna.

Como nuestro Salvador, Cristo padeció absolutamente solo; “He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo” (Is.63:3). Él solo dio cumplimiento a las demandas de la justicia divina. Él solo obtuvo para nosotros la recompensa de la justicia, que es la vida eterna. Pero, en el otro sentido, Él fue nuestro ejemplo y guía, y nosotros tenemos que “seguir sus pisadas” (1 P.2:21) y andar como Él anduvo (1 Jn.1:6).

Las Escrituras nos explican claramente, cómo Cristo tuvo que luchar antes de llegar a ser exaltado, y nos dicen también que, Él es nuestro ejemplo a seguir. Cristo mismo dice: “Al que venciere, le daré que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido, y me he sentado con mi Padre en su trono” (Ap.3:21).

En este mundo, todos los coherederos compartimos sufrimientos con el “Primogénito”. Para recibir nuestra herencia celestial, todos los herederos debemos padecer sufrimientos; y algunos “muchos sufrimientos” (Hch.14:22).

Es necesario aclarar, que no todos los sufrimientos son una prueba de que uno está en el camino que conduce a la vida eterna y es un coheredero con Cristo. Por eso el apóstol aclara: “Si es que padecemos juntamente con Él”. Porque la Biblia también dice: “Muchos dolores habrá para el impío” (Sal.32:10).

Todo lo que vive en este mundo, sufre. Pero el apóstol se refiere solamente, a aquellos padecimientos que resultan de estar unidos a Cristo y de seguirle a Él.

No solo sufrimos la enemistad y el rechazo del mundo incrédulo, sino también sufrimos “juntamente con Él” todas las angustias causadas por el pecado, la carne y el diablo, que nos sobrevienen por creer en Cristo.

Finalmente, a esto también pertenece la disciplina o corrección paternal, que siempre es una señal distintiva de los verdaderos hijos de Dios.

Quizás alguno quiera ser un cristiano, y se alegre en la fe y en la esperanza de la vida eterna. Pero su "cristianismo" es de esa clase que le permite andar bien con Dios y con el diablo, y teniendo la aprobación de la gran mayoría. Eso es una clara señal que indica algo muy grave: Que él no es un verdadero creyente, ni un discípulo de Cristo. Está decidido y revelado en la Palabra de Dios que "todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución" (2 Ti.3:12).

Como Cristo lo explicó claramente: "El siervo no es mayor que su Señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán" (Jn.15:20). Jesucristo cargó con los pecados del mundo con angustias y agonía. Él luchó en oración y sudó sangre en Getsemaní. Asimismo, todos los que tienen el Espíritu de Cristo tienen que sufrir angustia en su lucha contra el pecado que mora en ellos. Cristo fue acosado y tentado por el diablo; así también todos los cristianos serán perseguidos por el mismo enemigo, con fuertes tentaciones y dardos de fuego.

Tal vez alguien diga que quiere ser cristiano, pero su fe y piedad es tal, que el pecado no le causa ningún problema; el diablo no lo tienta ni lo acosa; siempre se siente fuerte y tranquilo. Pero, si lo comparamos con la historia de todos los santos, es muy posible que su fe y piedad sean falsas.

Para que los sufrimientos realmente sean un padecimiento "juntamente con Cristo", la persona primeramente ha de ser un hijo de Dios, por medio de la fe. Tiene que ser alguien que no anda según la carne, sino según el Espíritu. Un alma guiada por el Espíritu de Dios, y que movida por el Espíritu clama: "Abba, Padre".

Tal persona se dará cuenta que tiene muchos sufrimientos que provienen de su propia maldad innata, del diablo, y del mundo incrédulo. Sufrimientos que no conocía antes de llegar a la fe, y que se producen solamente porque Cristo habita en él. Eso demuestra ciertamente que es un coheredero con Cristo, y que está en el camino que lo llevará a recibir la herencia eterna.

19. Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia. 2 Ti.3:16

Todo lo que Dios nos ha revelado en su Palabra tiene dos objetivos: En primer lugar, Él quiere enseñarnos cómo podemos recibir su gracia, obtener el perdón de nuestros pecados, y ser adoptados como hijos suyos.

En segundo lugar, enseñarnos cómo hemos de vivir los hijos de Dios en este mundo, haciendo su voluntad. Estos son los pilares sobre los cuales se sostiene o cae el reino de Dios entre nosotros. Por eso mismo, el diablo siempre ataca estas dos doctrinas, y se esfuerza para apartarnos de ellas. La confusión en estos dos temas es la causa más frecuente del desvío y la apostasía de muchos que fueron iluminados con la fe, y hasta de iglesias enteras.

Cuando Cristo vino, Él censuró y trató de cambiar principalmente dos errores de su pueblo: Sobre todo, censuró su falsa justificación, basada en la "justicia" personal. Y luego, su falso servicio a Dios, mediante "buenas obras" inventadas por ellos mismos. Por ejemplo, les dijo: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas! Porque diezmaís la menta, y el eneldo, y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe" (Mt.23:23).

La Reforma de la Iglesia por medio de Martín Lutero, se produjo principalmente para restaurar y destacar estas dos doctrinas, sobre las cuales Lutero tanto enseñó y predicó: La justicia que vale ante Dios, la justificación por gracia, por los méritos de Cristo, por medio de la fe. Y cuáles son las verdaderas buenas obras, el servicio que le agrada a Dios, o sea, solamente lo que Dios mismo nos ha ordenado hacer, como está revelado en su Palabra.

Por ello, Lutero primero censuró y atacó la falsa doctrina de la justificación por obras, sostenida por el Papa, según la cual uno llega a ser justificado solamente si alcanza la santidad, mediante su buena conducta.

En segundo lugar, Lutero combatió la falsa enseñanza que para agradar a Dios había que salir del mundo y convertirse en monje, vivir en celibato, peregrinar, ayunar, flagelar el cuerpo, etc. Por ello se dice acertadamente que la Reforma se produjo por estos dos motivos principales, y que hoy en día debemos a la Reforma la restauración de estas dos enseñanzas fundamentales: La verdadera justificación ante Dios, y la verdadera piedad cristiana.

Como se ha dicho, estas enseñanzas han sido también los blancos elegidos por el diablo, que siempre ha tratado de corromperlas. Y él hace esto de manera muy sutil, poco a poco, de modo que la gente se desvíe gradualmente y sin darse cuenta. También nuestra razón, nuestras opiniones y sentimientos, se oponen a estas doctrinas. Nada es más contrario a mi razón que sostener que le agrado a Dios cuando me siento y me veo a mí mismo lleno de pecado. Tampoco se me ocurre pensar que

hago las obras más agradables y santas a Dios y le sirvo realmente, al hacer las tareas domésticas en mi hogar, mis responsabilidades en la sociedad, o cuando ayudo a los pobres y necesitados, como cualquier persona decente, común y corriente.

Tampoco imagino que puede ser muy peligroso seguir mis impulsos y visiones (que pueden parecerme la voz de Dios hablándome directamente al corazón), sin examinarlos primero a la luz de la Palabra revelada de Dios. La razón y los sentimientos no pueden decidir sobre esto.

Por medio de la experiencia, nos damos cuenta que el diablo usa toda su fuerza, para apartarnos de lo que la Palabra nos enseña sobre la manera de vivir de los hijos de Dios; y nuestra propia mente lo apoya decididamente en eso.

¡Cuántas graves locuras y daños ha causado el diablo a la iglesia, porque logró que algunos miembros abandonaran la Palabra de Dios!

Algunos se toman muy en serio su vida espiritual, pero han sido desviados de la verdadera fe; asumieron muchas responsabilidades y compromisos que no han sido ordenados por Dios, ni sirven de provecho a los demás. Se dejaron llevar por su imaginación, escuchando lo que piensan que es la voz de Dios en sus corazones, en vez de dejarse guiar por lo que está escrito.

Por otro lado, todos experimentamos diariamente que, ni bien olvidamos la Palabra de Dios y cuáles son las verdaderas buenas obras, ya no nos sentimos atraídos a hacer lo que Dios nos ordena en Élla y nos volvemos lerdos y perezosos para hacer el bien. Pero si acudimos regularmente a la Palabra, recordaremos que es Dios quien nos ordena hacer las tareas según nuestras respectivas vocaciones, aunque a nosotros nos parezcan poco importantes; y entonces las haremos con la mejor voluntad y cuidado, obedeciendo sus mandamientos todos los días, para la gloria de Dios y el bienestar de los demás.

20. **Pero venida la fe, ya no estamos bajo ayo.** Gá.3:25

Dijo Martín Lutero: “El cristiano no es alguien que no tenga pecado, sino alguien a quien no se le culpará ningún pecado”. Esto no quiere decir que el cristiano tenga permiso para pecar; pero si cae en pecado, no será juzgado según la Ley. Si tuviéramos que ser juzgados y rendir cuentas ante la ley de Dios, nadie sería salvo. Si así fuera, tendríamos que abandonar completamente la esperanza de obtener vida eterna. Pero, en ese caso, el Evangelio de Jesucristo sería una mentira. Cristo habría muerto en vano, y todos los creyentes morirían en pecado. Pero la Escritura dice: “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Ro.8:3). Y: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gá.3:13). “... venida la fe, ya no estamos bajo ayo”, o sea: ya no estamos bajo la Ley. Por eso, a los que creen en Cristo, Dios no les culpa ningún pecado.

Tanto el rey David como el apóstol Pablo, afirman claramente que es “bienaventurado aquel a quien Dios no culpa de pecado” (Sal.32:2; Ro.4:6-8). Recuerda que no dice: -Bienaventurado el que no tiene pecado-. Sino: “A quien Dios no culpa de pecado”.

Pero no sólo hemos sido liberados de la Ley, de manera que Dios ya no nos culpa de ningún pecado. Además de eso, se nos ha adjudicado justicia; una justicia que no se basa en nuestra deficiente buena conducta, sino que es muy superior: Es la perfecta y eterna Justicia de Cristo. Dice la Escritura: “Pero el fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Ro.10:4). “Como David también habla de la bienaventuranza del hombre a quien Dios atribuye justicia sin obras” (Ro.4:6).

Esto significa que, ante los ojos de Dios, no sólo estamos libres de todo pecado, sino al contrario, somos perfectamente justos. Así es, somos justos y agradamos a Dios en todo momento, al creer en Cristo como nuestro Salvador. Por medio de la fe estamos “en Cristo,” y nada puede impedir que Dios nos ame, con todo el amor de su corazón. Nos hemos vestido con Cristo, con todo lo que Él ha hecho por nosotros, y por eso ahora Dios ve en nosotros solamente a su amado Hijo.

Lutero continúa diciendo: “¡Mira qué inmensas riquezas obtenemos por medio de la fe! Podemos vivir en paz, porque se nos dan todos los méritos de la perfecta obediencia y del sacrificio de Cristo. Su justicia y sus méritos pasan a ser nuestros, como si nosotros mismos hubiésemos cumplido la ley y sufrido el castigo de Dios, en lugar de Cristo. Él no hizo todo eso para sí mismo, sino para nosotros. Él no necesitaba nada de eso. No, Cristo ha obtenido ese tesoro para nosotros, para que Él mismo sea nuestro, por medio de la fe. Como Cristo es mío y yo soy suyo, ninguna ley puede acusarme más, porque no puede acusarlo a Él. Y si la Ley intenta acusarme, me defiendo y le respondo: -“Por qué me acusas? He cumplido todo lo que exiges y más aún (en Cristo, mi Redentor). Y aunque todavía

hay pecado en mi carne, tengo mi justicia en Cristo. Él es mi Salvador, y con sus méritos cubre todas mis faltas. Su santidad también es la mía". De esta manera, la Ley no puede hacer nada en mi contra.

Pero si me miro a mí mismo, todavía encuentro mucha impureza en mi vida. En eso la Ley tiene razón. Ella dice: -"¡Has pecado!" Pero si sigue adelante y dice: -"Porque has pecado Dios debo condenarte"-, no debo darle la razón, porque en ese caso caería en la desesperación. Pero si respondo que no seré condenado por mi pecado, tengo que tener un buen fundamento en el cual basarme. ¿Dónde encontraré ese fundamento? No en mi propia vida, sino en Cristo. A Él lo puedo invocar como Abogado y presentarlo ante la Ley. Él puede decirle: "Soy inocente. No me puedes acusar de ningún pecado. "Cristo es puro y santo, y Él me dio su Justicia".

A esto se refiere la Escritura cuando dice: "Habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo" (Ro.7:4). O: "El fin de la ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree". Y: "Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Ro.10:4; 8:1).

Por esto decimos que a los que creen en Cristo no se le culpa de ningún pecado. Oh, tendríamos que detenernos y pensar en nuestros grandísimos privilegios; pensar si son reales o no. Porque sólo hay dos alternativas: Todo esto es verdad, o es pura mentira. ¿Es cierto que no hay ninguna condenación para los que están en Cristo Jesús? ¿Aún son pecadores? Sí, pueden caer y ser arrastrados por el pecado. ¿Pero, es cierto que no serán acusados, porque ya no están bajo la ley, sino bajo la gracia? ¿Es cierto que no serán juzgados según la ley si confían en Cristo como su Salvador? Si es así, esta es una maravillosa y sorprendente verdad. ¡Sí, una sorprendente verdad!

¡Y es verdad! Tan cierto como que la Palabra de Dios no puede mentir. Es cierto, a pesar de todos los diablos; a pesar de todos los falsos santos, que confían en sus obras; es cierto, a pesar de lo que opine nuestra razón. Es cierto, aunque todavía no hayamos percibido nada de eso con nuestros sentimientos.

Por eso, podemos consolarnos y alegrarnos, en medio del valle de lágrimas de esta vida. Nuestro Señor y Salvador Jesucristo ha establecido aquí en la tierra un reino tan bendito, que en el los pecadores ya no son culpables sino santos, aceptados y amados por Dios.

21. **Como Él es, así somos nosotros en este mundo.** 1 Jn.4:17

Analicemos cuidadosamente estas palabras del apóstol Juan: “Como Él (Jesucristo) es, así somos nosotros en este mundo”. ¿Cómo se mostró Él en este mundo? ¿El unigénito Hijo del Padre, el resplandor de Su gloria y la imagen del Dios invisible? ¡Cuán secretamente asumió nuestra forma humana! Cuán profundamente oculta estuvo su gloria, “¡en semejanza de carne de pecado!” (Ro.8:3).

Por cierto, la verdadera fe debía tener suficientes fundamentos para estar segura. Por eso los ángeles del cielo, se manifestaron visiblemente cuando Él nació; por eso Él hizo públicamente cosas que solo Dios puede hacer; por eso se transfiguró y mostró su gloria a sus discípulos, y desde el cielo Dios Padre dijo claramente: “¡Este es mi Hijo amado!” (Mt.3:17).

Grandes señales indicaron claramente que en Él se cumplían todas las profecías mesiánicas; Él dijo: “Para juicio he venido yo a este mundo; para que los que no ven, vean, y los que ven, sean cegados” (Jn.9:39). Para que los incrédulos y orgullosos, los que se guían por las apariencias y creen saberlo todo, sean castigados con ceguera espiritual. Fue la voluntad de su Padre que Él sea semejante en todo a nosotros, y llevara nuestras cargas; por eso Él fue la persona más rechazada del mundo: “Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto” (Is.53:3). Fue menospreciado; la mayoría de la gente no lo quiso, y escondían su rostro de Él.

Qué absurdo le parece todo esto a la razón humana: Que el Hijo de Dios haya nacido en un establo, con los animales, y haya crecido en una aldea sin importancia, al punto que Natanael preguntó inocentemente: “¿De Nazaret puede salir algo bueno?” (Jn.1:46). El Hijo de Dios en este mundo fue más pobre que las aves del cielo, porque ni siquiera tuvo una vivienda propia, donde reposar. Él fue agraviado y afrentado; jueces injustos le escupieron en la cara; el gobierno corrupto ordenó que lo torturasen, y brutales soldados lo abofetearon y se divertieron haciéndole sufrir. Después fue colgado en una cruz, a las afueras de la ciudad. Sus verdugos y la gente que pasaba, burlándose, le decían: “Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz... sálvate a ti mismo” (Mt.27:40). Finalmente Él gritó: “¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?” Y encomendando su espíritu al Padre, murió, y fue sepultado.

¿Dónde podía la gente ver en Él algo de la majestad divina, algo del poder y la gloria del Creador? ¿Puede haber algo más absurdo en todo el mundo, que sostener que ese hombre era el Hijo de Dios?

Pero Él también resucitó de entre los muertos, tal como lo había predicho. Y demostró que estaba vivo, apareciéndose a lo largo de cuarenta días a muchas personas. En una ocasión después de haber resucitado, apareció ante más de 500 discípulos que estaban reunidos (1 Co.15:6). Y ascendió al cielo, a la vista de muchos testigos. Así fue como el Todopoderoso estuvo oculto bajo una apariencia débil, en la persona de Jesús.

Y pensemos ahora que: “Como Él es, así somos nosotros en este mundo”.

Como es la cabeza, así son los miembros del cuerpo; como el esposo, así es la esposa. Si el esposo es pobre y miserable, también la esposa es pobre y miserable. Pero bajo esta apariencia miserable, se oculta la gloria de Dios; bajo la pobreza, las inmensas riquezas divinas; bajo el pecado e imperfección, la perfecta y eterna justicia. Por eso es necesario que no nos dejemos engañar por lo que vemos y sentimos. Parecía imposible que Jesús fuera el Hijo de Dios; del mismo modo, puede parecernos imposible que seamos hijos de Dios, "sus elegidos, santos y amados" (Col.3:12). ¿Pero, no deberíamos contentarnos con estar ocultos con Él, la cabeza de la Iglesia, durante el tiempo presente? ¿No deberíamos contentarnos con caminar con Él a lo largo de este valle de lágrimas, en estado de humillación?

En este mundo, tenemos la infalible Palabra de Dios, que nos asegura que solamente por medio de la fe en Cristo llegamos a ser hijos de Dios, justificados y puros ante Él. Y debemos creer esto tan firmemente, como si ya estuviésemos ahora mismo en el cielo. Sí, tan cierto como que Dios no puede mentir. Creer que ciertamente es así, aunque no sintamos en nuestro interior ni la más mínima señal de que sea así.

La principal razón por la cual todo esto está oculto en nuestras vidas, es porque el reino de Cristo es un reino de fe; y nuestro camino, un humillante camino estrecho para los empedernidos hijos de Adán. Cristo siempre hará juicio en este mundo, de modo que los que ven, sean cegados; y los que se contentan con no ver, vean. Esto es así para que todos los que se acercan a Cristo, y siguen a nuestro "Gedeón", sean personas que se contenten con aquello que Él decida darles. Así como la tropa de Gedeón no fue elegida según su voluntad, sino a través de un proceso de prueba de parte de Dios. Con el fin de hacerle humilde, Dios ordenó a Gedeón que, de los más de 30.000 hombres que se habían presentado a pelear, llevara consigo al combate solamente a 300, a los que tomaron agua lamiendo, como lamen los perros (Jue.7). De manera semejante, sólo si eres como un perro, o sea: solamente si descartas lo que te parece importante e impresiona tus sentidos, podrás seguir a Cristo. Pero tal vez tú quieras ver, sentir y experimentar el dulce amor de Dios, de modo que todo vaya bien en tu vida, y resulte claro y evidente que Dios te ama; estar siempre firme en la fe y la piedad; ser siempre exitoso y bendecido en la sociedad.

Quizás quieras que todos los cristianos estén limpios y sin defectos, demandas que primero no tengan ninguna debilidad, ni discordia, ni falta, y recién entonces los consideras cristianos. Pues mira, si quieres tener tu vida en Dios y no te contentas con tenerla oculta, incluso a veces toda cubierta de pecado y desdicha... entonces no sirves para este combate y es mejor que sigas tu propio camino. Los que son del Crucificado deben contentarse con andar a través de la oscura y densa neblina de la fe. Muchas veces deben contentarse sin ver ni sentir nada de la gracia de Dios, durante largos períodos, casi como si estuviesen totalmente abandonados...

22. **Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca.** Ap.3:16

¡Estas son palabras terribles, de parte del bondadoso Salvador! Qué Dios nos ayude para que cada uno sea honesto consigo mismo; para que los que estén corriendo peligro sin saberlo, se puedan dar cuenta, antes de que llegue el juicio del Señor, y no haya más remedio! Lo que más debe llamarnos la atención aquí es la palabra “tibio”; es decir, lo que Jesús quiere decirnos con esa palabra.

En el mensaje del Señor acerca los “tibios” hay algo que todos ven y entienden, pero también algo que sólo pocos comprenden. Cuando Cristo dice: “No eres frío ni caliente”, todos entienden que no se refiere a un hombre completamente pagano, que es indiferente e ignora la vida espiritual, sino a alguien diferente a la gran mayoría, que conoce los caminos del Señor, incluso que predica la Palabra de Dios y enseña a otros. “Conozco tus obras”, dice Jesús. O sea, se refiere a alguien que ha prestado servicios concretos, y no es “frío”. Pero tampoco es “caliente”. Su corazón no es recto para con Dios; no le ama verdaderamente, ni vive en comunión con Él. Prefiere hablar de Dios, en lugar de hablar con Dios. Prefiere ocuparse de los problemas espirituales de los demás, y no de los de su propia alma. Y así por el estilo.

Esto es no ser “ni frío ni caliente”, porque los fríos son completamente indiferentes hacia las cosas de Dios, y están totalmente entregados a las cuestiones materiales y mundanas. Y “calientes” o “fervientes” son los que constantemente tienen a Dios, a su gracia y al Salvador Jesucristo en primer lugar. Su mayor felicidad es estar en comunión y en amistad con su Salvador. Cuando hablan, cantan o escriben expresan que lo que es más importante para ellos es su Salvador. Esto está claro, y todos entienden qué significa “ser frío” o “ser caliente”.

Pero al interpretar y aplicar este versículo a nuestras vidas, aparece una cuestión difícil y oscura: Cuando el Señor se oculta a Sí mismo, cuando la conciencia atormenta y desaparecen los dulces sentimientos de paz, los cristianos suspiran y lamentan que no pueden amar a su Salvador como quisieran. Suspiran y lamentan que no pueden orar tan fervientemente como antes, que son atacados por tentaciones; que tienen extrañas ideas pecaminosas, o que su mente se aliena, y se vuelven negligentes y desamorados.

Cuando esto sucede, ¿qué otra cosa pueden suponer sino que son esa clase de personas que Cristo llama “tibios”? Saben que no son totalmente fríos, pero tampoco son calientes. Gracias a Dios, el Señor nos ha explicado las características de los tibios. De otra manera, todos caeríamos en desesperación frente a este texto. Leamos el versículo siguiente. Allí el Señor explica las características de los tibios: “Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre,

ciego y desnudo". Esas son las características de los tibios. El Señor dice claramente cómo podemos reconocerlos. "Eres tibio... porque dices: Yo soy rico... de ninguna cosa tengo necesidad..."

La palabra "porque" siempre indica una causa anterior. Así que Cristo llama "tibio" al que piensa que es rico, al que está muy satisfecho consigo mismo. Si fuese "caliente" no podría sentirse satisfecho consigo mismo. La expresión: "... tú dices" no debe entenderse solamente como palabras dichas. De hecho, muchos "tibios" son astutos y refinados y no lo proclaman abiertamente. No, tenemos que interpretar que esa es su opinión personal, la íntima convicción de sus corazones. Están tranquilos y secretamente satisfechos con lo que son, y no se sienten pobres ni miserables. (Como leemos en otro lugar de la Escritura: "Dices en tu corazón...").

Esta es una notable señal sobre el verdadero estado del alma. De esta manera se revela algo sutil y profundo, que no puede salir a la luz de otra manera. No importa cómo se muestre en otros aspectos: Cuando una persona siempre está tranquila y satisfecha consigo misma, y no se asusta ni preocupa habitualmente por su estado, entonces se ha vuelto tibio, como el líder de la iglesia de Laodicea.

No me refiero a que, en determinadas ocasiones, el cristiano puede sentirse más satisfecho consigo mismo que en otras: Puede sentirse mejor cuando está firme en la fe, que cuando ocasionalmente es arrastrado por la tentación. Sin embargo, pronto se sentirá disgustado consigo mismo. Incluso no estará conforme consigo mismo cuando viva los mejores momentos de consuelo, en la dichosa comunión con Cristo.

La disconformidad consigo mismo es algo común en la vida de los cristianos. El tibio podrá sentirse mal por una falta que haya cometido, especialmente si los demás se enteran de ello, pero estará más bien disgustado con el hecho en sí, no consigo mismo. En general, seguirá sintiéndose satisfecho, entero y orgulloso. Por eso, es necesario prestar atención a la opinión general que alguien tiene de sí mismo. Esta es la señal que el Señor describe aquí.

23. **Porque en esperanza fuimos salvos.** Ro.8:24

El apóstol dice aquí que hemos sido salvos. Eso suena demasiado bueno para ser verdad, demasiado irreal; y por cierto, esto sólo se alcanza por medio de la fe. Es algo que el Espíritu del todopoderoso Dios nos asegura en la Escritura, pero aun así, no siempre logra convencernos. No obstante, es una divina verdad lo que dice el apóstol: Que nosotros, los que hemos recibido las primicias del Espíritu, ya “fuimos salvos”, aquí y ahora. Hemos sido salvos, pero de una manera tal que no percibimos ni sentimos actualmente nada.

La palabra “salvos” significa que hemos sido librados de la condenación, y fuimos admitidos en el cielo. Para ser salvos no necesitamos sentir paz o gozo por la bienaventuranza celestial. Solamente necesitamos creer. Por eso el apóstol dice que fuimos salvos “en esperanza”.

“Salvos”, es una palabra directamente relacionada con Jesús, que, como su nombre lo indica, es “el Salvador del mundo” (1 Jn.4:14; Mt.1:21).

“Ser salvos” significa recibir todos los bienes y privilegios que Cristo ha obtenido para nosotros. Por medio de Él, tenemos perdón de nuestros pecados y amistad con Dios. Somos hijos de Dios. Nuestros nombres están escritos en el libro de la vida. Dios nos conoce, nos ama y nos espera en el cielo. Estamos en estrecha comunión con Dios. Tenemos al Espíritu Santo en nuestros corazones. Él nos ilumina, santifica y guía a toda verdad, hasta el día que seamos llamados a nuestro hogar celestial. Eso significa ser salvo y ser bendecido por Dios.

Por un lado, la Palabra de Dios nos asegura que seremos salvos y bienaventurados al momento de morir. Eso quiere decir que los creyentes en Cristo comenzarán a disfrutar de la eterna felicidad en el cielo, recién después de morir. Pero, por otro lado, en este texto se nos dice que ya fuimos salvos. O sea, para Dios los creyentes somos sus hijos y herederos de su reino ya, ahora.

Abraham no se convirtió en amigo de Dios después de morir: ya era su amigo antes, cuando vivía en sus tiendas, en este mundo. Y la misma amistad que tenía con Dios aquí en la tierra, también la tuvo en la muerte y en la eternidad.

Nadie se puede convertir en amigo de Dios después de morir, cuando el alma abandona el cuerpo. Es necesario estar reconciliado con Dios antes de morir, para continuar así en la eternidad.

El que no tiene al Hijo en este mundo, por medio de la fe, “no verá la vida” (Jn.3:36). Pero los que han recibido las primicias del Espíritu aquí, allí recibirán la plenitud. Los que estuvieron unidos a Cristo en este mundo, estarán con Él en el cielo. Por eso, ya son salvos y benditos aquí. ¿O no es una bendición ser un hijo de Dios, y tener a Dios por Padre? ¿No es una persona bendita aquella a la que Jesucristo le dice: “De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”? (Jn.5:24).

¿O no son benditas esas personas, de las cuales el apóstol dice: "...os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos, que están inscritos en los cielos, a Dios, el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos, a Jesús el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel"? (He.12:22-24).

¿No fueron benditos todos ellos? Y todavía estaban en este mundo, cuando el apóstol les escribió. Aún cargaban este cuerpo de pecado y muerte. Aún estaban rodeados de enemigos espirituales. Aún debían luchar contra su propia carne depravada, y esperar la redención definitiva. Sin embargo, el apóstol les dijo: "Os habéis acercado al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles, a la congregación de los primogénitos, que están inscritos en los cielos, a Dios, el Juez de todos, a los espíritus de los justos hechos perfectos".

El apóstol veía una sola y bendita iglesia. Algunos miembros ya estaban en el cielo ("los justos hechos perfectos"); otros todavía estaban en la tierra, y aún necesitaban "la sangre rociada". Los fieles creyentes, como hijos de Dios, somos una sola familia con los que ya están en el cielo. Es como cuando vamos a la iglesia un domingo cualquiera: Antes de empezar el culto, algunos están sentados dentro del templo; otros están parados en la entrada, y otros están en camino; pero todos formamos parte de la misma congregación.

Algo similar nos sucede a los creyentes: Nosotros todavía estamos afuera, a las puertas o en camino al cielo; pero pertenecemos a la iglesia de los que han sido salvos, y somos tan benditos como los que ya están en el cielo, aunque nosotros todavía no hayamos sido llamados a entrar. A esto se refiere el apóstol en nuestro texto, cuando dice que fuimos salvos, pero en esperanza.

Oh, cuántas bendiciones recibiríamos, si pudiésemos tener profundamente grabado en nuestros corazones esta verdad: ¡Que ya fuimos salvados! Aunque todavía estamos en este mundo, sin embargo ahora ya somos hijos de Dios y herederos de su reino. Solamente estamos esperando el bendito llamado a nuestro eterno Hogar. Esta esperanza nos consuela, y es de la fe en esta promesa de Dios, que proviene toda nuestra vida cristiana.

24. El que fue sembrado entre espinos, éste es el que oye la palabra, pero el afán de este siglo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. Mt.13:22

En la parábola del sembrador, Jesús nos enseña que la Palabra de Dios es la buena semilla, que produce borrar vida espiritual. Esa vida puede ser asfixiada, y al explicar qué asfixia la vida espiritual, Jesús no mencionó pecados específicos: asesinato, adulterio, robo, etc, etc. Sino que, nombró solo tres cosas: “Los afanes, las riquezas y los placeres de esta vida” (Lc.8:14). Aquí podemos ver cómo, a partir de la necesidad de ganar el pan de cada día, uno puede desviarse, caer en las redes de la codicia, y –gradualmente- acabar matando su fe. Este versículo es una clara advertencia al respecto.

El cristiano honesto, lamenta que a veces se hunde en las preocupaciones por las cosas materiales. Se le presenta la duda: “¿Tengo que confiar y seguir este ritmo de vida, o esta manera de vivir acabará con mi fe?” Entonces, debe recordar la enseñanza de Cristo y analizar si las preocupaciones están asfixiando su fe: si están impidiendo que su fe produzca frutos de buenas obras. En ese caso, no son buenas ni útiles, sino mortalmente dañinas. Pero, ¿cómo y cuándo sucede esto? La buena semilla es la Palabra de Dios, y al ser plantada en el corazón, comienza a crecer. Como la Palabra de Dios tiene dos aspectos –la ley y el evangelio- ella produce dos clases de frutos. La ley despierta la conciencia frente al pecado y produce arrepentimiento: Hace que reconozcamos nuestro pecado de tal manera, ¡Que el mundo entero nos parece demasiado pequeño para ocultarnos! Nos persigue y nos impulsa a buscar salvación y paz en Cristo. Aún después de haber recibido el don de la fe, la ley sigue obrando el arrepentimiento diario en nosotros, y no nos deja vivir como la gente del mundo, feliz y contenta en el pecado. No podemos vivir sin límites, sino que somos orientados, reprimidos y crucificados por el Espíritu.

Sí, seguimos siendo conscientes de nuestro pecado continuamente, y por eso constantemente necesitamos creer en Cristo como nuestro Salvador. Él y su evangelio nos resultan siempre muy reconfortantes e indispensables. Esta es la obra de la ley y el evangelio. La obra propia y específica del evangelio es que el alma arrepentida encuentre paz en Cristo, y obtenga vida, consuelo y gozo en el Salvador. Del evangelio obtenemos un corazón nuevo, que arde de amor a Dios y al prójimo, y confiesa a Cristo con sinceridad y alegría. En fin, la obra de la Palabra en los corazones es producir arrepentimiento, fe y santificación.

Teniendo en claro cuál es la obra de la Palabra de Dios, es fácil comprender qué significa que la buena semilla es ahogada por las preocupaciones, las riquezas o los placeres de esta vida. Esto sucede cuando uno tiene su mente demasiado ocupada, ya sea por las ansiedades de la pobreza o por los goces de la riqueza. Se piensa todo el tiempo en esas cosas, de modo que el corazón está aprisionado, lleno y cautivado por las cosas terrenales,

que expulsan fuera el interés por la gracia de Dios y el deseo de cultivar una buena relación con Él. Así, pronto la Palabra de Dios dejará de tener efecto en ese corazón.

Pronto el pecado no afligirá más la conciencia, y no se producirá el arrepentimiento. Uno apenas se dará cuenta que ha pecado. Parecerá algo superficial, sin importancia, comparado con los problemas, placeres o metas que están llenando el corazón. No tendrás tiempo de profundizar en los problemas espirituales, porque constantemente estarás tratando de alcanzar la felicidad terrenal. ¡La meta de tu vida será poder descansar tranquilamente sobre el colchón de la felicidad! Por eso, pareces estar siempre firme en la fe, o por lo menos, no te quebrantas ni humillas a causa de tus pecados. Las mismas cosas que antes te afligían, porque son verdaderos pecados, ahora puedes aceptarlas tranquilamente; ya no te angustian. No, sino que poco a poco has comenzado a excusarlas y defenderlas. Así la obra de la ley de Dios en tu corazón ha sido ahogada. Tu corazón y tu conciencia han sido arrullados para que se duerman y endurezcan.

Cuando la ley ha perdido el poder sobre ti, y ya no puedes sentir angustia por el pecado, ¿qué importancia puede tener entonces para ti Jesucristo y su evangelio? No es más que una historia antigua en tu memoria o en tus labios. Es cierto que la conoces muy bien, pero no tiene ningún efecto en tu vida.

Porque donde la ley no produce contrición y muerte, allí el evangelio no puede dar consuelo ni vida. De este modo, nunca estás verdaderamente arrepentido y defraudado contigo mismo, ni estás correctamente feliz y seguro en Cristo.

Y si finalmente no quieres admitir esto, sino que continúas gloriándote en el evangelio, entonces te irás convirtiendo en un terrible hipócrita. El endurecimiento será completo, y hasta la última chispa de la gracia será apagada.

Esos corazones parecen piedras resbaladizas de la costa, constantemente bañadas por las olas del mar. Cuando, por un lado, se han afirmado tan profundamente sobre intereses terrenales; y, por otro lado, hacen uso hipócritamente de la Palabra de Dios, entonces se vuelven tan duros y resbaladizos, que nada los afecta. ¡Y pensar que antes estaban abiertos a la obra del Espíritu! En el pasado sentían amargura por el pecado, pero la gracia de Dios en Cristo era más abundante. Pero ahora, la semilla celestial ha sido ahogada por los espinos de la tierra. ¡Cómo has caído del cielo, lucero de la mañana!

25. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como Él es.

1 Jn.3:2

El apóstol Juan dice que cuando contemplemos a Dios, seremos semejantes a Él. La bendita contemplación de Dios nos transformará. La gloria irradiada por Dios, se reflejará en nosotros. El rostro de Moisés brillaba como el sol después de que él hablara con Dios en el monte Sinaí. Y solamente si estamos unidos a Dios por medio de la fe y el Espíritu, ya podemos ser “transformados de gloria en gloria en la misma imagen” (2 Co.3:18).

Por cierto, cuando podamos contemplar a Dios cara a cara, su imagen en nosotros será impresa de una forma absolutamente perfecta, muy superior a la que podemos llegar a tener aquí. Cómo sucederá esto, es algo que debemos dejar en manos de Dios. Pero podemos estar seguros que Él restaurará plenamente su imagen y parecido en nosotros, como fue al principio de la creación, antes de que esa imagen se perdiera con la caída en el pecado. La Escritura dice expresamente: “Así como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (1 Co.15:49).

Cuando estemos en la dichosa presencia de nuestro Dios y Salvador, nuestro corazón ya no será una inagotable fuente de pecado y angustia. No, la santidad y el amor de Cristo fluirán entonces en nosotros. Nuestro intelecto ya no estará ensombrecido por la ignorancia de nuestra naturaleza caída. No, será plenamente iluminado con la luz de Dios en persona. Y nuestra conciencia ya no tendrá esos sentimientos de culpa, temores y dudas que nos atormentan aquí. No, allí estaremos en perfecta paz, gozando del amor de Dios y compartiendo su santidad. Nunca más pecaremos contra Dios, ni nos lamentaremos diciendo: “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Ro.7:19).

No, entonces seremos capaces de ser perfectamente buenos, piadosos y santos, como deseábamos ser aquí, y mucho más buenos de lo que deseamos aquí, en este tiempo.

Cuando estemos con nuestro Salvador, nuestros cuerpos ya no serán afligidos con malos deseos, enfermedades o debilidades. No, serán completa y perpetuamente puros y hermosos; celestiales, fuertes y livianos. Serán como el glorioso cuerpo de Cristo resucitado. Jesús explicó claramente que: “entonces los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre” (Mt.13:43).

Cuando la perfección de Dios se refleje en nosotros, seremos como Él, en cuerpo y alma, y tendremos pleno control sobre nuestro ser. Volveremos a tener las características de la imagen de Dios, tal como cuando fuimos creados.

Imagen que es compartida por todos los espíritus buenos. Y en lugar de las dificultades, conflictos y angustias resultantes de las pasiones impuras y los malos deseos, nuestros corazones serán entonces una inagotable fuente de santo y puro bienestar. Estas y muchas cosas más, están incluidas en la santa y bienaventurada "semejanza de Cristo", que recibiremos al estar en su presencia.

La Escritura también nos dice, que seremos semejantes a Dios en amor. El amor es un atributo esencial de Dios, al grado que San Juan dice: "Dios es amor" (1 Jn.4:16).

Porque compartiremos el amor de Dios. Una de las grandes causas de la felicidad en el cielo será ver la incontable multitud de redimidos, disfrutando con nosotros de la misma gloria, seguridad y bienaventuranza eterna. Los fieles creyentes ya experimentan algo de ese amor cuando ven que otros son convertidos a la verdadera fe, y se regocijan por ello. Imaginemos cómo será entonces, cuando podamos ver la incontable multitud de redimidos que lucharon contra el pecado, los peligros y temores, y que ahora están a salvo, seguros en la eterna bienaventuranza de Dios. ¡Qué fiesta incomparablemente maravillosa! ¡Qué efecto multiplicador de la felicidad será compartir los sentimientos de victoria mutuamente! Permíteme que lo diga de nuevo: ¡Qué maravilloso será cuando todos los hijos de Dios, que estaban dispersos en todas direcciones, sean reunidos en el reino de su Padre! Esencialmente, todos estos pasaron por experiencias similares: La abundancia de pecados y la sobreabundancia de la gracia, la misericordia y la fidelidad de Dios. Cuando todas nuestras facultades sean perfectamente restauradas, comprenderemos la paciencia y longanimidad que Dios nos tuvo durante nuestras vidas terrenales; entenderemos claramente las razones de las distintas experiencias que vivimos en este mundo, y como se relacionaban con nuestra salvación. Sin duda, todo eso llenará de alegría nuestros corazones.

Dice la Biblia que no podremos alabar la gracia de Dios en silencio, sino que gritaremos con júbilo: "La salvación pertenece a nuestro Dios, que está sentado en el trono, y al Cordero" (Ap.7:10). Entonces, habiendo dejado definitivamente atrás el pasado temporal, y gozando la eterna bienaventuranza de Dios, exclamaremos: "¡Esta es la herencia de Cristo, que Él adquirió con su sangre! ¡Oh, bendito sea el amor de Dios y el rescate ofrecido por nosotros!

Este es el fin de la fe, la gloria prometida por la Escritura, el fin de mis humillaciones, oraciones y luchas. Comparado con esto, todo lo que he sufrido es insignificante; ¡La diferencia es tan grande, que no hay comparación posible!

Y, "ya no habrá más muerte, ni más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron..." (Ap.21:4).

26. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios. He.9:24

Cristo recibió del Padre el encargo de someterse a la Ley en nuestro lugar, como nuestro segundo Adán. Desde el pesebre hasta la cruz, Él estuvo y actuó en nuestro lugar. La Escritura enseña esto de manera especialmente clara, en muchos pasajes. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Co.5:21). Él se hizo cargo de nuestras obligaciones y deudas, “...nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estábamos bajo la ley” (Gá.4:4-5). Lo que Él hizo, también lo hicimos nosotros. Lo que Él sufrió, lo hemos sufrido nosotros también. “Porque... si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Co.5:14).

Después de haber cumplido todas las exigencias de la justicia en nuestro lugar, haciendo que “en Él” también nosotros las hayamos cumplido, Cristo ascendió nuevamente al cielo de donde había venido, ¡Donde fue recibido con júbilo! ¿Y qué hace Él ahora en el cielo?

El apóstol dice que Cristo entró al cielo “para presentarse ahora por nosotros ante Dios”, Él se presenta ahora ante el Padre con las gloriosas marcas de sus heridas, signo de su infinita obediencia. Se presenta con el esplendor y la hermosura de quien ha cumplido íntegramente la Ley por nosotros, y por eso su presencia es muy agradable y deliciosa al Padre. Alguien puede decir que siempre fue así, pero recordemos que antes Cristo estuvo junto al Padre como la Palabra eterna, en cambio ahora está como el Hijo del hombre, el segundo Adán, el Redentor del mundo, la Cabeza del cuerpo místico que es su Iglesia.

Él no solo se presenta a sí mismo ante el Padre, sino que, como Cabeza de la Iglesia, en su Persona presenta o representa a todos los miembros.

Recordemos lo que dice el apóstol: Fue al cielo “para presentarse por nosotros ante Dios”. Subrayemos las palabras: “Por nosotros”. Como Dios vio a toda la humanidad en Adán; de manera similar, ahora ve a todos los miembros de Cristo incluidos o representados en Cristo. Lo que ve en Cristo, lo ve también en nosotros: La pureza, perfección y justicia de Cristo, la ve también en nosotros.

Jesucristo habló claramente de esto cuando dijo: “Por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados...” (Jn.17:19). Y San Pablo se refiere a lo mismo en Col.1:21-22: “...ahora (Cristo) os ha reconciliado (con Dios) en su cuerpo de carne... para presentaros santos y sin mancha e irrepreensibles delante de él”. Y por eso, cuando el Padre nos ve en Cristo, también nos ama con el mismo amor con que ama a Cristo (Jn.15:9). A este amor la Escritura llama: “El amor de Dios en Cristo Jesús” (Ro.8:39).

¡Oh, admirable evangelio de Dios! ¡Qué maravilla! Nada de este mundo puede compararse con esto, pero permítanme ilustrarlo con un ejemplo:

En Egipto, José era todo para el faraón: El salvador del pueblo y su mano derecha.

Supongamos que José le hubiera podido mostrar al faraón un cuadro de todos sus hermanos, los otros hijos de Jacob. Seguramente el faraón los habría apreciado y amado también, como amaba a José, y les habría dado los mismos beneficios y privilegios que le había dado a José. Habría mirado a Rubén, Benjamín y a los demás en el cuadro a través de José; y los habría amado y aceptado en José. Ante el faraón, José estaría representando a sus hermanos, y en su persona el faraón podría imaginarlos a ellos.

Cristo nos representa ante el Padre, con la gran diferencia que el Padre no nos imagina semejantes a Cristo, sino que nos ve y considera semejantes a Cristo, porque nos da o imputa la santidad y la justicia de nuestro Hermano y Salvador. Cristo realmente nos representa ante el Padre, y en nuestro lugar ha hecho todo lo que Él nos exigía a nosotros. Pero, que nadie sea tan tonto como para pensar que Dios no sabe que somos pecadores impuros. Él está perfectamente al tanto de eso y por eso nos hace pasar a menudo por el fuego purificador, hasta el límite de nuestra resistencia. Pero Él ya no ve el pecado en nosotros, ni nos juzga de acuerdo a lo que somos en nosotros mismos, sino según lo que somos en su amado y querido Hijo. Por eso también nos ama más allá de lo que somos capaces de entender. Y por eso nos ama también en medio de los múltiples fracasos y problemas que tenemos por la plaga del pecado y nuestra debilidad. Así, mientras nos preocupamos y zozobramos por nuestro estado, Él sin embargo se deleita en nosotros, porque nos ve en y a través de Cristo, quien nos representa.

Ahora todo depende de que nos contentemos con esto, y no intentemos presentarnos ante Dios de ninguna otra manera que "en Cristo". ¿Quieres sentirte conforme solamente después de haber alcanzado la santidad por ti mismo? En ese caso, esperas ser encontrado por Dios en tu propia justicia, y serás rechazado. ¿Quieres poner en duda el amor que Dios te tiene porque tu fe no es tan fuerte como debería ser? En ese caso, quieres presentarte ante Dios confiando en tu fe, y no "en Cristo". ¿Piensas que Dios no puede amarte, porque tu corazón es frío y duro? Entonces quieres presentarte ante Dios con tu propio corazón lleno de buenos sentimientos, y no "en Cristo". ¿Crees que Dios te amaría más si perfeccionases esta o aquella virtud en tu vida? En ese caso, quieres presentarte ante Dios revestido con tus virtudes, y no "en Cristo". ¿Es que quieres ser tu propio sumo sacerdote? Entonces, quieres salvarte en tu nombre, y no "en Cristo"! Ponte en guardia contra la rebelión de la incredulidad, que se alza contra "el ungido del Señor", y que desprecia a Jesucristo, porque: "No hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos" (Hch.4:12).

27. **Gracia y paz a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.** Ro.1:7

“Gracia y paz” son dos breves palabras, pero abarcan toda la vida cristiana.

“Gracia” contiene el perdón de los pecados, y “paz” una conciencia buena y feliz. Pero, en un sentido más amplio, la paz abarca también todas las demás bendiciones; la profunda certeza y el bienestar que provienen de estar en buena relación con Dios. El apóstol Pablo dice que no sólo nos gloriamos en la gracia de Dios en el presente, sino también en la esperanza de la gloria venidera.

Más aún, nos gloriamos también en las tribulaciones, sabiendo que absolutamente todas las aflicciones tienen una función constructiva, para nuestro bien. El apóstol afirma finalmente que “nos gloriamos en Dios” (Ro.5:11).

Él es nuestro Padre, y eso hace posible que recibamos toda clase de bendiciones. ¡Porque si Dios está con nosotros, quién puede estar en contra! Piensa: el Dios que no mezquinó a su unigénito Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también, junto con su Hijo, todas las cosas buenas y necesarias? (Ro.8). La palabra “paz” abarca todas estas cosas.

Cuando Dios obra en una persona, sus sentidos espirituales son abiertos, y entonces ella puede darse cuenta qué significa que el Señor del cielo y de la tierra sea su Amigo! Y comprende que, por tener a la obra de Cristo como fundamento, la amistad de Dios no cambia ni disminuye, a pesar de todo el pecado que todavía permanece en ella. ¡Sin duda, esta es una paz superior y bendita!

Más aún, cuando comprendo que no caerá ni un solo cabello de mi cabeza sin que lo permita mi bondadoso y todopoderoso Padre celestial; cuando creo que no existe ningún mal que Él no pueda remediar en el momento que quiera; y cuando confío que Él no permitirá que yo sufra ningún mal que no fuere necesario para mí... con certeza recibo una paz suprema y bendita.

En nuestro texto el apóstol llama a esta paz la “paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo”. Y eso es muy cierto. Esta paz no sólo proviene exclusivamente de Dios, sino que además es Dios dándose a Sí mismo, ofreciéndonos su amistad y su poder. ¡Recuerda bien esto! Él no nos promete la paz del mundo, antes bien Cristo dijo que en el mundo tendríamos aflicción, (Jn.16:33); y que el mundo nos odiaría (Jn.15:19).

Tampoco dice que nos dará la paz de la carne, “porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne, y éstos se oponen entre sí...” (Gá.5:17). No es la paz con el diablo, porque San Pedro dice que nuestro enemigo espiritual nos odia profundamente, y anda alrededor como león rugiente, buscando a quien devorar (1 P.5:8). Ni es la paz externa, la ausencia de problemas, buena reputación, amistades, salud, etc., pues esa paz es inestable. No, el apóstol habla de la “paz de

Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo". O sea, nos desea la paz divina y celestial. Como Cristo dijo: "La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da. No se turbe vuestro corazón, ni tenga miedo" (Jn.14:27).

La paz del mundo consiste en eliminar el mal externo que causa disturbio. Si un ejército enemigo está en las afueras de una ciudad, sus habitantes no tienen paz; pero vuelven a estar en paz si el ejército enemigo se retira. Así también dejamos de estar en paz cuando tenemos enfermedades o problemas económicos, y recuperamos la tranquilidad cuando nos sanamos o solucionamos nuestros problemas de dinero. O cuando malas lenguas te difaman, pierdes la paz; pero cuando las habladurías se acaban, vuelve la calma. Esa es la paz del mundo.

Pero la paz de Dios consiste en lo siguiente: Aunque todas estas cosas negativas existan y aflijan tu vida, tú sin embargo tienes paz en tu corazón, sólo porque Dios es tu Amigo, y porque Él es todopoderoso. Él oye tus oraciones, cuenta tus lágrimas, y si es su voluntad, de repente puede ordenar a los vientos y a las olas que cesen y enmudezcan, para que se haga la paz. En esto consiste la paz de Dios: Aunque tu carne todavía esté llena de pecado, y el diablo te asalte con tentaciones o acusaciones sobre tu conciencia, tú sin embargo sabes que Cristo y sus méritos son más grandes que todo eso. Él es tu Abogado defensor junto al Padre. En esto consiste la paz de Dios: Aunque la maldad del mundo todavía puede atormentarte, la enfermedad, la pobreza, la difamación, etc., tú sin embargo sabes que Dios y su amistad valen infinitamente más que todo eso. En un tiempo relativamente breve, Él te llevará de este valle de lágrimas, para que estés con Él en su reino de gloria. Allí estarás libre para siempre de todo mal. Allí estarás a salvo para siempre, más allá de todo peligro, y serás perfectamente feliz, con Dios y todos sus santos. Esta es la paz de Dios.

Esta paz depende de tener la gracia de Dios en el corazón. La paz que sentimos puede aumentar o disminuir. ¡Qué importantes son ambas cosas: la gracia y la paz! Abarcan toda nuestra vida cristiana. Con cuánto celo debemos procurarlas y cuidarlas. Y hay un solo medio para ello, como dice San Pedro: El conocimiento de Dios y de nuestro Salvador Jesucristo: "Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús" (2 P.1:2). Cuánto más conozcamos a Dios y a nuestro Señor Jesucristo, más gracia y paz habrá en nuestro corazón. ¡Qué cada cristiano retenga estos tesoros en su corazón! ¡Sí, quiera Dios mismo darnos su gracia para ello!

28. **Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.**

Ro.6:5

Que todos puedan ver aquí el secreto de la verdadera santificación. El apóstol no dice que debemos luchar para llegar a parecernos a Cristo en su muerte y resurrección, sino dice que ya “fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte” y que “¡así también lo seremos en la de su resurrección!” Las palabras: “Plantados juntamente” indican la relación más cercana que pueda existir con Cristo. ¿O es que puede existir una unión más estrecha que la de una rama con su tronco? Éstos, están perfectamente integrados, formando un solo ser. La misma savia y vida del tronco, está también en la rama. ¡Y qué maravilla de la gracia de Dios: Nuestro Señor Jesús describió con ese ejemplo la unión que existe entre Él y sus discípulos! En Jn.15 leemos: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto...” Y esa misma noche, hablando en oración con el Padre celestial, dijo: “Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad” (Jn.17:23).

Ciertamente, esto es una maravilla de la gracia de Dios que excede nuestro entendimiento.

En nuestro texto, el apóstol Pablo pone el hecho de haber sido “plantados juntamente” con Cristo, como fundamento de nuestra santificación, de la mortificación de la carne y la vida nueva. A lo mismo se refiere nuestro Señor cuando dice: “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Jn.15:5,4). ¡Necesitamos oír a nuestro Señor y a su apóstol!

Muchos tienen un enfoque errado de la santificación. Quieren santificar a otros por medio de mandamientos, reglas y medidas, pero no prestan atención si esas personas están unidas a Cristo, si han muerto para la Ley y ahora viven por la fe. ¡Qué todos estén en guardia contra esa vana ilusión, que solamente crea “sepulcros blanqueados,” hipócritas y santurrones que confían en sus obras! Recordemos además que este engaño está incorporado a la naturaleza de todos nosotros: Normalmente pensamos que si nos esforzamos seriamente, podemos cumplir la voluntad de Dios...

Por eso, a lo largo de toda nuestra vida, tenemos que recordar cuál es el origen y el fundamento de la santificación. Cuando el apóstol enseña este tema no comienza dándonos mandamientos ni reglas. Tampoco comienza amonestándonos ni reprendiéndonos. No, en primer lugar escribe acerca del fundamento y la condición de toda verdadera santificación, es decir: La estrecha unión con Cristo. Hemos sido “plantados juntamente con Él”.

En Romanos 6 dice que “morimos con Cristo;” que hemos sido “sepultados juntamente con Él” y por eso ahora podemos considerarnos

“vivos para Dios”. Hemos “sido sepultados y resucitados con Cristo” (Col.2:12). Todo esto se produce antes de nuestra santificación. Por eso, cuando el apóstol instruye sobre cómo vivir piadosamente, comienza diciendo: “Si, pues, habéis resucitado con Cristo... porque habéis muerto...” (Col.3). Y cuando nuestro Señor personalmente nos explica cómo podemos producir frutos, dice: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Jn.15:4).

¿Cuándo dejaremos definitivamente de lado la idea equivocada de esperar frutos antes de que el árbol haya sido plantado? ¿Cuándo estaremos libres de esa ilusión, tan profundamente arraigada en nuestro ser, de creer que somos capaces de producir buenos frutos por nosotros mismos?

Si no has sido plantado juntamente con Cristo, entonces es imposible que produzcas buenos frutos. Por el otro lado, es igualmente imposible que no produzcas buenos frutos si estás verdaderamente unido a Cristo. Cómo Él mismo dijera: “El que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto”. Y cuando dice: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto...” se refiere a aquellos “que tienen nombre de que viven, y están muertos” (Ap.3:1). Pero todo aquel que está verdaderamente unido a Él, produce frutos: Unos a ciento por uno, otros a sesenta por uno, y otros treinta por uno (Mt.13:8). Es imposible que Cristo y su Espíritu habiten en nosotros sin producir algo bueno.

¿Vives “sólo para ti”, como la mayoría de la gente? ¿Haces lo que tu mente natural y tu carne quieren? ¿Te resulta extraño que se pueda llegar a amar sinceramente la voluntad de Dios, y reprimir voluntariamente nuestro viejo hombre? Entonces puedes sacar la conclusión de que no estás unido a Cristo.

Y aunque hayas sido injertado en Él alguna vez en tu bautismo; o aunque con tus labios digas que crees en Él y le perteneces... eso no te sirve si no estás verdaderamente unido a Cristo, por medio de la fe. Has roto el pacto de tu bautismo y te has convertido en una rama separada de Cristo, y así te irás secando más y más. Pero “Dios da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen” (Ro.4:17). Él aún puede hacer grandes milagros.

“Aun estando nosotros muertos en nuestros pecados, nos dio vida juntamente con Cristo” (Ef.2:5). Él es “rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó” (Ef.2:4). Él todavía quiere obrar -también en ti- el milagro al que se refiere Cristo, cuando dice: “Los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oyeren, vivirán” (Jn.5:25).

29. ... en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús. 2 P:1:2

¡Qué los verdaderos cristianos tengan cuidado para no dormirse, embotarse, estancarse y -poco a poco- morir espiritualmente! Que siempre crezcan y busquen más fe y más conocimiento de Cristo; imás amor, más sabiduría celestial, más humildad y piedad! Imagínate a alguien diciendo: "Tengo suficiente fe, y suficiente amor a Dios y a mi prójimo. Tampoco necesito más gozo espiritual ni humildad ni temor de Dios, etc, etc". Seguramente rechazarías esa actitud y calificarías a esa persona como ignorante. Pues bien, algunos cristianos actúan de ese modo, aunque no lo digan con palabras. Son los que no se interesan por crecer espiritualmente. Sin decirlo, con su actitud, corren el mismo peligro que los que abiertamente se declaran satisfechos consigo mismos.

Sin duda, las cosas no andan bien cuando un cristiano no tiene ninguna necesidad de un crecimiento espiritual.

Aunque no nos demos cuenta de ello, la medida de nuestro crecimiento revela el estado de nuestras almas. Algunos sienten como un flechazo en el corazón, cuando se trata este tema. Estos dicen: "¿Dónde está mi crecimiento en la gracia? En lugar de avanzar, me parece que retrocedo". En cambio, otros oyen o leen las exhortaciones al desarrollo espiritual tranquilamente, sin inmutarse, como algo meramente teórico; esperan que sean otros los que se lo tomen en serio. Al respecto, Lutero dijo acertadamente: "Los que deberían temer, no tienen miedo; y los que tienen miedo, no deberían temer". Hay un encantamiento, un poder de las tinieblas, que hace que el alma se quede tranquila, fuerte, valiente, decidida, dura, ciega, de modo que no perciba nada, no tema nada, ni se tome nada relacionado con Dios en serio. No, sino que solamente escucha Oye, piensa y habla decididamente. Tú eres cristiano. Oyes al Señor Jesucristo en persona diciendo: "El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía" (Ap.22:11).

¿Eso no te preocupa? ¿No habrás comenzado a ser víctima de ese encantamiento? Sabes muy bien que los días transcurren sin ningún crecimiento de tu vida espiritual, pero eso no te inquieta. Eres consciente que la seria amonestación de Cristo no llega a tu corazón. Entonces, ¿es errado suponer que estás espiritualmente aturdido? ¿Por qué no? ¿Es que el diablo decidió hacer una excepción contigo y no trata de seducirte con sus engaños y encantos? ¿O es que el enemigo ya no tiene ninguna mala intención en tu contra? ¿Se ha vuelto bueno el diablo? ...¿Se ha muerto? ¡Piensa! Cristo mismo pronuncia esa seria advertencia, ¡Y a ti no se te mueve ni un pelo! Los cristianos que no se rinden al profundo sueño del alma, siempre se preocupan mucho por la falta de su crecimiento espiritual. Eso muestra que todavía tienen el Espíritu de temor del Señor en sus corazones, y aún están bajo su señorío. Para ellos hay ayuda en todo.

Lutero dijo que la fe nunca está quieta en el corazón: O crece, o disminuye. Y donde eso no sucede, allí no está la fe viviente. No, lo que puede haber es sólo imaginación y teorías acerca de Dios. Esto es válido para toda la vida que la gracia de Dios crea en los corazones: la fe, el temor y amor a Dios... Vale la pena remarcarlo y meditar en ello. Una característica distintiva de las plantas que puso el Padre celestial, es que ellas dependen de Él para su sustento y cuidado espiritual. Por eso, a veces están fuertes y crecen, y otras veces están débiles y decrecen. Por otro lado, la fe que no depende de ese sustento, y por eso siempre está igual de firme, es solamente un conocimiento teórico de Dios, creado por uno mismo. Es una "fe" muerta.

Cabe agregar que esa "fe" teórica, no sólo sobrevive sin la Palabra de Dios, sino que es más fuerte cuando la Palabra de Dios no se le acerca demasiado. Es así porque la Palabra de Dios desenmascara y destruye esa fe falsa.

Los santurriones, los que confían en sus obras y no tienen el sustento de su fe en Dios, también tienen sus crisis, como los verdaderos cristianos. Sin embargo, la causa de esas crisis puede ser alguna falta en sus prácticas religiosas; y esas crisis se solucionan cuando renuevan la observancia de los preceptos religiosos, de los cuales dependen sus creencias. Por ejemplo, si todos los días suelen dedicarle unos momentos a la oración y a la lectura bíblica, al dejar de hacerlo pueden sentirse en falta, y al retomar el hábito, recuperan la paz.

Pero la verdadera fe no depende de la fiel observancia de piadosas ceremonias de lectura, isino del contenido de esas lecturas! Depende del crecimiento o empobrecimiento del conocimiento de Dios y de Cristo. Por eso el apóstol desea que la "gracia y la paz nos sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesucristo". El consuelo y la fortaleza que no dependen del conocimiento de Cristo, sino que existen por sí mismos, no provienen de la gracia de Dios. Son como una flor que nace del fondo del corazón humano, y que se marchita cuando el viento del Espíritu de Dios sopla en ella (Is.40:7).

La vida de la gracia, siempre está en movimiento: crece o disminuye. Es terrible no prestar atención a esto, y vivir sin preocuparse por el crecimiento. Si tu fe se debilita...¡puede llegar a morirse del todo, si no hay un cambio pronto! Si has descuidado tu fe por un tiempo y ella se ha adormecido, necesariamente tiene que ser despertada, vivificada y fortalecida nuevamente. Si eso no ocurre, seguirá el camino hacia su muerte.

30. **Por lo cual también Dios los entregó a la inmundicia, en las concupiscencias de sus corazones...** Ro.1:24

Vemos aquí, qué hace Dios con aquellos que no siguen la luz que Él les ha dado. Él los entrega a la inmundicia, abandonándolos a la concupiscencia (deseos mundanos) de sus corazones.

Luego, la concupiscencia de sus corazones los arrastra a un estado de profunda degeneración, ese es el pago que merecen. "Dios no puede ser tentado por el mal, ni él tienta a nadie" (Stg.1:13). Pero el poder del pecado sobre los seres humanos es tan grande, que cuando Dios nos abandona a nuestra propia suerte, inmediatamente caemos en toda clase de pecados y actos vergonzosos. Desde la desobediencia de Adán y Eva, la naturaleza humana fue infectada con el veneno de la serpiente antigua (Satanás); o sea, con pecado y maldad. Ese veneno afecta continuamente los pensamientos y la voluntad; la concupiscencia, y los malos deseos pecaminosos, quieren arrastrar los sentimientos y la imaginación, como la corriente de un río impetuoso, que todo lo inunda.

En los comienzos de la humanidad, "vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha sobre la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal" (Gn.6:5). Y refiriéndose a lo mismo, Jesús nuestro Señor dijo: "Del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias..." (Mt.15:19).

Si Dios no detuviese esa corriente de pecado por medio de su omnipotencia y de muchos obstáculos naturales, habría tal inundación de maldad, que ninguna sociedad humana podría subsistir. La humanidad se destruiría a sí misma. Por la maldad que hay dentro de cada uno. Sin la intervención de Dios los seres humanos enseguida nos destruiríamos a nosotros mismos y a los demás. También allí donde su gracia no es recibida o no produce resultados, -en su paternal cuidado por la humanidad-, Dios deja algunos obstáculos naturales, que restringen el poder destructivo de la maldad. Cosas como la prudencia natural, el miedo a la vergüenza y a la ruina, el interés por el bienestar personal, autoestima, etc. En su obrar, Dios siempre refrena la maldad innata de los hombres.

Pero Dios retira los obstáculos que reprimen la manifestación del pecado, para castigar justamente a los que se oponen constantemente a su amor y desprecian su gracia. Y cuando Él abandona a los rebeldes al capricho de su promiscuidad y a las inspiraciones del enemigo, la maldad se expresa sin límites. Entonces se pueden ver esas horribles manifestaciones del pecado a las que se refiere San Pablo en Ro.1; esto mayormente entre los paganos, pero a menudo también entre los miembros de la cristiandad. Se pueden ver horribles ejemplos, de personas que -en general- fueron bien instruidas, pero de repente son arrastradas y caen en tremendos pecados o locuras. Uno se convierte en

estafador y ladrón; otro en asesino; un tercero cae en vicios repugnantes; un cuarto se suicida... y así por el estilo.

Anteriormente estas personas eran consideradas decentes y honradas.

Y por eso, cuando acaban cayendo en esos graves y denigrantes actos, la gente se sorprende y se pregunta: ¡cómo puede ser posible! Jamás se esperaría algo semejante de personas así, pero la realidad muestra lo contrario. ¿Por qué sucede? Por lo que el apóstol dice en el versículo 21: "Pues, habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido". Conocieron a Dios, pero no le glorificaron como corresponde ni le dieron gracias. Percibieron la voz de Dios, pero no quisieron doblegarse ante ella. "Detuvieron con injusticia la verdad", "profesando ser sabios", no quisieron creer lo que Dios les decía. (Ro.1:18,22). Por todo eso, Dios finalmente los entregó a los pensamientos y deseos inmundos de sus propios corazones, y así se han convertido en necios.

¡Oh, que todos los que todavía son capaces de reflexionar puedan pensar a tiempo lo que el Señor y su apóstol nos enseñan aquí! Muchos hombres y mujeres, en los primeros años de sus vidas, oyen de sus padres y maestros cristianos el consejo de Dios para nuestro bienestar temporal y eterno. Se les enseña que Dios es todopoderoso, y que no es sabio desafiarlo. Aprenden que Dios realmente quiere y ordena que todas las personas se conviertan a Él, lo amen y teman, le obedezcan y lo sigan a lo largo de toda la vida, y sean eternamente salvos. Pero no quieren obedecer el consejo de Dios. No, lo que quieren es seguir sus propios deseos y la corriente del mundo.

Algunos pretenden hacer esto de manera controlada, sin caer en graves excesos. Piensan que tienen la capacidad de controlarse y mantener cierta moderación. No quieren ser del Señor, ni vivir bajo Él en su reino, pero tampoco quieren sumergirse tan profundamente en el pecado, y por eso tratan de conservar algo de control sobre sus personas. Sin embargo, de esa manera no les irá bien.

A los que piensan y viven de esta manera, el Señor finalmente los entrega a la inmundicia; a los malos deseos de sus propios corazones, a terribles injusticias, locuras y necedades. "Dios no puede ser burlado" (Gá.6:7).

Si no quieres oír su palabra y ser plenamente convertido, entonces ninguna prudencia ni autocontrol será suficiente. Te hundirás profundamente, tarde o temprano. En este tiempo presente, o en la eternidad, reconocerás amargamente que no haber oído al Señor y haber resistido a su enseñanza, fue el error más terrible que has cometido.

1. **Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios.** Ro.13:1

Todo el que quiera respetar la Palabra de Dios tiene que saber que su deber es mostrar hacia sus autoridades, humildad, reverencia, obediencia y fidelidad. El apóstol Pablo escribió esto a los cristianos que estaban en Roma, quienes estaban bajo el poder de autoridades paganas. Si no hubiesen respetado esta amonestación apostólica, y hubiesen seguido sus propias ideas, no habrían llegado a saber que por causa del Señor, debían prestar obediencia inclusive a un tirano como el emperador Nerón. Seguramente habrían creído que lo que les correspondía hacer a los cristianos, era ayudar a derrocarlo ni bien se presentara una oportunidad. Sabemos que los judíos se rebelaron en varias ocasiones contra el poder romano. Por eso, el apóstol creyó necesario utilizar palabras tan categóricas al tratar este tema.

Si hasta los cristianos de Roma fueron instruidos a estar sujetos a sus autoridades paganas, que lamentable que cristianos como nosotros, que en estos últimos tiempos tenemos derechos constitucionales y libertad de expresión, alcemos nuestras voces contra nuestras autoridades de manera irrespetuosa y con actitudes totalmente contrarias a la humildad.

Todos los cristianos tienen que pensar al respecto y no dejarse arrastrar por la manera de ser de los incrédulos. Los apóstoles amonestaron más de una vez sobre este tema. "Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, y a los gobernadores como por Él enviados, para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen el bien" (1 P.2:13-14).

"Recuérdales que se sujeten a los gobernantes y autoridades, que obedezcan, que estén dispuestos a toda buena obra" (Tit.3:1). De esa manera, con estas claras palabras han sido definitivamente expresadas nuestras obligaciones hacia nuestras autoridades.

Pero lo que el apóstol dice en la segunda parte del versículo, nos parece extraño: "Porque no hay autoridad sino de parte de Dios". Esta es la razón principal por la cual hemos de estarles sujetos. Pero, ¿cómo se entiende que todas las autoridades son de Dios? Muchas veces no son cristianas y son malas. Si pensamos que Dios tiene que tolerar todo lo que sucede, no hemos interpretado ni comprendido correctamente. Porque incluso las autoridades impías pueden ejercer altos cargos, si Dios se lo permite. No puede decirse que lo que Dios tolera no provenga de Él. Precisamente, el apóstol dice: Las autoridades que hay, "por Dios han sido establecidas".

Tampoco es correcto decir que el oficio de gobernar fue establecido por Dios, pero que los cargos pueden ser ocupados por personas que Dios no quiere. El apóstol dice claramente que "las autoridades que hay, por Dios han sido establecidas". De esa manera dice que los gobernantes también, no sólo los cargos, son de Dios. Es cierto y vale la pena recordar que el oficio en sí ha sido establecido por Dios. Existió en los tiempos

de los patriarcas y se alude a él en el Cuarto Mandamiento de la Ley de Dios. Y fue confirmado también por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por cierto, la institución del gobierno en sí viene de Dios y es un don suyo. Pero en nuestro texto hay algo más aún, pues dice: “Las autoridades que hay, por Dios han sido establecidas”.

¿Cómo podemos entender esto ya que las autoridades muchas veces son impías y malvadas, y Dios siempre odia el mal? Debemos entenderlo del mismo modo que otros juicios de Dios. Sus ordenanzas son buenas, sabias y justas, más allá de que Él nos envíe algo bueno o malo en sí mismo. Hay un solo Dios Todopoderoso, y es el Juez Supremo de todo el universo. Nuestro Señor Jesucristo le hizo ver eso a Pilatos, el representante del imperio romano, diciéndole: “Ninguna autoridad tendrías sobre mí, si no te fuese dada de arriba” (Jn.19:11). Y refiriéndose al castigo que Pilatos le impuso, Jesús había anticipado a sus discípulos: “La copa que el Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” (Jn.18:11). Era “de arriba”, del Padre, de quien Pilatos recibió el poder para condenar al inocente Jesús.

Si tenemos buenas autoridades cristianas, es un don de la gracia de Dios. Y si son impías y malas, es una forma de castigo y purificación del mismo Santo Dios. En cuanto se refiere a nuestras autoridades, sólo tendríamos que ver a Dios y reverenciar sus juicios sobre nosotros. Y sus castigos son tan santos como las pruebas de su gracia. Por esta causa debemos respetar y obedecer a las autoridades que Él ha ordenado sobre nosotros. Cuando tenemos buenas autoridades, tendríamos que ver a Dios bendiciéndonos a través de ellas, y obedecerlas por causa de Él.

No importa si las personas que ostentan la autoridad son buenas o malas; el apóstol repite tres veces, en el capítulo 13 de su carta a los Romanos que “es servidor de Dios”. Aún las peores autoridades que puedan existir sobre una nación, son de Dios; y han sido enviadas para ejecutar su santa voluntad. Cuando Dios da a un pueblo autoridades malas, impías y tiranas, -o como dice por medio de Isaías: “Les pondré jóvenes por príncipes, y muchachos serán sus señores” (Is.3:4)-, sucede para castigar y azotar a la gente malvada y empedernida, y para los creyentes es una prueba.

Aunque los medios que un gobernante hubiese utilizado para llegar al poder hubieran sido ilegítimos, a pesar de ello él ha sido capaz de alcanzar el poder que tiene, sólo por la voluntad de Dios. Y, como dije, Dios lo usará para castigar o bendecir a la gente. Los que primero quieren examinar a las autoridades y verificar sus cualidades antes de obedecerlas, desechan el fundamento del deber de los ciudadanos hacia sus autoridades; es decir, la ordenanza del Todopoderoso Dios.

2. **Líbranos del mal.** Lc.11:4

La persona que teme a Dios seguramente aprendió a desconfiar de su propio engañoso corazón y posiblemente ha comprobado la gran astucia y el poder seductor del enemigo. Pero cuando ve y siente claramente “las acechanzas del diablo” (Ef.6:11), y la abundante falsedad en su corazón, aún tiene el consolador recurso de poder acudir al fiel y omnisciente Dios, para rogarle que Él lo proteja y que lo aleje de todo mal.

Este ruego lo expresamos adecuada y resumidamente diciendo: “Líbranos del mal”. –Tú, fiel y todopoderoso Dios, líbranos de todo mal, incluso del que no nos damos cuenta. Tú ves todas las redes y trampas ocultas del diablo, del mundo y de nuestro propio corazón. Y nos has mandado que acudamos a Ti en toda necesidad y angustia ¡Sálvanos y líbranos! Que así sea.

Algo que oprime y atormenta más a los hijos de Dios es cuando ellos dicen: -No quiero ser falso ni jurarle lealtad a nada malo. Pero siento que mi corazón me engaña. Sé por experiencia que me faltan fuerzas, pero no sé dónde radica el problema.

Cuando estamos en esa situación de incertidumbre y temor ante un mal desconocido, ¡qué inmenso consuelo es poder depositar toda nuestra preocupación en manos del fiel Señor! Él mismo nos ha mandado orar: “Líbranos del mal”. Qué consolador, es que se nos permita decirle a Dios: -¡Líbrame de ese mal que tú ves y conoces en mí y que yo mismo no puedo ver! ¡Quítame tú, oh fiel Dios, lo que te desagrada de mi vida y dame lo que me hace falta!

Tenemos que pensar y recordar que Dios es el único que puede sondear y conocer realmente los deseos ocultos de nuestro engañoso corazón y la astucia del diablo. Dios nunca dijo que debemos ser capaces de escudriñar nuestro corazón. No, Él ha dicho todo lo contrario: “Engañoso es el corazón, más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? Yo Jehová, que escudriño la mente, que pruebo el corazón...” (Jer.17:9-10). Aquí el Señor niega expresamente que exista alguna persona capaz de conocer el corazón y dice que Él es el único que puede hacerlo. Por ejemplo, aunque a David en sus momentos proféticos se le permitió ver el futuro, lo que sucedería unos mil años más adelante, sin embargo él no pudo conocer su propio corazón.

Para eso, David se dirigió a Dios y le pidió: “Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos” (Sal.139:23).

En segundo lugar, tenemos que saber y recordar que el Señor Dios también es el único que puede remediar todo lo que no está bien en nosotros. Él nunca dijo: -Ustedes tienen que crearse corazones nuevos... Al contrario, Él dice: “Os daré corazón nuevo... quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne” (Ez.36:26). Por eso David clamó a Dios: “¡Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio!” (Sal.51:10).

Dios ha dicho que es Él, y no nosotros, quien puede hacer ambas cosas: Conocer y remediar lo que está mal en nuestros corazones. Y en el versículo del principio Él nos enseña a pedir eso. Entonces, no dudes en acudir a Dios cuando enfrentes un mal que no puedas comprender. Y porque Él es nuestro fiel Dios, no defraudará al que teme y confía en Él, a quién se juzga a sí mismo y desea creer y seguir a todo lo que está escrito en la Biblia, e incluso está dispuesto a hacer morir la vieja naturaleza. Entonces podemos estar seguros de que Él hará todo lo que pidamos.

Él se hará cargo de todo lo necesario para nuestra salvación y de subsanar todo lo deficiente y maligno que no podemos entender.

Él mismo nos ha enseñado a orar: “Líbranos del mal” y Dios no defraudará a la persona que confía en Él y quiere hacerle caso en todo.

Durante la tentación, nos damos cuenta del mal, pero no tenemos el poder para deshacernos de lo que nos tienta. Sé que cierto acto es pecado. Sí, sé que es el diablo el que me quiere inducir a cometerlo, pero ni así soy capaz de librarme de la tentación. “Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros” (Ro.7:23). Me doy cuenta que odiar, tener deseos sexuales impuros o codiciar los bienes ajenos es pecado; sé el peligro que hay en eso, pero en mi corazón no puedo dejar de pensar en ello y desearlo.

Y puedo atormentarme de tal modo, que finalmente caiga rendido en la desesperación. Estaría totalmente perdido, si Dios mismo no tuviese misericordia de mí y me salvara. Así, pues, es como aprendo lo que significa orar: “Líbranos del mal”.

Recuerda que en los momentos de tentación estamos enfrentando a un enemigo contra el cual no hay poder que valga, ni en el cielo ni en la tierra, sino solamente el Dios todopoderoso. Por eso, ruega enseguida al Señor. Porque Él ha declarado solemnemente: “Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve” (Is.43:11). Lutero dijo: “No intentes vencer el pecado por ti mismo, porque entonces se volverá contra ti de tal manera, que acabarás eternamente perdido”. Lo que necesitamos hacer es acudir con sinceridad y profunda confianza a nuestro fiel y todopoderoso Señor y rogarle: “¡Líbranos del mal!”

Entonces se verá el consuelo verdadero; cuando nuestras mentes entiendan que el mismo Señor nos mandó orar así. Por supuesto, Él no quiere hacer bromas pesadas con sus angustiados hijos cuando les enseña a orar de esa manera. Lo que Él sí quiere hacer, es librarnos y salvarnos. Por eso promete claramente: “Invócame en el día de la angustia; te libraré, y tú me honrarás” (Sal.50:15).

3. Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. 1 Co.15:40

El apóstol parece decir: ¡Vean la infinita riqueza de variaciones en la creación de Dios! Ya existe una gran diferencia entre los cuerpos terrenales, entre las piedras y árboles, entre la tierra y el sol... ¡Cuánto mayor ha de ser la diferencia entre los cuerpos terrenales y los celestiales! Hay diferencia entre los astros, pues "una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente a otra en gloria" (1 Co.15:41). Piensa en la infinita variedad que existe en la creación de Dios...

No tenemos que cometer la tontería de pensar que Dios tendrá problemas para darnos a cada uno el cuerpo adecuado el día de la resurrección. No importa qué nuevas cualidades tendrán nuestros cuerpos, sin dudas serán perfectamente adecuados para el mundo nuevo en el que viviremos, y para las facultades que tendrán nuestras almas. Ahora nuestros cuerpos están diseñados para el mundo en que vivimos y para las facultades actuales de nuestras almas. Los cuerpos de los animales han sido creados de acuerdo a los instintos que Dios les ha dado, y para los elementos donde viven: Los peces, en el agua; las aves, en el aire; los mamíferos y otros animales en la tierra; las lombrices, bajo la tierra, etc.

Podemos ver con nuestros propios ojos que cuando un ser viviente cambia de hábitat, y comienza -por así decirlo- una nueva vida, recibe un nuevo cuerpo, apropiado para su nueva situación. Por ejemplo, cuando el gusano de seda acaba con su trabajo y sale del capuchón para volar y disfrutar libremente, es equipado con un nuevo cuerpo, con alas adecuadas para su nuevo destino y elemento. La mayoría sabe que las mariposas fueron antes gusanos; que anduvieron arrastrándose por el polvo cierto tiempo, pero luego pudieron volar por el aire.

Pues bien, esta es una maravillosa muestra que el Creador ha dado al ser humano, que en un sentido es un "gusano", acerca del cambio que se producirá en la resurrección (Job 25:6). Veamos más de cerca este ejemplo.

Los gusanos son una muy despreciada especie de seres vivientes. Pero el gusano de seda produce un tejido fuerte y precioso, muy valorado y utilizado por los seres humanos. Pareciera ser más noble que los gusanos comunes, pero también él se mueve arrastrándose de un lado a otro. Sin embargo, para estas débiles y rastreras criaturas, Dios preparó especialmente un futuro mejor, un cambio maravilloso. Cuando el trabajo del gusano de seda está listo, y el gusano común ya no se arrastra por el suelo, son puestos en una especie de ataúd: Un pequeño cascarón se forma alrededor de sus cuerpos; y allí pasan un tiempo dormidos, en algunos casos, todo el invierno. Pero en la próxima primavera, el sol comienza a despertar la vida que estaba adormecida, y entonces el gusano que estaba dormido despierta a una nueva vida, con un cuerpo diferente. Ya no

permanecerá dentro de un grueso y oscuro capullo ni se arrastrará más por el suelo. No, ahora disfrutará volando por el delicado aire, a la luz del sol. Y para alimentarse, tomará solamente de lo mejor de las flores. Para eso ahora tiene hermosas y delicadas alas, gracias a las cuales se eleva de la tierra hacia el cielo abierto.

¿Quién no reconoce en esto la mano de nuestro Padre celestial? ¿Quién no ve aquí un ejemplo de lo que Él quiere hacer con nosotros? Es verdad que en este mundo somos criaturas miserables, que a menudo tienen que arrastrarse. Sin embargo, hemos sido creados para otra vida muy diferente. Avanzamos hacia un gran cambio. Cuando nuestro tiempo de prueba se haya cumplido y ya no tengamos que andar arrastrándonos, entonces todos los que somos un espíritu con Aquél que vino del cielo, seremos transferidos por Él hacia un mundo nuevo. Allí seremos gloriosos y estaremos a salvo. Allí disfrutaremos plenamente, ante el sol de la eterna gracia, ante la presencia de Jesús. Y con facultades nuevas y glorificadas nos embriagaremos de alegría por la sabiduría, el amor y la gracia que Él habrá revelado.

En la eternidad no seremos solo espíritus descarnados. En ese estado estaremos desde nuestra muerte hasta la resurrección. Pero luego recibiremos cuerpos nuevos, porque hemos sido destinados para ser transferidos a un mundo nuevo, mucho más perfecto y glorioso que el mundo caído y corrompido en el que vivimos ahora. Seremos llevados a un mundo donde “ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron... y no habrá más maldición; y el trono de Dios y del Cordero estará allí, y sus siervos le servirán, y verán su rostro...” (Ap.21:4; 22:3-4).

Dios nunca baja la calidad de sus obras. Él siempre las desarrolla más y mejor, hacia la perfección. En la nueva creación Él desplegará su sabiduría, bondad y poder de una manera mucho más gloriosa que en el presente mundo malo. Y necesitaremos cuerpos con sentidos apropiados para ese mundo nuevo. Esas nuevas facultades nos permitirán vivir y disfrutar en armonía con la creación, teniendo el más perfecto conocimiento de nuestro glorioso Creador.

Entonces, “las cosas invisibles de Él, su eterno poder y deidad”, serán correctamente entendidas “por medio de las cosas que Él ha hecho” (Ro.1:20). Allí sus obras serán infinitamente más perfectas y gloriosas que todas aquellas que hemos visto en este mundo, el lugar donde pasamos nuestra niñez; lugar que ha sido corrompido y desvirtuado por el pecado.

4. **Pero acerca de Israel dice: Todo el día extendí mis manos a un pueblo rebelde y contradictor.** Ro.10:21

¿Quieres saber claramente qué piensa Dios y qué quiere hacer Él con nosotros? Entonces mira la historia de Israel. Mira como trató a unos y otros: A los pobres pecadores que se arrepintieron, y a los infieles y rebeldes. Observa qué hará Dios con los que no quieren hacer caso a su llamado al arrepentimiento, los que prefieren seguir practicando el pecado, viviendo vanidosamente. Presta atención también a lo que hará con aquellos que son muy religiosos y celosos de Dios, pero confían en su propia justicia y “no obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo” (2 Ts.1:8).

Lo que Dios ha hecho con los israelitas que fueron impenitentes e infieles, también hará con los cristianos infieles e impenitentes. El profeta Isaías dijo: “Mas ellos fueron rebeldes e hicieron enojar su santo Espíritu; por lo cual se les volvió enemigo, y el mismo peleó contra ellos” (63:10).

Hizo lo que había dicho en otro lugar: “Por cuanto llamé y no quisisteis oír; extendí mi mano y no hubo quien entendiese... también yo me reiré en vuestra calamidad, y me burlaré cuando os viniere lo que teméis, y vuestra calamidad llegare como un torbellino. Entonces me llamarán, y no responderé; me buscarán de mañana, y no me hallarán” (Pr.1:24, 26-28).

El Señor hizo esto al castigar a Israel, especialmente cuando Jerusalén fue destruida. Entonces hubo tal lamento en la ciudad, que hasta las piedras casi se partieron. Pero el cielo era como cobre, porque estaba cerrado a toda oración. Ahora el turno de no escuchar le tocaba a Dios, así como ellos no lo habían escuchado a Él.

Así procede el Señor. Durante cierto tiempo Él extiende sus manos llenas de gracia a los pecadores, y los invita a que vengan a Él. Pero cuando el tiempo de gracia se acaba, viene el juicio sin misericordia. ¡Oh, que todos despertemos y nos demos cuenta que el Señor sigue siendo el mismo! ¡Sus amenazas a los cristianos infieles son tan ciertas, como las amenazas que dio a los israelitas infieles!

Pero así como Dios es un temible Juez sobre los que le desprecian, así también, Él concede su gracia sin límites sobre los que oyen su voz y vienen a sus pies. Observa cómo Él describe su persistente espera con la gente “rebelde y contradictora” y recuerda nuevamente que Él es siempre el mismo. Hoy es igual como era antes, y será siempre igual. ¿Y qué dice de Sí mismo? “Todo el día extendí mis manos”.

Así está Él en estos momentos, con sus manos extendidas hacia todos los que quieren ser salvos y venir a Él. Nuestro Salvador Jesucristo dijo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mt.11:28). “Y el que a mí viene, no le echo fuera” (Jn.6:37). Esto es lo mismo que decir: “Todo el día extendí mis manos...”

Puede ser que digas: “Sí, pero esa gracia sólo es para las personas obedientes y penitentes... ¡No para mí! Porque yo siempre soy desobediente.

Yo ni siquiera deseo tener una santa voluntad, ni amor por lo bueno. ¿Acaso puedo yo consolarme con el ofrecimiento de la gracia de Dios?" Pero fíjate lo que dice el texto: No dice que Dios extendió todo el día sus manos a un pueblo penitente y obediente. No, todo lo contrario: "A un pueblo rebelde y contradictor". Pero, ¿cómo hay que entender esto? ¿Fueron rechazadas esas personas? Sí, el que resiste siempre a Dios, elige condenarse. Pero Dios siempre es como Él dice.

La cuestión es si Él puede dar su gracia, siendo que tú eres tan desobediente. Te contesto: No olvides que la gracia en el corazón de Dios es libre e independiente de tu piedad. Recuerda cómo Él vino a Adán con el mensaje del Evangelio, en el primer día de la caída en el pecado. En esos momentos Adán estaba tan lleno de maldad y amargado, que quiso echarle la culpa de todo a Dios. Y a pesar de eso, Dios vino a Adán con el mensaje de gracia.

Mira al padre del hijo pródigo: Cuando el hijo miserable "aún estaba lejos, lo vio, su padre, y fue movido a misericordia, y corrió, y se echó sobre su cuello y lo besó" (Lc.15:20). Con este ejemplo Jesús está describiendo el corazón de Dios. Si permaneces para siempre en "un país lejano", permanecerás para siempre lejos de la gracia de Dios y de la bienaventuranza; pero el corazón del Padre siempre será igual. Los brazos del Padre están abiertos para ti, mientras dure tu tiempo de gracia, mientras Él siga llamándote. Todo el día Él extiende sus manos a gente rebelde y contradictoria.

Quizás repudies tu maldad y desobediencia; deseas creer y obedecer, pero cada día compruebas el poder de tu naturaleza corrupta, que se manifiesta en pensamientos, palabras, y obras malas; pero buscas gracia y consuelo, perdón y ayuda contra estos males a los pies de Cristo. Eso significa que has sido buscado y hallado por tu Padre celestial. La desobediencia contra el Evangelio ha sido rota, y ahora estás en los brazos de tu amado Padre.

No olvidemos nunca que este texto nos asegura que Dios extiende sus manos todo el día a gente rebelde y contradictoria. Por eso, la persona que desaprueba su propia desobediencia y sinceramente desea creer y obedecer a Dios, será recibida por Él con amor y placer.

5. Porque ignorando la justicia de Dios, y procurando establecer la suya propia, no se han sujetado a la justicia de Dios. Ro.10:3

Esto ocurre de diferentes maneras, de acuerdo al grado de iluminación o ignorancia de las personas. Los judíos pensaban que eran justos sólo por hacer ciertas obras externas, ordenadas en la ley: Sacrificios, oraciones, ofrendas y conducta decente. Se creían justos por no ser consumados asesinos, adúlteros o ladrones.

La gran mayoría de la gente en la actualidad también piensa que eso es suficiente para hacernos justos, o al menos más aceptables ante Dios. Por su parte, quienes han comprendido mejor la santidad de Dios, suelen agregar algo más. Dicen, por ejemplo, que quien ama a Dios y respeta su Palabra debe santificar el día de reposo. Otros que han sido más iluminados exigen que uno se convierta del amor al mundo y viva espiritualmente, arrepintiéndose y dejando de lado todo pecado; que vele en la fe, ore y rechace las concupiscencias de la carne, creyendo en Jesús. (Pero para estas personas “creer en Jesús” es una obra meritoria). Algunos incluso participan de actividades espirituales con el único objetivo de establecer su propia justicia. Cuando uno elige una manera de salvarse a sí mismo y está empeñado en ello, muestra que aún no ha muerto para la ley.

¿Es que todos los que se empeñan en hacer buenas obras como las mencionadas buscan establecer su propia justicia? No necesariamente, porque dichas obras también pueden hacerse como resultado de la verdadera fe. Los actos en sí no significan que se esté intentando alcanzar la auto justificación; pero son parte de la auto justificación cuando se afirma que dichas obras son el camino de salvación, y se busca consuelo en ellas. Es así, aunque al mismo tiempo se afirme creer firmemente en Jesús y en su sacrificio. En ese caso, la profunda esperanza en nuestra justicia aún no ha sido aniquilada por la ley de Dios. Si así fuera, hubiésemos aprendido a considerar nuestras mejores obras piadosas “pérdida y basura” ante los ojos de Dios, en lo que respecta a nuestra justificación (Fil. 3:8). Hubiésemos aprendido también a pedir perdón por nuestras mejores obras, porque aún ellas están contaminadas por el pecado. Si la profunda esperanza en nuestra propia justicia aún no ha sido eliminada, y recurrimos a estas prácticas piadosas buscando descanso y consuelo contra el pecado, entonces toda esa “piedad” indica auto justificación.

Es muy diferente cuando alguien se desespera totalmente de sí mismo, de su propia piedad y de sus fuerzas; cuando se juzga y desapueba a sí mismo, considerándose en falta en todos los aspectos; cuando tiene su consuelo solamente en la obra y la obediencia de Cristo, en los sufrimientos y las oraciones del Salvador, y está motivado solamente por la libre gracia de Dios para hacer el bien. Entonces sus obras serán frutos del Espíritu, y agradecerán a Dios.

No digo que los creyentes estén libres de todo intento por auto justifi-

ficarse. No, claro que no. Pero sus intentos por auto justificarse no son el medio de salvación que han elegido, sino una tentación y un tormento. Y enfrentan estas tentaciones del mismo modo que enfrentan las demás tentaciones y pecados.

O sea, las rechazan y evitan. Pero en nuestro texto, el apóstol no se refiere a una auto justificación que es una tentación. No, se refiere a personas que intencionalmente tratan de presentarse ante Dios con su justicia propia, y así, no se sujetan a la justicia que proviene de Dios: La justificación por los méritos de Cristo, que se recibe por medio de la fe.

Cuando alguien deliberadamente intenta justificarse por medio de sus méritos, todavía no conoce cuán profunda es la corrupción de nuestra naturaleza, ni comprende que Dios nos exige perfecta santidad. No quiere reconocer que Dios demanda un corazón santo; sólo se fija en las apariencias, y de esa manera puede llegar a parecer justo, ante su propia opinión.

¿Quieres saber cómo tener el consuelo de que eres “justo y bueno”? Pues, sólo tienes que ser tan hipócrita, como para dejar de fijarte en tu corazón, sin que te importe si siempre es bueno, limpio, humilde, manso y lleno de amor. Tienes que prestar atención sólo a tus buenas obras; así podrás llegar a ser tan “bueno” como para consolarte con tu propia justicia. Y de esa manera te habrás convertido en un fariseo...

Pero si Dios realmente ha estado hablando a tu alma, de manera que estás ansioso por ser completamente santo y justo ante Él, incluyendo a tu corazón, -y en todo momento-, entonces nunca estarás satisfecho contigo mismo en este mundo. No, porque comprenderás que tu pecado es tan terrible, poderoso, abundante y abominable, que no sabrás a donde escapar. Y más de una vez estarás al borde de la desesperación, a pesar de toda la gracia que se te ofrece en el Evangelio. Ya no te considerarás a ti mismo ni justo ni santo, sino un pobre pecador, que constantemente necesita la gracia de Dios.

Siempre necesitarás a tu Salvador, su rescate y su defensa. Así, sí es un cristiano.

6. Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Ro.7:15

El peor veneno que la serpiente -el diablo- introdujo en nuestra naturaleza, es que debemos ser nuestros propios auxiliadores y salvadores. La promesa "seréis como Dios" (Gn.3:5), penetró hondo. Dejó muchas huellas en nuestra naturaleza, como ser, toda clase de soberbias. Produjo especialmente la perjudicial creencia, que tenemos en nosotros el poder para vencer al mal y hacer el bien.

En cuestiones espirituales, el "libre albedrío" es un sueño. De esa idea errada surge tanto una falsa seguridad, como la desesperación. Si una persona que ha sido despertada espiritualmente pudiera ser convencida de que no es capaz de nada, que ha perdido su libertad espiritual, que ha sido vendida al pecado... entonces pronto recibiría consuelo en Cristo y enseguida abandonaría su empeño por auto justificarse. Como se agarra del salvavidas el que se está por ahogar, así su alma se aferraría a Jesucristo, esperando ser salva por la gracia de Dios.

Es natural que en la mente humana todo el tiempo resuenen pensamientos como estos: "Todavía no has intentado como es debido. Aún no te has esforzado lo suficiente. No has velado, ni orado, ni luchado correctamente. Mañana tienes que hacerlo mejor". Y así pasa un día de frustración y amargura tras otro. Y sigue resonando en la mente. "No has hecho todo lo posible; no lo has intentado realmente en serio. No has sabido prevenir debidamente el pecado. Mañana debes hacerlo mejor".

La pobre alma no comprende que no está dentro de sus posibilidades ser lo suficientemente serio, honesto, precavido ante el pecado, atento y sobrio en la fe, perseverante en la oración... que ni siquiera puede controlar sus propios pensamientos. No ha entendido aún que "no somos competentes por nosotros mismos" (2 Co.3:5). Somos pecadores totalmente perdidos. Cristo tiene que hacerlo todo. Él tiene que salvar lo que está perdido. El apóstol Pablo dice: "Sabemos que la ley es espiritual; mas yo soy carnal, vendido al pecado" (Ro.7:14). Dice que ha sido vendido al pecado, como un esclavo a un amo. Y agrega: "No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago" (Ro.7:19). ¿Dónde está, pues, el libre albedrío?

El reformador de la Iglesia, el Dr. Martín Lutero, combatió enérgicamente la falsa doctrina que sostiene que tenemos libertad espiritual para elegir y decidarnos por Dios (libre albedrío). Algunos se asombran por qué Lutero se opuso tanto a esa creencia. Pero hay grandes motivos para ello. Si Cristo hubiese muerto cien veces por nosotros, y se nos predicase su Evangelio maravillosamente, no nos serviría de nada si aún creyésemos que tenemos la capacidad de hacer lo bueno. Pero el alma que ha sido despertada no piensa así. Sabe que si tuviésemos el poder para hacer el bien, la salvación no sería por la gracia de Dios. Por eso debemos grabar en nuestros corazones la verdad expresada por el apóstol: "El querer el

bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago" (Ro.7:18-19). Incluso luego de que Cristo nos hizo "verdaderamente libres", -del diablo y del pecado-, no recibimos aún el poder para hacer todo el bien que quisiéramos. Cristo retiene ese poder para él; no nos lo da en este mundo.

Por eso los que han sido rescatados del poder de Satanás y hechos verdaderamente libres por el Hijo de Dios, lamentan y gimen mucho más su impotencia y miseria cuando el Señor los abandona en la hora de la tentación. Luchan, lloran, y ruegan ayuda a Dios. Y todo pareciera ser en vano. Llegan al borde del abismo de la desesperación. ¿Dónde está, pues, el libre albedrío? ¿Por qué no son puros y santos? Si tuviesen el poder en sí mismos, ¿por qué se lamentan, lloran, gimen y ruegan de esta manera? Solamente deberían rechazar al diablo, ser fuertes y gozosos. Si pueden vencerlo todo por medio de la oración, ¿por qué deberían desesperar?

Los Salmos de David y los lamentos de todos los santos testimonian que ya no tenemos libertad espiritual, ni poder para hacer el bien. El apóstol Pedro quiso ser fiel y firme hasta la muerte, como lo demostró por un momento en el huerto de Getsemaní. Pero poco después cayó de manera escandalosa, ante la pregunta de una mujer... y negó a Cristo una, dos y tres veces seguidas. Luego lloró amargamente y aprendió que no tenía el poder en sus manos. Pablo oró tres veces pidiendo que el Señor le quitara un "aguijón en la carne" (2 Co.12:7), pero fue en vano. Y entonces comprendió el secreto: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co.12:10).

No... El libre albedrío es una fantasía que viene de los días en el Paraíso. Nunca más los seres humanos hemos tenido la libertad espiritual para elegir y decidir, desde que Adán la utilizara para el mal. Desde entonces dependemos de la gracia. Necesitamos mendigar ante Dios cada miga de poder espiritual. Y cuando alguien implora algo, no puede tomarlo antes de que se lo den. Si el Señor nos dejara ir, enseguida nos precipitaríamos al abismo. Así somos los seres humanos desde la caída de Adán.

7. **Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová.** Lm.3:40

En el capítulo 3 del libro de Lamentaciones, el profeta Jeremías habla acerca de las aflicciones. Dice: “¿Quién será aquel que diga que sucedió algo que el Señor no mandó? ¿De la boca del Altísimo no sale lo malo y lo bueno?” Y luego agrega: “¿Por qué se lamenta el hombre viviente? Laméntese el hombre en su pecado”. Y: “Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Dios”.

¡Esta amonestación es vital si queremos ser librados del mal! El Señor es nuestro mejor Amigo, un Amigo fiel y eterno. Él quiere salvarnos de la condenación eterna. Así, aunque exteriormente suframos presiones por todos lados, nuestro ser interior será preservado en buen estado.

Por eso no seas carnal en tu manera de pensar, considerando solamente la realidad externa, cuando te suceda algo malo. Antes bien recuerda que hay un Dios que sabe hasta cuántos cabellos tienes en tu cabeza. Y ni el menor de los males puede acontecer sin que Él lo permita.

Quédate tranquilo y escudriña tu vida, para ver si hay algo que el Señor quiere señalarte a través de ese mal que sufres. A menos que seamos ciegos, pronto veremos qué es lo que el Señor quiere enseñarnos. Y tendremos que admitir que algún pecado o infidelidad, es la causa del mal que padecemos.

No podemos excusarnos diciendo que el mal que sufrimos no está relacionado con nuestros pecados. Y a menos que busques la causa principal -tu pecado o infidelidad- y busques ser redimido, tu alma no tendrá verdadera paz.

El rey David cuenta cómo permaneció en silencio ante el Señor, antes de reconocer sus pecados. Dice al respecto: “Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día. Porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano. Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado. Por eso orará a ti todo santo, en el tiempo en que puedas ser hallado. Ciertamente en la inundación de muchas aguas, no llegarán estas a él” (Sal.32:3-6). Aquí puedes ver la manera en que te puedes librar del mal.

Si puedes estar en paz mientras practicas algún pecado consciente y voluntariamente; o si eres capaz de vivir tranquilamente sabiendo que estás siendo infiel a Dios, -porque te has entregado a algún pecado que no quieres abandonar-, en ese caso el que no te suceda nada malo exteriormente es lo peor que te puede pasar. Porque entonces la aflicción te estaría reservada para más adelante, en el infierno. Por eso, no importa qué cosa mala nos suceda, sea cual fuere la calamidad que nos haya acontecido, no podemos orar: “Libranos del mal”, sin pensar en nuestros pecados.

Esto se aplica a los verdaderos hijos de Dios, que tienen temor a Dios en sus corazones. Observa que si bien solemos ocuparnos primero de los padecimientos que sufre nuestro hombre exterior, no pasará mucho tiempo hasta que nos volvamos a nuestro ser interior, para reflexionar y descubrir lo que el Señor desea señalarnos. No habrá paz, ni verdadera confianza en el Señor, a menos que le confieses a Él tus pecados. Es necesario que te acuses y condenes a ti mismo, confesando tu culpa: "Merezco algo mil veces peor que lo que me ha pasado, en esta vida y en la eternidad. Porque he pecado. ¡Sálvame, líbrame de mi pecado!"

Y cuando nos humillamos ante el Señor, confesando nuestro pecado y aceptando sus juicios, entonces encontramos paz, consuelo y una confianza como la de los niños hacia sus padres. Y entonces estamos convencidos de que: "El Señor oirá mi oración, y me librá de mal".

Todo lo que el Señor hace es para arrancar nuestra gran maldad y pecado, para convertirnos en personas espiritualmente íntegras, y para darnos la eterna salvación. ¿Qué crees tú que hace Dios para lograr esto? Él actúa muchas veces de manera muy diferente a lo que pensamos; y contrariamente a lo que deseamos. Él no nos quita las aflicciones externas, y a veces tampoco las de nuestro interior. Él puede permitir que seamos azotados por enfermedades y males espirituales, para cansar y rendir a nuestro viejo Adán, mediante continuas humillaciones. Y todo esto sucede mientras quisiéramos estar libres y seguros.

El Señor guía a sus hijos de maneras extrañas. Por eso Él permite que cosas malas te aflijan. A veces te parecerá demasiado pesado, y estarás tentado a murmurar contra Él, -a menos que recuerdes sus buenas intenciones y objetivos. El objetivo es purificarte y librarte de tu peor enemigo, el pecado. Él quiere santificar tu cuerpo y tu alma, y prepararte para el cielo. Y cuando somos conscientes de esto, no podemos hacer otra cosa que "gloriamos en las tribulaciones" (Ro.5:3). Entonces podemos regocijarnos y agradecer a Dios por las experiencias amargas. Y por eso llegamos a preferir las tribulaciones al goce del pecado; los sufrimientos purificadores a los placeres impuros; la pobreza a la riqueza mal habida o frívola; al contentamiento en lugar del lujo; la muerte para ir a estar con Cristo, en vez de la vida en este mundo incrédulo.

8. **Y si por gracia, ya no es por obras; de otra manera la gracia ya no es gracia.** Ro.11:6

Este es un texto de la Escritura, destinado especialmente a revelar y a mostrarnos, el significado de la gracia de Dios. Aclaraciones como éstas son muy necesarias.

Miles de personas dicen y aún cantan que somos salvos sólo por gracia; Pero, si esperan ser dignos de la gracia por medio de sus buenas obras, si confían en algo bueno que supuestamente existiría en ellos mismos, todavía están en tinieblas, porque confunden la gracia y los méritos. Por ejemplo, se dan cuenta de que son perversos y de que constantemente están pecando y nunca obtienen paz, por eso andan apesadumbrados, creyéndose parcialmente condenados por Dios, por más que hablen de su "gracia". Reconocen que no viven ni son como Dios quiere, por más que sostengan que la salvación es por gracia, no por obras. Así confunden gracia y obras, olvidando que son cosas contrarias.

Esta confusión es perjudicial para la vida espiritual. Cuando uno no está en paz ni está seguro del amor y la amistad de Dios, no puede tener el poder ni el deseo ni la voluntad de hacer el bien, ya que esto es solamente un fruto de estar reconciliado con Dios, teniendo consuelo y paz con el Señor. Por lo tanto, deberíamos considerar detenidamente este texto, para entender bien la gracia.

El apóstol nos dice: "Y si por gracia, ya no es por obras". Si es que solamente por la gracia de Cristo somos justos y puros ante Dios, entonces ya nada tienen que ver en ello nuestras buenas obras, piedad, obediencia, amor, arrepentimiento y oraciones. Todas tus faltas no disminuyen ni en lo más mínimo el amor de Dios, por cuanto su amor se basa en su gracia...sólo en la gracia.

Así, pues, "es por gracia", sin relación con nuestros méritos internos ni externos. De lo contrario, la gracia no sería lo que es: Un regalo que no merecemos en absoluto. Si no fuera así, la gracia sería algo absurdo. Y no un regalo que se nos otorga gratuitamente. Cuando la Palabra de Dios habla de gracia, excluye todos nuestros méritos. Si fuésemos justificados ante Dios por medio de nuestras buenas obras o méritos personales, ya no sería por gracia.

Entonces no deberíamos decir que somos salvos por gracia, porque de lo contrario los méritos no serían méritos. La gracia y los méritos son totalmente contrarios entre ellos.

Si fuésemos justificados ante Dios por medio de buenas obras o méritos propios, deberíamos darle valor a las obras y méritos y dejar de decir que somos salvos por gracia. El mérito que no alcanza a merecer una recompensa, sino que todavía necesita gracia, no es un verdadero mérito. De esta manera tan tajante habla el apóstol aquí, como queriendo decir: O es por gracia, y en ese caso nada, absolutamente nada tienen que ver nuestras obras y méritos; o es por obras, y en ese caso no habría

gracia, absolutamente ninguna gracia. No es una gracia que alguien se muestre amable con una persona que merece su aprecio. No es gracia si no es algo totalmente inmerecido. Eso es lo que el apóstol quiere decir.

Aclarado esto, lo más importante es saber si Dios salva a los pecadores por pura gracia. ¿Qué ha decidido y qué nos ha revelado el Señor al respecto? De esto depende mi paz y consuelo en la hora de mi muerte. Quiero estar completamente seguro de lo que dice el Señor sobre un tema tan importante. Sí, ¿qué dice Dios en su Palabra respecto al Hijo que ha enviado? Veámoslo.

La principal prueba de que Dios quiere salvarnos por gracia, y no por medio de nuestras obras, se basa en que Él envió a su Hijo unigénito al mundo, y lo puso bajo la ley en nuestro lugar, para que sea el sacrificio por nuestros pecados. La obra redentora de Cristo y todo lo que Dios ha revelado al respecto, son el fundamento para creer en la inmerecida gracia.

Desde el comienzo de la creación, Dios ha revelado su intención de enviar a su unigénito Hijo, para que sea nuestro Salvador. El día de la caída en el pecado Dios prometió un descendiente de la mujer, que habría de aplastar la cabeza de la serpiente (Gn.3:15). Luego, durante un largo período de tiempo y por medio de innumerables sacrificios simbólicos y renovadas promesas, Él continuó alentando la esperanza de su pueblo en la venida del Salvador que había anunciado. Finalmente, su venida fue anunciada y certificada por ángeles; y fue acompañada por señales y por la venida del Espíritu Santo. Entonces “aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn.1:14).

Y fue visto como el obediente siervo de Dios, “nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley” (Gá.4:4-5). Él dijo que había venido “para dar su vida en rescate por muchos” (Mt.20:28); y siendo santo e inocente se entregó a sí mismo en sacrificio, para padecer y morir por nuestros pecados. Esto demuestra -muy claramente- que Él quiere salvar a toda la humanidad por pura gracia.

Ahora que el Señor Dios nos ha dado a su Hijo unigénito para que sea nuestro Redentor, entregándolo en sangriento sacrificio por nuestros pecados, cada uno puede concluir si es que Él todavía desea tener en cuenta algún mérito o dignidad nuestro. “Si por la ley -por obras o méritos nuestros- fuese la justicia, por demás murió Cristo”, dice el apóstol (Gá.2:21).

9. **Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros.** Ro.12:10

Aquí la Escritura, habla del amor entre los que están hermanados en Cristo.

Y el apóstol lo describe de tal manera, que muchos de nosotros seguramente nos sentimos culpables y juzgados. En el idioma original las palabras “amor fraternal” describen el amor que existe entre una madre o padre y sus hijos; o entre los hermanos de una familia. Esa simpatía cordial y sincero amor fraternal es lo que tendría que haber entre todos los cristianos, que son hermanos y hermanas gracias a su adopción celestial.

Pero algunos cristianos tienen una actitud fría y distante hacia sus hermanos.

No piensan ni hablan mal de ellos, pero no demuestran sincero amor. Simplemente no se interesan y no existe una buena relación con ellos. Esa actitud dista mucho del amor fraternal, y será reprendida.

Si realmente somos hermanos por toda la eternidad, tendríamos que conocernos y amarnos los unos a los otros. Deberíamos abrazarnos entre nosotros con sincera simpatía, tanto en las penas como en las alegrías. Y hacerlo con el mismo cuidado, responsabilidad y bondad que los padres tienen con sus hijos. A eso se refiere el apóstol aquí.

Lutero dijo: “Lo que este amor fraternal es capaz de hacer y sufrir por los demás lo podemos ver en la relación natural de una madre con su hijo. Cristo nos ha tratado de manera similar y sigue actuando así con nosotros. Él nos aguanta y cuida mucho todo el tiempo a nosotros, que somos tan pecadores y débiles que ni parecemos ser discípulos suyos. Pero Su amor nos convierte en cristianos, más allá de nuestras imperfecciones”.

Pensándolo bien, el amor fraternal entre los cristianos tiene profundos fundamentos. En primer lugar, el Señor lo ha ordenado en su Palabra. En segundo lugar, con su amor hacia nosotros Cristo nos ha dado un ejemplo inspirador.

Y, al final de cuentas somos hermanos real y verdaderamente. Hemos nacido de un mismo Padre y estamos destinados a compartir la misma herencia. Por eso Cristo nos ha enseñado a orar: “Padre nuestro, que estás en los cielos”. Siendo así, tenemos grandes motivos para amar a nuestros hermanos. Básicamente, debemos amarlos por causa de nuestro Padre, así como amamos a nuestros hermanos naturales.

¿Cómo no habríamos de amar a los que comparten con nosotros la misma adopción de parte de Dios? Decimos que somos “hermanos y hermanas”, y eso es verdad. Recordemos, pues, que como dice el apóstol Pedro: “ante todo” hemos de tener “ferviente amor entre nosotros” (1 P.4:8). También la Palabra dice: “En cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros” (Ro.12:10).

Aquí se nos enseña que los cristianos no sólo debemos tener amor en nuestros corazones y expresarlo en obras concretas, sino además respe-

tarnos y honrarnos mutuamente. Es decir, cada uno debería mostrar en primer lugar respeto y brindar atención a los demás. Y esto no solamente con gestos externos, sino con toda sinceridad. Como dice el mismo apóstol: “Estimando cada uno a los demás como superiores a sí mismo” (Fil. 2:3).

Ser amables sólo en apariencia no es lo que corresponde a los hijos de Dios. Pero si tenemos humildad, amor, y cariño en nuestro corazón, también debemos –de acuerdo a nuestro texto- demostrarlo con nuestra conducta. Los cristianos no deberíamos ser personas rudas y descorteses. No, aquí se nos recuerda que hemos de ser humildes, amables y solidarios.

Recuerda cómo nuestro Señor inculcó esto a sus discípulos, al lavarles los pies. Esto quiere decir que cada uno debería considerarse el menos importante y servir a los otros. “El amor y la bondad de Cristo hacia nosotros –dijo Lutero- hace que también nosotros nos valoremos y estimemos mucho entre nosotros, a causa de Cristo. Él está en nosotros, y por eso no debo despreciar a mi hermano por sus defectos. No, sino que debo pensar: El Señor vive en ese vaso débil y lo honra con su presencia. Si Cristo es tan bondadoso y en su generosidad decide compartir también con él todos sus bienes, como lo hace conmigo, entonces tengo que respetar y honrar a mi hermano como templo del Dios viviente y morada de mi Señor. ¿Qué me tiene que importar a mí lo humilde que pueda ser esa morada, si el Señor vive en ella? Si para Él mismo no es demasiado baja como para estar en ella, ¿cómo no habría de honrarla yo también? Después de todo, sólo soy un humilde siervo Suyo”.

Quiera Dios darnos su gracia para seguir esta enseñanza.

10. **...si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros...** Ro.8:9

En este versículo hay una condición muy importante. Dice: "si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros". Esto tiene que despertarnos para que reflexionemos y nos examinemos a nosotros mismos. Pero, aquí también se nos revela una gracia tan inmensa que no la podemos expresar: El Espíritu de Dios habita en seres humanos que todavía están en este mundo. ¿Crees esto?

¿Quién es capaz de entender esta gran verdad? ¡Equivale a decir que somos copartícipes del Espíritu de Dios! Si realmente creyésemos esto, a duras penas podríamos seguir viviendo de tanta alegría, asombro y admiración. Y ésta realmente es una verdad divina, que se aplica a todos los que han llegado a ser hombres espiritualmente nuevos.

Algunos sostienen que el "Espíritu de Dios" es una fuerza, poder o efecto de Dios en el alma; o bien una mente que está de acuerdo con Dios, o el nuevo ser creado por Dios en nosotros. Y efectivamente, ese es el sentido de la palabra "espíritu" en muchos lugares de la Escritura. Pero cuando el apóstol dice: "Si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros", quiere decir que el verdadero Dios viviente habita y actúa en los creyentes.

Con las palabras "el Espíritu de Dios", se refiere a la Persona del Espíritu, la tercera persona de la Santa Trinidad, que es igual al Padre y al Hijo en toda perfección. El apóstol dice inmediatamente en el versículo 10: "Si Cristo está en vosotros..." Y en el versículo 26 dice que el Espíritu es nuestro auxiliador e intercesor. Todo eso significa que Dios mismo mora en los fieles.

"El Espíritu de Dios" no es solamente el poder o el efecto de Dios en el hombre, sino una persona en la Santa Trinidad de Dios. Recordemos las palabras del mismo Cristo. Él nos encomendó bautizar "en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mt.28:19).

Cuando el apóstol Pedro explica resumidamente la obra del Dios trino para nuestra salvación, dice: "Elegidos según la presciencia de Dios Padre en santificación del Espíritu, para obedecer y ser rociados con la sangre de Jesucristo" (1 P.1:2). Finalmente, recordemos la bendición apostólica dada por Pablo, que dice: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén" (2 Co.13:14).

La Escritura asocia al Espíritu Santo con el Padre y el Hijo como una Persona en el eterno ser de Dios. Qué claras son las palabras de Cristo, en el sentido de que el Espíritu es una Persona, y no sólo una fuerza o poder, cuando dice: "El Espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros" (Jn.14:17). "Más el consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho" (Jn.14:26). "Pero cuando venga el consolador... él dará testimonio acerca de mí" (Jn.15:26). "Él os

guiará a toda la verdad... Él me glorificará; porque tomará de lo mío y os lo hará saber” (Jn.16:13-14).

De estas palabras podemos deducir también que es aquí, en este mundo, donde el Espíritu desarrolla su obra propia, que consiste en revelarnos la obra de Cristo y sus enseñanzas, para que creamos en el Salvador y pongamos en práctica su Palabra. La tarea del Consolador es testificar acerca de Cristo y edificar su reino. Es llamar, iluminar, congregar, guiar, santificar y preservar a los que son del reino de Cristo. El Padre los ha dado al Hijo. El Hijo los ha redimido. El Espíritu los habrá de llamar, congregar y santificar en la verdad.

Todos los seres humanos están muertos en pecados y transgresiones, hasta que el “Espíritu de vida” abre sus corazones para que conozcan a Jesús, quien nos ha sido dado para que obtengamos la vida eterna. Él es quien nos une a Jesús y obra en nuestro interior, haciéndonos nacer espiritualmente de nuevo.

El apóstol dice aquí que el Espíritu mora en los cristianos. Y en otro lugar declara: “...vosotros sois templos del Dios viviente, como Dios dijo: Habitaré y andaré entre ellos...” (2 Co.6:16). ¡Qué honra inmensa es esta! Uno puede preguntar: -¿Cómo puede el Dios infinito habitar en los corazones de sus hijos? Si Dios está presente en todos los lugares, ¿qué significa que Él vive y habita entre los creyentes? ¿Cómo entender estas palabras? -Estas palabras expresan la unión íntima entre Dios y las almas creyentes. Se refieren a la eterna morada de Dios en el ser humano. Acerca de esto Cristo dijo: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Ap.3:20).

Este es un misterio muy grande. Excede nuestro entendimiento. Solamente podremos entenderlo plenamente a la luz de la eternidad. Sin embargo, es una verdad sublime y gloriosa: El Espíritu de Dios mora, actúa y vive en los corazones de los cristianos.

A pesar de que es un misterio insondable, lo comprobamos en nuestras vidas. Aunque padezcamos tormentas de tentaciones; aunque pasemos por buenas y malas situaciones, sufriendo la tensión entre el viejo Adán y el hombre nuevo, en nosotros se mantiene una mentalidad santa. Por eso sentimos pesar y remordimientos por nuestras maldades y pecados, y nos regocijamos en lo que es bueno y santo. Esa mente es siempre la misma, siempre que el alma no haya “caído de la gracia”, separándose de Cristo (Gá.5:4). Esta mente no es otra cosa que la obra del divino Huésped que vive en nuestras almas. Porque sin el Espíritu de Dios nada bueno ni santo puede existir en nosotros.

11. **Él no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros.** Ro.8:32

Nuestros corazones tendrían que rebosar de gozo, si tenemos el entendimiento espiritual para comprender lo que se nos dice aquí. Porque aquí tenemos una prueba del incomparable amor y misericordia de Dios. Y la prueba de ese amor, dice el apóstol, consiste en que -por nuestra causa- Dios no ha retenido a su propio Hijo, sino que lo ha entregado por todos nosotros.

Este es el gran tema de las Sagradas Escrituras. Es lo que más necesitamos para nuestra vida y nuestra piedad. Pero también es lo que menos solemos recordar. Ésta verdad esta oscurecida por nuestra incredulidad, razonamientos, sentimientos, pecados y por el diablo. Por eso, miremos más detenidamente este texto, para ver lo que contiene.

En primer lugar, el don en sí. El apóstol dice que Dios nos ha dado a su propio Hijo. Al utilizar la palabra: "Propio" el apóstol aclara que Cristo es el Hijo de Dios según su naturaleza, para distinguirlo de quienes son hijos de Dios por gracia y por adopción. Y porque Dios nos ha dado a su propio Hijo -en ese sentido de la palabra- el don demuestra el inmenso amor de Dios. Si Él nos hubiera dado un ángel, o un ser humano altamente calificado, eso no habría probado que Él también quiere darnos "todas las cosas" (Ro.8:32).

Pero, el don de Dios es mayor que todo lo demás. Por eso, el apóstol saca la certera conclusión: "¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas?" ¡Alabado sea Dios! Su Palabra es clara y verdadera. Cristo es el unigénito Hijo de Dios, prometido desde el comienzo del tiempo.

Pero, ¿quién es capaz de creer perfectamente algo tan grande? Si fuésemos realmente capaces de creer que Dios nos ha dado a su propio Hijo unigénito a nosotros, seguramente seríamos dominados por el asombro, el gozo y el amor. ¿O puedes tú creer esto y aun dudar de la gracia, la misericordia y el interés de Dios por nosotros? ¿Puedes creer que Dios nos ha dado a su Hijo unigénito como nuestro hermano y Salvador, como nuestro cordero expiatorio, y al mismo tiempo dudar de la suficiencia de Su gracia y Su amor?

Esta prueba del amor de Dios nos resultará aún mayor si entendemos y reflexionamos sobre lo que las palabras: "No ha escatimado" sino que "lo entregó" significan. Ellas nos hablan del propósito que tuvo la entrega del Hijo. Cuando el apóstol dice que Dios no escatimó a su propio Hijo, en primer lugar está diciendo que se trató de un sacrificio. Fue algo doloroso para Dios entregarnos a su propio Hijo para sufrir y morir. Fue como si Dios le negara su amor a su Hijo unigénito. Y al hacer esto nos ha dado una prueba inequívoca de su misericordia hacia la humanidad.

Cuando Abraham estaba a punto de sacrificar a su único hijo, el Señor Dios le dijo: "Ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único" (Gn.22:12). El mismo Dios no consideró a su propio amado

Hijo unigénito tan valioso como para no darlo en sacrificio por nosotros. Según lo que le dijo a Abraham, esa era la mayor prueba de amor que uno pudiera llegar a dar. Y en el caso de Cristo lo es mucho más, porque fue dado para ser sacrificado, debiendo padecer amargos sufrimientos, agonía y muerte.

De esto dan también testimonio todos los profetas. Y Él mismo, la noche que fue entregado, dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt.26:28). Así declara una gran hueste de evangelistas: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Co.5:21). “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gá.3:13). “Por la gracia de Dios” Él debía “gustar la muerte por todos” (He.2:9).

Y así Él salvó a multitudes, que exclamarán en alta voz ante el trono del Cordero: “Tú has sido inmolado, y con tu sangre nos has redimido para Dios” (Ap.5:9). Oh, cuando estas cosas son reales y verdaderas para nuestros corazones, entonces somos benditos. Y no tenemos palabras suficientes para alabar dignamente a Dios por su amor, porque Él, para nuestra redención, no ha escatimado a su propio Hijo, sino que lo ha entregado por todos nosotros.

“Por todos nosotros”. Este es el tercer aspecto en nuestro texto, que nos proclama el amor de Dios. Él ha dado a su propio Hijo por todos nosotros.

Aquí se revelan dos cosas importantes sobre el amor de Dios. Lo primero es que todos, sin excluir a nadie, estamos incluidos en la redención de Cristo; con su sangre el ha pagado los pecados de todos y nos ha rescatado de las garras de la muerte y del diablo. Todos pueden y deberían recibir esta gracia, y ser salvos.

Lo segundo es que Cristo vino para todos, incluyendo al peor de los pecadores. La conclusión es que la gracia de Dios es totalmente independiente de nuestros méritos. Por ello, se trata de un amor incondicional. Pensemos frecuente y profundamente en estas cosas.

12. **¿Cómo no nos dará también con él todas las cosas?** Ro.8:32b

Esta es una conclusión lógica de lo que fue dicho anteriormente. Puesto que Dios nos ha dado el mayor don de todos, no habrá de negarnos los dones menores. Evidentemente, su propio Hijo es el don más grande que jamás podríamos recibir. Por lo tanto, nada que sea bueno y útil les será negado a aquéllos a quienes Dios les ha dado semejante don. Él nos dará también "con él todas las cosas". Las palabras "con él" indican que lo recibimos todo por causa de Cristo y porque se nos da a Él mismo primeramente, así como la novia también pasa a ser propietaria de los bienes de su marido cuando se casa con él. Así, junto con el Hijo, el Dios Padre nos ha dado grandes dones: La gracia eterna y el perdón de todos nuestros pecados; libertad del pacto de la ley y de todas sus maldiciones; eterna justicia, válida ante Dios; el don del Espíritu Santo; el servicio protector de los santos ángeles; la atención de nuestras oraciones y ayuda en todas nuestras angustias; victoria final sobre la muerte y parte en la herencia de la gloria celestial. ¿Es todo esto demasiado? No, en absoluto; el apóstol dice: "Él que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?" (Ro.8:32).

La palabra: "cómo" expresa una convicción completamente segura, como que es algo lógico que Dios quiera darnos todas las cosas "con" su propio Hijo.

Este glorioso e inamovible fundamento del consuelo tiene que ser guardado en nuestra memoria, para que podamos acudir a él cuando necesitemos la gracia y la ayuda de Dios. Por ejemplo, cuando te sientes cargado y agobiado por tus pecados; cuando por tus descuidos caes repetidamente en pecado y crees que Dios debe estar cansado de ti, y estás a punto de desesperar. Pero aún oras y buscas perdón y misericordia ante el trono de gracia.

¿Cómo no te daría Él lo que le pides? Él no ha mezquinado a su propio Hijo, sino que nos lo ha dado para que seamos eternamente salvos, ¿cómo no habría de darte constantemente el perdón de tus pecados, sin tomarte en cuenta ni uno de ellos? Es algo que está decidido: Durante toda tu peregrinación por este mundo Él quiere cargar contigo, tal como eres, y llevarte en los brazos de su gracia. Y nos ha dado a su Hijo cuando aún éramos sus enemigos y destructores y estábamos inmersos en la maldad. ¿Cómo, entonces, podría Dios tomar en cuenta tus pecados ahora?

O puede ser que te alarmes y te asustes de ti mismo por tu incredulidad y dureza de corazón, porque no puedes creer y alegrarte en el amor de Dios y la entrega de su Hijo. Y suspiras diciendo: -¡Oh, si tan sólo tuviese más fe y vida en mi corazón! -Pero, ¿cómo no habría de darte Dios todo eso, si te ha dado a su propio Hijo? "¿Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?" (Lc.11:13).

Puede que lamentes que ni siquiera oras tan ferviente ni tan seriamente como deberías. Te das cuenta de que eres frío y descuidado en la oración y quisieras que Dios te ayudara. ¿Cómo no habría de darte Él también esta gracia?

O si oras pidiendo que Dios te de humildad y pobreza de espíritu; que te mantenga consciente de tu fragilidad y de la perversidad de tu naturaleza. ¿Dejaría Él que cayeras en el orgullo y la soberbia? No, Él también oiría esta plegaria, y te daría mayor conocimiento de tu lamentable estado y de la gran perversidad que hay en tu corazón. Pero Él añadiría también más gracia y fe para ti, y te daría también todo lo que necesitarías para que no te pierdas, sino que obtengas la vida eterna.

Puede ser que sospeches sobre tu estado y temas que después de todo lo que has oído, visto y experimentado en el ámbito espiritual, serás, al final secretamente desengañado, y acabarás eternamente condenado. Por eso imploras a Dios como el rey David, diciendo: "Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón... y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno" (Sal.139:23-24). ¿Cómo no habría Dios de oír tal oración? ¿Cómo no habría de ocuparse Él de ti, para evitar que permanezcas en un falso estado espiritual? Él no ha mezquinado a su propio Hijo, sino que lo ha entregado por todos nosotros, y eso lo hizo cuando ni siquiera nos interesábamos por Él. ¿Cómo, pues, no habría de escuchar tu oración pidiendo la gracia de llegar a ser un honesto y fiel creyente?

O cuando enfrentas terribles tentaciones y no ves cómo podrías atravesarlas sin llegar a caer en pecado. Pero deseas vencerlas y le pides ayuda a Dios... o cuando sufres enfermedades, problemas económicos, necesidades físicas, o eres calumniado y acusado por otras personas... y no tienes en este mundo nadie que te ayude, por lo que te diriges a tu Padre celestial. ¿Cómo, pues, no habría de oírte y darte Él toda la gracia y la que necesitas? ¡Si Él no ha retenido a su propio Hijo, sino que lo ha entregado por todos nosotros!

En resumen, cuando las tribulaciones dentro y fuera acosan mi vida y se convierten en un torbellino de confusión en mi mente, y ya no sé qué pensar ni qué puede pensar Dios de mí... cuando mi conciencia me condena por mis pecados e infidelidades... ¡Qué alivio y consuelo indescriptible es poder mirar a Aquél que no escatimó ni a su propio Hijo por mí!

Desde el comienzo del mundo, por causa de Él, Dios ha oído y auxiliado a todos los que le han invocado.

Finalmente, cuando llegue mi última hora y tenga que morir, es posible que la oscuridad de la eternidad me rodee. Quizás mi alma esté llena de angustias y temores, por el pasado y por el futuro. ¡Qué consuelo recibiré si en esos momentos alguien puede decirme al oído: "Dios no ha escatimado a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros!" ¿Cómo no habría de ayudarte ahora? ¿Cómo no habría de ser Él tu fiel Amigo y Auxiliador en la hora de tu muerte, tal como lo fue durante tu vida? Cuando nuestro tiempo de prueba llegue a su fin, Dios renovará las abundantes riquezas de su gracia para con nosotros y entonces nos dará, en el más completo sentido, "todas las cosas" junto con su Hijo.

13. **Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo.** Fil.1:27

Piensa en todas las cosas buenas que el evangelio nos ha dado. ¡Recuerda que santo y sublime llamado hemos recibido! ¡Somos hijos de Dios y herederos de riquezas eternas! Somos hermanos y coherederos con Cristo (Ro.8:17). Somos conciudadanos de los santos y miembros de la familia de Dios (Ef.2:19). Somos sacerdotes al servicio del Rey (1 P.2:9), templos vivientes del Espíritu Santo; sí, santos de Dios en este mundo.

Todo eso es la persona que vive unida al Salvador por medio de la fe. Y aunque parezca absurdo, es ciertamente la verdad porque Dios mismo lo dice. Se basa en un fundamento tan firme, que no puede ser derribado por todas las tormentas del pecado, siempre que por medio de la fe permanezcamos en Cristo, bajo su amparo. Es así, porque el Señor lo ha prometido y lo hace posible.

Hemos recordado nuestro sublime llamado en Cristo. Ahora podemos entender la importante recomendación que nos hace el apóstol, al pedirnos que nos comportemos como es digno del evangelio de Cristo. Si pensamos a fondo en esta cuestión, quisiéramos morir de angustia, a pesar de que nuestras vidas puedan ser mucho mejores que la de la mayoría de la gente. Así como no es adecuado que los príncipes vivan como los hijos de las familias más bajas de la sociedad; tampoco es adecuado que los cristianos vivan como los hijos de este mundo. ¡Quiera Dios ayudarnos a reflexionar y recordar esto un poco mejor! ¡Piénsalo!

Eres afortunado por haber sido elegido para ser amigo y discípulo de Cristo. Tú puedes ver como el mundo está bajo el poder del mal; como la gente está espiritualmente muerta y ciega, bajo el poder espiritual que opera en los hijos de la incredulidad. Entre ellos anduvimos todos nosotros, siguiendo los deseos de la carne. Pero tú has sido elegido para quedar fuera de este poder de la oscuridad y ser trasladado al reino del amado Hijo de Dios. Y ahora tienes parte en la herencia de Cristo, junto con los santos. Tú disfrutas de la amistad y la comunión con Dios. Dispones de la gracia y la eterna justificación para todas tus imperfecciones. Tienes el Espíritu Santo en tu corazón y una firme seguridad en la gloria venidera.

¿No deberías, pues, consagrar tu vida al Señor? ¿Acaso no deberías rechazar la idea de hacer lo que se te antoje con tu vida? Tendrías que pensar siempre que estás llamado a vivir para el Señor, es decir de una manera diferente a los demás. Por cierto: ¡Todos deberían vivir constantemente según el Espíritu, “adornando” en todo la doctrina de nuestro Dios y Salvador! Pero, el pecado original que hemos heredado de Adán aún tiene mucha influencia en nuestra naturaleza.

Padecemos muchas angustias debido a nuestros errores y debilidades. Junto al apóstol Pablo te lamentas diciendo: “No hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago” (Ro.7:19). Pero, a pesar de ello, siempre tienes que estar ejercitándote en la santificación; perpetuamente tienes

que prestarle atención a tu llamado, como amigo y discípulo de Cristo, para que puedas conducirse como es digno del evangelio.

Lutero escribió: "Aquí el apóstol quiere decir: Tú has recibido la Palabra y la gracia de Dios y así fuiste salvo. En Cristo tienes todo lo que necesitas. Acuérdate de esto y recuerda también que has sido llamado a algo diferente y superior. Por lo tanto, vive de tal manera que la gente pueda ver que buscas un bien superior, y que de hecho lo has recibido. Procura que tu vida sirva para la honra y gloria del que te ha dado tal tesoro. Y ten cuidado para no dar a nadie motivos para burlarse de este tesoro ni para despreciar la Palabra de Dios. Al contrario, que por tu manera de vivir y por tus buenas obras, los demás puedan sentirse atraídos y animados a creer también en Cristo y alabarlo. Recuerda también que los pecados cometidos por los cristianos no sólo provocan la ira de Dios. Lo que agrava los pecados de los creyentes es que dan motivos para que la gente mundana blasfeme el nombre de Dios; además pueden hacer que algunos se escandalicen y rechacen la fe. Por eso el apóstol Pablo dijo: "El nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles por causa de vosotros" (Ro.2:24). La vida del cristiano ha de ser de tal manera, que el nombre de Dios no sea blasfemado por su culpa. Los cristianos tienen que cuidarse de modo que no causen tropiezos a otros con su manera de vivir. El nombre y la gloria de Dios tienen que ser muy importantes en sus vidas, de manera que busquen evitar difamaciones, aún a costa de perder su gloria personal, sus bienes, e incluso sus vidas".

Quiera cada uno analizar su propia vida y pensar seriamente sobre esto, para así, evitar ofensas al evangelio. Que encaminemos nuestras vidas de acuerdo a los Mandamientos de Dios, para gloria de su nombre. Sí, que todo aquel que lea esto se detenga a pensar en sí mismo. Tanto los laicos como los pastores cristianos tienen que recordar que los ojos de la gente pagana están sobre ellos, observando sus actos. Lo que hacen los hijos de este mundo, no importa demasiado. Ellos no están unidos a Dios, sino que actúan independientemente. Pero lo que los cristianos hacemos siempre se asocia con el evangelio.

Cuidémonos, pues, para vivir de acuerdo a nuestro llamado cristiano.

14. **Oíd, y vivirá vuestra alma.** Is.55:3

Mira cómo el profeta confirma aquí la principal doctrina de toda la Escritura: Nuestra justificación ante Dios por medio de la fe. El apóstol Pablo dijo: “La fe es por el oír” (Ro.10:17). Y Jesús dijo: “Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado” (Jn.15:3). -No habéis hecho otra cosa que escuchar mi mensaje, y a consecuencia de ello mis palabras han creado la fe en vuestros corazones. Y ahora estáis limpios.

Y esto lo dice Jesús personalmente; lo afirma Aquél que nos juzgará a todos en el Juicio Final. Toda la Escritura une la salvación y la eterna bienaventuranza a la pequeña palabra “fe”. Por eso, pongamos toda la atención en cómo se obtiene la fe. ¿Y qué es la fe? Todo el que quiera ser salvo tiene que involucrarse en este tema, porque la eterna bienaventuranza depende de ello.

Oye, pues, lo que el Espíritu Santo dice al respecto: “Oíd, y vivirá vuestra alma”. Sólo: “¡Oíd!” La fe viene por oír. La fe no viene solo así. Es un error si pensamos y pensamos, y volvemos a pensar y pensar, pero no oímos lo que Dios dice. La fe no viene de esa manera. Tampoco viene por sólo desear y esperar al Espíritu Santo. Ni viene porque trabajemos en nuestro corazón para producir la fe en él. No, Cristo dice que viene: “Por la palabra”.

Detente y ponte a escuchar lo que Dios dice. Tómale la palabra a Dios y confía en Él, porque no miente. No importa lo que merezcas; no importa si tu arrepentimiento es un desastre; no importa lo pequeño que te sientas ante ti mismo... si tan sólo puedes tomarle la palabra a Dios y poner la fe de tu corazón en Cristo, entonces tendrás al Salvador y todo lo que Él ha conseguido.

Observa ahora qué preciosas son las palabras del apóstol Pablo sobre este tema, en Ro.10:6-8: “Pero la justicia que es por la fe dice así: No digas en tu corazón: ¿Quién subirá al cielo? (esto es, para traer abajo a Cristo); o, ¿quién descenderá al abismo? (esto es, para hacer subir a Cristo de entre los muertos). Mas, ¿qué dice? Cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón. Esta es la palabra de fe que predicamos”.

El apóstol quiere decirnos: “No anden buscando a Cristo en lugares inciertos, oscuros o lejanos. ¿Qué dice la Escritura? Que la palabra está ahí, y es cuestión de oírla. ¡Oye! Tienes la Palabra, la Palabra de la fe. Sí, pero dónde puedo hallar a Cristo? ¿Es que no oyes? ¡Lo tienes al alcance de la Palabra! Toma la Palabra y tendrás a Cristo. Lo que pasa es que piensas que Cristo está muy lejos, por allá arriba, en el cielo, o en las profundidades del espacio; no sabes dónde está en realidad, pero te lo imaginas muy, muy lejano y te proyectas hacia el infinito... -¡No es necesario! -dice el apóstol. Cerca de ti está la Palabra, la Palabra que trae la fe. Si recibes la palabra, recibes a Cristo. Porque cuando recibes la palabra que testifica acerca de Cristo, en ese mismo momento recibes también a Cristo con todas sus obras, con todo lo que la palabra contiene. Esta es la manera en que la fe nos salva. Dios te da una palabra. Tú recibes esa palabra. Y desde ese

mismo momento tienes lo que la Palabra dice y promete. Eso es lo que Cristo quiso enseñarnos todo el tiempo que anduvo por ahí ayudando a la gente solamente con palabras. Él anunció un mensaje por medio de palabras. La gente creyó su palabra. Y eso sucedió inmediatamente.

En Jn. 4 tenemos un ejemplo que nos enseña al respecto. El hijo de un hombre noble, un funcionario del rey, estaba enfermo, a punto de morir. El hombre fue a ver a Jesús y le pidió que viniera a sanar a su hijo. Pero Jesús comienza reprendiendo la incredulidad, diciendo: "Si no viereis señales y prodigios, no creeréis". El hombre insistió otra vez con su pedido. Sin embargo, Cristo no fue. ¿Qué hizo, en cambio, nuestro Señor? Le dio su palabra. Le dijo: "Ve, tu hijo vive". "Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue.

"Cuando estaba llegando a su casa, sus siervos salieron a recibirle, y le dieron las nuevas, diciendo: Tu hijo vive. Entonces él les preguntó a qué hora había comenzado a estar mejor. Y le dijeron: Ayer a las siete le dejó la fiebre. El padre entonces comprendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive; y creyó él con toda su casa" (Jn.4:43-54). Su hijo fue curado en la misma hora que él recibió la palabra de Jesús por medio de la fe.

Pero, ¿qué es "andar por fe" (2 Co.5:7)? El hombre no había recibido ninguna prueba visible, y Jesús no lo acompañó. Tampoco llevó consigo ninguna medicina. No tenía absolutamente nada que pudiera ver o sentir. Sólo había recibido una palabra. Y regresó a su hogar solo con la palabra. Durante la larga noche tuvo que contentarse solamente con esa palabra. Y al llegar, se encontró con sus siervos que le dieron la buena noticia. Así también nosotros tenemos que contentarnos con la palabra de nuestro Señor. Tenemos que andar por fe sin ver nada de su cumplimiento.

No se puede expresar lo importante que es recordar esto, grabándolo profundamente en nuestro corazón. Es casi incomprensible el largo tormento, el desgaste y la agonía que sufren muchas personas, hasta que llegan a comprender esta clave: tenemos que comenzar oyendo y recibiendo la Palabra de Cristo, y confiar en ella.

Siempre queremos sentir algo en nuestro corazón, y tener una experiencia sensorial de la manifestación del Espíritu, antes de llegar a creer. Pero eso no puede sucedernos antes de que la Palabra abra nuestro corazón.

15. Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros, sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano.

Ro.14:13

El apóstol habla con lenguaje persuasivo, incluyéndose a sí mismo en el deseo que expresa. Dice: "Ya no nos juzguemos más los unos a los otros".

Observemos dos cosas: Primero, nuestra inclinación a juzgar o despreciar al hermano es muy fuerte. En segundo lugar, este pecado es más grave y destructivo de lo que solemos pensar.

Si nos miramos a nosotros mismos, podremos darnos cuenta rápidamente, que nuestra inclinación a juzgar a los demás es muy fuerte. Siempre estamos listos para juzgar a nuestro hermano por cualquier motivo. Así somos todos.

Pero son todavía peores los que aún no han sido quebrantados por las demandas de Dios y están orgullosos de sí mismos, porque su perversidad aún no ha sido reprendida, ni han sido cautivados todavía por la gracia de Dios. Sin embargo, ¿no tenemos todas esas mismas tendencias?

Si nuestro hermano no tiene la misma manera de expresarse que nosotros, enseguida sospechamos de él, aunque no haya dicho nada que demuestre que hay falsedad en su espíritu. Quizás sólo tenga una opinión distinta sobre el tema. O tal vez tenga una manera diferente de vivir, vestir, comer y beber. Sí, enseguida sospechamos de su honestidad y de sus intenciones. Y si nos enteramos que ha cometido algún pecado o vemos que tiene una debilidad, entonces nos creemos con derecho a juzgarlo, sin averiguar si ha pecado voluntariamente, o si por el contrario, lo siente y lucha contra ese pecado.

Lutero dijo: "Somos unos santos muy tontos. Todos los días pecamos y siempre necesitamos perdón, a lo largo de toda nuestra vida. Y a pesar de eso queremos que nuestro hermano sea perfecto, sin ningún defecto". Peor todavía si él nos ha ofendido. En ese caso, enseguida tenemos ojos de águila para buscar y encontrar fallas en él. Así es el corazón humano. Y esa es la verdadera fuente de donde provienen todos los juicios, desprecios, y actitudes despiadadas: nuestro corazón.

Debido a nuestra maldad, egoísmo y autoestima natural, también los creyentes actuamos muchas veces como ciegos; y pretendemos estar movidos puramente por santo celo. Así nos comportamos de manera totalmente contraria a la amonestación que nos hace el apóstol y a la gran ley del amor. ¡Al juzgar y criticar no le hacemos nada bueno a los demás! ¡Solamente les hacemos daño! Nuestra fuerte inclinación a juzgar a los demás, es una de las razones de la amonestación del apóstol.

La otra razón es que juzgar, es un pecado mucho más grave de lo que solemos pensar. Creemos que es una falta insignificante, o incluso que tenemos pleno derecho y que está bien juzgar a nuestros hermanos. Pero, al contrario, es un vicio malo y destructivo. El que se pone a juzgar desprecia el derecho real que Dios tiene sobre sus siervos y se entromete

en algo que le corresponde sólo al Señor. Y también le causa mucho daño a su prójimo. Amarguras, maltratos, sospechas, divisiones y partidismos suelen producirse sólo porque alguien tiene la mala costumbre de juzgar. Si se reprende al otro con humildad y en secreto, se arrepentirá. Pero todo juicio ilegítimo sobre la actitud interior y las intenciones secretas del corazón, generalmente provoca amargura, resentimiento y separación de la familia de la fe; crea bandos y enfrentamientos. En resumen, juzgar es un mal detestable, en todos los sentidos. Por eso seguramente el apóstol nos amonesta tan insistentemente y finalmente dice: "Así que, ya no nos juzguemos más los unos a los otros". "Sino más bien decidid no poner tropiezo u ocasión de caer al hermano".

Al decir: "decidid" (juzgad) el apóstol usa la palabra "juzgar" en un sentido especial. Anteriormente se refería al juicio sobre las conciencias, las intenciones y las motivaciones secretas de los hermanos. Eso está completamente prohibido a los seres humanos. Pero aquí la palabra juzgar -"decidir"- se refiere a tomar la determinación personal de no ser jamás una piedra de tropiezo, ni causar la caída del hermano.

Es como si el apóstol quisiera decirnos: -En lugar de usar la mente para hacer juicios implacables contra los demás, usémosla al servicio del amor. Juzguemos o decidamos en nuestras mentes no poner tropiezos ni causar la caída de nuestros hermanos. -"Poner tropiezo" y "hacer caer" al hermano significan -en el idioma original- lo mismo, en el idioma original; o sea: "causarle problemas de conciencia, perturbarlo y hacer que se confunda".

Notemos que los fuertes pueden hacer esto, usando su libertad en momentos inapropiados. De esa manera pueden confundir a los débiles con respecto al verdadero sentido del Evangelio. O pueden ser seducidos a vivir (los débiles) de una manera para la cual todavía no están preparados, sin estar plenamente convencidos de que es algo inocente. Los cristianos no deberían provocar esas cosas. Deberían tomar la firme decisión de no dar al hermano ningún motivo de confusión.

16. **En él estaba la vida.** Jn.1:4

Con respecto al significado de estas palabras, sabios intérpretes bíblicos han expresado con indudable acierto que la “vida” que estaba en Cristo debe ser entendida en el más amplio sentido. Abarca toda la vida que ha surgido del Verbo creador. Cuando Dios creó todo lo que tiene vida sobre la tierra, lo creó por medio de la Palabra, de modo que toda vida proviene de ella. Es característico de Juan escribir teniendo en mente objetivos espirituales, como podemos leer en 1 Juan 5:11-12: “Y esta vida (eterna) está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida”. Por eso podemos interpretar que cuando dice que “en él –en Jesucristo- estaba la vida” se está refiriendo a nuestra vida espiritual, a la vida eterna y a la salvación del mundo. Esa fue la razón principal por la cual el Hijo de Dios se hizo hombre.

Tradicionalmente, en la iglesia se describe simbólicamente al apóstol Juan como el águila solar. Es característica de él su visión profunda y clara. Con palabras simples escribe pensamientos elevados y profundos. En nuestro texto Juan pone su mirada en cómo la humanidad ha perdido la vida de Dios con la caída en el pecado. Es así de acuerdo al primer juicio de Dios, que leemos en Génesis 2:17: “Mas del árbol de la ciencia del bien y del mal no comerás; porque el día que de él comieres, ciertamente morirás”. La visión de Juan percibe que esa vida está ahora sólo en el Hijo. Y dice que solamente a Él se le ha concedido tener vida en sí mismo y se le ha dado el poder de dar vida a quienes Él quiera.

Juan señala que lo que el ser humano hace y procura hacer para su salvación, es y será siempre muerto y hecho en vano.

Es imposible que una persona que murió pueda revivirse a sí misma; y también es imposible que un cadáver en descomposición pueda darse a sí mismo vida espiritual, por más que luche y se ejercite en hacer la voluntad de Dios.

En toda la creación no hay ni siquiera un gusano, ni una hoja de hierba, que no haya recibido la vida de la Palabra creadora de Dios. Y tampoco existe ningún ser humano que tenga la capacidad de vivir en Dios y alcanzar la vida eterna por sí mismo. Todo lo que podamos hacer nos lleva inexorablemente a la perdición, a menos que desesperemos completamente de toda nuestra capacidad, y tan sólo escuchemos la voz del Hijo y recibamos la vida de él.

Como dice el propio Señor: “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios; y los que la oyeren vivirán” (Jn.5:25). Y sabemos cuán seriamente habló Cristo acerca de la muerte espiritual en otra ocasión, en la que comparó a los hombres espiritualmente muertos con cadáveres vivientes. Fue cuando le respondió a un discípulo que quería seguirle, pero primero deseaba enterrar a su padre. “Señor, permite que primero vaya y entierre a mi padre. Jesús le dijo: Sígueme; deja que los muertos entierren a sus muertos” (Mt.8:22). Así,

pues, Dios ha dejado perfectamente claro que la vida está solamente en su Hijo, y que sólo el que tiene al Hijo tiene vida.

Pero tener al Hijo no es solamente orar a Él o tratar de servirle. No, se sobreentiende que también hemos nacido de Dios; se da por sentado que hemos llegado a ser nuevas criaturas, y que podemos decir junto con el apóstol Pablo: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne lo vivo en la fe del Hijo de Dios, El cual me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Gá.2:20).

En otro lugar, el mismo apóstol dice: "Si la ley dada pudiera vivificar, la justicia fuera verdaderamente por la ley" (Gá.3:21). Pero a lo largo de sus cartas, Pablo demostró clara y enfáticamente que no hay ninguna ley capaz de justificarnos y vivificarnos. Es una enseñanza muy importante del cristianismo, que todo lo que hacemos de acuerdo a la santa ley de Dios, que todas las buenas obras que realizamos, no pueden dar vida a nadie. Porque la ley tan sólo puede demandar lo que hay en el ser humano, y en el hombre natural no hay vida. Sólo el que creó la vida al principio puede dar vida, cuando Él llega a ser la vida y la paz del alma. Ese es el significado del texto que dice: "En Él estaba la vida". Lutero lo entendió, y dijo al respecto: "Nada más que con estas palabras ya es suficiente como para derribar toda pretensión humana en cuanto a nuestra capacidad y al valor de nuestras obras. ¿Cómo es posible que algunos sigan hablando de nuestra libertad para elegir y decidir por nuestra cuenta? ¡Haz todo lo que puedas! ¡Haz todas las buenas obras de los santos y de los ángeles! Y todavía seguirás estando espiritualmente muerto. Aquí se nos dice claramente que lo que no está en el Verbo (en Cristo), está muerto".

Todos los que están cansados y agobiados, necesitan pensar y creer esto. A pesar de todo lo que puedan esforzarse y hacer para su conversión y santificación, seguirán estando espiritualmente muertos y perdidos, en tanto y en cuanto no desesperen de sí mismos y de todas sus obras, y vengán al Hijo. Sólo Él tiene vida y solamente Él da vida. Todo nuestro esfuerzo por salvarnos a nosotros mismos es en vano. Para recibir toda vida espiritual y eterna, tenemos que obtenerla de la misma Palabra todopoderosa de nuestro Creador, que dijo al comienzo: "Sea la luz, y fue la luz". A través de la ciencia y el arte los seres humanos pueden reproducir o imitar las cosas creadas y a los seres vivientes, pero no son capaces de crear un ser viviente de la nada. No podemos crear vida. La vida solamente puede ser dada por Dios. Por eso, todo intento y esfuerzo de nuestra parte para obtener vida espiritual, es en vano. Solamente en Aquél que es llamado "el verbo" o "la Palabra de Dios" y que hizo todas las cosas al principio, está la vida espiritual y la vida eterna.

17. **Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca.** Ro.9:15

El apóstol quiere decir: Dios es fuerte y soberano. Nadie puede reclamarle nada. Nadie puede llevarlo a juicio o pedirle explicaciones por lo que hace. Él da su gracia a quienes quiere dársela.

En la parábola de los labradores de la viña Jesús describe a un hombre bueno, que decidió pagarle a todos los obreros de su viña el jornal de un día completo, aunque algunos trabajaron solamente una hora. Y cuando un obrero que había trabajado durante todo el día murmuró criticando su decisión, el dueño de la viña le respondió: “Amigo, no te hago agravio; ¿no conviniste conmigo en un jornal? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar a este último como a ti. ¿No me es lícito hacer lo que quiero con lo mío? ¿O tienes tú envidia, porque yo soy bueno?” (Mt.20:1-16). De la misma forma, a los judíos y a todas las personas que quieren justificarse a sí mismas, Dios les dice: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca”. ¡Qué inmenso consuelo para todos los pobres pecadores! ¡Esto es algo que se necesita mucho! Por naturaleza, todos tendemos a justificarnos a nosotros mismos. Por más que hayamos comprobado a fondo cientos de veces que nuestra naturaleza es débil y que Cristo es nuestro único y suficiente Salvador, aún seguimos buscando cada día méritos en nosotros mismos. Creemos que si llegamos a ser más piadosos, entonces Dios nos dará su gracia. Pero si tenemos amargas y duras experiencias debidas a nuestra perversidad, creemos que Dios debe estar enojado con nosotros. Entonces nos desanimamos y le tenemos miedo. Actuamos como si la gracia de Dios dependiera de nuestra auto-justicia. No hay iluminación ni experiencia que ayude contra nuestra necesidad. Es una enfermedad de nuestra verdadera naturaleza y no podemos evitarla.

Pero entonces, ¿qué puede librarnos de seguir la tendencia hacia la incredulidad, y ayudarnos a permanecer en la fe? Solamente la Palabra de Dios, recordando y reflexionando sobre versículos como el que estamos considerando.

El Señor declara personalmente: “Tendré misericordia del que yo tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca”. Dios nos está diciendo aquí, que todos los méritos humanos no sirven de nada ante Él. -Tendré misericordia del que yo tenga misericordia; lo único que importa es mi libre gracia: que Yo me compadezca del pecador. Ninguna persona es digna de mi gracia. Todos están perdidos y los méritos que algunos puedan tener ante los demás, no los hacen diferentes delante de mí. Todo en ustedes está contaminado por el pecado y está maldecido. Lo que Yo hago, lo hago por amor de mí mismo. -Así dice el Señor en forma clara en Is.43: “No me invocaste a mí, oh Jacob... sino pusiste sobre mí la carga de tus pecados, me fatigaste con tus maldades. Yo, yo soy el

que borro tus rebeliones por amor de mí mismo, y no me acordaré de tus pecados" (22,25).

Veamos, pues, las condiciones de esta tan libre gracia de Dios. La primera es que todos los seres humanos están perdidos en pecados. "Por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él" (Ro.3:20). "No hay justo, ni aún uno" (Ro.3:10). "Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron" (Ro.3:22-23).

Hasta el cristiano más piadoso todavía carga con un pecado en su corazón, es decir, el pecado contra el Primer Mandamiento, que es el más importante. También tiene muchos pensamientos pecaminosos, codicias y deseos que van contra todos los demás mandamientos de Dios. Por eso, iera completamente necesario que la gracia fuese libre e independiente de lo que somos nosotros, para que nuestra salvación fuera posible! Dios no encontró ni un solo ser humano que merezca misericordia por su buena conducta. Por eso declara: "Tendré misericordia del que tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca".

La segunda causa por la cual la gracia de Dios es tan libre, es la completa obra redentora de Cristo. Movidado por su gran amor hacia nosotros, Él nos ha dado a su eterno Hijo para restaurar lo que se arruinó con la caída en el pecado. El Hijo habría de cargar sobre sí mismo el pecado de todo el mundo y pagaría nuestra deuda con su propia vida. Él habría de satisfacer todas las demandas de la ley con su obediencia, y obtendría justicia perfecta para nosotros.

Por eso la gracia de Dios es tan libre, y no depende de lo que nosotros merecemos. No, Él está siempre perfectamente satisfecho con los que se han revestido con la justicia de su Hijo. Pues solamente con la justicia de Cristo somos justificados ante Dios, y somos libres de la ley. Y así estamos libres de toda condenación, en todos los momentos –siempre y cuando estemos en Cristo. Si Dios mirase de acuerdo a nuestra dignidad, entonces la justicia no estaría solamente en Cristo.

El Señor Dios nos dice todo esto cuando declara solemnemente: "Tendré misericordia del que tenga misericordia, y me compadeceré del que yo me compadezca".

18. **Porque el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo.** Ro.14:17

Si queremos saber qué nos convierte en cristianos, en personas justificadas ante Dios, y miembros de su reino, entonces tenemos que prestar atención a lo que el apóstol nos dice aquí. No es la comida ni la bebida, ni nada que nosotros podamos hacer. No, sino que es sólo por medio de la gran obra que Dios ha hecho por nosotros, solamente por medio de “la justicia de Dios”, que se recibe a través de la fe. “El que tiene al Hijo, tiene la vida” (1 Jn.5:12).

Precisamente, el reino de Dios consiste de esta Justicia. Lutero explica este texto así: “En el reino de Dios, Cristo reina sobre todo aquel que cree. Como un rey fiel, él protege, disciplina, guía, gobierna sobre ellos y les retribuye. A cambio, ellos confían en él, y voluntariamente reciben su corrección paternal y su disciplina. Lo siguen y obedecen. Este reino no es de este mundo ni es temporal, sino espiritual. No consiste en comidas y bebidas, ni en cosas externas. No, sino que solamente consiste en justicia, en consuelo y satisfacción de las conciencias y los corazones humanos. En definitiva, no es otra cosa que el perdón y la remisión de los pecados. El pecado acusa, mancha y angustia la conciencia. Un reino terrenal existe para garantizar la paz y la buena convivencia entre los ciudadanos. El reino de Dios otorga estas cosas, pero espiritualmente. Destruye el poder del pecado, y no es otra cosa que una continua limpieza y perdón de pecados. Es así como Dios revela su gloria y su gracia en este mundo, quitando y perdonándole los pecados a los seres humanos. Este es el reino de gracia en la tierra. Pero cuando el pecado y la corte que le acompaña: el diablo, la muerte y el infierno, no puedan acosar más a los seres humanos, entonces el reino de gracia pasará a ser un reino de perfecta y gloriosa felicidad”.

Cuando somos justificados por medio de la fe en Cristo y liberados así de la condenación del pecado, surge en nosotros una nueva forma de obediencia voluntaria a Dios. Por medio de la fe en Cristo y la obra del Espíritu, recibimos corazones nuevos. Así, motivados por el amor de Dios, queremos obedecerle voluntariamente, y encaminar toda nuestra vida en el camino que nos traza la Palabra de Dios, más allá de lo imperfectos que somos. Pero comenzamos a amar a los demás y nos esforzamos por servirles, como Cristo nos ha amado y servido a nosotros.

Ahora no sólo queremos hacerle a nuestro prójimo lo que es justo, sino también lo que es bueno para él. Deseamos servir y ayudar a todas las personas, especialmente a los pobres e indefensos. Y cuando somos dirigidos así por el amor, buscando continuamente el bien de los demás, entonces –como dijera Lutero– “las buenas obras de los cristianos no tienen nombre”. Es decir, no hacemos el bien buscando que la gente nos alabe. No, sino que cristiano hace el bien porque ya no está esclavizado por reglas, sino que sigue la suprema ley del amor, respondiendo a lo que el amor requiera en cada caso.

La otra característica del reino de Dios que el apóstol menciona, es la paz. Esta paz consiste en una buena relación con Dios. Ya no estamos bajo su ira, sino que gozamos de su buena voluntad y amistad. Somos sus hijos. Por medio de la fe llegamos a ser personas reconciliadas con Dios; y nuestra conciencia puede tener la bendita seguridad que es ciertamente así: Podemos tener un buen corazón y una conciencia limpia. Esto es llamado por el apóstol: “el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre!” (Ro.8:15).

Los hijos que se habían perdido al caer en pecado, ahora están otra vez unidos a Dios. Pueden volver a tener una profunda unión con su Padre. Esto, por cierto, puede llamarse “el reino de Dios”. Sí, el reino de Dios en la tierra.

La tercera característica es “el gozo en el Espíritu Santo”. El cristiano no sólo tiene paz, sino también mucha alegría en el Espíritu. Sí, a veces puede estar “rebotante de gozo en todas las tribulaciones” (2 Co.7:14). El gozo en el Espíritu Santo es una consecuencia natural de la verdadera fe en el evangelio.

El evangelio de Cristo nos trae “noticias de gran gozo para todo el pueblo”, tal como dijera el ángel cuando Jesús nació en Belén (Lc.2:10). Pero, al mismo tiempo, al igual que la fe, el gozo es un don de Dios, y una obra de Dios que nadie conoce, a no ser que la experimente en su propia vida. La Escritura contiene muchos relatos de personas que se alegraron mucho por haber recibido la gracia de Dios, que se nos anuncia en el evangelio de Cristo. Por ejemplo, las tres mil personas que fueron convertidas el día de Pentecostés; el eunuco etíope; el carcelero de Filipos, etc.

El que antes estaba bajo la ira de Dios, ahora ha sido reconciliado con Él. Y por la iluminación del Espíritu comienza a darse cuenta que ha sido incorporado a un reino de gracia celestial. Por eso, tal persona ciertamente se alegra. Este gozo a menudo acompaña a la primera etapa de consolidación de la fe, en los dulces días de fiesta de bodas, cuando el Esposo celestial está cerca y perceptible; cuando sus decisiones y sus pruebas todavía no han sido muy difíciles. El gozo es otorgado de diferentes maneras, de acuerdo al modo en que el Señor trata con las almas. Generalmente, los que menos aflicciones tienen, también disfrutan menos del gozo celestial. Y después de una gran aflicción, suele venir mucho gozo. Eso es lo que nos enseña la historia de los santos de Dios.

19. Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros. Ro.8:11

Dios vivificará tu cuerpo mortal. Aquí se nos dice que los mismos cuerpos terrenales que se entierran, serán levantados, restaurados y glorificados por el todopoderoso Dios.

Estas cosas ya le habían sido reveladas en la antigüedad a Job el patriarca quien dijo: “Y después que deshecha este mi piel, en mi carne he de ver a Dios” (Job 19:26). Y también Isaías dijo: “Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! Porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos” (Is.26:19).

En el día del Fin del mundo, cada alma volverá a juntarse con su propio cuerpo. Con ese cuerpo que hubo servido a Dios o al diablo. En este tiempo presente el cuerpo es el instrumento del alma. Por eso, recibirá recompensa o castigo en el más allá. Todo dependerá si ha servido al pecado en el reino de las tinieblas, o a Cristo y a su causa, haciendo el bien. Los cuerpos resucitados serán transformados y adaptados para vivir eternamente. Lo corruptible necesita ser hecho incorruptible. Y los que estuvieron unidos a Cristo tendrán sus cuerpos semejantes al cuerpo glorificado de Cristo.

En este tiempo presente, ellos llevaron la imagen del primer Adán, una imagen que era de la tierra, terrenal. Así, en la resurrección, llevarán la imagen del segundo Adán, una imagen que es celestial.

En Filipenses 3:21 leemos que nuestro Salvador Jesucristo “transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil.3:21). Cuando Cristo se transfiguró ante sus discípulos “su rostro resplandeció como el sol y sus vestidos se hicieron blancos como la luz” (Mt.17:2). Así, también “los justos resplandecerán como el sol en el reino de su Padre”, de acuerdo a las palabras del propio Jesucristo (Mt.13:43).

¡Quiera el Señor aumentar nuestra fe! El misterio y la gloria de la resurrección están más allá de nuestro entendimiento racional. Si uno depende de su intelecto, permanecerá en la oscura noche de la duda y la incredulidad. Lo decisivo es saber en quién uno cree: recordar que Dios es todopoderoso y fiel. Entonces uno puede estar seguro de la resurrección. Pero, ciertamente es necesario orar a Dios por el don de la fe.

El varsculo tambien dice: “Por su Espíritu, que mora en vosotros”. Al repetir su mención al Espíritu de Dios, el apóstol enfatiza el fundamento de la gloriosa resurrección. Es decir, que el Espíritu de Dios actualmente habita en los creyentes. Él quiere decir: ¡Piensen! Ya en esta vida Dios les ha dado su Espíritu. Vuestros cuerpos son templos de Dios en la tierra. En ellos Dios habita y obra. Él ha santificado y purificado vuestros cuerpos.

¡Eso indica que Él quiere glorificarlos! Sería una ofensa a la majestad y gloria del Espíritu si vuestros cuerpos, que son templos suyos, fuesen destruidos.

Es correcto y está bien que por lo menos creas en la inmortalidad del alma. Pero sin dudas es de vital importancia que creas todo lo que dice la Palabra de Dios, y no que selecciones y aceptes solamente lo que te parece razonable, poniendo en tela de juicio todo lo demás. Si haces eso, estás desviado del camino de la fe. Y se puede afirmar que ya no estás creyendo en la Palabra de Dios. En ese caso estarías siguiendo tus propias ideas, lo que tu limitada y pervertida mente aprueba.

Nuestro Señor hablaba a menudo sobre la vida en el más allá, como cuando dijo: “Yo le resucitaré en el día postrero” (Jn.6:40). Sin duda Él se refería también a los cuerpos, y no sólo a las almas. Quizás te resulte difícil aceptar cómo puede ser posible que los cuerpos que han sido desintegrados en la tierra, ahogados en el mar, o quemados, puedan resucitar. Entonces, recuerda cómo al principio Dios creó todas las cosas de la nada. ¿Quién le dio a Él, el material para hacer todas las cosas?

Contesta la pregunta que Dios le hizo a Job: “¿Dónde estabas tú, cuando yo fundaba la tierra?” (Job 38:4). Humíllate ante nuestro Altísimo y Bendito Creador. Reconoce que no eres capaz de comprenderlo todo. Confiesa que Él es Todopoderoso y capaz de obrar milagros. Y entonces ponte a mirar todo lo que Él ha hecho por nosotros. Él nos ha enviado a su Hijo, nos ha dado su Palabra y los sacramentos, y por medio de ellos nos ha dado su Espíritu. ¿No te dice todo esto que Él tiene la intención de glorificar tanto nuestros cuerpos como nuestros espíritus?

También tú puedes afirmar que “el Dios de paz que resucitó de los muertos a nuestro Señor Jesucristo, el gran pastor de las ovejas, por la sangre del pacto eterno” (He.13:20), vivificará los cuerpos muertos de sus hijos, por el Espíritu que mora en ellos. ¡Sea su nombre por siempre bendito!

20. **Porque separados de mí nada podéis hacer.** Jn.15:5

En el idioma original, este texto enfatiza que nada podemos hacer sin Cristo; pues dice Absolutamente nada. No debemos olvidar que nuestro Señor nos dice: “Sin mí nada pueden hacer, absolutamente nada”.

Y nos ha dado un ejemplo que es una clara ilustración de nuestra absoluta dependencia de Él: La rama cortada y separada del tronco; el pámpano que cae sobre la tierra, y se seca. Lo imposible que esa rama dé frutos.

Jesucristo dice: “Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” (Jn.15:4).

Es como si dijera: -Todas las decisiones y esfuerzos, las oraciones y luchas, son inútiles, si no están injertados en mí. A no ser que permanezcan en mí, no van a dar ningún fruto-. Por eso el apóstol dice: “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Co.3:5). Si ni siquiera somos capaces de pensar acertadamente, mucho menos seremos capaces de hacer lo bueno.

El mismo apóstol dice que Dios nos tiene que dar hasta la voluntad buena y honesta: “Dios es el que produce en vosotros tanto el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil.2:13). Y Dios hace su obra en las vidas de las personas que se han rendido ante Él, reconociendo luego de muchos esfuerzos inútiles, que no son capaces de nada. Cuando oyen la voz de Jesús y se convierten a Jesús, Él los vivifica con la vida que está en Él. Pero si insisten en luchar en sus propios esfuerzos, seguirán bajo el poder del mal.

Un joven cristiano se lamentaba por su debilidad e impotencia para hacer la voluntad de Dios. Entonces, otro más experimentado le dijo: “¿Por qué te quejas? Es totalmente imposible que salgas victorioso mientras sigas luchando”. Y como eso sonó muy herético (hereje) el hombre mayor aclaró: “Quiero decir: mientras tu ego todavía tenga confianza en su propia capacidad, y se esfuerce por vencer”.

Es que tenemos que comprender primero que somos nulos. Entonces el Señor viene y nos pregunta: -¿Aún tienes que comprobar si alguna de tus capacidades es suficiente? ¿Todavía piensas que puedes hacer algo por ti mismo? Y si respondemos de todo corazón: -Señor, reconozco que estoy perdido. Entonces el Señor dice: -Bien, ahora puedo rescatarte de la perdición, y poner tus pies sobre una roca, para que estés firme.

De manera que toda la vida y el poder para producir frutos depende de permanecer en Cristo. Sólo así podemos tener en nuestros corazones la íntima certeza de que Dios es nuestro Amigo, que Él nos ha perdonado todos nuestros pecados. Por eso Cristo es tan indescriptiblemente importante y necesario para mí. Gracias a Él, Dios no me inculpa ningún pecado. Vivo tan libre de culpa como si nunca hubiese pecado, como si la ley nunca hubiese sido dada.

Soy rescatado del mundo impío y deseo vivir para mi Salvador. Lo confieso con palabras y obras. Ahora hago con placer lo que antes era muy difícil para mí. Si antes no podía orar correctamente contra el mal, ahora ruego en fe y en el nombre de Jesús. Ya no tengo la intención de vencer para justificarme a mí mismo. Antes, quería poder para vencer al mal para salvarme a mí mismo; y por eso no era oído por el Señor. Ahora tengo todo lo que necesito en la gracia de Dios, que se me ofrece en Cristo. Y hago buenas obras solamente para demostrarle gratitud y glorificarlo.

Tengo que reconocer que no he sido librado de la carne pecaminosa y corrupta. Pero sigo creyendo que el verdadero poder para producir los frutos reside en mi unión con Cristo. Él me dice: "Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedir todo lo que queráis y os será hecho" (Jn.15:7). Y lo que no recibes estando unido a Cristo, encomiéndalo a su sabiduría y voluntad. Si Él quiere, Él puede convertirme tan santo y puro como un ángel. Pero Él sabe mejor, qué es lo conveniente para nosotros. Puede que tú digas: "Pero el Santo Dios no puede aceptar el mal. Debe ser culpa mía que no recibo la fuerza para vencer este o aquel mal". Sin dudas, la falta está en ti...

El problema es que nosotros vivimos confiando en nuestras propias fuerzas y no en la gracia. Por eso el Señor permitió al diablo zarandear a Pedro. Y por eso dejó que un mensajero de Satanás abofeteara al apóstol Pablo, para que él no se gloríe en sí mismo. Y le dijo: "Bástate mi gracia, porque mi poder se perfecciona en la debilidad" (2 Co.12:9). En esos momentos era más saludable que Pablo conociera la debilidad, en vez de poder.

¿O quieres vivir en la vanidad, en un espíritu superficial y mundano, en lugar de permanecer firmemente unido a tu Salvador? ¿Aún quieres llevar una correcta vida cristiana por ti mismo? Entonces, esa es la falla: los frutos disminuirán inmediatamente. Y el Señor dice: "Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí" (Jn.15:4). Igual que si vivieras en incredulidad o bajo la esclavitud de la ley, así no podrás producir frutos.

Tal vez pienses que es en vano permanecer en Cristo. Sabes que tu fuerza de voluntad es muy débil. ¿Qué hacer? ¿A quién acudir? Jesús es el que tiene todo el poder en el cielo y en la tierra. Sólo Él puede aplastar la cabeza de la serpiente. Él vino para destruir las obras del diablo. Por eso, tan sólo procura estar más estrechamente unido a Él y obtener una fe más incondicional en Él.

21. **Y este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados.**

Ro.11:27

Dios, el Todopoderoso dice: “Este será mi pacto con ellos, cuando yo quite sus pecados”. Este es el testamento de Dios. La voluntad de alguien, se convierte en un testamento irrevocable cuando es “confirmado por la muerte del testador” (He.9:16). Es su última voluntad. Uno no debe cambiar nada.

Como explica el apóstol en Gálatas 3:15: “Una vez ratificado un pacto, nadie lo invalida, ni le añade”. Y Dios dijo que haría un pacto así con el infiel pueblo de Israel. ¿En qué consiste tal pacto? El mismo Señor dice: “Yo quitaré sus pecados”. En Jeremías 31 Él describe ese pacto: El nuevo pacto no sería igual que el antiguo que hizo con sus padres, cuando los tomó con su mano para sacarlos de Egipto y los llevó al Sinaí. No, sino que sería un pacto nuevo y diferente. La diferencia sería que, en el primer pacto, la ley estaba escrita en tablas de piedra y fue dada a corazones rebeldes, a los que Él tuvo que obligar. Pero en el nuevo pacto, la ley estaría escrita “en sus corazones y mentes” (He.10:16). además en el primer pacto el pecado no sería perdonado, sino que debía ser castigado. En el segundo pacto, Dios “perdonará la maldad de ellos y no se acordará más de su pecado” (Jer.31:34). Así, pues, los rasgos característicos del Nuevo Pacto son el perdón de los pecados y la transformación de los corazones. Es un pacto de gracia, como lo declara el Señor reiteradamente.

Dios quiso hacer semejante pacto con el infiel pueblo de Israel. ¡Cuán inmensa y profunda es la gracia de Dios! Los israelitas habían pecado terriblemente, pero Dios, aún así quiso hacer un nuevo pacto con ellos: Él mismo quitaría sus pecados. Por cierto, antes Dios descargó su justa ira sobre ellos. Él cegó su entendimiento; los afligió con plagas; Jerusalén fue destruida y fueron llevados en cautiverio. Pero después, Dios quiso mostrarles otra vez su gracia, en el nuevo pacto que había sido prometido. Quiso perdonarles y tratarlos siempre bien. Así es el Señor, nuestro Dios.

Todo esto fue escrito para nuestra enseñanza. Si Dios perdona a gente como los israelitas y se olvida de sus pecados, ¿a quiénes no les podría perdonar? ¿Qué pecados no podría perdonar? Sin duda, entre los peores y más graves pecados están los que se cometen después de haber recibido abundante gracia, tanto como tener que reconocer que recibimos el misericordioso perdón de Dios, y conocíamos su santa voluntad, pero a pesar de ello volvimos a pecar. Pero así era con Israel. Sus pecados eran tremendos.

Y aun así. Dios quería perdonarles todo, si tan sólo “no permanecían en la incredulidad” (Ro.11:23). Él quería “quitar sus pecados”, limpiarlos por medio de la sangre propiciatoria, y tratarlos bien, comprobando y confirmando lo que había dicho por medio de Isaías: “...si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (1:18).

Préstale atención a las palabras: “Cuando yo quite sus pecados”. Dios fue ofendido, pero aun así, Él quería borrar los pecados personalmente. Es natural que pensemos que primero debemos librarnos del pecado, y recién entonces Dios será misericordioso con nosotros. Pero aquí y en toda la Palabra de Dios podemos leer que Él -personalmente- quiere quitar nuestros pecados. Y esto tiene dos aspectos: Primero, Él quita la culpa del pecado por medio del perdón y la reconciliación, de modo que ya no somos condenados. Al contrario, siempre estaremos en un reino de gracia, y el pecado que todavía está en nuestra carne y que se manifiesta a menudo, nunca nos será atribuido. No, sino que ante los ojos de Dios será como si no existiese ningún pecado, sino tan sólo enfermedad y sufrimiento, de los cuáles Él quiere consolarnos. Sí, Él se “compadece de nuestras debilidades” (He.4:15).

En segundo lugar, Dios también quitará el poder del pecado, de modo que ya no estaremos dominados por él. Así podremos vivir de una manera diferente a la de la mayoría de la gente del mundo. El Señor personalmente nos disciplinará por medio de su Espíritu, haciendo morir el pecado y santificando toda nuestra vida. El Señor hará todo eso personalmente. ¡Piénsalo!

Generalmente creemos que, aunque Dios perdone nuestros pecados por medio de Cristo, nos toca a nosotros erradicarlos y librarnos de ellos. Pero el Señor dice: “pondré mis leyes en sus corazones y en sus mentes las escribiré” (He.10:16). “Pondré mi temor en el corazón de ellos, para que no se aparten de mí” (Jer.32:40). “Porque Dios es el que produce en vosotros así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil.2:13). “No que seamos competentes por nosotros mismos para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Co.3:5).

Así que todas las amonestaciones y exhortaciones deberían enseñarnos a buscar y recibir todo de parte de Dios, por pura gracia, y a alabarlo a Él por todo.

22. **He aquí pongo en Sion piedra de tropiezo y roca de caída; y el que creyere en él, no será avergonzado.** Ro.9:33

¿Cómo sucede eso? ¿Cómo puede Cristo convertirse en un medio de perdición para nosotros?

Podemos verlo claramente en el caso de los judíos. En primer lugar, ellos se escandalizaron por su apariencia humilde y por su muerte vergonzosa. En segundo lugar, por la doctrina y los juicios de Cristo, tan diferentes a los suyos.

Lo mismo sucede en la actualidad. El mundo ciego se escandaliza ante la Persona y el Evangelio de Cristo. La gente piensa que es una tontería. El hecho que el Hijo de Dios asumiera la naturaleza humana y fuese degradado a tal extremo, es una locura para nuestra razón. Y lo mismo pensamos de la doctrina de la reconciliación por medio de su muerte y los sacramentos.

Si miramos el contexto en el que se encuentran las palabras del apóstol, veremos que el “tropiezo” es la doctrina de que Cristo perdona a los indignos pecadores, pero condena a los que se consideran justos a sí mismos. Esta es la “roca de caída”. E incluso hoy la gente sigue diciendo: “Este recibe a los pecadores” (Lc.15:2). “Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora” (Lc.7:39). Y así por el estilo.

Este “tropiezo” u ofensa, se produce en todos los lugares donde el evangelio es predicado en Espíritu y en verdad. Y no sólo con la gente superficial y frívola, sino también con muchos que “tienen celo de Dios” y “siguen una ley de justicia” (Ro.10:2; 9:31).

Sucede también con muchos que son considerados piadosos e iluminados cristianos, pero cayeron en confusión y comenzaron a rechazar el Evangelio, que no es otra cosa que la gracia de Dios en Cristo. Lo consideran como una enseñanza extraña, peligrosa para la santificación, y así se oponen a él. Es como dice el profeta: “Muchos tropezarán... y caerán” (Is.8:15). Porque si Cristo no hubiese venido a sus ciudades con su Evangelio, habrían seguido confiando tranquilamente en su propia justicia. Pero ahora han sido sorprendidos y se han revelado como enemigos del Evangelio, que con su luz y poder los ha desenmascarado.

“Y el que creyere en él, no será avergonzado”. ¡Alabado sea el nombre del Señor! Por más que muchos en Israel y en la cristiandad tropiecen en esta roca y caigan, hay sin embargo otros para quienes Él es “piedra preciosa” (Is.28:16) y roca de salvación. Sobre él, muchos basan toda su esperanza y consolación, en la vida y en la muerte. Y para ellos vale esta promesa: “El que creyere en él, no será avergonzado”. No ser avergonzado significa que la esperanza en él no será defraudada.

Pero, también somos conscientes que los cristianos a menudo son acosados por temores y dudas, preguntándose, por ejemplo: “¿Puedo estar seguro de que esta promesa también es para mí?” Dudas como

esa han atormentado a muchos santos, de todos los tiempos. Y las experimentamos en nuestras vidas. Así es en nuestra estrecha relación con Dios.

Son muchos nuestros errores y debilidades. Tan opaca y débil es nuestra fe, que a menudo no sabemos si realmente somos salvos, aunque creemos en Jesucristo.

Entonces, nuestro Padre eterno viene a nosotros y nos asegura: “Deposita toda tu esperanza tranquilamente sobre la roca que he puesto en Sión. Él nunca te defraudará. El que creyere en él, no será avergonzado”.

Prestemos atención, pues, a las palabras: “El que en él creyere, no será avergonzado”. No hay diferencia. Nadie está excluido. Cualquiera que creyere en Él: Cualquier persona caída en desgracia por culpa de sus pecados y que se refugia en Él; cualquiera que desespera de su propia justicia y de sus intentos por salvarse a sí mismo y oye el Evangelio, y confía en Cristo como su Salvador; cualquiera que acude a Él y le sigue, (como lo hicieron los pobres pecadores cuando Cristo estuvo en este mundo); cualquiera que por la fe en Él es adoptado como hijo de Dios y recibe nueva vida... ¡Cualquiera que creyere en Él de esa manera, no será defraudado! No puede ni debe ser avergonzado.

No, sino que tendrá vida eterna, tan cierto como que Dios es fiel y veraz, y no puede defraudar a los suyos.

23. **iGloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!** Lc.2:14

El día que Jesús nació, un ángel del Señor anunció a unos pastores de Belén: “Os ha nacido hoy... un Salvador. Y repentinamente apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alababan a Dios y decían: ¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!” (Lc.2:11,14).

¡Cómo tendríamos que alegrarnos y cantar a Dios esta alabanza nosotros, que somos parte de la humanidad tan altamente bendecida por Él! ¡Nosotros que somos destinatarios de estas “nuevas de gran gozo”!

Si comprendiésemos bien este milagro de gracia y el amor divinos, difícilmente podríamos vivir de tanta alegría. El eterno Dios se convirtió en un niño pequeño. El Creador yace en el heno, en un pesebre, y se entrega a nosotros. Si verdaderamente creemos esto, no podremos dejar de exclamar llenos de gozo: ¡Gloria a Dios en las alturas!

Los creyentes nos alegramos por la navidad más que por cualquier otra cosa en el mundo. Disfrutamos de un gozo que solamente conocen los que tienen la verdadera fe. El gozo del cristiano, indica el nivel y la calidad de su vida espiritual. El auténtico gozo en Cristo y por medio de Cristo es característico del verdadero cristiano.

Hay mucha diferencia entre los distintos tipos de gozo. Podemos sentirnos felices en la fiesta de navidad, aún sin ser creyentes. Pero ese no es el verdadero gozo por el nacimiento de Cristo. No es el gozo que inspira amor y alabanzas a Dios.

Muchos van más lejos. Son muy religiosos, piadosos, celosos de Dios y activos en sus iglesias. Pueden pensar y hablar sabiamente de cuestiones espirituales. Pueden orar, luchar y hacer muchas buenas obras tratando de alcanzar la salvación. Pero les resulta imposible alegrarse en el Salvador. No hablan ni siquiera una sola hora sobre Él, confesándolo, alabándolo y regocijándose por su obra. ¿Qué demuestra eso? Que Cristo todavía no ha llegado a ser el mayor tesoro y consuelo de sus vidas. Todavía no creen verdaderamente en Él. No han recibido el Espíritu que da vida. Son los que tienen confianza en la carne, o en las apariencias religiosas, como los fariseos. Cristo no tiene mayor importancia para ellos. Permanecen en la incredulidad, debido a pecados secretos o a sus intentos por justificarse a sí mismos.

La Escritura no puede ser anulada. Ella dice: “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz” (Gá.5:22). “El reino de Dios es justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo” (Ro.14:17). Donde no hay paz ni gozo en el Espíritu Santo, allí no hay vida espiritual, ni ha llegado aún el reino de Dios. Dice también la Palabra de Dios: “Creí, por lo cual hablé” (2 Co.4:13), “Donde esté vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón” (Mt.6:21), “De la abundancia del corazón habla la boca” (Mt.12:34). Así, uno puede sacar la conclusión de que la gente que no quiere hablar de Jesús, no se alegra verdaderamente

en Él. Antes prefieren hablar de otras cosas, que por cierto pueden ser importantes. Pero así demuestran que Cristo no es el fundamento de la fe de sus corazones, y que hay otras cosas que son más importantes y que causan más alegría.

En fin, si aún no has sido consolado por Cristo ni hallado tu alegría en Él; si no has comenzado a hablar de Él, a alabarlo y confesarlo ante los demás, todavía no tienes la fe en Cristo. Puede que estés esclavizado aún por el pecado, o viviendo despreocupadamente y estés espiritualmente dormido. O puede ser que estés bajo la tiranía de la ley, intentando ser justo por tus propios méritos...

Los israelitas, después que fueron liberados del cautiverio babilónico, dijeron: "Junto a los ríos de Babilonia, allí nos sentábamos, y aún llorábamos acordándonos de Sion. Sobre los sauces en medio de ella colgábamos nuestras arpas. Y los que nos habían llevado cautivos nos pedían que cantásemos, y los que nos habían desolado nos pedían alegría, diciendo: Cantadnos algunos de los cánticos de Sion. ¿Cómo cantaremos cánticos de Jehová en tierra de extraños?" (Sal.137:1-4).

Querer ayudar a una persona sin vida espiritual y que no conoce a Dios a que se goce espiritualmente, es inútil. Es tan imposible como que la nieve y el hielo puedan arder. Uno puede hablar y cantar, pero sólo el corazón liberado puede alegrarse verdaderamente.

Y nadie puede forzar esa alegría. Alegrarse por el nacimiento de Cristo y alabarlo por su obra salvadora, es un fruto del Espíritu. Es un regalo de la gracia de Dios.

En la Jerusalén celestial se entonará un cántico de alabanza al Cordero que fue inmolado. Y nadie puede aprender ese cántico sino los que fueron redimidos de entre los de la tierra (Ap.14:1,3). Tampoco puede alguien saborear el verdadero gozo, sino los verdaderos cristianos.

Esto debe ayudarnos a examinarnos a nosotros mismos. Aquí se nos recuerda cuál es el fundamento del gozo verdadero: Comprender la gravedad de nuestro pecado, y hallar la redención solamente en Cristo. En pocas palabras, son necesarios el arrepentimiento y la fe.

24. **Y aquel Verbo fue hecho carne.** Jn.1:14

¡El Verbo eterno fue hecho carne! El eterno Hijo de Dios se hizo verdadero hombre, pero no un ser humano pecador, como todos los demás que hemos nacido de una mujer. Él también nació de mujer y es verdadero hombre; el eterno Hijo de Dios se humilló a sí mismo, asumiendo la naturaleza humana.

Las primeras páginas de los santos evangelios nos cuentan acerca de sus antepasados, llegando hasta Adán. El Hijo de Dios se convirtió en nuestro pariente, en un familiar “semejante en todo a sus hermanos”, “pero sin pecado” (He.2:17; 4:15). ¡Qué inmenso es el amor de Dios! ¡Qué manera tan extraña y misericordiosa ha elegido para salvarnos!

Nuestra razón es incapaz de comprender el misterio de la venida al mundo del Hijo de Dios, para convertirse en un ser humano como nosotros. Pensamos: “¿Será cierto? ¿Es eso posible?” No lo entiendo, pero tampoco puedo dejar de pensar en ello. Mis pensamientos están atrapados en una red de incógnitas, pero no puedo negar las evidencias. Y esta doctrina es tan importante, que toda la religión cristiana cae o se sostiene en ella. También está directamente relacionada con nuestra salvación y bienaventuranza eterna.

A nosotros, pobres seres humanos caídos en la desgracia del pecado, nos parece demasiado que el Hijo de Dios nos hubiese querido tanto, y nos concediera el honor de convertirse en uno de nosotros, en nuestro pariente. Es algo tan maravilloso, que no lo podemos comprender del todo.

Pero esta piedra de tropiezo es demasiado pesada como para que yo la arroje fuera. Una incontable multitud de testigos declara que el Verbo se hizo carne.

Para comenzar, una larga cadena de profecías. Luego, cuando llegó el tiempo debido, el cumplimiento cabal de todas esas profecías. ¿Puedo rechazar al Prometido, en quien se cumplieron tantas profecías? ¿“La piedra que desecharon los edificadores, y que ha venido a ser cabeza del ángulo?” (Mt.21:42).

¿Debo tratar de arrojar afuera esa piedra? ¿Puedo negar lo que mis propios ojos ven acerca de Su reino en este mundo? ¿Puedo negar lo que personalmente he recibido de parte de este fiel Señor? ¡De ninguna manera! Él es el Dios viviente y omnipresente, que fue revelado en la carne. “Nadie conoce al Padre, sino el Hijo” (Mt.11:27).

Pero entonces, ¿puedo creer que Dios se hizo humano? Es algo demasiado glorioso, pero es la eterna y divina verdad, más allá de lo que nuestra mente puede comprender.

¡Sí, alabado sea Dios porque no la podemos comprender! Eso significa que no tenemos un “dios pequeño”, que podemos comprender con nuestra mente tan limitada. ¡Dios nos libre de creer en un “dios” que no supere nuestra comprensión!

El problema es que nuestra mente limitada y caída en desgracia no puede guardar este inmenso tesoro de alegría. Si yo pudiera conservar viva esta verdad en mi corazón todo el tiempo, -que el Hijo de Dios es mi hermano-, no desearía nada más. Tendría suficiente bendición, tanto para esta vida como para la eternidad. Esto no daría lugar a ningún pensamiento triste en mi corazón. Porque él estaría todo el tiempo fervoroso de tanta alegría. Pues, si la pobre humanidad caída en pecado recibió tal honor, -que el Hijo de Dios se hiciera uno de nosotros y se declarara nuestro hermano-, ¡entonces no quiero saber nada más! ¡Los seres humanos fuimos exaltados por encima de los ángeles y potestades!

Ahora podemos decir que las terribles consecuencias de la caída en el pecado, fueron ampliamente compensadas. Ahora, es un honor ser un hombre humano. Así es, y hasta los ángeles tienen razones para decir: "¡Oh, cómo quisiera ser hombre!" Acertadamente Lutero dijo: "Ahora que el Hijo de Dios se ha hecho hombre, deberíamos amar y alegrarnos sinceramente por todo lo relativo a la humanidad, y jamás deberíamos volver a sentir rechazo por ningún ser humano".

Para hallar consuelo y ánimo ante las adversidades de la vida, los creyentes deberían vivir más intensamente esta verdad. Tienen que orar pidiéndole a Dios que les dé entendimiento, para que puedan comprender mejor este misterio y exclamar llenos de alegría: ¡Ahora no necesito nada más! Si el Hijo de Dios ha llegado a ser mi hermano, puedo ver que el amor de Dios a la humanidad es más grande de lo que suelo pensar normalmente.

Las cosas no son como parecen a veces, -que Dios no se interesa por nosotros. No, si no que seguramente habrá un buen motivo para que a veces parezca que no le importamos nada a Él.

25. **Os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo.**

Lc.2:10

¿Cuál es el mensaje de gran gozo que el ángel anuncia aquí? Es nada menos que el nacimiento de Dios como ser humano, como uno de nosotros. Dios se ha hecho hombre. Dios ha asumido nuestra carne y se ha convertido en nuestro hermano.

¿Y qué dicen las Sagradas Escrituras al respecto? “Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (He.2:11). ¿Quién es “el que santifica”? Dios, que es Santo. ¿Quiénes son los “santificados”? Los seres humanos, caídos en el pecado. Y ahora ambos son de la misma naturaleza, son humanos.

“Por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos”. Pues ahora realmente son hermanos. Según la carne son descendientes del mismo antepasado. Jesucristo demostró durante su vida que no se avergüenza de llamarse hermano nuestro ante nadie: Ni ante su Padre celestial, ni ante las personas.

Cierta vez dijo a su Padre: “Anunciaré a mis hermanos tu nombre, en medio de la congregación te alabaré” (He.2:12). En otra ocasión le dijo a una mujer, a María Magdalena: “Ve a mis hermanos y diles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Jn.20:17). Y un día dirá frente a todo el mundo: “En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis” (Mt.25:40).

Meditemos ahora en esta verdad que es divina, maravillosa y real. El Hijo de Dios se ha hecho nuestro hermano. No es que se describa como nuestro hermano sólo para demostrarnos simpatía. Ese título habla de una grandiosa realidad. “De uno son todos”; Él se ha convertido en uno más de nosotros. Si pudiésemos creer esto firmemente y vivir conscientes de esta realidad, seríamos transfigurados de gozo y asombro. Desearíamos partir de este mundo y clamaríamos con ansiedad, diciendo: “¿Cuándo será quitado el grueso velo que nos impide tanto ver la gloria de Dios?” “¿Quién me librá de este cuerpo de muerte?” (Ro.7:24). Pero, la caída de Adán ha corrompido tanto nuestros corazones, que nos alegramos, alabamos y agradecemos muy poco.

Algunos se preguntan por qué motivo el Hijo de Dios debía convertirse en un ser humano. Y las Sagradas Escrituras responden sobre el tema, de una manera muy consoladora: “Por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre” (He.2:14-15).

Y también dice: “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo” (He.2:17).

Por favor, observa aquí la razón por la cual Él debía tener carne y sangre, igual que los hijos perdidos: Para que por medio de su muerte pudiese destruir al que tenía el imperio de la muerte, al diablo. Cristo habría de romper las ataduras de la muerte. Él habría de expiar los pecados del pueblo. Sería misericordioso, manso, compasivo y lleno de amor para con nosotros. La deuda humana debía ser pagada con sangre humana, de acuerdo a la ley y a la justicia. Un hombre debía pagar por las ofensas del hombre. Él recibió sangre de una madre humana, porque sería "la simiente de la mujer" la que aplastaría la cabeza de la serpiente (Gn.3:15). El Hijo de Dios debía nacer de una mujer y estar bajo la ley, para ser nuestro representante y redimir a los que estábamos bajo la ley, convirtiéndonos en hijos de Dios.

El Espíritu de Dios, por medio de Isaías profetizó esa redención de la ley por medio del Niño de Belén, de manera clara y gloriosa, diciendo: "Tú quebraste su pesado yugo, y la vara de su hombro, y el cetro de su opresor, como en el día de Madián. Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz" (Is.9:4,6).

El "pesado yugo" no es otra cosa que la culpa del pecado, las condenaciones y las exigencias de la ley. Eso nos oprime cruelmente. Además en Gá.5:1 se llama a la ley: "Yugo de esclavitud". ¿Qué es "la vara del hombro y el cetro de opresión" sino la ley? Como el látigo de un tratante de esclavos, ella azuza y golpea nuestra conciencia echándonos en cara nuestros pecados. Nos sentencia a muerte, nos abandona al diablo y condena al infierno. Así es la ira de Dios; así de terrible es "la vara de nuestro hombro y el cetro de nuestro opresor".

Pero nuestro "Gedeón" habría de quebrar ese yugo y ese cetro, como en el día de Madián (Jue.7).

26. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne.
Ro.8:3

Estas palabras nos abren un universo glorioso y regocijante según los ojos espirituales. Presentan el cumplimiento de muchísimas promesas, revelaciones y símbolos sobre Cristo, dados por Dios en el Antiguo Testamento, cuando se esperaba la venida del Redentor. Pues, cuando llegó “el tiempo señalado por el Padre” (Gá.4:2), se acabó la custodia de los tutores y la minoría de edad. Los símbolos y profecías se convertirían en realidades. Cuando el mensaje del ángel sonó en Belén: “He aquí os doy nuevas de gran gozo, que será para todo el pueblo: ¡Os ha nacido hoy un Salvador, que es Cristo el Señor!” (Lc.2:10-11), entonces “el Verbo fue hecho carne”. Dios envió a su Hijo al mundo para que asumiese la carne, semejante a nuestra carne pecadora.

En la conmovedora escena del pesebre, podemos ver a “la simiente de la mujer” que “herirá a la serpiente en la cabeza” (Gn.3:15). Ante nuestros ojos está “la simiente de Abraham”, en quien “serán benditas todas las familias de la tierra” (Gn.12:3; 22:18). Él es el héroe de Judá, Siloh, ante quien se congregarían los pueblos (Gn.49:10). Es el “hijo de David”, y al mismo tiempo el “Señor de David”. Es el vástago de Isaí; es aquel que nacería de una virgen, para señalar que Dios está con nosotros. Él es el Niño sobre cuyo hombro está el principado, y que se llama “Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz” (Is.9:6). Es “el Señor en Israel”, que habría de nacer en Belén, pero cuyas “salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi.5:2).

Sí, Él es el cordero que debía ser apartado de la manada, y con cuya sangre había que pintar una “señal en los postes y el dintel de las casas”, para estar protegidos contra el destructor y ser librados de la muerte (Ex.12). El Antiguo Testamento está lleno de profecías y símbolos como estos.

¿Y qué significa eso? Hay una cadena de profecías que se extiende por un largo período de cuatro mil años, anunciando la venida de un gran Hombre. Él habría de aplastar la cabeza de la serpiente, o sea, destruiría el poder del diablo.

Él habría de quitar el pecado del mundo. En Él todas las familias de la tierra serían bendecidas... ¡Contra tantos testimonios a lo largo de varios milenios, las dudas y contradicciones de mi entenebrecido corazón desaparecen como el polvo al viento, y son como hierba seca ante una enorme roca! ¡Eternamente alabado sea Dios, por su inefable don!

Dios envió a su Hijo. Ese es el tema central de nuestro texto y de toda la fe cristiana. Tenemos que pedirle a Dios que abra nuestros sentidos espirituales, para que podamos comprender cada vez más su inmensa y maravillosa gracia, al dar a su eterno Hijo a la humanidad caída en el pecado.

Nuestro texto dice: “Dios enviando a su Hijo”. No dice simplemente que el Hijo de Dios nació, sino que Dios lo envió al mundo. El santo Niño de Belén no recibió recién después de su nacimiento una gran medida del Espíritu de Dios y por eso fue adoptado como Hijo suyo. No, sino que Escritura dice otra cosa.

Él ya era Hijo de Dios en la eternidad y estaba junto al Padre antes de que este mundo fuese creado. Aunque debía nacer en la pequeña aldea de Belén, “sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi.5:2).

El apóstol Juan dice que: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho... y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como la del unigénito del Padre)” (Jn.1:1-3,14). Y el mismo Jesús dijo: “Padre, glorifícame... con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn.17:5). “Salí del Padre, y he venido al mundo; otra vez dejo al mundo, y voy al Padre” (Jn.16:28).

Todas estas cosas están contenidas en la palabra “enviar” y en la expresión: “Dios envió a su Hijo”. A su Hijo que ya existía antes, pero que recién cuando vino el cumplimiento del tiempo, fue enviado a la tierra.

Por eso es que también Jesús dijo: “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn.3:16). Y el apóstol Juan escribió: “En esto se manifestó el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él... Él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn.4:9-10). Y en nuestro texto, el apóstol Pablo dice: “Lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne”.

Podrás entender estas cosas si te transportas espiritualmente al establo de Belén y contemplas a ese Niño maravilloso. Su nacimiento es anunciado por una hueste de ángeles a unos pobres pastores que estaban en el campo; y por medio de una estrella a unos magos del lejano oriente. “Dios envió a su Hijo”.

¡Gracias y alabanzas, honor, poder y gloria sean dadas eternamente a nuestro Dios, por su don inefable!

27. **Porque Jehová derramó sobre vosotros espíritu de sueño, y cerró los ojos.** Is.29:10

Es digno de notar que es Dios mismo, -el gran Dios que está lleno de amor-, quien finalmente castigará a los que lo desprecian, cegándolos para que sufran eternamente.

Se trata del mismo Dios misericordioso, que tiene un ardiente amor por nosotros, indignos pecadores, Aquel que nos ha dado a su Hijo eterno, y nos perdona todos nuestros pecados cuando creemos en Él, y nos convertimos en sus discípulos. Es ese Dios que constantemente perdona a sus pobres hijos todos sus pecados y que quiere darnos la gloria eterna, aunque por nosotros mismos no merezcamos otra cosa que su justo castigo.

Ese Dios, rico en misericordia, derrama “espíritu de sueño” sobre ciertas personas, de modo que se vuelven ciegas y no ven lo que les conviene. Dios hace eso, por ejemplo, con los que rechazan su misericordiosa invitación revelada en el Evangelio, y pretenden ser santos, intentando justificarse ante Él con sus buenas obras. De esta manera Él castiga a ese pueblo tan especial, a los descendientes de su amigo Abraham, porque pretendieron hacerse los santos ante Él.

Aquí tenemos que prestar especial atención a la terrible justicia de Dios y recordar que “Dios no puede ser burlado” (Gá.6:7).

Que nadie se equivoque pensando que esta temible manera de proceder de Dios era sólo para el Antiguo Testamento. No, aunque estuvo lleno de amor por todos, nuestro Salvador Jesucristo pronuncia el mismo juicio sobre aquellos que lo oyen, y no se muestran obedientes a su voz; los que no quieren recibirlo en arrepentimiento y fe. ¡Qué terribles son las palabras que el misericordioso Jesús dice en Mateo 13:13! Acá dice que le hablaba a la gente por medio de parábolas “para que no vean con los ojos, ni oigan con los oídos”. “A ellos no les es dado saber los misterios del reino de Dios”. “Al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado”. Y lo que esas personas “no tenían” era la capacidad de recibir a Cristo ni creer en Él. Y por no querer oír la voz de Dios cuando les hablaba, esa luz les sería quitada.

A lo mismo se refiere el apóstol en 2 Tesalonicenses 2:10-11: “...los que se pierden, por cuanto no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les envía un poder engañoso, para que crean la mentira, a fin de que sean condenados todos los que no creyeron la verdad...” ¡Observa qué lejos llega la ira de Dios, que castiga con ceguera espiritual a los que le desprecian!

Esto también explica por qué se suelen preocupar algunas almas con buenas intenciones. A veces, cuando el Evangelio se predica y difunde claramente en un lugar, con demostraciones de poder y bendiciones, se producen también grandes decepciones. Sí, se levantan duros ataques contra la persona y el mensaje de Cristo, tanto orales como escritos.

Entonces los hijos de Dios se aterrorizan pensando en que muchos serán desviados de la verdad y se declararán contrarios al Evangelio. Pero en ese caso deberíamos recordar que ese es el castigo de Dios sobre los impenitentes. A pesar de toda la gracia que Dios les ofrece, ellos no quieren escucharlo. Siempre resisten al Espíritu de Dios.

Y no debemos echarle la culpa a Dios por estos juicios. Ni siquiera cuando Él demuestra una ira tan tremenda, que envía un poderoso engaño sobre los que no quieren creer la verdad.

Por cierto, es muy lamentable y terrible ver como las almas inmortales de algunas personas son engañadas y endurecidas, creyendo en mentiras y cayendo bajo maldición.

Pero debemos recordar también que no es pequeño el pecado que han cometido contra el sublime Dios.

Han resistido y rechazado totalmente su gracia. Quizás no sólo oyeron la clara predicación de su Palabra, sino que además vieron la obra del Espíritu en la conversión de muchos otros. Tal vez sintieron el llamado de la gracia, golpeando en sus corazones. Pero aun así se resistieron a despertar y despreciaron todos los llamados de Dios, entregándose al mundo y a la vanidad.

¿Semejante desprecio por Dios no debería recibir también un gran castigo?

Dios es más grande que el hombre. Por cierto, es terrible pensar en que hay seres humanos que serán condenados. Pero no es menos grave que Dios sea despreciado e insultado. Será terrible cuando en el día del Juicio Final el Juez Supremo les diga a los malditos que se aparten de Él y vayan al castigo eterno.

Pero en esa misma ocasión, Dios será tan grandioso y bueno con los creyentes, que ellos no pensarán que el castigo para los incrédulos fue mayor que la maldad que mostraron al rechazar a un Dios tan lleno de gracia. Tendrán una inmensa gratitud hacia Dios, porque Él los ha salvado de todos sus pecados, a pesar de ser indignos e impuros.

Por eso, con respecto a los que serán maldecidos por su incredulidad, los creyentes proclamarán la justicia de Dios y solamente dirán: "Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos" (Ap.16:7).

28. **Porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios.**

Ro.11:29

¡Qué poderoso consuelo contienen estas palabras! El pensamiento central del texto, es que Dios no puede arrepentirse de la elección que hizo, ni anular la gracia que anteriormente dio.

Como fundamento de nuestra esperanza de salvación, tenemos una elección y un llamado que data de mucho tiempo atrás. Hemos recibido grandes y preciosas promesas, porque “irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”. “Dios nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo” (Ef.1:4). Este plan de salvación es completamente inalterable, absolutamente independiente de nosotros. Puesto que Dios ha tomado su decisión hace tanto tiempo atrás, es que ninguna persona pudo influir en ella. Es algo que sucedió “antes de la fundación del mundo”.

Cuando Dios nos eligió, no existía ni el sol ni la luna. No había días ni noches.

En la libre voluntad de su propio ser eterno, el Señor Dios planeó crear al mundo y crear a los seres humanos a su imagen y semejanza, para que fuesen sus hijos y herederos de todos sus dones. Seres que pudiesen ver y alegrarse en las perfectas obras de Dios. Y para que pudiésemos conocer también su divina justicia y misericordia, decidió ponernos a prueba. Él anticipó que seríamos seducidos por la astucia y la envidia del depravado ángel caído y entonces en su pensamiento decidió nuestra salvación: Nos daría a su eterno Hijo unigénito, para que sea nuestro mediador. Él descendería a nuestro mundo, asumiría nuestra carne y nos representaría. Cumpliría las exigencias de la ley por nosotros, y sufriría el castigo en nuestro lugar. Todo el que está desesperado debido a sus pecados y acude a Él, y confía solamente en Él, no se perderá, sino que tendrá vida eterna.

Esta es la decisión libre y personal que Dios tomó para nuestra salvación. Es la elección eterna, basada en su gracia. Así escribió el apóstol Pablo sobre esto: “Dios... nos escogió en Cristo antes de la fundación del mundo... habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia” (Ef.1:4-6). Y ya en el mismo día de la caída en el pecado, Dios anunció este plan de salvación. Y luego, incontables testigos y sacrificios, anunciaron y simbolizaron una y otra vez su promesa. Hasta que vino el tiempo señalado, y todo se cumplió con el nacimiento, pasión, muerte y resurrección de Jesús.

Juan el bautista testificó: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Jn.1:29). También el mismo Señor dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mt.26:28). Y una multitud de evangelistas testifica: “Sólo en Él hay salvación”. “Su sangre nos limpia de todo pecado”.

Vemos, pues, que este plan de salvación fue realizado hace mucho tiempo atrás, y fue ampliamente anunciado.

¿Podría entonces retractarse Dios, y anular su eterno llamado y su don? ¿Se pondría Dios a buscar ahora justicia en nosotros, y pagarnos de acuerdo a nuestros pecados? ¿O acaso el gran Dios de Israel no es fiel e inalterable en su eterno plan? ¿No se atiene a sus muchas y preciosas promesas? ¿Cambiaría Él alguna vez lo que Él mismo decidió y anunció? Recordemos que nos eligió “según el puro afecto de su voluntad”.

Cuando nos sentimos aterrorizados por nuestros pecados, solemos pensar que Dios nos tratará de acuerdo a ellos. Pero tratemos de recordar en esos momentos, que Dios nos ha dado a su Hijo precisamente porque somos pecadores. Entonces, ¿miraría Dios ahora nuestros pecados y dejaría de ser misericordioso con nosotros, con los que, afligidos por nuestra propia maldad, todavía seguimos creyendo en su Hijo y buscamos nuestra salvación en Él? ¿Se cansaría de nosotros y nos rechazaría a causa de nuestros pecados? ¡Eso sería anular su gracia!

Eso no puede ocurrir jamás, “porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios” ¡Sea Dios eternamente alabado, por habernos elegido en Cristo antes de la fundación del mundo! Él ha decidido concedernos su gracia solamente por medio de su Hijo y nunca anulará esa decisión.

Dios también ha hecho un pacto individual con cada uno de nosotros, en nuestro bautismo, “la aspiración de una buena conciencia hacia Dios” (1 P.3:21).

Por ese medio fuimos adoptados como hijos suyos e injertados en Cristo, para que solamente por medio de Él fuésemos completamente lavados (Jn.13:10). ¿Podría el Señor, nuestro Dios anular su pacto y empezar a tratarnos de acuerdo a lo que realmente somos? Si alguien ha caído en la incredulidad, entonces sí, sin lugar a dudas, es como los israelitas infieles, una “rama” cortada y separada de la vid (Jn.15). En ese caso no está recibiendo la savia de la planta; y así, el incrédulo no puede recibir la gracia de Cristo. Pero el Señor “se acordó para siempre de su pacto” (Sal.105:8). Él quiere darle una gracia especial y traerlo de regreso.

En fin, nuestra infidelidad no puede anular la fidelidad de Dios (Ro.3:3). El Señor no puede alterar ni anular su pacto, “porque irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios”.

29. **Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo.**

Ro.15:13

El apóstol no sólo nos desea algo de esperanza y consolación, sino una plena certeza de fe y abundancia de todo gozo y paz.

La expresión “todo gozo y paz en el creer”, nos recuerda qué clase de alegría hemos recibido al entrar en comunión con Dios. Es un gozo “en el creer”. No depende de las circunstancias externas, o en vernos a nosotros mismos tan buenos y piadosos como para que nos alegremos por eso. El apóstol se refiere al gozo que depende sólo de la fe. Ese gozo depende únicamente de nuestra confianza en las palabras y promesas de Dios, por más que en nosotros mismos sólo tengamos motivos para lamentarnos. “Creer” es estar seguro de la existencia de algo que no se ve; tener fe en Dios es confiar únicamente en sus promesas en Cristo, y a eso se refiere el apóstol aquí, porque tal fe produce “gozo y paz, por el poder del Espíritu Santo”.

Tal fe es un don de Dios que podemos pedir en oración. Y Dios obrará el don de la fe solamente por medio de su Palabra, cuando el Evangelio llegue a los pobres pecadores, incapaces de salvarse a sí mismos. Además, nos damos cuenta de cuán miserables somos y nos afligimos por eso, así también necesitamos seguir confiando solamente en la Palabra de Dios, frente a lo que nos angustia y desagrada en nosotros. Pero, ¿cómo podemos alegrarnos y tener paz en esos momentos? Pues sí, precisamente en esas circunstancias podemos experimentar un gozo y una paz sobrenaturales, que son producidos solamente por Dios. Esta es la obra de Dios que el apóstol nos desea aquí, como sigue diciendo:

“Para que abundéis en esperanza, por el poder del Espíritu Santo”. Este es el último y más dulce fruto de todos los que Dios hizo y hace: Darnos la plena certeza de que disfrutaremos eterna felicidad. Esa esperanza es una fuerza muy grande para toda nuestra vida cristiana. Ella nos motiva y fortalece para “correr con paciencia la carrera que tenemos por delante” (He.12:1). Nos da coraje y resistencia para sufrir y soportar todas las “batallas de la fe” (1 Ti.6:12). “El gozo del Señor es nuestra fuerza” (Neh.8:10). En el uniforme de combate espiritual del cristiano, la esperanza de salvación es el casco (Ef.6:17).

En fin, toda la vida está llena de problemas, pruebas y desgracias, que para no cansarnos, ni aflojar y sucumbir en el camino necesitamos que Dios nos dé mucha esperanza, a fin de que perseveremos con paciencia y seamos fieles hasta el fin.

Y, por cierto, tenemos un fundamento extremadamente firme para nuestra esperanza de salvación y felicidad eterna. Porque hemos sido creados para la vida eterna. Fuimos redimidos a gran precio. Cristo se dio a sí mismo para conseguirnos esa vida; Él no se sacrificó para darnos una buena vida terrenal. Dios nos ha dado la predicación del Evangelio,

su Palabra, los sacramentos y el Espíritu Santo, para crear en nuestros corazones la fe y hacer que recibamos la vida eterna. Por cuanto somos hijos y amigos de Dios, podemos estar seguros de ser también sus herederos. Sin duda, Él hará que sus amigos estén realmente contentos y llenos de alegría.

A pesar de que el fundamento de la bendita esperanza es tan firme e inamovible, debido a nuestra naturaleza corrupta estamos tan llenos de dudas y somos tan inestables, que no podemos conservar esta bendita esperanza, y necesitamos que Dios nos conceda ese don. Una esperanza que depende de razonamientos, esfuerzos y decisiones de nuestra parte, siempre será débil e incierta. Pero cuando Dios mismo nos da la certeza de la salvación, y con su Espíritu Santo llena de paz y gozo nuestros corazones, entonces tendremos la esperanza plena, de la cual habla el apóstol aquí. Por eso él agrega: “Por el poder del Espíritu Santo”.

El apóstol dice que la tercera Persona de la Santa Trinidad actúa activamente para darnos esperanza en abundancia. Al Padre celestial llama: “El Dios de esperanza”. Y es Él quién nos llena de paz y gozo en el creer, por medio de su Espíritu Santo.

Al agregar que recibimos la esperanza “por el poder del Espíritu Santo”, el apóstol quiere dejarnos bien en claro que no podemos hacer ni alcanzar nada por nosotros mismos, sino que todo nos es dado de arriba. ¡Qué importante es estar bien convencido de que toda gracia y todo poder son dones de Dios!

Constantemente se nos previene para que no pensemos que nuestro bienestar y crecimiento espiritual dependen de nosotros. Aunque podamos usar los medios de gracia externamente porque se nos amonesta a ello, y aunque nos lo proponamos seriamente, enseguida nos daremos cuenta que no somos capaces de alcanzar paz ni gozo con nuestras fuerzas.

La falsa idea de que somos capaces de salvarnos a nosotros mismos está tan enraizada en nuestra naturaleza, que es el peor obstáculo para la obra de Dios en nuestras vidas. Por un lado, Dios tiene que hacernos ver nuestra debilidad constantemente. Por el otro, esta falsa idea es la fuente de la incredulidad y se opone a la obra de Dios en nosotros. Pero, por el contrario, ¡qué amables y positivos somos cuando sabemos y creemos firmemente que todo lo bueno que pueda haber en nosotros proviene de Dios y nos ha sido dado por Él!

Con relación a esto tenemos las palabras de Jesús, que dicen: “Separados de mí nada podéis hacer” (Jn.15:5). Y de Pablo: “No que seamos competentes por nosotros mismos como para pensar algo como de nosotros mismos, sino que nuestra competencia proviene de Dios” (2 Co.3:5). Y también: “Dios es el que produce en vosotros así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Fil.2:13). Estas son las verdades que el apóstol quiere recordarnos al decirnos que la esperanza abunda en nosotros “por el poder del Espíritu Santo”.

30. **¿Quién nos separará del amor de Cristo?** Ro.8:35

En este texto el apóstol aborda la principal preocupación de los hijos de Dios, que es permanecer en el amor de Cristo. Anteriormente, en este mismo capítulo, nos consoló con respecto a las dudas que solemos tener sobre la gracia de Dios, cuando nuestra conciencia nos acusa y tememos su castigo.

Ahora se refiere a otro de los muchos peligros que enfrentamos en nuestra vida espiritual. Nos asegura que nada que podamos encontrar en nuestro peregrinaje terrenal, podrá ser tan fuerte como para separarnos del amor de Cristo. Y como lo hiciera anteriormente, también aquí nos reconforta preguntándonos en tono triunfante: “¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo?”

Esta pregunta retórica expresa claramente la gran fe y la firme convicción del apóstol. Pero igualmente, la mera formulación de esa pregunta, y la consoladora respuesta implícita en ella, nos muestra que es una preocupación que nos afecta a los creyentes, y por lo cual necesitamos ser reconfortados.

Pablo no escribe esto sólo para mostrarnos la gran confianza que él tenía en Dios, sino que lo hace para consolarnos a nosotros. Afligirse por permanecer en el amor de Cristo es una preocupación muy normal entre los verdaderos creyentes, y una señal distintiva de la verdadera gracia de Dios en sus corazones. Los cristianos no se conforman con tener la gracia de Dios en el tiempo presente. También quieren conservarla en el futuro, hasta el fin.

Es una buena señal que sientas tu debilidad e inestabilidad tan intensamente.

Es bueno que sepas cuán poderoso y astuto es nuestro enemigo y que temas perder el precioso tesoro de la fe. Ese temor es bueno, porque reconoces tu debilidad y el poder del enemigo, y además muestra que la buena relación con Dios se ha convertido en lo más importante para ti. Pero, no es bueno que por desconfiar de ti mismo, también dejes de confiar en el poder y en la fidelidad de Dios. Es normal que cuanto más amemos algo, más miedo sintamos ante la posibilidad de perderlo. Si tengo que cuidar sólo un poco de dinero, no me preocupo mucho; pero si es una suma enorme, seguramente pensaría en el riesgo de ser asaltado. No podría estar tranquilo antes de haber encontrado un lugar muy seguro donde guardarlo. Así, si no tememos perder el tesoro de la fe en este mundo tan peligroso, significa que todavía no lo valoramos mucho.

Es mejor que tengamos una actitud desconfiada y prudente en este mundo, estando en guardia contra los engaños y peligros espirituales. Un antiguo maestro dijo: “Cuando pensamos que un día podríamos llegar a perder el temor de Dios y la fe de nuestros corazones, nos invade un temor mortal”.

Esos sentimientos indican que el Espíritu Santo ha estado obrando en el alma.

El estado de gracia se valora como lo más importante, y no se lo quiere perder por nada. Pero los que se preocupan por la gracia de Dios, también deben ser consolados con su misma gracia. Eso se enseña en toda la Palabra de Dios. El apóstol habla así en este texto. Quiere consolar precisamente a los que se afligen al respecto. Por eso nos asegura que tenemos un Señor y Salvador tan poderoso, que nada podrá ser capaz de separarnos de Él. Es verdad que en nuestro peregrinaje terrenal tendremos que enfrentar muchos grandes enemigos y obstáculos. Pero el apóstol nos asegura: "En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó" (Ro.8:37). Así es como el apóstol nos quiere reconfortar.

La gracia de la cual nada podrá separarme, se describe aquí con pocas palabras: "El amor de Cristo". No nuestro amor a Cristo, sino su amor por nosotros, como se puede ver en todo el contexto. Porque en los versículos anteriores el apóstol ha descrito solamente lo que Cristo ha hecho por nosotros.

¿Y qué significa estar separado del amor de Cristo? Sin dudas, significa no tener parte con Él en su reino, y estar fuera del alcance de la gracia de Dios.

Estando en la gracia de Dios, el amor de Cristo es nuestra salvación. Por medio de Cristo no solamente hemos recibido todo lo que es relativo a la salvación y eterna bienaventuranza: la gracia de Dios, la liberación de toda culpa y condenación, el Espíritu Santo en nuestros corazones, la adopción como hijos y el derecho a heredar el reino de los cielos. Sino además, como se nos dice expresamente en este texto, "el amor de Cristo", es el mayor tesoro y la mayor felicidad que los creyentes podamos poseer. Para la verdadera esposa el amor de su esposo es más importante que todos sus bienes y posesiones. Un alma fiel dice con Asaf: "¿A quién tengo yo en los cielos, sino a ti? Y fuera de ti nada deseo en la tierra" (Sal.73:25).

Y el apóstol dice: "¿Quién nos separará del amor de Cristo?". Como ya lo he señalado, el tono de la pregunta contiene en sí misma una respuesta muy consoladora: ¡Nada ni nadie podrá separarnos de su amor! Por cierto, podemos sentirnos profundamente reconfortados por la fidelidad y el poder de nuestro Salvador. Él estará con nosotros en todas nuestras tentaciones y peligros, y nos auxiliará verdaderamente cuando se lo pidamos. Nuestra humana naturaleza quisiera que Dios nos evitara todas las tentaciones, pruebas y sufrimientos; pero si fuese así, enseguida dejaríamos de invocarle y de estar diariamente en comunión con Él. ¡Alabado sea Dios por su fidelidad y poder! ¡Él siempre nos permite contar con su ayuda cuando la necesitamos! Ese es el consuelo que Él quiere darnos.

31. Cada día te bendeciré, y alabaré tu nombre eternamente y para siempre. Sal.145:2

Para ser movidos a alabar y agradecer sinceramente a Dios, necesitamos tener bien presentes las cosas buenas que Él nos ha dado. Toda la creación nos muestra su paternal amor por nosotros. Su Hijo nos redimió y nos defiende de tal manera, que no se nos inculpa ningún pecado y estamos libres de las amenazas de la ley. Hemos recibido en nuestros corazones al Espíritu Santo con su gracia, consuelo y pureza. ¿O es poca cosa tener a Dios? ¡Tener a Dios, su amistad y su reino! ¡Dios nos libre de pensar que esto es poca cosa, para que no tengamos que sufrir algo malo por nuestra ingratitud! Por eso, no dejes de orar hasta haber recibido un corazón que tiene su mayor felicidad solamente en Dios y en su amistad. Así tendrás un profundo fundamento para la eterna paz, felicidad y gratitud.

Hay además otras innumerables pruebas de la misericordia de Dios, que pueden moverte a alabarlo sinceramente. Mira, por ejemplo, el año que pasó. ¡Cuántos grandes beneficios te ha concedido el Señor, a ti y a toda su Iglesia! ¡Cuántas pruebas de su presencia y de su bondadosa protección has experimentado!

Quizás hayas tenido más de un día y de una noche difícil, llorando amargas lágrimas de dolor, sin saber cómo solucionar algún grave problema. ¡Pero, en tu angustia invocaste a Dios, y Él oyó tu oración, y te ayudó! Además, ¡cuántos pecados te ha perdonado, y con cuánto amor ha pastoreado tu alma! En ciertas ocasiones, cuando fue necesario, tuvo que enviarte una experiencia amarga, para despertarte y reprenderte. En otras, te concedió consuelo, tranquilidad y gozo, cuando te venían bien esas experiencias. En realidad, sus beneficios son tantos, que no se pueden contar. Y por todo ello, Dios no quiere otra cosa de ti, sino tan sólo un corazón agradecido, que demuestre tu fidelidad personal.

Pero además, Dios siempre está feliz de dar más gracia y más bendiciones a la persona agradecida.

Si tienes gratitud hacia Dios en tu corazón, seguramente querrás encontrar una forma de expresarla. Lo que le agrada a Dios en primer lugar es precisamente eso que sientes: la gratitud de corazón. Él quiere que recuerdes su gran bondad y el gran privilegio que tienes al estar en una relación amistosa con Él. Dios quiere que seas capaz de sufrir también ciertos inconvenientes en tu peregrinaje terrenal, sin lamentarte y murmurar enseguida, como los hijos de Israel en el desierto. Nosotros hemos llegado a conocer mejor aún su gran amor, demostrado en Cristo; por eso tenemos que tener presente que todo lo que nos acontece ha sido enviado o permitido por Él, para nuestro beneficio. Esto es lo primero que corresponde a un corazón agradecido, contento con todas las ordenanzas de Dios.

En segundo lugar, puedes expresar frecuentemente la gratitud de tu corazón por medio de oraciones, y alabando a tu bondadoso Dios por todos sus beneficios. Comienza siempre tu oración con una sincera alabanza. Puedes agradecerle por su amor paternal al habernos enviado a su Hijo. O por la pasión y muerte de su Hijo, y por haber sido justificado y librado de toda condenación por medio de Él. En otras ocasiones, por el cuidado, la reprensión y el bienestar del Espíritu Santo. Al orar, habla con la sencillez de un niño, y di: "Querido Padre celestial: ¡Gracias y alabanzas eternas a Ti, porque por medio de tu Hijo me has sacado del reino de las tinieblas y me has prometido y dado la vida eterna! ¡Bendito seas eternamente, porque ya no necesito cargar la pesada carga de mis pecados, ni sufrir el fuego del infierno, sino que estaré contigo en el Paraíso y disfrutaré eterna felicidad!"

Este es un ejercicio muy saludable, dulce y útil para el hombre interior. Los hijos de Dios nunca deberíamos descuidar este ejercicio. Y como dije anteriormente, verás que tus oraciones serán muy diferentes si comienzas siempre agradeciendo primero a Dios por las bendiciones que Él ya te ha dado. Así, oraciones que de otra manera serían secas y vacías, expresarán renovada confianza, alegría y esperanza. Y Dios las atenderá.

En tercer lugar, la gratitud a Dios también ha de ser probada con hechos. O sea, en respuesta a la inmensa gracia que Dios nos ha demostrado, estamos dispuestos a servir a nuestros semejantes con alegría, ¡aunque no se lo merezcan!

Actuamos así movidos por el amor que Dios nos ha tenido. Solamente por las misericordias que Dios nos ha mostrado, queremos compartir nuestro pan con el hambriento y nuestra ropa con el que no tiene con qué vestirse. Sólo por la inmensa gracia de Dios, estamos dispuestos a sostener la predicación y la difusión de su Palabra. Estamos dispuestos a ceder y perdonar la maldad de otras personas, como tantas veces Dios nos soporta y perdona a nosotros.

Esa es la verdadera gratitud y las verdaderas buenas obras, que provienen de la fuente correcta. Vemos así que la gratitud a Dios es una señal distintiva de la vida cristiana. Pero, si no sólo queremos entender esto, sino practicarlo también, sin dudas vamos a contar con la necesaria ayuda del Espíritu de Dios. Porque nuestra naturaleza es muy perversa; sólo queremos agradecer y alabar a Dios cuando nos sucede algo bueno. Ser capaz de agradecer a Dios siempre, también cuando Él nos reprende y nos pone a prueba, eso es una verdadera maravilla de Dios. Y tal maravilla solamente aprendemos a solas con Dios en oración, en la lucha espiritual y por medio de las pruebas de la fe.

Oremos diariamente pidiéndole a Dios todas estas cosas, por los méritos de su amado Hijo. Amén.

